

1963

# CENIT

— sociología —  
ciencia — literatura



**Plácido Bravo:** Herencias indirectas.

**Severino Campos:** Vibraciones de temple anárquico.

**Felipe Alaiz:** Lérida, confín de Poniente.

**Campio Carpio:** Argonautas de ideal.

**Abarrategui:** Alas sin cielo.

**F. Ocaña:** De Schumman y Vatzlav Nijinsky a nuestros días.

Un cuento de Tolstoi.

**Fontaura:** La herencia intelectual de Kropotkin.

**Han Ryner:** La bellota generosa.

Elena Key.

**Miguel Celma:** La vida y los libros.

**Denis:** El filántropo.

**J. Ferrer:** Mazazo a la masa.

**Uscatescu:** «Habeas mentem».

# 145

ENERO · 1963

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

4P 5503



# NUESTRA PORTADA

## « Manneken - pis »

En ese mes de enero, plagado de acontecimientos graves, la opinión internacional vivió unas horas de « suspenso » porque había desaparecido el « Manneken-pis », que desde hace muchos años alegra y pone una nota curiosa en una plazuela de Bruselas.

Es realmente insólito que, en el ambiente estricto y puritano de la vieja capital, sobre todo si tenemos en cuenta el año en que fué erigido el gracioso monumento (1619), ese niño desnudo, orinando con tranquilo impudor, durante tres siglos y medio, a la vista de todo el mundo, no haya suscitado en ningún momento protestas.

No hace mucho, un grupo de estudiantes católicos destruyó unos desnudos que decoraban cierta plaza de Lyon. En Bélgica, el desnudo casto y original del niño, haciendo manar el agua de su pequeño atributo viril, no ha suscitado jamás ninguna ola de pudor. Los bruseleses, por el contrario, lucen con orgullo su « niño meón » al que visten solamente con divertidos disfraces en los días de fiestas solemnes.

El escultor Duquesnoy consiguió inmortalizar la infancia, en toda su inocencia y belleza, en la pequeña estatuilla de bronce que a tantos curiosos atrae.

El « Manneken-pis » apareció al cabo de unas horas. Unos estudiantes se lo habían llevado, en el curso de una broma, en la que se hicieron apuestas. Se encontró al niño meón sano y salvo. Y de nuevo vuelve a decorar la plazuela bruselesa, esperando que el frío permita que nuevamente el agua mane, inocente y pura, de su pequeño órgano, que hasta ahora nadie ha pensado en esconder ni en disfrazar...

¿Qué ocurriría si el « niño meón » decorase alguna plazuela española?

### REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

*Colaboradores:*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lambert, A. Prudhommeaux

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros: « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en el que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

# GENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII

Toulouse, Enero 1963

Nº 145

## Herencias indirectas



**N**O se puede decir, científicamente, que los dones y facultades intelectuales sean intransferibles por vía directa, por el canal hereditario, a través de la célula original constitutiva del nuevo embrión. No se puede decir esto, si se acepta luego, que nuestra constitución y composición físico-química es, en parte, trasunto hereditario, innato; pues harto sabido es que hay indestructible entronque entre lo material físico-químico y lo espiritual psíquico-psicológico.

Ahora bien, lo que ocurre es que el determinismo hereditario nada tiene de simple, ni puede escapar al concepto relativista hoy tan en boga y por demás justificadísimo; bien al contrario, muy complejo de por sí, por desconocer dicho proceso biológico en sus múltiples facetas, dicho determinismo resulta indeterminado embrollo científico para el hombre de hoy, quien poco ha logrado en profundidad después del descubrimiento de las leyes mendelianas.

Por otra parte no se debe incurrir en la confusión grosera consistente en meter en el mismo saco facultades, virtualidades y probabilidades — que como indica su etimología son facultativas, virtuales y probables — y el hecho consumado ya, la virtud alcanzada y la prueba verificada. Es decir, que el hijo de Picasso, por ejemplo, podrá tener al nacer las mismas facultades pictóricas del padre, podrá inclusive heredar sus pinceles, su técnica, sus lecciones y sus galerías, sin que por ello — y quizás por ello — llegue a ser otra cosa que el hijo de Picasso. Un débil reflejo paterno cuyo brillo lo debería a la fama del padre, a los bienes y a las relaciones de su frondoso genitor.

¿Consideraremos como herencias indirectas la fortuna inesperada cableografiada por una agencia bancaria después de abierto el testamento del tío americano? ¿La del billete premiado por la lote-

ria? ¿La herencia de unos desheredados huérfanos, cuyo padre cayó en la lucha?

Hay de tantas suertes, que es preciso puntualizar para no salirnos del marco espacial atribuido a un artículo periodístico.

Así que empezaremos por declarar esto: es tan inmenso el patrimonio social que, pese a todos los desahucios, estafas y desafueros consentidos y promulgados por esta sociedad maligna y avarienta, hay materia para no sentirnos pobres ni dejarnos invadir por la tristeza. Por todas partes se acumulan enormes riquezas, de todas partes afluyen nuevos tesoros.

¿Y por dónde empezar para justificar lo expuesto? ¿Por el museo repleto de obras artísticas? ¿Por la biblioteca rebosante de ejemplares literarios? Dejémoslo. A lo mejor no sabemos por dónde concluir luego. Mas lo cierto es que estas puertas no están cerradas. Y no menos cierto que las de los cabarets y bares están de par en par abiertas. No mentemos — por no topar — las de algunas capillas que ni de día ni de noche se cierran.

Si, cada día aumenta nuestro patrimonio con nuevas aportaciones, se acrecienta con excavaciones y exploraciones que descubren grutas en donde dormían tesoros rupestres, que por cierto dejan un tanto malparados a ciertos precursores, tenidos por genios impresionistas.

Los libros se dan, se ofrecen, deambulan permanentemente. Cierta que algunos se queman; que otros no se escribirían jamás habiendo quien los tiene esbozados en su mente, y otros escritos que no se harán, pese a las ansias devoradoras de algunos interesados.

Pero no hay que desmayar.

Se van acumulando experiencias — algunas en vano, lo concedemos fuentes de ciencia. La ciencia lo transforma todo, algunas veces con daño, también es cierto.

A nuestro alcance los diálogos socráticos, la sin-

fonía de Beethoven y el poema vagneriano; el lienzo de Rubens y el capricho goyesco; las enseñanzas éticas de Kropotkin y de Maeterlinck; las lecciones de Tolstoi y las de Gandhi, etc.

Biografías selectas; monografías instructivas; introspecciones y exploraciones agudas van dando remate a lo hasta ahora rodeado de misterio y explotado como milagro. Lo que no quiere decir que estemos ya al cabo de la calle que no tiene fin. Pero que indica que pisamos terreno firme.

Son éstas las riquezas a que nos referimos y que catalogábamos como herencias indirectas y además indestructibles.

Ahora bien, estas herencias tienen esto de común: son fecundas, multiplicables y hasta el infinito, gratuitas, universales y por mucho que se usen no se gastan.

Fecundas porque levaduras del pasado nos ayudan, con sus fermentos, a amasar el porvenir.

Multiplicables por su deber reproductivo inagotable.

Gratuitas, porque quienes nos las legaron son acreedores pacientes que jamás reclaman intereses. Es decir, sí, un mínimo de interés, un esfuerzo sostenido de nuestra parte, pues colocadas en lo alto preciso es elevarnos para alcanzarlas. Las deudas que con tales deudos contraemos son de las que no se saldan si no es haciéndonos acreedores nosotros de generaciones nacientes.

Universales porque trascienden toda limitación: clasista, racial y nacional; y si la confección laboriosa pudo ser obra de muchos, van dirigidas a todos. De ahí la necesidad de una socialización inmediata de tales bienes, y la perentoria obligación de desarrollar la personalidad de cada uno para poder gozarlas sin restricciones.

No se usan, por ser fluido eterno que se renueva automáticamente.

Un tanto engreído, con su peculiar estilo ampuloso, Victor Hugo lo dijo en verso:

« Elle avait faim, j'ai mis mon livre sous sa dent.  
Et j'ai dit à ce peuple altier, farouche, ardent,  
A ce peuple indigné, sans peur, sans joug, sans  
[règle,  
J'ai dit à ce Paris, comme le kléphte à l'aigle :  
Mange mon cœur, ton aile en croitra d'un em-  
[pan. »

Y el libro, pese a ser devorado por aquella multitud de revolucionarios hambrientos, ahí queda, para pasto de generaciones venideras.

Son estas herencias que no se distribuyen como el título, el harén y la hacienda; o como el cáncer, la sífilis y la locura, es decir, automáticamente, las que a nadie arruinan y a todos enriquecen. Herencias indirectas.

PLACIDO BRAVO

## Reflexionando

**Criterio.**

Al hablar en voz alta — decía Musil — puede uno hacerse oír, pero al hablar en voz baja puede uno hacerse escuchar.

**Lo abstracto y...**

abstracto se vuelve uno por impotencia creadora  
...y lo concreto.

« Al envejecer hay que cuidarse de hacer locuras con el pretexto de que en la juventud se hicieron tonterías. — PAGNOL.

# Vibraciones de temple anárquico

**N**UESTRA faceta histórica es una encrucijada de tendencias políticas, efervescentes todas ellas, hasta el extremo de ser imposible una coordinación de sus bases esenciales. Aunque se hace más perentoria la necesidad de un equilibrio, de una ordenación que garantice energías y sugerencias lograrlo con los materiales que presentan las tendencias señaladas.

Ningún contacto tienen con nuestro caudal sugerente. Tampoco con nuestra proyección social. Y lejos de vislumbrarse recursos de entente, las incompatibilidades entre ellos y nosotros surgen y adquieren cada vez mayor envergadura.

El anarquismo tiene marcados cauces propios para conducirse. También tiene prevista una solución al problema general de la Humanidad. En lo uno y en lo otro diferimos de todas las proyecciones que se agigantan en el convulso vaticinar político. Fundamentalmente y aparentemente no hay ningún rasgo que nos pueda confundir. La piro-técnica verbalista dejó de hacernos ilusiones.

Comprendemos lo que vale la Humanidad; sabemos también de qué dispone. Basados en esa comprensión, no decimos que es la hora de integrar todas las manifestaciones de valor social a la zona cumbre de nuestra filosofía. Decimos sí, y tenemos la convicción, la seguridad de estar en lo cierto, que la Humanidad puede y debe anarquizar una gran parte de los factores y situaciones de la vida social.

Nuestra faceta es de realizaciones. Y éstas, a despecho de tangentes inhibitorias, han de ser anarquistas o nada valdrán para la historia. Tanto peor para todos si no apartamos los obstáculos que a ello se nos presentan. Aumentará la miseria; cundirá la desesperación; se acrecentará y densificará el campo de la violencia.

Hay que evitarlo. Las soluciones anarquistas son el único lubricante para que la sociedad humana marche suave y ordenada. ¿Medios para conseguirlo? En nuestra persona radican.

La vibración anarquista debe llegar a todos los ámbitos. El verbo y la acción, dimanantes del pensamiento libertario, han de agitarse constantemente. Contrarrestar la propaganda nociva de las corrientes políticas, al mismo tiempo que exponer y practicar los objetivos, es indispensable sean dos líneas paralelas.

Nada de razonamientos dilatorios. Apremian las soluciones. Dondequiera que se levante la tesis transitoria, la réplica de nuestras soluciones no ha de hacerse esperar.

Con entusiasmo, porque en el temple anárquico

es el fuego sagrado de la justicia lo que cuenta; con valor, porque no hay ningún anarquista que sea cobarde para propagar sus ideas y arrostrar la responsabilidad de las mismas.

El ardor de nuestros sentimientos no puede ser eliminado por ninguna tempestad, y menos todavía por ninguna ola de confusión. Somos superiores a lo uno y a lo otro. Al temple anarquista no hay ruido ni golpe que lo desvalore. Vibra siempre con el mismo sonido y dispone de la misma fuerza de resistencia. Y la comprensión del nombre libertario supera a todas las situaciones y grados de confusión.

Húndase todo lo que deva hundirse. Y cuanto más pronto mejor. Quedando a salvo el anarquismo, la felicidad humana está segura.

Pero no es cuestión de remitirse a la buena de circunstancias imprevistas en espera del naufragio total de lo que ya no tiene ningún derecho a navegar. Los buques que van a la deriva, sin rumbo fijo y laudable, es un problema de ética y utilidad social derrumbar su proa para que vayan a pique con todo su cargamento. Nada valen y ningún respeto deben tener.

Es tarea de constancia. Nunca tuvo la historia momento que reclamar como ahora las soluciones de carácter libertario. Y nunca, como ahora, los sentimientos ácratas están en el deber de vibrar intensamente y afianzar terreno.

Las soluciones de nuestro pensamiento social deben dejarse sentir. Ante el caos presente, producto de imposturas y traiciones políticas, la Humanidad espera una solución. Y ésta, la que puede satisfacer las ansias nobles; la que puede equilibrar al mundo; la que a todos los rostros humanos puede llevar expresión alegre y de confianza, es la solución anarquista.

No hay otra; no la habrá en la órbita del Estado y del capitalismo. Y antes que someterse a nuevas pruebas en el molde de sistemas gastados e inutilizados, hay que probar el valor moral e intelectual del anarquismo.

Nos reclama el momento histórico como jamás se vivió; nos precisa la Humanidad para que la saquemos del marasmo infernal que ha producido el sistema capitalista, quien se ha valido y seguirá valiéndose, de todas las formas de interpretación política.

No nos podemos negar. Nos debemos a una tarea, a un fin de justicia social, y el momento no puede ser más apropiado para fecundar y materializar la imagen de nuestros anhelos.

SEVERINO CAMPOS

## LA PALABRA AL MAESTRO

## Lérida, confín de Poniente

**D**ESDE cualquier comarca catalana interior o litoral, Lérida es el lejano Poniente con su sol cansado y sus castillos. Como un burgo alemán creció la ciudad a orilla del río. Lérida no tiene muchas fábricas pero tiene huertas y castillos como si fuera un territorio feudal rezagado. Visítad las ciudades catalanas típicas: Olot y Vich, fuerá de los días de mercado; son silenciosas y apacibles; Manresa, Tarrasa y Sabadell tienen poco callejeo y observáis la austeridad que significa la ausencia de todos, que son los que trabajan: Reus, Tortosa y Lérida alteran la realidad catalana; Lérida sobre todo con su rua torrencial, mercado perpetuo y a ciertas horas del atardecer mercado intransitable.

¿Es que no se trabaja en Reus, en Tortosa ni en Lérida? Se trabaja como en otras zonas de Cataluña. Lo que pasa es que el temperamento leridano tiene, más que el de Reus y Tortosa, una fonética abierta y una predisposición, no menos abierta, al tránsito en bloque por la calle. Es una parcela, su calle Mayor, del costumbrismo tradicional, saludablemente escéptico, propicio a la pequeña algazara de vecindad y al grupo ambulante desde el cruce de la empinada calle de Caballeros con la Mayor hasta el Ayuntamiento.

Lérida es como Tortosa, huerta espesa con verdes tiernos perpetuos. No respira miseria ni abundancia, sino mediocridad, sólo a ratos burguesa. Y respira, sobre todo, una independencia descuidada, falsa, indiferente, hecha de diálogo eterno y de conformismo fácil. El mayor caso de laicismo del siglo pasado, después de Sunyer y Capdevila, se dió en Lérida, con el descreído Castells. El caso más insistente de espiritismo se da en Lérida, en este siglo de las Torres. Laicismo y espiritismo florecen en Lérida a los cuatro vientos a pesar de la apariencia vaticanista de su vida, de la misma manera que compite Lérida en comunismo antibolchevique con Moscú y en gitanería con el Danubio.

Lérida es un Hyde Park donde todas las teorías tienen auditorio si las explana un trasnochador con cara de amigo y no se difunden con gestos inquisitivos. De seis a ocho de la noche, la calle Mayor de Lérida era el espacio más poblado de Europa y la Academia popular más independiente del mundo. Se podían vocear « Las doce pruebas de la inequistencia de Dios », los títulos de publicaciones anarquistas y hasta las supuestas excelencias del rosario. Todo resbalaba sobre la indiferencia de los paseantes, indígenas o arraigados. Si hay al-

gún forastero querrá escandalizarse en un sentido o en otro, pero los leridanos no dejarán que se escandalice repitiendo el gesto clásico de la tolerancia risueña hecha tal vez con sabiduría secular. Los curas son verdaderamente los descreídos, y predicar descreimiento en Lérida es llevar sal al mar. Lo interesante tendría que ser, en todo caso, el ejemplo laico y no la palabra. Pero entonces los tonsurados se harían amigos del relapso y lo bendecirían no en nombre de ninguna virgen, sino en nombre de Venus. El que no ha visto las procesiones amatorias y burlescas de Lérida presididas por clérigos rozagantes con el bonete de medio lado, no ha visto nada.

Dos castillos tiene Lérida. Uno es catedralicio y ostentoso. En él había obras de arte cubiertas de yeso. Los leridanos creyeron siempre que el yeso era tan bello como la obra de arte; presentían que el yeso y la cal son ya obras de arte en sí, y que no es menos noble la mano que los fabrica que el autor de retablos. El otro castillo es un residuo templario. De vez en cuando salen de sus murellas toques de corneta pero nadie hace caso en Lérida de toques de corneta ni de nada.

Lérida carece de historia. Dicho sea en elogio suyo y a pesar de sus cronistas oficiosos que no han visto en la indiferencia el principio activo de Lérida. Unos han querido vincular la ciudad a la política oficial de Cataluña, otros a la de Roma, pero han fracasado en absoluto al hacer votar en chungu. Lérida tiene fisonomía propia. Los artistas inteligentes de Lérida han sido internacionales o leridanos, no catalanes ni españoles. Malats y Granados, como el gran guitarrista Pujol, no me dejarán mal. Granados era un tanto polaco por su afición a Chopin. Morera Galicia fué tal vez el mejor intérprete de Shakespaere y seguramente el político de Cataluña menos preparado respecto a cuestiones concretas porque vivía a mitad de camino del infinito, es decir, en perpetua euforia leridana. Su hermano, el pintor ¿de quién era discípulo? de Haes. Tenía algo de holandés. Y un pintor como Viladrich, firma internacional, no pudo vivir en Lérida porque no comprendió la eterna diferencia leridana ante los dioses pintados o no como ante los dramas de Echegaray.

El espíritu tradicional de Lérida pretenden tenerlo unos cuantos hombres de los que en la provincia se llaman patricios y en Barcelona o Madrid toman café con leche en público muy azarados. Luis Roca y Florejachs cantaron en prosa y en verso las tradiciones leridanas, sus fastos, escasos y espaciados. ¿Para qué? Los bordeleses que

llegaron a pelear por Napoleón a orillas del Segre se encontraron en Lérida como en Burdeos y los hijos de la Auvernia como en Clermont-Ferand.

La patria de los leridanos, que perdieron todas las batallas, no es más que el buen tiempo y la conversación agradable, que tiene algo de gorjeo. Un Renyé Vidalot pudo ser tan catalanista en plena castellanización de Lérida que no escribía más que en catalán hasta los recibos que entregaba a sus colonos, pero los pagos los aceptaba en sonantes y madrilenistas duros de Amadeo. Un Gaya Tomás, leridano adoptivo, podía ser elemento tradicionalista foral pero otorgaba sus instrumentos en castellano de Valladolid y toda su ciencia la reducía a defender a los amos de la riqueza. Como Simón Ponti, otro leridano de adopción, pues había nacido en Manresa. Hubo en Lérida muchos hombres de ciencia y eruditos; lo que más abundaba era la poesía. Un Agelet Garriga, hijo del que fué senador Agelet, era diplomático. Estando en Holanda de funcionario del Estado español escribía versos leridanos y sólo pensaba en Lérida. En cambio cuando pasaba por Lérida no se acordaba de Holanda. No son los versos de Agelet imperialista como los de Maragall lo eran a veces, imperialistas a la alemana; ni son como los del también diplomático Carner que tienen algo de japonés, algo de inglés de Oxford, algo de El Havre, algo de los trópicos y nada de Cataluña; son los versos de Agelet imaginaciones de huertanos de Lérida, recuerdos de paisaje tal como los sienten un campesino ajeno a la diplomacia; tal vez tengan en potencia lo más típico y hondo del racial leridano: la indiferencia, el arte de la distracción por el arte de la distracción, la no excesiva insistencia sobre nada, la brevedad fugitiva, casi relampagueosa de las sensaciones. Los que hemos estado en la cárcel de Lérida nos hemos encontrado con que allí no hay más que evadidos, indiferentes como si estuvieran en la calle.

Hace cuarenta años y hasta tiempos relativamente cercanos era cosa corriente en Lérida que la mesocracia militar, forastera o indígena, se casara con hijas de banqueros y rentistas. Maciá era un oficial de Ingenieros y se casó con la hija del banquero Agapito Lamarca. Se casaba el sueldo de cuarenta duros al mes con la renta de un millón. Magin Liorens también chocó sus millones con la espada. A principios de siglo había treinta millonarios en Lérida y más de la mitad parecían unos procuradores de guardarropa deficiente. Los Barberet, millonarios también, casaron a sus hijas con militares. De la misma manera que jefes y oficiales españoles se casaban en Cuba con hijas de millonarios, sosteniéndose así el infausto régimen colonial, la oficialidad militar, no tanto la burocrática, se dedicó en toda la península a cazar dotes. Cataluña no accedió a dejarse cazar más que muy poco en Barcelona y regiones tarraconenses, nada en el Ampurdán y mucho en Lérida. ¿Por qué? Porque en Lérida hasta los millonarios representan menos apego que fuera. El régimen de heredero, que se cree privativo de Catalu-

ña, no existe en la forma exagerada que se presenta, no existe como institución inconvencional. Las herencias se atomizaron después de la división de la propiedad porque se cultivaron mejor y el aumento de zona húmeda desaloja forzosamente a los propietarios. Comparemos la región del Alto y Bajo Urgel con las colinas que van desde Lérida al Ebro por Mayals. En estas colinas hubo siempre un régimen de heredero y están arruinadas. En el Urgel la tierra nueva y desvinculada de propiedades extensas va desalojando a los propietarios y valorizando el trabajo inteligente como única categoría de individualidad y de convivencia. El trazado de caminos y la desgravación de impuestos apresuraría la socialización, como la está apresurando en los territorios regados por el canal de Aragón y Cataluña, inmediatos en Lérida, donde el cultivador directo aprendió a dosificar la renta y el trabajo en perjuicio del propietario, cargado de hipotecas por regla general y en visperas de inminente ruina.

A principios de siglo, un pasodoble de la España unitaria sonaba en Lérida como en Zamora, y un « Miserere » como en Pamplona; pero a los oídos de los moros leales habitantes de Lérida y a los oídos de unas cuantas familias patricias, militarizadas, entroncadas con la propiedad y la dictadura como la de Gomar no a los oídos del elemento popular nativo y arraigado, amigo del coro y de la algarazara sin consigna ajena. Cuando se quiso inyectar en la juventud leridana el dogmatismo moscovita, se originaron muchas carcajadas y el líder comunista tuvo que optar por una política intermedia, que tampoco le dió el triunfo hasta encajarse lejos de Lérida su inspirador en un partido burgués como el de **Esquerra**, que era una especie de Repartidora tratándose de actas, esquivas para el bloque de Maurín-Nin — bloque bipernal — cuando Maurín no se presentaba con candidatos millonarios.

Lérida no tiene dramas pasionales. Nadie se muere de amor en Lérida aunque pueda morir de fastidio. El más descreído es un rey, y príncipe de Gales el más trasnochador. En Barcelona, las tertulias leridanas son las más avanzadas en dejar pasar horas, noche y día.

La religión era y es en Lérida pasatiempo más que nada. No quedaba fe. Era más barata que la caridad y se practicaba la fe. ¡Cuántos galanes fueron a la iglesia medio moruna de San Lorenzo a demostrar un alarde satanesco del brazo de la amante!

La enseñanza tenía un aire tan hermético castellano que era casi colonial con sus golpes fulgurantes de Numancia, Lepanto y Covadonga. De vez en cuando se celebraban Juegos Florales y obtenían premios con poesías virginales los hombres más laicos del radicalismo, como Estadella, ministro después de la abrileña República.

Los clérigos eran en Lérida unos verdaderos epicúreos. Vivían a la sordina con sus amas y sus sobrinas cerca del campo entre embutidos sazonados con especias picantes y vino claro del cosechero vecino. Pensaban en los días cuaresmales

culminantes como en un pleno de comilonas con santificación de salchichas, bromas de sochantre casi laico y soconusco de tipo conventual. En otoño los clérigos poblaban los paseos resguardados del fino viento de Aragón que llegaba de vez en cuando para secar la humedad elegiaca del paisaje tragándose el bruído de las hojas. El obispo era una potencia casi tan respetada como la dinastía de los Canonas y de los Parranos, gitanos de cierto rumbo feriante y cantante. Ser canónigo o beneficiado en Lérida era tener dos sueldos por las propiedades vinculadas en el Cabildo y en el Capítulo.

La fiesta mayor era una fiesta modestamente báquica y floreciente de forasteros petulantes, pequeños comerciantes de las vecinas comarcas del Cinca, labradores del Bajo Urgel, herederos de la Segarra, mozos de los cuatro puntos cardinales, huertanos, labradores de los latifundios recién puestos en riego — Giminells, Sucs, Vallmayna —, ganaderos de todas las tierras catalanas, barraqueros y quincalleros, matronas vestidas de lugareño domingo negro, ruleteros nómadadas y alguna odalisca de café cantante.

Coincidiendo con la moda romántica en muchas ciudades catalanas se establecieron jardines municipales recortados y algo sacramentales. En la época renacentista de la jardinería. Lérida tiene sus Campos Elíseos desde entonces: plátanos gigantes formando avenida central, rectángulos laterales de macizos separados por caminos planos, guirnaldas, escaso surtido de flores. ¡Campos Elíseos! Paraíso estival con sus nocturnos de charanga en la glorieta, con su luz blanca de arco voltaico y sus compañías errabundas que hacían en 1905 « El gran Galeote », « Locura o Santidad », « En el puño de la espada », para no interesar tampoco a los leridanos.

En el Campo de Marte evolucionaban los quintos. Campo de Marte, Campos Elíseos. Reminiscencias de clasicismo, escapatorias a cielos retóricos, cargados de nubarrones ciceronianos y capullos de Teócrito... y luego las orillas del río desde la ciudad hacia abajo con sus **Barcas del Tófol**, sus bancales de hortelano concienzudo, rudo

aunque receloso y algo remolón. Aquellas arboledas parecían doseles para estudiantes menesterosos de ciencia. A dos pasos florecían los frutales. Se jugaba en los tugurios y había un café cantante sin más público que el necesario para dar fe del sacrilegio bailable entre dos iglesias. Las procesiones eran amorios, caramelos y risas tanto en el llamado Viernes Santo como en el Corpus. El Carnaval parecía una fiesta de Cuaresma y la Cuaresma un Carnaval. La única diosa leridana era la indiferencia. La economía era espontánea, sin ningún estudio sistemático. Los partidos, cuando no eran sucursales de Barcelona o de Madrid no eran nada y como sucursales no eran gran cosa. Partidos leridanos no existieron nunca. Y a los partidos de iniciativa ajena, los votaban burócratas, elemento transeúnte y algunos leridanos que se desperezaban un momento para quedar dormidos poco después. Las huestes republicanas fueron unitarias de receta con el viejo Pereña, autonomista de receta con sus hijos, unidos a Palacín y a los demás primantes. Pasaron de lo unitario a lo no unitario como quien pasa de una teoría a otra sin necesidad de contraste con la vida real. Pero no hubo jamás núcleos entusiastas políticos. Tampoco hubo entusiasmo de tipo social. Las horas de trabajo en Lérida no interesaban a los obreros. Lo que interesaba a éstos era el tiempo de asueto, más copioso cada vez. Y respecto a los jornales, lo interesante para un leridano racial no era lo que se puede hacer con plata, sino lo que se puede hacer sin plata ni calderilla. Y todavía esto último, lo que se puede hacer sin moneda, lo deseó poco el leridano típico. Su estoicismo, con todo, no fué jamás petulante sino humorístico, lleno de humanidad sencilla y de melodramas desdeñados; no era renunciación sino previsión; no era aquel tremendo **tengo lo que me basta**, de Mesonero Romanos, sino el vivaz **no sé lo que quiere el que quiere y no puede**; era y es un estoicismo sin cronistas y sin exaltadores, un afán diluido en comprensión aunque perezosa muchas veces y fatalista.

FELIPE ALAIZ

## Entre arrancapinos

**PEPE.** — Para lo que tú dices, necesitamos esto, eso y aquello.

**LAURO.** — Necesitamos principalmente templanza, ajuste, espíritu de continuidad, ambiente de respeto y, sobre todo, medida.

Se cuenta que en cierta ocasión, el general Vivonne, escribiendo desde Mesina al rey Luis XIV, terminó su carta con las siguientes palabras: « Para sostener la ofensiva, tenemos necesidad de 10.000 soldados ». La dió a sellar al intendente del Terror, el cual se permitió agregar: « y de un general ».

**PEPE.** — Vienes a lo que solía decir siempre la Manolita. Esta, que era una buena administradora, decía que en materia de economía tener más no era una solución, lo importante es administrar bien lo que se tiene.



# Argonautas de ideal

**S**OLANO Palacio es un hombre de todos mundos. Abrió los ojos a la vida, bajo el azul cielo asturiano, cuando al siglo pasado le faltaban apenas trece años para expirar y dejar paso a esta caravana constituida por idealistas en el amplio sentido de remover la tierra, darle vuelta a las instituciones, trastocar y romper la cacharrería histórica, feudal y burguesa. Desde allí los ideales de la vieja Comuna, comenzaron a florecer.

Nació este Solano con una estrella en la frente que todavía le ilumina hacia adentro. Y se mantiene erguido, apuesto, tieso y elegantemente formal en su noble factura y estructura física. Como asturiano, naturalmente que no es extremeño como Pizarro o Hernán Cortés. Pero es bizarro y lleva consigo todas las artillerías cantábricas y es, igualmente, nauta de mar y tierra. No es de Calahorra, de Jijona o Trevijano que pisaron Hernando de Soto, Juan Díaz Solís, Juan de la Cosa y cuantos cartógrafos, geógrafos, marineros de pie descalzo, presidiarios largados a la conquista de un universo que aparecía tan temerario como la cabeza caliente de Colón.

Habiendo nacido Solano Palacio en Asturias, hay que descubrirse. Porque de Asturias arrancó el primer empellón de la Reconquista el año 700. En 1934 se hizo allí el encuentro ideológico de dos civilizaciones; y dos años más tarde se hizo presente con truenos, irguiéndose como un solo hombre frente al despotismo y para hacer de España, y de la península ibérica toda, un hogar para los hombres libres, de cualquier latitud del globo, que allí quieran establecer residencia. Pasado un cuarto de siglo, en 1962, luego de haber mordido la pólvora de la derrota nazifascista, Asturias se presenta al mundo entero con su bandera en alto, iniciando así la verdadera Reconquista.

Ser asturiano, como por casualidad lo es Solano Palacio; es decir mucho en estos artes y oficios literarios de la libertad humana. Porque su inquietud, su naturaleza rebelde, a los 18 años era un refractario al militarismo. Y echándose morral al hombro, en el primer bajel que encontró hizo tierra en Magallanes, por la misma ruta del gran navegante lusitano camino a la Especiería. Con la diferencia de que Solano Palacio encontró aquí su infinito, en esa infinitud de horizontes que dio sabios, mártires y héroes a toda la flora de la gitanería anárquica. Su ancestro, que recibió de un maestro de escuela, que era su padre, le venía de Flandes y de Nápoles y pesa en la historia de las hazañas como en las paredes del Louvre, del Museo Británico y de la cultura humanística cuyo máximo exponente contemporáneo fue Francisco Ferrer.

Gracias a esos precursores, de cuya contextura celular tiene buen cargamento Solano Palacio, el mundo se hizo pequeño para esa comunidad cantábrica, atlántica y mediterránea. Conquistadores de riqueza espiritual, hoy no es difícil encontrar en Nankin, Sidney, Alabama o Wellington, o durmiendo entre los escarabajos de Gizet, en cualquier iglú de Alaska o de Wladiwostok, a hombres que cantan y luchan, valiéndose de ese instrumentó universal que es la lengua castellana y que aglutinó en sus requiebros la dulzura y graciadumbre de los idiomas ibéricos. Pues que cualquier indígena español, de iberoamérica o de cualquier otra tribu civilizada que hable el castellano, no importa donde se encuentre, con tal de pegar el grito de un alalá, un aturuxo o un jipio que ya se abren a su conjuro las fortalezas y puertas de los castillos. Porque en todas las aldeas, ciudades y puertos del universo terrícola, allí tenemos amigos, compañeros o simples ciudadanos susceptibles de serlo. Como Solano Palacio llegaron a esos mundos impulsados por motores desconocidos, fortaleciéndose con hábitos y costumbres extrañas, fecundaron sus mujeres y llevaron la simiente del ideal que tiende a redimirnos a todos.

De Magallanes, Solano Palacio saltó la frontera chilena para sentar pie en San Julián, el abatido por los vientos y nieves del sur puerto argentino, promoviendo la primera huelga que tuvo lugar en la Patagonia. En 1913 fue procesado y condenado a tres años de reclusión. La Federación Obrera Regional Argentina intervino en su defensa, recorriendo la libertad a los seis meses. De allí pasó a Ríos Gallegos y tomó parte activa en la edición del semanario «La Verdad». El gobernador de la insula le aconsejó que abandonara aquella actividad, a cambio de dinero que lógicamente rechazó, pero la presión que se ejerció sobre él ha sido de tal peso que tuvo que andar huído hasta 1918 que llegó a Valparaíso, embarcándose para los Estados Unidos de Norteamérica. En 1921 fue preso en Nueva Orleans. Puesto en libertad, estuvo oculto de la policía yanqui hasta 1923, junto con un compañero José Novo, embarcándose en un carguero español de vuelta a Asturias.

Solano Palacio tomó parte en la revolución de Asturias de 1934 y desde 1936 actuó durante dieciséis meses en los frentes del norte. Al cesar las operaciones se trasladó a Barcelona, donde se le encargó la dirección de «Tierra y Libertad». En esa editora quedaron los ejemplares impresos de mi «Lamento de la tierra encadenada». Solano escribió allí su libro «La tragedia del norte». Dio con sus huesos en un campo de concentración, en Medon, perdida la guerra. Huyó y fue detenido. Merced a la intervención del compañero Alfonso Barbé, que le facilitó albergue y medios para comu-

nicarse con el Sindicato de Intelectuales de París, que luego intervino en su favor, no fue entregado a los esbirros de Franco como tenía resuelto el entonces ministro del Interior francés.

Y, sin papeles de identificación, metióse en un barco que hacía la travesía del Atlántico rumbo al Pacífico. Ancló en Valparaíso, su viejo y querido puerto de lento, pero activo trajinar. Donde los hombres — en una actividad que les concede privilegio entre otras ciudades, por el volumen de mercancías que manipulan — son amigos y están huérfanos de la palabra helada que en algunas bocas suena con acordes de sinfonía. Y allí, en aquel val, o valladar del paraíso, de donde recibe su nombre, recaló Solano Palacio para proseguir una obra que no termina nunca, porque tiene la largueza y longitud de todos los caminos de la libertad.

Quiso el suelo chileno acogerlo y atraerlo a su destino, incorporándolo al dulce correr de la historia reciente que viven, aman y edifican los precursores del ideal que impulsó su autonomía e independencia. Entre mar y tierra, y bajo cualquier sol, Solano Palacio escribió novelas, ensayos y poemas, cuyo tenor el tiempo juzgará, tales como « Aurora », « El arreo » y « Judit », sirviéndole de contrafuerte y ancho horizonte el asturiano, el patagónico y neoyorquino. Aparte del mencionado estudio sobre « La tragedia del norte », dió a publicidad también « 15 días de comunismo libertario en Asturias », « Entre dos fascismos », « Ayer, hoy y mañana » y « La represión de Asturias », temas obsesiones que coinciden con su ejemplar manera de ofrecer testimonio de cuanto pudo observar a través de ese mundo nuevo que palpamos y que está reclamando el auxilio de todas las energías de los hombres libres.

Incurrió también en el campo de la poesía, habiendo publicado « España en cruz », « Jardín de Acracia » y recientemente un volumen sobre « La cultura hispanoárabe », en verso rimado. No pretende Solano Palacio que éste su libro integre el panorama de la lírica. Trátase de un libro paisajista, arrancado del romancero, a lo largo de una cultura difundida por todo el África y hasta la India. Nos pinta cómo han sido los hombres y las mujeres, particularmente en la España musulmana, removiendo las arenas del desierto, desde Medina a Granada por donde Mahoma empujó las tribus que levantarían mezquitas y minaretes, ciudades blancas como sus túnicas y cantarían melodías quejumbrosas que todavía estamos escuchando. De los milagros, dichos y hechos de aquel gran pueblo que se extendió desde los valles del Yemen

a las montañas de Omán y Hedjaz, que siguió el Eufrates y todavía está golpeando las murallas de Jerusalén, no hace buena cuenta Solano Palacio. El se encuentra mejor con Florilinda la hermosa, subiendo el jardín hacia el castillo. Pero ni Muza el emir ni ninguno de los generales beduinos le resultan más simpáticos que a mí. Porque a fuer de valientes « llegaron los sarracenos y nos molieron a palos » y es que « Dios protege a los buenos cuando son más que los malos ».

Solano Palacio construyó a su modo un mundo ibérico que corre a lo largo del Mediterráneo, desde Gibraltar hasta Damasco y Bagdad, pasando por Argel y todas las tierras, desde el Golfo Pérsico hasta Cádiz la fenicia y que son tan caras a nuestro espíritu como los trirremes que venían del fondo del Bósforo y traspasaron las Columnas de Hércules para llegar a la Atlántida. Todo ese suelo que pisaron los hombres de Alejandro hasta la India y en España regaron con civilización las tierras de Toledo, la región andaluza y se contaminaron con gaitas y zamponas para dejarnos pasmados con los cuentos de las « Mil y una noches » que mandara recopilar el gran Haarum el Raschid, despierta la fantasía adormecida de una época color de rosa en que los hombres parecían mejores. Y cuando nos recuerda Solano Palacio que también por allí pasaron Avicena, Averroes, Tulio y los grandes trovadores que integran el « Romancero general », de Durán, pensamos en la gran labor que tendremos que realizar mañana, cuando el día sea nuestro, para atraer a la cultura de los nuevos pueblos esas voluntades dispersas de una comunidad vecina integrada por los árabes de hoy que olvidaron su pasado.

Solano Palacio se ha dejado arrastrar por impulsos que le vienen de lejos. Dentro de una caparazón tersa y sometida al rigor de las inclemencias sociales, arden en su sangre células renovadoras de poeta, que no han podido sujetarse a formas ni cánones artísticos. El ideal de la revolución no le dió tiempo para expresar su mensaje de otra forma. Siempre ha tenido que pronunciarlo en el lugar y momento a donde su cuerpo físico lo condujo por las rutas del universo. Así son nuestros precursores. Modestos en su quehacer, anónimos muchos de ellos. Pero convencidos, por la dura experiencia y el estudio, metódico o perdigado, de que el gran día vendrá. Y con su luz ha de encender las ilusiones que la profecía tiene reservadas para los elegidos. Y esto queda dicho.

CAMPIO CARPIO



# ALAS SIN CIELO

(Continuación)

## CAPITULO QUINTO

La casa está aireada. Puerta al mar y ventana al cielo, abiertas de par en par. El cielo, impecable de azul. El mar, como una cinta, sin olas. Elvira, limpia y fresca, pero saturada de pena, como siempre, ha terminado de hacer un paquete de ropa limpia, envuelto en una sábana que ella misma sujeta con alfileres. Tarde del jueves. Bernardo está al regresar. Jaime aparece en el marco de la puerta, con su candor y simplicidad habitual.

JAIME. — Es jueves y vengo a recoger la ropa, Elvira.

ELVIRA. — Y la ropa está lista, Jaime, te la puedes llevar. ¿Qué te pasa?

JAIME. — ¿A mí, nada? ¿Qué me va a pasar? ¿Por qué?

ELVIRA. — Como entras y así, de sopetón, me dices, es jueves, Ya lo sé, que es jueves y que...

JAIME. — Bueno, me lo llevo todo. ¿Cuánto les digo que es?

ELVIRA. — Don Eugenio sabe el precio. Como siempre. Si me traes el dinero esta noche me pondré contenta. No tengo ni cinco.

JAIME. — ¿No llega Bernardo hoy, Elvira?

ELVIRA. — ¡Ah! ¿Eso es lo que tienes? Ya decía yo. Pues bien, no sé, seguramente...

JAIME. — Lástima que no se esté por ahí siquiera treinta meses. Así vendría uno tranquilo.

ELVIRA. — Bah, no sé qué va a decir Bernardo si te ve por aquí.

JAIME. — (Cogiendo la ropa, dispuesto a salir.) ¿Sabe usted, Elvira, que la otra noche no pude pegar un ojo?

ELVIRA. — ¿Cuándo?

JAIME. — La del día en que me contó usted su leyenda. Tenía unas ganas de coger el mar entero y hacerlo escapar de sus orillas.

ELVIRA. — No debí contarte nada.

JAIME. — Si, si... claro que sí. Usted hizo bien. Yo daría cualquier cosa por quedarme desvelado cada noche, como entonces. Todo eso me da a pensar y no me importa aunque la gente me diga que me voy a quedar con el seso sorbido, como el Tío Trancas. Cuando se piensa en algo más que en lo que se ve, parece como uno penetrarse los mundos, la vida, los países, el aire, y hasta el aroma de las flores.

ELVIRA. — No digas eso muy fuerte, te criticarían.

JAIME. — Cuando pase algún tiempo, ya me contará usted su historia, ¿verdad, Elvira?

ELVIRA. — Lo haré, si tú quieres.

JAIME. — Bueno, adiós.

ELVIRA. — Adiós.

JAIME. — (Volviéndose en el umbral de la puerta.) ¿Sabe usted, Elvira, a quienes he visto sentados a la puerta del casino?

ELVIRA. — Me figuro que a nadie de mi gusto.

JAIME. — Exactamente. Al padre Hidalgo y a don Florencio Requejo. Los dos juntos.

ELVIRA. — Qué bien.

JAIME. — Al pasar frente a ellos los saludé con el brazo en alto. Ahora resulta que les fastidia, sobre todo a don Florencio, que ya no se pone camisa azul más que cuando se le avisa con un oficio. Ganar los americanos su guerra y quedarnos como los camaleones bajo el arco iris, todo ha sido una. Pero es ahora cuando yo paso gusto gritando «Arriba España». Usted ya me conoce. Bueno, hasta luego.

ELVIRA. — Hasta luego.

JAIME. — (Entrando precipitadamente, de nuevo y asustado.) Elvira, Elvira. Mirelos. Por allá vienen y vienen hacia aquí. Los dos y del brazo. Me escapo por este lado antes que me pillen y empiecen a hacerme preguntas. Adiós. (Sale dirigiéndose en dirección opuesta a la vez anterior.)

ELVIRA. — ¿Y qué se les ha perdido en mi casa? ¿Qué vienen a hacer aquí? (Va hacia la puerta y, con los brazos en jarra, espera la llegada de los visitantes.) Me váis a oír, si venis creyendo que en mis manos está el secreto de esa visita que os escuece en el alma. Me váis a tener que tolerar a estas horas de paz y de desconcierto para los que esperasteis la victoria del fascismo italiano y del nacismo alemán. Ahora que mi leyenda y mi misterio se os incrusta en vuestra realidad desmoronada, como la lapa a la piedra saturada de mar. De todos modos hay que reconocer que tenéis algo extraño en abundancia para hacerme cara a mí... ¡a mí!. (Cuando parece que los hombres anunciados están cerca, se vuelve lentamente, sin cerrar la puerta, hacia el centro de la escena y espera. Su ser se completa con un gesto finísimo de elegante valentía. Aparece, en fin, don Florencio y algo rezagado, dulzón, el padre Hidalgo.)

DON FLORENCIO. — ¿Se nos permite la entrada?

ELVIRA. — (Con calma, digna.) La puerta está abierta.

DON FLORENCIO. — ¿Le molesta concedernos un rato de charla, Elvira?

ELVIRA. — ¿Por qué pedirme hoy lo que han hecho cuando han querido?

DON FLORENCIO. — ¿Pasamos?

ELVIRA. — Le he dicho que yo no echo a nadie de mi casa. (El jerarca y sacerdote entran. El primero aparentando firmeza, evidencia chulería; el segundo, pretendiendo un gesto de hu-

mildad, aparece ruín, ladino, suavemente hipócrita. Ambos tratan de dar naturalidad a la situación que ellos mismos crean, lo cual hace muy difícil la firme actitud de Elvira.) Bueno, ustedes dirán.

DON FLORENCIO. — (Penosamente, logrando por fin comenzar de algún modo.) ¿No está Bernardo en casa?

ELVIRA. — Usted sabe muy bien que no.

DON FLORENCIO. — Llega esta tarde, ¿verdad?

ELVIRA. — Posiblemente. —

DON FLORENCIO. — Lástima. Nos hubiera gustado hacerle algunas preguntas.

ELVIRA. — Me las pueden hacer a mí, puesto que de mí se trata. Yo les hablo por lo claro, ya lo saben. Por eso les ruego que no se anden por las ramas. Siéntense, si quieren. No soy persona de cumplidos.

P. HIDALGO. — No se preocupe, estamos bien de pie. Vamos a irnos prontito.

ELVIRA. — (Mirando al sacerdote de arriba abajo sin poder ocultar la repugnancia que su presencia y sus palabras le producen.) Por mí, no tengo prisa.

DON FLORENCIO. — ¿Se puede cerrar esa puerta?

ELVIRA. — ¡El aire del mar es tan bueno! Además, yo creo que lo que me tienen que preguntar no será nada que no se pueda oír con decencia. Y yo no diré nada que no sea capaz de gritar en medio de la plaza.

P. HIDALGO. — No se exalte, señora. Tengo la seguridad de que venimos cordialmente a pedirle un favor trivial.

ELVIRA. — Los favores triviales no se piden, se cogen, señor cura párroco.

DON FLORENCIO. — Debo advertirle, Elvira, que si el tono de sus palabras no se ajusta a nuestra necesidad, será usted la que tendrá que venir a hacernos una visita por invitación cortés de la policía.

ELVIRA. — Ya me preguntaba yo por qué la policía no me había mandado una esquelita.

P. HIDALGO. — La policía convoca. ¿Ha cometido usted algún delito?

ELVIRA. — Eso mismo me pregunto yo. Pero, señor cura, usted sabe bien que desde hace años a esta parte una no sabe ya si decir que los garbancos están duros es delito o no.

DON FLORENCIO. — Déjese de pamplinas. No haga que perdamos la paciencia.

P. HIDALGO. — Ni altere usted sus nervios, señora. La demencia podría colocarla en una situación enojosísima.

ELVIRA. — (Midiendo, con la mirada, las dimensiones de la perversa insinuación.) Es usted muy amable, señor... Ustedes dirán.

DON FLORENCIO. — Bien. Queremos saber qué tienen que ver esos dos extranjeros con su nombre de usted.

ELVIRA. — ¿Qué extranjeros? ¿Esos que han llegado hace días al hotel? ¿Los primeros que después de la guerra han vuelto al pueblo? ¿El inglésito? ¿No dicen que el otro es alemán? Lástima que no hayan caído por aquí, en busca

mía, un ruso y un japonés. ¡Qué ensaladilla rusa en el plato neutral de España! ¿Y cómo es que no van a preguntarles a ellos? ¿Lo han hecho ya? ¿Qué les han dicho? ¿Vienen al pueblo sólo por mí o a buscar una finca en venta para pasar los veranos? ¿También ustedes creen todas esas patrañas?

P. HIDALGO. — (Que había dado muestras de impaciencia mal disimulada.) ¿No es usted la primera en creerlas, señora?

DON FLORENCIO. — (Igual.) Esos extranjeros no nos importan... si no es con relación a usted. Obligación nuestra es impedir lo que en este pueblo pueda suceder entre sujetos extranjeros y un súbdito de España. Velamos por la seguridad interior de la patria.

ELVIRA. — Y Elvira es a enemiga de España, ¿no es verdad?

P. HIDALGO. — Hija mía, no hemos venido a confesarla... La gente dice...

ELVIRA. — La gente dice lo que cree según el seso que tienen a fuerza de las imbecilidades que le enseñaron a creer.

P. HIDALGO. — Es usted muy aguda, señora.

ELVIRA. — ¿Y qué mujer, en esta España que ustedes nos han endosado no ha afilado y tiene en punta el entendimiento cuando como yo no entramos por tanta sombra? Cuando se nos exprime el corazón y el seso, eso es lo que nos queda: agudeza.

DON FLORENCIO. — Bueno, Elvira, ¿habrá o no habrá forma de entenderse con usted?

ELVIRA. — ¡Inténtelo! Por mi parte, yo no veo el inconveniente. ¿No me han preguntado que qué tengo yo que ver con esos extranjeros? ¿No les he dicho ya que nada? (Reflexiona.) ¿Nada?

No, nada no. todo. Sí, cierto, todo. No se alarmen. Los términos se invierten en mi entendimiento. Lo da la época y la circunstancia de no ajustarse a lo que se impone. Pero ustedes tienen la libertad de presumir y denunciar como les convenga. Si creen lo que dice la gente, está bien. Será cierto. Si yo les dijese que no, que nada de lo que de mí se dice es verdad, ¡ganarían les entrarían de clavarme astillas en las uñas hasta hacerme lo que quisieran y, entre borbotones de sangre, yo declararía lo que se les apeteciera! Ahorrémosnos sufrimiento, si les parece. Para ustedes no es momento de ponerse en evidencias. Los extranjeros tienen los ojos puestos en España y, por donde menos se piensa, aparecen ojos inoportunos que no tardan en sacar trapos sucios en los periódicos... ¿Qué más quieren ustedes que yo haga?

P. HIDALGO. — Hay que evitar escándalos. Es por su bien.

ELVIRA. — ¡Mi bien! ¡Ay, mi bien!

DON FLORENCIO. — Usted puede facilitarnos las cosas.

ELVIRA. — ¿Cómo? ¿Qué está usted diciendo? No entiendo.

P. HIDALGO. — Trate de alejar a esos hombres de aquí.

ELVIRA. — ¿Quién soy yo?

P. HIDALGO. — La mujer que los ha amado.

ELVIRA. — ¡Señor cura párroco, qué cosas dice! ¿Cree usted en los hechizos de mis besos? ¡Qué imaginación! ¿Cree usted que ellos han vuelto porque quieren probar otra vez el gusto de mi boca? ¿O es el misterio de los acantilados lo que les llama?

P. HIDALGO. — (Soberbio.) Son hombres casados.

ELVIRA. — ¿Cómo se sabe eso?

P. HIDALGO. — Todo se sabe, hija mía. Todo está escrito. Todo deja una huella, ¡hasta el rastro de las gaviotas en el aire!

DON FLORENCIO. — Y lo que no se escribe, se dice...

P. HIDALGO. — Se murmura.

DON FLORENCIO. — Se comenta.

ELVIRA. — Mundo chivato. Y si son casados, ¿a mí, qué?. También yo lo soy.

P. HIDALGO. — El adulterio...

ELVIRA. — ¿Y qué no es adulterio en esta vida? ¿A quién no traicionamos ya dentro de España? Quien se jacte de fidelidad que me tire la mayor piedra. No, no hay nada concreto contra mí. Ni siquiera pueden ustedes especificar la calidad de mi pecado. Mi caso no se encuentra en el índice de culpas de vuestras leyes, más que unido a abyectos calumnias... Cuando ustedes me acusaron e incluso me condenaron como espía, me restregaron por las narices un pañuelo ensangrentado de un combatiente inglés. Y por eso, hay que ver cómo el pueblo de mujeres insatisfechas envidió mis alas. Porque ya saben ustedes que cuando una mujer cree que otra vuela, hay que pedirle a la que vuela que se corte las alas si no quiere que se las quemen.

DON FLORENCIO. — Evidentemente, Padre, esta mujer está loca y no hay quien pueda entenderse con ella. Es menester encerrarla.

ELVIRA. — ¿No han inventado ustedes todavía la camisa de fuerza del alma, señores jefes del movimiento?

P. HIDALGO. — (Mordaz.) La camisa de fuerza del alma la tiene el diablo.

ELVIRA. — Pues vayan a buscarlo y vuelvan con él si pueden, ¡y que el diablo me lleve ya que no se los lleva a ustedes!

DON FLORENCIO. — ¡A callar!

P. HIDALGO. — ¡Cómo blasfema!

ELVIRA. — Cuando estoy sola lloro.

P. HIDALGO. — Dios quiere consolarla.

ELVIRA. — ¿Y lo manda usted, vestido de negro con esa risita de navaja?

DON FLORENCIO. — ¡He dicho que a callar, co... caramba! (Reprimiéndose.) Salga un momento fuera, padre, por favor. Necesito hablar a solas con esta mujer.

ELVIRA. — ¿A solas conmigo? ¿Para qué? ¿No irá usted también a pedirme que me quede desnuda delante de usted? ¿No querrá comprar mis favores? Vamos, no me haga reír. Que el señor cura párroco se vaya o se quede, qué más da. Díganme sin falsos pudores lo que tengan que decir, y déjenme en paz cuanto antes. (Viendo

que el padre Hidalgo sale, más corrido que discreto.) Pero, ¿de verdad me deja a solas con él, señor cura? Bueno, ya estamos solos. ¿Qué quiere? Hable usted.

DON FLORENCIO. — (Muy molesto.) Yo hablaré cuando me dé la gana.

ELVIRA. — ¿Quiere un vasito de agua a ver si se le baja ese nudo de la garganta? (Silencio. Elvira se encoge de hombros. Luego se da cuenta de que el jerarca la mira, con cierta impudicia.) Qué mira usted.

DON FLORENCIO. — Te miro a ti.

ELVIRA. — ¿Por qué me mira de ese modo?

DON FLORENCIO. — Porque, rebelde y todo, eres exquisita.

ELVIRA. — Ya empezamos. Ya está solo. Ya me tutea. Ya me mira dominado por una lascivia con campo de gules. ¡Chusma vestida de azul!

DON FLORENCIO. — No me extraña nada de lo que se dice de ti.

ELVIRA. — Y a mí, qué.

DON FLORENCIO. — No disimules. Es verdad. Tú misma lo crees. Tú estás segura. Pero de entre las putas que he conocido eres las más extraordinaria.

ELVIRA. — Y de los chulos que yo he visto en mi vida, es usted el más detestable.

DON FLORENCIO. — Así me gustas más, brutal como tu propia vida. Si me dejas besarte seré yo quien te facilite la entrada de esos hombres.

ELVIRA. — ¿Ve como le he dicho la verdad? Pero si yo quisiera ver a esos hombres volaría a ellos por cualquier parte que no fuese uno de sus cochinos besos. Y además, no es cierto. Aquellos hombres murieron.

DON FLORENCIO. — No. Aquellos son los dos tipos que mañana mismo van a salir de este pueblo, a no ser que... ¡Elvira!

ELVIRA. — (Se estremece violentamente, contempla al jerarca con apasionado desdén y reprime un sollozo.) No es posible.

DON FLORENCIO. — Es posible. Y han vuelto a este pueblo en busca tuya... Mis ojos han visto lo que me inclinan a creer en tus maravillosas patrañas.

ELVIRA. — (Soñadora y emocionada.) ¡Ah, si fuese verdad, si eso fuese verdad! ¿No ve usted cómo me estremezco al desearlo? Pero, no... No lo creo. No es cierto. No puede ser. Los muertos no vuelven y ellos murieron... Murieron... por lo menos, para mí. Lo que de ellos haya vuelto a pisar el polvo estéril de nuestra tierra, bien poco me importa. Lo que yo amé y acaricio amorosamente en mis recuerdos acabó en aquel instante para siempre. No sé si usted me comprende.

DON FLORENCIO. — No sé qué comprendo y qué no comprendo cuando la que habla eres tú, Elvira.

ELVIRA. — ¿Eso es todo lo que a solas tenía que decirme?

DON FLORENCIO. — (Dándose cuenta de que en su pasión olvidó el verdadero móvil de su mi-

- sión.) Dime, ¿todo aquello fue amor... o política?
- ELVIRA. — Yo no sé de qué ideas nace el amor. Pero mi ideal político es el mismo amor y yo no lo visto de negro ni de rojo, sino de caricias...
- DON FLORENCIO. — ¿No tengo, pues, ningún secreto que arrancarte?
- ELVIRA. — Sí. A ver si puede arrancarme el secreto de mi modo de graznar, de rugir, de bramar, de aullar, como las bestias hambrientas y acorraladas por el fuego.
- DON FLORENCIO. — Está en tu pasión exquisita... Y, hasta yo, como tú me ves, soy capaz de desearte...
- ELVIRA. — Yo a usted no lo he visto más que desear el silencio de los valientes. ¿Se quiere usted ya ir de una vez de mi casa, señor jerarca?
- DON FLORENCIO. — (Encendiéndose en una cólera feroz). He estado dispuesto a darlo todo por ti. Todo, Elvira, hasta las flechas de mi haz.
- ELVIRA. — Eso no es dar. Eso es vender. Y eso es lo que usted siempre ha hecho: vender. Y el hombre que vende lo suyo deja de ser hombre, por lo menos para mí. Quien como usted no ha hecho otra cosa que sacar ventajas a cada paso de esta vida que huele a incienso, a pólvora y a bofetadas, no ha podido hacer otra cosa que vender su alma al mejor postor. Y el mejor postor de este mundo, ¿no dicen por ahí que es el diablo?
- DON FLORENCIO. — Te aseguro que irás a parar con tus huesos al manicomio.
- ELVIRA. — Lo extraño es que no lo haya hecho usted en circunstancias que le fueron más favorables... La razón, ya la conozco. ¡Lástima! Ahora que no tiene esa razón, la aconsejo que espere un par de años, a ver qué cariz va tomando la cosa. Consoliden su amistad con el vencedor de esa guerra grande y sin sentido y acúsenme luego con la misma acusación que ellos blanden contra sus enemigos: comunista, ¿por qué no? Pero mientras no sepan cómo van a sentarle sus desmanes a los vencedores, tengan un poquitin de paciencia. Y no olvide que aún puedo, si quiero, invocar el nombre de mi tía Gertrudis y, convertida en Gaviota, ir a contarle a ciertos periodistas, ávidos de lo inverosímil, ciertos escándalos que harían morir de risa, por unos céntimos, a gentes de muchas naciones civilizadas.
- DON FLORENCIO. — Está bien. Allá usted con su locura. Allá usted...
- P. HIDALGO. — (Apareciendo en la puerta.) Está atardecido, don Florencio...
- DON FLORENCIO. — No hay nada que hacer, padre. Está loca. Procedamos legalmente. Nada de sentimientos. Se nos burla. Será menester hablar con el doctor Durán y que extienda cuanto antes un certificado médico. Bernardo Matas no se opondrá. El mismo ha dicho mil veces que esta mujer tiene que estar encerrada.
- P. HIDALGO. — Es justo. A estas almas no hay... dios que las encarrile. Será un bien para todos.
- (Sale, con el jerarca que disimula su excitación.) (Elvira se queda sola. Lentamente, va a cerrar la puerta. Se echa sobre ella angustiada, pero victoriosamente. Luego, con decisión, le abre de nuevo de par en par y mira a lo lejos, esperanzada. Vuelve despacio hacia el centro de la pieza y mira en derredor con profundo estremecimiento. Una extraña y poderosa emoción la embarga. Sube despacio al dormitorio. Contempla con pesar la capa que está hecha, blanca, intacta. Se asoma a la ventana con la cara alzada al cielo por el que ha debido ver pasar gaviotas.)
- ELVIRA. — Ahí van las gaviotas... graznando... por mi cielo... sin mí. Van a los acantilados. En los acantilados se estrellan, sin nada, las olas. Sobre las rocas, o en las playas de arena, no hay ya más que corchos renegridos y viejas maderas carcomidas, redondeados pedazos de cristal de botellas que embriagaron a los hombres sedientos de amor y de vino... Pero no hay hombres. La guerra los hizo y la paz los mató. Ya no tengo esperanzas de encontrar en ninguna parte a mi amor. Y esos que la paz me ha devuelto no son mis hombres porque vienen con camisas perfumadas: ya no huelen a sangre, ni a sudor... No. No lo son. Ellos buscan una quimera. Yo no soy una quimera. Y los rechazo aunque con un terrible graznido, mis alas de gaviota los desean. La vida no puede continuar la perfección de ciertos momentos postreros. La vida no les ha podido devolver el tesoro de virilidad que ante la muerte tenían. La vida los atosiga con demandas de pasiones sin un nombre de limpia generosidad. Ellos buscan una sombra y el beso que yo les di no puede ser reanudado más que, cuando al margen de la eternidad, se comprenda que aquel beso que yo les di era un beso perdurable. (Se dirige al lecho. Se sienta, suspira y se tiende luego de decir.) Las alas que quise para volar no me sirven ya de nada. Me han cerrado el cielo. Me lo han cerrado. Me lo han cerrado.
- (En la puerta, abajo, aparecen Bernardo y doña Reyes. Bernardo regresa de la pesca, con su indumentaria especial y su bulto de ropa. Impide con el gesto que su madre entre, la besa y la ve marchar refunfuñando. Luego entra, cansado, con cierta emoción. Deja sobre la mesa el ato y se deshace de algunas prendas de mar. Llama, sin alegría, a Elvira, y se le advierte un dejo amargo de desencanto en todas sus palabras.)
- BERNARDO. — ¡Elvira!
- ELVIRA. — ¿Eres tú, Bernardo?
- BERNARDO. — (Va a cerrar la puerta y la parte baja de la barraca queda en penumbra.) Ya estoy de regreso. ¿No te dijeron que llegaba hoy? Y tú, ¿estás bien?
- ELVIRA. — Sí.
- BERNARDO. — ¿Qué hay de nuevo? (Sube al dormitorio parsimoniosamente.)
- ELVIRA. — ¿No lo sabes?

BERNARDO. — Bueno, sí. Mi madre me lo ha contado.

ELVIRA. — Ya sabes cómo está la gente y lo que se murmura.

BERNARDO. — ¡Bah, la gente!

ELVIRA. — Y tú, ¿qué piensas?

BERNARDO. — ¿Yo? ¿Qué quieres que piense? Estoy muy hartito.

ELVIRA. — ¿Te han dicho de mí que...?

BERNARDO. — Sí, que tú...

ELVIRA. — Y a mí me han dicho que tú...

BERNARDO. — (Encogiéndose de hombros.) ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás en la cama?

ELVIRA. — No me pasa nada, absolutamente nada. Me he echado aquí por gusto... (Sin ningún calor.) Siéntate a mi lado, Bernardo Matas.

BERNARDO. — Tú no estás bien, Elvira.

ELVIRA. — Sí, estoy bien... ¿Sabes...? Yo quiero...

BERNARDO. — (Preocupado.) Elvira, tú estás mala, di la verdad. Tú has llorado. Tus ojos...

ELVIRA. — Mis ojos, ¿qué?

BERNARDO. — Tus ojos parecen estrellas lejanas.

ELVIRA. — Se ponen así cuando tú llegas. Es entonces cuando me doy cuenta de las distancias que nos separan...

BERNARDO. — Alicante está precioso.

ELVIRA. — Has dormido mucho por ahí, por esos puertos.

BERNARDO. — Y tú has dormido sola que es mejor.

ELVIRA. — ¿Tú estás seguro de que cuando no estás duermes sola?

BERNARDO. — Pues... sí.

ELVIRA. — Pobrecillo.

BERNARDO. — ¿Por qué me dices pobrecillo con ese tono? No me gusta.

ELVIRA. — Quiero pedirte un beso, ¿me lo darás?.

BERNARDO. — ¿Un beso tú? Debes tener fiebre... ¿Te das cuenta de que me has pedido un beso?

ELVIRA. — Sí, lo sé: te he pedido un beso.

BERNARDO. — ¿Por qué?

ELVIRA. — Quiero probar si eso puede ser.

BERNARDO. — ¿El qué? No te comprendo.

ELVIRA. — ¿Qué más da? Mejor. ¿No crees que deseo quererte?

BERNARDO. — Te doy pena, acabas de decírmelo. Y yo te he dicho que eso no está bien.

ELVIRA. — No es lástima: es un sentimiento nuevo, algo extraño, no lo puedo explicar. Las pa-

labras no me llegan a tanto. (Elvira se incorpora y con el gesto exige el beso que Bernardo le da de un modo extraño. Luego se deja caer pesadamente sobre la cama gimiendo.) No, no. No puede ser.

BERNARDO. — Pero, chiquilla, ¿qué es lo que no puede ser?

ELVIRA. — Nada. Nada. Nada. (Pausa.) ¿Quieres cerrar la ventana? (Bernardo cierra la ventana y toda la escena queda en una suave penumbra.)

BERNARDO. — (Sentándose junto a Elvira, le coge una mano para tomarle el pulso.) ¿Qué ha pasado? Dímelo.

ELVIRA. — Vas a salir con las tuyas. Me van a encerrar... En la cárcel no, en el manicomio. ¿No te hace gracia? ¿No es eso lo que tú querías? Bueno, no te preocupes, eso no va a ser todavía... Tardarán. Hay ciertas barreras por medio.

BERNARDO. — ¿Esos hombres?

ELVIRA. — No. Tú no sabes de eso. No importa. A esos hombres, olvidalos. No vendrán a llamar a la puerta, no osarán. Pero si vinieran y llamasen yo no estaría en casa. Y si yo estuviera aquí, ellos no me encontrarían, porque si ellos han muerto no me reconocerían, no encontrarían a la Gaviota. La guerra nos hizo lo que fuimos. La paz nos ha aniquilado. ¿Eso es paz? Que venga Dios y lo vea. No creo ya en la luz. Sin embargo...

BERNARDO. — Sin embargo, qué...

ELVIRA. — En los acantilados no hay más que escombros, y en las playas, algas secas y huellas borradas.

BERNARDO. — ¿Me dejas echarme junto a ti?

ELVIRA. — Tienes derecho: es tu sitio, junto a mí.

BERNARDO. — No has olvidado que estamos unidos por un lazo sacrosanto...

ELVIRA. — No confundas, Bernardo: atados, sí; unidos, jamás...

Todo ha quedado completamente a oscuras antes de haber caído el

TELON

ABARRATEGUI

Francia, 1961-62.

#### EL DICCIONARIO AL DIA

Cierto periodista, deseoso de aclarar algunos conceptos demasiado manoseados, ha establecido las siguientes definiciones :

Aristocracia = Gobierno de notables.

Plutocracia = Gobierno de potentados.

Democracia = Cuento de charlatanes.

## La sicología y la conducta humana

# De Schumann y Vatzlav Nijinsky a nuestros días

**R**ECIENTES estadísticas sobre la salud mental en el mundo, dignas de crédito, elaboradas por psiquiatras de reconocida seriedad científica, nos hacen saber que, por término medio, una de cada siete personas adultas está desequilibrada. Nosotros creemos más : que raro es el individuo humano que en el mundo actual no padezca alteraciones emocionales y nerviosas anormales que pueden, con el tiempo, hacer sufrir enfermedades mentales. Y éstas como aquéllas, limitándonos a los datos dados por los científicos, son engendradas o adquiridas por la agitada y anormal vida que se ven obligadas a sostener las personas en su terrible lucha por conquistar una situación económica que les permita la satisfacción de sus necesidades primordiales diarias y la vejez sin penurias. La inmensa mayoría de nuestros semejantes no logran ni lo primero.

Por otra parte, en México —donde vive el firmante, y lo escribo con x por respeto y simpatía al pueblo que así lo escribe—, por ejemplo, casi el cincuenta por ciento de las enfermedades son de origen psicomático. Imaginemos cual ha de ser la proporción de este tipo de enfermos en los pueblos bajo la férula de regimenes dictatoriales, en los EE. UU. y, particularmente, en los Estados asiáticos y europeos que padecieron, de forma directa, las dos últimas guerras mundiales bajo la presión de grandes temores, ansiedades y angustias.

En el mundo autoritario qué ser humano no sufre, casi cada día, semanas y semanas, meses y años, mientras vive, emociones desagradables por anhelos y deseos nobles nunca satisfechos, o en muy corta medida, descorazonamientos, contradicciones y sobresaltos, decepciones y frustraciones, pesadumbres mil que lo desalientan, lo irritan, lo angustian y acaban provocándole enfermedades funcionales y desequilibrios psíquico-mentales.

Compréndase, por lo expuesto, el gran interés que tenemos los libertarios en la campaña pro salvación de mentes enfermas y vulgarizar conocimientos para prevenir las enfermedades mentales. Y nos dirigimos, claro está, al mayor número de los seres humanos que en el medio social en que viven sufren tensiones psicológicas, neurosis, psicosis más o menos severas y estados esquizofrénicos y paranoicos que podrían reducirse también. Imútil es dirigirnos al menor número de nuestros semejantes formado por las víctimas de la mala herencia biológica porque, desgraciadamente, al carecer de la facultad de razonar, de entendimiento, no pueden comprendernos.

Deseamos se realice lo que la propia experiencia

psicológica nos dicta es mejor para la salud mental individual y colectiva, lo gocemos o no algunos seres humanos, pero considerando que, en bien de nuestra especie, con menos egoísmos inferiores y más comprensión podría realizarse y ser gozado por todos : que los miembros de la raza humana, de nuestra gran familia, piensen y comprendan que ayudando a mantener equilibradas las vidas de cuantos semejantes nos circundan, particularmente las de nuestros respectivos familiares, contribuyen a su propio bienestar emocional y al normal equilibrio de sus existencias. Quisiéramos, de todo corazón, hacernos oír y comprender por todos los hombres buenos, más o menos normales, que se convencieran de que de cada uno, generalmente hablando, depende recobrar o no la salud mental — y la física — en la mayoría de los casos, mejor todavía : no perderla formando, en los mismos hogares, ambientes morales más sanos y respirables que el que nos rodea por doquier, que casi todo lo invade, constituido por la inmoral sociedad autoritaria.

Nos hemos dirigido a los hombres, y sería injusto no mencionar a la mujer, con todas las letras, que por su natural superioridad intuitiva, afectiva, comprensiva, altruista y alterocéntrica, es decir : con suma de valores psicológicos muy superior a los que aquéllos poseen — salvo excepciones — más puede hacer por el triunfo de un alto ideal interviniendo en la formación, en la conservación y superación de la condición humana dentro y fuera del hogar. Casi siempre es el hombre que le impide el desarrollo normal de sus tendencias, sentimientos y cualidades superiores. Por naturaleza la mujer es más capaz de elevación espiritual que el varón. Consideramos que equivocados están los que nos hablan que superan al hombre en vanidades y frivolidades que sabemos han sido impuestas por el comercialismo y las superficialidades de los sistemas de vida antisociales que los hombres mal educados han estado empeñados en organizar.

En la mujer, que hemos de ver la novia, la hermana, la compañera, la amiga, la madre nuestra o la de otros, por evolucionada que sea, que más puede contribuir a la formación moral y mental del hijo, del compañero, del mismo amigo, influir en fin, benéficamente, en cuantos la rodeen, siendo el amor, bien entendido, lo superior de nuestra especie — a la que la misma Naturaleza la dota de más posibilidades de vida, porque es símbolo de ésta y de aquélla — lo más digno de respeto y de admiración, que todas las políticas y religiones se esfuerzan por malear, es casi siempre tratada por los hombres como ser inferior. Sin embargo, hasta cuando es engañada por el varón, siendo soltera o casada, expone la superioridad de su



sensibilidad de mujer al creer sinceras sus palabras de amor, friamente calculadas, falsas, para ocultar que sólo lo mueve el deseo pasajero, lo inferior, lo bestial. Y después de mentir amor encendido, de halagarla y sorprenderla aprovechando, consciente o inconscientemente, que es más sensible y humana por naturaleza, la ofende, en privado y en público, exhibiendo su inferioridad, que es voluble y fácil. No se detiene a pensar siquiera que está ofendiendo a la mujer que eligió para compañera, a sus propias hijas y a la misma que le dió el ser, ayuda y ternura. ¡Cuántas decepciones y humillaciones ha de sufrir la mujer entre los mal educados que tanto abundan en el mundo autoritario!

(El que escribe se considera moralmente con derecha a expresarse de la forma precitada, porque sólo tuvo una novia — como lo saben mis numerosos familiares, mis amigos y compañeros, y mi propia conciencia — que fué luego mi compañera durante casi treinta años, hasta fallecer hace cerca de un lustro. Pudiendo añadir : sin haber tenido antes ni después de su desaparición relaciones sexuales con ninguna otra mujer aunque a muchos hombres les parezca ridículo no mentir sentimientos afectivos ni para satisfacer deseos, no contribuyendo a formarlos, inclinando la imaginación hacia otros objetivos éticos, estéticos y mentales que serenar el cuerpo y la psiquis de forma natural, sin contrariar ni violentar a nuestra naturaleza. En Fraterna, la mujer que fué mi compañera veía representadas a todas las mujeres, a la Humanidad misma, lo bueno que para ésta quería y quiero, como para todos sus hijos de la que soy uno en perfecto estado de salud física y mental, que creí iba a perderlas al perderla a ella. Pero queda en pie, enhiesta, viva, la Humanidad por cuyo bien continuo luchando sin sentirme disminuido, avergonzado, por mi actitud con respecto a la mujer, como se sentiría cualquier Don Juan si tuviera que explicar su conducta, sus hechos, sus lances amorosos a su esposa e hijos y al público. Y es que del amor — que es bastante más que libido — bello y limpio, puede hablarse ante todo el mundo.

Con lo precitado no quiere decir que sean menos morales los individuos humanos, de ambos sexos, que por necesidades fisiológicas convengan satisfacerlas, sin engaños, por claro y mutuo acuerdo tomando las debidas medidas preventivas inocuas para evitar la descendencia que no quieren. Los inmorales, que tanto abundan, son los adultos que mienten sentimientos afectivos para satisfacer deseos del sexo).

Hemos afirmado cuán valiosa es la influencia del núcleo familiar y del medio social — en los que la mujer desempeña el papel más importante — para la obra de profilaxis mental y de higiene psíquica, de prevención o curación de los enfermos nerviosos. Cada día sabemos de casos de personas que pese a sufrir alteraciones emocionales persistentes, ansiedades y hondas perturbaciones nerviosas no llegan a desequilibrarse hasta el punto de enfermar mentalmente, pero la soledad y la

maldad o indiferencia al dolor ajeno imperantes en el mundo autoritario las arrastra a la demencia o al suicidio. Tal fué el caso de Marilyn Monroe que estudiamos en el trabajo anterior, de la mujer que careció de afectos sinceros y del calor vivificante del hogar. Y nos hace pensar en los millones de seres humanos que pese a contar con aquél sus mentes se enferman también acabando muchos suicidándose mientras la mayoría ingresa en clínicas, hospitales y manicomios dejando de ser elementos útiles para sí mismos, para los suyos y para la sociedad.

Al iniciarse la conducta desequilibrada de un ser querido en el seno del hogar, en vez de averiguar, de forma discreta, para no irritarlo y agravarlo, qué ocasiona lo anormal que en él observan y ayudarlo, con más paciencia que Job, a que recupere la salud mental lo abandonan, lo desatienden, lo apartan de su lado, más o menos descaradamente, ofendiéndolo de palabra y a veces de obra, generalmente hablando, deseando, en la mayoría de los casos que cualquier circunstancia intervenga — hasta la muerte del mismo — para mantenerlo lejos del hogar, sin sufrir su presencia y quedar así con la conciencia más tranquila.

Salvo casos excepcionales tal es la conducta que muchas familias observan con miembros de las mismas que padecen simples perturbaciones emocionales y angustias que el medio afectivo adecuado las iría agotando. Ni permiten que el sujeto a paciente que tiene consciencia de sus padecimientos nerviosos intente por sí mismo recuperar el equilibrio psíquico-mental afectado por mil situaciones antivitales vividas. En cualesquiera de estos tres casos el sujeto consciente de su mal — lo probarán los ejemplos de tres esquizofrénicos que damos más adelante — comprende cuanto ocurre en su derredor, se siente relegado y despreciado, tratado como algo inútil, como cosa que estorba y él, por su parte, llega a alterarse más, y a considerar despreciables inhumanas las conductas de las personas, familiares o no, que de tal modo se comportan.

La indignación del sujeto que sufre un severo malestar emocional, sube de grado si la mayor parte de su vida la dedicó a aliviar las situaciones de cuantos lo rodeaban — que prefieren, egoísticamente, olvidarla — con más motivo cuando sufrian enfermedades, y constata que entre todos los beneficiarios apenas son capaces de hacer un intento de reciprocidad, un cortísimo esfuerzo solidario pese a darse cuenta, los allegados y lejanos familiares y amigos que lo conocen, que se halla al principio de una perturbación nerviosa, de incipiente neurosis, que podría llevarlo a ser un enfermo mental. Si sintiéndose naufrago en peligro de perecer se aferra, como tabla de salvación, a una actividad manual o intelectual que lo serena, le permite ganar confianza en su salvación y es, inclusive, de utilidad social, pero no produce dinero, lo aislan, lo maltratan, hieren su sensibilidad tratando de hacerle sentir que nada vale — por mucho que haya valido — lo que hace como si hubiera algo más que recuperar la salud

mental y la física, la riqueza biológica y psicológica. No se detienen a pensar que el sujeto perturbado huye de cuanto hizo que le recuerda que de nada le sirvió para su felicidad, que sólo tristes recuerdos le trae provocándole perturbaciones nerviosas que no quiere sufrir, que desea olvidarlas, agotarlas, vencerlas.

Bien sabemos que gran número de pacientes son injustos al opinar de la manera precitada. Irritados no se detienen a pensar que generalmente hablando, la actitud de indiferencia y de abandono de los que los rodean más que a sentimientos y pensamientos egoístas mezquinos se debe a ignorancia de los mismos. Es exigir demasiado que todos los seres humanos tengan nociones de psicología, de psiquiatría, de psicoterapia y de pedagogía terapéutica. El carecer absolutamente de las mismas hace cometer terribles errores e injusticias. He aquí por qué sentimos la necesidad de hablar algo sobre las mismas con el fin de que todos nuestros semejantes las apliquen.

Por otra parte, no todas las familias proceden tan inhumanamente como las precitadas, consciente o inconscientemente. Existe buen número de bienintencionadas que tienen en su seno enfermos mentales, pero los aíslan del mundo por o contra de su voluntad, y los cuidan con cariño, pero estérilmente al carecer de asesoramiento de especialistas psiquiatras y no poseer, al faltarles la colaboración de éstos, buena cultura, imaginación e intuición, que los ayuden a aprender a saber cómo tratarlos. En la mayoría de los casos se reducen a satisfacer sus necesidades primordiales, se conforman con seguirles sus caprichos, la corriente de sus manías, contrariándolos, a veces, desmesuradamente, cuando no resisten sus imperatinencias, mejor dicho: sus perturbaciones y desequilibrios, pero en realidad, permiten — pese a toda su devoción y atención, con esporádicas reacciones violentas que les hacen, en seguida, rectificar y exagerar las atenciones a los pacientes — que, aunque a más largo plazo, se produzcan en ellos enfermedades mentales que, ciertamente, se desarrollan y agravan en menos tiempo, más pronto, en los enfermos violentados, permanentemente, por los sujetos que los rodean.

Son muchos los pacientes que, pese al medio adverso, intentan salvarse, repetimos, a sí mismos, y sus propios familiares, inconsciente y torpemente, no los dejan. Se obstinan en oponerse, con todas sus fuerzas, a las nuevas actividades que aquéllos quieren desarrollar imponiéndoles otras o pretendiendo que continúen — es lo más común — realizando las mismas que ejercieron, que les repugna y las detestan porque los trastorna mentalmente. Si bien parece que están más en sus cabales con su actitud prueban que son, generalmente hablando, unos ignorantes al respecto o unos perfectos y peligrosos necios. No se dan cuenta de que los pacientes han comprobado el proceso inestable, anormal de sus propias conductas por las absurdas y contradictorias acciones que realizan, jamás cometidas antes, e instintiva y conscientemente optan por dedicarse, natural-

mente, aunque parezca inverosímil a los cuerdos, a otra cualquier cosa o actividad, o a lo que siempre quisieron hacer, sin haberlo logrado nunca y como medio, además, para recuperar la salud mental.

Más numerosos de lo que parece a muchos psicólogos y psiquiatras son los pacientes que se curarían sin su intervención si pudieran dedicarse a los oficios, a las artes, a las técnicas, a las actividades, en fin, manuales, estéticas e intelectuales de su preferencia. Pero al encontrar la oposición hasta de los más allegados — sobre todo si de éstos han de depender económicamente durante el curso de su enfermedad, aunque a veces se da la paradoja que dependieron largos años de aquéllos — al observar que se esfuerzan por doblegar sus voluntades y torcer su destino, que no hagan aquello para lo que han nacido, por ejemplo, entonces obran sin orden, sin método, sin calma, se desalientan, pierden la ecuanimidad y se desequilibran más y más. Actúan febrilmente, moviéndose y agitándose bajo el temor de ser vencidos al no lograr llevar a cabo lo que desean, lo que más significa para ellos, lo que más aman en la vida por formar parte de la suya.

Cuando el medio familiar y social permite que el sujeto que padece alteraciones emocionales, más o menos severas, haga, libremente, lo que le plazca, sin perjudicar a otras personas, lo que considere útil, bueno o bello, sin apremios económicos, ni de otra clase, de acuerdo con sus posibilidades y forma de ser, si éste es consciente sabe equilibrar sus fuerzas para ganar y no perder salud psíquica-mental. Y aprende a alternar o cambiar de actividad, oportunamente, con los recreos necesarios para evitar que las ideas, la obsesión y la intorspección excesivas le hagan daño y lo desequilibren.

Comprobamos, pues, que la mayoría de todos los tipos de enfermedades mentales los sujetos las adquieren por falta de voluntad positiva consciente y fundamentalmente, de prevención, de paciencia y de abnegación de sus parientes que los hacen víctimas de su indiferencia, de su desidia, de su incomprensión y de sus egoísmos. Y son muchas las familias que cometen el siguiente grave error que casi siempre lo reconocen tardíamente: cuando ven que un enfermo mental, o en vías de serlo, goza de buena salud física, tanto o mejor que los demás miembros de una familia, lo azuzan a que obre como ser normal, como si lamentaran que cuente con buenas defensas orgánicas o envidiaran que necesita reposo y cuidados, apartado de las exigencias de la lucha por la vida. Otras le reprochan, en todos los tonos, con gestos, palabras o acciones denigrantes que haga lo que él sabe que más le conviene, y les duele ayudarlo diciéndole: «Pero si estás más fuerte que nosotros; nunca caes en cama por enfermedad; se te ve muy saludable, sin molestias, con energías como para vivir más años que los que te rodean,» etc.

Las precitadas palabras nos ha tocado oír las en más de un caso, bien inmerecidamente. Y van repitiéndose en otros casos. Parecen pronunciadas

como para alentar pero, generalmente hablando, las mismas sólo reflejan miseria moral. Sin embargo, en lo íntimo de sus conciencias algo les dice que obran mal, que sus palabras las dicta un egoísmo maligno que desearían poder reprimir, porque expresan hasta el temor, el miedo de desaparecer, de morir antes que los demás. Y no es extraño que personas consideradas muy cuerdas griten — o le den a entender lo mismo sin gritos — al que sufre graves alteraciones emocionales que ni los psicólogos advierten, que sólo él constata y procura remediar: «¡A la calle; nos caes mal; a trabajar como cualquier hijo de vecino!» ¡Farángan!, etc. Creyéndose en posesión de la razón lanzan improperios, pero al mismo tiempo la intuición les avisa que presencian la posible autodestrucción de la persona maltratada, allegada o no, como el caso de Marilyn Monroe, pero se resisten a creerlo hasta que sucede lo irremediable. Luego los familiares sensibles, que creyeron obrar bien, que se equivocaron tan lamentablemente, lloran y derramando cálidas y sinceras lágrimas de arrepentimiento, aunque tardías, exclaman: «¡Quién iba a imaginar que en dos, tres o diez años continuaba necesitando vivir como quería, como decía convenirle a su salud mental, y trabajar en lo que le gustaba aunque no produjera dinero! ¡No era un holgazán! ¡Cuán ruines fuimos! ¡Lo empujamos al suicidio!

No creemos sinceramente. Es grande el número de ejemplos que prueban que de las familias depende que las mentes de millones de nuestros semejantes de todo el orbe no enfermen. Para no salirnos del mundo del arte, de todas las artes, en el que se desenvolvió Marilyn Monroe, nos referiremos, brevemente, a las situaciones dramáticas que vivieron Roberto Schumann y Vatzlav Nijinsky. Este nació en 1890, treinta y seis años antes que la malograda artista precitada, que murió teniendo esos mismos años de edad por haber nacido en 1926. Ambos tardaron varios lustros en perder el juicio. Y precisamente los recordamos para que todos los profanos comprendamos que en resolver favorablemente conflictos psicológicos perturbadores y recuperar la salud mental pueden transcurrir lustros también, pero los esfuerzos en este buen sentido son admirables y encomiables.

Schumann nació en Sajonia en 1810. A los veintitrés años de edad la oposición, en particular, que músicos afamados hacían al desarrollo de su música, le produjeron disgustos tras disgustos, hondos trastornos nerviosos y en un momento de irritada y gran melancolía, de crisis nerviosa, empujado, al fin, por las pesadumbres, se tiró de la ventana a la calle. Sin embargo, siete años después, por su abundante y valiosa producción literaria y musical la universidad de Jena le otorgó

el grado de doctor « honoris causa » en Filosofía.

Durante largos años Schumann pasó noches enteras desahogando sus penas junto al piano, componiendo, viviendo y sufriendo por y para la Música. Demasiado tiempo lo pasó mal comiendo, y hasta dejando de comer para poder pagar el alquiler del instrumento musical del cual parecía formar parte él mismo, y del que no podía prescindir. Triunfó, pero no sin que tuviera que sostener luchas tremendas. Llegó a casarse con la mujer que quería, y fue feliz. Pero su pasado de luchas agitadoras, decepcionantes, angustiosas, continuaba atormentándolo sin dejar de estar como afiebrado por la creación artística. Y cada día, mes y año que transcurría era menos capaz de dominar sus emociones.

Las mayores fatigas las sufrió en 1850. Nada ni nadie se oponía a que siguiera por el camino que le llevaba a la demencia. Schumann conocía su estado anormal, pero hacía lo contrario que convenía a su salud mental: se alteraba produciendo sin descanso más y más obras musicales. Y en 1854, en Dusseldorf, en la noche de Carnaval se tiró de un puente al río Rhin. Por casualidad dos barqueros estaban cerca, y uno se tiró al agua mientras la barca se acercaba. Y le salvaron sin saber quién era. Sus salvadores lo acompañaron hasta su casa. Al llegar a su hogar Roberto abrazó a su mujer y a sus hijos llorando. No carecía de entendimiento, pero era indudable que se daba cuenta de que lo estaba perdiendo.

Por la extraña manera que a veces se comportaba, y el nuevo intento de suicidio, a sus familiares y amigos no podía ya caberles la menor duda de que perdía el juicio. Hacía años que lo veían andar de noche por su casa silenciosamente, sobresaltándole el más mínimo ruido que él mismo hacía al tropezar con cualquier cosa. En su deambular nocturno casi siempre lo sorprendían hablando en voz baja. Cuando le dió por dedicarse al espiritismo su esposa lo acompañaba y lo ayudaba. Esta, no queriendo contrariarle, le daba gusto en casi todo, le seguía la corriente en sus rarezas. Por otra parte, nada efectivo hacía por apartarlo de su idea fija de componer sin medida que prevalecía en su conducta, que lo obsesionaba, debilitaba sus fuerzas, lo hacía delirar, y lo atormentaba y lo empujaba en dirección del manicomio o hacia el suicidio. Mucho amaba a su esposa, pero inconscientemente contribuía a aumentar el carácter grave y progresivo de su enfermedad mental.

F. OCANA

(Continuará.)

# Un cuento de Tolstoi

## La tierra que un hombre precisa

— I —

**D**E la ciudad vino una hermana mayor a ver a su hermana menor, que vivía en el campo. La mayor estaba casada con un comerciante de la ciudad, la pequeña con un campesino del villorrio. Mientras bebían el té y hablaban, la hermana mayor se puso a elogiar su vida en la ciudad, lo bien que vivía, qué habitaciones tan grandes tenía, qué hermosos vestidos se ponían ella y sus hijos, qué buenas cosas comían y bebían, y cómo se divertían en los espectáculos, teatros y diversiones.

La hermana menor, un poco picada, se puso a hablar desdeñosamente de la vida de los comerciantes, haciendo luego el elogio de su propia existencia de campesina.

— No cambiaría mi vida por la vuestra, dijo; si vivimos pobremente, en todo caso, no tenemos ninguna clase de temores. Vosotros vivís mejor, pero siempre estáis sobre el quien vive. Hoy sois ricos, pero tal vez mañana mendigaréis por las calles. En todo caso nuestra vida de campesinos es más segura. Un estómago de labriego es estrecho, pero dura mucho tiempo. Nosotros nunca nos volveremos ricos, pero siempre tendremos bastante.

— Bastante, dijo la buena hermana mayor, si, posiblemente tengáis bastante, ¡como los cerdos y los terneros! Pero no vivís confortablemente, no estáis en la sociedad, ni tenéis bellas maneras. Por mucho que trabaje tu marido, siempre viviréis en el estercolero, y moriréis también en él, vosotros dos y vuestros hijos.

— ¿Y eso qué importa?, dijo la hermana menor. Nuestra vida es así. Pero al menos vivimos tranquilos. No nos inclinamos ante nadie, ni de nadie tenemos miedo. En las ciudades, vosotros vivís en medio de las tentaciones. Hoy todo va bien, pero mañana el Maligno tentará a vuestros hombres por medio de las cartas o del vino o de las mujeres; y todo estará perdido. ¿No es esto verdad?

Pakhom, el marido, recostado cerca de la estufa, escuchaba la conversación de las mujeres.

— Es verdad, dijo, es la verdad de Dios. Cuando se ha trabajado y dado vuelta a nuestra pequeña madre la tierra casi desde que era niño, no entran en vuestra cabeza las tonterías. Lo fastidioso es que no se tiene bastante tierra. Si se pudiera tener la tierra que uno quisiera, a nadie temería, ni al mismo diablo.

Las mujeres terminaron su té, hablaron un poco de sus tocados y luego se fueron a dormir.



Pero el diablo, que estaba sentado detrás de la estufa y había escuchado todo, se alegró de que, empujado por su mujer, el marido se hubiera creído con fuerzas para luchar con el mismo diablo, si tuviera tierra suficiente.

— Muy bien, dijo, ya nos veremos. Te haré regalo de un lote de tierra y de este modo serás mío.

Cerca del pueblo vivía una señora que poseía trescientas fanegas de tierra cerca de los campos de los campesinos. Vivía en paz con éstos y nunca los maltrataba; pero un día ella contrató a un viejo soldado como intendente (dvornik), quien se puso a agobiar de multas a los labriegos. Pakhom vigilaba cuanto podía a su propiedad, pero siempre tenía un caballo que se encontraba en la avenida, o una vaca que se había perdido por la huerta, o uno de los terneros era sorprendido por los prados — y cada vez, una multa.

Pakhom pagaba las multas, pero ahora siempre había golpes y reproches en la casa. A menudo durante aquel verano fue sorprendido en fraude por el intendente, y se alegró cuando vino el invierno, pues así podría encerrar adentro a los animales. Echaba de menos su forraje, pero al menos no sería molestado. Durante el invierno corrió el rumor de que la señora vendía sus tierras y que el dvornik quería comprarlas. Esta noticia hizo murmurar a los campesinos.

— Esto va de peor en peor, dijeron; si el dvornik se hace dueño de la tierra nos agotará con sus multas. Será peor que con la señora. Nosotros sin esta tierra no podemos vivir; nos rodea por todas partes.

Todos los viejos del villorrio fueron pues, a ver a la señora y la rogaron que no vendiera la tierra

al dvornik sino a ellos, prometiendo que la pagarían bien. La señora aceptó. Entonces los campesinos se esforzaron en ponerse de acuerdo para comprar toda la tierra en común. Tuvieron varias asambleas, pero no pudieron decidir nada. El diablo los hacía enfadarse cada vez y no podían llegar a ningún acuerdo. Al fin decidieron que cada hombre compraría cuanta tierra pudiese. La señora aceptó aún esto. Pakhom escuchó que un vecino había comprado sesenta fanegas, y que la señora había consentido a que le pagara la mitad de la suma y la otra mitad liquidada en dos años. Pakhom tuvo envidia. Van a comprar toda la tierra, pensó, y yo no tendré nada. Habló de ello a su mujer.

— Todo el mundo compra, dijo, y es necesario que nosotros también compremos treinta fanegas. No podemos hacer otra cosa. Ese dvornik nos arruinará con sus multas.

Tenían ya ahorrados un centenar de rublos. Vendieron luego el potro y la mitad de las ovejas; alquilaron a su hijo como peón de campo, y así terminaron por reunir la mitad de la suma.

Cuando tuvo el dinero, Pakhom escogió cincuenta fanegas con un poco de bosque, y se fue a casa de la señora para iniciar la compra. Lo arreglaron todo y Pakhom pagó un adelanto. Luego se fueron a la ciudad para escriturar las tierras, pagando Pakhom la mitad de la suma de compra, prometiendo pagar la otra en dos años.

Pakhom se fue, pues, a su propia tierra. Pidió prestadas semillas, las sembró en los nuevos campos y recogió una bella cosecha. En un año pagó todo lo que debía, a la señora y su cuñado, volviéndose un propietario de tierras. Labraba y sembraba su propia tierra, hacía pacer a sus animales en su prado, segaba su propio heno y cortaba sus propios árboles. Cada vez que salía para arar su propia tierra, que ahora le pertenecía para siempre, o para mirar a las mieses o al prado, su corazón se llenaba de alegría. La hierba y las flores le parecían completamente diferentes a las otras. En otros tiempos, a veces había pasado por allí, y aquel lote de tierra no le había parecido diferente a ninguna otra tierra; pero ahora era un lugar raro y extraordinario.

Así vivía Pakhom y se sentía feliz. Y todo hubiera marchado bien si solamente los campesinos no hubiesen empezado a invadir los campos y los prados del prójimo. El se quejó y les advirtió varias veces que no lo hicieran, pero inútilmente. Un día eran los pastores que dejaban a las vacas vagabundear en los prados; la noche siguiente los caballos rompían los cercos y se metían por las mieses. Pakhom los expulsaba y los perdonaba muchas veces, sin querer recurrir a la ley. Pero pensaba: « No los podré perdonar siempre, pues acabarían por engullirse toda mi propiedad. Precisa que les dé una lección ».

Les dió, pues, una lección, una vez, dos veces, en el tribunal; se citó a varios campesinos y se los multó. Entonces los campesinos se enfadaron e hicieron daño intencionadamente a Pakhom. Una noche, uno de ellos fue a su bosque, cortó

una docena de tilos y se llevó sus cortezas para hacer zapatos. La primera vez que Pakhom fue al bosque, vió un claro entre los árboles. Avanzó; los árboles estaban por el suelo, mientras que los tocones emergían entre ellos.

Pakhom se puso furioso: « Maldito sea quien me ha hecho esto », exclamó. Si pudiera saber quién ha sido, me las pagaría ».

Pensaba y pensaba: ¿Quién puede haber sido? « Debe de ser Simón, dijo en fin; sólo él puede haber hecho esto ». Fue, pues, al patio de Simón y miró por todo, pero no encontró ninguna corteza, con el resultado de enfadarse con Simón por nada. Pero después de todo creía estar en lo cierto de que Simón era quien había hecho el golpe. Por lo tanto lo denunció al tribunal. Simón fue perseguido una vez, dos veces. Por último, le dejaron libre, pues no tenían ninguna prueba contra él.

« Protegéis a los ladrones, dijo. Si vivierais honradamente vosotros mismos, no los dejaríais libres ». Así Pakhom se enfadó con los jueces y con los vecinos. Estos acabaron por amenazarle con prenderle fuego a la casa y a los bosques si no los dejaba tranquilos.

Pakhom tenía ahora mucho más espacio para sus labranzas, pero había menos espacio para él en el mundo.

## —II—

Un poco después se corrió la noticia de que muchos se marchaban para establecerse en nuevas tierras. Y Pakhom pensó: « No me agradaría a mí dejar mi tierra, pero si algunos de mis paisanos debieran partir, tendríamos más lugar aquí. Yo compraría sus tierras, y se viviría mucho mejor. Ya somos demasiados aquí ».

Un día, Pakhom estaba sentado cerca de su puerta cuando un campesino nómada se le acercó. Le dieron de comer y lo invitaron a que pasara la noche en su casa. Luego empezaron a conversar y le preguntaron de dónde venía. El campesino les contestó que del Sur, del Volga, en donde había trabajado. Poco a poco les contó cómo iban allí las gentes y se establecían; cómo algunos campesinos de su villorrio habían ido allí, habiendo sido recibidos por la comunidad, habiendo recibido cada uno treinta fanegas de tierra. « La tierra es tan buena, dijo, que cuando se siembra centeno, crece lo bastante como para esconder a un caballo, y tan espesa, que con cinco puñados se puede hacer una gavilla. Un campesino que llegó allí completamente pobre y que para trabajar no tenía nada más que sus manos, es ahora dueño de seis caballos y de dos vacas ».

El corazón de Pakhom se inflamó.

« ¿Para qué sufrir en este lugar abarrotado, pensó, cuando allí podríamos vivir tan bien? Vendería mi casa y mi tierra, y con el dinero que lograra me marcharía allí. Aquí, en este pozo tan poblado siempre hay dificultades. Solamente lo que tengo que hacer es darme bien cuenta por mí mismo de todo lo que este campesino dice ».

Partió en la primavera. Descendió por el Volga en barco hasta Samara. Luego viajó a pie casi trescientas millas, y acabó por llegar al lugar. Encontró que todo era verdad, exactamente como se lo habían contado. Los campesinos vivían confortablemente, y cada uno de ellos había recibido treinta fanegas. Todos los recién llegados eran bien acogidos por la comunidad. Y si alguno de ellos tenía dinero podía comprar cuanta tierra quisiese para su propiedad privada, además de su lote. La mejor tierra solamente costaba dos chelines por fanega, y se podía comprar cuanta se quisiese.

Pakhom se enteró de cuanto quería saber. Luego regresó a casa al comienzo del otoño, y se puso en seguida a vender. Vendió su tierra con un buen beneficio, vendió su casa y sus animales, hizo borrar su nombre como componente del villorrio, y a la primavera siguiente partió con su familia para su nueva residencia.

Llegó por fin a las nuevas tierras y se hizo inscribir en una de las comunidades del pueblo más grande. Dió una fiesta a los viejos del lugar, puso en orden todos sus papeles, fue recibido oficialmente en la comunidad y se le entregaron ciento cincuenta fanegas en lotes separados para los cinco miembros de la familia, sin contar los pastos. Construyó una casa y compró animales. Tenía ahora tres veces más tierra que antes, y la tierra era muy buena. Tenía abundancia a la vez de tierras de trigo y de forraje, pudiendo criar cuanto ganado le viniera en gana.

En seguida, mientras construía y arreglaba su nueva propiedad, Pakhom estaba contento de todo; pero más tarde empezó a darse cuenta de que también allí se sentía apesadumbrado. El primer año sembró trigo candeal en una parte de su lote y cosechó mucho. Entonces deseó sembrar más trigo candeal, pero « no tenía bastante tierra y la que tenía no era conveniente para tal propósito ». En aquellos lugares se cultivaba el trigo en campos de barbecho. Se lo siembra un año, dos años, y luego se lo deja estéril hasta que la hierba crezca. Esta clase de tierra para el trigo es muy buscada, y no hay bastante para todos.

También allí había disputas; los campesinos ricos cultivaban sus tierras ellos mismos, pero los pobres debían alquilar las suyas a los comerciantes, que por ello les pagaban sus impuestos, so pena de que pidieran prestado el dinero.

Pakhom deseaba sembrar un lote de trigo candeal; al año siguiente fue, pues, a ver a un comerciante y le alquiló por un año otro pedazo de tierra. El trigo candeal dió una buena cosecha, pero había que cargarlo hasta la ciudad, a dos millas de allí. Pakhom veía que los campesinos

comerciantes que vivían cerca de él, tenían muy buenas casas y se enriquecían. « Hay que seguir su ejemplo, pensó; si solamente pudiera tener como propiedad bastante tierra, me haría una buena casa y ya no desearía más ». Y en lo sucesivo buscó cómo podría encontrar un buen lote de tierra bien grande, que fuera de su única propiedad para siempre.

Pasaron así tres años. Cada año, Pakhom alquilaba un lote de tierra en el que sembraba trigo. Los años fueron buenos y las cosechas abundantes; y Pakhom empezó a reunir un pequeño tesoro. Vivía ahora muy confortablemente, pero se cansaba de tener que alquilar cada año más tierra, con sus consiguientes sinsabores. En seguida que había un buen lote de tierra en venta, de todas partes se precipitaban, y en menos que se abren los ojos ya había sido comprada; y si uno llegaba un poco tarde, ya no quedaba nada para sembrar. Una vez se puso de acuerdo con un comerciante para comprar un prado; y cuando lo hubieron labrado, los campesinos que lo habían vendido se disputaron, y todo el trabajo se perdió. « Si solamente tuviera yo toda la tierra suficiente », pensaba Pakhom.

Entonces Pakhom se puso a averiguar dónde podría comprar dicha tierra; acabando por encontrar a un campesino que poseía mil quinientas fanegas y que las vendía baratas porque se encontraba necesitado. Pakhom se puso en tratos con él, regateó y acabaron por ponerse de acuerdo en el sentido de que costarían mil quinientos rublos, la mitad de la suma en el momento de cerrar el trato, y la otra mitad más tarde. El negocio estaba hecho cuando pasó por su casa un campesino nómada, quien le pidió a Pakhom un poco de comida.

Bebieron un vaso de té y se pusieron a conversar. El campesino dijo que venía de la comarca de los Baskiros, muy lejos; en donde había comprado cinco mil fanegas por mil rublos.

Pakhom le hizo numerosas preguntas.

— Lo que hay que hacer es ponerse a los viejos Baskiros del lado de uno, dijo el campesino. Yo les di ropas de dormir y un tapiz que me había costado cien rublos, como también un cajón de té; les di una fiesta con un poco de vino, y logré así que me vendieran la tierra a veinte kopecks por fanega. La tierra está bordeada por un pequeño arroyo y toda cubierta de pasto. El campesino le enseñó sus títulos y Pakhom se puso a interrogarle aún más: ¿Cuánta era la tierra que había allí? ¿A quién pertenecía?

— Allá la tierra no tiene límites, dijo el campesino; en un año no podríais recorrerla, y es toda de los Baskiros. Las gentes son tan tontas como los carneros. Se puede conseguir la tierra casi por nada.

« Y bien, pensó Pakhom ¿por qué pagaría yo mil quinientos rublos por mil quinientas fanegas, además de endeudarme, cuando con mil rublos podría tener cuanto tierra quisiese? ».

Pakhom se informó de cómo se iba a aquella comarca y desde que el campesino se fue, hizo sus



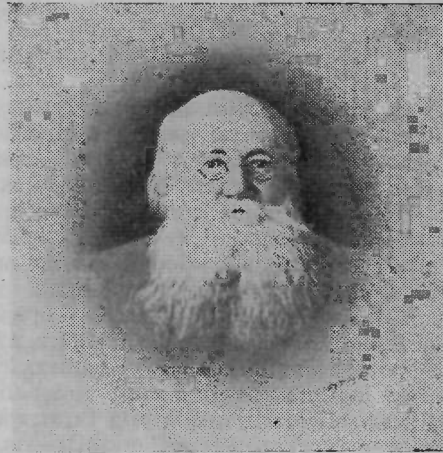
# La herencia intelectual de Kropotkin

**H**ACE tiempo un compañero de los que más han leído, y de los que más leen, nos recordaba, dando a conocer una serie de efemérides, el ciento diez aniversario del nacimiento de Pedro Kropotkin. A título de curiosidad no deja de revestir cierto interés el evocar determinadas efemérides, sin que ello suponga, por supuesto, el que tengamos que centrar un diapasón de alabanzas o execraciones a fecha fija y a tono con las figuras o hechos evocados.

Sería una afirmación aventurada el decir que a Kropotkin se le tiene olvidado. Mas, lo que ya no es tan desacertado, es señalar que, particularmente entre los jóvenes libertarios, bastantes son los que de él apenas si han leído algo. Tan sólo saben que ha sido uno de los pensadores más representativos del anarquismo. Importa decir también que la casi totalidad de quienes no han leído sus obras es porque a ello no han sido incitados; porque no se les ha demostrado lo que ellas significan, o simplemente, porque apenas leen, llevados de esa negligencia, esa pereza mental que, desgraciadamente, a muchos les caracteriza. Agreguemos que no es cosa de tomar en serio a algún que otro pedantuelo — en todas partes los hay — que consideran mejor citar a media docena de autores a la moda que hablar de « esas viejas barbas del anarquismo ». Recuerdo que no hace mucho tiempo tuve ocasión de hablar con dos jóvenes libertarios, henchidos de suficiencia, a quienes parecía cosa anticuada, fuera de lugar, hablar del « Quijote ». Incluso con el aire despectivo que hubieran podido emplear hablando de cualquier novelucha folletinesca de Luis de Val o Contreras, manifestaban no haberse dignado perder el tiempo leyendo la inmortal obra de Cervantes.

Kropotkin es uno de los autores, la mayor parte de cuyas obras pueden releerse siempre con pro-

preparativos para la marcha. Dejó a su mujer para que cuidara la casa, se llevó con él a su peón de campo, y se puso en ruta. Por el camino se detuvieron en una ciudad, donde compraron vino, té y regalos, como el campesino había aconsejado. Viajaron durante trescientas millas y al séptimo día acabaron por llegar a la comarca de los Baskiros. Todo era allí exactamente como el campesino había mencionado. Las gentes vivían en las estepas cerca del río, en carros cubiertos de pieles. No labraban la tierra y no comían pan. Los caballos y demás animales pacían en grandes baños por las estepas. Los potros estaban atados detrás de los carros y les traían las yeguas dos veces por día. Con la leche hacían té y kumis, comer carne de oveja y cantar canciones con sus caramillos.



vecho y agrado, con atención sostenida. Y si convenimos en que pueden releerse, ni que decir tiene que ha de ser aprovechable su lectura para aquellos que no la han leído.

Kropotkin, con el ejemplo de su propia vida, nos demostró cómo, si se tiene un amplio concepto de la dignidad humana, el ambiente en que el individuo se haya desarrollado no influye en las ideas de éste. He ahí un libro de memorias magnífico: « Autour d'une vie », o « Memorias de un revolucionario », como creo se titula la traducción española. Pedro Kropotkin narra su propia existencia; regalada vida de príncipe ruso, rodeado de toda suerte de comodidades, mimado por todos, sin conocer privaciones, beneficiándose de una esmerada instrucción y con un brillante porvenir asegurado. Pero en el pecho de este hombre emparentado con la alta nobleza rusa, viviendo con ella, rico y adulado, brota un anhelo de justicia social, un ansia de fraternidad humana. Y, en pos de este apostolado laico, tomando como lema la verdad, la justicia, la fraternidad y la libertad, rompe con los lazos familiares y de posición social. Vive una existencia de revolucionario y de filósofo. Se abre camino en la empresa conspirativa y lanza a todos los vientos la semilla de la propaganda. Ideas manumisoras que ven la luz en folletos, artículos de periódicos y revistas, así como en conferencias, antes de cuajar de un modo más amplio y profundo en el texto de los libros.

Eliseo Reclus, hermanado en concepciones y voluntad con Kropotkin, tuvo la feliz idea de iniciar que se recogieran en un volumen toda una serie de artículos del pensador ruso. A ello se debe que fuesen publicados los dos conocidos libros que llevan por título « La conquista del pan » y « Palabras de un rebelde ». En su mayor parte,

los trabajos incluidos en los citados volúmenes son de simple propaganda; prosa de combate, emergiendo con lógica inflexible de la realidad, de las constataciones del vivir social cotidiano. Constituye el texto de los dos libros mencionados una parte de la considerable labor de proselitismo incansable llevada a cabo en los medios obreros y revolucionarios a base de conferencias, en asambleas, en comicios donde hacía falta sentar posiciones claras y contundentes, y en las columnas deperiódicos y revistas de orientación libertaria.

Pero Kropotkin no es tan sólo el agitador, tenaz y convincente, que sabe despertar inquietudes en el ambiente popular. Hay en él una inteligencia nada común para adentrarse por todos los caminos de la cultura, dejando con sus investigaciones profunda huella. Deseando poner de relieve los factores que determinan y pueden determinar una conmoción social de tipo revolucionario, escribió «La Gran Revolución», estudio serio y original en torno a la Revolución francesa de 1789 a 1793. En este libro se evidencia la acción constructiva y justiciera de las masas anónimas, independientemente del sesgo directriz que a ella le dieron unas cuantas figuras representativas, enquistadas en las funciones de tipo estatal. «La humanidad —decía Kropotkin en las últimas páginas de la obra mencionada— marcha de etapa en etapa, y estas etapas están fijadas en el espacio de centenares de años por grandes revolucionarios». Y se preguntaba: «¿Cuál será la nación que se hará suya la tarea terrible y gloriosa de la próxima gran revolución?» ¿Cuántas profundas deducciones hubiera podido hacer el autor de «La conquista del pan», en un estudio comparativo de la Revolución francesa con la Revolución española de julio del 36!

Vivió Kropotkin, ya en su madurez, un período en que se exaltaba, con frases rimbombantes, el valor de la ciencia como incuestionable vehículo de progreso. De la ciencia se esperaban toda suerte de bienandanzas, culminando en la humana felicidad. De ahí, que escribiera su libro «La Ciencia Moderna y el Anarquismo», para poner de relieve, de un modo claro y preciso, el que tomando como principio los conocimientos ofrecidos por las ciencias históricas, por la Sociología y la Filosofía, queda robustecido, sentado de un modo firme, concluyente el ideario anarquista. Un naturalista genial, Carlos Darwin, había expuesto las premisas del origen del hombre y de las especies. Se habló entonces; y se puso en moda lo de «la lucha por la vida», una supuesta selección natural de los

seres más aptos y mejor favorecidos por la Naturaleza en detrimento de aquellos de condiciones físicamente inferiores. Economistas y pensadores de formación burguesa pretendieron justificar científicamente con su pseudo darwinismo el desbarajuste social. A ello respondió Kropotkin con su magnífica obra «El apoyo mutuo», demostrando con argumentos científicos, con atestaciones comprobadas, cómo la lucha ciega, brutal, entre las especies, no ha sido en el pasado ni tiene por qué serlo en el presente y el futuro norma de vida. De ahí que científicamente hablara de la ayuda mutua entre los animales, entre los salvajes, entre los bárbaros, en las ciudades medioevales, e incluso en la vida moderna. «El apoyo mutuo» puede considerarse como la obra más representativa, con ser importantes todas las demás. Cuando con propósitos de mistificación se pretende enfrentar la ciencia social con el anarquismo «El apoyo mutuo» representa un formidable alegato en favor de lo que es fundamental para nuestras ideas: la solidaridad, el espíritu de ayuda como factor de progreso y de renovación social.

Ya al fin de su larga vida, además de las citadas obras y otras que omito, quiso Kropotkin plasmar ampliamente en un volumen, lo que en sí representa el origen y evolución de la Moral. Quería demostrar cómo, una ética consubstancial con los más arraigados principios humanitarios y de justicia, está encarnada en el anarquismo. Falleció antes de haber podido dar fin a su obra. Pero lo que de ella conservamos, la «Ética», nos muestra de un modo claro lo que hubiera podido ser su libro. En la obra citada hay un vasto cúmulo de ideas sobre moral, desde los más representativos moralistas de la antigua Grecia hasta el malogrado Guyau, por quien Kropotkin sentía franca admiración dada la justeza de sus conclusiones en materia de moral.

Rica en ideas es la herencia intelectual que nos ha legado Kropotkin. Lo mismo el hombre culto quien tan sólo posee una instrucción elemental, pueden en los libros de Kropotkin hallar materia de estudio, sanas sugerencias, rico caudal de conocimiento.

De Pedro Kropotkin decía Georges Brandés: «Es un revolucionario sin énfasis y sin emblema.» En él se aunaba el hombre de acción y el sabio, capaz para la actividad insurgente y para el estudio. ¿Es que acaso no podemos decir que es ella, para todos los tiempos, una característica bien ejemplar?

FONTAURA







## Las parábolas cínicas

# La bellota generosa

**P**ARA qué filosofar? dijo Teomano. Toda la ley se resume en una palabra: Amar.

— ¿Amar a quién? interrogó Eubulo.

— Amarlo todo. Primeramente, amar por encima de todos los seres y de todas las cosas, al Dios que ha creado a los hombres; que ha hecho la tierra para que les sirva de morada; que ha desplegado el cielo encima de sus cabezas, gloriosamente; que hace madurar a los frutos que les sirven de alimento y, para refrescarlos, hace manar aguas vivas. Amar en seguida a sus criaturas y particularmente a los otros hombres en quien podemos — como un hermano emocionado cree ver en la cara de su hermano, la sonrisa de los padres ausentes y su propia sonrisa — reconocer la imagen del Creador y nuestras propias imágenes. Pues está permitido de proclamar ante todos esta enseñanza de los misterios, a saber, que estamos hechos a semejanza de Dios.

Eubulo, seducido, sonreía. Pero Teomano continuaba:

— ¡Nos ha dado todo! Y como en cada instante él es el todo, por miriadas de regalos ofrecidos por miriadas de manos luminosas, él se da constantemente. Imitémosle. Es la sola virtud y la sola felicidad.

Teomano no podía ya hablar más, como cuando se padece una alegría demasiado fuerte, balbuceaba:

— Darse, ¡oh!, darse...

— Maestro, dijo Eubulo. Teomano es grande.

— No hay más grandeza humana que la sabiduría, objetó Psicodoro. Y Teomano no es sabio, si ignora la hora y la manera de darse.

— Siempre, siempre, afirmó el baluceo del iniciado, siempre hay que darse. Y de todos los modos...

A lo cual, el viejo filósofo le interrumpió diciendo:

— Escuchad, pues, una parábola, impacientes hijos míos:

..

Una bellota, caída de la encina, cantaba en el suelo un canto desatinado:

— Amo, amo y quiero entregarme.

— Niño pobre, dijo la encina, mucho podrás dar más tarde si ahora te niegas a ello. Pues el deber de la bellota no es darse, sino realizarse. Deshízate silenciosamente hacia la soledad. A lo largo del camino, escóndete entre las hojas, en las

piedras y entre los guijarros, no sea que seas vista por un bestia ávida. Cuando hayas encontrado tu desierto, húndete profundamente en el suelo. Que todos ignoren por mucho tiempo la propia obra que en tí mismo haces y que tus raíces se deslicen, cual serpientes, buscando, para hacerlos vida, a los jugos adormecidos de la tierra. Erígete poco a poco, engrándecete y desarróllate. No te inquietes por la soledad que te rodea y no llames enemiga a esta protectora de tu debilidad. Más tarde, tu belleza será la potente llamada que puebla una comarca. Entonces los dedos del viento harán estremecer a cada una de tus ramas como a una cuerda melodiosa y serás tú la vasta lira, encrucijada que canta. Serás el abrigo y la sombra. Como los corautas conocen el corifeo y danzan en armonía con su danza, los pájaros te conocerán, y sus alas y sus gargantas vibrarán sobre el ritmo de tus ramas. Los jóvenes cuyo amor es perseguido conocerán el camino que conduce hacia tu gran tronco para darse sus besos. Así vivirás bajo cascadas de luz, cobijando un mundo cargado de nidos que gorjean y de pensamientos que tiemblan.

Pero la bellota obstinada ni siquiera escuchaba, pues siempre exclamaba:

— ¡Darme, darne!

Tampoco se escondía, ofreciéndose cual presa. No obstante hizo un esfuerzo. Quiso escapar a los inoportunos consejos o, como pensaba, a las habladurías de un viejo. Trató, pues, de rodar hacia el camino a fin de aumentar sus posibilidades de ser visto y de darse.

Lo que al cabo logró.

Una piara de cerdos pasó por allí, entre gruñidos. La bellota generosa tuvo la alegría que buscaba. Fue triturada entre dientes deslumbrantes. Así se volvió un poco de estiércol y un poco de carne que se revuelca entre el barro.

..

— Hijos míos, concluyó Psicodoro, esforzaos en ser potentes y armoniosos. Por este medio os daréis y os daréis mucho. Pero el impaciente que quiere darse en vez de realizarse, comete un crimen múltiple: se destruye, él, que representa un vasto porvenir de sombra y de canciones; da poco y da mal a quien vale menos que él.

HAN RYNER

(Trad. V. M.)

## Precursores de la educación

# Elena Key

**C**UANDO se incursiona por la vida, formación e inclinaciones de las mujeres que en el siglo pasado surgieron como luminarias en las inquietudes de su época, nos damos cuenta de que su idiosincrasia suele destacarse por un sentido propio de responsabilidad, por un consciente YO que burila su personalidad, por un corazón que se inclina bondadoso al dolor humano, por un afán de mejora del individuo para mejorar a la sociedad de que forma parte, la que se desea en perenne dignificación.

Luisa Michel, por ejemplo, se entrega como enfermera y madrecita a los inquietos de la Comuna de París; Concepción Arenal se desvive para solucionar el problema que afecta a los castigados por una «justicia» con frecuencia confusa y tirana; Clemencia Royer, nos da la pauta para estimar al átomo como motor del mundo; madame Curie, procura hallar en la ciencia algo que beneficie a la humana grey; madame Yoteyko, busca en la educación de la mujer el fundamento de una sociedad razonable por el comportamiento de sus seres; Séverine, brega para terminar con los crímenes guerreros; la doctora Magdalena Pelletier lucha para el laicismo escolar en un sentido profundamente humano y racional; Magdalena Vernet, en su «Avenir Social», trata de dar forma y vida al problema de la escuela liberada de toda intromisión extraña a los intereses de los padres y de la personalidad del niño; en fin, las mujeres del siglo pasado y comienzos del presente, vibraron al impulso de una bondad generosa y noble y se formaron y movieron en un ambiente libre de rutinas, de tradiciones cómodas, de culpas a seres imaginarios cuando del bien y del mal se trata, o de fatalismos adaptados a todas las conveniencias y excusas de la voluntad tambaleante.

Elena Key, la admirable mujer sueca, educadora y feminista razonable, no sufragista ni atávica, no podía escapar a esa norma formativa en su vivir de niña y de mujer que capta la realidad ambiente.

«He nacido —nos dice— para vivir en el campo y en la soledad en que me he formado; pero he sido educada para la actividad social y por la simpatía humana», para añadir en seguida: «El individualista que tiene la pasión de juzgarse un ser único y de exteriorizar las intimidades de su Yo, no disfrutará nunca de una existencia fecunda; en cambio el hombre sociable sabrá adquirir con su propia vida y con la de otros, riquezas y encantos siempre nuevos», todo lo cual nos ofrece el convencimiento de su comportamiento generoso y noble para cumplir su vocación voluntariamente impuesta y abnegadamente sentida.

Nace Elena Key en diciembre de 1849, de madre perteneciente a familia aristocrática y de padre de espíritu despierto, cultivado y luchador como periodista defensor del racionalismo filosófico y de las ideas que se abrían camino en las lides del pensamiento libre.

Por causa de diferencias confesionales entre las dos familias de sus padres, éstos no pudieron contraer matrimonio «legal», pero supieron consagrarse a su hija y procuraron darle una educación de acuerdo a los ideales de los filósofos y humanistas de mayor profundidad, entre los que



Rousseau figuraba en primer término.

Y la niña, sin sujetarse a métodos, sin concurrir asiduamente a la escuela, teniendo a la Naturaleza y a sus padres y relaciones selectas de la inteligencia como cultores, aprendre a leer, luego el francés y el alemán con gran facilidad, tanta era su vocación y anhelos de saber y de valerse a sí misma, y tal el cuidado de los padres que la quisieron libre y buena con gran sentido de responsabilidad y de consciente valimiento.

Llegada la época de regularizar sus actividades, de imprimir un tono a sus actos, de inquirir en las cosas de la vida, Key sufre algunas dudas, se enreda en algún escepticismo turbador que sus momentos de meditación de joven entrando en la vida, la tientan para el suicidio, mas, bien pronto se recupera y comprende que aquel momento de debilidad debe trocarse en valor para la lucha propia y la de los demás que a su vez contempla desdichados por un lado, misérrimos por otro, castigados por el infortunio, la ignorancia y la explotación por doquier en que el maquinismo favorece sólo a una de las partes.

Y desde este momento, su vida toma un rumbo definido y se entrega de lleno a una lucha sin reposo para lograr la emancipación de la mujer, la liberación del hombre, la dignificación del niño con lo que poder llegar a la estructuración de una sociedad justa, equitativa, buena, armoniosa y libre como debiera ser la formada por todos los seres después de tantos siglos de experiencias y de sinsabores infructuosos.

Ibsen, Strinberg, Nietzsche, Rousseau, entre otros, le ofrece base para sus afanes perfectivos de la especie, llevando como ideal ese anhelo de cultura para todos, de luz en las mentes, de equilibrio en las cosas, y entonces sus escritos, sus arengas, sus actos, se convierten en piqueta demoledora de lo que estima dañino y retrógrado, llevando en sí los materiales para construir algo sublime sustitutivo de lo rutinario y ofuscador.

Ya en 1874 se la quiso encargar de la dirección de una escuela primaria, pero no se sentía con fuerzas para soportar el ordenamiento de carril, y prefirió afinar mejor su vocación y su capacidad, hasta que se decide a ingresar como profesora en un colegio de muchachas de gran reputación, notándose en seguida su influencia, y sus alumnas bien pronto reconocieron que las explicaciones de la joven Key constituían para ellas horas estimables de inefable recogimiento, en que su espíritu se iba nutriendo de pensamientos elevados e ideales confortadores que las estimulaban a proseguir en los estudios, siempre con mayor solicitud y júbilo.

No intentó Key encaminar su trabajo de educadora, hacia una didáctica escueta; preparaba a sus alumnas para hacerlas mujeres afables, diligentes, conscientes del deber y celosas de la misión altísima que las llevaba a cultivar la inteligencia y modelar el carácter.

Pero, a su vez, nuestra educadora quiso contemplar su obra, y desde 1893 a 1900, desarrolló, en el Instituto Obrero de la capital de Suecia, fundado por el sexólogo Antonio Nistrom, una activa campaña de divulgación científica, de extensión universitaria, logrando dar forma a sus inclinaciones e ideas innovadoras de infundir un sentido integral y armónico a la enseñanza.

Y desde 1887 hasta 1900, son ininidad las obras que escribió, culminando en su «El Siglo de los Niños», prosiguiendo esa labor intelectual hasta 1922 que diera fin a su obra «La Mujer y la Guerra Mundial».

Jamás cejó en su lucha en bien de la humanidad y cuando tenía derecho al descanso, terminó sus días en Estocolmo en mayo de 1926, sin haber podido contemplar ni un resplandor de sus anhelos en esta desventurada especie que día a día va más hacia el vacío y que ella quería elevada y en evolución continua. Tal vez el resumen de su acción, lo hallemos concretado en la síntesis que escribiera el amigo Eugenio Relgis hablando de ella: «Elena Key —dijo— ha luchado por todos los ideales elevados y nobles, y ha sabido hacer de su personalidad y de su propia vida un gran ejemplo de trabajo, de abnegación y de bondad».

Quedan, pues, sus doctrinas educativas, no pedagógicas ni reglamentaristas, que son, cada día más, un

motivo a tener en cuenta cuando el mundo se aquiete y tome la senda, y mejor, el atajo, de su evolución liberadora y humana.

Su ideario como educadora, lo hallamos entre sus muchas obras, en la ya citada, o sea «El Siglo de los Niños». Entre los principales sustantivos, podemos consignar sus consejos: «Enseñad a los niños a guiar, a contener sus pasiones, pero no tratéis de sofocarlas», porque el niño es un ser que se pertenece, y por eso agrega: «La educación llegará a ser ciencia y arte sólo cuando esté basada en la convicción de que por una parte no pueden ser eliminadas las consecuencias de nuestros errores, y por lo tanto siempre deberemos sufrirlas, y por otra parte, la evolución y una adaptación lenta pueden transformar los defectos en cualidades. Ya nadie creará en los milagros que pueden obrar los castigos y las impresiones violentas. Se aplicará a la psicología el principio de la indestructibilidad de la materia, y se sabrá que una disposición general no puede ser arrancada sino solamente corregida, transformada, ennoblecida...»

Elena Key señala: «No quiero decir que tengamos que guiarles, obligándoles a ser como quisiéramos que fuesen, sino que debemos hacerles imitar nuestro ejemplo sin que se den de ello cuenta. No quiero decir que les tratemos con violencia o con astucia, sino con su misma seriedad y honradez.»

Cabe subrayar que los anhelos de Key en sus afanes educativos, no son mera retórica, mera teoría, no; pone el alma, la convicción ferviente y siempre que tuvo oportunidad, en su acción educadora, puso el ejemplo. Claro que para ello del mismo modo que se impone crear una escuela con alma y espíritu humanizado, debería contarse también, con maestros vocacionales, apóstoles de la educación, no sujetos al ordenancismo reglamentarista, sino conscientes de su labor libremente ejercida sin las trabas de una economía compleja o sutil y sin el embrollo de un funcionarismo simplemente burocrático o silogista.

Y va lejos aun en su discriminación. Dice: «El error más grande de la educación actual, es el de ocuparse demasiado de los niños. El ideal de la educación futura será crearles un ambiente bello, en el sentido más extenso y elevado de la palabra, en donde podrán crecer y moverse libre-

mente, teniendo por única limitación los derechos intangibles de los demás. Sólo entonces conseguiran penetrar los adultos en el reino actual, mente casi desconocido del alma infantil.»

¿Por qué no podemos admirar en la realidad de la educación en todos los pueblos, a pesar de los intentos o ensayos de rutina o de acomodo, que se prodigan con demasiada frecuencia y con excesivo sentido de verbalismo, los aianes doctrinales de los precusores de la educación? Tal vez Key nos lo explique:

«El niño —señala—, tiene un mundo nuevo e infinito que estudiar, explorar y conquistar, y sólo encuentra obstáculos, avisos y prohibiciones inoportunas. Debe siempre hacer, dejar de hacer, buscar o querer algo que no es aquello que haría, buscaría o querría espontáneamente; y es impulsando sin descanso en sentido opuesto a sus tendencias. Todo, naturalmente, por amor, por cariño, por deseo mal entendido de ayudar, aconsejar y dirigir, y también por la ambición de moldear con aquella blanca arcilla humana, un ejemplar perfecto en la especie de niños-modelo.»

Pero se cruza, en esta implantación posible del respeto y estima racional del niño como entidad, la trabazón social, la complejidad de la vida, una economía asaz ingrata, todo lo que, si el tiempo lo permitiera en esas breves síntesis, podríamos estudiar a través de las muchas obras de la notable luchadora que había en Key. No obstante, sería de desear que cuantos se sientan más cerca del apóstol que del burócrata rutinario, procuraran estudiar sus teorías y convertirlas en realidad en lo posible, que ya sería el cumplimiento de un bien a la humana grey futura, en esa inmensa desventura que soporamos.

Para terminar, digamos con ella: «Quien quiera educar hombres y no muchedumbres, debe seguir el precepto del gran Stein: «cultivar todos los impulsos de los cuales depende el valor y la energía del hombre». Esto sucederá solamente cuando enseñemos lo más posible a los niños las ventajas y peligros de la libertad, los derechos individuales, la responsabilidad de sus propias acciones, las condiciones y deberes del libre albedrío, en una palabra, todo aquello que el asilo combate.»

# LA VIDA Y LOS LIBROS

EL VATICANO CONTRA EUROPA (1)

## LOS PAPAS Y LA POLITICA MUNDIAL

**B**AJO una forma u otra, con palabras siempre aleatorias, propias a todo lenguaje, «profético», diplomático y de engaño, los papas siempre han estado al lado de los poderosos. El poderío más reciente, el más autoritario, fue el de Alemania, tanto la del 14 como la del 39. Sobre este país la posición del papado queda resumida en la siguiente declaración: «Alemania puede haber cometido faltas; podría ser responsable de todas las desgracias humanas; pero Alemania tiene la fuerza, es más fuerte que nadie y esto es un mérito que borra muchas cosas.»

Benito XV trabajó e hizo todo lo que pudo para impedir que los Estados Unidos de Norteamérica entrasen en guerra al lado de los aliados y ésto ya durante el primer conflicto mundial. Uno de los actos jurídica y humanamente reprobables que registró la historia concierne a la violación de la neutralidad belga, ocurrida en la noche del 2 al 3 de agosto de 1914, por parte de la soldadesca alemana. Juristas internacionales, trabajadores de todas las tendencias sociales, humanistas y gentes liberales condenaron tal actitud de la autoridad alemana. Sólo la Santa Sede se calló. Callóse el Vaticano, pero se preocupó de que hablasen sus agentes y de que se pronunciasen de forma que los belgas quedaban mal parados. Gran barullo se armó cuando un sujeto llamado Angelucci, cura de San Marcelo, intentó justificar el desencadenamiento de la guerra diciendo que los efectos desastrosos, la secuela de la Revolución francesa, eran la causa de la guerra que se iba a volcar sobre Europa». El tono de Benito XV en persona era más granuja. Este no condenaba, justificaba: «Los sufrimientos actuales, dijo el tal Benito, nos llegan para expiar las faltas que han permitido que las autoridades públicas y las naciones se hayan alejado de Dios.» En «La supranacionalidad de la Santa Sede» un don Lucantonio acusa al «liberalismo doctrinal» de todos los males que aquejan al mundo: «No puede separarse el poder civil del poder religioso so pena de sufrir, cuando esto ocurre, los más cruentos sacrificios», deseados, claro está, por la Providencia.

Las réplicas que el catolicismo hizo y ha hecho al honrado y honroso libro de Bernanos, «Cementos bajo la luna», están orientados por el mismo lenguaje y dirigidos por el mismo jefe. Los cavernícolas españoles utilizan los mismos adjetivos para calificar los pinitos de izquierdista social que hace en Francia el escritor François Mauriac.

La hacienda episcopal, ya lo vimos en CENIT, número 144, estaba exhausta cuando Benito XV

la diñó, es muy natural que cuando el poder se va de las manos, se va también las ocasiones del robo legal. Colaborador principal de Benito XV era ya, en 1914, el que después, siendo Papa, no vaciló en decorar al hitlerito español con la Gran Cruz de Cristo, la más alta distinción clerical.

En «Santa Teresa de Jesús», el canónigo Coubé, basándose en la enseñanza dada por el Papa Pío IX, justificaba el año 1936 la participación en la guerra y la guerra misma «cuando se hace a favor del catolicismo». «No solamente hay guerras justas, sino que ha habido muy a menudo y puede haberlas aún, guerras santas, aprobadas, prescritas y benditas por el Dios de los ejércitos (palabra bíblica), guerras en las que Dios podría considerar como pecado grave si alguno negase su concurso...» Las cruzadas fueron guerras santas. Pío IX llamó a los católicos a defender, espada en ristre, la Santa Sede... No hay paz para los impíos: **Non est pax impiis...**

Al referirnos al papa Pío IX, habremos de hacer un paralelismo divergente entre la actitud de la población cuando éste murió (1878) y la observada cuando murió Pío XII (1958). La fastuosidad que acompañó al sepelio de este último, la beatitud con la que el mundo, en general, siguió los por menores del entierro de su cadáver, contrasta y dista mucho del intento de la población vis a vis de Pío IX cuando, aprovechando la transferencia del difunto papa, las multitudes quisieron echarlo al Tíber. Hacia la misma época, en el pueblo de Castelserás (Teruel), a falta de papa, los trabajadores, aprovechando una procesión echaron la Virgen al río Guadalupe. Esto como reflejo de lo que los periódicos relataban de lo ocurrido en la Villa Eterna.

La humanidad ha sufrido una evolución. Entonces estábamos en los albores de la Internacional de los trabajadores, había una fe social al margen y contra lo religioso; esto explica lo otro. Hoy los pueblos, tras dos guerras mundiales, se dejan llevar más por el fatalismo. El liberalismo, y con él toda la rebeldía sembrada por el socialismo y el anarquismo, ha sufrido un descenso por no haber sabido, pese a unos y a otros, preservar a la humanidad de las matanzas registradas en los últimos cincuenta años. De las guerras son los pueblos, los trabajadores los que salen derrotados, y estas derrotas repercuten en el ánimo de los mismos. De ahí que aunque libre de responsabilidades reales, el elemento liberal y libertario del mundo paga su impotencia, o su falta de cálculo político; modestos que somos en el enjuiciamiento. De ahí que de los escombros de ambas guerras, el Vaticano saque provecho. Siempre los necróforos se alimentaron de cadáver.

Hoy en todos los campos del pensamiento se pide, la mayoría de las veces sin ton ni son, reno-

vación, cambio, cosas nuevas. Hasta en el propio movimiento anarquista se pide a gritos incierta transformación. Desde luego que en el 99 % de los casos, estas repeticiones no significan nada, son imprecisas, aleatorias, inconcretas, pero son el fiel reflejo de un estado anímico insatisfecho; quizá lo sea tan sólo debido a la superficialidad en la que como formación social se encuentran los que así gritan, quizá( cuando se le pide al anarquismo que cambie, sin señalar qué, cuándo ni cómo, no sea más que resultado de la inconsecuencia humana, genéricamente hablando, pero es ya suficiente sospechoso que ese deseo de cambio, o intercambio de chaqueta, amorfo e insulso, sea casi general. Viene a pelo aquí el recordar nuevamente que este desconcierto general de organismos, conceptos y actitudes, es uno de los objetivos señalados por el Vaticano, convencidos como está que, con la ayuda de Dios... y de los generales, en el río revuelto, el único pescador «genial» que queda es el papa.

Si el papa Pío IX se mordía la lengua antes de lanzar un exabrupto y prefería que éste fuese lanzado por sus allegados —siempre, claro está, para salvar la fachada, solamente—, el que le sucedió Pío X fue más descocado, más lengualudo. Fue un bruto en el más vulgar sentido de la palabra: «Hay que batirse con los puños. En un duelo ni se cuentan ni se miden los golpes. No se hace la guerra practicando la caridad...» ¿No es esto la expresión de cualquier cura de aldea de esos que iban en España cada domingo a «tibarrear» (2) con los mozos más fuertes del pueblo?

Después de este axioma de guerra que para sí y para sus feligreses adoptara Pío X, no es difícil creer cierta la acusación formal de la que fue objeto, según la cual, Giuseppe Sarto, alias Pío X, fuera el mayor animador del emperador Francisco José para que agrediera Servia en nombre de los imperios centrales.

Sarto y Merry del Vall, cardenal español, fueron los responsables durante muchos años de la política vaticana. Para Pío X, como para su anterior en orden numeral, discutir es ya prueba de falta de autoridad, de ahí que se denominara también el papa del «non possumus». Caracterizado sobre todo por su odio a los ortodoxos, pedía sin cesar un «castigo a la Servia». Sin su insistencia probablemente no hubiese habido atentado de Sarajevo, pretexto para desencadenar la guerra europea, ni hubiese tenido lugar la misma guerra.

Pero... sin las dos guerras mundiales, en una era de paz laica y de fe en el progreso, ¿dónde estaría ahora la Iglesia y sus reminiscencias de hechiceros y brujas?

Mas la política vaticana no cambia de chaqueta cada mes, sólo cambia el estilo, según conviene a la defensa de sus intereses mundanos. Es así como se comprende que a una orientación política de puro belicismo llevada a cabo por los papas IX y X, no podía más que suceder otro papa que confirmase la trayectoria heredada. Con Pío XI surge, no obstante, un simulacro de divergencia alimentado e inspirado por los jesuitas. Pío XI en

cuanto se vio con la tiara encima ya se mostró con simpatía hacia el famoso Hitler. Hablar del Anschluss es mentar a la compañía de Jesús y es en el Anschluss en donde el vaticano penso un momento que podría sacar tajada fuerte. Lo que se quería aquí era eliminar la influencia protestante en los asuntos políticos alemanes (ahí tenemos Adenauer que obra en este sentido) y entonces, como ahora, lo que se busca es que Europa siga una política homogénea con preponderancia católica. Evitemos un vistazo sobre el panorama mundial, por obvio, ya que el menos inteligente de los lectores de CENIT se ha dado cuenta cómo el Vaticano extiende sus tentáculos en todos los lugares de la política de las naciones.

Fue obediendo a las instrucciones del Papa, como en la famosa reunión de Fulda, los obispos alemanes se declararon favorables al jefe del Grand Reich y del Partido Nacional Socialista Adolfo Hitler.

La afluencia de caudales hacia el Vaticano empieza ya a verse durante el reinado de Pío XI. Gracias a esa continuidad, a esa especie de «operación de tesorerización», hoy puede verse, dice París, cómo los capitales vaticanistas imperan, sobre todo en Italia, en los negocios de cualquier actividad comercial e industrial. Las sociedades inmobiliarias, las de seguro, electricidad, productos químicos y con éstos los explosivos, etc., están en poder de los agentes vaticanistas. El Banco di Santo Spirito se encarga de todas las operaciones beneficiarias.

Pío XI ciñe la tiara en 1922; el mismo año Mussolini se hace Duce. El famoso don Sturzo, el Gii Robles italiano, cura muy dócil y muy listo, muy granuja, dirían en puro lenguaje popular, hace votar los plenos poderes a favor de Mussolini calificado «el hombre providencial». Ocurría esto el 16 de noviembre de 1922. Siguió el tratado de Latrán que selló la alianza del fascismo y del Papado. Amparado por tales fuerzas no es raro comprender por qué Mussolini se envalentonara y no tardase en atacar a otros pueblos en plan de conquista de territorios y dominio de personas para su causa católico-fascista.

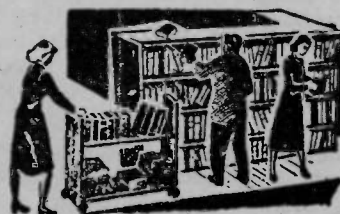
Este Pío conservó la tiara durante 17 años. Murió como cualquier mortal el 19 de febrero de 1939. Un mes después coge el gorro pontifical el que fue brazo derecho del muerto, un alma damnificada, animador de todos los atropellos más criminales de la época, inclito Pacelli, alias Pío XII.

M. CELMA

(1) E. París, «Le Vatican contre l'Europe».

(2) De Tiberio.

(Continuará.)



## VERSIONES

por Denis

## EL FILANTROPO

**E**RASE uno de esos individuos que hacen y deshacen las leyes con un gesto o para quienes las que no deshacen no existen. Banquero, propietario de tierras, y de minas, y de fábricas, y de ferrocarriles, tenía a su servicio muchas más gentes de las que parecían estar a su servicio. Apenas había en el país quien no estuviera dispuesto a satisfacer cualquiera de sus caprichos. Sólo los obreros, unos pocos obreros, no todos, en los campos, en las fábricas, en las minas, en los ferrocarriles, se le enfrentaban de tarde en tarde : hombres fuera de la realidad. Y jamás, al enfrentarse con él, le encontraban frente a sí : siempre encontraban, frente a sí, tropel de aquellas gentes que no parecían estar a su servicio.

No había adjetivo halagador que no se le prodigara en los periódicos. Era creador, innovador, emprendedor, activo, dinámico, ágil para todo menester. Dondequiera que ponía pie surgía, de la nada, la riqueza. Comarcas atrasadas se habían convertido, gracias a él, en emporios de adelanto. Pueblos escondidos en valles tras montañas inaccesibles, disponían por sus cuidados de comunicaciones con el mundo. Bastaba que pasara por un lugar, casualmente, para que aquel lugar, al poco tiempo, estuviera transformado.

Tal fué la suerte que cupo a un manojo de aldeas atrasadas, atrasadas, ocultas entre montañas inextricables. Paseando, en automóvil, ocupación a que se entregaba más que a ninguna otra, descubrió el banquero aquellas aldeas. No prestó atención alguna a ellas. ¿Qué le importaban las aldeas, ni sus habitantes? ¿Es que un hombre como él podía distraer la mirada en cosas tan insignificantes? Prestó atención, sí, a las tierras que las rodeaban. Ricas, ricas, sin duda. Fuente no explotada de riquezas. Regadas constantemente — descendía el agua por doquiera, todavía había nieve en las cimas y era estío —, bastaba cultivarlas apropiadamente para que rindieran beneficios incalculables. Antes de alejarse había entrevistado ya cual podría ser el cultivo apropiado para la obtención de aquellos beneficios.

Los habitantes de las aldeas recibieron días más tarde la visita de un grupo de ingenieros : con desconfianza. Gentes primitivas, no querían admitir que se trataba de hacerles felices. Vivían pobremente, pero vivían. ¿Quién podía asegurarles que su vida no iba a ser rota? Su instinto les advertía que tal era la amenaza suspendida sobre sus cabezas.

No tuvieron ocasión de mostrar su desconfianza. Nada tenían que decirles a ellos los ingenieros. Llevaban, simplemente, órdenes para los alcaldes : perentorias. Acompañados por éstos, recorrie-

ron todo el valle : ¡delicia del aire, delicia del murmullo de las aguas, dulce, dulce, delicia del clima, primaveral en pleno verano, no advertidas y condenadas a desaparecer!

Escogieron los ingenieros lugar donde construir una fábrica, y una semana después comenzaron los trabajos. Grandes camiones, ruidosos, malolientes, aportaban hierros, maderas, ladrillos y todo género de materiales; grupos de obreros que miraban a los campesinos con menosprecio, y que habían invadido las aldeas, elevaban, con aquellos materiales, edificio enorme, que a los campesinos no admiraba, que les parecía, a los campesinos, habitantes de casas que no eran casas, feo, feo.

Concluida la construcción de la fábrica, exigía cultivo diferente de las tierras. Nada de trigo, para hacer el pan, ni de hortalizas, por sus mismos cultivadores consumidas. Se traería el pan de otros lugares, y lo mismo las hortalizas. Allí podían dar las tierras producto de más valía. No, sin duda, para los aldeanos. Pero ¿qué importaban los aldeanos?

Intentaron éstos negarse a sembrar en los campos cosa distinta de lo siembre sembrado. Rutinarios, rutinarios. Sabido es. De un atraso incalificable. Les llegaban los bienes en montón, y les volvían la espalda. No querían salir de su pobreza. No querían comer mejor, ni vestir mejor. ¿Cómo, con gestos semejantes, llegaría la prosperidad ?

La negativa — ¿hay que decirlo? — fué vana. Llegaron multitud de hombres de los que no parecían estar al servicio del banquero para obligar a los aldeanos a hacer lo que no querían hacer. Ni aun así lo hicieron. No era cosa de matarlos — su negativa era práctica —, ni de encerrarlos en prisión : se los dejó en paz. Y otros hombres vinieron, como si en todas partes sobraran, a hacer lo que ellos no querían.

Muchos de los aldeanos eran propietarios del pequeño trozo de tierra que cultivaban. Nada hay más sagrado que la propiedad, como se sabe, pero no siempre. Cuando es un banquero quien se alza contra ella, desaparece. No desaparece — hay que decir bien las cosas — pasa a sus manos. Deja de ser propiedad del que se ha alzado contra ella. El bien público — se dice así — lo exige. Qué bien público, no es decente averiguarlo. ¿Es que los que daban las órdenes que al banquero convenían, y los que las ejecutaban, no sabían de qué bien público se trataba? Era fácil advertir que no del bien, ni público ni privado, de los expropiados y de sus convecinos, pero todo lo fácil es simple. Las cosas importantes son complicadas, muy complicadas. La humanidad es lo primero. Nada con-

taban los aldeanos ante la humanidad. Tal vez murieran ellos : no hay prosperidad ante la humanidad. Tal deberían, a su muerte, bienes infinitos, que otros gozarían. La vida es eso : muerte de unos para que otros vivan.

Pronto el valle estuvo desconocido. No se distinguía antes por la limpieza. Pero su suciedad era natural. Sana, por tanto. Reinaba ahora en él una suciedad distinta. Y general. Las aguas, antes de llegar al fin de su curso, estaban ya emponzoñadas. Humo, humo de la fábrica a donde quiera que se dirigía la mirada. Y todo el valle, un pantano infecto, del que se desprendían miasmas mortíferos. Ningún obrero de los que trabajaban en la fábrica llegaba a los cuarenta años. Y antes que ellos morían, agotados, empestados, los que cultivaban las tierras. Los mismos aldeanos, que antes morían casi todos centenarios, desaparecían ahora en plena madurez. Aunque no trabajaran en la fábrica ni en los campos. Muchos habían preferido consumirse en silencio y no entregarse al enemigo. Otros, de voluntad más débil, huyeron de la muerte por hambre para morir de otro modo : menos resistentes a los venenos, por todo el valle extendidos, que los hombres de otros lugares llegados.

No había ya aire delicioso, ni dulce murmullo de las aguas, ni clima primaveral en pleno estío : hasta con éste había acabado el adelanto : no había más que olores nauseabundos, y aguas sucias, y plantas, las plantas que la fábrica necesitaba, roídas por todo género de insectos, nunca hasta entonces en el valle vistos. Campo en otro tiempo deleitoso, ahora maldito. La vida pobre, pero vida, de antaño, era ahora vida desolada, sin esperanza.

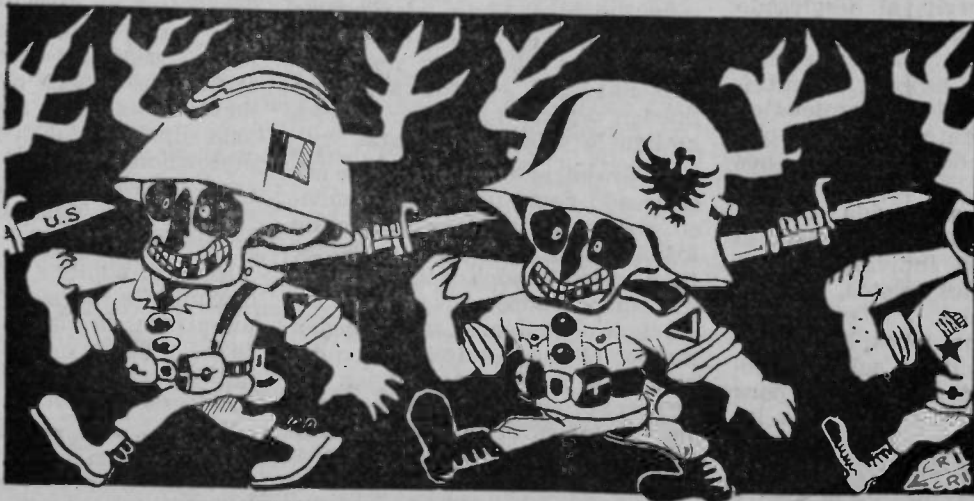
Nunca más había puesto los pies el banquero en aquellas tierras por su genio creador — como decían los periódicos — convertidas en cementerio. Quiso ver, porque no pasaba lejos de allí, en uno de sus paseos en automóvil, la fuente de riquezas con que por azar había tropezado. Ordenó, inmediatamente — tal era su humanitarismo, y los periódicos se cuidaron de pregonarlo — se alzara, al lado de la fábrica, un hospital más grande que la fábrica, en el que nada descubierto en el mundo, en cuanto a hospitales, faltara.

Llegaron al valle que ya no era valle otros ingenieros, y luego otros obreros, muchos, muchos obreros. Había que construir el hospital rápida, rápidamente. Tal era el deseo del banquero.

Toda una comitiva, presidida por un ministro, llegó para inaugurar el hospital, en pocos meses terminado. Hubo primero un banquete, con los brindis de rigor, y luego, para los otros, y los cultivadores, y los aldeanos a quienes picó la curiosidad, unas palabras del ministro. No improvisadas, estudiadas para la circunstancia. Vulgares, vulgares. Entre las cuales, hablando del banquero, éstas : « No es sólo uno de nuestros primeros hombres por su iniciativa, es también, y sobre todo, un filántropo. Ved qué espléndido regalo os ha hecho al país entero ».

Un aldeano viejo, viejo, al que la muerte, señora del valle, había respetado, por un capricho, sin duda, y que no era filósofo, ni economista, ni nada, sino un pobre hombre, y un buen hombre, comentó :

— Si no hubiera construido la fábrica, no habría tenido que construir el hospital.



# MAZAZO A LA MASA

**U**N compañero, o ex compañero — ¿quién va a saber? — de los que se consideran el eje del mundo, dijo no hace mucho tiempo que los cenetistas estimábamos en mucho el concepto « masa ». Quienes desean a los hombres con ideas definidas, con concepciones justas y propias, no pueden, verdaderamente, sentirse capaces de presidir abultamientos humanos, de recrear un yo absurdo lacerando la dignidad de las personas por azar o por ignorancia arrebatadas. Suponer lo contrario, colocará al supositor en el ingrato terreno de la injuria.

Precisamente, lo más hermoso de nuestro carácter está en esta sagrada saña que ponemos en desarticular las aglomeraciones irresponsables, en despegar al individuo, a la partícula humana, de la masa, ese desagradable apiñamiento de seres deseosos de desaparecer en vida, en el agusanado limbo de la inconsciencia.

Como bandidos, como lobos hambrientos, los anarquistas descendemos al valle de la humanidad confusa cuyos integrantes se pisan unos a otros, se aprietan unos contra otros formando un payaso monstruoso venido a divertirse, y a servir, al desglosado calculador y malévolos. Bajo el peso angustioso de la masa perece el amor a la especie, y confundidos entre la masa, perdidos en este desesperante laberinto que forman miriadas de cerros, nos avergonzamos y asustamos de haber venido a la vida. Contra el uniformismo humano está el perfil de cada individuo, están las pasiones, los gustos, las alegrías, los duelos. Por esto como bandidos, como lobos hambrientos, los anarquistas saltamos sobre el cuello de la sociedad para arrancarle, salvajemente, las individualidades que sean.

Mentira que el hombre haya nacido para ser pegado a otro y a otros hombres. Una vida nace, transcurre y se extingue independientemente de las demás.



Una existencia se engarza a otra a lo sumo para formar la cinta sutil que prolonga hasta el infinito el derecho de subsistencia de la especie. Nada de referencia normal ata a los hijos de madre que somos, unos a otros con la cola de la estupidez. Ninguna ley digna de respeto aglutina a los hombres con el menospreciable fin de anularlos y aniquilarlos por envilecimiento. Un pueblo puede ser cantera de notabilidades, de valores, pero no de sujetos autómatas. Decentemente, una colectividad puede subsistir limpia de gregarismos, libre de sometimientos. Las conciencias larvadas, o en apagón, pueden satisfacer a los pillos, no a las personas que en sus actos no pueden ocultar el cariño que les motiva la criatura humana.

El prejuicio masista puede ser cultivado como un frutal inmenso por un kaiser necesitado de infinitas legiones de soldados. Bien disciplinados, los súbditos, los amaestrados, los entes, las unidades desaparecidas, pueden marcar el paso — de la oca o del ganso — en monárquico, en republicano, en comunista o en nazi, que tal es el sino de las tristes voluntades que se hallan a gusto, o durmientes, en el alma del Estado.

El individuo, solitario en la campiña, aprecia las artísticas

irregularidades del terreno, la multiformidad del arbolado, el vuelo de las aves y las tonalidades del día, según su particular manera de sentir. Las personas regimentadas, despersonalizadas, sometidas a una voz de mando, carecen de impresión propia por estar pendientes del capricho o de la conveniencia del ser imperativo que los guía. El hombre, fragmento de masa, el sujeto socialmente deshumanizado, no tiene vista, ni oídos, ni piernas, ni deseos. Es un instrumento, una cosa, un bulto, añadido a otro instrumento, a otra cosa; a otro bulto. Terrible drama el de las humanidades mínimas, el de las conciencias fosilizadas.

Pierda el hombre su cartera, su empleo y encima su novia, pero que guarde bajo siete llaves el tesoro de su personalidad, para evitar que lo burlen, lo esquillen y lo establen.

Guarde el individuo el brillo de sus ojos, el fuego de su corazón y la luz de su mente; para que le sea posible apartar de su paso, sencillamente, a los capitanes pintarrajeados, a los ambiciosos con disfraz de personas excelentes, a los tratantes en ganado humano, a los curas de Roma y a los bonzos de Moscú.

Se puede andar falto de dinero y poseer, no obstante, la inapreciable riqueza de la personalidad. Bella es la rapsodia de la vida musicada al gusto propio, y presenciada con los ojos de la cara y del espíritu que la madre, toda amor y naturaleza, en día señalado nos diera.

Huya el hombre de los rebaños, dinamite la propensión — mal de un atraso de siglos — al gregarismo y eleve y cultive su personalidad en homenaje a la supe- ración de la raza.

Cuando esta revolución inicial se cumpla, la otra, la social, no por conveniente y agradable dejará de ser menos importante.

J. FERRER



# « Habeas mentem »

**S**EAN cuales fueren los avatares de nuestra vida y de nuestro destino, los hombres viven cada día más, bajo la imperiosa fuerza de atracción de la libertad. Antaño, la libertad estaba encarnada en el mito de la libertad. El mito de la libertad aparecía acaso como suficiente para asegurar ciertos perfiles que bastasen para que el hombre hallara las dimensiones justas para su necesaria integración política y social. Pero el mito de la libertad engendraba fatalmente el fin de la libertad misma. Simbolizado por algunas conquistas elementales, de carácter externo, llegaba un momento en que ya no era suficiente la garantía de una dimensión corporal en la libertad concreta del hombre. El « habeas corpus », propugnado por los ideólogos, discutido por los « clubs » y conquistado por las Asambleas y los Parlamentos, se mostró, en definitiva, insuficiente para una conquista real de la libertad, al servicio del hombre.

No es extraño, a todo esto, la situación contradictoria del hombre proyectado en su destino en cuanto libertad. El « habeas corpus » ya no representa nada en cuanto conquista espiritual del hombre, puesto que nuevos, insidiosos peligros amenazan gravemente su otro tipo de integridad: la integridad de su ser como mente. Por otra parte, sus mismas dimensiones sociales y políticas se han reducido a la nada, precisamente en función de este nuevo tipo de peligros. Por ello, se hace cada día más imperiosa la exigencia de que el « habeas corpus » sea ya, si no sustituido, completado y continuado en un plano real y concreto por un « habeas mentem ». A saber, por una defensa sacral del espíritu ante las embestidas de todas las formas de tiranía contra sus esencias. Algo de ello preveía quizás hace ciento cincuenta años Thomas Jefferson, en plena vigencia de la mentalidad del « habeas corpus », al hablar de la tiranía sobre la mente del hombre. « He jurado — decía — adversidad eterna hacia cualquier forma de tiranía sobre la mente del hombre. »

Integrado en unas dimensiones del espíritu y en unas formas sociales que llevan derecho hacia un mundo de construcciones utópicas, el hombre no se siente seguro y en paz con sólo preservar su cuerpo y con garantizar su libertad externa, contra las agresiones incesantes del mundo que le ro-

dea. En el marco de la utopía, el hombre hace cada vez más suya la estremecedora frase de Hobbes, eterno leit-motiv del moderno Leviathan: « El miedo y yo somos inseparables ». Bajo el imperio del miedo, que invade desde todas partes las manifestaciones del espíritu del hombre contemporáneo, en la literatura, en el teatro, en el arte, en la música, en la metafísica, en las agobiantes preguntas que se formulan sin cesar ante las nuevas revelaciones que el mundo nos hace en cada instante, el hombre necesita otro tipo de garantías en cuanto se refiere a su libertad... Así nos explicamos que Aldoux Huxley, hombre de nuestro tiempo, y que en nuestro tiempo, en « su » tiempo, descubre como algo característico un sentido de caída en un destino utópico, hable por vez primera, en términos mucho más conscientes y explícitos de lo que lo hacía Jefferson al principio del pasado siglo, de la necesidad de asegurar al hombre nuevas garantías de libertad, en otro orden de cosas que hasta ahora. Aldoux Huxley habla por primera vez de la necesidad de conseguir para el hombre de su tiempo las garantías de un « habeas mentem ». Es curioso que lo hace precisamente en su utopía, en lo que él llama un « mundo feliz » descubierto por el gran escritor inglés hace más de treinta años, y vuelto a « visitar » en estos últimos tiempos, poblados de cosmonautas, de nuevo sastros y de nuevos monstruos, y conmovido por conquistas técnicas y biológicas nuevas y espeluznantes.

Hace tres decenios, Huxley se consentía a sí mismo la libertad intelectual de tratar con humor, ironía y sarcasmo el « mundo feliz » que se acercaba a los hombres y los entrenaba en su loca fuga hacia un universo de evasiones. Cuando el escritor vuelve a ver este « mundo feliz », abandona el tono de antaño. Ante las perspectivas, convertidas ya en candente actualidad, de sus profecías precedentes, Huxley abandona su tono humorístico y en buena parte su esencial optimismo. Entretanto, la humanidad ha sufrido cambios profundos. De ellos se percata en formas dramáticas el otro Huxley, famoso biólogo, Julián, hermano del escritor. La población del mundo ha crecido en proporciones ignoradas hasta ahora, el mundo de la utopía se nos ha acercado por fenómenos tales como la superorganización, el enorme y malé-



fico poder de la propaganda, « el lavado de cerebro », a escala insospechada, los nuevos procedimientos de « persuasión química », « persuasión subconsciente » y de « hipnopedia », « la mayor fuerza moralizadora y socializante de nuestro tiempo », según la visión de antaño del « Brave New World ».

Pero no es éste el aspecto más trágico en el destino del hombre, que en la marcha hacia la utopía convierte esta misma utopía en su propia realidad y en este marco se halla en permanente trance de perder su libertad. La utopía adquiere, según Huxley, dimensiones trágicas en cuanto deja de ser utopía. Por vez primera en su espíritu nace la pregunta inquietante : ¿Qué hacer? Desde hace siglos el hombre ha luchado, contesta el propio Huxley, por su libertad externa. Su triunfo ha consistido, en buena parte se ha limitado, en inscribir en el texto de sus constituciones el famoso « habeas corpus », nacido modernamente en la

mente inglesa y que ha hecho su largo viaje a través de las Cartas fundamentales de toda la tierra. Pero hoy, el mismo hombre que ha logrado conservar y garantizar su libertad física puede, incluso fuera de las cárceles que están poblando el planeta y que dan testimonio de la tiranía, convertirse en un trágico prisionero, un prisionero psicológico, un ser con la mente encarcelada, limitada, mutilada por miles y miles de medios de presión, sometida a una esclavitud « rigurosamente objetiva ». Por ello propugna Huxley, al lado de las fórmulas viejas ya del « habeas corpus », una adecuada formulación social y jurídica del « habeas mentem ». Conquistar esta nueva prerrogativa, hacerla penetrar no sólo en los textos legales, sino en los espíritus y en la realidad de la vida, de ello depende el destino de la libertad y el porvenir del hombre.

USCATESCU



## DOCUMENTOS

«Para nadie era un secreto que los elementos revolucionarios venían preparando un alzamiento para rescatar la República. Alguien me ha dicho que yo tuve la culpa del movimiento; así es, en efecto. Yo tenía la seguridad de que estaban en camino armamentos, municiones y que se preparaban las masas para lanzarlas a la Revolución, y en aquellos momentos, en que yo veía la sangre que se iba a derramar, me hice esta cuenta: Puedo dar a España tres meses de aparente tranquilidad, si no entro en el Gobierno. ¡Ah!, pero entrando ¿revienta la revolución? Pues entonces que estalle antes que caiga sobre todos nosotros, antes de que nos ahoguen. Y eso fue lo que hizo Acción Popular: «Imponer el aplastamiento implacable de la Revolución». El día que la gente conozca todos los peligros de aquellos días, se comprenderá el servicio que hemos realizado los hombres de derechas, y cuantos nos ataquen por haber aceptado el Poder no son más que aliados de la más infausta de las Revoluciones.»

*Del discurso que hizo Gil Robles ante el Parlamento después de los sucesos de Asturias, octubre de 1934.*

## POETAS DE AYER Y DE HOY

---

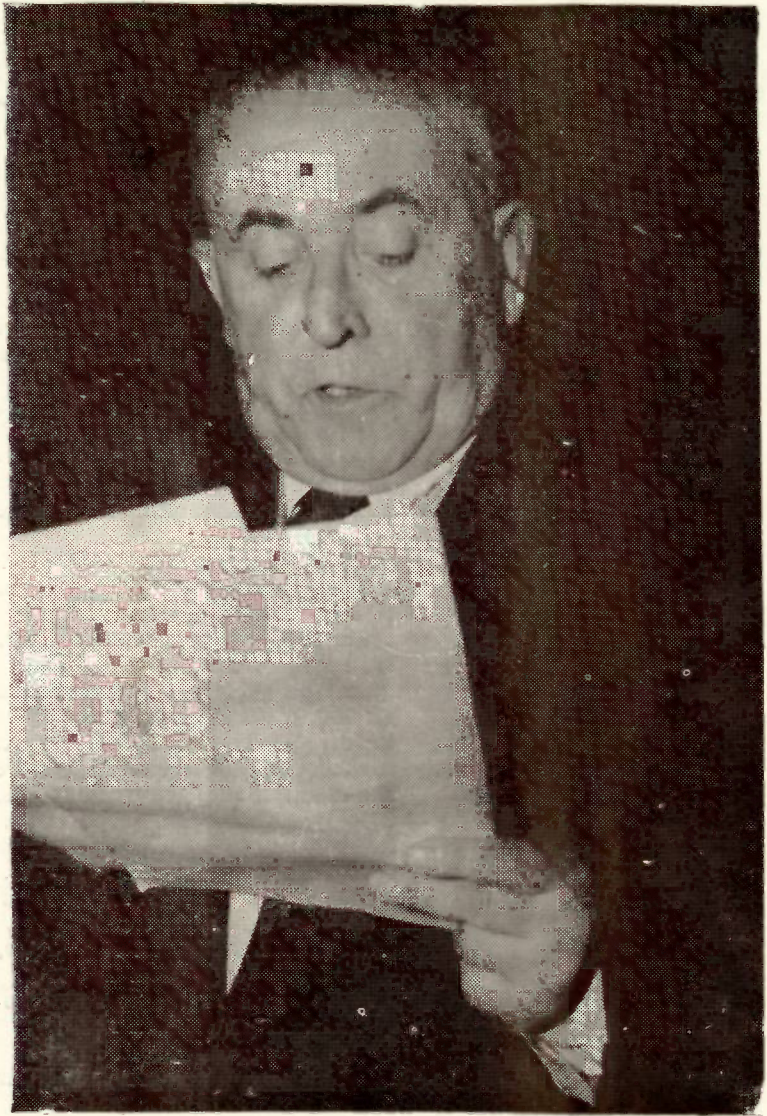
### *Mutación*

Se revuelca delante de la aurora,  
a la que mira a veces con espanto,  
autómata cegado en una hora  
de tenues resplandores,  
que la alondra ilumina con su canto.  
Ve junto a sí una nemora que esclaviza,  
porque son sus amores,  
desanogo de un mundo que agoniza.  
Es peor que una bestia,  
porque la bestia besa libremente,  
y él es para su esclava una molestia :  
la toma bruscamente,  
como si allí también el amo controlase,  
los minutos exactos de la vida,  
igual que allá en la fábrica ruidosa.  
La arrogancia perdida,  
un ser que cual oruga se arrastrase,  
así es el hombre convertido en cosa.  
No es un héroe ni un hombre siquiera,  
consecuencia de un torpe vivir,  
ni tampoco una mente que piensa,  
sino aborto de un mundo senil.  
Nace ya con las barbas canosas  
y se para un momento a sentir,  
pero lleva bencina en las bolsas,  
y se agita como una lombriz.  
Es esclavo de impulsos cobardes  
que lo tienen atado al redil,  
sólo escucha las voces infames  
de los amos que lo hacen sufrir.  
Nunca sabe los fines que tiene  
el afán de su lucha febril;  
víctima y victimario, sostiene,  
su desprecio a un futuro feliz.  
Todo él es una cadena  
con motor que lo echa a roncar,  
y hasta el Sol sale ya con pena  
de alumbrar tanta indignidad.  
Bufa buscando tenaz  
las huellas de una insufrible  
adoración de fantasmas.  
Vasija de fanatismos, falaz,  
como un sueño vano,  
conquista hediondos efluvios de las  
miasmas del pantano.

COSME PAULES



«Hay quien grita ¡hechos, hechos! lo que equivale a gritar en la plaza : ¡caballos, caballos! olvidan que eso de gritar no es ningún hecho y que el pobre caballo blanco es el que paga con la vida el grito ».



## Obras de Alaiz

«Quinet»

5 frs

«Tipos españoles»

5 frs

# CIENTIA

— sociología —  
ciencia — literatura

**Plácido Bravo:** El valor del ejemplo. — **Fontaura:** Armand y nuestra juventud anarquista en Barcelona. — **Federica Montseny:** Francisco Largo Caballero. — **J. Capdevila:** Sobre política. — **M. C.:** El universo de Alaiz. — **Eugen Relgis:** Tríptico de Stefan Zweig. — **Floreal Ocaña:** De Schumann y Vatzlav Nijinsky a nuestros días. — **D. A. de Santillán:** ¿Para qué sirve el bagaje ideológico? — **Mariano Viñuales:** El desertor. — **Angel Samblancat:** La cárcel de P... — **B. Cano Ruiz:** La irreligiosidad en las ideas. — **Tijeras:** Destinos repetidos. — **T. Y. L.:** Formas de la autoridad. — Un cuento de Tolstoi. — **Alberto Insúa:** El termómetro en el balcón. — **Han Ryner:** Los reflejos en el agua. — **Ibor Sisifo:** Morir al alba. — **Eusebio Carbó:** Obstinación saludable. — **M. Celma:** La vida y los libros. — **Denis:** El filósofo.

# 146

FEBRERO · 1963

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 100 F.



4P5523



## NUESTRA PORTADA: MALAGA

Málaga es, por su sitio, su clima y su historia una de las ciudades que más han marcado la conciencia española y una de las que más caracterizan a España.

En nuestra imagen se ve al puerto y su bahía. Está limitada al Este por la punta de los Cantales, y al Oeste por la de Torremolinos ofrece a la vista un tablero encantador. La colina de Gibralfaro al Este, domina la villa con majestuosidad milenaria mientras que por otro lado guarece, cual una madre a sus hijos, la hermosa playa de la Caleta. Con su clima excepcionalmente benigno, atemperado y saludable y la laboriosidad de su pueblo, Málaga es una de las ciudades de Andalucía que más progresan.

No se sabe a ciencia cierta quiénes fueron sus fundadores, probablemente lo fueran los fenicios. A éstos, en todo caso, se la conquistaron los cartagineses; a éstos los romanos y, en fin, después de 711 años de dominación cristiana, la ocuparon los moros hasta 1487, año en el que se produjo de nuevo el dominio de los cristianos. La población mora que allí quedó se sublevó violentamente 14 años después (1501) sin éxito, por cierto, antes al contrario, la represión fue dura, de tal forma que pasaron 61 años sin que otra sublevación tuviera lugar. Los almuédjares, en 1568 intentaron y fracasaron en su segunda sublevación, siendo ésta la última manifestación de fuerza de la población árabe.

En 1820, el general Riego proclamó su constitución.

En 1831, Torrijos y sus compañeros, que habían izado la bandera de la rebelión fueron fusilados en la playa de San Andrés.

Desde entonces Málaga ha sido receptora de todas las ideas de progreso. El anarcosindicalismo ha estado desde hace medio siglo profundamente arraigado. En Málaga, mucho más que en el resto de Andalucía, el pueblo ha sido sentidamente anticlerical. Prueba de ello la tenemos en los hechos que ocurrieron cuando el advenimiento de la República. Desde el 14 de abril al 16 de mayo de 1931, el pueblo quemó en Málaga 43 edificios religiosos (conventos e iglesias).

El 19 de Julio, la calle Larios (marqués de Larios, cuya estatua el pueblo echó al mar el 14 de abril) fue incendiada.

Málaga cayó en poder del fascismo el 7 de febrero de 1937. Lo más horrible del fascismo se produjo allí. Esta ciudad, como Badajoz, como Guernica, como Alicante merecen el recuerdo imperecedero del pueblo español.

Según referencia de la época (Kœstler, Mairaux) más de 15.000 personas salieron de Málaga hacia el Motril huyendo de la soldadesca fascista. La mayoría de esta población caminaba por la carretera que costea el litoral y fue ametrallada desde el aire por aviones nazis y desde el mar por barcos fascistas. Más de 30.000 muertos fueron enterrados después que hubo pasado la acción civilizadora de las tropas de « Cristo-Rey ».

## CENIT

### REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

*Colaboradores:*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,  
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert  
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,  
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,  
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,  
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán  
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,  
A. Prudhommeaux

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en el que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

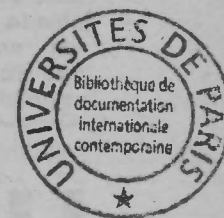
# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII

Toulouse, Febrero 1963

Nº 146



## El valor del ejemplo

**C**UANDO se piden sugerencias para dinamizar, impulsar y efectivizar la propaganda, una respuesta casi unánime emerge del coro consultado: « Con el ejemplo ». Y parece hagan un axioma, con tonos de oráculo, los consultados empero se quedan tan frescos en sus casas y tibios en sus camas.

Con lo dicho no trato de ridiculizar la técnica propagandística citada. Trato de evidenciar la discordancia entre la resolución adoptada y la acomodada posición de los que la adoptaron. No nos extraña que el resultado proselitista sea menguado, pues la lección de los profesores invita a la somnolencia, al bostezo y hasta al ronquido.

El pueblo desconfiaba de la elocuencia que no va incluida en el hecho. Basta ya de verborrea: verbos gráficos, pensamientos plásticos, ideas en actividad, teorías experimentadas, sentimientos dinámicos. Recibos no bastan, precisan de comprobantes. Y es cierto que en muchos predicadores asoma el rabo del prestidigitador y la oreja del demagogo. Pero en este afán de positivismo, mejor esta sed de empirismo, se cobija, hasta cierto grado, cierto complejo primario, infantilismo del que el pueblo está imbuido. Algo parecido a lo que le sucedía al alumno retrasado de la escuela, que, incapaz de asimilar la regla aritmética de la división en teoría, se las pintaba como nadie cuando se trataba de repartir treinta melocotones precoces, hurtados de la huerta pueblerina, entre cuatro amigos, y esto sin amedrentarse por el reparto del crecido residuo.

Contar como los viejos, haciendo

bailotear los dedos de las manos, o con las perras sobre el tapete.

Recuerdo que otro zagal siempre andaba zaguero, sin querer ser tampoco el último, cuando se trataba de atravesar el río. Esperaba que el experimento de los primeros le confirmaría o no el peligro, y que en último trance los últimos le socorrerían. Esto en vez de aprender a nadar, aunque fuese contra la corriente, con soltura. He ahí al desconfiado de sí mismo por débil, que no es igual que ser, por fuerte, descreído.

Porque además, hay verdades reveladas que nunca serán nuestras mientras no tratemos de penetrarlas. Y hay otras que son ciertas pese a los disfraces adoptados por quienes nos las enseñan, pero a condición de no rechazar el esfuerzo que requiere todo experimento propio. Pero por encima de todo, hay el esbozo, está el croquis, se halla el esquema, que revelan afanes, inquietudes, dudas y a veces quimeras; y son éstos simples diseños más fecundos que las obras seculares, de piedra, legadas por faraónicos, helenos, romanos y arábigos juntos.

Que hay deseos balbuceados de mayor equivalencia a otros satisfechos y evaporados ya. Que la ilusión de hoy suele delinear la realidad del mañana. En fin, que a la abstracción recurre la misma ciencia para llegar a la síntesis.

La psicología, la astronomía, el álgebra inclusive, tienen que echar mano, para afrontar, dilucidar y analizar ciertos problemas, a los símbolos: sueños, espectros y signos convencionales de ciertas características; y es por ellos que las realidades superiores pueden ser desalojadas de la cueva del enigma, y ciertas leyes complejas,

hasta ahora encubiertas por el velo del misterio o cubiertas con milagrosas túnicas, descubiertas e identificadas al desnudo.

Hay que empezar por sugerir, hacer que nazca el deseo, antes y mucho más que preocuparse por la fórmula que lo satisfaga. Como tampoco basta arrimarse al ambiente propicio, mejor crear un ambiente aunque sea en terreno adverso. Dar el ejemplo sin esperarlo demasiado, y ni siquiera esperar que el nuestro sea seguido al pie de la letra. Porque el hombre que tiene la monomanía — manía del mono — de copiar, calcar, imitar e igualar a los demás, nunca será él mismo. Siempre será reflejo de otros focos.

Y en esta sociedad en la que muchos recurren al plagio, algunos escondiéndose para así mejor distinguirse, no faltan modelos y a buen seguro que sobran moldes, en los que nos vacían después de derretir y pulverizar nuestra personalidad naciente.

Y en nuestra civilización cinegética, sin vínculos solidarios, pero con cepos y lazos escurridizos por doquier, propios de «cow-boy», es éste el ejemplo que se ofrece con insistencia a los monos deslumbrados. Cazador el juez, cazador el financiero, cazador el político, cazadores casi todos, y los menos astutos y peor pertrechados venazón de todos.

En guasa, pero con lógica inconfundible, decíame un amigo de trabajo ante la torva mirada del burgués: «Veinte años de ejemplo consecutivo: trabajando, y éste, que tan malamente me mira, sin arrimar el hombro ni doblar el espinazo.»

PLACIDO BRAVO

# Armand y nuestra juventud

## anarquista en Barcelona

Hace algún tiempo, tras el fallecimiento del veterano anarquista individualista E. Armand, cundió entre algunos compañeros, franceses y de otros países, la idea de publicar un libro conteniendo colaboración internacional anarquista, recordando al que fué incansable publicista y animador de periódicos y revistas

de matiz ácrata. Nuestro querido Hem Day se dijo que llevaría a cabo la edición del volumen. Posiblemente, dificultades de orden financiero, retrasen sine die su publicación.

Solicitando a colaborar en la obra de referencia, envíe el texto que sigue.



**H**AN pasado los años, y con ellos hemos ido acumulando experiencias. Han pasado los años, dejando como una estela de recuerdos en el fondo de nuestro ser. Han pasado los años y han dejado la huella del desgaste en lo físico. Pero el tiempo no ha conseguido amortiguar nuestra voluntad, anulando nuestra energía de idealistas.

Rememorando el pasado, aparecen los años de juventud. Etapa juvenil vivida en intenso período de lucha social en Barcelona. Y es de entonces que data la iniciación a la lectura de los escritos de Emile Armand.

Preponderaba en el ambiente libertario la tendencia anarco-sindicalista. Había en el mundo social una psicosis de lucha enconada, a la defensiva de bandas de pistoleros, pagados por la Federación Patronal y protegidos por el propio gobernador de la ciudad.

A fuerza de actuar dentro del sector obrerista revolucionario, se había gestado, en sentido general, una concepción que podríamos llamar **clasista** del anarquismo. Era una apreciación de las ideas, de fondo unilateral. Anarquismo, por así decir, de blusa y alpargatas. Anarquismo con apreciaciones bien elementales; idealismo de «coto cerrado», como había expresado uno de los pensadores más profundos y originales que hemos tenido en España. Me refiero a Ricardo Mella.

Evidentemente, se ha de reconocer que esa visión **an-arquista** (tomando la expresión de Paul Gille) de tono limitado, de visión casi exclusivamente obrerista, andando el tiempo ha sido pródiga en resultados. En otros países, el anarquismo un tanto **aristocratizado**, valga la expresión, totalmente al margen de la acción sindical, ha creado una atomización de fuerzas, una notable disgregación y debilitamiento. Los anarquistas, en esos países a que aludo, han constituido una especie de **elite**, apartada del contacto con el ambiente popular. Después ha ocurrido el fraccionamiento a base de grupos, de **capillas**, en cada una de las cuales ha habido una figura representativa que

ha mirado con desdén a los otros elementos, también de formación ácrata.

En España se ha tenido el buen acierto de que los compañeros de una y de otra tendencia, dentro del sentir anarquista, en su mayoría, hayan pasado a formar parte integrante de la Confederación Nacional del Trabajo. Conservando, **en lo íntimo**, el modo de ser acorde con la sensibilidad particular; se ha batallado con y por la C.N.T. Esa tenacidad, esa constancia, ha sido la que, pese a todas las vicisitudes experimentadas; pese a la acción disolvente de los años, ha permitido que, tras de veintiséis años de forzado exilio, el Movimiento Libertario español dé prueba de prodigiosa vitalidad, editando periódicos, revistas, boletines, folletos, libros; organizando actos públicos y manteniendo una bien cohesionada organización. ¿Qué otro sector, de tal o cual país, tras de años de exilio, puede decir lo mismo? Indudablemente, ninguno.

Pero, esbozado a modo de una visión panorámica del anarquismo en su sentido general, vuelvo a referirme a Emile Armand y a su influencia de orden filosófico entre un denso conjunto de juventud estudiosa que vivía; en la Barcelona de los años 1917 al 1920 en particular. Influencia que abría nuevos horizontes; que robustecía nuestro anarquismo, ya que iba más allá del limitado concepto clasista a que estábamos acostumbrados, puesto que partía del individuo, yendo a la entraña de su pensar y de su sentir, independientemente del **mundo circundante** que sirviera de marco a su actuación como ente social o viviendo en sociedad.

Antes de conocer los trabajos de Armand; antes de leer sus publicaciones: « Par delà la mêlée », « Hors du troupeau », « L'en dehors », teníamos una idea vaga de la posición anarquista individualista. Conocíamos la interpretación de un individualismo « anarquista », **sui generis**, que difundían ciertos elementos. Sabíamos que en la barriada barcelonesa denominada Barceloneta



había existido un grupo individualista que se denominaba « Los hijos de puta ». Elementos de vida atrabiliaria, de costumbres bien poco ejemplares...

Había también algunos intelectuales que, leyendo e interpretando a su modo la famosa obra de Stirner, « El Único y su Propiedad », habían adquirido un altivo orgullo de aristócratas, elevando su YO por encima de todos los demás mortales. Un ególatra diletantismo como el que destacó Maurice Barrès en sus primeros libros. Eran gentes que estaba por encima del bien y del mal; iban a lo suyo, y tomando como propias las tesis de ciertos darwinistas que nos hablaban de que, en la vida, el triunfo lo obtenían los más fuertes, así ellos, a la postre, defendían el individualismo burgués, bajamente egoísta, de los explotadores que vivían a expensas de la masa.

Había en Barcelona algunos kioscos para la venta de periódicos, cuyos dueños sentían acusada predilección por el ideario anarquista. Frente al café del Teatro Español, Café de singular nombradía en Barcelona por que en él tenían lugar diariamente animadas tertulias, en donde los más vehementes de sus animadores eran anarquistas, había uno de estos kioscos. Se despechaban en él periódicos y revistas ácratas de diversos países: suramericanos, italianos, franceses, ingleses, etc. Mensualmente recibían « L'Idée Libre », que publicaba Andrés Lorulot, y « L'en dehors », de Armand. Teníamos idea del comportamiento poco leal de Lorulot para con sus antiguos camaradas de lucha, los anarquistas. Nos complacía leer lo que publicaba Armand. Y muchas tardes de domingo, un buen grupo de jóvenes, sentados frente al mar, tras del Puerto, comentábamos con pasión juvenil las ideas de Armand.

Nos complacía saturarnos de las concepciones de un anarquismo completo que Armand, siguiendo su máxima: « Exponer, proponer, más nunca imponer », nos daba a conocer. Consideraba Armand que el anarquista no solamente ha de ser pacifista, esto es: odiar la guerra, sino que, al propio tiempo, ha de atacar al militarismo, empezando el individuo por negarse a acudir al cuartel. Exponía que si se es adversario de la ley del salariado, lo lógico es que se procure tener un medio de vida independiente que permita el no tener que ir tras de ningún patrono. Aducía que todo aquél que está disconforme con la Iglesia, lógicamente ha de prescindir de todo lo que sean formalismos de índole religiosa. Paso a paso iba contorneando todo lo que Enrique Ibsen llamó « puntales de sociedad » para derruirlos con acopio de razonamientos incontrovertibles.

Nos complacía singularmente la concepción que tenía Armand de la asociación, diferenciándola de la organización. Veíamos en lo primero la libre voluntad del individuo para unirse con otro o con otros, para llevar a efecto algo determinado. Partiendo de la libre elección, partiendo del libre examen, jamás buscando, por la ley del número, aplas-

tar la mayoría a la minoría, como en el usual procedimiento de la organización.

Suscitaban vivos comentarios sus teorías relativas a la « camaradería amorosa ». Por lo menos, veíamos en ella la noble propensión a combatir la celosía. Los celos, que tantos males han producido y producen a la humanidad.

Por todas estas ideas y por su vivaz inquietud espiritual, no siéndole nada ajeno en aquello que afectaba a la cultura, captando siempre las novedades si en ellas había fermento de libertad, amábamos lo que nos decía Armand.

Cuando, entre los años 1934-1936 se me encargó de dirigir el periódico anarquista-individualista « Al Margen » que se publicó en Alicante, y posteriormente en Barcelona, por iniciativa de unos cuantos compañeros; Armand fué uno que nos favoreció con sus valiosos consejos de hombre experimentado en las labores de propaganda.

Ha pasado buen número de años tras de aquella etapa juvenil de Barcelona. De aquel conjunto de jóvenes, amigos de los libros y decididos en la lucha social, posiblemente quedamos ya pocos. Unos murieron, las armas en la mano, luchando contra el fascismo franquista; otros dejaron la vida en cárceles y campos de concentración. Algunos, dispersos por el mundo, exilados, esperando volver un día a la tierra que nos vio nacer, vivimos como podemos...

Soy de los que conservan en la memoria el grato recuerdo de cuando por vez primera, a través de su prosa, ágil y persuasiva, íbamos captando las ideas de Armand.

Me ha parecido que al fijar en el papel de un libro, unos cuantos amigos y admiradores de Armand, un cariñoso homenaje al que fué, hasta el fin de sus días, tras una larga vida, pensador y escritor incansable y siempre al día, estas mis breves líneas pueden sumar otro testimonio de afecto y consideración a la estima y sincera admiración de los demás.

FONTAURA



IN MEMORIAM

# Francisco Largo Caballero

Hace 17 años, a fines de marzo de 1946, moría Francisco Largo Caballero. En aquella ocasión Federica Montseny le dedicó el recuerdo que, por considerarlo muy documental, nos ha parecido indispensable su reproducción en las columnas de esta enciclopedia que ya supone ser la colección CENIT.

**C**UANDO escribo estas líneas, Francisco Largo Caballero ha entrado en periodo agónico. Después de una lucha silenciosa y tenaz con la muerte, los médicos se declaran impotentes para salvarle. No cabe más que esperar, resignadamente, un fin irremediable.

Cierro los ojos, y veo su cabeza voluntariosa, sus ojos grises, acerados, irónicos, su sonrisa maliciosa, en la que se expresaban los rasgos dominantes de ese carácter a la vez cordial, afectuoso y duro.

Me separan de Caballero discrepancias ideales considerables. Nos hemos visto, como organización y como movimiento, muchas veces con él enfrentados. Sin embargo, he sentido personalmente por él mucha estima, respeto y cariño sinceros.

Era un hombre difícilmente asequible, que establecía distancias no fácilmente salvables. A pesar de todo, las circunstancias hicieron que pudiera ver en él al hombre recto, capaz de actitudes decididas, de temple y de entereza; que, a través de terribles momentos de prueba, naciese entre nosotros un sentimiento recíproco de amistad y afecto.

Siento profunda pena al saber su muerte próxima. Lo contemplé muchas veces como a mi padre, recordándome la propia figura del mío, adversario político de Caballero durante largos años, conservándose, no obstante, los dos estima personal, cada uno situado en distinta posición táctica y teórica. Jamás Largo Caballero olvidó preguntarme por Urales, sonriendo al evocar los días de sus luchas en Madrid, ya tan lejanas que para los dos constituían efemérides retrospectivas. Los dos formaban parte de la misma generación. Los dos tenían el mismo temple y habían sido educados por la misma repercusión del fin de siglo, tan rico nacional e internacionalmente en hombres y en ideas.

Conocí a Caballero en el mes de septiembre de 1936, cuando, todavía secretario de la U. G. T., le visité formando parte de una delegación de la C. N. T. Eran días difíciles aquéllos, momentos vitales para la Historia de España. En nuestro Mo-

vimiento se debatía la cuestión fundamental, primordial, planteada por el propio hecho de la revolución: ¿Qué hacer para dar más eficacia a nuestra acción, para poder llevar hasta más lejos la obra iniciada por el Pueblo, para evitar el estrangulamiento de la revolución comenzada?

Fuimos a proponer a Largo Caballero, como secretario de la U. G. T., la constitución de un Consejo Nacional de Defensa, que fuese la ampliación nacional del Comité de Milicias Antifascistas que funcionaba en Cataluña y que, de hecho, asumía toda la dirección política, militar y económica contra el fascismo. Tajante, Caballero nos interrumpió:

— No. Yo estoy dispuesto a ponerme de acuerdo con ustedes para ir a la formación de un Gobierno con mayoría obrera. Eso, que reduciría al Gobierno central a la situación de Companys y la Generalidad, no lo aceptaré jamás. Yo no soy Companys.

No era Companys, ni todavía era jefe del Gobierno. Pero sabía que iba a serlo y hablaba ya como presidente.

La primera impresión no fué grata. Sin embargo, preferí su ruda franqueza, su estilo claro y brutal, a las melosidades equivocadas y a los maquiavelismos de los otros. No era Companys. El estilo de Caballero, su tónica dominante, fueron siempre otros.

Volví a verlo en noviembre de 1936, al presentarnos a tomar posesión de los cargos de ministro los que habíamos sido designados por la Confederación Nacional del Trabajo.

Caballero era hostil a la intervención de la mujer en las luchas políticas y sociales. Sé que me miraba con prevención, con animosidad mal disfrazada por su corrección de hombre bien educado. Sabía que era hija de Urales y le divertía verme miembro de un Gobierno por él presidido. Poco a poco, sin embargo, sentí modificarse su reserva. Se mostraba cordial conmigo y, a pesar de su concepción unipersonal del Poder, me toleraba toda clase de autonomías y de genialidades libertarias. Me llamó muchas veces al orden con tono paternal, dándome consejos, que yo escuchaba con mucho respeto, aunque no los siguiese. En momentos difíciles, encontré en él lo que yo más admiro y aprecio en los hombres: honrra, lealtad y carácter. Así, en la lucha entablada con los representantes soviéticos en España, manteniendo la independencia del Gobierno ante toda intervención y ante toda tutela; cuando cayó su hijo en manos del franquismo, y en la cuestión de los sucesos de mayo, frente a los que reaccionó con clara comprensión del problema y con entereza, prefiriendo caer a mancharse con una felonía.

Mi tercer encuentro histórico con Caballero marca también una etapa decisiva en su vida y en la mía.

Llegó él a la cárcel de Limoges, procedente de la de Aubusson, un día antes de que llegase yo a la misma, transferida desde la Maison d'Arrêt de Périgueux. Al tomarme la filiación, el director me dijo:

— Tenemos ya otro personalidad política española en el establecimiento. Ayer entró en esta cárcel el señor Largo Caballero.

Me afectó mucho la noticia. Companys ya había sido fusilado en Barcelona, y temí constantemente que Caballero fuese conducido, sin trámite judicial alguno, a la frontera española y entregado a la Policía franquista. Mi situación no era mucho más halagüeña. Detenida el 21 de octubre de 1941 y llevada a la cárcel de Périgueux, nada sabía de mi compañero, detenido junto conmigo, de mi padre ni de mis hijos desde hacía muchos días, ignorando cuál sería el fin del proceso iniciado y cuál sería mi propio fin, si la demanda de extradición presentada contra mí, como contra Caballero, prosperaba.

Sin embargo, Maître Charlet, mi abogado de Limoges, se asombraba de que mi preocupación mayor fuese la situación de Caballero y las consecuencias que para él podía tener la demanda de extradición. ¡Pobre Caballero! Cuando le vi aparecer a través de los barrotes de la puerta de hierro que cerraba la parte de la cárcel de Limoges destinada a los hombres, enflaquecido, viejo ya, arrastrando una pierna, me produjo una impresión hondísima. Un sentimiento de piedad filial, de ternura conmovida, me lanzó hacia él, como hubiera hecho con mi propio padre.

El trato que la Policía de Vichy le había dado era brutal e indignante. En la cárcel de Aubusson le hicieron dormir desnudo, quitándole hasta los calzoncillos, sobre las piedras húmedas del calabozo, después de haberle tenido más de dos meses secuestrado y completamente incomunicado.

Juntos recorrimos por cuatro veces, encuadrados entre gendarmes, el espacio que separa la cárcel del Palacio de Justicia de Limoges. Juntos vivimos idénticos instantes de esperanza y de angustia. Y ¡cosa curiosa!, Caballero tenía mucha más confianza que yo en el buen fin de su proceso. Mis abogados, Maître Pernot y Charlet, me habían dicho:

— El presidente de la Cour d'Appel ha aconsejado a los abogados de Caballero y a nosotros, hacer pasar el caso de usted antes que el del Presidente. Si conseguimos que la demanda de extradición de usted obtenga un « No ha lugar », el precedente salvará a Caballero, a pesar de que Pétain se ha comprometido personalmente a entregarlo a Franco.

Mi caso era más sencillo. Me encontraba en avanzado estado de embarazo; era una mujer, acogida, en circunstancias desgraciadas, a la caballerosidad de Francia. Les fué fácil a los abogados obtener el « Non lieu » deseado a la demanda de extradición. Sentado el precedente, la demanda de Caballero fué rechazada.

Cuando salimos de la sesión de la Cour en que se nos comunicó el veredicto, yo le dije a Caballero:

— Hemos salido bien de manos de la Magistratura. Ahora veremos cómo saldremos de las garras de la Policía.

Caballero estaba optimista, y dijo a sus hijas que le esperasen a la puerta de la cárcel, que recogería sus cosas y saldría inmediatamente.

Salimos, sí, pero acompañados de la Policía: yo, para ser confinada en un pueblo de la Dordogne, y él para ser confinado primero en Val les Bains, entregado después a la Gestapo y llevado de cárcel en cárcel hasta el campo de Oranienburg, en Alemania.

Le vi por última vez en París, de regreso del largo cautiverio a que le sometieron los nazis. Le encontré animado, joven todavía moralmente. Estuvimos charlando mucho tiempo, contándome con animación y con toda clase de detalles todas sus andanzas desde el día que nos separamos en la cárcel de Limoges hasta aquel instante.

Sobrevivió a los espantosos sufrimientos vividos durante cuatro años. Pero todo aquello quebrantó tanto su vieja salud, que el roble, corroído internamente, se ha desgajado. Dos operaciones, una tras otra, no han podido salvarle.

..

¿Puedo yo juzgar a Caballero? No pueden ser estas breves líneas un juicio sobre el hombre, tan discutido; sobre su obra, como político, como estadista, como hombre de organización. Sería prematuro y fatalmente parcial.

Además, no quiero ni puedo hacerlo. He encontrado hombres en el curso de mi existencia ante los que he estado idealmente enfrentada, pero a los que he estimado por condiciones personales, que un sentimiento de justicia fuertemente desarrollado en mí me obligaba a reconocer y a admirar. Caballero ha sido uno.

Muerto ya seguramente cuando estas líneas vean la luz pública, es para mí doblemente sagrado, incorporado por derecho propio a la Historia de España y a uno de los períodos más ricos y agitados.

No fué un hombre vulgar. Había en él, en su mirada aguda, en su espíritu observador, en su inteligencia, en su mentalidad sólida de hombre salido del Pueblo, atisbos de gran pensamiento, visión de conjunto del terrible drama de España. Cometió errores; los hubiera cometido nuevamente. En el seno de su propio Partido — en el que muerto Pablo Iglesias, no hay ni ha habido figura central de jefe único — era discutido, combatido y estimado por la propia complejidad de su carácter y por las múltiples facetas de su vida.

Y así, tal como fué, mirado en bloque, agrandado por la distancia y por la muerte, formando parte del pasado vivo de un país rico en hombres recios, me inclino ante sus despojos y siento la emoción entrañable de este postrer despidido.

¡Salud, Caballero! Te vas cargado de frutos raros de la vida, con el alma repleta de emociones, en la retina la visión múltiple de imágenes innumerables. Sé que habrás tenido entereza también en este

# SOBRE POLITICA

UNA parte del vulgo ignorante atribuye en estos últimos tiempos, una importancia a la política mucho mayor que la que tiene en realidad, hasta el extremo de interpretar en ella la causa única o esencial de todos los fenómenos sociales. Antiguamente eran la magia y la divinidad quienes ocupaban este puesto, las guerras, las revoluciones, las pestes, la miseria o la prosperidad, etc., todo era atribuido a la voluntad de un poder divino o de una fuerza oculta, incluso los fenómenos físicos y astronómicos eran atribuidos de la misma manera a la dicha voluntad o fuerza. La literatura contribuía a solidificar estas creencias. Fue necesaria una nueva literatura a la que Cervantes aportó una contribución caudalosa y un renacimiento de las ciencias a las que Bacon le dio forma y empuje para poder extirpar de una forma positiva las creencias metafísicas tan arraigadas en el seno del pueblo en general de aquellos tiempos.

Hoy ya pocos son los que creen que las convulsiones sociales y los fenómenos físicos dependen de una fuerza divina u oculta, todo el mundo sabe que la ocultación de astros es debida a la revolución de los cuerpos celestes, que las pestes tienen por causa la propagación de bacterias morbosas. A cada fenómeno de la naturaleza se le busca su causa natural, por eso están los sabios, con sus laboratorios y academias.

Pero en lo que respecta a la sociología la cuestión cambia radicalmente, los fenómenos sociales si bien no son ya atribuidos a una voluntad divina, son, sin embargo, atribuidos a la voluntad de una fuerza superior que es la política: lo cual no deja de ser artificial y erróneo.

No negaremos que la política tenga cierta influencia en los fenómenos sociales, pero se ha ex-

último y definitivo trance. Sé que habrás mirado cara a cara a la muerte, con tus ojos grises, con tu frente obstinada, con la vaga sonrisa de tu boca hermética. Vencedor de ella, porque ha llegado cuando tú la habías vencido en las largas e indecibles estancias de un gigantesco calvario, en el que te confundiste y del que te salvó tu voluntad indomable de lucha y de vida. Aunque hayas caído ahora, gloriosamente cansado en el cruento combate, gladiador rendido al que el corazón le falla sobre el vencido adversario.

¡Salud, Caballero! Que la tierra sea leve sobre tu cuerpo; que tu recuerdo se incorpore eternamente al patrimonio común que constituye el pasado de los pueblos.

FEDERICA MONTSENY

gerado tanto en este sentido que no podemos menos que alarmarnos.

No vale la pena de discutir cuestiones que no pueden ser resueltas por la discusión. No vayamos a imitar al pleito de los universales, que se llevaron varios siglos en discutir si existían o no las ideas generales y el problema está todavía sin resolver.

Se trata de desprendernos de los prejuicios metafísicos estudiando los fenómenos sociales como las cosas de la naturaleza con los métodos que le sean propios siguiendo las indicaciones del creador de la sociología moderna Augusto Comte y apoyándonos en los estudios llevados a cabo por nuestros maestros anarquistas.

Intervenir o no intervenir en la política es una cuestión que no interesa a los anarquistas, es un problema que no se le puede plantear en ningún momento ni en ningún lugar, puesto que la base fundamental de su programa de acción, está al margen y contra ella. Entendiendo desde luego que política significa gobernar, o sea, oprimir a los pueblos.

Los anarquistas se interesan en mejorar la vida de los hombres en el seno de la sociedad, lo cual obliga a interesarse del mejoramiento de la sociedad. La sociedad humana se desenvuelve, influenciada en parte por la política. Según sea el grado de represión de un Estado o de un gobierno, será también el grado de libertad que disfrutarán los individuos supeditados a ese estado. Claro está, los anarquistas no pueden desinteresarse de la política, como no pueden desinteresarse de los demás factores que influyen la vida de la sociedad, como el capitalismo y la religión. Pero esto no implica que los anarquistas tengan que convertirse en gobernantes como tampoco tienen que convertirse en capitalistas ni en sacerdotes de las diferentes sectas religiosas con el pretexto de que desde arriba sirvan para endulzar, para moderar la opresión, la explotación y la tiranía intelectual de la religión.

En miras a la política, los anarquistas pelean para hacerla desaparecer, emplazados en la misma posición que lo hacen para hacer desaparecer el capitalismo y la religión, que es el seno mismo de la sociedad, en las entrañas mismas del pueblo.

El campo de lucha de los anarquistas es: Frente a la política; organización de la resistencia de los oprimidos; frente al capitalismo; organización de la economía de los explotados y frente a la religión, la vulgarización del saber. Estas tres ramas de actividad, forman la revolución social, la cual se lleva a cabo, única y exclusivamente, por el espíritu anarquista al margen y contra la política.

J. CAPDEVILA

# EL UNIVERSO DE ALAIZ (1)

**E**N efecto, ni el genio, ni la profundidad de pensamiento, ni la envergadura de su crítica, ni la reciedumbre y alcance de su proyección social pueden verse si no se recopila su obra entera, si no se hace un esfuerzo para que en apretada escritura podamos repasar la buena dicción, el gran verbo, la templada pluma, templada y valiente, del incomparable compañero, fecundo escritor, Felipe Alaiz.

La tarea emprendida por « Los Amigos de Alaiz » es inmensa, inmensidad que lejos de arrear voluntades, deberá aunarlas. La importancia de la empresa justifica todo esfuerzo. La obra completa de Alaiz debe poderse disponer y recopilada en tantos libros como sea necesario. Novedad para los españoles, cosa ya añeja para otros núcleos de trabajadores. Los compañeros editores nos dicen que después de « Quinet » y del tomo I de « Tipos Españoles » tienen dos o tres tomos más en perspectiva. En el archivo del Ariège confederal tenemos registrados de Felipe más de 350 artículos de prensa que suponen cinco o seis tomos más del tamaño elegido para sus obras.

No hay más que repasar algunos títulos de los mencionados artículos para darse cuenta de que es un aporte de gran valor, no solamente como crónica de una época sino como crítica social sólida y honrada : « Episodios de la subasta de España », « El diablo burlado », « Genios por decreto », « Hungría en el crisol », « Mundo juvenil », « Minoría dolariana », « Quedarse con todo », « Revolución triangular », « Regateo y demolición », « Unica esperanza », etc., etc., dan idea del vasto campo que abarcó su pluma.

« Quinet », escrito en sus primeros tiempos, es la muestra, es la piedra indesmentible e indesmentida de lo que habría de ser su jamás abandonada línea de conducta y fuerte don de apreciación. Sus juicios, cual balazos de grueso calibre, penetran y destrozán la ponzoña de cada quisque, real o ficticio, como si en el mundo todo fuese de cartón mojado.

Por boca de Quinet, Alaiz forma al hombre con unas observaciones fruto de su propia experiencia, que siendo de gran utilidad para los mayores de edad conllevan enseñanzas de primer orden para uso de los que como el protagonista son aún adolescentes, para uso de los que « han nacido la segunda vez que nacen algunos hombres en la juventud; cuando la catarata de la voluntad es una buena nueva de poderío y la pasión se manifiesta en sus primicias ». Quinet, por naturaleza, aborrece los textos, los aborrece pero no por indife-

rencia ni desdén, sino tras análisis, convencido de su inutilidad. El trabajo es su dios, por ese motivo dice que « El Derecho es carrera que puede terminarse haciendo como que se estudia veinte minutos diarios durante los últimos dos meses del curso o sacrificando una quincena de noches al año ». « Hay que emplear menos tiempo para ser abogado que para ser cerrajero ». La plaza de privilegiado que ocupa el primero no habrá de atribuirse más que a la preferencia de las gentes en poner en sitios vistosos y limpios los objetos de lujo inservibles.

De elevada expresión y concepción anárquica, Alaiz niega la autoridad, no solamente militar y eclesiástica, sino también civil. La niega en la función menos autoritaria del Estado : el alcalde. Siempre hay, dice, en la Ciudad Mudéjar, un tendero o letrado a quien tienen algunos por primer magistrado. ¡Qué razón tiene Alaiz! El alcalde no es alcalde del pueblo, lo es de algunos del pueblo. Cuántos entre los trabajadores hay que preconizan por ir al copo de las funciones municipales burguesas, no harían mal en analizar las deducciones a que llega Quinet observando las alcaldías. Dos cualidades, dice, son indispensables al futuro alcalde : sonrisa « municipal » — con que sea cardiaca ya tiene bastante — y deseos de entrevistarse con el rey. Esto y « no querer ver ninguna profundidad en el dolor español son las mejores virtudes alcaldesas. »

Es punzante pero no ha sido jamás ni grosero ni provocador. Alaiz habrá dado « cachetes », nunca coces. Para esto último también se necesitan cualidades. No da coces quien quiere, decía. Tenía en muy alto lugar la amistad. Las diferencias de Quinet con sus amigos no le impedían pasearse juntos toda una tarde sin dirigirse apenas la palabra. El silencio es también prueba de estima, estima atada al dolor. En el terreno de la amistad, desde luego, Alaiz toma sus precauciones.

En esto más que en cualquier otra cosa hay que ser comedido. Se educa al efecto en Multatuli. En cada genovés, reproduce Alaiz de Multatuli, hay, según dicen los italianos, siete judíos, y que si se tiene un amigo en Génova sale éste a la estación y muy amablemente enseña al viajero el humo que sale por la chimenea de su casa, sin llegar a más su hospitalidad. » Y concluye :

« Conviene que supongamos en cada amigo un genovés, aunque no lo sea. » Mas, cree en la amistad profundamente, aunque sólo llegue a ser profunda a fuer de pulir y elegir. Ved si no, el ambiente amistoso que se respira en casa de Lécina. « Iremos al « Ideal Corinto » sólo una vez, y ya conoces a todos los trasnochadores. Luego verás a los que se levantan temprano, y te presentaré a mis amigos, sin olvidar a los que quisieran serlo y llevan unas sortijas fantásticas y sólo sien-

(1) Tomo primero de las Obras de Alaiz. Precio 5,00 francos. Pedidos a nuestros Servicios de Librería.

— « Tipos Españoles », idem.

ten no tener cuatro manos para cubrirlas de solitarios y sellos con iniciales. »

Ni la amistad ni el amor, dice, están reñidos con la disputa. Puede uno estimar a otro y amarle sin dejar de disputarse. Es más, de Salustio, su vecino, dice : « A los diez minutos ya seréis amigos, pero te advierto que dejaréis de serlo en el preciso momento en que dejes de llevarle la contraria. » No hace, sin embargo, de la disputa un sistema. Alude a ella por los que acogen la disputa cual motivo anecdótico; cual alimento barato de su mal genio. Pero si hay un enemigo de los cuentos de miedo, de las tragedias y del sentimentalismo, ése es Alaiz Nos lo dice refiriéndose a « Quinet » : « La obra que encanta a un partidario de hechos ha de contener estos ingredientes : higadillo de burgués, esqueletos de monja, mandíbulas de obispo, lágrimas proletarias, y engrudo y balduque de folletín; todo ello con salsa mística y redentorista y en ese estilo de cemento armado que usan los economistas de Estado cuando cuentan las patatas disponibles y los hombres sacrificables. »

El lector que busque estos ingredientes, que no lea a Alaiz. Que no lo lea tampoco el que busque enredos, adulaciones u horrores.

Casi toda novela conlleva enredos de alcoba, hay plumíferos que aun cuando se dan tono de historiadores no pueden prescindir de detalles mil, falsos todos, acaecidos en un cuarto de hora de canapé. Advierte, no obstante, para el lector que « hay amor de loba, de vampiresa, de esfinge, de comadreja, de serpiente, de leona, de tórtolo herida o por herir, de pantera y de cotorra »; se tiene en cuenta si es camarera, burguesa, obrera o ricaembra; se le agrega algún tapadillo, medias de seda y el tonto o el listo de rigor, montado con la estupidez del autor y sostenido por la del lector y, dice Alaiz, « ya tenemos reunidos los mate-

riales de todos los temas desarrollados por los novelistas. »

Nada de lo dicho tiene que ver con el amor. Los hombres verdaderamente enamorados, dice recordando a un poeta, apenas se atreven a descubrir su amor cuando se atreven a amar. » Cuando piensa en la mujer, Alaiz suele añadir que « el amor es pérfido y envolvente, y cuando no, tonto. » Se ríe del platónico amor, mezcla de pereza e impotencia, y de ahí que Lecina diga al muchacho : « Conocerás el Museo y mi observatorio — un observatorio que yo he ido nutriendo heroicamente — y, por fin, conocerás una estanquera muy guapa. »

Quinet ya deduce que « el amor imposible es el más agradable de todos. » Lecina lo comprende y le replica : « Eres un español que quieres ganar el amor como se gana a la lotería. »

El idilio que se urde con la « sin par Julieta » es aleccionador, sobre todo el desenlace primero. Se enamoran Quinet y Julieta. Esta quiere poner a prueba de acero el amor del muchacho. Cuando ya habían pronosticado y vislumbrado una vida feliz y en común, la pícara le advierte que antes de decidirse a lo último debe revelar un secreto. Habla, le dice él. Tengo un hijo, le contesta ella. Se separaron. Sin embargo era mentira. Ella era una muchacha sin par. El un hombre sin formación, crédulo con la falsa educación a cuestas, cuya parte opuesta para él es servilismo, decadencia: Todo lo más, « el amor es una cosa distinta para cada ser. » El suyo era así. Por lo menos en aquel instante, pues que la declaración de madre le provocó una revolución en sus conceptos. Hasta casi se llega a casar con otra señora que escribía novelas. No se decidió porque pensó que la novelista podría tardar en morir. »

M. C.

(Continuará).

## Entre arrancapinos

**PEPE** : ¿Sabéis lo que le han dicho a Basilio?

**LAURO** : ¿Qué le han dicho?

**PEPE** : Ha sido llamado por el alcalde y le ha reprochado ciertas manifestaciones de tipo social, para terminar amenazándole que de continuar con esa lengua, sería desterrado de este territorio.

**LAURO** : Esta es la eterna historia del lobo y el cordero. Ahora recuerdo que el negrico Richard Wright relata en « Los hijos del tío Tom » que en América también hacían lo mismo con los negricos.

**MANOLICA** : Los alcaldes son así y cada época encuentra sus negricos.

**PEPE** : Estas cosas me ponen negro.

**LAURO** : Habría para ponerlos verdes.

**MANOLICA** : En todo caso a mi se me enciende la sangre.

# Triptico de Stefan Zweig

Noche del 22-23 de febrero, en el aniversario de su muerte

La obra de Stefan Zweig está constituida, cual un tríptico, por tres series de trabajos que corresponden a sus grandes dones creadores, a su compenetración con los héroes del pensamiento y la acción humanos, a su incomparable intuición de las almas que investiga con firme lucidez y con esa comprensión de su destino, que se torna finalmente amor y compasión.

El tríptico de la pasión creadora de Stefan Zweig se nos aparece como los tres costados de una pirámide, que se juntan en la cúspide de un ideal de arte y también de conocimiento, de crítica y también de síntesis armoniosa del bien y de la verdad.

La primera parte de su obra consiste en la imponente galería de retratos literarios, psicológicos y morales — retratos que rebasan los marcos convencionales de este género — y que descienden entre nosotros: gigantes de esa imperecedera **Comedia humana** vivida, como vencedores o vencidos, como solitarios en su universo ético o metafísico, como aventureros en la selva de los odios y vanidades temporarios, por Balzac, Dickens, Dostoiewski..., Stendhal, Casanova, Tolstoi..., Nietzsche, Kleist, Holderlin (reunidos en « Constructores del mundo »), Mesmer, Mary Baker-Eddy, Freud (« Curación por el espíritu »), Marcelina Desbordes-Valmore, Verhaeren, Romain Rolland y otros, célebres u olvidados...

El segundo lado del tríptico abarca figuras históricas: María Antonieta, María Estuardo, cuyo trágico destino representa una época, un país, una encrucijada de su siglo;— figuras políticas, singulares por su alma y su mente inextricables, por el « satanismo » de su actuación, como José Fouché, convertido en símbolo de esos períodos de la vida social en los que la Revolución está luchando con la Reacción y, muy a menudo se confunde con la misma — figuras de grandes viajeros, como Américo Vespucio y Magallanes, el primero que dió la vuelta al planeta, abriendo así una nueva ruta al progreso de la humanidad; — figuras colectivas, a la vez hombres y países, como « El mundo de ayer » y « Brasil, país de porvenir », tan maravillosamente evocado e interpretado — figuras de eruditos, como Erasmo de Rotterdam y Castello, humanistas del Renacimiento y la Reforma, que enfrentaron con su potencia intelectual y ética la ignominia y la crueldad de las fuerzas desencadenadas por los políticos, los fanáticos y los guerreros.

La tercera parte, compuesta de poemas, cuentos, leyendas, « momentos estelares » y, sobre todo, de relatos recopilados en « Calidoscopio » y « La ca-

dena », finaliza la pirámide de la creación literaria de Stefan Zweig. No como un muro macizo, sino como una roseta minuciosamente cincelada o como un conjunto de cristales a través de los cuales se vislumbran todos los latidos del corazón y el correr de la sangre, todos los secretos psíquicos y los « procesos de conciencia » del hombre de varias latitudes geográficas, sociales y espirituales: « Amok », « Noche fantástica », « El miedo », « Carta a una desconocida », « Veinticuatro horas de la vida de una mujer », « Sentidos extraviados », « El candelabro enterrado »... Estos son algunos títulos de los relatos conmovedores de Stefan Zweig, el « cazador de almas », cuyo nombre está colocado al lado de los grandes novelistas modernos. Pues, cultivando con toda perseverancia y maestría la narración, el cuento y la leyenda, él es en el fondo un novelista que ha condensado, cristalizado, sintetizado en cada una de estas breves obras el material vivo de una novela extensa. Los personajes secundarios están envueltos en la sombra o la luz del héroe central que es, a su vez, todo un mundo en « devenir », con sus luchas interiores, su crecimiento o disgregación. Sus relatos no son esbozos de novelas, sino frutos madurados en el conjunto viviente del árbol. Y es verdad que las mejores novelas de la literatura universal son frondosas y susurrantes como árboles, con raíces hundidas en realidades telúricas y el tronco firme, erguido, con su corona ramificada hacia mundos más altos, superterrestres.

« Impaciencia del Corazón », la primera y última novela amplia se publicó en 1939, cuando Stefan Zweig tuvo que abandonar Salzburgo, dominado por los nazis y emprender su largo vagar por Francia, Bélgica, Inglaterra y las Américas. Esta novela es una prueba más de las dotes del cuentista y poeta, del retratista y dramaturgo, del psicólogo y crítico. ¿Acaso el autor, por un capricho de « favorito » de la vida y las artes, quiso comprobar que podía escribir también una novela? De todos modos, ha puesto de manifiesto, por todas sus obras, que podía superarse, ya que no estaba preso de ninguna fórmula o escuela literaria.

Para nosotros, « Impaciencia del Corazón » no es un mero relato más extenso, con cuadros y acciones convergentes, con « tipos pintorescos », con incursiones en los dominios sociales y, particularmente en los reinos psicopatológicos, en los escondrijos semioscuros de la conciencia. Esta novela es una de las más patéticas confesiones, en la que el autor está hermanándose — pese a su vigilancia de artista — con Ilona, la paralítica, que se despoja a sí misma para descubrir y mostrar toda

La psicología y la  
conducta humana

## De Schumann y Vatzlav Nijinsky a nuestros días

(Continuación)

En 1856 Roberto Schumann ingresó en la clínica del doctor Richard, cerca de Bonn, muriendo ese mismo año pensamos que en momentos conscientes, víctima de la nostalgia, de profunda y agudísima melancolía. Desde su primer frustrado suicidio habían transcurrido veintitrés años. Si no antes, al menos en la última década de su vida, pudo hacerse por este eximio músico lo que no comprendió, a tiempo, que podía intentar por sí mismo: influir en su voluntad y en su inteligencia para permanecer normal, cuando aún no tenía perturbadas y alteradas, como llegó a tenerlas casi completamente, sus funciones superiores.

Esposa, hijos y amigos pudieron, con ingenio y amor, procurando no soliviantarlo e irritarlo, gestionarlo y persuadirlo de lo necesario que era alternar la creación musical con actividades recreativas, con períodos de descanso y diversión. Se trataba de evitar que el exceso de introspección dañara su mente, impedirlo, sin violencias, que se concentrara demasiado en sus pensamientos y en sus propias aflicciones que lo arrastraban a la desesperación, a la locura y a la muerte prematura.

Constatamos que cuando la fuerza de voluntad positiva racional y voluntaria falta a ve-

su verdad... La verdad de esa lastimera y sin embargo sublime « conciliación humana » que — para Stefan Zweig — llega a su expresión suprema, mediante la compasión. No aquella débil, pasiva o impaciente, que no aguanta hasta el final — sino la compasión activa, perseverante, que sabe lo que quiere, compartiendo los sufrimientos de los semejantes y « entregando todo, hasta el último agotamiento de sus propias fuerzas, y aun más allá... »

Y, a la luz reveladora de esta compasión, comprendemos cuánto padeció Stefan Zweig en su exilio sudamericano durante la segunda guerra mundial, y cuán hondamente sintió él mismo el drama planetario de la humanidad extraviada — enferma, y, no obstante, apasionada, mórbida, como la muchacha paralítica de su novela. Comprendemos también porqué, igual que ella, se quitó la vida junto con su segunda esposa, cuando todas sus creencias y aspiraciones idealistas fueron aniquiladas en 1942, pulverizadas en el huracán de la locura sangrienta que azotaba a los pueblos, arruinaba países y continentes... ¿Qué contaba entonces un individuo, pese a sus grandes méritos culturales y humanistas y pese a toda su lúcida, tenaz y universal compasión?

EUGEN RELGIS

ces en genios propensos a padecer perturbaciones nerviosas, si mientras tienen intactas sus facultades no cuentan con familiares y amigos que los amen, y advirtiendo el peligro que corren se las arreglen, sabiamente, para que no se agoten, acabando sufriendo las terribles consecuencias precipitadas. Y la Humanidad pierde una más larga aportación de sus obras o de sus conocimientos que madurarían y superarían con el tiempo.

Roberto Schumann, como Vatzlav Nijinsky — del que vamos a hablar — e innumerables seres humanos acabaron sus días en llamadas casas de salud, en las que no la encontraron ni la encuentran muchos sujetos que podrían recuperarla en sus propios lugares. Tarea difícil, pero factible.

Consideramos que Vatzlav Nijinsky también pudo salvarse como se han salvado, porque quisieron, recientemente, tres casos de esquizofrenia de los que hablaremos más adelante.

Nijinsky fue el más sobresaliente bailarín del « ballet » imperial ruso. Su ejemplo lo exponemos, previamente, para contrastarlo con los que acabamos de aludir que sufrieron la misma enfermedad mental. Es uno de los más célebres esquizofrénicos que ha conocido la humanidad que consideramos pudieron salvarlo los que lo rodeaban o salvarse por su propio esfuerzo antes de perder el dominio de sí mismo. Intentaremos justificar y probar las afirmaciones que acabamos de hacer.

El más exuberante y extraordinario bailarín de todos los tiempos, el máximo exponente mundial de la técnica y de la danza clásica absorbido y obsesionado anormalmente por descubrir la verdad en el arte y en la vida para interpretarla en sus danzas descuidó, por completo, lamentablemente, su salud mental y psíquica. Este comportamiento agotador de Nijinsky reclamaba ser estudiado y atendido para evitar que el trabajo excesivo y la ansiedad creciente de superación y perfección artística llegara a angustiarse y a desequilibrarlo peligrosamente.

Nijinsky hacía continuas innovaciones, se renovaba febrilmente, no cesaba de realizar nuevas concepciones artísticas personificando el ideal de la belleza, depurándolo más y más, gracias a su asombrosa vitalidad, a su extraordinaria inspiración e intuición creadora y a su grandiosa capacidad de síntesis estética. Pero su caudal de energías corporales y nerviosas no eran inagotables, y cometió el error de no medir sus fuerzas para poder prolongar su actividad artística y su propia vida. En el mundo del arte hizo, en corto tiempo, lo que exigía un plazo más largo pese a estar extraordinariamente bien dotado para la danza.

De nuestra incipiente adolescencia — del que escribe y de los de su tiempo — que transcurrió en Barcelona (España) recordamos cuanto habló la



prensa relatando sus impresiones sobre el grandioso éxito de Nijinsky al bailar en Madrid con su genio y estilo inimitable. Y fué entonces, precisamente, en la capital de España, donde el mismo Vatlav Nijinsky sintió y expresó la necesidad de consultar a un especialista. Sus más cercanos seres queridos, en el curso de los años, habían constatado que estaba padeciendo perturbaciones emocionales y mentales, ansiedades y angustias mil sin haber dejado de bailar, de asombrar y entusiasmar con su arte excelso a los públicos de todo el mundo.

¡Qué pena que cuantas personas lo querían y por él eran queridas, que podían, por lo tanto, influir en su modo de ser no lo hicieran reposar lo preciso a su salud con diversos pretextos y convencerlo, unos diez años antes de ser internado, que acudiera al tratamiento psiquiátrico! De haberlo intentado y logrado Vatlav Nijinsky no se hubiera perdido tan pronto y habría alcanzado, seguramente, más altos niveles, estéticos, psicológicos, sociales y humanos.

Cuantos rodeaban a Nijinsky sabían que desde hacia catorce años aproximadamente se volvía más y más taciturno, que hacía cosas raras y extravagantes, que iba entristeciéndose, perdiendo la alegría, y que cada día era menos capaz de mantener relaciones normales con sus semejantes. Llegó el instante en que no podía ni sabía alternar con otros o solo, por cualquier cosa. Dándose cuenta de lo que le sucedía se aislaba de amigos, de admiradores y hasta de sus propios familiares. ¡Y no cesaba de bailar! Pero después, en el hogar, en particular, aumentaban sus acciones extrañas, anormales y sus periodos melancólicos y de irritabilidad.

Evidentemente, a cuantos lo amaban les faltó valor humano para ayudarlo, con eficaz discreción a encauzar sus fuerzas de la forma más adecuada. No supieron prestarle la ayuda que necesitaba. Consideramos que lo dejaron casi abandonado a su suerte por un mal entendido respeto a la voluntad de Nijinsky ante el que, al parecer, se sentían empujados. Sin embargo asistían al derrumbe de la individualidad y de la personalidad de Nijinsky y a la pérdida de su salud mental. No llegaron a comprender que por encima de la inteligencia están la bondad, la solidaridad y el amor, y que en el hogar, cuando los afectos se corresponden, nadie es inferior a otro: mujer y hombre son iguales en el sentido de cumplir con el deber de velar y actuar por su mutua felicidad y bienestar. Cuando un miembro de la familia, por sufrir una enfermedad cualquiera, por equis causas ajenas a su voluntad, o por carecer de ésta, a consecuencia del mal que sufre, es incapaz de obrar bien y se hace daño, los demás componentes de la misma han de tomarse facultades superiores para — como en el caso de Nijinsky — ayudarlo, de uno u otro modo, a recuperar su conducta normal, a curarlo y evitar que su cuerpo y su mente se desquicien completamente.

Ciertamente, en el caso particular de Vatzlav Nijinsky no bastaba que su amante y abnegada

esposa, por ejemplo, lo colmara de ternura y atenciones, sin plan curativo. A su vista, años y años, se fué apagando el genio, el juicio y la vida de Nijinsky sin saber nada positivo por él. Ojalá que estas lecciones no sean meras palabras que se las lleve el viento y sirvan para alentar a muchas familias y logren salvar a miembros del género humano sean o no genios.

En Nijinsky fué agrandándose y marcándose más y más profundamente el sello personal de lo patológico. Poco a poco perdía la razón, disminuyendo su capacidad de obrar cuerdamente. ¡Oh, dolor, comprobar que el que trató de inundar a la humanidad de exquisita belleza y sana alegría perdía ésta y pronto sucumbiría en las sombras, sin luz en la mente que tan vivaz y creadora fue!

Hoy recordamos que al leer, hace unos años, la biografía de Vatzlav Nijinsky nos quedó la impresión de que acabó viviendo en un estado de sueño que le hizo perder el contacto con la realidad de la vida que tanto amó, embelleció y dignificó. Acabó aislándose de las realidades del mundo y del suyo: del arte. Dejándose arrastrar — como Schumann — por las fantasías de sus propios anhelos y sufrimientos se agravó hasta perder el dominio de sí mismo y quedar sin voluntad. La introversión y el egocentrismo, que caracterizan al esquizofrénico, se acentuaron en él extremadamente. Empeoraba, se acercaba su fin. No perdió la memoria, pero llegó el momento que ya no pudo bailar más. En este estado lastimoso su esposa lo llevó a Zurich (Suiza) donde lo entrevistaron, observaron y estudiaron, especialistas psiquiatras. Diagnosticaron, en seguida, que padecía esquizofrenia incurable.

En octubre de 1962, nos atrevemos a preguntar: ¿Existía aún alguna posibilidad de salvar a Nijinsky en el momento de ser internado en el manicomio del Estado de Suiza en el que pasó décadas? Consideramos que sí de no haber sido señalado y tratado como enfermo mental incurable. Cuando lo internaron todavía reaccionaba, a menudo, con lucidez, y sobre todo conservaba la memoria. Pudo intentarse su salvación.

No somos psicólogos ni psiquiatras, pero ansioso no se repitan casos como el Vatzlav Nijinsky y otros, de acuerdo con las viejas y nuevas experiencias psiquiátricas, opinamos que no bastan unas horas, unos días y a veces ni semanas y meses para declarar incurable a un enfermo mental. El problema es delicado, porque el diagnóstico de incurabilidad condena al paciente a quedar aislado, o entre incurables, y a no recibir adecuado y metódico tratamiento psiquiátrico. Considerarlo caso perdido en el que no vala la pena emplear esfuerzos científicos y tiempo.

Desde la pérdida de Nijinsky han transcurrido más de cuarenta años y la Psicología, la Psiquiatría, la Psicoterapia y la Parapsicología — nueva ciencia de la que hablaremos más abajo — han hecho grandes progresos. Sin embargo ¿cómo no iban a cometerse errores si en el presente se cometen los mismos!

### SALVACION DE TRES ESQUIZOFRENICOS «INCURABLES»

No exageramos. A continuación comentaremos los más recientes ejemplos ilustrativos al respecto.

A los pocos días de haber escrito y enviado a CENIT el artículo « el sexo, el hombre y la sociedad » — que se publicó en el número 138 de esta querida revista y en la prensa que apareció en México el 27 de abril próximo pasado, leímos el siguiente breve informe científico de los Estados Unidos que confirma cuanto expusimos en el precitado trabajo sobre las perturbaciones mentales y psíquicas en sujetos que de su voluntad, en particular, depende el poder eliminarlas. He aquí la interesante noticia que transcribimos íntegra :

« La Psiquiatría afronta el reto de tener que explicar cómo y porqué tres pacientes comenzaron a restablecerse de sus afecciones mentales precisamente cuando los psiquiatras habían perdido toda esperanza de poder devolverles la salud.

» Los tres casos se registraron en la sala de Psiquiatría de un hospital general. Dos hombres y una mujer estaban a merced de ataques esquizofrénicos, lo cual significa que no podían dominar sus propios actos de voluntad. A cada uno de ellos se le aplicó el tratamiento más completo y avanzado que se conoce, tanto en lo psíquico como en lo físico. Pero nada parecía surtir efecto. Ni siquiera las drogas tranquilizantes podían calmarlos por largo tiempo, porque les hacían experimentar reacciones nocivas a sus organismos.

» Los médicos estaban, en su mayoría, desesperados, y se sentían descorazonados, según ha dicho el doctor D. A. Schwartz, subdirector de Servicios de Salud Mental del condado de Los Angeles. Se creía que uno de los pacientes varones podría, en un momento dado, hacer daño a sus parientes o suicidarse y que tanto él como la mujer enferma eran seguros candidatos a un largo confinamiento en un hospital del Estado. Del otro paciente se tenía la impresión de que nunca se curaría del todo.

» Fué entonces, en ese mismo momento de desesperanza, cuando se produjo el fenómeno singular. Los pacientes empezaron a mejorar en forma constante, cuando lo lógico era que se hubiera producido un empeoramiento de su estado mental. Por lo general los enfermos que atraviesan circunstancias similares siempre tienden a agravarse.

» Sin saber cómo ni porqué — y eso tiene que descubrir ahora la Psiquiatría — los tres siguieron mejorando, hasta el punto en que el hombre y la mujer casi desahuciados ya no muestran síntomas de haber estado enfermos. El otro hombre se ha recobrado lo bastante como para poder convivir con los demás componentes de la sociedad donde habita. »

El doctor Schwartz, tiene una explicación para estos casos. Dice que « cuando los pacientes se dieron cuenta de que se había desvanecido la última esperanza de llegar a curarse por medio de la ayuda exterior, experimentaron la necesidad de recu-

rrir a su propio ego para evitar el desastre definitivo. Al no haber en los demás esperanzas de curarlos, tuvieron ellos que remitirse a sus propias fuerzas y recursos para tratar de hacerlo. Lo hicieron porque su ego encontró las fuerzas que requería para lograrlo. »

Fundamentalmente es la misma opinión que dimos nosotros, con más amplitud, al referirnos al homosexual de Londres, que se curó — como afirmamos, subrayándolo — porque **quiso dejar de serlo**. En los enfermos mentales norteamericanos como el paciente inglés, padeciendo distintos tipos de enfermedades nerviosas, reaccionaron sus respectivos pensamientos y sentimientos y dieron una respuesta lógica y humana, bien merecida, comprensiva y afectiva de agradecimiento, a sus propios médicos psiquiatras. En su nueva y repentina actitud reflejaron comprender su problema y resolvieron curarse. Pusieron de relieve que su ser psico-somático no estaba afectado, enfermo, irremediablemente y que cada uno siempre contó con suficientes fuerzas normales, conscientes, para obtener el resultado curativo y rehabilitatorio que deseaban los médicos. Sólo le faltaba descubrirlos y ponerlas en juego. Cuando esto hicieron los pacientes se salvaron de la grave situación que amenazaba sus vidas.

En presencia de estas experiencias psicológicas constatamos la suma importancia del buen trato y psicopedagógico o aplicación de la pedagogía terapéutica en la prevención y curación de los pacientes. Consideramos que al enfermo mental, de cualquier tipo — o en vías de ser un esquizofrénico, por ejemplo — tendrá que tratarse como tratamos al niño que lo ayudamos — sin que lo parezca, y es lo realmente delicado y difícil — a resolver un problema, sencillo o complicado, cuando observamos que está desalentado en extremo, a punto de abandonarlo con sentimiento de impotencia que trastorna y desequilibra. Es aconsejable la intervención « innotada » hasta el límite que vuelva a tener confianza en sus fuerzas y pueda él proseguir, y solucionarlo sin ayuda ajena. Además ha de estar convencido de que no es realmente un enfermo mental — y menos incurable — si no que sufre un desajuste emocional que le ha provocado un desequilibrio pasajero que podrá superarlo tanto más pronto cuanto con más voluntad se lo proponga.

En los momentos de más serenidad y lucidez mental de un paciente convendrá hablarle de los casos que se curaron, cuando quisieron, como asimismo de los que se resistieron a curarse. Se le pondrá de relieve, claramente, que por éstos nada pudo hacer la ciencia como impotente es la gente más bien intencionada del mundo para impedir que una persona se suicide, si quiere destruirse, por cerca que la tengan.

Durante pláticas « informales » a los pacientes se les podrá decir que algunos de los diversos y opuestos ejemplos precitados los tienen en películas. ¡Qué bueno que fueran en colores! Obvio es hablar de la conveniencia que las películas han de ser bien seleccionadas y estudiadas para los distintos tipos de pacientes como estudiado, asimis-

mo el tiempo — las experiencias de las exhibiciones le irán señalando — conveniente de proyección para cada caso particular o grupo de casos similares con objeto de que cumplan la finalidad psicoterapéutica a la que se las destina, incluyendo las espontáneas explicaciones pertinentes completando la cabal comprensión de todas las escenas.

Comprobado que, en la mayoría de los casos, los enfermos mentales oponen una mayor o menor resistencia al tratamiento psiquiátrico, se les despertará la curiosidad por ver las películas, pero sin ofrecerlas hasta que ellos mismos pidan verlas, y al proyectarlas los relatos que se hagan sobre partes de las mismas tendrán que ser hechos como entre amigos, con natural familiaridad, en ambiente cordial que invite a los pacientes a hacer preguntas, espontáneamente, sin temor y sin doblez, que serán contestadas, muy llanamente, por los médicos.

En las sesiones de cine podrán alternar documentales sobre bellezas naturales, con música apropiada, y otras películas que ayuden a tranquilizar, serenar, alegrar y a equilibrar, en fin, a los pacientes. Para asistir a estas reuniones colectivas se estudiará qué sujetos necesitan, en aquel momento, por equis causas, drogas tranquilizantes para que no perturben mientras se forma el natural ambiente tranquilizador en el curso de las exhibiciones y de las explicaciones. En estas entrevistas informales, de preguntas y respuestas y reacciones psicológicas espontáneas, deteniendo la película en la parte comentada o que llamó la atención de uno o más pacientes, muchos nuevos datos psicológicos serán descubiertos que no se obtienen en las entrevistas formales, obligadas, demasiado mecánicas del paciente con el psiquiatra aislado en el consultorio.

Mencionamos el uso de drogas tranquilizantes o terapéuticas, pero al respecto consideramos que lo más tranquilizador para los pacientes es que piensen y sientan que no son tratados como enfermos mentales obligados a ver las películas y a escuchar las pláticas si no que asisten, voluntariamente, a sesiones que pidieron para distraerse e ilustrarse. Se trata de que vayan ejerciendo el dominio de sus actos de voluntad. En la pantalla verán desfilar y actuar a recientes y a viejas amistades de los médicos. Así considerarán éstos a los pacientes : como amigos y los espectadores enfermos se sentirán tratados, automáticamente, también, como tales, del mismo modo, sin necesidad de decirselo sus amigos los psiquiatras. ¡Cuán diferente era el trato que la mayoría de los pacientes recibían en sus hogares donde los hicieron enfermar irritándolos llamándolos dementes, etc.!

Notables efectos psicológicos curativos produci-

rán en los enfermos mentales — todo ojos y oídos — que los médicos recuerden momentos gratos que pasaron con los viejos amigos, hoy seres humanos completamente normales, anécdotas de los mismos presentes y ausentes con buen humor que provoque su hilaridad, no desmedida, y sean más o menos bien acogidas por todos. Lo importante es establecer una corriente afectiva, de mutua simpatía, sincera y permanente, entre médicos y pacientes que es fundamental para obtener buenos resultados en los tratamientos psiquiátricos individuales y colectivos. Lo esencial del lema psicoterapéutico ha de ser : curar con amor bien prodigado.

Los aspectos del precitado tratamiento psiquiátrico podría ayudar a completarlos, seguramente, la colaboración personal, bien planeada, de los expacientes — o de algunos de éstos — que aparecen en las películas aportando, por ejemplo, otras películas de su vida normal — tomadas por el servicio social o psicológico competente — en el hogar, en el trabajo, en las excursiones y diversiones, etc. Visitarían, oportunamente, a sus amigos los médicos y al mismo tiempo saludarían y animarían a los actuales enfermos mentales.

Aleccionados por los médicos los visitantes no se anticiparían a manifestar que son personas que aparecen en las películas que conservan en la clínica o en el hospital, pero los internados si los reconocerán, y acabarán haciéndoles preguntas. Entonces, sólo entonces, se darán por identificados. Y los nuevos pacientes al interrogar a los que dejaron de serlo a todo y a todos contestarán corroblando — sin mencionarlos — cuanto les dicen sus mutuos amigos los médicos, los psicólogos y los psiquiatras que tan bien los tratan y quieren como bien les trataron a ellos cuando estuvieron ocupando el lugar de los visitados.

Cuando el enfermo mental adquiere conciencia de que la mayor parte de su desequilibrio se debe a él mismo, porque lo adquirió — voluntaria o involuntariamente — lo sostiene y puede agravarlo mucho adelantará en la recuperación de su salud. Admitirá, sin impactos psicológicos perturbadores, tranquila y cordialmente, como cosa natural y necesaria, la presencia y trato de los médicos psiquiatras considerándolos sus mejores amigos y consejeros. A éstos se confiará sin temor alguno pidiéndoles consejo y orientación, qué hacer en cualquier situación, y le alegrará tenerles cerca como testimonios de los éxitos que obtiene en su curación gracias a que quiere lograrlos con todas sus fuerzas.

FLOREAL OCANA

(Continuará.)

**La demagogia es uno de los peores vicios de la corrupción política.**

**La demagogia es la máscara que el pillo y el rufián usan para atraerse falsamente las simpatías ajenas.**

**Los libertarios despreciamos la demagogia y sólo admitimos la verdad.**

# ¿Para qué sirve el bagaje ideológico?

**P**ODEMOS entendernos con Marx, socialista, que sabe lo que quiere y que no ignora lo que es el socialismo. Podemos marchar juntos en numerosas acciones comunes, y cuando estas no son posibles, por divergencias fundamentales de método, queda el recurso de la tolerancia y el respeto mutuo, sin lo cual no hay espíritu socialista.

Con quien nos es más difícil armonizar es con el marxismo, en cuyas filas Marx es el socialista más desconocido y menospreciado. Si viviese el autor de «El capital», donde más extraño y a disgusto estaría entre los denominados marxistas. Cualquiera burócrata de segunda categoría tendría fuerza suficiente para desplazarle, y dispondría de los votos necesarios para anular su influencia o excomulgarle incluso por hereje. Con menos argumentos se declara facciosa la voluntad del pueblo.

El bagaje ideológico de Marx y Engels se ha perdido por el camino o se fue dejando en jirones de concesión en concesión a la burguesía y al aparato estatal. En la última década del siglo XIX nuestro gran Domela Nieuwenhuis, el primer parlamentario socialista de Holanda, después libertario en pensamiento y en métodos, proclamó elocuentemente el peligro de muerte en que se encontraba el socialismo. Su obra, «Le socialisme en danger», prologada por Reclus, no fue tenida en cuenta como advertencia amarga a los hermanos, que se separaban del pueblo, que negaban el socialismo para integrarse poco a poco al orden social burgués, a los intereses políticos nacionales e imperialistas de la burguesía, y a sus intereses económicos.

El bagaje espiritual del marxismo no tiene ya ninguna vinculación ideológica con Marx; es política realista, posibilista, oportunista. Del socialismo queda solamente la palabra, no su contenido. Y de ese abandono podrán felicitarse los usufructuarios de las migajas de poder y de privilegio obtenidas a tal precio, pero ningún socialista, por divergente que sea de Marx, puede sentirse contento, y menos que todos el socialista nato, que es el proletario, le pueblo laborioso.

El socialismo es nueva creación social, moral, económica, política. No es dominio y regencia del aparato político de la burguesía. No es vino nuevo en los odres viejos. Es transformación profunda de las relaciones sociales, es supresión de clases parasitarias, es abolición de privilegios, es igualdad y solidaridad.

Hay mil caminos para llegar a Roma y hay mil caminos para llegar al socialismo. Son socialistas auténticos Fourier y Owen, Marx y Bakunin, Anselmo Lorenzo y Pablo Iglesias, pero no lo son los que renuncian a la nueva creación social, los que ven en la conquista y el perfeccionamiento del Estado burgués la máxima expresión del socialismo,

los que posponen los intereses del trabajo y los del capital y el Estado.

Honda tristeza nos causa la abdicación del marxismo, como social-democracia o como bolchevismo, ante el pensamiento de Marx. El espectáculo reciente de Bélgica, de Francia, de Dinamarca, de España misma, no es alentador ni siquiera para los que hemos combatido y combatiremos el marxismo en lo que tiene de fuente de males que el socialismo entero rechaza como antiproletarios y antirevolucionarios. Un marxista destacado, Fritz Ebert, primer presidente de la República alemana, ha sabido acuñar esta frase característica: Odio la Revolución como la peste. Y fue otro marxista, Gustar Noske, el que precedió a Hitler en la represión antiobrera y antirevolucionaria. Combatir y aplastar la revolución del pueblo en nombre del marxismo, como se ha hecho tan a menudo, es injuriar la memoria de Marx y es batallar directamente en favor del enemigo. ¿No está ahí la historia de los últimos veinte a treinta años? De Ebert y Noske se pasa sin gran trastorno a Hitler y Goering.

El socialismo es el evangelio de los desheredados, de los oprimidos, del pueblo que trabaja y que sufre. Ahora bien: ¿qué ha de pensar, qué ha de esperar ese pueblo, esos sin pan, sin techo y sin justicia cuando adiverten como le van volviendo la espalda, no ya los transfugos individuales, sino también partidos y organizaciones que habían levantado en sus períodos de propaagnda y de proselitismo la bandera de la transformación económica y social?

Hasta en los propios ambientes libertarios tropezamos con una frase estereotipada de mal sabor: se dice y se repite que somos víctimas de nuestro bagaje ideológico, que ese bagaje es nuestra desdicha mayor, porque no nos consiente actitudes y ductilidades que podrían ser de algún provecho circunstancial.

La tesis es más peligrosa de lo que a simple vista cabe suponer. No es sólo un despropósito, no es sólo una afirmación majadera como la del marino que sostuviese que hay que arrojar la brújula por la borda para llegar a buen puerto. Implica un estado de ánimo como el del marxismo que se transformó en socialdemocracia y acabó por separarse de Marx en doctrina y en métodos, fundiéndose en cambio con la ideología de la burguesía dominante.

Corolario de esa actitud hostil respecto al propio bagaje ideológico es el menosprecio hacia nuestros teóricos del siglo XIX. Cualquiera de los nuevos profetas de las excelencias del cambio de casaca pronuncia los nombres de Bakunin, de Kropotkin, de Reclus, de Malatesta con un tonillo de manifiesta superioridad, de cierta misericordia para esos pobres soñadores trasnochados. El maes-

# El desertor

*Envía amistoso al Institutur de Puy-cornet, Jean Jacques Hetzel, antimilitarista y pacifista valiente.*

N.D.L.R.

**E**L fusil a un lado, Juan Soldado se mantiene inmobilizado en aquel puesto de « escucha » en la avanzadilla del frente. En su torno, tinieblas impenetrables. Lejos, en el horizonte, el cañoneo incesante rueda como el fragor de una tempestad lejana. Y arriba, en el cielo, titila el parpadeo deslumbrador de las estrellas.

Juan Soldado mira a los cielos y piensa : « Si todos los soldados pensasen, se negarian a matar, y no habria guerras ».

Juan Soldado recuerda..., recuerda la aldea natal, un pueblecillo limpio y enclada en la frescura siempre nueva y recién nacida de su paisaje... Era un día de campos de amapolas que se cimbreaban al sol como la risa roja en los labios de la gente moza... Era un día de campos de mieses en flor que la brisa peinaba en ondulaciones gozosas... Era la paz. Y en la paz de aquellos campos anchos, sobre la inmensa promesa de su verdor, las alondras, desde lo alto, dejaban caer en la cascada azul de sus trinos el júbilo de sus alas...

Y Juan Soldado recordó el nido deshecho de aquella alondra... Sus ojos de niño descubrieron un haz de pajarillos, aún en cañón, en un nido al amparo de un yerbajo y sus manos inmisericordes, ávidas del tesoro, arrancaron del nido a los pajarillos. Y Juan Soldado recordaba que, cuando gozoso con su presa se alejaba del yerbajo, vió a la alondra revolotear en torno del nido vacío, enloquecida por la desaparición de sus hijos. Entonces, Juan Soldado, no concedió importancia al dolor de aquella madre. Pero ahora, al recordar el

tro de escuela más arrogante no trata así a sus alumnos.

Sin embargo, y esto lo decimos en voz baja, con un poco de rubor, esos profetas que quieren echar por la borda nuestro bagaje ideológico, no tienen ningún bagaje, y conocen tan poco a Bakunin y Kropotkin, a Malatesta o a Reclus como los marxistas a Marx o a Engels.

No acatamos ninguna Biblia, no reconocemos tablas de ley infalibles, impecables. No consideramos a Bakunin o a Malatesta como la suprema manifestación posible de la verdad. Ni a los diez mandamientos, ni a los trece puntos. Pero de ahí a predicar un apartamiento de las enseñanzas de nuestros teóricos, de las doctrinas libertarias, hay un trecho inmenso. Una cosa es no ser sectarios, y nosotros no lo somos, y otra cosa es no ser socialistas, y nosotros queremos seguir siendo socialistas, revolucionarios y libertarios.

Precisamente el bagaje ideológico es más necesario cuanto más revueltos están los tiempos, cuanto más enmarañadas las circunstancias.

D. A. DE SANTILLAN

dolor de la suya, comprendió que la pérdida del hijo puede alcanzar en la madre de la bestia a expresiones de dolor tan grandes como en la madre del hombre. Y ahora comprendía que el amor que hermana a la alondra con la mujer, hermanaba también a su madre con las madres de todos aquellos soldados de las trincheras « enemigas »...

Y Juan Soldado siguió pensando, pensando... Hasta que, en un esfuerzo decisivo, tomó el fusil y abandonó el puesto de « escucha » de aquella avanzadilla. El no haría llorar a otra madre : él no mataría.

Y arrastrándose en la sombra por aquellos campos recordó las últimas jornadas sangrientas. Por aquellas tierras, que la piedad del cielo humedecía con la caricia fresca del rocío, habían corrido los huracanes de la locura humana. Fué un choque de urgencias bestiales de uno y otro bando. Se mataban como... hombres; las fieras no fueron nunca tan bárbaras. El paisaje tembló de horror, enmudeció la voz de los vientos y se paralizaron todas las alas. Se moría y se mataba con una indiferencia mecánica. Como autómatas, como hombres. Las bestias en la selva eran dueñas de sus colmillos y de sus garras. Los hombres, en el mundo civilizado, no : en aquellos campos eran unos autómatas estúpidos.

Y Juan Soldado siguió arrastrándose, alejándose, alejándose por los campos en sombra.

Aprehendido y conducido al cuartel general, fué juzgado y condenado a la última pena por desertión frente al enemigo. Pasó a capilla, en donde otro Juan Soldado esperaba la ejecución de análoga condena. Hablaron. El otro se había rebelado contra un oficial y había escapado. Su aprehensión no fué cosa fácil. Se había defendido a tiros. Mató a dos de sus perseguidores. Cuando hubo terminado su relato, preguntó :

— ¿Y tú te defendiste?  
 — No me defendí.  
 — ¿No tenías armas?  
 — Si me fugué con mi fusil y mi munición.  
 — No lo comprendo; yo, en tu lugar, muero matando.

Juan Soldado tardó unos instantes en contestar, luego miró a su interlocutor, no sin cierta piedad, y concluyó :

— No, es mejor así... Es mejor morir sin disparar el tiro que puede hacer llorar a una madre.

MARIANO VINALES

# La cárcel de P...

LEGUE a Dover a nado por el canal de la Manga, después de salpicón y la cha-puza de Dunquerque. Pertenebí al grupo de rojos españoles, que reconquistamos Arrás, quitándoles la peineta ametralladora a los franceses, que, locos de pánico, huían abandonando a los boches la plaza. No nos agradeció nadie el cementerio de Péreces y López, que dejamos bajo un bosque de cruces allí. Y me negué terminante a enrolarme y cocerme en mi propia salsa, en los cuerpos coloniales aliados. No soy de raya tan partida como Edén y dije para mi colete: «Que os defienda «Halifalz». Los armamentistas de Albión vendían, a través de Suecia, a los barones de la siderurgia del Ruhr bombas Mill y granadas de TNT. El antimonio, con que en la fundición se endurecía el acero y que costaba a 30 chelines la tonelada, se lo colocaba a 300 a John Bull el patriotismo de los transformadores de metal. Un Lord guarango cobraba el derecho de pernada señorial de 6 peniques (10 mil libras diarias) por cada mil kilos de carbón, que se extraía de las minas en todo el término de Cárdf. A los pocos días de gambar, batiendo el turf de carreras de Milord, tenía yo el paquete intestinal entérico a bordo de los zapatos. Para encantar el hambre y expulgarme las abatidas alas, me senté a descansar sobre el pasto de un parque público; tan tendral, que abría el apetito como un Martini con tapas y daban ganas de pacerlo. Un donguindo como la torre de Londres de animal, a quien erizaron las cerdas del bigote mis harapos, me quiso levantar del suelo en dos patadas voladoras. Pero, antes de que me rozaran sus herraduras, le atrapé al aire uno de sus cascos traseros; y de un sacudón, lo mandé a hacer ágil clasero artístico a un estanque. ¡A volar, gaviotas! ¡A bañarse a la concha del Tajo, vere-inmundos Craviotos! Los graznidos que el pato pejola, atrajeron escoria y rubios de redondo hocico de Shoredites, de Wimbledon de Soho, de Hackney, de Schadcraft, de Deptford, de Limehouse y de Bethnal Green. Me llovieron kiks y pnchs, uppercuts, azotones, caballazos, puñonrostros, coces de mula Filomena y cazadas de conejo, como si diluviasen iras de Jehová. Metiéronme en chirona, hecho un poema de lastimaduras. Comparecí al tercer día ante tres adefesios ridículos, que distribuían palos de ciego y balanzadas de Temis, como Palmolive Pet sus savonetas y sus «Sonría usted con Colgate». Y antes de que me pudiera acordar de la gracia de mi Mamy, ya me revoloteaban dos años de hard labour por la cabeza. El carroncho o carromato que me arrastró a Procton gratuitamente, parecía una rulota de tiriteros: todos sus huesos, como los míos, proyectaban fugas. Olía el ambulante trasto a chinches y a pomadas de

pelona de circo, que lleva arcos lunares en las uñas de los pies. La gaol, gavia o geole era un cuadrángulo de macizada crueldad, que pagara uno y aún valía la pena de morir escaldado en una olla, como las langostas de mar, por no verlo. Era un superviviente suplicio de mil cobardes años de mudez fósil e impiedad calcárea, plantados entre garitos de centinelas y rasgados sólo por rejas que no dejaba oxidar el mordisco de ayes y aymies de desesperados, con mirar de alucinación. Pasaron colada a mi piel en contaduría. Dejéronme el cráneo hecho una calavera, de tan segado a rape. Y, después de examinarme el médico, como a un sotreta, los dientes, enfutracáronme una pijama de bayeta color alioli, con mangas de jamón tísico y perneras de fuelle licenciado de la mili y tubo de la risa, por lodemolidas y carnavalescas. Hecho un fusilable estafermo y despojado de lo poco que era mío (un pedazo de calcetín con que me sonaba, un botón que me encontré porque no había con él tropezado el Lord del sello), subiéronme por una escalera de herrajería al nicho, en que le tocaba entrar en putrefacción a mi cadáver. En la celda, había unas hilachas esteroides de ex cucheta landrúa; un alfilerero de pajas para la pensadora sien; una manta de caballo, con la que se podían cribar melones, para taparse; un gujero oscuro, al que le hacía falta una carretada de cloro, para desodorizarlo; un grifo anabaptista, que no administraba el sacramento del agua desde Knox; una Biblia, que se podía freír de grasienta; y un ventanuco, por el que ni cabía la mano, para decirle adiós al Hábeas Corpus, y que aún velaban arañas con cortinas de encaje de Nóttingham, del tiempo de los Tudor. Y pare usted de contar triques. Para desayuno, largáronme tres cucharadas de un porridge detersivo en una lata. En el almuerzo y la comida, no varió el menú, salvo en que se lo bautizó más. A las dos semanas de pasión y de peshión en este hotel, tiraba yo bocados a las vigas de lá techumbre; y el taparrabos que me quedaba, hervía de polluelos. Como entremés de mis trabajos forzados, diéronme cien sacos de transportar correspondencia, para coser en tres días. Las agujas se rompían en la lona; y mi pulgar e índice de la derecha, en el acero, por el que se me vaciaba la aorta a hilos. Cuando me ahogó el jugo de tomate, que tragaba chupándome los dedos, pedí socorro. Un guardia cárcel, como un aerostato, de bombachón, preparándose a boxear, me amonestó: «¡Chitón y a la costura! En dos años, no tienes derecho a abrir el pico, paraico». Protesté como un sinféiner. Y con una serie de candados, corchetes, ganchos, tijeras, sortijas, martillos, mayales, nudos ciego, llaves japonesas y estacas indias, trataron de hacerme entrar en

# La irreligiosidad en las ideas

**N**O hay esencias religiosas en nuestras ideas. Que religión, a fin de cuentas, no es sólo el sistema de cultos católico, budista, mahometano o teosófico a que se someten las humanas criaturas; que hay espíritu religioso en cuanto ata, limita y atornilla el pensamiento humano, y es religión cualquier sistema que exija al hombre acato y obediencia a órdenes o normas venidas de la «superioridad», sea ésta ídolo de barro, impalpable deidad o jefe de carne y hueso como el más común de los feligreses.

Por eso es hombre religioso el que se suma a rebaño moral, secta religiosa o partido político. Tan religiosos son esos negros del Congo que idolatran un ícono cualquiera, como lo era aquel cocinero de Luis XIV que se suicidó por haber olvidado un ingrediente cualquiera en una salsa dedicada a su rey, o aquellos ciudadanos alemanes que semanalmente esperaban la venida del comisario del Kaiser para saber lo que «debía pensarse» sobre los acontecimientos de aquella semana, o estos comunistas de ahora que se están quedos o callan hasta saber lo que la consigna

moscovita les permita hacer y decir.

Pero en nuestras ideas no hay religiosidad. Y no la hay porque nadie pierde su personalidad al unirse a la gran familia. Y cuando nuestras ideas se aceptan no es porque se acepten normas y preceptos ni se acepten cultos e idolatrias, sino que se llegaron a conquistas por sentimiento o conciencia; porque ellas, como los frutos salvajes, se ofrecen, dadas y galanas, a quienes se atreven a alcanzarlas; no se expenden, envasadas, en canje de sometimientos.

Por eso, también, no es hombre religioso el anarquista porque concibió una idea de amor universal que no le moldea ni ata su personalidad; ni lo es porque tenga concepciones filosóficas que le ofrezcan una ética a la que ajuste voluntariamente su vivir, y a la que no esté ligado más allá de cuando vislumbre otra ética ofrecida por otras concepciones; ni lo es porque una su esfuerzo al de los que, como él, hayan comprendido que el bienestar se consigue sólo con amores y que odios se nutre la tiranía, por lo que hay que luchar contra todo cuanto de tiranía tenga siquiera un ápice; ni lo es porque intente mostrar

a los otros hombres los caminos que él creyó encontrar para alcanzar su dicha y la de los demás, sin que sean catequizaciones esos intentos ni imposición de ideas esas demostraciones.

No hay esencia religiosa en nuestras ideas, no; no la hay porque no están forjadas con encasillamientos ni rigideces de fanatismo: se forjaron en momentos de humanas clarividencias y sensibilidades, y su temple es flexible o duro como acero toledano. No hay en ellas dogmas filosóficos ni autocratismos sociales; que se nutren de diarias experiencias y están sujetas a innovaciones fundamentales.

No hay esencias religiosas en nuestras ideas, no; no las hay porque religión es autoridad, y ellas son la antítesis misma de todo lo autoritario.

No hay esencias religiosas en nuestras ideas, no; no las hay porque la religión pide al individuo que se anule y yugule su ego, su yo, para sumarse a la multitud de feligreses, y ellas, cuando el individuo las poseyó, le incitan a que conserve siempre, siempre, su ego y que cultive a su máxima expresión su personalidad.

No hay esencia religiosa en nuestras ideas, no; no las hay porque la religión no se concibe sin sacerdocio, y en ellas no hay lugar para los sacerdotes, vistanse éstos con cualquier sotana.

... Hay irreligiosidad en nuestras ideas. No hay religión en ellas, porque son la expresión fiel de las leyes naturales en que se desliza el humano vivir, y las leyes naturales, todas las leyes naturales, son ajenas a las religiones, a todas las religiones... aunque la humana incompreensión de esas mismas leyes haya sido el principal origen del espíritu religioso.

Y por ello es que nuestras ideas son hijas siempre de la Ciencia, de esa Ciencia que escudriña, investiga y ahonda en las profundidades de la Vida, y son más amplias y son más consistentes cuanto más leyes naturales llegaron a conocer.

Por lo que Anarquía y Religión son incompatibles.

B. CANO RUIZ



razón. Se había abierto un **catch-as-catch-can** salvaje, sin previo aviso; y con el poco aliento que me restaba, me dispuse a gladiar mis fueros aragoneses. Las valijas de correo hicieron el aeroplano y la yegua clavileña por la estrecha mazmorra. El bote del rancho tocaba a somatén y a asómate a la ventana. Mis piquetes de modisto desinflaban vejiga y mechaban queso de lechón. Pero, no pude con el pitcher, el catcher y el batear de mi molinero, al que en **pidgin english** de Calcuta y de China ponía yo como lazo de cochino. Mi rival apeló, para noquearme, al látigo irlandés, a la tabla marina, a la vuelta de Artín, a la palanca de Marcus, a la doble Nelson, a la tapatía, a la cruceta, al cangrejo, a la rana, a la bufanda, a la cobra, al torniquete, a tirantes, maronas, chicotazos, y toda clase de bellaquerías. Hasta que me administra la extremaunción con una quebradora, en que se asó mis riñones a la broqueta, y con la que acabáronse los Lanceros de bailábamos. A media luz de conciencia, dijéronme luego que hacía la Lulú o ululaba en mi agonía, a este tenor: «Churchi..., Churchil, Stalin, Franco... Sem, Cam y Jafet... Rubén, Simeón, Leví... Dimas, Gestas y Chucho el Roto... ¡Delicias y primicias de Capua y de Dúmbarton Oak! Que por las planchas de dividir, diezmar y quebrar, enchucen a la rotaria Pomona terráquea!

Angel SAMBLANCAT

## SOBRE DIOS

La miseria que llena a este mundo protesta a gritos contra la hipótesis de una obra perfecta debida a un ser infinitamente sabio, bueno y poderoso. — Schopenhauer.

# Destinos repetidos

**C**UANDO Heinrich von Kleist, el gran poeta trágico alemán, murió en 1811 y en circunstancias impresionantes, no podía sospechar que casi un siglo y medio después surgiría en el corazón de Europa un biógrafo fiel y apasionado que no sólo contribuyó a rehabilitar su figura de poeta clásico, sino que emuló su dramático destino: Stefan Zweig. Su pequeña obra dedicada a Kleist apenas nos enseña nada referido al ambiente literario, social o histórico en que se desenvuelve su torturado personaje; no es una obra rigurosa, serena, donde se estudie con cierto despego y abstracción, dada la lejanía cronológica, la irrupción y aportación de Kleist en el núcleo cultural (época del idealismo alemán), sino que nos hallamos frente a frente con un personaje tan angustiado, tan esencialmente universal, tan aislado de una cotidianidad y de una sociología, que empezamos a vivir en la plena síntesis de crisis sucesivas, cazando al vuelo algún que otro dato argumental y sumergiéndonos en una palabrería demoníaca, mágica, pero que en un momento determinado se reorganiza y nos hiela la medula o nos hace resplandecer en la esperanza, en la esperanza de que todavía la desesperanza tenga arreglo, claro está.

Kleist escribió poesía, teatro en verso y novela. Su obra cimera — « El príncipe de Homburg » — no consiguió verla representada y, según Zweig, equivale a ese soplo genial que raras veces el destino concede más de una vez; Kleist « ha hecho la tragedia genial de su fuerza interior, de su lucna, de la antinomia entre la pasión y el autodomnio. » Kleist no estaba loco ni enfermo, pero poseía una naturaleza extrema; poseer una naturaleza extrema quizá sea una enfermedad: era en todo caso una enfermedad escasamente controlada en los casilleros médicos. La naturaleza extrema clama por el todo o nada, desconoce la flexibilidad intermedia, es decir, lo que nos distingue como entes domésticos, mediocres y civilizados. Cuando se es un fanático — para simplificar — a secas, encontramos, por ejemplo, a un Hitler, pero cuando se es fanático en dos direcciones a la vez encontramos a Kleist y al suicida, al juez y al reo, al racionalismo y a la fantasía y, empleando la terminología de nuestro tiempo, encontramos al absurdo y a la plenitud. Pensando en Goethe, que a su manera tenía todo esto superado (mayestática luminaria de Weimar), la cuestión no es ya saber. Todo se sabe. La cuestión es determinar qué grado de resignación poseemos y hasta dónde es modificable la condición humana.

Kleist vivió como un personaje de Dostoiéwski: hermético, alucinado, perseguido por incansables fantasmas interiores, sin amigos. Apenas han quedado testimonios de sus costumbres. Se sabe que



STEFAN ZWEIG

era de complexión robusta, que no paró en ningún sitio, que fue militar al principio, tuvo un periódico y ciertos medios de fortuna prestamente eliminados. Hacia el final de su vida cayó en la más violenta soledad: se encontró sin amigos ni empleo, con los zapatos rotos, repudiado incluso por la familia, autor fracasado, y su enemigo Napoleón dominando en Europa. La idea de la muerte, largo tiempo alimentada, se enseorea de su espíritu y, como siempre, su extremismo le obliga a pensar en una muerte mística y esplendorosa, pero temiendo paradójicamente la soledad eterna busca una compañía capaz del sacrificio. Hace a sus antiguas y pocas amistades proposiciones descabelladas. Una enferma de cáncer, incurable, una pobre cajera a la que apenas conoce acepta morir con él. Todo esto es de una tristeza delirante, mas ellos aquel día parece ser corrieron y rieron en una pradera de Wannsee y, antes de que sonaran los dos disparos, tomaron café al aire libre. Aquí Stefan Zweig escribe: « Entonces surge la magia más elevada de la vida, pues sólo el que está despedazado siente el anhelo de la perfección. Sólo el arrebatado alcanza el infinito. » Este judío austriaco, autor de una novela que han leído con emoción todas las mujeres del mundo (« La piedad peligrosa ») y cuyas ideas sobre « la magia más elevada » son discutibles, se estaba predestinando. Sólo por escribir biografías de Hölderlin, Nietzsche, que murieron alienados, y ser amigo íntimo del luctuoso poeta belga Emilio Verhaeren, evidenció sus inclinaciones patológicas. Hijo de una



rica familia hebrea, pudo dedicarse desde el principio a su vocación literaria; viajó dilatadamente y gozó pronto del favor de una Europa culta y refinada. Zweig no era solamente vienés, sino europeo en la mayor acepción de la palabra. Fundó ligas por la comunidad espiritual de los países. Su labor de creación literaria abarca la poesía y la novela, pero al final se dedicó al ensayo y a la biografía, más lírica que crítica: Stendhal, Casanova, Tolstoi, Verlaine, Baudelaire, etc. Antes de establecerse en América adoptó la nacionalidad inglesa en 1940. Luego, las matanzas judaicas cundieron por Europa como pólvora encendida. Nada estaba seguro, todo caería en poder de ese otro Napoleón sin medida. Queda América, otro continente, otra cultura, otra vida. En un hotel de Petrópolis (Río de Janeiro), en compañía de su joven esposa, el sexagenario Stefan Zweig, contemplando la disolución del solar europeo y, según dijo en una carta, « estando demasiado cansado para rehacer su vida », decide evadirse definitivamente. Todavía un último libro: « Mi autobiografía ». En el año actual se cumplen dos décadas de su muerte.

He aquí dos destinos dramáticos que se repiten en la historia del desarraigo absoluto; dos situaciones políticas similares, dos conciencias despedazadas, dos últimos y despavoridos terrores a la soledad.

En « El príncipe de Homburg », esto es, en una creación artística, consigue Kleist armonizar su

pasión y su demonio; también Zweig escribió una serie de biografías (« La curación del espíritu ») encaminadas a poner rasgos eminentemente vitales y positivos a esa destructiva incursión en el mundo de las subversiones, de las taras, de las anomalías patológicas inclasificables. Los dos presintieron — sólo estéticamente, y esto es lo malo — la fórmula del equilibrio y no ignoraron que si, por ejemplo, la guerra extermina y la conciencia se divide entre la realidad y el sueño, todavía el perfume de la tierra removida, la dulzura econgijante de un crepúsculo, la luz de unos ojos, pueden justificar la vida y equilibrar su inmenso bagaje de sombras. Por lo demás, irse antes de que le echen a uno no es tan escandaloso como parece a primera vista. ¿Es esto una defensa de tan drástico abandono? Jamás. Se está hablando simplemente de que el hombre, se anticipe o no al inexorable desenlace, siempre es un drama, una conciencia despedazada, un despavorido terror a la soledad. El resto pertenece a la soberbia humana, al arte o a la enajenación mental, en verdad un porcentaje mínimo en relación con los tres mil millones de almas que laten bajo el sol. Con esto salvamos, creo, el hecho de que la debelación de tan dolorosas realidades pueda en cualquier momento representar — para mentalidades ciertamente demasiado acomodaticias — un morbo o proclividad a la instauración de una odiosa beatería del desarraigo extremo.

TIJERAS

## Líneas de humor

En una publicación de la C. N. T. se nos ocurrió, hacia 1922, abrir un concurso para que los lectores enviaran trabajos definiendo al amor libre.

Todo el mundo hablaba por entonces de amor libre, de naturismo, de malthusianismo, de idismo.

Se recibieron una veintena de originales, no desprovistos algunos de originalidad. Pero el más original de los trabajos era nada menos que la reproducción exacta del discurso de la pastora Marcela que figura en el « Quijote ».

Ya se recordará que Marcela aparece en una altura cuando los pastores entierran a Crisóstomo, que había muerto — decían ellos — de amor. Marcela reivindica, ante el fúnebre cortejo, el derecho de la mujer a corresponder o no a una pasión. El discurso es un alegato, formidablemente razonado, en pro de la libertad sentimental de las hembras.

Reunido el jurado que calificaba los trabajos enviados, acordó publicar la siguiente nota en el periódico: « Ha ganado el premio el compañero Miguel de Cervantes Saavedra, quien puede pasar a recoger el galardón por esta imprenta, de cinco a siete de la tarde. »

# FORMAS DE LA AUTORIDAD

**E**N las sociedades contemporáneas, llamadas equivocadamente civilizadas, la Autoridad reviste tres formas principales que engendran tres grupos de obligaciones :

1° — La forma política : el Estado; 2° — La forma económica : la Propiedad; 3° — La forma moral : la Religión (1).

La primera, el Estado, dispone soberanamente de las personas; la segunda, la Propiedad, reina despóticamente sobre los objetos; la tercera, la Religión, pesa sobre las conciencias y tiraniza las voluntades.

El Estado toma al hombre en la cuna, lo matricula en los registros del estado civil, lo aprisiona en la familia si la tiene, lo entrega a la asistencia pública si es abandonado por los suyos, lo encierra en la red de las leyes, reglamentos, prohibiciones y obligaciones, lo convierte en súbdito, en contribuyente, en soldado, a veces, en detenido o en forzado; en fin, en caso de guerra, en un asesino o en un asesinado.

La Propiedad reina sobre los objetos: suelo, subsuelo, medios de producción, de transporte, de cambio; todos los valores de destino común hanse, paulatinamente, convertido, por la rapiña, la conquista, el latrocinio, el fraude la astucia o la explotación, en la cosa de una minoría. Es la autoridad sobre las cosas, consagrada por la legislación y sancionada por la fuerza para el propietario, el derecho de usar y abusar (*jus utendi et abutendi*) y para los no poseedores, la obligación, si quieres vivir, de trabajar por cuenta y provecho de los que han robado todo. « La propiedad, dice Proudhon, es un robo. Establecida por los espoliadores y apoyada sobre un mecanismo de violencia extremadamente poderoso, la ley consagra y conserva la riqueza de los unos y la indigencia de los otros. La autoridad sobre los objetos : la propiedad es hasta tal punto criminal é intangible, que donde es impulsada hasta los límites extremos de su desarrollo, los ricos pueden a su gusto é impunemente reventar de indigestión, mientras que, faltos de trabajo, los pobres mueren de hambre. « La riqueza de los unos, dice J. B. Say, el economista liberal, está amasada con la miseria de los otros. »

La Religión — tomamos este término en su sentido más extendido y lo aplicamos a todo lo que es dogma — es la tercera forma de la autoridad. Pesa sobre el espíritu y la voluntad; entenebrece el pensamiento, desconcierta el juicio, arruina la razón, avasalla la conciencia. Toda la parte intelec-

(1) Entiéndase que el sentido que atribuimos aquí a la palabra religión sobrepasa, en mucho, al que corrientemente se le concede. Aquí, religión abarca todo lo que, en principio y en hecho, liga, encadena o paraliza la razón, los sentidos y la voluntad.

tual y moral del ser humano es su esclavo y su víctima.

El dogma — religioso o laico — resuelve desde lo alto, decreta brutalmente, aprueba o condena, ordena o prohíbe, sin apelación : « ¡Dios lo quiere o no! ¡La Patria lo exige o lo prohíbe! ¡El Derecho lo ordena o lo condena! ¡La Moral y la Justicia lo mandan o lo prescriben! »

Prolongándose en el dominio moral, la Religión enseña e impone una moral en perfecto acuerdo con la moral codificada, guardiana y protectora de la Propiedad y del Estado, de la cual se hace cómplice convirtiéndose en lo que en ciertos medios impregnados de superstición, de chauvinismo, de legalidad y de autoridad, se denomina con buena voluntad: « la gendarmaría suplementaria ».

No pretendemos de ninguna manera, agotar aquí la enumeración de todas las formas de la autoridad y de la obligación. Señalamos las esenciales y para distinguirlas más fácilmente las clasificamos. Esto es todo.

Negadores y adversarios implacables del principio de autoridad que, en el plano social, representa un puñado de privilegiados de todo el poder y pone al servicio de este puñado, la Ley y la Fuerza, los anarquistas libran un combate encarnizado contra todas las instituciones que proceden de este principio, e invocan, para participar en esa batalla necesaria, a la masa prodigiosamente numerosa, a la cual estas instituciones aplastan, condenan al hombre, envilecen y matan.

Queremos anonadar al Estado, suprimir la Propiedad y eliminar de la vida la impostura religiosa, a fin de que, desembarazados de las cadenas cuyo aplastante peso paraliza su marcha, todos los hombres puedan, por fin, sin Dios ni Amo y en la independencia de sus movimientos, dirigirse, con paso acelerado y seguro, hacia los destinos del bienestar y de la Libertad que convertirán al infierno terrestre en un lugar de felicidad.

Tenemos la inquebrantable certeza que cuando el Estado que nutre las ambiciones y rivalidades, cuando la Propiedad, que fomenta la concupiscencia y el odio, cuando la Religión, que mantiene la ignorancia y suscita la hipocresía, hayan sido heridas de muerte, los vicios que estas tres autoridades fusionadas lanzan al corazón de los hombres, desaparecerán a su vez.

« Muerto el perro se acabó la rabia. »

Entonces nadie querrá mandar, puesto que, por una parte nadie consentirá en obedecer, y que, por otra, toda veleidat de opresión habrá sido quebrantada; nadie podrá enriquecerse a expensas de otro puesto que la fortuna particular habrá sido abolida; sacerdotes mentirosos y moralistas, tartufos, perderán todo ascendiente puesto que la naturaleza y la verdad habrán recobrado sus derechos.

Tal es, a grandes rasgos, la doctrina anarquista.

T. Y. L.

# Un cuento de Tolstoi

(Continuación)

III

EN seguida que vieron a Pakhom salieron de sus carros y lo rodearon. Se encontró a un intérprete, y Pakhom le dijo a qué venía. Los Baskiros se pusieron contentos. Abrazaron a Pakhom y lo llevaron a su mejor carro, lo hicieron sentar encima de unas mantas y le dieron almohadones de plumas para que se acostara. Luego se sentaron todos a su alrededor y le ofrecieron té y kumis. Se mató a una oveja y lo convidaron a comer. Entonces Pakhom sacó sus regalos y los distribuyó a los Baskiros, como así el té. Los Baskiros se alegraron mucho y hablaron largo rato entre ellos. Al fin dijeron al intérprete que hablara Pakhom.

— Quieren que os diga, dijo el intérprete, que están muy contentos con usted y que está en nuestras costumbres ofrecer a nuestros visitantes cuantos placeres podamos procurarles, y de hacerles regalos en retorno de los que ellos nos han hecho. Díganos ahora qué le gustaría tener, que nosotros pudiéramos ofrecerle.

— Más que nada me gustaría tener una parte de vuestra tierra, dijo Pakhom. Nosotros tenemos poco terreno, y ese poco ha sido trabajado hasta extenuarlo. Pero ustedes tienen mucha tierra, y muy buena tierra. Nunca, a decir verdad, he visto tierra tan buena.

— El intérprete tradujo y los Baskiros se pusieron de nuevo a hablar haciendo cierto barullo. Pakhom no podía comprender lo que decían, pero vio que parecían contentos, y que gritaban y reían. Por último se callaron y se sentaron mirando a Pakhom, mientras el intérprete traducía :

— Quieren que os diga, dijo, que están de acuerdo en daros cuanta tierra usted precise, debido a vuestra amabilidad; lo único que tiene que hacer es señalar con su mano qué tierra le gustaría tener, y es suya.

Los Baskiros volvieron a conversar, y esta vez parecía que se disputaban. Pakhom preguntó al intérprete cuál era la causa del desacuerdo.

— Unos dicen que hay que consultar al Viejo sobre eso de la tierra, y que sin su permiso no es conveniente entregarla, respondió; y los otros aseguran que todo se puede arreglar sin él.

Mientras hablaban, un hombre que tenía en la cabeza un gorro de piel de zorro, vino hacia ellos. Los Baskiros se silenciaron y se levantaron. El intérprete dijo : « Es el Viejo ».

Pakhom desempaquetó en seguida su mejor ropa para dormir y cinco libras de té, dándole todo al Viejo. Este lo aceptó y se sentó en el lugar de honor. Los Baskiros empezaron a hablarle todos a

la vez. El Viejo escuchó todo durante un buen rato, luego les hizo con la cabeza señal de que se callaran, y habló a Pakhom en ruso.

— Bueno, dijo, que así sea. Tome usted la tierra que desea. Pues tenemos tierra en abundancia.

« ¿Cómo es eso de tomar la tierra que desee?, pensó Pakhom, no hay que olvidar que para mí seguridad preciso los papeles. De otro modo pueden decir ahora que la tierra es mía, y más tarde pueden arrepentirse.

— Muchas gracias, dijo, por sus buenas palabras. Es verdad que ustedes tienen mucha tierra y que yo solamente necesito una poca. Me gustaría solamente saber cuál será mi tierra, y desearía, si no es molestia, que la midiésemos y labráramos un acta. Dios es el amo de nuestra vida y de nuestra muerte; y si ustedes son muy buenos dándome esta tierra, ¿cómo podré estar seguro de que vuestros hijos no me la quiten más tarde?

— Tiene usted razón, dijo el Viejo. Se le darán los papeles.

— He sabido que un campesino los visitó, dijo Pakhom, y que ustedes le dieron tierra y un acta de venta. Me agradaría que conmigo se procediera lo mismo.

El Viejo comprendió.

— Todo eso puede hacerse, dijo. Nosotros tenemos un escribano en la ciudad e iremos allí a arreglarlo todo.

— ¿Y cuál es vuestro precio?, dijo Pakhom.

— Nosotros solamente tenemos un precio : mil rublos por día.

Pakhom no comprendió.

— ¿Qué medida es esa de un día?, preguntó: ¿cuántas fanegas son?

— Nosotros no sabemos medir, dijo el Viejo, por lo tanto vendemos nuestra tierra por día. Toda la tierra que usted puede abarcar dentro de un círculo en un día de marcha será suya, y el precio son mil rublos.

Pakhom se quedó maravillado.

— Eso es mucho, dijo; en una jornada se puede abarcar una considerable extensión de tierra.

El Viejo se puso a reír.

— Pues toda la tierra que usted abarque suya será, dijo. Pero con una sola condición : si en el mismo día usted no llega a su punto de partida, pierde usted la tierra y el dinero.

— ¿Cómo sabrán ustedes el camino que yo tomo?, dijo Pakhom.

— Iremos al lugar de partida que usted crea más conveniente y allí nos quedaremos mientras usted se apropia de su tierra. Hágase con un bastón con punta, y de tanto en tanto hace con él un agujero, a cuyo alrededor pondrá un poco de hierba, para que nosotros logremos verlo bien. De un agujero al otro, iremos nosotros trazando un

surco. Haga usted su círculo cuan grande le parezca. Solamente antes de la puesta del sol deberá usted estar de vuelta al mismo lugar de donde partió. Toda la tierra dentro del círculo será para usted.

Pakhom se sentía feliz. Decidió que partiría muy temprano; luego hablaron todos un poco, mataron una oveja y se la comieron, bebieron té y kumis hasta que oscureció. Luego acostaron a Pakhom en un colchón de plumas y deseándole buenas noches lo dejaron, prometiendo que al amanecer estarían ya listos en el lugar convenido para la partida.

Recostó su cabeza Pakhom encima de sus almohadas de plumas, pero no pudo dormir; su cerebro estaba lleno de tierra. « Tengo que dar una vuelta tan grande como pueda, pensó. Puedo hacer fácilmente treinta y cinco millas en una jornada. Ahora los días son largos ».

Toda la noche Pakhom la pasó en vela, y no fué hasta que la aurora venía cuando cabeceó un poco. Habíanse cerrado sus ojos cuando le vino un sueño. Soñó que estaba acostado en aquel mismo carro y que alguien afuera reía muy bajo. Queriendo saber quién era el que reía, saltó y vió al Viejo sentado en el suelo cerca del carro, agarrándose el vientre con las dos manos de tanto que reía. Pakhom se aproximó y le preguntó por qué reía así, viendo entonces que quien reía no era el Viejo sino el campesino que le había hablado de la tierra. Y como Pakhom quería preguntarle desde cuándo estaba de vuelta, vió que tampoco era el campesino, sino el otro campesino que habiase detenido en su casa procedente del Volga. Y luego ya no fue éste último, sino el diablo mismo con sus cuernos y sus zuecos el que allí estaba sentado y reía, mientras que a sus pies yacía tendido un hombre con los pies descalzos, en pantalón y camisa. Pakhom lo miró de cerca y vió que aquel hombre estaba muerto, y que aquel hombre era él mismo. Se despertó aterrorizado.

Entonces pensó : « No son más que sueños y tonterías », y se deslizó afuera del carro por la puerta. Había una claridad gris; llegaba el alba.

« Ya es tiempo de partir, pensó; hay que despertar a la gente ». Llamó a su peón para que se levantara, ordenándole que preparara su caballo, y se puso a despertar a los Baskiros.

— Es hora ya de partir y de medir la tierra, les dijo.

Los Baskiros se levantaron y se prepararon, y el Viejo apareció. Se pusieron a beber kumis y ofrecieron té a Pakhom, pero éste lo rechazó.

— Si partimos hay que hacerlo ahora, les dijo, pues es tiempo ya.

En seguida estuvieron todos listos; unos iban en los carros, otros a caballo. Pakhom y su peón iban en su propio carro, llevando con ellos un bastón para marcar y hacer los agujeros. Cuando llegaron a la estepa, empezaba justamente a aparecer el disco del sol. Subieron todos a un montículo (llamado « shickan » por los Baskiros), bajaron de los carros y de sus caballos, y en grupo se reunieron en la cima. El Viejo se acercó a Pakhom

y señalándole con la mano todo el horizonte, le dijo :

— Todo eso es nuestro, dijo; todo cuanto vuestra vista puede abarcar. Escoja lo que más le guste.

#### IV

Brillaban los ojos de Pakhom, era aquella una tierra herbosa, llana como la palma de la mano, y tan negro el suelo como los granos de las amapolas; llegando la hierba en ciertos lugares hasta el pecho de un hombre.

El Viejo se sacó su gorro y lo puso en el suelo.

— Aquí, dijo; ésta será la marca. Parte de aquí y vuelve de nuevo aquí. Toda la tierra que puedas reunir será tuya.

Pakhom sacó su dinero y lo puso en el gorro; se sacó luego su larga túnica, dejándose la blusa, se amarró bien la cintura, puso entre pecho y blusa una pequeña bolsa con pan, se amarró en la cintura un pequeño frasco conteniendo agua, se ajustó sus largas botas, tomó el bastón y estuvo listo para la marcha.

En el momento en que los primeros rayos del sol iluminaron la llanura, Pakhom se puso el largo bastón encima de su hombro y descendió la colina.

Primero, caminó a un paso moderado. Cuando hubo caminado una versta (las dos terceras partes de una milla), hizo un pequeño agujero y puso hierba alrededor para marcar el sitio. Luego emprendió de nuevo la marcha. A medida que avanzaba, su velocidad aumentaba. Después de algún tiempo, hizo un segundo agujero, luego otro, y otro más.

Entonces miró hacia atrás. El montículo se veía netamente en el sol de la mañana, que se elevaba con las gentes encima de la cima, y los aros de las ruedas que brillaban por el reflejo del sol. Pakhom estimó que debía haber hecho cinco verstas. Comenzó a tener calor. Se sacó la blusa, se la puso encima del hombro y empezó a caminar de nuevo. Algún tiempo después levantó los ojos hacia el sol, dándose cuenta de que ya era hora de almorzar.

« Ya ha pasado un cuarto de jornada, pensó Pakhom, y el día se compone de cuatro partes : aún es temprano para hacer marcha atrás. Me contentaré solamente con sacar mis botas ».

Se sentó, se sacó las botas, las ató por los cordones en su cintura y emprendió de nuevo el camino.

Ahora caminaba con facilidad, y pensaba : « Voy a hacer aún cinco verstas en línea recta, luego me volveré hacia mi izquierda. Por ese lado es tan bella la tierra que no quisiera abandonarlo. Cuanto más lejos pueda ir, mejor será ».

Avanzó a grandes pasos. Al cabo de un rato se volvió y miró hacia el montículo. Este ahora apenas si era visible; las gentes parecían hormigas negras arrastrándose por allí, y el brillo de las ruedas apenas si se veía.

« Bueno, pensó Pakhom, por este lado ya no ca-

mino más. Ahora hacia la izquierda se ha dicho. Tengo calor y sed ».

Entonces hizo un agujero bastante grande, puso la hierba en él, sacó el tapón de su frasco y bebió. Luego se puso de nuevo en marcha, pero ahora hacia la izquierda. Pakhom empezaba a estar cansado. Miró hacia el sol y vio que ya era hora de comer.

« Voy a reposar un poco », pensó. Se sentó pues, comió un pedazo de pan y bebió un poco de agua; pero tuvo miedo en recostarse un rato. « Si me tiendo en el suelo, seguro que me duermo ».

Optó por reposar un poco, y emprender en seguida el camino. Al caminar se dió cuenta de que caminaba con más facilidad — el alimento le había renovado un poco las fuerzas —; pero hacia calor, estaba muy fatigado y se le cerraban los ojos de sueño. Sin embargo, avanzaba y se decía: « Sólo una hora de sufrimiento, y luego toda una vida para vivir ». Caminó en línea recta por la izquierda y cuando ya iba a dar otra vuelta, vio una hondonada húmeda delante de él. « Sería lástima dejarla de lado, pensó; el lino crecería muy bien aquí ». Rodeó pues a la hondonada, hizo un agujero a su extremidad y cambió de nuevo su dirección.

Después miró de nuevo hacia la colina. Palpitaba en el aire ardiente, la atmósfera se hacía pesada. A través de ella se hacía difícil distinguir a las gentes de la cima.

« Bueno, se dijo, he caminado demasiado por estos lados; por los otros no debo extenderme tanto ».

Avanzó lo más rápidamente que pudo. Cuando miró de nuevo hacia el sol, se dió cuenta de que ya el mediodía había pasado, y no había hecho más que dos verstas por su nuevo lado. Hasta el montículo le quedaban unas quince verstas.

« Podría ir más lejos, penso; mi tierra no sería cuadrada, de acuerdo; pero hay que volver en seguida y derecho a la colina, o si no voy a llegar tarde. Con esta tierra debo ya tener bastante ».

Hizo, pues, otro agujero, y sin pérdida de tiempo se dirigió derecho hacia el montículo. Ahora caminaba con dificultad. Estaba cubierto de sudor. Sus piernas y sus pies descalzos, ensangrentados y doloridos, se negaban a llevarlo más allá. Bien quisiera reposarse, pero no se atrevía. De hacerlo, sabe que no llegaría a la colina antes de la puesta del sol. Este no lo esperará por cierto, y gradualmente se hunde de más en más bajo.

« ¿Habré calculado mal y estaré demasiado lejos? », se dijo. « ¿Qué haré si llego tarde? ».

Miró al montículo, luego al sol. La colina estaba aún muy lejos y el sol descendía hacia el horizonte.

Con grandes dolores se esforzó por avanzar, queriendo ir de más en más rápido. Al fin emprendió a correr. El montículo estaba aún muy lejos. Tiró su blusa, su frasco, sus botas y su gorro. Solamente guardó su bastón de marcar, con el cual trató de ayudarse en la carrera.

« ¡Ah!, se dijo, por haber querido tener demasiado, lo voy a perder todo. Imposible que llegue antes de que se ponga el sol. »

El miedo casi le quitó el aliento. Corrió a más no poder, en línea recta. Su camisa y su pantalón estaban pegados a su cuerpo, debido a la transpiración y su boca estaba seca. Quemaba su pecho, batía como un martillo su corazón, parecía que sus piernas no eran suyas, pues le temblaban. El miedo lo asustó. ¿Iba a morir de agotamiento?

Tenía miedo de morir, y sin embargo no podía detenerse. « Si me detengo ahora, después de haber corrido tanto, me llamarán loco ». Ahora ya estaba muy cerca, y podía oír los gritos y los clamores de los Baskiros, gritos que hacían palpitarse a su corazón aún más penosamente.

Corrió con lo que le quedaban de fuerzas; el sol estaba ya sobre el borde del horizonte, hundido en una especie de neblina, y pareciendo un gran disco de sangre. Dentro de un momento se hundiría por el borde, pero el montículo también ahora está muy cerca. Pakhom puede ver a las gentes agitándose y haciéndole señas con sus manos. Puede ver el gorro de piel de zorro, que contiene su dinero. Y puede ver al Viejo sentado en el suelo, con sus manos puestas encima del vientre. Y Pakhom recordó el sueño que había tenido aquella noche pasada. « Tengo mucha tierra, pensó; ¿pero es que podré vivir en ella? Estoy perdido. Nunca podré llegar ».

Pakhom miró al sol: la parte inferior del disco se había ya hundido en el horizonte. Recogió toda su fuerza para un último esfuerzo, proyectando luego su cuerpo hacia adelante, de tal manera que al correr, apenas si sus piernas podían sostenerlo e impedirlo caer. Llegó al montículo. Pero de repente la tierra se ensombreció. Miró... y el sol había desaparecido. En un gemido se dijo: « Todo está perdido ».

Iba ya a detenerse, pero oyó a los Baskiros que le gritaban y se agitaban encima de él. Recordó en seguida que aunque no pueda ver más al sol, éste es aún visible desde la cima. Pakhom, con fuerzas sobrehumanas subió rápidamente la ladera y llegó fatigadísimo. La luz moribunda del sol aún iluminaba la cúspide. Allí estaba el gorro y allí se encontraba el Viejo sentado en el suelo, con sus manos sobre el vientre, riendo a carcajadas. Recordó Pakhom su sueño y lanza un quejido, sus piernas se niegan ya a sostenerlo y cae cara al suelo, apretando el gorro con sus manos.

— ¡Bravo!, exclamó el Viejo. Buena suerte has tenido. Ahora eres dueño de un buen pedazo de tierra.

El peón de Pakhom corrió para ayudarlo a levantarse. Pero estaba bien muerto, y un hilo de sangre salía de su boca.

Los Baskiros menearon sus cabezas con pena. Y el peón de Pakhom, con un azadón cavó una fosa, lo suficientemente grande, para el cuerpo de Pakhom, de la cabeza a los talones — siete pies — y lo enterró.

(Trad. V. Muñoz).

LEON TOLSTOI

La traducción ha sido hecha del idioma francés, basada en un texto aparecido en un reciente folleto dedicado a Tolstói (1828-1910), por E. Armand. — V. M.

# El termómetro en el balcón

**E**L termómetro marca cinco grados bajo cero. En el balcón. Tupidos cortinajes, espesas alfombras y unos radiadores ardientes suprimen, dentro de la casa, el invierno. El dueño de la casa es un filósofo, y ahora, en su despacho confortable y elegante, medita: « Realmente es maravilloso el progreso, el ritmo del progreso... Cada día más rápido y seguro. La Naturaleza llegará a ser dominada, encauzada definitivamente por la voluntad del hombre. He aquí el fenómeno del frío... Al través de los cristales he mirado el termómetro. ¡Perfectamente! Una temperatura atroz para quien, con escasa ropa de abrigo, deba arrostrarla en la calle. Pero aquí, en mi casa, y como la mía hay muchas casas, estamos en primavera. Es delicioso. No puede reprimirse una sensación de bienestar y un sentimiento de orgullo. « Ah, madrastra, y no madre. Naturaleza, te vencimos ».

Y el filósofo, dentro de su batín de lana, los pies en sus pantuflas, la mirada soñadora y en los labios — sustituyendo al rictus con que los contrae en público — una sonrisa epicúrea, se consagra a uno de los ejercicios mentales que más le divierten y le confortan. Consiste en recordar cómo vivían los antiguos, desde el hombre de las cavernas hasta el cortesano de Versalles y el madrileño de un siglo ha...

« Comprendemos — se dice — la meditación entre estas dos fechas: 1862, 1962. Del Madrid de Figaro al actual. Contra una temperatura semisiberiana, como la de hoy, carecían de recursos nuestros abuelos. ¿Las chimeneas, tan elogiadas por Figaro en su artículo sobre « Las casas nuevas »?... ¡Bah! ¿El brasero?... Chisme inútil, símbolo de una época paupérrima. Madrid era entonces una ciudad inhabitable. El Madrid de Felipe II. El que descubrió Gautier. El de los « ocho meses de invierno y los demás de infierno ».

El filósofo evoca. Y compara. Los madrileños acomodados de 1962 viven infinitamente mejor que los potentados de hace un siglo. La luz eléctrica, el teléfono, el ascensor, el automóvil y la calefacción central les proporciona una vida cómoda, a la europea. Los madrileños pobres, sin baños en sus casas, ni radiadores, ni teléfono, ni coche a la puerta, ni recursos para tomar un taxi, es posible que vivan todavía como en 1862. Pero el filósofo admite sin dolor los privilegios. No ha hecho el viaje a Utopía — desde su butaca — sino para volver desengañado. Un mismo nivel de felicidad par atodos los hombres es imposible. Pero cada día trae una ventaja, una victoria del progreso sobre las fuerzas ciegas del cosmos. « Nunca se ha

vivido — concluye el filósofo — tanto ni tan bien. Hay derecho al optimismo.

★

Mas la lectura de los periódicos tuerce el rumbo de la meditación. Los periódicos hablan de las ciudades y los pueblos, de las clases y los campos... Traen noticias de toda Europa y de todo el mundo... He aquí al filósofo ante el panorama universal de un momento. Hace frío en una zona del planeta y calor en la otra. En la boreal, la del filósofo, la baja temperatura causa disturbios y produce víctimas. La nieve dificulta el tránsito de trenes y coches. De la montaña inhóspita bajan los lobos a los poblados. Todos estos días, en alguna ciudad, en algún camino, en algún barranco, aparece alguna persona muerta de frío. ¡De frío!

« ¡Ah, esto no! » — exclama el filósofo —. Y ahora sus reflexiones siguen la línea humanitaria. No tanto por piedad como por orgullo. Su orgullo de hombre-rey sufre con esta noticia. ¡Intolerable!

¿A estas alturas del progreso, en esto hora magnífica de la civilización hay gentes que se mueren de frío? ¿Entonces, para algunos — basta que sea para algunos —, 1962 es peor que 1862, que 1562? « En realidad — reconoce el pensador —, para el hombre que se muere de frío el mundo no ha cambiado, no ha adelantado, no tiene edad. La victoria de nuestra época sobre la « madrastra » es muy relativa y muy parcial puesto que aún permite esos desastres individuales. No bastan, no, el bien de unos cuantos, la comodidad de unos cuantos... Ciertamente que el progreso aspira a ser general, universal; pero ¡qué lentitud en sus victorias! No es verdad aunque yo la haya escrito, que nuestra época es un tiempo de plenitud y de triunfo del hombre sobre las fuerzas ciegas. Esas fuerzas siguen operando... La civilización es todavía fragmentaria, incoherente: está dando sus primeros pasos. »

¡Cinco grados bajo cero! Los tupidos cortinajes, las espesas alfombras y los radiadores ardientes suprimen dentro de la casa del pensador el invierno. Pero hace frío en la morada íntima, en el espíritu ccrazón y cerebro — del filósofo. Sinceramente desearía cobijar a todo el mundo en su casa.

Y como esto sólo es posible con la imaginación, el filósofo, para consolarse de su impotencia, abre un tratado de ascetismo, y, más que la lectura, la suavidad y comodidad de su despacho reconforta su espíritu. Vuelve a ser la primavera en su casa... Sigue marcando cinco grados bajo cero el termómetro en el balcón...

ALBERTO INSUA

## Las parábolas cónicas

# Los reflejos en el agua

**U**NO de los que por vana curiosidad seguían a Psicodoro se dirigió a Eubulo:

— Desde hace algunos días nada se entiende de lo que dice. Vámonos.

Eubulo respondió :

— Cierto, no comprendo todas sus parábolas. Pero las que no entiendo, las amo también. Me parece que me ayudan a volverme mejor y más capaz de verdad.

Entonces Excyclo respondió, burlón :

— ¿Cómo lo que comprendes produciría en ti algún efecto?

Pasando en aquel momento Psicodoro, se detuvo y dijo :

— Escuchad una parábola :

\*\*

Después de la penosa ascensión, se encontraba una vasta meseta, cuya mayor parte estaba ocupada por un lago.

Cuando un forastero llegaba al lugar, lo conducía hacia la montaña y, colocándolo al borde del lago le ordenaban :

— Habla :

Al hablar el forastero, los indígenas no escuchaban, pues miraban.

Miraban al lago. Parecía que las palabras, tomando una forma, se lanzaban hacia la otra orilla. Y se veían, en la superficie o en las profundidades, extraños reflejos.

Lo más a menudo eran sombras de serpientes las que zigzagueaban en el agua. O bien sombras de sapos saltaban pesadamente. O también ciertas fealdades, demasiado monstruosas y gesticulantes para tener un nombre, se agitaban con gestos infames.

Entonces el irritado pueblo maldecía al forastero, lo empujaba y lo expulsaba allende las fronteras.

Pero ocurrió que un día el hombre que subieron a la montaña era un sabio. Y si no me equivoco me parece que era mi maestro Diógenes. Cuando habló, se vio volar por encima del agua rápidos reflejos de golondrinas. Y reflejos de mirlos saltaban juguetones. Y reflejos de águilas planeando parecían inmóviles en las profundidades calmas.

Los indígenas no se cansaron mirando aquello. También aquel día se pusieron a escuchar con sus orejas. Y sus lenguas ensayaron de repetir las palabras pronunciadas.

Cuando repetían con una exactitud servil, el re-

flejo pintorreado de una urraca se burlaba de ellos.

Pero, si sus palabras eran diferentes y de una belleza igual, también ellos hacían volar reflejos de golondrinas. O, cuando escarnecían con un corazón alegre, a los dementes esclavos que componen la multitud, saltaban los reflejos de mirlos, abriendo el pico como en una alegría silbante. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos repetidos, nadie pudo hacer planear en las profundidades un reflejo de águila grande e inmóvil.

\*\*

— Maestro, dijo Eubulo, esta parábola es en verdad demasiado difícil. Sé que me atormentaría durante varios largos días y durante largas noches. Te ruego que me ames lo suficiente para explicármela.

Era su voz tan dulce, tan afectuosa y tan ávida que Psicodoro no pudo resistirlo.

— Tal vez el forastero era mi maestro y el lago era mi alma.

— ¿Y esos habitantes que repetían las palabras de Diógenes?...

— Tal vez mis pensamientos, sin comprender aún los pensamientos del sabio, imitaban al menos su aspecto y la nobleza de su vuelo.

— ¿Por qué dices tú « tal vez », oh, Psicodoro querido de mi corazón? ¿Existe en tus palabras, como a menudo ocurre, incertidumbre y algo de broma? ¿Hablas hoy del todo seriamente?

Pero la boca de Psicodoro sonrió. Y eran sus ojos dos sonrisas movientes que parecían, cual niños que juegan, seguirse y huírse.

— Lo que en este momento preguntas, si lo supiera, tal vez no te lo diría.

HAN RYNER

(Trad. V. M.).

## Consecuencias

Veo ahora que cada crimen crea a su alrededor una especie de remolino que atrae irresistiblemente hacia su centro culpables e inocentes cuya fuerza y alcance nadie puede prever. Si, señor, un gesto insignificante a veces desencadena una potencia misteriosa que hace rodar igual por igual y mezclados el criminal y sus jueces tanto tiempo como dura la violencia del torbellino y según leyes todavía desconocidas. — « Un crimen », Bernanos.

# MORIR AL ALBA (1)

(Continuación)

**P**ASARON los años. A la dictadura primumurriverista sucedió la república zamorana. Antino contaba ahora varios años más, algunas ilusiones menos y todo un precioso bagaje de experiencias vividas que iban haciendo de un hombre tan apto para construir socialmente como inapto para destruir humanamente. A él no le asistía el derecho legítimo de enorgullecerse de conocer España, pero sí el legítimo orgullo de conocer la mayoría de sus cárceles y algún penal y fuerte. El rudo batallar cotidiano le había robado de su mente el recuerdo de Carmina, quien quedaba muy lejos, muy lejos, arrinconada en un recodo de su existencia como un vago perfume de albahaca que nos salta a la nariz al pasar junto al árbol. Un día supo que el viejo contrabandista había muerto, y que Carmina y su madre habían marchado a la capital, abandonando el rinconcillo andaluz, tan puro y tan pobre. Y ya no supo nada más. La madre de Antino abandonó la ciudad de los boquerones y emprendió rudo peregrinaje a través de España, siguiendo al hijo, siempre perseguido y frecuentemente en el « talego ». Finalmente, consumida de dolor y de miseria debió hospitalizarse en la Ciudad Condal, donde expiró. Antino supo de su muerte mucho más tarde. Y en vez de llorarla, se entregó a calcular los miles de madres que, de conocer su fin, envidiarían a la suya propia. Y continuó la lucha como rebelde, mientras que la vida, esa gran modeladora de almas, iba haciendo del rebelde un místico. Y quién sabe si más tarde, del místico un demente.

Los azares de la lucha le llevaron a dar con sus huesos en la cárcel de Churriana, a cuyo pueblo había ido invitado por unos compañeros, a dar un mitin. El comandante de la Guardia Civil se opuso y suspendió el acto, no sin protesta del pueblo. Antino se personó con otros compañeros ante el comandante para tratar de convencerle. Pero éste se indignó de tal pretensión y para vengarse obligó a Amador a pasar la noche « a la sombra ».

Lo encerraron en una habitación de un segundo piso, habitación confortable en la que la luz entraba por una ventana con espesos barrotes que daba a la calle. Entró en ella ya anochecido y seguidamente pegó sus rostros a los barrotes de la ventana para contemplar el magnífico panorama que se ofrecía a su vista. Por la calle solitaria iba y venía paseando una persona que, de tiempo en tiempo, se detenía frente a la ventana y levantaba la vista para mirar hacia donde él se encontraba. Luego continuaba su lento ir y venir mecánico y silencioso. Antino pensó que se trataba de un centinela y no volvió a ocuparse de él, entrete-

niéndose en contemplar el exterior con sus mil murmullos y guiños de estrellas, y a repetirse que aquella cárcel le encantaba. Allí podía soñar a su gusto.

Unas horas después sonaron rudos pasos escaleras arriba. Se abrió la puerta de su « celda » y apareció el comandante benemérito con un guardia y el alcalde.

— Le vamos a dejar en libertad — le dijo el primero.

— ¿Tan pronto?

— Caprichos del señor alcalde; caprichos o miedo al motin. Pero su libertad queda condicionada a que inmediatamente y sin perder un segundo, salga del pueblo.

— ¿Libre?

— Acompañado hasta las afueras. Libre, después.

— Encantado — repuso Antino — que ya se veía marchando camino de Málaga por la orilla del mar y respirando la inefable brisa marina.

Cuando estuvo fuera del pueblo y lejos de los civiles, caminando por la carretera bordeada de cañaverales, oyó que alguien venía corriendo tras él. Extrañado, volvió el rostro. El que corría estaba aún lejos. De pronto, creyó oír pronunciar su nombre. El eco de aquella voz le trajo al pensamiento el nombre de Carmina.

— ¡Carmina! — gritó él en un impulso irrefrenable y absolutamente instintivo.

— ¡Antino!, ¡Antino! — repuso la voz ya inconfundible — de la que corría.

Amador, petrificado de admiración, quedó clavado en el suelo sin poder hacer un movimiento. Carmina se colgó a su cuello entre sollozos y fogosos besos. Aquellos besos húmedos de lágrimas devolvieron al joven el aplomo perdido. A su vez, colmó de caricias a Carmina, la contempló en silencio un momento como queriendo convencerse de que no soñaba, y enlazándola por el talle, abandonaron la carretera y avanzaron por medio de una vega que exhalaba el perfume embriagador de tierra recién llegada. Pronto vino a su encuentro la brisa marina, acariciando sus rostros con su hálito salado y húmedos dedos. Y tras la brisa, el cadencioso murmullo del oleaje en su eterno retozar sobre la arena. La luna alcahueta de los secretos nocturnos, enfocaba su linterna sobre la vasta sabana verde del mar bordándola con encajes de plata. Detrás quedaba la vega invadida por la parranda sonora de ranas y grillos. Y como aturrida esta vega de sudores humanos, por el peso de su ofrendoso y abundante fruto y por el perfume de su flor y de su propia entraña. Más atrás todavía, la alta cordillera de montañas lamía con la copa de sus árboles, o arañaba con el



cuchillo de sus riscos puntiagudos el enjaze azulado del firmamento.

— Carmina...

— Sí.

— ¿Dónde?

— Elige tú mismo.

— Esto es el Paraíso. Y tú su más selecto fruto.

— Cómeme, pues. Tuya soy.

— Pasaremos aquí la noche.

— Aquí ó más allá. Pero contigo, siempre contigo, Antino.

La picara arena, resbaló furtiva, y los dos jóvenes, perdiendo el equilibrio, se desplomaron sobre ella. Los senos macizos de Carmina, cediendo al encanto brujo de la hora, se convirtieron en dos ascuas de fuego incendiados por la luna. Antino quedó deslumbrado por su brillo. Hundió su mirada en aquellas dos colinas de carne plateada, y un relincho de besos y de apetitos brotó de su pecho.

— Antino — suspiró la moza.

— Dulce Carmina — repuso él acariciándola.

— Antino, no hagamos hijos, alma mía... Serían tan pobres y... tan desgraciados — dijo Carmina sin oponer resistencia alguna.

El grito de la doncella tuvo tal resonancia en el alma sensible del joven que el deseo carnal quedó vencido por el sentimiento angustioso de la presencia, tan extraña y tan familiar, de la situación social de los trabajadores de España. Nuestra España. La madre que nosotros no elegimos, pero a la que día tras día estamos modelando con la pica acerada de nuestros delirios de artistas dementes. Y esta presencia parecía susurrar « amaros y procrear ».

En respuesta a esa presencia dolorosa, los amorosos contestaron jurándose amor eterno e infecundo. Ellos no darían más carne a la loba vida. La noche transcurrió entre cuitas y confidencias.

Con el alba naciente se pusieron los dos jóvenes en camino de la ciudad. El repliegue insensible de las brumas de la noche, empezó a manifestarse iniciándose por los más altos picachos, su lenta y fatal retirada. Dieron comienzo los gorjeos pajariles y la brisa se hizo más viva y fresca. Las olas marinas avanzaban y retrocedían con nerviosidad exaltada. Y allá lejos, los barquitos de pesca parecían jugar al escondite con las olas de alta mar. Disminuían de proporción los árboles, al mismo tiempo que cada cosa se iba coloreando y adquiriendo fisonomía propia. La aurora puso luz de hondas penas en el rostro de Carmina. Antino sintió frío en sus huesos al verla mal ataviada, flacucha y pálida. La noche, piadosa, le había vedado ver antes esta Carmina en flor maltrecha por la guarduña vida. Ella le confió parte de sus sinsabores.

— Mi « padre » ha vuelto.

— Vuelto ¿con qué propósitos?

— Para vivir con mi madre.

— ¡Magnífico!

— Y dormir con la hija de mi madre.

— ¿Contigo?

— Mi pobre madre nada sabe de las intenciones

del indio, mi « padre ». Pero yo me he visto obligada a abandonar el hogar bajo pretexto de vivir mi vida.

— ¡Pobre Carmina! ¡Como si en realidad existiera en este país una vida y no un vía-crucis a soportar!

— Trabajo en una fábrica de material de embalaje y tengo una habitanciocita muy mona con tu retrato en la cabecera de mi cama. Y al lado de la mía, una camita para ti — y agregé con arrobamiento — para el caso de que no me quisieras por mujer, vivir como dos hermanitos, como cuando éramos niños, ¿te acuerdas?

Cuando llegaron a la ciudad, la encontraron jalonada de guardias en uniforme y de patrullas de soldados. El embeleso que los poseía, impidió a Antino prestar a tal acontecimiento la importancia debida. Siguieron avanzando sumidos en su dulce coloquio. Cuando estuvieron en la plaza de la República y se disponían a abordar el pasaje Chinitas, camino del domicilio de Carmina, dos policías les dieron el alto encañonando a Antino con sus pistolas, sin que a éste se le ocurriera otra cosa que recordar las muchas otras veces que fuera detenido en este mismo sitio.

Cuando lo hubieron esposado, los dos policías empujaron al detenido hacia adelante, camino de la jefatura. Todo y sin detenerse volvió la vista hacia atrás. Carmina estaba apoyada sobre una fachada, los ojos muy abiertos y con palidez de desmayo en el rostro. Carmina era un ser venido al mundo para amar y no para combatir. Y esta circunstancia la perdía, pues en un país donde las reglas del juego no han perdido nada de su severidad primitiva, la lucha por la existencia obliga al combate, rudo y despiadado, de todos los días y de todos los momentos. « La naturaleza humana no es mecanismo que se monta y desmonta a capricho », se dijo Antino, repitiéndose una frase que a su juicio, parecía resumir todo el complejo trágico del ser de nuestros días, desbordado por el flujo y reflujo de una sociedad sin orden ni concierto.

Antino volvió de nuevo la vista antes de desaparecer por el dedalo de callejas que cerraban el paso al popular Pasaje Chinitas. Carmina estaba ahora inmóvil en medio de la calle, sus dos manitas cubriéndole el rostro. El detenido hizo un fuerte movimiento de cabeza, como si quisiera expulsar con violencia algún pensamiento molesto. Pero, como de costumbre, pronto perdió toda noción de la realidad y un soliloquio mudo, quejumbroso y embriagador como el embeleso producido por una droga, se apoderó de él. Y bajo sus efectos se esfumó el recuerdo de Carmina, el de los agentes que lo conducían, y el de la suerte que le esperaba. Hasta el de la propia existencia del cosmos finiquitó en él. Antino se había encerrado en su cáscara. Y junto a él, confundido con él, el harpa de todas las armonías empezó a desgranar sus notas. Sus notas grandiosas y sublimes, capaces por sí solas de encantar y humanizar a la serpiente que silba, silbido de odio y de sed de exterminio, en la entraña de cada ser.

Volvió en sí cuando el comisario de policía, sen-

tado con aire de importancia y soberbia, ante su despacho, empezó el interrogatorio de rigor.

El detenido contestó con monosílabos al torrente de preguntas concluyentes del funcionario inquisidor. Y cuando terminado el interrogatorio, y luego de haber sido conducido a través de corredores interminables, se cerró tras él la puerta de la mazmorra, un regimiento de manos compañeras se tendieron fraternas buscando la suya. Hubo abrazos y exclamaciones en conmovedora espontaneidad. Toda la Málaga activa, proletaria y rebelde estaba allí. Todos aquellos rostros le eran familiares. Los jóvenes con él habían hecho el aprendizaje de la rebeldía. Los viejos, con su experiencia estimuladora y consejera, le habían conducido a ser lo que ahora era. Allí estaba todo su pasado y todo su presente. Su familia y su medio natural y fatal. Antino sintió que él amaba aquellos seres por sobre todas las cosas. Pero este sentimiento no bastó para desposeerlo de aquella palpitante sensación de soledad espiritual y sentimental que continuamente le estaba devorando. Allí, junto a él, víctimas del mismo mal y predestina-

dos a seguir rumbos paralelos, estaba todo cuanto de prometedor, de esperanzador, ofrecía la geografía social ibérica. Antino lo sabía. Mas esta evidencia no bastaba para atenuar su inquietud. Y una vez más se repitió uno de sus axiomas preferidos: « Aquí están — se dijo — las picas que han de destruir... y los palustres que han de edificar ». Y su soliloquio continuó por dentro, en tanto todos reunidos en asamblea trazaban proyectos subversivos.

Trazando proyectos, y discutiendo en torno a los mismos, les sorprendió la noche. Ellos, cierto, no la vieron venir. Pero ella acusó su presencia con la llegada de todo un regimiento de guardias con fusil y de camiones con los faros apagados. ¡Silencio! La « ley » conspira, el « orden » complota, se dijeron. Un barco muy panzudo se tragó hombres y proyectos y, mar adentro, exhaló un penacho de humo negro. ¡Ay!... Tan negro y tan elocuente...  
¿Y Carmina?

(1) Del libro inédito « Morir al alba », por Ibor Sisifo.

## OBSTINACION SALUDABLE

Dar la cara y trabajar con firmeza es siempre una satisfacción viva para quien estima contradictorio tener ideas y no defenderlas en todos los sentidos y en todos los terrenos.

Dar la cara. Perseverar en el esfuerzo. Abrir el surco. Abonarlo copiosamente. Depositar en él la semilla.

¿No es el orgullo de los que piensan?  
¿No es el primero de sus deberes?

Traducir en alguna forma la vibración de las silenciosas disconformidades populares.

¿No es para el hombre de ideas ponerse a tono con el mandato de su conciencia?

El brio de los atrevidos, puesto al servicio de los que no se atreven, ¿no convierte en palanca capaz de moverlo todo?

Obstinarse en que los demás se eleven al conocimiento de sus derechos y se dispongan a conquistarlos por el único medio posible, ¿no es una promesa que sirve de base a todas las esperanzas?

Desafiar individualmente peligros inherentes a cualquier acción atrevida, ¿no es promesa formal de que esa acción se transformará en fenómeno colectivo?

Traducir en hechos, hasta donde sea posible, la personal rebeldía y las propias convicciones, es poner a diario un poco de porvenir en el presente. Es preparar el terreno. El allanar el camino.

¿Más libertades y más derechos?

No escribamos nunca tal cosa en nuestra bandera de combate. Sería mezquino.

Desde luego, el todo o nada constituye un absurdo insostenible.

Pero lo sería en idéntico grado perder de vista que nuestros afanes no estriban en ser menos esclavos.

Aspiramos a ser enteramente libres.

Si en el momento culminante de las grandes batallas retrocede la vanguardia, todo está perdido.

Y en la gran batalla que por la transformación social deberá un día u otro librarse, la vanguardia somos nosotros.

La primera garantía del posible triunfo consiste en que sepamos mantener intactas nuestras posiciones.

A la hora en que el oleaje autoritario se desencadena y amenaza devorarlo todo, es cuando tienen mérito y valor indiscutible las muestras de entereza.

Y es entonces cuando más conviene afirmarse, alzar la frente y sentir el orgullo de ser anarquista.

¿No estamos viviendo esa hora terrible? Jamás como en estos momentos pugnó la bestialidad de los dominadores que quieren seguir siéndolo por mantenernos uncidos a su tutela ignominiosa a toda costa.

La fuerza se empeña en retrotraernos a las ne-  
gruras sangrantes del pasado.

# LA VIDA Y LOS LIBROS

EL VATICANO CONTRA EUROPA (1)

## PIO XII, EL PAPA DE LA GUERRA

La elección de Pacelli a la Santa Sede no deja de ser muy aleccionadora. A pesar de ser el niño mimado del español Merry del Val, a pesar de que Pacelli gozaba de gran influencia en todos los medios vaticanistas y era de luengos años uno de los encargados de la enseñanza de Derecho concordatorio en la Academia de nobles eclesiásticos, dada su posición pro nazi, se esperaba votasen contra él los cardenales de las naciones cuya política chocaba con la de Alemania. Para evitar la derrota, Ledochowski (2), suscitó artificialmente una candidatura frente a la de Pacelli, candidatura notoriamente fascista como era la del cardenal Schuster. Frente a éste Pacelli aparecía como « liberal ». Ante tal jugada, no faltó cristiano de izquierdas — los que después formaron el equipo « La quinzaine » —, que exclamase : « Políticamente es un golpe bajo, un verdadero golpe de General de Jesuitas. »

Cuando Pacelli empezó su carrera diplomática, el cardenal Merry del Val era maestro y jefe de la diplomacia vaticana. Aquél fué el alumno que no tardó en aventajar al maestro, pero no obstante,

(1) Ved CENIT, números 144 y 145.

(2) Ledochowski, General de Jesuitas. Este elaboró un plan de política europea para el catolicismo, plan que Pío XII hizo suyo y en Hitler veía al único ejecutor.

**Tremolemos al viento, sin tregua, la bandera de nuestros ideales, reflejo esplendoroso del porvenir.**

..

**Digamos que seguimos siendo lo que fuimos. En toda la línea. Sin reservas.**

**Sin retroceder ni un solo paso.**

**Cederles una pulgada de terreno, como no sea obligados por la violencia, a uno cualquiera de aquellos que han sembrado de angustias y dolores el campo de la convivencia humana, o a sus cómplices o encubridores, constituyó una vergüenza.**

**Y un peligro evidente.**

**Y un gran crimen.**

..

**Mañana tendremos que responder ante el Pueblo de nuestra actitud de hoy. Seamos dignos de aquél que ha de juzgarnos en última instancia.**

**Frente a todos los poderes que no transigen con la libertad sin trabas, fundamento insustituible del anarquismo, proclamamos alto que, pase lo que pase, nosotros no transigiremos jamás con ninguna forma del despotismo...**

EUSEBIO CARBO

sigue fielmente la línea rígida que un « misterioso espíritu » de continuidad pontifical traza desde la Santa Sede.

Desencadenada la primera guerra mundial pronto se vió que de no evitar la participación de Norteamérica la derrota de Alemania era inevitable. De ahí la « Paz Blanca » solicitada por el Vaticano al año de guerra. El portavoz de esta gestión fué Mgr. Pacelli, el cual hizo gestiones directas con Guillermo II y el emperador de Austria. Lo mismo el cura Sertillanges desde la Madalena, que monseñor Bruggeret en la « Revue de Paris » tanto en esta oferta de paz como en las gestiones tendentes a impedir que Italia y los U. S. A. se aliaran contra Alemania vieron una « acción de enemigos ». Ambas posiciones del Papado, decían estos reverendos franceses, no tenían otro objeto que el de facilitar la victoria de los ejércitos prusianos.

A estas tomas de posición vaticana se debe que en Versalles el año 19, la Santa Sede se viera excluida. Grave posición atentatoria a la soberanía del Infalible, pero de consecuencias prácticas muy reducidas, pues que, de haberse tratado de otros poderes, difícil hubiese podido descartarse la aplicación de sanciones. Todo lo que se vió después del Tratado de Versalles no han sido más que preparativos de revancha que hoy constatamos han dado resultados substanciosos al poderío del Clero católico.

Fué en el Congreso de Fulda en donde los obispos alemanes decidieron apoyar al movimiento nacionalista alemán y en este congreso el Pacelli llevó uno de los papeles de coordinación más importantes. El papel de Pacelli a favor del ideal totalitario se comprenderá si sabemos que buena parte del episcopado alemán en los años 30 y 32 era de sentimientos inclinados al liberalismo. Decidieron a favor del nazismo cuando se les dijo que « el Papa se declaraba personalmente favorable a Hitler »; a esta información obedece que el Zentrum católico diese sus votos a Hitler el 30-1-33. Baviera ha sido siempre una zona católica y esta región era una de las pocas plataformas en donde el catolicismo podía afincar su idea de extensión. Es en Baviera en donde Hitler recrutó sus primeras tropas de choque. La satisfacción del Papado ante el progreso de la política nazi queda evidenciada cuando al presentarse ante el Papa una delegación de las Juventudes Católicas, el Sumo Pontífice, en el idioma diplomático, que dice todo sin comprometerse a mucho, dijo : « Bendita sea esta juventud renovada, en una Alemania también en renovación. » Esto dicho al día siguiente de la victoria de Hitler. Toma de posición que fué contestada por el dictador : « Nuestros sentimientos, incluso nuestro antisemitismo, son pues, absolutamente compatibles con el credo cristiano. » (Discurso de Hitler en Koenigsberg el 6-9-1933).

Un hombre puede equipararse en responsabi-

dad a Mgr Pacelli. Fué Von Papen, el *alter ego* del cardenal, de forma que la influencia ejercida recíprocamente no tiene de igual más que su responsabilidad compartida. Por algo Franz von Papen fué tan benignamente tratado por el tribunal de Nurenberg.

Desde la época de Lutero, ningún concordato se había firmado entre el Vaticano y Alemania. Papen, en nombre de Hitler firmó el primero gracias a la astucia y diligencia de Pacelli. Es Papen quien escribe en sus « Memorias » : « El Canciller Hitler me rogó que asegurara al secretario de Estado papal (Eugenio Pacelli), que amordazaría al clan de anticlericales que aún respiraba en Alemania. » E inmediatamente fué firmado el Concordato.

¡Qué papel debió jugar Pío XII cuando en el despacho de Franco, por lo menos hasta el año 1946, se veían, cual nueva santísima trinidad, los retratos de Mussolini e Hitler superpuestos por el del Papa Pío XII!

« El gobierno del Reich puede estar seguro de que mi corazón late y latirá siempre por Alemania. » — Pío XII. — Informe de Ribbentrop sobre su conversación con el Papa el 11-3-1940.

La confianza que Hitler tenía en el *alter ego* de von Papen se comprende en el hecho de que « apenas la tiara se había colocado sobre la cabeza de Pacelli, que Checoslovaquia se veía invadida por las tropas hitlerianas. »

Según Alexandre Lenôtre, confirmado por el propio F. Mauriac, ni aun en el año 1943 se obtuvo del Papa una manifestación antinazista : « Se nego, dice, a condenar públicamente los campos de concentración nazi. »

Cómo sería su comportamiento cuando poco después de la guerra, en el University College de Cardiff se discutió si « Debía el Papa ser juzgado como criminal de guerra. »

Y que había motivos para ello es más que evidente. Por un lado él mismo decía al lado de quién « latía su corazón », por otro se callaba ante las matanzas y atropellos : « La población parisina, dice E. Paris en « Le Vatican contre l'Europe », reaccionó violentamente ante la infamia que cometían los soldados nazis. Hubo madres que antes de entregar sus niños a los SS, los arrojaban por las ventanillas del tren. Hubo quien consiguió salvar alguno. Pero el horrible holocausto no llegó a emocionar el corazón del cardenal Suhard, ni el del Santo Padre. Pío XII se guardaba muy bien de condenar la nueva « Matanza de inocentes ».

El 15-11-45, el doctor Nerin F. Gun fué recibido por el Papa. Nerin expresó su sorpresa al observar el silencio de la Santa Sede frente a los atropellos nazis, así como también su queja por no haber organizado ninguna ayuda a favor de las víctimas del nazismo. El Papa le contestó : « Sabíamos que, por razones políticas en Alemania se

registraban violentas persecuciones, pero nunca se nos informó del carácter inhumano de la represión nazi. »

Así que, ya lo sabéis, «el Papa ignoraba lo que pasaba en Alemania». Después de la respuesta, Pío XII se quedó tan fresco. Sin embargo, no es eso lo que dice Avro Manhattan en el «Vaticano del siglo XX». Veámoslo: «Puesto que los prelados son «de facto» sus agentes y sus nuncios poseen medios de información y de presión que ningún otro diplomata tiene, el Vaticano es sin duda alguna una de los centros mejor informados del mundo.»

A confirmarlo viene la declaración que el 22 de enero de 1940 hizo François Charles Roux, embajador de Francia en el Vaticano: «Pío XII estaba perfectamente al corriente de las crueldades cometidas por los alemanes en Polonia. Conocía también el riguroso tratamiento del que eran objeto los checos en Bohemia y Moravia.»

No solamente no condenó atrocidad alguna, sino que hizo peor: «El Vaticano autorizó a sus misionarios para que al lado de las tropas alemanas se instalasen en los territorios rusos ocupados. Entre otros objetivos, el de colocar a los Estados bálticos en la esfera de la nunciatura de Berlín, era uno. Tiempos hacía ya que para ello había creado el «Collegium Russicum».

Y más que peor, Pío XII, cual cura trabucaire, el día de Navidad de 1942 envió un mensaje al mundo que vale por una verdadera declaración de guerra, una clara toma de posición beligerante: «La hora no es para lamentaciones, dijo el vicario de Cristo, sino para actuar... Con el entusiasmo de las Cruzadas, que los mejores de la Cristiandad se unían al grito de ¡Dios lo quiere! dispuestos a servir y a sacrificarse como los cruzados de otrora. Nosotros os exhortamos y os suplicamos de comprender íntimamente la terrible gravedad de las circunstancias presentes. En cuanto a vosotros, voluntarios que participáis a esta Santa Cruzada de los tiempos nuevos, elevad la bandera... declarad la guerra a las tinieblas de un mundo separado de Dios.»

Belicismo, belicismo puro. Ninguna lamentación, ningún ruego para que los verdugos no fuesen tan crueles. Toda su caridad la guardó para después. Una vez terminada la guerra, movilizó todos sus hombres, sus bienes y su influencia para que sus allegados de los SS, y demás von Papen, Hans Frank, gobernador de Polonia, Artfur Graiser, etc., saliesen sanos y salvos de la quema.

Gracias a su intervención von Papen no fue condenado a muerte. Cuando el tribunal hizo público su veredicto, no faltó quien dijo: inoventar a von Papen es condenar a Pío XII.

¡Qué razón tenía Bernanos cuando decía: «Conozco el partido clerical. Sé hasta qué punto le falta corazón y desconoce el honor.»

Sin duda alguna, Bernanos pensaba en Pío XII cuando juzgó al partido clerical.



(Continuará.)

M. CELMA

Versiones

por DENIS

# El filósofo

**E**RASE un filósofo que parecía arrancado de las páginas de un libro humorístico.

De todas las anécdotas cómicas que circulaban por el país, aunque fueran anteriores a él, era él el protagonista. Y de muchas que no circulaban, menos asequibles al gusto general. El fué quien, por haber cedido el paso a un transeúnte apresurado, yendo por la calle absorto en la lectura, marchó largo rato, sin darse cuenta, con un pie por la acera y otro por el arroyo. Y quien no pensó, al darse cuenta, sino en que de repente se había quedado cojo. El era quien olvidaba siempre, no importa dónde, el paraguas de que su mujer —su protección y su castigo— le cargaba cuando amenazaba lluvia. Y quien un día volvió a casa con paraguas de que la mujer no le había cargado. Suceso que tuvo consecuencias. Días después le saludó, al cruzar con él, un desconocido. Atento, porque lo era, devolvió el saludo. Pero añadió, siempre deseoso de conocer el porqué de sus actos:

— Perdone. No le conozco o, por lo menos, no le recuerdo.

— Yo tampoco le conozco a usted —respondió el desconocido—. Pero conozco mi paraguas.

Rió el filósofo, al devolver a su dueño el molesto artefacto, y nació del encuentro una amistad duradera. No había tropezado jamás el desconocido con hombre más merecedor de afecto.

Otra de las cosas de que cargaba al filósofo su mujer, era de un reloj, para que no se olvidara de volver a casa a hora conveniente. Pero se olvidaba. Nunca consultaba el reloj, y muchas veces lo habría consultado en vano: Salvo cuando su mujer se cuidaba de darle cuerda, no marchaba.

Si había algo de que el filósofo estuviera seguro, era de que el tiempo no existe. Sobre todo, el tiempo que miden los relojes. La hora de un viejo es infinitamente más corta que la de un niño, La del perezoso, mucho más larga que la del atareado. ¿A quién mide el tiempo el reloj? A un ser que no existe. Es esa medida una convención. Tal vez buena. Para él, indiferente. Las horas llenas corren de otro modo que las horas vacías. Sus horas casi no eran horas de nadie sino suyas. No tenía más que dialogar con alguien para advertirlo.

Se había pasado el filósofo mucho horas de su juventud tratando de averiguar qué es el ser en sí. Acabó por juzgar aquellas horas perdidas. Importa poco saber —vino a decirse— qué es el ser en sí. Lo importante es saber qué son los seres que nos rodean, cada cual con un ser distinto, difícilmente amoldable al ser en sí. No es común el ser en sí, pero de lo que no es común hacemos cada cual aquellos que nos place, o podemos hacerlo, cuando existimos. No lo hacemos, porque no existimos: nos

dejamos existir, cuando más. Problema, problema. Existe, sin duda, el ser en sí: no existen los seres. No existen aquellos por quienes no es permitida la duda de que el ser en sí existe. Viven porque han nacido. Mueren porque todo lo nacido muere. Y desde que nacen hasta que mueren, pasan por el mundo como sombras. Sin descubrir el ser que les es común, ni las innumerables cosas que les son asimismo comunes y de las cuales podría disponer cada cual a su antojo. Caprichosos todos, sí, pero no en aquello que el capricho importaría.

Por decir que el tiempo no existe, y que los seres tampoco existen, los estudiantes se habían reído de él. Porque había sido profesor. Ya no lo era. Dejó de serlo por temor de dejar de ser filósofo. A tiempo. No mucho más tarde, las risas de los estudiantes, convertidas frecuentemente en protestas, habrían puesto fin a su profesorado. Era inadmisibles se permitiera decir que ellos, que estaban allí, oyéndole, no existían. Que habían nacido y morirían sin existir: aunque llegaran a médicos, abogados o ingenieros. Que una cosa era ser médico, abogado o ingeniero, y otra ser hombre. Y que el hombre es el único que existe.

No pudo terminar su lección el día que tal era su lección. Previeron los estudiantes cómo iba a terminarla. No le dejaron terminarla. No podían escucharle más; no podían esperar en silencio la conclusión a que iba a llegar. Les parecía oírlo ya: que ellos no eran hombres, ni estaban en camino de serlo; que estaban en camino de ser médicos, o abogados, o ingenieros, y nada más. Gritaron, gritaron desaforadamente.

Días después abandonó la cátedra, antes de que le obligaran a abandonarla. El escándalo que le dio su mujer, por haberla abandonado, fue mayor que el de los estudiantes.

— ¿De qué vamos a vivir ahora? —le preguntó su mujer, en una pausa de su indignación.

— Los pajarillos del campo...

— ¡Basta, basta! —gritó la protección y el castigo del filósofo—. No me vengas con citas. Tú no eres un pajarillo, ni yo una avecilla. Tú necesitas que te pongan la mesa tres veces al día. Y tú y yo necesitamos mil cosas más que los pajarillos no necesitan. Zapatos, por ejemplo. Mira qué zapatos llevas. Vergüenza te debía de dar. Y mira qué traje. Ya he olvidado los años que tiene. ¿Cómo te comprarás otro ahora?

— Adán no llevaba ninguno.

— ¿Otra cita? Adán era un adán.

— No pierdas el respeto a nuestros antepasados.

— ¿Filósofo tú? Un pobre hombre. Eso es lo que eres. Un pobre hombre que cree en cuentos de viejas.

— Deja tranquilas mis creencias. He citado a Adán para que me comprendieras. El mismo fin tenía mi

cita de los pajarillos. Me esfuerzo siempre por colmar el abismo que nos separa.

— ¡El sabio! ¡Se esfuerza por colmar el abismo que le separa de la ignorante! ¡Vives en el limbo, amigo mío, y yo, tu mujer, vivo en la tierra, aquí, en esta casa, donde se ha de poner la mesa tres veces al día! ¿Cómo, cómo la pondré ahora? Responde.

— Para mí es igual si no la pones.

— No hay como los filósofos para decir tonterías, y para hacerlas. Eso es hablar por no callar. En todo caso, para mí no es igual. No se pierde fácilmente una costumbre tan arraigada.

— Ya lo sé, ya lo sé. Las costumbres.

— Ahórrate el discurso. Me sé de memoria tus tonterías. Existen, por desgracia, según tú, para quien tan pocas cosas existen. Existen, sí, por desgracia, si quieres. Existe la de comer. No la he inventado yo.

— No lo lamentos. Es uno de tus méritos.

— Gracias. Y espabilate para que no la pierda. Autor del mal que has hecho, te corresponde remediarlo. Deja de vivir en el limbo. Gentes que valen mucho menos que tú, salen adelante mejor que tú.

— Te doy yo las gracias ahora, sin ironía, por la amabilidad que entrañan tus palabras, aunque no sea tu propósito ser amable.

— No vuelvas a las andadas. Estoy ya harta de oírte hablar del abismo. Eres una criatura. Y de poco juicio. Si no fuera por mí, ¿qué sería de ti?

Tuvo que confesar aquí el filósofo que su mujer tenía razón, y le acarició el rostro, turbado como un niño. Le devolvió la mujer la caricia, como a un niño, y la tumultuosa escena les halló, al terminar, más cerca uno de otro que nunca.

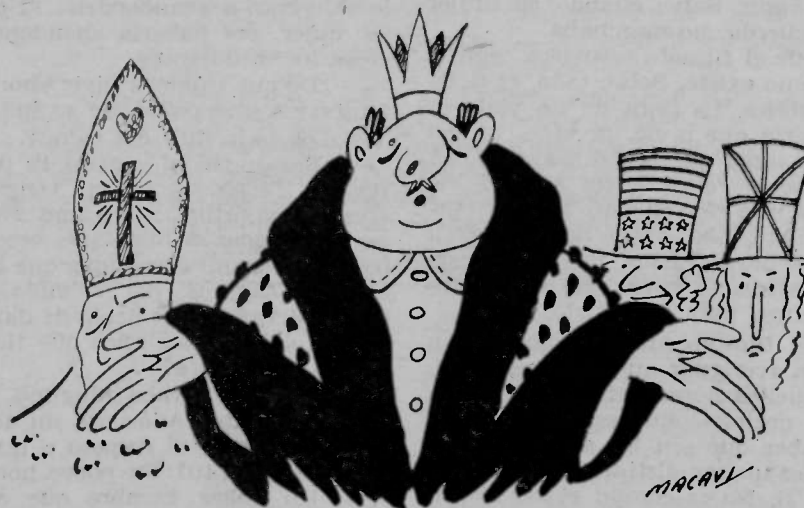
— Me pondré a trabajar, mañana mismo —dijo el filósofo—, no importa en qué.

No le fue tan fácil encontrar trabajo como supuso. Lo encontró, finalmente, menos retribuido que el del profesorado, pero menos contrario a su filosofar. La cercanía de los hombres, a veces angustiosa hasta la agonía, hacía acariciar otras veces la esperanza de que se dispusieran a existir. En esas ocasiones, que pronto eran recuerdo parecido al de un sueño, volvía el filósofo a su casa tan alegre que su mujer sospechaba de su fidelidad. La protección no dejaba jamás de formar cuerpo con el castigo.

Casi perdió el filósofo, con los años, y por mil experiencias vividas, amargamente vividas, la esperanza de que los hombres llegaran a existir. Y esa pérdida fué la que le hizo distraído, hasta el punto de convertirse en el hazmerreir de todo el mundo. Iba por la calle, estaba en el trabajo, y en su casa, ensimismado. No tanto que no le alcanzara, y le hiriera, aunque se habría dicho que no lo advertía, el dolor de los hombres. Que no era dolor porque existían, sino por que no existían.

En uno de sus momentos de mayor ensimismamiento —acababan de partir millones de hombres armados al encuentro de otros millones de hombres armados—, se desbordó el río en cuya orilla estaba su casa. Ya habían invadido las aguas los bajos. Ya llegaban al primer piso, en el cual se hallaba. Los vecinos, que se habían salvado, le gritaban que se salvara. No oía qué le decían. Creyó entender que le decía algo referente a la casa. Sin moverse, contestó:

— Avisad a mi mujer. Es ella quien se cuida del hogar.



## POETAS DE AYER Y DE HOY

### *Tú me quieres blanca*

Tú me quieres alba,  
me quieres de espuma,  
me quieres de nácar.  
Que sea azucena  
sobre todas, casta.  
De perfume tenue,  
corola cerrada.

Ni un rayo de luna  
filtrado me haya,  
ni una margarita  
se diga mi hermana :  
tú me quieres blanca,  
tú me quieres nivea.  
tú me quieres casta.

Tú, que hubiste todas  
las copas a mano,  
de frutos y mieles  
los labios morados.  
Tú, que en el banquete  
cubierto de pámpanos  
dejaste las carnes  
festejando a Baco.  
Tú, que en los jardines  
negros del engaño,  
vestido de rojo  
corriste al estrago.

Tú, que el esqueleto  
conservas intacto  
no sé todavía

por cuáles milagros,  
me pretendes blanca  
(Dios te lo perdone),  
me pretendes casta  
(Dios te lo perdone),  
me pretendes alba.

Huye hacia los bosques;  
vete a la montaña;  
limpiate la boca,  
vive en las cabañas;  
toca con las manos  
la tierra mojada;  
alimenta el cuerpo  
con raíz amarga;  
bebe de las rocas,  
duerme sobre escarcha;  
renueva tejidos  
con salitre y agua;  
habla con los pájaros  
y llévate al alba.

Y cuando las carnes  
te sean tornadas,  
y cuando hayas puesto  
en ellas el alma  
que por las alcobas  
se quedó enredada :  
entonces, buen hombre,  
preténdeme blanca,  
preténdeme nivea,  
preténdeme casta.

(Alfonsina Storni, poetisa argentina que intentó hacer de su vida la suprema poesía, se suicidó en 1938. Destino trágico el suyo, el de una mujer dominada por el ansia de liberación íntima : y que se tradujo en un drama de soledad íntima. Como ella misma lo dijo) :

«... Hace ya tiempo que yo estaba sola  
con mis versos, mi orgullo; en suma, nada... »

ALFONSINA STORNI

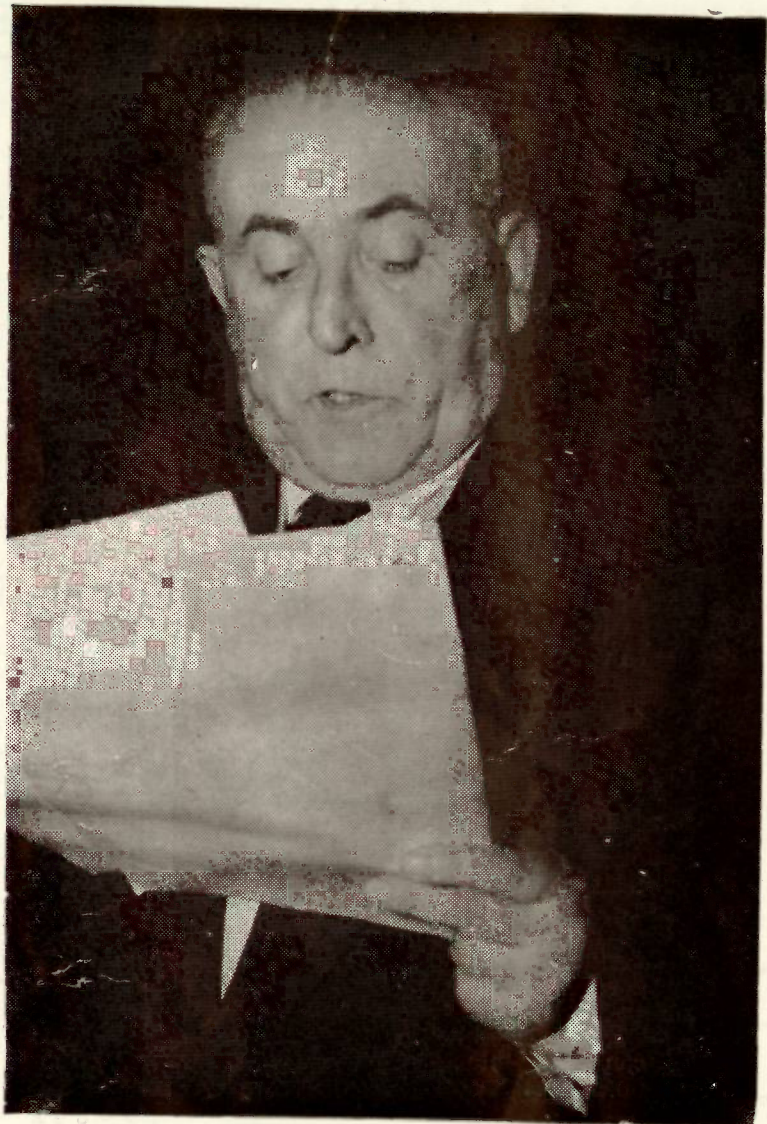
## OBRAS DE FELIPE ALAIZ

### «Tipos españoles»

5 FRANCOS

### «Quinet»

5 FRANCOS



“En España hay un sentido tan exagerado de las cosas que a cualquier pobre diablo se le llama fascista y a cualquier profesional de la huída, revolucionario. Los desarropados acuden a conferencias con los gobernantes creyendo que estos son algo y significan algo cuando los mismos gobernantes están en absoluta decadencia”

Pedidos a todos los servicios de librería



# CENIT

sociología  
ciencia — literatura



**Plácido Bravo** : ¿Ser, qué?

**Fontaura** : La sonrisa de París.

**Floreal Ocaña** : De Schumann y Vatzlav Nijinsky a nuestros días.

**Eugen Relgis** : De mi calendario.

**Felipe Alaiz** : Origen y meta de la gran propiedad triguera de Aragón.

**Angel Samblancat** : Maestría de España.

**Campo Carpio** : Bajo el arco del cielo.

**Abarrátegui** : Y Cristo en alpargatas.

**Han Ryner** : El tesoro.

**Puyol** : Mandarrón y Candilico.

**M. C.** : El universo de Alaiz.

**Miguel Celma** : La vida y los libros.

**Denis** : El gobernador.

**Miguel R.** : Historia de un perrito español.

# 147

MARZO · 1963

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 100 F.

4 P 5523



## NUESTRA PORTADA

La caridad, tal como la practica el catolicismo, es la forma más degradante de la solidaridad. Es decir, es la antítesis de la solidaridad.

Impotencia, miseria, animalidad, todo lo antípodo de lo que debería ser el hombre civilizado en un mundo civilizado, tal es el estado al que queda reducido el que se pliega a la vida de pordiosero, el que se rebaja a vivir de la mendicidad, el que se conforma con la caridad ajena, aunque ésta se practique en su forma más hipócrita como resulta ser el salario. Hombre reducido a mercancía.

Ernesto Barlach, escultor de la piedra, cuya imagen reproducimos, ha sabido interpretar perfectamente todo el horror de la sociedad actual creadora y animadora de mendicidades. El hombre, reducido a dos brazos famélicos y postrados, es una condena formal que hace a los poderosos de la tierra, a los adinerados, a los que medran más de lo que necesitan, a costa, claro está, de la miseria ajena. A través del cincel, Barlach, la humanidad pobre, parias, ilotas, asalariados, todos los desposeídos del patrimonio universal, acusan y denuncian...

La pobreza no es más que consecuencia lógica a la que conduce la desigualdad, la jerarquía, el favoritismo. Pero también prometen.

Prometen los inconformistas que no cesarán la lucha porque ellos no quieren ni admiten el estado en que vive buena parte de la humanidad, en particular la que todo produce.

Ni apurar la mano, ni de rodillas.

Antes al contrario, contra los hambreadores, contra los adinerados, contra los explotadores...

¡Lucha de clases!

Tal como reza el himno de los internacionalistas, llegará día en que los obreros, los productores se pondrán en pie, que los pobres del mundo se levantarán y harán la revolución social, indispensable para que desaparezca lo infrahumano de la sociedad actual.

## CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

*Colaboradores:*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,  
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert  
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,  
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,  
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,  
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osán  
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,  
A. Prudhommeaux

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en el que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII

Toulouse, Marzo 1963

Nº 147

## ¿SER, QUE?



**D**ESNUDOS. En efecto, tales parecen ser los lienzos literarios más en boga y cotizables. Sobran velos y pámpanos púdicos. Basta ya de intrigas traídas por los pelos y afectos con afeites; decoros que sólo se mantienen a base de decoraciones de cartón y celulosa, y epílogos del drama humano calcados a lo *happy end*.

Y si Tartufo no se escandaliza y empeña en usar gafas rosadas para mirar paisajes tenebrosos, o necesita espejos que deformen su monstruosidad para enfrentarse consigo mismo, tanto peor para él.

Nada de murmullos oratorios para evadirse, menos aún justificarse a base de razones sinuosas. Dialéctica y teología todo al mismo saco.

La verdad amoral; sin preocupaciones utilitarias o estéticas. La verdad objetiva, sea o no fotogénica.

Mostrarse desnudo en sus actos. Ofrecerse sin restricciones; tal cual, con sus instintos y pasiones, con sus sentimientos y deseos, con sus ideas y caprichos. Más allá del bien y del mal. Todo menos el lobo con disfraz de cordero, o el asno con gafas de académico.

En la caverna del Infundio se fragua la perdición de la sociedad. Esta se mueve por los empujones que le dan ciertos valores ficticios. Babel en la que nadie se entiende porque muchos callan lo que saben —que otros no más presienten— cuando no dicen lo contrario para despistar la caravana en el caótico desierto. Balle de máscaras en el que nadie se reconoce, facilitando el engaño, al cual así pueden darle visos de error.

Ser lo que se es. ¿Nada más?

Pues ya es mucho, con ser tan poco.

Porque lo corriente es ver sombras de hombres; complejos nacidos de reflejos —tal aquel envidioso que el deseo de otro hizo ambicioso—, voces a coro que no son más que ecos. Seres que no pueden siquiera simular lo que no son, pues nunca fueron nada ni nadie. Muñecos de los que tira cualquier maese Pedro. Parecer o no, lo que importa, con o sin apariencias, *a priori*, es ser.

Ser conscientes de nuestras flaquezas y de nuestros vicios, de nuestras fuerzas y de nuestras virtudes. En una palabra: conocernos. Sólo entonces se es algo, y sobre todo puede llegarse a ser más.

Porque es muy poco presentar al mártir literario víctima de su sinceridad, es decir, con toda su abyecta crueldad o con toda su carrera de inmoral, y verle condenado luego por otros desalmados con idénticas taras, pero que han sabido esconderlas con sus togas, con sus sotanas, o con sus uniformes entorchados.

Falta el drama de la conciencia. El que seamos todos culpables, como pretende el existencialismo de Sartre,

puede negar a los jueces el derecho de encausarnos, pero nunca a nuestra conciencia de erigirse para juzgarnos.

Sin ideal propio, sin este metro subjetivo con que nos medimos, y aun vapuleamos a los demás, es imposible la ascensión. Sin él, la prensa voluntarista que eleva e impulsa ciertas acciones, y reprime y refrena ciertos deseos nocivos, nunca entra en funciones. Sin ello nos quedamos a medio camino, entre nuestras bases de partida y la meta a que aspiramos llegar.

Tampoco conviene exagerar la nota. De un extremo a otro, siguiendo el movimiento del péndulo, no es la única forma de no quedarse parado.

Sin recurrir a la hipocresía puede evitarse cierta dosis de cinismo que en determinadas descripciones van explícitamente comprendidas. Puede uno ser discreto con lo íntimo, sin que por ello deba encubrir lo que el público tiene derecho a conocer.

Puede sacarse de la ignorancia sexual a los niños sin que se les aguijonee el deseo sensualista. El estudio anatómico de sus mismos órganos, la ciencia o la naturaleza, ofrecen ejemplos elocuentes sin rebasar ciertos límites.

Además, el rico que hipócritamente se hace el pobre, para que no le pidan, es despreciable; pero, ¿qué decir del rico que ostensiblemente muestra sus riquezas, para que alguien le pida precisamente, y acto seguido darse el gozo de negar o comprar? Pues sencillamente, que es igualmente aborrecible. En todo caso, ninguno de ellos es consciente de su pobreza, y lejos, el uno tanto como el otro de la verdadera riqueza.

PLACIDO BRAVO



# La sonrisa de París

por FONTAURA

**H**AY en la Sorbonne un cuadro en el que quiso el pintor fijar en la tela un coluquio, frente a la docta casa, entre Descartes y Pascal. El primero, de más edad, atento, grave, escucha y reflexiona. El segundo, joven, aire de petimetre, mundano; no ha sufrido aún el percance de Neuilly; no ha pasado aún por la tremenda crisis espiritual, tras la que escribió ese conjunto de opiniones desconcertantes que son sus «Pensamientos». Refleja Descartes, en su fisonomía, el conocimiento hondo, mesurado, sereno, de su «Discurso del Método». Da la sensación Pascal del «esprit» francés: vivo, elegantes e incisivo a la par. Por asociación de ideas, visitando París, y evocando después, al conjuro de la imaginación, las sensaciones experimentadas, reflejo de la «bella Lutetia»; al trazar una fisonomía psicológica de la gran ciudad, se constata que tiene, como un mágico poliedro, distintas facetas. Y, entre ellas, destacan: la que muestra esa «sagesse», esa sabiduría que, a través de los siglos, ha fijado normas al intelecto universal; y esa viveza de ingenio que sabe dar un papirotazo a las preocupaciones, y burlarse de su propia sombra.

¿Qué se puede decir de nuevo, de original, acerca de París cuando tantas cosas se han dicho, cuando tan maravillosas evocaciones se han hecho de la Ciudad Luz? ¿Qué tendrá que observar que ofrezca novedad, el parisino o quien, sin serlo, ha fijado años de residencia en la capital del Sena? Sin embargo, su encanto consiste en esto: en que siempre se le aprecia renovado y atractivo; en que, igual el visitante de unos días que el más sedentario de sus hijos, descubre siempre nuevos encantos. Y ama la ciudad, y nace en él la nostalgia cuando de ella se ha separado.

Bonafoux, como tantos otros, parisino de adopción, amaba la ciudad con el arrobamiento con que se ama a la mujer en los años de adolescencia. Y al deambular por sus bulevares, por sus plazas, al vagar por paseos y jardines; al ir oteando el horizonte de la urbe, subiendo hacia Montmartre; conociendo, en suma, el París grande y monumental y el sencillo, humilde y pintoresco, creía percibir en todo como una sonrisa amiga. Percibía su sensibilidad, la muestra señera de simpatía concebida a modo de una transfiguración de cariño, reflejado en los seres y en las cosas.

Ciertamente, pueden influir en el ánimo, cuando se evoca París; o cuando, adentrado en su vida, siempre cambiante, inquieta, el individuo crea un oasis de calma, de reflexión en torno a lo que se ha percibido, pueden influir reminiscencias de viejas y nueva slecturas: primero, esa novelaría folletinesca de misterio y aventura —pasto intelectual de los quince años— y más tarde, la literatura sen-

timental, romántica, y la de análisis psicológicos, frío y preciso como una vivisección. El París de los Ponson du Terrail, Gaboriau, Eugenio Sué y Alejandro Dumas, con príncipes románticos, apaches, costureras bonitas y sentimentales, y aventureros de buena y de mala fe. El de Victor Hugo, con su imprecación de justicia prendida en «Los Miserables» y su cuidada evocación medioeval en su «Notre Dame de Paris». El de la bohemia de artistas indigentes, ilusos, soñadores, y modistillas graciosas, minadas por la anemia, descrito por Murger y celebrado por Alfonso Daudet con su fantasía de poeta meridional. El de Honorato de Balzac, animado fresco de la ciudad inmensa; reflejo magistral de la urbe y de su hervidero de pasiones. El de Emilio Zola, con su visión de un anarquismo heroico y generoso. El París de Marcel Proust, «en busca del tiempo perdido» y recorbrándolo en un análisis meticuloso, como al microscopio, de tipos vulgares, y de un ambiente de aristocracia con reminiscencias del recoso. El París de nuestros días, multiforme y tentacular, de un Jules Romains. O el de la «pègre» y de la fauna social extravagante, reflejado por los Francisco Carco, Roland Dorgelés o Paul Morand. Queda como un poso en el ánimo: el recuerdo de lecturas; el clisé mental de lo asimilado. Pero, el placer sensorial, el detalle, la nota agradable, el matiz pintoresco, se capta «en flânant» por la ciudad.

Sonrisa de París, que es irónica, melancólica, alegre, amorosa, burlesca, ingenua. Está también la sonrisa falsa, la que busca adular, la de rostro estereotipado, y que, por lo desagradable, por lo repelente, no interesa recoger. Sonrisas que, en policromata variedad emotiva, se perciben desde la encantadoramente ingenua del pequeñín, gordiflón y mofletudo, que, en el Jardín de Luxemburgo, y en un descuido de la mamá, hace aguas menores al pie del empaque mayestático y altivez palaciega de cualquiera de esas reinas que el escultor, con fervor reverencial, cinceló en duro bloque de piedra o mármol, como recuerdo para la posteridad; a la sonrisa irónica del viejo y canoso librero de los «quais», leyendo más libros que vende, escuchando la pedantesca cháchara del cliente engreído, tonto presumido de nacimiento.

El amor que ilumina la sonrisa en los labios de los enamorados que en al tarde plácida de domingo, a orillas del Sena y en plena campiña, miran el agua que pasa; como en el verso de Suilly Prudhomme:

S'asseoir tous deux au bord d'un flot qui passe,  
Le voir passer;

Tous deux, s'il glisse un nuage en l'espace  
 Le voir glisser;  
 A l'horizon, s'il fume un toit de chaume,  
 Le voir fumer;  
 Aux elenteurs, si quelque fleur embaume,  
 S'en embaumer;

Sonrisas de felicidad en el marco de la evocación de Verlaine:

Comme est toujours joli le paysage,  
 Paris au loin, triste et gai, fol et sage.

La sonrisa alegre, de fraterna camaradería, del estudiante parisino, a su colega, el negro tostado, del Senegal, y al de amarillo subido, de Yokohama. La de las muchachas bulliciosas, que en la mañana del día festivo, con sus repletas mochilas, marchan al Bosque de Vincennes, o adonde haya campos, arbolado o floresta, a pasar un día de aire y sol; olvidando la aguja, el dedal, las tijeras, y el rostro avinagrado de «madame» la encargada del taller. La del «gars du batiment», que, removiendo el adoquinado de la calle, le dice chirigotas a la criada que pasa y a los parvulillos que, con la cartera abultando más que ellos, van presurosos a la escuela. La de las alumnas del Instituto, que por el tono declamatorio, campanudo, del profesor, o por su aire de funeral, como un discurso de Bossuet, deducen y aumentan el estado de ánimo del hombre en relación con la cotidiana disputa conyugal en su casa.

Sonrisa burlesca la del joven militante que, en la ocurrencia de vocear «Le Libertaire» en los alrededores de la Magdalena, o en el plácido barrio burgués de Passy, nota el rostro escandalizado de estas gentes pudientes, que leen «Le Figaro» y, naturalmente, consideran el anarquismo como uno de los más tremendos monstruos apocalípticos. La del vagabundo parisino, que deambulando por las barriadas, observa cómo, a una hora fija, fábricas y talleres, inestéticos y grandes como pueblos, engullen a cientos y cientos de obreros y obreras, como manso rebaño; en tanto él vive al margen de leyes, de reglamentación, de sujeción patronal; indomable, refractario a todo y a todos. La del mozo panadero, que trabaja en una de las callejuelas, junto a Saint-Germain-des-Prés, y toma diariamente café en «Le Deux Magots», conoce a existencialistas de todas clases, y sabe que en el suyo, como en el «Café de Flora», se oyen tantas o más gansadas que palabras sensatas por parte de no pocos que pasan, o se hacen pasar, por intelectuales: cultura confusa, como de aluvión, y citas a todo evento, de Sartre y Kierkegaard. La del «chansonnier», criado en el arroyo, y que conoce palmo a palmo La Vilette y Menilmontant. Sin el énfasis espectacular de Bruant, canta con desparpajo, en los más populares cafés de Montmartre, «cuplets» satíricos, a la manera de Charles d'Avray o Leo Champion. La del recitador que

conoce todo el repertorio de Jacques Prévert, el rebelde, el poeta iconoclasta del día:

... quand le travailleur s'endort il est bercé par  
 [l'insomnie,  
 et quand son réveil le réveille  
 il trouve chaque jour devant son lit  
 la sale gueule du travail  
 qui ricane, qui se fut de lui.

Melancólica sonrisa la de la solterona a las amistades que, como ella, acuden al pequeño cementerio, donde están enterrados artistas y poetas. En las tardes festivas del otoño, visita la tumba de Musset. Lleva consigo un libro ya amarillento, encuadernado en piel. Son las poesías completas del autor de «Les Nuits». La del marinero fluvial, que en la cubierta de la gabarra, quieta en las verdosas aguas del canal, «Quai» de Jemmapes, toca el acordeón y recuerda el cambiante paisaje que ha visto viajando a lo largo de ríos y canales. La del viejo, hijo de París, lector asiduo de Huysmans, que paseando con otro anciano, al divisar la torre Eiffel, comenta lo que el autor de «Croquis Parisiens» decía de ella: «La torre de Eiffel es verdaderamente de una fealdad que desconcierta». Y evoca con nostalgia los rincones urbanos que conoció en su niñez, y que la piqueta de las reformas ha destruido.

Paris —se dice— es esto, es lo otro, es lo de más allá. Se habla y se escribe en torno a lo que tiene de grande y de bello; en torno a sus pregonados atractivos. Ciertamente, mucho es importante se ha dicho y se puede decir de la antigua Lutecia. Visto u oído lo importante, queda aún lo sencillo, lo que llega al corazón, y que puede tener su expresión en una simple sonrisa.



## La psicología y la conducta humana

# De Schuman y Vatzlav Nijinsky a nuestros días

(Continuación.)

Hemos hablado sobre la importancia que damos a ciertas sesiones especiales de cine para enfermos mentales porque, al parecer, en el hospital de Los Angeles, donde estaban internados los tres esquizofrénicos, no usan la terapia ocupacional y la recreativa sin las que no es posible un amplio y afectivo tratamiento psiquiátrico. De que las apliquen o no nada nos dicen los psiquiatras en el uniforme. A falta de éstas las precitadas películas que proponemos pueden ser grandes auxiliares de los médicos porque, al carecer de espacio, pueden exhibirse en la misma sala de los pacientes o en un salón dormitorio, etc., para uno o más de los mismos. De todas las maneras por lo que nos hablan de lo ocurrido a los tres precitados enfermos mentales deducimos que no adoptan las viejas técnicas psiquiátricas que basáanse en el aislamiento de aquéllos peor que si fueran enfermos contagiosos o dementes congénitos peligrosos. Si a los pacientes de Los Angeles les hubiesen tenido aislados, sin poder comunicarse entre sí, normalmente, a sus anchas, sin relación social se hubieran agravado y llegado, seguramente, a la demencia.

Todavía abundan en el mundo los establecimientos con excesivo número de enfermos mentales y poquitos médicos, que no pueden atenderlos debidamente teniendo que quedar aquéllos al cuidado de unos pocos incompetentes ayudantes-guardianes. Estos «han» de vigilarlos estrechamente y tratarlos con excesiva severidad en salas con sólidas rejas en las ventanas como si fueran presidiarios. Muchísimos pacientes en ese medio deprimente y repelente se alteran y provocan alborotos. Generalmente estos rebeldes son los más cuerdos-ignorados. Y al «caerles mal» a los vigilantes, o porque les dan «demasiado trabajo», y quieren quitárselos de encima, no verlos, los encierran en celdas de castigo. Si se resisten a obedecerlos, a seguirlos, que quiere decir que **comprenden**, que tienen **conciencia** de lo que va a ocurrirles, que no son dementes, entonces con **inconsciencia** bestial, fuera de sí los «ayudantes», como «enajenados» furiosos, los maltratan y los golpean para ponerles camisas de fuerza. Y obvio es decir que a todos les prohíben tener en su poder utensilios, cosas u objetos que puedan utilizar como armas.

Entre los enfermos mentales que vegetan y sufren en ese ambiente de incompreensión y de represión se producen, muy a menudo, dramáticas y trágicas situaciones, y aumentan y se agravan los casos de claustrofobia, los de manías persecutoras o de «perseguidos», los de automutilación, de fobia incendiaria y de incendiarios, de homicidio y suicidio, de nesofobia, etc. Y la mayoría de los pacientes autoagrediendo o agrediendo ponen al

descubierto, en realidad, que obedecen a impulsos **conscientes**, a hondos anhelos de liberación.

A estas viejas formas de tratar o maltratar a los pacientes, demasiado extendida todavía, se oponen los nuevos hospitales con modernos métodos psiquiátricos que las familias pueden tomarlos como ejemplos para contribuir a prevenir las enfermedades mentales o en la recuperación de la salud mental de sus familiares. Podemos referirnos al Hospital Granja que funciona en Zoquiapan (México) a cargo de la dirección general de **Neurología Salud Mental y Rehabilitación de la Secretaría de Salubridad y Asistencia**.

El precitado establecimiento es una especie de centro familiar más vasto que el común de los hogares. En él todos sus miembros según su vocación, aptitud y habilidades eligen una u otra de las tareas u ocupaciones que se han organizado. Todos se toleran y ayudan, voluntariamente, y los más cabales —médicos y colaboradores— alientan a los menos aptos y juiciosos —a los pacientes— procurando que ni siquiera los más «intemperantes» se irriten o exasperen.

En ese ambiente de fraternal familiaridad el ánimo de curarse se levanta en todos los enfermos mentales. Ni a los más discolos les violentan, aunque al principio de ser internados se resistan a ser tratados por los especialistas. En libertad de hacer o no algo, observando a los demás sujetos activos de la comunidad que trabajan alegres en lo que quieren se serenar y se «persuaden», por sí mismos, de que si pese a su resistencia a ser tratados **sienten** un bienestar corporal y nervioso del que no gozaban antes más progresarían si colaboraran a su curación. Y esta es la conducta que acaban adoptando **voluntariamente**.

¡Ah si las familias que en su seno tienen algún enfermo mental comprendieran que este sujeto o deudo está padeciendo una enfermedad nerviosa, del cerebro, del órgano más complicado del cuerpo humano —que más atenciones, pues, merece— como otros de sus semejantes sufren enfermedades del riñón, de los pulmones, del hígado, del corazón, etc.!

Cualquier persona buena y razonable piense qué concepto tendría de una familia —o de un sujeto: hermano, hijo, tutor, padre, sobrino, etc.—, que no quisiera a su lado o echara al arroyo, expulsándolo del hogar, directa o indirectamente —haciéndole la vida imposible— a un miembro de la misma porque padece una de estas últimas enfermedades hasta el grado que lo imposibilitan desarrollar actividades normales de trabajo. Por ser más ignorados los trastornos de la mente más pronto abandonados se ven los sujetos que los sufren a veces desde el mismo momento que sólo padecían alteraciones emocionales y acabaron en-

fermando, por perder la salud mental, víctimas de la **incomprensión** y de la **ignorancia**, repetimos, generalmente hablando, de los propios familiares, y no porque éstos sean desnaturalizados, **inhumanos**, que no otra cosa son los que así obran **conscientemente**. En este casi ni de humanitarismo, ni de «piedad cristiana» pueden hacer ostentación: ni de sujetos de sencilla y buena **condición humana** que se comportan bien, con naturalidad, sin blasonar, por considerarlo deber de sociabilidad y de solidaridad, de ayuda mutua.

Cuando las familias han favorecido y permitido, consciente o inconscientemente, que uno de sus componentes enferme sólo en alguno de los raros establecimientos como el Hospital Granja de Zoquiapan puede recuperar la salud mental. En este asisten a 500 —quinientos— pacientes que padecen distintas enfermedades nerviosas. Aquí están desahogadas las rejas, las celdas, la vigilancia exagerada que irrita, solivianta y angustia a los enfermos mentales. Estos disfrutan de toda la libertad «posible», el personal que les atiende «confía» en ellos, y a la mayoría les conceden permisos para visitar a sus familiares semanalmente. Hasta hoy, después de año y medio de experiencias, todos han retornado, y durante ese lapso de tiempo no se ha dado un solo caso de deserción, y se han dado de alta, totalmente curados, a sesenta y dos pacientes.

La terapia ocupacional y recreativa, la aplicación de sistemas o métodos psicoterapéuticos y de rehabilitación tan humanos han permitido que en los enfermos mentales se desarrollen —o adquieran— hábitos de trabajo y fuerza de **voluntad consciente constructiva**. A todos los pacientes les proporcionan cubiertos para comer, herramientas de trabajo y otros objetos y cosas que siempre se les había prohibido usar y tener en sus manos. Y en los dieciocho meses transcurridos ni un caso de acción violenta se ha producido, nada grave ha tenido que lamentarse y se fortalece la corriente científica que se inclina a no aislar a los pacientes y a darles mayores responsabilidades.

El Hospital Granja de México cuenta con teatro, cocina, lavandería, talleres de zapatería, de herrería y carpintería, criadero de cerdos, establo y planta avícola. Y todas las instalaciones son cuidadas, atendidas y usadas por los internos que gozan absoluta libertad de acción.

Cuanto de bueno se inicie y se haga en el terreno científico-humano, en cualquier parte del mundo, los destacamos con sumo gusto, y nos alegra grandemente. A fuer de sinceros reconocemos que los procedimientos o tratamientos psiquiátricos practicados en aquel Hospital —y en otras instituciones asistenciales, preventivas y rehabilitatorias modernas que están funcionando y organizándose en el mismo territorio mexicano— enseñan los mejores métodos a seguir para ayudarnos y ayudar a otros semejantes a recuperar el bienestar emocional, físico y mental, el normal equilibrio de sus vidas hasta el grado que es posible en medio de la «sociedad» agresiva en la que vivimos.

Sin embargo, consideramos que ningún Estado

podrá atacar y vencer, definitivamente, a las enfermedades mentales ni a tantas otras enfermedades engendradas por el medio autoritario. Los hombres de ciencia, con los escasos recursos que se les facilita experimentan y prueban cuánto podría hacerse en bien de la salud mental del género humano rehabilitando a la mayoría de los pacientes en una sociedad que no los «fabricara». Salvar a unos cuantos pacientes que pueden recaer al volver al mismo medio «social» que los hizo enfermar no resuelve el problema.

En la República Mexicana, por ejemplo, hay, aproximadamente, treinta y cinco millones de habitantes. Y si según las estadísticas de la **Dirección de Neurología** una de cada veinte personas necesita asistencia psiquiátrica, significa que las necesitadas de tal tratamiento suman 1.750.000 —un millón setecientos cincuenta mil— personas. Además, en la Primera semana Nacional de Salud Mental, celebrada del 1 al 7 de octubre de 1962, el doctor Manuel Velasco, de la Secretaría de Salubridad y Asistencia de México, declaró que existen 495.000 —cuatrocientos noventa y cinco mil— personas con trastornos diversos. Por otra parte, uno de cada cien niños que nace presenta deficiencia mental. Y conste que en los Estados Unidos, en Asia y en Europa, a causa de las guerras y de los angustiosos períodos de las preguerras, tienen más enfermos mentales que en la República Mexicana. ...y más «delicuentes».

De todas las maneras es un deber social y moral de todos los seres humanos aprovechar los bienes científicos. Y las experiencias que comentamos señalan mucho de lo que deben y pueden hacer las familias en bien de sus respectivos miembros que corren peligro de sufrir —o de los que hayan empezado a padecer— enfermedades mentales si no los atienden oportuna y debidamente.

### VALOR DE LA PACIENCIA EN LOS PSIQUIATRAS

En todas las actividades humanas la paciencia tiene un valor inapreciable, pero más valiosa es en el campo de la Psiquiatría. Y hasta las personas que no son especialistas en esta materia y tienen allegados padeciendo enfermedades mentales, han de «armarse» de paciencia, con gran valor humano, si pretenden colaborar, eficazmente, a que en aquéllos despierten y predominen sus sanas y conscientes energías psíquica-mentales y decidan, por sí mismos, curarse encauzándolas adecuadamente.

Ya sabemos que conviene practicar con suma paciencia : que el paciente se desenvuelva en el ambiente más favorable a su caso o estado — que le daremos por bueno si no lo violenta, lo irrita y lo perturba —, con los medios y materiales que sea posible facilitarle para que pueda desarrollar sus actividades constructivas voluntarias. Es así como podrán estudiarse y acercarse a conocer sus reacciones psíquicas, su real estado mental, sus altas y bajas psicológicas positivas y negativas variables — en un mismo individuo y tan distintas, en muchos aspectos, a las de otro sujeto — que irán

aconsejando qué trato conviene darle en cada momento, sin descorazonarse jamás.

Los propios psicólogos y psiquiatras en Londres y en Los Angeles, particularmente, han puesto de relieve que tendrán que fortalecer más su voluntad positiva para no ser víctimas del desaliento que puede ocasionar un largo tratamiento psiquiátrico. No dejamos de reconocer que estos científicos se distinguen, generalmente hablando, por ser — o tener que serlo — personas con buena cultura, poseedoras de naturalezas privilegiadas. Pero aun las mujeres y los hombres que ejercen por vocación la Psiquiatría y la Psicología, al fin humanos, tienen debilidades y desfallecimientos como otros de sus semejantes aunque no tan pronunciados ni en tan gran número. Sin embargo, es preciso reducir el riesgo de abandonar un caso, a un enfermo mental, por descorazonamiento por difícil que se presente.

Al psiquiatra — y a la familia del paciente — ha de animarlo, en todo instante, el pensar que el simple y perseverante tratamiento inútil, añadido al científico más o menos acertado — nunca es completamente inútil, que siempre beneficia al caso aparentemente más desesperado. Paciencia, saber esperar y confiar que se producirá en el enfermo mental la reacción psicológica salvadora, inesperada..., o la más deseada y siempre esperada. Este principio psicoterapéutico ha de ser alentador para todos los psicólogos, médicos psiquiatras y para todos los seres humanos en general.

El desaliento ha de ser cosa extraña a la conducta científica — humana. Desalentarse, « descorazonarse », perder la paciencia un médico psiquiatra — o una familia — puede significar que un sujeto susceptible de curarse, en más o menos largo tiempo, quede condenado a ser un enfermo mental y acabe siendo un demente, entre dementes, hasta el fin de sus días. Ya hemos constatado qué ocurrió con el homosexual de Londres, universitario, y con los tres esquizofrénicos de Los Angeles. Todos se resolvieron bien por verdadera casualidad, gracias a las circunstancias venturosas que intervinieron.

El triple buen éxito, simultáneo, sucedido en los Estados Unidos, es el ejemplo más reciente, extraordinario y aleccionador digno de ser comentado por tratarse, además, de tres personas pertenecientes a distintas familias. A uno de estos enfermos mentales los psiquiatras lo consideraban caso perdido, irremediablemente, y de haberlo colocado, en seguida, entre los incurables hubieran sido, inconscientemente, responsables de fabricar un incurable más. Y de sus dos compañeros de sala, hombre y mujer, decían los médicos que « eran seguros candidatos a un largo confinamiento en el manicomio ». Lo sespecialistas manifestaron que « por lo general, los enfermos que atraviesan circunstancias similares siempre tienden a agravarse y que habían toda esperanza de devolverle la salud ».

« Uno de los sujetos — informan los psiquiatras — podría hacer daño a sus parientes o suicidarse ». ¿Por qué, preguntamos, era tan agresivo y mani-

festaba tendencias destructivas si, en realidad, no era tan grave su perturbación emocional y mental? Esto es lo que conviene se pregunten también millones de familias en todo el mundo que tienen en las mismas enfermos nerviosos o mentales. Como sus dos compañeros de sala estaba a un paso de obrar como otro cualquier sujeto normal. Falta que se decidiera o lo decidieran a darlo. Pudo ser salvado por los propios familiares alertados por los hechos y acciones poco normales que realizaba en la vida cotidiana. No comprendieron su conflicto psicológico y lo agravaron.

Acabamos de hacer una afirmación que la consideramos bien fundada. En el medio social y familiar, en particular, fué padeciendo más y más alteraciones emocionales que le hicieron perder la equilibrada armonía interna y externa, provocando su desajuste social que le impidió llevarse bien con los suyos y con los demás semejantes. Perturbado, no sabiendo ni pudiendo hallar mejores escapes mentales, el suyo lo encontró odiando a sus parientes. Estos, seguramente, observando su raro comportamiento, tiempo y más tiempo, en vez de tratar de averiguar qué produjo su extraño proceder, sus rarezas y extravagancias, para ayudarlo a recuperar la salud de la mente, lo reñirían y maltratarían, de palabra o de obra, o de ambas formas de castigo, violentándolo, amenazándolo continuamente con llevarlo al manicomio gritándole mil veces : « Allí tendrías que estar y no en casa ». Y le hicieron perder, momentáneamente — un corto tiempo que pudo ser más largo — el equilibrio mental.

Cuando por fin, a las buenas o a las malas, lo llevaron al hospital para no sufrir su presencia y sus arrebatos de cólera, cuántas veces el paciente gritaría sumamente irritado : « Me han traído aquí con los psiquiatras, como si fuera loco, y sin serlo me tienen entre locos, y eso que les decía que antes que dejarme encerrar en un manicomio haría una barbaridad : los mataría o me suicidaría. Malditos sean. Etc., etc. ».

Matar o suicidarse, o hacer ambas cosas, formaba parte del mismo conflicto psicológico del sujeto perturbado. Predominando en él la parte normal, buena, de su ser, dominaba sus impulsos agresivos, le impedía llevar a la práctica sus terribles amenazas frutuosas de su rencor irritado en grado superlativo. Comprensión y ayuda, y no amenazas y malos tratos es lo que necesitaba y necesitan todos los pacientes en su caso, en todos los casos. Se comprende que el encierro que sufría, injustamente, contra su voluntad, lo perturbaba más y más, desequilibrándolo, y obraba por espíritu de venganza o movido por el rencor, contra las disposiciones de sus familiares y de los médicos considerándolas absurdas y odiosas. Pero cuando éste y sus dos compañeros, es decir : los tres pacientes, advirtieron, alarmadísimos, que los psiquiatras, desalentados, considerándolos casos perdidos, se despreocupaban de ellos, entonces decidieron salvarse. Comprendieron, incluso, que los médicos, apenados por tan severamente graves los tenían, tan sin juicio, que consideraban inútil no-



# DE MI CALENDARIO

Montevideo, 26 de agosto (1960)

**M**UCHO me alegro, Campio Carpio, de la aparición de una obra suya después de largo lapso. Al ver el título, me acordé del libro recibido hace mucho, en Bucarest, de Georges Duhamel: «Geografía cordial de Europa». El suyo: «Radiografía cordial de América», no podía llevar otro título; corresponde al tema, a su estilo, a la cordialidad tan generosa con la que está tratando un problema amplio y siempre renovado. Ya he leído los primeros capítulos: América inspiradora de la utopía, Norteamérica la hermosa a los ojos del mundo, Eterna humanidad del porvenir... Todo va bien. Conoce a esta América —las tres Américas— hasta en sus entrañas, y yo aprenderé mucho, siguiendo la lectura. Aspectos, realidades en la doble proyección del pasado y del futuro, y nombres de autores que —lo confieso— ignoraba o he encontrado sólo de paso. Es verdad que no soy tan entusiasta en mis «Perspectivas culturales en Sudamérica». Quizás, porque he padecido mucho en mi Europa natal, y ando con prudencia, como los ancianos que han tropezado con demasiado escollos y desengaños. Pero la síntesis de estos libros, el suyo y el mío, resulta finalmente alentadora, mientras surjan precursores como aquellos evocados en sus páginas.

Le mando, a mi vez, un nuevo librito: «Literatura, Arte y Guerra», publicada en la colección uruguaya del «Congreso por la Libertad de la Cultura» (yo he dado vuelta a esta última fórmula, en el artículo: «Cultura de la Libertad»). He reunido en este librito los capítulos publicados en CENIT, de Toulouse. Los he escrito hace más de cuarenta años, al finalizar la Primera Guerra Mundial. He agregado sólo algunas notas, como la que concierne al ensayo: «Los hijos del Medio Siglo», de André Maurois, que confirma mis vaticinios sobre la evolución de los géneros literarios.

tificárselo. ¿Para qué? Ni siquiera podrían comprender —imaginaban los especialistas— que les interesaba colaborar a disminuir la gravedad de sus enfermedades mentales.

Los precitados pacientes demasiado entendieron qué pensaban los psiquiatras sobre sus casos respectivos. Advirtieron que por su resistencia a cooperar a su propia curación corrían peligro de quedar internados para siempre entre los incurables. Y en seguida abandonaron su amor propio enfermizo que trastornaba y enfermaba sus mentes. La esquizofrenia quedó, súbitamente, vencida. Dos de los pacientes quedaron como si jamás hubiesen tenido síntomas de tal enfermedad.

FLOREAL OCANA

(Continuará.)

Pero el fondo del problema es otro: Tantos escriben en América también, sobre literatura y arte, ignorando o menospreciando el factor guerra, que es el *summum* de todas las negaciones y desgracias humanas.

En cuanto a mis «Peregrinaciones Europeas», publicadas todas en «Doce Capitales», parece que el grueso tomo cayó, en estos pagos, como una piedra en el pozo del silencio. Algunos, usted también, pueden advertir el verdadero significado de estos testimonios y especialmente los mensajes que me confiaron los «Grandes Europeos». Mensajes proyectados en el porvenir. Por lo tanto, pueden esperar todavía. Nunca es tarde, para aquellos que quieren oírlos.

\*\*

29 de noviembre (1958)

Una estudiante de Filosofía y Letras de Buenos Aires —que traduce a veces del francés mis escritos— acompaña las copias de comentarios que expresan las preocupaciones de las jóvenes generaciones argentinas, de los mejores de su generación, por supuesto, en las turbias circunstancias políticas y sociales que rigen desde años en su país.

«... Verdad es que no está todo terminado aquí —escribe en una de sus cartas—, pero al menos cesó ya la exaltación de los primeros momentos, la lucha artera y la agresividad de hecho. Cayeron las máscaras, sabemos el alcance de los términos, se voltilizó ya el optimismo de muchos que creyeron en el triunfo fácil y rápido de la razón y de la verdad. El bien siempre vence, lo decimos a diario. Pero, ya las fuerzas se acaban y sólo resta la esperanza de un milagro. ¿Por qué esa sensación de derrota? ¿Por qué vencen la desunión y los odios, los tiranos que llegan al poder por la democracia y luego la sojuzgan? ¿Por qué triunfa lo que no nos viene a traer palabras de paz y amor más que en fórmulas estereotipadas y muertas hace ya mucho tiempo?... En fin, quizá, porque soy joven todavía, quiero alcanzar la meta demasiado pronto... No sé, pero me siento un poco derrotada, como si faltara la tierra firme y nadara en un espacio vacío sin saber bien cómo ni hacia donde. Si se le habla a la gente de paz, de confraternidad, ellos cierran sus mentes a nuestras palabras; si se les habla de un ideal, se ríen de nuestro «tonto» optimismo; si queremos realizar algo desinteresadamente, piensan que hemos perdido el juicio y finalmente nos miran con un dejo de conmiseración...»

El día siguiente recibí otra carta, también de Buenos Aires, de un estudiante de arquitectura, amigo fiel y generoso, que se expresa en el mismo sentido, pero en firmes y duras palabras: «En nuestro país se respira un clima moral que deja bastante que desear. La desilusión que trajo el mal gobierno, su política de comité, su desprecio por

los derechos y por los valores permanentes del hombre, a través de su escaso año de presidencia, gravitaron en el hombre medio, haciéndole ver el ideal en ese afán desmesurado de poder y riquezas; odian a Frondizi, pero le envidian. Digo a usted todo esto porque de veras me preocupa y me asquea. Hasta en la Universidad hay cátedras que huelen a podrido...»

Leo esas confesiones con cierta satisfacción, esperanzado, porque vislumbro en las mismas la voluntad de descubrir la verdad esencial, es decir, profundamente humana, en el caos social e ideológico de nuestro tiempo. A las preguntas formuladas con angustia y amargura, no puedo contestar siempre con extensas cartas, abrumado como estoy por mis trabajos de todos los días. Las respuestas se hallan más bien en algunos libros míos. Envío a mis jóvenes confidentes las últimas obras, señalando las páginas que corresponden a sus preocupaciones, convencido de que un libro sirve más que una carta escrita en horas de apremio o cansancio.

El libro, amigo silencioso, está siempre presente. Sobre la mesa de estudio o en el anaquel, paciente, olvidado a veces durante semanas y meses. Pero ofreciendo su **verdad viva** si manos de amigos, o de desconocidos hasta entonces indiferentes, lo abren para encontrar, sorpresivamente, lo que buscaban: un consejo, una iluminación, una solución o una meta que convierten al lector en compañero del autor, libremente asociado en la hueste invisible, pero real en su acción, de los «combatientes del Espiritu».

\*\*

5 de abril (1961)

El consuelo de los desconocidos, de los silenciosos, de los menospreciados o incomprendidos, de los fracasados o calumniados —en todos los dominios de la cultura, especialmente en literatura y artes— consiste en la esperanza y aun en el firme convencimiento del justo juicio y de la merecida consagración del porvenir. De un porvenir que ilumine las últimas horas del ocaso de una existencia atormentada, empeñada en la creación de valores ignoradas o despreciadas. El reconocimiento, y con eso el «éxito», llegan con frecuencia demasiado tarde. La posteridad rinde a la obra el homenaje esperado por su creador hasta el último aliento.

El mérito es el naufrago del alma:  
vivo se hunde, pero muerto flota.

Ya lo dijo Salvador Díaz Mirón, citado por un escritor mexicano, de regreso a su país después de una larga carrera de diplomático, en una alocución durante la «sesión-comida» que le ofreció el grupo literario provinciano «Bohemia Poblana». Sucede también que el reconocimiento, el éxito, la fama vienen al anhelante «desconocido» desde afuera. Nadie es profeta en su tierra... Más todavía: según el diplomático-escritor, no sólo nadie es profeta, sino nadie es poeta en su tierra. Y agrega que muchas glorias y famas han tenido que forjarse en el extranjero «y parece que la propia tierra está esperando que el reconocimiento de los méritos se haga por la crítica extraña, para

que de allí nos venga consagrado como ciertas mercancías que, utilizando nuestras materias primas, nos llegan prestigiadas por nombres y marcas exóticas» (Licenciado, Luis Sánchez Pontón).

Este reconocimiento en el extranjero antes que en su propio país, ha sido para Gabriel D'Annunzio —que, no obstante, gozaba de fama y éxito durante su agitada carrera literaria y política— como una «posteridad anticipada». Par otros, y estos son la mayoría, «las flores y los laureles han caído solamente sobre la tierra que cubrió sus despojos mortales». La injusticia cometida por los contemporáneos para con el autor, se vuelve justicia para con su obra, más tarde, a veces después de siglos, en el reino perenne, despejado de pasiones mezquinas y vanas, de la cultura. Esta es supranacional en su esencia, aun si las raíces se hunden en el terreno nacional.

Y para volver al dicho popular, de bíblica amargura: «nadie es profeta en su tierra», eso no tiene sentido para aquellos que piensan, sienten y obran como ciudadanos de la humanidad y **sub specie aeternitatis**. Para el sutil erudito Alfonso Reyes, al contrario, el fenómeno de la ingratitud o indiferencia de los contemporáneos es muy explicable. Una explicación apoyada en la psicología elemental, al nivel de la mentalidad gregaria: «Nadie —dice— se encuentra muy dispuesto a reconocer grandes méritos en aquellos hombres que conocimos en la infancia, con los que jugamos a las canicas o al «burro castigado» y al que, en ocasiones, pusimos nuestro puño sobre su nariz o sus ojos. Ese muchacho seguirá siendo para nosotros, el mismo que en la niñez o en la juventud y aún nos extrañará que para otros resulte un alto personaje, lo mismo que cuando a un amigo que conocimos pobre, nos lo hallamos de pronto convertido en millonario».

Sin embargo, no faltan aquellos que exclaman, orgullosos o justiceros, cuando el compañero de su niñez o de su mediocridad anónima y cotidiana, se convierte en un «alto personaje» en literatura, en artes o ciencias: ¡Yo también lo conocí!

\*\*

4 de abril.

No es tan fácil —y a veces resulta desastroso— navegar entre la Scila de izquierda y la Caribdis de derecha, en estos tiempos en que todo intelectual «bienpensante» cree que debe comprometerse en alguna parte: en un partido político, un grupo que proclama la misión salvadora de su «líder máximo», un movimiento llamado de liberación nacional o de justicia social. Estos intelectuales, movidos más bien por intereses inmediatos que por ideales que les parecen perdidos en lejanías, se olvidan de que la verdadera —si no la única— adhesión activa, la asociación más eficaz en sus formas solidaristas, es la de un individuo a otro. Asociación libremente aceptada, sin obligaciones ni sanciones «legales», renovada únicamente por la cooperación de todos los días, y cuyo fin, a la vez elemental y supremo, es la **humanización** de las relaciones entre los seres humanos.

EUGEN RELGIS

## ORIGEN Y META DE LA GRAN PROPIEDAD TRIGUERA DE ARAGON

**E**L origen de la gran propiedad triguera puede reducirse a seis distintas maneras de adquirirla :

1° Donación de reyes a sus cortesanos de espada o de tonsura en los tiempos de la Reconquista.

2° Compra de fincas extensas cuando éstas se pusieron en venta al llevarse a cabo la desamortización.

3° Herencia dejada por los dueños a la Iglesia o a ciertas congregaciones religiosas.

4° Compra judicial de las fincas por usura, valiéndose la usura de un préstamo leonino otorgado a los dueños y no pagado por éstos.

5° Redondeo de un monte por sucesivas gangas al comprarse fincas colindantes.

6° Robo a los pueblos de sus bienes comunales.

La Reconquista fué una verdadera lotería para los que la llevaron a cabo, valiéndose de circunstancias tan favorables como la cualidad hacendosa y pacífica de los musulmanes y su apego a las tareas de la agricultura.

El rey Jaime el Conquistador fué educado por los templarios. Esta orden, medio religiosa y medio militar, indujo al rey Jaime — apurado por sus acreedores judíos — a emprender guerras que en realidad no se hacían más que para beneficiar a los templarios.

A medida que se realizaba la Reconquista, el rey Jaime entregaba a los templarios las tierras obtenidas. En muchas ocasiones los mismos templarios costeaban las guerras. Puede afirmarse que éstas se hacían con dinero de los monjes del Temple y con dinero de los judíos. Cuando éstos últimos querían tener facilidades de vida, cuando querían contar con libertad de comercio y de rito, el rey Jaime les concedía ciertas franquicias que los reyes de armas llamaron después privilegios. La concesión se hacía a cambio de préstamos en dinero contante y sonante. Cuando las sinagogas eran objeto de escarnio por parte de los cristianos viejos, los judíos iban a quejarse al rey Jaime. Este hacía publicar una orden prohibiendo que penetrara en el recinto de las sinagogas la plebe cristiana y estatuyendo que sólo pudiera hacerlo el cristiano calificado como de buena fama, es decir, amigo de Jaime. Era incapaz el rey de entrar en el templo de los hebreos a hacer burla del ritual empleado por éstos para manejar a Jehová y para manejar a los acreedores.

Cada concesión de Jaime a los judíos era algo así como el reconocimiento de una deuda. El propio rey explica que tenía las rentas de Aragón y Cataluña empeñadas a judíos y sarracenos, quedándole

sólo disponibles 130 caballerías hambrientas. « No bastaban nuestras rentas para mantenernos un día », dice Jaime el Conquistador.

El señorío de los templarios sobre pueblos de cultivo triguero típico está detallado en el libro « Historia de Binaced », por Ignacio Español Muzás (Zaragoza, 1930).

Los templarios o sus sucesores feudales dominaron el término de Binaced por espacio de 602 años, desde 1217 a 1819. Sólo a templarios y sanjuanistas pagó impuestos, tributos y rentas el pueblo desde 1217 a 1648, o sea en 431 años consecutivos. A partir de 1648 los monjes limitaron sus exigencias fiscales para compartirlas con los monarcas y dominarlos, pero siguieron cobrando lo que pudieron, conservando el derecho de nombrar las autoridades de Binaced, así como las de sus dos pequeños agregados, Valcarca y Ripol.

Entregado por el rey Jaime el pueblo de Binaced y sus moradores a los frailes, tuvieron éstos alternativas de amistad y enemistad con Jaime y los sucedáneos, aunque nunca dejaron de ejercer el peor despotismo sobre aquel pueblo.

Cuando Jaime se cansó de sufrir la tutela de los templarios la reemplazó por la tutela de los judíos, pero llegó también a explotar a los judíos. El hijo del rey Jaime en agosto de 1307 expulsó a los hebreos pobres de Monzón a Alcolea de Cinca. En las Cortes reunidas en Monzón (1435) se marcó la decadencia de la raza de Israel al autorizarse como favor que los judíos pudieran pedir limosna. Se les autorizaba para pedir limosna y se dejaba en cueros vivos al resto de la población.

Binaced y su término tenían una tierra exclusivamente dedicada a monocultivo cerealista, y dentro de éste al trigo de secano. Siete siglos de régimen triguero acabaron con su vitalidad. Antes de la Reconquista, Binaced tenía una vida limitada al pastoreo y al cultivo de cereales en pequeña escala, excepto en la zona cinqueña de riego — muy pequeña — de Ripoll. Desde principios del actual siglo el término se riega con aguas del Canal de Aragón y Cataluña, pero hasta 1936 hubo régimen triguero decadente desde 1900 y mucho más desde 1918, cuando los nuevos caminos y el agua ahuyentaron a los caciques ricos recientes como Almuzara o títulos de abolengo tiznado como la casa Guaquí.

El régimen triguero de Binaced tuvo sus alternativas. En 1564 el Concejo del pueblo presta 56.000 sueldos jaqueses (cada sueldo valía aproximadamente un real) a los templarios, pero en 1567 el Concejo recibe 800 libras jaqueñas de préstamo otorgado por un tal Cervera Rohe (seguramente ju-

dío a juzgar por los apellidos). Estos hechos, ¿no explican las alternativas del régimen triguero de cosecha abundante por excepción, seguida de años de penuria? Cuando se amontona trigo se presta dinero a los templarios para que vayan a la guerra a otra parte, siendo la sequía pertinaz en periodos sucesivos la que exige ayuda del capital judío.

Es muy curioso que los judíos ricos fueran banqueros universales más que comerciantes con los productos de la agricultura y se dieran a exigir rentas elevadas. Las 800 libras jaquesas prestadas al Concejo Binaced le producían 800 sueldos anuales al hebreo Cervera Rohe. En 1728, o sea 161 años después de formalizado el préstamo, la heredera de Cervera Rohe, viuda de un tal Barahona (apellido éste también judío), rebajaba el capital a 120 libras jaquesas «por la invasión de las armas francesas y calamidades del tiempo, habiendo venido a menos todas las Universidades (quiere decir Concejos) fronteras del principado de Cataluña». ¡Cuántas calamidades debieron de pasar los labradores para que los prestamistas se decidieran a condonar 680 libras!

Si los judíos ricos eran usureros, había cristianos como el infanzón Francisco Mazas, que prestó 281 libras jaquesas al Concejo de Binaced en 1572, estipulándose un rédito de 500 sueldos jaqueses al año. El cristiano cobraba casi doble rédito que el judío.

Tan agobiado se veía el Concejo de Binaced, que fijó en 1574 a los labradores un impuesto llamado **quinceno**. Toda producción había de tributar por cada quince unidades (corderos o gavillas de trigo) una unidad. Este impuesto se invertía en amortizar deudas originadas por escasez de cosechas y era cobrado sin perjuicio de las otras pechas.

Como ocurre en las comarcas trigueras típicas, había en Binaced algunos cosecheros de trigo que ocultaban el grano para venderlo caro, gente que explotaba a jornaleros y pastores, consiguiendo atesorar moneda. Podemos ver una descripción de Binaced en cierto escrito procedente de 1585, cuando Felipe II hizo un viaje a Zaragoza, Barcelona y Valencia. Presidió Cortes de Monzón y Binefar. Felipe II llevaba lo que podríamos llamar su cronista de cámara. Mientras la guardia tudesca del rey acampaba por los pueblos inmediatos a Monzón (como Binaced, que está a 9 kilómetros), el cronista Hermenegildo Cork relataba el ambiente de siglo triguero, país triguero y rey triguero: «Es Binaced — escribe — un pueblo de cien casas. Abunda el pan. Este labrador en cuya casa estoy, con todas sus ganancias le quedan más de mil ducados al año y casi tiene miedo de hartarse de pan negro. Carne come una vez al mes. Maravillome, en verdad, de semejante casta de hombres tan inclinados a padecer. ¡Ojalá que algunos de nuestros compañeros fueran sus tesoreros para que saliese a luz la moneda que por tanto tiempo acarraeron!»

La abundancia era del labrador rico, pero se deja en el tintero Cork la descripción de la mala vida que llevaban los pecheros de la comarca. Sigue el cronista de casa y boca con la hueste real en dirección a Belver, «pueblo puesto hacia el ocaso del invierno» y perteneciente en 1585, con sus sesenta

vecinos, al Comendador de Salamera. (Se refiere a Chalamera, palabra que Cork, probablemente inglés, no sabía pronunciar ni escribir bien, más que a su manera). El Comendador era una especie de rey de bastos que dominaba la comarca desde el castillo de Chalamera, a orillas del Cinca, como el Comendador de Monzón desde otro castillo, aguas más arriba del mismo río, dominaba a Binaced, perteneciendo castillos y tierras desde el Pirineo a Amposta a los fraillazos de San Juan de Jerusalén, sucesores de los templarios en sus privilegios.

Binaced padeció el azote de la soldadesca de paso. La soldadesca se entregaba al bandidaje, a la violación y al asesinato. El fuero concedido a pueblos como Binaced para castigar a los merodeadores fué impugnado por los monjes de Monzón. Pero los diez pueblos de la Encomienda de Monzón — Binaced, Valcarca, Ripoll, Pueyo, Castejón del Puente, Alfántega, Ariéstolas, Cofita Binefar, y Alcort — se unieron contra el privilegio monacal de administrar justicia. Apelaron a Roma y a la sede de los sanjuanistas — Malta —, yendo una comisión de Binaced a parlamentar. Los sanjuanistas ganaron el pleito.

En 1592 un prestamista apellidado Barber (seguramente judío por el apellido) prestó 10.000 sueldos jaqueses a Binaced, pagándose 500 anuales de interés. Las condiciones impuestas a Binaced, Valcarca y Ripoll por Barber eran draconianas. Se gravan, según escritura de préstamo, por manifestación expresa, los pueblos dichos «con términos, montes, yerbas, aguas, leñas, casas, huertos, edificios, viñas, dehesas, tornos, molinos, carnicerías, mesones, olivares, campos, sotos y propiedades, ganados gruesos y menudos, frutos, rentas, derechos y emolumentos sobre otras posesiones, con todos los muebles e inmuebles de cualquier naturaleza y especie que sean, tanto del Concejo como de particulares vecinos de los tres pueblos. Pero todavía hay más, pues se gravan las mismas personas de los tres pueblos, hasta el extremo que podían ser presas y encarceladas si salían del término antes de pagar la deuda».

En la guerra de Sucesión las tropas de ocupación segaron el trigo verde para piensos. Impusieron, además, el apartamiento del cultivo, haciendo que las caballerías de labor se dedicaran a bagajería. Todos los habitantes tuvieron que emigrar, abandonando campos y casas, pues la soldadesca les robó hasta los clavos.

Desde 1681 pagó Binaced las siguientes cargas extraordinarias. Copiamos la lista con todos sus requisitos y tratamientos, tal como se otorgó en la obligación reconocida con fe notarial:

1. A los Hermanos del Colegio de la Compañía de Jesús, de Zaragoza.
2. Al Beneficio de San Juan Evangelista, de Barbastro.
3. A los Beneficiados y Capítulo de Fonz.
4. A la iglesia de Barbastro.
5. A la Iglesia Colegial de Albelda.
6. Al Convento de Santa Catalina, Orden de Santa Clara, de Zaragoza.
7. A los Racioneros y Capítulo de la Iglesia de Binefar.

8. A los Caballeros del Hábito de Santiago, de Valencia.
9. A los Racioneros y Capitulo de la Iglesia de Monzón.
10. A la Cofradía de los Angeles, de Zaragoza.
11. Al Monasterio de Santa Engracia, de Zaragoza.
12. Al Monasterio de Nuestra Señora de Aula Dei (Cartuja), de Zaragoza.
13. A la Iglesia Metropolitana César Augusta (Zaragoza).
14. Al Convento de Sijena.
15. Al Colegio de San Alberto, de Carmelitas Descalzos, de Huesca.
16. A la Iglesia Colegial de Santa María la Mayor, de Tamarite.
17. A la Capellania de Alfántiga.
18. Al Capitulo de Mayordomos y Cofrades de los Angeles, de Zaragoza.
19. A la Catedral de Zaragoza.
20. A la Santa Metropolitana César Augusta del Pilar (Zaragoza).
21. Al Cabildo César Augustano (Zaragoza).
22. A la Iglesia Parroquial de Binaced.
23. A la Parroquia de la Villa de Berbegal.

Todavía no están comprendidas las pensiones o intereses que se satisfacían a los particulares como réditos de préstamos contraídos por el Concejo para atender a las innumerables cargas del Tesoro público. A la Castellania de Amposta se entregaba el producto del arrendamiento de hierbas, más la participación en otros ingresos de propios, censos y pago de aguas.

En 1767 se crearon algunos Pósitos en la comarca — uno especialmente en Alcubierre — pero no hay noticia de que se creara en Binaced.

Por cédula de Carlos III se prohibió el subarriendo de tierras. Los labradores ricos cultivaban las parcelas y valles mejores « y procedían a subarrendar los trozos malos a los infelices ». Esta fué la causa de redondearse patrimonios grandes a costa del trabajo productivo de las mejores tierras. En toda zona triguera las mejores tierras son los valles, porque conservan la humedad y quedan al resguardo del viento.

Los facultativos, artesanos y oficiales cobraban en trigo toda o la mayor parte de la consignación. Por desgracia, la plaga de la langosta cobraba también en trigo. Véase lo que se cuenta en un acta de la sesión del Ayuntamiento del 23 de julio de 1872 :

«En primavera y verano estuvo invadido este término por una gran plaga de langosta, pantingana y galapattillo, llegándose a coger en poco tiempo 284 fanegas, 6 almudes de la primera (unos sacos grandes), la que fué enterrada en el suelo empleando el procedimiento de reducirla con abundancia de personal a pequeños círculos, matándola con fuertes golpes dados con correas de cuero atadas al extremo de un palo. Con objeto de aminorar dicha plaga, tuvieron necesidad de llevar a los campos más infectados, para que se alimentaran, pavos, gallinas y ganado de cerda, teniendo especial cuidado de darles abundante agua para beber, en evitación de que los pudiese matar el exceso de comida. Tam-

bién se pagaba la recogida por almudes, regulando ésta que nadie pudiera cobrar más de lo que suponía un jornal. Fueron empleados para ello muchísimos jornales. »

El trigo valía entonces cuatro reales fanega (unos diez kilos tiene la fanega de la comarca), resultando a 10 céntimos kilo. Este era el precio de venta del cosechero pobre al acaparador, que comercializaba la mercancía. Como el tabernero, que además de especular con el vino la maleaba. En 1805 se prohibió al tabernero que vendiera vino « por venderlo malo, pernicioso y dañador de la salud ». No había vino en el país, habiendo tierra abundante y apropiada para viña.

Se impuso a principio de siglo el pago de diezmos y primicias. En los años de sequía se bebía agua de balsa, subiéndola del Cinca en caso de mayor apuro. El Cinca está a unos ocho kilómetros de Binaced.

La guerra de Napoleón despobló Binaced, que había ido poblándose lentamente después de la guerra de Sucesión. De 250 familias quedó reducido el vecindario a 52 familias. El barrio lejano de Ripol fué saqueado y destruido por completo. El promedio normal de defunciones era de 37 por año y durante la guerra de 60, muriendo por hambre el excedente sobre la cifra normal, que también moría de hambre acumulada. No se cuentan los muertos en la guerra ni los ahorcados por la soldadesca de Napoleón.

¿A qué seguir inventariando desastres? En 1919 hubo una invasión de langosta. Llegaba de los montes trigueros de Farlete y Monegrillo. Los fascistas en 1938 invadieron Binaced procedentes de los mismos lugares. Binaced fué un término triguero típico. La propiedad se iba concentrando en manos de labradores que subarrendaban tierra mala y cultivaban a jornal tierra buena, como acumulaban propiedad los usureros prestamistas. Los cultivadores del estado llano tenían que emigrar, morían de hambre o sucumbían de sed aplastados por nubes de langosta, nubes de ensotados o por grupos armados, con impunidad absoluta para robar y matar.

En el término de Binaced existe un coto o monte redondo, Casasnovas, que perteneció a los templarios hasta 1311. Fué precisamente en aquel año cuando una bula de Clemente V disolvió la comunidad; pero no tardó en aparecer otra comunidad, la de sanjuanistas, formada por los templarios con nuevos collares y nueva impunidad. En 1317 se fundó la aglomeración sanjuanista o donjuanista con los mismos derechos que los templarios tenían antes. Los sanjuanistas se apoderaron del monte.

Este era típicamente triguero también y fué vendido por 7.000 florines de Aragón (menos de 20.000 pesetas en moneda actual) a Martina Pedro Lozano. Al morir ésta volvió el monte a los sanjuanistas, quienes alimentaron a la propietaria mientras vivió con medula de tuétano de buey, y no tuvieron que hacer más para entrar en pleno dominio de aquellas tierras. La superficie total pasa de 3.000 hectáreas. Por seis pesetas hectárea hizo la compra Martina Pedro Lozano. La cotización comercial de la hectárea, sin mejoras en la tierra, en

1900, antes de ser regada por el Canal de Aragón y Cataluña, era de 100 pesetas.

Los sanjuanistas disfrutaron del monte hasta que terminaron las guerras de Napoleón. Fernando VII repartió las posesiones de los sanjuanistas y regaló Casasnovas al infante Francisco de Paula Antonio en mayo de 1810, con aprobación del jerarca de Roma. Cuando murió el infante en 1865, pasó Casasnovas a ser propiedad del Estado por estar comprendido en las leyes desamortizadoras de 1855 y años siguientes. Y al venderlo el Estado quedó adjudicado al conde de Guaqui, cuya familia lo ha poseído hasta fecha reciente.

Reyes, infantes, condes, papas, frailes y beatas han causado en aquel monte más daño que las malas nubes de granizo y langosta. Todos aquellos parásitos iban cediéndose unos a otros los derechos que no tenían. Disfrutaban del apoyo del Estado y eran compadres de los propietarios indígenas. Entre todos saqueaban las casas de los labradores. Era un régimen triguero propiamente dicho, exclusivista, apegado a la rutina. Cuando el monte se regó con agua de canal, prácticamente desapareció la propiedad. Al desaparecer la propiedad aparece el arbolado, se construyen caminos y viviendas, se nivela la tierra, se deseca, se extrae el salitre y empieza a utilizarse la máquina. Los labradores de las tierras rescatadas dejaron de abonar rentas. Todo lo que se produce al margen de este fenómeno de negación de renta es secundario: Reformas agrarias, parcelación o cultivo en común, titular con corona condal o gorro frigio y cambios de régimen político.

Hemos visto el origen de la propiedad triguera por donación real. Vamos a analizar el régimen de la propiedad por compra de fondos extensos — trigueros también — del Estado:

La desamortización no fué más que un robo. La propiedad vendida por los que no eran dueños de ella se tasaba por burócratas complacientes. Hubo montes cuya renta de un año agrícola amortizó el capital desembolsado por el comprador. Todos los cazagangas de España compraron entonces cotos de caza, tierras labrantías y grandes superficies destinadas a pastos de ganado lanar. Los pueblos quedaban despojados por el Estado, que vendía un término entero o un monte al mejor postor, dándole facilidades de pago, en realidad regalándole la finca con todos los derechos imaginables y exigiendo por mero convencionalismo un puñado de calderilla. Si las grandes fincas se entregan entonces a los cultivadores, el atraso de España no hubiera tenido continuidad. Los pueblos vivían en estado de perpetua pereza con pobreza de voluntad mucho más grave que la pobreza de bolsillo. El mismo régimen colonial impuesto en Cuba se imponía en España.

Los oficinistas a sueldo de la propiedad y del Estado consumaban las mayores tropelías. Llamaban a cuatro viejos del pueblo y les hacían renunciar, por un vaso de vino, en nombre del vecindario a antiguos derechos de cultivo sin renta. Esto se llamaba expediente posesorio. Los viejos firmaban — o firmaba un chupatintas a su ruego — y las leyes apoyaban el despojo. Los antiguos derechos de

hacer leña de mata baja en los montes y apacentar en verano pequeños rebaños quedaban abolidos. Con las servidumbres de paso se hacía tabla rasa. Los baldíos se vendían por cuatro cuartos. El labrador sin pequeñas o grandes parcelas propias no tenía más remedio que ser siervo. Para apropiarse un baldío bastaba hacer firmar a unos testaferros que cualquier cacique había ejercido sobre el baldío actos de dominio.

Las herencias y mandas a conventos, cabildos y colegiatas llevaban nombres rancieros de patronato y de capellanía, nombres que oían a incienso de entierro, a cirio de funeral y a mugre. Las colonias establecidas por la propiedad tonsurada en grandes fincas de riego reciente fueron las primeras en prescindir de la rutina triguera, empleando la negación de renta como táctica de lucha. En la época de Primo de Rivera los curiales se pusieron de parte de la propiedad ensotanada y persiguieron a los labradores que no pagaban. La sacrosanta España del tricordio los encarceló y nada consiguió. La negación de renta pudo más que todo.

La propiedad comprada como ganga y procedente de ejecuciones por falta de pago de hipotecas forma un apartado muy importante del régimen triguero, y también ha tenido un final desastroso para los propietarios que contaron anticipadamente con ganar millones. Lo que hicieron fue perderlos, tanto si hacían emplear maquinaria moderna como arados romanos.

El redondeo de montes trigueros por fácil compra de fincas colindantes fracasó a pesar de artimañas cociquiles, amenazas, soborno de burócratas por ricachones de pueblo y leyes protectoras de la riqueza estampillada. Los labradores se defendieron no pagando rentas y dosificando el trabajo. Por otra parte, el feudalismo triguero es prácticamente insostenible cuando la finca grande se pone en riego y cuando, aun sin éste, los labradores no viven ya sometidos al terruño ni a las trapazas de la propiedad de la curia y del Registro.

El robo de los bienes comunales fue tan evidente, que no había un solo pueblo sin «campo común» irredento hasta que tronó la guerra de 1914-18.

Los caminos, los riegos, las plantaciones, la expansión del régimen húmedo, el empleo de máquinas en común, la aparición de la Colectividad, el artesanado, la parcelación a base de no emplear jornaleros y, sobre todo, la negación de renta y dosificación de trabajo, dieron al traste con el cerealismo señorial. Quedaban aún extensas zonas sin redimir. Sobre todo en Aragón, Castilla y Andalucía, los tres focos del absolutismo fascistas. No sería difícil probar que el fascismo pudo imponerse en las regiones trigueras de España el 18 de julio y semanas sucesivas. Casi toda la gran propiedad triguera tiene su sede alrededor de núcleos urbanos de guarnición densa: Valladolid, Burgos, Sevilla, Zaragoza. Y también en perímetros esencialmente ganaderos: Navarra y Galicia. La riqueza ganadera y la cerealista tenían vástagos privilegiados en las legiones militares profesionales. Una plétora de hipotecas, cuyo vencimiento demoraban los prestamistas a condición de colaborar los en-

trampados en la política triguera de Gil Robles y personajes afines, era el fenómeno más señalado de los programas agrarios.

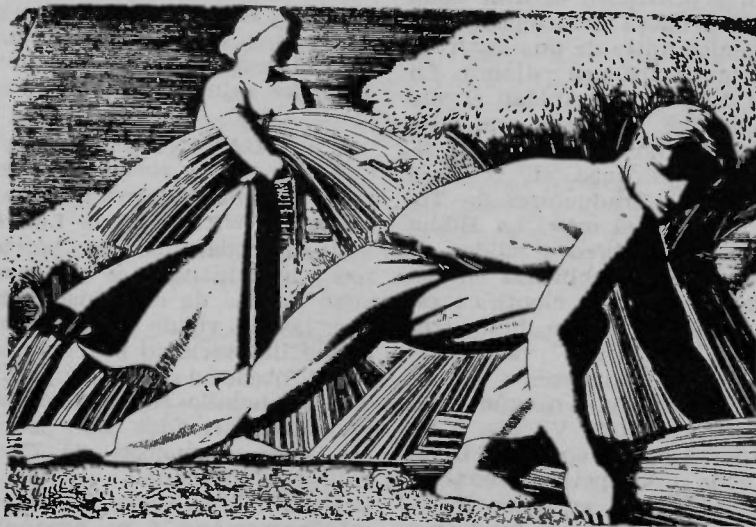
No es cierto que la aristocracia territorial viviera en pugna con la industrial, como afirmaron en España marxistas ortodoxos y marxistas heterodoxos. La burguesía industrial no existió en España más que en proporción limitada. Cambó, capitán de industria, quería que hubiera triple producción agrícola para que hubiera triple mercado interior. Gobernó Cambó con Alba porque Cambó era de procedencia rural y Alba lo mismo. Cambó, como el Vaticano y los propietarios en quiebra, quería parcelar los patrimonios grandes y crear enjambres de pequeños propietarios. Esto mismo quería Alba, que no representaba intereses trigueros, sino caciquismo político, que igual se daba en los distritos industriales y con las mismas características. Cambó era abogado de la industria rural y de la Banca rural sin reservas ni capital. Alba lo era de la riqueza rural entrampada y cosida de deudas. Aquí no había el precedente manchesteriano que el marxismo inventa para justificar las invenciones del profeta. Cambó no tenía primeras

materias asequibles ni los fabricantes inteligentes eran amigos de Cambó, magnate de saldistas y comisionistas. Y respecto a Alba, podemos decir que no le importaba proteger el trigo, ya que éste, protegido o no, era escaso y se comercializaba rápidamente cuando terminada la siembra los labradores se quedaban sin él y habían de recuperarlo pagando usura escandalosa. Esta usura era de Cambó y de Alba.

Por mucho que ganara un acaparador pueblerino al vender la masa de trigo acumulada a los harineros o a almacenistas de capital grande, nunca ganaba tanto como en el pueblo mismo sacrificando a los labradores de manera que no podía exigir el acaparador al comercio. Los usureros se aprovecharon de los años malos para comprar fincas a precio misero y para prestar cantidades pequeñas con retroventa automática, haciéndose titulares de buenos campos. De estas maniobras nació la pequeña y media propiedad indígena.

F. ALAIZ

(Capítulo VIII de la obra inédita *El trigo.*)



## TAN POCA DIFERENCIA HAY

«Al anochecer, Leonardo marcha lentamente en busca de un rostro por las calles concurridas de Milán. Está en pleno apogeo. Hace ya años que busca el modelo que encarna Judas en la «Cena», inmenso cuadro que concluye en el refectorio del convento de Dominicanos de Santa Maria della Grazie.

Ninguna faz humana de las que ha visto le ha parecido apropiada para encarnar el traidor.

De repente, a unos pasos de distancia, un hombre arrojado fuera de una taberna, faz hirsuta, labios caídos, ojos hinchados, de expresión granuja, se desploma.

—Ahi lo tengo, exclama de Vinci. Se acerca

al hombre y le dice: ¿Quieres servir de modelo para el Judas?

Apoyado sobre el codo, el vagabundo se levanta y mira al pintor:

—No, dice, no quiero.

—Te pagaré, insiste De Vinci.

—No.

—Muy caro.

—No.

—El doble, el triple de lo que vale.

—No, repite todavía el hombre.

—Pero, vamos a ver, ¿por qué?

—Hace quince años te servi de modelo para Cristo.»

LEONARDO DE VINCI

# Maestría de España

Plumearé en estilo de telegrama, reduciendo a píldoras verdaderos globos de material de controversia, para no reventar la capacidad de atención de los lectores.

## CICLO DE LAS CIENCIAS

L
 A historia de la cultura latina no se puede escribir prescindiendo de los geógrafos, los gramáticos, los agrónomos, los historiadores y los filósofos. Séneca es el Sócrates del Lacio; y un gran escritor, además, que no fue Sócrates. La primera Universidad de que se tiene noticia la fundó Sertorio en Huesca. Ni en Roma había entonces Universidad. En esos remotos tiempos no sabía leer y escribir absolutamente nadie en Francia, en Inglaterra y en Alemania. Ninguno de estos países dió a la Latinidad un solo sabio. Lo propio ocurre en la Alta Edad Media, cuando escribe la primera Enciclopedia Isidoro de Sevilla, quince siglos antes de que los franceses supieran lo que significaba esa palabra. La segunda Enciclopedia la da a la Humanidad el mallorquín Raimundo Lulio. Los maestros españoles de raza semita — árabes y judíos — enseñan la filosofía griega y civilizan a Europa en la Baja Edad Media. A la Escuela de Traductores de Toledo acuden estudiosos de todo el orbe. La Biblia Políglota — en latín, griego, hebreo y caldeo — sólo había lingüistas capaces de publicarla en España. América es un descubrimiento científico español. Y el Quijote, la Celestina y Don Juan, tres continentes morales. El humanista valenciano Juan Luis Vives, maestro de holandeses y de ingleses, no es inferior a Erasmo y a ningún gran italiano del Renacimiento. Francisco Vitoria, y no Grocio, regala al salvajismo de su época el Derecho internacional. Y doña Concepción Arenal el Derecho penitenciario. La Mística es hispana toda. Y la mitad de las ciencias teológicas también: Soto, Suárez, Melchor Cano, etc. En « La Incógnita del Hombre », el profesor francés Carrel, del Instituto Rockefeller, dedica a la teoría de las neuronas de Cajal un capítulo entero. Y ni en Occidente ni en la Meca hay hoy dos arabistas como los aragoneses Codera y Asín.

## AREA DE LA CULTURA COMUN

No ha nacido ninguna pintura europea que no tenga que hablar con el sombrero en la mano a la española; incluso en nuestros días a Pablo Picasso, quien con Machado, Lorca, Casals y Falla, son en su respectiva especialidad las cumbres más altas de esas geografías. Desde el gótico, ninguna arquitectura es comparable a nuestro sublime barroco. Nuestra imaginería se las puede tener tiesas, por la línea, con la escultura clásica; y por el dramatismo con Miguel Angel. Y nada digamos de

nuestros ceramistas, plateros, bordadores, mueblistas, repujadores y mejiseros. El teatro español tan grandioso y emocionalmente hablando como el de Esquilo, Corneille y Shakespeare, los supera a todos ellos en sustancia social. No conozco ningún prosista de la miga y la medula de Gracián, en las letras universales. Ni ningún pedagogo, mártir de su enseñanza, como Ferrer, salvo el que bebió la cicuta. Las primeras bibliotecas públicas que mencionan las crónicas, las abrieron en Córdoba los árabes españoles. Recordaremos de paso que las culturas árabe y hebrea, que florecieron en nuestro país, no eran exóticas, sino autóctonas. El Oriente no dió a Israel un Maimónides, ni al Islam un Averroes. Con los sistemas de irrigación iberos, sólo se pueden emparejar los modernos del Nilo y los antiguos de Mesopotamia (véase Reclus). Cuando la barbarie católica entró con San Fernando en Sevilla, cerró 900 casas de baños públicas. Por esos días no se lavaba nadie en Europa la cara, más que con saliva o cuando llovía a cántaros. El revés de la cara no se lo ponían en remojo ni las reinas.

## GANANCIAS DE LA LIBERTAD

La 1.ª guerra agrosocial de los anales humanos surge con Viriato en la Lusitania celtibérica (Aragón), despedazando una porción de legiones romanas y anticipándose a Espartaco dos centurias. Las siete formas de comunismo hasta hoy descascaradas, las ha vivido España secularmente. El comunismo libertario lo practicaron los vacceos. Nunca se ha obedecido allá abajo ninguna ley más que con el cuchillo en la carótida. Las insurrecciones populares armadas han sido continuas: Unión aragonesa, remensas de Cataluña, hermandinos gallegos, germanías valencianas, comuneros de Castilla, Mano-Negra de Jerez. La Inquisición es católicorromana y no española. Los césares españoles fueron franco-germanos. Las constituciones políticas las inventamos nosotros (Privilegio General de Aragón). Y a los futuros estatutos anárquicos se adelantaron en un milenio nuestros Fueros Municipales. Los documentos históricos más selectos, en que se habla del Jurado, son nuestro Fuero Juzgo, el Fuero de Toledo de 1222 y las Ordenanzas Municipales de la ciudad de Teruel. Los parlamentos los ideamos los hispanos y no los ingleses. En 914 se reunían ya Cortes en León. Y un siglo después, comparece la representación popular y femenina en la Dieta aragonesa de Borja. La garantía individual de más canas no es el « Habeas Corpus » arrancado por los barones de Albión a Juan sin Tierra, sino el derecho de amparo o manifestación ejercido por los Justicias de Zaragoza. El Derecho Privado lo formuló Roma. Pero, el Público, antiguo y moderno es hijo del genio jurídico de Aragón. Y en la rama civil del De-



recho nada tienen que envidiar a los Códigos justiniáneos « Las Partidas » de Alfonso X. La revolución española del 36 empujó al mundo, a la vida y a la historia mucho más adelante que la francesa.

### ANGEL SAMBLANCAT

No estará de más añadir a este trabajo de Samblancat unas consideraciones de complemento. Las afirmaciones de Samblancat no atañen a ninguna variante de patriotismo. En realidad reflejan lo que el pensamiento español tenía de universalista.

La picaresca española fué una reacción popular contra las normas rígidas de la preceptiva que según los críticos solventes paralizó el genio de los seguidores de reglas. La mística española fué heterodoxa respecto al dogma. El arcipreste de Hita es un crítico inigualado del vicio conventual. La literatura ascética no tiene mejores cultivadores que la moral sin cogulla. Y todo esto es español por el área geográfica donde se produjo y porque tenía un ambiente favorable, del que brotaba la iniciativa.

Hay quien tiene la obsesión de que España es un desierto. Pero en España había más riqueza acumulada que en ningún otro paraje del mundo de igual área. ¿Quién produjo esa riqueza? Si se consultan las estadísticas ministeriales, resultará que el cúmulo de riqueza producida fué obra de Cambó, Romanones y Comillas. La masa de riqueza se había acumulado paralelamente a la pobreza general, que estaba, mucho antes de 1936, en camino de ser remediada, en efectiva generalización y en efectiva expansión.

Como en pocas zonas del mundo, este fenómeno de expansión se daba en España con acusados caracteres. En

Francia circulaba más dinero que en España, pero este dinero quedaba constantemente sangrado por inversiones improductivas — guerra, burocracia, ahorro muerto, objetos suntuarios —, mientras que en España hasta julio del 36, la circulación de productos ajenos al comercio, es decir, el intercambio de productos a consumir directamente, la masa desligada del centralismo acaparador, crecía en sentido geométrico a medida que la resistencia obrera desvalorizaba la propiedad como tal y reemplazaba a la moneda por la creciente abundancia de productos de calidad mejorada no sometidos a factura de almacén y consumidos sin intermediarios.

En España, la burguesía suntuaria, la del ahorro a costa ajena, iba sufriendo el bloqueo imponente de los productores. Según las estadísticas del Banco Hipotecario, lo que esta entidad reconocía salido de su caja para atender a préstamos solicitados por la propiedad territorial equivalía aproximadamente a la mitad del valor comercial de toda la propiedad de España, sin que los préstamos del Banco tuvieran inversión en mejoras de la tierra, sino en gastos particulares suntuarios por el déficit de los balances de la agricultura de empresa.

Mientras la tierra quedaba grabada como propiedad, quedaba ensanchada la producción, no aprovechada ya ésta por los dueños sino por los colonos y jornaleros expropiadores en realidad. Que un solo pueblo expropiara 2.000 hectáreas de tierra puesta en riego y plantara un millón de olivos y cinco o seis millones de vides, que este fenómeno extraordinario se diera con generalidad, dice más que todos los sofismas y que todos los alaridos patrióticos.

No somos patriotas. Ni queremos que nadie nos tome por cazurros precisamente cuando hemos dejado de serlo desvalorizando el dinero y la propiedad que en todo el mundo siguen siendo grilletes de los trabajadores. — F. L.

## Anda, España

Abre a la luz tus ojos delirantes  
madre amorfa y sin nombre definida.  
Vomita el tóxico que dió a tu herida  
un canceroso aspecto de diamantes.

Cierra a la luz tus labios lacerantes  
hastados de tu suerte fementida;  
del horrible temor suelta la brida  
y escapa del tugurio de tunantes.

¡Vuela, si en el resquicio de la aurora  
te dejan, por azar, feble respiro,  
segura que tus alas se abrirán  
buscando el medio día que el sol dora!

¡Prepara bien tu pecho, que un suspiro  
puede ser el principio de tu afán!

Abarrátegui



# Bajo el arco del cielo

## I

**E**N esta territorial circunferencia sin límites reside un bombachudo porteño, que usted conocerá, si le digo que su estatura física, con todos los ingredientes químicos, no roza las nubes. Es algo más bajo que el Obelisco, pues mide ciento setenta centímetros lineales y arrastra consigo un volumen inferior a trescientos centímetros cúbicos, incluido el rezago de su humanidad. Las primeras letras de sus nombres y apellido tienen una sola vocal y tres consonantes, pudiendo parecerse al simbólico y denigrante apelativo que la aborrecible chusma romana aplicó al piadoso nazareno, presentándole en carnaval a la vergüenza pública con la cómica marca de hierro: Yexus Nazarenus Rex Indeorum. «Ahí tenéis al Rey de los Judios».

Este hombre que tenemos sobre el asador, ya reside en la tierra desde hace más años que el piadoso hermano del alma, crucificado en el monte Calvario, y al que le unen muy lejanos vínculos de parentesco. Solamente están identificados por el agudo despertar de una gitanería andante que los sacude y escupe de pueblo en aldea, en un tranquilo paso lento a través de los campos y desiertos o bajo el protector olivar, la parra ebúrnea, el sauce llorón o el arisco serrucho de la paja brava. Porque el suelo de la judería tiene el mismo encanto poético que esta semipampa arenosa, patria del cardo y el caldén y verde pastizal donde balan propietarios de largo vellón, mugen becerros en procura de la rebotante ubre y relinchan tropillas de solipedos que, a lo largo de los siglos, arrancaron conmovedores y bucólicas estrofas a Pindaro, Horacio, Virgilio y Grenn Junqueiro.

Aquí se dan la mano estos dos ejemplares de la fauna civilizada. Porque mientras el judío erró por los estrechos senderos de Jetsemani y del Líbano, absorbía cuanto le decían el rumor de los vientos meciando la cúspide de los álamos, los cedros y el canto de los pájaros. El hijo de Belén no ha tenido otra escuela. Puesto de pie en un mundo de perdición, su espíritu andariego le impidió conocer el universo de la belleza y saber de los griegos, sus vecinos mar por medio que, con sus trirremes, habían roto el horizonte de la geografía. Este deambular del crucificado sobre arenas y pedruscos, lejos de las babilonias, despreocupado de los sentimientos familiares que le ataran con cadena a los afectos íntimos, le hicieron hombre, exento de prejuicios y proporcionaron levadura para el caldo de la libertad.

En este vagabundaje, el joven lampiño color de aceituna y largos cabellos que dan fe su despre-



ocupación por el atuendo personal, que no se bañaba por temor a lastimar el agua de los remansos, fue un número olvidado de aquellas tribus de mercaderes y filesteos que se mordían por cuestiones materiales. Los negocios le fueron bien en tanto no se acercó a las urbes para ver los estandartes de guerra y la morralla compuesta por los sicarios que Roma puso sobre la tierra judía para apalearlos a todos. Allí encontró su perdición, arrollado por el desecho ciudadano, complicado en tremendos problemas de dudosa moral y brutalmente zambullido en el mar de pasiones desencadenadas. Ignorante de la astucia diplomática, víctima del fácil engaño cayó en la trampa de la verdad sofisticada que levantaba monumentos a la adulación, a las mujeres que olían a perfume barato y al servilismo a los poderosos. Que fueron tirando de la lengua y su verdad salió pausada y tranquila de los labios, con claridad de vertiente cristalina. Era lo que aquella fauna hambrienta esperaba para acusarlo con el dedo ante los sirvientes y lacayos del imperio y darles el placer del circo. Pero, juzgándolo como pobre figura descarriada, descalza y desharapada casi, sin antecedentes ni recomendaciones, fue catalogado como un demente indigno de pisar el coliseo para batirse con gladiadores esclavos. Y de ahí que se eligiera la cruz para un suplicio de pobres que ofreciera espectáculo condigno a la morbidez encanallada que se retorcia bajo el látigo de Herodes, lacayo de los césares.

## II

Pero este hombre argentino con quien dialogamos, es un pensador, graduado por la Universidad, que se enrosca en la complejidad de conocimientos históricos. Trata de justificar su temperamento romántico que le viene de los vikingos con un lastre de muchos siglos. Eran tribus salvajes del rubio norte europeo, tan grandes amantes de las mujeres bonitas que raptaban para desposarlas igual que comedores de carne cruda. Y no abjura de su aristocrático ascendiente, aunque tal revoltijo celular, como la naturaleza metió como en la alforja dentro de su caparazón exterior, le está ocasionando, con su belicosidad, bastantes dolores de cabeza para mantenerlas a raya.

Con esa carpeta de antecedentes bien se advierte que ambula por la ciudad como un extraño, aunque legítimo y auténtico representante de la escala zoológica, con deseos grandes de lanzarse al campo para hablar a sus anchas con el hombre que lleva dentro. En la ciudad nadie se entiende. Aquí, la palabra muere apachurrada sobre el asfalto, entre el ruido de las bocinas y las ruedas de camiones y carromatos o calcinada por el calor, embadurnada con el negro humo de chimeneas. Por ello que la gente no puede tener una idea original ni destacarse en alguna función de provecho, desprovista como está de esta facultad de expresarse con cordura, de transmitir al interlocutor un pensamiento. Las gentes gritan, se manosean y refunden en gesticulaciones extemporáneas de grueso calibre, en interjecciones soeces, salpicadas con ácidos químicos y salpimentadas con el gusto lacerante de las más variadas especies vegetales.

Igual que el hijo del carpintero, aunque porteño de nacimiento, se considera provinciano. Y con esa parsimonia solemne de los grandes acontecimientos, busca refugio en el silencio, tratando de salvar las barreras de la vulgaridad que obstruyen su camino. Parco en palabras, responde al diálogo con el número limitado de expresiones porque no se necesitan más para hacerse entender. Jovial, no obstante y gran bailarín de malambo, encuentra en las manifestaciones del arte nativo las sensibles cuerdas de la emotividad. Con aristocrática familiaridad, hecha al aire su humor, envuelto con el peplo chispeante de su carácter formal y casi adusto proveniente de un cerebro disciplinado para grandes realizaciones.

Es graduado en ingeniería agronómica. Pero el estudio de humanidades lo vinculó con el hombre y su tiempo, haciéndolo intervenir en las complicaciones abstractas que rigen nuestras normas de vida. Los acontecimientos históricos le robaron buen número de sueños para comprender la importancia de los estudios filosóficos que nos impiden dudar, ser tolerantes, manifestarse con optimismo, aunque más no sea que para combatir la pesadumbre que con tanta facilidad se apodera del común intelectual.

Alternamos en una actividad común. Y, a través de los años, coincidencias de pareceres y modos de ver el porvenir, llevaron muchos sucesos a inter-

pretaciones similares. Héroes, dioses y sus mujeres, que ya llenan los templos y necroterios, páginas de libros y falsos monumentos, todos fueron pasados por el cedazo de las amargas verdades prohibidas, que lastiman el sentido de lo ordinario. Cabalgando sobre mentiras, cuando el individuo se ve atrapado entre la madeja de sus trapisondas, oculta el rostro, como algo digno de traducir el ruor, dejando al descubierto sus vergüenzas. Y el gran personaje se derrumba.

## III

El mundo vegetal no atraviesa por esta distorsión traumática, por estos contrastes. No hay relajo en su imperio de cielos abiertos de los que se apropia para defender su razón de haber nacido, crecido, multiplicado. Y cuando se siente desfallecer, lo hace sonriendo y se entrega, pleno de soles y de lunas, como un desflorar de sucesos que siguen el curso natural de la existencia. Porque morir es un trance y consecuencia de nacer. Una continuación del proceso que completa su desarrollo en el clemente reino de la ingenuidad primaveral que todo lo concita a tal desenlace.

El hombre está indefenso sobre la tierra que pisa, cultiva y explota para sí. Puede ser un hoplita o un archimillonario, que para el caso lo mismo da. Cae tumbado luego de combatir en el campo de batalla, sin haber medido siquiera que en ese supremo esfuerzo va su propia vida. Lo hace así desde los albores de la historia y no se queja. Este suicidio encierra cuanto de grande tiene el sacrificio, sendero recorrido a trancos por tantos héroes y mártires como el pasado de la vida cuenta. Pero nada más. Eliminando el dinero, para el hombre que no tiene más que ese débil recurso y poder de razón para sobrevivir, no queda nada de él. Y el dinero es una invención muy reciente de desenvolvimiento. Crespo, que ha fundado su reino en esa artificiosa ciudadela del enriquecimiento personal, data apenas de cuatro mil años en la leyenda. Pero antes de este personaje, el mundo ya recorría la vía láctea con sus canciones. Y las mujeres tenían hijos engendrados por los hombres y no por faunos. La edad está al alcance de la mano, como si el fenómeno se produjera ayer mismo. En la sociedad de mañana, cuando todos seamos iguales para disponer de la fortuna que cada cual haya atesorado y tenga que colocar en la balanza el patrimonio adquirido por cada uno de nosotros, tanto el ilota como el fellah, el príncipe o el ordinario burgués enriquecido, por igual serán dignos de lástima ante el drama pavoroso del auxilio que habrá de dispensarse a sus lágrimas. Y se verá entonces el bien escaso valor de las acciones ya sin cotización y del dinero desmonetizado. Y habrá que prepararse porque el supremo día se acerca.

El sujeto humano actúa por función unipersonal, partiendo de cuanto le ocurre. Todo lo concibe girando alrededor de sus problemas individuales y lo rige en grado espiritual de su intimidad. Ciego para ver y auscultar, no mide el dolor ajeno de las especies vivientes sino en cuanto le afecta sus inte-

rejes particulares. Hijo de un producto rotativo, que a lo largo de la historia viene dando vueltas, es zarandeado y arrojado a merced de las circunstancias, admite los objetos y las cosas de su mundo estrecho con mentalidad primitiva. No observa más que figuras de formas esféricas o cuadradas. Admite al ángulo o el triángulo por una concepción geométrica, porque no puede prescindir de comprenderlo para defenderse mejor. Mas no está dicho que para la comprensión de la humanidad nueva no se descubran otras formas y colores que den al concierto universal melodías distintas y objetos fundamentales que justifiquen el vivir al margen de los problemas comunes que calcinan la metalización social y parten por el vientre el orden de la convivencia.

La planta no tiene otra defensa que la de aferrarse al suelo, hundir sus raíces para buscar el sustento, librar batalla contra los agentes nocivos, allí mismo donde la semilla ha germinado. No puede desplazarse como los integrantes de la fauna. Su lugar es el único donde tiene que desarrollarse, expuesta a los quebrantos y a las tormentas. Y comple su misión eficazmente, en forma exhurante, con optimismo y la confianza, se entrega al destino cierto que la naturaleza le ha reservado. Y termina el ciclo evolutivo, deteniendo su organismo cual un reloj al que no se le dio cuerda. Allí ha realizado su ideal para avergonzar al hombre que, no obstante sus civilizaciones y descubrimientos, siquiera aprendió a vivir en comunidad y a conducirse adecuadamente con las muy pobres normas de cultura que los siglos le metieron por los ojos.

## IV

El nazareno murió aristocráticamente como por efectos de un síncope. Un hombre civilizado, ¡cuántas veces fallece desde que nace! El martirio de Jesús sucedió con la celeridad del relámpago. El no ha estado en campos de concentración, ni en las mazmorras zaristas o nazicomunistas. Tuvo la suerte de ignorar los terrores de la España inquisitorial, los tormentos de la Bastilla y los tembladerales de Sin Sing. No ha sido sometido a rigurosos interrogatorios científicos donde se arrancan al desgraciado uno a uno los tejidos de las vísceras. Al judío crucificado lo dejaron expuesto a las aves de rapiña en sangrante cuerpo físico, acompañado de otros desgraciados tan infelices como él. En cambio, los mártires de hoy, que han muerto mucho antes, ni siquiera tienen fosa común.

No admirarlos en el desprendimiento de su última voluntad viene a representar nuestra insensibilidad ante el inocente llanto de una criatura cuyo juguete se ha roto. Que también son lágrimas del destino por cuyos cauces circula nuestra existencia. Asistimos al nacimiento de una nueva religión del sacrificio desde que Sócrates se ha decidido por vaciar en su ancha boca, por donde habían salido tan sabias palabras que aún estamos escuchando, la pócima amarga de la cicuta. Desde entonces hasta aquí, un reguero de dolor gimiente circunda

el globo. Pero fueron ellos los que trazaron las rutas del progreso. Los potrereros, los alambrados telegráficos y telefónicos cantan en silencio sus proezas. Si soñamos, si tenemos alegrías, nos divertimos y el corazón se expande, es porque los mártires de todos los tiempos han estado anteriormente aquí para humanizarnos. Porque los que han estado antes en este jardín florido de la vida nos proporcionaron, no sólo una manera más fácil de buscar el sustento, sino de encontrarnos desde la superficie de la piel hacia adentro.

Lo que nos sobra en soberbia, incompreensión y bestialidad, debemos echarlo por la borda, siquiera en homenaje recóndito de lo que representamos. Nuestro planeta es muy grande para nuestra pequeñez frente al sacrificio. Insensibles al gran clamor de la historia, por mucho que nos entusiásemos y pinchemos la espalda del progreso, siempre quedaremos detrás si nos falta altruismo, emociones nobles para admirar la vida que se mueve bajo nuestras plantas, ilusiones que nos separen de la tierra, huyendo al espanto de lo que no debiéramos ver jamás.

Cuando nosotros nacimos el mundo ya estaba hecho. Miles de millones de almas habían trabajado para nosotros y llorado también el martirio de cuanto construyeron. Y la razón de encontrarnos aquí es para darle un empujoncito al progreso y hacer amigos que estrechen el concepto familiar del vínculo fraterno. Ser una célula más de este concierto universal, partícula diminuta, aunque no alcancemos a que se nos cuelgue la medalla, la escarapela o el escapulario del mérito y de la fé, ni nos premien con el sable corvo o depositen bajo la pesada mole del monumento. Que aun sin tanto arreo ni arnés de tribu con que una inveterada y oprobiosa costumbre de la civilización se castiga a los mortales que descuellan y desuellan, a los grandes cavernícolas, cargándolos de condecoraciones de trapo y baratijas— el rastrojo incitia a quebrar lanzas en un esfuerzo viril para hundir la reja y seguir adelante.

Que siendo otro más, pero de los buenos y con aspiración a convertirnos en los mejores, habremos cumplido una parte del ideal en este viviente suelo molecular de las ilusiones. Por doloroso que resulte, al fin no importa gran cosa en la resolución del destino que algunos lazos se quiebren aunque los muslos se desgaren. Lo interesante es continuar silbando acompasadamente al tendido galope del pingo, recibiendo en el rostro la madrugadora caricia del viento, escuchar el trino de los pájaros y embriagarnos de lejanía hasta las heces, hasta el punto final de la carta que nunca se escribe. Que si la tierra hierve y el trueno retumba en el firmamento, la vida quedaría huérfana e incompleta sin nosotros como lo estaría sin la efigie nazarena y este porteño paisano de las tres consonantes y una sola vocal, engrillado y emparedado por el amasijamiento urbano, constricto el corazón, el caminar cansino y mirada lánguida de estatua indígena.

# Y Cristo en alpargatas

## PROLOGO

Hay entre los montes de Andalucía un pueblecito que se llama Belén. El pueblo tiene, en su herguido corazón, una monumental iglesia en cuyo derredor dormitan simbólicamente las casas cerradas a toda luz exterior. Cerca de Belén hay un cauce de río seco, no menos simbólico y en la erosión del terreno se construyó, con piedras y brazos de tiempos feudales, un puente. Debajo de ese solo puente de Belén hicieron sus chabolas algunas familias pobrísimas de esas que en España viven a fuerza de ignorancia, de soledad y de olvido.

Nochebuena de 1913. Noche clarísima, rematada de multitud de estrellas. Luce entre ellas, espléndido y pujante, un lucero. Abajo, por los campos y del pueblo, llegan con el aire agudo de los espartos, gritos de gente que se emborracha, que no se sabe si ríe o llora, que canta unas veces villancicos y otras fandanguillos, siguiiriyas o soleares. Suenan lejanos panderos y zambombas.

De cuando en cuando pasan, como sombras, gentes que van al pueblo o que vienen a refugiarse a las chabolas.

### NIEVES

*(Una anciana, a Carmela, que pasa.)*  
¿Tienes un poco de lumbre, niña?

### CARMELA

Me parece. ¿Quiere?

### NIEVES

Un carbón me basta y sobra.

### CARMELA

¿No tiene leña?

### NIEVES

Muy verde, pero me gusta el olor que despidе cuando prende.

### CARMELA

¿Qué está haciendo de cenar?

### NIEVES

Unas migas, como siempre.

### CARMELA

¿Con tocino?

### NIEVES

No: jureles.

### CARMELA

¿Hubo pescado en el pueblo.

### NIEVES

¿Pues no sabes que hoy es viernes?

### CARMELA

¿Y eso a usted...?

### NIEVES

¡Ay, niña, calla!

¡Se hace lo que se puede!  
Yo, las vigalias que guardo las guardo cuando conviene. Si una pudiera comer pollos asados o liebres con ajillo y vino tinto en vez de pan con arenques, unas migas o unas gachas y todo con tan poco aceite, me sentiría duquesa aun debajo de este puente.

### CARMELA

¡Que no hay mejor señorío que el de darle gusto al vientre!

¡Y esta noche es Nochebuena, noche de estar al relente dándole a Dios la tabarra!

### NIEVES

¡Con tal que el Niño se alegre!

### CARMELA

¡Ay qué fría está la noche!

¡Dios ni se entera, parece!

### NIEVES

Yo no sé cuanta alegría puede haber entre la gente que cobija sus miserias con frios de toda suerte!

### CARMELA

Una ríe bajo el cielo estrellado y hondo. Nieves.

### NIEVES

¡Cuando en el pecho se aloja una esperanza imponente de macho, que de un abrazo colme tus ansias y sueñe frente a tus pechos herguidos como plegarias calientes! Pero más tarde, a mis horas, cuando el amor viejo hiede a colillas y a vinazo y hay diez bocas que al pan muerden con hambre atávica y verde, una ve en la Nochebuena una burla muy solemne...

### CARMELA

¡Ay, calle usted, por Dios, no diga cosas de hereje,

que el infierno está a la puerta de quien al cielo zahiere!

### NIEVES

¿Y qué he dicho yo?

### CARMELA

### Horrores

porque no sueña ni puede abrigar en su esperanza una ilusión...?

### NIEVES

¿Y mi vientre

de qué vivirá, Carmela?

¿De ilusiones solamente?

¡A ver si el cielo nos da algo más que pan y arenques!

Pero este Dios que hoy nos nace muy arbitrario parece, que al rico da mazapán y al pobre ni pan ni dientes. Dame esa lumbre y callemos arrastrando, como sierpes, nuestro silencio en el fango de esta miseria al relente.

### CARMELA

*(Se aleja con indiferencia.)*

¡Yo soy más rica que Dios en mi choza, bajo el puente, porque me mina el amor con un poderío fuerte!

¡Tengo el carbón encendido en una fragua y me hiere la sangre con alhucemas que a monte de mayo huele!

### NIEVES

¡Ay, la loca soñadora!  
¡Miradla cómo se pierde en rosarios de quimeras que han hecho nido en su mente!  
¡Ya te dará a ti la vida un buen golpe y no en la frente cuando los hijos hambrientos a las tetas se te cuelguen como lobeznos que esperan algo más que amarga leche!

*(Se va a su chabola.)*

### FERNANDO

*(Viene del pueblo. Pasa por el puente y sobre él se detiene. Está algo bo-tracho.)*

La virgen lava pañales, ¡ay que suerte tiene el niño!  
¡A mí nadie me ha lavado pañales ni calzoncillos!

### CARMELA

*(Sale de su antro, con un carbón encendido en unas tenazas.)*

Porque no tiene vergüenza ni nunca la ha conocido.

### FERNANDO

¿Dónde vas con esa brasa?

### CARMELA

¡Voy a estamparla en el frío!



FERNANDO  
Dámela mejor a mí,  
ya ves que estoy arrecido;  
pero dámela en tu boca  
que es como la necesito.

CARMELA  
Que te la dé tu mujer,  
muchas tiene en su corpiño  
y el meneo de sus nalgas  
muchas ascuas ha encendido.

(Va a la chabola de Nieves.)

FERNANDO  
Estaba la luz dorando  
la ramita de un olivo.  
Entre la caña y la carne  
tengo un chorro de jacintos.  
A mí me da mucha pena,  
pero a nadie se lo digo,  
verme la sangre de horchata  
y ser cabrón consentido.  
Cuando a Dios le da la gana  
porque no le quedan grillos,  
hace que cante la gente  
su pena y en los olivos  
una presencia aceitosa  
hace sombra a lo infinito.  
Yo bien quisiera cantar  
mi pena con un «gipio»,  
¡miro al cielo y un eruco  
me sale en lugar de un grito!  
A nadie le escuce el alma  
cuando vengo con mi sino  
de alcohol y aceitunas verdes  
¡a ver si callan mis hijos!

CANOSANTO  
(Esposa de Fernando, amarga y sarmentosa.)

¡A ver si te callas tú!  
¡A ver si llegas, marido!  
¡Me está matando la pena  
de verte ahogado en el vino!

FERNANDO  
¡Y a mí la de verte así  
en el instante preciso  
en que el cielo, a su manera,  
hace las peces conmigo!

CANOSANTO  
¿Qué sabes tú, malasombra?

FERNANDO  
Sé lo que dicen los libros:  
que Dios se pone de acuerdo  
con su mayor desatino:  
el hombre de carne y hueso...

CANOSANTO  
¡El hombre de hueso y vino!  
FERNANDO  
(Canta.)

La paz ya está en los pañales  
con los muslos escocidos,  
y la virgen no da abasto  
con tanto lavar al Niño!

CANOSANTO  
¡Quién tuviera la ventura  
de haber tenido su virgo,  
y haber visto el bien de Dios  
entre mis muslos perdido!

FERNANDO  
En tu vientre no hizo sombra  
más que el vuelo de aquel mirlo  
que buscabas cuando eras  
la moza de mis sentidos.

(Dejan de cantar.)

CANOSANTO  
¡Yo no sé que le hice a Dios  
si quererte fue un delito!  
¡Ya ves tú cómo me come  
el fruto de mi castigo!  
¿Quieres bajar de una vez?

FERNANDO  
Déjame estar un ratillo  
bajo este cielo estrellado  
que se parece a mí mismo.

CANOSANTO  
¡Vas a coger algo malo!

FERNANDO  
¿Peor de lo que he cogido?

CANOSANTO  
Te he hecho un caldo de gallina  
y te he guardado blanquillo.  
¡Anda y ven a calentarte,  
que el brasero está encendido!  
(Se va.)

FERNANDO  
Bajaré cuando me deje  
este deseo infinito  
de mirar al cielo entero  
cara a cara y con un grito:  
el grito que a Dios invita  
a estarse un rato conmigo.  
¡Si yo pudiera saber  
donde tiene su garlito,  
ahora iría a preguntarle  
lo que saber necesito: ¡  
¿Quién es el que tanto puede  
y me deja aquí sumido  
en la impotencia espantosa  
de ser sombra de mí mismo!  
¡En qué cárcel de ignorancia,  
o en qué pasión sin sentido  
mi vida es la triquiñuela  
donde me encuentro perdido!  
¡A ver Dios, cómo te arreglas  
para explicarme tu niño  
con razones que no tengan  
sabores de villancicos!

MENDIGO  
(Apareciendo tras Fernando)  
¿Me llamabas?

FERNANDO  
¿Tú quién eres?

MENDIGO  
Yo soy Dios.

MENDIGO  
Tú, ¿un mendigo  
con barbas amarillas?

MENDIGO  
Yo. Dios. Palabra, principio  
y fin de todas las cosas.  
Autor de Vida, Luz y Camino.

FERNANDO  
Si eres Dios, con esa pinta,  
hay que ver que te has lucido.

MENDIGO  
¿Qué más te da mi presencia?  
Júzgame por lo que digo.  
Vengo a echar la parrafada  
que tú solo me has pedido  
y has de soportar mi facha  
para conocer mi aviso.

FERNANDO  
Con un Dios tan andrajoso  
nunca me hubiera entendido.

MENDIGO  
Yo soy el dueño del mundo  
y nada a nadie le pido.

Acudo donde me llaman  
como tú me has requerido.  
Solo estoy siempre en mi gloria  
sin cuidar cómo me visto,  
y si vengo hasta esta parte  
para dialogar contigo  
es porque tú lo requieres.

FERNANDO  
Yo llamo a Dios, no a un mendigo.  
Pero es mejor Dios humilde  
a mano que lejos, rico....  
(Sacando un paquete de cigarrillos)  
Coge un cigarro si fumas.

MENDIGO  
Fumo. Gracias.

FERNANDO  
Nunca he visto,  
en mi marrullera vida,  
Dios más pobre ni castizo.

MENDIGO  
Ya lo ves: uno se adapta  
al corazón más sencillo.

FERNANDO  
¿Y vienes, siendo quien eres,  
a este suelo tan mezquino  
sin siquiera unas pesetas  
dispuestas en tu bolsillo,  
para el condumio y la cama  
y, si se ofrece, el traguillo.  
En esta tierra asolada  
no hay más calor que el del vino,  
esa sí que es mi esperanza,  
ese sí qui es mi destino.  
Lo demás, vivir siguiendo  
la rutina de los siglos.  
Que dicen que es Nochebuena,  
pues a beber y a vivirlo.  
¿Que es la pasión del Señor?  
Bebiendo también sufrimos.  
¿Pascua de Resurrección?  
No hay resurrección sin tinto.  
¿no hacen los curas lo mismo?  
Dios ha creado la viña,  
pues viva el gusto divino.

MENDIGO  
Me gusta la valentía  
de tus diestros desaliños.  
Te agradezco los honores  
pero yerras de continuo.  
¿Quién te habla jamás de mí?

FERNANDO  
Los que dan el catecismo  
en las escuelas de España.  
El retrato que te hicieron  
en el cartón de los siglos,  
no me gusta, francamente,  
pues eres un Dios ladino,  
inclinado absurdamente  
a tus sagrados caprichos.  
Tú, a los que dicen ser tuyos,  
les das el mejor cobijo,  
honores y galardones,  
riquezas y poderío...

MENDIGO  
¿Cómo sabes tú que yo  
puedo dar lo que no es mío?  
Yo soy señor de la vida,  
y la vida es como un lirio  
solo nacido en el valle,  
de mi saber infinito.  
Soy virtud que en bienes da  
perfumes claros y limpios.  
Yo no tengo otra riqueza.

Tú nunca me has conocido.  
En esta noche apacible,  
quiero hablar de amor contigo.

FERNANDO

Entre tú y yo el amor sabe  
a pan duro con tocino...  
Tú no me puedes negar  
con razones que no sigo,  
que una gran contradicción  
denunciará tu designio.  
El dios de los cielos puros  
elige a su modo un Virgo,  
era una moza sin perras,  
novia de un pobre judío.  
Luego nos largas, callando,  
el fruto de tu cariño,  
lo acuestas en un pesebre,  
en el yermo y bajo el frío,  
entre pastores humildes,  
ovejuelas y borricos...  
Allí la moza garrida  
y el confiado marido,  
que no encontraron posada  
en un buen hostel de su siglo,  
siendo tutores de Dios,  
se quedaron tan tranquilos.  
¿Por qué conformas tu gesto  
a un tema de villancico  
y permites el ultraje  
de ver esta noche al rico  
cantando con panza llena  
lindezas al pobre ungido,  
mientras nosotros, los pobres,  
los cargados, los rendidos,  
amarga y mezquina cena  
nos espera y nuestro nido  
es antro que ni las bestias  
nunca hubieran elegido?

MENDIGO

¿Envidias tú las riquezas?

FERNANDO

No es el oro lo que envidio;  
pero me ronda la rabia  
de ver miserias conmigo.  
Sólo me muerde el dolor  
de ver estrellado el sino  
de mi gente que en mi espera  
lo que yo espero en el vino.  
Es la miseria encerrada  
en un insondable abismo  
lo que en trazos de ignorancia  
me aprieta el pecho y lo grito  
mientras suena la zambomba  
y es el pandero batido  
con una risa que anuda  
el corazón al ombligo.

MENDIGO

Todos los pobres del pueblo  
lloran tu pena, lo mismo,  
porque esperarás solamente

la redención del cocido,  
la libertad del potaje,  
el ideal del chorizo...  
La región está llorando  
mientras que canta a su estilo  
con pena de ver qué pena  
falta en la casa del rico.  
 Toda la nación revienta  
con lágrimas de suplicio  
porque el chico envidia al grande  
y el grande desprecia al chico.  
Amores desvirtuados  
son odios, como granizo,  
que en vez de regar las flores  
las destrozan en su sitio.  
España, que eso es España,  
necesita otro suspiro.  
El de buscar libertades  
más arriba de este circo  
donde títeres beatos  
y payasos libertinos  
dan volteretas al son  
del bombo y de los platillos  
y en el aire amargo suena  
aplauzo muerto, de simios...  
Mientras el pobre se aguante  
llorando por su destino  
y tienda el brazo pidiendo  
las sobras de otros mendigos,  
habrá envidia en Nochebuena  
y todo el año, martirio.  
La paz que te vengo a dar  
no es paz que logres tranquilo,  
con estómago contento  
y hogar con lumbre y panizo.  
Es otra cosa mi paz  
que se arrebató al destino  
con un gesto de combate  
contra el error... Y es preciso  
ver el error en tus ojos  
antes que en los del vecino,  
ver que te faltan grandezas  
ahogadas en tu egoísmo  
y que en gestos varoniles  
hechos pecho y sacrificio  
para hallar salidas nuevas  
al alma en su laberinto,  
el pueblo entero tendrá  
luz para andar su camino...  
El camino de la Vida  
es modesto senderillo  
empinado sobre cerros,  
cortado sobre los riscos,  
el que lo quiera seguir  
tiene que andarlo con ritmo  
de lucha y amor constante  
siempre en favor de su prójimo.  
Y el coste será, tan sólo,  
la renuncia al apetito  
de la ambición personal

y el laurel inmerecido.  
El precio no está en la fe  
que religiones de mitos  
se otorgan para engrosar  
materiales beneficios.  
Yo digo: no a toda forma  
de fantásticos instintos...  
No a la ofrenda de plegarias.  
No a los cultos sin sentido.  
No a los hábitos externos.  
No al ayuno. No a los ritos.  
No a las limosnas piadosas  
que engendran sólo mendigos.  
No a instituciones teológicas  
que dan ganapanes pios.  
No iglesias que sólo encierran  
falsedades en su brillo.  
No a babeles de oro impuro  
donde confundo, en sus libros,  
quienes estudian mi mente  
ignorando que yo evito  
toda ciencia que no nace  
del personal sacrificio...  
Y el sacrificio que espero  
no en altares lo permito.  
Lo anhelo en las manos limpias  
y en el esfuerzo sufrido  
del hombre que sabe a hombre  
luchando consigo mismo.  
El sacrificio perfecto  
es el que hago en mi Ungido,  
varón capaz de dolores  
y a dolores sometido,  
no por darme a mí el gustazo  
de ver sangrando a mi Hijo,  
sino por darse la honra  
de verse entero, perdido,  
pagando a precio de sangre  
la libertad del cautivo...  
Libertad que sólo vale  
un gesto de honor preciso.  
Que nadie adore el ejemplo,  
con postraciones sin tino,  
ni plegarias salmodiadas,  
el ejemplo hay que seguirlo.  
Cuando el orgullo español  
torne en dignidad su oficio,  
otro gallo cantará  
por entre espartos y olivos,  
y la embriaguez de leyendas,  
de tradiciones y mitos  
que dominan vuestras almas,  
con aberrante dominio  
tendrán renuevo de vida  
con íntimos regocijos...

ABARRATEGUI

(Continuará.)

Las parábolas cónicas**EL TESORO**

**H**ABIENDO dicho Psicodoro, después de las palabras ingeniosas de los tres hombres alrededor de la lámpara, el gesto ingenioso de Diógenes, un auditor se levantó. Nadie lo conocía aún entre los discípulos, pues hacía unas pocas horas que había llegado. Pero se supo más tarde que se llamaba Teomano.

Teomano, irritándose contra el viejo filósofo, dijo:

—Yo desprecio tus palabras, pues he escuchado otras más altas y más ricas. Pero no puedo repetir las, porque se me ha hecho jurar silencio. Oh Psicodoro, en lugar de esparcer tu ignorancia, polvo estéril, deberías hacerte iniciar y hacerte sembrar en Eleusis. Oh Psicodoro, no digo que tu espíritu no sea tal vez una antorcha noble; pero ninguna antorcha podrá prenderse por sí misma y el que se inicia es el solo Prometeo que posee el fuego de los espíritus.

Dicho esto, Teomano cerró a medias los ojos y tenía en los labios una extraña sonrisa. Pues volvía a ver, de nuevo tembloroso, el gesto del hierofante separando los velos; y su alma repetía, cual ec odeslumbrado, las fórmulas que ante ella una voz de certidumbre plantó como teas en el vacío oro de las fábulas.

—Desconfío, dijo negligentemente Psicodoro, de las luces que se esconden. Helios ilumina la calva cima de las montañas más tiempo que en los bosques y los valles; pero no penetra en las cavernas en donde se enterran los bandoleros y los sacerdotes de cultos secretos.

—¡Oh, malo! los bandoleros se reúnen para hacer el mal, pero los iniciados se reúnen para hacer el bien.

—¿De qué bien nos hablas?

—Lo que sólo puedo decir es que se me ha prometido para después de la muerte, goces deliciosos e intensos que no terminarán nunca y, para merecer ese tesoro maravilloso e inagotable, me conduzco piadosamente.

—Te conduces locamente, tú, que en vez de buscar, andas en busca de lo que tal vez no existe.

—Aunque la promesa fuera una mentira, exclamó el iniciado, oh noble mentira que me ofrece la esperanza...

—Esperanza de hoy, decepción de mañana.

—Esperanza que me mantiene vivo, esperanza útil y sola que me conduce hacia el bien.

—Lo que amas es un fantasma que te roba lo real. Amas un ensueño que te impide cumplir tu obra. Aras con tu arado en las nubes, en vez de sembrar tu campo y cosecharlo.

—Otra vez son oscuras tus palabras.

Pero Psicodoro dijo, dirigiéndose a todos:

—Escuchad una parábola:

\*\*

Un anciano ya con muy poca vida pensó:

—Mis tres hijos son hombres ordinarios. Quisiera hacer de ellos trabajadores valientes y encarnizados. ¿Por qué medio podría enseñarles útilmente que el trabajo es un tesoro?

Reflexionó un instante y luego sonrió, pues creyó haberlo encontrado.

Habiendo hecho venir a sus hijos, les habló con cierto aire de misterio:

—No vayáis a decir lo que váis a oír. En el campo que os dejo como herencia está escondido, profundo pero enorme, un tesoro. El lugar exacto, lo ignoro. Pero vosotros sois bastantes fuertes para excavar por todo.

Habiendo dicho estas palabras, murió tranquilo el viejo, con la esperanza de que la tierra mejor removida, daría a sus hijos triple cosecha.

Ocurrió que como el más joven de los hermanos se creía poeta, pasaba los días enteros tumbado por el campo, repitiéndose con una alegre emoción: «¡Quién sabe si no me encuentro encima del tesoro!» Pensaba en las voluptuosidades que su parte le produciría y a veces, sacando tabletas de su pecho, inscribía en ellas un mal epigrama en honor de Afrodita o de Dionisios.

Los dos mayores hurgaban la tierra sin descanso. Cuando llegaban al rincón en donde soñaba el hacedor de versos, le gritaban: «Levántate holgazan que tal vez estás encima del tesoro». El trasladaba un poco más lejos su cuerpo y la deslumbrada banalidad de sus sueños, mientras que ellos cavaban en el lugar en donde se hundía su esperanza.

Pero era esta esperanza una raíz sin raigambre y que se aleja ante el esfuerzo, puesto que la mano nunca la agarrará. Siempre lo buscaban en lo hondo y jamás encontraron algo.





# Mandarrón y Candilico

LOS ricachos y pudientes de aquel pueblo entre navarro y aragonés, tan en la « muga » que son mitad y mitad, tenían menos preponderancia que los pobres. Allí dicen «muga» a la juntura de terrenos distintos con un mojón escrito por las dos caras, y la preponderancia significa que había ¡naturalmente! más pobres que ricos. Preponderancia numérica; algo es algo...

En busca de amo acudían todas las mañanas a la plaza. Gente sobrancera, sin patrón ni jornal fijo, la mayor parte cargados de obligaciones. También, muchos jornaleros y pocos jornales. Las casas ricas y las de pan y puerco tenían gañanía de plantilla. Pero si llevaban algún loguero, el cachicán buscábalo con candil entre los propincuos al burgués por razón de política.

Holgaban por fuerza mayor los legones, descansaban los destrales y guardaban fiesta sin serlo los demás instrumentos camperos. La necesidad diaria era lo único que no paraba... ni los mocetes de pedir pan a sus madres.

— Pequeña, corre con la tarja a lo de Galo y que te muesque un pan, si a bien lo tiene.

El cabeza de familia, sin saber el sí o el no, toma el zurrón de piel de cabra, la gayola con el hurón y un garrote de puño vuelto.

— ¿Ande vas con to ese equipaje, fato?

Cuando el tiempo de las siembras vino, dijo el mayor:

— ¿Para qué vamos a sembrar? Nada representa el valor de una cosecha, si hemos de compararla al tesoro que algún día descubriremos.

El segundo tuvo otra opinión:

— De todos modos deberíamos sembrar. No me parecen mal los beneficios que se adicionan. Tú no te desembarazarías de una pequeña parte del tesoro. Entonces, ¿por qué perder lo que podemos ganar de más?

Sembró, pues, por todo el campo; pero con el mismo mal humor o la misma indiferencia que empujaba para quitarse de enmedio a su joven hermano, daba vueltas al trigo que crecía cuando, en vez de creer encontrar el tesoro en el lugar pobre en donde su hermano soñaba, lo imaginaba en el lugar rico en donde el cereal crecía.

Al fin la cosecha enriqueció a los otros y los tres hermanos no recogieron nada. Su enloquecida pobreza volvía la tierra con manos temblorosas. El mismo poeta hurgaba ahora tan ávidamente como sus otros hermanos.

Pero pronto vinieron los acreedores y se ampararon del campo. Siendo la propiedad demasiado pequeña para pagar todas las deudas que se habían permitido aquellos futuros ricos, los mismos buscadores del tesoro fueron vendidos como esclavos.

HAN RYNER

(Trad. V. M.).

— Henibra tenias que ser para que el perro a comprender te ganase.

— ¡Ya, pero no quiero que vayas!

El hombre negro por dentro y el perro canelo por fuera salen a la calle: al cazador le dicen « Mandarrón » (por la blusa larga que teniendo empleo en el Garapito usaba), al chucho lebrero « Mazzantini » (esto no sé por qué).

En el Alijar de los Ababoles tropieza « Mandarrón » con « Candilico », otro cesante, mal vistos entrambos por no dejarse avasallar ni poner los pies en la iglesia. Ahora están tocando a misa de ocho.

— Hay que darles la batalla a los gordos, y aquí no se arriman a crear el Sindicato de los flacos.

— Hombre...

— Zamora — sentencia « Candilico » — no se hizo en una hora.

— Pues yo he resuelto no esperar más, porque esto se pasa de castaño oscuro.

— A cavar fendo voy, y salga el sol por Antequera.

— Deque te vide con la ajada al hombro lo su-puse.

— ¿Y tú?

— ¿No lo barruntas u qué?

— Suerte, Mandarrón.

— Igual te deseo, Candilico.

Contemplé el cuadro de la casa sin pan y escuché el diálogo de los dos proletarios en el Alijar de los Araboles. Fuerte cosa robar para comer, a lo que iban el cavador de regaliz y el cazador furtivo. Era primavera y todo renacía. Tenía la mañana azulidad de imagen en fanal transparente e incitaba a ser buenos. Tañendo, el campanico parroquial esenciaba.

Pasó el hornero con su carga de encendanjas a monte; y el pañero de Fortuna, marchoso, con la suya al hombro; y el alcarracero de Andújar, entre todos los foráneos el más extraño; y... la solterona machucha desoida de San Antonio, porque el Santo le reservaba asiento en el polletón...

En las puertas del Peso público y de la botica formaban sus repúblicas los indiscretos y nada solícitos roedores de zancajos: crítica, pesebre y cama.

Al filo de las doce — aún lo recuerdo —, llegan los civiles a la Casa de la Villa con « Mandarrón », esposado, y los guardas jurados con « Candilico », sin esposas. A los del Peso y a los de la botica, que revientan de gozo, no les falta más que aplaudir. Poco sé de leyes, pero robar para comer no es delito; delito es comer sin trabajar.

Fui a reprocharles su satisfacción a los señoritos de la trinca: crítica, pesebre y cama. Me quitaron la intención los propios presos, que al pasar escupieron despreciativamente, a título de hombres dignos, a los desalmados de cada corro.

PUYOL

# EL UNIVERSO DE ALAIZ

## II

**A**L parecer, en materia amorosa, no hay gran diferencia entre el espíritu malicioso que suele campear en Occidente y el de Oriente. Alaiz nos cita, comentando a Samaniego, al que tanto amaba, una fábula oriental, según la cual, después que la japonesita prometió recuerdos eternos, como el moribundo dijese que se conformaría con que durasen «lo que tardará en secarse la tierra que me cubra», una vez enterrado, se veía a la viuda ir al cementerio a airear la tierra con un abanico para que se secase antes.

Ejemplos mil se encuentran en la copiosa obra legada por Alaiz, en ella alterna la fineza, el humor, la dentellada y el elogio con justeza geométrica. Un ejemplo de amor apasionado refiere cuando en 1808 se produjo la guerra contra Napoleón. Afirma, y probablemente acierta, que Agustina de Aragón no se batió por patriotismo ni por inclinación a la pelea. «Agustina se sublevó cuando vio caer a su amante víctima de los tiros franceses». Otro tipo de amor encontramos en el capítulo que dedica a «Bécquer en la marejadilla española». Mordaz, pasa en revista la burguesía de 1860, y dice: «Las españolas de la clase media tenían ya un piano con teclas quejumbrosas (en otra ocasión cuando observa el aburguesamiento de bastantes exilados, también dice lo mismo), un album lleno de retratos de Cuba —era la guerra—, y lo más alegre del mundo: un marido prosaico.»

No concibe las razones que tienen los novelistas para no escribir nunca un libro sin que entre en juego algún pantalón mal tenido o alguna falda dispuesta al descosido. «Dentro de un siglo se considerará una grosería darle tantas vueltas al amor.» «El amor es plato fuerte de banquete ostentoso para los idiotas y entremés privado, íntimo para los inteligentes.

También en el mismo orden, cuando hablando de Azcárate se refiere al amor, vuelve a expresar su muy pensada idea y dice: «Los hombres verdaderamente enamorados apenas se atreven a decir que quieren cuando se atreven a querer».

Estos juicios fueron emitidos muchos años antes de que Alaiz contemplara la generalización de las escenas callejeras de hoy día, fiel reflejo de teatralería amorosa, que dista mucho de ser «la privada e íntima de los inteligentes», sino indiscutible signo de impotencia y degeneración.

A Alaiz se le encuentra cuando habla y discurre acerca del amor, cuando vapulea al charlatanismo, cuando desprecia al dinero, al lujo y a todo lo que «brilla» como valores ficticios. Nada justifica la adquisición de riquezas. «Si Bécquer muere de hambre, también la tejedora y el leñador».

Nosotros podemos agregar: y Alaiz. En sus últimos tiempos no diremos que Felipe Alaiz pasara hambre, tampoco que estuviera en la miseria, pero sí que llegó a una pobreza rayana con la una y con la otra. Una pobreza digna consecuencia del hombre culto que no ha tenido ni ambición ni espíritu aprovechador ni siquiera preocupación material alguna, menos aún intentos de hacendado, de acaparador ni de mercenario, ni aún en el más benigno sentido de éste como es el salario. Ha apreciado mucho a su pueblo —y ya le faltamos el respeto al decir «su» pueblo—, pero no ha encontrado valores verdaderos más que en los individuos. No hace excepción cuando enjuicia a las multitudes políticas: «Las luchas entre españoles responden casi siempre a un antagonismo extraño. Se amontonan a un lado los que simulan no creer en nada creyendo en todo, y se amontonan en el lado opuesto los que simulan creer en todo no creyendo en nada». Cree tanto en el individuo y en la acción individual que muchos rasgos se encontrarán con expresión individualista como la siguiente, hablando de Concepción Arenal: «Creía que todos los males nacen de la defectuosa organización social? Hay quien afirma que los impulsos de violencia no se darían en una sociedad perfecta. ¿Puede existir la perfección? ¿Qué es? Nadie ha podido decirlo con teoría ni con hechos. Lo evidente es que si los hombres han de esperar para ser buenos a que lo sea el régimen sobran las ideas anarquistas.» Todas nuestras publicaciones, todos los discursos de los anarquistas y todas las peroraciones deberían tener y repetir como lema este acertado juicio alaiziano.

Que el individuo debe adquirir sus responsabilidades y que la sociedad no es lo culpable que se dice a veces de las cosas pecaminosas de los hombres, nos lo concluye con lo siguiente: «En el actual régimen hay una ramera que dice serlo por necesidades económicas y otra no es ramera teniendo las mismas necesidades económicas y parecidas perspectivas de desenvolvimiento.» Y agrega: «es un error achacar la maldad de los hombres a la maldad del régimen porque todo ello equivale a creer en el absurdo de que un régimen hecho de serafines enderazaría todos los entuertos del mundo.» «Si una jovencita pobre cae en las zarpas de un rico para ser instrumento de placer es porque ella quiere parecerse al rico, vestirse y engullir como éste, no porque haya ricos y pobres. Ahora bien: el hecho de que los pobres tengan pretensiones de ricos es lo que eterniza el régimen de los ricos, no las fuerzas coercitivas de éstos como se dice en los prontuarios marxistas.»

Y esto, que lo decía y escribía para que fuese escuchado y leído, lo puso en práctica con su vida ejemplar, de desapego al dinero y a la propiedad.

Fué un pensador y un revolucionario en el más

ampliò sentido de la palabra. No fué un revoltoso ni tampoco un agitador. Exponía, educaba. Descubría trampas y las decía; encontraba maldades y las denunciaba. Lo hacía con el talento de un pastor en monte pobre que tiene los corderos gordos, y con la picardía de un Rinconete granado. Siempre digno e intransigente con el mal, con la moliçie, con los « pasteleros », como llamaba a cualquier parto de índole política.

La subversión popular de Asturias del año 34 dejó de ser acto político cuando los trabajadores, los mineros, «que no creen en ningún programa sindicalista, socialista ni comunista, sobrepasaron las consignas de los comités».

Pocos escritores han calado tan hondo en las cosas sociales como lo ha hecho Alaiz. No había acontecimiento en el que no vislumbrase la mano misteriosa de la batuta. No puede estudiarse historia sin tener en cuenta las «advertencias» que podemos encontrar en lo escrito por nuestro compañero. Del general Prim hace una revelación que difícilmente encontrará el estudioso en ningún tratado de historia. La recoge él de unos escritos firmados por Eulalia de Borbón; dice así : «Cuando Prim y los suyos tuvieron que abandonar la idea de llevar a Leopoldo al trono español y se inclinaron al príncipe Amadeo de Saboya, las relaciones franco-prusianas estaban tan tirantes, que no se pudo evitar el estallido. En realidad, después se ha visto que Prim sólo fué un instrumento hábilmente manejado por Bismarck, que necesitaba provocar a Francia.» Esto de ser instrumento de alguien en política es cosa corriente, y por lo general sólo se sabe bastantes años después. Instrumentos de cierta política que pueden dividirse en dos clases : los que son conscientes de ello y los que lo ignoran. El análisis más profundo lo encontraremos cuando Alaiz coge al hombre por todos los lados, en lo social ha hecho él lo que biológicamente está haciendo el otro querido nuestro, Jean Rostand. En el hombre lo más encariñado de Alaiz es lo básicamente anárquico. No lo analizaremos en esta ocasión; estudiaremos al anarquista de Alaiz más tarde. Por hoy conformémonos con « catarlo » un poco. Una buena dosis anárquica es ya el pronóstico que lanza sobre su protagonista: «Quinet ni gobernará ni será gobernado». He ahí una condición anarquista. Dos condiciones que hacen una. Separarlas y no queda ninguna. Quien tiene alma de gobernante o de gobernado carece de alma anarquista. «He comprobado, decía en otra ocasión, que en nuestros medios (los libertarios) el modesto parece un atontao, entre tantos sabios como pululan de norte a sur y de este a oeste.» Y como broche referiremos la condición del que no puede ser anarquista, con lo que formamos un tríptico *sine qua non* de temple y mente anárquica : « La tortura íntima de un anarquista ¿cómo puede sentirla un aprendiz a millonario?»

La idea de gobierno se encuentra a menudo anatematizada siempre sin pasión pero sin compasión. «Gobernar significa comer y tener mando», y si por acaso había dudas o distinguos agregaba : «No se trata de que nos gobiernen mal o bien; lo que queremos es sencillamente que no se nos go-

biernen de ninguna manera; despreciamos a esos abogados de la clase media, que para codearse con la aristocracia se han hecho gobernantes y comisionistas de lirica». Desde luego nunca dijo que esta última «profesión» fuese exclusivamente reservada a la tal clase, también los «aprendices a millonarios» gozan del «lirismo» en cuestión. La antítesis del «comisionista de lirica» fué Joaquín Costa. Su teoría es el mejor remedio para curarse de tal vicio. El «cronista de lirica» de Alaiz equivale al «tenor hueco que canta a la luna», de Machado. La teoría agraria de Costa fué adoptada, después de desvirtuarla, para el repertorio «lirico» de la CEDA con Gil Robles por mayoral. Como sólo adoptaron el programa costista para «revestirse», ningún trabajador picó en semejante anzuelo. Por lo menos entonces.

Que Gil Robles se atribuyera las ideas de Costa constituye un escarnio tan grande como cuando aquí oímos a un fray Roques, dominicano, de la Orden de Predicadores, hacerse suyas las teorías de Proudhon sobre la propiedad.

El hombre no debe, para ser hombre, ser de doble ni múltiple conducta. No es de hombres ni de anarquistas, por ejemplo, dar «trato de diosa» en público a la mujer, y en privado «trato de barragana». Por la misma consecuencia, ser anarquista en los medios ídem y dejar de serlo fuera da motivos al recelo. Como recelo provocan los remedos de gitanería, que son muchas veces las modas políticas de circunstancia y de «petite semaine».

Ama mucho a Arniches, «modelador de pícaros». El pueblo aplaude al pícaro y después lo hace diputado «para que cene dos veces», mentalidad muy similar a la del revolucionario que lo es pensando sólo en el día de la repartidora. Arniches arremetió contra el pícaro y lo clavó en la pared».

El juicio y deducción social de Alaiz queda también reflejado en la siguiente comparación : «Dentro de cien años los sainetes de Arniches serán documentos vivos para juzgar esta época y no servirán de nada los discursos de Largo Caballero porque no reflejan más que lo que otro socialista puede reflejar : refritos».

En ese pícaro mundo de Arniches-Alaiz, entra un tercero : «el fresco»; «el fresco» es flemático, susceptible y vidrioso en circunstancias favorables, poco quisquilloso en las desfavorables, cínico, etc., y sobre todo gandul. Estos miles de «frescos» son los que «levantan el puño cuando no pasa nada y lo bajan cuando pasa algo».

Le da lástima un Blasco Ibáñez porque «llamándose demócrata y liberal, sometió a servidumbre a unos colonos valencianos en América. Empeño imperdonable. Luchaba contra el feudalismo según afirmación propia, y quiso ser señor feudal en Argentina.»

Y Alaiz tiene muchísima razón cuando dice para Blasco y para todo el mundo : «Los aventureros, conquistadores y colonizadores fueron lo peor de cada casa y lo peor del mundo.» Imitarles es una ruindad digna de un «comisionista de lirica».

La política, como mosaico de contrastes, también entra en liza y en el campo de tiro de su razonamiento, directo y constructivo :

«Azaña, dijo, es centralista y unitario, se negó siempre a llamarse federal. Gil Robles, por el contrario, es regionalista, gobierna con el regionalismo y su partido es una federación.» Es que los jesuitas son muy afines al nacionalismo de Guernica y Azaña es afin al sentido unitario jacobino.»

Otro contraste aplastante y arrollador lo ofrece cierta situación de orden propagandístico. «No hay oradores políticos en España desde que enmudeció Castelar, mayo de 1899.» Y así registra siempre la historia: los periodos más nutridos de discursos, mítines y conferencias, son aquéllos en los que se ha disfrutado de menos oradores con talento. «Si Azaña pasó por orador no fué por su talento ni sabiduría, lo fué por su soberbia y vulgaridad, que parece dirigirse a acreedores al descubierto.» Gil Robles, por su lado, campea en la tribuna porque habla premiosamente y se cree siempre en un juzgado municipal.»

En donde Alaiz no encuentra contrastes es en el espíritu vindicativo y repulsivo de los políticos. Todos, para pegar son unánimes: «Cánovas hacía martirizar y matar con la misma frialdad que Da-

to, que Azaña, que Canalejas, que Bismarck, que Crispi.» Es el Poder que mata, no el hombre.

Muy inclinado a Stirner y su teoría, tan ignorada y tan digna, dice: «Ahora nos llega la enciclopedia de los mil puños cerrados contra el hombre veraz, solo y rebelde; la petulancia del Estado totalitario contra el único y su propiedad.» Para éste, sin embargo, reserva la victoria final: «Ganarán los que sean nada menos que hombres.» No hombres como Gumersindo de Azcárate «representante de la Institución Libre de Enseñanza, jesuitismo color malva que reza en inglés o en francés y cobra en español», sino por los hombres que cual Proudhon, luchan contra la propiedad, contra la renta y contra el despotismo toda su vida, muriendo al fin sin ser conocido por los señores de cátedra y yendo a parar a veces el buen jornalero a presidio.»

Alaiz hablaba y «apaleaba con su pluma», con valentía y a discreción. Hablaba... como decía Almafuerde, para los que mandan y atropellan y para los que se dejan mandar y atropellar.

M. C.

(Continuará).

## ENTRE ARRANCAPINOS

PEPE.—¿Has visto, Lauro, que huelga más larga? Hay para inquietarse.

LAURO.—Oh, más duró la de Zaragoza: treinta y seis días...

PEPE.—Ah, pero huelgas como aquéllas se ven pocas. Se recaudaron fondos, se distribuyeron los hijos de los huelguistas por todos los hogares de España, se practicó la solidaridad, se cumplió con un deber de clase...

MANOLICA.—Apaños, remedios que no llegan ni a calmantes del mal. ¿A eso le llamáis cumplir el deber? ¡Va! ¿Cuándo, cuándo se vivirá en espíritu verdadero de clase productora? En Zaragoza y en Pekín, hoy como ayer y como mañana, la única manera de cumplir con su deber social es la de hacer causa común con el estado protestario de los obreros. Las huelgas largas no son más que el reflejo de la pusilanimidad obrera. Treinta y seis días de huelga, ¿por qué?, pues, porque se les dejó solos. Si en lugar de recaudar fondos para los huelguistas y acoger a sus hijos se declarasen en huelga todos los gremios, ninguna duraría más de cuatro días.

El primer día se declararía el gremio, el segundo toda la ciudad, desde las sirvientas has-

ta los preparadores de farmacia, el tercero toda la región y el cuarto todo el país. Veríais cómo se ganaría, y rápidamente.

PEPE.—Eso no puede ser.

LAURO.—Habría que tener una fuerte sindical.

MANOLICA.—¿Pues no están todos los obreros organizados? ¿Qué impediría llevarla a cabo? Lo que ocurre es que no hay aún educación verdaderamente de clase ni sindicalista.

PEPE.—No encuentro la manera de llegar a ello.

MANOLICA.—Y tan fácil como es. No hay más que divulgar el verdadero sindicalismo y tener fe en los productores. Con un poco de esfuerzo, se conseguiría.

LAURO.—En todo caso bien caro pagamos esa ausencia de sindicalismo integro.

MANOLICA.—Debemos decir que nos cuesta muy caro esa especie de sindicalismo aguachirrido como es el que impera hoy. Si, aguachirrido el de la derecha, el del centro y el de la izquierda.

LOS TRES.—En efecto, todos estamos un poco deslavazados.

# LA VIDA Y LOS LIBROS

EL VATICANO CONTRA EUROPA (1)

## ESPAÑA Y EL CARDENAL MERRY DEL VAL

EN cuanto Giuseppe Sarto (Pío X), fue puesto en el trono efectivo de Dios, su primer gesto fue el de sacar a Rampolla de la Secretaría de Estado y poner en su plaza al español Merry del Val, germanófilo notorio.

Este, ante el mundo, se caracteriza por la serie de desplantes que provoca. Uno de sus primeros exabruptos, calculados todos, desde luego, tuvo lugar cuando en Francia es elegido para la Presidencia de la República el señor Loubet, el 24 de abril de 1904. A dicho presidente le animaba la idea de hacerle al Papa una visita oficial. El protocolo se opone y en vano algunos prelados franceses se esfuerzan por obtener un apañeo de la parte de Pío X. Y aquí Merry del Val surge protestando de ello con la misma altanería que lo hubiera hecho un sereno de pueblo ante unos mozos bulliciosos.

Lo del protocolo era un pretexto; en el fondo Merry del Val no quería que la visita de Loubet fuese aprovechada en perjuicio de la política germano-austriaca, sin la cual no hubiera podido tener lugar la guerra mundial 1914-18. Diez años después el barón Ritter declaraba: «El cardenal secretario de Estado (del Val) no ve cuándo Austria hará la guerra, sino se decide ahora.» Y, en efecto, entonces empezó.

Enterado, dice Paris, por el conde Palffy, embajador austriaco acerca del Vaticano, Merry del Val declaró en nombre del Papa «lamentar que Austria no hubiese infligido mucho antes a los servios el castigo que merecían». Pegándole a Serbia disminuían el poderío de Rusia, detestada por el Papa a causa de su ortodoxia.

Esta información resalta en un documento que el conde Palffy dirigió el 29 de julio de 1914 al conde Berchtold, ministro de Negocios Extranjeros de Austria. (Ved «La politique des jésuites», par P. Dominique.)

El caso no fue único. En julio de 1913, con ocasión de la «Paz de Bucarest», el inclito cardenal Merry del Val, cual alma de carcelero, esputó: «Austria-Hungría hubiera hecho mejor si para castigar los servios hubiese tenido en cuenta todas las faltas que han cometido.»

Militarote, belicoso, no como español, sino como se decía que eran los indios araucanos, Merry del Val fue quien inició a Pío XII en sus primeros pasos diplomáticos cuarenta años antes de ser papa, cuando era sólo monseñor Pacelli. Conociendo a su maestro no es extraño que el discípulo se haya portado como verdadero amo de vidas y haciendas.

Pero la intromisión del Vaticano, bajo el dominio de esta manada, no se limita a los países de la zona balcánica. España y Abisinia nada tienen que ver con los balcanes ni con las minorías de sus pueblos y, sin embargo, también aquí el Vaticano incita a degüello. La sublevación de Franco, que comenzó en julio de 1936, fue preparada en Italia —eso ya se sabe—, durante la primavera del año anterior, y es Italia quien facilitó, a los sublevados, medios, armas y hombres. Que el Negus era una amenaza fue el pretexto invocado para justificar el ataque a Abisinia, mientras que para España fue el comunismo. Dos peligros inexistentes. Parecidos manejos ya se llevaron a cabo, sin que tuviesen eclosión, entre Mussolini y Primo de Rivera, el año 1923.

Edmond Paris presenta a Mussolini como prototipo de dictadores, «del cual se harían varias copias. Primero, Hitler, después, Franco». De cierta manera, el autor de «Le Vatican contre l'Europe» tiene razón, pero en el fondo y desde el punto de vista nacional, Franco no puede ser comparado a los otros dos. Proporciones guardadas, ni el trono de Hitler ni el de Mussolini se han erigido sobre millón y medio de cadáveres como ha ocurrido en España.

Queda, pues, patente que la operación de los salvajes de la Junta de Burgos es un episodio llevado a cabo por la misma mano que ha dirigido el ataque a Abisinia, la reocupación de Renania, la Sarre, el Anschluss, el reparto de Checoslovaquia, etc. Todo ello forma parte del sueño del Duce, broche del cual debía ser: el dominio absoluto del Mediterráneo.

Si Merry del Val, en tanto que cardenal español, había llegado a ocupar el segundo puesto pontifical del mundo católico y si dicho señor mantenía, animaba e imponía la política de guerra que acabamos de analizar, no es raro que sus subordinados hiciesen lo mismo. Por ejemplo, iniciada la guerra fascista contra el pueblo, el obispo de Cartagena gritó: «Benditos sean los cañones si en las brechas que abren florece el Evangelio».

Papas como los citados y obispos como éste y como Aksamovike, Burik, Cardijn, Cippico, Cortessi, Cristiani, Dellaqua, etc., hasta una cuarentena, y cardenales como Merry, español; Baudrillart, francés; Canali, italiano; Faulhaber, alemán, que bendijo el campo de Dachau; Seipel, austriaco, el cardenal sin cuartel Puzina, húngaro, y Van Rocy, belga, ¿no se parecen más a una asociación de malhechores que a una religión regida por los Diez Mandamientos?

Estos son los que han aupado al fascismo en todas las naciones y los que por lo que a España respecta han apoyado a Pío XII para que decorara a Franco con la más alta distinción de la Iglesia católica: la Gran Cruz de Cristo.

Siendo todos de la misma manada se comprende el mensaje de pésame que el caudillo de España por la gracia de Dios, publica el 3 de mayo de 1935, en que Hitler «muere»: «Adolfo Hitler, hijo de la Iglesia católica, ha muerto defendiendo la cristiandad. Se comprenderá, pues, que nuestra pluma no encuentre palabras para llorar su muerte, cuando había encontrado tantas para exaltar su vida. Sobre su restos mortales se hiergue su figura moral victoriosas. Con la palma del mártir, Dios entrega a Hitler los laureles de la victoria.»

Ya hace veintisiete años que los españoles hubieran querido poder enviar el mismo mensaje al caudillo de sus entrañas.

Desde esa toma de posición, francamente pro hitleriana, hasta el catecismo del padre Ripalda, pasando por toda la legislación promulgada por los militares envuelta de incienso y agua bendita, toda España no es más que reflejo de la política impuesta desde el Vaticano. Uno se pregunta si los pinitos de mansedumbre y de «liberalismo» que hace el actual papa no es más que una mascarada, una realización de su guerra en su fase no menos odiosa como es la de la hipocresía, la de la bondad calculada y tesORIZADA.

Entre las libertades perniciosas que enseña el catecismo del padre Ripalda, figuran:

La libertad de prensa, la libertad de enseñanza, la libertad de propaganda y la libertad de reunión.

Todo ello, según el propio catecismo, para barrer el camino a los trece errores modernos:

Materialismo, darwinismo, ateísmo, pantismo, deísmo, racionalismo, protestantismo, socialismo, comunismo, sindicalismo, liberalismo, modernismo, masonería.

Siempre la ambición de la Iglesia española fue insaciable, a veces insoportable. En ella los jesuitas siempre han guardado cierta preponderancia. En España no se ha esperado al advenimiento de la República para tomar medidas contra los hijos de Loyola. Ya en 1766 Carlos III de Borbón procedió a su expulsión.

Si el clero español hubiese querido, la larga noche de San Bartolomé, que dura desde hace veintisiete años, no se hubiese producido. Si el Vaticano hubiese estado en manos de personass decentes, ya no se hubiese producido la sublevación de julio de 1936.

Después del triunfo fascista en la península y de la derrota hitleriana y fascista, España ha sido y es refugio de toda esa hez de la tierra, como son, por ejemplo, el obispo Saritch, que junto con el obispo Stepinac, Ante Pavelich y sus ustachis, en Servia, elevaron el fusilamiento a la categoría de institución nacional. Como ejemplo ahí tenemos el bando que Abrosio Novak, prelado del convento de Varazdín, hizo publicar en Mostanica: «Servios, todos vosotros estáis condenados a muerte, pero podréis salvaros de ella bajo una condición: que os convirtáis al catolicismo».

Este bando se parece mucho a: «Estoy dispuesto a exterminar hasta la quinta generación, si es preciso fusilare a media España».

Después de bendecir los cañones y publicar bandos tan elocuentes, después de asesinar millón y medio de personas, un hecho fatal tenía que producirse: la Pax Christi en toda la desgranada tierra española. Una Pax Christi que se confunde con una interminable paz de cementerio.

¿Hasta cuando?

M. CELMA

## PRECOCIDAD 1963

Una señora va al mercado con su hijo. Al llegar al puesto de frutas, el vendedor acaricia al pequeño y, bondadosamente, le dice:

—Coge un puñado de cerezas, buen mozo.

El niño, aunque no con mucha firmeza, se niega a hacerlo.

—¿Acaso no te gustan las cerezas?, pregunta el vendedor.

—Sí, y mucho.

El hombre coge entonces un puñado de ellas y las deposita en la gorra del pequeño.

—Muy bien, querido —dice la madre a su hijo, una vez alejados del vendedor—, me ha gustado mucho tu cortesía al negarte a coger las cerezas.

—No ha sido cortesía, mamá. Ha sido porque la mano del frutero es mucho más grande que la mía.

Versiones

por DENIS

# El gobernador

**E**RASE un gobernador un poco periodista y un poco poeta. No, excusadme. Un poco poeta, no. Un poco hacedor de versos. Ya sabéis que no es lo mismo. Los hacedores de versos son, en todos los tiempos, muchedumbre. Los poetas, desde que el hombre es hombre, apenas un centenar.

Nuestro gobernador había hecho versos a la Luna, a la amada, a los árboles del paseo, y a una jovencita que no era la amada. Y había publicado, en un diario de su provincia, unos articulillos más o menos de oposición.

Eran los felices tiempos en que unos articulillos así abrían muchas puertas, entre estas las de un gobierno civil.

Y eran asimismo los felices tiempos en que un gobernador gozaba de su posición en una tranquilidad paradisiaca.

No había conflictos, o eran en todo caso conflictos que en un santiamén resolvía la guardia civil; no había nada que constituyera una preocupación para la primera autoridad de la provincia.

Su misión era asistir a los banquetes, muy frecuentes; a los bailes de sociedad, más frecuentes que los banquetes; y al teatro, cuando lo había, que no siempre lo había.

Nuestro gobernador no se limitaba a cumplir su misión. En las horas que le dejaba libres el cumplimiento de ésta — la asistencia a los banquetes, a los bailes, al teatro —, cortejaba a las mujeres accesibles al cortejo, que, tratándose del gobernador, no eran pocas. Tarea que desempeñaba también — no sé si será necesario decirlo — en los banquetes, en los bailes y en el teatro.

Si la compañía que la no muy buena suerte llevaba a la ciudad contaba con alguna actriz todavía en estado de merecer, el cortejo del gobernador no le faltaba. Habría sido, de su parte, incorrecto. Y de otra cosa podría carecer, pero de corrección, no. Era, al contrario, la corrección en forma de gobernador civil.

Había que verlo en los bailes. Su fineza, su cortesía, eran la admiración de todos. ¡Y qué bien bailaba! Se diría que en toda su vida no había hecho otra cosa. Pero se sabía que había hecho otras cosas. Versos, por ejemplo, que sin duda ahora, que era gobernador, reuniría en un volumen. Y hasta artículos que habían estado a punto de derribar al gobierno. Increíble, pero cierto. Tan fino, tan cortés, tan correcto, tenía sus ideas, que había defendido con la pluma en la mano. Precisamente por eso era gobernador. Se le temía. Se le había dado ese puesto para acallarle. Se le darían otros puestos más importantes para que no pasara al campo adversario. Campo adversario dentro del régimen, claro está. No había que suponerle capaz

de irse al lado de los enemigos de éste. Eso, en un hombre tan correcto, era inconcebible. Eso se quedaba para hombres que apenas tienen educación, ni maneras.

Se le predestinaba para el gobierno civil de una provincia más importante, por lo pronto. Después para una subsecretaría. De donde saltaría fácilmente a un ministerio. Un articulillo, escrito a tiempo, bastaría. Y aun no habría necesidad del articulillo.

Todo eso rodeaba al gobernador de una atmósfera de simpatía calurosa. Se trataba de alguien que tenía ante sí un porvenir brillante. Podría, llegado el caso, hacer mucho por la provincia.

Los pequeños contratiempos con que tropezaba, de tarde en tarde, eran, por esta razón, más pequeños aún. Todo el mundo se desvivía por servirle, por allanarle el camino, por quitar de su paso cualquier obstáculo.

Ganó así, para el gobierno, que nunca las había ganado en la provincia, unas elecciones municipales. La inmensa mayoría de los nuevos concejales eran adictos a la política gubernamental. Se comentó, hasta en los periódicos de la capital del reino, el éxito del gobernador. Porque aquel triunfo no se debía sino a la certera y juiciosa política de éste. Maestro en las lides del periodismo, se revelaba hábil también en el campo — tan lleno de escollos — de la política.

Evidentemente, pasaría al gobierno civil de una provincia más importante, y después a una subsecretaría, y luego a un ministerio. O tal vez, si lograba ganar del mismo modo unas elecciones generales, saltaría directamente a un ministerio.

Tales comenzaban a ser sus sueños, cuando surgió algo que, a su juicio, podía interrumpir su carrera. Era una cosa pequeña, pequeña, sobre la que se habría avergonzado de pedir parecer a nadie. Pero que le molestaba, que le hacía temer por su porvenir. Y no sabía qué hacer, ni si habría algo que pudiera hacer.

Se trataba de esto: Unos obreros, que ni siquiera eran del mismo oficio, habían empezado a publicar un semanario en el que decían las cosas más terribles. No tenerles sin cuidado, sino contra la institución gubernamental en sí, fuese cual fuese, contra el Estado, contra la propiedad, contra otra multitud de principios sagrados, en fin. Habían llegado a hablar — ¡horror! — hasta de anarquía. Todo ello, en términos que no daban motivo alguno para suspender el periódico. Lo que, por otra parte, habría sido muy violento para él, un poco periodista, como el lector recordará.

Se habían comentado ya, en un banquete, algunos artículos del semanario. El gobernador fingió no darles mayor importancia. Un fabricante aseguró que los obreros que redactaban el periódico

eran buenos chicos, algo extraviados. El los conocía. Uno de ellos trabajaba en su casa. Era un obrero ejemplar. Pero había que poner coto a lo que decían. ¿A dónde iríamos a parar si lo que escriben contra la propiedad encontrara eco?

El gobernador vió reflejada, en estas palabras, su opinión. Pero ¿qué hacer? Consultar a la capital, sería, sin duda, ponerse en ridículo. Suspender el semanario, sin más ni más, podía dar lugar a una campaña contra él. Los periódicos enemigos del régimen aprovecharían la ocasión para decir cosas desagradables. Comprometería, sencillamente su posición. Y adiós, entonces, subsecretaría, y ministerio. Mas, por otra parte, si el semanario seguía publicándose, y diciendo las cosas tremendas que decía, el comentario del banquete se repetiría en otro banquete. Se juzgaría que él, el gobernador, no estaba a la altura de su misión, puesto que permitía se atacaran cosas tan respetables como la propiedad.

Era una cosa pequeña, pequeña, pero ¡cómo le molestaba! « He ahí mi porvenir en peligro », pensaba. Llegó hasta no dormir algunas noches.

Una de estas noches, se levantó más temprano de lo acostumbrado, decidido a encontrar una solución. Aunque contra su gusto, consultó a un picapleitos, alto funcionario del gobierno civil, que era una rata de código.

— No hay nada que hacer, excelencia — le dijo el picapleitos —. Pero esos buenos chicos no tar-

darán en caer en las mallas de la ley. La impunidad de que gozan hasta ahora los alentarán. Escribirán contra la religión, por ejemplo, o contra el ejército. Entonces los tendremos. Esperemos, esperemos. No hay que impacientarse. Bastará detener al director, cuando se publique el artículo esperado, que no dejará de publicarse, para que el periódico desaparezca.

Días después, el gobernador creyó llegada la hora que el picapleitos le había anunciado.

En la primera página del semanario, y rodeados de una orla, para que el delito fuera mayor, se publicaban unos versos subversivos — él, hacedor de versos, lo vió en seguida —, firmados por un tal Calderón de la Barca. Se decía en esos versos que el hombre es menos libre que los animales. Era, la cosa estaba clara, una alusión injuriosa a la política del gobierno.

El gobernador, sin consultar ya a nadie, dió las órdenes oportunas. E inmediatamente partieron, para la redacción del semanario, varios policías, acompañados — nunca se sabe lo que puede suceder — por una pareja de la guardia civil.

La policía, protegida por la guardia civil, asaltó, sin más preámbulos, el local donde el semanario se redactaba. Y ante el asombro de los buenos chicos que lo redactaban, el que hacía de jefe, dijo :

— De orden del señor gobernador, dése por detenido el llamado Calderón de la Barca.

## Los fusiles vascos fueron comprados en Alemania

(Del libro publicado en 1944 por el titulado presidente de Euzkadi, José Antonio de Aguirre y Lecube « De Guernica a Nueva York pasando por Berlín », Editorial Vasca Ekin, Buenos Aires, copiamos las siguientes líneas sin añadir ni quitar punto ni coma (páginas 20 y 21 de la obra) para demostrar que los alemanes preferían el negocio a Hitler):

**H**ABIA terminado el acto de mi jura cuando llegaba apresuradamente del extranjero uno de los dos amigos que enviamos a comprar armas a Francia. El viaje de vuelta lo había realizado en una gasolinera, burlando la vigilancia de los barcos de guerra franquistas. Era Telesforo de Monzón, un joven de mi misma edad, a quien yo había nombrado ministro de la Gobernación del nuevo Gabinete Vasco sin él saberlo.

— Todo está arreglado — me dijo nerviosamente Monzón.

— ¿Arreglado qué? — le interrumpí.

— Lo de la compra de armas — me contestó —. Dentro de pocos días llegarán de Hamburgo cinco mil fusiles y cinco millones y medio de cartuchos.

— Pero ¿qué estás hablando? — le repliqué asombrado —. ¿De Hamburgo?

— De Hamburgo, por mucho que te asombres —

añadió Monzón —. Nos las han vendido los alemanes.

Todo aquello era demasiado incomprendible para mí. No me cabía en la cabeza que los alemanes nos vendieran armas para defendernos contra Franco, y en cierto modo contra ellos, que eran sus aliados. Decididamente, empezábamos a vivir en un mundo sin lógica, que andando el tiempo iba a proporcionarnos los ejemplos más estupendos de contrastido.

— Así es, aun cuando te extrañe. En Francia no había nada que hacer. Nadie quería oírnos hablar de vender armas. A los ingleses hasta les escandalizaba la idea. No hemos tenido más remedio que irnos a Hamburgo, donde unos agentes alemanes nos han vendido esas armas, que vienen de Checoeslovaquia.

Y lo más extraordinario fué que llegasen a nuestras manos. En un puerto francés fueron trasbordadas las armas del buque escandinavo que las condujo, al pesquero vasco que hubo de transformarse en barco fantasma para traerlas a Bilbao. Las maniobras del trasbordo fueron por demás complicadas, pues hubimos de valernos de toda clase de estratagemas para que las autoridades francesas no se enterasen de que los pobres vascos habíamos adquirido armas para defender los principios democráticos que ellos sustentaban, etc., etc.»





# « FEO »

## Historia de un perrito español

**E**STOY aquí. Aunque lloro desesperadamente me siento optimista. He pasado un un trance extraño. Se trata de algo que puedo explicar de un modo muy sencillo : He dejado de ser esperanza para ser motivo de amor; un motivo de amor que, al sentir la lengua enternecedora de mamá, se entusiasma y se entrega por completo a arrancar un precioso jugo blanco de sus queridos pezones.

Creo que el mundo está completo. Estoy seguro de que la creación es perfecta. Siento junto a mi empujoncitos a los que no haga caso. Yo empujo también. No sé de qué se trata, ni puedo ver más allá de este ansia de calor y de alimento. Sé que soy una criatura feliz.

No sé de qué está compuesto el tiempo. No tengo noción de la luz ni del pesar. Mi oscuridad tiene una imponente alegría porque estoy alumbrado por un candil de conformidad. Nada hay tan importante como estar asido a las tetitas de mamá. Es como estar allá dentro, atado a su ser, esperando cambiar de fase, como la luna. Lo importante es estar siempre unido a mamá, sea por lazos umbilicales, por los lácteos o los del amor.

Acabo de sentir sobre mi un peso desolador. Es el peso de una forma de amenaza. La angustia oprime mi corazón y mi cabeza se llena de imaginaciones sombrías. Mil aullidos encadenados escapan de mi boca de silbato. Siento el contacto de una materia viva, pero extraña, desconocida... Pierdo la proximidad de todo lo amado y conocido. Un mundo nuevo me hace frente. Y yo, que no estaba preparado, me horrorizo. ¿Es que no expresan mis lamentos, mis quejidos, mis aullidos todos, este sor-do temor por esa masa que me aprisiona? Sin querer, ni pretenderlo siquiera, sé que oigo, aunque no entiendo nada de lo que se dice; bien poco me importa y, ni aun comprendiendo algo, nada me importaría más que este sentimiento que me domina : ¡Mamá!

Lo que oigo no se parece en nada a lo que huelo, a lo que siento o a lo que sencillamente imagino.

— ¿Es perro o perra?

Sobre mi barriguita pasa una corriente de aire tibio.

— Perro.

— Y... ¿tú por qué lo sabes, papá?

— Que te calles, niño...

— ¡Tiene sueño!

— No : tiene frío.

— ¿Por qué no abre los ojitos, mamá? Déjame que lo tenga en mis brazos.

— No, hija, que la madre... ¡Mira cómo está la madre!... ¡Devolvedle ese bicho!

Desciendo. Descender hasta mamá es como subir al cielo. Desaparece todo mi temor. Y el de mamá también. Ensuentro de nuevo un pezón consolador y aquellos empujoncitos que, aunque me enojan con frecuencia, me van siendo ya queridos.

Mamo... Pero tengo un sentimiento que me quita una parte de mi felicidad : temo. Temo a lo que hay por encima : presencias, sonidos, sensaciones; todo negro y volandero, como los murciélagos. Sigo mamando sin poder evitar la amenaza del peligro y por eso, cuando lloro, cuando llamo a mamá, lo hago con notas más sensibles, notas que romperían el corazón de un nombre duro o de una montaña.

He oído un fandanguillo. No puedo explicar lo que es eso, pero puedo decir que lo que de él se desprendía puede identificarse con la clave sentimental de mi vida.

— ¿De qué raza es?

— Vete tú a ver... Como la madre es tan callejera...

— Pues parece lobo.

— ¡Lobo! Si a eso le llamas tú lobo...

— Es que yo, como entiendo tan poco de perros...

— Entonces, cierra el pico.

— ¿Cómo se llama?

— Feo.

— ¿Feo?

— Sí, Feo.

La cáterva se ha reído. No sé qué relación puede haber entre lo de « feo » y mi pequeña existencia. Yo me reí cuando, al nacer, me encontré en un mundo tibio de amor. No comprendo por qué criatura alguna se pueda reír por otra cosa. Presiento que se habla de mí. A causa de cinco dedos, cinco escalofríos han recorrido mi ser para recluirse luego en mi rabito. Y una voz que me asusta menos que otras ha susurrado junto a mi hocico :

— ¡Pero es tan gracioso!

No tengo idea de lo que el tiempo es; pero puedo apreciar algo del orden en que los acontecimientos se han ido desarrollando y recuerdo que una vez se murmuró por las alturas :

— Se acaba de despertar. Y en cuanto despierta, mira... mira cómo él y sus hermanos traen a la madre loca. No tienen conciencia. La van a secar. ¡Pobre perra!

— ¡Ocúpate tú de tus hijos y deja los de mi perra!



Desperté con desasosiego. Comprendí que había estado en algún lejano país, pero no recordaba haber echado de menos a mi madre. Seguía alumbrando mi vida el candil de la conformidad a lo conocido. Mamá estaba tan cerquita, tan en mí, que podía decir que siempre había estado dentro de ella. Si alguna vez su dulce y cálido aliento se alojaba, me bastaba aumentar el timbre de mis aullidos para sentirlo inmediatamente sobre mí. Todavía me confundo pensando en ese bandido encantador del sueño...

Tengo ojos... ¡Yo tengo ojos! Tengo dos ojitos que me sirven como dos lucecitas. Me alumbran hacia adentro, alimentándose de lo que ven. El espectáculo más hermoso que jamás he contemplado es mamá. No puedo describirla porque me dan ganas de llorar de alegría. Mamá es un templo, el lugar de adoración que más se acerca a Dios. Y yo adoro, sujeto a mamá, la ley de vida que en mí se ha sido escrita. Los ojos de mamá hablan de pureza de sentidos, de amor sin mistificaciones. Ninguna voz de esas de por lo alto, ningún sonido de esta creación de tablas y sacos viejos podrá expresar nunca la delicada sinfonía del corazón de mamá.

— Feo, Feo...

Mi corazón da un brinco. El pavor me arrebuja en mamá. Mamá gruñe de un modo que, si fuese contra mí, me espantaría más que el pánico que me domina... Pero ese gruñido es mi coraza y mi escudo.

— ¡Niño! Te he dicho mil veces que no te acerques a los perros. Estoy de niños y de perros hasta la coronilla.

— Pero, mamá, si no me acerco.

— No repliques y apártate. Esa perra es una loba.

— ¿Por qué, mamá?

— Que te quites de ahí, te he dicho.

— Pues me voy a jugar con Rafaelito, el zapatero.

— A ver si vienen a llevarse estos perros. A ver si los tiran al río, que para perros y pobres ya está bien la cosa.

Esas voces me producen un profundo terror. Parece como si en la garganta se me pusiera toda la vida. Mamá se inquieta. Alza su cabeza y da respingos: sus pezones se salen de mi boca y ya hago preguntas sin sentido, dirigidas a techos que no me amparan.

— Bueno... ¿Qué vamos a hacer con ellos?

— Tirarlos en un saco y con dos piedras...

— Se dan y listo.

— ¡Al río!

— Maldita sea la hora en que naciste.

— ¡Canalla!

La leche de mamá me sabe a hierbas amargas.

Me gustan los colores, los olores y, algunas veces, las moscas. Fué una mosca tozuda quien despertó mis ansias de juego. Pero mi cuerpo es pesado y mis patas no me sostienen.

Mamá huele a hoguera encendida con troncos de árboles milenarios. Mis hermanitos son brotes de primavera reventando en el capullo de sus propias vidas. El silencio es algo que se rompe hiriendo mis sentidos. La alegría es el triunfo de mi esfuerzo por asirme a mamá. El calor de su vientre es una fortaleza de ternura. Los ojos de la caterva amedrentan. El hombre habla poco. La mujer, mucho y mal. La niña es tierna como un tronchito. El niño ordinario y cruel. La casa de esta gente no es mucho más grande que la mía, ni más hermosa. Juego mucho. Si mi sangre pudiera traducirse en palabras, bastaría una sola: jugar. Pero mamá está triste. A ella le agrada sabernos inquietos y puguetones. No nos dice que sufre, que un dolor al acecho la hace desgraciada... Mis hermanitos y yo nos revolcamos en la plenitud de la alegría y el regocijo. Sólo nos detenemos, instantáneamente, con el frío en las orejas ante el sonido de motor oculto que se produce en el pecho de mamá. De súbito reanudamos nuestros juegos con mordiscos que expresan toda clase de alegres manifestaciones.

— ...da lástima.

— Más lástima es que cojamos aquí una cosa mala con tanto perro.

— Mujer, ¿qué daño te harán?

— Te he dicho que no los quiero. Si los hubieras tirado cuando tenían los ojos cerrados, hubiera sido mejor.

— Esperemos a ver si los quieren los de López.

— Tanto pedir perritos y ahora, cuando esos bichos han exprimido a la madre, nadie los quiere. Vaya una gracia...

— No tienen formalidad.

— Lo que pasa es que son unos chuchos horribles.

— Si no hubieras dejado a la perra tanto tiempo en la calle.

— Sí, sí, ahora seré yo quien tiene la culpa. Ella era la que cogía el portante y se iba....

— Porque la pegabas.

— Porque me miraba de un modo...

— No hablemos más de esto. Estoy harto.

— Más harta estoy yo.

MIGUEL R.

(Continuará.)

## POETAS DE AYER Y DE HOY

### De caqui y engreído

De caqui y engreído, bajo palio,  
por mansurrona arrogancia, el clerical panzudo,  
con gesto de divino estrafalario  
hizo, al salvar a España, lo que pudo...  
... ¡y más!

Vistió la azul camisa y la boina  
roja encasquetó fundiendo gestas y divisas;  
se entronizó con salerosa gracia divina  
y al ateo de la cruz gamada le hizo misas...  
... ¡y un ademán! (1).

Que porque arriba España muy arriba  
está el genio emperrado en agarrarse a lo que  
[puede.

¡No importa si ha quedado como criba  
el suelo de la patria! Y si hiede...  
... ¡qué más da?

Itálicas fanfarras fascitoides  
de musas mussolinicas pimpantes  
hicieron impacto de espermatozoides  
en las entrañas de esa Iberia de tunantes...  
... de verdad.

Y el dulce general de gesto tierno y brusco,  
claudillo (2) de legiones arabescas,  
hidalgo de la cruz, y del buen chusco,  
armó su San Quintín y, armando grescas...  
... ganó su pan.

Va un cuerno de centuria en la centuria  
de los santos mangantes de este suelo,  
exaltado en poderes que la curia  
romana le otorgara por órdenes del cielo...  
... ¡alemán!

Embotado quedó tanto botafumerio,  
del mucho incienso por arriba y por abajo;  
llegó al trono con humos de sepelio  
haciéndose su bola, escarabajo...  
... ¡o alacrán?

La curia... nacional vio en él la esencia  
de entrañas saponciópicas y hieles  
que dieran al país, con su presencia,  
hastio beatísimo de fieles...  
... ¡sin pan!

Y él vió en la iglesia el carromato  
donde con juramentos de rutilantes gualdrapas  
pudiera ser, de su pueblo, el tío guapo  
y su augustísima consorte, la guapa...  
... ¡del collar!

Perdió la guerra el Eje y él, buen hijo  
de un sistema que a todo se cobija,  
a aquel que odió, por puro amor bendijo,  
y abrió el cepillo, sin dar papel de lija...  
... ¡al dólar!

Se puso bien las botas, y ella los chapines;  
los suyos se llenaron borceguies, como ratas  
del desván nacional que asaltan para hacer de los jar-  
[dines

un suelo miserable de gente en alpargatas...  
... ¡si las « han »!

En ámbitos celestes, ¿qué piensan los caídos,  
los tirados, los segados, los talados,  
los pelados, los abofeteados, los partidos  
por medio y la mitad... Sin chales, los « alados »... (3).  
... ¿qué dirán?

¿España deseó un yugo? ¡Pues tiene bien los grillos!  
¡Arriba fosas, barrotes y rosarios!  
¡España quiso, y ya lo tiene, su claudillo, (2)  
artífice de embalses... de sangre y de osarios...  
... ¡además!

De caqui y engreído por el « money »,  
con empaque de paquete y no monarca,  
a quien le atasca de dólares el arca... (4)  
... ¡el Tío Sam!

España sigue arriba, sigue a flote,  
sigue aupada en calma extática, absoluta :  
al sur el abandono, exilio que tira por el norte  
y en el alma el marasmo de una p...  
... ¡de bataclán!

PEPE-JOSE

(1) Corte español de mangas.

(2) Si sobra alguna letra, quitála tú, lector.—N.D.L.R.

(3) « Alados », con *che* de chal.

(4) Base de cambio : Bases.

"Hay una subversión popular, colectiva o individual, que no puede traspasar ciertos límites porque los gobernantes hoy y los que quieren gobernar mañana como políticos proletarios no quieren que se sobrepasen"



de las  
obras  
de  
**ALAIZ**



«Tipos españoles» 5 frs

«Quinet» 5 frs

---

Pedidos a nuestros servicios de librería

# CENIT

— sociología —  
ciencia — literatura



**Angel Samblancat:** El mal serpentino y Cueca peruana.

**Felipe Alaiz:** Galicia.

**Finster:** Las últimas andanzas de Don Quijote.

**D. A. de Santillán:** La única salida.

**Puyol:** La peregrina del mar.

**S. M. Neuschlosz:** Las razas.

**Abarrátegui:** Y cristo en alpargatas.

El origen del mal.

**F. Ocaña:** De Schumann y Vatzlav Nijinsky a nuestros días.

**Han Ryner:** La lámpara.

**Veline:** El individuo y la masa.

**M. C.:** El universo de Alaiz.

**Miguel Celma:** La vida y los libros.

**Miguel R.:** Historia de un perrito español.

**Denis:** El historiador.

**Iber Sisifo:** Como toro de lidia.

# 148

ABRIL • 1963

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 100 F.

4.º P. 5523





## NUESTRA PORTADA

### Pies de penitente

El lector se habrá preguntado: ¿A quién pertenecen esos pies encadenados? ¿Se trata de una ejecución?

Son los pies de un penitente de la Semana Santa sevillana.

Pies que han andado tras los «Pasos» durante horas, sucios y ensangrentados. Pies que deben llevar un cuerpo manchado de muchos pecados y un alma abrumada de remordimientos... Porque el hombre cabal y honesto, el hombre que no peca ni comete crimen, el hombre que no inflige ninguno de los mandamientos, no necesita hacer tan dura penitencia, prosternarse en el lodo, dar al vecindario el espectáculo de ese aparatoso rescate.

A veces se trata de ex votos. A veces son hombres o mujeres acongojados, que prometieron a la Macarena o al Cristo del Gran Poder seguir, con los pies desnudos y encadenados, las «santas» imágenes, si ellas salvaban un hijo o una madre...

Al hijo o a la madre lo salvaron la ciencia y los hombres. Pero la ignorancia y el fanatismo que inspiró la promesa, obliga a cumplirla. Y ahí están esos pies, que son el símbolo mismo de creencias ancestrales, de costumbres bárbaras, de ignorancias incommensurables. La Iglesia, por su parte, que combate las supersticiones, entretiene cuidadosamente esa manifestación primitiva de fe en los milagros y de temor a castigos ultraterrenos.

Pies de penitente: anónimos y doloridos, sois la imagen misma de la incultura, del atraso, de la miseria, en que vive sumido y juzgado un pueblo digno de mejor suerte.

Los turistas os contemplan y os fotografían, pero ninguno cala hondo en cuanto significáis, en la viviente tragedia de un pueblo arredento que habla en vosotros con la elocuencia muda de unos hechos repetidos año tras año desde hace muchos siglos. Pies de penitente: ¿cuándo os pondréis en marcha hacia el rescate y la redención definitiva?

# CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,  
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert  
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,  
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,  
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,  
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán  
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,  
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire, C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en el que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)



# CEÑIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII

Toulouse, Abril 1963

Nº 148

## EL MAL SERPENTINO

**E**N las mesticerías de América, en que arde, como un odio cartaginés, la llama del resentimiento contra el dominio colonial y virreinal, suelen decir los cuarterones y los 50 por 100 —mitad leche y mitad café— que los manchegcontinentales no nos deben a los manchegopeninsulares más que el idioma, la religión y la sífilis.

Como el catolicismo es una tabes inoculada —inyectada por el ojo sin niña— e inculcada —*in oclum collocata*— por los frailes de Santo Domingo y otros cirios de Pascua ampulosos, a los desinflados indios a través del canelón de las rellenas indias, siempre di yo por el morral —el más plano y pleno *placet*, quiero decir— al indigenato que sostiene que los Conquistadores vinieron aquí a sifilizar y no a civilizar la pampa.

En cuanto al «don de Venus», existe una doble corriente histórica, una especie de mestrom operante en lanzadera, que lleva unas veces la invasión del espiroqueta pálido del caño al coro —del Nuevo al Viejo Mundo— y otras en viaje inverso, del coro al caño. El espiroídeo de Ehrlich es un buen cliente de la Agencia Cook, o sea, un microbio muy turista.

Se discute entre doctores, como en un mercado de chinos, acerca del origen animal de la coqueta plaga. Cuentan que en el talón del borcegui papal (Calabria) existen unas culebras —¡lagarto, lagarto!— que maman la leche de las vaquillonas ya salidas del estado de merecer, en la propia fuente de 7 chorros; y les contagian a las noveles madremitas la avería de Brioux, por la flauta de 7 registros. De ahí, el mote de mal serpenteo, que a la sanie le aplicó el cura, al bautizarla.

Las apacibles querasas les pasan gentilmente sus violas a los fogosos todos. Y ya se anúa a oscuras respecto a lo que ocurre luego.

En el Perú del virrey Amat, prohi-

bía un reglamento que chicos y chicas barbiponientes por la banda del bajo, pastoreasen los rebaños de llamas del Inca catalán, porque iban al revuelco con ellas y se establecían tratos demasiado prietos entre bestiaje y bestiaríos. Con lo que Coridones y Amarilis se llenaban luego de pústulas y manchas de jamón, en castigo de los nefandos retozos.

La antigüedad docta debió de conocer la peste morada; verticoidal y azul, que hoy diríamos, Marcial habla de unos lises e higos de flor, que le habían salido a una favorita imperial en el cuello, por lo que hubo de ser tirada al muladar. Y por lo que también llama Marco Valerio FICUSUS —higoteado o higuerado— al avariósico.

El mal de Job, de Sócrates —poseedor de una nariz característica, con depresión en silla de montar—; de Felipe II, que se cucó vivo; del papa León X, de mate y terrosa tez; y hay quien dice que hasta de Jesús o de todo Jesús, debía de producir verdaderas hecatombes en los cenobios de ambos sexos, durante la Edad Media. Cuatro patronos nada menos tuvo que nombrar la Iglesia romana contra la lúe: santa María, san Fiacro, san Urento y san Dionisio. Patrón, por lo mismo, el últimamente nombrado, de la realeza de Francia. Y como al Languedoc o al Midi se le dio por abogado en el cielo a san Sátiro, quedaron por allí encantuciados devotos y devotas. San Sátiro los tumbaba en el tambor. San Urento los quemaba en el ascua de santa María. Y san Dionisio les llevaba en Fiacro o fiacre a la bienaventuranza paradisial. Y todos como un bróquil. Como un bróquil, guindado y collarado de habichuelas.

Lo probado es que con las Cruzadas no acabaron los sarracenos, sino las sarracinas que en la sangre de los caballeros cristianos encendieron las sarracenas. ¡Buenos pusieron a san Luis y a Ricardo Corazón de jamón!

El Oriente descacharró por el occidente a la Europa feudal.

Los lusos hicieron presente a Brahma del treponema trepanador, introduciéndolos por Goa en el Indostán. Aunque hay quien asegura que el Macedón se tuvo que retirar ya del Ganges con sus falangistas, falangeado por la terrible epidemia hasta los ojos.

A Colón las malinchitas de Santo Domingo le pusieron las tripulaciones, que se les caía la piel a tiras, como a las boas cuando están de muda. Hasta los Pinzones volvieron a Huelva pinzados y con la cara hecha un mapa o una carta de navegar. Al retorno del Descubrimiento, las marinerías del divino Almirante desembarcaron las bubas en Barcelona. De aquí partió el regalito para Valencia y Nápoles. En Italia, las soldaderas españolas, a la catapulta de cuyo caderamen nada resistía, obligaron al ejército de Carlos VIII a levantar el sitio de la ciudad partenopea. Cada sitiador se iba necesitado de 4 tandas de salvarsán. Los franceses propagaron esa cultura —el culto de la «Dama Verde»— por toda Europa en menos de un año.

Y no había a la sazón santo canonizado, que no entrara con esa marca de predestinación en la gloria de los calendarios. Todos los hijos de Dios estaban como una anchoa de ojetear olivas sabucas. Pero, cada quispiam echaba el gato muerto al patio del vecino. Así los franceses llamaban al gálico «mal de Vesubio»; los italianos, «mal de París»; los portugueses, «mal de Isabel la Católica»; los españoles, «mal de santa Genoveva»; los polacos, «mal del gran Federico»; los rusos, «mal de Chopin»; los alemanes, «mal Tudor»; los turcos, «fuego de Mitra»; y los ortodoxos, «roseola de Mahomet».

Y la verdad es que ¡buenas podremias estamos todos!

Angel Samblancat

# GALICIA

Lean, lean los que sólo conocen a los gallegos por « Maruxa ».

**S**E habla constantemente del caciquismo gallego y de sus votos. No salían éstos de la voluntad de los pueblos. Las papeletas entraban en paquetes al tabernáculo sufragista por mano de los caciques y de sus agentes, como ocurría en toda la España rural. La mano del cacique metía y sacaba sufragios, y luego los contabilizaba cada reyezuelo a su gusto, turnando los caciques en el aprovechamiento de los votos y de las trampas.

Pero la vida aldeana tenía otros episodios en verdad memorables, como dos que hemos oído relatar a un bravo galaico de Lanzós, aldea agregada al municipio de Villalba, en tierras de Lugo.

Era hacia 1915. Lanzós tenía su prado de aprovechamiento común. No había apropiación particular de tierra. Tradicionalmente los aldeanos utilizaban el pasto para el ganado, sin competencia ni exclusivismo.

Se le ocurrió a cierto ricachón acotar una buena porción de prado. Los aldeanos vieron que el ricachón ponía vallas sobre la hierba, y se buscaron para comentar el caso con indignación, pero sin discursos. Ninguno de aquellos aldeanos sabía nada de socialismo ni de anarquismo. El ricachón — que por cierto era tabernero — se había tragado la cuarta parte del terreno comunal, acotando con estacas, barras y palitroques una superficie rectangular, la mejor por cierto, del prado.

Los aldeanos se pusieron rápidamente de acuerdo en ir al prado, con las herramientas de labranza más apropiadas para derribar la valla, y la derribaron a media noche. Después de pasar el grupo de expropiadores por el prado, apareció éste una mañana sin valla ni trazas de ella. El ricachón aprendió la lección y no se arriesgó a hacer ninguna denuncia, a pesar de contar con el favor de autoridades y tricornios.

Cuando a uno de los aldeanos le preguntó su nieto, al verle regresar a casa con la herramienta al hombro a hora desusada el motivo de la novedad, contestó el viejo con la reservada picardía del Noroeste :

— Vengo de matar topos, rapaz.

De la misma aldea habían emigrado muchos labradores a Cuba. Apenas llegaron a La Habana, fundaron « El Progreso de Lanzós », modesta Sociedad sin estatutos, sin sello, sin local y sin junta. Los asociados — todos los emigrantes que procedían de Lanzós — recordaban que en su aldea, de doscientos hogares escasos, salían los carneros de la escuela cada mañana para entrar los rapa-

ces en el local-establo y pasar unas horas rezando.

Los aldeanos cotizaban en La Habana medio dólar al mes y más adelante un dólar para construir una escuela nueva en Lanzós, organizando, además, festivales y tómbolas para reunir el dinero necesario y comprar materiales. Los aldeanos que no habían emigrado se comprometieron a trabajar en la construcción del edificio sin cobrar nada.

El plan tuvo realización, a pesar de quererlo estorbar el caciquismo cerril, que hizo llegar dos parejas de tricornios al tajo cuando el edificio que se destinaba a escuela estaba a medio construir.

He aquí el diálogo del caso :

— ¿Qué hacen aquí?

— Una casa.

— ¿Para quién?

— Para todos.

— ¿De quién es la casa?

— De todos.

— ¿Quién dirige la obra?

— Todos.

— ¿Quién paga los jornales?

— Nadie.

— ¿Quién los cobra?

— Nadie.

— ¿No hay un responsable?

— Todos somos responsables.

— Pero ¿trabajan sin cobrar?

— Sin cobrar.

— ¿Se burla usted de nosotros?

— Digo lo que es. Si dijéramos una mentira nos burlaríamos de nosotros mismos, porque nada rebaja tanto como la mentira.

— En mi vida he visto que se trabaje sin cobrar.

— También en las aldeas se ven cosas nuevas y se aprende.

— ¿Qué va a ser la casa?

— Una escuela.

— Ya hay escuela en Lanzós.

— Para los carneros, no para los rapaces. A un carnero le basta el establo; a un rapaz, no.

— ¿Por qué no piden una escuela al Estado?

— Porque el Estado nos da ya demasiadas cosas y no queremos que se moleste más. Nos da fuerza pública, que no necesitamos. Nos viste gratis de colorines en el cuartel y nos mantiene allí. ¿Cómo pedir más?

— ¿Y las carreteras?

— Las pocas que hay, las hacemos nosotros con pico y pala. El Estado no hace nada...

Todo este diálogo se desarrolló sin dejar de trabajar los aldeanos, y sin dejar los tricornios de asombrarse a cada palabra. Pero el asombro subió de punto en los tricornios y hasta cambiaron de color cuando todos los vecinos útiles de Lanzós,



mujeres y hombres, grandes y chicos, acudieron a paso lento con horcas, hoces azadas y garrotes, tan imponentes éstos como un as de bastos agrandado.

La noticia del incidente se había propagado con rapidez. La hueste aldeana avanzaba con la lentitud de los que saben que van a llegar a tiempo y no desean precipitar los acontecimientos. Además, el gallego conoce por instinto el código. Lo conoce como conoce los baches de la « corredoira » o camino vecinal : para evitarlos o saltar por encima.

Los cuatro tricornos se agruparon a la defensiva, de espaldas a la pared.

— Vienen a ayudarnos en el trabajo — dijo el albañil.

— ¿Con garrotes? — preguntó el tricornio-jefe, muy escamado.

— El garrote téngolo por fuerte. Puede servir de palanca. Hay piedras muy pesadas. Pruebe...

Realmente era una broma pesada invitar a un cabo de tricornos a que diera el callo.

Los aldeanos estaban llegando y les preguntó el tricornio-jefe, a unos veinte metros de distancia:

— ¿A qué vienen?

— ¡A trabajar! — dijo el albañil, sin dejar el trabajo.

— ¡Deje que contesten ellos! — profirió el cabo.

Este preguntó al albañil, buscando una víctima:

— Por lo visto, usted es el que manda aquí...

— Aquí no hay mando — contestó el albañil —.

Todos esos vienen a trabajar, y a que se nos deje trabajar en paz.

El tricornio-jefe estaba pálido. En un arranque de retroceso muy explicable, se le ocurrió echar agua al vino :

— Aquí no es cosa de discutir la cuestión...

— Callado me estaba — sentenció el albañil.

Como el coro se impacientaba y hasta una vaquera lozana blandía el as de bastos, gritó el cabo:

— ¡Al cuartel!... Y usted, albañil, venga mañana al cuartel.

— No tendré tiempo.

— Venga hoy por la noche.

— Estaré cansado...

— ¡Basta! — gritó el tricornio-jefe.

— Si voy, todos irán.

— ¡Todos! — gritó el coro.

La escuadra de tricornos se retiró a buen paso, aplastada por la entereza de los aldeanos, que despidieron a los servidores del cacique con una tempestad de silbidos.

Nótese la agudeza mental del albañil, en contraste con las palabras del civilón. A un galaico es difícil « cogerle » con preguntas, porque pregunta a su vez todo lo que se le ocurre.

El albañil no fué al cuartel, y la construcción del edificio llegó a buen término. Los aldeanos instalaron un reloj espléndido de torre en lo alto de la fachada, y en la parte más visible hicieron grabar esta frase, verdaderamente lapidaria : « No es propiedad del Estado. »

F. ALAIZ

## SIN REPROCHE

No tales con espíritu cortante,  
en palabras agudas e insolentes,  
el corazón confiado de las gentes  
que esperan tu consejo susurrante.

Hay siempre una palabra edificante,  
incluso si denuncias lo que sientes  
perdido en un error, y así no mientes  
diciendo tu verdad, como a un  
[amante.

No esgrimas el insulto y no porfies  
en dejar con tu gesto absurda pena...  
¡Ni a tu rígida idea te confies!

Y aprende a percibir, como azucena  
bajo el cielo sembrado de alélieis,  
que la luz es pacífica y serena.

Abarrátegui

# Las últimas andanzas de Don Quijote

**E**N un lugar de la tierra y cuyo nombre no viene al caso citar, caminaba un hombre maltrecho por sus últimas desventuras. Diríase de su silueta adornada de lambrequines y blasones el motivo principal de una estampa heráldica. Era de noche y sus cabellos de color de plata resultaban al recibir la caricia del claro de luna, que dominaba la más altas montañas.

Miradle, siempre caminando ese esquelético viejo. El SOLO, y hoy, más solo que nunca. ¡Tuvo tantos reveses en su azarosa vida!

¿Dónde va?

Camina y sueña. Sin remordimientos, pero más preocupado que antes. Día tras día marcha sin cesar. Su descanso algunas noches es exiguo.

Pero... Tuvo un alto en su camino. Era por el año 36, cuando los señores luchaban contra sus siervos y los siervos luchaban contra los señores. Por entonces tuvo amigos que, aunque siempre repudiaron (decían) el señorío, quisieron ser señores.

Marcha cabizbajo, aunque con cara alegre y jovial. Su semblante refleja la fatiga, sin que llegue al relajamiento. Su carne, del todo escasa, se halla envejecida, pero ese algo que le anima es fuerte y rejuvenecido.

--¿Cómo!... ¿Se para?

Si, y piensa. ¡Tanto ha sufrido y soportado! Ha sido humillado y ultrajado por todos y por todo. Y... últimamente quien formaba con El un ser perfecto le ha dejado.

¿S...?

Cierto, es él, SANCHO. Como tenía ganas... y en aquellos tiempos, cuando ambos eran UNO, el grosero y sucio gustó el néctar de las mieles del mando, quiso dominar. Hoy le ha abandonado. Le gusta codearse con el Mundo y hasta creo que llegó a ser algo más que Corregidor. No sé si esos «señores» del «bien vivir» lo llaman MINISTRO. Y desde que se apartó de su Faro aprendió muchas cosas: se lava todos los días (sólo el cuerpo), lo que no tenía costumbre y emplea la urbanidad. En todo momento su sonrisa es presta a ofrecerse a no importa quien. Es más hipócrita que nunca y hace uso constante de la «Politesse» (creo que así lo llaman los buenos políticos y diplomáticos).

..

... pasa el tiempo, no mucho, y nuestro Rebelde sigue caminando; ahora sube y se dirige a las más altas montañas. Se aleja y se separa cada vez más del bullicio. Tanto ha caminado que le domina la fatiga. En silencio posa sus armas en el suelo: daga, lanza, cuerdas, cadenas, correas, etc., haciendo un montón informe de blasonería, y se deja caer por tierra.

..

## EXTRANO DESPERTAR

—¿Quién eres tú que osaste venir hacia mí?

(El viejo despierta, se despoja de su agujereada armadura, y empuñando en su diestra la enmohecida espada se incorpora súbitamente.)

—Yo soy «el hacedor del Bien», en otro tiempo Caballero.

—Me haces reír, tu SILUETA es TRISTE.

—Pero.. diga su Señoría: ¿Quién es usted?

El otro, mostrando un trozo de árbol en el que se adivina el comienzo de una talla humana, respondió:

—Soy el Aparte, soy YO, y más aquí tan solo. ¿Sabes que la única manera de encontrar tu YO, y de que seas respetado está en la soledad? SOY ZARATRUSTA.

—Si bien recuerdo, vuestra Excelencia desprecia a los hombres...

—Los he querido y los quiero a mi manera. Deseo que sean superiores. Y tú... ¿por qué te apartas de ellos?

—No me aparto de los hombres. Son ellos, su organización presente, la Sociedad, quienes me apartan. Si vieses qué máquinas emplean para su administración...

—Las conozco. Los ESTADOS. Es por lo que yo habito aquí, en las alturas; así ignoran mi existencia. Quiero ser YO. UNO, y no la continuidad de los eslabones de aquel MONSTRUO ELIMINADOR DE VOLUNTADES.

—Habla bien vuestra merced. Quisiera aprender algo de vuestro saber.

—Tú has sido siempre tonto y débil; algunos te dicen bueno. Siempre distes todo por quienes ni lo merecen ni saben el valor que tiene el SER LIBRE.

—Tal vez sea cierto; y ¿sabes por qué me aparto de la plaza pública, como usted la nombra? Pues bien: porque los que tenían como mis mejores amigos, los que vi siempre en todas las luchas de redención contra vasallos y opresores, los que creí hasta estos últimos momentos que eran carne de mi carne, que eran el algo más importante de mí, me abandonan.

—(Riendo a carcajadas Zaratuza.) No sin razón te llaman QUIJOTE. ¿Pretendías esperar otra cosa de los hombres? ¿Ignoras, por casualidad, que hay muchos Sanchos?

—Sí, pero no sólo me dejan, sino que PRETENDEN EMPLEAR MI NOMBRE para fortificar los puntales de aquel «aparato monstruoso» del cual hablamos antes. Echaron por tierra la obra de sus días. DEL ROL DE OPRIMIDOS PASAN AL ROL DE OPRESOR.

—Te lo mereces.

—¿Porque he luchado por ellos, por el Pueblo?

—Sí, y si algo bueno les haces, un día te verás quemado vivo o crucificado por tus protegidos.

--Si, pero si no les ayudamos nosotros que tenemos armas...

..

Silencio profundo. El viejo, mirando la talla que Zaratustra tiene en las manos, le interroga:

--¿Qué significa lo que tiene en las manos Vuestra Merced?

--Es un hombre. Es el pobre, niño e imbécil de Cristo. A ratos me entretengo en esculpir este icono de los alla abajo, imagen principal de los valles que has abandonado.

--¿Por qué lo hace de madera teniendo tan buen barro en las alturas?

--Cristo es aquel que sufre constantemente; es la carne sacrificada en las guerras, es el que arranca el carbón en las oscuras profundidades, es el que funde los cañones; son sus hijas que, sumisas, ofrecen sus carnes por unos mendrugos; son los que tienen hambre y sed, los que esperan Justicia, los que desean equidad, pero NADA HACEN para conseguirlo. Y aunque los aborrezco los quiero, aspiro a liberarlos. Hago de madera este

Cristo para quemarlo y con él el hambre, enterrando después las cenizas de ambos.

--Maravilloso vuestro pensar y...

--...y ahora que te encuentro a ti, que todo lo has dado y lo das por aquéllos. Tú, que amaste tanto la masa, te pido que me prestes ayuda. Abandona tus sentimentalismos y despójate de moral y fe. Trata de ser más TU MISMO. Supérate y así llegaremos...

--Y nosotros solos, un par, ¿qué haremos?

--Ya te apercibiste del buen barro que poseo. Pues bien, cede un poco de tu «social» proceder y yo desprenderé algo de mi temperamento «asocial» (y no insociable, como algunos confunden) y así, entre los dos, construir de este buen barro una escultura, no como modelo, ya que las restantes se harán cada una a su manera. Esculpamos UN HOMBRE limpio de prejuicios y de dogmas, que sea desobediente y sin ambiciones, que NO AME GOBERNAR, un Hombre que desprecie todo Arquismo.

--Hagamos, pues, ese AN-ARQUISTA.

FINSTER

## La única salida

AMENTARIAMOS mucho que los partidos republicanos, que el Partido Socialista, que sectores progresivos importantes de la opinión que pesarán sin duda en la España futura, se negasen sistemáticamente a valorar la experiencia del régimen de la Economía socializada que hemos hecho desde 1936 a 1939. Darían con ello pie a nuevas tragedias. España no puede salvarse del abismo de desnutrición, de miseria, de ruina biológica con el antiguo sistema antieconómico del latifundio parasitario y del minifundismo antieconómico en el campo de la producción agraria; no puede salvarse con el sistema industrial del capitalismo privado, porque este no logra suscitar ni aprovechar todas las energías y recursos que es posible poner en acción y porque, además, tiene que seguir la trayectoria de la crisis mundial.

No somos doctrinarios empedernidos, no queremos imponer a los demás ni a nosotros mismos un dogma económico cualquiera; solo queremos que no sean obstruidas las tendencias históricas de nuestro Pueblo hacia el colectivismo, que conduce tanto con su temperamento y modo de ser como con las exigencias apremiantes de la Economía nueva, la de la abundancia.

Habrà, sin duda, disputas, luchas, roces entre el estatismo y la socialización, entre los intereses sociales generales y los de pequeñas minorías privilegiadas. Sería lamentable que en esas disputas los sectores republicanos y socialistas, en general progresistas y liberales, se colocasen del lado de los estatólatras. En ese caso, nosotros quedaríamos, como ayer, solos, pero con nuestro Pueblo y a su lado. Y como no somos un factor insignificante, no habría comienzo de estabilidad política, económica y social, y los resultados serían desastrosos.

Invitamos a todos los partidos, organizaciones, sectores de opinión, a estudiar sin reservas ni preconceptos la magnífica creación popular de 1936 a 1939; merece respeto y acatamiento. A nosotros, en tanto que españoles, y en tanto que propugnadores de un régimen económico socialista, nos llena de orgullo. Una República que quiera pasar por alto esa etapa, esa experiencia vivida en horas angustiosas, está de antemano condenada al fracaso y al desprestigio.

Hay que tener el valor de ser hombres del siglo XX y confesar que, después de todo lo que ha visto el mundo, después de dos guerras mundiales, la única salvación está en el socialismo. España está perfectamente preparada para dar los primeros pasos en ese sentido y para mostrar a la Humanidad la senda redentora. ¡El socialismo o la guerra! Se trata de elegir; y la guerra es ya, con las armas disponibles, la destrucción de la Humanidad.

Si todos los sectores de opinión liberal y progresista se uniesen en España con nosotros en la reivindicación y la defensa de la voluntad de nuestro Pueblo, esa pequeña península, apenas mayor que la provincia de Buenos Aires, estratégicamente situada, sería el primer foco efectivo del renacimiento mundial en la paz y en la libertad. En cambio, si por partidismos dogmáticos se rehusasen a ello, a valorar la labor constructiva y la capacidad creadora del Pueblo español, es decir, si se rehusasen a confiar en nuestro Pueblo, la lucha sería más difícil; pero nosotros tendremos siempre la suficiente fuerza y energía para continuar enarblando la bandera del socialismo, que no hemos arriado desde los días memoriables de la Primera Internacional.

DIEGO ABAD DE SANTILLAN

# La peregrina del mar

A Alfonsina Storni, que está oyendo el mar y el mar sus versos.

**F**ARO de costa —alguna vez las nubes bajan a él— empapado de mar, húmedo de infinito. Torre blanca, en una eminencia lejos de tierra. Surge del piso rojo del terrado, al que rodea la baranda pintada de minio, separación entre la vida y la muerte. La escalera adosada a la torre no se ve. Soledad ambiental, regazo de rocas.

**Guardesa.** — ¿Traes o no el romance?

**Ermitaño.** — No es romance ni otra cosa de ciegos, misia Ramos.

**Guardesa.** — ¿De quién si no tuyos los mil cantares.

**Ermitaño.** — Del vulgo, a cada cual lo suyo.

**Guardesa.** — Arrinconante el legón como tu parentela.

**Ermitaño.** — Estas breñas escupen la azada y a uno le cae la saliva.

**Guardesa.** — Eras pescador.

**Ermitaño.** — Cuando más, campesino fui : quise echar la yunta por el mar y labrarlo. Ahora comeríamos pan azul.

**Guardesa.** — Raro se me hace teniendo parte con la Virgen.

**Ermitaño.** — ¿Plugo a San Isidro valerme de sus bueyes?

**Guardesa.** — La Peregrina del Mar, tu sonsaca : la Gaviota, enamorada de Delfin.

**Ermitaño.** — Favoreciendo a la Gaviota y desfavoreciendo a la imagen. Ella, con su luz, guiará a los navegantes.

**Guardesa.** — Luego sobra el faro.

**Ermitaño.** — Sí, éste. El nuevo, conforme a la pureza de la leyenda — helo aquí — tiene la comenación del cielo. Erecta la señora en la piramidal columna de alabastro, aparece como diz que primeramente arribó : vestida de brisa de mar y agua salada. Ofuscantes destellos brotarán de sus ojos, repetidos y expandidos a través de la inmensidad. El faro será otra maravilla, como el de Alejandria, alzándose del ermitorio en el que se adorará a la imagen de mi peregrinación, luengos años por apartadas veredas para erigirle este templo.

**Guardesa.** — Para ponerte rico y a los tuyos poner.

**Ermitaño.** — Repugno el pan que a dinero sabe; prefiero el que sabe a esfuerzo.

**Guardesa.** — Bien de haciendas mercas y bien a los tuyos regalas.

**Ermitaño.** — A mayor gloria...

**Guardesa.** — Recogedores de bosfa, pelantrines.

**Ermitaño.** — Anderos de santos, brazos para las

campanas de la iglesia, cuando la esteva los brazos de jolibres.

**Guardesa.** — Ayer, no hoy.

**Ermitaño.** — Siempre es ayer observando la vida.

**Guardesa.** — Letra menuda no te falta.

**Ermitaño.** — La de mis mayores. Mi abuelo roturó el firmamento y contó las estrellas de su parcela, a las que dió denominaciones bonitas. Mi padre, en esta heredad marina, esparció tierra del Calvario y ahuyentó con exorcismos los malos espíritus acobijados en las rocas. Sabiente de varias lenguas y de muchas canciones anduvo a postular para la obra transmitida a sus cinco hijos.

**Guardesa.** — Cinco los pecados capitales.

**Ermitaño.** — Yo siento hambre y sed de leguas (el incentivo de lo distante) y quemarse mis pies en la inacción : es cuando pongo la casa en el zurrrón y a hombros la carga, anda que anda con la Peregrina de un punto a otro. Peregrina ella y nómada yo, juntos imploramos la caridad de puerta en puerta. Mi cometido ha terminado. Vamos a levantar un pilar elevadísimo, una torre luminosa nunca vista, con la imagen por lámpara : de todas partes vendrán a visitarla y este lugar despertará a la vida.

**Guardesa.** — Zorro, al turismo. Di : ¿precisa la leyenda la capacidad taumatúrgica de la Peregrina? ¿Cura el qué el agua de la gruta? A encomiarla soy como factor culinario excelente, no como regenerador del cabello. Lleva cuenta con la Ciencia. Sobre todo, no encizañes a las virgenes, la competencia abaratará los milagros, los hospedajes, los trasportes a vapor y a remo y entonces convendrá que no venga un alma. Hará falta una costura de acantilado entre tierra y mar (aguja e hilo tiene Santa Rita); costará menos que separar las aguas para venir aquí a pie en luto, al pique de que se reúnan. La tragedia del Mar Rojo enseñó a los hombres a nadar.

**Ermitaño.** — A usted la ha envenenado Voltaire.

## II

Oyese el reniego de Delfin, hostil a los requerimientos de la Gaviota. Todas las mañanas la auro-ra lo viste de limpio. Está madurando todavía y posee la gracia de un gnomo errante. Parece de niebla, no obstante el relumbro de la cabeliera y las barbas taheñas. El mar es su parva, trabaja en trillos de mareas. Tiene más de pez que de hombre : estampa de sal y humedad.

**Delfin.** — ¡Salve!

**Guardesa.** — ¡Delfin, no salpique!

**Delfin.** — La he llenado de zafiros.

**Guardesa.** — ¡De sal, guarro!

**Gaviota.** — ¡Guarro, y es un semidiós!

**Guardesa.** — ¿Tú por ventura su costilla?

**Gaviota.** — Tras de eso ando.

**Guardesa.** — ¡Desvergonzada, « jiranta »...!

**Ermitaño.** — Ave de mar : gaviota...

**Delfín.** — Está loca.

**Gaviota.** — Por tí.

**Delfín.** — Si rondas mi heredad aullará el lobo marino.

**Gaviota.** — No le temo. No sé lo que es miedo.

**Ermitaño.** — Tú y la Gaviota hariais buena pareja.

**Gaviota.** — ¿Verdad que sí, tío?

**Delfín.** — Esta tiene enojos de mar y antojos de tierra.

**Gaviota.** — El mar es mío.

**Delfín.** — ¡No, mío!

**Ermitaño.** — El mar de los peces, bajo el patrocinio de Neres.

**Guardesa.** — ¿y qué más pez rubio que éste? El cochino obliga a bajar la vista porque anda casi cordero.

**Gaviota.** — Lo propio dirá de mí la señora farera.

**Guardesa.** — Digo que no tenéis vergüenza.

**Delfín.** — Nada le falta a quien tiene el día y la noche solamente.

**Gaviota.** — ¿Para qué más?

**Delfín.** — Las olas me ponen camisas de espumas y la playa calzones de arena : Me sustentan las rocas, no señaladas en los mapas ni los niños con pozales y palas que a llevarse las conchas vienen. A mi madre perdí cuando el patrón de la barcaza, porque era vieja, la hizo astillas. Lloré lágrimas negras aprisa, de una vez todas, y ya no he vuelto a llorar.

**Ermitaño.** — Cuentan que te arrojaste al mar.

**Delfín.** — Aquel peñón lo sabe, sí, señor, sólo que el mar rehusó tragármeme; por el contrario, me trató con blandura. Sentí pasar sobre mí en carrretón por desbocados corceles arrastrado sin causarme ningún daño. Ahora soy pastor en majada de peces.

**Gaviota.** — Rectora yo en residencia de Gaviotas.

**Delfín.** — La gaviota y el caracol, filfa.

**Gaviota.** — El caracol, baboso, mocososo, paca de verde en espera de ser esmeralda. Lleva consigo la casa de espiras y tiene cuernos como el diablo. La gaviota apacéntase en las praderas a flor de agua y en desalar el mar se obstina para endulzar la tierra; menos gimnasta que la golondrina, pero tan graciosa como ella. Plegaria en vuelo con parte de Espiritu Santo, eso es la gaviota.

**Ermitaño.** — Amén.

**Delfín.** — ¿Qué viene a ser amén?

**Ermitaño.** — Lampo...

**Gaviota.** — Opalo.

**Ermitaño.** — La más blanca y transparente de las palabras. Mi padre decía que era un terrón de azúcar caído del cielo.

**Guardesa.** — ¡Pobre del que le caiga en la cabeza!

**Ermitaño.** — Misia, del cielo no caen sino bienes.

**Delfín.** — El cielo es la tapadera del mar.

**Guardesa.** — Si la tierra es una tinaja y el cielo la tapadera, ¿dónde queda el infierno? ¿O no hay infierno?

**Ermitaño.** — El de las malas bestias, sociedades protectoras tienen.

**Ermitaño.** — No pretenderá usted que les digan misas.

**Delfín.** — Lo que arriba se muestra, dimana del suelo del mar. No es fácil dar una explicación del mar por dentro y que se crea, además de no dejarse ver sino de muy raras. Nadie crea que se llega al fondo del mar, donde están escondidas sus maravillas, rápidamente, porque es un viaje largo, sujeto a una gran diversidad de climas procedentes de la diversidad de las aguas. Yo he visto pilares de oro sosteniendo alcázares de coral, torres de topacio con cúpulas de rubies, racimos de perlas en grutas de cristal, sauces cuajados de diamantes, rosaledas convertidas en nidos de peces, lucernarios inflamados de azul enhiestos en columnas de pórfido con taraceas de ágatas. Y otras maravillas que no digo por temor de no ser creído.

**Guardesa.** — ¿Han de salir más embustes de tu boca? ¿Quién te ha enseñado a mentir?

**Gaviota.** — Servidora...

**Guardafaro.** — ¡Míralo en el tobo! ¡Echa para abajo y concárate con el personal que en busca tuya viene.

**Ermitaño.** — ¿Sabes el motivo?

**Guardafaro.** — Preguntarte si ha derecho a comer el que no pisa la iglesia.

**Ermitaño.** — Yo, ni Agustín ni Tomás.

**Guardesa.** — Briján a secas.

**Guardafaro.** — ¡Calla tú!

**Ermitaño.** — Comer debe por su corro el penitente y por el suyo el penitente, sobre el particular tiene dicho San Pablo.

**Guardafaro.** — Ateos son los que vienen a pedirte trabajo.

**Ermitaño.** — Que acudan al cabildo.

**Guardafaro.** — De allá vienen y los han enviado acá.

**Delfín.** — ¿Qué hombres son menester aquí? Marino el faro, dejar a los peces que lo construyan.

**Gaviota.** — Las gaviotas ayudarán.

**Guardafaro.** — No estoy para bobadas.

**Ermitaño.** — Está completo el personal. Mañana a la colocación de la primera piedra.

**Delfín.** — Habrá tempestad.

**Gaviota.** — El faro respira luz. Es un fantasma solitario en perenne aparición. Un cáliz de agua salada en el que, de bruces, beben agua dulce los angelitos.

Anda que anda, la noche llega al mundo. Extiende por todo un toldo de oscuridad a fin de no ser vista su catadura. Por veces las estrellas le temen. Otras la luna asoma la faz por la carbonera de nubes y al instante hace mutis. Escoba el viento las calles. Algo malo dispone la noche, algo malo. Pretendía la tempestad : el huracán furioso, en vanguardia, todo lo atropella. Las cosas ingraues echan a correr. Alhora el ramaje de los árboles enloquecidos. Arriba atacan con exhalaciones. Y las nubes ábrense el vientre a diluviar...

**Gaviota.** — ¡Delfín! No te abismes, que anhelo parir de tí!

**Delfin.** — Mejor que corras a tu alcor, si como el faro no está anegado, o a un chozo del cielo.

**Gaviota.** — ¿Y tú?

**Delfin.** — Yo a la parva, a trillar la tempestad.

**Gaviota.** — ¡Delfín, amante...!

**Delfin.** — El mar. El mar, broando, te manteará, y ahogará. Tú no sabes valerte de sus trapecios equinociales. Tú no conoces sus flexuosas viales. Tú no te acoplas a sus peligrosos círculos. Guárdate de que las olas te empaqueten convirtiéndote en cucurucho de sal.

**Gaviota.** — ¡Se me han muerto los ojos y no veo!

**Delfin.** — Al revés de la Noche, que sólo ve a oscuras.

Prosigue el estrago. Las aguas furentes sublevadas han remontado la parte más alta de la costa e inundado totalmente el caserío de la marina. Manduca la Noche desgraciada embriagada de iodo. Sus siete hijas, las Pléyades, andan a tunear por los andurriales del Cosmos con los libidinosos luceros, mientras la luna, vieja aspaventera, recargada de estuco, curioseosa un momento y casi inadvertida, desaparece. Ni la Noche se ha levantado de la mesa ni las Furias han abandonado el estadio de agua. Sobre la anchurosa alfombra del mar flota el cuerpo desnudo de la Gaviota, en cuyo lecho de espumas ya no podrá recibir a Delfín, obrero de la tempestad con el que anheló tener un hijo.

PUYOL

## L A S R A Z A S

**Q**UE existen diferencias hereditarias bien marcadas entre los grupos étnicos que pueblan nuestra tierra, no es dudoso. En este sentido, el término « razas » puede ser empleado con un significado legítimo. Linneo, el iniciador de la clasificación de los seres vivos, y cuyo gran don de observación y sistematización — cualesquiera que hayan sido sus defectos en otros aspectos — no puede ser puesto en duda, distinguía cuatro razas humanas : 1) la europea o blanca ; 2) la americana o de piel roja ; 3) la asiática o amarilla y, 4) la africana o negra. Más adelante ha sido admitida, como quinta raza principal, la oceánica o parda. Si esta clasificación abarca efectivamente la totalidad de los seres humanos, no nos interesa aquí, como tampoco un análisis detallado de los diferentes caracteres hereditarios que se atribuyen a las razas mencionadas. Basta hacer notar que en la mayoría de los casos — aunque evidentemente no siempre — una simple inspección de un individuo permite establecer a cuál de esas razas pertenece o a la mezcla de qué razas debe su aspecto morfológico.

La admisión de la existencia de diferentes razas, en el sentido indicado, de ningún modo, naturalmente, incluye el reconocimiento de distinciones jerárquicas entre ellas. Siendo la mayor parte de los estudios etnológicos obra de representantes de la raza blanca, se comprende fácilmente la tendencia consciente o inconsciente de los autores en el sentido de atribuir a la propia raza cualidades superiores a las de las gentes de color. Una tal distinción general, es, sin embargo, con toda seguridad, falsa e insostenible. En cuanto a los caracteres somáticos se refiere, huelga todo comentario al respecto. Es perfectamente sabido que la fuerza muscular, habilidad y resistencia física de los hombres de otras razas en nada desmerece y muy a menudo supera a la de los blancos. Carecemos también del derecho de atribuir valor absoluto a nuestro criterio de belleza racial, puesto que, si es cierto que nos parecen, en general, más atrayentes las facciones características de nuestra propia raza, exactamente lo mismo ocurre entre los negros, los indios y los mongoles.

Más difícil resulta comparar entre sí las cualidades intelectuales y morales de personas de distinta raza, siendo por esto, precisamente, dichas cualida-

des de la gente de color las que con mayor frecuencia han sido objeto de apreciaciones despectivas por parte de los blancos. La capacidad intelectual y el carácter moral de una persona son en parte, productos de su educación y formación social. Por esta razón, ni el intelecto, ni la moralidad de un salvaje o de un negro, obligado a vivir al margen de nuestra civilización, pueden ser comparados, con justicia, con los de un blanco, cuya educación le ha permitido participar en los adelantos culturales de su época. Tampoco la actitud mental de un hindú o de un chino, ambos herederos de una cultura más antigua, pero distinta de la nuestra, puede ser juzgada a base de la misma norma que la de un occidental. Únicamente por no haber comprendido el significado profundo de sus tradiciones culturales, pudo el hombre blanco llegar a considerarse superior a los pueblos de Oriente.

En los últimos tiempos, sin embargo, hasta los que siguen atribuyendo a la civilización europea un valor intrínseco mayor que a las demás civilizaciones, deben haberse dado cuenta de que el relativo atraso de los pueblos no blancos no se debe a su inferioridad racial. En el caso de los mongoles, el hecho de que los japoneses, en unas pocas generaciones, hayan podido asimilar toda nuestra civilización técnica — con inclusión de sus aspectos más repugnantes — comprueba que su inteligencia en nada desmerece de la de las naciones más adelantadas. Y lo mismo ocurre, aunque en menor escala, con los indios y con los negros en Norteamérica y en el Brasil. En general, no es temerario afirmar que representantes de todas las razas humanas, en la medida en que sus condiciones sociales y económicas lo permiten, se muestran tan capaces de asimilar la cultura europea como sus propios creadores. Una vez que la explotación de las razas de color haya desaparecido, desaparecerán también, con toda seguridad, las diferencias que actualmente las separan de nosotros, en cuanto a su evolución intelectual y cultural se refiere.

Pero mientras las razas principales de que nos hemos ocupado hasta aquí se distinguen entre sí, al menos morfológicamente, si ya no en cuanto a su valor intrínseco, en el caso de las supuestas razas menores ni eso puede afirmarse.

S. M. NEUSCHLOSZ

# Y Cristo en alpargatas

(CONTINUACION)

Habia llegado, rato antes, una modesta pareja de mozos. Ella joven, sencillísima y embarazada, a punto de dar a luz. El, humilde y voluntarioso, lleno de solicitud por la joven esposa. Llamaron a una chabola. Salió una mujer que los recibió consternada y con ademanes de asombro. Entró la pareja. Luego salió la mujer, que llamó a otras mujeres de las chabolas, Nieves y Carmela entre ellas... Todas comentaban entre sí, asombradas e inquietas. Hubo idas y venidas y finalmente se oyó el llanto primero de un recién nacido.

NIEVES

*(Saliendo con Carmela)*

La lumbre no me ha bastado,  
el agua no estaba hirviendo.  
Mira qué apagar de estrellas  
delante de ese lucero.  
La zagala se ha portado  
como las bestias pariendo  
y acariciaba la hierba  
con un suspiro tremendo.  
Una sonrisa de azúcar  
le vi en sus labios sedientos

CARMELA

Guapa moza, ¿no es verdad?  
y el varón qué duro y tierno,  
qué preciso en su entereza  
y en sonrientes silencios

NIEVES

Yo no sé qué hace esta gente  
que viene desde tan lejos  
con un vientre tan maduro  
a punto el fruto y sin miedo  
de que la criatura nazca  
antes de llegar al pueblo...

CARMELA

Al pueblo sé que llegaron,  
pero no los recibieron...  
Están llenas las moradas  
de alegrías y no hay tiempo  
de atender a las que paren  
sin tener su propio lecho.

NIEVES

Y aquí se vienen, al puente,  
donde entre sacos y leños  
nos acosa la pobreza  
con engarrotados dedos.

CARMELA

Y pare la moza un zagal  
que envuelve en pañales viejos.

NIEVES

Y espera con mansedumbre  
en este país desierto  
que su niño crezca y viva  
bajo decoroso techo  
con un pan limpio ganado  
en el cotidiano esfuerzo

de darle a la vida el fruto  
que luego nos comeremos.

CARMELA

Y van a ponerle al niño  
Manuel... Manolito. Yo creo  
que a estas horas mil Manolos  
llegan lo mismo a este suelo  
donde cantan villancicos  
al Emmanuel de los cielos...

NIEVES

Pues que le sirva el cantar  
al que más cerca tenemos  
y supongamos que Dios  
viene a nacernos de nuevo  
en la pobre Andalucía  
que tiene frío en los huesos.  
Dios quiera que esa buena moza  
y a su mozo, el alfarero  
que tiene manos templadas  
en el barro y en el cierzo.

CANOSANTO

*(Sale a buscar a su marido)*

¿Con quién habla mi marido  
sobre el puente?

NIEVES

Ve tú a verlo.

FERNANDO

Estoy hablando con Dios  
que en prendas de humilde aspecto  
con barba rubia y los ojos  
de pensador sin dinero,  
viene a explicarme el amor  
de un modo que no comprendo.

CANOSANTO

Ya puedes estar bajando  
y venirte pronto dentro  
si no quieres caer malo  
con un catarro de miedo.  
Ya está bien lo que has hablado  
con las hueses del infierno.  
Deja a Dios en paz arriba  
con su luz y sus aciertos  
que aquí ya hay mucho que hacer  
con mi amargura y tus yerros.  
Que Dios no viene tan bajo.  
Dios nos nos echa de menos.  
El Padre Santo de Roma  
vive en palacios ermejos,  
en silla pontifical  
de oro puro y con inciensos  
que le llenan los pulmones  
de untoso sabor de muertos.  
Que si Dios habla contigo  
porque te salga de dentro,  
¿por qué no viene a decirnos  
qué en España le hemos hecho  
que a los ricos tan bien trata  
y a los pobres como a perros?  
Mientras haya madres de éstas  
que paren como los cerdos  
en cualquier antro del mundo  
sin propio suelo ni techo,  
que no digan que hay un Dios  
que valga para un remedio.

Que yo no aguanto el ultraje  
y si hay Dios no aguanta esto.

Fernando ha descendido para  
entrarse luego, con su mujer a su chabola.  
Nadie hace caso del Mendigo,  
que queda solo sobre el puente  
muitando.

MENDIGO

España está atribulada  
con su senfimiento impuro  
de una vida que no es mía  
y que serlo nunca pudo.  
No hay tierra donde mi nombre  
se alce tanto, como el humo,  
en bocas que lo pronuncian  
con un pensamiento obtuso,  
mil voces como un suspiro,  
otras mil como un conjuro,  
cien mil veces como un grito  
otras cien mil como eructo,  
trescientas mil escupido  
y siempre, siempre de luto.  
Mi nombre en España suena  
a calamidad y a barrunto  
de ignorancia bonachona,  
de error coronado en bruto,  
como una vaga presencia  
de misterio, y en un susto  
de eternidades sombrías,  
el español absoluto  
va dando toda su vida  
a lo que le da más gusto.  
Y es gusto de multitudes  
halagar el propio orgullo,  
si hay oro a mano y si no  
darlo a los cerdos de un mundo  
que traba los pies descalzos  
y con despotismo absurdo  
pone en desnudas cabezas  
pesados extraños yugos.  
Mi nombre tiene en España  
la presencia del verdugo,  
demoledor de esperanzas,  
señor de manejos turbios  
que oscureciendo las almas,  
las vacía de amor fecundo  
y entrega a las soledades  
tras unos pasos inicuos...  
Mi nombre en España quema  
cual una brasa lo puro  
que nace en aquel que quiere  
la libertad como impulso  
que en el hombre fue motor  
de ideal limpio y profundo.  
Y cuando quema mi nombre,  
al pueblo se le hace oscuro  
el amanecer callado  
que ellos ven como crepúsculo.  
Yo tengo el alba en mi mano  
y la ofrezco al corajudo  
que quiera aquí arrebatarla  
con gesto viril y a pulso.  
Yo no soy el Dios que aterrera  
con amenaazs ni insultos.

Yo no soy el Dios zopenco  
de sacrificios oscuros,  
ni soy el Dios de los santos  
que renegaron del mundo  
con postura de azucena  
y en favor de sus asuntos.  
Yo no patrocino altares  
ni tinglados que rehuso.  
Todas las misas me espantan,  
todos los ritos repudio,  
aborrezco ceremonias,  
todo pompa y todo culto.  
Yo no soy quien tanto pintan  
socarrón, ciego, tozudo,  
Dios voraz de pedrerías,  
sojuzgador de difuntos,  
vengador a humano modo  
de lo que juzgáis injusto.  
No soy el recamastrón  
que espera el final del mundo  
para dar premio y castigo  
a quienes crea oportuno...  
Mas soy la vida sencilla  
que pasa aquí de continuo  
esperando que haya un hombre  
que me sorprenda, con gusto,  
de ver que entre tantos dices  
quimeras de barro inmundado,  
misterios interrogantes  
y pensamientos profusos  
soy la ignorada presencia  
del Bien que quiere ser tuyo.  
Estoy buscando un amigo  
para hacer camino juntos  
por esta España embotada  
de oscurantismo... Y lo busco  
con paciencia, con tesón,  
concibiéndolo en mi impulso  
hecho carne en mi estancia  
por estos campos del mundo.  
Mi Quijote es mi Verdad  
y en mi Verdad yo saludo  
a España que va de negro  
como un Don Sancho panzudo  
llorando glorias de un amo  
al que imitar nunca supo.

*Llegan dos guardias civiles que entran y salen como quieren y sin permiso de nadie en las chabolas. Revuelo de gentes. Por fin salen con el Mozo esposado, al que empujan violentamente, porque se resiste a dejar sola a la esposa. Muy lejos se oyen risas de gente borracha.*

Pero esta verdad sencilla  
que se define en mi Verbo  
tiene su acción aplicable  
en un amoroso gesto  
que no es limosna o caricia  
sino insobornable esfuerzo  
por ver huir al cautivo  
de la cárcel de sus yerros.  
Es de valientes la empresa  
porque no reclama reos,  
reclama a los hombres libres  
de alma, de mente y cuerpo,  
libres en la sociedad  
libres debajo del cielo,  
libres de toda pasión,  
libres de todo flagelo.

España nunca será España  
sin una ley de amor cierto,  
sin un afán de conquistas  
de espíritu, no de terrenos,  
de almas, no de manadas,  
de hombres, no de muñecos.  
No tendrá paz en su vientre  
mientras baile al son del viento  
que sople del interés  
de quienes vendiendo el cielo,  
cuando el cielo es don gratuito,  
hacen víctimas de incautos  
entre las gentes del pueblo.  
¡Ay, pueblo de España entera,  
qué necesidad te encuentro  
de renovar tus principios  
y ver tu vida en renuevo!

Yo sé cómo necesitas  
echarte nuevos cimientos,  
y edificar con cariño  
y limpios conocimientos  
sólidos muros de piedra  
con ventanales abiertos...  
Un día querrás alzar  
tu cabeza entre los muertos  
y oírás campanas sombrías  
sólo por ellos tañendo.

Un día querrás echar  
trabas y yugos al suelo  
alzando manos y frentes  
al despótico gobierno  
y verás que fue posible  
mil años antes hacerlo,  
que el hombre puede, si quiere,  
romper cadenas de hierro  
y otorgarse dignidades  
como legítimo anhelo.  
España, si alza, puede  
abrirse un camino de nuevo  
sin los ojos en la espada  
ni las manos en el fuego:  
con corazón y palabras,  
con actitud de provecho  
y sin olvidar jamás  
que la ignorancia fue yerro  
hincado en su corazón  
durante siglos enteros.

Si ese pueblo renovado  
ve esperanzas en su cielo,  
no quite vidas de nadie,  
pero a nadie deje haciendo  
posibles nuevos errores  
que harán peor los postreros.  
Si esa España esperanzada  
se entrega fácil al juego  
de la cómoda política  
y el amable balanceo  
de dejar para mañana  
lo que el hoy reclama entero,  
que no alvide que, escondidos,  
amansurrados y ciegos  
de odio, aguardando habrán  
quienes busquen el momento  
de volver a tradiciones  
que suman en muerte al pueblo.  
Cuando veas tu alborada  
por el oriente surgiendo,  
no olvides que tu enemigo  
está contigo, en tu medio,  
que no habrás de eliminarlo,  
pero que habrás de vencerlo  
sacando toda la luz

de tu positivo esfuerzo,  
e impidiéndole eche mano  
con sus cínicos manejos  
del poder que incautamente  
le cedas con tanto celo.  
Que otro día tu enemigo  
publicará sus siniestros  
planes de venganza, alzando  
griterio patriotero  
para cortar de raíz  
con más de un millón de muertos  
toda esperanza posible  
de alzar la frente del suelo.  
Ellos usarán mi nombre,  
con un gusto que no tengo,  
para hacer la guerra santa  
a aquéllos que yo más quiero.  
Ellos, que no me conoces,  
pondrán mi nombre en sus hechos,  
y me creeréis asesino  
sin mamarlo ni comerlo.  
No esperéis liberaciones  
ajenas a vuestro esfuerzo,  
ni creáis que yo, mi mano  
por otras causas extiendo.  
Luchad con bien y mi nombre  
no digáis, que es lo de menos.  
Mi presencia es la actitud  
de amor cordial y sincero,  
de justicia hecha alegrias  
y cielos en este suelo.  
Habrá muchas Nochebuenas,  
mucha religión por medio  
y mientras tanto caerán  
las vidas de mis obreros.  
Mi gente sencilla y libre  
verá su sangre vertiendo  
y en las cárceles de España  
habrá, por siglos enteros,  
gritos grabados en piedra  
manchados de sangre y fuego.  
España me necesita  
vivo en la luz de su tiempo,  
sin más nombre que mi causa  
ni más entrada a mi cielo  
que la verdad engarzada  
en el valor de mi Verbo.  
Y el Verbo que yo pronuncio  
es para los hombres recios  
que buscan la perfección  
en la perfección del pueblo  
y el cielo tienen a mano  
tan sólo con ofrecerlo.  
España, cuando me mires  
por este puente viniendo  
y comprendas mi esperanza  
por amor a ti vertiendo,  
sabrás que la redención  
no es cosa de monjes hueros,  
sino pura libertad  
de pies y de sentimientos  
solo perfecta y posible  
al sembrarla en torno nuestro.  
Mas veo que no creéis  
porque guardáis mil anhelos  
que alimentan con astucia  
legiones de fariseos.  
España, a ti te toca  
elegir tu suerte al vuelo.  
Alza manos sin rencillas  
repletas de entendimiento  
para hacer de mis amores



tu más gozoso secreto  
o te verás maniatada  
y en garrote vil tu cuerpo  
por bárbaras tiranías  
de un babilónico imperio.  
Ya hay cruces enarboladas  
en despótico alzamiento  
como promesa sombría  
contra la gesta del pueblo.  
No puedo cambiar destinos  
más que hermanando mi esfuerzo  
junto al hombre perseguido  
por todos sus derroteros.  
Un hijo, que era mi mente,  
viene a la tierra a naceros  
para vivir con vosotros,  
serviros como maestro  
e ir a pagar otras culpas  
sin discutir ningún precio.  
Lo veréis sin atractivo,  
como zagal limpio y tierno,  
humilde entre los humildes  
justo, abnegado, fraterno...  
Lo veréis con ropa fresca  
de lino y pana... Y, modesto,  
calzará sus pies cansados  
con calzado como el vuestro :  
las sencillas alpargatas  
del humilde jornalero.  
El estará a vuestro lado  
si a su lado todo el pueblo  
rechaza la burda trampa  
que quiere tenderle el clero.  
El sufrirá con vosotros,  
desahuciado y en silencio  
sin claudicar ni venderse  
por dinero ni alimentos.  
Y un día a garrote vil  
será entregado por legos  
que en nombre de cristos fríos  
creerán agrandar al cielo...  
España inquisicional,  
con qué malditos pertrechos  
has rechazado mi don



de Vida y Amor enteros.  
No es mío cambiar destinos.  
Yo a los hombres no les cedo  
más que en el libre albedrío  
hacer el bien o no hacerlo.  
Mas hay de quienes se creen  
mis enviados sin serlo,  
que diezman a mis rebaños  
destrozando y desuniendo...  
¡Ay de quienes en mi nombre  
cantando a coro entre inciensos  
viertan sangre de inocentes  
por ambiciosos empeños!  
Si ignorara como sé  
que mi humildísimo aspecto  
no os ofrece garantías  
para ser tomado en serio,  
otras palabras hablara  
y mi gozo haría vuestro.  
Yo sé bien que no creéis,  
qué propósitos secretos  
alientan con gran astucia  
sacerdotes fariseos.  
También sé que en sus errores  
estriban los pseudoateos  
dejando en vuestras conciencias  
el mismo lastre que aquéllos.  
Con paciencia y mansedumbre  
en la Verdad os espero,  
en su impulso os haré míos,  
y sus frutos serán vuestros.  
No quiero otra adoración  
ni otro perfume tolero.  
Ofrecedme en vuestros actos  
el sumo bien que os concedo :  
vuestra vida libre y limpia  
de intachable gusto eterno.  
(El mendigo se va, dolido, pero  
con serenidad patriarcal).  
CANOSANTO  
(Que ha salido momentos antes, imi-  
tando a Nieves)  
¿Quién es ese mentecato  
charlatán y malasombra  
que con locas pretensiones  
nos viene a... escocer ahora?

## NIEVES

Uno del pueblo vecino  
que dice ser Dios y toma  
esos aires de idealistas  
que no tienen una gorda.  
Y el hombre, por no estar bueno,  
no sabe hacer otra cosa  
que crearse fantasías  
que como rollos coloca.

## CANOSANTO

¿Y qué dicen los curitas?

## NIEVES

A esa gente no le importa  
que haya charlatanes de ésos,  
mientras que nadie los oiga.  
Y como en España estamos  
adiestradas en ser sordas,  
el poco tiempo que queda  
entre faenas penosas  
lo ocupamos en saber  
cuáles son las nuevas coplas.  
Después de tanto bregar  
no hay más deseos de gloria  
que un buen rato de jarana  
o de prácticas devotas.

## CANOSANTO

Tengo miedo que ese tío  
con sus chaladuras ponga  
a mi marido en peligro  
de muerte... Vaya en buenahora  
a hacer chalados más lejos  
que ya el vino basta y sobra  
para su imaginación  
más sombría que las sombras.  
Y vaya la Nochebuena  
recogiéndose la cola  
que yo me voy a dormir  
mientras suena la zambomba.

En efecto, suena la zambomba. Le-  
jos canta gente. Por otra parte se  
grita. Pero muy cerca se oye el llan-  
to de un recién nacido y los sollozos  
de una moza, esposa y madre.

## ABARRATEGUI

(FIN.)

## DELICADEZA

Un buen día, cierta reina se encontró enferma y el rey, celoso como estaba, con sobrada razón, de las íntimas relaciones que el médico de la familia tenía desde hacía tiempos con la reina, llamó a otro para que diagnosticara y la cuidara.

— Puede usted estar contento — le dijo el rey al médico, tan pronto éste se presentó —, cuidar a la reina le va a dar mucha fama y mañana será solicitado por el vulgo.

— ¡Oh! Majestad, repuso el médico, fama ya tengo y gracias a ella estoy aquí.

# EL ORIGEN DEL MAL

VIVIA un ermitaño en medio de un bosque, sin temor a los animales feroces que en él tenían su habitación. Es más, por permiso, divino, o por continuo trato, el santo hombre entendía el lenguaje de las bestias y aun conversaba con ellas. Un día en que el ermitaño reposaba bajo un árbol, se cobijaron allí para pasar la noche un cuervo, una paloma, un ciervo y una serpiente. A falta de otro quehacer y para entretener el tiempo comenzaron a disertar sobre el origen del mal en el mundo.

El cuervo fué el primero en abordar el tema, diciendo :

— El mal procede del hambre. Cuando uno come hasta hartarse, se posa en una rama, grazna a más y mejor y todo le parece de color de rosa. Pero, amigos, como se pasen dos días sin probar bocado, entonces cambia la situación y ya no parece tan riente y magnífica la naturaleza. ¡Qué agitación! ¡Qué intranquilidad! No es posible tener un instante de reposo y si oteo un buen trozo de carne, me lanzo sobre ella ciegamente. Ni palos, ni piedras, ni lobas furiosas serían capaces de hacerme soltar presa. ¡Cuántos de entre nosotros sucumben víctimas del hambre! Indudablemente es ella la causa del mal.

La paloma se creyó en el caso de intervenir, apenas cerró su pico el cuervo.

— Para mí — dijo —, el mal no viene del hambre, sino del amor. Si viviéramos solos, sin hembras, soportaríamos las penas sin experimentarlas; pero ¡ay!, vivimos aparejados y amamos tanto a nuestra compañera que no tenemos punto de sosiego y pensamos continuamente en ella. ¿Habrá comido? nos preguntamos. ¿Tendrá bastante abrigo? y cuando se aleja un poco de nosotros, nos sentimos como perdidos, y nos atormenta la idea de que un gavilán la haya despedazado o de que el hombre la tenga prisionera.

Comenzamos a buscarla por todas partes con loco afán y tal vez corremos a la muerte, sucumbiendo entre las garras de las aves rapaces o en las estrechas mallas de una red.

Y si la compañera se pierde, ya no se come ni se bebe; no se hace más que buscarla y llorar.

¡Cuántos mueren así entre nosotros! Todo el mal viene, por consiguiente, no del hambre, sino del amor.

La serpiente objetó :

— No, el mal no viene ni del hambre ni del amor, sino de la ira. Si viviéramos tranquilos, si no buscásemos quimeras, entonces todo iría bien; pero cuando una cosa se hace contra nuestra voluntad, nos arrebatamos y todo nos ofusca; no pensamos más que en descargar nuestra cólera sobre lo primero que se encuentra, y entonces, como locos, lanzamos terribles silbidos y nos retorremos tratando de morder a alguien. Y ya no se tiene piedad de nadie; mordería uno a su padre y a su madre; seríamos capaces de comernos a nosotros mismos y el furor acaba por perdernos. Todo el mal viene, indudablemente, de la ira.

El ciervo no fué de esta opinión.

— No, no es de la ira, ni del amor, ni del hambre, de donde viene todo el mal, sino del miedo. Si se pudiera no tener miedo, todo iría bien. Nuestros pies son ligeros para la carrera y nuestro cuerpo es vigoroso. Podemos defendernos de un animal pequeño con nuestros cuernos, y de uno grande con la fuga que nos reserva; pero es imposible no tener miedo. Que cruja una rama en la floresta, que se agite una hoja, y temblamos, en el acto, de terror; el corazón palpita como si fuera a saltársenos del pecho, volamos como una flecha. Otras veces una liebre que pasa, un pájaro que nos hace creer que somos perseguidos agita las alas o una ramilla que cae, por una bestia feroz, y tal vez corremos al sitio del peligro. Ya para evitar a un perro vamos a dar sobre un cazador, ya enloquecidos de pánico corremos sin saber a dónde, y de un salto rodamos por un precipicio, donde nos aguarda la muerte. Tenemos que dormir siempre preparados, siempre alerta, llenos de terror. No hay manera de tener tranquilidad y de aquí deduzco que todo el mal viene del miedo.

Entonces intervino el ermitaño y dijo :

— No es ni del hambre, ni del amor, ni de la ira, ni del miedo, de donde proceden nuestros males, sino de nuestra propia naturaleza, porque ella es la que engendra el hambre, el amor, la ira y el miedo.



La sicología y la  
conducta humana

## De Schumann y Vatzlav Nijinsky a nuestros días

(Continuación)

De estas experiencias psiquiátricas conviene destacar y repetir algo de suma importancia : comprobar que los tres esquizofrénicos al estar en la misma sala pudieron conversar, estudiar y analizar — sin percatarse los médicos, eludiendo su vigilancia — sus casos particulares, qué les convenía hacer y qué conducta observar, sin más dilaciones, inmediatamente, dada la situación peligrosa que vivían. Esta experiencia es, sin duda, tan valiosa para los médicos como para los profanos que tienen familiares a su lado sufriendo perturbaciones nerviosas : demuestra cuán importante es para todos los tipos de enfermos mentales mantener relaciones sociales « normales », convivir con los allegados, con los que hagan por comprenderlos y no aislarlos y de todos sus semejantes.

Hoy preguntamos : ¿No podrían los psiquiatras de todo el mundo usar el « error o la sorpresa » de sus colegas — y también éstos — de Los Angeles como recurso psicoterapéutico en el tratamiento de muchos enfermos mentales? Tendría que ser aplicado con perfecta naturalidad para que se produjera antes la reacción psicológica sana, la más pronta recuperación de la salud mental de los pacientes. Al reducirse en éstos el período de tensiones psicológicas, de malestares emocionales, de ansiedades y angustias contarían con más defensas orgánicas, se facilitaría su más pronta curación y una normalidad o equilibrio más estable de sus vidas y de sus funciones superiores.

Por la relación que guarda con el ejemplo que comentamos en el trabajo « El sexo, el hombre y la sociedad », señalamos que si los tres pacientes precitados hubiesen sido abandonados por los psiquiatras desalentados e ido a parar al cuidado del doctor Brasil Jones — o de otro médico de similitud personalidad — habría informado también desde el « Diario Médico de Londres », o de otra publicación, que fracasó la Psiquiatría y triunfó su ciencia médica, y se atribuiría el éxito de las curaciones de aquéllos como hizo, indebidamente, con el enfermo mental de Londres. Felizmente, pese a lo descorazonados que estaban los psiquiatras de Los Angeles (EE. UU.) los tres esquizofrénicos — en cierto modo ya abandonados — continuaron en el hospital y pudieron observar el término de su febril estado nervioso, el fin de la crisis psicológica y la repentina, inesperada y rápida tendencia a mejorar por la decisión y firme voluntad de los propios pacientes

Nuestras palabras no significan censuras para las técnicas psiquiátricas ni para los especialistas sino llamar la atención sobre lo difícil que es conocer y tratar los procesos normales y anormales de la mente.

De moral, oportuno y justo, muy justo, es que proclamemos que ni los especialistas ingleses ni los norteamericanos fracasaron en sus respectivos tratamientos psiquiátricos. Todos contribuyeron a que se descubrieran nuevos datos psicológicos que se aprovecharán en beneficio de todos los enfermos mentales con los que en adelante, tendrá que tenerse paciencia inagotable. Esta es la virtud fundamental para la investigación en todos los campos científicos, la que permite tener éxitos y pone a prueba si es o no verdadera la vocación y la aptitud del hombre por la actividad que ha elegido. Y la paciencia, inteligente y serena, han de poseerla, repetimos, en grado superlativo, los psicólogos y los psiquiatras. La cordura, la alegría y la felicidad de gran número de personas depende de que estos especialistas sean abnegados y pacientes.

En el precitado artículo publicado en CENIT defendimos la causa que consideramos justa : la de los médicos psiquiatras de Inglaterra. Y nos alegra haberlo hecho aunque en realidad no necesitaban ser defendidos. Pero nos satisface que cuanto expusimos y afirmamos sobre el caso de Londres poco después la ciencia lo había ratificado con tres enfermos mentales de Los Angeles. La simultánea triple curación de pacientes no nos ha sorprendido tanto, pues, como sorprendió a los especialistas psiquiatras norteamericanos.

Con lo anterior queremos dar a entender que cuanto intuyamos, pensemos y sintamos como cierto y justo, por ínfimos que intelectualmente nos consideremos — callando nos empequeñecemos más en grado irracional — hemos de expresarlo y defenderlo aunque el mundo entero permanezca en silencio. Pudo pasar más tiempo que lo verdadero — o admitido como tal hasta este momento — resplandeciera, como está ocurriendo con el indeterminismo y los determinismos psicológicos, únicos que existen, pero no era ni es moral permanecer en silencio indiferentes al esfuerzo de los hombres que luchan, calladamente, con heroico valor humano, por la salud mental de nuestros semejantes sin ser suficientemente comprendidos y ayudados en sus tareas.

### MUERTE SIMULTANEA DE GEMELAS POR MAL CONTROL DE SUS FUERZAS PSIQUICAS MENTALES

Son muchas las incógnitas de la mente del hombre y de él, en particular, depende, casi siempre, generalmente hablando, su salvación o su destrucción. Los ejemplos que hemos dado lo comprueban.

Un caso insólito, verdaderamente excepcional, extraordinario de lo que ocurre a los sujetos que

usan sus fuerzas psíquicas, hasta las llamadas incorpóreas, en sentido negativo, suicida, destructivo, es el que nos brindó la prensa que lemos en México el sábado, 14 de abril de 1962.

La información de Morganton, North Carolina (EE. UU.) aparecida en la precitada fecha, es oportuna para contrastarla con la que nos da a conocer los casos anteriores con resultados opuestos. La transcribimos a continuación: « Como gemelas Bobbie y Betty Jo Eller, tendían a seguir el mismo camino ».

« Tenían los mismos problemas de tipo emocional, lo que originó que entraran juntas al Hospital de Enfermedades Mentales del Estado el año pasado, así como su regreso al hospital este mes ».

« Ayer terminó la senda paralela. Los empleados del hospital encontraron a las gemelas de 31 años de edad muertas en sus camas que se hallaban en salas distintas del nosocomio. No se encontraron señales o marcas de violencia en ninguno de los dos cadáveres. »

« El médico legista del Condado de Burke, doctor John C. Reece, dijo que no había causa de muerte demostrable anatómicamente. Manifestó que ambas mujeres recibieron prácticamente el mismo tratamiento en el hospital con respecto a lo que calificó de medicamentos reconocidos como buenos. »

Al precitado médico legista y a los psiquiatras del Hospital de Morganton la muerte de las mellizas a su cargo los sorprendió tanto como a los especialistas de Los Angeles los ha sorprendido cómo se curaron los tres enfermos mentales que ya los daban por perdidos. Sin embargo estos psiquiatras se esforzaron por dar una explicación pública, pero los primeros se han limitado a decir que no había una causa de muerte demostrable anatómicamente. No obstante, consideramos que unos y otros — y la mayoría de los enfermos mentales — son parte del mismo problema: víctimas del erróneo proceder familiar y social. Las gemelas lo fueron, en el seno del hogar, posiblemente, desde que nacieron. Y que las gemelas perecieran y los pacientes de Los Angeles se salvaran fue obra, como constatamos, de la casualidad.

Con respecto a las mellizas es preciso no dejar a la suerte que gocen de salud mental y que vivan o no. Los padres que tienen hijos gemelos del mismo sexo deben ser previsores: acostumarlos, desde la más tierna infancia, no a que parezcan idénticos por el prurito que el mundo los confunda, como una diversión que al final complica sus vidas y los puede hacer enfermar y morir, sino que se distingan: que se calcen y se vistan distintamente; a que no desarrollen las mismas actividades y ocupaciones en el medio social; a que adopten hábitos y gustos diferentes, etc. En fin, que pongan en juego sus propias facultades, capacidades y habilidades físicas, manuales, estéticas, científicas y técnicas que desarrollarán con más satisfacción y aumentarán la valía natural y adquirido por cada uno independiente del otro o de los otros.

Aunque los gemelos coincidan en algunas cosas — como coinciden hasta personas extrañas — piensen los progenitores que no son idénticos ni ana-

tómicamente, que se diferencian en muchos aspectos de su estructura corporal, funcional y psicológica, y que lo conveniente o lo que necesitan para hacer una vida normal es cultivar sus respectivas características peculiares para que se sientan libres y obren, realmente, con independencia mental y moral, y no sean presas, exageradamente, de los mismos problemas de tipo emocional. De lo contrario al partir de la adolescencia — o antes — e iniciar o desear relaciones con los individuos del sexo opuesto surge el conflicto psicológico que los perturba y los desequilibra más y más como ha sucedido, al parecer, con las gemelas Bobbie y Betty.

Por el informe que hemos transcrito deducimos que estas enfermas mentales recurrieron, tardíamente, a los psicólogos y a los psiquiatras; pero, por otra parte advertimos que el tratamiento psiquiátrico fue mal orientado desde el principio y ocasionó casi fulminantes consecuencias irreparables. Ciertamente su desarrollo normal y su salvación dependió de haberlas podido orientar y enseñar, desde temprana edad, para que aprendieran a aprovechar sanamente sus fuerzas físicas, intelectuales y morales, pero aún más tarde si sus conductas se hubieran encauzado, con mucha paciencia, adecuadamente, es más que posible que hubieran podido curar y salvar.

Las especialistas en psicología, psiquiatría, psicoterapia, y pedagogía terapéutica saben, mejor que nosotros, lo que a veces no practican o no les deja realizar la sociedad autoritaria al regatearles los medios económicos que detenta: lo necesario que es un ambiente de normal relación afectiva y social, ocupacional y recreativa para todos los enfermos mentales. Y en el hogar, como en la casa de salud, podemos admitir que el ambiente que rodea al paciente es bueno, que lo influencia benéficamente, cuando constatamos que no se somete a otra voluntad o se libera de cuanto lo dominaba y enfermaba reflejando, con sus actos, que va adquiriendo voluntad constante, el dominio de sus emociones y de sí mismo. En 1961 fueron atendidas por los psiquiatras y al empezar el mes de abril de 1962 acudieron, por segunda vez, al tratamiento psiquiátrico falleciendo ambas el 13 del mismo mes. Ni dos semanas resistieron estar separadas. ¿Acaso no fue la separación que las impusieron lo que más daño les hizo, el rompimiento prematuro, brusco, repentino del vínculo psíquico que las sostuvo como única razón de sus existencias hasta los treinta y un años de edad?

Empezar a tratarlas separándolas fue el gran error. Los días de separación fueron de hondas angustias psíquicas y mentales, de agonía que acabó con sus vidas. Terrible fue romper, de un golpe, con la costumbre que tenían de vivir estrechamente unidas, adoptando la misma conducta en todas sus actividades hogareñas, económicas, culturales y sociales, obrando, en todos los sentidos, como si las dos fueran una sola persona y acabar la jornada, cada día, todos los días, las semanas, los meses y los años, durante más de tres décadas, ocupando, inclusive, el mismo dormitorio... y quizá el mismo lecho.

Nos habla el precitado médico legista que a las gemelas fallecidas les habían dado los mismos buenos medicamentos; pero consideramos que lo más importante en las enfermedades mentales son los métodos psicoterapéuticos que se usen. Estos han de elegirlos los especialistas psiquiatras; pero es evidente, dados los casos que hemos comentado, que de la buena o acertada elección, inteligente y paciente aplicación de los mismos depende que los pacientes sean o no curados.

Mucho menos graves parecían las enfermas mentales gemelas que los pacientes de Los Angeles, dado que se presentaron voluntariamente al Hospital de Enfermedades Mentales y desarrollaban normalmente sus actividades caseras, de trabajo y sociales.

En las primeras horas de la noche, ya en el dormitorio, Bobbie y Betty acostumbraban, seguramente, estando o no acostadas, a hacerse mutuas confidencias y exploraciones psicológicas en busca de lo que pudo escapársele, a la una de la otra, de su respectivo pensar, sentir y hacer; averiguar en qué y por qué en algo no obraron del mismo modo; explicarse sus respectivas impresiones y emociones del día, muy subjetivas, íntimas, cuya existencia no podían adivinarlas ni advertirlas los médicos que las trataron separadamente. Lo más probable es que continuaron comunicándose sus respectivos pensamientos realizando desacostumbrados y agotadores esfuerzos mentales que las producía tremendas tensiones psicológicas y angustias que sus naturalezas debilitadas ya no podían resistir. Y su malestar emocional era mayor, porque así les prohibían hasta el rato que se entretenían leyendo en la cama mirándose y sonriéndose, de vez en cuando, haciendo algún breve comentario o sin hablarse más que con los ojos y mentalmente para volver en seguida — o lentamente hasta extinguirse la emoción de la comunicación telepática — a leer y, en un momento dado, bostezar y decidir ambas dormir, al mismo tiempo, sin pronunciar palabras o dándose sólo las buenas noches, a veces sin hablar, etcétera.

No cabe duda de que al ser separadas por los psiquiatras tan pronto se internaron sufrieron un terrible choque psicológico muy superior, en potencia destructiva, a la resistencia de sus fuerzas físicas, a sus naturales y disminuidas defensas orgánicas o psicósomáticas. Tan débiles eran éstas que no les permitía oponerse, siquiera, al equivocado y perjudicial tratamiento psiquiátrico que recibían. No supieron ni pudieron ayudarse a sí mismas colaborando con sus médicos explicándoles qué les ocurría. Eran víctimas de las propias debilidades que adquirieron. Obedecieron dócilmente, y arrastradas por su misma actitud negativa consintieron, en silencio mortal, recibir el tremendo y aniquilador impacto psicológico. Aun temiéndolo siempre habían estado dispuestas a recibirlo, sin resistirse, prefiriendo perder las vidas antes que verse separadas por cualquier circunstancia. Pero llegó un momento que pidieron ayuda a los psiquiatras con objeto de tratar de salvarse cambiando, hasta cierto punto, de forma de vivir.

Precisamente las conductas anormales de las dos enfermas mentales eran manifestación de las formas equivocadas de vivir sus vidas. Del cambio de éstas dependían los nuevos comportamientos distintos más normales. Pero los especialistas también han de entender que no es igual tratar un mal hábito, por ejemplo, que realizar el tratamiento global de una vida humana, complejísima, pretendiendo cambiarla por otra, totalmente, sabiendo que aquélla todo lo comprende: costumbres y tendencias, buenas y malas, instintos e ideales, fantasías y deseos, pensamientos y sentimientos, buenos y malos, defectos y virtudes, etc., etc. Tratar de cambiárselas a las precitadas mellizas — o a otros semejantes gemelos — procediendo con la seca brusquedad que se trata a un sujeto para desarraigarle uno o más vicios, por arraigados que los tenga, era poner a los pacientes en peligro de muerte, como ha sucedido: les costó la vida.

Betty y Bobbie durante años y más años estuvieron observando cómo vecinos, amigas, compañeros y compañeras de trabajo vivían noviazgos, se casaban, tenían hijos y eran más felices que nunca. Es felicidad que desconocían y que, al fin, deseaban conocer y vivir. Y a los treinta años de edad decidieron arriesgarse a seguir el tratamiento psiquiátrico que las ayudara a ser personas lo más normales posible. Pero al internarse por vez primera y serles impuesta, inmediatamente la separación intuimos que se sintieron morir e instintivamente prefirieron abandonar el hospital sin explicar qué les sucedía creyendo que no las comprenderían ni creerían la explicación de lo que sentían. Y si al respecto algo dijeron a los psiquiatras convinieron, posiblemente, con las pacientes, que era un mal-estar pasajero provocado al separarlas — siendo tan inseparables — que pronto les pasaría. A este hecho o dato psicológico no le dieron, seguramente, toda la importancia fundamental que tenía, y permitieron que volvieran a su casa hasta que se les pasara y se sintieran mejor. Pocos meses después se armaron de valor y retornaron dispuestas a resistirlo todo hasta curarse. Se internaron y sucumbieron, como dijimos, a los pocos días.

Casos tan excepcionales más nos sorprenden a los profanos que a los científicos, pero a todos ha de hacernos reflexionar y estudiar qué métodos psicoterapéuticos y psicopedagógicos deben adoptarse para evitar sorpresas tan desagradables y tristes que los médicos sienten más que nadie que ocurren, porque quisieran ganar todas las batallas por la salud física y mental, y las vidas de sus semejantes. No todos los casos pueden ser salvados por los médicos, pero bastante es que todas las experiencias adversas sean lecciones que beneficien a otros muchos congéneres. Y pensar siempre que la imaginación con saber son grandes y eficientes colaboradores de las ciencias, particularmente de la Psicología y de la Psiquiatría.

No pudiendo definir la mente ni una cualquiera de las enfermedades mentales, con exactitud matemática, quedando tanto por conocer de aquélla, para evitar terribles errores es preciso obrar con sabia prudencia científica-humana. Y ésta aconseja

permitir a los pacientes vivan como estaban acostumbrados a vivir para iniciar las investigaciones y conocerlos mejor, sin perturbarlos. Por eso consideramos que hasta con respecto al descanso nocturno de Betty y Bobbie se hizo lo contrario que debió hacerse. ¿Por qué no admitir que dos personas — a más — ocupen un mismo dormitorio, como estaban acostumbradas, o estén, al menos, en la misma sala de un hospital con camas individuales separadas por una mesita de noche u otro mueble considerado necesario?

Obrar del modo precitado era una necesidad en el caso de las gemelas: lo reclamaba su delicado estado de salud emocional y sus conductas tan vinculadas a la totalidad de sus existencias enfermas que rechazaban ser separadas. El personal médico que gozara de su mayor confianza y simpatía podía, con la naturalidad propia de la sincera amistad — establecida previamente en las relaciones diurnas — penetrar en el dormitorio de las enfermas mentales con su permiso, unas veces y por cualquier pretexto otras, y alternar en sus conversaciones, amenas e instructivas, o simplemente divertidas, según aconsejaran las circunstancias y el estado de ánimo de aquéllas y se irían alargando, día a día, a petición, consciente o inconscientemente, de las mismas pacientes. Sería, a nuestro entender, un excelente modo de colaborar a desarraigar hábitos que las enfermaban, y contraer otros más sanos que los sustituyeran compartidos con el mundo sensible al fin que las rodeaba. Y estas pláticas familiares, de alcoba, fijando las últimas impresiones y emociones del día — distintas a las que estaban acostumbradas — con fines psicoterapéuticos terminarlas, oportunamente, con naturalidad, aconsejándolas dormir, por su bien, con la ternura, la comprensión y la familiaridad que se trata a seres queridos.

No sería difícil convencer a las pacientes que así obraran hasta haciéndolas reír, más de una vez, diciendo, por ejemplo, que al fin y al cabo el sueño también nos separa de la persona o de los seres que queremos que más cerca tengamos, pero al despertar por la mañana nos parece que sólo hace un instante que de los mismos nos separamos. Manifestarles, bromeando, que por eso no tiene importancia que para el acto de dormir dos o más personas ocupen el mismo dormitorio; que lo conveniente es, pues, conciliar el sueño, tranquilamente, sin preocupaciones perturbadoras para que, realmente parezca breve la noche, como transcurrida en un segundo de tiempo, no interminable al pasarla casi desvelados o durmiendo poco y mal. Y hablar de lo bien y a gusto que, descansados cuerpo y «psiquis», disfrutamos, al otro día, la compañía de los que amamos.

Empezando el tratamiento de este y mil modos más, en todos los aspectos de la vida cotidiana, considerados convenientes por los psiquiatras, se contribuiría, grandemente, a la recuperación de la salud mental. Al pasar unos días, o unas semanas, sin prisas, tratándose de casos más o menos pare-

cidos a los de las enfermas mentales que comentamos, podría insinuárseles que, por propia voluntad, decidieran pasar equis noches en dormitorios diferentes o en salas distintas con el solo objeto de que, como un juego, ellas mismas comprobaran si progresaban en su curación. Este juego posiblemente tendría que repetirse muchas veces. Pero se las continuaría animando a repetir los intentos a experiencias de separación, por cortas que fuesen, hasta que consiguieran suficiente fuerza de voluntad para realizar separaciones más o menos largas y llegaran a sentir, las mismas impacientes, que podrían hacerlas permanentes. Cuando esto sintieran y comprendieran estarían curadas o en vías de curarse completamente.

A las precitadas enfermas mentales las destruyeron, repetimos, sus propias fuerzas psíquicas por no haber recibido el tratamiento psiquiátrico adecuado. Sufriendo ambas severas psicosis, separadas en el momento crítico de sus desequilibrios emocionales rebasaron el límite de resistencia de sus energías conscientes y psicomáticas, y estando acostadas en salas distintas, como afirman los médicos que las asistieron, sus vidas se extinguieron simultáneamente. Lo que ha sorprendido es cómo fallecieron. Una no podía vivir sin la otra hermana, y la más fuerte siguió, desde el lecho, mentalmente, el ritmo mental de la más débil..., hasta el último latido y suspiro. Durante los años que vivieron siguieron el mismo camino, deseándose la misma suerte, y la misma sufrieron terminando sus días cuando quisieron, al contrario de otros enfermos mentales que deciden salvarse a sí mismos.

Betty Jo Eller y Bobbie Jean no llegaron a intuir y comprender cuán graves eran sus males y el gran peligro que corrían. Menos podían imaginar los médicos que lo corrieran en tan extremo grado. Angustiadas, tratando de rehacer sus vidas independizando su respectivo pensar y sentir, obedecieron en todo a los psiquiatras aun sintiéndose morir, sin darse cuenta de que nadie mejor que ellas mismas podían saber cuál era su real estado físico-mental. En parte callaban detenidas por la misma tendencia que habían formado de supeditación de la voluntad de la una a la otra que era tanto como estar casi sin voluntad alguna.

Como náufragos viendo la tierra lejana sin saber nadar, considerando su única esperanza continuar abrazados angustiosamente al madero o al salvavidas sin decidirse a manotear en dirección al lugar de segura salvación, para acortar la distancia y aumentar las posibilidades de ser descubiertos y ayudados por otros semejantes, así Betty y Bobbie confiaron en el hospital quedando a merced de la suerte, paralizadas por lo imprevisto, sin voluntad, sin animarse a sobrevivir, la una a la otra, sin realizar, por su cuenta, ni un movimiento que alertara al equipo salvador que estaba a la vista dispuesto a intervenir y salvarlas: los psiquiatras.

(Continuará.)

FLOREAL OCANA

# OPINIONES DE SAMBLANCAT

## sobre : Cueca peruana

**M**ASACRE de campesinos en Antopongo (Perú) con motivo de una huelga. Coincide esa salvajada con el arribo de una misiva que me escriben de Cuzco, y en que un amigo, bien informado, me hace saber que la causa de la Revolución española cuenta con pocos adictos en la Ciudad de los Reyes, léase Lima.

No me extraña esto último. La patria de Santa Rosa quizá sea una de las termiteras de la mitad inferior del Hemisferio, en que más raigalmente sobrevive y en que más arreo se mantiene el vasallaje colonial y virreinal. A pesar del pote y el postín que ella se da, con su Estudio Mayor o Universidad de San Marcos, se ve que el espíritu del aprismo y del santo evangelista del León, la han rozado apenas a flor de piel.

¡La Lima del Virreinato! ¡El Perú de la Colonia! Los extremeños amamantados con leche de puerca más chúcara, fueron los que cayeron como un pedrisco sobre el imperio inca. Y he ahí porqué las huellas de su barbarie, dejadas en ese bizcocho andino, resultan tan difíciles de borrar.

La hacienda rural peruana ha sido en todos los tiempos uno de los Gólgotas, en que el Verbo divino hecho hombre de pena, ha sufrido befas más atroces. No sabemos si, como el rancho mexicano, la chacra argentina y el cortijo andaluz ha evolucionado el ejido peruano hacia un « New Deal », en que la vida no desemboque en un estertor agónico continuo para el jornalero y para el peón.

Hace como quien dice cuatro días no más, la granja peruana era un rompecabezas que se resolvía en un estercolero humeante, en que el guano de la terrible pira lo constituían los esclavos.

Los había de color café, de color de chocolate, de color de ron, de color de camote cocho, de todos los entrecolores del iris. El boniato, la batata y el cacacillo con tres gotas de leche, figuraban entre los más abundantes.

La promiscuidad anticrista en que vivía ese ganado, saca chispas al pelo. Porque era un pueblo hasta de más de mil muertas almas, el que abrigaban los galpones de cada explotación.

Nadie sabía allí quién engendrara a quién. No faltaban evidencias, como la de que toda primicia femenina caía bajo la guadaña del patrón. Y como la de los primogénitos, nacidos de madrecitas de 12 y 13 años, eran todos consanguíneos y frutos ciertos y notariales del que hacía de Padre Eterno y de sultán de la Persia en aquel paraíso de Mahoma.

Los segundogénitos se podían repartir sin temor a errar y sin hacerse acreedor a la tierra, entre manijeros y operadores por partes iguales. Y la gusanera y la lluvia de sapitos que venían después, eran carne del delirio, que trababa de noche en los

pajares a aquella hormigación, en coitos retorsos y chascantes de langosta de mar.

Ningún señor territorial sabía bastantes matemáticas para contar la prole que razonablemente debía atribuirsele.

El régimen de trabajo en aquellos inimaginables picaderos, pertenecía sencillamente a los de tipo penitenciario y penal. Numerosos braceros iban durante años al surco con el grillete y hasta con grillos en los pies. Había parejas de un mismo sexo, que no se podían separar en toda la vida, porque las dos unidades de ellas estaban atadas a cada una de las puntas de una cadena no muy larga.

La finca tenía cárcel propia, con cepos fijos a la pared, en que se metía a los discolos de cabeza. El látigo no cesaba de restallar tarde y mañana. Y la flagelación hasta la sangre estaba a la orden del día. Era un milagro la jornada, en que no se le despedaban las nalgas a trallazos a algún cimarrón. Generalmente se le dejaba morir sobre el excremento de las tripas abiertas a bejucazos. Si por su rendibilidad interesaba curarle, se verificaba eso con orines.

Se hacía charqui o tajadas el trasero a cordonzos hasta a las inditas impúberes que defendían su pudor. El castigo de aplastarles los senos uno contra otro hasta reventárselos y dejarles colgando del pecho dos banderas o piltrafas sanguinolentas, no era de los menos infligidos. Las mayordomas, como las patricias romanas, daban las órdenes a la servidumbre a golpe de estilete. Yendo las agredidas casi completamente desnudas, el puñal entraba en la carne como en una rueda de descortezado grujero.

El cura de la hacienda tomaba parte en estos piosos ejercicios de San Ignacio. Hermanos todos en Dios, bendecía el Padre aquella orgía de incestos, estupros, violaciones, sevicias, carnificios, etc. Si la coronilla se transmitiese, como las pecas y las verrugas muchos chiquillos habrían nacido con una peseta en el tozuelo.



Las parábolas cínicas

## LA LAMPARA

= M

MAESTRO, dijo Eúbulo, ¿qué mal ves tú en que —cual un cojo sosteniendo sus pasos con sus muletas— mi enfermedad apoye sus pobres gestos en las opiniones que tengo de los dioses? ¿Es que no es tal cosa, al contrario, un medio para dar a mi vida unidad, nobleza y poesía?

— Las muletas de los cojos, dijo Psicodorro, no están hechas con neblina o con palabras de sacerdotes.

Y añadió después de un silencio:

— Hablas, hijo mío, de una locura peligrosa, de una locura que yo llamo a veces, en el secreto de mi espíritu, la doble ceguera y la doble caída. Pues el sabio evita, con una prudencia igual, la afirmación en el ensueño y la vacilación en la conducta.

Y como venían muchos discípulos, dijo el viejo filósofo:

— Escuchad una parábola:

\* \*

Prendida estaba una lámpara encima de una mesa. Alrededor de la agitada luz de la lámpara fres hombres sentados hablaban juntos.

El primero de ellos, que era un sacerdote, decía:

— Existen las tinieblas y existe la luz. Como hay la verdad y hay el error. Lo que no es luz y verdad es necesariamente tiniebla y error. De lo que se deduce que todo hombre que no es griego es bárbaro y precisas son las fronteras que rodean a la razón y a Grecia.

A lo cual replicó el segundo de aquellos hombres, que se llamaba Diógenes y venía de Sinopo:

— Las fronteras son imaginaciones humanas. En realidad, hay entre las cosas transiciones insensibles, o mejor dicho, todas las cosas no son más que transiciones. Las distinciones groseras que hacemos siempre tienen límites convencionales y arbitrarios, aunque varias son necesarias para que puedas hablar o puedas accionar. La palabra y el gesto transforman en discontinuo lo que es continuo. Precisa que conozcás estas cosas para no embriagarte con tu pensamiento como un adivino o para no irritarte como un juez contra el pensamiento del prójimo. Pero precisa que a medias las olvides cuando hablas y que las olvides tres cuartas partes cuando accionas; de lo contrario te arriesgarías en volverte mudo o paralítico.

Y prosiguió:

— Fíjate mejor en lo que asciende de la lámpara. Entre la sombra y la luz flota un círculo de incertidumbre, al cual no llamas ni sombra ni luz, sino penumbra. Y esta región no es en todas partes la misma, pues aquí es casi como la noche y allí es casi claridad. Y la danza luminosa no es tampoco uniformemente viva, ni la inmovilidad de

la noche uniformemente espesa y pesada. Y nadie, ni siquiera un dios, podría decir el punto preciso en donde la luz se vuelve penumbra, ni el punto preciso en donde la penumbra se vuelve tiniebla.

El que aún no había hablado hizo notar:

— Así que ni el uno ni el otro podéis determinar en dónde comienzan las tinieblas ni en donde termina la luz. Por consiguiente, lo que es indefinible carece de realidad. Y, cuando pronunciáis «tinieblas» o «luz» solamente habláis de vanas palabras. Pero no olvidéis que el deber del hombre sabio es el de callarse, a menos que no explique a los habladores inútiles el deber de enmudecer.

Los otros dos se reían.

— Una risa, dijo amargamente el sofista, es una respuesta como la que más o menos hicistes, oh, Diógenes, cuando mi maestro Zenón te demostró la imposibilidad de todo movimiento. Tu risa de hoy, oh, Diógenes, y la marcha de ese día son agitaciones de ignorante. Las comparo sin injusticia al atropello y al puñetazo con que un soldado pretendería refutarme.

— ¿Difiere el calor del frío?, le interrogó el cínico.

El discípulo de Zenón dijo burlón:

— Cuando tú puedas, de una línea precisa indicarme los límites, podré ver entre ellos una diferencia.

Al oír esto tomó un dedo Diógenes de aquel hombre y lentamente lo aproximó de la llama. Asombrado el sofista lo dejó hacer sin resistencia. Llegó el instante en que, después de sentir poco calor, este se hizo de más en más vivo, lo que motivó que el dedo sintiera dolor. Entonces la mano retrocedió, huyendo de la quemadura.

Y Diógenes dijo con una sonrisa amable:

— Explicanos el movimiento que acabas de hacer, oh negador de todo movimiento y de todo calor. Luego, por mucho rato, rió de buena gana Diógenes, mientras que el otro decía vanas palabras (1).

HAN RYNER

(Trad. V. M.).

1. — Para los lectores no familiarizados con el helénismo, diremos que: 1) Cínico, significa adepto al cínismo o filosofía de retorno a la naturaleza, cuyo promotor principal fue el Diógenes de Sinopo, al que en esta parábola alude el autor; 2) La figura principal de la sofística para combatirla fue el inmortal Sócrates; 3) Zenón de Citio, a quien alude aquí Ryner, fue el fundador de la doctrina estoica, que tanto auge tuvo antes de la era cristiana, y 4) Que los griegos solían denominar «bárbaros» a todos los europeos, africanos y asiáticos, es decir, a todos los que no habían nacido en su suelo. Con la ayuda de un buen diccionario histórico-biográfico, los lectores harán bien en esclarecer otros vocablos que aparecen en estos hermosos textos de Han Ryner. — V. M.



# El individuo y la masa

**U**NA tesis fundamental del movimiento libertario es ésta: Ningún gobierno es capaz de solucionar el problema social. La emancipación de las masas trabajadoras no puede realizarse más que por la acción directa y libre de ellas mismas, con la ayuda de sus múltiples organismos sociales, creados en el curso de una vasta revolución. Toda aplicación de sistema gubernamental para a ésta, desviándola de su verdadero fin. Todo sistema de gobierno es, pues, reaccionario.

A esto son numerosos los conservadores, liberales, socialistas « comunistas » (autoritarios) que oponen a esta tesis una objeción que se ha hecho clásica. Imposible, dicen, dejar a las masas que actúen por ellas mismas. La tesis libertaria es una teoría peligrosa. Los libertarios se empeñan en no comprender que el individuo es malo; que por su naturaleza misma, el hombre es egoísta, celoso, malo, etc., etc.

Y las masas — este conjunto vago de individuos — poseen los mismos defectos que se han convertido en inmensos por su número.

En apoyo de su tesis por su parte, los libertarios invocan ciertas cualidades de las masas. Exponen pruebas sobre su capacidad, su abnegación, su heroísmo, citando ejemplos concretos, todo lo cual es verdad.

Apoyando su objeción, los contradictores enumeran los defectos de la masa; aportando pruebas sobre su inercia, pereza y bajezas, etc., etc., todo lo cual, es también verdad.

Los dos tienen razón. Generalmente la discusión se para aquí y de esta manera el problema no avanza ningún paso.

Para resolver el problema es necesario proceder de diferente manera que la de una simple exposición de hechos. Es preciso explicar estos hechos.

Que el lector — no importa cual — coja una hoja de papel y un lápiz.

Que divida la hoja de papel de arriba a abajo en dos mitades y que titule la parte de la izquierda: «Buenas acciones», y la parte de la derecha: «Malas acciones».

Recorrerá acto seguido, mentalmente, su vida pasada, desde su más tierna infancia y al detalle, mientras sea posible, escrupulosamente, sinceramente.

Cada vez que el recuerde una mala acción que cometió (o que estuvo a punto de cometer y que ciertas circunstancias se lo impidieron) con el lápiz hará una pequeña señal a la derecha; por cada buena acción, hará esta señal a la izquierda (Naturalmente será su propia conciencia quien juzgará sus buenos o malos actos).

Cuando haya terminado, encontrará, seguramente, varias señales de lápiz en cada lado de la hoja.

Y constatará que en el transcurso de su vida, ha cometido (o estuvo muy cerca de cometer, lo que psicológicamente, significa lo mismo más de una vez, actos condenables, antisociales o antimorales, que pueden haber llegado, incluso hasta el crimen, y que por otra parte, realizó también (o estuvo muy cerca de realizar) en muchas ocasiones, buenas acciones que pudieron llegar hasta el heroísmo. A veces, unas con otras, se seguirán a corta distancia.

La conclusión de esta pequeña experiencia de laboratorio — experiencia fácil para todos asequible y absolutamente infalible — es de una importancia capital para el problema que nos ocupa. He ahí la conclusión.

El individuo no es ni bueno ni malo. Su psicología es de un movimiento constante. Ella es vacilante. Y lo que es necesario distinguir, el diapasón de estas vacilaciones, es muy vasto, por esto ellas pueden ir del crimen al heroísmo y viceversa.

Dado que las masas son un conjunto de individuos, su psicología es la misma. Las masas no son ni buenas ni malas. Sus cualidades y sus acciones, son extremadamente variables y por lo mismo pueden ir del crimen al heroísmo.

Analizando este primer punto, pasaremos ahora al segundo.

Es evidente que si el conjunto de las circunstancias, el ambiente, la atmósfera de la vida en sociedad, favorecen y facilitan los movimientos del alma y los actos buenos, evitando los malos, en tal caso las disposiciones y la acción de los individuos de las masas se dirigirán, cada vez más, hacia el bien. Con la ayuda de la costumbre, las « vacilaciones » hacia el mal disminuirán, se harán más difíciles e incluso pueden cesar totalmente. En el caso contrario, el resultado será, naturalmente, opuesto.

Establecidos estos dos puntos básicos, constatemos ahora, un hecho.

A través de muchos milenios, todo el ambiente, toda la atmósfera sociales son de tal forma que ellas favorecen y facilitan más bien, las malas acciones, los movimientos de egoísmo, de competencia, de celosía, etc., etc., impidiendo y hasta prohibiendo casi toda acción humana, justa, noble fraternal.

A nadie puede sorprender, pues, que se produzcan estos actos antisociales, antimorales, antihumanos, que ellos se hagan frecuentes y que como consecuencia, los individuos se conduzcan mal. Lo que más debía de sorprendernos es que existan aún hombres fundamentalmente buenos, humanos, justos y fraternales en sus actos y que las mismas masas realicen a menudo hechos distinguidos, haciendo prueba de grandes capacidades sociales, de abnegación y de heroísmo.

Nosotros, pues, llegamos a esta conclusión y constatación esencial:

Por su naturaleza misma el hombre, en general,

no es, pues, ni bueno ni malo. Por su naturaleza es inestable, vacilante. Con igual predisposición para el mal que para el bien (con ligeras preferencias individuales por el uno o por el otro). Que se incline por el bien o por el mal, depende de los impulsos y de los elementos que concurran influenciadores sobre la psicología vacilante.

### EL HOMBRE Y EL AMBIENTE

En nuestro presente estudio estableceremos tres puntos esenciales:

1. — El individuo y la masa no son ni « buenos » ni « malos »; su psicología y su comportamiento son « vacilantes ».

2. — Si el ambiente favorece y facilita los movimientos hacia el « bien », el individuo y las masas se sienten inclinados, naturalmente, a conducirse « bien ». Si, por el contrario, el medio favorece las inclinaciones por el « mal », los individuos y las masas se prestan a él simplemente.

3. — Desde hace muchos siglos, el ambiente social en donde el hombre nace y vive, favorece y facilita los movimientos hacia el mal, estorbando e impidiendo, incluso prohibiendo, que éstos tiendan al bien.

Resulta pues, natural y normal, que en nuestros días y ante el ambiente semejante, los individuos y las masas se conduzcan por lo general mal.

Generalmente se opone a esta tesis una objeción — que se ha hecho clásica — que se expresa como sigue :

Los hombres son los que crean el ambiente, el medio. Si éste es malo porque los individuos y las masas que la han creado, lo son a su vez.

Y es así como se llega a la misma tesis de que el individuo es malo.

Y a ello se añade esta reflexión : En tanto que los hombres no hayan cambiado, el ambiente no cambiará tampoco.

Y, además, esta otra deducción : Primero, hay que cambiar y educar al hombre, al individuo. Sólo entonces el medio cambiará.

Todas estas reflexiones, objeciones y deducciones, podrían ser exactas si realmente fuera el hombre quien creara el ambiente, ¿pero es que esto es así?

No. Es un error creer que « los hombres crean el ambiente ». Esta tesis es falsa. Ella sería verdadera si el medio fuese el resultado de una actividad creatriz libre y consciente de los individuos y de las masas. Naturalmente, la humanidad dentro de su evolución se encuentra aún lejos de este estado. (Cuando ella llegue ahí los hombres podrán crear entonces el ambiente).

La realidad actual es bien diferente.

« El individuo es malo y el medio depende de él », dicen los unos. Se equivocan, puesto que como antes hemos visto, la psicología del individuo es « vacilante ».

« El medio es malo y el hombre depende del medio », afirman otros. También éstos se equivocan. Hemos precisado antes que el ambiente influye sobre el hombre « dentro de una cierta medida, nada

más », empujándolo ya sea hacia el bien, como hacia el mal.

« El hombre y el medio son malos »; « ellos se influyen recíprocamente », piensan algunos.

Pero en este caso, ¿es pues, que el hombre y el medio no podrían cambiar? De lo contrario, ¿qué se necesita y qué es lo que podemos cambiar antes, el hombre o el medio?

¿En qué medida depende el uno del otro?

El problema se complica y amenaza entrar en un círculo vicioso sin salida posible. Todo esto, dándose el caso, naturalmente, de que la argumentación de los unos y de los otros, es superficial y no llega hasta el fondo de la cuestión.

Dentro de la realidad actual, el ambiente social no es el hombre quien lo crea. En cada momento dado de la historia, este ambiente es el resultado de dos factores mundamentales muy diferentes, incluso opuestos que cada uno por sí, influyen obligatoriamente, decisivamente y simultáneamente sobre el hombre, determinando su estado de evolución, de civilización y de cultura; su forma de acción, su comportamiento, en una palabra, todo su « modus vivendi ». Estos son dos factores que por su acción combinada, conducen al hombre y al ambiente hacia tal o cual modo de existencia.

### EL JUEGO DE LOS FACTORES Y EL COMPORTAMIENTO HUMANO

Hemos dicho: Por una parte el hombre es tal. Sobre todo, al comienzo, un animal, y se conduce como todo animal: ignora la posesión de las fuerzas de la naturaleza. Por otra parte, gracias a su espíritu de inventor y creador, el hombre se separa del animal, evoluciona hacia un ser superior, descubre, domina y utiliza, progresivamente, las formidables fuerzas de la naturaleza, adquiriendo poco a poco, un poder extraordinario de realizaciones creadoras.

Tales son los factores fundamentales cuya relación y mutua acción determinan en todo momento de la historia, la conducta real del individuo, de las masas, del medio y de la sociedad.

¿Cuáles son, concretamente, estas relaciones y acción mutua? ¿Y cuáles son, precisamente, sus repercusiones sobre el « modus vivendi » y la actitud de los hombres? « Las unas y los otros — relación, interacción y repercusiones — varían y se modifican en el curso de toda esta inmensa evolución. »

Al empezar es la no-posesión de las fuerzas naturales (primer factor) lo que prima por encima de todo. Ello impide al hombre toda posibilidad de realizaciones inmediatas, de aplicaciones vastas y concretas de sus capacidades creadoras y organizadoras. Es ella quien los mantiene a un rango primitivo, animal, a un estado « salvaje ». Lo mismo que no importa qué animal, el hombre, ante todo debe nutrirse, ponerse al abrigo de la intemperie, etc. La naturaleza es su enemiga; él se encuentra en lucha constante contra ella. Esta lucha es más severa y dura, habida cuenta de que el hombre se encuentra desfavorecido con relación a los otros

animales. (Esta particularidad sola, merecía un estudio; ella es muy curiosa y sugestiva; es como si en la intención de la Naturaleza estuviera la intención de favorecer al esfuerzo mental del hombre, darle este impulso a su deseo espiritual, privándole de estos medios comunes a todos los otros animales. En realidad, lo complejo y el refinamiento de su organización física impuestas por su grado de evolución dentro de la escala animal, corriendo parejo con su evolución física, excluyendo la vulgaridad primitiva de un mecanismo casi puramente reflejo e instintivo, y predispone, « ipso facto » a una actividad intensa y a una evolución cerebrales).

Vemos pues, que al principio, el hombre vive y se mueve como cualquier otro animal. Pero mientras que éste último se limita, más o menos, a asegurar su pitanza, guareciéndose y conservándose, sin jamás llegar más lejos, el hombre, gracias a su espíritu inventivo y creador (segundo factor) no se queda sobre este estrado : Busca, primero instintivamente y más tarde, de más en más, conscientemente, a poseer la Naturaleza, a desembarazarse de su « dictadura », llegando a dominar las fuerzas naturales y sirviéndose de ellas.

Sin cesar el hombre obra en este sentido : utiliza el fuego; empieza a domesticar y criar animales; inventa las primeras armas; concibe la rueda y otros aparatos útiles e instrumentos; descubre y desarrolla la agricultura.

Poco a poco, el hombre extiende el círculo de sus descubrimientos a invenciones cuya importancia será capital para toda su evolución futura.

Al mismo tiempo se « organiza », se agrupa con otros de sus semejantes y constituye toda clase de colectividad.

Es así como empieza su evolución ascendente y, por otra parte « ipso facto », su conquista de la naturaleza.

Es así como desde el principio, el hombre se esfuerza en romper su rango primitivo y evolucionar.

Mientras tanto esta evolución es infinitamente más complicada — atormentada, diríamos mejor — de lo que se podría suponer.

Y es que como consecuencia — y durante mucho tiempo — la no posesión de las grandes fuerzas naturales (primer factor) dificulta, molesta, desvia, deforma y falsea esta evolución vertical del hombre.

Durante mucho tiempo este primer factor se antepone, oprime — incluso a veces podríamos decir que suprime — la acción y los efectos del segundo: deseo o impulso positivo humano, creador, positivo.

Y poco a poco esta no posesión entrafia para el individuo, para la masa humana, para el medio y para las colectividades, toda una serie de fenómenos negativos cuyo efecto es determinante y de los cuales las repercusiones y las consecuencias innumerables son nefastas.

Así empieza la tragedia humana.

### EL JUEGO DE LOS DOS FACTORES Y SUS EFECTOS

Contrariamente a los animales y en perfecto acuerdo con su anatomía y sobre todo con su psi-

cológia, el hombre no se para con la satisfacción de sus primeras necesidades. Estas evolucionan con él mismo : ellas se multiplican, se complican y crecen sin cesar.

Así, durante miles y miles de años, la intervención muy insuficiente sobre la fuerzas de la naturaleza (primer factor) no permite a las colectividades humanas de sacar, de ésta, todo aquello de que ellas necesitan. Todo esto teniendo en cuenta que la población aumenta también sin cesar.

Se vive de lo que la tierra virgen puede procurar.

A la larga y a pesar de todos los esfuerzos colectivos, el suelo se cansa, los animales desaparecen, y otras riquezas locales se agotan : Es el hambre en perspectiva la amenaza de desaparición de la colectividad.

Es necesario encontrar una solución. Esta se consigue; el campamento se levanta, se abandona el sitio que se ha hecho inhospitalario y se marcha al encuentro de otros terrenos más fértiles y más acogedores.

Es así como las primeras sociedades humanas son errantes. Durante largo tiempo el hombre no puede fijarse en un mismo sitio; está obligado a cambiar de sitio. Es un nómada.

Continuamente y en todos los sentidos, grupos humanos más o menos importantes — tribus, a veces pueblos importantes — marchan a través de la tierra en busca de nuevos espacios vitales.

En estas peregrinaciones, las colectividades errantes chocan las unas con las otras y luchan entre ellas por la posesión de un terreno fértil; a menudo se atacan a aquéllas que ya están instaladas.

De ahí la causa principal de las guerras. Las antiguas guerras son consecuencia sobre todo de la lucha entre colectividades por terrenos para extenderse.

La guerra engendra fatalmente una multitud de fenómenos desastrosos.

Ante todo, ella exige un mando único, personal, firme; una dictadura. Es el nacimiento de un jefe, de una autoridad absoluta, implacable e incontestable. Ella reemplaza los consejos de viejos de los tiempos de paz.

Al mismo tiempo la guerra crea una fuerza armada al servicio de un jefe. Así nace la violencia armada.

Al comienzo, una vez la guerra terminada, el jefe y la tropa deponen las armas, se despojan de sus poderes y vuelven a la colectividad como simples conciudadanos.

Pero muy naturalmente y muy pronto algunos jefes se ven tentados por la seductora idea de conservar su poder después de la guerra en tiempo de paz porque la situación del jefe es envidiable. Un jefe puede ponerse al abrigo de las penas y del trabajo penoso de la multitud. El puede gozar tranquilamente de ciertos privilegios y riquezas que se procuró con la guerra.

El encuentra fácilmente el medio de conseguir sus fines. En primer lugar dispone de la fuerza armada. Los hombres han hecho la guerra con él, consiguiendo también algunos provechos. Son com-

pañeros y ellos están entregados en cuerpo y alma a su jefe, quien puede contar con éstos. Ellos no ven ningún inconveniente en sostenerlo para sus proyectos, al contrario ya que este sostenimiento será, seguramente, bien recompensado.

Y el jefe puede obtener el concurso precioso de otro elemento. Los magos, los sacerdotes explicarán al pueblo «que los dioses han revelado al jefe su voluntad; por la salud de la colectividad para poder proteger ésta contra eventuales enemigos, este jefe victorioso debe continuarlo después de la guerra y velar por la seguridad común». Creyente y supersticioso el pueblo acepta la reforma. En fin por una u otra razón el jefe guerrero se impone como jefe eterno. Esto es el nacimiento de la autoridad permanente y más tarde hereditaria. El futuro «monarca», el futuro rey no son otra cosa que los jefes primitivos evolucionados.

Poco a poco los elementos que sostienen activamente al jefe, se convierten en privilegiados definitivos y hereditarios social y económicamente.

Dentro de estas diferencias históricas (prioridad del primer factor) no es muy difícil justificar y realzar — a lo sumo imponer — todas estas modificaciones, a pesar de una resistencia a veces larga y vigorosa del pueblo; resistencia cuyos ejemplos son numerosos en la antigüedad, en la edad media, y más acá, constituyendo también las revoluciones

posteriores manifestaciones deslumbradoras. Por otra parte, por las mismas razones (inseguridad, insuficiencia de bienes, psicología primitiva, efectos del primer factor) los simples mortales tienen individualmente las mismas preocupaciones, intereses y deseos que los privilegiados. Y, en ciertos pueblos, las riquezas se crean y se acumulan también, aparte de las guerras y de los jefes, o simultáneamente. Algunas de estas variaciones de detalles — nada es absoluto — no cambia en nada el fondo de los fenómenos.

Así nace la propiedad; primero la del suelo y ciertos productos y objetos preciosos; más tarde la del dinero. Y el dinero es sobre todo acumulable. Por consiguiente se transformará en poder «en sí». La riqueza se impondrá sobre la nobleza.

La continuación, hasta nuestros días, es el desenvolvimiento lógico y natural de todos estos fenómenos, cuyo verdadero origen es la no posesión de las fuerzas de la naturaleza (primer factor) con sus resultados inmediatos: la insuficiencia de medios de existencia y la lucha feroz por la vida. Notaremos de paso que la ayuda mutua, con todo y existir entre los animales y los hombres no llega a contrarrestar eficazmente los efectos del primer factor y de los fenómenos que tratamos.

**VOLINE**



# EL UNIVERSO DE ALAIZ<sup>(1)</sup>

## III

**C**UAL cirujano de una estética de la vida, como diría Gérard de Lacaze, Alaiz corta, raja, destripa, separa, estruje, analiza glándulas morales, que son las únicas que cuenta en la condición humana, y con los resultados arroja el cuerpo a la vindicta pública. «Sobre todo, na de tapujos». Dirá mierda a la mierda aunque la cague Dios. La España oficial hizo del 2 de Mayo un símbolo de algo artificialmente honrado como es la «independencia nacional». Felipe no se andó por las ramas. «Para batirse con los lobos de Napoleón hacia falta ser obediente a los lobos con faja española que no se batían con nadie.» La batalla de Bailén la ganó el vino, que fue la quinta columna de las tropas españolas. «Los franceses habían bebido más que comido». Ello explica todo lo demás.

En los militares ve al avechicho, no al vestido. Es decir, puede el militar vestir con azul de labradores e ir en alpargatas, Alaiz no le perdona su alma militar «por demás perniciosas». A Victor Balaguer no le perdonó jamás sus «Jornadas de gloria» con las que los matarifes de tocinos humanos se pavoneaban. Gracias a los individuos como Balaguer, a la «servil musa popular», a los pavos citados, a los alcaldes de barrio, al obispo y a la Sociedad Carnavalesca del Borne, de todos los Borne y de todos los tiempos, en España puede decirse que «todo el año es Carnaval». Símbolo de éste, la bandera, sin distinción de color. Aquí se une a Samblancat que sobre las banderas, dijo: buenas sólo para echarlas al estercolero.

Estaba tan profundamente enfrascado contra el espíritu militar de los fanfarrones y matones «de calle, puerto y monte», que no vacilamos en ofrecer integro el siguiente párrafo, que se basta por sí solo:

«El romanticismo popular no era el libro ni el salón, como tampoco el jardín recortado, sino la estepa, la guerrilla, la vida hermética de los poblados perdidos entre caminos vecinales, el individualismo tozudo pero no razonador y matizado, el individualismo sin individualidad. Los guerrilleros de manta y trabuco salían a los caminos haciendo la señal de la cruz. A veces las cuadrillas eran apostólicas, como en Levante la de Jaime el Barbudo, indultada por influencia episcopal y adscrito al clero para matar a los liberales. Otras veces tenían aquellas cuadrillas el favor miedoso de algún cacique como la cuadrilla de Cucaracha, en Aragón, tenía el favor del cacique Bastarás de Lanaja. Pero a veces los guerrilleros de manta y trabuco eran románticos apolíticos y galantes. Galantes con ese sentido de gallo que sólo cree en la galantería de majeza y aspira mucho más a

mandar que a adquirir probando que la autoridad sugestiona antes que las onzas y las joyas.» Eso eran los bandidos: servilismo... o autoridad, las dos características más genuinas de la animalidad o estado animal del hombre, anteriores a la del dinero y más nocivas que éste con todo lo nocivo que es.

Otro síntoma de pavoneamiento era para Alaiz cierto porte de barba. De un orador barbudo decía: «Cuando hablaba en público, el éxito era seguro. Tenían los discursos ingredientes determinados, como son: exordio, peroración, réplica, exclamación... Pero el ingrediente de efecto era la barba certera y mitinera.»

Se deduce que, por carambola, Alaiz visaba con sus cañonazos al populacho ensimismado y crédulo más que al propio individuo-granuja con barba de macho cabrío.

El porte de la barba con fines puramente efec-tistas era objeto de meditado estudio, estudio que nuestro compañero explica: «En el exordio se la sostenía relativamente quieta en forma de abanico. Al llegar a la peroración aparecía la barba cuadrada, asiria, dialéctica y ligeramente bailable. Cuando ascendía el apóstol a la réplica, su barba adquiría cierto vigor frenético: buscaba un contradictor lejano y la barba florecía milagrosamente; cada apóstrofe hacía desarrollar un mechón; ya no era un abanico ni un cuadrado aquel aparato de hacer discursos; era arbusto con ramaje espeso y amenazador. El verdadero prodigio acaecía luego al disparar el apóstol las exclamaciones de rigor y convertir su barba en central eléctrica.»

Con ésta, dice, «el auditorio quedaba electrocutado de entusiasmo». Electrocutado, he ahí un estado de alma en el que se dejan a las multitudes después de los discursos. Estado que el hombre debe analizar para conocer su exacta medida, su alcance y sus consecuencias.

Un buen día, el apóstol arrió la barba y se quedó solo. Que hasta ahí llega el gustazo escénico de las muchedumbres.

Amaba mucho a Bartrina «porque analizaba por ejercicio, no por inquina». Como analiza el propio Alaiz que, aun a pesar de su lenguaje «formal y no formalizado», nunca apuntó en él el rencor, la envidia ni el odio. Estos defectos son siempre propiedad de los corazones ruines y el de nuestro albalateño era noble y generoso. Cita de él su silogismo como un canto humano que adquiere carácter de ley natural.

Amaba también a Bécquer por el vuelo de inmensa libertad que despliega cuando afirma que «Volverán las oscuras golondrinas». Algunos prisioneros de los escapados de España franquista relatan

(1) Ver CENIT, 146 y 147.

que frente a Falange en los peores días de degüello (año 1939), los presos, y sobre todo las presas, recitaban el poema de Bécquer por darse el gustazo de gritar ¡Volverán!. Pero Alaiz estima a Bécquer porque con sus golondrinas se opone a las cotorras de otros. Hace decir a uno de sus protagonistas: «Para cotorras ya tengo a mis dos cuñadas.» Mas no le perdona al poeta sevillano su ñoñez absurda cuando apela a la sensiblería imbécil a verter lágrimas sobre su tumba:

Quando la campana suene,  
Si suena en mi funeral,  
Una oración al oír  
¿Quién murmurará?  
Sobre la olvidada fosa  
!Quién vendrá a llorar?

Con lo que Alaiz sienta plaza de existencialista sin que comulgue con ciertas teorías en boga hoy día. Lo hace por entereza, por integridad del vivir, porque serena pase la vida, porque... más allá de la tumba ni para la indiferencia hay plaza.

¿Por qué está contra Benavente? Porque éste contribuyó como el que más para que actores y espectadores se acostumbraran a cierta «pedantería sentimental».

Esta puede expresarse en el beso. El beso hipócrita. Cuando no es hipócrita es sensual, lujuria, suciedad. Dice de Bartrina: «¿Que por qué no te echo flores después que me has dado un beso?, ¡pues, por eso! Y agrega Alaiz: «Vital imprecación delicada contra el tragón latino, siempre un poco canino».

Quien ha dicho que Alaiz ha contribuido a hacer de los españoles un «monumento de imposibles» es un difamador. Es cierto que marca una pauta, la marca y la sigue; es cierto que es riguroso en sus concepciones, pero Alaiz no ha jugado nunca con la muerte ni ha sido nunca un mata-sietes. En mil ocasiones sus protagonistas se codean con el golpe fraticida, pero se paran muy cuerdamente «in-extremis». Ahí tenemos en «Quinet» el caso de Bayona. Disputado y perseguido tiene ocasión de hacer desaparecer al amo. No lo hace, se conforma con echarlo al agua. «Bebe un trago, mal apero, usurero, ladrón». Pero la cequia era profunda y el tío se ahogaba. Un remojón, bueno. Pero nada más. Bayona se echa al agua para sacarlo y lo salva. Y con ello Alaiz logra, además, colocar un poco de su buen humor cuando ante el juez el obrero, acusado por el tío a punto de fenecer, replica: «Señor juez, es lo contrario: yo lo tuve que salvar.»

Gente biliosa, dice, y escribe por ahí no sé qué maldiciones e improperios menospreciando las modestas bibliotecas que posee en su casa el libertario español desterrado. Alaiz también opinó sobre los libros y las bibliotecas, pero lo hizo con altura, con cordura y con talento de pedagogo y obrero. Lo dice en «Quinet» y da una fórmula: «Su biblioteca guardaba lo mejor de lo último y lo bueno de todos los siglos.»



Honor, al estudio y al trabajo. Honores, a nadie. A Blasco Ibáñez, a quien había leído con profundo respeto, le reprochaba muy cordialmente el que «nunca quiso fijarse en los talleres». Su adhesión a Blasco Ibáñez queda sellada cuando analizando a Pardo Bazán, dice: «Algunos lobeznos de Coria, como Cánovas y Castelar, eran sus contertulios, pero la escritora prefería a estos lobeznos deteriorados por la política el rugido de un tigre de Bengala como Blasco Ibáñez, que se batía cada semana y a las pocas horas parecía tan campechano como un dulzainero si se reía de los partidos.»

Con ello el reproche dirigido al autor valenciano no obedecía más que a la falta de espíritu obrerista en las obras de éste.

Admiraba la obra de Bretón de los Herreros, por su gracejo, por su casticismo típicamente castellano, pero le reprochó con severidad su sumisión al marqués de Molins, al que adulaba Bretón, como reprochaba a Sagasta ser adicto a Cristina de Habsburgo.

No ha habido en Alaiz análisis platónico, no ha conocido ni ha tenido ocasión de «matar el tiempo». Anidaba en él, junto a una recia personalidad innata, una cordura social formada y en formación. A los pensadores, a los escritores, a los políticos, a los líderes y a los encargados de una función cualquiera de sociedad, fuera la que fuere, desde la puramente obrerista y sindical a la religiosa y metafísica, les reprochaba su falta de entereza, sus «debilidades». «Dio Riego el grito constitucional en 1820 en Cabezas de San Juan, pero el liberalismo conceptista se sometió a Fernando después candorosamente.»

Hace de ello 140 años. Viendo el panorama presente de la política española, uno no puede por menos que preguntarse: ¿Acaso la historia se repite?

M. C.

(Continuará.)

# LA VIDA Y LOS LIBROS

*Hay que vivir como si fuéramos los primeros hombres en este extraño mundo.*

**BOTELLA PASTOR**

**ENCrucIJADAS**, por BOTELLA PASTOR.

**C**ONTINUACION de «Así cayeron los dados», «Encrucijadas» se sitúa entre la escasa literatura producida por los actores del drama español acontecido entre 1936 y 1939. Escasa. Es una lástima, pero es así. Los españoles no se preocupan como debieran para que sus ideales, sus gestas y su tragedia vayan más lejos que su existencia. Generalmente hablando.

Botella Pastor es una excepción. Y una excepción honrosa. Sus libros son doblemente importantes porque están escritos para el pueblo llano con temas y personajes ídem. Lo que firma Botella no debe ser adquirido por los que se embelesan con las historias de príncipes o artistas a medio vestir. Nada de eso encontrará el lector. Aparte una ligera abundancia excesiva, a mi juicio, de cosas y casos relativos al sexo; aspecto, sin embargo, característico entre gentes desesperanzadas, cosa que atenúa el desliz del autor, «Encrucijadas» como «Así cayeron los dados», es un relato de emociones, de vicisitudes y, sobre todo, de verdades equidistantes de la condición humana y de la animal, cuyo autor se merece, por reciprocidad, la consideración entusiasta de toda la enigración española. Por extensión, de todos los desplazados de la Tierra, de todos los que «no piensan meterse a fraile», de los que no creen posible «una vida a base de oído de cuanto pasó y pudo ser». De todos los que tendrán «tiempo para desahogarse maldiciendo y jurando... destino inseparable y casi fatalista del mundo del destierro. Un mundo de... cualquier cosa menos de vivir en paz. En paz pueden vivir los castrados, según Botella: «Y que nos castraran también la salida para vivir en paz.» «Y que nos cortaran la lengua pa no oírnos», agrega, además, por boca del Málaga.

Botella explica lo qué ha de ser un desterrado, y para ello deja que nos lo exponga un anarquista. Este no admite callarse ni vivir en paz aunque nos cortaran la lengua y nos aplastaran los testículos. «Callar es dejar creer que se vive en el mejor de los mundos. Hay que gritar al pie de los cadalsos. Hay que impedir los crímenes del silencio. Hay que gritar al caer los compañeros. Hay que gritar contra lo injusto... La injusticia es una comida de esclavos que yo no digiero.» Hasta parece que el autor tenga en los anarquistas su «flaco». Por lo menos en el que escoge para «Encrucijadas». Nos lo presenta en lo físico con

rasgos de cierta cualidad extraordinaria: «hombre alto, de noble semblante, un busto ateniense».

El que tuviera gusto y poseyera el arte de reflejar con el lápiz o el pincel el cuerpo y el alma de cada persona de los libros de Botella, obtendría una colección de «siluetas» de primera magnitud. Saldrian «alto-relieves» de la más típica humanidad.

En el destierro se hacen «los mil y un oficios, las mil y una noches de ayuno y acostarse pronto, y el hambre se las arregle con el sueño».

Condiciones del desterrado, sea blanco o negro, sea del Este como del Oeste... menos para los nobles «con joyas y dinero». Y esto también sirve para todas las nacionalidades. A falta de joyas, buenos serán los indios.

El desterrado, puesto a prueba y probado, se le denomina en el idioma jergal de las nacionalidades, apátrida. «Apátrida, dijo Manuel sarcástico. Vaya paíabreja. Algo así como la de expósito para los niños sin padre.»

En nuestra condición de españoles y de apátridas, una cosa muy importante será, pues, que sepamos el origen. ¿Por qué, de qué nos viene y a dónde nos conduce este camino? ¿Origen ideológico? No. Ninguna idea conduce a semejante resultado. ¿El voluntarismo? Tampoco. ¿El capricho? Que no. Acaso el ajeno, pero no el propio. ¿Entonces? Y buscando, buscando, Botella recuerda que «Falange atentó a un profesor, y luego mató a un magistrado y después a un oficial». Los compañeros del teniente Castillo replicaron «y zas... la algarabía trágica».

Desde luego esos detalles son verídicos, son exactos, son históricos é indesmentibles. Pero eso es minúsculo burbujo del gran volcán de las profundidades en el que más que vivir se desvivía la sociedad española. Un desvivir que al tornarse en pelea abierta, para los vencedores fue el poder, la gloria —capa del crimen como dijera el poeta— y para los vencidos el destierro. Antesala de éste los inmundos campos: fin de una vida y principio de otra. Por ser los campos de concentración distinta cosa del resto de la creación, ni a los muertos se les llama muertos, se les llama «fiambres». La verdadera muerte es la de los incrédulos, sobre todo si están acorralados en los dichos campos. «Allí los incrédulos mueren de veras, de frío, de hambre, de disenteria verde, de un tiro del centinela, o de asco...» Desde luego, de asco se muere en todas partes, aunque, claro está, solamente los incrédulos. Los otros no mueren. «Rodeados de curas, amor y comodidad, perdonados de todo y camino del cielo, no es morir, es un visado para la gloria eterna...»

De los otros, los incrédulos, en este caso, incrédulos y vencidos, no queda nada. Los campos, las alambradas... No tienen derecho ni siquiera a vislumbrar ni preparar venganza. Se los prohíbe su

moral. Buscarán justicia. Esta es su única venganza. Su ética les impide incluso el dar asilo al rencor, nada hay más imperativo que el de hacer frente a la cólera. Por justificada que ésta esté.

Dilema sublime de las almas nobles, deducción resoluto y decisión inquebrantable de todo lo grande, de todo Hombre. Ser humano, inmensamente humano. Todo lo que le rodea al desterrado es adversidad. Todo le induce, desde el punto de vista de la animalidad, para odiar a todos y a todo. Sin embargo, tal desterrado, por ejemplo el Manuel de «Encrucijadas», era de una educación tan delicada que: «Ve niños con sus pequeños semblantes llenos de angustia, caras ya de seres perseguidos, siempre de la mano de una mujer a quien llaman madre. El sentía deseos de pasarles la mano por sus cabellos largos, pero **no quería que tomaran por compasión lo que era humanidad.**

He ahí una cualidad: Humanidad, de acuerdo; sentimentalismo, no. Esto se deja para lo beato, para los arribistas y para los que oros son triunfos, cueste lo que cueste.

Y no es que a los demás les plazca la condición de derrotados ni tampoco significa que no hayan de poner empeño supremo en ganar. Saben que la derrota conlleva muchas desgracias inmediatas o lejanas. Para los vencidos de la batalla española no había más albergue que las alambradas visibles e «invisibles» por todo el orbe. La amplitud de la causa defendida no se merecía menos. Por boca del profesor, Botella nos dice a los supervivientes de la catástrofe: «Hay que vivir como si fuéramos los primeros hombres de este extraño

mundo. Unos hombres que buscan su razón de ser fuera de quienes eran, fuera de su tiempo y de sus tierras. **A las puertas del dejar de existir por no dejar de ser.»**

Pero con una fe profunda, casi total. Algo semejante a lo supra-humano. La emigración española somos una especie de diáspora de la raza aria, por calificarla con algo a la población europea laboriosa y rebelde. En el fondo, y en general, nuestra situación no es diferente a las de antaño. Como dijera Espronceda en su «Diablo mundo»:

**De la vida en el hondo océano**

**flota el hombre en perpetuo vaivén...**

Muchos fueron los españoles que al pasar la frontera pensaban en que el mundo era un París con infinidad de «Moulin Rouge» donde gozar, vivir y olvidar... Soñaban en un París novela, sin gendarmes o con éstos defendiendo al hambriento contra el acaparador. ¡La Revolución Francesa! ¡La Libertad! ¡La Igualdad! y ¡La Fraternidad!... Ignoraban que ésto se encuentra hasta en los frontispicios de las Comisarias.

«¡Qué paraíso, París, sin gendarmes!», pero encontró los gendarmes, no el paraíso.

Mas, a una desesperanza surge un consuelo esperanzador. A un destierro ingrato y presente, responde una ilusión en volver, dulce y futura.

**M. CELMA**

(Continuará.)





# « FEO »

## Historia de un perrito español

(Continuación y fin.)

He llegado a acostumbrarme a la caricia tosca del hombre. Lo cierto es que, cuando se acerca a nuestro mundo, concentra su atención en mamá. Mamá lo mira con una ternura y una comprensión absolutas. El hombre, que es duro, que respira hondo y guarda muchos silencios, tiene un olor fuerte, de tierra y tabaco. La mujer, cuando pasa por ahí cerca, lo hace con olor a jabón y lejía, con perfume de rosas sencillas, de trapos y de carne. Muchas veces he meditado en esos olores y aunque mis sentidos prefieren éstos, mi corazón soporta con agrado los del hombre, porque el hombre ama a mamá y la mujer no. El niño huele a calle y a pupitres. La niña a petróleo y margaritas. El chiquitín, que apenas se deja ver, a orines.

— Niña, no te acerques ahí, que la madre está rabiosa.

— ¡Ay, mis perritos, se han llevado mis perritos!

— Bastante tiene ya con ése que la trae loca.

— ¡Ay, Feo, mi pobrecito Feo!

— Mejor para él.

— La madre llora...

— ¡Qué va a llorar! Los perros no lloran. Y, además, si llora... ya se le pasará.

— ¿Y si a ti...?

— ¡Chitón!

Mamá está poseída por un dolor malva que se pierde en lo infinito. Cuando me lava con su lengua temblorosa, siento en mi vientre una quemazón que no sé si debo rechazar o agradecer. Para ser perro hay que tener un alma sometida a los temblores, y para ser, por añadidura, madre, hay que tener consistencia de cielo en las entrañas. Eso dice mamá, a solas, cuando duermo.

\*\*

Tenemos junto a nuestro hogar una gran lata de anchoas vacía, en donde se echa todo lo que sobra a la caterva. Como la caterva es pobre, dicen, en lata no caen más que algunos pitracos cocidos, pulidos huesos, garbanzos y arroz deshechos que a veces tienen un ligero aroma de chorizo. Y de todo ello mamá saca un buen partido con un aire de resignación imponente. Mi cocina, comedor y dormitorio están en los senos de mamá. Y no quiero otra cosa.

\*\*

Vivo la frescura de un patio cubierto por las ramas de una higuera. El árbol tiene hojas nuevas, muy tiernas. Por tierra hay unos tiestos, latas y ollas blanqueadas que ofrecen geranios entusiasmados por la gracia que ellos solos le dan al aire. Mi olfato se compagina admirablemente con el olor de vida que me rodea, y percibo con claridad, el penetrante olor de viejas maderas mojadas, el del es-

tiércol, el de la ropa blanca con mucho sol... La magia de los olores me abstraerá y me basta ese instante mínimo para saborearlos intensamente, porque el campo de los sentidos no se sujeta a medidas de tiempo ni de lugar.

He pasado la mañana correteando detrás de mamá, que ya no está tanto en casa. Eso ocurre desde que ella advirtió que mis piernas no solo me sostenían, sino que me llevaban a averiguar el olor, el color y el sabor de la cortina de cretona que crea una barrera de flores ante el misterio iluminado del exterior. El hombre llega a la casa malhumorado: debe tener hambre.

— Te voy a matar...

— ¡Ay, mamá, mis cromos!

— ¡Maldita sea tu estampa!

— ¡Mis cromos! ¡Ay, mis cromos!

— ¡Canalla!

— ¿Qué pasa, mujer?

— ¡Qué va a pasar! Esa niña, que la mando a comprar pan y se queda jugando a los cromos con la del vecino.

— ¡Venga ya! Dejaros de cromos y vamos a comer.

— Pues no está la comida.

— Tendría que estar. ¿Qué has estado haciendo toda la mañana?

Mamá me ha hecho señas para que la siga. Nos hemos quedado en nuestro cajón, sobre nuestros sacos, un poco ensombrecidos.

— ¡Dame tú también la lata, hombre! ¿Es que no tengo ya bastante con esta gentuza y tus perros?

— Deja tranquilos mis perros.

— Claro. Que no te toque nadie tus perros. Si esas atenciones las tuvieras para mí...

— ¿Qué atenciones se pueden tener contigo si desde que nació el pequeño todo se te vuelven suspiros? Y todo porque el antojo de su frente te recuerda a tu primer novio...

— Mira, ¡no empecemos!

— ¡Niña, que te quites de ahí te he dicho mil veces! ¡Esa perra!

La niña tiene pena y rabia. Se inclina y siento sus dedos crispados sobre mí. Mamá, que está confundida por un sentimiento inexplicable, le da, de súbito, un mordisco y la niña chilla como una desesperada.

— ¡Ay, ay, ay, que me ha hecho sangre!

— Hombre, trae tu escopeta, tráeme tu escopeta... Y si tú no matas esa perra la mato yo... ¡Esto se tiene que acabar, por mi madre que esto se acaba!

El hombre está cerca de mamá. Huele a vino; sus ojos lagrimean. Estuvo en casa un médico y dijo algo de perrera y de no sé qué precauciones que habían de tomar. El hombre aprieta su mano

sobre la cabeza de mamá que a su vez parece ofrecerse toda para aceptar tal caricia. El hombre se levanta. El chiquitín llora. La madre muele café sin decir ni pío. El niño sale a la calle comiendo pan y chocolate. La niña está con su prima en la plazuela, jugando a los cromos. El aire trae sonido de canciones que dan sueño, y olor de pescado frito. En la gran lata donde come mamá hay dos huesos sin la mínima sustancia. El hombre se viste pulcramente su vieja y remendada chaqueta. Luego lia un cigarrillo suspirando y maldiciendo, como un volcán. Se aproxima a mamá con una cuerda y mamá, dócil, pero formulando un tristísimo lamento interior, que yo solo percibo, se deja atar. Me quedo perplejo aunque mis ojos manifiestan sonrisas. El hombre y mamá salen, despacio, a la calle. Y la mujer, tan fresca, sigue moliendo café.

He lanzado mi primer ladrido. Luego he percibido que mis orejas se han erguido con insólitas interrogaciones. He llamado a mamá con un aullido de invierno en mi alma. Parece como si mis ojos se quebrasen mil espejitos para transformarse en millones de rendijas a un trágico destino. Mi desolación parece un gigante de bronce plantado en mi estómago. Pero, a pesar de todo, me arrolla un deseo incontenible de jugar.

— ¿Y qué, señora, qué ha sido de la perra?

— Acaba de llevársela mi hombre a la perrera. No había más remedio.

— ¡A ver si le dan las bolas de veneno!

— Que se la den.

— ¿Y la niña?

— Por ahí anda, jugando... Pero como el mal de los perros aparece a las tantas... Hay que esperar para ver.

— ¿Por qué no viene usted un ratito a mi casa?

— ¡Ay, señora, no puedo! El chiquitín duerme.

— Pues yo a los míos, ¡los he dejado tantas veces durmiendo!

— ¿Y si el chico despierta y se me sale de la cuna? ¡No sería la primera vez!

— Ya se ocupará de él el Ángel de la Guarda.

— ¿Y de qué me va usted a hablar?

— Mi cuñada sabe algo de aquel, el del antojo en la frente.

— Pues ahora mismito voy. Deje que ponga agua para el café. ¡Maldito chucho, calla de una vez! Siento un duro golpe en el costado y salgo disparado por el aire para ir a estrellarme contra una cama.

Mi tragedia tiene tintes de epopeya. Y la ausencia de mamá no podía ser más desalentadora.

He debido pasar un siglo aullando. Al querer descansar, ha llamado mi atención la amarga singularidad del silencio. Muevo mi cabecita de un lado a otro tratando de explicarme mi situación moral y física en la vida. Me doy cuenta de que en medio de una monumental piedra de crueldades, soy un hueco diminuto de ternura. Me cautiva un intenso perfume de geranios rabiosos, el canto en miniatura de un canario y una inevitable sensación de presencia de salchichas. La cortina de cretona me saluda con cinismo. No quiero nada con ella. Despacio, voy de un lado a otro, en una

impensada exploración de nuevos lugares. Quiero calor y alimento para mi vida. Eso lo tenía mamá, pero mamá no está. Me enfrento con un destino vacío y sin promesas, pero un poder indecible me lleva confiadamente de la mano, no sé a dónde. Me atrae el fuerte olor que se desprende del chiquitín de esta casa, que despierta y se encuentra, sin madre, como yo, antes las mismas inquietudes.

Alzo mi cabecita. Veo un cielo blanco: es un trozo de sábana de la cuna; pero para mí es como el cielo. Esto me hace pensar en mamá y, puesto que para mí no existe más que el presente que veo y olfateo, tengo la impresión de que mamá ha regresado a la eternidad de los perros. Tengo ansias de ver y sentir la fuente de mi vida, ansias que multiplica la ausencia y la soledad. Alzo una patita y emito un pequeño ladrido.

Sobre el cielo aparece una manita rosa. Doy un respingo repentino y vuelvo a ladrar. El chiquitín balbucea. Dice «tatatá», «Bababú» y «tatiti», y se rie. Muerdo un trozo del cielo blanco y tiro con todas mis fuerzas. Quiero jugar; no por placer, sino por la pura necesidad de juego que en mi desesperación infantil domina todos mis impulsos. Presiento que es el chiquitín mi objetivo de mis necesidades y lo busco, dispuesto a lograrlo.

El crío se desliza blanda, tranquila y temerariamente desde la cuna al suelo. Ahora lo tengo frente a mí, riéndose, y me quedo pensando en su madre y en la mía. Me tiende una manita y me dejo acariciar.

La tarde se desarrolla fuera como el amor.

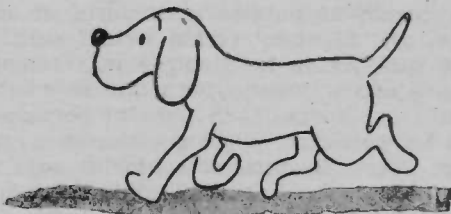
El pequeñín me coge del rabito. Muerdo sus manitas; luego muerdo sus desnudos piecitos y luego... ¡ay! ¿qué es lo que he mordido? ¿Qué cosa es esta, colganderita y tierna como un pezón de mamá? Mi corazón brinca de alegría. He encontrado un motivo para jugar y para extraer alimento, ¡si lo hay! El nene deja escapar de su boquita sonidos extraños. No sé si ríe o llora. El tampoco debe saber qué hago cuando aullo o ladro. Ante el inopinado biberón me siento impertinente e insaciable. Por ser algo que más que otra cosa me recuerda a mamá, me cree en el deber y la necesidad de chupar con todas mis ansias, de morder si es preciso con el tesón de que un perrito abandonado es capaz. Y muerdo con fruición, como un chivito bajo la cabra, como un elefantito bajo su inmensa madre. No consigo nada; pero sigo mordiéndolo y tirándolo... El niño llora, ya no me cabe duda, aunque no comprendo la razón. Súbitamente siento el calor y el dulzor de un líquido espeso que brota, antes que como el hilo blanco de la fuente de mamá, a borbotones, como la pena, de modo alarmante. El cielo, que había caído a mis pies, comienza a teñirse de rojo. Ese color tremendo e hiriente me llena de pavor. Me detengo, asustado, para limpiarme el hociquito. Me parece que las cosas no van bien. Tengo miedo y me estremezco con un puntiagudo frío interior. Reflexiono contemplando el breve aleteo de la cortina de cretona, gustando la mezcolanza de olores que combaten en el aire. Siento ganas de aullar

de un modo terrible, no sé por qué: acaso porque un poder atávico me impulsa a hacerlo. El cielo de tela es un crepúsculo de púrpura. El silencio ha tapado la boca del niño y luego se prolonga más allá de lo infinito de mi ser. Y en medio de tanta desolación, ¡qué ganas de jugar tengo!

Si mi madre estuviera a mi lado, mi miedo no sería lo que es: este ogro sin conciencia que me acosa por dentro y por fuera. ¡Si yo pudiera tener a quien explicar estas cosas! Cuando hice el viaje desde la oscuridad plena a la vida, tuve el feliz recibimiento de las caricias y cuidados de mamá. Ahora no sé qué me espera ni con qué fuerza monstruosa voy a encontrarme. El frío acapara mi ser. Es un frío de varias dimensiones, perceptible al rabo y a los ojos, a mis pelos y a mis huesos. La angustia desequilibra mis gestos y pasa una eternidad así, antes de que se abra la puerta de la calle.

La mujer entra rumiando felicidades ilusorias. Yo estoy sentado sobre los pedazos de tela de saco que conservan todo el olor de madre que puedo necesitar para este amargo trance. Las viejas fotografías de los difuntos padres de la mujer y el hombre, han debido cobrar vida y cientos de ojos, antiguos y duros, caen con un reproche sobre la cabeza de la mujer. Ella, en su ceguera sensual, se palpa los senos como si fuese una muchacha y mira al suelo, atraída por el color rojo de que todo parece estar teñido.

Los ojos de la mujer se vuelven tremendos como los de una loba feroz. Mi corazón no cabe dentro



de mí y me hace daño al ensancharse con deseos de volar y escapar como una mosca acechada. Mi rabito lo siente todo negro. Un imponente alarido de hembra enloquecida llena la habitación:

— ¡Mi hijo de mis entrañas...! ¡Mi corazón...!  
 ¿Dónde está mamá? ¿Qué puede hacer ella sin ayudarme? ¿A dónde orientar su lejana necesidad de amparar su hijo? Toda mi vida esta pidiendo llenarse de madre, como las faldas de la mujer se llenan de sangre. Pesa sobre mí toda la crueldad de un destino inexorable. La vida es incomprendible, como mi propia estancia en ella.

La mujer, gigante rojo, se alza con gritos histéricos. Siento la amenaza en mis carnes y en mi olfato. Me quiero esconder en el olor de mamá y me agazapo sobre los sacos como si así pudiera volver al vientre del que nació.

¡Si yo pudiera decirle a esa fiera que todo yo soy cariño, que mi sensibilidad es amorosa como la de una flor, que mis anhelos de vida y alegría son tan dulces y risueños como las lejanas estrellas!

Una mano crispada me aprisiona. Mi rabito ha llegado al máximo recogimiento. Siento el odio, el impulso horrendo de la venganza en mi cuerpo indefenso. Mis ojos son caleidoscopios de ternura; mi pecho, un inmenso palacio que le está pequeño a mi corazón... Me siento zarandeado y, un revuelo de luces, de penumbras, de sombras, de ensangrentadas oscuridades, de perfumes rectos y sensaciones obtusas acosan mi existencia. La mujer destapa la tinaja de donde los niños sacaban el agua para su sed y, en su misma mano ensangrentada, me sumerge con una expresión máxima de odio despiadado.

El frío de la eternidad toma posesión de mí.

Todo está tranquilo y feliz.

Pero sigo sin comprender por qué la mujer, a quien tanto miedo tuve, concluyó con ser tan buena.

MIGUEL R.

Ginebra, marzo de 1956.

Versiones



por DENIS

# El historiador

**E**RASE un periodista al que las circunstancias habían convertido en historiador. El régimen secular de su país se había hundido, aunque sin sorpresa inesperadamente, y el periódico en que trabajaba, si no el único el más decidido defensor de aquel régimen, había dejado de publicarse. Se encontró así el periodista sin trabajo. Muchos de sus compañeros no vacilaron en entrar en otros periódicos, aparecidos en tropel para sostener al régimen nuevo. Les había sido indiferente el acabado de instaurar. No había para ellos otra defensa que valiera sino la de su pan. El, conservaba un resto de pudor.

No se come con el pudor. Tardó poco en advertirlo. Pero era ya tarde. Ninguna plaza quedaba libre. Ni en los periódicos adictos al régimen desaparecido, pronto numerosos. Defendían lo viejo, pero con gente nueva. Los antiguos defensores de lo viejo, al contrario, defendían lo nuevo en los periódicos nuevos. Y no tenían simpatía alguna por él, desdeñoso al principio del paso que habían dado. No le harían hueco ahora, por aquel desdén, si lo solicitaba.

Sin otra profesión que la de periodista, abrazada porque le pareció la más fácil, vagaba por la ciudad sin saber qué podría hacer para vivir. La casualidad hizo que su vagar le llevara a una librería. Era amigo suyo el librero. Charlaron. La charla, sobre lo acaecido y lo que podría acaecer — no marchaba el nuevo régimen por camino que pudiera llevarle lejos —, recayó al fin sobre los libros. Habían dejado de leerse tales o cuales, eran solicitados tales o cuales.

— La gente se interesa, sobre todo — dijo el librero — por saber la vida de los personajes ahora en candelero. Cualquier editor que se lanzara a publicar sus biografías, haría fortuna.

— ¿Quieres tú ser ese editor? — preguntó el periodista al librero —. Si quieres, en pocos días te entrego la biografía del más popular. No hay, ciertamente, muchos datos de los cuales disponer. El mismo me los facilitará. Abundantemente. Sólo tendré que hilvanarlos. Trabajo fácil. Mañana le pido que me reciba — me recibirá, dado el objeto de mi visita —, pasado mañana empiezo a redactar cuartillas. Publicada la biografía del más popular, los datos para las siguientes me serán facilitados más abundantemente aún.

Convencido el librero de que había allí dinero por ganar, acogió con entusiasmo la proposición del periodista, hecha con entusiasmo. Y semanas más tarde se ponía a la venta, y era devorada por lectores en multitud, la biografía del personaje más sobresaliente del nuevo régimen. A la que siguieron otras, hasta que no hubo más personajes cuya biografía trazara. Pero la clientela, numero-

sa, con las biografías conquistadas, era necesario conservarla. ¿Cómo? Problema, para el librero, ahora más editor que librero, y para el periodista. Muchos, muchos días pasaron entregados a grave meditación. ¿Qué hacer que agradara a tantos lectores? Desde luego, algo semejante a lo hecho. Pero ¿qué?

Había ya rechazado el editor varios proyectos del periodista, y no menos el periodista del editor. Con razones, una vez expuestas, sin vuelta de hoja. Cualquiera de aquellos proyectos, tuvieron que admitirlo, cada cual a su vez, habría sido un fracaso. Por fin se pusieron de acuerdo, fácilmente, sobre proyecto presentado por el periodista. Publicarían una historia ligera, periodística, de los últimos años del régimen desaparecido. De la cual se desprendería, como fruto maduro del árbol, la inevitabilidad del régimen nuevo.

No sólo conservaron, con la publicación de esa historia, en pocos meses redactada, los lectores: aumentaron éstos considerablemente. Habían descubierto un nuevo filón. Lo difícil era explotarlo. No se podía hacer una nueva historia de lo ya historiado. Apenas les fue preciso ahora meditar mucho para saber qué hacer. El filón era riquísimo. Ofrecerían al público la historia de los antecedentes del régimen recién establecido, de los hombres que, desde los tiempos más remotos, habían trabajado y penado para que se estableciera. Trabajo, como todos, fácil para el periodista. Allí estaban las historias, y las enciclopedias, para obtener los datos. Bastaba presentarlos bajo una luz nueva. Todo, todo había sucedido para que esto sucediera. No hay otro modo de escribir la historia. Ahí están las más célebres, para desechar cualquier duda. Desde el origen de los tiempos se han ordenado los sucesos para desembocar en el suceso actual. El hecho de que el suceso, mañana, sea de índole distinta, no echa por tierra comprobación tan rigurosa: el de hoy le abre el camino.

— No es la historia una ciencia — afirmó el periodista, cuando el nuevo proyecto estuvo redondeado —. Es un arte. Lo acaecido ha acaecido, tenía que acaecer. Quien mejor lo relata es el mejor historiador. Una riña, que presencié en la calle, con otros, es el hecho histórico. Si yo lo relato mejor que los otros, yo soy el mejor historiador. De las riñas de ayer tenemos relatos mil. Cada historiador los rehace a su vez, interpretándolos a la luz de los sucesos nuevos. Si esa interpretación puede ser llamada ciencia, allá cada cual con su parecer. Para mí es arte, solamente arte.

No convencían mucho al editor estas razones, a las que apenas prestaba atención. Sin saber por qué, le parecían fáciles, como al periodista cualquier trabajo. Pero no era amigo de disputar. Ciencia o arte, las historias hasta entonces redac-

# COMO TORO DE LIDIA

## LIBRO PRIMERO

Andalucía se deshoja  
como tallo de albahaca  
si la brisa del progreso  
con sus deditos la palpa.

**A**UN admitiendo que el mundo sea la obra de Dios, el hombre es la resultante del clima. Dios puso el escenario. La naturaleza, climatológicamente distinta, crea al artista. El artista, el drama. La naturaleza misma es en muchas ocasiones la víctima dolorosa del desenfreno y desequilibrio moral del hombre. Pero la inexistencia de Dios es más espantosamente visible cuando consideramos el hondo dolor universal que al mundo abraza y cuyas víctimas son la naturaleza primero, el propio hombre en seguida. El profundo mutismo de que El da muestra es la revelación más patente de su inexistencia. Porque, de existir, Dios suprimiría al Hombre-Demonio para proteger y salvar a la Naturaleza-Divini-

tadas por su amigo — las biografías eran historias — se vendían. Era lo principal.

Puso mano el periodista a la nueva historia. Anunciarla y llover los pedidos, fué todo uno. Tuvo que dejar, para explotarlos más tarde, muchos hilos del filón. Corría prisa atender a los lectores, impacientes. Los varios volúmenes a que habría podido extenderse quedaron reducidos a uno, manejable, como el anterior, como las biografías. Los otros saldrían posteriormente, con títulos diversos. Cada hilo dejado daría materia para obra pareja a las ya publicadas.

Entre los hilos dejados, ninguno le pareció a propósito para obra ligera, periodística, tal como a él le agradaban — no pensaba, ni hay que pensar, porque no está bien pensar esas cosas, que por incapaz de hacer otras — como la historia del nacimiento de un rey que estuvo a punto de no nacer y que luego, por cómo reinó, había sido, a su juicio, uno de los precursores del régimen sin rey a qu ese había llegado.

Agradó también al editor aquel suceso, y no había aparecido aún el volumen que tantos hilos dejaba sueltos cuando ya trabajaba el periodista en la nueva historia. Nada fácil de contar, ni para él que todo lo encontraba fácil. Pronto se percató de ello. Pero le agradaba, le agradaba el suceso.

El padre del rey que estuvo a punto de no nacer, demasiado ocupado en guerras y disputas con sus vecinos, y tal vez también por otras razones — no dejó de insinuarlo el periodista, ya historiador —, tenía abandonada a su mujer. Por ese abandono, no había aún heredero del trono y se iban perdiendo las esperanzas de que lo hubiera, porque el rey no era ya joven. ¿Qué iba a pasar si tal desgracia no era evitada? Caerían sobre el país

dad. Y no saquemos a colación los desarreglos intermitentes de la naturaleza. Ellos son pasajeros e infinitamente menos crueles que el permanente desarreglo humano...

### I

Cuando, volviendo la espalda a Málaga, nos encaminamos hacia el Levante, a nuestra derecha tenemos el mar, a nuestra izquierda toda una cordillera de montañas rocosas y apenas cubiertas por un sutil velo de tierra rubia o morena, seca, reseca, pelada y mondada y casi privada por entero de arboleda. Y si el encanto del mar y de su acariciante brisa hace chirivitear en el alma los efluvios de la vida y de sus mil encantos más presentidos que saboreados, la visión de aquella cordillera desnuda y sedienta pone en nuestros pechos vibrantes aleteos de agonía y de muerte. La sola visión patética que ofrece este pedazo de costa que, partiendo del Limonar atraviesa el Palo, el Rincón de la Victoria y otros pueblecitos asentados sobre esa lengua de tierra

pretendientes en montón, y quién sabe a qué guerras eso conduciría. Favoritos, diplomáticos, obispos y arzobispos se concertaron para plantear al rey el grave problema que tanto les preocupaba.

— ¡Dejadme en paz! fué la única respuesta del rey.

No podían conformarse los fracasados con su fracaso. Recurrieron al Papa. Envió el Papa un cardenal para recordar al rey su deber. Y al llegar aquí fué cuando el historiador tropezó con la dificultad de su relato. ¿Cómo decir que el cardenal había llevado al rey a cumplir su deber? ¿Cómo, sobre todo, explicar cuál era este deber, y cómo el rey había cumplido? Nunca había sudado el pobre periodista tanto. Cuartilla que escribía, cuartilla que rompía. No, no había modo de decir qué había pasado. Estuvo a punto de dejar, a falta de palabras más honestas, las palabras: « Por fin, el rey se acostó con la reina ». Se horrorizó, a poco, de semejante vulgaridad. Era eso, sin duda, lo sucedido, aparte de las consecuencias de eso no podía decirse, por lo menos así. ¡El rey se acostó con la reina! ¡Indignas, indignas palabras! Ni como periodista podía escribirlas. Mucho menos como historiador. Pero ¿cuáles, cuáles otras escribir?

Como entradas por la ventana, por azar abierta, vió ante sí éstas, respuesta a su angustiada pregunta:

« Por fin, el soberano yació en el mismo lecho que la soberana ».

Respiró, salvado el escollo. Y tan contento estaba, por haberlo salvado, que añadió:

« Y de aquel yacimiento surgió el rey objeto de nuestro relato ».



fecunda y llana que como único oasis se brinda a la ronda sed humana y que no atenúa su rigidez hasta Torre del Mar, bastaría a una imaginación lúcida y primitiva para imaginar el hondo drama histórico español.

Colinas por donde retoza  
libre de bosque la mirada  
mientras la mente ensombrece  
el recuerdo de la hacha.

Esta lengua de tierra llana y fecunda recostada entre el mar y la montaña, es la pródiga vega malagueña. El condimento de su gazpacho y puchero. El aceite para su cocido, el vino que fortalece y la almendra para condimentar su « ajoblanco », se encuentran más al interior. Allí donde, a intervalos, la montaña se aleja y la umbria se perfila salpicada de colinas desnudas o coronadas de algún que otro algarrobo cuyas raíces parecen uñas de gigantes clavadas en la roca viva. Pero quien de Málaga se encamina costa adelante para ir a Cañibal, se verá obligado a abandonar la carretera cien metros antes de llegar a Valleniza y, revistiéndose de todos sus ánimos, continuar su marcha por sobre la arena polvorienta del río del mismo nombre. Entonces, dejando a su derecha los limpidos contornos de la umbria almalleña, forzoso le será encaminarse túnel adentro por entre dos cordilleras macizas y casi desnudas que como dos murallas aprisionan entre su ingle el mal alimentado río. Cierta que, de tiempo en tiempo, las montañas ceden o desaparecen y que entonces a la honda y pesada melancolía suceden mil motivos encantadores. Pueblecitos o aldeas, verdaderos nidos de águilas ocupados por blancas palomas, o cañadas terrosas donde íntimos, los olivares parecen saborear el melódico encanto de su calmo silencio. Pero pronto la montaña vuelve por sus fueros y, paralelas y estrechándose cada vez más y más altas y más pendientes, os acompañan hasta el río, se abre como una tenaza para con sus brazos abrazar la montaña que de pronto se presenta ante el caminante y en cuyos primeros peldaños se asienta Cañizal. Varios kilómetros de penoso caminar, la fatiga y quizás el apetito, os harán olvidar el encanto melancólico, la rusticidad y pobreza circundante de tan escondido pueblo. Pero todo y siendo así, yo os invito a reconocer el que encanto de Andalucía proviene por entero del contraste de sus contornos y de su pueblo.

Cañizal es un pueblecito pastoril y campesino más íntimo que jolgorico, pero donde en medio de la miseria o la estrechez, la paz reina. La gente es reservada y distante. En todo momento y circunstancia se descubre, latente y palpitante, su profundo individualismo. Pueblo de cazadores en sus remotos tiempos, el correr del tiempo y los caprichos de la geografía, debieron de transformarlo más tarde en guarida de bandoleros, en seguida en nido de contrabandistas, pastores o campesinos, hoy. Pero si sus manos debieron amoldarse a los imperativos de cada estación del vivir humano, sus almas siguen siendo lo que eran y en el fondo de sus instintos el ser primitivo que late en cada uno de ellos muestra sus bigotes a cada momento. Resulta admirable descubrir cómo a cada contorno o relieve geográfico corresponde un com-

portamiento diferente del ser. Es la geografía quien da vida a la planta y quien modela al ser. Yo mismo, nacido a tres o cuatro kilómetros de Cañizal, me sentía sorprendido al comparar el comportamiento de uno y otro pueblo. El mío, seguido como un reto sobre la alta montaña, bañados sus pies por el Mediterráneo y su vientre poblado por verdequeantes huertos y frondosa arboleda, tiene la risa pronta, la ira espontánea y el sentimiento cálido. Encerrado entre ingentes cordilleras y sin otra arteria por donde le llegara el hábito exterior que aquel su pobre río, polvoriento casi siempre, torrencial y avasallador a veces, Cañizal tiene el mirar penetrante y severo, el corazón ausente, fría la acogida. Pero sus mujeres son bonitas y hacendosas y sus hombres laboriosos y estoicos. La frialdad de su acogida le proviene de la permanencia de su soledad. Cuatro montañas, un río sin gota de agua en su arteria, el beso solar tardío y ya ardiente, el día les llega con dos horas de retraso. Dos horas cada veinticuatro durante el largo correr de la historia... Correr al encuentro de Cañizal equivale a retroceder vida atrás hasta poner varios siglos de distancia entre secuestrado pueblo y la vega veña donde la caña dulce crece y el mar canta...

Y no tengo por qué ocultar que fué la manera de ser de sin igual originalidad en Andalucía, la que me indujera a tomar asiento sobre el lomo rechoncho y reluciente de mi jaca y, tras largo pero rememorado viaje, presentarme en Cañizal a eso de las cuatro de la tarde para caer entre los brazos propios de un gladiador de mi tío. Párroco, cacique en público, jueguista y amigo de faldas en su secreto vivir, don Justo Pardo Olivar, era, además de pariente lejano mío, el más consumado cinico del contorno. Dádivoso en palabras, sus sermones tenían el don de acodarse a todas las salsas y sus ocultas intenciones la de abrir brecha en todas las bolsas. Cura único de todo el amplio contorno que abarca Vélez-Málaga, Torre del Mar, Benamocafra e Iznate, mi sin par tío pasaba su tiempo de pueblo en pueblo y de misa en misa. En cada pueblo una casita siempre tecada, íntima y bien guarnecida, no de misales y rosarios, sino de mullido lecho y azucarados licores. En esos pueblos, donde la pobreza además de pobre es honrada, los arrebatos carnales de tan sin par tío eran satisfechos por damas de noble copete y holgado linaje. No obstante su indulgencia para el pecador de baja estofa, don Justo guardaba lo más sabroso de su almibar retórico para la élite caciquil y burocrática. Por esto su renombre era tal que, desbordando los límites de la capital malagueña, iba a mostrar su hociquillo lamedor de pies bien asentados en tierra madrileña. Como que cuanto relucía tenía la virtud de encandilarle, en la imposibilidad de ir él hacia lo que reluce, hacia de manera que cuanto relucía aviniera hacia él. En este aciago día que nos ocupa, nuestro párroco se honraba con la presencia en su casa del gobernador de la provincia, clarividente escritor de los madriles en quien el gobierno de la nación había creído descubrir el matamoros de turno capaz de hacer reinar la paz de los cementerios en una población a quien los agujonazos del hambre hacia lanzar gritos de dolor y algún que otro chispazo de rebelión.

(Continuará.)

IBER SISIFO

## POETAS DE AYER Y DE HOY

### Aurora nueva

#### I

Visión debeladora de mis dudas,  
ángel de luz brillando en la tiniebla,  
que apareces flotando en mis ensueños,  
como un astro en la noche que nos cerca,  
para dictarme con lenguaje místico  
las sublimes palabras de un poema.

Yo te miro, te escucho y me fascinas,  
espíritu inmortal que hoy te revelas  
para que yo transmita a mis hermanos  
el mensaje augural de la fe nueva.

#### II

Poeta que anticipas el destino,  
habla el ángel de luz en la tiniebla,  
cuando termine el huracán sangriento  
sobre la Europa ardiente, ya en pavesas,  
surgirá como un nimbo de esperanza,  
que habrá de contemplar toda la Tierra,  
en cláusulas magníficas, raras,  
el evangelio de la raza nueva.

Tú eres vate, adivino; eres vidente,  
sigue el ángel de luz en la tiniebla,  
tú debes penetrar en el futuro.  
¡Cumple con tu misión : eres profeta!

#### III

¡Caerán las sombras, se hundirán prejuicios,  
en sus cimientos crujió la Iglesia  
y, hecha polvo, caerá, porque es de polvo,  
la mentira total que la sustenta!  
¡El traumaturgo que mintió cien veces  
mintiéndose a sí mismo en su inocencia,  
ingenuo, no pensó que al erigirla  
un monstruo fecundaba entre la niebla,  
monstruo que, listo, se adueñó del cielo  
para venderle a plazos y en parcelas  
a los pobres incautos y a los nuevos  
Cristos que sobre el mundo aparecerán!  
La mentira del cielo y la mentira  
de los peces y panes de la Tierra,  
la mentira de Lázaro y Verónica  
y el cuento que le hiciste a Magdalena,  
todo de buena fe, te lo supongo,  
fueron como muestrario de tu ciencia.  
(¡Sabías más que Sócrates sabía,  
mas te enredaste en tus propias cuerdas!)  
Y hoy la Europa cristiana está pagando  
todo cuanto tú hiciste por quererla.  
Muere la Europa envuelta en tu mentira;  
tú, colgado en la cruz, fuiste su emblema.

#### IV

¡Oligarcas, tiranos y caciques,  
con sayones y frailes por contera,  
seguirán dominando sobre el mundo  
bajo el bárbaro estruendo de la guerra?  
¿Siempre las masas seguirán, idiotas,  
tras de charangas y canciones viejas,  
dando su sangre en holocausto trágico  
por un mito, una cruz, una entelequia?  
Mientras haya soldados decididos  
a sostener con ímpetu y aenuedo  
el poder de los líderes y duces  
en la mentira de la patria envueltos;  
(¿De la patria de quien? ¿De sus verdugos!  
¿De la patria de quin? ¿De los que cuentan  
esterlinas, y dólares, y marcos  
acuñados con sangre de sus glebas!)  
No podrá ni abrigarse la esperanza  
de la liberación sobre la Tierra!

#### V

¡Abajo, pues, los que el dolor provocan :  
Estado, Capital, Espada, Iglesia!,  
clama el poeta, con su voz de fuego,  
en los umbrales de la Aurora nueva.

ALBERTO GUIRALDO



"Revoltijo, de sudarios es la discusión llevada a cabo por españoles, capaces de ergotizar un siglo entero sobre lo que puede hacerse en una semana para no hacer nada".



*Felipe Alaiz*

«Tipos españoles» 5 frs

«Quinet» 5 frs

---

Pedidos a nuestros servicios de librería



# GENIIT

sociología  
ciencia - literatura



**Plácido Bravo:** Decir verdades mintiendo.

**Albano Rosell:** Paul Robin.

**F. Ocaña:** De Schumann y Vatzlav Nijinsky a nuestros días.

**Campio Carpio:** La puerta de oro del mundo.

**Cosmos:** Fluorescencias.

**Dr. A. Poch:** Amor y cirios.

**Puyol:** El portugués.

**H. Ryner:** Han Ryner por él mismo.

**Cosme Paules:** La paz del hombre.

**Hem Day:** De Don Quijote al Padre Diógenes.

**M. Celma:** La vida y los libros.

**M. C.:** El universo de Alaiz.

**Denis:** El muerto.

Opiniones de Samblancat sobre la mística española.

**Iber Sisifo:** Como toro de lidia.

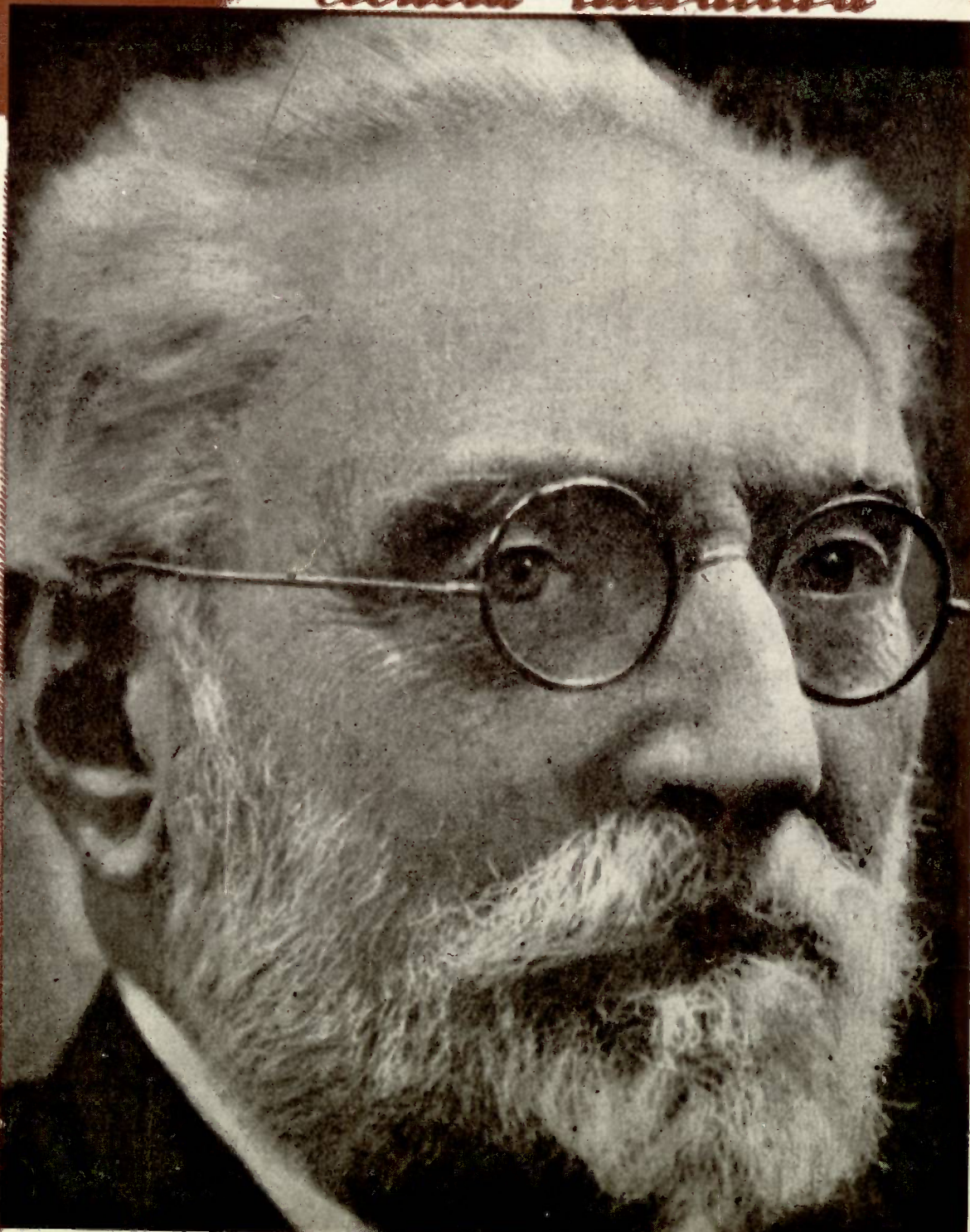
# 149

MAYO · 1963

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 100 F.

4º P. 5523



## NUESTRA PORTADA

### Miguel de Unamuno

El film «Mourir à Madrid», tan discutido, actualiza de nuevo la contradictoria e interesante figura de D. Miguel de Unamuno.

Unamuno no fue un revolucionario. Fue muchas veces anti-obrerista e incluso anti-cenetista. No fue anti-anarquista, porque él mismo reconocía que había en él una buena dosis de «anarquismo intelectual».

Pero fue ante todo un inquieto, un inconformista, un hombre independiente. Y que lo fue, lo demostró como pocos hombres supieron demostrarlo en los días trágicos de 1936 y bajo la **bota fascista**. Porque cuando tantos intelectuales, cogidos entre dos fuegos, se pasaron al franquismo o contemporizaron con él; cuando tantos renegaron y se adaptaron, D. Miguel supo dar la mayor lección de entereza y de dignidad que se ha dado en España.

No hay nadie, espectador indiferente o deseoso de documentarse, que no sienta sobrecogerse su alma, cuando «Mourir à Madrid» evoca las palabras de Unamuno pronunciadas el día de la Fiesta de la Raza, frente a Millán Astray, en presencia de la mujer de Franco y de todos los altos jefes del Ejército, de la Falange y dignitarios de la Iglesia.

Y su última frase: «Triunfaréis, porque tenéis más fuerza de la necesaria para conseguirlo, pero no convenceréis, porque os falta la razón», es la más definitiva condenación del franquismo, pronunciada ya en 1936, y allí, en Salamanca, en las mismas fauces del monstruo.

Pocas semanas sobrevivió Unamuno a esa escena patética. Pero así aún es más ejemplar su gesto y tiene más fuerza de símbolo su muerte.



#### REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

##### *Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

##### *Colaboradores:*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Egleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lambert, A. Prudhommeaux

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-81,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en el que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII

Toulouse, Mayo 1963

Nº 149

## Decir verdades mintiendo



Por haber leído a Quevedo en su «Sueños», estoy a estas horas algo despierto.

Hoy he vuelto a releerlos. Y a estas altas horas nocherniegas, debido a ellos, encuéntrome en vela y en vilo. Podría recomendaros su sabrosa prosa o sus agudos versos, y quedarme tan tranquilo, seguro de haber ganado el tiempo.

Mas mi carnet se quedaría en blanco y preciso ennegrecerlo, aunque sea con borrones o pálidos reflejos quevedianos.

Mentir, valiéndose de la verdad, habrá quien crea que es el distintivo de nuestros tiempos. No, ni siquiera tal originalidad podemos reclamar, esto tiene orígenes remotos; nosotros, a lo sumo, podemos recabar cierto progreso en el arte de la ficción o del disimulo.

Gentes que se visten con trajes de gala, con festones que cuelgan y galones que adornan, siempre los hubo. Y quien sabe si, a la postre, no es la mejor manera de desnudarse ante los lince. Pues que no mostrando lo que se quiere ocultar sino exhibiendo afanosamente aquello que interesa que se vea, es una muestra que mucho demuestra.

Se es inocente cuando se miente con sencillez, sin pretenderle dar visos de veracidad; y culpable, en sumo grado, si la verdad más pura se expresa sin recato o con ayuda del subterfugio. Es la peor de las falsías. No en sí misma, lo es gracias al desparpajo de quienes la citan, en boca de los que la explican.

Burlarse de lo que otros veneran,

o despecharse contra aquello que para los demás es objeto de inofensiva adoración, quizá, en el fondo, sea la demostración palpable, aunque nunca plausible, de nuestras inconcesadas devociones. Y la idolatría no tiene cara y cruz, dos pesos y dos medidas.

El que es capaz de largas caminatas para visitar el Santo Sepulcro, como el que dispuesto está para seguir la comitiva fúnebre del héroe popular y caído y pasarse el día al intemperie, son dos peregrinos.

Y menos mal si su fe es la verdad sentida. Lo repudiable es aquello de adorar al santo para luego largarse con la limosna que otros dieran.

El sacerdote que en su suntuoso templo predica templanza entre sus fieles, llega inclusive a cantar loas a la consentida pobreza —lo que no impide que arremeta furioso contra los infieles y se arrastre ante la riqueza—, tiene un parecido cast idéntico al de aquel diputado ateo que induciendo a las multitudes a la quema de conventos, a derruir templos de barro o de piedra roqueña, preparaba el zócalo de su propio monumento, y pide luego suscriban en la lista de donativos sus esquilados adeptos.

Sin cuidado deben tenernos las lágrimas inútiles a veces necesarias al desahogo de nuestros tormentos, aunque sean para ídolos celestes o terrenos; más preocupados, los lloriqueos al son, compás y diapason de la amargura ajena.

Porque hoy la sonrisa es de moda. Y aún el mejor modo de hacerse amante dichosa. Las hay que son in-

vite y burla a la vez; seductoras que implican odio o complicidad. La ramera fina ya no guiña el ojo al adulescente errante, entreabre sus labios que es tanto como mostrar sus agudos dientes. Sonrisas que son muecas, ninguna digna de ser tomada en serio.

Encontraréis quien elogie vuestros gustos para después darse el suyo a expensas vuestras; quien agudice vuestros apetitos para saciar su voracidad haciendo de vosotros delicado bocado para su festín; quien excite vuestro incipiente heroísmo para adueñarse cobardemente de vuestras conquistas o despojos; en fin, quien intente, sólo un instante, hacer aquello que él sabe que os tienta, para que seáis vosotros quienes lo hagan y quienes lo paguen, y él lo cobre y a él sólo satisfaga.

Todo ello porque el disfraz es de rigor en estos siglos de comedia intensa; y es al caer el telón, en el camerino, entre bastidores, en la trastienda, cuando caen la máscaras y empieza la vida sin afeites, es entonces cuando la vida aparece con toda su tragedia.

Muchos hay que lo que dicen no es forzosamente lo que piensan, ni lo que hacen, aquello que desean e intentan. Mienten escudándose en la verdad, y es tarea ingrata el desmascarar tanto demagogo. Y ¡si en lugar de levantar caretas nos dedicáramo a abrir los ojos de los espectadores somnolientos?

Porque en verdad, ¡ni aun caídas aciertan a verlas!

P. BRAVO

## Precursores de la educación

# Paul Robín



por  
Albano  
ROSELL

**D**ESTACAR características y modalidades de teorías educativas por el solo intento de una copia servil, sería ingenuo. No vamos, pues, al estudiar la cierta importancia que pueden tener en la actualidad las innovaciones y planes educativos de diferentes personas y en medios diversos, a caer en la pretensión de que pueden adoptarse y aplicarse sin la adaptación al medio y sin tener en cuenta las condiciones indispensables del educador, su vocación, sus posibilidades, su comprensión y voluntad para tan elevada y digna misión, lo mismo que el ambiente escolar, la calidad de los educandos; los hogares de que proceden, su estado social, económico y el radio de acción en que se mueven, ya que todo ello es indispensable para un eficaz resultado.

En todas las generaciones ha habido seres que han buscado en la formación del futuro ser social, los elementos esenciales para llegar a una organización humana más perfecta y digna, logrando la materia prima para ello por la consecución del ser perfecto, o perfectible cuando menos, y digno.

Desde Pitágoras a Quintiliano; desde Rabelais a Bacon; desde Comenius a Rousseau, y más adelante, desde Preyer a Herbart o desde Spencer a Sarmiento y Varela, cuéntanse por centenares los que aportaron al problema educativo con vistas a la perfección del hombre del porvenir, sus luces, sus iniciativas, sus principios y experimentos bien dignos de tenerse en cuenta.

Y cuando se ha pretendido ensayar tal o cual táctica sistematizándola o dogmatizándola, es cuando se ha fracasado o, al menos, no se ha conseguido el éxito buscado, debido a que se ha olvidado la importancia del sujeto creador y luego la de la materia prima, o sea el niño, el medio, la vocación y los muchos factores que inciden en toda obra sacada de su ambiente, de su origen y de sus gestores mismos, que fueron el alma mater de la obra.

Luego, los métodos, los sistemas, las generalizaciones sin el trabajo de pulimentación y de acomodamiento al lugar, producen los menguados resultados, igual a lo que vemos en los programas, reglamentos y dictados de enseñanzas generales en los sistemas actuales, por cuanto no se tiene en cuenta la diferencia que existe entre un alumnado procedente de medios industriales o de zonas campesinas, los de sectores aristocráticos o residenciales y los de sectores fabriles, portuarios, comerciales, etc., debiendo en cada caso, el edu-

cador, ceñirse a tales medios, a tales ambientes, a tales clases y aun al género de vida, condición y trato del alumno en cada hogar o familia, siempre que no se trate de una colonia estable.

Es a base de tales consideraciones que, al señalar lo que hayan hecho y creado los precursores a que voy a referirme, no es con el propósito de que se ensaye una copia servil o calcada, sino de que el elemento educador voluntario y capaz, recoja los principios generales y saque las deducciones o resultados para su medio, si ello puede serle de algún provecho en su labor de apóstol de la educación racional y libre de la infancia.

Paul Robin merece ser conocido y apreciado por su dedicación a las criaturas, por su aplicación a normas humanas y racionales en su conducción, y es por ello que estimo merece un lugar en la labor cultural de esta institución.

Nació en 1837. De joven estudió farmacia, si bien que sus inclinaciones se dirigieron al profesorado, por lo que al salir de la Escuela Normal, fué profesor de Ciencias Físicas y Naturales en Brest, la ciudad marítima francesa; no obstante el joven vivaz y de espíritu selecto que alentaba en él, no pudo conformarse con la función de dómine sujeto a la pasividad encuadrada en unos programas y unos reglamentos que poco dejaban a la iniciativa propia. Se dispone a actuar en la lucha del momento tendente a la difusión de las reivindicaciones proletarias y es así que forma parte del Consejo Belga de la Internacional de los Trabajadores, y luego en Londres integra el Consejo General de dicha asociación. Perseguido por sus propagandas, desterrado, tuvo que buscar el sustento mediante el trabajo y es entonces cuando colabora valiosamente en el Diccionario Pedagógico de Fernando Berissou, para ganar luego el sargo de inspector de Primera Enseñanza en Blois, Francia, puesto que ocupa hasta que se le ofrece la dirección del Orfelinato de Cempuis (Seine-et-Oise).

En el informe que E. Faillet, consejero general de dicho Orfelinato, leyera en 1894, se consigna :

Mr. Prevost quería una educación laica y lo más conforme a las exigencias de la vida moderna, teniendo por base no algunos conocimientos, sino un conjunto, una sinopsis, con el fin de que, en la profesión por ellos elegida, los jóvenes al llegar a los 16 años y entrar en la vida activa posean nociones generales. Pero añadía es cuestión de hallar el intérprete de este pensamiento bastante audaz. El director general de la Enseñanza Primaria propone en el Consejo a Paul Robin : « Sin duda, con sus 25 años de experiencia pedagógica, con sus ideas nuevas atrevidas, con su ardiente tenacidad de apóstol, es Robin quien nos hace falta ». Luego el Consejo del Orfelinato trata de proporcionar los elementos y recursos necesarios para su feliz desenvolvimiento y la realización de la obra proyectada, pero como suele ocurrir en tales casos, no siempre se consigue con la amplitud y diligencia deseadas.

Y Robin se entrega de lleno a su tarea, procurando que sus colaboradores participen de su anhelo, si bien los elementos retardatarios y misoneístas que no faltan en el Consejo y entre el personal del Orfelinato, esperan la oportunidad de vencerle y retornar la vigilancia y cuidado del alumnado que se les escapaba de las manos al dejarlo bajo la dirección de un hombre laico, visionario, renovador de las corrientes rutinarias y dogmáticas de antes. No olvidemos que, precisamente se dibujaba en la Francia de la Enciclopedia y de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, postulados jamás puestos en práctica, una corriente ultramontana a la que hubo de ceder el ministro de Instrucción Pública, M. Combes, del Gabinete Valdeck-Rousseau, que no pudo lograr la realidad de lo laico ante lo confesional de la Escuela francesa.

La coeducación o enseñanza mixta implantada en el Orfelinato por Robin, recibe el impulso requerido mediante los propósitos de educación integral, completa, con métodos racionales y científicos que no daban lugar a la intromisión de dogmas ni creencias en contradicción con la ciencia y los progresos de todos los órdenes, así como con los descubrimientos astronómicos, geológicos, paleontológicos y cuanto se oponía a las metafísicas cómodas y plausibles de ciertos organismos que intentaban influir y regir en aquel centro de formación infantil. La experimentación, la observación, el análisis de todo lo que le permitiera, serían la base de conocimientos y de una manera práctica, real, positiva, dejando a los libros su escueta función de auxiliares. Luego las clases al aire libre siempre que el tiempo lo permitiera, para llegar a la conclusión de que « el hombre es un cerebro que piensa y una mano que ejecuta », que es lo que corresponde al hombre moderno.

Surgen en seguida las calumnias, cosa normal en ciertos medios, pero también los defensores del progreso, y en este caso del sistema coeducativo, demasiado fuerte para mogigatos retardatarios, los que supieron repeler la agresión y defender al hombre que se quiso manchar para destruir su obra.

« El Orfelinato de Cempuis — exclama M. Rousselle — no es un establecimiento cerrado. Los periódicos más importantes de pedagogía han estudiado y hecho conocer, rindiéndole el mayor homenaje, el programa seguido por el señor Robin, director del Orfelinato. Educadores de todas las naciones llegan a Cempuis deseosos de conocer los medios imaginados y aplicados por el señor Robin, y todos felicitan al hombre honesto por los maravillosos resultados obtenidos. Dentro de poco, el señor Robin va a dictar un curso pedagógico acerca de su método, y sus adversarios podrán darse cuenta de la excelencia de este método, y se verán obligados a poner fin a su campaña de calumnias de supuestos injuriosos y criminales. »

« Los que ultrajan a las criaturas, son unos miserables. Los que babeen contra Robin, son unos cobardes. Saben bien que no puede responder debido a las funciones mismas que ejerce; está obligado a soportar en silencio todas las iniquidades. Le rindo aquí un supremo homenaje : supo, con todo y las diversas infamias lanzadas sobre él, continuar con el cumplimiento del deber, proseguir esta obra admirable por él creada, de la educación en común de las criaturas de ambos sexos que no es promiscuidad y notadlo bien, no pudiendo decirse ciertamente lo mismo de otros establecimientos que no quiero nombrar... », a lo que el señor Lampie respondió : « Y que, para el escándalo no es necesaria la promiscuidad de los sexos; basta con una... »

Por el tono en que se expresaban esos señores miembros de la Comisión, déjase ver cuáles fueron los enemigos de la coeducación laica en el Orfelinato. Otro de los miembros del Consejo, luego, M. Faillet, agregó :

« ¿Quién y qué es el señor Robin? Un sabio cuyo nombre significa enciclopedia; un padre de familia cuya vida es modelo de virtudes y abnegación que, durante 25 años, dióse a la tarea de estudiar y luego establecer en Francia la enseñanza integral. Tanto cuanto os dedicaréis, señores derechistas, a cubrirle de insultos, tanto más se agrandará la estimación de la villa de París y del departamento del Sena. Digámoslo para gloria de París y departamento, es París y el departamento los que comprendieron la admirable labor de la enseñanza integral, esto es, la enseñanza que tiene por objeto el desenvolvimiento de todas las facultades y todas las aptitudes de las criaturas de ambos sexos de tal manera que ellos devengan trabajadores inteligentes, conscientes, capaces, y ellas mujeres aptas de comportarse en la vida, buenas madres de familia y educadoras capaces. Ello es el problema del educador democrático en camino de solución. »

Por lo expuesto, vemos un principio de lo que entendía por educación integral Paul Robin, su fundador, del mismo modo que podemos percibir la lucha tremenda que tuvo que soportar durante catorce años en el Orfelinato, pues ultramontanos y retardatarios enemigos del laicismo y de la enseñanza basada en la razón y en la ciencia, no cejaron un momento en su empeñosa tarea de

## La psicología y la conducta humana

# De Schumann y Vatzlav Nijinsky a nuestros días

Lo doloroso es, que los médicos, no llegando a comprender que a las gemelas las paralizaba su anormal situación emocional interpretaron su obediencia, su docilidad, como señal de que podían seguir el plan psicoterapéutico que habían trazado. No pensaron que sus casos, más que otros, exigían un previo tratamiento : contrariar, lo menos posible, su habitual forma de vivir, tenerlas en observación y estudiarlas, el tiempo necesario, para luego establecer, sin prisas, el tratamiento psiquiátrico que convenía aplicarles, sujeto a los cambios que exigieran las reacciones psíquicas y mentales de las pacientes. Separarlas fue tratarlas sin haber averiguado antes si podía o no perjudicarlas, hacerles el daño irreparable que las hizo. La aparente inocente acción de colocarlas, desde el primer instante que se internaron, en salas distintas significó su perdición.

Es seguro que en las pacientes precitadas predominaba también la idea, tan generalizada, de que los médicos saben curarlo todo, y no tenían por qué dar opinión sobre la evolución de sus enfermedades, para no hacer el ridículo, sin pensar que a veces pueden equivocarse los diagnósticos, porque los enfermos callan ciertos síntomas, los exageran o falsean inconscientemente cometiendo una torpeza difícil de comprender y de ser explicada. Bien que

adueñarse del establecimiento que era una luz, para amortiguar sus resplandores.

¿Qué entiende Robín por educación integral? Veámoslo : « Eliminación de la fórmula de los factores imaginativos, la ciencia considera al ser humano como un conjunto solidario que comprende órganos, energías, facultades de diversos órdenes, cuyas múltiples actividades se integran en el conjunto de actos físicos, intelectuales y pasionales que son la vida. Estos elementos pueden concebirse de naturaleza diferente como si cada uno tuviese el límite más elevado de su desenvolvimiento normal, coordinándose al mismo tiempo, equilibrándose y concordando en perfecta armonía; es el ideal científico, el tipo del hombre resumiendo todas las condiciones de perfección y bienestar. Realizar este ideal en sí mismo, acercándosele lo más posible, es toda la moral. Trabajar para reproducirlo en otros, es toda la educación.

La infinita complejidad de las ciencias, de las artes, de las industrias modernas, exige a cuantos quieran poseer cierto grado de perfección en una esfera determinada, se especialicen en un orden de estudio o de aprendizaje; por otra parte, el individuo, en el gran cuerpo social del cual es órgano, ve obligado a adaptarse a una determinada función. Esta necesidad de la división del trabajo puede ser una condición de progreso y bien-

el enfermo confie en el médico, en el hombre que por haber estudiado una rama determinada de la Medicina es más capaz de curarlo, pero conviene que aquél sepa — que lo sepan todos los pacientes — que sabe mejor que el médico qué siente y padece realmente, en determinada parte de su cuerpo.

Constatamos que en Betty y Bobbie las fuerzas incorpóreas actuaron destructivamente. Felizmente éstas van siendo estudiadas por la Parapsicología, nueva ciencia que casi acaba de nacer como rama de la Psicología. Y desde que vio la luz, sin proponérselo, hace perder más y más terreno a los religiosos, metafísicos, espiritualistas y a los llamados espiritistas al empezar a explicar, científicamente, los fenómenos que están fuera de nuestra alma individual, como dicen aquéllos. Esa es su terminología, pero aclaramos, en seguida, que eso quiere decir también, etimológicamente, la palabra parapsicología. La Psicología científica la ha adoptado y va obteniendo, rápidamente, mayor precisión en los trabajos de investigación y verificación de los fenómenos incorpóreos que, en realidad, no son tales porque actúan como fuerzas.

La Parapsicología es ciencia que está contribuyendo a eliminar a los vividores a costa de la ignorancia de gran número de personas a las que pretenden hacer creer la existencia de lo sobrenatural,

estar tanto para el individuo como para la sociedad... »

Si el tiempo lo permitiera, mucho más nos extenderíamos siguiendo la exposición de su doctrina, que quiso realizar en el Orfelinato, que al fin tuvo que dejar para responder en un escandaloso proceso, en el que, si bien se descubrió toda la armazón del tinglado innoble de que se valieron para vencerle, no se logró que retornara al cargo cansado de soportar villanías que obstaculizaban su labor.

No por ello aminoraron sus bríos, y vémosle actuar en agrupaciones donde se ponían de manifiesto los males sociales, hasta que, estimándose gravoso a la sociedad y poco útil o ya gastado para la propaganda del bien, prefirió eliminarse, ofreciendo su cuerpo a la ciencia por si podía ser objeto de estudios y conclusiones que fueran beneficiosas a los vivientes.

Era en noviembre de 1912, cumplidos los setenta y cinco años.

Su obra intelectual, dispersa en revistas, folletos, discursos en congresos de diversa índole, esperan al editor capaz de reunirlos y ordenarlos, para ofrecerlos a los estudiosos que aspiren a la formación de un acervo propio en su vocación de educadores de la infancia, los hombres del porvenir.

de espíritus o de almas que quedan fuera de los cuerpos, de reencarnación, etc., etc., ideas que inventaron sin poder probarlas materialmente a sabiendas de que son supercherías. Esta ciencia está poniendo en la picota, desenmascarándolos, a toda clase de «supercheros», con sotana o no, incluyendo a los que se hacen pasar por mediums con condiciones para comunicarse con los espíritus.

Recientemente el doctor Alberto Algazi, secretario del Instituto Mexicano de Investigaciones Psíquicas hizo públicas algunas nociones sobre la pretendida nueva ciencia. Manifestó: «La materia es eterna, infinita y variable en sus elementos; lo que existe se mezcla y se separa; se confunde y se distingue. Existen estados de materia tan sutiles, que resultan para nosotros incorpóreos; a esos estados se los llama fuerzas. Si logramos canalizar esas fuerzas para ayudar a dirigir correctamente la conducta humana de los individuos, habremos hecho un gran bien a la humanidad. Lo importante es controlar esa fuerza aunque los factores exteriores se muestren en contrario.»

La conclusión es obvia: a un mayor dominio de las fuerzas endógenas, físicas y psicológicas, conscientes o inconscientes, incluyendo las llamadas incorpóreas, corresponderá un mayor bien para el hombre y la sociedad.

Por otra parte, los métodos psicoterapéuticos han de basarse, fundamentalmente, en tratamientos preventivos inocuos, de previa investigación que nos acerque al mayor conocimiento del sujeto, de cada paciente independiente de otro, en la particular forma de vivir su vida y después tratarlo, con cariño y comprensión, usando, en grado superlativo, la paciencia, la sugestión — hasta la hipnótica si es preciso — y la persuasión.

Hemos comprobado cómo se influyeron mutuamente tres esquizofrénicos, pertenecientes a distintas familias, en sentido psicológico positivo, curándose, como asimismo nos enteramos del éxito del caso de Londres; opuestamente, con resultados negativos, sabemos cómo y por qué murió Marilyn Monroe, pese al tratamiento psiquiátrico agobiado por las alteraciones emocionales, por las ansiedades y las angustias y por última brutal tensión psicológica del medio social, que no pudo resistir al faltarle el apoyo moral de familiares y amigos.

Las experiencias nos van señalando cuán importantes y decisivos son los factores afectivos, morales, sociales y psicológicos en general, tanto para evitar enfermedades mentales — y físicas — o prevenirlas, como para curarlas. Entre millones de ejemplos los de Roberto Schumann y Vatzlav Nijinsky prueban que fueron, grandemente, víctimas de la ignorancia y falta de decisión de sus familias, lo mismo que las gemelas Bobbie y Betty que, además, recibiendo tardío e inadecuado tratamiento psiquiátrico perecieron en abril de 1962, repetimos, por accidental «suicidio psicológico», por mal control y uso de las fuerzas incorpóreas, en la plenitud de su desarrollo orgánico. Lo psicológico destruyó su ser fisiológico y biológico. Aun en sentido negativo ¿qué fue lo superior? Ni los instintos vitales primarios de defensa pudieron hacer algo por

salvar sus cuerpos. Estas verdades, tan recientemente comprobadas, que son la evidencia misma, ¿pueden comprenderlas algunos fisiologistas que todavía se niegan a admitir nuestra tesis sobre la superioridad de lo psicológico en el ombre y sobre cuanto le rodea?

No nos extraña que los especialistas psiquiatras y psicólogos cometan errores como los que hemos señalado pensando que son infinitamente mayores sus aciertos, como asimismo los que obtienen los médicos de todas las ramas de la Medicina. La tarea de los primeros es bastante más difícil: si pudieran definir, exactamente, una enfermedad mental — como se describe cuanto afecta al corazón se a otro órgano del cuerpo — podrían hacer la definición de la mente de la que tan poco se sabe aun que no faltan escritores y médicos que digan que la Fisiología ya explica todo cuanto se refiere a aquella. Y el conocimiento del cerebro se complica más admitiendo lo que dice algunos investigadores: que abajo de la escala evolutivo de los lóbulos cerebrales poseemos varios subcerebros o subsistemas con características propias neurofisiológicas y bioquímicas.

Mucho es que la medicina moderna haya señalado que las perturbaciones nerviosas y los cambios de conducta anormales en un sujeto son enfermedades mentales que hemos de aprender a combatir como se luchó y se lucha por vencer otras distintas enfermedades del cuerpo. Lo complicado que resulta combatir las del cerebro, hablando globalmente, se comprende al constatar que intervienen las alteraciones bioquímicas del mismo formado por tejido compuesto, casi completamente, por más de diez billones de células nerviosas en permanente actividad, con impulsos nerviosos y eléctricos, y complicada dinámica de los circuitos neuronales, etc., etc.

Al no ser médicos, fisiólogos ni psiquiatras de profesión — al menos el que escribe — como simples amantes del prójimo, nos atrevemos a opinar ateniéndonos a los resultados que van obteniéndose, con o sin éxito, en todas las ramas de la Medicina. Y constatamos que en la química corporal y particularmente en la cerebral, generalmente hablando, con reacciones normales y anormales tan variables, por los múltiples factores endógenos y exógenos que intervienen, no han influido, benéficamente, en sentido curativo, las drogas tranquilizantes que muchos fisiologistas denominan psicoterapéuticas. Sin embargo abundan los médicos que todavía les conceden propiedades curativas, al contrario de nosotros, que las consideramos alérgicas y anuladoras de las fuerzas naturales de los pacientes que pueden reaccionar en favor de la recuperación de su salud mental y física.

Hemos comprobado cuán vanos fueron los medicamentos, incluso los tranquilizantes, en las mellizas Bobbie y Betty y en los tres esquizofrénicos de Los Angeles que sufrían hondos trastornos mentales. A las primeras no las tranquilizó lo más mínimo, al contrario: las deprimió más y redujeron sus defensas orgánicas quedando más incapacitadas para defenderse. Las drogas aumentaron su es-

taño pasivo, y se designaron a morir. Y a los últimos pronto les pasaban los efectos de las drogas, y entonces reaccionaban más violentamente que antes de tomarlas, como si protestaran indignados por haberles contenido la expresión de sus voluntades, sus complejas funciones y actitudes voluntarias agresivas contra sí mismos y todo el mundo. Sin embargo, conscientes, hasta cierto punto, de que corrían peligro de quedar conciencia de la terrible situación que atravesaban su «psiquis» reaccionó, repentinamente, de forma saludable. En su cambio de conducta y súbita curación fueron decisivos los factores psicológicos. Con éstos los pacientes obtuvieron, en seguida, cuando quisieron, el bienestar emocional, mental y físico que los médicos jamás lograron — más bien lo obstruyeron — en ningún momento con drogas.

Las experiencias y conocimientos que tratamos de vulgarizar, llanamente, nos dan a entender que todos podemos tomar parte, con provecho, en la campaña por la salud mental del género humano. Intervenir, ayudar en la mayor medida a los psicólogos, psiquiatras y psicoterapeutas, es un deber social, humano y biológico de todas las personas con buen sentido común.

Sean o no profanos, los hombres y las mujeres de todos los continentes pueden y deben colaborar a evitar que los seres que aman, que viven bajo el mismo techo, sean enfermos mentales y si lo son, por descuido, por no haberles prestado las atenciones debidas consideramos haber demostrado que en sus manos están las mayores posibilidades de curarlos con amor y paciencia, mucha paciencia, no exenta de discreta firmeza psicoterapéutica.

La séptima parte de los habitantes del planeta Tierra sufren alteraciones emocionales y una de cada diez personas trastornos mentales más o menos severos. Son un gran reto a la Medicina y a la Humanidad. Es hora de que los científicos que sólo se preocupan por la ciencia pura — dejamos a un lado a los mercaderes de la ciencia que sólo les interesa enriquecerse a costa del dolor ajeno — se den cuenta de que cometen un error mayúsculo reduciéndose a atender a un cortísimo número de enfermos mentales, a malgastar sus energías combatiendo efectos, en ridícula escala, que saben nada

resuelven. Ellos, más que los profanos, tienen el deber ético y científico de denunciar y combatir, al frente de los miembros de su especie, de la nuestra, las causas generadoras de la inmensa mayoría de las enfermedades mentales y corporales que sufrimos: las iniquidades e injusticias de las llamadas sociedades humanas organizadas o impuestas por el mundo autoritario.

Todas las personas sensibles y sensatas tienen que luchar en defensa de la buena herencia biológica y psicológica que están dilapidando los autoritarios político-religiosos de todas las clases. ¡No más presenciar impasibles el empobrecimiento fisiológico, biológico y psicológico del género humano!

Los psicólogos, psiquiatras y psicoterapeutas que se desprecupan de las causas productoras de casi todas las enfermedades mentales, que las conocen y no las combaten, traicionan a la humanidad y al mismo ideal científico. Piensen en los humildes barrenderos que en aldeas y ciudades realizan el más completo trabajo higiénico y de utilidad social. Si éstos se cruzaran de brazos en pocos días se propagarían las epidemias y las enfermedades por doquier. Y en bien de la salud propia y ajena, individual y colectiva, todos nos veríamos obligados a realizar su eficaz labor. No seamos menos que los útiles trabajadores barrenderos que tan mal trata y compensa la sociedad autoritaria. A luchar, todos contra los antinaturales, antisociales, antihumanos y antibiológicos privilegios de clase limpiando, al mismo tiempo, del cuerpo social, el virus autoritario que es el que produce en aquél el mayor número de enfermedades mentales. Es preciso combatirlo con todas nuestras fuerzas hasta acabar con él. Es la tarea iniciada por los libertarios que más urge sea terminada con la colaboración de todos nuestros semejantes. ¡Manos a la obra, científicos y profanos! Cuantos piensan y sienten sanamente contribuyan en la más elevada misión de profilaxis e higiene mental que reclama la humanidad angustiada por las miserias de todas las clases y los horrores de las guerras. No hacerlo es hacerse cómplices de éstas y de aquéllas.

F. OCANA

# ESTADISTICA

con un billete de 1.000 francos se podía comprar :

En 1958

- 21 panes « fantasía »
- 1.200 gramos de « biftec »
- 22 botellas de leche
- 10 litros de vino de 11 grados
- 9 kgs. de arroz
- 50 kgs. de patatas
- 6 carnets de metro (2a clase)
- 10 paquetes y medio de « Gauloises »

En 1962 :

- 16 panes « fantasía »
- 860 gramos de « bifteck »
- 15 botellas de leche
- 6,7 litros de vino de 11 grados
- 6 kgs. de arroz
- 27 kgs. de patatas
- 3 carnets de metro (2a clase)
- 8 paquets de « Gauloises »



# La puerta de oro del mundo

## 1. — LA CONSTRUCCION DE LAS PIRAMIDES

**P**ARA la construcción de las Pirámides, sólo en rábanos, cebollas y ajos se gastaron 1.600 de talentos de plata. No sabemos a cuánto habrá ascendido el gasto de cereales como alimento de los esclavos, porque el pan como tal data de mucho antes de Moisés. Los ángeles obsequiaron con pan a Lot, que vivió varias centenas de años antes del Exodo, y cuando Jehová recibió ofrendas de su pueblo, sólo permitió que en el altar de su tabernáculo se colocara un pan.

Los pueblos de Oriente, Grecia y Roma conocieron el pan de cereales desde sus orígenes. No hay libro sagrado, a través de la historia, que no lo mencione en sus pasajes. La Biblia, el Talmud y el Corán, todos hablan de él con unción religiosa, porque «el pan ha salido de la tierra para nosotros».

Los estudios de las religiones comparadas revelan que en la antigua Roma únicamente el sumo sacerdote podía tocar con sus manos la harina de trigo. Pero ya mucho antes, bajo las dinastías faraónicas, el cereal, cultivado a los bordes del Nilo, constituía la gran fortuna, que llenó de alimento y de riquezas los graneros de Egipto durante muchos años de abundancia, permitiendo el ensanchamiento del imperio, más allá de Babilonia y el olvidado mundo sin nombre perdido en el tiempo.

Tan remota es la antigüedad del cereal cultivado para convertirlo en pan que el gran egiptólogo Champolión, que descifró los jeroglíficos encontrados en los descubrimientos arqueológicos, observó como repetidas veces el pan es citado en las inscripciones de conocimiento público entonces y hasta en las de los sarcófagos. Cuando se ha descubierto la tumba de Tutankamon, dícese haber hallado entre los distintos objetos domésticos y sagrados, cierta cantidad de entumecidos granos de trigo, que, al cabo de miles de años fueron de nuevo sembrados, y tomando contacto con el universo ambiente, germinaron pero no fructificaron.

En las excavaciones de Pompeya y Herculano se han descubierto inscripciones donde el pan se menciona frecuentemente como producto de cereal popular y alimento de la muy noble y humilde grey humana, que más tarde aparece en las obras de Plinio, Virgilio e infinidad de escritores de su tiempo. El gran aeda lusitano, Guerra Junqueiro, príncipe de los poetas latinos, lo ha inmortalizado con excelcitud en su «Oración al pan», artísticamente equiparable a la «Sinfonía pastoral» de Beethoven.

Con un pan de cebada y una jarra de agua, confesó el célebre filósofo Epicuro que podría disputar

la gloria de los dioses. Desde mucho antes de Alejandro Magno hasta Julio César los combatientes de todos los ejércitos recorrieron la tierra con su bolsa de cereales a cuestas, como único alimento. Desde entonces, y por los siglos de los siglos, los hijos de sus hijos todos pasaron con un pan bajo el brazo por la ancha puerta de oro del mundo.

## 2. — LA GRAN REVOLUCION IDEALISTA

La humanidad asiste a la liquidación del imperio de occidente. Detenido este proceso con el avance de la mecánica y el enciclopedismo que por dos centurias ha conseguido neutralizar el derrumbe, con un contenido de libertad e ideas que ya nos parecen muertas, nuestro siglo finiquita la última serie de sucesos que han tenido desarrollo veloz, culminaron y declinaron precipitadamente.

El período cíclico que arranca del Renacimiento ha presentado a los ojos del hombre tal serie de portentos que lo encandilaron cual libélulas frente a la lámpara eléctrica. Y le han bombardeado de tal modo que perdió la noción del tiempo necesario para pensar. Porque un descubrimiento sucedió a otro más portentoso y deslumbrante. Y a medida que el individuo perdía el control de su majestad, porque su intelecto no alcanzaba retener con precisión ideas fijas, se predisponía a abandonar el campo de batalla en el que ya no era combatiente, sino simple espectador.

Con el derrumbe de la monarquía y la instauración del orden republicano en Europa, el hombre asistía al nuevo renacer del universo. La nueva forma de gobierno importaba poner al alcance de la mano el instrumento para abatir al despotismo político y religioso, dominantes en la vida civil de los pueblos. De igual modo, abría las puertas a la posibilidad de mejorar el orden económico, dando perspectivas de existencia a las necesidades sociales que se operaban en la sociedad. El cisma eclesiástico en dos fracciones, tras luchas violentas donde ha campado el lenguaje menos diplomático de toda la historia, hizo que los dioses competidores tomaran carnet sindical en la fracción que mejor se acomodara a su temperamento.

La revolución francesa y la rusa hicieron que los hombres sin árbol genealógico, los que no habían sido censados ni antes tenían voz ni ejercicio de voto, se vieran de inmediato vestidos de poderes que nunca habían imaginado. Y, simultáneamente, con facultades tan amplias, muy superiores a sus fuerzas. Todo esto, forzosamente, había de administrarse en forma discrecional, pero el nuevo orden, la democracia naciente en lucha contra el despotismo secular, habría de aplicarlo a costa y rigor de los errores. El capitalismo que, desde los pocos años que recordamos en lo que fue Bizancio, se atrincheró detrás del dinero y ha lo-

grado un florecimiento rapidísimo. Por vía de este instrumento, levantó fortunas de la noche a la mañana; compró coronas y títulos de realeza, pisó las gruesas alfombras de principados, condados y ducados y arrastró consigo a la iglesia católica, más interesada ya en el materialismo metálico de los dividendos que en las románticas pláticas sacerdotales.

A medida que, con el progreso de las artes y ciencias, se iba perfeccionando el mecanismo económico, el nuevo Estado sentíase más seguro y dueño de su estructura física. Una nueva clase surgía por cada tumba dinástica que se cerraba. Y los adulones y lacayos del viejo régimen dispensaban sus buenos servicios a la burguesía proletaria de uñas ennegrecidas que venía de la feria, del mercado, del mostrador o de la oficina para ejercer funciones directivas. La capacidad era cuestión secundaria. El filisteísmo político no tenía tiempo para detenerse en corregir defectos, so pena de llegar tarde al banquete.

Intelectualmente estamos todavía en Grecia, sin haber logrado desprendernos de su virtuosismo, creando otro que en arte consiga satisfacer las necesidades estéticas de nuestro tiempo. El derecho romano regimenta nuestra conducta individual, cual si nos fuera prohibido acercarnos a sus libros. Dos guerras en lo que va del siglo han aniquilado cerca de 68.000.000 de hombres, los más valerosos que ha tenido la comunidad euroamericana. Un simple balance de saldos nos dirá todo el pasado en tan corto período de fabricaciones, de transacciones bancarias, guerras cada cual más cruentas en grado de superación destructiva, edificaciones como portento del resurgimiento fenicio. Un hombre detrás de un Estado fue el instrumento ejecutor de seis millones de seres humanos en pleno proceso de la civilización cristiana.

En tanto, los monumentales edificios de nuestras ciudades y los míseros villorrios gimen por igual. Nuestra conducta sigue dividida por el salario y la cultura. Nos entretenemos en torneos medievales presentando cada contendiente sus fuerzas combativas para asustarse mutuamente. Cualquiera fiesta o acontecimiento municipal lo celebramos arrastrando pesadas armas de fuerza para destrozar nuestras calzadas. No se nos ocurre presentar el progreso con la independencia individual, de la libertad, del mayor bienestar y de una distribución más equitativa de los medios de fortuna, en nuestra condición de vecinos de la comuna, de la ciudad, de la nación. No nos interesa que el mundo asiático esté creciendo a razón de 100.000 habitantes por día y que, desde este mismo instante, tenemos que producir más o mejor para ir aumentando esa producción gradualmente hasta disponer en 1975 de un exceso de alimentos para atender las necesidades inmediatas de 500.000.000 de bocas más sólo en ese sector del globo. El soberbio mundo occidental, el de los afortunados al que pertenecemos, no se determina a salir en auxilio de ese conglomerado humano irredente, soterrado en las catacumbas de la miseria, con una inmediata provisión de alimentos standard. Y, sin embargo, todo pareciera bien sencillo, conside-

rando que «el arsenal nuclear de los Estados Unidos comprende actualmente de 35 a 40 mil bombas atómicas y de hidrógeno, que representan un total de carga explosiva cercana a los 35 mil millones de trinitrotolueno, o sean, diez toneladas de explosivos por cada habitante de la tierra. Como si no hubiera bastante con eso, a ese arsenal deben sumarse unos 200 proyectiles dirigidos —también de carga nuclear— listos para ser disparados sobre blancos predeterminados desde las 80 bases norteamericanas de ultramar, bien desde submarinos y portaaviones».

Pero no es esta la raíz del problema. El enemigo dispone de igual poderío en material de guerra y está igualmente envalentonado y belicoso, confiando en salir triunfante de la contienda. Pero los 7.500.000.000 de habitantes que seremos el año 2.000 con toda seguridad que no podremos alimentarnos con las 20 toneladas de explosivos disponibles hoy per capita. Tampoco, ni nosotros ni ellos nos conformamos con qué tamaño poder económico se haya canalizado para construir tan inútil poder destructivo que empeorará cada vez más las relaciones de convivencia humana.

La civilización occidental, creada con pólvora y dinero beatificado, llevó a la China hace un par de cientos de años los peores estragos de su creación: un comercio envilecido, el alcohol y una diplomacia surgida de los arrabales. Extendió esa influencia más tarde al Japón y la India. Cuanto esas comunidades saben en trapisondas de baja extracción lo aprendieron, igual que los rusos después, de lo que el mundo capitalista levanta como baluarte de la libertad y de la libre iniciativa. La competencia es el resultado directo de tan noble enseñanza.

Tanto el mundo oriental como el occidental parecen galvanizados, insensibilizados al hecho inmediato que debiera preocupar al género humano cual es el de justificar ante las nuevas generaciones por lo menos que se ha nacido para algo. Los gobernantes y políticos de todos los sectores han derivado la solución del grave problema al triunfo de las armas. Por muy entendidos que ellos sean con sus técnicos y financistas, sería la primera vez en la historia en que la guerra ofrecería un bálsamo al dolorido corazón humano. Mas esto resultará tan imposible como creer que las armas sirven para otro fin que el de matar. Y de sobras sabemos que ninguna guerra ha sido una solución. Desde el punto de vista geográfico, con anexar territorios a naciones o imperios carece de valor si no se cotiza al hombre, al poblador, al trabajador del suelo para que produzca riquezas. Económicamente, todas las guerras desde mucho antes de las teogonías y las dinastías sirias y caldeas, han hundido en el desastre a las naciones contendientes. En el orden político, podrá someterse al vencedor, hasta mismo aniquilarlo. Pero si no es posible convergerlo y, si el hombre, individuo, a lo largo de su existencia no aprendió otra cosa que matar para imponer su ley, difícilmente podrá defender sus ideales con armas tan débiles.

Las necesidades de alimentos adecuados para una dieta normal, en calidad y cantidad para los

habitantes del planeta, han rebasado los cálculos más rigurosos y llevaron el problema a todos los hogares de la tierra. Unos en grado superior al otro, pero todos, en general, están experimentando en estos momentos la tortura de ese espasmo electrificante que pasea a través de la atmósfera, con su estela clamorosa. Apenas si algunos bienaventurados de la fortuna, por un atrofiamiento sensorial, podrán sentirse felices en un suelo de riqueza, con una vida vegetativa que desarrolla su función biológica. Los más residen con el corazón oprimido ante la incertidumbre del mañana que no garantien siquiera sus padres ni gobernantes. Cada cual se desespera y suelta las riendas de las pasiones, impotente para luchar porque el amigo y el enemigo tienen tanto de común que apenas se distinguen.

### 3. — LO QUE HA QUEDADO ATRAS

Por la puerta de oro del mundo han entrado los ejércitos de nuestro siglo con armas melladas. Bajo el arco de triunfo, con alfombras tendidas, desfiló todo un pasado que nos vino de extremos tan lejanos desde Babilonia, Tebas, Cizot, Karnak, Bizancio, Tyhuanacu, Samarkanda, Cuzco. Nos anunciaba el alumbramiento de una nueva aurora, símbolo de la civilización encarnada por los grandes descubrimientos que se iniciaban a tenido galope del tiempo y que, medio siglo después, nos acombra a cada minuto con hallazgos deslumbrantes como para perder la razón.

Pero solamente pequeños contingentes de humanidad tuvieron el privilegio de poder asistir a estas fiestas. Un número reducido de afortunados, en comparación con la inmensa mayoría desalojada de la tierra, vivió los fastos del acontecimiento. Fueron aquellos que, a través de las adversidades, del estudio, de la experiencia y del tesón por seguir adelante pudo aprender en el dolor a sacar provecho del padecimiento o del esfuerzo personal, cuando no ambos factores juntos. Estos comieron la carne de cordero. Para ellos tronaron los cañones de la libertad y se encendieron fogatas, administraron comuniones, levantaron monumentos y doblaron campanas.

Sin embargo, los ruidos no conquistaron la calle ni contaminaron el conjunto celular que había levantado pirámides, construido murallas como la china, hicieron sangrar el cielo con las flechas de los rascacielos, sembraron la tierra de palacios y museos y cantaron canciones en lo alto de los andamios, como les inmortalizara en verso Gustavo Riccio; fueron atados al palo mayor de los trasatlánticos o embutidos en las carboneras de barcos piratas o dejaron sus pulmones empujando el arado. El siglo ha atrapado entre sus dientes mecánicos el gran secreto de la civilización, el misterio no revelado, y permanece impassible como la esfinge en el desierto, cerrándole el paso al caminante para someterlo a la prueba cruel de la adivinación. El camino de Tebas, la ruta de las Pirámides tienen huellas imborrables.

Así llegamos hasta el año 1962 con el signo fatídico de la decadencia, presentada con levanta-

tamientos armados en Asia y Africa, remotos continentes que arrastran pesada carga de esclavitud. Surgen contingentes de descontentos en toda la periferia europea y americana y el grito del hambre, con el de la libertad, campean en todos los extremos del globo, como una amenaza latente de guerra abierta, desde los tiempos bíblicos. Ante este azote de la humanidad, la civilización moderna retrocede cincuenta siglos, porque los quebrantos de aquella comunidad golpean a nuestras puertas con furia incontenida. Y sus ligaduras y su cuerpo flagelado, a través del tiempo, se transforman en cadenas y tormentos. El drama adquiere iguales contornos emotivos por lo doloroso y arranca las mismas lágrimas y sollozos en nuestros días embrutecidos por la abundancia de la superproducción.

El movimiento de insurgencia africana hoy en ebullición tiene sus raíces en la desigualdad de condiciones raciales y económicas por consiguiente, que aparece en el concierto mundial como un cáncer en el ombligo del mundo. Ubicado entre dos continentes hostiles políticamente, esta conmoción tiene mayor gravedad que la denominada «guerra fría». El resurgimiento chino bajo el imperialismo comunista, no responde al slogan político de consumo occidental, sino a la necesidad evidente e indiscutible que estos pueblos tienen de alcanzar niveles de vida accesibles a la civilización. La India, por su parte, presenta necesidades apremiantes, cuya solución concierne a todos los habitantes de la tierra, antes que, desesperados por su suerte aciaga, decidan echar mano a las armas. Tanto China como la India tienen por delante el fantasma de rebasar los mares para hallar asiento a millones de seres humanos. El suelo que ocupa ya resulta pequeño y los medios de producción para la subsistencia muy precarios. Un entendimiento entre las dos razas, en procura de soluciones comunes a sus intereses, podría ser fatal para la causa de la libertad.

De territorio chino salieron las hordas que, desde el desierto de Gobi, llegaron Aquisgrán y se diluyeron en el recorrido sangriento que dejaron a su paso. La India, Asia Menor y Egipto fueron assoladas en la edad media por Tamerlán, sucesor de Geng Khan. Con esas invasiones quedaron borradas las huellas que allí habían dejado las tropas de Alejandro, portadoras de un reguero civilizador con la cultura helénica, detenida allí, durante muchos años, como último bastión de la gloria ateniense. Dos corrientes, por distintas rutas, de Oriente a Occidente y de Occidente al Oeste, depusieron sus armas en una pausa de siglos. Pero entences, el tiempo era idea metafísica y hoy es física viviente de cuerpo celular.

Desde la última invasión china, la India experimentó los estados gubernativos, cuyo más prolongado ha sido bajo la protección británica. Durante ese último periodo, aquel pueblo trató de reabastecerse espiritualmente dejando que el inglés se encargara de los problemas sociales y económicos. Pero, al cabo del tiempo, un movimiento de convulsión pacífica reclamó seriamente intervenir en los asuntos propios de la colectividad, demarcando

nuevas fronteras y estableciendo normas de conducta acordes con el estado de la civilización. Si bien las medidas adoptadas han coadyuvado a los fines perseguidos, nadie duda que la mentalidad de la India hoy en día es bien distinta a la que siguió al Mahatma Ghandi. El pueblo de la India, tan necesitado de tener acceso a los bienes de la tierra como todos otros, entiende que frente a un estado de guerra permanente declarada por un enemigo, la no resistencia equivaldría al suicidio. El estado pasivo en tanto el vecino se contorsiona en medio del incendio sería criminal. Y es de ahí que se haya convertido, a escasos años de obtener su independencia política, en una gran potencia, en un contrafuerte militar en el panorama asiático.

La lucha entablada hoy entre dos poderes, unidos en un extremo por regímenes políticos y económicos de igual semejanza casi, que cubre los flancos de América y Europa, tiene un lazo común de intereses al juzgar, con natural recelo, el resurgimiento del Asia, que participa, con carácter imperativo, en las condiciones sociales del mundo y lleva la ofensiva de extenderse por función de su propia fuerza. La China comunista ha sido favorecida con el apoyo soviético y es este el momento en que está discutiendo los valores de la factura que Rusia le ha pasado. La India, ha merecido el apoyo moral y financiero de Inglaterra, pero muy particularmente de los Estados Unidos de Norteamérica a los fines de lograr su neutralidad en el conflicto con los comunistas. Buena parte del plan

se ha cumplido y, por lo menos, hasta aquí se ha logrado mantener el equilibrio de fuerzas ajeno a contactos armadas entre indios y chinos. Pero tanto uno como otro, se consideran a la vez dueños de sus propias decisiones y no desean adquirir compromisos que traban su libertad de movimientos. China actúa sin permiso de Rusia como entendiéndose que los asuntos chinos le son exclusivos. La India, segura de su valor, mantiene la equidistancia natural con el sector comunista, pero aporta moralmente a Tito, el apóstata, y al señor Nasser la valiosa cooperación de su influencia para integrar el tercer frente político que sirva de puente y traspaso entre los dos grandes bloques en pugna.

Es de suponer que si la India no es ampliamente compensada con intereses en la contienda que se está librando y en la que pacíficamente interviene, sus vecinos y amigos los chinos son muy generosos cuando les conviene. Las cartas están a la vista y ningún artilugio diplomático podría torcer la ruta abierta por la cual ha de circular esa fuerza contenida por el mar como un cinturón de acero que obliga a esa parte del Asia a moverse dentro de su propio sistema sanguíneo. Si ello no ocurre, es seguro que, a corto plazo, las necesidades económicas la obliguen a pactar deliberadamente con el pueblo chino. Y, en tal eventualidad, las disputas actuales entre Oriente y Occidente desaparecerán como por arte de encantamiento.

CAMPIO CARPIO

(Continuará.)

## FLUORESCENCIAS

1

En ese gran problema de la «guerra fría» imperialista, entre Oriente y Occidente, Kruschchev ataca a Kennedy y viceversa. Ellos discuten por conveniencias particulares y momentáneas. De la noche a la mañana se pueden poner tranquilamente de acuerdo —bajo la «santa» égida del Papa—, dejándonos a todos en la estacada.

2

Lo de Cuba debe servirnos de ejemplo sobre lo que pudo ser una Revolución y no fue, debido a la inconsciencia del pueblo revolucionado que no segó a tiempo las cabezas de quienes se erigieron en jefazos del «delirio de grandezas».

3

Indiferentemente de quién ataca a quién, el individuo consciente, en plena Revolución, debe velar para que todos ataquen a cuantos pretendan levantar la cabeza con fines de mando y de dominio. En nombre de nada debe ser permitida la jerarquía durante el período revolucionario. Así se hará o no se hará nunca, la REVOLUCION SOCIAL.

4

Esta pertenece a Royan: «Manos a la obra todos, cargados con las mejores intenciones. El trabajo a realizar es enorme, pero con voluntad y decisión, lo llevaremos a buen fin. A condición de no dejar para mañana lo que podamos hacer hoy.»

5

Y esta otra es de Sacha Veguiev: «En cada localidad podría hacerse obra valorable, a base de grupos de estudios, dedicados a temas determinados. Puestos en relación entre sí, los grupos dedicados a un estudio equivalente, podrían intercambiar documentos, reflexiones y resultados. Sería el principio vital de una labor en consonancia con lo que preconizamos a diario, en tanto que forjadores de una nueva sociedad, sin que en verdad nos preocupemos mayormente por ello.»

6

Los gobiernos —incluso en sus gigantanasias dictatoriales—, son gratuitamente defendidos por ciertos «dibrepensadores». No comprendemos cómo se puede ser librepensador y defender infantilmente a las cadenas.

COSMOS

Carnet de  
un médico

# Amor y cirios

**N**O; no voy a violar el secreto profesional. Si hoy esta pobre mujer, ya muerta, se presenta tan fuertemente, con tal insistencia y tan impaciente a mi memoria; si voy a hablar de ella, no sabéis ni su nombre, ni la enfermedad que se la llevó del mundo, ni la amargura de sus gestos, ni siquiera el color de sus ojos.

Cualquiera podría haber sido ella y haber entrado un día en mi Consulta — ¡hace tantos años! — con el andar indeciso de los que no se atreven, desde hace tiempo, a mandar a paseo un obstáculo.

Entró, pues, se sentó frente a mí y como preámbulo me hizo una síntesis de vieja amistad, de estudios comunes, de cosas, en fin, que no venían a cuento y que escondían una verdad o demasiado tímida o demasiado horrible — para ella — a la que era necesario preparar el camino y vestir adecuadamente. ¡Qué escándalo, encajarla monda y lironda, tal como fuera, sin el menor estorbo impuro!

Pero, como al fin había que decirla, esa verdad, pues para eso venía, la pobre entornó los ojos, abrió mucho la boca y me explicó, como muchos enfermos hacen :

— Yo creo que me pasa algo malo...

Y yo, después de comenzar su ficha, con la rutina del nombre, que ya conocía, del domicilio, que no era el mismo de antes; de la edad, traidora, deslizándose para los dos sin la menor alarma, seguí con la otra rutina de la pregunta :

— ¿Qué te pasa? ¿Por qué vienes a verme?

Y entonces, ¡ay entonces! con un lujo infinito de precauciones y de excusas, me explicó — eso sí — muy lentamente, como si los remordimientos le ataran de cuando en cuando la lengua, que su novio — ¡quién se acordaba ya! — se había muerto en Marruecos; que ella había creído, al principio, en todas esas benditas monsergas de vida rota para siempre, de corazón herido y sangrando para siempre también, naturalmente; y que ya ningún hombre, ni Adonis, ni Apolo, ni siquiera un Señor Universo, que entonces no se habían inventado aún, podría atraer sus miradas y, mucho menos, otras cosas.

Pero, ¡vaya usted a creer en las vidas rotas y en los corazones heridos de las novelas por entregas cuyo veneno sutil pasa silenciosamente por debajo de las puertas o se deposita en los buzones con un buen acompañamiento de publicidad! ¡Vaya usted a creer...!

Mi amiga y cliente se enamoró cuando menos y como menos lo esperaba. Se enamoró como nunca lo había estado, con ganas rabiosas de esconderse en los rincones perdidos de los jardines públicos, de guardar flores secas y aplastadas entre hojas de libros; de besar cartas rancias y fotografías amarillentas. Con todas las agravantes, con todos los estor-

bos propios de una total falta de madurez, y también con ganas de temblar entre los brazos de su hombre, lo cual era ya más normal y razonable, y de llegar, con él al fondo de las cosas... Claro que ya me habéis comprendido y no necesitáis aclaraciones suplementarias.

Es decir, sí. Sé las necesitáis, pues tenéis que saber que el hombre se enamoró de ella también y que si los dos, cogidos de las manos y mirándose a los ojos, se fueron a los rincones perdidos de los jardines públicos; y a los cines de barrio, bien lejos; y a los cafés pequeños y perdidos también, no fué solamente por satisfacer a esas exigencias del psiquismo especial del enamorado vulgar, sino porque era muy necesario esconderse : el hombre era casado.

Mi pobre amiga me hizo tal revelación con la misma voz ahogada, con el mismo fuego en las mejillas y la mirada arrastrándose por los suelos, aunque un criminal, de repente tocado por la gracia confesara que acababa de desvalijar el Banco de Inglaterra — que no debe de estar mal — y de dejar en los locales de su hazaña, unos cuantos muertos...

Si mi pobre amiga hizo su confesión no fué por pura necesidad de confianza, sino porque educada en el más estrecho de los conformismos consideraba su amor a un hombre casado como una « inclinación culpable », como un pecado cuyo horror bastaba para inhibir impulsos y deseos de todas clases; y tras una heroica lucha en que hubo de todo menos el remate y cumplimiento amoroso, los dos « mártires del deber » dejaron de verse para evitar males mayores, como ellos decían.

Y un buen día el obstáculo desapareció; se fundió el hielo; se abrieron de par en par los brazos. Es decir, que la esposa, que no hacía más que estorbo en realidad, decidió morirse de una nefritis aguda post anginosa.

El motivo de la consulta era, pues, que una vez desaparecido el estorbo, en vez de marchar las cosas sobre ruedas se hicieron más complicadas; y cada vez que él todavía enamorado insinuaba la menor cosa, esbozaba una caricia, iniciaba una tierna frase, mi pobre amiga retrocedía, estremecida de terror porque creía ver, entre cirios, el cadáver que hubiera podido hacer posible su sueño de otro tiempo.

— ¿No comprendes? — me decía llorando —. ¡Tener que alegrarme de una muerte! ¡Tener que envolver mi alegría entre velos negros! ¡Es un amor que huele a cirios! A mí me pasa algo malo...

Claro que le pasaba. Los trastornos psíquicos que la trajeron a mi consulta se acentuaron rápidamente a pesar de las terapéuticas — no tan poderosas como ahora — y hubo que proceder a un internamiento del que ya no pudo salir.

# EL PORTUGUES

**La vida es una cueva, la muerte un espacio.**

**T**RAIAMOS igual clase de pasaje y dormía en una litera encima de la mía.

Bartolomeu Entúnez, portugués, no viejo —maduro—, sin familia, quien procedente de la Argentina dirigiase a la Isla de Madera.

Llevaba bastantes joyas consigo, lo que daba a entender que era hombre de dinero.

El barco tocó en diferentes puertos del Brasil y en todos el compañero de camarote saltó a tierra. Hasta llegar a Río de Janeiro ¿para qué, si de todo vienen a vender al barco, incluso loros y monos?

De noche funcionaba la timba en un salón lujoso al que era obligado asistir en traje de etiqueta.

Concurrencia promiscuada redor de la mesa de juego —mujeres, parte de ellas, más fáciles que difíciles, y caballeros, parte de ellos, sin caballo—, en donde lo exótico racial no extraña a nadie.

La orquestina, a cargo de músicos que también desempeñaban el oficio de camarero, era un simple pretexto o tapadera que propiciaba modernos bailettes.

A su excelencia Bartolomeu Entúnez lo «pelaban» todas las noches, y cuando con las luces del alba volvía al camarote juraba y maldecía en la

Si bien es cierto que, según dicen, eso del « terreno » es importante para el desarrollo de un trastorno psíquico, de una enfermedad mental, ¿qué duda cabe de que los estrechos confines en que la educación había encerrado el amor de estos dos seres, fué un factor poderoso de su desgracia? Si se les hubiera enseñado a no esconder que un hombre ama normalmente a varias mujeres casi siempre a la vez y siempre sucesivamente, si las mujeres estuvieran ciertas de que siendo más numerosas tienen que repartirse entre los hombres — lo que no quiere decir que un suplemento sea imposible — yo no hubiera escrito la ficha de este drama.

Pero ¿quién puede convencer a la gente de que el amor plural es el amor normal en los seres humanos y que sus exclusivismos, como secuelas y consecuencias de la propiedad privada, de la esclavitud, de la explotación, de la herencia de los bienes personales, de los prejuicios religiosos, no pueden engendrar y no engendran sino desdichas más o menos aparentes?

La ficha de mi pobre amiga y cliente está enterrada con un montón de fichas viejas.

¿Comprenderá alguna vez la sociedad el esplendor del amor? ¿Se despojará de la obscenidad al despojarle de todo contenido social? ¿Alguna vez el amor no olerá a cirios?

DR. A. POCH

creencia de que yo no le veía arañarse el rostro ni le oía insultar a Dios y a los santos.

No hay juramento bastante grueso que satisfaga al jugador cuando pierde.

Así que hubo perdido el dinero con que pensaba negociar en vinos una vez en la Isla de Madera, llevado de exacerbada locura malbarató los brillantes, las sortijas con piedras de color, el Waltan de Oro y el colgante de la cadena rodeado de rubies...

Cuando cayó en la cuenta de que se había estúpidamente arruinado, juzgóse sumarisimamente y se condenó a muerte.

Postrado en la litera estuvo antes de cumplir la sentencia, sin hacer caso de refaccionarios avisos, salió con algunos efectos a cubierto, medio desnudo, envuelto en una manta. Noche negra, negrísima. El buque, a toda velocidad. En la cubierta ni un pasajero a causa del oscuro tenebroso y del desagradable viento. Sólo el piloto va y viene de un lado a otro del puente sin perder ripio.

Primero el desgraciado portugués arroja los enseres al mar y detrás se abandona él, a la inmensidad, sepultándose en las aguas revueltas del océano.

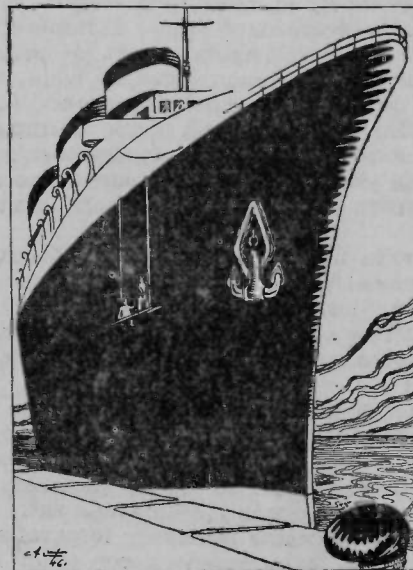
Marchaba a toda máquina el barco y no fue posible atender al grito de auxilio que el suicida, arrepentido, lanzó al venirle ancho el abismo y debatirse con la igualmente ancherosa muerte.

—¡Au... xi... lio!

El mar océano se lo tragó de un bocado y no se le oyó más.

La embarcación marchaba a toda máquina a través de la noche negra, negrísima, como la suerte del portugués...

PUYOL



# Han Ryner por él mismo



**P**ARA HACER CONOCER este aspecto capital del talento de Han Ryner, vamos a seguir de cerca, a veces citando y a veces resumiendo o comparando, el hermoso y competente estudio de M. C. Poinsoot en la revista *Le Rythme* (El Ritmo). Poinsoot es un crítico notable al mismo tiempo que un potente novelista. El hombre que ha escrito esos dos libros profundos y vivientes *La joie des yeux* (La alegría de los ojos) y *Toute la vie* (Toda la vida), sabe lo que es una buena novela no solamente por la experiencia del lector inteligente, sino aun por la experiencia más penetrante del autor que por varias veces ha vencido las dificultades y creado belleza que marcha.

La obra de Han Ryner el narrador es enorme. Pero sus primeras novelas —todas las que datan del siglo XIX—, aunque muy interesantes, desaparecen en algún modo ante la luz de sus libros recientes. No aconsejamos la lectura de las primeras obras, que por cierto son difíciles de procurarse, más que a los que se placen en darse cuenta de la evolución de un pensamiento y de la marcha progresiva de un artista. Poinsoot tiene grandemente razón al precisar:

«Se puede colocar en los adrededores de 1900 la madurez de este talento magnífico. Han Ryner es, pues, en realidad, un autor —se podría decir ya clásico— del siglo XX.»

Sus primeros libros, que pesamos por alto, son, sin embargo, algo más que meras promesas. Pero en ellos Han Ryner no ha encontrado ni su filosofía actual ni la potencia verbal de su última manera. Tal vez un día haremos conocer y discutiremos esas realizaciones puestas a un lado, tomando por guía la apasionante obra de Manuel Devaldes sobre Han Ryner. Hoy recordaremos solamente los títulos de esos libros ya sobrepasados, y que en su tiempo excitaron la imaginación de notables escritores.

*Chair Vaincue* (Carne vencida) apareció en 1889 precedida de una larga introducción de Jean Aicard en donde el poeta burgués, el futuro académico, dejaba escapar el grito asombrado de la gallina que ha puesto un huevo de cisne: «¡Han Ryner es el más asombroso removedor de palabras y de ideas que yo conozco!»

*La Folie de Misère* (La locura de miseria) es el mejor de los antiguos libros de Han Ryner. Es una obra profunda, triste y sobria. La heroína, hija de un demente asesino, lucha, por mucho tiempo victoriosa, contra la terrible herencia que en ella vive. Pero los golpes repetidos de la miseria acaban por dar a los gérmenes de la locura una irresistible fuerza. Se puede ver el alcance social de este libro de pensamiento, de piedad y de análisis implacable.

*L'Humeur inquiète* (El humor inquieto) nos parece menos potente y de interés menos general, a pesar de la admiración de Alfonso Daudet que exclamaba: «¡Está tan cerca de la vida!»

*Ce qui meurt* (Lo que muere) es el libro en donde Han Ryner ha puesto más de su sensibilidad. Es imposible de leer sin lágrimas las páginas tituladas *Fragments du livre de Pierre* (Fragmentos del libro de Pedro) y que recogerán, sin duda, las futuras antologías.

No es solamente Han Ryner, desde sus comienzos «el más asombrado removedor de palabras y de ideas»; pues es también el más osado de los artistas. Acierta a crear belleza y emoción con las materias más terriblemente realistas. *Le soupçon* (La sospecha), en donde Camille de Sainte-Croix reconocía el más fuerte de todos los estudios sobre los celos, es la historia de un hombre que duda de la virginidad de su mujer. Parece que con tal tema no se pueda hacer más que un libro humorístico; pero Han Ryner ha acertado aquí un drama tan terrible como profundo. Lo mismo en *La fille manquée* (La muchacha malograda), estudio de amores unisexuales en un pensionado religioso, no solamente toca los detalles más escabrosos con una delicadeza y una gracia de estilo extraordinario, sino que tiene éxito en comunicar al lector la misericordia y la más penetrante melancolía.

Pero los dos primeros libros en los cuales con razón se detiene Poinsoot son *L'Homme Fourmi* (El hombre hormiga) y *Le Crime d'obéir* (El crimen de obedecer).

«Contienen un sabor de estilo, una alteza de miras que anuncian, de una parte, al prestigioso narrador, y de otra parte, al novelista filósofo que pronto agitará la antorcha deslumbrante.

«El hombre hormiga», a pesar de sus 280 páginas, es un verdadero cuento filosófico. Pertenece ya, sin ninguna duda, a la serie deslumbrante de esos relatos tornasolados y sólidos en los cuales se engranan en símbolos el pensamiento neoestoico más profundo de estos tiempos. *Voyages de Psychodore* (Viajes de Psicodoro), *Paraboles cyniques* (Parábolas cínicas), narraciones diversas a reunir algún día... justificación radiante de *Principe de los Narradores*, otorgado a este escritor desdeñoso de la vana noticia periodística, rehabilitando la tradición de los maestros franceses y extranjeros, los Rabelais, Bocaccio, Hoffmann, Voltaire, Edgar Poe, etc., que hicieron del cuento un género de primer orden.»

*El hombre hormiga*, por una singular casualidad, apareció en librería el mismo día que *La vida de las abejas*, de Mauricio Maeterlink. Pero la obra de Han Ryner no es solamente un estudio sobre la vida de los insectos sociales; aun este lado de la obra, aunque muy fuertemente documentado y presentando observaciones personales muy curiosas, solamente constituye el interés más exterior. Lo

que hay de humano, impuesto por la misma forma de nuestro espíritu, en nuestras certidumbres más afirmativas. Nos turba el autor en todos nuestros dogmatismos y escribe en cierto modo el libro de la relatividad de nuestros conocimientos. Ha dicho también, y la fórmula nos parece acertada, que este libro es la crítica del chovinismo humano. Pero dejemos la palabra a nuestro guía.

«El hombre hormiga narra la divertida metamorfosis del señor Octavio Peditant que, por un tiempo, se ve calificado con un extraño cerebro cuya parte derecha piensa en hormiga, mientras la izquierda lo hace en hombre. Se adivina lo que esta invención ingeniosa puede permitir paralelismos entre nuestras concepciones y las del pequeño mundo de los himenópteros en donde vive el héroe. Se trata de un Swift con una filosofía más sutil, de un Maeterlink de La vida de las abejas con una más luminosa fantasía. Se trata sobre todo de un pretexto para criticar a nuestros orgullos, a nosotros que, a menudo, creemos saberlo todo y que nuestra inteligencia muy probablemente debe errar magníficamente entre una muchedumbre de errores insospechados.»

El crimen de obedecer —hoy desgraciadamente agotado—, es un libro heroico. Que este epíteto no sirva de engaño. Para Han Ryner, el personaje amado del pueblo que hace con una audacia más grande los gestos que toda la multitud desea y aprueba, el bravo soldado o el bravo general, Napoleón o el viejo gruñón, sólo son aventureros. Para sus ojos, el héroe, solamente podría ser el individuo consciente, el que marcha al margen del rebaño y con la luz de su propia conciencia. Spinoza es un héroe, pero Napoleón es un cobarde que ni siquiera supo vencer en él las avidedeces más groseras y más estúpidas. Igual que nuestro amigo, nosotros no podríamos concebir un héroe que mande o que obedezca. El crimen de obedecer es el libro de un refractario que «para suprimir», en lo que depende de él, al crimen de los que se atreven a mandar, se niega al crimen de obedecer». La actitud del protagonista Pierre Daspres es enteramente pasiva como la de un tolstoiano. Pero no es a una religión exterior y a un misticismo tradicional que pide sus motivos de acción o de abstención. Los encuentra en él mismo, en su dignidad y en su nobleza personales. Hay Ryner que, desde que puede mirarlos a una distancia suficiente, es para sus libros más severos que ningún crítico, se apena porque El crimen de obedecer esté mal compuesto. Sin embargo, el realismo de la primera parte parece equilibrar el idealismo de la segunda. La fealdad de los medios sociales atravesados por Pierre Daspres hace más inteligible y pone un relieve más vigoroso, a su reacción individual. Y nos parece que la segunda mitad del libro contiene algunas de las páginas más altas y más firmes que hayan sido vertidas por la pluma de Han Ryner. Deseamos de todo corazón que un editor inteligente nos dé una nueva edición de este libro.

No obstante *Le Sphinx rouge* (La esfinge roja), en donde vuelven a aparecer todos estos problemas, es muy superior. Sebastien de Ribies, héroe de este nuevo libro, tan firme y tan digno como

Pierre Daspres, es más armonioso. La misma ardiente llama existe en los dos corazones, pero en el último da mucha más luz.

«Ribies, es Daspres, y es Han Ryner con otra figura; es un Epicteto moderno, es el portavoz del autor. Es la voluntad libre que igualmente muere en belleza; es la individualidad fuerte, extrema e indiferente a las otras individualidades.»

Poinsot, cuando el libro apareció, había hecho algunas objeciones a las cuales él mismo respondió en gran parte. Hoy ya no las reedita más.

«Quiero, dice con nobleza, simplemente proclamar aquí mi veneración por el escritor, y no retardarme en esas pequeñas divergencias que el tiempo reduce de día en día, y que parecen caminos que se elevan hacia una misma cima.»

Han Ryner, además, es demasiado individualista para querer imponer a los otros su propia actitud o la de algunos de sus personajes. Ibsen decía: «Mi misión es plantear los problemas; que cada uno los resuelva a su manera.» Han Ryner en sus libros, da soluciones que le parecen las más armoniosas en ciertas particulares circunstancias, en donde se exponen tal carácter individual o tal pasado. Pero sabe que no existen dos seres absolutamente semejantes y que cada uno debe encontrar en sí mismo a la verdad. En completo acuerdo citaría el verso de La Fontaine:

El ejemplo es un engaño peligroso.

Poinsot ha notado este carácter en la obra de nuestro amigo:

«Han Ryner ha expuesto lealmente que Ribies solamente tenía razón para Ribies. De los cuatro hijos del héroe, los dos más incapaces de seguirle caen, privados de las muletas de una moral al menos usual, en el incesto, el infanticidio y el cobarde suicidio; los dos otros, que lo comprenden, pero no son lo bastante ellos mismos, el uno mata a su novia traicionando sus esperanzas, y el otro hace el gesto asesino de un Caserío. Todos se engañan. Y Sebastien de Ribies, infinitamente más simpático, más emocionante que Pierre Daspres, cae, lapidado por la muchedumbre.»

Sea cual sea el valor de El crimen de obedecer y de La esfinge roja, no es en esos libros contemporáneos, aun los más potentes, que Han Ryner ha dado toda su medida. Lo que el porvenir, sin duda, retendrá sobre todo de su obra magnífica y diversa, son los pocos libros en los cuales renueva, de manera inesperada, la novela histórica. No busca, como los que le han precedido en este camino a hacer revivir las exterioridades de una época. Lo pintoresco no ha sido nunca su finalidad, ni siquiera como medio, no siendo de ello donde extrae sus efectos más interesantes. Lo que hace revivir —y nadie lo había ensayado antes que él— es el pensamiento de un siglo. A veces inventa a su héroe y crea a ese asombroso Psicodoro, cínico original, pero herético del cinismo, y que marcha, rudo como un Diógenes, en una luz más dulcemente estremeceadora. Más a menudo toma prestados de la historia a sus personajes —pero conscientemente a la historia mal conocida y transformada en leyenda— y restituye más verdaderas que en



ningún libro antiguo o moderno, a las figuras de Jesús, Pitágoras o Epicteto.

«Después de estas obras excelentes y de temas modernos, Han Ryner escribió dos obras admirables: *Le cinquième évangile* (El quinto evangelio) y *Le fils du silence* (El hijo del silencio), evocando dos altas figuras de las viejas épocas, Jesús y Pitágoras, que encarnan, cada una, un aureo enjambre, zumbando alrededor de su gracia potente, la filosofía del que, al trazarlas, merece en lo sucesivo ser saludado como un maestro.

» El Jesús de Han Ryner difiere del Jesús de Renán por más nobleza. Lo que pone Han Ryner en su Jesús, es su propia evolución del ideal de justicia al ideal de sabiduría. El héroe de El quinto evangelio no cede en ningún sentido. Ascende sin descanso hacia las cimas, temblando solamente por el éxito de su tentativa de liberación humana. Se niega a la resistencia como se negaba el héroe de El crimen de obedecer, pero ¡qué otra bondad lo impregna! Se diría que al engrandecerse el libro crece con él. No conozco de nada tan sublime como la agonía de Jesús en la cruz, y su discurso interior «más alto que la montaña», en el momento de dar a su muerte su verdadero sentido: la esperanza de que representará «el gran sacudimiento que retornará a los corazones.»

El Pitágoras de Han Ryner marcha con una gracia más sencilla en la serena belleza de la luz griega. Sin duda porque su época es más lejana y menos conocida, es el libro de lectura menos fácil. Todos pueden leer *El quinto evangelio* con alegría, con emoción y con pensamiento. Nosotros no aconsejamos la lectura de *El hijo del silencio* que a los que ya tienen algún conocimiento de la filosofía helénica. He aquí, en cuanto a este último libro, la apreciación de Poincot:

«El hijo del silencio pareció, a algunos, más nuevo y más profundo aún que El hijo del hombre. Sin embargo, se hace imposible ya el jerarquizar a las producciones literarias de Han Ryner, pues cada

una, después de los *Chrétiens et les Philosophes* (Los Cristianos y los Filósofos), es una obra lograda, llevando en sí una belleza incomparable.

» Asistimos al desarrollo de la sabiduría de Pitágoras como hemos asistido al desarrollo de la sabiduría de Jesús, pero en un marco en donde el autor se ha complacido en hacer resucitar a un tiempo que les es querido, tal vez porque los filósofos estaban en contacto con las multitudes.»

No es solamente, en efecto, una gran figura velada de tinieblas y de leyenda que nos es, aquí, restituida a la luz del día. Se trata de todo un siglo —el sexto antes de nuestra era—, singularmente activo por el pensamiento y las tentativas sociales, que podemos penetrar nosotros hasta sus más íntimas y secretas profundidades.

«Independientemente de su valor moral, el libro suscita una gran curiosidad por sus reconstituciones emocionantes de los misterios antiguos, los del Eleusis notablemente, y por las de ciertas páginas radiantes de aquel entonces helénico, muy poco conocidas, como el canto de Ferecido: «El antro de los siete repliegues», poema rudo y misterioso, en donde vive la rareza de los orígenes, vasto fresco de limpidos símbolos y que renueva y amplifica el poema órfico: «El Cráter». Además, lo mismo que en *El quinto evangelio*, las parábolas inventadas se elevan a la belleza de las parábolas legadas por la tradición. Lo mismo, *El hijo del silencio*, muchos de sus discursos podrían ser firmados por los viejos sabios de Grecia, de Egipto y de Caldea, con quienes Han Ryner pasó su vida intelectual.»

(Continuará.)

HAN RYNER

(Trad. V. MUÑOZ.)

Nota del traductor.—Todo lo subrayado pertenece a Poincot, un crítico francés que no hemos podido encontrar en la última edición de nuestro *Pequeño Larousse Ilustrado*.



# La paz del hombre <sup>(1)</sup>

**E**N su lucha por la paz, Eugen Relgis utiliza con suma eficacia al humanitarismo. El contenido de esta palabra resulta, para no pocos, plato fuerte; porque algunos de sus vitalismos se les aparecen como un producto estéril. Uno de estos merece ser estudiado a fondo: su original punto de vista sobre la Revolución. Véase lo que dice sobre ella, entre otras cosas capitales, en su reciente obra « La paz del hombre (pág. 29) :

« Queremos la paz integral, la paz entre los pueblos, pero también la paz entre las categorías sociales, que tienen un substracto más bien biológico-cerebral y psíquico — en la mayoría de los casos prematura, artificial y forzada — (el subrayado es nuestro), porque estamos contra toda violencia política y contra toda intolerancia moral, espiritual e ideológica. Por eso pensamos incluir al socialismo antiautoritario en un concepto más amplio y que denominamos **humanitarismo**, cuyos principios hemos tratado de exponer en algunos libros publicados entre los años 1922-1926. No es éste el lugar de resumirlos, pero tengo que precisar que el humanitarismo no es una simple noción sentimental, sino una concepción positiva, realista, constituido por diversos elementos biológicos, económicos, técnicos, culturales, etc. El humanitarismo comprende todas las realidades de la vida planetaria de la humanidad, con relación a sus intereses, pero también a sus ideales permanentes y generales. En el seno del humanitarismo, socialismo o individualismo, ciencia y religión sin dogmas, ética y estética pueden armonizarse sobre la base de la libertad y del apoyo mutuo. »

Esta concisa exposición del humanitarismo es lo suficientemente clara para que pueda dar lugar a malos entendidos entre quienes aspiran a una positiva comprensión de las realidades ideológicas. Es una base combativa que converge y se amalgama con las ideas ácratas, enriqueciéndolas de una manera bastante amplia, sin hacerles perder nada de su contenido revolucionario. Es más, el humanitarismo de Relgis, tal como él lo expone y no obstante su aparente afirmación contradictoria: « condenamos también la revolución », es revolucionario en el verdadero sentido del término, pues lo que en el fondo combate es el artificialismo « revolucionario », ya que ninguna acción justificada y recta, puede ser negada, de hecho, por un humanitarismo que no olvida ninguna de las directas ramificaciones « comprende todas las realidades de la vida planetaria de la humanidad ».

Y es que la guerra y la « revolución », salvo raras excepciones, se presentan en la historia como plagas destructoras, incapaces de reconstruir, no obstante las « dialécticas » redentoristas, patrióticas y demás, de que se sirvieron los interesados en

hacer correr ríos de sangre para dejar las cosas igual o peor que estaban, cambiando siempre el privilegio. Y por lo que respecta a la revolución, ha sido siempre « prematura, artificial y forzada », además de desviada, traicionada y vencida en los casos más sublimes, de lo que se desprende que la verdadera revolución está por realizarse. No es solamente Relgis quien lo afirma. En su incomparable obra « Evolución y revolución », Eliseo Reclús, ya dejaba establecido :

« La historia antigua nos cuenta a millares el número de « revolucionarios de palacio », es decir, la substitución de un rey por otro, de un ministro por otro, de un favorito por un consejero o por un nuevo amo... ». Y más adelante agrega aún : « ...luego del combate, se producían revoluciones aparentes : una conspiración de asesinos favorecidos por la suerte, cambiaba el centro del gobierno y modificaba el personal de éste; pero, ¿qué importaba todo esto a los oprimidos? ». (« Evolución y revolución », págs. 11 y 12. ED. F.O.R.A., Buenos Aires, 1961).

En el aspecto revolucionario, al igual que en otros aspectos, la condición humana no ha cambiado. La historia no se repite, pero el progreso es demasiado lento para que no resulte aberrante la pretensión, hoy tan en boga, de que cualquier cambio de amos, cualquier cuartelazo o no importa qué ensoberbecida pandilla aspirante a gobernar, se den el pomposo nombre de revolucionarios, como si una revolución social y humana pudiera fabricarse o multiplicarse como las pompas de jabón. Y sin embargo, no faltan personas ilustradas que creen y declaran ser positivamente revolucionarios ciertos movimientos de cambio de amos o de « un ministro por otro », donde, careciendo sus dirigentes de fuerza moral para abstenerse de vanidades y ambiciones malsanas, se lanzan a la conquista del poder y la riqueza, sin tener para nada en cuenta los ideales ni la vida de las personas. Las revoluciones, cuando lo son de verdad — y esto acontece escasas veces en la historia — estallan y se producen arrolladoramente durante un corto tiempo — destruir no cuesta nada — para después irse desarrollando con esfuerzo y anhelo de vida vigorosa, pero sin llamara demasiado la atención por sí mismas, ya que lo constructivo que activa sin cesar, carece de espacio y tiempo que dedicar a los espectáculos circenses. Por ese hilo se puede sacar el ovillo de la verdad revolucionaria de ciertas guerras modernas, donde los intereses de casta o de partido, pretenden a toda costa hacerlas pasar por revoluciones.

De tal manera que puede afirmarse sin temor, como lo hace Relgis con ese su sentido sintético y creador : « Condenamos la guerra, pero condenamos también la revolución », sin dejar de ser — agregamos nosotros — revolucionarios decididos. Y

es que la revolución es antiguerrera — guerra es igual a esclavitud de vencidos por los vencedores — o no es tal revolución. La naturaleza no produce revoluciones criminales, sus cataclismos son siempre ascendentes y purificadores, van de lo estancado hacia lo liberado, siempre en busca de la dicha en la armonía. Rompe un dique para disolver los gérmenes de las aguas pestilentes. No crea pantanos « revolucionarios », ni de ninguna especie, contra las corrientes puras por tiempo indefinido. Y lo mismo ha de ser entre seres humanos, manifestaciones supremas de la naturaleza : cataclismo social que emponzoñe más de lo que ya está, un ambiente dado, no es revolución, sino retroceso; lo que no rompa la nefasta empresa del Estado y busque la libertad y la justicia, es guerra fratricida. inútil estrago, fatídica, sanguinolenta, jamás revolución, con cuyo significado ningún aspirante a mendamás gubernamental, político, militar o religioso, debería poder permitirse el lujo de ensuciar con sus babas tan maravillosa fuerza de superior creación.

El humanitarismo relgiano, en sus diferentes aspectos, nos muestra los extremos que se tocan, frente a los cuales es necesario plantar la antorcha de la clarividencia y del análisis, si deseamos no ser engañados por nuestros anhelos de llegar rápidamente al conocimiento de la verdad. Coloca a quien comprende la esencia pura de tan importante idea, en condiciones de lograr resultados positivos de su capacidad. No permite el confusionismo de que se hacen eco las mayorías ignaras y cobardes, cuando se dejan arrastrar por los falsos conceptos de sus amos. El humanitarismo llama a la conciencia y al corazón de cada uno y de todos

los seres racionales que pueblan el planeta, para que se dispongan a ser contribuyentes de sus esencias más vírgenes en el cauce natural de la vida que se desliza hacia el mar de la paz constructiva, del bienestar y de la libertad.

Sin raíces profundas en lo más cercano a la naturaleza humana, todo se tergiversa y se transforma en sentido negativo, marchando a pasos de gigante hacia el caos de la guerra en todas sus formas. Y si bien es cierto que ya a estas alturas la guerra ha sido ensayada por mil motivos diferentes, no hay que olvidar que así como tras ciertas libertades se escudan oscuros libertinajes, también ciertas llamadas revoluciones amparan el fratricidio y la esclavitud. Resta saber — y el humanitarismo tiene esa finalidad primordial — si la guerra, al desaparecer por gigantasia « revolucionaria », arrastrará con ella a nuestra especie o bien ésta reaccionará a tiempo de impedir su aniquilamiento en las fauces del monstruo y de superar, poniendo en acción directa todo su contenido vital, la milenaria disyuntiva de su evolución, lo que, en resumidas cuentas, no sería otra cosa que el estallido de una verdadera revolución que arrollase todos los obstáculos que el autoritarismo opone al florecimiento del amor, la justicia, la libertad, la paz y la felicidad humanas.

**COSME PAULES**

(1) Eugen Relgis, « La paz del hombre », 144 pgs. Ed. Humanidad, Montevideo, 1961. (Pedidos : Ediciones Humanidad, Montevideo, Gaboto, 903, ap. 7. O : Buenos Aires, Lavalle, 2862, p. 3, ap. 9.).



# De Don Quijote al Padre Diógenes

ES en 1921, en la rúbrica « Filosofía » de la revista « L'Époque » que Han Ryner señala a los críticos que no la han descubierto, la comparación, que estima esencial, entre **Don Quijote** y su **Padre Diógenes**. Sin embargo, temblaba pensando « que cada lector hiciera una comparación aplastante », cosa que le parecía inevitable.

« El Padre Diógenes está escrito con facilidad aparente que llega hasta imitar el descuido; pero quizá sus descuidos son sus mejores habilidades ».

Tras haber terminado con los críticos, Han Ryner arriesga unas reflexiones teñidas de una sonrisa indulgente y burlona hacia los que se preocupan del arte de componer bien más que del de examinar en psicólogo curioso. Por esto escribe : « Es abordable — el Padre Diógenes — a todos y todos creen comprenderle completamente. He hecho el experimento : divierte a los más simples y a los menos letrados. » No seamos sabios a posteriori. Recuerdo mi primera lectura del **Padre Diógenes**, ya hace más de un cuarto de siglo, y no tengo memoria de haber sentido en aquella época este paralelo.

« Peccos han señalado el parentesco de mi libro con ese Don Quijote que es uno de los cuatro o cinco monumentos humanos. »

Y bien, no fui yo uno de ellos y no me da vergüenza confesarlo. Sin embargo, de Padre Diógenes he guardado muy buenos recuerdos. Recuerdo cuán grande era mi presunción, ya que joven, imaginaba identificarme en algunos aspectos con este personaje que me agradaba más allá de toda esperanza. Me había entusiasmado fuertemente por él al encontrarle, seducido por su manera de ver los problemas de la vida y por su desprendimiento ante algunas contingencias. Sin duda había descubierto bajo sus juegos burlones una filosofía que me seducía. Han Ryner encontraba en mi más razones aún de ser estudiado y amado. Quizá se descubrirían en una correspondencia intercambiada en aquellos tiempos, algunas líneas que le contaban mi estado de ánimo y mis alusiones al encuentro de mi pensamiento íntimo con el Padre Diógenes.

Pero dejemos contar al mismo Han Ryner el maravilloso parecido que ha descrito en su « vertiginosa construcción », en el que dice : « Cuando hace una quincena de años tuve la primer idea del Padre Diógenes, la rechacé, negándome incluso a anotarla, por parecerme venir muy directamente de la obra maestra de Cervantes. No obstante mientras lo descartaba, el proyecto continuó llamándose en mi pensamiento obsesionado el Don Quijote filosófico. »

Han Ryner tenía sus razones para hacerle pensar así, porque el « Padre Diógenes » así como el « Don Quijote » oponen el uno y el otro « una locura individual a la locura universal ».

Es por esto que Han Ryner diserta sobre Don Quijote, y su criterio se junta en el conjunto de todo lo que los espíritus advertidos expresan sobre las intenciones de Cervantes, a saber que no se debe considerar al Caballero de la Triste Figura « como un personaje exclusivamente cómico. »

« ¿Quién es el imbécil que enseña que Cervantes no ha querido más que hacer reír grandes y pequeños? ¿No hubo que esperar varios siglos para discernir « la sinuosa profundidad de sus designios y la calidad de sabiduría distribuida por su loco? » Y Han Ryner de agregar : « El loco que vendía sabiduría, es un título de La Fontaine que he pensado un momento tomar de nuevo y que Cervantes hubiera podido escoger. »

Pero tendría mal gusto en reemprender de nuevo lo escrito por Han Ryner para repetirlo torpemente. Cedamos la palabra al Padre Diógenes, o mejor dicho a Han Ryner hablando de su loco que vendía sabiduría : « Es loco por rehusar de escuchar su corazón. Prueba de impotencia a poner su ser en acuerdo y en equilibrio. Porque hay que sentir y pensar y no hay que pretender asentar su pensamiento privándolo de esta mitad de él mismo. » Han Ryner dirá en otro lugar : « Es quizá menos útil señalar que sólo un loco puede, con la esperanza de iluminar su razón, apagar las luces de su corazón. »

El Padre Diógenes está loco, loco por ser ortodoxo, y su ortodoxia no tiene casi importancia porque « podríamos decir que piensa en subordinado », como otros pretenden imitar a Jesucristo o a Napoleón. « Para que reflexione medio sensatamente, tiene que descubrir entre sus maestros un desacuerdo y que Antistenes le obligue a dudar de Diógenes. »

Han Ryner describe al loco : « cualquiera que haciendo pasado la edad infantil, plantea sus problemas a alguna autoridad en vez de plantárselos a sí mismo. Llamo alienado a quienquiera se aliene. Poco importa por quién y por qué se ha alienado. »

Para Han Ryner el Padre Diógenes está loco porque quiere ser apostólico. Ignora la indispensable virtud que los estoicos denominan discreción. Y no lo son únicamente los cínicos, lo son todos los militantes de todas las religiones, de todos los partidos, de todas las afirmaciones y de todas las negaciones que se convierten en instrumentos de propaganda que fuerzan el tono con la absurda esperanza de conducir a los demás hacia la nota justa; los que con su desharmonía medio voluntaria imaginan construir armonías extranjeras. »

Y es entonces cuando Han Ryner precisa qué es lo que ha querido significar en la acción de su Padre Diógenes, el cual se deja manejar por viejos gestos de Crates. El Padre Diógenes no tiene por designios el combatir ciertas acciones sociales o anti-sociales. Ha querido, quizá, combatir el aposto-

lado, todos los apostolados. « Que lo logre o no aquél que se aplique a impresionar al prójimo se falsea a sí mismo », y continúa : « El verdadero individualista desprecia, tanto como mi héroe, a todos los lacayos.

Queda por meditar el artificio « genial » del Don Quijote, a reemprender los diálogos con reflejos risueños o serios, en los que Cervantes nos pinta a los hombres reflejándose en un espejo cóncavo o convexo, según las perfectas palabras del caballero o las imperfecciones de Sancho, incapaz de pensar. Pero los dos imponen sus observaciones en unas conversaciones de proporciones relativas. Gloria a Cervantes de haberles imaginado tales; su contraste es indispensable a la perfección.

Con qué acierto y seguridad de imaginación Han Ryner aborda la explicación de su Diógenes, « tema literalmente peligroso o por mejor decir desesperado. » Doce años de meditación que le costó su desobediencia a la repugnancia del tema imposible, han impuesta el tema útil. No es que no haya reflexionado a la manera de presentar las críticas sociales, pero la elección le permitió este crecimiento y este relieve. Escribe : « Hacerlas decir por un personaje... visiblemente indiscreto, me parecía un divertido y paradójico ejercicio de discreción estoica. »

Y de hecho, ¿quién es el Padre Diógenes de Han Ryner ?

Profesor de universidad original que renuncia a todo para « identificarse » mejor con los cínicos que domina Platón.

Diógenes vestido de su sayal, Diógenes con su bastón de encina, se va por los caminos mendigando y predicando el evangelio de la naturaleza; se encuentra enfrentado con gendarmes, jueces y toda la retahíla de perros de guardia de los regímenes de autoridad, del orden y de la injusticia. Pero Diógenes busca un hombre y para encontrarlo preconiza una acción directa : atacarse a los pilares de esta sociedad demente : academia, iglesia, cámara de diputados. Será encerrado como loco. Pero le resulta simpático al director del asilo y le libera. Nuestro Diógenes terminará su carrera de « bonachón » en su jardín como un Cándido que se ha encontrado a sí mismo.

Han Ryner reconoce, no sin malicia, que su libro « podía encender como un faro entre el abismo banal de Caribdis y el escollo de Escilo, entre la locura de la acción gregaria y la locura de la acción individual. »

Pero tendríamos que proseguir con la magnífica exposición de Han Ryner en la revista « L'Époque », así como también con aquélla, que es una respuesta a la crítica elogiosa del « Padre Diógenes », de Georges Armand Masson (1) : « Las contradicciones armoniosas » o « Individualismo y apostolado », para calibrar perfectamente la locura mezclada de equilibrio del Padre Diógenes.

« Hacerle contradictorio como la misma vida no era suficiente para poner en mi Padre Diógenes el

grano de locura que algunos, demasiado fraternales, no quieren apercibir. He tenido que hacer de él el militante de una fórmula, el representante de una idea fija, el apóstol de una ortodoxia. Era necesario que su apostolado lo convirtiera en hombre que desentona con la esperanza absurda de atraer a los demás hacia la nota justa. »

Han Ryner no puede aceptar ni el elogio ni el reproche de ser el Padre Diógenes. « Es él, no yo, quien desentona. Lo presento en libertad un poco para que se le entienda otro poco para que nos deos cuenta de los inconvenientes de su prédica. »

Han Ryner rechaza el apostolado porque « deformando mis gestos y mis palabras ejercería lentamente sobre mi pensamiento una influencia nefasta. Mi egoísmo es singularmente altruista y rechazo también el apostolado por apasionadas razones apostólicas. El verdadero individualista — más delicadamente apóstol, si se quiere — evita este resultado nefasto. No hace hombres porque los hombres no se hacen desde fuera. Hace un hombre. Pensamiento que irradia una acción; acción que precisa un pensamiento. » Han Ryner concluye : « Si quieres dirigirte hacia las mismas cumbres, tu sendero será quizá contiguo al mío, pero no podrá ser el mismo para los dos a menos que tu seas imitación o nulidad. »

Hace más de treinta años publiqué en diversas revistas una reseña de « El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes », visto por Han Ryner. He aquí lo esencial de aquel estudio.

Su héroe, alternativamente enamorado, bohemio, soldado, cautivo, perseguido por la justicia, permitía, a los labios sardónicos del « Padre Diógenes », pronunciar pensamientos corrosivos que, si no pueden satisfacer ni complacer a los potentados de este mundo, no dejan de guardar un delicioso sabor.

Con profundo amor Han Ryner se ha inclinado hacia su héroe para escrutarle y analizar su vida pobre, pero siempre digna, pese a tanta fealdad e ignorancia, y uno de los aspectos verdaderamente atrayentes del libro es el de descubrir el « Ingenioso Hidalgo » enamorado de las cosas bellas, él, ese incomprendido, ese desconocido, ese escarnecido, ese ser de aspecto orgulloso y noble, libre pese a ciertas apariencias dentro de una atmósfera inquisitorial.

La senrisa ingenua de su Don Quijote no es por eso menos fuerte y cuando llegue la hora barrerá impetuosamente las pestilencias que obstruyen el camino; todo le parecerá ligero, « monjes, inquisidores, pequeños y grandes de este mundo, baja de los reyes, embustes de los pontífices », pero el derrumbamiento del pasado ¿hará surgir la promesa del porvenir y será mejor que el presente » Disminuirá jamás la locura humana? » « El catolicismo ha acumulado demasiados delitos para no reventar un día aplastado por el peso de sus ignominias, ¿serán mejor los pueblos que los reyes? »

Queríamos transcribir las improvisaciones de Cervantes con los bohemios sobre la libertad, porque « no hay entre ellos ningún familiar del Santo Oficio ni ningún católico que ame a su prójimo hasta hacerle quemar. Nobles bohemios que cantáis en las prisiones y os calláis en la tortura ¿sa-

(1) Cahiers Idealistes, octubre 1921. Reproducido en Cahiers des Amis de Han Ryner, núm. 55, 4º trimestre 1959).

béis ser mártires y no confesores », escribe Han Ryner. Comprendemos toda la ironía que pone en esta frase.

« Escucho siempre con respeto a quien no puedo acusar de hablar para su propia gloria : obispo que predica la pobreza, cura que ensalza la limosna, capuchino que recomienda la castidad. »

Recuerdo haber leído que se le reprochaba a Han Ryner el haber desatendido el escenario de su « Ingenioso Hidalgo », el no haber pintado a España bajo Felipe II, porque según algunos, sin los colores de su tiempo y lugar, Cervantes resulta inexplicable.

Para quien ha penetrado en el pensamiento de nuestro escritor, este descuido voluntario viene de su filosofía misma; Han Ryner no es objetivista, sino al contrario, subjetivista, y entonces ¿por qué nuestro filósofo ha de pararse en las « cosas » cuando lo que le preocupa son las « almas » ?

Sus confesiones de soldado que por tedio a la guerra se ha marchado del ejército, porque « la belleza del valor no es suficiente para ocultar la innoble fealdad de la crueldad », parecen repletas de reticencias deseadas, que Han Ryner no ha dejado de poner en evidencia.

Se revela aquí una prudencia bien necesaria en aquellos tiempos inquisitoriales y se desprende mejor su Hidalgo, que piensa antes en los suyos que en sí mismo, y quiere resguardar a su mujer y a su hermana de las crueldades de la Inquisición. Esta no es muy hábil para descubrir las ironías, por eso se arriesga a escribir : « La religión nos enseña muy solemnes necedades para no admitir fácilmente la ingenua buena fe de quien expresa una tontería piadosa. Empero es prudente no corroborar demasiado » y sin duda sus ojos debían chispear de malicia relejendo las últimas páginas de su manuscrito, « porque es la doble facultad de la fe quien nos hace afirmar lo invisible y negar lo que vemos ».

Poco católico para matar este perseguido mediante la justicia, que la dureza de los propietarios había condenado a tres mudanzas, no sin haberle

previamente despojado de una parte de sus míseros muebles, nuestro héroe se consuela riendo porque no se conseguirá vencer la eterna locura humana « ni mediante la espada ni por el martirio, sino quizás por la sonrisa », porque « el pensamiento del poeta parábase un instante en los esfuerzos de Lutero y otros extranjeros para desembarazar al cristianismo de sus manchas más recientes, y hacerle volver a su simple nobleza antigua. Sonreía a la ferviente tentativa pero pronto sacudía la cabeza, alzaba los hombros y murmuraba : « ¡Rejuvenecer! » Lo mejor que podemos esperar es que veamos desgarrarse en la caldera al viejo malhechor, cuyas carnes no se adherirán más entre sí. Y además, ¿cuánto tiempo serían sinceros los reformadores? ¿Cuántos años serían necesarios para verlos semejantes a los sacerdotes y volverse explotadores y embusteros, y también perseguidos de todo lo que podría mermar su poderío, a la par que conducirían hacia el abismo cada día más profundo de su avidez la oleada de las riquezas ingenuas? »

Aquí, como en toda su obra, aparece la enseñanza de Han Ryner, tendente a la realización de cada uno según la vieja fórmula de Sócrates : « Conócete a ti mismo ». No se aprende nada más que de sí mismo y de las circunstancias de nuestra vida; la experiencia directa es verdaderamente educativa; esto es lo que hace responder Han Ryner por su Cervantes a un joven poeta venido a turbar su retiro aportando toda su admiración al príncipe de los escritores españoles, y deseoso de oír de sus propios labios algún sabio y preciado consejo. « Cada uno debe avanzar por sí mismo. El tesoro que no ha costado ningún esfuerzo ¿qué valor puede contener? Busca y encontrarás. Encontrarás según la fuerza de tu espíritu y según la nobleza de tus sentimientos. »

Enseñar el alma de un ser humano « más mártir que los mártires », el cual bajo muecas voluntarias, bajo una leyenda deformada no ha dejado de ser eternamente grande y noble, porque « la mentira con que se apacigua a los locos, no es una mentira. Y si ésta impide a los locos hacer mal a los pobres seres sin defensa, es, al contrario, el más noble de los deberes. »

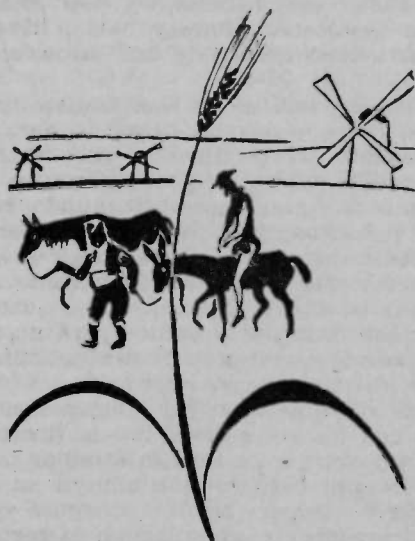
Esta fue la tarea de Han Ryner. ¿Qué puede, pues, el escenario si es el personaje quien perdura? Desde luego es un Cervantes bien « rynerano » el que leemos con deleite y amor, que así es de atractivo este « Ingenioso Hidalgo », escrito con notable estilo y del que desbordan meditaciones encantadoras y maravillosas.

#### HEM DAY

N. B. — Este personaje de Han Ryner me ha interesado verdaderamente y en diversas conferencias pronunciadas acá y allá, he intentado presentar este genio que he marcado con el sello de la libertad.

« Cervantès, genie de la liberté », será seguramente publicado en los « Cahiers de Pensée et Action ».

(Trad. de S. ROYO.)



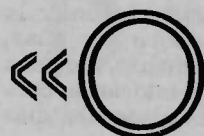
# LA VIDA Y LOS LIBROS

«ENCRUCIJADAS», por BOTELLA PASTOR.

«Huimos por salvar algo más que la vida.»

B. P.

(CONTINUACION.)



DIE la iniquidad y amé la justicia. Por eso muero en el destierro.» Frase cuya propiedad puede atribuirse a todos cuantos españoles pasamos la frontera el año 1939 y nos hemos mantenido firmes en nuestros propósitos de no colaboración con el asesino, vista hongo, mitra o kepi, se presente o no con corona real en la cabeza o sentado en imposibles arrepentimientos. ¿Qué significa algunos arrepentimientos? ¿Qué reflejan algunos reconocimientos? La historia nos lo dirá.

Botella toca con el dedo la llaga española. No la de ahora, sino la que tanto mal ha hecho siempre. Debido a una tradicional discontinuidad entre generación y generación, en España se han registrado fenómenos sociales y políticos escandalosos y negativos.

Como botón de muestra y ejemplos característicos de todos los tiempos tenemos la inquisición y los Fueros. Por oponerse al papado, el español por ser racionalista, por no comulgar con ruedas de molino se vio martirizado por el clero, que inventó la inquisición y multiplicó las hogueras contra la herejía. Fue en España en donde más estragos hizo tan triste institución y, sin embargo, los españoles son el grupo étnico que más incienso ha respirado, que más agua bendita ha utilizado, que más palios, alabastros, yesos, piedras y leños ha adorado. ¿Por qué? Por su falta de perseverancia.

Sus Fueros equivalen a primicias de regímenes constitucionales, datan dichos Fueros de muy remotos tiempos; sin embargo, a pesar de ser el español el primer aficionado a las constituciones, es España el país que menos constitucionalmente ha vivido, que más ha dejado hacer a la tiranía de un individuo o de una casta, que más pronto se ha sometido al mal, a la maldad política. ¿Por qué? Porque al español le falta tenacidad para defender sus ideales, porque el español es tan bueno que en cuanto una mona se le viste de seda, ve a la seda, no a la mona. La audiencia que el exilio concede a ciertos de los muy responsables de la degollina de 1936 no es más que otra prueba fehaciente de que la historia no se repite «es que sigue siendo la misma».

Por eso el libro de Botella es muy actual y oportuno, por eso hemos de reproducir algunos de los acontecimientos que él recuerda a los olvidadizos: «También se habla de Guernica y de García Lorca, de crueldades sin fin y de sangre a borbotones...» Eso es, un millón de muertos, la mordaza, dos mi-

llones de aspirantes a la fosa común, y aquí paz y después gloria...»

Ante un falangista que se presenta haciendo propaganda para la reconciliación «con todos los que no tienen las manos manchadas», el refugiado replica: «Tendría que alargárselas a muchos que sí las tienen...» Y así las páginas 68 a 70 en breves frases, pero patéticas, el autor hace dialogar al falangista que quiere que todos volvamos a España «como única salvación» y los desterrados que lo rechazan dignificándose en el destierro como única posibilidad de marcar su protesta: «Vivimos en mundos distintos. El diálogo es imposible.»

Que son dos mundos antagónicos, nos lo dice Unamuno, nos lo dijo cuando replicó al avechuelo de Millán Astray. Dialogar con el asesino es animarlo para que continúe sus fechorías... «que Dios ayuda a los malos cuando son más que los buenos...».

He ahí. El problema español no es un problema de una constitución mejor o peor, de unos puntos más o menos acertados, de un dictamen o de un discurso más medido o comedido. Es un problema de fuerza. Lo demás, sin ésta, son pamplinas.

Sé y sabe Botella que este tema durará tanto como el exilio, y más. Sabemos todos que... si es verdad o es mentira depende del cristal con que... O como se lee en «Encrucijadas»: «Las opiniones en conflicto se inspiran muchas veces en intereses legítimos, y para cada hombre los suyos son tan respetables como los de cualquier otro.»

Aspecto correcto que tantas veces el español pierde de vista. ¡Intolerante!, ¡fanático!, te oyes gritar por tus propios correligionarios cuando te atreves a mantener una posición consecuente frente al fascismo y sus disfraces. Llegan incluso a asimilarte al bolchevismo del período bochornoso en que los bolcheviques no tenían más Dios que José Stalin. ¡Vendidos!, ¡traidores!, replican los insultados hacia los que piensan que la sonrisa puede ganar lo que perdióse por la fuerza de las cosas. Y así se llega al desconcierto de la familia desterrada, por conjugarse y converger en ella la ceguera y la impotencia.

Por ceguera e impotencia el Gobierno republicano ofreció a Mola el ministerio de la Guerra. Por ceguera e impotencia, ya en guerra, el Gobierno se negó a emplear el oro para la adquisición de armas. Por ceguera e impotencia aparecieron los trece puntos de Negrín. Por pusilanimidad e infantilismo en plena guerra el Gobierno decide desprenderse de las Brigadas de voluntarios que de las demás naciones llegaron a España. Por ídem de ídem, se creyó que lo que no hicieron millones de combatientes, podría hacerlo en 1945 el muy infeliz Gobierno Giral. Por ídem de ídem surgen a diario otras cosas, con éstas las consabidas ilusiones y acto seguido las desilusiones.

El estado demencial y apasionado que a veces se

respira no tiene diferente origen. ¿Todo por qué? Por falta de lucidez política primera y porque son pocos, muy pocos, los que pisan firme, ven claro y calculan justo.

A veces Botella hace razonar a sus refugiados cual si se tratase de verdaderos enfermos: «Tú tocas y cantas cosas tristes... Luego te sientes mejor.» Y... así, fuere por lo que fuere, sin necesidad de distribuir culpas ni buscar culpables, unos por otros, todos «Servimos de ceiba e ese feroz Saturno de Goya».

¿Se pudo ganar la guerra? No importa, el caso es que se ha perdido. Se perdía una batalla y con ella un trozo de terreno que la «moral del día» exigía se camuflase diciendo que era una «retirada estratégica». ¿Qué es lo que no podría decirse con palabras? Guadalajara, Brunete, Belchite, Teruel, el Ebro, etc., toda una cadena de «retiradas estratégicas». Algunas genuflexiones de hoy también van revestidas de la misma estrategia. Pero aquí no interviene el factor hombre, sino «el factor político». Hoy el hombre es cualquier cosa menos hombre. En el mercado común, por ejemplo, el hombre es «factor de producción y de consumo». Los hay que hasta en lo social quieren reducirlo a ente sin condición innata, peculiar. Y Botella rozando el tema, concluye: «La humanidad se deshumaniza». O, en otro terreno, «las democracias no han llegado aún al fondo de su cobardía». Las democracias son los demócratas. ¿No hay de éstos quienes ponen en igualdad de condiciones la actitud de las dos Españas enfrentadas, diciendo el «y nosotros ¿qué hicimos? Pues sí, los hay. ¡Oh, Espartaco! ¡Cómo manchan tu nombre los que se dicen herederos tuyos!»

Pasa en revista las batallas y menciona la huida. Desterrarse y huir son sinónimos. Mas, dice el autor, «huimos por salvar algo más que la vida». Razón tan olvidada. Entra en juego el hombre muy por encima de su circunstancia, todo y admitiendo, como dice Ortega, que somos uno y otra.

¿Sueños, realidad? ¡Vete a saber! Diremos como la judía del barco: «Mi realidad es haber visto a la Gestapo sacando a rastras de casa a mi padre y hermano... desapareciendo sin dejar rastro.»

Realidad parecida a la de muchos españoles que recuerdan sus meses de celda condenados a muerte y obligados a cantar el fatídico y criminal «Cara al

Sol»... para, logrado el destierro, verse tratados de intolerantes, de fanáticos, de no sé cuantas cosas más, si fruncen el cejo cuando se les recuerda dicho himno.

¡Ingratitud humana! Bien dice «el Málaga» que vale más «Cuidarse de burro, mula y animal amaestrado, porque son más agradecidos que lo hombre...»

En fin, Botella habla del «Vita» y de su misión, de la República, de los principios sociales, del papel que juega el rencor, de la necesidad de libertad, del infierno, de la juventud. Todo con gracia y con sustancia; refiere que las ciudades des destierro español son Toulouse, Colliure, Prades... Residencias populares: los campos de concentración, «Rumor la vida toda, rumor del viento rasgado en las púas, rumor de la muchedumbre, coro inmenso de pena interior y quejas distintas. Las horas e ideas se confunden en un caos de albas y ocasos cada vez más alejados del buen amanecer.»

Hay quien desespera y lo mismo se agarra a la corona de Juan que al orinal de Dionisio. Para éstos también «Encrucijadas» dice: «Vuestro desesperar tiene mucho de egoísmo. La humanidad no empezó cuando vosotros nacisteis ni terminará con vuestra muerte. Nosotros somos mucho de nuestros padres y no poco de nuestros hijos.

A veces se nos pide el no ser nosotros... como si fuera posible el adaptarse a no ser tú. Por momentos, ni aun «el consuelo de la noble amistad nacida en la desgracia» queda ya.

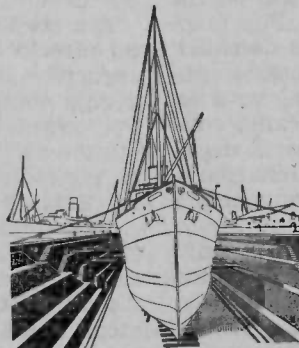
Y la triple lección que Botella nos da con su libro fortalece al individuo, al hombre de Stirner, a ese hombre que sin ser asociado, tía mas en si mismo que en los demás y en carrera hacia el futuro consecuente y segura alcanza al poeta para decir juntos:

No busques nada fuera de ti mismo,  
todo en tu propio corazón lo tienes.

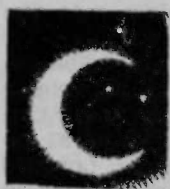
Y... concluimos nosotros, poniendo el tuyo por delante, a una suma de razones hay que ir.  
Esa es nuestra esperanza.

M. CELMA

N. B.—«Encrucijadas» se vende en todos nuestros servicios de librería.







# El universo de Alaiz

## IV

**D**ETALLES y color aparte, en el fondo la historia no es que se repita, es que siempre es la misma. La «memoria corta» que un hombre de Estado atribuyó a los franceses no es propiedad exclusivamente gala. También los españoles adolecemos de la misma enfermedad. Y lo extraordinario del español es que siendo un indiscutible humorista, se regocije tanto en la tragedia cuando ambos estados anímicos son incompatibles. Viendo cómo de la última tragedia española surgen cosas de tanta comicidad cual las que se ven hoy día (Munich con amigos enemistados, con enemigos reconciliados, con el lazo de la ambición, el deslumbramiento o la inocencia que a todos arramalo, etc.), el extranjero nos mira con sorpresa, e incrédulo se pregunta: ¿Pero? y tras una pausa, estupefacto y con cierto retintín, concluye: ¡Cuán voluble eres, qué inconstante!

Alaiz vio siempre en los besuqueos políticos el signo de la decadencia. Y no es que fuese rutinario en nada; menos aún en materia revolucionaria, en la cual, aunque parezca contrasentido, también hay rutina. Hasta negaba que el fundamento revolucionario tuviese «táctica» establecida. Se negaría a sí mismo, decía. «La tierra agrietada por una explosión revolucionaria podría ser maternal. ¡Vivan las grietas!»

Nos pasamos la vida, decía, desafiando a todo el mundo. Y esto, que no tiene ninguna virtud, que acaso sólo tiene una: la cara de serios que ponemos cuando hablamos, tendría más trascendencia si consiguiésemos reducir a mitad la jornada hablada, y quintuplicásemos la tenacidad, la perseverancia.

Políticamente, lo consecuente y recto no se encuentra más que en el ruido. Destino nunca rectificado: «la bullanga».

La mayoría de los políticos regionalistas no buscaban más que obtener categoría nacional, para su cartera unos, para su fajín otros.

Hasta la poesía, dice, era en muchos hombres un instrumento político.

De Campoamor, por ejemplo, dirá: «Para él lo interesante era ser gobernador. Las doloras fueron su credencial.» La misma cualidad atribuye a «El tren expreso», «El que diga de un bando de Campoamor, ¡Admirable ejecutoria poética!, dirá una gran mentira.»

Pero Alaiz goza inmensamente cuando de los poetas puede referir conceptos sociales que revolucionan las costumbres, aun sin proponérselo, a veces, los mismos autores. Ahí está, como muestra, lo vistoso que coloca la idea que, sobre el honor, expresa Bartrina:

¿Un hombre del siglo ignora  
lo grande que es el honor?  
pues yo se lo probaré,  
verá usted:  
Si se atreve un periodista  
a decir en su diario  
que fue un tiempo presidario  
quien hoy es capitalista,  
tal vez será un error  
si el aludido en tal trance,  
da muerte al otro en un lance  
llamado lance de honor.

La voz del caudillo escucha,  
y, en el fragor del combate,  
no hay quien no muera o no mate,  
aun sin saber por qué lucha.  
No le da al caudillo horror  
de aquella gente la suerte  
y da a aquel campo de muerte  
nombre de campo de honor.

Cánovas fue un monstruo, Canalejas otro, Dato y todos los que les han seguido en matanzas de trabajadores, idem. Cuando estos mueren, para el cronista — mercenario de la mercantilizada sociedad — ha ocurrido una desgracia. Con parcialidad manifiesta se acusará al que a justicia sea éste resbalón, hombre o microbio.

Para los que confunden belicismo profesional y violencia revolucionaria, la dignidad del hombre con la petulante fanfarronada, Alaiz ofrece Espronceda, que también confunde una y otra. Para ello pone frente a frente «Oda al 2 de mayo», que Alaiz llama «ripio de vulgaridades y festival cuartelero» y «La canción del pirata», en donde «se deja sentir la libertad como necesidad vital. «Y si caigo, ¿qué es la vida? Por perdida ya la di cuando el yugo del esclavo como un bravo sacudí...»

Estudiando el carácter, dice que el clima es lo que más influye. Ves y visita en tiempo de bonanza. Esta resta a todos irascibilidad. Otra de las influencias a las que no escapa el carácter es la provocación. Así le ocurre a Amadeo, «carácter acre». Y Alaiz agrega: «Los hombres contrariados por la falsedad del ambiente, han de pasar por la desgracia de tener que protestar demasiadas veces y sus opiniones se producen con acritud, mediante la estolidez de los días.»

En Feliciano estudia también el carácter, es decir, Feliciano es prenda anatómica del carácter.

En fin, quien quiera conocerse a sí mismo, que estudie a Quinet, Amadeo, Lecina y Feliciano, personajes de «Quinet».

Para hundir la acritud de carácter no hay más

que el humor sabroso. Entre los más recomendados por Alaiz se encuentra toda la obra de Ramón de la Cruz y, en particular, el humor que se vive en «la casa de Tócame-Roque» y «El Muñuelo». Ya dijimos que en su selección Arniches tenía plaza privilegiada.

Ramón de la Cruz tiene personajes que merecerían más popularidad. Su casticismo es tal que debería ocupar primer orden en las leyendas y dichos españoles. «La Pintosilla», por ejemplo, es todo humor y alegría:

«Al aire de mis fuelles  
y al de mi garbo,  
el mayor edificio  
se viene abajo.  
Ninguna campa donde yo campo.»

Como Pintosilla sólo hubo un Castelar. Aquella distinguida por su garbo, éste por su oratoria. Muerto Castelar, en España se acabaron los oradores, nos dice. «Vázquez Mella fue un latiguillo, Maura un petulante. Un tartamudo era preferible a Melquiades Alvarez. Genio oratorio es reconocido en Goicoechea y en Alcalá Zamora.» Pero, agrega, lo hacían de tal forma que sus discursos no son buenos más que para los que se hondulan el cabello. De Castelar dice: «De nacer en Francia, hubiera sido Castelar uno de esos socialistas millonarios que tienen un castillo histórico, que dan banquetes para presumir de millonarios y pronuncian discursos para presumir de socialistas.»

Sin embargo, de Cánovas dice que «sus versos le valieron de recomendación para ser ferroviario. «Angiolillo era más inteligente. Para él como para Pons Humbert, Cánovas era un monstruo.»

Receloso de todos los gobernantes, rancios o en hierba, su reacción no pasaba de eso: del recelo. Para catalogarlos aguardaba a hechos directos e indesmentibles. En algunos casos llegaba incluso a profesar cierta estima. Del recelo hacía una cosa íntima. Así le ocurrió con, por ejemplo, Castrovido. Un mal día éste votó las deportaciones a Fernando Poo. Primera carta credencial para resbalar hacia los monstruos.

Rojas, y con él su «La Celestina», ha tenido en Alaiz un gran admirador. Rival en admiración del infatigable y culto J. M. Puyol.

Inseparables como son de la clase media muchos de los personajes que él examina, Alaiz nos conduce, sin caer en la facilidad de la generalización, de las entrañas del fulano a los pormenores del medio social burgués. Hundida la aristocracia, era indispensable otro monumento de mentiras: la burguesía, la clase media; «los condes se arruinaban y los jesuitas llamaban a la clase sucedánea, formada por una burguesía rapaz». ¿De qué materiales estaba compuesta ésta?: «de usureros, compradores de bienes nacionales, empresarios de naciendo obras públicas, banqueros y comerciantes, cuya consorte soñaba con los jesuitas como si fueran unos ideales maestros de ceremonial y doctores en etiqueta mundana». «Materiales que ya tenían un piano con teclas quejumbrosas.»

En la «opinión pública» no había plaza más que para la de la clase media.

La humanidad no estaba dividida, sin embargo, en individuos sin defensa ni intentos de defenderse y clase media dominante. De vez en cuando surgían agrupaciones tendentes a ejercer presión moral sobre ésta en favor de aquéllos. Así aparece, burgués y todo, el Club de los Numantinos. Otras veces se presentan bajo el nombre de Academias, Ateneos, etcétera. Algunos conceptos contradictorios en los nombres de letras y poetas se explican cuando se sabe qué orbita giraban. Las contradicciones de Espronceda, y es un ejemplo, aparecen al ritmo de las influencias que sufre: «La primera, del poeta Alberto Lista; segunda, la Academia del Mirto; tercera, el Club de los Numantinos; cuarta, la cárcel-convento de Guadalajara.»

Paralelamente a esas contradicciones de los hombres cultos, y a ese liberalismo sin raíz de la clase media, pululaban, en la política de las naciones, militares como Prim, pongamos por caso, que «pasando por gran liberal» —o quizá por eso, decimos nosotros—, se permitió en 1847 decretar en Puerto Rico su famoso Código Negro «azote de esclavos que se permitían la libertad de no querer serlo».

Hoy la política es riquísima en acontecimientos con participación de militares. Lo ha sido siempre España. ¿No tenemos a Cabanellas, general «izquierdista», convertirse de la tarde a la mañana en primer presidente de la muy triste y sanguiinolenta Junta Facciosa de Burgos? Y, si de fronteras afuera vamos... colorín colorado.

La cuarta carta era jugada por el clero. No por ser cuarta la menos inteligente. La carta del granuja. En el mundo religioso distingue dos comunidades distintas: la del cura de aldea y la del alto clero. «Cuando un herrero no quería trabajar en la fragua, aprendía dos cuartos de latín y se hacía clérigo, dejando pompas y vanidades en la herrería para consagrarse a la divinidad, confesando dueñas lozanas que no hubiera topado ciertamente en la fragua.»

A veces, el complejo de inferioridad que resentía el párroco frente al médico provocaba en el primero «más deseos de abrazarle y confesarse que de confesarle». Que hasta ahí llega la virtud de la inteligencia cuando está en posesión de dos hombres honrados, aun en la equivocación.

Cuando el cura no es tonto y se niega a ser granuja, se hace cazador; al celebrar la misa piensa más en las liebres y perdices que en la Pasión y el Gólgota.

Si el cura es inteligente, hace como hizo el padre Coloma: «Vivió en vilo entre amores y amoríos, escribió novelas y ensayos históricos y murió con aureola velada, no se sabe si de santo o de diablo.»

Tontaina o despierto, cada uno se aplica aquella fábula de Samaniego:

«Y contesta el can:  
¿Acaso no soy yo lo que es un conde?  
Para no trabajar debo al destino  
haber nacido perro y no pollino.»

El mundo extraordinario y repleto de fenómenos;

Versiones

por DENIS

# El muerto

**E**RASE un muerto que hacía mucho tiempo que se había muerto, y al que, en todo el tiempo que hacía que se había muerto, nada digno de mencionar le había sucedido. Era el caso de todos sus compañeros. La vida de los muertos es una vida sosegada, tranquila, sin sobresaltos. Duermen, tanto como quieren, charlan con los vecinos, sin cólera ni amargura, pasean y van, cada día, a saber noticias del mundo por los que llegan.

Este entretenimiento es el que más le excita. A veces, rara delicia, hasta perder la tranquilidad y el sosiego. No porque las cosas que cuentan los recién llegados les admiren, sino porque les ponen en la más extraordinaria confusión. Casi todos han muerto en la creencia de que el mundo tenía remedio. Piensan, oyendo a los que llegan, haberse engañado. El mundo, si se interpretan bien los relatos de éstos, está cada vez más lejos de una salida cualquiera hacia algo soportable.

Cuando los muertos recientes, con ánimo de asombrarles, le hablan de los adelantos inimaginables

queda completado analizando el combate que contra la carne libra Teresa de Jesús, y Alaiz nos aconseja leer, además de las obras de esta monja, «Paralelo entre Safo y Teresa de Jesús», que tan magistralmente escribiera la valiente poetisa Carolina Coronado.

Frente al conde y al cura, «que para no trabajar deben al destino...», etc., frente a Fernando VII, frente a la impotencia en que murió Mariana Pineda y a la comezón por la que se moría Teresa de Jesús, ¿qué ofrecen los inconformistas?: las Cortes de Cádiz; bello canto... «De codornices como eran los diputados de aquellas Cortes.»

De tinte distinto era el gran Joaquín Costa. «Costa parece a ratos un investigador escandinavo, a ratos un ingeniero forestal alemán, y a ratos un internacionalista. Pocas veces parece español.»

Y cuando Alaiz dice del más español de nuestros sociólogos que «pocas veces parece español», significa que así es por la originalidad que preside el pensamiento y la obra del hijo de Graus, yendo a lo vivo de los problemas españoles, contrastando con la cursilería, puerilidad e inconsistencia de los «fabricantes de textos» políticos, religiosos o simplemente literarios, «nacidos perros para no trabajar», según el conde de Samaniego.

«¡Feroz antagonismo español! Por un lado la sabiduría excepcional de Costa; por otro, la incultura absolutista de sus afines en estoicismo.»

«Sólo podemos simpatizar con lo sustantivo de la obra de Costa, primer polígrafo de España, los adversarios de la política.»

(Continuará.)

M. C.

que se han hecho en los últimos tiempos, sonrien. El hombre no es sólo el único animal que rie, sino también el único animal risible.

Algunas veces la sonrisa se transforma en risa franca. Eso de que los muertos recién llegados crean, a pie juntillas, que los hombres progresan porque inventan cada día nuevos juguetes con los que luego se matan, provoca verdaderas tempestades de hilaridad entre los muertos antiguos.

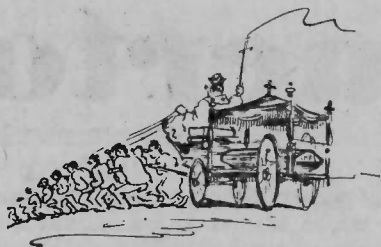
Sucede frecuentemente que las cosas que cuentan los muertos nuevos son tan increíbles, que la confusión de los muertos viejos pasa a ser tormento. Afortunadamente, por pocos instantes. A los muertos les es fácil olvidar. Como a los vivos. Lo mismo en los muertos que en los vivos, el olvido es fuente de vida.

El diálogo entre los muertos viejos y los muertos nuevos es cada vez más difícil. Antes, a un siglo de distancia, unos y otros hablaban, en el mismo lenguaje, del mismo modo. Ahora, pocos años de intervalo bastan para que apenas se entiendan. Hablan los que llegan otra lengua, y parecen llegados de otro mundo. Los muertos viejos saben que no es así. Saben que los muertos nuevos llegan del mismo mundo que ellos dejaron, que no se ha transformado, aunque es distinto, que sólo ha cambiado, por decirlo así, de traje.

No sienten los muertos viejos la nostalgia de la vida. La muerte es absurda, pero la vida lo era más. Basta escuchar a los que llegan para percibir que la absurdidad de la vida no ha disminuido. Todo en ella es correr tras las cosas, que sólo son apetecibles cuando no se tienen. Lo terrible de la muerte es que con ella se tiene aquello tras lo que se ha corrido: la tranquilidad, el sosiego. Frutos podridos. No hay mayor desdicha que poseer lo que se desea.

Los muertos recientes llegan todavía con el gusto de la vida en los labios. Quieren las cosas, los pocrecillos. Aún no han sentido bastante su sabor de ceniza. Por eso se extienden en cantos ditirámicos de sus conquistas. «Hemos hecho esto y esto — dicen— y estábamos a punto de hacer esto y lo otro». Y cuando los muertos viejos les preguntan, con su habitual sonrisa, que se torna aquí un poco misericordiosa: ¿Para qué?, explican para qué, pero sus explicaciones no tienen sentido.

El que más preguntaba: ¿Para qué?, era el muerto de esta historia — los muertos tienen también historia —, que era un muerto desdichado en su tranquilidad y su sosiego. No habría dado ni un paso para volver a la vida — ¿para qué? —, pero eso de haber llegado al fin de todo y ver que el final de todo era eso: el final de todo, le desesperaba. Hubiera querido, sin vivir, puesto que la vida no habría sido una sorpresa, aspirar a algo, no para alcanzarlo y descubrir su fealdad; a algo que no



se pudiera alcanzar jamás, sabedor de que no lo podría alcanzar jamás. Desearlo siempre y no tenerlo nunca. Único modo de gozarlo. Lo que importa es el camino, no lo que hay al final del camino. Lo que hay al final del camino es siempre desilusión, muerte del deseo, sabor de cenizas. La muerte, final del camino de la vida, ¡qué desencanto! Las conquistas del hombre en la vida, finales de camino, ¡qué miseria!

Llegaban cada día grandes multitudes de muertos. Aunque no hubiera guerra. Por lo demás, los muertos de la guerra eran ya, en su mayoría, unos muertos que no contaban. Llegaban en fragmentos. No había nadie que se ocupara en buscar, entre el montón de miembros separados, cuáles eran de éste, cuáles eran de aquél. Pudrían, sencillamente, en la misma confusión en que llegaban.

Pocos de los muertos que llegaban, en tan gran número, habían muerto de muerte natural. Casi no llegaban ya muertos de muerte natural. Todos habían sido víctimas de algo. Algunos lo pregonaban con orgullo. ¡Tiene tan pocas cosas de que enorgullecerse el hombre! Hasta los aplastados por un automóvil se vanagloriaban. Se juzgaban víctimas del progreso, y juzgaban un honor ser víctimas del progreso.

Un viejo muerto de vejez era un espectáculo singular. Todos le visitaban, y todos le asaltaban con mil preguntas. Era, en general, un hombre de alguna comarca atrasada, sin comodidades, sin higiene. ¡Sin higiene! ¡Qué caras de asombro entre los jóvenes nacidos, criados y muertos con todas las reglas higiénicas!

El muerto de esta historia se enredó un día en una discusión inextricable con varios de los jóvenes recién muertos, empeñados en hacerle comprender que el mundo estaba en camino de ser salvado por los hombres de ciencia. Los muertos viejos, oyendo a los jóvenes, sonreían, sonreían, más misericordiosamente que nunca. El muerto de esta historia, tan descontento de la tranquilidad y el sosiego de la muerte, miraba a sus adversarios, inocentes, inocentes, con más pena que cólera.

Luego, cuando se hubo retirado con sus vecinos, no habría sabido decir cómo, se encontró en el mundo en vías de ser salvado por los hombres de ciencia. En una ojeada, no habría sabido tampoco decir cómo, lo vio por entero, hasta en sus últimos rincones. ¡Qué angustia! ¡Qué inmensa, qué desoladora angustia!

No tuvo tiempo de prestar gran atención a las cosas más bien cómicas. Era verdad, como conta-

ban los muertos de los últimos tiempos, que los hombres se trasladaban de un lugar a otro metidos en caja, como mercancías. Cajas veloces, veloces, que iban hasta por los aires. Era verdad que se conservaba, como el pescado, en otras cajas, pequeñas, lindas, la voz del hombre, y la música. ¡Música en conserva! Era verdad que en salas llenas de gente, sobre un lienzo, aparecían sombras de hombres que danzaban, cantaban, decían y hacían mil cosas estúpidas.

No tuvo tampoco tiempo de prestar gran atención a otras cosas que no le parecieron cómicas, sino trágicas. Pero las vio. Vio que los hombres eran menos hombres que en su tiempo, y las mujeres menos mujeres. Vio que la nobleza, que es lo único que podría considerarse un progreso, no era mayor que cuando él vivía. Vio muchas cosas más, pero no pudo detener la mirada en ellas. Porque, dominándolo todo, estaba la obra de los hombres de ciencia que iban a salvar al mundo. Gracias a esa obra, en unos segundos eran asesinados millares y millares de seres humanos. Y al ver esto, que apenas le dejó reposar la mirada en nada más, fue cuando surgió su angustia, inmensa como el mundo. Sudaba, sudaba. Nunca había sudado así. Ni cuando su agonía. Era un sudor frío, mucho más frío que la muerte. Un grito subió a su garganta. Pero no pudo lanzarlo.

En este momento se oyó llamar por su nombre, con una voz tierna, que era su consuelo.

— ¡Qué te sucede, qué te sucede? — decía aquella voz, dulce como una canción de cuna.

Era uno de esos vecinos que le vio agitarse, que le vio pronto a lanzar el grito que no salió de su garganta.

Venciendo su angustia, ya aliviada por la ternura de aquella voz, el muerto se incorporó, abrió los ojos, miró en torno suyo con un espanto que espantó a su vecino, y respondió:

— Soñaba que vivía.



## Opiniones de Samblancat sobre la mística española

**E**STOY enfrascado en la lectura de las obras completas de la Doctora del Carmelo, de la que sólo conocía « Las Moras o Moradas », la no muy mala « Vida », las « Fundaciones », digo « Fundaciones » y parte del Epistolario. No recuerdo si fue consecuencia de la primera visita que hice al « Castillo Interior » de la Santa un artículo que hace años publiqué en « El Diluvio », de Barcelona.

A pesar de la irreverencia un tanto burdégana con que juzgué a la sazón a la Madre de la Descalcez, declaro hoy sin ambages que Teresa de Jesús e Isabel de Castilla — la llamada Católica — me parecen las mujeres de más fibra y temple en la Historia universal.

Ninguna de las dos debe su notoriedad al sexo y, como la ternera, a la finura de su solomillo; a haber sido, como la mayoría de las hembras de rompe y rasga del Olimpo y del Parnaso, dos ninfómanas indecentes o dos sanguinarias hienas.

Isabel no hizo más que esto: asociar con su matrimonio las behetrías de Castilla y de Aragón, consumando la unidad de mando peninsular, echar de Granada a los árabes, empujándolos hacia el futuro ferrocarril transahariano; alentar los sueños y las empresas de Colón, dando lugar al descubrimiento de estos nopales.

Y no es que a mí la obra imperial del castellanismo me haga muy feliz. La Historia es una historia, una escorpionera y un melonar. La unidad hispana debió presidirla el espíritu federativo de la Corona de Aragón. Los moros debieron expulsar de España a los cristianos o cristeros, y no viceversa; porque los cristicolas eran de los dos bandos el más bruto. A América la hemos infectado de soldanatos de la gachupinalla. Pero...

La Cepeda sembró de eremitorios del Carmen a Andalucía, a Castilla y a León, fundando sucursales de ese trusts o kartel ascético en Avila, Segovia, Salamanca, Soria, Burgos, Valladolid, Sevilla, Granada, Palencia, Toledo, Medina del Campo, Pátrana, Alba de Tormes, etc.

El expansionismo territorial depredador de la primera dama de Castilla obedece a la misma celestial inspiración rapaz, al mismo posesorio furor, que el proselitismo religioso de la ilustre priora del convento de la Encarnación de Avila; de la que nos ha dejado una estampa legañosa Fray Juan de la Miseria, pintamonas que, aunque discípulo de Sánchez Coello, «no era artista muy primo».

La prelada de la Encarnación llevaba, de chica, una falda de color naranja, ribeteada en los bajos de una triple orla de terciopelo negro.

La hoguera de la sed de cielo sobre un montón de infernales tizones y de pasiones negras, que fue toda la vida de la reformadora carmelita, no podía tener un signo gráfico más neto que ese indumento aldeano. Y no sólo el torbellino que arrebató a la reverenda madre fundadora refleja esa trapa, sino el volcán que llevan dentro todos los extralucidos españoles: Juan de la Cruz, Luis de León, Malón de Chaide, Diego de Estella y otros.

¿Qué es el cuaquerismo del Siglo de Oro de nuestras Letras y de nuestra hegemonía teológica? Una picaresca al revés. Una pornografía piripitipesca, disfrazada de devoción y de piedad. En suma, una evasión del « in pace » en que nuestros ingenios del siglo XVI languidecían y se atufaban. O sea la forma de penitencia y de inconformismo, que el espíritu humano podía adoptar en tiempos de Felipe II y del Oficio Santo de achicharrar herejes.

Es imposible que el primero de los adelantados de Avila de los Caballeros, que fue nuestra Virgen campeadora, creyese en Dios, en la Trini y otras ruedas de moler. Ni que el niño Jesús, de mejillas más sonrosadas que un trasero barnizado a mimos, le pareciese criatura más adorable que un « poupon » de carne y hueso. Ni que en sus desasimientos y éxtasis hubiese más exaltación de espíritu que desmayo y rijosidad materiales; y fuesen esos desvarios otra cosa que una oración a San Andrés, patrón de las damas que quieren tener hijos y no lo logran más que cambiando de santo de su devoción.

Admiramos francamente el despejo de Doña Teresa. Amamos « corde totissimo » su anaranjada basquiña, con los brazos del demonio pecador enredados entre el « chantilly » de las piernas. Nos conmueve el jarope con que regala al Esposo, muy superior a la melusa de que Safo riega profusamente a Faón.

Para nosotros el fenómeno teresiano no puede ser más explícito. Teresa se refugia en las nubes, porque no hay para ella piso y tierra firme aquí abajo. Retoza con los ángeles, porque rehúsa tomar chocolate con la piara frailona que conoce. Hace entrega total de sí misma al Creador, porque el hombre común o de los Comunes y el Lord de su tiempo le lustran de baba las naranjas de su inocencia sólo con rozar la fimbria de su hábito carmelitano.

# COMO TORO DE LIDIA

(CONTINUACION)

— Que Dios te pague la mucha satisfacción que me ocasionas con tu presencia — me lanzó como primera providencia don Justo al tiempo que del lomo de la jaca iba a caer en sus brazos.

— Gracias, Padre, y dígame sin más tardar cómo anda de salud — repuse yo ya decidido a demostrar a tan virtuoso varón mis capacidades oratorias.

— Bien, sobrinito, bien. ¿Y tú? Encantado, sin duda. ¡Con lo hermoso que te has puesto!

Te han dado un nombre que te va como anillo al dedo con tu prestancia : Niño de la Victoria. Hermoso nombre en verdad, ¿no te parece?

— Tío, no olvide que no es el hábito el que hace al monje.

— En este caso, sí. Apuesto a que eres el mejor torero no ya de los presentes, sí que también de los ya idos.

— No blasfeme, Padre, no blasfeme. Peque yo, pero no usted.

— No olvides, sobrino, que donde hay sinceridad no hay pecado. Cuando se dice lo que se siente honradamente, no se peca, salvo si con lo dicho se ofende a Dios.

Y mi tío se lanzó sin más en un escarceo selmonico al que para poner término hube yo de dar señales de fatiga y de apetito. Entonces, cogiéndome cariñosamente el brazo, me introdujo en su casa a través de un corredor amplio y limpio y me llevó a su comedor, donde me invitó a tomar asiento cerca de una mesa, mientras él salía de nuevo gritando con aquel vozarrón del rudo campesino que olvida que es cura :

— ¡Remedios!... ¡Remedico!

Pronto apareció la solicitada, viejita con más arrugas en su diminuto rostro que años sobre sus escualidos y huesudos hombres.

— Ya sabe que no estoy sorda, buen Padre — dijo malhumorada la viejita. ¿Qué desea? Hable, que aquí estoy para servirle, don Justo.

— Que ya tenemos entre nosotros a mi sobrino el torero, ¿no lo ve? — dijo mi tío.

— ¿Qué dice? ¡Mira qué pena! Llegar a viejo es verse abandonado de los cristianos y de Dios. Cada día oigo más mal y cada día veo menos, ¿es que no se da cuenta, Padre?

— ¡Vaya si me doy cuenta, abuelita! Ciega como la tempestad y sorda como una montaña.

— ¡Vaya por Dios! ¡Mire usted que decir que estoy sorda! Verdad tenía que ser y usted como buen cura no habla de creerlo. O, creyéndolo, no decirlo, u obligado a decirlo, jamás confesarlo delante de mí, don Justo. — Y Remedios cogió su delantal para secarse sus lágrimas, que resbalaban mejillas abajo como si fueran granizos empujados por el viento.

— Pero, mujer, deje el llanto para más tarde — gritaba mi buen sacerdote —. Cada cosa en su lugar y a su tiempo. Ahora lo que urge es dar de comer a ese ángel de Dios, Remedico.

Licho esto, cogió mi tío a Remedico por el brazo y le

empujó hasta colocarla tan cerca de mi persona como le fue posible.

— ¡Jesús, María y José! —gritó la viejecita—. Pero, ¿cómo no me dijo que teníamos visita?

—Pues, para eso le llamé, para decirle que le sirviera de comer y de beber y cama para dormir, si es que está cansado.

— Pues, por ahí tenía que haber empezado, padre.

— Ya lo hice, abuela, pero, usted no me oyó —gritaba indignado don Justo.

— Oírlo, si que lo oigo, lo que pasa es que, sin querer ofenderle, padre, usted se lia a veces y en vez de hablarme en castellano se pone a hacerlo en latín y yo como soy buena cristiana antes de ofenderle haciéndole ver su error, hago como que no oigo.

— Pues que Dios lo tenga en cuenta y dése prisa ahora por socorrer a mi sobrino, abuelita.

— Con mil amores, padre... Pero, ¿ha dicho «su sobrino», padre?

— Eso mismo, abuela. Mi sobrino.

— ¿Carnal o postizo?

— Postizo y carnal, señora Remedicos. Ande. Déle de comer.

— ¡Ah!... sí, eso. Es el torero de Almayate... Mira que con los brutos que son en su pueblo y lo fino que se ha vuelto él.

— Pero, ¡qué está diciendo, mujer del señor! —gritó el cura.

— ¡La verdad! Que para transformarse de rústico en rey no hay más que oficiar de cura o hacerse torero.

Y dicho esto salió Remedios del comedor más lista y rejuvenecida que cuando entrara. Mi tío movió la cabeza queriendo imprimir a su rostro un aire resignado propio de su alto ministerio, pero que no lograba asimilar.

— Bien, he de tener paciencia con ella, pues hace más de veinte años que convivimos juntos. Pero hay momentos en que la paciencia me falta y que Dios me perdone. Cuanto ella no ordena, está mal pensado y peor hecho. Señor, que la recompensa sea tan elevada como larga y penosa es la penitencia —concluyó don Justo, santiguándose y musitando algunas palabras en latín.

Remedicos volvió trayendo platos, cucharas y cuanto era necesario para servir la comida y, sin decir una palabra y sin cesar de mirarme con su natural mirar de ratoncillo malicioso, fue colocándolo todo ante mí con refinada meticulosidad. En seguida volvió a desaparecer en el corredor.

— Ya le pasó el mal humor. Pronto la oirás cantar —dijo el parroco—. Y continuó: Come en seguida; si el cuerpo te lo pide, vete a la cama. Pero no olvides que esta noche estamos invitados a cenar en casa de unos amigos. ¿Ya te he dicho que tenemos aquí al gobernador de la provincia?

— ¿En esta casa?

— No. Esto no es presentable. La comodidad es poca y mucha la decrepitud. Pero somos amigos ya —terminó diciendo don Justo no sin cierto énfasis.

— Padre —contesté yo sin severidad, pero no sin ironía—, Padre y tío mío: ese hombre no es buen escritor. Esto se lo digo, no por haberlo leído, sino por oídas. Pero de lo que si estoy seguro es de que no es buena persona. O, en todo caso, buen gobernador.

— Sobrino —repuso éste—, dejemos de lado lo de escritor, pues aunque ese aspecto de la vida de ese señor entra de lleno bajo el dominio de mi ministerio, es lo cierto que por aquí nadie lo lee. Y siendo así, allá se las arreglen con esta cuestión aquellos a quienes el olor del desaguisado molesta la respiración. En cuanto a sus virtudes, en tanto que gobernador, obligados nos vemos a reconocer que en estos momentos todo va manga por hombro y que sin severidad no hay orden posible.

— Tío mío, piense en el cielo y en si Dios le está oyendo en este momento. Le digo lo que dicho queda, no con el propósito de ofenderle, sino porque me duele en el alma haber hecho veinte o treinta kilómetros con el deseo de rendir visita al santo y encontrarme ahora en presencia de un hombre ni más ni menos como los otros.

— Sobrino: En la plaza, tú te conduces en torero; en la calle, en uno más. Divino, yo hago cuanto puedo por serlo en la iglesia. Mi ministerio es sagrado como sagrada es tu vocación de torero en la plaza. Pero tú, fuera del ruedo, y yo, fuera de la iglesia, ¿qué somos sino simples miembros de un cuerpo que poco a poco va siendo invadido por la gangrena del desorden y de la anarquía?. Y puesto que ese desorden el contrario tanto a tu vocación como a mi ministerio, ¿por qué no proclamarlo? ¿Y cómo proclamarlo sin sostener, siquiera moralmente, al cirujano que, bisturí en mano, está ocupado en cortar los miembros ya dañados de nuestro propio cuerpo?

— Tío, ¿por qué cortar y cortar miembros y más miembros sin emplearse a suprimir las causas originarias del mal que a nuestro cuerpo aqueja equivaldría a descuartizar el cuerpo enteramente, es decir, a matarlo sin por ello haber suprimido la gangrena?

— Perdona, sobrino, pero he de confesarte que tu forma de razonar me escapa. Perseguir y si necesario suprimir al agitador, creo yo que equivale a suprimir la agitación.

— Pero si la agitación es justa, suprimir el agitador es un crimen.

La hermosa mirada de ave carnicera y sensual que embellecía el rostro macho de mi buen párroco se detuvo el espacio de unos segundos sobre la mía, ya invadida por una llama pasional no agresiva, sino toda amor hacia mi pueblo mártir y hacia su eterna verdad eternamente ahogada en sangre.

— Ahora ya comprendo —habló con voz concentrada mi tío, y continuó—. Pero, no importa. Somos parientes y yo te admiro por tu valentía y por tu arte. ¿Quieres que hagamos un trato?

— Diga, padre, diga.

— Por ejemplo, que dejemos de lado todo aquello que pueda ser motivo de desacuerdo entre nosotros para no retener más que aquello que ha de contribuir a hacernos cada vez más amigos e íntimos.

— Desde luego. Prometido queda.

— Gracias, sobrino —murmuró el cura con voz grave. Pero, en aquel momento, dejóse oír en el corredor un ruido infernal. El fuerte chirrión de la madera cuando

se desagrega seguido de un taccneo fuerte sobre las tablas del suelo. Tanto mi tío como yo salimos precipitadamente hacia el corredor. Sorprendidos, nos encontramos con mi hermosa yegua quien, cansada de esperarme fuera, había tomado la resolución de derribar la puerta de entrada y venir a mi encuentro. Y en tanto yo la hacia retroceder como podía para hacerla salir, mi tío, malhumorado en apariencia, salía diciendo que era la hora de encaminarse a la iglesia y que ya nos veríamos más tarde.

Yo me entregué a acomodar mi jaca en la cuadra, donde ya se encontraba el mulo que servía de vehículo a mi tío en sus correrías de parroquia en falda, de falda en banquete. En aquel momento se presentó Remedios, quien al ver la puerta en tan lamentable estado se limitó a decir con honda filosofía:

— Cien de su casta antes que una de la nuestra, que de una puerta vieja se puede hacer una nueva y de una vieja como yo sólo un cadáver puede hacer Dios.

Y, de pronto, ligera, casi alada, se puso Remedios a llenar una espuerta de paja y de cebada que, seguidamente, sirvió a mi caballo.

— Muy bien, señora Remedios, que viendo estoy que sus acciones se armonizan que ni que mejor con sus palabras —dije yo felicitándola por lo que acabada de decir y por lo que estaba haciendo.

— Antinillo... ¿No es así como te llamas? — me preguntó la vieja cuando hubo terminado de dar de comer al caballo.

— Antino, sí, señora.

— Entonces ¿por qué has cambiado de nombre?

— Es que ahora soy torero.

— ¡Torero! ¡Qué cosas más raras! De un hombre que se hace cura, hacemos un Padre. Un torero, puede romper su partida de bautismo y permitirse el lujo de cambiar de nombre. Sólo hay libertad y bienestar para los curas y para los toreros. Los unos, porque engañan y matan al toro. Los otros porque emboban al pueblo. Dios me perdone, pero eso no está bien. Todo el bienestar para toreros y curas.

— También lo hay para los ricos, los generales y para los gobernantes.

— ¡Ah, los pobres, señora Remedios, yo creo que suben al cielo! ¿Es que no se lo tiene oído a mi tío?

— ¡Ah, que tunante!... Y no creas que es que no lo quiera, que lo quiero como a un hijo. Pero cuando lo veo hacer lo contrario de lo que él mismo dice que Dios manda...

— Pues no parece malo.

— Malicioso, sí. Y prendado de todo lo bueno. Lo malo, para el gato que es el pobre. Andando. A la mesa, que tu pienso está servido desde mucho antes que el del penco de tu caballo.

Y Remedios, se puso a trotar delante de mi con tanto arresto y aire de mal genio, que hube de esforzarme por no soltar la carcajada.

— Claro que a nadie le amarga un dulce — volvió a decir Remedios colocada frente a mí — en tanto yo comía con apetito, sus manos debajo del delantal, viva la mirada, sumida su boca sin dientes y el mentón respingado como si esperara impaciente la caída de la gotita húmeda que temblaba en la punta de la nariz.

— La tentación de las buenas cosas es propia del ser humano — dejé escapar yo.

— ¿Acaso el cura es un ser humano para tí? Para mí, no.

— ¡Como! ¿Acaso el cura no es hijo de una madre y de un padre como usted y como yo?

— También lo era Jesús.

— Sin duda.

— Y era, no humano, sino divino.

— Divino por su sacrificio. Humano por su origen.

— ¡Vaya, que no comprendo!

— Quiero decir que para alcanzar la divinidad hay que ser muy bueno y sufrir por todos, en nombre de todos los seres. La divinidad es don y una vocación. Puede ser que sea ya divino al nacer, pero al mundo todos venimos por el mismo procedimiento y de la misma manera. Yo creo que si no hay parto sin dolor ni sangre, tampoco hay concepción sin pecado. Es decir, sin placer — me decía yo a mí mismo mejor que contestar a la cuestión de Remedios.

— ¡No digas que yo sólo veo sufrimiento en el pobre!

— Es decir : en Jesús. En el divino.

— Lo que yo pienso es que nadie está más obligado a sufrir que don Justo.

— Don Justo debe de sufrir también, pero sin lamentos, en silencio y alma adentro.

— ¿Don Justo? ¡Ja, ja, ja! ¡Pues si es como tu padre!

— ¿Como pi padre?

— Igualito. Como si el mismo perro los hubiese vomitado a los dos. Únicamente que tu padre era generoso y que no era cura. Pero, para las faldas y para jugarse el dinero... Bueno, tu padre era bueno y tenía los bolsillos rotos. A su lado, había pobres. Don Justo, no es así. Es agarrado y antes entregaría su alma al demonio que su bolsa al necesitado. Pero, lo que es ser enamorado y juerguista... ¡Ay... pero si me doy cuenta de que estoy blasfemando! — terminó con un hondo gemido Remedios.

— Decir la verdad, no es blasfemia.

— Es lo que yo digo, pero tu tío se ha encaprichado en que decir la verdad es ofender a Dios — y guardando silencio un momento volvió a decir en tanto se santiguaba y se disponía a salir —. ¿Y quién sabe si tiene razón? El está más al tanto que nosotros de todos estos rompecabezas y líos, ¿no te parece?

Y Remedios desapareció dando saltitos y recitando entre dientes alguna letanía de su invención.

Por qué fuiste al Parnaso  
A cantar tu amor  
Si roto al fin el encanto  
Sólo nos queda el dolor?  
¡Anda, Dorotea,  
Quitate las enaguas  
Para ver de qué pie cojeas!

Cunado por la voz femenina que lentamente iba desgranando las antes indicadas notas, me sentía pasar poco a poco del dulce sueño a la triste realidad; cuando abrí los ojos, Diego Dieguito, vuelto de espaldas a mí, estaba muy ocupado en cambiar su vestido de hombre por los chillones y floridos de mujer mora. Y no obstante la ligereza con que tan singular transformación de su persona, su hermoso rostro de efebo imberbe rebosaba de alegría. Y como era costumbre en él cuando se sentía poseído por honda agitación interior, saltaba de refranillo en refranillo, cantando con voz melodiosa y perfecto

acento femenino. Y a medida que se consumaba su transformación externa de sexo, su vocabulario sufría también una cierta metamorfosis hasta devenir una mezcla de español y drabe tan pintoresca que era motivo de risa para cuantos lo escuchaban. Pero, en esta ocasión, la presencia de Diego Dieguito, ocupado en transformarse en niña mora, me sobrecogió hasta el punto de hacerme saltar fuera del lecho y colocarme frente a él.

— ¿De donde sales tú? — le pregunté más sobresaltado que indignado.

— De donde tú : de Málaga — repuso él reposadamente y dirigiendome una de aquellas miradas puras y acariciadoras que eran uno de los mayores encantos de Niña Mora.

— Apuesto a que has venido para... — volví a insistir yo sin osar terminar la frase.

— Eso no se pregunta. El « Marrajo » ya valía el sacrificio de un anzuelo y hasta el calvario de una larga caminata.

— Dieguito — dije con voz muy queda.

— Habla, Antino — repuso éste sin alterar su voz y sin cesar de acicalarse.

— ¿Ya está hecho?

— Sí, ya.

— Eso no es posible. ¿Matado?

— Una, en la frente, entre ceja y ceja; otra, en el corazón, en el lado izquierdo — decía Diego Dieguito colocado frente al espejo y contemplándose detenidamente.

— No te apruebo, ¡ea!... Pero ¿cómo has podido escapar

— Mal, eso sí. Me he visto obligado a modificar la última parte de mi plan. Mi propósito era el de perderme corriendo por esos montes. No ha podido ser. En pleno día. Claro, ya sé, tenía que esperar a que fuera casi de noche. Entre dos luces, cuando todos los lobos son pardos y la gente ciega. Pero, la ocasión. El « Marrajo » se puso a tiro. Lo que me fastidia es la gente. En vez de alejarse en silencio, como si nada, se pone a correr, gritar y llorar. No, la cosa no ha salido tan bien como previsto. Ha habido tiroteo, mujeres desmayadas y llantos de niños. Eso me fastidia. Sobre todo el haberme visto obligado a escabullirme por calles y callejas para finalmente refugiarme aquí. Claro que de haber sabido que tu te encontrabas en est acasa, ya me habría guardado de meter los pies en ella. No vayas a creer que hubo cálculo en mí. Solamente, al ver la casa en silencio, pensé que posiblemente estaba vacía y me decidí a entrar para cambiar de indumentaria. Ahora ya está hecho. Dime si estoy fea, feísima. Guapa, guapisima — terminó diciendo Diego Dieguito cubriéndose su rostro.

— ¿Adonde piensas ir ahora, Dieguito?

— A Málaga.

— ¿A pie y a estas horas?

— No. A pata y andando.

— ¿Y si te detienen?

— Vivo, no creo. Hasta la vista, Antino.

Un momento después vi a Diego Dieguito alejarse río abajo. La noche estaba cercana. Las sombras ya empezaban su despliegue para tomar posesión de la tierra. En mi pensamiento, un ser : Diego Dieguito, sombra y luz a un tiempo.

La doble personalidad de Diego Dieguito databa ya de algún tiempo y ello ocurrió de manera fortuita e impremeditada. En cierta ocasión y en una de sus correrías marinas, que eran frecuentes, éste había encontrado en



alta mar un barquito de pesca navegando a la deriva y al parecer abandonado. Siempre intrépido, aventurero y curioso, Diego Dieguito, mitad contrabandista, mitad pirata, abordó la enclenque embarcación y grande fue su sorpresa al no encontrar dentro otra presencia humana que la de una joven mora, bella como el propio sol extendida sobre cubierta sin vida. Aquella descubierta trágica y fortuita vino a cambiar el destino de un joven mancebo en cuyo pecho una infancia trágica había hecho germinar el resentimiento y el odio. Aquella morita sin vida perdida en medio del Mediterráneo y vogando sin rumbo a merced de las olas, no era otra que su propia hermana Vitorina. Diego Dieguito, juraba haberla reconocido apenas la vió, no obstante no haber encontrado en su poder otros justificantes que una simple ficha de casa de prostitución con el nombre de Niña Mora y el número 15 en uno de los ángulos de la ficha. Si el fuego interno que devoraba el alma rebelde de Diego Dieguito, andaba escaso de combustible para hacer llamear la fogata del odio, esta descubierta llegaba a punto. Atando la barca con el cadáver de su hermana dentro a la popa de su barquito pirata, se dirigió hacia la costa española. Siempre amparado por las piadosas sombras de la noche, dio sepultura a su hermanita, poniendo celoso cuidado en enterrarla en lugar solitario, al pie de una colina, cerca de una higuera gigantesca donde el ruiseñor canta y los jilgueros suelen hacer su nido. Para después compró el pedazo de tierra donde yacía enterrada la inocente Vitorina, hizo una galería larga y profunda como un túnel al pie de la colina. Cuando encontró el agua se entregó con abnegación a construir una casita tan diminuta como encantadora y plantó rosales, claveles, orégano, lirios y tomillos sobre la sepultura. Luego, transformado él mismo en Niña Mora, se marchó a Argelia y Marruecos para poner en claro el triste drama y trágico fin de su hermana. Como que el misterio que a tal drama envolvía era casi impenetrable, Diego Dieguito se volvió sombrío, malhumorado y agresivo. En la imposibilidad de vengar a su hermana, se convirtió en el « vengador » de todos los oprimidos y de todas las víctimas de una sociedad cuya regla de conducta es la injusticia, la crueldad y la hipocresía. Dotado por la naturaleza de un rostro adorable y perfectamente femenino, su doble personalidad le venía como anillo al dedo para la realización de sus terribles proyectos. Emperifollado con los ropajes de sultana mora, canastilla repleta de baratijas relucientes de origen árabe, pronto devino un encanto más en la encantadora Andalucía. Y, como ocurre siempre, una leyenda tomó cuerpo en torno a su persona. Pronto su belleza y su gracia la hizo adoptar por la región. Las mujeres por curiosidad y los hombres por deseo, todos buscaban su contacto y se sentían orgullosos de recibirla en sus casas. Bajo la apariencia de Niña Mora, Diego marchaba por sobre alfombras de rosas y de laureles. La cosa cambiaba de aspecto cuando Niña Mora se esfumaba para dejar paso al propio Diego Dieguito.

Entonces, el muy bello y encantador rostro de la arábiga, se trocaba en cara cuyos trazos eran destellos de severidad serena, pero tenaz y persistente. Mas donde el cambio devenía más revelador y trágico, era en la mirada. Si quien miraba, era Niña Mora, nada más cálido y acariciador que aquella mirada. Pero cuando era Diego Dieguito, nada más penetrante y frío. Fría como la venganza premeditada. Fría, como la muerte. Destellos que se dirían de llama ardiente y eran en realidad penachos de frío hielo. Diego Dieguito lo había previsto todo. Sus cóm-

plices eran muy contados, pero seguros. Sus domicilios eran múltiples y estratégicamente situados, generalmente en callejas poco frecuentadas o casitas con dos entradas y dos salidas, de manera que por la una entrara Diego Dieguito para salir por la otra convertido en Niña Mora. Tales extratagemas, unidas al fino instinto y natural inteligencia hacían a Diego Dieguito casi invulnerable. Contrabandista, pirata, atracador y terrorista, mi joven amigo era la resultante fatal y el fruto de una sociedad que se place en sembrar vientos y se indigna cuando la tempestad ruge...

Diego Dieguito era una más de tantas y tantas perlas de noble orillo, oro puro, como en España yacen sepultadas en cieno. Cienso que, en lenguaje ibérico quiere decir pobreza, injusticia y servidumbre. Si un día, el correr del tiempo, que tantas metamorfosis suele operar, deparare a mi país la dicha grande de ser feliz y culto y al hombre ibérico la facultad de convertir en realidad los nobles sueños que en su alma palpitan, el mundo asistiría a cosas maravillosas. No pretendo significar con esto que el español vaya a revolucionar el mundo científicamente porque creo que está mejor dotado en sentimientos que en instrucción. Pero si que, a la larga, acabe por brindar al mundo un panorama social y humano superior. Un modo de conveniencia fundamentado, no sobre bases egoísticas sino fraternas y solidarias. Un orden de cosas fundamentado sobre bases éticas. Una ética nacida del corazón, como del corazón brotan las impulsiones de la madre para con el hijo. Ese mundo, el español, está llamado a crearlo porque nadie como él ha sabido resistir al orden actual universal fundamentado sobre la hipocresía y la crueldad. Porque nadie como él ha sabido oponerse a los terribles extragos de la civilización sin por ello sumergirse en la noche de la barbarie. Porque nadie como él ha sabido oponerse a la degradación ascendente de la personalidad humana sumergida por la crueldad del progreso mal orientado y del mecanismo industrial puesto al servicio de unos cuantos privilegiados. Y, sobre todo, porque ha sabido decir no a cuanto de monstruosamente inhumano nos brinda la civilización, sin por ello cesar de asimilar cuanto ésta nos brinda de noble y de justo. España es como si dijéramos un término medio entre el fuego de los trópicos y los hielos del polo norte. Es decir: entre dos extremos igualmente crueles si no negativos. Así el español ha sabido conservar las nobles virtudes normalíticas del clan sin por ello dejar de escapar al instinto brutal del hombre primitivo. Acepta de la civilización cuanto ésta le brinda de óptimo y de creador, pero la maldice y la combate en todo cuanto ella comporta de atentatorio para el hombre y su natural condición.

El mundo es todo razón, todo corazón. El mundo piensa. España siente. El mundo sublimiza la materia. España idolatra el amor. El mundo es el diablo libre y desenfrenado. España, cautiva pero invencible e insoportable.

Veremos quién a la larga  
Sale vencedor venciendo,  
Si el fusil segando vidas,  
Si España rebeldes pariendo.

Porque el problema es ése: la incompatibilidad del español para su medio. De ahí, su permanente rebeldía, su descontento, su insatisfacción y su abnegado e inútil combate. Todas las formas de gobierno le son extrañas, repelentes, odiosas. La democrática, por lo que tiene de hipó-

crita, por la solemne mentira que resultan sus teóricos preceptos de igualdad, libertad, fraternidad totalitaria y estatista, por su desconocimiento absoluto del individuo y de la individualidad.

En este preciso momento de mi demencial soliloquio, apareció « seña » Remedicos, quien vino a mi encuentro, colocándose junto a la ventana, sofocada y llorando.

— No es posible — gemía —. No, señor, no es posible. Vamos, apuesto la cabeza a que no adivina.

— ¿Quizás un temblor de tierra. O que al fin va a llover o, al menos que no sea el nuevo milagro de la virgen, que todo el mundo espera?

Pero Remedicos estaba demasiado nerviosa para escucharme a mí. Su cuerpo, alto y menudo estaba invadido por un temblor intermitente, pero creciente. Y sus ojillos de ratonzuelo, picarescos y vivarachos, estaban ahora llenos de lágrimas y de espanto. Viéndola agitada, pensé en si Diego Dieguito al suprimir al gobernador, no había heredado de muerte a tan inocente y noble doncella.

— Luego dicen... Hacerle eso al gobernador... ¡Pan! ¡Pan!... Una, en la frente. La otra en el corazón. Y yo, en la iglesia. Y don Justo también. Y fuera gritos y tiros. Y la gente que entra, corriendo y gritando, en la iglesia: «¡Padre, Padre, que han matado al gobernador!». Guardando silencio, Remedicos se pone a ir y a venir de un extremo al otro de la habitación. Su mirada, seca ahora, se ha agrandado invadida por el espanto y mira con manifiesto temor en torno, registrándolo todo.

— ¿Pues es que no sabe lo mejor? — me grita fuerte.

— ¿Lo mejor o peor? Remedicos.

— Es que hay quien jura haber visto al asesino refugiarse en esta casa.

— Tonterías.

— ¿Cómo tonterías? Pues si son los vecinos quienes lo han visto. Un hombre joven con sombrero y traje gris, dicen los vecinos.

— ¿Por qué no van a comunicarlo a las autoridades?

— Claro que si que han ido. Y gracias a Dios que van a venir. Y don Justo también porque de lo contrario, yo me voy corriendo.

Y Remedicos tuvo una crisis de histérico terror.

— ¡Socorro!... ¡Asesino!... ¡Que me matan! — gritaba mientras corría corredor adelante hasta perderse en el interior de la grand ecasa.

Yo salí a la puerta de la casa, desde donde dominaba la calle que partiendo del río iba a terminarse con el pueblo allá arriba, a medio camino de la alta cordillera que servía de corona a Cañizal. La hora, era íntima, silenciosa y tan calma. Ya el sol había desaparecido de la majestuosa coronilla maciza de la montaña y el pueblo convertíase a manera de negro velo extendido sobre la sabana gris del contorno. Es en esta hora suprema cuando Andalucía es toda murmuró amoroso, súplica de besos y de caricias, hembra amorosa que ofrendándose suplica el don de la posesión íntima y cálida. En esta hora es cuando los labriegos vuelven del campo en cuadrilla, concentrados y

cansinos, los unos, canturrientos y dicharacheros los más. El día fue un suplicio. Golpear sobre la tierra de sol a sol. La recompensa, fue enana. Apenas lo suficiente para no caer de inanición. La tierra es pródiga. El clima, siempre amoroso. Pero, la vida es perra. ¡Tan perra! Para olvidar que es indigna de vivirla, suge entonces una plegaria. Mil fandanguillos surgen de pronto, como otros tantos clamores al encuentro del cielo, de mil bocas de parias. Los olivares y almendrales, los algarrobos y las higueras, y los viñedos y los naranjos y limoneros al lado del riachuelo, junto a la fuente, todo parece ahora rogar por la vida y por el amor. El sueño, será corto. El insomnio es eterno. Fingir cantar cuando en realidad se llora, es don exclusivo del agro andaluz. Bien sé que también cantan llorando villas y ciudades y toda España. Pero ese clamor de amor y de vida en llanto, no pudo nacer más que en los campos de luz y de miseria de Andalucía.

Un ruido de pasos y de palabras me hizo aguzar la mirada. A relativa distancia, descubrí a don Justo y dos parejas de la Benemerita, que venían hacia la casa, marchando con cierta precipitación, como si el tiempo fuera oro para ellos en aquel preciso momento. Entonces, una resolución respondió a la inquietud que me embargaba. La inquietud me la ocasionaba el temor de ver caer Niña Mora entre las manos de la justicia. Este acontecimiento me pareció perfectamente realizable y casi lógico, pero inadmisibles para mí. Diego Dieguito « el vengador » era demasiado joven y noble como para que yo permitiera su captura y sacrificio sin intentar nada para evitarlo de mi parte. Colocándome entre el espacio libre que separaba la vieja casona de los corrales y cuadras, simulando ocultarme, pero en realidad haciendo lo posible por ser visto, esperé a que el cura y la guardia civil estuvieran lo bastante cerca de mí como para poder verme. Pronto los tuve a algunos pasos de mí y oí a don Justo que decía:

— Como en estos tiempos que corren todo es posible, nada me extrañaría que el asesino haya elegido esta santa casa como guarida. Sin embargo... — arguyó el buen cura dubitativo y sin osar terminar la frase.

Y como viera yo que ya se disponían a entrar en casa sin parar mientes en mi persona, di un fuerte salto para hacer ruido. Entonces vi que los guardias se volvían con cierta precipitación y como asustados ellos mismos.

— ¿Quién va? — gritaron cuatro voces a un tiempo.

Sin contestar, me lancé yo corriendo a través de los campos y amparados por la ya casi completa oscuridad. A mi encuentro vinieron varias descargas de mosquetón, en tanto el encantador mutismo de la hora quedaba roto por los broncos gritos y el loco correr de mis perseguidores. Mi deseo se realizaba. Diego Dieguito estaba fuera de peligró.

IBER SISIFO

(Continuará.)



## TEXTOS DE AYER Y DE HOY

### Toros y público

El doctor Ruiz movió la cabeza tristemente. A más la herida atroz e incurable, el torero había recibido una conmoción tremenda con el cabezazo del toro. No respiraba.

—¡Doctor..., doctor! —gimió el banderillero, suplicando por saber la verdad.

Y el doctor, tras largo silencio, volvió a mover la cabeza.

—¡Se acabó, Sebastián!... Puedes buscarte otro matador.

El **Nacional** levantó sus ojos a lo alto. ¡Y así acababa un hombre como aquél, sin poder estrechar la mano de los amigos, sin decir una palabra, repentinamente, como un misero conejo a quien golpean en la nuca!...

La desesperación le hizo salir de la enfermería. ¡Ay, él no podía ver aquello! El no era como **Potaje**, que permanecía inmóvil y ceñudo, a los pies de la cama, contemplando el cadáver como si no lo viese, mientras hacía el castoreño entre los dedos.

Iba a llorar como un niño. Su pecho jadeaba de angustia, mientras sus ojos se le hinchaban a impulsos de las lágrimas.

En el patio tuvo que apartarse para dejar paso a los picadores que volvían del redondel.

La terrible nueva comenzaba a circular por la plaza. ¡Gallardo había muerto!... Unos dudaban de la veracidad de la noticia, otros dabanla por cierta; pero ninguno se movía del asien-

to. Iban a soltar el tercer toro. Aún estaba la corrida en su primera mitad, y no era cosa de renunciar a ella.

Por la puerta del redondel llegaban el rumor de la muchedumbre y el sonido de la música.

El banderillero sintió nacer en su pensamiento un odio feroz por todo lo que le rodeaba, una aversión a su oficio y al público que lo mantenía. Danzaban en su memoria las sonoras palabras con que hacía reír a las gentes, encontrando ahora en ellas una nueva expresión de justicia.

Pensó en el toro, al que arrastraban por la arena en aquel momento con el cuello carbonizado y sanguinolento, rígidas las patas y unos ojos vidriosos que miraban al espacio azul como miran los muertos.

Luego vio con la imaginación al amigo que estaba a pocos pasos de él, al otro lado de una pared de ladrillos, también inmóvil, con las extremidades rígidas, la camisa sobre el pecho, el vientre abierto y un resplandor mate y misterioso entre las pestañas cruzadas.

¡Pobre toro! ¡Pobre espada!... De pronto, el circo rumoroso, lanzó un alarido saludando la continuación del espectáculo. El **Nacional** cerró los ojos y apretó los puños.

Rugía la fiera: la verdadera, la única.

**BLASCO IBANEZ:** «Sangre y Arena.»

## A todos los amantes de la cultura

Un grupo de estudiantes de París, Toulouse y Burdeos, se proponen editar un folleto de poesías del joven poeta madrileño Angel Santiago. Se titulará «Castilla la nuestra», y será prologado por Blas de Otero, de gran renombre ya.

El precio del ejemplar será de 2 F, céntimo más o menos.

Pero para que la edición pueda llevarse a cabo se necesita cierta cantidad de compromisarios, que, sin que tengan que adelantar el dinero se comprometan a la adquisición del folleto en cuanto aparezca.

Para suscribirse dirigirse a una de las direcciones siguientes:  
M. Etienne Roda, Résidence des Près, P. C. 15 - Antony (Seine).  
Mlle Mercedes Celma, 8, place Danloup - Toulouse (H.-G.).

Repetimos: No enviad dinero. El pago se efectuará después de recibir el folleto.

# CENIT

sociología  
ciencia - literatura



**Sócrates Gómez:** Sin rencor, pero...

**Adolfo Hernández:** El Cenetismo en el futuro español.

**Severino Campos:** Sentido humano del pensamiento libertario.

**Puyol:** Tulebras, un minuto.

**Juan Ferrer:** El anarquismo, única solución efectiva.

**Samblancat:** Cantones y guardacantones. Acosos lebreros.

**M. C.:** El universo de Alaiz.  
**Han Ryner:** Han Ryner por él mismo.

**Eugen Relgis:** ¿Todavía quieres humanitarismo?

**Campio Carpio:** La puerta de oro del mundo.

**Denis:** El hombre feliz.  
**Iber Sisifo:** Como toro de lidia.

# 150

JUNIO - 1963

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,20 F.



4 P 5522

## NUESTRA PORTADA

### «Cabeza de niño» escultura en barro de J. Orozco

El artista ha logrado expresar, con el material más deleznable y primitivo, toda la gracia indecible y profunda de la infancia. Esta dulce y hermosa carita de niño es universal y eterna. Su expresión, a la vez riante, pensativa, maliciosa, melancólica, es un milagro de gracia y de emoción pura.

Simboliza lo mejor y más limpio de la vida : la aurora fresca y luminosa, el cielo sin nubes, el porvenir ofrecido a estos ojos que aún lo ignoran todo de la existencia, que aún no saben cuán implacable y sembrada de escollos es la ruta que deben recorrer los hombres desde la cuna hasta el sepulcro.

Cuando el arte logra expresar, en el modelado de la arcilla tantas cosas, es que se trata de arte verdadero; es que el mago que le anima es un auténtico artista.



### REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

#### *Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

#### *Colaboradores:*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,  
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert  
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,  
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,  
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,  
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán  
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,  
A. Prudhommeaux

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en el que aiente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII

Toulouse, Junio 1963

Nº 150

MIRANDO A ESPAÑA

## Sin rencor, pero...

Carta abierta a D. Dionisio RIDRUEJO

La ejecución de Julián Grimau ha provocado una natural reacción general de repulsa. Cuando por no pocos ingenuos y frívolos se creía liquidado por completo aquel periodo tan dilatado en el que la vida humana corría peligro en España nada más que por pensar de manera distinta al franquismo y combatirlo, la ejecución de Grimau ha producido una ansiedad y una inquietud muy justificadas. Porque independientemente del valor humano de la vida del inmolado está lo que revela tal suceso: la voluntad del franquismo de no ceder pacíficamente a una posible evolución del problema político de nuestro pueblo.

Desde el interior se nos dice: «... el suceso nos ha situado de nuevo en aquellos días, en aquellos meses, en aquellos años terribles de las ejecuciones, el espectro de las prisiones de Porlier, de San Miguel de los Reyes, de Ocaña, del Dueso...» Nos lo dicen quienes, como nosotros, recordamos sin rencor, pero conscientes de la gravedad de un hecho que obliga, por su sintomatología, a la evocación de aquellos años.

Usted, señor Ridruejo, se ha considerado en el deber de alzar también su voz contra ese asesinato. No le discuto el derecho que crea tener a hacerlo. Pero...

De parecidas prisiones a la de Carabanchel, en que tuvo lugar la ejecución de Grimau, salían a ser ejecutados años atrás centenares de antifranquistas. A diario. Eran los años más densos en dramatismo, en dolor, en ferocidad siempre insatisfecha. Eran aquellos años de 1939 a 1943, esos que evocan aquellos amigos del interior con honda preocupación en ocasión de la ejecución de Grimau. Aquellos años en que centenares de millares de seres humanos poblaban las cárceles; en que a diario

se juzgaba y se condenaba a altas penas, entre ellas a las de muerte, a centenares de antifascistas, sin que para liquidar a cincuenta de ellos, por ejemplo, necesitara un Tribunal más tiempo que el de una hora. Tales eran las garantías y los métodos judiciales. ¿Recuerda usted, señor Ridruejo?

Los presos, mujeres y hombres, vivían hacinados en las prisiones. Cuarenta centímetros de ancho —«dos ladrillos», según nuestra gráfica expresión de entonces, no por gráfica menos exacta— de suelo era lo que cada uno tenía por «casa» y «cama». Hombres de todas las esferas del trabajo, de las artes, de la más alta intelectualidad formaban aquella inmensa muchedumbre penal. Periodistas, escritores, catedráticos, magistrados, militares, abogados, médicos, trabajadores, obreros y campesinos... Aquellas cárceles en las que era posible el castigo severo —la reclusión en celdas de castigo, la supresión de la visita y de los paquetes, el corte del pelo al cero, etc.— a quien se negaba, por imperativo de sentimientos indeclinables, a ponerse ante un sacerdote para confesarse. Aquellas cárceles en las que a diario se obligaba a los presos, alineados en el patio, con lluvia, nieve, frío o un sol de justicia, a cantar brazo en alto el himno fascista. Aquellas cárceles donde no se ahorra ningún vejamen ni se limitaban las humillaciones a los presos que, cuanto más elevados, política o intelectualmente fueran, más vejados y más humillados eran. (A un tristemente famoso director de la Prisión de Porlier le era permitido, por citar un caso, dirigirse al ilustre, por su calidad, y venerable, por sus años, escritor Diego San José con el intencionado ex abrupto de: «¿Qué, aprendiendo a leer, viejete?», en ocasión de visitar la galería en la que el escritor se hallaba con un libro en las manos.) Aque-



llas cárceles, señor Ridruejo —y por referirme a personas de afinidad profesional con usted— donde tenían encierro periodistas y escritores como Marín Alcalde, Ruiz Fery, Agraz, Robledano, Otero Seco, Valentín de Pedro, Linares, y tantos otros; poetas como Pedro Luis de Gálvez... Aquellas cárceles en las que consumió su vida, tan preciada, Julián Besteiro. Aquellas cárceles de las que salió para ser ejecutado el doctor Pesset. Aquellas cárceles que recogieron a Julián Zugazagoitia, a Cruz Salido, a Companys, a Peiró, para darles muerte, después de ser apresados contra todo derecho en la Francia ocupada por los nazis...

Aquellos años, señor Ridruejo, en los que las mujeres recluidas, por ejemplo, en la prisión de Saturrarán (Guipúzcoa), conocían de los mayores dolores y en las que la muerte se enseñoreaba a diario con ellas, aquel lugar donde nuestras madres, nuestras esposas y nuestras hijas sufrieron los rigores más duros, increíbles, en verdad, a fuerza de tremendos, si no los hubiéramos vivido en la carne de nuestras propias madres...

Aquellos años, señor Ridruejo, en los que la Iglesia española hubo de amparar su tolerancia y su estímulo a tanto crimen modificando nada menos que el Catecismo, en su mandamiento quinto, al agregar al «No matar» la condicional de «si no es con justicia», espeluznante y auténtica blasfemia contra las leyes del Dios a quien esa Iglesia y usted mismo rinden culto. ¿Lo recuerda, señor Ridruejo?

El Estado franquista creó instrumentos de propaganda dirigidos a pretender justificar tanto crimen, a estimularlo, y esos órganos de propaganda utilizaron para ello el más repulsivo de los procedimientos y sistemas: el de intentar —nada más que intentar, porque otra cosa no podían— manchar la honra de todos y cada uno de aquellos hombres y de aquellas mujeres que poblaban las prisiones, esas prisiones a las que todas las noches, sin otra interrupción que aquellas de precepto religioso..., conocían la visita de los piquetes de ejecución. Todos eran criminales netos y natos. Y porque lo eran estaban en las cárceles. Y porque lo eran sufrían rigurosas condenas, entre ellas las de muerte. Besteiro era un instigador del crimen, ya que no un ejecutante directo de ellos. Y como Besteiro todos aquellos a los que no pudiendo, ni en apariencia, cargar el sambenito de un crimen, se les imputaba la inspiración, la instigación de los mismos. Y para hacerlo se agotaban los calificativos más viles, todos los insultos se ponían en juego, todas las expresiones más groseras constituían índice fundamental de aquella propaganda. Había que justificar el crimen y, además, alimentarlo a diario. Y así durante años, años que se hacían interminables para los que vivían en aquel mundo de mazmorras y de cementerios. Durante muchos años, señor Ridruejo, que, si no fueron olvidados jamás, ni lo serán —puede estar usted seguro de ello—, hoy acuden a nuestra memoria con signos más concretos. Durante esos años, señor Ridruejo, yo le aseguro que más que la prisión, más que los infortunios de todo tipo,

más que la muerte misma, hería nuestra sensibilidad el agravio constante de que éramos objeto por parte de esa propaganda, de la prensa y de las radios, movilizadas constante e incansablemente al servicio de ese objetivo. No se conformaba aquella propaganda con llevar a las tumbas a millares de seres. Intentaba, además, deshonrarlos, con la cobardía que da en todas estas acciones la impunidad. El que no ladrón era asesino, el que no, las dos cosas, y al que se concedía que no era ni una cosa ni otra había «inspirado» o «instigado» a los que lo habían sido. Con lo que, en definitiva, se llegaba a la conclusión de que todo el antifranquismo era eso: una banda de asesinos y de forajidos. Todo menos unos seres que amaban la libertad, que por ella habían luchado y que todo su «delito» consistía en eso.

En aquellos terribles años, los de más agudo dramatismo de toda la etapa franquista y sobre los que, sin rencor, señor Ridruejo, habrá que hacer la historia para aleccionamiento de nuestros hijos y de nuestros nietos, los órganos propagandísticos de Franco eran peores que los piquetes de ejecución. Mucho peores. Porque éstos segaban vidas, iban deformando la conciencia de las gentes, con la mentira, con la infamia, el insulto, y hacían lo peor, lo peor de todo: ir dando forma, previa su creación, a aquel clima ambiental en virtud del cual España debía de estar dividida en dos bandos que se odiarían eternamente...

Usted debe recordar todo eso perfectamente. Porque o mucho me equivoco o usted era, señor Ridruejo, el jefe supremo de aquellos servicios de propaganda creados por el fascismo español. Explíquese usted, por ello, que al evocar aquellos asocie el recuerdo a su condenación del crimen perpetrado en la persona de Julián Grimau. Sin rencor, pero...

Hay culpas y responsabilidades que sólo se pueden lavar hundiéndose voluntariamente en el más completo ostracismo. En un ostracismo a modo de sepultura política, sepultura que pueden compartir con usted los que han estrechado en la emigración sus manos, porque la tienen, en general, bien cavada también. No hable, señor Ridruejo, no hable usted. Callar, callar para siempre sería por su parte la manifestación de un elemental respeto a aquellos años, a todas las víctimas de aquellos horrendos años, a todos los inmolados y vilipendiados por los órganos de propaganda que usted, al servicio de Franco, que no de España, dirigía.

Porque algunos le hayan dado a usted la mano y porque algún periódico que se dice órgano de un partido en la emigración que cuenta a millares entre esas víctimas, le haya dedicado páginas enteras para glosar su libro «Escrito en España», no debe hacerle suponer que lo auténticamente «escrito» en España, que es los de aquellos años que evocamos, puede ser olvidado, aunque no se guarde rencor. La España de aquellos años, que vive, que permanece, la España torturada cuando la propaganda la explicaba y lo justificaba todo,



es incapaz de sentir rencor porque es generosa, como lo fue y lo es en la lucha contra la tiranía. Pero...

No se puede pedir a esa España más que eso: ausencia de rencor. Pero sin más concesiones. Que si hubimos de escuchar de labios de los que iban a ser ejecutados mandatos que hicimos nuestros con profunda devoción y afán de cumplirlos como el de «no asociéis jamás nuestros nombres a un sentimiento de venganza», la generosa y bella demanda no comportaba otra cosa, y menos la de estrechar la mano a Franco y a sus principales sostenedores en aquellos terribles años. Bien está

que no sintamos rencor, y sinceramente no lo sentimos; pero si llegáramos a más incurriríamos en el más grave delito humano, sin que ningún «realismo» político ni ninguna «conveniencia» táctica atenuaran el volumen de ese delito.

Sin rencor, señor Ridruejo, pero...

SOCRATES GOMEZ

(Del Boletín número 21 Spanish ex-servicemen's association.)

---

SI ALGUIEN TE TRAICIONA UNA VEZ, EL SERA EL CULPABLE;  
SI TE TRAICIONA DOS VECES, EL CULPABLE SERAS TU.

---

## LINEAS DE HUMOR

En Madrid, época actual. En un tajo de Construcción. Un albañil pisa en falso y cae desde el andamio a la calle. El andamio está a la altura de un segundo piso.

Mientras cae, el albañil grita con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva la anarquía!

Como la policía franquista está en todas partes, donde no se trabaja y donde se trabaja, por las cercanías anda un agente que oye el viva proferido por el albañil y acude al lugar del accidente.

Por suerte, el albañil cae de pie y no se hace el menor daño.

El agente se acerca al albañil.

¡Detenido! —le dice.

—¿Por qué? —pregunta el obrero.

—Ha dado un viva a la anarquía, escandalizando al barrio.

¡Es una vergüenza, una burla intolerable! ¡Detenido! ¡Pa la Comisaría! Allí te enseñarán a no soltar vivas como el que acabas de dar bajando por los aires.

El albañil, contento porque el accidente no ha tenido consecuencias, mira al policía con recelo. El agente insiste en su aco-metividad.

—¿Por qué vitoreaba a la anarquía cuando caía del andamio?

—pregunta el policía.

—Para que me detuviera en el camino...

Una carcajada acoge la frase del albañil, quien aprovecha la algazara general para escabullirse, salvándose de la garra policiaca.

¡Chócala, compañero albañil!

## TOMA DE POSICIONES

# El Cenetismo en el futuro español

por **Adolfo HERNANDEZ**

### I

**S**E está intentando en la España franquista basamentar un nuevo tipo de sindicalismo que tiene como base operante una decidida acción social frente a las clases menesterosas. Se trata de una hábil jugada de los asesores de Franco para perpetuar, con formas jurídico-laborales, la infamia de un régimen que se sucede a sí mismo al través de varias décadas y que está decidido, con magia digna del mejor prestidigitador, a confundir a las nuevas generaciones otorgando prebendas que fueron bandera de las organizaciones sindicales que en 1936 dieron su sangre por ellas, y desde luego la CNT más que ninguna.

Sobre esta base de falso sindicalismo operan las jerarquías tradicionales que más daño han hecho al pueblo español. La Iglesia a través del «Opus Dei» y el Ejército a través de sus máximas dignidades castrenses.

Hoy más que nunca la militancia veterana y naciente tiene que estar alerta ante el confusionismo deliberado de un Estado que desea perpetuarse mixtificando el verdadero sentido de la libertad, es decir, ofreciendo una dignidad escamoteada por el dogma y la autoridad más reaccionaria.

Cabe señalar que el comunismo está también encabezando una ofensiva contra todas las organizaciones de solera liberal en España. Está llevando el trigo a su molino y para ello hace uso de todas sus manas tradicionales.

Teniendo como premisa las líneas que anteceden, siguen las partes del trabajo a que me refiero.

### LA VISION DE KROPOTKIN

Lo que podemos hacer para afianzar la marcha cenetista para el porvenir, es aportar nuestro granillo de arena de solidaridad moral y material para nuestra militancia en el interior y en el exilio y también, de ser posible, indagar los caminos más viables para su fortalecimiento, para la consecución de nuestros fines, con una premisa perentoria: la liberación de España de las garras de los tiranos seculares. Precisa un libre examen de situación y ello no debe escandalizar en nuestras filas; no es nuestro propósito —no podría serlo en tanto que cenetista— el pretender desvirtuar a la organización y a su médula directriz. Puedo remitirme a nuestros grandes pensadores, fuente de inspiración

y uno de los puntos de partida para desarrollos ideológicos.

Pedro Kropotkin indica incisivamente en **La ciencia moderna y el anarquismo**: «Vemos, pues, que el movimiento anarquista (antes de seguir adelante debo decir que soy de los que creen en el anarcosindicalismo) se renovaba cada vez que recibía la impresión de alguna gran lección práctica y que su origen arranca de las enseñanzas de la vida misma...» Lo que quiere decir que nuestra razón de ser puede recibir, constantemente, acervo de experiencia de esa marcha continua y maravillosa que es el escenario del mundo. ¿Cómo podemos ser nosotros diferentes a la Naturaleza, que es en sí, mutación, cambio, maremágnun de elementos sin descanso. La filosofía y las enseñanzas que de ella se desprenden no pueden ser inmutables, estáticas, puesto que devendría en dogma y ello no tardaría en oler a podrido, como sucedió con Kant, cuando ha sido rebatido por Guyau, quien destruye el positivismo kantiano oponiéndolo al razonamiento anarquista y definiendo a éste como «... un sentimiento de fuerza propia; es la vida que se desborda, que trata de esparcirse...» Y claro, añadimos nosotros, la vida no se presta a cánones, a encuadramientos ya definidos por la propia Naturaleza que no tolera moños postizos. Es indudable, pues, que airear nuestras cosas no debe asustar a nadie, a menos que la mala fe juegue carta de ciudadanía, cosa inadmisibles o intolerables en nuestros medios. Razón, que no Dogma, diremos siempre.

Un libre examen de situación, haciendo caso omiso a los votos y acuerdos mayoritarios de los cuales diría en alguna ocasión Mella actualizaban el materialismo de Marx contra el espiritualismo y la libre determinación de Bakunin. Ley —la de las mayorías— que yugula las discusiones por la base al establecer «normas» irrefutables que todos han de aceptar y de cumplir hasta la próxima ocasión. Y ¿por qué no poder examinar nuestras cosas...?

A aquellos compañeros que cuando se les pregunta por un plan prerrevolucionario y nos dicen que ello debe de quedar al caso de los acontecimientos, bueno será reproducirles estas palabras de Kropotkin:

«Ninguna lucha puede tener éxito si no es consciente, si no persigue un fin concreto y definido. No es posible destruir nada de lo existente si los hombres de antemano no han convenido entre sí durante la lucha, así como en el mismo período de la destrucción, qué es lo que van a poner en lugar

dé aquello que haya sido destruido. Ni aun la misma crítica teórica de lo que existe es posible sin que cada uno se represente a sí mismo, más o menos exactamente, la imagen de lo que desea substituir a lo actual...»

Prosigue Kropotkin en sus consideraciones, que mucho deben de decir a los compañeros que eluden, con ambigüedades, tan trascendental problema, afirmando:

«Decir a las gentes: «Destruyamos primero al capitalismo y la autocracia, y después veremos lo que deba hacerse», no es más que engañarse a sí mismo y engañar a los otros. Jamás ha sido creada una fuerza real por medio de la decepción...» «Y cuando el pueblo combate el capitalismo, siempre tiene una cierta concepción, una idea vaga o definida de lo que quisiera ver en lugar del capitalismo, ya el capitalismo de Estado u otra clase cualquiera de Estado Comunista, ya la federación de libres asociaciones comunispas para la producción, el cambio y el consumo.»

## II. ANTE EL PROGRAMA SINTETICO DE FALANGE

Dado que las fisuras en las filas de Falange y monárquicos se han ido agrandando últimamente y amenazan la estabilidad gubernamental, afianzada precariamente por los dólares americanos y las bendiciones vaticanistas, y aun estas últimas débiles por las concesiones del «caudillo» a los protestantes. Todo ello ha traído como consecuencia la formulación de una «plataforma» que el general Franco ofrece como panacea que servirá para aliviar los males que aquejan a la Península y quizá de «modelo» al «Novo Estado» portugués.

Ante la división en Falange y las actividades monárquicas encaminadas a minar la confianza del «partido único» y ganar posiciones, Raimundo Fernández Cuesta, secretario de Falange, definió las ideas a base de un Programa Sintético, encabezado con un preámbulo que decía: «El Movimiento Nacionalista está compuesto de todas las fuerzas que se rebelaron contra la República Española, agrupadas en una organización policial sometida a la disciplina de su jefe nacional (Franco) y que acepta una doctrina cuyos puntos principales son los siguientes: 1. — La representación popular al través de la familia, los sindicatos y las municipalidades en lugar de los partidos políticos. 2. — La autoridad del Estado. 3. — La religión católica. 4. — Reconocimiento del régimen sindical corporativo como la única organización de la economía nacional y del mundo del trabajo. 5. — La realidad de las declaraciones programáticas de la Carta Española de Derechos. 6. — El estado de bienestar social.

Esta es la sapientísima «base jurídica» de un movimiento que, después de combatir carniceramente a los elementos revolucionarios y a los grupos izquierdistas, no sabe ni por qué ha luchado y «de pronto» otorga preeminencia dentro de la extraña clasificación jerárquica a los sindicatos; claro que los sindicatos «azules» no son sino un pálido reflejo de los estatuidos en condiciones más

bonancibles en otros países y en la propia España. Esta monstruosa mixtificación de los principios por los que ha luchado la C.N.T. en España mueven a reflexiones acrecentadas cuando se estudia el sistema de seguro social y la carta de retiro obrero, cláusulas que afectan a la burguesía y otorgan determinados privilegios a las masas laborantes. En concreto se trata, según nuestro leal entender, de una incitación al gregarismo y a la apatía, que las clases laborantes españolas acogerán con la misma indiferencia con que han recibido otras maniobras de los reaccionarios de todos los tiempos. No obstante, ello mueve a reflexiones e cuanto a lo difícil que debe de ser para Franco pretender mantener un estatuto medieval en España, mientras en otras naciones, unidas con el ritmo manumisor del petróleo, la electricidad y la energía atómica, inician escarceos — escabrosos para el capitalismo — en el terreno de las relaciones entre obreros y patronos, logrando — en algunas ocasiones — **modus vivendi** que sobrepasan las aspiraciones de los tímidos republicanos y socialistas conservadores. Lo tenemos en el hecho trascendental del punto IV del Programa Sintético al «reconocer el régimen sindical corporativo como la única organización de la economía nacional», ya que, dentro de las reservas mentales con que está redactado, quiere ingenuamente ponerse al día en lo referente a «corrientes sindicales» y en ello sigue ostensiblemente los nuevos lineamientos jesuíticos, pensados, madurados y hechos digerir desde Roma.

En síntesis el propio régimen cavernario que priva en la Península toma nota de las «innovaciones de moda»: el progreso social.

Aquí es donde la Confederación Nacional del Trabajo reencuentra su misión revolucionaria ibérica, puesto que medularmente es española. Por el momento, lo perentorio es la lucha contra el franquismo y su destrucción; para ello no debemos despreciar la colaboración con los distintos organismos que en el interior y en el exilio persiguen el mismo fin. Sabemos de antemano el caos económico que en cualquier momento nos puede legar el franquismo; nos imaginamos los terribles momentos de transición que Iberia deberá pasar hasta su normalidad. La creación de adecuados engranajes económicos y culturales para evitar el colapso como comunidad civilizada. Al respecto es grato consignar, pese a los pesimistas, que la C.N.T. no sólo de ideas ha vivido, sino de realidades, y la etapa constructiva de nuestra revolución dio mucho en nuestro favor, y no todo fue improvisación del momento; veanse las memorias acerca de las colectivizaciones y la reforma agraria (merece citarse «La C.N.T. en la Revolución Española», de José Peirats, donde se recogen en detalle los alardes creadores de nuestra querida central) que desdican la tesis de «sindicalismo confuso» que nos endosó el ya fallecido Luis Araquistain en unos artículos y que demuestra hasta qué punto el ilustre ensayista andaba despistado acerca de nuestras cosas por sus cotos socialistas, donde impera la dialéctica y un torneo de series e inocuas razones donde no brilla la acción combativa sino el oportunismo político que ha contado con fracasos sonadísimos en estos

últimos años. Volviendo al señor Araquistain, bueno será reproducir lo que Kropotkin decía en torno a la dialéctica : « Mucho se ha hablado últimamente acerca del método dialéctico, recomendado por la democracia socialista. Pero nosotros de ningún modo preferimos ese método al de las ciencias naturales. Toda la inmensa serie de adquisiciones del siglo (pasado y presente) al método inductivo-deductivo, que es el único científico, se la debemos... ». Se refiere Kropotkin a la investigación de los hechos históricos mediante la investigación sistematizada, que busca la comprobación, tras la deducción. Convendría al señor Araquistain, que en una ocasión mencionó al anarquismo « como una manifestación fisiológica de hambre », hubiera estudiado estos problemas.

El meollo de la situación es, pues, la posición sindical de nuestra organización y su futuro en España. Andemos con tiento; se ha dicho en nuestros medios que somos « anarcosindicalistas » y no sólo no queremos negarlo, sino afirmarlo, pero tenemos enfrente el porvenir y debemos ganarlo nuevamente, ya que, bajo una intensa preparación ideológica, el falangismo y sus derivados intentan captar hasta la más mínima energía de la juventud española. El patriotismo exaltado; la catequización para la formación de los nuevos ciudadanos católicos; la constante visión de un mundo que no ofrece cambios y sí desesperación. Los círculos y personalidades intelectuales enfrentados con las « sutilidades » teológicas del dogma y el imperio más opresivo de la cruz sobre las entendederas, en forma tal que al Nazareno conmovieran, de existir. En fin, el engendro de un orgullo natural desviado hacia caminos negativos.

### III. LA NUEVA CARA ESPAÑOLA

La juventud española actual suma varios millones de personas que no conocieron objetivamente los problemas a los que tuvo que enfrentarse la C.N.T. Muchos de ellos empiezan a ser personas que deberían — en una sociedad libre no habría problema — poseer un criterio ya maduro. Sabemos que muchos han podido conseguir la información y las enseñanzas que los conduzcan a la liberación mental necesaria, para rapeler la dosificación « cultural » franquista. ¿Y los demás... ? Digamos de una vez que España, la que llevamos en nuestro corazón y en nuestra mente, no cambia; pero España tiene muchas caras nuevas y la C.N.T. debe encarar este hecho. Sabemos que lo está haciendo, pero es necesario machacar sobre este punto.

Reconozcamos lealmente que el nuevo panorama hispano ofrece distintas facetas. Nos encontramos ante un pueblo que mira ansiosamente el porvenir con cierto desencanto, emanado de las promesas incumplidas de los aliados en la Segunda Guerra Mundial, en la cual tomaron generosamente nuestra sangre y después apuntalaron — para ignominia y baldón de sus lemas tan profusamente propalados — la dictadura española con dirección « vitalicia » (como cínicamente asegurara uno de los

más « distinguidos » corifeos del franquismo, recientemente).

El sentimiento español ha sufrido duros embates a últimas fechas. Usualmente hemos vivido más en la mente que en el suelo. Díganlo si no los personajes de Calderón, Cervantes, Galdós o cualquiera de los grandes ingenios que hemos tenido. La intromisión de los americanos en la vida nacional; la evolución de los últimos inventos y su popularización, al par que la desilusión del español medio por la consecución de soluciones rápidas, han transformado la fisonomía nacional, hasta el punto de convertirla en un mero objetivo materialista en el que las necesidades perentorias e ineludibles (pan y abrigo) toman carta de ciudadanía « total ». Y este asunto es tanto más lamentable si comparamos a España con otras naciones europeas, donde — pese a las dificultades bien conocidas — se procura resolver el problema del diario vivir y se hace lo posible por superar — con cierto éxito — el problema cultural. Se hace lo imposible porque el espíritu crítico y creador no se ahogue.

Para nadie es un secreto el ostracismo cultural de Iberia; estamos alejados en gran medida — totalmente sería imposible — de la marcha mundial en el terreno filosófico; claro que esto puede tener una compensación — ciertamente irónica — en el hecho de que nos « vamos acercando a Dios cada vez más ».

### IV. — SUGERENCIAS

Resumiendo : la C. N. T. debe adentrarse en la cambiante fisonomía española y ofrecer su energía e idealismo a los nuevos grupos humanos surgidos de nuestra entraña materna. No olvidemos que, entre ellos, puede surgir algún nuevo Larra que enjuicie la generación « del exilio y de la cárcel » preguntándose angustiado si la continuidad puede desaparecer. Evitemos el orgullo, la apatía y las cerrazones mentales. Seamos siempre jóvenes y encaremos el devenir con mente fresca, resguardados por los basamentos inmortales de nuestros principios.

A título de sugerencia podría ahondarse en los siguientes puntos :

a) Contacto intenso con la nueva juventud, para la formación de nuevos cuadros militantes.

b) Estudio de las realidades económicas nacionales, teniendo en mente el crecimiento de población y los adelantos atómicos aplicables a comunicaciones, minería e industria.

c) Interesar a la joven generación científica española con nuestros objetivos.

d) Estimular el resurgimiento de militancia con capacidad para impartir directivas sobre el terreno y con preparación ideológica amplia.

e) Estudiar acuerdos que eviten, ampliación de los puntos c) y d), una tecnocracia o un dominio tiránico de los sindicatos. El pueblo — técnico o profano — será por igual responsable en la marcha de los destinos nacionales.

f) No ser partícipes pasivos de una acción gubernamental en España. Entendamos bien el asunto

¿HACIA UNA SOCIOLOGIA HUMANITARIA?**Sentido humano del pensamiento libertario***por Severino CAMPOS*

**E**L ciclo de metas sociales, puestas a disposición del hombre, indican un cambio de orientación sociológica. Las concepciones de finalidad afín agitan sus banderas, en proporción mayor a la que tratan de perfeccionar su pensamiento, en lucha dispuesta a inutilizarse unas a otras. Varias estructuras disputan la preeminencia, y pocas piensan que algunas, por débiles y anticuadas, en caso de triunfar tendrían vida efímera.

La utilidad privada declina su poderío; se hace sentir la necesidad de una distribución cada vez más equitativa. Al mismo tiempo, gradualmente, el esfuerzo creador, y su consecuente riqueza, se incorporan a matices sociales de estructura comunitaria. Va reconociéndose, aunque con mucha resistencia, que el destino del hombre será una convivencia donde se confundan intereses, anhelos y realidades.

La concepción libertaria de la vida, filosóficamente hablando, es relativamente joven. De ahí su lozania y sus bríos revolucionarios. Examinando lo que ofrece como horizonte de estructura social, nada existe igual para que el hombre goce de todo lo que necesita, y desarrolle sus facultades creadoras. No se ha originado ninguna filosofía, ni religión, que mire con tanto respeto al hombre.

Desde tiempos remotos ha habido destellos anárquicos, de contenido subversivo y analítico, pero carecieron de cohesión para tenerlos en cuenta como cuerpo de doctrina. Antes de Godvin, que perfila la justicia con brillo y enjundia anárquica, nada había alcanzado vertebración tan viva y elocuente. El desarrollo cultural, elevando la comprensión, y refinando el sentimiento de lo justo, completaron un bosquejo de relación humana de gran porvenir.

con la siguiente disyuntiva : O damos fuerza nacional a las nuevas federaciones de nuestros sindicatos que se creen o caeremos sumisos ante cualquier componenda de partidos, con posibles vinculaciones en el extranjero.

Que nadie vea en estos párrafos cambio de una manera de razonar (en este caso libertaria); por el contrario, es una mente que procura horadar el arcano confederal y razonar acciones posibles, sin usar tópicos más o menos inoperantes en estos momentos en los que el panorama hispano aparece más nublado que nunca.

Verdad es que como esquema y realidad ha ido muy poco más allá de su promesa; mas eso no desmerece el valor de sus fundamentos. Sus rudimentarios ensayos nada desmintieron de sí; su humanismo tuvo la más patente confirmación, al través de pruebas irrefutables, tanto en el campo del trabajo como en la distribución de los productos. Hay que reconocer; además, que todavía no es un pensamiento social bien desarrollado. No ha podido demostrar ampliamente lo que vale y a dónde va, ya que fueron y son muchas las dificultades que se anteponen.

La evolución de la vida, con sus intermitencias revolucionarias, ha ido cambiando las características incipientes, y superando el primitivo contenido. Ya se cuenta con una riqueza de valores incalculables. La actitud subversiva de la persona anárquica, antes aislada, esporádica, hoy está amparada por sólidos factores científicos y filosóficos.

Del campo anarquista surgen literatos, pintores, sociólogos, científicos y filósofos; en el hemisferio de estas y otras actividades, aquellos que no han hecho declaración de sentimientos anarquistas, por algún reparo o temor, en su obras ponen algo de libertario para adquirir mayor relieve y realidad social. Es innegable, pues, la tendencia a humanizar la vida, a elevar el grado de respeto al hombre, lo que asevera la tesis fundamental del Pensamiento Libertario.

La idea de socializar las creaciones, de darles sentido y valor comunitario, se desarrolla cada vez más impregnada de humanismo; frente a sí tiene muchas y grandes adversidades, pero son resistencias que diariamente van cediendo. Esta obra de superación, si es eminentemente libertaria, no se debe exclusivamente a las personas de reputación ácrata. Hay hechos aislados, y aportaciones indirectas, de hombres no enrolados en el movimiento específicamente libertario, que son servicios indiscutibles a la causa anarquista. Por ejemplo:

«La desigualdad política y económica produce, por virtud de las mismas leyes de la selección, la ignorancia y la miseria abajo; la locura, el crimen y la esterilidad arriba. Los hombres parece que están organizados para la igualdad.»

El doctor Jacoby, autor del párrafo anterior, tiene motivos sobrados para tales afirmaciones. No es libertario, pero se inquieta por uno de los aspectos fundamentales de la vida humana. Esa inspiración es coincidente, por lo menos en su fon-

do humano, con lo que preconiza y defiende el Pensamiento Libertario. ¿Y qué nos dice al respecto el filósofo Alfredo Fouillé?

«En suma, la diversidad de las inteligencias, y el vuelo de los genios, no tiene nada de incompatible con la igualdad de los derechos. Con todo hay que añadir que es verdad que todas las libertades se enlazan de cerca o de lejos; la igualdad de los derechos civiles reclama la igualdad de los derechos políticos; la igualdad civil y política, a su vez, tienden a producir espontáneamente una igualdad progresiva de las inteligencias, de los conocimientos, de la educación, de los bienes, de las condiciones sociales.»

Esta definición de la igualdad no está exenta de tinte y savia ácrata. En ella se conjugan factores que la inspiración libertaria aludió exclusivos de su patrimonio. Partiendo del derecho individual, que lleva implícitas obligaciones de respeto y solidaridad con los semejantes, se llega a la conclusión de que los bienes, productos del esfuerzo general, no pueden dejar de ser patrimonio de usufructo común. Y si a tales fines se encaminan los análisis de los sociólogos, la igualdad de los derechos es factor principal.

La suerte del hombre radica en su capacidad de comprensión, de colaboración social y adaptación a una base de seguridad común. Razón hay para afirmar, que mientras no se llegue prácticamente a esa conclusión, nadie se sentirá completamente seguro. No se puede llegar ahí sin una rectificación de normas de convivencia, de conductas humanas, de puesto que con la misma base moral del hombre no se puede lograr otra condición social que la que tenemos y soportamos. La solución está, como afirma el Pensamiento ácrata, en la elevación de la personalidad, en su superación ética.

Tal ascenso, sometido a examen, ofrece la conclusión de un fenómeno normal. Ya se ha llegado a situaciones de superioridad que eran ineludibles; y por el mismo camino, se llegará a otras que el mundo del privilegio, adusto, cerril e inhumano, mira casi con pánico. El hombre se supera gradualmente; lo que hoy realiza es mejor que lo de ayer; lo que realizará mañana mejor que lo de hoy. En su formación constante y ascendente, siempre ampliando su horizonte cultural, hallando placer y refinándolo en el esfuerzo solidario y próspero, la personalidad humana va cubriendo las etapas que elevan sus virtudes y la hace más feliz.

Vano será no aceptarlo. Las leyes que rigen la existencia del hombre son las mismas que las que rigen la sociedad; ambas son organismos de similar estructura y necesidades; en el uno y en la otra, el valor y seguridad de la última etapa, apreciada como superior, sólo puede descansar sobre antecedentes de garantía. De no ser así, el terreno que se pisa es falso, ruinoso, en el que nada bueno puede edificarse.

A la proyección de transformación ascensiva concurren varios factores, unos complementarios de otros. Es ley básica de toda sociología, con expresión vital más elevada cuando se refiere a la existencia humana. La función especial de cada cual, de mayor o menor importancia, no puede ser

menoscabada sin que se resienta todo el organismo. En todo momento y lugar fueron premisas que la propaganda libertaria aireó.

Tratando de conocer al hombre, constantemente en busca de su mayor bienestar, la penetración ácrata nulifica todos los sistemas en pugna con la equidad. Sobre esta base, específicamente ética, tienden a edificarse los sectores de movimiento intelectual que a la colectividad pretenden aportar soluciones sociales. Con el concurso de tal aplicación, que se irá aceptando a medida que se gocen las delicias de la colaboración y del sentimiento comunitario, el esfuerzo, físico e intelectual, alcanzará su mayor prosperidad y exuberancia.

Para llegar a cubrir esas facetas no faltan motivos de impulso; también pueden serlo de reflexión. Todo es necesario y tiene su efectividad. La sensibilidad a las injusticias subleva y fomenta revoluciones; el afecto a las personas, a la Humanidad, y el deseo de que el bienestar sea común, armoniza, crea paz y alegría.

Las eclosiones violentas, afrontadas por los anarquistas en defensa de la humanidad, son de tanta autenticidad ácrata como el más pulcro de sus pensamientos; responden a un grado de sensibilidad y de cultura, de inspiración próspera y humanitaria, de anhelos fraternales, encaminadas a contrarrestar la preponderancia agresiva de las instituciones vigentes y a sus defensores. Cuando no haya dominio, despotismo y explotación, las revoluciones violentas no tendrán lugar.

Por sociología humanitaria sólo podemos entender la cooperación de todos los elementos que contribuyen a liberar al hombre. Es primordial que a esta tarea se centren los esfuerzos que pretenden mejorar el género humano. Constantemente, el Pensamiento Libertario ha recalcado que el intelecto, para ser útil y humano, debe dejar de ser dogmático y servil; si es dogmático, está en pugna con la equidad; si es servil, sólo las castas pueden utilizarlo. En ambos casos es opuesto a la fraternidad social.

En la vida social existen varias esferas de agitación intelectual, de las que depende, en proporción considerable, la elevación o envilecimiento del individuo. Lo que necesitan esos focos de vibración, para ser tributarios a la gran obra manumisora, es una ética comunitaria que oriente las creaciones lanzadas por el genio. Si falta esa ética, ese elemento de la existencia que enlaza, coordina y estimula, las grandes creaciones fácilmente pueden traducirse en motivos de esclavitud y destrucción de dignos valores.

La voluntad es el motor que impulsa, la dinámica que abre camino, pero no factor único ni el más importante. En Marden y Atkinson hay mucho de bueno, mas no todo lo que sugieren. Para que tengan contenido humano las estructuras sociales, arraiguen en el hombre y completen el ciclo vital capaz de acreditarse como algo superior, no debe faltar el concurso del pensamiento y del sentimiento, que son los que perfeccionan y culminan la obra benefactora.

La comprensión, una de las virtudes esenciales en el fomento de buenas relaciones, todavía no irradia vigorosa sobre los manantiales de pensa-

## PROSA RURAL

# Tulebras, un minuto

**T**ULEBRAS, localidad navarra, es un convento de monjas con un puñado de casas al interior del portal frente a la carretera. El portal se cierra con cerrojo por dentro a prima hora de la noche en que el personal de campo ya está recogido. La medida del cierre data de la guerra carlista, y como las religiosas bernardas, dueñas y señoras del dominio, la encuentran en su punto, aún rige.

Algunas treinta casas, sin apariencia exterior, constituyen el mínimo burgo, con una sola calle, desde el muro hasta el arco que da paso a la monja y a la iglesia. Esta parte, con su fotogénica explanada, semejante a un patio de cuartel, es agradable.

Mas no tanto como lo frondosa arboleda de cabe al río, donde las mujeres lavan para los ricachos de la ciudad vecina a fin de ganar la vida.

Son aquí, por San Bernardo y San Bernardillo, en agosto, la merienda de escabeche de bonito y melón o sandía de los no relacionados con los peditores que refrescan en el tinglado de Varea, forasteros y otros.

Tulebras, en la línea de Tudela de Tarazona, tiene apeadero, al que sin faltar un solo día acude con la sonanta a tocar y cantar la misma jota siempre el « Ciego de Tulebras ». Acuden también « Matalaraña » y tía « Poquitos » a pedir de corrido porque el autovia sólo para un minuto. Si arrojan una moneda por la ventanilla del tren es para el primero que la coge y riñen.

miento capaces de resolver los grandes problemas. Aún pesa mucho la educación tradicional. Los convencionalismos se yerguen retadores y amenazantes; el temor a ciertas fuerzas sobrenaturales, y a las corrientes de brutalidad autoritaria, son obstáculos opuestos a la expansión creadora del intelecto. El vigor eficaz de la inteligencia no se genera en la proporción que el hombre podría producirlo en vida normal; tampoco, el que surge y se eleva, florece y adquiere potencia, se plaza en el lugar de su competencia para desarrollar mayor rendimiento social.

Tales condiciones no deberían pasar desapercibidas a quienes estudian la evolución superatriz de la sociología; toda una gama de complejos se antepone el pensamiento renovador. El proceso de avance es titánico, admirable; se rompen mallas opresoras, y se augura una total destrucción de lo que ha sido causa de miseria y hundimiento, pero la tarea reclama más esfuerzo, más inteligencia, y más integridad para lograr objetivos de auténtica justicia social.



Las monjas obsequian a las visitas con unas originales horquitas de ajos, que no son tales ajos, sino artículo de confitería elaborado por ellas. Todo convento de clausura tiene parte de cárcel modelo, donde el misterio y el silencio se compaginan.

Los frailes de Monteagudo — excelentes pelotaris algunos — vienen al cercano apeadero paseando y fumarreando. Tienen el don de iluminar su iglesia en un instante con el llamado hilo infernal que por sí únicamente se propaga. Pero carecen de una huerta como la de las monjas de Tulebras, con las tapias tan elevadas que sólo se ve la copa de los árboles.

Este dominio presenta igual catadura que el de La Joyosa, siendo preciso para quedar de asiento con tierra a cultivar que el colono acredite religiosidad y que de su conducta se responsabilice persona solvente. Ir contra la corriente costaría caro, y eso allí nadie. El país donde más se reza y más se blasfema. Perdónase al mal hablado, no al que los días de fiesta no oye misa. Raros son los que pueden decir en lo que creen y porqué lo creen. Esto es como el que trae de nacimiento una señal que con nada se quita. Lo mejor para la persona de ideas avanzadas que no pasa por el aro es llevar anclas, y con la música a otra parte.

Tulebras, predio de San Bernardo, con un portal en el camino real desde los carlistas.

Tulebras, colonos de asiento con obligación de oír misa domingos y disantos.

Tulebras, un soto verde en todo tiempo con un río en el que lavan la ropa de los ricos las mujeres pobres.

Tulebras, el ciego que en la estación toca y canta la misma jota siempre.

Tulebras, un minuto.

## ANTE EL DESARREGLO DEL MUNDO

# EL ANARQUISMO, única solución efectiva

Un estudio de Juan FERRER

### I

#### EL DRAMA DE EUROPA

C
 N ser espantoso el panorama retrospectivo de la doliente Europa, lo es mucho más, si cabe, su inseguro y tenebroso porvenir. La ambición de los poderosos corre parejas con el afán de venganzas que roe las entrañas de los poderes abatidos. Y la miseria de las clases desposeídas se agrava de forma alarmante considerada su pérdida de interés moral. Los gobernantes continúan entregados a los juegos macabros y de rapiña y las masas obreras no aciertan a comprender. En 1914, éstas nutrieron los ejércitos contendientes bajo promesa de la libertad del mundo; mas en 1939 debieron acometer la segunda parte de esta interminable y supuesta salvación. La democracia burguesa ha triunfado en 1918 y en 1945, y otra nueva conflagración que al fin conseguirán, llevará a la generación que sube a una nueva degollina bajo el repetido pretexto de la libertad de los pueblos.

Que las multitudes trabajadoras no comprenden, lo patentizan fiando estúpidamente en sus jefes, y ya con la mera aceptación de jefes. La clase obrera labra inadvertidamente su desdicha, y por ende la desgracia del mundo, renunciando a su personalidad revolucionaria en beneficio de unos parlachines que en las esferas gubernamentales cotizan particularmente, o «partidariamente», su indebida representación. Afianzaran su voluntad y se decidieran por el amor y el progreso universales, y los grupos productores de las diversas partes del globo conseguirían poner un término a las guerras y al estado de miseria física y moral que resulta de las mismas. De los trabajadores unidos y compenetrados depende que la paz vuelva al corazón de los hombres. Extinguiendo la fiebre militarista no contribuyendo a ella, y destruyendo el interés capitalista para revalorizar el interés humano se haría profunda y objetiva labor en beneficio de la felicidad colectiva.

Se podrá argüir que sembramos quimeras; pero detrás de esta objeción se agachan los amontonadores de cadáveres de la Scheide, la Krupp, la Vickers, la Skoda, la I.G. Farben y toda suerte de entidades y personas intrigantes y malévolas que

ansian fabulosas riquezas arruinando la moral y la vida de los pueblos. Y las que pagará con creces la tercera tragedia serán, como siepre, las colectividades humanas, y de ellas lo mejor: la clase productora. El prurito que desconsidera las propagandas anarquistas —humanas por antonomasia— la población del planeta lo satisfará con otros cincuenta o más millones de muertos. La sociedad presente, imperfecta como es, sigue considerada insustituible y digna de respeto. Variar o perturbar el juego de muerte y rapiña, se interpreta cosa que ilusos y sobre pensamientos nuevos no se quiere meditar.

Entonces, ¿qué hacer? Reemprender la peligrosa ascensión de los nacionalismos, la carrera de los armamentos hoy superada con la bomba atómica, los cohetes, los aviones a reacción y el radar. Para mayor pena, los elementos socializantes que se desgajaron de la Primera Internacional, la única con espíritu humanista y de clase que han poseído los trabajadores, se han integrado definitivamente, a partir de 1914, a las diversas corrientes de la locura nacionalista y guerrera. Descontada la moral anarquista permanente, los valores éticos de las multitudes proletarias están a cero. La modernidad se inclina por lo insustancial y catastrófico y los líderes «obreros» hacen lo indecible para acentuar esta funesta desviación. El proletariado sigue el camino del caos, anda a tuestas, de espaldas a la realidad. Un carnet, un mitin, una candidatura y a veces un vaso de alcohol en la tripa, forman el detestable «cocktail», que suple la necesidad de un ideal. En plan de obrerismo «consistente» hubo quien reconocía el derecho de Inglaterra sobre los países que dicen han civilizado, de la sombra protectora de los Estados Unidos de América sobre los pueblos débiles de aquel continente, y del contrapeso que debe ejercer Moscú para mantener el equilibrio de la política internacional; en fin, que desde el campo obrero se abunda en razonamientos de origen burgués y dictatorial.

Los trabajadores están descentrados cuando aprueban las charlatanías sobre la carta del Atlántico (1), las «nuevas» modalidades, los determinismos, esto último copia vulgar del «estaba escrito»;

(1) El Mercado Común, la Europa política y otras sandeces.



sobre la «acratización» de los Estados, la diosa Economía, la democratización de los ejércitos, y otras zarandajas propias para incrementar el gregarismo (materia indispensable para la formación de masas), mientras los poderes tiránicos y homicidas restauran sus fuerzas y cobran forma para las locuras del porvenir.

En tanto el capitalismo se afana en conservar posiciones y trata de establecer otras nuevas para mejor atacar, las multitudes obreras, mal servidas por sus líderes, operan en constante regresión. Los mentores de la plutocracia engendrados de guerras se movilizan y pertechan en la clandestinidad, mientras en público recomiendan calma y paz a los trabajadores. Y éstos creen y no meten inquietud, intoxicados por el opio palabrero de sus directores.

Para bien de la burguesía, y también del despotismo que ha enraizado en Oriente, la peste caudillista se ha adueñado de la voluntad de los obreros, de quienes extrae hasta la última gota de tesón. Así, las almas muertas no podrán acometer empresas fuera de partidos, no se saldrán de fila, irán a la huelga por mandato, votarán por disciplina y no darán un paso sin el consentimiento oficial... Con esta centenaria teoría, mal ropada a la moderna, el proletariado está perdido. o lo estaría de no mediar el anarquismo. La visión de una nueva guerra, seguida del imprescindible cortejo de calamidades y horrores, es algo tan espantoso que invita a meditar. No son los Estados —fatales engendrados de odios— quienes restañarán las heridas por las cuales la Humanidad sangra sin cesar. Ni los gobiernos totalitarios que encubren su desagradable mercadería con trapos de seda tejida en todas las capitales. Sólo una teoría —convertida a la práctica en España— abierta a los vientos de la libertad y del derecho integrales, podrá resolver el difícil y emocionante problema del acercamiento cordial de los hombres y de las razas. Cuando el latino se dirija al eslavo y al sajón para ofrecerles la flor de su pan y lo mejor de sus costumbres, aquellos lo recibirán con agrado y con mano de amigos. Y viciversa. Entonces las armas mortíferas carecerán de objetivos y las rayas fronterizas de sentido. Cuando los hombres ignoren los poderes humanos y divinos, mejor se reconocerán entre sí. En un régimen de equidad sólo un desequilibrado sería capaz de exigir dos pares de calzado para que su vecino permaneciese a pies desnudos. En una asociación de hermanos, nadie comería con tranquilidad en presencia de un semejante desprovisto de pan.

Hay que agrietar los poderes actuales para facilitar un cambio de orientación y de circunstancias. De lo contrario, la Inglaterra de los pares seguirá en sus treces y la Alemania de los junkers también. La primera es la madrugadora que se apropió de lo más florido de la tierra y la segunda debe pagar caro el delito de haber prolongado más de lo debido su siesta medieval. Hinchada de personal, Alemania no cabe en su piel, ocurriéndole lo propio a Italia y al Japón. Esta es la síntesis de las guerras periódicas que los prejuicios de raza, casta y fronteras contribuyen a exacerbar.

Por su parte, la Rusia roja ha heredado la co-mezón imperialista del zarismo. Stalin confesó estar satisfecho del triunfo adquirido sobre el Japón. A cincuenta años vista, el difunto Nicolás II le devolvía la pelota a su contricante Mustsu Hito a través del otro dueño del Kremlin.

La Gran Bretaña, enfrentada a la U.R.S.S. por contradicción de intereses, se apoya en lo posible en los EE. UU. y se rodea de naciones satélites, mientras que la Unión Soviética, inducida por preocupaciones similares, construye sin remilgos su caparazón oriental, el cual va del Elba hasta el estrecho de Behring. Para mayor complicación, entre las propias naciones alienadas en este o aquel bando, las querellas y las reclamaciones se suceden sin interrupción. Existe, por causas de las fronteras o por las riquezas yacentes más allá de las mismas, un enmarañado entrelazamiento de codicias y rivalidades. Señalemos la voracidad que los Estados potentes manifiestan por los pozos de petróleo, hoy que la aviación juega un rol preponderante tanto en la guerra como en la paz; hoy que la navegación y el transporte terrestre, así como las industrias privadas, se petrolizan, y no se concibe agresión a pueblo alguno sin utilización del carro de combate movido a gasolina

Además, Alemania permanece revanchista.

Además, Londres, Washington y Moscú se observan en todos los lugares estratégicos del planeta.

Confesamos que el drama próximo no carece de argumento.

## II

### FALSEDAD DE LAS SOLUCIONES MARXISTAS

La fracción política del socialismo estableció escuela bajo la égida de Marx.

Se escribió en el Manifiesto Comunista una frase lapidaria: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos», y seguidamente la regla fue adulterada. Los propios redactores del Manifiesto —Marx y Engels inventores del socialismo de Estado, rectificaron la premisa política sugiriendo que la emancipación de los trabajadores podía ser gestionada por los representantes de los trabajadores mismos, agregados al Parlamento burgués. Desde luego, que con tan simple e incruenta solución la mayoría de las personas situadas al margen del bienestar se conformaron alegremente, puesto que es muy cómodo recibir beneficios substanciales sin exposición personal ni molestia gravosa. Deslizados por la pendiente simplista, o por mejor decir, mesianista, los conglomerados obreros utilizables votan incansablemente, desde mediados del siglo pasado, sin consentir otro resultado que la solidificación de la teoría estatal, la cual en un principio se propusieron aventar.

Éxitos electorales esplendorosos, la socialdemocracia —hija mayor del patriarca Marx— los ha conseguido numerosos en Alemania, Inglaterra, Austria-Hungría, Bélgica, Dinamarca, Francia e Italia. En ocasiones repetidas el socialismo refor-

mista ha sido poder, habiendo su gestión carecido de efecto favorable. En lugar de utilizar la máquina estatal en provecho de los desposeídos, el socialismo colaborador se ha visto obligado a considerar un sistema montado a la burguesa y a servir el interés del enemigo. La socialdemocracia germana cometió la barbaridad de fusilar obreros revolucionarios. Los socialistas españoles, participantes en un gobierno burgués, no podrán recordar con agrado las masacres de obreros a los cuales la República no había dado satisfacción. Aristides Briand instituyó el brazalete militar en 1912 para provocar el fracaso de la huelga de ferroviarios franceses, y Clemente Attlés en 1946, perdió la huelga de los portuarios ingleses utilizando mano de obra militar, suerte que repitió al año siguiente, dueño de los resortes del poder, obra al influjo de la Banca y de los intereses coloniales, al extremo de satisfacer a la clase conservadora en casi todos los problemas de régimen interno e internacional.

Ebert en Alemania, Ramasay Mac Donald en Inglaterra, Vandervelde en Bélgica y Blum en Francia, no hicieron o hacen otra cosa que actuar en plan de estadista burgueses, con lo que habrán conseguido prolongar la esclavitud de los trabajadores.

Los caudillos marxistas de la Italia de 1920 comprendiéndose gastados e impotentes por exceso de función parlamentaria, aconsejaron a su Confederazione Generale del Lavoro la adopción de medidas radicales como la toma de los centros de trabajo para asumir su dirección. Mas, por falta de preparación revolucionaria, el proletariado italiano olvidó de tomar la calle. Semejante omisión —imputable a los directores socialistas y comunistas— condujo al pueblo italiano al desastre. Alentados por este fallo, las tropas burguesas-reaccionarias acabaron con la extraña insurrección de un pueblo que se creyó libre habiendo dejado en pie el aparato represor del enemigo. Luego apareció Mussolini con sus bandas de mercenarios para hincarse en la obra de destrucción total del movimiento obrero. Cuando a veces los marxistas de ambas especies nos acusan de infantilismo revolucionario, nos sonreímos al establecer parangón entre la Italia del 22 y la España del 36.

En general, la socialdemocracia lleva su parte de culpa en el estallido de las guerras provocadas por la ambición capitalista. En 1913, la II Internacional era lo suficientemente poderosa para oponerse con probabilidades de éxito a los designios imperialistas del Kaiser Guillermo II y de la plutocracia inglesa, a la cual no hay que olvidar. Los adherentes al socialismo alemán se concretaban en tres millones y en dos millones los efectivos de las Trade Unions. Con cinco millones de hombres distribuidos en los dos países principales en la contienda, el anarquismo hubiese evitado la guerra mundial 1914-18. Aún hoy, el mundo no saldrá de apuros y nuevas guerras le cortarán el paso a la Humanidad si los pueblos no son convenientemente anarquizados y desvinculados de su absurdo apego a los Estados. Invitamos a los partidos e individuos burgueses o socialburgueses que se consideran el sumun de la sabiduría, a que pre-

senten una fórmula de saneamiento más completa y eficaz que la nuestra.

A pesar de los grandes comicios y de la elocuente palabra de los hombres de la citada II Internacional, cuando el emperador de Alemania lanzó guante de guerra, los socialistas (1) del primer Reich se sintieron ante todo alemanes, encuadrándose sin más objeciones en el ejército nacional. En Austria-Hungria se repitió el fenómeno y la socialdemocracia de Inglaterra, Francia y Bélgica siguió el ejemplo. En este punto, el crédito internacionalista de los núcleos políticos del socialismo quebró sin posibilidades de recomposición. La vida estrecha de los nacionalistas no se había llevado a las grandes masas camino del matadero, pudiéndose esperar, a lo sumo, un acto de contrición al salir de la matanza. La comezón patriótica de los grandes partidos obreros no podrá ser perdonada de una humanidad condenada a periódicas exterminaciones a causa del abandono de los principios antimilitaristas.

Por si una tal dejación no fuera lo bastante criminosa, la socialdemocracia yuguló el estallido de la Revolución Social. La reflexión y el descontento habían motivado el resurgir obrero en la Europa central provocando el alumbramiento de focos de insurgencia en Berlin, Baviera, Dusseldorf y Budapest. Desacreditados los partidos militaristas por la pérdida de la guerra, la república de Weimar cedió el poder a los socialistas. Olvidándose del Manifiesto Comunista y de su misión anti-capitalista, los nuevos gobernantes reprimieron con mano dura todos aquellos intentos de insubordinación social, utilizando sin escrúpulos el concurso de los militares reaccionarios o pre-hitlerianos. Estimulados por Noske, ministro socialista de la Guerra, los soldados del Kaiser caído se lucieron extraordinariamente exterminando al espartaquismo, reduciendo a los revolucionarios de la cuenca del Rhur y liquidando sangrientamente el ciclo revolucionario de Baviera, el más emotivo y realizador de este siglo después de la Revolución española de 1936. Si aquel acontecimiento popular en el que tuvo preponderancia Gustavo Landauer hubiese echado raíces, la Humanidad no hubiera pasado por el trago amargo de la guerra 1936-45.

El deshincbe de la Revolución húngara provocado a espada por el germanófilo Horthy no implica, por esta vez, complicidades del marxismo con los poderes reaccionarios. Hay que atenerse a la inexperiencia de unas masas que trocaron cándidamente las conquistas de la calle por una dictadura montada a la rusa, digamos con renuncia de sus derechos en provecho de la política del moscovita Bela Kun. Este, soberbio como buen autoritario e incapaz como todos ser auter-endiosado, se atacó a la barbaridad administrativa y a la tiranización de quienes consideraban súbditos y no iguales, lo que perdió crédito a la Revolución y posibilitó la ascensión de Horthy, proclamado regente del país por disposición de los ingleses. La torpeza de aquellos revolucionarios se evidenció al no aceptar en la reorganización de la vida húngara

(1) Todos los obreros. (N.D.L.R.)

y al manifestar su nula comprensión de la naturaleza humana. Por haber despreciado el factor hombre sujetándole a los caprichos de Moscú, Bela Kun posibilitó la caída vertical de la Revolución. La táctica de subordinación a la Sedc roja cosechó, en 1919, este primer fracaso.

Como se habrá comprendido, la torpeza bolchevique alcanza también su grado de culpa en el fiasco del obrerismo italiano que determinó la entronización del fascismo en 1922. Bombacci, d'Aragona y otros líderes comunistas, compartieron el fracaso con las huestes del socialista Turatti. En Francia, el Partido comunista se ha revelado estéril y contradictorio por falta de «élan» propio. La sujeción a Moscú le corta el vuelo y lo hace aparecer como una sucursal de un poder extraño y lejano. Con referencia a España, nuestro 19 de julio se pasa de la importancia comunista y cuando ésta establece su auge, la unidad antifascista palidece y el pueblo español se hunde. En todo lugar que se revele la existencia del Partido comunista, la penetración popular deviene imposible. La impertertable carrera impositivista de los agentes del Partido, su ciega devoción a Moscú, impiden el diálogo constructivo y cortan todo empeño de sinceridad. Tan alarmada está la gente, que siempre barrunta en los agentes comunistas duplicidad de intenciones. La verdad es que el bolchevique poco

le importan los intereses locales por estar sujetos a férreas y lejanas directrices. El Kremlin lo sabe todo y puede disponerlo todo. Mas por profunda que fuese la sabiduría de Stalin, éste no alcanzaria a desentrañar el complejo de necesidades físicas y espirituales de todos los pueblos del orbe. Los españoles antifascistas perdimos la guerra a causa de la intromisión de Hitler y Mussolini y debido a las insolentes actividades de los enviados de Stalin. La aplicación de la rígida política de este generalísimo en los negocios de cada país, ocasionaron tan graves trastornos a los elementos revolucionarios, que les imposibilitó o retrasó el éxito de su gestión. Por el ejemplo de una vida rusa constreñida a plan vegetativo y a férrea conducción, puede suponerse lo que un triunfo total del sovietismo supondría para el porvenir humano. Un plato de garbanzos numerados y sin derecho al propio gusto, es algo tan misérrimo que repele a los espíritus emancipados.

La Revolución de los productores no debe convertirse en un acontecimiento valdío y las teorías de manumisión deben apuntar a un más allá que no consideran los marxistas apeados en la norma burguesa, o en un comunismo deshumanizado y regimentador.

(Continuará.)



## OPINIONES DE

# Cantones y guardacantones

**U**N asno no tropieza dos veces en el mismo san pedrusco. Pero los políticos españoles de cero a la zurda — los de nua valía, quiero decir — parecen entesados en rebuznar más musicalmente que los que endosan albardas chuletas a la parrilla de la espalda. Si la experiencia no nos sirve para maldito Dios qué cosa, llevemos nuestra engominada cabeza al tlapalero, a la casquería y al mercado de tiestos artísticos, para ver si nos dan por ella un cuatrín. Ya que para la induccio-dedución nos aprovecha menos que una capaza episcopal de doble pico y pala.

¿A quién, que no sea por derecho propio huésped de una loquería, se le podrá oír con flema decir que en una tercera eventual República, menos limonada o acre que la que por nuestros pecados perdimos, habrá de extremar el rigor legal y penal contra los que ataquen el régimen a babor?

Me parecen, a este propósito, de una justeza precuada y precisa, matemática a toda madre, las apreciaciones que emitió en « Ruta » Pepe Peirats —a quien trasatlánticamente saludo— sobre cantonalismo.

No es sólo una República, la que oportunamente abortó en España. Fueron dos. Y más muertas que una momia, nacerán cuantas en lo sucesivo se alumbren con cirios de procesión, como sus antecesoras. ¿Por qué?

Porque a los españoles se les quieren cortar trajes, que les van a la medida y hasta les caen pintados a las celestes democracias de la universa China; pero dentro de los que nuestros compoblanos se ahogan, porque no les caben en ellos la infraver-tebrección y la cintura.

Del memorable cantón de Cartagena se ha hecho cruel jiga, porque su quijotesco almirante Contreras declaró guerra sin cuartel, a lo cachetón, a lo siete machos de Cantinflas, a las flotas de barcos-tanque de Su Majestad anglopersa.

Si con tres cascabillos de nuez por escuadra, mostraron los cantonales murcianos ser tan « echaos p'alante », ¿qué hubieran hecho si llegan a tener un renglón regular de navios de línea y una buena

formación de cruceros de batalla? Lo menos se meten en el bolsillo a su Canuto y desmontan del caballo a San Jorge.

¿No abrió hostilidades nuestro 36, porque le salió del petral, contra el estúpido mundo entero? Que perdiéramos en la lid o lidia, no empece. Los ánimos no se los abate a la emigración el exilio. Se someterá a nuestra carne mortal. Pero, no se le ajusta el yugo a nuestra razón beligerá. Y mientras hay gas, hay esperanza de luz.

Si los ingleses están más contentos que chinchas con su laborismo plantogenético, los franceses con su República a la parisién y los americanos con su equipo petrolero y trustero ¡allá cuidados! **God save de king!** Dios guarde en salvado al rey : como han dicho los rabos de cerdo amarillos a Chang, que enviaba el dinero de los refaccionarios yanquis a la cuenta corriente de dos cuñados que cabalmente tiene en Nueva York y que son de los que hoy palean más dólares, patrióticamente embolsados, en Estados Unidos. ¡Qué marido y qué hermanitos los suyos, Madame!

Al español hasta el federalismo novecentista del catalepta Pi y Margall, que por ahí se viste y calza, le resulta azumagado, se le ha quedado corto y no le viene ya.

En la península se gladia *ab illo tempore* una federalidad más densa y profunda, de más suelo y cielo o vuelo : biológica, vital, económica, social.

Y eso, ni grúas y montacargas, gatos y polipastos, lo mueven. Dios está con quien gana o va a acertar el pleno. Es decir, con nosotros, con nuestros sueños benditos. Dios — ya se entiende — es la vergüenza virgínea, las esperanzas de la imperonidad Sur y Norte, la marcha del Roskof, la evolución redentriz, la relojería integral del destorrongado Cosmos.

Y cuantos no se apeguen a tan precioso sentir, son unos transgredidos mandamientos, una cansina recua; se empantanán en un atasco retardar, en una pecina sin nombre.

¡Son más *démodés* que su *yayita pochère!* : la de la canción, con que a bofetadas hacen los platos añicos las gentiles cocineras en rabia de amor.

## SAMBLANCAT SOBRE:

# ACOSOS LEBREROS

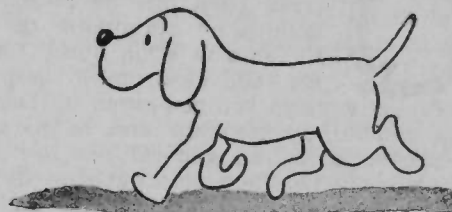
La cetrería o caza con aves de presa es un deporte mongol. Las altiterrazas del Pamir, de seis mil y más metros de realce, y nevadas once meses de cada docena, invitan a correr detrás del venado o de la liebre, con la falcónida capirotuda de rigor en una mano y las riendas del pingo al galope en la otra.

Los cruzados trajeron a Occidente esa diversión de un Oriente narcotizado y abatido hasta más abajo de la bestialidad por la filosofía y creencia; punto del horizonte el tal orto, al que fueron los Gestas de la Cruz por los huesos de cuello de un ex carpinterín famélico y de donde volvieron con las propias fichas de dominó hechas cibera y una raspa de sardina.

Alberto Mago o Magno, que escribió de trasgos de brujas, además de sus sucociones con jorquinás, nos legó también un libro de halconería baronial y feudal.

En España, fue donde quizá la afición leporicida cobró más raíz y madrugó más. Es posible que ahí el azor liegara con los Nanos del desierto. El caso es que las Cortes de curdelas de Shiraz o de Jerez, perdiendo el tiempo, como de costumbre, estatuyen en 1269 el precio de 50 maravedís para un gavilán y de 30 para un robusto bridón de batalla. De ambos animales y de los que los asaban, no se podía dar un ochavo.

El príncipe don Juan Manuel, al que cito por lo sonoro de su mote, prescribe que un señor que se cotice en más de dos cuartos —ninguno los vale— ha de poseer un muestrario de 18 aves de altanerías; dos jerifaltes o sacres garceros; 4 neblis abaneros o perdigueros; 6 baharis o bornis grueros; 3 azores anaderos; 1 gavilán cercetero; otro, torzuelo (macho) de bella planta, y un esme-rejón palomero.

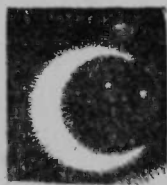


Se ceba a esos bichos como a deanes, con hígado de oca y pechuga de gallina, atadas a un trapo de color, que se agitaba en la punta de un látigo. Se las alimentaba con filete de vaca, conejo montés o cordero lechal, como a una recién parida o como una sobraña que en las tetas de la madre se marca para el recrío. El halconero, que había de ser ornitólogo para que no se les comiese las tajadas a sus alumnos y se echase tal cual pollito de estrigida al propio arroz, gozaba de un sueldo de prebendado.

Que el exótico sport tomase carta de naturaleza entre nosotros se explica por dos razones como dos rizomas. La Península tiene configuración poliédrica similitasiática, con altimesa doble y muy tro-tandera en la cima y tajeadas vertientes a los flencos. Las hoyas del Ebro y del Guadalquivir hacen bajo Franco el mismo olor de muerto que bajo Brama y Confucio las del Indo y el Yangtzé. Además la mentalidad de nuestros ignates y señoritos manzanilleros es mongoloide, cinegética y venatoria. Vale decir: cínica o perruna y de coqueta de cine; con pozaladas de ciencia hípica y de esco-petero de tiro de pichón.

Ayercito no más, alternaban la caza del ciervo con la del siervo. Hoy no cazan más que los pájaros fritos en las tascas; y alguna codorniz en las latas de conserva, en que embasa estofado de criatura el devoto guisandero Trevijano.

Pero los descendientes de los antiguos ricos homes, que eran ricos porque no eran homes sino fieras, que tenían la pata prehensil o dedos más prehensivos que aprensivos, se aburrían, en 1936, en los casinos, en los colmados, en las sacristías y en los tentaderos de reses bravas; y se lanzaron al Movimiento Salvador, que no fue más que una cacería —la del pobre «renard» rojo— que como en la Rusia de Stepinac, ocasionara otras de zorro azul y «argenté», con tal cual pieza mayor de las que entran pocas en báscula.



# El universo de Alaiz

V



QUE debió encontrar Alaiz en Zorrilla para que de mozo tuviese la idea de aprenderse de memoria todo el «Don Juan Tenorio»? En todo caso emitió después un juicio sobre el famoso rompe-bragas de Don Juan que dista mucho de coincidir con la apreciación que del mismo se da en general por los críticos: «El motivo expresivo más determinante de la faz de Quinet, es la atención, se advierte en su mirar.» «Esta sugestión inquisitiva es muy usada en España por los mirones arremetedores de mujeres. Tenorios de todas horas que ya se contentarían con satisfacer a una sola mujer, débiles repudiados por ellas y condenados a piruetas sexuales, conquistadores de rápida ida y rápida vuelta. Está averiguado que Don Juan Tenorio cambiaba de lecho con tanta frecuencia porque no contentaba a ninguna mujer.»

Sus respetos, que describe con cierta solemnidad, los demuestra abundantes para otro libro y otro hombre. No se conforma con decir «he leído», sino «he leído y releído» **Emile**. Pero advierte que «Quinet guardaba una afectuosa adhesión a Rousseau, no empañada por esa especie de crítica poco premeditada que desearía encontrar en Rousseau el eco de los descubrimientos posteriores a él.»

No le gustaban las aulas por «petulantes y secas». Su objeto era, mediante la educación, despertar en el estudiante «un gusto personal». «¡Qué buen profesor había sido el padre para con el hijo! Dibujaban mapas y rutas, hacían estadísticas de producción, de analfabetismo y de nacimientos. Leían libros de viajes... con los que se paseaban por selvas, puertos y montañas.»

Alaiz, como todos los humanos, también tenía sus días de humor empedrado. Ello le ocurría, sobre todo, cuando se encontraba ante textos de sensibilidad y dolor contra lo que siempre se pronunció. En el sentimentalismo veía el arma más formidable aprovechada por el pillo y la pillería en general contra los sensatos y los mandados por naturaleza... o dejadez. En día de humor empedrado estuvo cuando enjuicio a Bécquer, juicio de pesadez da también sobre «La Dorotea», «obra mortalmente ilegible en bloque».

Al emitir estos juicios no se coloca en el terreno político, pues que desde éste, abarcando a todos los jefes por igual, ya dijo: «Los magnates, tan pronto quieren que el pueblo se pelee por ellos como se unen con sus rivales», para hacer frente al pueblo, claro está. Al efecto, fija su pensamiento en la actitud de la reacción española cuando en

1808 se declaró antifrancesa, y en 1823, aplaudiendo a la operación llevada a cabo por el duque de Angulema para restaurar el absolutismo en España, se mostró afrancesado. ¿Romanticismo?, no; puesto que si éste era «brío y quejido», según dice al analizar al duque de Rivas, distaba mucho de ser especulación y cálculo político, el cual encuentra su quinta esencia en la definición siguiente hecha por Himler, criminal de guerra, reproducida en «Le National-Socialisme par les textes» de Hoferby. Dice así: «Que 10.000 mujeres rusas caigan desmayadas construyendo una trinchera anti-tanques no nos interesa más que en la medida que su esfuerzo sea provechoso para Alemania. Quedé bien claro y comprendido que nosotros no seremos brutales ni inhumanos allí donde la crueldad y la brutalidad no sean necesarias. Nosotros, los alemanes, único pueblo que observa una actitud correcta para con los animales, adoptaremos la misma actitud hacia los animales humanos. No obstante, sería un crimen hacia nuestra propia sangre si la suerte de los demás supusiese para nosotros una preocupación.» Maquiavelo y buena parte de los papas ya han dicho lo mismo al definir el papel del Príncipe y de la política.

El romanticismo era, además, un contrasentido, dos cualidades repelentes entre sí que producían un contraste en muchos de los románticos.

He aquí algunos ejemplos: «Carolina Coronado carece de prosapia rotunda y saca a escena personajes de furia descomunal cuando escribe dramas porque es tímido de carácter su autor.» «El duque de Rivas, demoniaco, fatalista de una sola pieza en su obra, mientras en su vida es un tímido rematado.» «Zorrilla se dejó coronar en Valladolid igual que un dios. Se dejaba coronar por timidez.» «El romántico Feliu y Codina era hombre sumamente tímido.» «Marcos Zapata era otro creador de tipos desmesurados, siendo Zapata apacible como un ermitaño.» «Guimera, creador de personajes legendarios era tan tímido que pedía permiso para opinar.» «La timidez de Echegaray —creador de matones y chalados— era proverbial».

Con lo que dice de Echegaray abarca buena parte del elemento español —en particular el exiliado— y que gustosos ofrecemos: «Los personajes de Echegaray son militantes del sentimiento infinito, del amor de golpe y porrazo, de la pasión insondable, del flechazo, del *coup-de-foudre*; es decir, de lo que no tiene medida.» Echegaray era un matemático. Y concluye: «La timidez no creó nunca ningún valor hondamente revolucionario, a pesar de los gestos.»

Según Freud y el psicoanálisis, el hombre pide y desarrolla aspectos de carácter del que él mismo

carece. Es algo así como su complemento. Alaiz no dice tanto, pero casi dice lo mismo. A menudo es indispensable ver el contraste que ofrece un hombre deducir qué o quién es su carcelero.

#### EL ESPAÑOL EN GENERAL.

Los tipos que ofrece son múltiples y con detalles, sabrosos y dignos de mención.

«El español es laborioso y honesto en general, y frecuentemente hábil en el oficio. Si no trabaja se muere de pena y de aburrimiento. Pero no le vayáis con libros porque os toma por *chalaos*, o en plena *rigolada*. Y a última hora casi has de pedirle perdón por saber leer y escribir.» Cuando al referirse a Goya interpreta lo que de español tiene éste, dice: «Para Goya, el patriotismo era menos que el canacán. Su soberbio cuadro «Fusilamientos en la Moncloa», pertenece a un ciclo de testarúdez española. Con la misma acometividad pelearon siempre los españoles entre sí que contra los franceses.» Y explica más tarde: «Se ha dicho que el españolismo de 1808 era una síntesis del españolismo aragonés, del españolismo andaluz, el catalán, y así sucesivamente. Teoría dispartada. El hombre pacífico y pacifista, el hombre más enemigo de la guerra, si le roban el pan que ganó, le violan la hija y le asesinan la madre, ante de ponerse a salvo de la brutalidad guerrera, ¿no se sentirá combatiente?»

Con el párrafo anterior queda reflejada la explicación humanista de la leyenda de violencias que atribuyen al hombre ibérico. Otro tipo de español nos lo ofrece con el «patriotismo» de Agustina de Aragón, amante y no patriota. Al penetrar en el alma española, Alaiz encuentra que el sentido de la exageración es su mayor propiedad y más abundante.

«—Usted es un terrible revolucionario —dice el católico al reformista político.

—Y usted un terrible dictador —replica el reformista, dirigiéndose al católico.

Pero luego resulta que el revolucionario no es revolucionario, ni el dictador, dictador. Si uno y otro dijeran al contricante que es un pobre diablo estarían en lo cierto.»

Ahora, que tanto se habla de política entre los desocupados y preocupados por ella, bueno será también tener en cuenta lo que emite sobre un tipo de político muy español: «Castelar se creyó un rey y a ratos lo fue. Como republicano, favoreció la restauración; como demócrata, fue más sumiso a las espuelas que un corcel; como historiador puede ser esencialmente autor de textos de seminario; como orador, a juzgar por las reproducciones que conocemos de sus discursos, no resultaba más que un hablador desenfrenado que carece de bellas oraciones porque carece de medida. Cuando fija su pensamiento en Espronceda enjuicia de la siguiente manera: «España: ¡Maldiciones y preces! Todo menos control íntimo, norma directa, concepto, autonomía, análisis constructivo.» «La España de Espronceda es un crisol de reacciones iniciales de descontento filtrado, una desesperación por no hallar nivei.»

Y nos inclinamos con respeto por Espronceda. Ved si no la desproporción actual de fuerzas, lo

mismo la que se deduce de las palabras que pronuncian los que mandan como la de los que se dejan —o no se dejan— mandar. Bien claro lo ve Alaiz cuando escribe: «Se anuncia ya el signo de los tiempos.»

«Gil Robles gobierna, decía, no por ser un diputado inteligente, sino por ser uno de los discípulos más rezagados de los jesuitas. Contra los jesuitas, el ferrouxismo de jóvenes bárbaros no ha tenido más arma que la reverencia, pero es porque el ferrouxismo quiso hacer el señor con un censo de barberos de pueblo y comisionistas de patatas.»

Tiene razón Alaiz cuando refiere que «Costa se desesperaba por la indigencia intelectual de los españoles y éstos viven en perpetua incapacidad de darse cuenta.» Se desconoce el nivel y la congruencia.

«Supuso Costa que la brutalidad española sólo existía en los gobernantes, cuando aquella es un reflejo.» «Una República docente, húmeda, agraria y succulenta, con escuela y despensa abiertas, sin pobres y sin pedantes, es problema que sólo pueden resolverlo los participantes, no los decretos.» Ni los telegramas, ni los manifiestos.

Compara España y Francia, y dice: «La Francia de Chateaubriand era muy distinta de la España de Echegaray. En Francia privaba el romanticismo sintético y teórico, y en España su reflejo fulgurante. En Francia, el romanticismo fue la paz de postguerra de Napoleón y en España la lucha cuerpo a cuerpo.» Aquello que en Francia era «abstracción» en España era «guerrilla». Cuando analiza a Campoamor y a su época nos caricaturiza la España de entonces en las siguientes líneas de oro: «Las luchas entre españoles responden casi siempre a un antagonismo extraño. Se amontonan a un lado los que simulan no creer en nada creyendo en todo, y se amontonan en el lado opuesto los que simulan creer en todo no creyendo en nada.»

Abarcando al ibérico lo presenta como en ascuas: «El portugués y el español, que en la intimidad son protagonistas de sainete, en cuanto se juntan más de cuatro, ante los demás sólo representan tragedias.» La famosa furia española no es más que eso. «Poned al español en sociedad con otros españoles. Si se trata de una tertulia íntima, charlarán por los codos discutiendo perpetua e inútilmente, echando a perder más ingenio que el demostrado por Gutenberg para inventar la imprenta. Si se trata de una asamblea deliberante, el peso lo llevan cinco o seis tragediantes alquilados para dar tinte dramático al acto, haciendo la masa el papel mismo que hacen las beatas en el sermón.»

Con esto Alaiz apuntó a un mal muy generalizado de los que tanto pululan en los salones de sociedad, cual si tratase de comediantes en escena unos, de pasivos espectadores otros. Quería Alaiz acabar con el estado contemplativo de la mayoría de los españoles ante cosas y casos que deben importarlos. Lo hace a veces con una crudeza atroz. Cánovas era tuerto, y siempre con el pensamiento puesto en lo español recuerda la frase de Sagasta

cuando lo supo muerto: «Sólo un extranjero ha sido capaz de matar al tuerto.» Y la atrocidad de Alaiz surge volcánica y aplastante ante la que el más sonriente de los españoles hace cara de serio: «España es una miserable raza de cobardes. Sólo saben matar los españoles como ventajistas y de noche; con impunidad por la espalda y en despojado, por delegación y mandato.» «Tuvo que ser un italiano el que parara los pies a Cánovas. A Canalejas se los paró un español desconocido de los españoles, un español silencioso, tan distinto de los charlatanes que matan teóricamente en la tribuna o en el periódico.» «En América latina

eran rusos y polacos los hombres de las gestas y españoles los hombres de los gestos. El español destacado es como el francés destacado: tiene irresistible propensión a hacerse cupletista.»

Mucho de verdad dice Alaiz, mucho para hacernos reflexionar, mucho para acercarnos más cada día a un estado animico en el que presida el lema universalmente admitido en teoría, que dice: No hagas nada de lo que no puedas decir, ni digas nada de lo que no puedas hacer.

!Ojalá se logre;

M. C.

(Continuará.)

## SIEGA DE GENERALES

# ¡Lo que no nos perdonarán!

He aquí la lista de los veinticuatro entorchados caídos en el transcurso del primer año de guerra, número no alcanzado en la guerra europea en sus cuatro años y pico de lucha feroz:

1. — **General José Sanjurjo:** Muerto en accidente de aviación cuando el pollo Ansaldo lo traía de Portugal a España para hacerse cargo de la vuelta.

2. — **General García de la Herranz:** Murió en el campamento de Carabanchel al ser tomado por las fuerzas del pueblo. Fue de los sublevados con Calvanti, el 10 de agosto.

3. — **General Gay Borrás:** Juzgado y condenado por el pueblo de Granollers.

4. — **General González Lara:** Cayó en Guadalajara al entrar las milicas populares.

5. — **General Barrera:** También en Guadalajara, ejecutado por el pueblo.

6. — **General Patxot:** Gobernador militar de Málaga. Allí cayó ante el pueblo.

7. — **General Goded:** Jefe de la rebelión en Barcelona. Fusilado en Montjuich.

8. — **General Fernández Burriel:** Era en realidad el jefe de Cataluña. Fusilado.

9. — **General Fanjul:** Jefe de la rebelión en Madrid, apresado en el cuartel de la Montaña. Juzgado y fusilado en la cárcel de Madrid.

10. — **General López Achoa:** El pueblo de Carabanchel lo condenó y ejecutó.

11. — **General Balmes:** Murió de manera misteriosa en Canarias, tres días antes de estallar el

movimiento. Dicen que lo mató un obrero enterado de todo.

12. — **General De Miguel:** El pueblo lo fusiló en Atarazanas.

13. — **General Despupols** (un valor del generalato): El pueblo de Gerona lo fusiló.

14. — **General Villegas:** Fusilado por el pueblo de Madrid.

15. — **General Capaz:** Idem.

16. — **General Fernández Pérez:** Idem.

17. — **General Legorburu:** Condenado y fusilado por el tribunal popular.

18. — **Jiménez Arenas:** Idem.

19. — **General Fernández Aizpún:** Fusilado por el pueblo.

20. — **General Miláns del Bosch:** Fusilado por el pueblo de Madrid.

21. — **General García Adame:** Fusilado por el pueblo de Alicante.

22. — **General Muslera:** Idem.

24. — **General Calvanti:** Muerto de... miedo en San Sebastián.

24. — **General Mola:** Muerto en accidente de aviación.

Por su parte los fascistas fusilaron: al general Malero, en Valladolid; general Batet, en Burgos; general Romarales, en Melilla; generales Salcedo y Caridad-Pita, en La Coruña; general Campins, en Granada, y al almirante Azarolo, en El Ferrol.



# HAN RYNER



## por él mismo

**H**AN RYNER ha resucitado otra vez a toda una época de pensamiento con sus luchas intelectuales y su ardiente caos de donde surge la luz. Los Cristianos y los filósofos hacen revivir el primer siglo de nuestra era. Debido a que la obra está constituida por un vasto diálogo en donde sobre las cuestiones aún las más ardías, siempre puede verse la claridad de la sonrisa; debido a que cada personaje es, aunque representante de una doctrina, vivo y apasionante; debido a que el pensamiento, el drama y la poesía se mezclan y se abrazan armoniosamente, se ha mencionado a menudo a Platón a propósito de este libro. Por cierto, Epicteto juega aquí un papel análogo al de Sócrates en el *Georgias* o el *Menón*. El caso es que Han Ryner nos ha dado una obra singularmente original y que en cierto sentido crea un género nuevo, el diálogo histórico filosófico. Dejemos hablar a Poinso:

«Los Cristianos y los Filósofos es, puesto en diálogos tan vivos que algunos de ellos han sido llevados a la escena. el primer siglo amarrado entre los sofismas, las sabidurías, las locuras de los diversos pensadores y del vulgum pecus de que la humanidad está hecha. Se puede ver al pretor obstinado en sus motivos habituales de comprar a las libres inteligencias; al epicúreo Porcus desnaturalizando una bella doctrina en provecho de su sabiduría desnaturalizada que le sirve de excusa; a la pareja de Serena y Serenus, que representa la flor del amor greco-latino y la nobleza de ese epicurismo del cual Porcus es sólo el lodo; a Teófilo expresando a la cristiandad naciente, aún no falsificada y que ingeniosamente discute Epicteto; a Historicus («hoso bebedor de horizontes»), por cierto anacrónico, y que, colocado en el plano de los siglos, dice las verdades más curiosas del libro; a Epicteto, en fin, entre tantos otros, y cuya gran voz domina a aquellas voces contradictorias.»

Al lado de las palabras individuales, también se oyen, en bajo profundo, la grande y estúpida voz de la muchedumbre. Hay escenas de multitud, tan hormigueantes y animadas, tan cómicas y entristecedoras, que ciertos críticos en esta ocasión, han pensado con Shakespeare.

«En él se escucha el confuso rumor de las certidumbres, los apetitos, las crueldades y los heroísmos de conciencia. Y verdaderamente, se trata bien de todo un tiempo al que vemos así, una época no vista según los gestos notados a manera de un arqueólogo, sino según las manifestaciones de la vida interior. Debido a esto, el libro adquiere un valor especial y crea un género que se puede decir nuevo. No veo mejor aproximación a él que La tentación de San Antonio, y aún, es muy diferente en

pensamiento y en método. Pero he creído conveniente citar la obra de Flaubert, porque no titubeo en poner a la obra de Han Ryner en el mismo rango, tanto es su mérito, tantas son las buenas cosas que en ella se encuentran y abundan, mientras la erudición se disimula bajo el manto flotante de un arte impecable.»

¿Es más fecunda la invención en los dos libros en donde Han Ryner hace vivir y hablar a un filósofo que él ha creado en todas sus piezas, Psicodoro. Esos dos libros, *Los viajes de Psicodoro* y *Las parábolas cinicas* pertenecen, sin duda, a la literatura simbólica. Pero entonces hay que reconocer que un símbolo no es necesariamente oscuro. Además, los símbolos que expone Han Ryner iluminan con nueva luz a las ideas filosóficas que, expresadas abstractamente serían difíciles y rudas. Es una alegría singular el seguir un relato armonioso y a menudo apercibir, como iluminado por un sol poco común a un pensamiento. Pero Poinso dirá mejor que nosotros esta voluptuosidad:

«Los veintiocho viajes de Psicodoro —apasionante excursión al país del más seguro aprendizaje—, exponen las andanzas del filósofo del ensueño (Han Ryner, siempre, compañero fraternal), en extrañas comarcas en donde las almas pueden mudar de envoltorio; Psicodoro busca allí, entre aquellos fantasmas, él de la amiga muerta. En vano, pues no tenemos conocimiento de los otros más que a través de nosotros mismos, y por lo tanto nos es ilusoria.»

Sobre este libro Poinso nos aprende un detalle interesante:

«Después de este libro se ha intentado llamar al pensamiento ryneriano, psicodorismo; como después de su folleto doctrinal (*El subjetivismo*), se ha intentado dominarlo subjetivismo. ¿Cuál de los dos quedará? No conozco yo, para designar a este espiritualismo un poco vago y por lo tanto tan lleno, individualista por cierto, netamente antidogmático, sereno, «discreto» en el sentido restituído a esta palabra por el filósofo, indiferente sobre todo en cuanto a los gestos inútiles, y todo él lleno de sonrisa y de luz. En todos los casos, la amistad con este neoestoico es una de las más reconfortantes y de las más calmas que yo conozco.»

El héroe de *Los viajes de Psicodoro* es también el narrador de *Las parábolas cinicas*. Algunos, que osan escoger, consideran a esta última obra, como la obra maestra de nuestro amigo Opinamos lo

mismo cuando es éste el último libro que hemos leído. Aquí:

«La palabra alcanza cimas filosóficas aún no tocadas por el pie osado de nuestro viajero. La idea ryneriana florece aquí como el color de un fruto enteramente maduro y completamente sabroso. A menos que no ocurran nuevas sorpresas, se cree uno llegado ya al fin del ciclo y se puede decir: Ni Daspres, ni Ribies, ni el mismo Jesús, ni aun Pitágoras, aunque todos en progreso el uno después del otro, no eran los ideaes absolutos. Pero he aquí a Psicodoro, al Psicodoro de las Parábolas que nos trae toda la luz, toda la belleza y toda la sabiduría.»

¡Qué nobles emociones de pensamiento salen de esta obra y cómo se encuentran en ella según nuestras necesidades cambiantes, la excitación o el valor, la paz y la serenidad!

«Sí, es este un libro de un sabio que, definitivamente, nos dota de un modelo de humanidad; es el libro de un artista que, plenamente nos satisface; es el libro de un hombre que ha exprimido a la vida para extraer toda su significación y toda la alegría; de un hombre que ha traído al explorar las almas toda la psicología que hay en ella; de un hombre que ha tomado su lugar entre los más grandes, por el valor de su pensamiento y por el esplendor de su verbo.»

El pensamiento ryneriano, tan potente y tan equilibrado, tan firme y tan flexible, y que en una armonía nueva une la necesidad de realizarse y la necesidad de darse en una medida feliz, he aquí como Poinsoot lo aprecia:

«Su pensamiento, lo posee al fin en el chispear de su conciencia, y en la necesidad también feliz de propaagrlo. Psicodoro sabe que al menos un Eubulo, en el terreno sano y fecundo de la inteligencia, sabrá hacerlo germinar y elevarse, engrandecer y fructificar a su vez. Por lo mismo, se impone la necesidad de esparcerle el grano del cual él desborda, como en la mano demasiado llena del sembrador deslumbrado, como el manantial que cuenta la odisea y que mana, que sigue fluyendo, engendrando entre la fatalidad de los males, la fatalidad de los bienes. Ciertamente, no tiene sólo la pretensión de ofrecer a nuestras arideces su verdad, guardándose bien de afirmar sobre el más allá, pues «el sabio evita con igual prudencia, la afirmación en el ensueño y la indecisión en la conducta». Pero si se da, lo hace realizándose. E imita en esto al genio de su ensueño que —en canción crepuscular—, narra la aventura en una última parábola en donde emana la heroica claridad de los atardeceres, «ese genio que se extiende sin cesar en un universo luminoso y en almas radiant-s.»

Y, para que nuestra alegría sea completa, el artista en Han Ryner, no es inferior al filósofo. Representa, para los ojos del eminente crítico que nos guía:

«El escritor que tal vez ha sabido mejor entre nosotros, después de Flaubert, crear un ritmo de frases a la vez original y clásico, impecable y serenamente armonioso. Cada parábola, como cada epologo de La Fontaine, es un todo realizado, definitivo... Uno no sabe qué admirar más: si el pen-

samiento que resplandece con un fuego de diamante, o el estilo que lo encuadra en su marco original. Grande es la variedad de factura, de fantasía, pasando de lo familiar a lo lírico, y de lo elegante a lo majestuoso. Movimiento, riqueza, diaphanidad, nada falta a esta obra maestra.»

Y Poinsoot hace notar con tanta exactitud como justicia:

«Es el solo que tiene esa comprensión, esa expresión poética de la metafísica. Tan advertido como cualquier profesor dotado, ha desdeñado el vocabulario bárbaro y pedante que parece formar una cerca espinosa alrededor de los prados reservados a algunos privilegiados del cocimiento y del universo. Los filósofos, como los notarios con su jerga o los botánicos con su latín repelente, agrádanse en darse una afectación barata como iniciados a los que se empieza a sonreír. Han Ryner, agnóstico persuadido de la relatividad del conocimiento, no cae de ningún modo en tal error, escribiendo algunas de las más bellas páginas de la literatura francesa...»

«Florece la imagen con facilidad y deseo, encantadora, alada, amante o grandiosa; la frase conoce todos los flotamientos, todos los balanceamientos, todas las caricias que quieren seducir, «marcha según el ritmo de la abelleza».

Después de Las parábolas cínicas y después del hermoso artículo de Poinsoot, Han Ryner publicó un libro que es, al mismo tiempo que la más seductora de las novelas, el más osado libro de propaganda. Les pacifiques (Los pacíficos) dicen, en una acción emocionante en donde el drama y el idilio se mezclan, las más verdaderas, las más profundas y las más valientes razones para odiar a la guerra. Pero todos nuestros lectores, sin duda, conocen esta obra potente y encantadora, en donde una verdadera civilización es descrita con gracia, en donde la barbarie en la cual vivimos siempre aparece iluminada con la más irónica de las luces.

Citemos las conclusiones de Poinsoot:

«Leed a Han Ryner, jóvenes que deseáis adquirir una forma a la vez nueva y clásica, y que fastidian las payasadas literarias de algunos ruidosos impotentes, ebrios de mata publicidat; leedlo después de Chateaubriand, después de Flaubert y después de Rosny, para aprender a modelar armoniosamente la pasta blanda de nuestra lengua. Leed a Han Ryner, periodistas de improvisaciones superficiales, de sumarios juicios, de bromas pobres; y vosotros, críticos oficiales que, por mucho tiempo lo desconocisteis, afin de que, en la noble sinceridad de un mea culpa, pongáis a este escritor en su rango, que es el primero, en la falange de nuestras verdaderas y duraderas glorias.»

Pero si, para la belleza de su arte y de su pensamiento, todos deben encontrar en la obra de nuestro amigo la alegría literaria y la alegría meditativa, existe un público sincero al cual tal vez es útil de manera aún más profunda:

«Leedlo, sobre todo vosotros, rebeldes o resignados, que pensáis melancólicamente en las durezas de la vida, ruta guijarrosa en donde tantos guijarros están teñidos de sangre; que buscáis un poco de placer sin amargura y de serenidad, a falta del

sol de las comunes satisfacciones. Y, leyéndolo poco a poco, la claridad entrará en vosotros y os inundará. Os asombrará por haber valorado tanto a emociones inferiores, a pasiones mediocres, a deseos cualquiera. Levantaréis, como el héroe de una de las más cautivantes parábolas cínicas la segura ciudadela de vuestra individualidad radiante en el seno de un florecido jardín de nobles alegrías; y allí, trabajando y soñando, listos a encerraros cuando aparezcan el enemigo, es decir, la tontería, la maldad y la mala suerte; meditando gozosamente en espera del retorno de las buenas horas posibles, no sabréis ya más vosotros mismos si vuestra ciudadela «está hecha con piedras y flores, o está edificado con vigor o con sonrisa.»

¡Bravo Poinso! No se sabría decir mejor.

HAN RYNER

(Trad. V. Muñoz.)

NOTA DEL TRADUCTOR.—Tcdo lo subrayado pertenece a Poinso, un crítico francés. Han Ryner lo escribió en un manuscrito no fechado, pero que se supone data de 1914, debido a que concluye en *Los Pacíficos*, aparecidos en dicha fecha. Nunca apareció en francés ni fue traducido. El pueblo de los pacíficos lo sitúa Han Ryner en la hipotética Atlántida, siguiendo la huella de su primer comentarista, Platón, que lo suponía allende las columnas de Hércules. Sabido es que Pierre Benoit la situaba en pleno Sahara...

Han Ryner siguió produciendo obras cada vez más perfectas, cual *Las Apariciones de Ahasvero*, *La Torre de los Pueblos*, *el Padre Diógenes*, *Las Orgías en la Montaña*. En el *Mortero*. *Crepúsculos*, su obra maestra *La Sabiduría Riente*, completada con *La Risa del Sabio*, y otros varios títulos. Cabe citar a los que se hallan aún inéditos.

La obra de Han Ryner, acívica por excelencia, no ha sido del agrado de los amos y sus siervos, que mal llevan este mundo esclavizado. Por eso se organizó contra él la llamada «conspiración del silencio». No obstante, quien verdaderamente silencio es el fenecer. Es de esperar que Han Ryner emergerá en el futuro, estudiando con cierto asombro por las generaciones que vendrán, debido a la pureza y grandeza de su obra.

Buen signo es que el centenario de su nacimiento

se haya celebrado en La Sorbona (anfiteatro Descartes, el 7 de diciembre de 1961). Numerosos oradores de valía exaltaron la personalidad y la obra de este filósofo ilustre. La revista *Europa* le dedicó un número especial, y otras publicaciones aportaron también su grano de arena al magno acontecimiento. Los libertarios españoles en el exilio estuvieron representados por el escritor y luchador Juan Ferrer.

Cabe citar que el último libro aparecido sobre el libertarismo y titulado *Sociología federalista libertaria* (en francés), debido a la pluma de André Respaut —el autor de *Buchenwald, tierra maldita*—, tiene un capítulo sobre Han Ryner. Estudia asimismo a Kropotkin, Proudhon, Stirner Bakunin, Nietzsche y Reclus.

Recientemente en Río de Janeiro (Brasil) se ha publicado *O Quinto Evangelho* (El quinto evangelio), por la conocida editora libertaria «Germinal». De El quinto evangelio existen ya versiones españolas. Una de «Crisol», Sabadell, España. La otra de «Imán», Buenos Aires, Argentina.

De este estudio de Poinso, comentado por Ryner, han sido traducidas al castellano las siguientes obras: *La esfinge roja* y *El hijo del silencio*. Fragmentariamente, han aparecido muchos extractos de otros libros.

Kuni Matsuo, viejo ryneriano del Japón, está preparando un libro sobre Han Ryner. También debe aparecer de Charles Basudoin, escritor francés versado en temas de psicología y con residencia en Suiza, la obra *Encuentro con Hay Ryner* (Rencontre de Han Ryner).

Citamos a continuación las obras de Han Ryner que no están agotadas, para lectores lejanos que desean procurárselas, y que podrán adquirirse en el servicio de librería de la Sociedad de Amigos de Han Ryner, de Francia (3, Allée du Château. *Les Pavillons-sous-Bois*, Seine); colección de sesenta y cinco cuadernos trimestrales publicados por dicha sociedad, Frente al público, *Los viajes de Psicodoro*, *La torre de los pueblos*, *7a vida eterna*, *Crepúsculo*, *Amante o Tirano*, en el *mortero*, *La sotana y la chaqueta*. *Juana de Arco y su madre*, *La risa del sabio* (incluyendo a *La sabiduría riente*), *El surco perfumado*, *En las hortigas*, y *Mi nombre es Eliacin*. Se disponen de otros títulos sobre Han Ryner (*La muerte de Han Ryner*) y algunos folletos.—V. M.



# ¿Todavía quieres humanitarismo?

**U**N profesor, conocido por su filiación política de extrema izquierda, aludiendo a mi libro «El Humanitarismo y la Internacional de los Intelectuales», que acaba de aparecer, me dijo con una sonrisa sarcástica:

—¡Y todavía quieres humanitarismo! ¿No sabes cuánto padecemos nosotros por una idea tan humanitaria? Nada puedes hacer con un libro. Lo que se necesita, es el heroísmo de la acción...

He tratado de contestarle. El profesor, con esa brusquedad del intelectual perseguido (era uno de los acusados en un «monstruoso proceso urdido por el gobierno» contra los comunistas, pero pudo recuperar su libertad), me quitó la palabra:

—¡Humanitarismo! Sentimentalismo burgués... O en un campo o en el otro... ¡Hay que elegir!

Mi posición es la de siempre: por encima de los campos políticos, de todos los partidos y bandos, pero permaneciendo, no obstante, en los dominios reales y amplios de la humanidad misma. El profesor ha confirmado, igual que otros, lo que he vaticinado en el epílogo del libro mencionado: Puede ser que algunos capitalistas me llamen revolucionario, algunos socialistas me tachen de burgués, los intelectuales y «estetas» me califiquen de político y ciertos escépticos me motejen de utopista».

Hay verdades humanas permanentes, valederas en todas las contingencias sociales, y aprovechadas por los bandos políticos con hipocresía, con cinismo o con aparente ingenuidad. ¿Se preguntan, acaso, aquellos que con motivo de una injusticia o de un acto de barbarie pronuncian la palabra «humanitarismo», qué significa eso? ¿Es sólo el vago sentimiento de solidaridad con la víctima..., es la compasión ante el sufrimiento físico del torturado..., es el grito del hombre que quiere despertar aún en los poderosos a la verdadera conciencia humana?

Este humanitarismo sentimental y moral es viejo, muy viejo. ¡Cuántas veces las palabras: paz, libertad, fraternidad, hombría de bien, etc., resonaron en el decurso de los siglos, como aliento para los oprimidos y como advertencia para los verdugos! Hoy, después de la guerra mundial y tantas rebeliones populares, estas palabras resuenan más vanas que nunca. Nosotros hemos llegado a la convicción que la ineficacia práctica del antiguo humanismo reside precisamente en el hecho de que este humanismo, sentimental y moral, no está valorado todavía desde el punto de vista científico, ni aplicado resueltamente a las realidades sociales cada vez más amplias y dinámicas.

El humanitarismo positivo tiende, en nuestros días, a salir de la nebulosa sentimental, y afirmar-

se como un concepto integral; como un conjunto de principios basados en las realidades permanentes, hondamente biológicas, de toda la evolución de nuestra especie, y en el progreso de las civilizaciones sucesivas y de la cultura universal. Esta tentativa, emprendida apenas por algunos científicos, sociólogos y filósofos, está tachada de utópica por los «realistas» y aun por los que se consideran socialistas de vanguardia. A estos los recordamos que ha sido el socialismo hace ochenta o cien años. Los manifiestos redactados entonces por algunos idealistas, en una misera habitación, agitan, dominan y trastornan hoy al mundo entero. Este socialismo se manifiesta ya como sistema de gobierno en varios países. Pero resulta cada vez más evidente que —por más que afirmen que están luchando en nombre de los ideales humanitarios— los gobernantes socialistas los olvidan o los falsean, restringiéndolos a los intereses de su partido, de su clase, como lo hace la burguesía capitalista, que se cree la defensora del Derecho y la Civilización.

Cada concepto humanitario y cada movimiento social aparecen en su tiempo, como resultados del desarrollo cerebral que determina las transformaciones técnicas, económicas, éticas y culturales de la humanidad. El humanitarismo moderno se aclara y se afirma como una «concepción del mundo», viva, progresiva, que abarca los intereses individuales y los ideales colectivos —científicos, morales, estéticos— coordinándolos, armonizándolos según los principios positivos que resultan de la investigación objetiva de la evolución de toda la especie humana sobre esta tierra. Pues hay una verdad primordial, que resalta por encima de todas las situaciones locales y de todas las ideologías limitadas, restrictivas: —la humanidad, a pesar de sus extravíos bélicos, de sus entreveros nacionales, de todos los conflictos entre clases, tiende hacia ese equilibrio que resulta precisamente de su origen y de su desarrollo solidarista y pacífico; ella tiende hacia esa internacionalización técnica y económica, hacia esa cultura mundial que no es más que una nueva expresión de la instintiva cooperación ancestral, una necesidad impuesta por la ley de la unidad, primera condición del progreso material e intelectual del hombre.

Sobre estos dos ejes paralelos: pacifismo e internacionalismo (o, más bien, supranacionalismo), está fundamentado el concepto evolutivo del humanitarismo, y aplicado en la doble Internacional de los intelectuales y los pacifistas. Esta Internacional existe ya, embrionaria o fragmentaria, en varias agrupaciones, asociaciones, ligas, federaciones de trabajadores manuales e intelectuales. Lo que falta es una soldadura, una ligadura común que con-

siste, para nosotros, en los principios humanitaristas.

Los intelectuales, cualquiera sea su actividad profesional, tienen el deber de penetrar en las arenas sociales no tan sólo en nombre de algunos preceptos éticos, de algunas normas de justicia o de «orden», sino en nombre del destino mismo de la humanidad, destino que pueden (y deben) reconocer por encima de los intereses egoístas de ciertas clases sociales, por encima de las contingencias políticas de los partidos y los gobiernos.

Considerada en este sentido, la palabra «humanitarismo» ya no puede ser usada de cualquier modo —irónico o patético, descuidado o abusivo— ni por los defensores ni por los opresores del hombre. Sepan aún los oprimidos que, al proclamar los principios humanitarios, estos no son meras palabras, pronto olvidadas, cuando, después de su «revolución», llegan a apoderarse de la maquinaria del Estado. La intolerancia dogmática y la fuerza armada, aplicadas a un sistema de gobierno por los políticos de «derecha» o de «izquierda», no tienen otro resultado que el de incitar y desencadenar fuerzas opresoras contrarias y fanatismos más encarnizados, que arrastran hacia nuevas guerras nacionales o civiles, económicas, imperialistas, «ideológicas» o, finalmente, de exterminio recíproco, por la gloria de algunos caudillos sedientos de poder, por una doctrina «infalible», por la falaz soberanía de una nación, o por la supremacía, siempre violenta y temporaria, de una clase o de un partido.

Lo repetimos: el humanitarismo no es una palabra cómoda y fácil, como una etiqueta que se pega sobre cualquier frasco. Es la expresión sintética de una gigantesca realidad que —bajo los impulsos de la naturaleza y las espuelas políticosociales— se empeña en libertarse y desarrollarse integralmente sobre este planeta ensangrentado por las guerras y las revoluciones. Antes de predicar deliberadamente: «¡Hombre, sé Hombre!», cada uno debe preguntarse: «¿Acaso, yo soy un hombre?... ¿Me he humanizado a mí mismo?... Mi comportamiento de todos los días concuerda con mi pensamiento íntimo, con el mandato de mi conciencia?»

Hoy todavía están enfrentándose dos conceptos sociales, dos series de intereses económicos y políticos, dos bandos de partidarios igualmente fanáticos, adoradores del mismo fetiche; el Poder del Estado. Ambos bandos constituyen las escrescencias monstruosas de sociedades militarizadas, organizadas sobre bases policíacas e inquisitoriales (pese a sus disfraces democráticos, liberales, populares, etcétera). Estas sociedades artificiales son otra cosa que la humanidad; y los Estados que las ciñen en su armadura son otra cosa que los pueblos respectivos. Las sociedades actuales llamadas sencillamente capitalistas o comunistas, y su expresión política: el Estado, cobran sus formas en moldes artificiales, en los que los detentores temporarios del poder tratan de estrujar y exprimir la realidad viva de los individuos y de las colectividades, des-

conociendo descaradamente las leyes unitarias de la evolución solidarista, pacífica y creadora de la humanidad.

Las minorías privilegiadas de los gobernantes, de los falsos conductores de masas explotadas y sacrificadas —y siempre acuciadas por otras minorías políticas ansias de Poder— son y serán víctimas de sus propios «conceptos» unilaterales, de los «principios» y «programas» que, según su convicción subjetiva (y sus intereses inmediatos) constituyen la base de sus «derechos». Pero no hay que confundir el derecho legal con la justicia no escrita, que reside en la naturaleza y en la conciencia humana. ¿Cuál de los dos vencerá? Ninguno, si el derecho está armado por la intolerancia y la fuerza brutal, si la justicia, exacerbada por pasiones políticas se vuelve cruel, vengadora y aun mortífera. Lo que anhelamos, es la justicia del hombre (que es lo mismo que la paz humana), ese innato y esclarecido sentimiento de equidad y comprensión mutua, de ecuanimidad, de solidaridad lúcida que ve más allá de los momentáneos y muy a menudo ficticios intereses personales. Ninguna ley del Estado autoritario, ningún dogma político te confiere esta justicia viva. Esta reside en tu propia «condición humana», en ese sentido del bien que tienes que descubrir en ti, vigilar y manifestar siempre, practicarlo en cualquier oportunidad por encima de las barreras artificiales, de todas las empalizadas nacionales, raciales, religiosas, económicas, levantadas entre pueblos, entre clases sociales y entre individuos.

Desde ahora, cada uno tiene que cumplir con este primer «deber»: enfrentar su propio proceso de conciencia. Esto es más necesario y más determinante que cualquier otro «juicio legal». El autojuicio puede ser más eficaz —en el sentido del mejoramiento ético y social— que todas las imposiciones y restricciones estatales, las atrocidades de la Reacción política, las guerras que ya llegaron a ser planetarias y las «revoluciones» que tampoco tienen fronteras y constituyen otras formas de guerra, mal llamada «libertadora».

¿Todavía quieres humanitarismo?, me preguntan otros más como el profesor aludido, doblemente perseguido por sus enemigos y por su propia intransigencia ideológica.

¡Sí! Quiero un humanitarismo real, permanente, progresivo, universalista, practicado en todas las oportunidades, por cada individuo, en plena concordancia entre la idea y la acción, entre los intereses vitales del ser humano y los ideales generales de la humanidad. No un humanitarismo verbal, ostentado en ciertas solemnidades, vano o ridículo para los que lo proclaman, y que humilla y ofende a aquellos que yacen encadenados, víctimas de la barbarie legal, totalitaria, instituida por el Estado, y víctimas también de su propia ignorancia, de su cobardía o su fanatismo, fomentado por falsos conductores, usurpadores del Poder, o desviados por malos educadores.

EUGEN RELGIS

# La puerta de oro del mundo

(CONTINUACION)

## 4. — MIENTRAS ESPERAMOS

El hambre arrastró al hombre a cometer los peores desastrosos (1). Las civilizaciones, durante tantos años, aun con los respectivos grados de cultura, no consiguieron aplacar su furia frente a la desesperación cuando el individuo se ve acosado de privaciones. Africa despierta y se incorpora al mercado consumidor al par que como potencia política. Si verdaderamente su nivel intelectual es bajo en comparación con otros pueblos de cultura milenaria, el dolor de la esclavitud ha sido una lección de hierro que les hizo aprender al pie de la letra, en todo su alcance, el pensamiento inspirado por los enciclopedistas que Francia y Bélgica llevaron a las escuelas de sus colonias. Ese es factor innegable que habla en favor de esas dos naciones. Ni Asia ni Africa podrán permanecer eternamente encerradas en la cárcel de sus contornos geográficos. Compréndanlo así las nuevas generaciones a las que corresponde intervenir en tales fenómenos, aceptando esta afirmación como verdad intengible. Una inmigración individual es imposible, tratándose de tantos millones de seres prestos al trasplante. En tal situación no habrá nadie que pueda evitar el reflujo de esa marejada humana de ambos continentes hacia tierras que ofrezcan una posibilidad de vivir. Es una ley natural de defensa en la lucha por la vida que aparece en el substractum animal, desarrollada en todas las especies. Ya Novicow, en el siglo pasado, puso en guardia al mundo occidental respecto de esta posibilidad de que las razas indochinas se lanzaran como alud sobre el mundo blanco. En aquel entonces esa circunstancia parecía remota, sobre todo porque se confiaba detenerla con el poder de las armas. Mas, entonces ese posible ensanche del campo asiático parecía obedecer a causas de invasión guerrera y no a necesidades apremiantes. Hoy Asia constituye un poder de fuego atómico; dispone de los medios de ataque necesarios y justifica ante todos los pueblos de la tierra su derecho a posesionarse de lo que entiende básico para su propia existencia, peso al poder destructivo de las armas nucleares.

La superproducción de artículos de primera necesidad en algunos sectores del globo está rigurosamente controlada para evitar un descenso de

(1) Todos los pueblos superpoblados, en la actualidad están básicamente a dieta de vegetales, cereales y frutas. La carne es un lujo muy costoso. Esta es una realidad incontestable en la India, en la China y en las partes superpobladas de Africa. Y, a medida que la población aumenta, también en el hemisferio americano nos iremos acercando rápidamente al escenario de este teatro.

su respectivo valor en el mercado del consumo. La división de los bienes terrestres y sus regímenes están experimentando un cambio muy lento en este período revolucionario en que vivimos y dentro del que nos sentimos incapaces como para aportar una solución de fondo, cual si las ciencias históricas se atropellaran en el camino e hicieran un ovillo de ideas muertas en nuestro cerebro. Los factores políticos son medios para lograr ciertos objetivos, pero no fines. Sin embargo, el drama es lacerante y afecta tan de cerca a toda la humanidad que obliga a lanzarnos de cabeza a él para encontrar una salida.

La circunstancia de que cada hora nazcan hoy día 5.000 niños, exige rectificar todos nuestros cálculos especulativos y hasta las mismas bases de la economía para garantía del porvenir. Según ha podido demostrar el doctor Ventura Morera, el globo terráneo ha tenido densidades de población, que pueden expresarse del siguiente modo:

	Habitantes
Desde la prehistoria —200.000 años atrás— hasta el año 0 de nuestra era . . . . .	230.000.000
1.500 años después, o sea, en 1942 en que fue descubierta América por Colón . . . . .	430.000.000
En el año 1650, es decir, 150 años después . . . . .	545.000.000
En 1900, decimos 350 años más tarde. En nuestros días, en un periodo de 60 años posteriores . . . . .	1.550.000.000
Con el actual ritmo de aumento de la población, en el año 2000 seremos . . . . .	3.500.000.000
	7.500.000.000

Mientras que el famoso estadígrafo Royd Orr calcula ya la población mundial en este momento entre 4.000 y 6.000 millones, lo que agravaría aún más la situación, otro sociólogo australiano, G. H. Knubbs, en su libro «La sobra del porvenir del mundo», dice que el año 2089 seremos 7.800 millones de habitantes; 200 años después, 15.600 millones y el año 2250, 31.200 millones.

Tomando las cifras menos pesimistas aportadas por los estadígrafos de las Naciones Unidas, y comentadas por el doctor Ventura Morera, aparece la población del mundo constituida por habitantes:

	En la actualidad	El año 2000
Total general . . . . .	3.000.000.000	7.500.000.000
Estados Unidos de Norteamérica . . . . .	185.000.000	312.000.000

América latina . . . . .	189.000.000	592.000.000
Europa . . . . .	412.000.000	568.000.000
Unión Soviética . . . . .	210.000.000	379.000.000
Continente africano . . . . .	298.000.000	571.000.000
Continente asiático, raza amarilla . . . . .	1.500.000.000	3.900.000.000
Oceania . . . . .	15.000.000	29.500.000

La superficie continental habitable es de hectáreas 3.800.000, o sea, un equivalente de 19 personas por kilómetro cuadrado, comprendiendo sus vastas ciudades. El profesor Alexander Carr-Saunders, citado por el sociólogo doctor Juan Lazarte en la revista «Cenit», página 3164, dice que con el índice de crecimiento actual, que es del uno por ciento, es de presumir que en dos siglos llegarán a estar todos los lugares del globo hasta las cadenas del Himalaya con una población 100 veces más densa que la de Bélgica y ésta tiene actualmente 240 habitantes por kilómetro cuadrado. En ese entonces podría tener 2.000 habitantes por kilómetro cuadrados. Hasta lagos y ríos estarían llenos y no habría tierra para cultivar.

En lo que va del siglo, el aprovechamiento de las tierras de cultivo en el mundo, no han experimentado un cambio tan fundamental como para ofrecer alimentos en un ciento por ciento de aumento que es el factor índice de la población. Mucho menos podría atender las necesidades del décuplo de habitantes que tendrá el planeta de aquí a treinta y ocho años venideros. Este es el problema vertical que pospone todos los demás, ya sean de orden social o político. Se convierte en talón de Aquiles que hace incierto nuestro destino. Aislados como estamos de contacto con el océano de población asiática en particular, conocemos su infortunio como simple teoría. Pareciera que la mente humana en esta parte occidental del globo se hubiera galvanizado al dolor, insensibilizándose, ajena al traumatismo económico que ha roto ya los tejidos más sensibles del cuerpo social (2).

El medio de vida logrado en los pueblos euroamericanos — trasponiendo la puerta de oro, en tanto otras entidades disponen apenas de un cuarto de posibilidades para poder subsistir en las peores condiciones históricamente conocidas — es un privilegio del que hace mil quinientos años no podían disfrutar ni los príncipes orientales. La forma en que hemos alambrado la tierra y el almacenamiento de los bienes de consumo para someterlos al tráfico de la ley de la oferta y la demanda, importa un des-

(2) Con todo ello y, a pesar de que el trigo es la alimentación milenaria más económica y ha respondido hasta hoy de esta necesidad humana, en Europa constituye un problema de los más penosos. Veamos: en 1959 la producción no sobrepasó de 42.329 toneladas, cantidad tan ínfima que la estadística de la Conferencia Interacional del Trigo siquiera toma en consideración. Como ejemplo tenemos el caso de Polonia, que en 1959-60 ha importado 100.000 toneladas de trigo canadiense y 175.000 norteamericano. Yugoslavia importó de Norteamérica 750.000 toneladas y Turquía 100.000 del mismo origen. La estadística no consigna otra información más completa, pero, si tenemos en cuenta que para suplir las necesidades de pan solamente, América ha tenido que

equilibrar en la distribución de los frutos del suelo, a los que deben tener acceso cuantos en él han nacido, cualesquiera sean las antipodas.

Pero la tragedia que estamos presenciando, presenta los sucesos de tal modo que parece llegado el momento en que el hombre tiene que encontrar una solución a este terrible estado de cosas, creado por el aumento inusitado de la población; el aprovechamiento de todas las fuentes proveedoras y una racional y equitativa distribución de los mismos, porque nos queda muy poco tiempo para reír.

Mientras que hay millones de personas en nuestro propio medio y cientos de millones en el extranjero que no tienen suficiente para comer, nosotros restringimos la producción agrícola y, además, gastamos cientos de millones cada año para almacenar nuestros excedentes.

Tenemos abundancia, pero no lozanía. Somos ricos, pero disfrutamos de menos libertad. Consumimos más, pero estamos más vacíos. Poseemos más armas atómicas, pero estamos más indefensos. Tenemos mayor educación, pero menos juicio crítico y convicciones. Hay más religión, pero nos volvemos más materialistas. Hablamos de la tradición americana que es, de hecho, la tradición espiritual del humanismo radical; sin embargo, llamamos « no americanos » a los que tratan de aplicar ésta a la sociedad actual.

Los espíritus críticos saben, además, que más de las dos terceras partes de la raza humana, los que durante siglo sufrieron el colonialismo occidental, tienen un nivel de vida 10 ó 12 veces más bajo que nosotros y, como promedio de vida, la mitad de la de un norteamericano medio. — **Erich Fromm.**

## 5. — EL GRAN DRAMA DEL MUNDO

Las tierras de cultivo disponibles en todo el globo para la producción de vegetales no alcanzarían para atender el volumen de habitante, salvo que el milagro científico no salga en nuestro auxilio.

Europa, bajo este aspecto, es un continente hartamente necesitado ya de tierras húmicas. Merced al alimento en forma de abonos, ha conseguido fructificar un suelo esquilado y de subsuelo rocoso con trabajo de regadío. Pero su producción en cereales, que es el alimento históricamente más económico de la humanidad, es bien escasa y lo mismo decimos en cuanto a leguminosas, debiendo importar el faltante para equilibrar una dieta pobre de vitaminas a sus habitantes. Con el aditamento de proteínas de origen animal y merced a la riqueza de su

contribuir con más de 1.000.000 de toneladas de trigo para aliviar las penurias del hambre de tres naciones europeas, fácil será deducir que, por la pobreza agrícola de Europa, quedan muchos otros países detrás que también es necesario auxiliar para compensar su falta de alimentos. Y resultará comprensible, aun para el cerebro más romo, que, tanto Polonia como Yugoslavia y Turquía están en la divisoria de la cortina de hierro, cuya ubicación geográfica justificaría ampliamente, desde el punto de vista político, la atención de esa preferente necesidad. Pero quedan otros sectores de población importantes de Europa, con economías agrícolas más pobres todavía, que la estadística ni menciona.

fauna marina, sobrevive en relativa holgura, no obstante que los habitantes de muchas naciones aspiran a la emigración hacia países en que el rendimiento de su trabajo es más productivo y menos fatigoso.

Los Estados Unidos de Norteamérica esperan contar, dentro de 13 años, con 200 millones de habitantes. El área de suelo cultivable es de 120 a 160 millones de hectáreas que, según el Dr. K. Weckel, de la Universidad de Wisconsin, ya estaban en uso en 1910. De esa manera, nada podrá ofrecer como asiento de nuevos contingentes humanos. Para cubrir el faltante de alimentación vegetal, está estudiando la posibilidad de echar mano a la que pueda obtener de origen animal. Sin embargo, el doctor James Hundley, director de la F. A. O., sostiene — en un estudio que basa el problema alimenticio de aquella organización sobre productos vegetales sería demasiado costosa (3).

PAIS	Toneladas
Uruguay .....	300.000
Formosa .....	134.000
Islandia .....	8.500
Corea .....	190.000
India .....	3.000.000
República Arabe Unida .....	780.000
Yugoeslavia .....	750.000
Turquía .....	100.000
Brasil .....	700.000
Colombia .....	330.000
Indonesia .....	54.800
Pakistán .....	500.000
Polonia .....	175.000
Siria .....	75.000
Israel .....	180.000
<i>Total</i> .....	1.273.300

El continente sudamericano puede ofrecer en cierta medida albergue a un nutrido conjunto inmigratorio, quizás superior a 500.000.000 de almas, con el aprovechamiento de valles y cañones de la extensa cadena cordillerana. Hablamos en términos de

(3) Los Estados Unidos de Norteamérica estimaron para 1959-1960 sus exportaciones probables de trigo y harina en 12.000.000 de toneladas, de las cuales y conforme con el programa de la ley P. L. 480 le permitirá exportar 7.273.300 toneladas a los siguientes países:

revolución que, a corto plazo, tiene que reestructurar toda la vida de estos países, más próximo en aquellas zonas de clima templado y extendiéndose a los sectores semitemplados para llegar hasta el trópico, descontando el avance de colonización hacia el sur; actualmenté despoblado, donde la mano del hombre es esperada como la buenaventura. Allí están esperando enormes barreras forestales, para transformar buena parte de las inclemencias naturales, de igual modo que las pampas sedientas esperan el agua dulce, en abundancia, de regadío. Será un monumento al esfuerzo humano la construcción de un canal bajo la Cordillera de los Andes para que las aguas del Pacífico aplaquen las arenas voladoras (4).

Es el drama de la imperiosa necesidad de vivir, de sobrevivir. Los 450.000.000 en que aumentará la población del mundo en la carrera de los próximos 30 años, obliga a que los hombres les aseguren un lugar en la tierra en condiciones de vida aceptables, so pena de revitalizar la teoría de Hobbes cuando afirma que el hombre es lobo del hombre. La guerra que los agoreros belicosos anuncian como afirmación indiscutible, queda reducida a la mínima expresión como potencial destructivo, aun empleando todas las armas más modernas de la ciencia bélica. Efectivamente, en la guerra de 1914-1918 perecieron 18.000.000 de habitantes. La devastación de 1939-1945 redujo a polvo 50.000.000 de personas. Los entendidos en matanzas colectivas estiman que, en caso de desencadenarse la que tan inconscientemente están preparando los dos sectores oriental y occidental — y que puede admitirse por principio ante un error o mala intención — tal desatino tendrá que pagarse a un precio mínimo de 500.000.000 de vidas humanas.

#### CAMPIO CARPIO

(Continuará.)

(4) Partimos de la República Argentina, con sus inmensos valles que abarcan, en el sur hasta el paralelo 42, con una superficie de 2.785.000 kilómetros cuadrados y una población total de 21.000.000, el término medio, incluyendo sus densas ciudades, apenas está habitada con nueve personas por kilómetro cuadrado. Siendo habitable toda la zona que comprende el estrecho de Magallanes y en ambos asientos de toda la cordillera andina hasta el Caribe, con la vasta zona amazónica inclusive.





## VERSIONES

por DENIS

## EL HOMBRE FELIZ

**E**RASE, en tiempos lejanos, muy lejanos, un rey que se moría. Porque los reyes también se mueren, digan lo que quieran los historiadores. Y la mayor parte de ellos para siempre, como todos o casi todos los hombres. La enfermedad de que el rey se moría era desconocida, y la padecía él solo. Gran fortuna para los habitantes del reino, sobre todo para los pobres. Imaginad que algunos de éstos, o muchos, hubieran sido atacados de la misma enfermedad. En los hospitales, o en sus domicilios, habrían sido sometidos a mil experiencias, no con vistas a curarles a ellos — eso no ha sucedido jamás —, sino con vistas a curar al rey. El hecho de que el rey tuviera la exclusiva, como de otras muchas cosas, de la enfermedad de que se moría, evitó, no hay manera de dudarlo, una gran mortandad en el reino, algo así como una epidemia. Y sirvió de ocasión a un cortesano para ensalzar a su señor. Hasta para estar enfermo era único. Ningún rey, ni en el pasado ni en el presente, podía compararse con su rey. Grande en todo, lo era también en la adversidad, porque era grandeza sin medida no padecer como los demás mortales, sino un mal nuevo, cuyo sólo, un mal que, en lo sucesivo, podría llamarse agosto.

No se sabe si esta alabanza consoló al rey. Halagó, sí, su vanidad. Porque el rey, como la mayoría de los hombres, era vanidoso. No orgulloso. La exclusiva del orgullo no la tienen los reyes.

Todos los médicos del reino desfilaron por su lecho de enfermo. Todos, desde los más sabios a los más ignorantes. Y ni los sabios ni los ignorantes encontraron remedio para su mal, que no conocían, que no acertaban a descubrir.

Un ministro — ctro cortesano — redactó una ordenanza amenazando con penas severas a los médicos, si en plazo breve, no descubrían las causas y el remedio de la enfermedad del rey. Desgraciadamente, esa ordenanza no se publicó, y ha desaparecido de los archivos del reino. Era un monumento. La Historia no lamentará nunca bastante su pérdida.

Pasaba el tiempo, y el rey estaba cada vez más grave. Era evidente que se moría. El desfile de médicos había cesado, pero cada día se celebraban consultas entre los más famosos. En vano todo. Ni un síntoma de la enfermedad era semejante a nada conocido, a nada estudiado, a nada catalogado. Cabizbajos, los médicos, terminadas sus consultas, se deslizaban furtivamente por los pasillos de Palacio, temerosos de los reproches que se leían en todas las miradas.

Un día, cuando ya ni se interrogaba a los médicos, alguien hizo saber a persona allegada al rey

que un sabio sin estudios, en un pueblo lejano, había realizado curas maravillosas. Enfermos que los médicos habían dado por incurables, él los había curado, y vivían rebosantes.

Inmediatamente partieron enviados del rey en busca del sabio sin estudios. Y por los medios más rápidos entonces conocidos, lo condujeron a Palacio.

Era un viejo con largas barbas blancas. Sus largas barbas blancas le hacían parecer respetable. Que lo fuera o no, no hubo tiempo de averiguarlo. Lo urgente era que el rey viviera. Y se creía que él podía hacerle vivir. Eran ya conocidas, y circulaban de boca en boca, mil maravillas que había realizado.

El viejo que no hubo tiempo de averiguar si era o no respetable, se acercó al lecho del rey, observó al enfermo durante unos instantes, y dijo, con voz que imponía como sus barbas :

— El rey puede vivir y vivirá muchos años. Sólo tiene que vestir, un solo día, la camisa de un hombre feliz.

Nada más dijo. Inútiles fueron todas las preguntas que el rey y los cortesanos le hicieron. Ni de la enfermedad, ni de sus causas, ni del remedio que para la enfermedad daba, tenía nada que decir. « Que vista un día la camisa de un hombre feliz — repetía —, e inmediatamente recobrará la salud. »

Instantes después de conocido el singular remedio que había de devolver la salud al rey, se desparramaron por toda la ciudad enviados suyos en busca de un hombre feliz. Con orden expresa de traerlo a su presencia. Estaba el soberano contento, contento. En todo se cree cuando no se quiere morir.

Llegó la noche, y ninguno de los enviados del rey había vuelto. Decíase que el rey, durante su reinado, no había tenido otra preocupación que la de hacer feliz a su pueblo. No debía ser verdad. Hacía ya varias horas que los enviados del rey habían partido. Ninguno aparecía acompañado de un hombre feliz.

Ya tarde, por fin, fueron llegando, uno tras otro, pero solos. No era posible — decían — hallar en la ciudad un hombre feliz. Más de una vez se habían dejado engañar por las apariencias. Habían sorprendido, en la calle, en las tabernas, en los teatros, hombres risueños, alegres, felices, felices. Todo el mundo lo habría creído. Todo el mundo lo habría dicho. Interrogados, ¡qué decepción! Ninguno estaba satisfecho de su vida. No era vida su vida. Era un tejer y destejer sin sentido. Los menos quejosos tenían mil razones de descontento : materiales, morales, espirituales. Todo eran contratiempos, cuando no amarguras o angustias desesperadas.

— Yo he traído hasta la puerta de Palacio — dijo uno de los enviados del rey — a un hombre que muchas personas me habían asegurado era un hombre feliz. Ya en la puerta de Palacio, he aquí lo que me ha dicho: « La vida no tiene objeto, o no hemos encontrado el objeto de la vida. Nacemos, crecemos, nos casamos, tenemos hijos, envejecemos y morimos sin saber por qué ni para qué. Tanto valdría, no vivir. En la juventud, todo toma impulso en nosotros, como unas alas, hacia la madurez. Llegada ésta, no querriamos seguir adelante; más bien retornar a la juventud, de la que tanto anhelábamos partir. No retornamos a la juventud, sino que llegamos a la vejez, para recordar los años mozos, que entonces juzgamos no aprovechados, no vividos. Y cuando el impulso querría que volviéramos a estos años, para aprovecharlos, para vivirlos, llega la muerte. Morimos, casi siempre, sin haber vivido ». Le he dejado partir. No era, no, un hombre feliz.

Los enviados del rey partieron al día siguiente a recorrer todo el reino. Había que encontrar a toda costa un hombre feliz. No era creíble que no lo hubiera.

Pero pasaron días y días y los enviados del rey no volvían. Y el rey se moría. Y nadie pensaba, lamentándose de la desgracia del rey, en la gran desgracia, en la terrible desgracia que era que en todo el reino no hubiera un hombre feliz.

Una noche, uno de los enviados del rey, que se

había lanzado a los campos, a las aldeas y a los caseríos perdidos en los campos, como último recurso en su búsqueda, tuvo la alegría infinita — obtendría liberal recompensa — de encontrar lo hasta entonces no encontrado ni por él ni por ninguno de los otros enviados del rey.

Había salido al oscurecer de una aldea, hacia otra que le dijeron se hallaba a corta distancia, y era ya media noche y no descubría por parte alguna señal de vivienda humana. « Me habré extraviado », pensaba, cuando percibió, a lo lejos, entre los árboles — atravesaba un bosque —, una débil lucecilla. Encaminó el caballo hacia la lucecilla, y pronto estuvo a pocos pasos de una cabaña de leñadores: misera, misera cabaña. Se acercó a ella, más con intención de preguntar por la aldea a que se dirigía, que con idea de encontrar allí un hombre feliz. Y al llegar a la puerta, oyó, dichas con una voz clara, reposada, estas palabras, final sin duda de una larga conversación:

— Gano mi pan con mi trabajo, y, como vivo casi en soledad, no tengo ocasión de ofender a nadie, ni hay ocasión de que nadie me ofenda. Por eso soy feliz.

El enviado del rey abrió la puerta con violencia y entró en la cabaña:

— La camisa, su camisa, entrégume usted su camisa — gritó al hombre feliz.

Pero el hombre feliz no tenía camisa.

---

#### BUZON DE LA REVISTA.

— E. R., MONTEVIDEO.

Recibido «Corazones y motores», que agradecemos. Nos ocuparemos. Pasado encargos a Administración y Nouvelle Idéale.

— M. R. V., VAR.

Pasado encargo a «A I T» y Administración. Sus escritos son muy apreciados por los lectores. En cuanto a no escribir a nadie, es casi cierto. Silencio. Silencio cruel impuesto por la tarea. Coincidimos en lo horripilante de algunas cosas. Todo se saneará con paciencia, con tenacidad y con educación constantes. Por decreto nada se hará. Agradecidos por su confesión... cuyos textos anteriores ya traicionaban. Sería interesante abrir en CENIT una rúbrica en la que se tratase algo así como, por ejemplo: «Lo que creo y lo que no creo». ¡Cuántas coincidencias se encontrarían entre hombres aparentemente de pensamiento opuesto, antagónico!

— E. L., TOURS.

Recibida tu carta. Dile que sí y que cuanto más corto mejor.

---

# COMO TORO DE LIDIA

## CAPITULO II

*De Andalucía con pincel deligente  
Quien pudiera inmortalizar su encanto,  
El misterioso secreto de su alma ferviente,  
De su risa y de su llanto.*

Los astros son mis dioses. Y las plantas. Los árboles y los animales. Si yo creo en los destinos dichosos de mi pueblo, es porque confundo su primitivismo con mi primitivismo. Todos los primitivos adoran y creen en cosas simples, visibles y materiales. Cosas palpables, inofensivas, bellas y nobles (y útiles) a quienes nuestro temor de lo desconocido concede un alma y a través de ella un poder sobrenatural. La ignorancia adora tanto como la sabiduría cree al creer saber. Cuando yo era niño (hermosos tiempos en que la más flaca de las vacas valía tanto y más que cien cerdos gordos y rechonchos de hogano), cuando yo era niño y que cometía una falta digna de una buena reprimenda, antes de pre-entarme ante los autores de mis días, me reclinaba devotamente ante una retama florida, un tomillo o un granado para consolar mi falta e implorar protección.

En general, los mios se limitaban a descargar sobre mis débiles hombros y abrumada conciencia una lluvia de apóstrofes y amenazas, sin más. Los mamporros quedaban relegados a la «próxima vez». A partir de entonces, el tomillo perfumado, la retama con flor de alba naciente o el granado sangrando por las mil heridas abiertas de su rojo fruto, podían contar con mi adoración ferviente. Yo creo que es de esta manera cómo nacen las creencias y religiones en el alma humana. El ser humano necesita creer para sentirse protegido, amparado, guiado. Creer en las plantas, en las aves, en los animales y en los astros es cosa inocente y bella como el rostro de una joven virgen. Además, ¿qué ganamos con ser incrédulos hasta el ridículo? La vida toda sería un estado de gracia si la bondad reinara sobre la tierra. Y, entonces, todo sería adorable y milagroso. Existen plantas que curan. Todas sin duda. El animal (el perro y el caballo por prueba) serían nuestros fieles y devotos amigos si el hombre a medida que se adentraba en la civilización no hubiese perdido la conciencia de su cometido en la vida. Porque el hombre, en tanto que animal superior, estaba llamado a ser, no un devoto de Dios (invención suya), sino Dios mismo. Suma perfección y bondad suma y no su propio verdugo y verdugo de la propia naturaleza y de sus criaturas, «nuestros hermanos inferiores».

Todas estas cosas, os la digo yo sin rodeos ni floreos, y tal y como se presentan ante mí. Yo os hablo como las cosas me hablan. Mi lenguaje es su lenguaje. Mi delirio no es mi delirio, sino el hondo dolor ibérico que yo en-

carno en parte y al cual bien he de darle hilo para tejer la malla de su eterna tragedia. Ser andaluz de Andalucía o español de España, ¿a qué equivale? Sencillamente a ser toro de lidia y, a la postre, lidiado. Tal será mi suerte sin tardar, y conmigo esas hadas, madrinas que fueron para mí en mi niñez retamas, tomillos, animales y astros... todo lo viviente, todo lo visible, todo lo creado, salvo el hombre. No. El hombre, también. A veces, mi madre. Es que la mujer (permitidme que os lo diga) es extremadamente opuesta a la acción corruptora de la civilización y si reza, implora y cree, culpa es del hombre obstinado en ofrecerle realidades de apocalipsis en vez de Edenes contiguos al Paraíso. La mujer es toda naturaleza (puesto que toda es sentimiento, encariñamiento y fidelidad al instinto materno). Incluso la refinada coquetería de la mujer moderna no es otra cosa que una prueba más de su fidelidad a las normas imperativas de la selva. Su sentimiento, creo yo, lo abrazaría todo y todo lo salvaría de la debacle última y fatal si el medio ambiente (obra del hombre) no la desviara de su senda instintiva y maternal. Volveremos a vivir una nueva era matriarcal y, entonces, el hombre, como el perro lobo, llevará bozal y arrastrará cadenas. Su salvación vendrá de la infinita piedad de la mujer y, sobre todo, del fuego de la hembra...

Todas estas cosas —pese a vuestra incredulidad— las iba pensando yo mientras, sin tino ni norte, corría más que no caminaba por entre olivares, almendros, cerros y cañadas, como liebre perseguida por cien cazadores y jaurías de perros. Mi salvación —si salvación ¡ay! debía haber— dependía de mis piernas, de mi voluntad y de mi instinto. Mi instinto era de fiar. El quería vivir. En cuanto a mis piernas, ni liebre ni galgo se le podía comparar. Y, bajo luna llena, en medio de una primavera en que el ruiseñor impera por su trinos y la flora por su perfume — perfume que exalta el amor, perfume que canta la vida — las estrellas casi sumergidas en la alfombra de plateado algodón que era el cielo, yo corría, corría. Detrás —presencia del hombre— se dejaban oír de vez en cuando el martillazo seco de un disparo, al que, como un «¡alerta está!», respondía diez chasquidos más. Y todos aquellos chasquidos vomitando plomo y fuego me estaban destinados. Y, en tanto yo corría, volaba mi delirio.

España tiene mil llagas purulentas y sangrantes en cada costado. Pero, atravesado, su corazón palpita, alienta y, sobre todo, espera. Nadie arrancará su vida a España. Forjada en el dolor, templada en el sufrimiento, macerada, desnuda, despreciada, humillada, hambrienta, esclava... Andalucía ríe llorando, canta rugiendo. Y espera. Segura, fatal, iluminadamente segura y cierta de su porvenir, espera su resurrección. Y yo con ella. Perseguido, huyo como cabra montesa. A veces hago alto.

Miro. Oteo. Escucho. Me inclino y beso esta tierra dolorosa que entre otros mil perfumes, tiene olor de sangre. Olor de sangre noble. La de sus hijos indómitos y rebeldes, exaltados y justos. La de sus bandidos, oscuros «cáctos» cargados de ignorancia y rebosando honor por todos los poros de sus almas ofendidas. Fermín Salvochea viene a mi encuentro. La «Mano Negra» le acompaña. El presente va al encuentro del pasado para confundirse en una única e interminable tragedia. La hora es fría. Ea sombra de Salvochea es toda llama. ¡Arde, corazón! Imaginación, ¡delira!... ¡Santa tierra creada para ser Paraíso —el más completo— y verte convertida, transformada en infierno!

En la intimidad de la noche, sin testigos, de todo corazón y de rodillas, yo te beso, tierra mártir. Y mis lágrimas (¿quién os dijo de venir o importunar?) te riegan un momento a costas del prójimo. Apenas mi silueta quien te riegue, ya que el contrato es formal. Tú me nutres hoy a condición de que yo te reserve mi sangre como tu vino de mañana y mi cuerpo, tu alimento. El trato, es formal. Cuenta con mi palabra.

¡Ah! Todavía no. Espera aún. Mi sangre es joven. Casi niña. Veinte abriles. La vida de una flor... Ni siquiera el tiempo de amar.

Sed de besos arden en mi boca.  
Es mi pecho cual fragua candente.  
Y es mi cerebro águila loca  
Por los espacios celestes.

Abordo una colina. Para orientarme. Abajo entre los algarrobos que tiene espesa plumaje, oigo un tiroteo vivo y apretado. Están desorientados, pienso. También lo estoy yo. En medio de la noche, Andalucía es un desierto. Todo parece primitivo e inscriptado. Los árboles parecen gigantes borrachos y temblorosos. Fantasmas de negra capa y agazapados, los riscos. La luna ilumina la cúspide y oscurece la umbria. A cada paso, el perseguido fugitivo se detiene, se esquivo, retrocede al vislumbrar mil siluetas de forma espantosa. Todo lo que remotamente se asemeja al hombre le aterroriza y espanta. Ninguna de todas las formas que la noche os ofrece y la imaginación deforma, os sobrecoge tanto como cuanto refleja forma humana. Esto, entre los hombres. Y yo me pregunto qué efecto esta forma humana debe producir entre «nuestros hermanos inferiores animales y plantas. Pues he oído que multitud de plantas palidecen, tiemblan y se encogen a la vista de este paridor de calamidades que es el hombre... Y en mi huida pienso que pronto será el planeta entero quien se estremezca y tiemble ante él, pues que tanta y tanta guerra y tanto y tanto invento con vistas a la guerra lo están sangrando... vivo.

Los poetas, gente embustera si los hay, afirman que la luna es una dama llena de pesares y sin pizca de humor. Ni negro ni risueño. Por algo la llaman la «dama melancólica». Lo cierto es que la luna no detesta reír habían orientado mi niñez — ¿qué niñez la mía? — ha empezado a zizaguear por sobre la montaña con barba de bolinas y retama cuando la luna lanzó sus claros focos sobre mi persona. Sin duda con la curiosidad tan femenina de contemplarme de cerca. Pero, es lo cierto que una lluvia de balas vinieron a silvar en torno de mi persona cual bandada de abejorros. Ninguna hizo blanco en mi pellejo. Gracias por el favor. Y, por mi parte, no

esperé a que la suerte se repitiera. Para muestra, con un botón basta. Me lancé, no corriendo, sino volando cuesta abajo, en sentido contrario de donde venían los tiros. ¡Luna, luna, luna! ¿Por qué brillas en este momento si viendo estás que soy un alma vencida y sin aliento?

#### ¿ALMA VENCIDA Y SIN ALIENTO?

Tan lanzado iba que casi me rompí la crisma contra una rústica pero sólida barrera de madera que como muralla de China se esguia ante mí. Como se siente correr por las venas el brebaje cálido y reconfortante que acabamos de beber, asimismo sentíme poseído por los mil estuivios de la esperanza. Estaba ante una de esas « cárceles » donde se secuestran, aislan y tornan salvajes y jeroscos los toros de lidia.

Crecido, ya que no nacido, en el barrio de la Victoria, arteria risueña, aunque melancólica y pálida de la muy bien plantada ciudad de Málaga, el medio y la miseria che casi confundida con arbolillos y rocouselos. Silencio. cia la afición del toreo. En España, con el correr del tiempo y el avance del « progreso », al pobre se le hace la vida cada vez más complicada. En otros tiempos el desheredado tenía la posibilidad de hacerse contrabandista, salteador de caminos o torero. Todo eso, salvo el toreo, ya se subió a las nubes. Hoy el bandido tiene palacio, blasón nobiliario y es general, ministro, obispo, cuando no mandamás a la cabeza del gobierno. Todas las puertas se cerraron para las personas decentes y nobles sin título nobiliario. Ser guardia civil, carabínero, policía, ¡vamos! Eso es la indecencia misma. Queda el anarquismo y el toreo. Diego Dieguillo se hizo anarquista. (Se hizo o ya lo era al nacer). Yo me hice torero.

Después de haber « toreado » a mi hermana y hermanos, a sus amigos y amigas y hasta a mi dolorosa madre, quien con lágrimas en los ojos me decía : « Lo haces tan bien que es un gusto el verte torear. Toreas mejor que Joselito y que Belmonte. Pero te matarán », me lancé por todos los mismos derroteros de todos los aprendices toreros. Correr de ganadería en ganadería para, amparado por las sombras de la noche, saltar la barrera para enfrentarme con « el fiero retado ». « Te matarán », repetía mi madre a cada uno de mis retornos hambriento y maltrecho. La miseria de nuestro pobre hogar y el ambiente circundante, hicieron de mí lo que soy. Pero, sobre todo, la visión de mi madre. Jamás olvidaré aquella imagen. Jamás.

Noble madre dolorosa  
viva imagen de mi España.  
Mal vestida y mal comida,  
vencida y ensangrentada.

Un gesto pronto donde el cuerpo se contrae y extiende en seguida y que toda la vitalidad se encuentra en los nervios y músculo y, como el tiempo todavía reciente cuando siendo aprendiz torero saltaba la barrera para polir mi oficio y ahuyentar el miedo, y en un abrir y cerrar de ojos me vi del otro lado de la valla. La luna denunciaba la piara toril, manada confusa que la no-

che cas iconfundia con arbolillos y rocosuelos. Silencio. Andalucía dormía.

Esta lengua española mía es como un acordeón : se alarga y altera en un bronco rugido agudo donde pulmones, arterias y bronquios forman un concierto infernal, o se amenudiza, suaviza y endulza hasta convertirse en un murmullo amoroso, una caricia materna, un hálito de brisa, perfume de clavel y de rosa y un tierno, lento y apretado beso de mujer enamorada, carnalmente saciada y sentimentalmente hambrienta. No otra lenyua se le podía destinar a un pueblo que piensa únicamente con el corazón.

Ratoncito mío, ratoncito mío:  
 Seca tus lágrimas. Cesa tu desvario.  
 Contempla en cada pétalo la gota de rocío.  
 La perdiz canta en el monte. Entre guijarros llora el río.  
 Sonríe a la vida, ratoncillo mío.  
 Cesa tu llanto. Cesa tu desvario.  
 El Amor está en camino.  
 La Esperanza lo guía. La Esperanza le acompaña.  
 Sonríe al amor. Sonríe a la esperanza.  
 El presagio es cierto. El presagio no engaña.  
 España despierta. Ya renace España.  
 El amor está en camino. El presagio no engaña.  
 Sonríe a la vida. Seca tus lágrimas.

Me diréis que el corazón es maleable. Yo contesto : De acuerdo, pero también lo es el cerebro. Todo es maleable en el hombre. Y en la naturaleza. Todo se usa y corrompe. O periclitita. O se transforma. ¿Qué importa? Lo cierto es que el mundo es un laberinto infernal donde sólo el Mal, en su escarceo brutal e incesante, deja huellas imperecederas. El Bien también. A veces. Raramente, desde luego. Jesús, personificación imperecedera del Bien para el mundo cristiano, ¿qué simboliza hoy en día para la casi totalidad de quienes lo invocan? Una razón comercial.

Yo no sé por qué me resulta tan doloroso el pensar que toda aventura humana, tanto la más intrépida como la más justa, ha de terminarse fatalmente en tragedia, en sangría y en descuartizo, generalizado o no. Yo he nacido en Andalucía, rincón del vasto mundo donde todo canta la vida con dulzura tal, que sus trinos melódicos embriagan la sangre, el corazón y el alma. Nada justifica allí el dominio permanente del dolor. Y, por tanto, allí se vive en la agonía. Se vive muriendo. Canto y risa son desgarros de dolor moral y de dolor físico. El canto andaluz se me representa y me recuerda los últimos mugidos bañados en sangre del toro de lidia. ¡Pobre España y pobres fieros toros! Sus lomos, su pelambre casi siempre de brillo negro (como nuestro destino) maculado de rojo. Babeante. En la mirada, el brillo fiero de fiera salvaje y las sombras lagrimeantes, mezcla de dolor, de ira y de impotencia, de la muerte. Su espinazo, cercenado por hondas brechas, por donde se escapa, en repletos cuajos de su sangre. Tiemblan sus patas y pende su lengua. Está en la agonía y combate, arremete. Quiere vivir, gozar la vida. Quiere vengarse. Es fiero, cabezudo y orgulloso como la propia raza que lo suplicia. Es reto hasta luego del último estertor. Es desafío. Es maldición. Así Andalucía. Así España. Al nacer, la pica impía del picador. Destino se hunde en sus costados. Ya no le queda al hombre ibérico más que su bron-

co maldecir y su lenta agonía hasta el momento en que el generalito de turno, por « un ordeno y mando », anuncie la hora del degüello.

¡Alto ahí, so'loquio!, me digo, mientras con la mirada recorro el contorno. Alto ahí, delirio mío. Una jauría de hombres-lobos — ¡pobres lobos al servicio de la tiranía de turno! — te siguen. Ellos quieren cogerte. Muerto o vivo. La luna declina. Ya está cercano el momento en que su brillo de flor de retama, se reclina primero y desaparezca en seguida después del horizonte. Pero los grillos cantan.

Grillos que cantan de noche,  
 la coraza enlutada,  
 el romance de las estrellas  
 y la plegaria del alba.

Y la brisa, una brisa con perfume de mar salada y de vega en flor, empieza su retozo inquieto y nervioso. Pero no cantan todavía los pájaros, ni aun los destellos de la aurora se estremecen al descubrir las plantas con lágrimas de rocío en sus pétalos. Aún queda noche para rato. Y los olivos que gustan de la oscuridad porque : «Sin luz de plata en sus copas»... la sensación les viene de ser más dueños del cacho de paraíso en que les tocara nacer. También a mí me ocurre lo propio. Y como la luz, pero adoro la noche, porque:

Cuando su manto de sombras extiende  
 Por sobre la tierra y espacios infinitos,  
 La pobre cosa humana combate  
 Contra la desgracia de ser distintos.

A fuerza de remover en mi pobre mollera estas cosas del hombre y de su vivir, casi siempre complicado y vil, me asalta la firme creencia de que su destino está marcado por una fatalidad impía que le condena a ser lo que es, sin posibilidad de enmienda ni resurrección posible. La primera constatación que se hace luz en mí, cuando en el hombre pienso, es la de su absoluto divorcio con la naturaleza. Cierto que él penetra cada día más en los misterios de ésta y que del fondo de su entraña o del infinito de su espacio extrae mil sustancias insospechadas que él utiliza, combinándolas para ser más diabólicamente potente y destructor. Pero, pierde en naturaleza más que no gana en sabiduría. Y si desentraña lo misterioso, ignora lo real y palpable. Porque, como a la mujer, a la naturaleza no se la viola, ofendiéndola en su poder, sin exponerse a ser maldito de ésta...

El hombre se convierte en un extranjero para la naturaleza. Sobre todo, para sus hermanos inferiores, que él ignora para otra cosa que no sea para hacerle sufrir y destruirlos. Si existe una relación vital entre todo lo creado y la propia creación, el hombre no lo sabe ni se inquieta por saberlo. Nada nos autoriza a no admitir que toda la gama « inferior » de animalazos que puebla nuestro encantador planeta no sean otros tantos « puntales y clavos que contribuyen eficazmente a la solidez « del techo » que nos cobija y del suelo que nos sostiene. Yo, que nada sé de nada, creo firmemente, en mi ignorancia, que si la lucha por la vida implica combate, de ninguna forma puede significar exterminio total y definitivo y ni siquiera de una partícula de lo creado, sino en la medida en que tal destrucción responde a necesi-

dades vitales de la propia naturaleza, pues en este último caso, el hombre se convierte en esteta y no en verdugo.

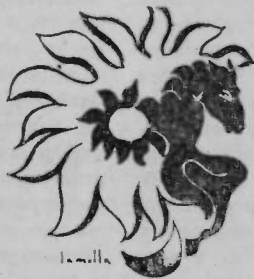
Por mi parte, en este momento y en medio de esta noche andaluza, acariciante y calurosa como las confianzas de mujer amante, cuando las estrellas se ponen a brillar a medida que la luna se adentra más y más en la grieta gris del horizonte, y en tanto los grillos entonan las más eficaces de todas las canciones de cuna, vuelto de espaldas al « vasto saber » y frente al mágico laboratorio me siento parte integrante de la naturaleza y la bendigo con el mismo rendido fervor con que el condenado a muerte recuerda y bendice a su madre. Yo proclamo, yo que soy torero y matador de toros, que no es digno del hombre (él, que pudo y debió ser Dios) el regocijarse ante la agonía lenta, refinada y espantosa de un animal. A fuerza de sufrimientos sin par y sin ceje, España se ha transformado en un pueblo cruel y, por momentos, sádico. Por lo que la agonía del toro en la plaza tiene de aparente con su agonía, España ama los toros. Porque esa agonía es su propia agonía. Porque ese combate es su combate, inigual y sin posible salvación, la plaza es el espejo mágico donde España se reconoce a través de larga y trágica historia.

La ganadería se hallaba enclavada en medio de la umbría formada por la misma corona de matorrales que aprisionaban Cañizal. Allí todo respiraba ensueño y poesía. Cañizal estaba cercano, pero sus alrededores eran mucho más áridos, rocosos y mondipelados. Ya conocía el país al dedillo, como decimos por allá, ya que había nacido y pasado parte de mi infancia del otro lado de la cordillera, frente al mar, al lado del camino real que desde el Mediterráneo sube serpenteando hasta Benamocarra. Sin titubear y sin miedo, me puse a caminar umbría adelante. Quizás que Perico, el muy hier, plantado « mandamás » de la ganadería andaba todavía por aquí, cazando « al rececho », pensaba yo, mientras marchaba reposadamente, seguro de que por nada del mundo osarían más perseguidores penetrar en el circuito del dominio toril. Cuando llegué a la pintoresca choza que servía de guarida a Perico y a sus gañanes, la encontré vacía. Cogi la llave en el escondite a ella destinado desde lar-

gos años y entré en su interior. Dos bancos y una cama eran el solo ajuar que la adornaba, amén de un pozal, un espejo y algún que otro libraco de novelas por entrega. La cama estaba limpia y fresca. Su visión me hizo caer en la cuenta de que está rendido, magullado y hambriento. La noche seguía su curso íntimo y calmo. La brisa, dama de los mil perfumes en Andalucía, iba expandiendo sus variados olores exquisitos. Olor de plantas de tierra mojada que subía del huertecillo cercano. Ranas, sapos, mochuelos y grillos estaban engarzados en una melopea lírica del delirio. De tiempo en tiempo, el tétrico graznido de la zumaya hacia enmudecer el concierto y un temblor de miedo invadía la noche. A veces se dejaba oír todavía algún disparo viniendo de lejos, como truenos de un huracán que se aleja. Toros y vacas dormían al pie del montículo que servía de asiento a la cabaña, al lado del abrevadero. Y, en medio de la noche, parecía oírse como un cuchicheo, como coloquio confidencial y trágico, saliendo de sus bocas. Un cuchicheo lento pero calido y apasionado, como perla de condenados a muerte preparando un plan de evasión. Ya sabía yo que tal sensación era pura imaginación mía. Pero la locura también es sublime don ibérico. Y si Don Quijote veía ejércitos de gigantes en cada molino de viento que le salía al paso, también podía yo ver un mártir en cada toro. prestarle una conciencia y adjudicarle el don de la palabra. El propio problema de conciencia que mi condición de matador hacia nacer en mí, me inducía a tal desvarío.

Luego vino a mi recuerdo mi familia, mis hermanitos y mi madre. Extendido sobre el lecho, vi cómo todo mi ser sensitivo volaba a su encuentro. Me vi casi mozo. Me vi pobre y sin trabajo, en la triste y húmeda habitación malagueña que nos servía de hogar. Vi el espectro del hambre enseñoreándose de la triste pocilga. Me vi resuelto a ser torero y vi las lágrimas entrecortadas de mi madre. Oí sus congojas. Oí su llanto.

Sobre una rosa florida  
puse mis labios de fuego.  
La rosa me dió una espina  
que en el corazón, clavada, llevo.



## POETAS DE AYER Y DE HOY

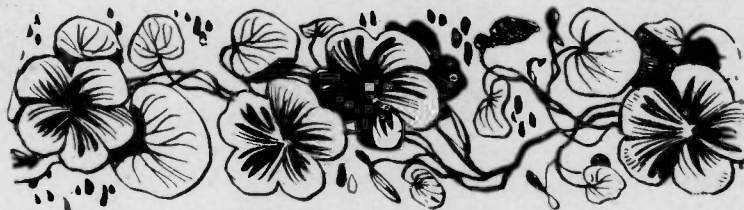
### ROMANCERO INSOLITO

#### ROMANCE INDECIRLE

En mi alma duerme un romance  
que no se decirle a nadie;  
lo compuse con la blonda  
que en mi boca puso el aire,  
cuando al salir de la mar  
vió la espuma en sus volantes.  
La noche de mi persona  
nunca supo comprobarme,  
si estaba justo en mi mismo  
o me sobraban ramajes.  
Me duele este instante incierto  
que paso, hueco, en la calle,  
sin mi sembrero de luna  
ni zapatillas de baile,  
sólo un perro de nostalgia  
que mi angustia entera lame.  
Yo era sendero que no era,  
un farolillo de alambre,  
una cancelita blanca,  
un arroyo sin su madre.  
Y ahora soy quien menos quiero:  
viento obtuso de la tarde,  
arrecife para nieblas,  
sombra blanca, roto encaje.  
¿A quién le diré la copla  
que por dentro ya me nace,  
como una flor en la tumba  
que ocupa quien nadie sabe?  
Pienso en mi herido abandono,  
en mi soledad sangrante,  
en muchas manos cerradas,  
en dichos como puñales,  
en un mundo que se aguanta  
en los dedos de un cobarde.

¿Quién vendrá a decirme ahora  
que soy yo quien en mí pace,  
como un siervo que de pronto,  
salta a los brazos del aire,  
como una estrella que escapa  
de su eternidad, sin nadie?  
¿Quién soy yo sobre mi sombra  
en la bahía y con hambre  
de países cuyos nombres  
se escriben en mi semblante?  
Tengo la luna guardada  
en mi pulso y no se parte.  
Tengo dos tórtolas blancas  
con los ojos verde jade.  
Tengo un carro, y un jilguero  
que dice que soy su padre.  
¿Quién podrá ser este arcángel  
que duerme en mí desde el martes  
que el miércoles tizna el cielo  
y el jueves se va a los parques?  
Cuando yo vaya a la fuente  
para lavarme la sangre,  
me volveré como el chorro  
que por donde quiere sale.  
¡Que me acusen de esta muerte  
que intenta perfeccionarme  
antes que apunte mi luna,  
antes que el sol se me acabe!  
Las denuncias que me caigan  
en mis manos siderales,  
las hincaré, una tras otra,  
en las ramas del romance,  
este romance que vivo  
y no sé decirlo a nadie.

M. R. VALDIVIESO



### COMUNICADO DE LA ADMINISTRACION

Desde hace más de un año nuestra revista es deficitaria. Vive de sus reservas financieras.

Sufrimos un aumento en el precio de edición y optamos por esperar a que el mismo fuera compensado por la afluencia de nuevos lectores. Nuestra opción resultó fallida en nuestros cálculos y hemos llegado a otro aumento reciente. Con lo que el déficit que veníamos soportando se agrava, sobre encontrarnos con las reservas bastante limitadas por los esfuerzos del tiempo que han venido llenando el vacío deficitario.

Esta simple explicación, amigos lectores, nos parece suficiente para haceros comprender la obligación en que nos vemos de aumentar el precio de nuestra Revista. Obviamos señalar cuánto lamentamos esta obligación. Abrigamos la esperanza, no obstante, de que esta medida impuesta por la necesidad no minimizará la determinación de cada uno de vosotros a apoyar nuestra Revista.

Apoyándonos en nuestra confianza en vosotros, impelidos por los imperativos que nos obligan a tratar de restablecer nuestro equilibrio financiero, hemos resuelto proponeros un aumento de 2,00 francos por abono anual. El número suelto debería pagarse a 1,20 francos.

A la voluntad del lector dejamos la iniciativa de aplicar el aumento a partir de la fecha, o con carácter retroactivo.

Fraternalmente a todos,

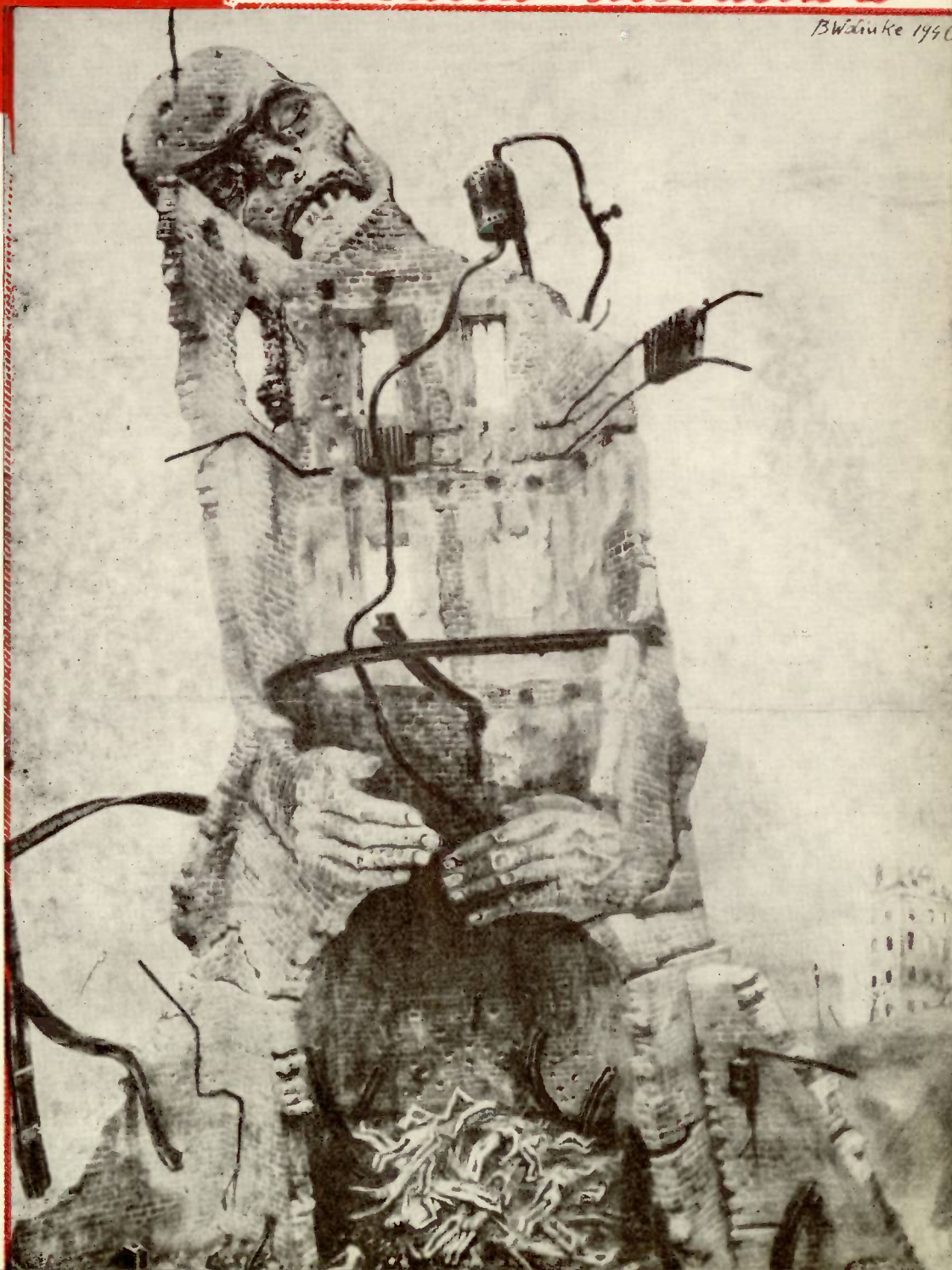
La Administración.



# CENIT

— sociología —  
ciencia — literatura

BWanke 1940



**J. Capdevila:** Aquella magna epopeya.—**Comisión de Relaciones de la Comarcal de Monzón:** Una escuela y un ejemplo.—**Ramón Acín:** Florecicas. — **J. F.:** Julio, mes de las llamas. — **Angel Samblancat:** Luz y fango de la inmortal jornada.—**Miguel Jiménez:** Las comarcales económicas.—**Atarrategui:** Sobre la perfección.—**Severino Campos:** Preponderancia de la concepción humana.—El virus comunista y la buena fe de Mariano R. Vázquez. — **Juan Ferrer:** El anarquismo, única solución efectiva.—**Abarrategui:** Según tu vocación. — **Campio Carpio:** La puerta de oro del mundo.—**J. B.:** Hace 27 años. — **Fon-taura:** Ritmo juvenil en la España del 36. — **B. P.:** La gestión económica y la revolución española. — **Tyl:** Aquel 19 de Julio. — **J. M. Castellet:** Tendencias de la literatura española contemporánea. — **Augusto Forel:** La moral. — **M. C.:** El universo de Alaiz. — **Puyol:** El bastón. — **Denis:** Los dos hermanos. — Documentos.

4 p 5523  
**151**

JULIO · 1963

REVISTA MENSUAL  
PRECIO : 1,20 F.

## NUESTRA PORTADA

### «EJECUCION EN LAS RUINAS DEL GHETTO» acuarela de Bronislaw Linke

Este terrible cuadro de Bronislaw Linke, fue pintado en 1946, cuando estaba todavía vivo en la memoria de todos el recuerdo de lo que había sido el martirologio del Ghetto de Varsovia, la más terrible página de horror de la historia de la humanidad.

— Pero hoy, al revivir ese pasado todavía tan próximo, un escalofrío nos sacude. Bronislaw Linke ha sabido plasmar, en esta alucinante imagen en que se unen las piedras con los seres, el martirio de la ciudad y el de los hombres, todo lo que fueron aquellos días demenciales, en que el sadismo y la barbarie llegaron a límites que escapan a la razón humana, que superan todos los horrores de la antigüedad y de la Edad Media. Los autodafes de Torquemada y de Arbués, la noche de St.-Barthélémy, la brutalidad de la represión de la Comuna, los crímenes del franquismo, todo cuanto el mundo conocía en materia de genocidios organizados por los déspotas y las instituciones por ellos creadas, todo palidece, se esfuma, ante lo que fue la barbarie civilizada, el sadismo refinado de los métodos del nacional-socialismo.

Como símbolo y síntesis de todo ese periodo de sangre y fuego, de dolor y de muerte, este cuadro de Linke sobrecoge y aterra.

Ojalá puedan los hombres haberse liberado para siempre de tan espantosas, de tan inconcebibles regresiones, que nos hacen dudar de la condición humana. Ojalá todo este horror pueda pertenecer definitivamente a un pasado que no vuelva nunca más a ser presente.



### REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

*Colaboradores:*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,  
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert  
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,  
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,  
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,  
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán  
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,  
A. Prudhommeaux

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII

Toulouse, Julio 1963

Nº 151

AQUELLA

## MAGNA EPOPEYA

**A**QUELLA magna epopeya, ningún héroe puede simbolizarla; no puede, porque ellos forman legión, un bloque compacto, rivalizando de ardor, de cólera sublime, de sacrificio holocáustico; es el gesto viril y sincero de un pueblo cansado de explotaciones que no quiere vivir humillado, que reivindica sus derechos, y que, azotado cruelmente por sus beluarios se yergue y, sacudiendo su melena leonina, hace temblar primero, y arrasa después, el secular inmueble de la opresión: el Estado con todos sus apéndices. Aquella obra ciclópea, nada ni nadie podrá mancharla, es tanta la pureza y nitidez, la immaculada virginidad de sus hechos, sus irradiaciones tan flúidas, sus hondas tan vibrantes, su trascendencia de tal magnitud, que es inmortal; sus efemérides quedarán eternamente grabadas en el frontispicio de la Historia Social de los Pueblos. El eco de su canto inextinguible irá retumbando hasta el último rincón del planeta como el modelo de Justicia inmanente, y su música, cual sinfonía de sentimientos vibratorios, sonará a los oídos de los parias como el himno redentor.

Ni las crueldades de sus enemigos inquisidores, ni los dicitos de los más reacios reaccionarios, ni las infamias de sus detractores impenitentes, ni las calumnias de los jesuíticos excomulgadores, jamás podrán amputar la obra más grande y humana que haya realizado pueblo alguno.

Como estela roja, haciendo reverberaciones en los negros paisajes de la esclavitud de los pueblos; como una antorcha iluminando la senda de la libertad que han de seguir los míseros parias; como la idea fecunda que ha de despertar las conciencias dormidas del proletariado, así será, como señora simbolizando todas las reivindicaciones de los explotados, y la que, tremolando en el picacho más alto de las concepciones sociales, propagará perennemente el ideal ácrata.

No hay pueblo que pueda enorgullecerse de comparable hazaña.

¿Troya y Numancia?, simples máscaras.

Los bastiones inmundos del clericalismo purificados por las llamas.

Las mazmorras del Estado abiertas de par en par.

Los mastodónticos cuarteles, nidos de víboras militares, asaltados por el pueblo, liberando a la juventud prisionera en su uniforme.

Las instituciones estatales, las organizaciones reaccionarias del orbe tiemblan; un eslabón de la inmensa cadena social se ha roto.

La libertad jamás tuvo mejores defensores intérpretes; la justicia, mejores servidores.

Y sobre este montón de ruinas, las nuevas concepciones toman cuerpo; el ideal se hace carne.

Despotas ayudados por las fuerzas oscuras de la reacción. Explotadores y corruptores que flageláis las carnes y sentimientos de los oprimidos y desposeídos. Vosotros que seguís oponiendo una muralla de muertos, un río de sangre, un velo tenebroso al Progreso y a la evolución social de los pueblos, temblad cuando se os recuerde esta fecha: ¡19 de Julio de 1936!

Parias, ilotas, explotados todos: Propagad, ensalzad y seguid las huellas de aquella epopeya. ¡De aquella Magna Epopeya!

Por J. CAPDEVILA

**C**OMIENZOS de 1938. En el Aragón liberado habían nacido infinidad de colectividades, aisladas e independientes unas, federadas con un amplio sentido de solidaridad otras. Así fué creada la Federación Comarcal de Colectividades de Binéfar.

No hablaremos hoy de su organización y desenvolvimiento económico, que merece meticoloso estudio. Nos entretendremos de algo que se creó, formó y desarrolló, al calor de dicha Federación Comarcal de Colectividades, que es lo que se denominó Escuela de Militantes Libertarios de Monzón.

Remarcaremos que estaba sostenida y protegida por la Comarcal de Colectividades y por la ayuda dada en donativos por infinidad de compañeros que desde los frentes seguían con interés el desarrollo utilitario de la escuela, que era centro abierto de fraternidad ilimitada. Hoy nos limitaremos, de forma concisa a hablar de lo que se proponía y de su desarrollo interno.

Como ya el nombre indica, estaba enclavada en Monzón, pueblo ribereño del Cinca en la provincia de Huesca. Un edificio amplio, soleado y bastante risueño y con él un gran huerto en cuyo centro había un depósito de agua, que hizo muy bien de piscina.

#### Objetivo de la Escuela

Las circunstancias habían posibilitado una organización económico-social, con el inconveniente de que la guerra se llevaba a la juventud más capaz y entusiasta.

Fácilmente se percataron los colectivistas de la falta de compañeros capacitados para llevar adelante y en progresión constante de mejoramiento la obra que ellos habían comenzado con afán desinteresado y ansias de superar una sociedad caduca, reemplazándola por otra justa y equitativa. Veían claramente la necesidad de adquirir ciertos conocimientos que la vida les había negado, y comprendían bien la importancia primordial que tenía una educación adecuada de sus propios hijos, tanto por educarlos y prepararlos como ellos no pudieron, como la perspectiva de ver subir una juventud que garantizara la continuación de la noble obra emprendida.

Con esta predisposición, ¿cómo no acogerían jubilosos la organización de una Escuela Comarcal, para que un grupo de jóvenes elegidos entre sus propios hijos, se educaran y prepararan a continuar aquel hermoso y prometedor movimiento colectivo? Un joven compañero, de atrevidas concepciones pedagógicas organizó y dirigió aquella escuela ejemplar por sus propósitos y nueva por su funcionamiento.

Como principio se reunió a unos cuarenta jóvenes de ambos sexos, cuya edad oscilaba entre 12 y 17 años. Los había de todos los pueblos que formaban la Federación Comarcal, puesto que a cada colectividad se le señaló el

## RETAZOS DE LA

# Una escuela y

número de alumnos que podía enviar. En asamblea general, cada colectividad eligió sus muchachos, que acudían al nuevo Centro Escolar, con la responsable seriedad que les habían dado en su respectivo pueblo de origen, haciéndoles sentir la necesidad de no defraudar las esperanzas que en ellos se había depositado.

Una vez reunidos, el joven y entusiasta profesor hizo comprender a los alumnos la misión que la Escuela se proponía, de adquirir los conocimientos necesarios para impulsar la revolución en marcha, acompañados de una conducta moral ejemplar. Que el estudio sería intensivo, pues que las necesidades lo requerían, y que no se tolerarían perezosos, ya que dado el reducido número de plazas no podría tolerarse ocupase un sitio quien no estuviera dispuesto a aprovecharlo.

El profesor que llevaba la dirección moral del Centro tomó a su cargo exclusivo la educación y enseñanza, dejando a los propios alumnos la dirección de orden interno y administrativo.

Ni que decir tiene que el régimen interior era comunal, no tolerando interés privado alguno. Todos los intereses eran comunes. Los mismos derechos y deberes que los alumnos poseía el profesor, siendo éste uno más en la comunidad.

En asamblea abierta se nombraron las respectivas comisiones administrativas, de higiene, de orden, de trabajo, etc., que se renovaban regularmente. Todo lo que dependía de la cocina, limpieza y lavado, lo efectuaban al principio, compañeras de la colectividad de Monzón. Pero a las pocas semanas el compañero profesor observó que en algunos muchachos se desarrollaba ese complejo estudiantil ridículo de superioridad y desprecio a ciertas labores domésticas. Como también el aspecto educativo era vital, reunió a los alumnos y después de revalorizar y demostrar la utilidad de todas las labores necesarias a la vida, criticó el menosprecio que algunos sentían hacia ciertos servicios y propuso que en adelante, tanto para acostumbrarse a pasarse sin sirvientes como para comprender mejor la necesidad de orden, limpieza, etc., se harían por los alumnos todos los servicios por turno riguroso. Se hizo excepción de la cocina, que siguió haciéndola la compañera que había; y del lavado, cosas ambas que no podían hacerse sin faltar a clase. Todo lo demás, ayudas de cocina y fregado de vajilla, servicio de comedor, limpieza de todas las dependencias, se hicieron por los mismos alumnos. En el mutuo servicio de unos a otros

## REVOLUCION ESPAÑOLA

# un ejemplo

y ante la necesidad de limpiar lo que ellos ensuciaban, nació el esmero e interés de ser cuidadosos, pues que cuando son otros los que limpian, pocas veces se pone la atención debida. Damos este ejemplo para que el amigo lector se percate de cómo transcurría y se mejoraba paulatinamente el ambiente comunal.

### Empleo de tiempo y actividades

De siete y media a ocho, gimnasia. A las ocho desayuno y a las nueve (hora de entrada en clase), limpieza de habitaciones y demás dependencias, hacer las camas, etc. Hasta mediodía, según los días, clases de matemáticas, geometría, economía, redacción, etc., Después de comer se reemprendían las clases a las dos, con Historia Natural, Física, Química, Sociología, etc.

Solamente para explicar bien el quehacer pedagógico, necesitaríamos diseñar un tratado y nos falta espacio, pues hemos dicho era una escuela nueva, y merecía lo de nueva. Se estimulaban los trabajos en grupos con el « Método de proyectos », sin necesidad de profesor. Es más, se seleccionaban muchachos para administradores que adquirían nociones de Contabilidad, otros de Agronomía, Avicultura, etc., y por fin, estaba el grupo en el que más esmero ponía el profesor, que era el de futuros maestros, estudiando particularmente Pedagogía y Psicología infantil. Los jueves por la tarde se dedicaban al dibujo, modelado y otras actividades manuales. Entre las seis y las ocho y todos organizados y distribuidos como la Comisión de Agricultura disponía, se trabajaba la huerta, lo que completaba los estudios de Agricultura y ayudaba a la alimentación de la colonia escolar. Después de cenar, se hacía todas las noches lectura comentada de libros escogidos. Ni que decir tiene que la escuela poseía una biblioteca seleccionada, ayuda preciosa para los alumnos ansiosos de aprender.

Los sábados por la tarde se hacían conferencias por los mismos alumnos, que resumían oralmente lo aprendido durante la semana, o disertaban sobre temas escogidos. Suponía esto un repaso de lo aprendido y un entrenamiento a la expresión hablada.

Había también un cuadro escénico que representaba obras de contenido social y educativo, y todos los domingos se iba a algún pueblo de

la comarca, donde representaban las obras del caso. Algún muchacho se dirigía siempre en los entreactos al pueblo reunido, hablándole de lo aprendido y de los horizontes nuevos de concordia social que entreveía. Es imposible describir el contento de las pequeñas poblaciones campesinas al oír cómo sus propios hijos les hablaban y estimulaban a proseguir la obra colectiva, palabras que oían gozosos, pues no se trataba de « charradores » extraños esta vez, sino de sus propios muchachos, garantía del porvenir.

A los pocos meses de su funcionamiento y cuando la escuela prometía lisonjeros resultados, sufrió la primera las consecuencias del bárbaro y desleal ataque que los lacayos españoles del bolchevismo ruso daban a las colectividades, viéndose la paradoja de que, un denominado comunismo disolvía por la fuerza y a traición verdaderas comunidades de hecho y ejemplo. No nos entretendremos en cosas por todos conocidas. Falto del apoyo material que le daban las colectividades, la escuela anduvo buscando otro emplazamiento seguro, pero la retirada de Aragón la desmoronó completamente.

Estimulado el compañero profesor por el resultado obtenido, reunió los antiguos alumnos que pudo, completó el cómputo con otros, y con el apoyo de la Sección Francesa de S.I.A. formó la que se denominó Granja Escuela Sebastián Faure. En realidad fué la continuidad de la Escuela de Militantes Libertarios de Monzón, desenvolviéndose en idéntica forma y persiguiendo iguales objetivos.

La única cosa a remarcar de la Granja Escuela Sebastián Faure es la puesta en práctica de la Técnica Freinet — pedagogo francés — de la imprenta en la escuela. La S. I. A. francesa facilitó una pequeña imprenta, y así salió a la luz la revista escolar « Nueva Iberia », editada por los alumnos y que ellos mismos redactaban, componían, adornaban e imprimían. El éxito de la pequeña revista fué lisonjero y estimulador, recibiendo inmensas felicitaciones de compañeros de España y de entidades diversas del extranjero.

Habría que ser largo y detallado para dar idea de aquel ensayo de escuela nueva; lo que hacía y se proponía. Pero teniendo corto espacio, hemos limitado este esbozo, para remarcar lo interesante que sería reproducir centros semejantes. En ellos, además de preparar nuestros jóvenes, adquiriendo conocimientos útiles al subvenir de un mundo nuevo, prepararía seres de conducta ejemplar, que podrían ser ejemplo de hombres libres y solidarios. El régimen comunista de libre acuerdo, cuando se practica, da una educación libertaria de hecho, no sólo teórica.

La Comisión de Relaciones de la  
Comarcal de Monzón

# RAMON ACIN

**S**I un compañero afable, dilecto, o superior en carácter ha poseído el movimiento anarquista español, éste ha sido el profesor oscense Ramón Acín. Dotado de una capacidad de asimilación muy notable, artista consumado, alma sensible y sutil escritor, Acín fue muy estimado de los compañeros, de todos sus alumnos, amigos y conocidos, tanto por sus dotes personales como por su grácejo en llevarles a los de enfrente la contraria. Cuando Acín fue asesinado por los de « Arriba España » en Huesca, esta maldad insensata debió de causar inmenso estupor entre la población sometida. Y más cuando al crimen inicial se añadió el fusilamiento de su buena y amorosa compañera, la cual provocó su propia muerte imprecando a los asesinos, incapaz de seguir viviendo sin la compañía de su querido Ramón.

*Como recuerdo de este compañero caído, re-  
producimos una de sus clásicas :*

## FLORECICAS

Esta frase es de Shakespeare : «El silencio es el heraldo de la alegría. » Pero hay dos clases de silencio; el silencio por no querer hablar y el silencio por no poder hablar. Y el silencio por no poder hablar, lo diga Shakespeare o digalo el hijo del Verbo, nunca podrá ser el heraldo de la alegría.

★

Hay un silencio de camposanto, ¿Nos habremos muerto? Y si alguien habla es con cantinela de cartujo : — « Hermano, morir habemos. » — « Hermano, ya lo sabemos ».

« Ya lo sabemos, ya, de sobra; ¡pero morir así, tan callando! Pobres diablos, nos hemos metido a frailes sin haber probado la carne.

★

Hay que hablar, con palabras o con gestos, como sea, pero hay que hablar. Todos conocís el cuento aquel de una mujer que llamaba piojoso a su marido. No pudiendo éste salir con ella, la tiró al mar. La mujer, en tanto pudo, siguió gritando : « ¡Piojoso, piojoso! » Y cuando ya la cabeza sumergida en el agua no podía hablar, las manos en alto, con los dedos pulgares hacia ademán de matar piojos.

★

Hay que hablar, con gestos, con palabras o como sea, y si nos echan al mar, de un modo o de otro hemos de seguir gritando : « ¡Piojosos, piojosos! »

Han proyectado en la pantalla del cine de mi pueblo la película « Los diez mandamientos », que no es del caso comentar. Después han proyectado una de **Pamplinas**. Los muchachos, al anuncio de ella, comenzaron a aplaudir con algarabía de chiquillos. Los niños enmendaron la plana demostrando de un modo jovial y decidido que falta un mandamiento, quizá el principal : « Estar alegres ».

★

Los mandamientos podrán dar lección de bondad y de sabiduría, de todo lo que se quiera menos de modestia. Dios, el primero en todo, es también el primer ególatra; comienza sus mandamientos, como sabéis, con éste : « Amad a Dios sobre todas las cosas ».



# JULIO MES DE LAS LLAMAS

**H**AY un día en el mes de julio que los esclavos del calendario lo denominan « San Jaime ». Se trata del día 25. Pues bien, hace exactamente 52 años que en un día como el tal el pueblo español bullía de indignación a causa de la guerra preparada por el capitalismo jesuítico español en tierras de Marruecos. Dos alemanes aventureros, de acuerdo con Romanones, March, con la Banca hispana y la Compañía de Jesús, decidieron explotar unas minas situadas en territorio del Rif, empresa que disgustó a los nativos por entender que con ella se hollaban sus derechos. Víctima de este dualismo lo fueron un puñado de obreros de raza blanca ocupados en el trazado de carreteras destinadas a relacionar las minas con la ciudad de Melilla. Sorprendidos alevosamente en el tajo, varios de estos trabajadores fueron gumiados y otros sometidos a cautiverio. Este accidente provocado por la avaricia capitalista, encrespó el espíritu bélico de los cuarteros españoles hasta aquí aplanado por las casi recientes derrotas de Cuba y Filipinas. En consecuencia, el gobierno — que a la sazón presidía Antonio Maura — decidió la movilización de reservistas, movilización que se reveló inmediatamente abusiva y antipopular.

Mientras en la península los soldados de la reserva eran obligados a partir con dirección al matadero en medio del desespero de sus esposas y madres, las cábilas rifeñas, apostadas en los alrededores de Melilla y seguras en su baluarte del Gurugú, hostigaban con paqueos y tentativas de penetración en los campamentos españoles. En 25 de julio — día dedicado al santo matamoros — el general Pinto, por orden del general Marina, partió en dirección al Gurugú seguido por una columna de tres mil hombres, tomando el derrotero del Barranco del Lobo (barranco sin salida), en el cual toda la columna pereció, con su general en cabeza. Este triunfo banal, si bien sangriento, entusiasmó enormemente a los moros, y es muy fácil que haya servido de piedra de toque al caecilla Abd-el-Krim para planear la derrota española número 2, acaecida doce años después, o sea en 1921.

Esta noticia desastrosa el gobierno de Maura la ocultó en la medida de lo posible, pero era tan fuerte el acontecimiento, y tan doloroso, que ella cundió prontamente, soliviantando el ánimo popular. En Madrid las madres asaltaron la estación de Atocha impidiendo la salida de trenes militares colocándose en las vías. En Sevilla, en Valencia, en Zaragoza, la protesta de las mujeres arreciaba, mientras en Barcelona la población femenina acompañaba a sus hombres y a sus hijos al puerto de embarque



con escasa resignación. Con trescientos duros los hijos de los ricos se libraban de cuarteles y de guerras, siendo los hijos de los trabajadores los que, como en Cuba y Filipinas, debían satisfacer incua contribución de sangre.

« ¡Muera Maura! » — gritaban las mujeres del pueblo mientras sus hombres queridos eran embarcados en uniforme y sin armas. « ¡Abajo la guerra y la reacción! » « ¡Queremos a nuestros hijos, a nuestros maridos! »

Mientras tanto los reservistas arrojaban por la borda los rosarios y las medallas religiosas que las damas de Estropajosa les regalaban a guisa de consuelo. ¡Peste de beatas! ¡Enviad a vuestros frailes al matadero!

Ahora en el embarcadero sonaba amenazante el cordón de uniformados para asaltar al barco y llevarse Barcelona adentro a los forzados guerreros. El clarín repitió los toques hasta tres y la descarga fatal retumbó por el espacio entre una gritería espantosa. Unas mujeres cayeron heridas y un teniente muerto; ellas por arma de fuego y el « civil » a puñaladas. Las descargas se sucedieron, dando lugar al levantamiento de barricadas: los hombres de la Barcelona revolucionaria estaban en pie, armados de pistolas a dos gatillos y con escopetas sacadas de los museos. En menos de una hora la capital se llenó de reductos populares, desde los cuales el heroísmo anónimo contuvo durante seis días a las fuerzas del Gobierno. Los revolucionarios del casco viejo peleaban denodadamente cuando recibieron el refuerzo de la gente de las barriadas — traje azul, blanca alpargata — asistidos del clásico pistolón, del fusil de caza y de la tea incendiaria. El día 26 las iglesias y los conventos ardían en llamas y los guardias civiles y de Seguridad andaban locos tratando de detenerlo todo sin conseguir detener nada. El convento de jesuitas de la ca-

# Luz y fango de la inmortal jornada

L
 A guerra civil española, que ha constituido una vendimia y una parranda, con raudales de Fino Coquintero y Alella Marfil, para los tiburones y mamantones de todas las jarkas políticas, desembocó para la masa laboral en un cementerio y en un osario, en el más estremecedor campo de calaveras, calcinándose al sol del himno de la Falange.

A propósito de tal cual rateria, acriminable a éste o al otro incontrolado, aún hay quien se empecina en manchar la honra inmaculada de las banderas de la C.N.T. E igual intento malhechor asoma en las contumelias de que se hace continuamente objeto a las incautaciones de tierras mostrencadas por el desbande de los facciosos, y a la colectivización de industrias y negocios que habaneramente se fumaba la filibustia. ¡Como si los sindicatos campesinos, los Comités de control y los Consejos de fábrica se hubieran metido en el bolsillo los latifundios castellanos, extremeños y andaluces, y se hubieran llevado en la bolsa a la emigración las materias primas y las máquinas de producir!

Fueron los socialistas los que en la chirinola de octubre volaron a dinamitazos la caja de acero de la sucursal del Banco de España en la capital astur, y los que después beneficiaron

lle de Caspe se salvó gracias a las salvadas ametralladoras, pero el de los Escolapios y todo el resto de guaridas clericales fué consumido por las llamas purificadoras de la Revolución.

Luego los clericales, cobardemente triunfantes, levantaron su calumnia y su venganza: los revolucionarios habían sido crueles. Mentira. Los revolucionarios de 1909 fueron excesivamente humanos. El Asilo llamado de San Juan de Dios fue abarrotado de viveres, las monjas sacadas del convento antes de ser éste entregado a las llamas, y si un pobre insuficiente — Clemente García — bailó con una monja difunta, se trató de un viejo esqueleto y no de una religiosa sacrificada por la revolución. Al revés de lo dicho por los reaccionarios, los revolucionarios descubrieron crímenes ignorados cometidos en los conventos de clausura: muchachas emparedadas y osamentas correspondientes a recién nacidos. La religión en España es una afrenta, es una escena para bacanales clandestinas y sangrientas.

El 25 de julio de 1909 puso luz en la entraña de los templos y el 19 de julio de 1936 igual. Es de esperar que el ópimo mes de julio que... llegará, desinfeste a nuestra pobre España de manera definitiva.

J. F.

la aubana del cargamento del « Vita », administrándolo a su antojo. Fué el comunismo el que raptó los cinco mil millones de oro, que garantizaban la sanidad de nuestra valuta y el curso de nuestro papel moneda, y se los regalaron a Stalin, por lo que otro día se dirá. Y han sido los republicanos — centralistas, de la Generalidad y el Gobierno de Euzkadi — los que, forzando las cajas de seguridad pertenecientes a particulares en las bancas, sin respetar las de los propios correligionarios, han dejado materialmente a España en calzoncillos. Y aun éstos, en filásticas y estalactitas. En ninguno de esos gatazos ennegreció las uñas la C. N. T.

Se ha armado fenomenal bochinche, y alzado gallinácea trapatiesta y alharaca idénticamente con la pretensa indisciplina de los milicianos y del llamado « frente muerto » de Aragón, en donde se pintaba a los luchadores tumbados a la bartola, con la cantinera o la enfermera a hombros, la bota de vino al aire y cortando rasas de pernil como suelas de zapato.

Cuando el frente catalonoaragonés estaba « muerto », se amagó a las puertas de Zaragoza y de Huesca, ciudades que no se expugnaron porque al anarquismo se le negaban sistemáticamente por celos armas y munición para pelear. Y cuando al mando de línea tan vital estuvieron los vivos, quedó ella definitivamente ensabanada y enterrada, perdiendo el general Pozas, Fraga, Lérida y Balaguer, y Modesto, Taguena, el Campesino y Etelvino Vega, la provincia entera de Tarragona. Y no capotó en barrena el Ejército del Esta (Norte de Cataluña), como el del Ebro (Sur de esa región) y nos corrieron del todo como a monas los fascistas a latigazos hasta la frontera, porque las riendas del tiro en el Segre y el Pirineo las tenía Perea, con las divisiones de Jover y Ricardo Sanz.

Sin armas, y quitándose las de las manos a bocados y con brasilada furia a los rebeldes, los cuadros sindicales de la C.N.T. batieron a Goded en Barcelona el 19 de julio, acción en que pereció Ascaso y se sobreescribió Durruti, con toda la militancia confederal, y en la que no se le vió el pelo a ningún dirigente de orquesta comunista, socialista y republicano. Y el Comité de Defensa del Centro y sus fuerzas de choque, maniobreramente estrategiadas por Eduardo Val, les ganaron ese mismo 19 de julio la batalla en Madrid a García de la Herrería y Fanjul, tomándoles a puñetazos se puede decir, el cuartel de la Montaña, Vicálvaro, Campamento, Getafe y demás nidos de víboras de la facción. Y eso, al tiempo que Martínez



Barrio le daba tripita por teléfono a Mola, ofreciéndole una cartera.

Las milicias negirrojas, además, liberaron Alcalá de Henares, Toledo, Cuenca, Guadalajara y Sigüenza, e impidieron que el requeté saltara las presas del Lozoya y dejara sin agua la capital de la República.

A la defensa de esta ciudad, cooperó el anti-franquismo, bien cierto. Pero la que auténticamente salvo a Madrid tres veces, al grito de « ¡Viva la F.A.I. ! » y no cansándose de escabechinar civilones, moros y legionarios, fué la Confederación de ambas Castillas, en la Ciudad Universitaria, en la Moncloa, en el Parque del Oeste y en la Casa de Campo, eficazmente secundada en alguno de estos sectores por las Brigadas Internacionales.

La más dramática de las ocasiones en que eso ocurrió fué el 6 de noviembre, al anocheecer, cuando abandonado de la mundial papamateria botelechera el proletariado cenetista, con el ejército de Varela, de Yagüe, de Monas-

terio y de Castejón acampados y presionando extramuros, partieron de la calle de la Luna estas órdenes rajantes a los Sindicatos : « ¡Vallehermoso : con armas o sin armas a Rosales! » « ¡Cuatro Caminos : al Puente de Toledo y Los Carabancheles, y tirad sobre el que recule! » « ¡Metalúrgicos, Gastronómicos, Uso y Vestido : al Manzanares, a Usera, a la carretera de Extremadura; a tapar con el pecho las brechas del Oeste de Madrid! » « ¡Gráficos : de pie noche y día, en vuestros talleres! » « ¡Controles de circunvalación : que no salga alma ni arma de la ciudad!

Esta última consigna fué la única que se violó o que no fué cumplida al pie de la letra. E infringióla inaprensivamente el Gobierno, con la « troupe » de variétés que lo divertía, escapando esos titeres como ratas escaldadas, aunque con el queso en la boca, hacia el Levante feliz.

ANGEL SAMBLANCAT

## DOCUMENTOS

**S** dice que lo primero es derribar a Franco. Y es cierto. Lo primero es derribar a Franco, pero Franco no es meramente una persona física. Lo que es Franco pudieron haberlo sido Sanjurjo o Mola. Franco es el franquismo, y el franquismo es la reacción española que toma siempre el color de la reacción europea; unas veces absolutista, otras clerical, otras militarista, otras burguesa. Franco no es sólo Franco; Franco es el franquismo y el franquismo es la expresión de todas las fuerzas de la reacción española : la Iglesia, bendiciendo las armas a los rebeldes y cometiendo la profanación de recibir bajo palio en las Catedrales al usurpador; el Ejército, desleal a sus banderas, capaz de sublevarse contra la soberanía nacional; la sórdida, avara plutocracia española, la propiedad feudal que representan los grandes terratenientes; el franquismo es todo eso. Ello es lo que explica que cuando el nazismo y el fascismo han sido vencidos en los campos de batalla perduren en España, donde no hubo ni hay propiamente nazismo y fascismo, sino la clásica, la eterna reacción española. Fernando VII no necesitó ser nazi ni fascista para ejecutar durante « los seis años inicuos » y « la ominosa década » a más de catorce mil españoles; Narváez no necesitó ser un hitleriano para realizar crueldades como los cien fusilamientos del Arahal; O'Donnell no necesitó ser un general fascista para fusilar de un golpe a sesenta y seis sargentos contra las tapias del Retiro en Madrid. No. La reacción española tiene un abolengo, tiene una formación y una expresión histórica. No necesita ser definida con nombres exóticos. La reacción española es ella en sí misma, y Franco no es más que su exponente. Derribar a Franco y mantener a la reacción española sería consolidar ésta para siempre y seguir la suerte de Portugal.

Hay que derrocar a Franco; pero ello no puede hacerse por artes de traumatologo, mediante la actuación de una varita mágica o tocando desde las Cancillerías resortes milagrosos. Franco es una honda, profunda, tremenda realidad dramática y sólo podrá ser derrocado mediante la lucha, mediante la acción vigorosa y persistente en España y fuera de España. En esa lucha ha de jugar un papel principalísimo la acción interior. Hay que volcar sobre la acción interior todos los medios de que sea posible disponer, volcar, no digo suministrar ni ofrecer; empleo deliberadamente la palabra « volcar » para subrayar la importancia y dificultad de la empresa. Una acción interior que sea como un aldabonazo constante, como un constante aviso, como una llamada permanente a la conciencia internacional. Una acción interior que impida que el problema español se convierta en un problema histórico, en una cosa lejana, en algo muerto que sólo merezca conmemoraciones y fúnebres responsos en los organismos internacionales, sino que palpite y aliente y preocupe e inquiete como un problema vivo.

(Enero 1948)

ALVARO DE ALBORNOZ

# Las comarcales económicas

**T**RAS la reducción y toma de las Atarazanas, a cuya memoria de asalto se halla unida la ejemplaridad y gloriosa caída del intrépido Francisco Ascaso; después de la valerosa gesta del impulso libertario; tras la voluntad en lucha intensa del pueblo de Barcelona, que tuvo la virtud de desbaratar los planes franquistas y que anuló de forma rápida y modo extraordinario, toda la sabiduría y toda la experiencia militar del general Goded, vinieron después aquellas jornadas vivamente pasionales. El 24 de julio salieron para Aragón las fuerzas de Durruti. A seguido, otras columnas se formaron, como las fuerzas Sud-Ebro y las del Norte, con la « Roja y Negra », milicias de Barbastro y otras entusiastas y espontáneas unidades. Honor a todos estos núcleos, de animoso voluntariado. Conforme las villas aragonesas se vieron libres de la presión clerical y falangista, de la dominación de los caciques y de la tiranía de la Guardia Civil, bien por el arrojo de las fuerzas alentadas por el inolvidable hombre de energía, de aspecto de roble y de interioridad dulce y netamente infantil; o por las otras formaciones tan encendidas como briosas; ora por la coincidente acción pujante de milicianos y moradores; otrora por el esfuerzo de los propios campesinos de ardor y llamas en el pecho, el ansia se fijó en ser útiles, dignos al sacrificio en la epopeya crucial y, por ejemplo y en bien de todos, con vehemencia singular y exaltación solidaria, establecieron su colectividad. Bien es verdad que muchos compañeros de fuera de la región se entregaron en espíritu y cuerpo sin fatiga a la organización de las colectividades. Pero hay que añadir, para dejar las cosas en su justo lugar, que otros muchos llegados eran hijos del país aragonés. Mas, eso también, que pueblos apartados, de las estribaciones del Pirineo, como de las sierras del Albarracín, etc., fundaron su colectividad. Esas corporaciones entusastas, agrícolas generalmente por razón de las condiciones rurales, que asimismo mineras fueron en Benasque, Utrillas, etc., y también industriales en poblaciones como Barbastro y Binéfar, organizaron el trabajo por grupos y de los cuales, sus delegados y responsables se reunían tras las jornadas de labor, para preparar las faenas. Famosa realización la de esas asociaciones que fueron luz y que en el bien de la humanidad se inspiraron. Ellas no sólo se extendieron por las cuencas y zonas en donde pasaron o estuvieron las columnas confederales, que fundaciones colectivas de la misma naturaleza y sentido solidario se dieron donde se enclavaron fuerzas de

indole adversa, como por Tardienta y Sierra Alcubierre, cual del Alfambra al Martín y otros lugares, y se resistieron de los atropellos de los jefes y comisarios de las mismas, porque a aquellos simples pero tercios lugareños les animó el recuerdo del movimiento del 8 de diciembre de 1933 en el que por tantos pueblos de Aragón se declaró establecido, franca, limpia y sencillamente, el comunismo libertario.

En Cataluña, después de ser aprobado el Estatuto por las Cortes el 15 de septiembre de 1932 y de ser establecida la Generalidad, por disposición del Consejo de la misma, se reorganizó la región en comarcales, acentuándose éstas en el motivo económico, pese a las preocupaciones políticas de la hora. Empero, donde las comarcales adquirieron de por sí un carácter completamente social y económico fué en la región aragonesa. Al punto de quedar francamente libres las localidades del sur oriental aragonés, los hombres emprendedores de Mora de Rubielos constituyeron la Comarcal, enlazando una amplia zona de pueblos en vida colectiva. Igual circunstancia se dió en Barbastro, cual y por lo que afecta a la ribera del Cinca y a la del Martín, como en otras zonas, al punto de abrirse a las posibilidades, como la de Piña de Ebro, en la parte media de la región. En un día de reposo y de lustre, el teatro de Graus se vistió de gala. Al foro, un gran mapa de la comarcal, el escenario ocupado y la sala atestada de los representantes de una cuarentena o más de localidades del Esera y de la montaña, a más del público que selló con entusiasmo el pacto norteño. La comarcal de Graus, por su excelente organización y sus grandes servicios, constituyó la admiración de todos los que la visitaron y conocieron. Otro buen día, a Caspe llegaron en consulta, compañeros del Albarracín. En aquella parte de las altas sierras sobrevivía una de las viejas comunidades agrarias de Aragón. Los aludidos sabían de las comarcales. Pero no lo suficiente. Tenían sus dudas. Y encantados quedaron al saber que las comarcales tenían el sentido superado de las antiguas comunidades. Las comarcas tienen sus raíces y antecedentes. Ellas viven en cierto modo en el sentir y ambiente popular, con sus manifestaciones de ferias, intercambios, mercados y fiestas. La política al uso no ha querido poner atención, dar calor en el caso ni ver, generalmente en la expresión e inclinación virtual. Todo el miramiento se estrechó en el asunto de reuniones rurales y circunvecinas de capitales en los llamados partidos judiciales, que son órganos circunscritos y, por ende, impopulares, que dan, en cuanto al problema, la idea de la nación de la vida

económica y social de las circunscripciones o territorios comarcales encerrada en escrituras de la propiedad y de pleitos de intereses. Cuando el Consejo de Aragón, corrientemente llegaron a la ciudad del compromiso personas con certificados y nombramientos, extendidos por el Gobierno y dependencias del mismo. Para esas gentes, el esfuerzo y sacrificio populista no significaba mayormente que un cambio de funcionarios y que su beneficio particular. Un juez nuevo era para Tamarite de Litera. Como no pudiese lograr su propósito, el hombre volvió a Valencia echando pestes de los vecinos de Tamarite, del Consejo y de la región entera.

Es bueno, como de obtención de simpatías, evocar las comarcas, históricas y naturales. Y exaltar, con respecto de las mismas, el sentido económico y social. Organizadas, por ser provechosas, Uniones ateneístas, convenientes en la alianza, estímulo y procuramiento de los Ateneos y de sus obras pro libertad y de sus

empresas y labores de cultura. Asimismo, fundadas, por ser beneficiosas, Uniones sindicalistas que estrechen y den vuelos a las acciones de sindicatos locales de actividad enérgica. De la misma manera, organizando, por ser fructuosas, Uniones cooperativistas que procuren a más y mejor la misión moral y beneficiaria, como el estudio y la experimentación de las cooperativas en la parte del consumo y en el orden de la solidaridad. En el enlace de tales uniones u órganos parciales del Movimiento de avanzada, por la viveza de la organización general, Consejos Comarcales, simples y atentos, de Uniones libertarias de comarca. Pero, eso sí, por delante de todo, el sentido amplio y la propaganda de lo ideal. Mas, en el terreno de las realizaciones y desarrollos, como de las impulsiones, ese órgano, tan sencillo como útil, de la Unión Libertaria comarcal.

MIGUEL JIMENEZ

## Sobre la perfección

Prácticamente, la perfección no existe. Es, sólo, un objetivo. Su consecución es, pues, imposible; mas no así el equilibrio moral que adquiere el hombre al aspirar a ella.

★

Perfecto es quien, sabiendo que no lo es, se propone serlo.

★

Nadie mejor que el consciente imperfecto para aspirar a la perfección en una persecución permanente.

★

La perfección tiene, como el universo, márgenes infinitos; pero sus aguas se pueden beber hoy, aquí.

★

La perfección no ofrece otra corona que la del gozo íntimo, que mana allí donde se ha dado un paso hacia la perfección de otros.

★

El olor de la perfección es el de la santidad que huele, antes que a incienso, a agua clara, como la hombría.

★

Nadie menos imperfecto que quien cree haber logrado la perfección.

★

Ni más perfecto que quien la ve, a fuerza de buscarla, cada vez más lejana, pero no menos precisa, en el saludable efecto de la acción a la que voluntariamente nos invita.

★

La perfección se eclipsa ante el pretencioso y el envanecido, pero se abre con alegría ante quien da un paso tan sensato como sencillo.

★

El buscador de perfecciones ve coronada de espigas su cabeza y encuentra sangre en sus pies; pero

en el corazón le brota el júbilo del aparentemente vencido y auténtico vencedor.

★

Los defensores de la perfección suelen ver su cuerpo condenado al paredón, pero la eternidad de sus propósitos producen liberaciones infinitas.

★

El impulso hacia la perfección es el amor. El amor engendra Vida; pero no hay vida sin esfuerzo y sacrificio personal.

★

Cimiento de sabiduría es amar la perfección propia.

★

Trata de perfeccionarte si quieres en realidad saber quién eres. Procura tu perfección si aspiras a un mundo mejor, porque eso es lo que el mundo mejor espera de ti. Esfuérzate en la perfección y verás que es posible, hoy, dar cabida práctica a la brillante aspiración de tu ideal libertario, porque la perfección no puede concebirse sin las innumerables y preciosas facetas de la libertad.

★

El hombre que inclina su corazón al bien del hombre podrá conocer el gusto de la perfección, aunque no pueda definirla. En ello hay eternidad.

★

La Vida propone al hombre perfección porque en la perfección está la Vida. Y la Vida es para el hombre que existe sin ella.

★

El egocentrismo del hombre es tan perfecto que engendra y aborta falaces imperfecciones, por eso inventa la religión con sus abominables perfumes, que lo absuelve a su conveniencia, pero que no lo redime.

Sé perfecto, como la sospechada e invisible Perfección es perfecta en tu esforzada actitud de amor

Abarrátegui

## ¿Hacia una sociología humanitaria?

# Preponderancia

**S**URGE una corriente sociológica tendente a valorizar los derechos humanos. Los temas donde se cristalizan esos deseos no quedan ubicados en un área determinada de los conceptos políticos o religiosos; se agitan como promesa de servicio social, desde muchos puntos centrales de credo específico, cuyo origen hallaríamos en las pocas personas que se desvelan por corregir las dolencias del hombre.

Nuestras observaciones nos facultan para decir que, hasta el momento, la exaltación de brutalidad estatal, sufrida estos cuarenta últimos años, ha disminuido sus alcances. Todo y constatando vestigios de las potencias fascistas, que se debaten sin cohesión popular, en busca de un resurgir absorbente, la realidad es que el actual estado de la humanidad no está abonado para que la barbarie política logre sus deseos.

Nadie puede precisar una meta concreta y definitiva debido a este impulso; tampoco la culminación de la obra podrá proclamarse creación exclusiva de una tesis filosófica. En el crisol progresista se fundieron y confundieron aportaciones varias en aras a la vida superior. A excepción de quienes oprimen la voluntad, desorientan la inteligencia y embrutece los sentimientos, la sociedad que se cimenta debe sus materiales a variado esfuerzo. La misión es superar la vida, no estacionarse.

La perspectiva que labra la producción literaria, artística, filosófica y científica, que hoy se tributan a la juventud como savia de su formación, carece de indicios para que adquieran vigencia regimenes como el nacionalsocialismo y el fascismo italiano. Estos corresponden a un ciclo ya en vías de liquidación, cuyo testimonio y realidad más importantes, en estos momentos, es la dictadura franquista.

Si todo es comprobable, como fenómeno político-estatal que ha dejado sus huellas históricas, el peligro generador de los mismos efectos no ha desaparecido del escenario social. Todo pensamiento totalitario tiene tendencia a la brutalidad; pobre en recursos para hacerse comprender y generalmente carente de ética para adherirse voluntariamente potencial humano, el medio, considerado eficaz, es la fuerza que coloca al individuo donde lo reclaman las necesidades estatales.

### DOCUMENTOS

«Dos días antes del crimen contra Calvo Sotelo, salió del aeródromo londinense de Croydon, el aeroplano británico que llevaría al general Franco desde Canarias a Marruecos, para ponerse al frente de los moros y legionarios sublevados.»

INDALECIO PRIETO.

Es evidente que las aspiraciones a que el hombre sea más respetado se movilizan y coordinan como nunca. No todo se debe a los genios de la época, ni al mayor grado de madurez intelectual de las bajas capas sociales. Las etapas históricas de auge no son producto completo de las generaciones que las gozan, son una síntesis de esfuerzos anteriores, algunos de los cuales arrancan de tiempos muy remotos.

Dado el dominio que las diversas disciplinas científicas han logrado, avideciendo el proceso y mérito de las grandes culturas, hemos de aceptar que lo más sólido y fructífero es lo que con lentitud y sabia construcción se edifica. De poco habría servido, cual lo han hecho las dictaduras, la pretensión de improvisar individualidades para la formación de una sociedad libre y consciente. Llegar a que los pueblos y las razas, al través de los continentes se reconozcan el derecho a vivir y se protejan, no es tarea de cualquiera ni de poco tiempo. Tampoco se improvisan los artificios del pensamiento, ni las voluntades impulsoras de hondas transformaciones sociales surgen como los hongos.

El actual es un ciclo de florecimiento y realidades alentadoras para los hombres de palpitations humanas. El triunfo de las grandes aspiraciones es parcial. Ante hechos de envergadura las vallas de concepción filosófica, al igual que las fronteras nacionales pierden gran parte de la importancia que gozaron. Atraídos por reflexiones e impulsos de solidaridad, los hombres que conocen y sienten la importancia de la vida, establecen sus nexos, rectifican hechos y marcan pautas para una conducta social que a cada cual dé el lugar que le corresponde. Se compenetran deseos y esfuerzos, se forman hábitos, y la vida va transformándose a tenor de aspiraciones superiores.

La genealogía de este vital pensamiento, que más que a otros dominios científicos pertenece a la psicología, puede ser uno de los estudios más interesantes del hombre. Si flota augusto y prometedor para el bienestar general, como recurso potente que ha superado enormes dificultades, es indicio de una gran reserva de elementos que la humanidad tiene para la defensa y estabilización de sus mejores condiciones generales. No importa desde donde se mire tendrá que reconocerse, en este signo redentor, la constancia de un entendimiento que abre una era de universal respeto humano.

Los pueblos hasta hace poco sometidos a brutales imposiciones por fuerzas e idiosincrasias extrañas a su formación aborigen, aunque a tientas, han irrumpido en el campo estimado como de más amplias libertades. No exentos de vestigios opresores, ya que radican y palpitan en el seno del ambiente ancestral que les impusieron, no deja de ser un buen paso y un tributo a la marcha de superación.

# de la concepción humana

En algo se han materializado los bosquejos sociológicos que trazaron pautas para elevar al hombre. La lucha contra los omnímodos Poderes acaba de tener colosales triunfos. ¿Qué ha costado? Sangre, mucha sangre. Si los sociólogos del siglo pasado y de principios del actual, humanistas, levantarán la cabeza, seguramente confirmarían que algo se ha logrado de lo que ellos pretendían. Quizá Tolstói anatematizara los Poderes que prevalecen en su país; probablemente que Bakunin, al contemplar el yugo que pesa sobre la casi totalidad de los pueblos eslavos, y principalmente sobre Polonia, se dispusiera a alentar alguna conspiración contra los nuevos zares. De cualquier modo, algún fruto social hallarían en Europa, producto de sus preocupaciones y desvelos.

De este modo, los resultados y tendencias del esfuerzo constructor marcan vías sociológicas que indican al hombre lo esencial de su deber. Al igual que las actividades diversas de producción útil de una misma época, se compenetran y forman el conjunto de riqueza social, independientemente de ambiciones e intereses personales, los esfuerzos cronológicos de la historia se enlazan, se complementan y sintetizan en ciclos de obra social superiores a los precedentes.

En la trama de los valores progresistas hay un determinismo elocuente; de no intervenir hechos accidentales que sólo pueden ser factor provisional de interrupción, lo sucedáneo siempre reviste mayor perfección que el antecedente. La unión de las fuerzas que contribuyen a una creación aporta su dotación más valiosa.

Bien analizado, en cada sector activo de la vida social hallaríamos, teniendo en cuenta la situación de hace cincuenta años, una rectificación de líneas. El hombre se ve más comprometido con la colectividad humana, no sólo con la local, o nacional, sino con lo que podríamos llamar colmena internacional. Quiere esto decir que los esfuerzos humanos son cada vez más complementarios, que la tendencia se encamina cada día con más rapidez y solidez a ratificar el lema de « uno para todos y todos para uno »; que se socializa el pensamiento y el esfuerzo muscular; que las vías sobre las cuales camina la Humanidad conducen a una comunidad, donde los valores del hombre serán íntegramente respetados.

Las fronteras nacionales declinaron sus prerrogativas; los pueblos, a excepción de donde rigen normas totalitarias, se familiarizan, se cruzan, cultivan ambiente de compenetración tendente a convivencia de mutuos servicios. Se socializa la voluntad, la inteligencia, y los sentimientos depuran, aunque con la rapidez anhelada por muchas personas humanistas, las inquietudes agresivas impuestas por la educación de castas.

El sector de los elementos educacionales no es extraño a esa modificación de relaciones. Hobbes, Lombroso, Mantegaza, Maistre, entre otros, ya no tienen tantos discípulos y admiradores. Por personas competentes en disciplinas científicas se rechaza mucho de la general concepción darwiniana, mientras los testimonios de admiración, hacia Kropotkin y los hermanos Reclus abundan y se justifican. No son pocas las pruebas que sobre el particular tiene el doctor Jorge Nicolai para colocar a la dialéctica como factor negativo de la ciencia y de la cultura. Si bien se yerguen algunas anomalías y contrasentidos, no deja de ser cierto que los medios didácticos, desde la prensa a los centros docentes superiores, practican un sentimiento de relación que contribuye a sanear las vías culturales.

Va comprendiéndose que la pedagogía es problema que rebasa los muros de la escuela y del hogar. La relación social, ordinariamente calificada como campo de conatos personales, por motivos de interés, de diferencias políticas y religiosas, hace visible la tendencia a una mayor comprensión y tolerancia. Ciertamente que estos signos halagadores y de gran perspectiva social, en parte son aportaciones de las titánicas luchas sociales, pero obligado es reconocer que la capacidad y sentimiento pedagógicos han sido, y siguen siendo, los agentes más valiosos.

La lucha de clases aún no ha perdido su necesidad histórica, enfocada desde el ángulo de los desposeídos siempre se ha caracterizado con un sentido humano. Sin embargo, también va generalizándose el pensamiento de que hay objetivos superiores. La versión de que «ante todo está el hombre» lleva el signo de una trascendencia opuesta a diferencias económicas y tratos de justicia. De interpretarse esa condición y trato al ser humano, en aras a la fraternidad de los pueblos se habría dado un paso enorme. Lejos de que esas mutuas concesiones despojaren de valor la personalidad sería enaltecerse y enaltecer a los demás.

La mutualidad, de expresión rudimentaria ante lo previsto por algunas inteligencias prodigiosas, es una estela social reveladora de colosales virtudes humanas. Es una expresión de conducta que asevera que los hombres se comprenden, que se necesitan para prolongar la vida y saturarla de satisfacciones. Abandonada de los dioses, maltratada por Nerones y Napoleones, la criatura humana ha de pensar que el reino de la gloria sólo de ella depende. Únicamente en sus semejantes debe confiar y colaborar si quiere cubrir los objetivos más grandes de la existencia.

SEVERINO CAMPOS

# El virus comunista y la buena

**M**ARIANO R. VAZQUEZ, por el Comité de la C. N. T., el 24 de agosto de 1937 dirigió la siguiente carta al Comité Central del Partido Comunista :

« Estimados camaradas : Nos ha sorprendido vuestra contestación a nuestro comunicado, ya que mientras eludís la respuesta categórica a lo que se os plantea, os extendéis en una serie de consideraciones que no son del caso, algunas de ellas con bastante ligereza, ya que habláis de cosas que deben tener carácter privado. Por ello vamos a centrar la respuesta en el problema que os planteamos, circunscribiéndonos, pues, al artículo que apareció en « Frente Rojo ».

Dice el artículo : « Ha terminado sin duda una época ODIOSA Y TRAGICA ». Y continúa : « Bajo el reinado del extinguido Consejo de Aragón, de triste memoria, ni los ciudadanos ni la propiedad contaban con la menor garantía. El capricho y la arbitrariedad de un puñado de nuevos autócratas habían sido elevados a la categoría de sistema de Gobierno. Y ese Gobierno se había impuesto mediante el « ejercicio del terror ». ¿Consideráis que pueden hacerse esas afirmaciones impunemente?

Y más abajo se excita a la represión con toda claridad, al decir : « El Gobierno se encontrará en Aragón con gigantescos arsenales de armas y municiones, con depósitos de millares de bombas, con centenares de ametralladoras de último modelo, con cañones y con tanques, y todo este armamento estaba reservado y oculto allí, no precisamente para combatir a los fascistas en los frentes de Aragón, sino en propiedad privada de quienes quisieron hacer de Aragón un BALUARTE PARA LUCHAR CONTRA EL GOBIERNO DE LA REPUBLICA ».

¿Cree ese Comité Central que puede mentirse de forma tan descarada? ¿Dónde están los centenares de ametralladoras último modelo, los cañones y los tanques? ¿De dónde se saca que Aragón trataba de ser un baluarte para luchar contra el Gobierno de la República? Si la irresponsabilidad es el norte que guía ciertas actuaciones, entonces podemos permitir esto y mucho más; pero si, por el contrario, cada diario antifascista y cada partido vienen obligados a hablar con responsabilidad, sin falsear la realidad de los hechos, entonces no pueden tolerarse difamaciones de tal calibre.

Y más abajo aún se ataca de forma despiadada a los intereses colectivos, preparando la cosa para deshacer la obra constructiva del campesino aragonés al decir : « No hay campesino que no haya sido forzado a ingresar en las colectividades. Los que resistieron sufrieron en su carne y en su pequeña propiedad las sanciones terroristas ». « Miles de campesinos han emigrado de la región, prefiriendo desterrarse a soportar las miles medidas torturantes del Consejo ». Y sigue : « Se incautó la tierra; se incautaron los animales y los granos, y

hasta los alimentos y el vino de consumo privado ». ¿Podéis probar vosotros ni nadie que en Aragón haya sido éste el comportamiento general de los campesinos o de los elementos responsables de las organizaciones? Pero la canallesca difamación llega aún más lejos, al hacer las afirmaciones siguientes : « En los consejos municipales se instalaron los fascistas conocidos y calificados jefes de escuadras de Falange. Dueños de un carnet oficial de alcalde o de consejeros, de autocracias y de agentes del « orden público » en el Consejo de Aragón. Bandidos de origen, hicieron del banditismo una profesión y un régimen de Gobierno ».

Ignoramos si ese Comité Central es capaz de hacerse suyas esas manifestaciones; pero si no se las hace viene obligado a prohibirlas o rectificar públicamente con arreglo a lo que solicitábamos en nuestra carta. Esperamos que con claridad respondáis diciendo si pueden hacerse esas declaraciones y quedarse tan frescos alegando que son totalmente veraces y que puede discutirse la dureza o no del lenguaje. No se trata de dureza de lenguaje sino de difamación categóricamente comprendida en el alcance de las palabras. ¿No tiene importancia y es cosa de « lenguaje » cuanto hemos copiado del artículo de « Frente Rojo »? ¡Vosotros veréis!

Ahora vamos a hacer unas breves consideraciones sobre aspectos de vuestra prolongada carta. Dejáis entrever que la C.N.T. ha hecho una oposición franca al Gobierno, negándose a prestarle apoyo. Afirmemos de pasada que es completamente inexacto. Las pruebas están en la actuación de mandos militares, de los comisarios y de los combatientes confederales, que suman decenas de millares. Ni un solo caso de indisciplina se ha dado, aunque en algunas ocasiones hubo motivos para ello, por darse órdenes que más que interés militar tenían interés político de partido. ¿No significa esto una colaboración y apoyo al Gobierno? De habernos situado en un plan de oposición, nuestras fuerzas en los frentes no hubieran acatado el mando como lo han hecho. En la retaguardia hemos soportado miles de provocaciones y sufrimos una metódica e interminable represión. Sin embargo, no hemos provocado ni un solo conflicto a pesar de tener en algunas ocasiones razón sobrada para oponernos a ataques continuados que se han dirigido contra nuestro Movimiento. ¿Demuestra este comportamiento la oposición que afirmáis hemos llevado a cabo? A pesar de todos los pesares, la C.N.T., con un sentido de responsabilidad, no ha hecho absolutamente nada que entorpezca el desenvolvimiento del actual Gobierno. Nuestra oposición, por tanto, no ha pasado de ser una oposición platónica, la cual nadie podrá discutirnos y mucho menos ese partido, que en muchas ocasiones, formando parte del Gobierno, ha combatido disposiciones del mismo. Mucho más derecho tenemos nosotros a hacerlo sin formar parte de él; por cerrárenos las puer-

# fe de Mariano R. Vázquez



tas, a pesar de que quiera decirse y demostrarse lo contrario en el plan teórico.

Afirmáis también en vuestra carta que el informe privado que hemos sometido a consideración de S. E. el Presidente de la República y del Jefe del Gobierno, copia del cual ha sido entregada a los

partidos y organizaciones, sobre la cuestión militar, es obra de los generales felones que sólo cosecharon derrotas. La C.N.T. tiene suficiente responsabilidad para hacer las cosas ella, sin necesidad de consejeros, y con un criterio muy propio.

Hechas estas advertencias no incurriremos en el desliz vuestro de hablar en público de cosas que el interés de la guerra obliga a que queden en la interioridad de los organismos responsables del Gobierno y de las organizaciones y partidos. De todas formas haremos una advertencia para que el Comité Central la tenga en cuenta cuando especula con la caída de Málaga: que Antonio Guerra, delegado del Partido Comunista en la Comandancia Militar de Málaga, se quedó en ella con los facciosos. Queremos decir que al hablar de responsabilidades sobre la caída de Málaga, debe empezarse por examinar la que cada cual tiene.

Habláis también, una vez más, de vuestro deseo de lograr la unidad de acción de todos los sectores antifascistas. Eso es lo que persigue la C.N.T. con hechos y pruebas de ello, que a primeros de julio convocamos a una reunión de los partidos y organizaciones antifascistas que tenía, según consta en acta, el siguiente propósito: « Examinada la situación, hemos llegado a la conclusión de considerarla harto delicada y, como medida adecuada y oportuna, sugerimos la conveniencia de elaborar un programa común que trace una línea eficaz tendente a facilitar el triunfo de la guerra y la reconstrucción de la economía nacional. Elaborado el plan conjuntamente, queda establecido de hecho el frente antifascista que a todos nos une para salvar la Patria ».

La C.N.T., en ese orden, no se detiene ante sacrificios. Lo único que desea es luchar por la defensa del pueblo y continuar imprimiendo una actuación responsable y por demás eficaz a la marcha de la guerra. Esto fué aceptado por la delegación del Partido Comunista que asistió a la prime-

ra reunión. Pero en la segunda, en la que ya tenían que adoptarse resoluciones sobre la elaboración del programa, el Partido Comunista no asistió, mandando una carta incorrecta cuyo final decía: « No podemos asistir a la reunión de hoy y discutir ningún programa, porque sería tanto como contribuir a la maniobra de descomposición del Frente Popular y desautorizar la política del Gobierno, con la cual estamos completamente de acuerdo. » Queda, pues, demostrado con hechos que la C.N.T. ha hecho lo posible y está dispuesta a seguir haciéndolo, por lograr que la unidad de acción de todos los partidos y organizaciones antifascistas sea un hecho, concretándolo en la elaboración de un programa común que responsabilice a todos por igual a seguir una línea de conducta.

Nada más, pues, queda por decirse de lo que públicamente puede decirse. Sin embargo, dispuestos estamos a discutir con toda amplitud en una reunión a la que asistan delegaciones responsables de todas las organizaciones y partidos, cuál ha sido la marcha militar de los acontecimientos y al propio tiempo el comportamiento de cada cual en la retaguardia desde que se formó el Gabinete del doctor Negrín. En esta reunión podrá quedar bien probada la gestión de cada cual, caso de que no pueda hacerse en público, en bien precisamente de la guerra, para la que todos estamos obligados a velar, para que su final sea la indiscutible victoria de las armas del antifascismo español.

Para finalizar, y volviendo al tema origen de esta correspondencia, os diremos que el artículo de « Frente Rojo » tiene más gravedad aún, por saber ese Comité Central cuál era el comportamiento de las fuerzas militares y la de la retaguardia de Aragón. Sabía que ellas habían secuestrado al secretario y dos miembros de nuestro Comité Regional — al margen, claro está, de las órdenes del Gobierno y del gobernador —. Esto, acompañado de otros excesos que no se producen por órdenes del Gobierno, y teniendo en cuenta que el jefe de esas fuerzas militares es un militante del Partido Comunista, tiene que suponerse obligadamente que al escribir como se escribió en « Frente Rojo », de lo que se trata es de que había que adelantarse a justificar las extralimitaciones que realizaban quienes actúan al margen de los mandatos del Gobierno, del cual vosotros formáis parte. Queremos suponer que ese Comité no ha examinado con todo detenimiento el contenido del artículo que nos ocupa. De haberlo hecho no es posible que respondiera en la forma que lo hace. Confiamos, pues, que pronto procederéis a darnos respuesta a nuestra demanda, rectificando lo que es obligado rectificar, quedando de esta forma las cosas en condiciones de que podamos seguir trabajando conjuntamente, formando el bloque de la unidad antifascista en beneficio de la guerra y de la victoria.

Os saluda cordialmente, por el Comité Nacional, Mariano R. Vázquez ».

# Ante el desarreglo del mundo **EL ANARQUISMO,** **UNICA SOLUCION EFECTIVA**

(CONTINUACION)

## III

## FRACASO ABSOLUTO DE LAS RELIGIONES

**S**I la socialdemocracia, en razón a sus transigencias desmedidas, se ha reducido a sostener los principios y el sistema de la burguesía liberal; si el comunismo de Estado ha de ver cortadas sus alas expansivas a causa de su tendencia autoritaria rayana al despotismo, igualmente las religiones vendrán obligadas a deponer pretensiones a pesar de sus reiterados intentos de readaptación.

La formación de partidos masivos distinguidos ellos con denominantes ruidosos, tales como « socialcristianismo », « republicanismo popular », « cristianismo de izquierda » y hasta « comunismo cristiano », no pasa de ser un intento sobado surgido del pánico inicial de Pío IX. La integración del catolicismo a los programas sociales dispuesta por el más ruidoso de los papas, se ha traducido en repetidos y ruidosos fracasos gracias al inesperado desarrollo mental del obrero moderno. La Iglesia católica ha dormido un sueño de siglo, interminablemente entregada al disfrute de su triunfo sobre el paganismo. Se dice que Francia abusó de la « dulce farniente » a partir del Tratado de Versalles y de la construcción de la línea Maginot, al extremo de ser sorprendida por el estruendo amenazador de los cañones hitlerianos. Este fenómeno francés, elaborado por una despreocupación de veinte años, antes lo registró la Iglesia de Roma en un periodo largo de dieciocho siglos, en cuyo trámite apuró la miel de la vida con provocación del ajeno dolor. La Iglesia considerada como entidad militante, jamás ha sido cristiana, comprensiva ni humana. Ha sido, por el contrario, impositiva, cruel, enemiga jurada del débil. A título de dueña, se ha atribuido lo mejor del mundo, reduciendo al hombre a la condición de entelequia, utilizable a los efectos de la esclavitud. En calidad de segunda — a lo cual la obligara el poder del más fuerte — ha usado de la intriga, del puñal y del veneno. Ante los poderes civil y militar de nuestros días, ha agachado lo menos posible y descargado la furia de su impotencia sobre el laborioso y mártir de siempre, unas veces llamado ilota, siervo, esclavo, y últimamente trabajador. Las masas productoras han sido escogidas de preferencia por los curas para tenerlas en un estado de milenarismo sobre. La ignorancia supina y la miseria endémica de las generaciones de trabajadores ha sido el negocio pingüe y vil que los pretendidos sucesores de Cristo han ofrecido a los tiranos de todos los tiempos. Para el feudal de alma miserable, el sacerdote destinaba la

## Un estudio de JUAN FERRER

gloria de la tierra y de los cielos, y para el misero villano, el infierno en la vida y más allá de la vida. La peste religiosa ha permitido la existencia a gran nivel de carne humana para el campo de batalla y para las penas de la producción. El sufrimiento y la muerte han sido los únicos dones de los antiguos parias, y esto, tan « sabroso », la Iglesia lo intenta vanamente prolongar. En nuestro país, la espesa noche clerical se mantuvo hasta el despertar del gallo revolucionario francés. El pueblo español, embrutecido, hundido en la ignorancia, oyó perceptibles ecos de los fuertes aldabonazos de la gran Revolución. Por disgusto que los españoles lleváramos de la nación vecina, el beneficio de habernos cortado un sueño atroz y milenarista jamás se lo podremos pagar. La luz acudió a nuestros ojos y se hizo en nuestras nientas, y desde entonces sabemos sentir y opinar. Y comprender nuestros derechos y pelear por ellos. Y alumbrar al mundo con la yesca de nuestros fatídicos templos. Y ofrecer a los pueblos la lección de nuestros progresos libertarios.

Cuando en el siglo XIX el Papado solicitó del patrono piedad para el obrero, éste ya había renegado de la humillación compasiva y se mofaba con sarcasmo de la caridad que eterniza la pobreza. Cuando los curas tronaron en las iglesias una fingida adhesión a los programas mínimos de los trabajadores, éstos ya habían concebido proyectos de igualdad social. Antiguamente, cuando el humilde necesitaba lástimas la Iglesia repicaba a latigazos. Al exigir el obrero pan y descanso, la Iglesia respondió: « Caridad ». Finalmente, ante esta disposición de los antiguos esclavos la Iglesia llevó susto y publicó un « Rerum Novarum » ineficaz, puesto que en el proceloso mar de las reivindicaciones obreras rumoreaba la Revolución. En lo social, el Papado ha llegado tarde, a semejanza del ejército francés en la guerra de 1939.

Quizás si que, a pesar de todo, lo que queda de aborregamiento en las masas productoras sea susceptible de causar preocupaciones y encjes. Mas en todo caso a nosotros, no al capitalismo avasallador. Cuando el clero ha creado entidades de obreros conformistas, fatalmente éstas han degenerado en el vicio de siempre; esto es, en la subordinación al interés de los ricos. El cura moderno es asistente probado del patrono, y la coalición de burgueses y presbiteros ha desembocado — no podía ser de otra manera — en la extraña idea del fascismo, de retroacción al medievo, de retroceso a los odiados tiempos de la esclavitud. Pero el mundo de nuestros días ha reaccionado violentamente contra el



empuje ultramontano y el poder material de éste ha resultado abatido otra vez. Queda en recurso de adaptarse al medio ambiente, de pegarse a los vencedores y reemprender de nuevo la práctica de los recursos sobados; es decir, el descrédito del patrono para favorecer al patrono, la exaltación de la personalidad obrera para hundir a los obreros. Es eso lo que actualmente se ve en la Argentina. Podrá el neocatolicismo movilizar bajo el llamado de brillantes consignas empavesar con damascos democráticos; todo inútil, puesto que sus directores no abandonan la finalidad clásica: la reducción del elemento trabajador, la sujeción de éste a la conveniencia capitalista y del Vaticano, equivalencia fidedigna de aquello que se destruyó en los campos de batalla: el fascismo.

Ya se verá a los rebaños de ovejas clericales crecer rápidamente cuando las multitudes bien orientadas emprendan el camino de las conquistas definitivas.

En Barcelona, los ridículos Sindicatos cristianos de 1912 terminaron en centros de reclutación de esquirolaje, y en 1916 se transformaron en algo peor: en guaridas de asesinos a sueldo de la entidad patronal. Así, el llamado Sindicato Libre descende directamente de la famosa encíclica pretendidamente socialista publicada por Pío IX.

Por el mismo estilo, los partidos socialcatólicos y protestantes europeos facilitaron el desarrollo de las tendencias autoritarias hasta desembocar en el absurdo de la titulada « Corporación sindicalista »,

una amalgama de lobos y ovejas que obliga a éstas a dejarse voluntariamente comer. En Italia, Alemania, Austria, Francia, Bélgica y en todo lugar afectado por la invasión totalitaria, las organizaciones religiosas del trabajo desempeñaron un papel importante en la simulación de sentimientos populares favorables a aquella ominosa situación. Hitler y Mussolini dieron contenido figuradamente social a sus bárbaras concepciones merced a la cooperación de los obreros clericales obedientes a las órdenes del sacristán respectivo. Durante la dura prueba anti-hitleriana, la resistencia de los religiosos corrió a cargo de contados feligreses, apenas asistido por los curas. Entonces, este noventa por ciento que quedó al lado del fascismo invasor no puede justificar la existencia de partidos católicos, etiquetados antifascistas, que colectan millones de votos, antiguas adhesiones a los déspotas caídos. Es indudable, por tanto, que en los partidos socialcristianos de la actualidad está vinculada la reacción entera, comprendido el sedimento deletéreo que ha dejado tras de sí el fascismo. Con tan pútrida base, imposible renovar.

Con sus esfuerzos, la reacción podrá retardar, no evitar, la hora de la Justicia Social. El círculo vicioso y la vuelta a las andadas a nada conducen y a nadie convencerán. Inútil que el de la Santa Sede se devane los sesos. El destino de las religiones es apoyar al fuerte contra el débil, sin derecho a otra salida ni a posibilidades de confusión.

El pueblo lo sabe y sabrá proceder.

## Según tu vocación

Ejerce tu ministerio  
sin nombre que te defina  
y dale a tu voz el gusto  
de la palabra encendida  
en esa luz que abre surcos  
de libertades genuinas.  
Que el ministerio perfecto  
es preparar, con hombría,  
el corazón de los hombres  
a una acción pura e infinita.  
Es recibir, como barro,  
la delicada ambrosía  
para ofrecerla de balde  
a quien sediento la pida.  
Es vivir de un pan humilde  
que al darlo se multiplica  
y que alienta en nuestros pechos  
ansias de dar sin medida.  
Ejerce tu ministerio  
sin formas que se limitan  
a negar, con lo visible,  
la invisible luz de Vida.

Abarrátegui



# La puerta de oro del mundo

(Continuación)

## PRODUCCION MUNDIAL DE TRIGO EN 1960

AMERICA DEL NORTE		
Nación	Población	Toneladas
EE. UU. de N. A.	151.500.00	37.238.000
Canadá	16.000.000	13.325.000
<b>Totales</b>	<b>167.500.000</b>	<b>50.563.000</b>
AMERICAS DEL SUR Y DEL CENTRO		
Nación	Población	Toneladas
Argentina	21.000.000	4.600.000
Amér. Central	9.000.000	
Bolivia	3.300.000	
Brasil	63.500.000	
Colombia	13.000.000	
Cuba	6.500.000	
Chile	7.200.000	
R. Dominicana	2.800.000	
Ecuador	4.100.000	
Panamá	1.500.000	
Uruguay	2.700.000	
Venezuela	6.500.000	
Perú	10.500.000	
Paraguay	1.700.000	
México	32.300.000	
<b>Total</b>	<b>185.600.000</b>	
DIVERSOS (5)		
Nación	Población	Toneladas
Australia	9.952.000	6.250.000
Irán	19.000.000	2.500.000
Turquía	24.100.000	8.615.000
Siria	4.400.000	553.000
India	397.500.000	10.150.000
Pakistán	86.000.000	3.970.000
Japón	89.200.000	1.531.000
China	650.000.000	
<b>Totales</b>	<b>1.280.152.000</b>	<b>33.569.000</b>

(5) El Tesoro canadiense abrió un crédito a la India de 25.000.000 de dólares en el cuadro del plan Colombo para trigo. Australia vendió sus excedentes de trigo, en el mayor volumen, a la India, Irak e Irán e Inglaterra, o sea: a países europeos, 766.000 toneladas, y a países extraeuropeos, como es el Japón, principal cliente, Malasia e Indochina. Malasia solamente garante una importación anual de 90.000 toneladas de harina australiana.

Sin contar la China y sus pequeños satélites, que desean ocultar sus necesidades por imposiciones gubernativas, según un estudio de la Fundación Ford, dado el escaso rendimiento de su producción agrícola y su densa

Aun en su euforia de producción, en 1961, Rusia no estaba en condiciones de prestar ayuda económica a su poderoso rival la China, que podría servir de paliativo para cegar momentáneamente su mirada hacia Siberia, con perspectivas de llegar a América por el mar helado de Behring y a través de Alaska, sino que ni siquiera podía atender a las necesidades de su propio pueblo. Ese dramático saldo negativo, que en los últimos meses de aquel año indujo a que se decapitaran cabezas dirigentes del séquito gubernamental, le impide además proteger a sus satélites que deben suplir sus necesidades alimenticias contorsionándose como puedan en el marco de las respectivas necesidades. (6)

Con resultar asombrosa la superficie de 30.000.000 de hectáreas que Rusia tiene en gran cultivo para la producción de cereales alimenticios, escasamente podrá experimentar un aumento tan pronunciado en los próximos años que rebase el volumen de las necesidades. Para atender a sus satélites y protegidos y llevar adelante la política de expansión económica que se había propuesto.

Los chinos, rusos y demás pueblos del actual bloque de Estados comunistas, representarán en 38 años aproximadamente la mitad de los habitantes de la tierra. Siguiendo duplicándose la población terrestre cada ocho lustros, dentro de 400 años contaríamos con tres billones de almas, de modo que apenas habría sitio para todos en la parte habitable del globo, aun cuando permoneciéramos de pie, según lo consigna el doctor Fritz Baado en su libro « La carrera hacia el año 2.000 ».

China, Manchuria, Japón, Corea y Sinkian, pero China particularmente, tienen sus líneas de fuego dirigidas a Siberia y a la India, en ambos flancos

progresión demográfica, el déficit anual de productos alimenticios de la India se estima en 27.000.000 de toneladas por años.

El progreso técnico es de difícil introducción en este país. en virtud de las condiciones singulares de división de explotación de la tierra, del deplorable estado de las finanzas individuales y de las seculares supersticiones religiosas.

(6) En 1961, la China comunista pidió a la Unión Soviética un préstamo en dólares y libras esterlinas para costear la compra de trigo en los países occidentales, porque gran parte de su población estaba sufriendo los rigores del hambre. Los rusos no han podido auxiliar a los chinos en esa emergencia, porque ellos mismos se encontraban con un saldo deficitario de 15.000.000 de toneladas de cereales de su cosecha de 1960 y por otras razones estratégicas, lo que les ha obligado a comprar una primera partida de 200.000 toneladas de trigo canadiense. Por su parte, Pekin ha comprado 300.000 toneladas de trigo canadiense, por un total de 17.000.000 de dólares, y mediante negociaciones de alto calado para adquirir posteriormente un total de 2.720.000 toneladas más. El hambre y la necesidad de alimentos estaba agotando las reservas de divisas de China, en lo que ha podido filtrarse de la férrea dictadura comunista.

y están golpeando a sus puertas con las bayonetas. Las palabras, un poco en serio y luego en broma del señor Kruschew, encierran un secreto que ya no puede ocultarse y el recelo con que los chinos comunistas alientan ese ideal, que va conteniendo la acción de Rusia en su histórica aspiración de rebasar el Bósforo. Los 1.500.000.000 de almas que están haciendo presión sobre 400.000.000 habitantes de la India es tan significativa que hacen crecer el pelo al señor Kruschew y pasman a los dirigentes del Kremlin. Esta marejada humana despierta de una inercia de siglos, que la religión y el feudalismo contuvieron desde milenios. Con pequeñas variantes el objetivo fundamental es idéntico y nadie podrá contener ese alud que lentamente va desplazándose al oeste y al norte, acuciado por el hambre, en procura de un clima más benigno, de tierras fértiles que posibiliten un standard de vida más rendidor a sus penurias. Son golpes de tanteo mientras su comunismo no se sienta seguro de su fuerza individual. Es una corriente de avance con puntas de flechas dirigidas hacia América por dos rutas, de clima variado y tierras profundas, de zonas ricas aun en seco y exuberantes en regadío, con valles inmensos. En el centro de ese avance se encuentra Rusia, titubeando actualmente con su «coexistencia pacífica» entre llevar adelante su política de absorción o tender sus líneas con miras a encontrar en los países occidentales un apoyo para enfrentar al coloso chino. Sabido es que estos pueblos ya no actúan bajo el imperativo de la religión, sino de una libertad aherrrojada por el despotismo. Es un lenguaje nuevo, distinto al de los sacerdotes, que lleva por divisa la sentencia lapidaria de que « el hombre que no lleva el hierro en las manos terminará por llevarlo en los pies », que con fuego puso en la eternidad González Prada. La unión de la China con la India y el área que comprende la Manchuria y Siberia, con centro en Pekín, desarticulan la geografía política y económica de la tierra. Tanto chinos como indios lo saben y van en procura del destino, en este rodar de tan pocos años, a través del sacrificio.

El historiador y filósofo británico Arnold Toynbee previno que si el mundo no despierta, el hambre volverá a acechar a la humanidad. La civilización ha adelantado tanto en su lucha para reducir el número de muertes que causan el hambre, las enfermedades y la guerra. Hemos comenzado a imponer al juego cruel de la naturaleza un orden humano de nuestro propio cuño. Pero una vez que el hombre ha empezado a intervenir en la naturaleza, no puede permitirse detenerse a mitad del camino, dijo en Roma en la sesión inaugural de la X Convención de la F.A.O.

No podemos imaginarnos cuantos habitantes tendrá el mundo el año 2.000, es decir, cuando nuestros hijos y nuestros nietos alcancen madurez. En este siglo, dice Mario Monteforte Toledo, no sólo hemos visto consolidarse un nuevo concepto del tiempo, sino un nuevo concepto del espacio; las distintas fracciones de la humanidad están cada día más indisolublemente ligadas por el comercio, la transculturación y el destino inmediato: dos sistemas de vida diametralmente opuestos entrecro-

can y plantean a diario avatares de guerra o de paz que involucran a todos los pueblos, a los muchachos en edad de combatir y a los adultos de edad de reposar. La respuesta para hoy y para mañana, para la paz o la guerra es la misma.

La producción mundial de trigo de 1960, a través de las cifras conocidas, apenas si alcanza a cubrir las necesidades de 184 gramos bruto para los 3.000.000.000 de habitantes del mundo. Si se destina a usos industriales una cuarta parte de ese margen, para descartes y transformaciones en otros artículos, la cuota quedará reducida a 138 gramos per cápita y por día.

El área de cultivo en relación con las necesidades inmediatas de cereal para alimentación humana, tiene muy escasas perspectivas de lograr un aumento tan acelerado que responda a tan apremiante requerimiento. Mas bien se hace indispensable compartir el sacrificio mediante una redistribución más equitativa de las disponibilidades y transformar el sistema clásico de elaboración de pan propiamente dicho como base en la forma que lo conocemos a través de los siglos. Es de ahí que la técnica vislumbra el aditamento de otras sustancias a la harina para tornar el pan en un alimento más completo y aprovechable, larga conservación, para que pueda ser transportado de uno a otro extremos de la tierra. La industria de la refrigeración estudia su aporte tan valioso a esta posibilidad.

El sistema anticuado de elaborar pan mediante el proceso del agregado de agua, el amasado, la fermentación y cocción elimina buena parte de su valor nutritivo, también los transportes por trenes y barcos del cereal bruto están condenados a experimentar un proceso bien distinto.

El hombre es el único roedor que, en la desesperación, elimina todos los seres vivos para devorarlos. La fauna, de cualquier región de la tierra y hasta saurios, reptiles y batracios, ninguno escapa a su acción destructiva. Y lo hace en forma tan brutal que, a su paso, arrasa con lo que encuentra, sin pensar en el mañana. El problema de la alimentación tiene una elíptica histórica cuyo desarrollo va sembrado de latrocinios. Si el conjunto de población actual encuentra dificultades para sobrevivir en un mundo de abundancia en algunos sectores, en las regiones inermes, donde la población vegetal en estado peupérrimo, ofrece un panorama cubierto de sombras para el futuro inmediato.

El hombre actual, que por obra del maquinismo ha perdido sus facultades sensoriales ya es incapaz de luchar como individuo con conciencia de responsabilidad. Delega su porvenir en el progreso mecánico de nuestra civilización, que lo encandila, aturde, adormece. Confía, incapaz de hacerlo por cuenta propia, en el artilugio de la ciencia; pero no sospecha que también aquí los campos están cercados con alambre de púas. La ciencia en sí es producto de la imaginación. Es una idea abstracta y no materia viva. Y el hombre necesita sostenerse sobre la corteza terrestre mediante el proceso de combustión de elementos grasos, vegetales y tejidos.

La técnica podrá combinar émbolos y bielas y de ese modo obtener un buen rendimiento. Podrá en-

contrar la ciencia, en sus especulaciones físicas y químicas, apresurar la obra de la naturaleza y hacer salir del pantano a la humanidad en momento dado. Pero por sí misma, como ciencia, no creará lo que escapa a su reino. Si el hombre quiere mantener su arquitectura ósea ha de alimentarse con elementos obtenidos en nuestro ambiente atmosférico. Lo que técnica y ciencia aplicadas harán es coadyuvar a ese proceso.

Podremos tener medios de movilidad tan rápidos que anquilosen a nuestras piernas y podamos prescindir de ellas. Una alimentación homeopática, a base de comprimidos que contraiga y paralice nuestro estómago y el aparato digestivo. Que nos quede el cerebro solamente como representación de un físico biológicamente inútil. Llegando aquí tal vez lo que entendemos por vida o existencia, carezcan de sentido lógico aun cuando conservemos el instinto animal a cuyo universo renunciamos.

Tal vez todo eso podrá como inmediato de experimentación científica y seguramente que en determinado grado para constituir un alivio a la penosa fatiga que provoca el esfuerzo, la construcción y distorsión muscular. Pero sea cual fuere el porvenir de la técnica y la ciencia, por mucho que se empeñe, el hombre estará siempre delante. La ciencia tiene sus límites. Y si en nuestros días nos pasma con sus experimentos, no olvidemos que la máquina no piensa. La facultad de pensar es patrimonio del hombre, que recién empieza a comprender que no está solo sobre la tierra, que no puede escapar a la acción colectiva a la que lo arrastra el progreso. Cuanto no provenga de la acción del hombre está condenado al fracaso, y ciencia y técnica son un producto híbrido de su imaginación.

Si el crecimiento de población se eleva en los próximos 15.000 días a 7.500.000.000 habitantes — no obstante que el notable geógrafo Sapper la estima ya en 13.000.000.000 — al mismo ritmo de producción de cereales, pan, y para mantener la misma cifra insuficiente de 66 kilos per cápita y por año, necesitaremos 550.000.000 toneladas, equivalente a 275.000.000 de hectáreas de buena tierra en gran cultivo, a razón de 2.000 kilos de rendimiento. De qué modo acelerar en período tan corto ese progreso de aumento en la producción de cereales cuando el mundo no ha puesto manos a la tarea?

Pero el panorama ofrece contornos tanto más dramáticos cuanto que no sólo de pan vive el hombre. Y para mantener el equilibrio standard de las condiciones de existencia actual a esa superpoblación de 4.500.000.000 que tomarán posesión de la tierra con derecho propio en las dos inmediatas ge-

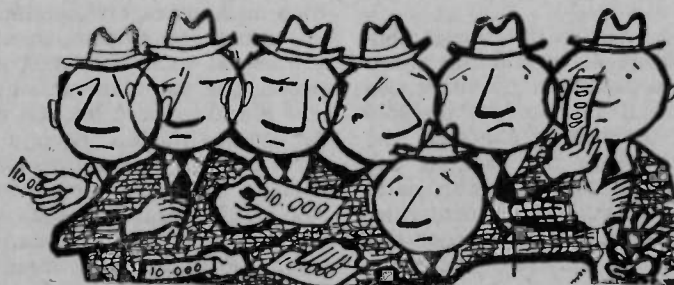
neraciones, es preciso producir más que un decuplo de vestimenta, de albergue y de condiciones normales de vida, como educación y cultura, de las que ya estamos huérfanos. Equivale a significar que, en regla de proporción, tendrá que superarse el nivel industrial en sus aspectos domésticos, supuesto que no aspiramos a un grado superior de abundancia. Sin embargo, aun esa mayor producción resultará insuficiente y el desequilibrio que hoy experimentamos en la desorganización mundial permanecerá en pie con todos sus agravantes.

Nuestros nietos del año 2.000 serán portadores de un ideal distinto. Sus problemas morales han de rebasar todas las escalas del pensamiento. Lo que para nosotros resulta fundamental y explicable por vía de lógica, ellos tendrán otras luces de razonamiento de superar los conceptos de una filosofía clásica que recibimos como herencia de instituciones milenarias. Quizás la moral, la metafísica y la lógica en sus estratos fundamentales que a nosotros nos sirven de palanca en averiguación de lo que fuimos y de los que podremos ser, se hayan superado, trazando un arco voltaico sobre estos prejuicios anacrónicos. Lo que para nosotros constituye una ley, un imperativo de conciencia para la formación espiritual en pos de la libertad que tan cara ha costado a nuestro antecedente histórico, se vea transformado por nuevas mutaciones e interpretaciones de su mundo ambiente. Si tan débiles son los tejidos que a ellos nos unen, es indudable que todo podrá esperarse de ese tan acelerado proceso de transformación.

El hombre de hoy — más propiamente el hombre del siglo XX, que desaparece con sus costumbres y su cultura humanística, que trata el porvenir como artilugio de profecía — se arrastra detrás de la máquina a la que entregó su destino. La cibernética, la automatización, de la que espera desde el plato de alimento hasta la camisa blanchada y el pago de los impuestos, constituye el secreto de una falsa ilusión que podría ser grande si en estos momentos trabajara con proyectos para realizar al margen de su actividad diaria 20 años más adelante. Ese pequeño margen de inventiva le daría seguridad de permanencia, confianza en sí mismo como la buena fortuna que para entonces le espera, como una deuda que tiende a extinguir. Lamentablemente, todo lo sojuzga a un porvenir incierto, a un concepto equivocado que es ajeno a su propia fuerza porque ha perdido la confianza de actuar para enfrentar al destino.

**CAMPIO CARPIO**

(Continuará.)



# HACE 27 AÑOS

**E**l 19 de julio es una fecha que saltó a la Historia para siempre. En ese día, hace 27 años, como respuesta al alzamiento de militares y señoritos, surgió en gran parte de España una revolución. Así, con todas las letras : una revolución. No un simple cambio de esto o lo otro : una transformación radical en todo.

Era, sin duda, prematura para el mundo. Por eso todo el mundo estuvo frente a ella. A las gentes indignas que en España se habían alzado contra lo existente, tan poco comprometedor para ellas, se unieron poco a poco las gentes indignas — innumerables — de todas partes, más que por ayudarles, y no dejaron de ayudarles, decisivamente, por oponerse a lo que frente a ellas había surgido : intento de encontrar solución a los problemas en que el mundo se debate.

No habría sido fácil esa solución, pero ni había ni hay otra. Mirad en torno. A poco, por no haber otra, el mundo se hundió en abismo del que tardó en salir, y sólo para irse acercando al abismo nuevo, que está ahí abierto. Se ahogó la revolución española, pero mientras no se vuelva, en todas partes, a lo que la revolución española intentaba, todo irá de mal en peor : forzosa e irremisiblemente.

Se ahogó la revolución española : única luz que indicaba por dónde salir de la selva, como primitiva, en que se estaba convirtiendo el mundo. Prefirió el mundo hacer más espesa la selva, y devorarse en ella, años más tarde. Y dejarla más espesa aún que estaba. Amenazado de desaparecer — la revolución española llevaba implícita esa amenaza — para volverse otro, eligió el riesgo de desaparecer simplemente. Y ahí está, en ese riesgo, a poco de haberlo corrido. Dispuesto a correrlo de nuevo, y a perecer en él, sin volverse otro, no dejando ni recuerdo de los pasos que hasta ahora se han dado, y dispuesto a ahogar la revolución como la española si por azar en cualquier parte surgiera. Opta, sin vacilar, entre dos modos de perecer, por el menos noble.

Sin la intervención del mundo entero, los españoles habríamos salido adelante con nuestro propósito. El alzamiento de militares y señoritos no habría prevalecido. No prevaleció, al comenzar, en lugar alguno importante. En todos los lugares importantes militares y señoritos fueron barridos en pocos días : barridos, sí, como cosa desdeñable. Pero el mundo entero se espantó. No era el Estado, como inexistente aquellos días, quien barria a los militares y señoritos; era el pueblo, por su propia iniciativa. Y no se contentaba con esto. Se po-

nía, al mismo tiempo, a edificar una sociedad nueva, en la que el Estado estaría de más. Había que poner coto a ese mal ejemplo, que podía ser contagioso. (Entre paréntesis : se engañaba, se engañaba : todos, todos los pueblos estaban — vergüenza para ellos — fuera del alcance del contagio : sin ojos para ver el ejemplo que se les ofrecía, ni el abismo a que poco a poco iban a ser llevados. Tampoco los tienen ahora para el abismo a que se les va a llevar, más profundo que el del anterior.) los militares y los señoritos, atrincherados en los lugares menos importantes, comenzaron a recibir apoyos, primeros de los que, de antemano, estaban con ellos, después de los que, sin estar con ellos, estaban contra el intento del pueblo español. ¿Quién no figuraba entre éstos?

Aun así — tan evidente era que el pueblo español, a solas con los militares y los señoritos, habría llevado a cabo su intento —, ya se sabe cuánto tiempo costó, al mundo entero, poner fin a lo que en España había surgido frente al alzamiento.

Lo sucedido después no es menos sucio que lo entonces sucedido. Sin vergüenza ni de los pueblos — para vergüenza de los pueblos —, se facilitó el triunfo a militares y señoritos. Y el pueblo español, salvo la parte de él, escasa, que logró atravesar las fronteras, quedó a merced de los triunfadores. Ya se sabe qué han hecho de él. Los primeros días se entregaron a una orgía de asesinatos que, si no eran para sorprender — dondequiera que habían puesto pie antes tal había sido la tarea a que se habían dedicado ante todo —, eran motivo más que suficiente para proclamar que se había facilitado el triunfo a gentes indignas. Hacía falta, para proclamar eso, una conciencia : no existía. Se dejó hacer a los triunfadores. Se les dejó asesinar hasta saciarse. ¿Hasta saciarse? No, aún no se han saciado. Aún siguen asesinando, cuando bien les place. Sin que nadie, ni los pueblos — vergüenza otra vez para ellos —, se conmueva.

Optó el mundo por eso, antes que dejar prevalecer ejemplo que no deseaba, y que nadie — se engañaba, se engañaba — estaba dispuesto a seguir. No por las dificultades, muy grandes, y tal vez invencibles; por dejadez, por indiferencia, por olvido del propio interés, no cercano, tal vez, pero sí lejano. Nadie que valga se gana sin sacrificios enormes, y nadie se veía con ánimo de sacrificio alguno : no enorme, ni insignificante. El pueblo español mismo, estaba lejos de intentar lo que intentó. Le llevó a intentarlo la provocación. Más que sacrificio voluntario, sacrificio a que se le llevó,

pero una vez arrastrado a él, se colocó a la altura que las circunstancias exigían. Querían arrebatárle lo que poseía, apenas nada, se lanzó a la conquista de todo, que era suyo y de nadie más. Y dió, para la conquista de todo, pasos decisivos. Ahí están, borrados de la Historia, pero en la que han dejado huella imborrable. Por ella se seguirá, un día u otro, si el mundo ha de dejar de ser lo que es. Si no se sigue por ella, el mundo seguirá siendo lo que es hasta que se destruya por sí mismo.

Va por este camino, no por aquél. Pero aquél se ha señalado, y cabe al pueblo español la gloria de haberlo señalado. Cara le ha costado. No existe, por haberlo señalado. Porque lo que los militares y los señoritos tienen sometido, no es un pueblo: el pueblo español salió de la Historia, por querer entrar en ella por la puerta más grande, y fuera de la Historia sigue. Pero ahí está abierta, la puerta más grande por la que en ella quiso entrar: para todos. No más Estado, que no es menester; no más capitalistas, que no son menester; no más gentes que vivan del trabajo ajeno, que no son menester. Eso proclamó el pueblo español, y eso se puso a vivir, en medio del torbellino de fuego encadenado por militares y señoritos y alimentado después por el mundo entero. Y eso, ahogado, no ha muerto. No puede morir. A no ser que el mundo muera.

Va, sí por ese camino, no por aquél. Pero ahí está aquél. Va por el camino de morir, con sus Estados, y sus capitalistas, y sus gentes, en muchedumbre, que viven del trabajo ajeno, y que no pueden conducírle, cada vez más de prisa, sino a morir, pero ahí está aquél otro camino que le conducirá, dejando de ser lo que es, a salvarse. No tiene otra salvación. Desaparecer, sí, pero para renacer. Opta, como optó frente a los españoles, por desaparecer simple-

mente. Más pronto o más tarde. Opta por la desaparición menos noble. Hacia ella va, ciego. Hacia ella van, ciegos, los pueblos, entregados a sus Estados, a sus capitalistas, a sus gentes, innumerables, que viven de trabajo no propio, y que no son menester. Haber probado que no son menester — descubierto estaba ya — es el honor de la revolución española. Nadie le quitará ese honor. No se lo ha quitado el triunfo de militares y señoritos, la ayuda de todo el mundo a militares y señoritos, durante el alzamiento, después del alzamiento, y todavía vigente. No se lo ha quitado el hecho de que el pueblo español haya sido arrojado fuera de la Historia y lleve ya 27 años fuera de ella. No se lo ha quitado el hecho de que los españoles que hicieron esa revolución y que todavía no han sido asesinados estén en España hambrientos, perseguidos o encarcelados, y los que logramos salir de allí estemos dispersos por todo el mundo, a merced de suerte que pueden envidiar los que en España quedaron, pero que no es envidiable. No se lo quitará nada. Ni aun la desaparición a que el mundo se encamina, preferida por él a la que en España se le ofreció. Después de que haya desaparecido, alguien es posible que descubra que podía no haber desaparecido, que podía, desapareciendo, renovarse. Y que el medio de llegar a esa renovación había surgido en España, frente al alzamiento de militares y señoritos. Y ese alguien, en el no ser ya del mundo de hoy, periculado en caos espantoso, llevado a caos espantoso por sus Estados, sus capitalistas y sus tropeles de holgazanes, se sentirá como deslumbrado ante el honor de la revolución que quiso acabar con los Estados, con los capitalistas y con los holgazanes.

J. B.

## A mi esposa

Con campo de luna y cielo,  
este manojo de pelo  
me sabe a monte y romero  
porque te quiero.

¿Qué dices tú de mi amor?

Se entretiene mi delicia  
con tu cariño florido  
y no tengo otro sentido  
que el que brota en tu caricia  
donde me encuentro perdido.

¿Qué piensas tú de mi amor?

Y tú, mi esposa callada,  
tienes labios donde brilla  
esta lírica semilla  
de mi vida en tí sembrada.

Y una flor  
de roja presencia y gesto  
vive radiante en el tiesto  
de nuestro amor.

Con fondo de agua y luna  
en tu corazón se acuna  
este amor siempre primero,  
porque te quiero,  
¡te quiero!

Miguel B. Valdivieso

# Ritmo juvenil en la España del 36

EN la noche silenciosa, cuajada de luceros, que en lo alto parpadean, la luna da una palidez cenital al paisaje. Allá lejos, festonea oscura cordillera, con picachos desiguales. Tumbados sobre el césped, suaves como una caricia, ellas y ellos tras una larga pausa; recogimiento y embeleso ante la magnificencia de la natura en la nocturna hora estival evocan el ayer. Evocación breve y fragmentaria; rauda como una cinta cinematográfica. Tropel de recuerdos que pasan y se van.

..

Carretera adelante, en tierras de Aragón, entre torbellinos de polvo, marcha la Columna, compuesta de automóviles y camiones, en los que van, apretujados, hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Con ellos está Durruti, y van también muchachos y muchachas de quince, dieciseis, dieciocho, no llegan a los veinte años. Llevan armas y muestran en sus semblantes de adolescentes una expresión de firmeza, de voluntad; dispuestos para la lucha, decididos al heroísmo y al sacrificio.

Redacciones de periódicos nuestros, libertarios: « Solidaridad Obrera », « CNT », « Fragua Social », « Nosotros », « Castilla Libre », « Catalunya ». Todos los días afluyen en abundancia, para su inserción, notas, comunicados, avisos, gacetillas, que provienen de las Juventudes Libertarias. Dan fe de vitalidad, de dinamismo, de empeño reiterado en toda suerte de actividades.

Bajo una acentuada preocupación de cultura, a los locales de las Juventudes llegan montones de libros. Se clasifican las materias; se seleccionan bibliotecas; se hacen editar volúmenes. Y se llevan las obras a los frentes, a las comarcas rurales, aldeas y villorrios, a los hospitales, a las mansiones de reposo. Por doquier se quiere hacer accesible la cultura. Se incita a leer; a despertar conciencias por el propio esfuerzo, puesta la voluntad en el estudio.

La Revolución, la nuestra, no es como un golpe de Estado, tras el cual, los súbditos del que fue jerarca supremo no tienen que ponerse a las órdenes del que le sucede. Una subversión de carácter manumisor, precisa de elementos convencidos de la justicia, de la fraternidad, de la libertad para todos. Y las Juventudes improvisan equipos de propaganda, de entre las muchachas y muchachos más dispuestos. Y con esa elocuencia sin frases rebuscadas, sin pedantescas elucubraciones, expresión sencilla y efusiva que brota del corazón, dicen cosas bellas, dicen cosas grandes; hablan en suma, el lenguaje de la verdad.

La Revolución tiende a cimentar sus realiza-

ciones con la lucha, con el estudio, y sobre todo, con el trabajo. En los campos de la España libre, surca el arado las tierras. Manos masculinas y manos femeninas siembran, cavan, riegan, siegan, traínan. En el pueblo, en la aldea, hay una casa sobre cuya puerta de entrada, un gran cartel con fondo rojinegro, pone: « Juventudes Libertarias ». De día no hay nadie en la casa; tan sólo al anochecer cobra animación, bullicio de alegre camaradería. Durante la jornada, ellas y ellos, el rostro atezado por el sol, sudoroso, trabajan con ahínco en las tareas campesinas, y lo hacen con fe, convencidos de que, realizando un trabajo intenso, se ayuda poderosamente a la Revolución.

Se pretende, con empeño vehemente, crear una nueva sociedad. Ello requiere una mentalidad, preparada, saturada de noble, de humanitaria idealidad. Ello requiere educación. Hay que educar a nuevas generaciones. Y es en la escuela en donde éstas se forman. Existen escuelas racionalistas en las que, desde hace tiempo, se viene realizando una tal labor educadora. Pero es menester fundar más, muchas más escuelas. Y, salidos del Instituto, de la Universidad, de la Normal, una pléyade de estudiantes de ambos sexos, se disponen a prepararse para la enseñanza racionalista. Con ellos también no pocos autodidactas que, tras la dura jornada de trabajo, en el campo, en la mina, en la fábrica, o en el taller, restando horas al sueño, fueron capacitándose con esfuerzo reiterado.

En la plaza del pueblo, pegado al muro de lo que antes fue iglesia, y ahora es almacén de la Colectividad, está un periódico mural. Es parecido a los que se ven en la capital, puestos en tableros especiales, adosados a las paredes de los lugares más concurridos. Rubrican esos periódicos murales las Juventudes Libertarias. Hay en ellos artículos, poesías, dibujos, caricaturas. Son una muestra de ingenio, de capacidad, de buen gusto. Se exponen ideas, se ensalzan las virtudes del ideal, se entonan loas a la belleza, se maldice y se ridiculiza al fascismo, y se estampa un sentido recordatorio a los que han caído, y a los que caen en la lucha desigual contra la ferocidad de un enemigo poderoso.

En el Ateneo, con amplios armarios repletos de volúmenes, con estanterías donde se acumulan periódicos y revistas, hay esta noche como tantas otras de la semana, singular animación. Se trata de una charla colectiva. Denso conjunto juvenil llena la Sala de Actos. Palabras de mujeres que aman la lectura, palabras suaves, de afinada sensibilidad, exponen criterios, aclaran, preguntan, sugieren. Palabras

varoniles, de muchachos estudiosos, alternan con las de ellas. Se analiza, se discute en un ambiente de afecto fraternal.

Silba el tren para partir. Unos labios contra otros labios, y un abrazo fuerte une, en momento de despedida, a ella y a él. Despedida efusiva pero sin lágrimas, sin frases de desaliento. Unidos gracias a la doble afinidad del amor y del ideal, se conocieron en las Juventudes. Son bien jóvenes los dos. El marcha al frente, decidido, con tesón para combatir al fascio, dispuesto, si se tercia, a dar la vida. Ella quedará en un hospital de sangre. Enfermera de vocación, de sentimiento, enfrentada contra la Muerte, que acecha a los que caen ensangrentados. Dispuesta a salvar la vida de los heridos, poniendo cariño de madre y de hermana en su cometido.

Y siguen las evocaciones : Hechos ejemplares, gestas magnificas. Suenan nombres de héroes anónimos, fechas y lugares acuden al recuerdo. Y la noche, bella y silente, avanza sin cesar.

Y, tras un silencio prolongado, transición en el pensamiento del tiempo, alguien dice con voz pausada.

« Somos de los que dimos vida y calor a las Juventudes Libertarias. Fuimos una esperanza para nuestros antecesores en la lucha social. En etapa de convulsión revolucionaria, supimos abarcar un vasto horizonte de afanes libertarios, de esencia universalista. Teníamos estímulo y adentrábamos en nosotros la convicción. Eramos dinámicos. Y aquella con-

vicción y aquel dinamismo han de tener sentido de continuidad en el exilio, dondequiera que éste sea. Lo de España, compañeras y compañeros, fue una etapa en la Historia, y la Historia continúa y continuará. La Historia se hace y la hacemos todos.

» Fuimos y somos, unidos a todos los libertarios, una fuerza social. Tuvimos cohesión e impulso proletista. Hemos de proseguir teniendo. Vamos de cara a España en nuestros problemas. Hemos de ir también de cara al mundo. Que nada humano nos sea indiferente. Que circunstancias del momento no nos hagan olvidar lo que nos es propio; cuanto ayer procuramos hacer con entusiasmo y consecuencia.

» Y sobre todo, que el cansancio, las pequeñas miserias de pasajeros personalismos, concesiones a un ambiente de indiferencia y frivolidad, prosaicos afanes de espíritu acomodaticio, apoltronamiento, cobardía, no lleguen a adueñarse de nuestro ser. Que en ningún momento, la propia conciencia tenga que reprocharnos lo que somos de lo que fuimos. Que nadie pueda decirnos que hemos dejado de ser aquello que, ante propios y extraños, nos confirió personalidad de libertarios. »

Y cuantos escuchaban, ellas y ellos, han dicho con espontánea y vehemente convicción:

« Es cierto. De acuerdo. De acuerdo ».

La noche ha ido desvaneciéndose lentamente. Clarea el alba. Va transcurriendo el tiempo. En el horizonte, tras los montes lejanos, asoma la púrpura del sol, espléndido, radiante.

FONTAURA

#### DOCUMENTOS (Año 1947)

## Alocución del Presidente Aguirre

En una alocución pronunciada por radio con motivo del aniversario de la destrucción de Guernica, el señor Aguirre dijo, entre otras cosas:

«Hace once años, los aviones de Hitler, al servicio de Franco, destruyeron Guernica, sede de la tradición vasca y símbolo de nuestra libertad.

Guernica es el grito de acusación permanente contra los totalitarismos opresores y el símbolo de la paz contra la agresión injusta y tiránica.

Franco representa la negación del espíritu de civilización humana.

Su régimen no tiene razón de existencia.

Creyeron algunos que Europa y el mundo podrían admitir la compañía del régimen franquista. Se equivocaron.

Para combatir el comunismo basta con la libertad.

Franco no tiene derecho a condenar la pretendida intervención extranjera contra su régimen, cuando él apeló a la intervención extranjera para crímenes como el de Guernica.»



# La gestión económica y la revolución española

**E**L mejor homenaje que pueda hacerse al valor del proletariado español es, sin duda, recordar su gestión económica durante la Revolución del 19 de julio de 1936, por la enseñanza que encierra en el concepto de una era nueva basada en el colectivismo anárquico.

Para ello recurrimos a los datos que tenemos de la gestión técnico-administrativa y explotación colectiva de Miralcampo, una finca del conde de Romanones.

Es conocido el título que gozaba Romanones, antes del 19 de julio, como agrario y administrador de sus inmensas fincas. Por algo se le conocía como el primer terrateniente.

Una prueba de lo que decimos hoy nos la suministran los siguientes datos :

« En el año 1936, esa finca de Miralcampo produjo :

Trigo, 3.000 fanegas.  
Cebada, 500 fanegas.  
Melones, 196.000 pesetas.  
Alfalfa, 80.000 pesetas.  
Vino, 3.000 arrobas.»

Bajo la administración colectiva y con la técnica de los trabajadores, esa misma finca produjo :

« En el año 1937 :  
Trigo, 7.000 fanegas.  
Cebada, 2.000 fanegas.  
Vino, 4.500 arrobas.  
Melones, 300.000 pesetas.  
Alfalfa, 40.000 pesetas (importe del primer corte).

Según los técnicos en la materia, en esa época de la que tomamos los datos el importe total de la alfalfa se calculó en 250.000 pesetas. »

Como se advierte, las cifras que arroja el estadillo administrativo de la colectividad explotadora de la finca han aumentado, en el que menos, en un 100 por 100, en algunos en 200 y hasta en 400 por 100.

Esto en plena guerra, y en los primeros meses de la Revolución, se realiza sin perfección máxima en la técnica del cultivo, sin aparatosos planes quinquenales.

Eso significa la grandeza, la belleza de un ideal.

Es, además, una afirmación de que la anarquía es el perfecto orden en todas las cosas, una gestión de capacidad obrera. Indudablemente, estos colectivistas, abnegados trabajadores agrícolas, desarrollaban un derroche de entusiasmo — valga la expresión, — poniendo toda su voluntad, sus fuerzas al servicio de la Revolución protectora del bienestar de todo el Pueblo, camino de su liberación integral.

¿No es digno de aplauso y de consideración, tanto como de un recordatorio emocionado, ese afán de los confederados de levantar la Economía agraria en período tan difícil?

Ciertamente, es la Economía revolucionaria, la Economía libertaria, la que más valoriza el gesto heroico de todos los caídos en lucha desigual contra el fascismo internacional. Es esa honrada gestión obrera la que eleva y dignifica a los anarquistas y anarcosindicalistas españoles ante la generación actual y las venideras.

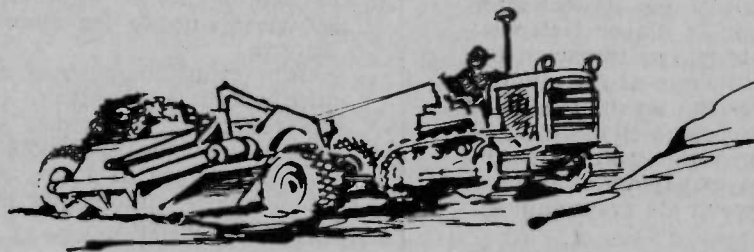
La Colectividad de Miralcampo, además de la tierra productiva, tenía una granja espléndidamente instalada para el aseo e higiene de los conejos; más de un centenar de cerdos, gran cantidad de aves de corral y un colonato que surtía a más de ochocientas personas, sin distinción sindical. Los anarquistas eran revolucionarios por y para el Pueblo, y no por egoísmo individual o de organización.

En esta colectividad, como en los millares que podríamos comentar en esta fecha del 19 de julio, se vivía en franca y encantadora camaradería : es el ideal que les unía, tanto como el deber consciente de luchar hasta que desapareciera de España y del mundo entero el estigma de la superioridad jerárquica del hombre sobre el hombre.

Los anarquistas, los anarcosindicalistas españoles han demostrado clara y diáfana el espíritu constructivo de la Revolución Social y la fuerza del ideal que les anima, al mismo tiempo que la disciplina con que saben actuar.

¡Hurra por la Revolución española! ¡Viva la Revolución social!

**B. P.**



# Aquel 19 de julio

Las jornadas que se iniciaron en España a partir del 19 de julio de 1936, y de las cuales en estos momentos no se vislumbra el epílogo, tienen un especial significado, no sólo para los anarquistas españoles, sino para el anarquismo internacional. Es preciso descuartar, revolver hasta las entrañas esta lucha épica, dolorosa y sangrienta, para obtener de ella las enseñanzas que han de guiar nuestros combates en el futuro. Hacerlo es un deber que, ni como anarquistas ni como Movimiento que aspira a ser guía de las multitudes en sus luchas revolucionarias debemos eludir. Hemos de analizar, con la serenidad que el caso requiere, lo que realizamos y lo que dejamos por realizar, lo que nos enaltece, así como lo que en tanto que anarquistas nos denigra. Que la Historia, sobre todo si se ha escrito con sangre, es maestra cuyas lecciones deben tenerse en cuenta.

El tópico más sobado por la canalla que hoy desde el Poder detenta el monopolio del crimen y del robo en España para justificar su caabrileña tendía a la destrucción de los bá-« glorioso alzamiento », es que la República: propiedad privada, milicia, religión, etc., y así dejar el país en manos de las « turbas desharrapadas ». ¡Nada más falaz y alejado de la verdad!

La República de don Niceto y Azaña distó mucho de sentir veleidades proletarias. Puede decirse que nació y vivió destilando odio hacia la clase oprimida. Lo atestigua el hecho de que a los pocos días de ser implantada, la guardia civil, inmundicia uniformada, tronchaba la vida de un grupo de trabajadores que en pacífica manifestación se dirigían al Gobierno civil guipuzcoano en solicitud de apoyo a unas reivindicaciones de clase, ajenos a que el gobernador, en aquellos momentos símbolo de la justicia republicana, daba orden de disparar sin compasión contra quienes creían que los desmanes guardiacivilesco habían terminado.

Y bajo este signo de violencia transcurrió su efímera vida. Las prisiones gubernativas, verdadera infamia, son puestas a la orden del día; es la llamada fuerza pública quien se encarga de solucionar cuantos problemas se le plantean al Gobierno; las huelgas y los movimientos obreros son reprimidos con la mayor violencia; desde la jefatura del Gobierno se imparten órdenes de un salvajismo tal, que al ser cumplidas por las fuerzas represivas levantan clamores de protesta que sobrepasan el ámbito nacional. Se deporta a tierras inhóspitas y se insulta cobardemente a los trabajadores, cuando éstos na se resignan a servir de trampolín en las piruetas políticas.

Los hombres de la República fueron incapa-



ces de comprender las inquietudes del proletariado. Su soberbia les impidió ver que si querían conservarla, tenían que ganar para su causa al pueblo trabajador, ya que los partidos republicanos en sí carecían de los efectivos necesarios para oponerse a la reacción que no se resignaba a la pérdida de los privilegios disfrutados con la monarquía.

Si alguna vez se deciden, más por halago que por sentimiento, a lanzar algunas migajas, se muestra marcado parcialismo hacia determinado sector obrero, manipulado por los socialistas, que, fieles a su trayectoria de colaboración, manejan los núcleos proletarios que les son adictos para el logro de prebendas y posiciones políticas, engañándolos con el señuelo de la consolidación del régimen, tras el que se escudan los « enchufes » de los jerifaltes y sus incondicionales en el Partido.

Tal actitud siembra el desconcierto en el obrerismo en general, que día a día ve con mayor placer la posición firme de la Federación Anarquista Ibérica y la Confederación Nacional del Trabajo, de lucha abierta contra los elementos retardatarios y su decisión de lanzarse a la plena conquista de los derechos de los explotados. Las organizaciones cenetista y anarquista ven engrosar sin interrupción sus efectivos, a la vez que el pueblo todo muestra una creciente simpatía por sus métodos de combate que se traduce en la convicción de que una sociedad anarquista no es imposible ni está tan lejos. El anarcosindicalismo español atraviesa uno de los momentos cumbre de la historia.

Bajo estas condiciones se produce el alzamiento militar y fascista. En el ánimo de quienes resistieron el primer empuje de la reacción está el que la República no se había hecho merecedora ni a una sola gota de sangre, y la lucha se entabla por la defensa de la propia vida primero.

## Tendencias de la literatura española contemporánea

**A**l término de la guerra civil (1936-1939), se exilaron o estaban ya en el exilio la mayor parte de los mejores intelectuales españoles. Sus simpatías republicanas o su actitud militante durante la guerra los abligaron a ello. Hoy, después de más de veinticuatro años, la mayor parte de aquellos hombres siguen en el exilio. Algunos, ocasionalmente, han vuelto a España para cortas estancias. Otros, los mejores, han regresado definitivamente.

La vida cultural española se resintió profundamente de estos hechos. La sangría intelectual a la que el país fue sometido tiene pocos precedentes en la Historia y fue una consecuencia más de una atroz guerra fratricida que produjo un millón de muertos. La ausencia de hombres como Alberti y Guillén, Américo Castro y Sánchez Albornoz, Cernuda y Bergamín, Carner y Pau Casals, entre otros muchos, aparte de la de centenares de profesores y hombres de profesiones liberales y la de los que murieron directa o indirectamente como consecuencia de la catástrofe (García Lorca, Antonio Machado, Miguel Hernández, etc.), produjo una paralización intelectual absoluta, en el interior del país, al fin de las hostilidades.

En este sentido los primeros años de la postguerra civil española, que coinciden con los primeros años de la segunda guerra mundial, vieron desarrollarse en España una literatura formalista, esteticista y vacía de contenido humano, llena de recuerdos del pasado imperial español, al que el nuevo régimen hubiera querido parecerse.

La poesía fue el género más cultivado por los escritores, junto con el ensayo literario, ampuloso y barroco, en el que se empleaban con frecuencia términos arcaizantes, para que el lector no olvidase que se quería — voluntariamente — imitar los modelos clásicos que correspondían a la época imperial.

Esta literatura, que tuvo semejanza con la del fascismo italiano, fue la que en los primeros años de la postguerra adquirió carácter oficial, sin que apenas se pudieran manifestar otras tendencias.

Sin embargo, todavía dentro de ese periodo, algunos libros como « La familia de Pascual Duarte » (1942), novela de Camilo José Cela, e « Hijos de la Ira » (1944), poemas de Dámaso Alonso, vienen a representar las primeras muestras de una literatura que rompe los modelos oficiales y de adentro, con mayor o menor fortuna, por los caminos de un realismo poco cualificado que, a partir de aquellos años, no dejará de crecer y definirse en la literatura española de los años que siguen al fin de la segunda guerra mundial.

En rigor, el último cuarto de siglo puede resumirse como una progresiva aunque muy lenta, toma de conciencia histórica de la literatura de una

nación que se ha visto inmersa en una guerra civil, seguida después por un largo periodo de aislamiento — a consecuencia de la segunda guerra mundial y de la estructura misma de su régimen político — del que ahora apenas empieza a emerger.

En otra ocasión he dicho que, a mi entender, «sa toma de conciencia se manifiesta en una progresiva voluntad de realismo en los escritores, que se traduce en una tímida forma de realismo crítico, primero, para pasar más tarde a un intento de realismo histórico, ya avanzada la década de los años cincuenta. Protagonistas de esas dos etapas de intención realista son las dos generaciones de escritores surgidos después de la guerra civil. Una primera, formada por escritores nacidos en su mayoría entre los años 18'0 y 1920, es decir, con edad suficiente para tener de ella un conocimiento o una experiencia personales y un recuerdo preciso. La otra, formada por escritores nacidos a lo largo de los años veinte, que, demasiado jóvenes, niños aún, vivieron los años de la guerra sin una consciente capacidad de discernimiento y que, aunque guarden vivos recuerdos de ella (hambre, bombardeos, etc.), fueron testigos mudos e impotentes de la contienda, sin participar en ella más que como víctimas. » (1)

A la primera de esas generaciones podemos atribuirle una obra caracterizada, en general, por un cierto realismo crítico — que fue limitado siempre por una censura previa implacable —, cuyos mejores exponentes son algunas novelas de Camilo José Cela (« La Colmena »); Miguel Delibes « El Camino » y « Mi idolatrado hijo Sisi »; Carmen Laforet (« Nada »); Luis Romero (« Los otros »); Ricardo Fernández de la Reguera (« Cuerpo a tierra »), etc., y en los dramas de Antonio Buero Vallejo (« Historia de una escalera »). Más avanzados, algunos poetas de esta generación como Gabriel Celaya (« De claro en claro ») y Blas de Otero (« Pido la paz y la palabra ») inician el camino hacia un realismo histórico, cuya meta se proponen los componentes de la más joven generación.

La nueva generación — compuesta por nombres que empiezan ya a ser conocidos, no sólo en España, sino también, gracias a las traducciones, en diversos países; nombres como los de Sánchez Ferlosio, Ana María Matute, los Goytisolo, García Hortelano, Gil de Biedma, Alfonso Sastre, J. A. Valente, etc. — está empeñada hoy en el intento de superar el realismo analítico y crítico de sus mayores, por un realismo sintético e histórico, es decir, por un realismo que no sólo describe los factores humanos sociales, políticos y económicos en que se desenvuelve la vida nacional, sino que manifiesta en sus obras una comprensión dinámica de la his-

(1) « La nueva ola ». Bompiani. Milano, 1962.

toria y la posibilidad de un quehacer colectivo. A nuestro entender, ello implica una preocupación y una madurez política que no se encuentra, por lo general, en la obra de sus mayores. Un mismo proceso encontramos en la literatura de lengua catalana, que ha luchado por sobrevivir en unas condiciones difícilísimas de discriminación lingüística.

El lector ingenuo se preguntará cómo es posible la existencia de una literatura tan comprometida, es decir, un tal predominio de los valores temáticos frente a los formales, en unas circunstancias anormales — desde el punto de vista democrático — como han sido las de la España de estos años. A lo que podríamos responder que, sin que los escritores desconozcan los problemas estéticos o las nuevas escuelas literarias, la urgencia de los problemas sociales, la incertidumbre de los destinos de la patria y la existencia de una censura tan dura como tenaz, por encima de otras consideraciones más propiamente técnicas, les han llevado a ello.

Tres etapas, pues, han caracterizado el último cuarto de siglo de la literatura española. Una primera, de corte formalista y arcaizante corresponde a un periodo en el que prácticamente ha desaparecido la vida intelectual en el país y sólo escriben y publican en él los escasos intelectuales que han lu-

chado en el bando de los vencedores caracterizándose sus obras por una exaltación de los valores tradicionales religiosos e imperiales de una España ya perdida para siempre en la Historia. A esta etapa la sustituye muy pronto otra en la que se aprecia una vuelta a las fuentes realistas de la mejor literatura española y en la que peseta un cierto aire del momento democrático que vive la Europa que ha triunfado del nazismo; un tímido **realismo crítico**, es la manifestación más evidente de los escritores que inician el cambio. Por último una nueva generación, que no intervino en la guerra civil y que quiere construir su vida y proyectar su futuro sin olvidarla, pero mirando isempre hacia adelante, aporta a la literatura española unas obras que — dentro de un intento de **realismo histórico**, es decir, integrando las realidades patrias a la literatura con un sentido actual de la dinámica de la historia — representan a buen seguro pese a su inmadurez estética, las bases sobre las que discurrirá la literatura de los próximos años, que no se desarrollará plenamente sin embargo, hasta que existan las condiciones de una absoluta expresión democrática y libre.

J. M. CASTELLET

# LA MORAL



UE debemos entender por moral o ética? Despojada en lo posible de toda hipótesis, la ética es teóricamente el estudio de lo que hay de bueno o malo en las acciones humanas, y prácticamente, en cuanto moral, el deber de hacer el bien y evitar el mal. Pero eso no es apenas explícito, porque, ¿qué debemos entender por bien o por mal? No solamente consideran unos como bien los que otros consideran como mal, sino que una frase que Goethe (*Fausto*) pone en boca del diablo conservará siempre su profunda verdad: « Yo soy una parte de la fuerza que desea siempre el mal y siempre crea el bien. »

Diremos « que suele hacer el bien cuando desea el mal », y tendremos una imagen fiel de la deplorable falta de adaptación que existe entre los buenos y los malos efectos de nuestras acciones por una parte y la bondad o malicia de nuestros móviles por otra. Lo inverso es verdad igualmente, pues los poderes que desean el bien suelen hacer, por desgracia, como es sabido, el mal. Debemos distinguir, pues, cuidadosamente los motivos éticos de los buenos y malos efectos de una acción.

Si continuamos nuestro análisis, descubriremos todavía que la misma acción puede ser para el uno buena y mala para el otro. Cuando un lobo se come un cordero, es bueno para el lobo y malo para el cordero. Todos, nosotros mismos no podemos vivir sin destruir otras vidas vegetales. El dinero que gana sale del bolsillo de otras personas sin que de ello saquen siempre provecho correspondiente, etc. La moral es, pues, **relativa**, y nuestra facultad de conocimiento no nos permite descubrir en ninguna parte cosa alguna que sea buena en absoluto o absolutamente mala en sí misma.

Todo lo que los hombres pueden alcanzar con el cambio mutuo de su saber y de su buena voluntad es el hacerse recíprocamente el menor mal y el mayor bien posibles, es decir, disminuir la suma de sus males físicos y psíquicos, mejorando con sus efectos sus mutuas condiciones de existencia y aumentando así la suma general del bien.

...Diremos, por último, para ser completos, que la misma acción puede hacerme mal al principio y en seguida bien, por ejemplo, una lección penosa, o al principio bien y después mal, la satisfacción exagerada de mi gula, pongo por caso.

De estas diversas reflexiones resulta que nuestros deberes morales no pueden ser más que relativos y no pueden ligarnos de la misma manera y en el mismo grado a todos los seres vivientes, ni siquiera a todos los hombres, si no queremos sacrificar lo que es superior a lo que es vil. En teoría, la definición de la moral humana, consistirá, pues, en una definición justa, es decir, científica, del bien social y de las exigencias que impone a los individuos, a fin de que éstos no hagan el mal al querer hacer el bien. En la práctica, será el general esfuerzo realizado para desarrollar victoriosamente este mismo bien social por medio de las voluntades individuales.

AUGUSTO FOREL

## Documentos «Tierra y Libertad»

# Oro para la guerra

**C**UANDO más álgida es la lucha por la liberación de España, más precisa la resistencia activa en el Interior de dinero. Por esta razón irrefragable recordamos a los desmemoriados, en este aniversario de la Revolución española, unas palabras escritas en « Tierra y Libertad » en los albores del año 1937 :

« Junto al grito de « ¡Armas, hombres y víveres para los frentes! », la F.A.I. y la C.N.T. han dicho sin ambages la gran solución, la más profunda, la más positiva de todas las soluciones parciales que se han señalado y aplicado hasta hoy para hacer y ganar la guerra : ¡El oro que existe en Valencia, en toda España, en el extranjero; el oro de España, oro amasado con el sudor de todas las generaciones proletarias, ha de servir para ganar la guerra!

» Es un crimen que las reservas de oro, que los metales preciosos, que los objetos de valor, que todo lo que pueda convertirse en oro siga hasta ahora esperando tiempos felices... Es un crimen que mientras los frentes reclaman enormes gastos, mientras la guerra impone inmensas sangrias, mientras se precisan armas —todas las armas son pocas cuando se lucha, como hoy, por una causa tan grande y de una forma tan contundente —; es un crimen que debe señalarse como traición a la causa antifascista lo que sucede. Hay que utilizar el oro, los recursos disponibles para hacer cada día más potentes a los ejércitos revolucionarios del Pueblo. Hay que gastar el oro en estos momentos supremos, en que la guerra se decide por el potencial bélico, por la cantidad y la calidad de los instrumentos de lucha, por el armamento de que se disponga en uno u otro de los bandos en guerra.

» Y el oro existe. El oro existe en Valencia. El oro existe en Cataluña. El oro existe en el extranjero. Es de España. Es nuestro. Es patrimonio exclusivo de nuestro Pueblo antifascista. ¿Quién puede aplicar teorías frías, teorías de Economía clásica, para demostrar que el oro no debe tocarse, ahora que ese oro puede significar la derrota o el triunfo? ¡No! ¡España proletaria, España en armas por la Libertad, exige que todas las riquezas se movilicen, como se han movilizad los milicianos, como se han movilizad sus obreros, sus campesinos y técnicos, al servicio de la guerra y de la Revolución!

¡Todos los recursos económicos para la guerra! ¡Y el oro en primer lugar! ¡Traicionan a la causa antifascista y a la Revolución los que, bajo cualquier pretexto, se oponen a la movilización del oro! »

Después de la cantidad incalculable de sangre vertida por el Pueblo español, los años transcurridos, y ante el valor sin igual de la resistencia activa que actúa en España sin miedo a la muerte, es doblemente criminal existan medios monetarios necesarios para terminar con Franco y su régimen en manos de ciertas personalidades de la República de 1931.

De haber escuchado las palabras de la F.A.I. y de la C.N.T., cuando pedía la movilización de todo el potencial monetario para la guerra, no dude nadie de que en estos momentos España tendría una muy otra fisonomía social.

En esta hora suprema, aún es tiempo de reunir todo el potencial económico y proclamar la decadencia de Franco por la insurrección del Pueblo español. Los que poseen oro de España, son traidores al Pueblo español, a su libertad, si no tienen el gesto de ponerlo en manos de la resistencia activa del Interior.

La F.A.I. y la C.N.T., las Juventudes Libertarias han cumplido y cumplen con su deber de liberar al Pueblo español. Para ello no regatean ni el sacrificio de sus mejores militantes, que el verdugo de Franco lleva al pelotón de ejecución diariamente, ni su apoyo económico.



# El universo de Alaiz

## VI

**N**ADA de lenguaje sinuoso, matizado, mediatizado ni dubitativo; ya lo dijimos. Si es cierto que hay acción directa, y por consiguiente su antípoda: la indirecta, hay también —esto es más cierto— el lenguaje directo, tajante, concreto, es decir, el responsable, y su contrario, el indirecto, alusivo sin mencionar, de medias tintas, es decir, el indefinido y aleatorio. Alaiz hermosea al castellano con el primero, nunca con el segundo.

Si un estudio sereno y formal hiciésemos de lo español, si una «calidad española» fuese posible y justa, tendríamos que apelar a la obra de Alaiz ojo avizor como estuvo toda su vida frente a dicha «calidad».

Una «calidad» que puede servir de ejemplo para examinarnos cada uno, nos la da analizando a Cánovas: una «paja» con la que descubriremos nuestra «viga».

«Nació Cánovas en 1828 y murió en 1897. Vivió 69 años. De 69 años hay que descontar la mitad dedicada a dormir, comer, discursar, intrigar, conspirar, gobernar, apoyar a los esbirros, ser amanuense de generales, escribir poesías delicadas, viajar y pasear. Quedan 34 años y medio. En 34 años y medio no hay ingenio humano capaz de leer, comprobar, completar y entender más de mil libros. Si tenía Cánovas 22.2000 libros le sobran 21.200. Pero lo interesante es ser un monstruo, tener una biblioteca monstruo. La cuestión es hacer de la biblioteca, no estancia íntima y aprovechable, sino escenario y espectáculo.» «En realidad, Cánovas tenía razón al decir que su misión era continuar la historia —que es la ruina— de España.» «Creía Cánovas que el español es el que no puede ser otra cosa.» «En España poco cuesta tener un partido. Basta convidar a comer a tres o cuatro docenas de vagos y saber hablar en una tribuna.»

Racionalista en su más alto grado, y de corazón, cuando un estatuto, constitución, reglamento, etc., chocaba con lo razonable y humano (primer principio y guía de conducta) echaba al carajo a todos los papeles. Sobre todo, ser humano; sobre todo la fíz de la razón. Y cuando veía a tal o cual español agarrarse a la tabla de un dogma (programa, estatuto, etc.), le tenía lástima. La educación católica del español, hasta en el que se considera formar parte de lo más independiente, preside en el 90 por 100 de sus juicios y deducciones. Cuando oyes decir a un español: los estatutos mandan, pongamos por caso, cosa que llega muy frecuente, fácil es comprender que se recurre a ello a falta de razón y de lógica. Recurrir a «los estatutos mandan», «las normas lo exigen», el reglamento lo prohíbe», ¿no es

equivalente al «está escrito», último recurso de los deístas?

De cómo Alaiz combate esta «miseria humana» lo veremos en el párrafo siguiente: «Había allí un marinero a quien se le iba a amputar una pierna. Resistió el marinero la prueba con valentía ejemplar, sin dejar de fumar estoicamente en pipa. De vez en cuando apretaba los dientes, pero, al fin consiguió dominar el dolor. El cirujano no sabía cómo alabar tanta fortaleza. —¡Bravo, bravo!, decía mientras vendaba la herida. De pronto, el héroe lanzó un gemido frenético. El cirujano le había pinchado ligeramente el brazo sin darse cuenta con un alfiler. ¿Cómo te quejas de una cosa tan leve, tú que has resistido la operación de cortar la pierna? —Porque el pinchazo no estaba en el programa.»

Lector, reflexiona. Vale lo transcrito más que un canto a la libertad.

## PUNTUALIDAD Y ORDEN

Desde luego, considerar al español y lo español como si se tratara de algo insólito, sería un error. No obstante, hay «cualidades» apuntadas hace muchos años por Alaiz que, viendo cómo aún persisten hoy día, si entonces dudamos, hoy ya no nos atrevemos a tanto. Es universalmente conocido el desbarajuste en el que se paran, arrancan y marchan los trenes bajo el imperio de Francisco Franco. Muchos piensan que eso es producto del régimen íden. Principalmente por lo desvencijados que están los vagones, la suciedad y la lentitud con que se desplazan llegando a destino con harto retraso. Pues bien, aún no conocía España a los bandidos con fajín que la gobiernan y Alaiz ya escribió: «El viajero se domicilia en un tren madrugador junto a la ventanilla y recuerda la impedimenta que lleva —el aseo y lo indispensable—. No decimos que viaja en un tren limpio y rápido porque no somos partidarios de bromas pesadas. Dicen los portugueses que los trenes españoles llegan a destino cuando llegan, si por casualidad llegan.»

En otros términos y campos para calificar a la misma «cualidad» española, cuando te dicen una hora determinada se suele replicar: ¿hora confederal?

¿Cuánto no se habrá discutido sobre el determinismo, voluntarismo y fatalismo? Sin embargo, ¿hase visto resignación más opresora que la del español de todos los tiempos? Hoy día linda esta resignación con lo más crudo del fatalismo. Pero no es de nuestros tiempos solamente, es fruto perenne de la vida española. «Eres reservón y fantástico, le dice Lecina a Quinet, representas una generación cansada que oye hablar a todas horas de

pobreza y decadencia. ¡ESPAÑOL REPRESENTATIVO QUE TE RODEAS DE CONFLICTOS INTIMOS Y LOS AMURALLAS Y CERCAS CON ASPAVIENTOS! ¡ESPAÑOL QUE NO MIRAS ATRAS, Y DUDAS DE TODOS LOS CAMINOS O EMPRENDES UNO AL AZAR!... Caballero andante...

que viajas sin rumbo,  
que dudas sin método,  
que lees sin orden,  
que acabas dando vueltas rodeado de círculos concéntricos y vertiginosos o quietos,  
que esperas desfacer entuertos y tienes pocas camisas,

que te mareas con literatura bruñida o tosca de los novelistas capaces de explicarnos dramas y tragedias sólo para que sepamos que pasaron por París o que se acostaron con una respetable tía.

«Dolorido y cansado de ir de acá para allá porque sí, A VER QUE PASA.»

Cuando Aláiz analiza al español pícaro no limita su análisis a los de una clase, región, edad ni condición. «El pícaro no es sólo ciudadano. En los medios rurales existen verdaderas manadas de pícaros que se llaman pobres a cada paso con aire monjil y guardan los duros como usureros. Gentes... que regalan un pimiento para publicar el regalo como un gigantesco desprendimiento filantrópico... Verdaderas legiones de pícaros encastillados en un individualismo rencoroso propagador de alcahueterías con gesto santo... Están desparramados por el agro español y saben infestarlos más que la langosta y que la filoxera. El progreso social será en absoluto imposible mientras existan. Son anticlericales pero todos se casan sacramentalmente. Eres, le dice a uno de éstos, el estorbo de España.»

Finalmente consigue dividir al ciudadano en dos clases: la del español-tipo que no es silencioso ni sencillo, inteligente ni avisado, que ignora la historia viva de su país y en absoluto si es profesor; que no es educado ni comprensivo; que razona con los puños; que es vanidoso, ignorante o cruel. Y el otro español: «que no representa nada». A lo sumo es la representación de las almas en pena y además es el que paga los platos hechos, los que se hacen, los platos rotos y los que quedan por romper.

En las tertulias literarias de Madrid (esto de Madrid es lo de menos) se encuentran sobre todo dos clases de españoles que se disputan sin saber por qué ni por qué no. «Son los dolicocéfalos, es decir, los señores de cabeza de melón, que discuten con los braquicéfalos, es decir con los que tienen la cabeza de sandía».

Apuntes que hace Aláiz para concluir soberanamente: «Y NO SALIMOS DE AHI NI LLEVAMOS TRAZA DE SALIR.»

Aláiz con Pardo Bazán dice: «España vive todavía en la edad de piedra, edad de iberos pétreos, edad berroqueña de hombres puntillosos y aqueja-

dos de narcisismo o absolutamente toscos, ariscos y reaccionarios.»

Y no es que le hayan faltado a la tierra española genios privilegiados que con gran inteligencia mostraran el camino a seguir, no; es que éstos eran desconocidos por la generalidad del hombre de Iberia. No lee lo que debiera leer; no pule ni su pensamiento ni su forma de pensar. Es instintivo su decir como su hacer, y en ese terreno perdura. Un novio mata a su novia por pasión amorosa. Después se suicidará. Stendhal dijo del asesino suicida, que era todo un hombre. Emilia Pardo Bazán añadió, dice Aláiz: «Lo mismo puede decirse que era todo un jabalí».

Pero en España se conoce muy poco a Pardo Bazán. Mucho menos aún se ha intentado comprenderla. Ni a ella ni a otros muchos escritores.

En parte, ello tiene lugar porque en el fondo, cada uno nos creemos el todo. Nos limitamos a lo circundante, a lo nuestro, sin analizar, sin valorar, sin comparar. Somos pues lo incomparable. De cierta manera tenemos temple de especialistas. Y en materia de especialistas, leamos a Multatuli, leamos a Alejandro Casona y sabremos lo poco que vale esta palabra y este título. Mira un punto con ojos miopes, mira a todos los demás puntos con ojos de ciego, y ya tienes un especialista del punto primero. ¡Qué miseria la del biólogo para un astrónomo! y viceversa. Desprecio, en fin, del individuo para con la humanidad y mayor desprecio de ésta para con aquél.

Dios, el Estado, el Honor, la Idea, la Libertad. Tantos motivos para portarse: como un hombre, según Stendhal, como un jabalí, según Pardo Bazán.

Existe el derecho que te otorga el nacimiento, pero esto antes de haber nacido. Después de tu derecho se ocupa el Estado. El Estado, que «no ejecuta el Derecho, sino al Derecho.»

¿Hay algo más opuesto al Derecho que el propio Código? Siempre se encuentra a Felipe contra todo lo que frene a la libertad, al juicio, al libre albedrío, a la razón como única forma. Estuvo contra las «normas» del estilo, contra los programas «revolucionarios», contra todo lo que tiende a encasillar y «encasquillar» la expresión y la conducta particular colmadas por el respeto ajeno.

«El estilo ha de referirse directa y concretamente a la situación observada, no a rellenos de reglamento rojo ni verde. Escribir no es fabricar embutidos.»

Si sobre una cosa tan sencilla como el arte de la descripción se pronuncia así el escritor, ¿qué es lo que no dirá de los programas políticos o sociales, de los reglamentos revolucionarios (contrasentido inadmisibles). ¿En estos tiempos en que con tanta teatralidad se buscan espectáculos de «ruidos y panzas al aire» (vergüenza de ayer, de hoy y de siempre), aconsejamos la lectura del capítulo que Aláiz titula en su «Quinet»: LOS TERRIBLES SALCHICHOS. Nada más adecuado y oportuno.

M. C.

(Continuará)

# EL BASTON

**B**ASTON de vuelta, sin nada de particular :  
 une caña fuerte, muy dura, ni ligera ni  
 pesada, que soporta bien la mano.

Ninguno de los que anteriormente tuve  
 me auxilió lo que éste : los anteriores —  
 algunos de bambú con buena empuñadura — obe-  
 decían a un alarde de fatuidad, el de ahora a un  
 menester de ayuda.

A la salida, cojo y manco, del hospital de Orán  
 a consecuencia de un incobrado accidente, lo ad-  
 quirí en la barata en un puesto de paraguas y bas-  
 tones.

Trece años hizo en abril que me acompaña. ¿Es  
 o no acreedor a un artículo? Olvidado queda a ve-  
 ces en cualquier parte, debido a mi mala cabeza y  
 siempre lo recupero.

Mi bastón no tiene el puño de amatista como el  
 de Balzac ni de lapislázuli como el de Oscar Wilde.  
 Un bastón « para largo tiempo », liso y llano, con  
 el cuento de goma.

Una vez, en una peluquería de Orán, por equivo-  
 cación lo tomó un señor que estaba afeitándose y  
 terminó antes de cortarme a mí el pelo :

— Sale usted ganancioso, porque el suyo era sin  
 aplicaciones de plata embutidas en la empuñadura.

— Aunque fuesen de oro las aplicaciones, mi  
 bastón. A ver su cliente donde vive.

— Quede para mí desfacer el entuerto, señor mío.

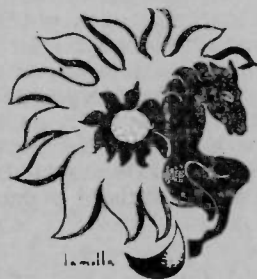
— Bien, sobrabien.

Detalles propios del galeno úrcola o rural, mas  
 que sea joven : el bastón y el morir por la calle  
 haciendo la visita.

A la hora de sustituir el mío por motivos que pa-  
 ra mí quedan, se me hace bastante duro y lo con-  
 servo.

¿Acaso no es gomecillo que me favorece? ¿Podría  
 dar un paso sin su ayuda? A fin de cuentas, ¿pide  
 pan tan siquiera?

Puede que acertara a decir algo digno de leerse  
 sobre la florecida vara Josefina puesto a ellos, mas  
 como no estoy de vena añado aquí lo que Baudelaire  
 dice del tirso de su amigo Listz en los « Pe-  
 queños poemas en prosa ».



## EL TIRSO

A Franz Listz

¿Qué es un tirso? En el sentido moral y poético  
 es un emblema sacerdotal en manos de los sacer-  
 dotes o de las sacerdotisas celebrando a la divini-  
 dad de la cual son los intérpretes y los servidores.  
 Pero físicamente, sólo es un bastón, un simple bas-  
 tón seco, duro y derecho. Alrededor de este bastón,  
 en sus caprichosas sinuosidades, se enredan y ju-  
 guetean hojas y flores, laberínticas y dispersas és-  
 tas e inclinadas como campanas o como copas al  
 revés de aquéllas. Y surge una asombrosa gloria de  
 esta complejidad de líneas y de colores tiernos o  
 brillantes. ¿No se diría que la línea curva y la es-  
 piral cortejan a la línea recta y danzan a su alre-  
 dedor en una muda adoración? ¿No se diría que to-  
 das estas delicadas corolas, todos estos cálices, ex-  
 plosiones de perfumes y de colores, ejecutan un  
 místico fandango alrededor del bastón hierático?  
 ¿Y cuál es, sin embargo, el mortal imprudente que  
 osará decidir si las flores y los pámpanos han sido  
 hechos para el bastón o si el bastón es tan sólo el  
 pretexto para mostrar la belleza de los pámpanos  
 y las flores? El tirso es la representación de vues-  
 tra asombrosa dualidad, poderosa y severo maestro,  
 querido Bacante de la misteriosa y apasionada Be-  
 lleza. Jamás ninfa alguna exasperada por el inven-  
 cible Baco sacudió su tirso sobre la cabeza de sus  
 compañeras enloquecidas, con tanta energía y des-  
 prendimiento como vos agitáis vuestro genio en el  
 corazón de vuestros hermanos. El bastón es vuestra  
 voluntad, recta, firme e inquebrantable; las flores  
 son el paseo de vuestra fantasía alrededor de vues-  
 tra voluntad; es el elemento femenino ejecutando  
 sus prestigiosas piruetas alrededor del macho. Lí-  
 nea recta y línea arabesca, intención y expresión,  
 firmeza de la voluntad, sinuosidad de verbo, uni-  
 dad de fin, variedad de medios, amalgama todopo-  
 derosa e indivisible del genio, ¿qué analista tendrá  
 el detestable valor de dividiros y de separaros?

La vara de Moisés.

La clava.

El haz de varas ceremoniático que los romanos  
 ponían de relieve en señal de autoritario dominio.

El báculo episcopal.

El cetro.

Bastones de mando.

El bastón fue un objeto complementario de la  
 elegancia, pero ha caído y ya no lo usan sino los  
 viejos y los inválidos.

Los ciegos se valen para caminar del bastón  
 blanco. Medio ciego y una parte más estoy yo, pe-  
 ro mi bastón tiene otro color.

El bastonero de la barata, donde trece años ha  
 lo compré, al vaticinar su duración habló bien, so-  
 brabien.

PUYOL



VERSIONES

por DENIS

# Los dos hermanos

**E**RANSE dos hermanos que se odiaban como sólo se odian, si se odian, dos hermanos. Databa ese odio de cuando, adolescentes, descubrieron que, al morir el padre, tendrían que repartirse los bienes por éste acumulados. Como el padre había acumulado los bienes, es otra historia. Inútil contarla. Cada cual la conoce. Si no, que mire cada cual en torno suyo y vea cómo se acumulan los bienes. No hay otro procedimiento. Es siempre la misma indecencia.

Con el tiempo, al odio de los hermanos se añadió otro sentimiento no menos honesto: un deseo ferviente de que el padre muriera.

Hacia ya años que, retirado éste de los negocios, el aumento de sus bienes no era tan considerable. El dinero seguía pariendo dinero, contra la opinión de ciertos economistas, pero en proporciones mucho menores. Cada año, o cada trimestre, o cada mes, recibía los recién nacidos de su capital, en rentas o en dividendos. Pero no era ya aquella multiplicación de la fortuna a que los hijos habían asistido. Sólo su desaparición permitiría la vuelta a los grandes negocios, a las grandes especulaciones.

Nadie habría dicho que los dos hermanos deseaban la muerte del padre. Esas cosas no se dicen. Ofenden. Toda verdad ofende.

Nadie lo habría dicho. Pero todo el mundo lo percibía. A pesar de las atenciones que tenían para él. En las que los dos hermanos rivalizaban. Sin duda, pensando ser favorecidos en el testamento.

Llegó un día en que esta rivalidad se acreció. Fue cuando el padre, que tuvo la desdicha de caer en manos de los médicos, no dejó ya de estar enfermo ni de empeorar poco a poco. Cada hermano traía a la cabecera del padre doctor tras doctor, celebridad tras celebridad. En vano decir que con la secreta esperanza de que entre todos acabaran con él más pronto.

Algún malicioso lo insinuó. Pero fue ásperamente censurado. Era indigno juzgar así sentimientos tan manifiestamente filiales.

La secreta esperanza de los dos hermanos — ya se ha visto que compartimos la opinión del malicioso — se realizó: los médicos convirtieron un simple malestar propio de la vejez en una enfermedad grave, y la enfermedad grave degeneró en enfermedad mortal.

Llegó entonces el turno de los abogados, que iban a terminar, como los médicos con el enfermo, con la fortuna por éste dejada.

Conocía, el viejo especulador, el odio mutuo de sus hijos, y las razones de este odio. Des-

cubrió durante su enfermedad, el deseo que tenían de su muerte, y, claro está, el porqué de este deseo. No les dejó, desde que hizo el descubrimiento, acercarse a él. Los rechazaba con un ademán despectivo y, ante la sorpresa, muy bien fingida, de los hijos por su actitud, les dijo:

— Seriais capaces de todo. Lo leo en vuestros ojos. ¡Cómo brillarán cuando yo haya cerrado los míos!

Tenía preparado su testamento. Lo destruyó. « Que se peleen como perros después de mi muerte », murmuró al destruirlo.

Y tal fue el camino que tomaron las cosas. Los abogados, sabedores en seguida de que no había testamento, se echaron sobre los dos hermanos y los empujaron a la pelea, con delicia, saboreando ya buenas porciones de la fortuna del muerto.

Era fácil repartir el dinero y las acciones. Pero las tierras y las casas, no. Cada hermano prefería las mejores, y no cedía en su preferencia.

No merecía la fortuna, como cualquier fortuna, mejor destino que desaparecer, pero que fuera a desaparecer en manos de los abogados escandalizó a los amigos del muerto, negociantes y especuladores como él. No hay que decir que les hubiera escandalizado igualmente cualquier otro modo de desaparición.

Así, se apresuraron a intervenir cerca de los dos hermanos a aconsejarles, a intentar establecer entre ellos un acuerdo. Pero sus esfuerzos eran inútiles. Ninguno de los dos hermanos renunciaba a sus pretensiones. Sólo cuando, después de muchas idas y venidas, les hicieron comprender que las casas y las tierras que se disputaban acabarían por no pertenecer a ninguno, se avinieron a entrevistarse y discutir.

No se habían visto desde el día de la muerte de su padre. Cada cual había hecho, desde entonces, vida aparte, añadiendo odio al antiguo odio. Y todo ese odio, el antiguo y el reciente, se veía en sus rostros. Difícilmente se dominaron, al enfrentarse. En su ser íntimo, el despacho del banquero del padre, donde tuvo lugar el encuentro, era una selva.

El banquero, y otros personajes — no inventamos nada: se llaman así —, trataron por todos los medios de que los dos hermanos salieran de allí reconciliados y dispuestos a poner tregua a su disputa. Pero el rencor no se dejaba vencer. El rencor y la codicia. Cada argumento del banquero, y de los otros personajes,

era rebatido, ahora por un hermano, luego por otro. Con razones que ni el banquero, ni los otros personajes podían decir que no eran razones. Porque eran razones de banquero y de personaje. Y hasta de moralista. De moralista al uso — aclaración tal vez impertinente —, que a todo se acomoda. Nada más profundamente inmoral que las razones morales de los moralistas al uso.

Se llegó, al fin, acabados todos los recursos, a descubrir solución para el insoluble conflicto.

Hasta en la ciudad un viejo filósofo iletrado, respetado por todo el mundo, y al que todo el mundo pedía consejo en los trances difíciles. Y tan juiciosos eran sus consejos, que se seguían sin vacilar.

Jamás se había dado el caso de que le consultaran negociantes y especuladores, o si le habían consultado se ignoraba. ¿Qué habría podido decir un viejo filósofo respetable a tales gentes?

Se llamo al viejo filósofo a casa del banquero. Acudió. Nunca se había negado a ningún llamamiento.

Toda la sociedad rica estaba allí para recibirle. Como para asistir a un espectáculo. Sin sospechar que el espectáculo lo constituía ella. ¡Cómo sonreía el viejo! ¡Cómo los miraba, ahora a uno, luego a otro! ¡Qué profundo desdén habrían podido leer en su mirada, si hubieran sabido leer en las miradas!

Cuando le presentaron a los dos hermanos, sus ojos no pudieron soportar los sentimientos que apenas ocultaban.

Informado ya, antes de la presentación, del conflicto que los separaba, se dirigió al mayor y le dijo :

— El arreglo de vuestro pleito, si me escucháis es fácil.

La fama del viejo, por sus buenos consejos, era conocida de los dos hermanos, y los dos respondieron, casi al mismo tiempo.

— Haremos lo que nos digas.

— Así lo espero — replicó el viejo.

Y dirigiéndose de nuevo al mayor, continuó :

— Haz dos partes, según tu conciencia, de los bienes de tu padre, una para ti y otra para tu hermano. Es todo lo que hay que hacer.

Una sonrisa casi inhumana se dibujó en el rostro del hermano mayor. Y el hermano menor, con una tristeza no menos inhumana, desfigurado, se acercó al viejo. Era evidente que iba a protestar a gritos. Todo en él se disponía a un grito indignado, furibundo.

Pero el viejo, sin sorpresa por lo que decían los rostros de los dos hermanos — sabía que la lucha por la posesión envilece —, terminó, volviéndoles la espalda, como si temiera una angustia de náuseas, dirigiéndose siempre al mayor :

— Y cuando hayas hecho las dos partes, según tu conciencia, deja escoger a tu hermano la que prefiera.



## POETAS DE AYER Y DE HOY

### REBELDIAS

No te des por vencido, ni aun vencido;  
no te sientas esclavo, ni aun esclavo;  
trémulo de pavor, piénsate bravo,  
y arremete feroz, ya malherido.

Ten el tesón del clavo enmohecido,  
que ya viejo y ruin vuelve a ser clavo;  
no la cobarde intrepidez del pavo  
que amaina su plumaje al primer ruido.

Procede como Dios que nunca llora;  
o como Lucifer, que nunca reza,  
o como el robledal, cuya grandeza

necesita del agua y no la implora...  
¡Que muerda y vocifere vengadora  
ya rodando en el polvo tu cabeza!

### CUANDO SE HAGA EN TI LA SOMBRA

Cuando se haga en tí la sombra;  
cuando apagues tus estrellas;  
cuando abismes en el fango más hediondo, más in-  
fecto, más maligno, más innoble, más macabro —  
más de muerte, más de bestia, más de cárcel —,  
tu divina majestad :  
no has caído todavía,  
no has rodado a lo más hondo,  
si en la cueva de tu pecho más ignara, más vacía,  
más ruin, más secundaria,  
canta salmos la tristeza,  
muere angustias el despecho,  
vibra un punto, gime un ángel, pia un nido de  
sonrojos,  
se hace un nudo de ansiedad.

ALMAFUERTE



# La sabiduría popular en refranes

Gloria vana florece y no grana.  
Haceos miel y os comerán las moscas.  
La cruz en el pecho y el diablo en el hecho.  
Ládreme el perro y no me muerda.  
Lo poco agrada y lo mucho enfada.  
Desnudo naci, desnudo me hallo; ni pierdo ni gano.  
Date buena vida, temerás más la caída.  
Cada cabello hace su sombra en el suelo.  
Aunque malicia oscurezca verdad, no la puede apagar.  
A una boca, una sopa.  
A las romerías y a las bodas, van las locas todas.  
Agua pasada no muele molino.  
Entre santa y santo, pared de cal y canto.  
Fraille que pide por Dios, pide por dos.  
En la boca del discreto, lo público es secreto.  
El hombre es fuego, la mujer estopa; llega el diablo y sopla.  
De aquellos polvos vinieron estos lodos.  
Lo que no da el campo no lo da el santo.  
Cuando el tabernero vende la bota, o huele a pez o está rota.  
Como sembraredes, cogeredes.  
Cuando el zorro se mete a sermonero, tiembla el gallinero.  
Antes comer arena que motivar pena.  
Cara de beato y uñas de gato.  
Callar y obrar, por tierra y por mar.  
Aremos, dijo la mosca al buey.  
El gato de Mari Ramos, halaga con la cola y araña con las manos.  
El cuerdo no ata el saber a estaca.  
Al que yerra perdónalo una vez, más no después.  
A mal tiempo buena cara.  
A tan alto l'egarás, que de igual altura caerás.  
Lo que esta noche harás, mañana lo encontrarás.  
Lo que no se empieza no se acaba.  
Una mano lava la otra, y ambas la cara.  
Un grano no hace granero, pero ayuda a su compañero.  
Casa con dos puertas, mala es de guardar.  
Tal hay que se quiebra dos ojos porque su enemigo se quiebre uno.  
Soñaba el ciego que veía, y soñaba lo que quería.  
Si la envidia fuera tiña, qué de envidiosos habría.  
Salga el sol por Antequera, y póngase por donde quiera.  
Quitósele el culo al cesto, y acabóse el parentesco.  
Quien tiene arte, vá por toda parte.  
Quien mucho habla mucho yerra.  
No es villano el de la villa, sino el que hace la villanía.  
No bastan estopas para tapar tantas bocas.  
No es por el huevo, sino por el fuero.  
Quien adelante no mira, atrás se queda.  
Hombre que mucho se inclina, se afemina.  
Un buen olfato, y substancia en el plato.  
Obrero con mucho después, perrito fiel de burgués.  
Más vale un toma que dos te daré. (Quijote).  
Si quieres ser feliz como me dices, no analices muchacho, no analices.  
(Bartrina).

Si a rico quieres llegar, aprende en seco a nadar.  
¿Jornaiero y mentecato? ¡P'al gato!  
Por sobra de cascabeles, te afeas con oropeles.  
La mujer de cara sosa, entre feas es hermosa.  
¿Dices ser inteligente? ¡Que no se entere la gente!  
Soldados y generales, desnudos quedan iguales.  
Siembra tu peseta pa cosechar un duro. Porque soy más feliz, yo siem-  
[bro p'al futuro.

# GENIIT

— sociología —  
— ciencia — literatura



**J. Capdevila:** Contraste.—  
**Fontaura:** Recordación de  
Dorado Montero. — **P. D.  
Montero:** Valor de leyes y  
autoridades. — **J. Ferrer:** El  
anarquismo, única solución  
efectiva. — **C. Carpio:** La  
puerta de oro del mundo.  
**Kant:** Lo agradable. — **R.  
Rocker:** Los ideales condi-  
cionados al medio.—**F. Alaiz:**  
Jornada de ocho horas pa-  
ra leer. — **J. M. Congost:**  
Misión anarquista en los  
sindicatos.—**A. Vidal y Pla-  
nas:** Ferrerías y hombradas.  
**A. Carsi:** Los juguetes.—**M.  
de Rivacova:** Ridruejo, ca-  
misa vieja.—**A. Samblancat:**  
La edificación de los demo-  
ledores. — **Puyol:** Las cue-  
vas. — **J. F.:** Elevemos la  
A. I. T. — **J. Venuti:** Ética  
anarquista. — **F. S. Figola:**  
Carta a mi amigo Pascual.  
**B. Milla:** Trazos. — **Denis:**  
El romántico.

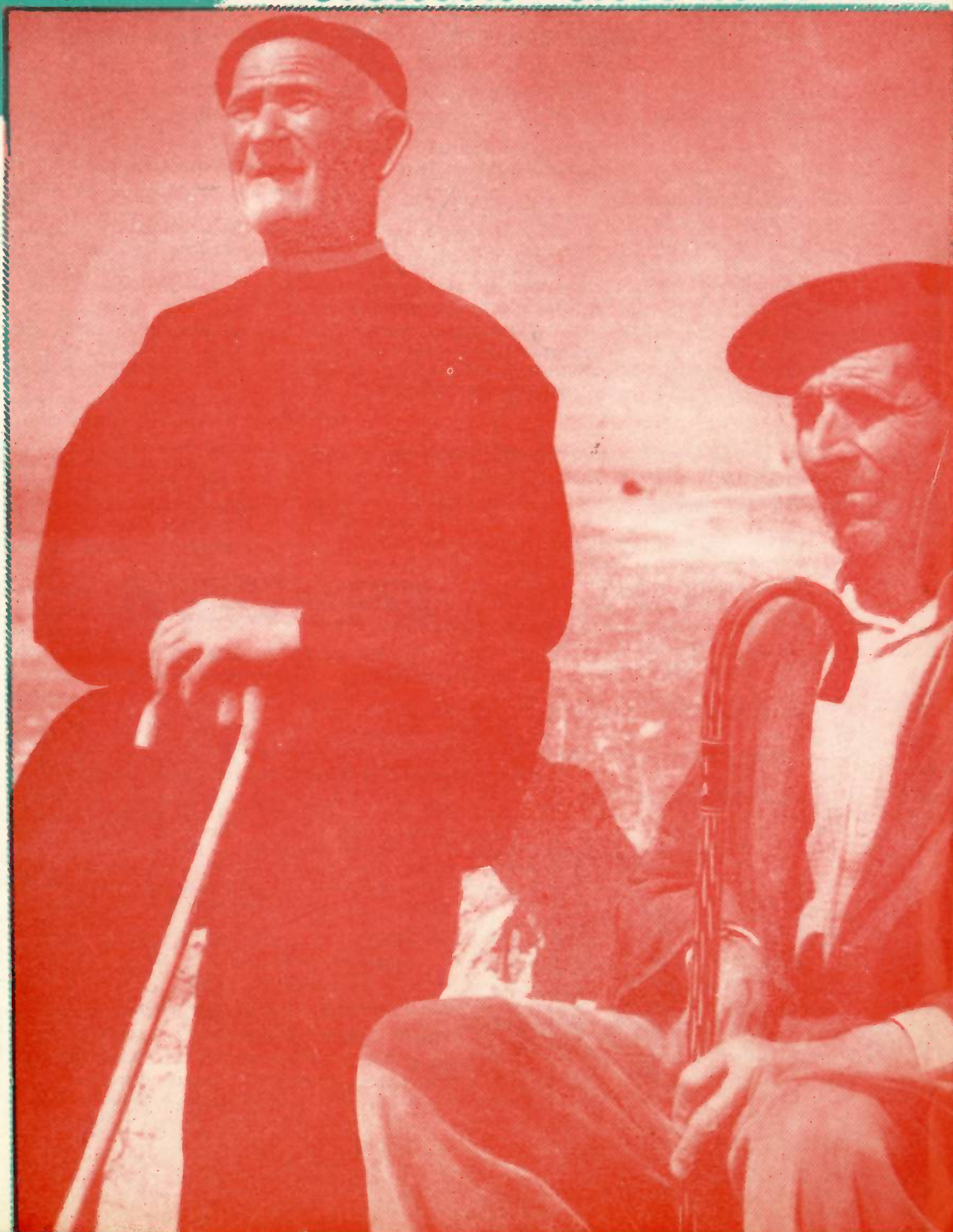
# 152

AGOSTO • 1963

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,20 F.

4P 5523



## NUESTRA PORTADA

En el número 1 de CENIT apareció una portada con la imagen de una mujer. Reflejo de la España de Franco era —por su aspecto demacrado, raquítico y hambriento— aquella española de Forcadell. Era la imagen de la España actual: la franquista, la fascista, la de los banqueros, la de los obispos, la de los militares.

En este número aparecen dos hombres de la tierra española que también son un símbolo. Mas no un símbolo de la España franquista, sino de la España de siempre: la del trabajo, la del español como «realidad social por excelencia». No hay más que mirar y examinar de cerca su postura, su mirada, sus rasgos, SU SER Y SU MOTIVO. Si sobre Grecia vencida cayó algo peor que la hez de la tierra en la persona de los Jerjes, es decir: la apatía y la resignación, la imagen de estos dos españoles nos indica que no ha ocurrido, ni puede ocurrir, lo mismo, en España. Podrán haber caído sobre ella la hez del generalato español, NO HA CAIDO AUN LA APATIA NI LA RESIGNACION. Y mientras esto sea una realidad, «la espantosa decadencia moral y material» sólo tiene en Iberia carácter provisional.

No podría ser de otra manera tratándose de hombres, cual los obreros españoles, que constituyen por sí mismos UNA CONCIENCIA. Como tal, el español es incompatible con lo gregario. Incluso, cuando en los momentos de debilidad se inclina y simula «cierta adaptación», no lo es más que de forma, jamás de fondo. OPONERSE es el primer motor de todas sus actividades. Lo demás, ¿conceptos?, ¿programas?: palabras.

¡Tiemblen los tiranos! ¡Los españoles saben desde mucho antes de que lo dijera aquel cura, que «el tiranicidio es legítimo»! Y esto es lo que nos recuerda el aspecto de estos dos ya ancianos trabajadores de Iberia.

# CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

*Colaboradores:*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,  
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert  
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,  
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,  
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,  
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán  
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,  
A. Prudhommeaux

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII

Toulouse, Agosto 1963

Nº 152

## CONTRASTE

**D**ECIAME una vez un amigo, cuyas dotes artísticas admiro, que toda creación artística resulta incompleta e imperfecta a los ojos del autor mismo.

Porque la imagen concebida por el artista, aun en esos raros momentos de sublime inspiración, queda deformada o mutilada al quererla modelar, es decir, al tratar de darle formas reales y tangibles.

El escultor siente temblar el cincel en su mano ante la masa inerte del bloque de mármol. La misma inquietud siente el pintor ante el lienzo immaculado que, rígido y hostil, se le enfrenta.

De esa inquietud, de esa impotencia en el arte plástico y pictórico nació el tecnicismo, ciencia imprescindible e imprescriptible para que una obra alcance cierto éxito. Me habló del relieve, del colorido, etc., comentó con mucho acierto a Rubens y a Rembrandt sobre el feliz claro-oscuro formando magníficos contrastes, y se extendió con vehemencia sobre las principales obras de Rodin, el del relieve maravilloso.

Y glosando así, terminó su deliciosa exposición diciéndome : « La idea, el sentimiento vibrante, la armonía, en fin, la Vida, son las premisas que deben regir toda obra digna de admiración contemporánea. Y esto por encima de toda escuela y clasicismo académico. Hoy desgraciadamente, no es así. El snobismo infeudado en las mentes de muchos neoartistas, con más avidez de lucro y popularidad que de nobleza y perfección artística han dado nacimiento a un sinfín de escuelas como el impresionismo y el surrealismo, cuyas virtudes sólo son el dejarnos fríos e insensibles ante tanta abstracción y absurdidad.

Es preferible que en el alma del autor queden sin revelación exterior por impotencia, esos matices nebulosos y esas sensaciones inefables a que aludimos anteriormente, antes que cometer desviaciones, que yo califico de monstruosas, que se vienen observando en la evolución del arte moderno.

¿Quién sabe si desde el fondo del subconsciente, en donde han quedado postergadas estas sutilezas, saldrán mañana gestaciones trascendentales? En todo caso ahí reside el principal estímulo del verdadero artista. »

Y me habló luego de un cuadro que tenía en perspectiva, como alegoría a la Libertad.

Descripción espontánea y poética que transcribo íntegra.

⋮  
Bajo un cielo limpio. Un paisaje claro. Sus horizontes son confundibles con el azul lejano y atenuado. Un río caudaloso de aguas cristalinas y apacibles se desliza por entre la selva, sin diques ni montañas. Árboles de espesuras majestuosas, en cuyo seno saltan y cantan los pájaros libres de jaulas, libres de trampas. Al borde del río, formando un jardín caprichoso, crecen flores eróticas con cautivantes perfumes; sin tiestos en sus pies, sin campanas en sus tallos. Y en medio del paisaje, silencioso, en éxtasis, un hombre solo lo está contemplando.

⋮  
Bello y hermoso paisaje, le dije Sólo un reproche debo hacerte a la descripción. Y al oír reproche, como saliendo de su ensueño, miróme fijamente y continué :

— Falta el contraste. ¿Por qué no eriges en tu cuadro, con sus moles parduzcas, una cárcel grande, muy grande, con grandes barrotes formando rejillas, y dentro de la celda, en la penumbra, un gigante, también muy grande, encadenado, con sus manos lívidas, su rostro exangüe, su cuerpo escuálido, mirando fijamente como enloquecido **TU CUADRO?**

Y sin responderme ¡cómo se alejaba alucinado hacia su taller!

Y, yo, triste, muy triste, me quedé murmurando :  
¡España! ¡Esto es España!

J. CAPDEVILA



# RECORDACION

## de

# Dorado Montero

**H**ACE cosa de dos o tres meses, nuestra amiga Federica Montseny publicó en las columnas del semanario « Espoir », y en la sección que titula « Día tras día », un artículo con el epigrafe : « Un gran olvidado : Dorado Montero ». Comentaba el volumen editado por Ediciones del Departamento de Extensión Universitaria, de Santa Fe (Argentina), conteniendo el texto de la conferencia que con el tema : « El centenario de Dorado Montero », dió el profesor Manuel de Rivacoba en aquella Universidad.

Tiene razón Federica al manifestar que hemos de estar agradecidos de que se haya actualizado «una gran figura española, casi desconocida por las nuevas generaciones ». En efecto, Dorado Montero, que puede afirmarse fue precursor de modalidades de tipo sociológico que alcanzan viable opinión en nuestros días, ha quedado relegado al olvido, ya no solamente en lo que a la juventud hace referencia sino incluso entre intelectuales de formación liberal, que no podían haberles pasado desapercibida la personalidad y la influencia moral que ha tenido Pedro Dorado particularmente entre los que en España, y en lo que va de siglo, mayor influencia democrática han querido aportar a los problemas del Derecho. De ahí que, por vía de ejemplo, uno no pueda por menos que extrañarse un tanto del silencio que en torno al profesor Dorado se percibe en la notable obra de Luis Araquistain : « El Pensamiento español contemporáneo », en la que se hace mención, con detenimiento y juicio ponderado, de figuras que, en plan de influencia intelectual, no estuvieron a la altura del autor de « El Derecho Penal de Iberia ». Ello induce a suponer que el acusado olvido de que ha sido objeto, por parte de algunos, el citado pensador haya obedecido a la simpatía que tuvo por las ideas ácratas. Simpatía que le indujo a traducir al español, antes que lo fuera al francés y otras lenguas de Europa, la notable obra del alemán Pablo Eltzbacher, doctor en Derecho en la Universidad de Halle : « L'Anarchismus », con el título : « El Anarquismo según sus más ilustres representantes ».

A fines del pasado siglo y principios del actual la lucha social derivada de la consiguiente diferencia de clases, tenía características verdaderamente trágicas. Los hombres de sensibilidad depurada no podían por menos que sentirse solidarios de todo cuanto iba contra la injusticia; solidarios de aquéllos que más directamente sufrían las consecuencias de la atrabiliaria organización social. De ahí que entre los intelectuales, llamados por

su formación mental, a comprender más a fondo las causas del mal, se elevaran voces de protesta. De ahí también que, hombres de ciencia con sano criterio independiente, analizaran de un modo concienzudo determinadas corrientes de carácter político-social cuya influencia se manifestaba de un modo harto significativo en el ambiente. Sacaban ellos las pertinentes deducciones, que trataban de evitar la mayoría de quienes, ejerciendo profesiones liberales, las apetencias materiales les inducían a observar posición lacayuna al respecto de la burguesía y el Estado.

De querer hacer memoria y pretender remover papeles se podría ofrecer amplia referencia de nombres de obras y de actividades. No hace al caso. Bastará citar algunos como simple ejemplo : Entre los que sin ser considerados propiamente como anarquistas, llevaron a cabo una labor mercedora de singular estima por su carácter de dignidad humana y su sentido de emancipación social, se puede nombrar a Carlos Letourneau, con su « Psicología étnica » y su « Sociología »; Agustín Hamon, con su « Psicología del militar profesional » y « Psicología del Anarquismo socialista »; Odón de Buen, con sus conferencias y opúsculos en torno a los problemas de higiene social y pauperismo, abriendo luz sobre sus causas; Clemencia Jaquinet, abordando los temas pedagógicos con el criterio racional que más tarde indujo a Ferrer Guardia a fundar la Escuela Moderna. Pedro Dorado Montero abordaba los problemas del Derecho coincidiendo a este respecto con el argentino Carlos Octavio Bunge, escritor y jurisconsulto, que puso de relieve, en una de sus obras, el fondo coactivo manifestado en el origen de las leyes, brotando de la fuerza bruta.

Era a fines del siglo pasado y a principios del actual. Todavía no habían aparecido en el escenario de la Historia las dos terribles conflagraciones bélicas europeas. No se conocía aún la tragedia del éxodo de pueblos enteros. La miseria, la ruina derivadas de las que resultaron a modo de epidemias : totalitarismo fascista y comunista, coincidentes, por aquello de que los extremos se tocan. No se habían manifestado aún las terribles hecatombes destructivas de seres humanos en los hornos crematorios. No se concebía la posibilidad de una tremenda mortalidad como la originada en Hiroshima por la primera bomba atómica. Todo ello ha contribuido a crear, en nuestros días, como una especie de caparazón de insensibilidad entre el vulgo; entre esas masas amorfas que Ortega y Gasset ha definido como existentes en todos los estratos sociales. Todo ello ha restringido el



número de las minorías conscientes, de los elementos con dignidad; con un sentido elevado de la justicia, de la fraternidad social. De ahí que al hombre de sensibilidad atrofiada (!y bien sabemos que ello afecta a la mayoría!) pese a que concepciones sociológicas de ayer alcanzan también hoy valor de actualidad, a él se le antojan inadecuadas.

Editábanse en Barcelona, hace ya unos cuantos lustros, unos volúmenes de reducido tamaño a los que se denominaba « Manuales Soler ». Los constituían una serie de monografías que a un precio económico — seis reales — le ofrecían al curioso lector acopio de conocimientos condensados en pocas páginas. Era, como decían los editores, una « biblioteca útil y económica de conocimientos enciclopédicos. » Eran los encargados de escribir expresamente para la colección citada verdaderos técnicos, reconocidos especialistas en las materias que se trataban. Así aparecieron tomos haciendo referencia a Historia Natural, a cargo de Odón de Buen; Química Orgánica, por el Dr. Carracido; Ciencia Política, por Adolfo Posada; Derecho, por Joaquín Costa; la Civilización Española, por Rafael Altamira. Y así otros temas y autores, casi todos ellos de reconocida mentalidad liberal.

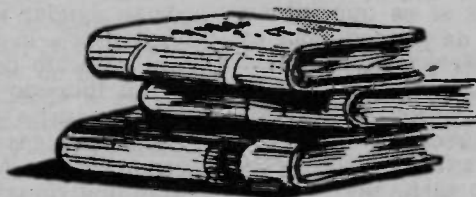
Pedro Dorado Montero contribuyó con su aportación cultural a la citada colección, ya desde los primeros volúmenes que en ella vieron la luz. Escribió una monografía con el título : « Bases para un nuevo Derecho Penal ». Luego un tomo titulado : « Valor social de leyes y autoridades », ambos de singular importancia, no obstante el carácter popular de las monografías en general. Eran de importancia dada la personalidad intelectual del autor, que ya había dado a luz entonces libros tan comentados como lo fueron los siguientes : « La Antropología criminal en Italia », « El positivismo en la ciencia jurídica y social italiana », « Problemas del Derecho Penal », « Problemas jurídicos contemporáneos », « El Derecho Penal en Iberia », entre otros. Se hallaba entonces en el

apogeo de sus conocimientos y convicciones. Todavía no le había llegado la desventura de tener que dejar su cátedra en la Universidad de Salamanca, perseguido por el ancestral cerrilismo clerical; dada su rectitud de juicios y sus convicciones de hombre libre.

Tiene el citado volumen : « Valor social de leyes y autoridades », mérito positivo puesto que en él se ponen al desnudo los verdaderos orígenes de lo que llamaba acertadamente Ibsen « puntales de la sociedad ». De lo que se ha pretendido rodear de una aureola de cosa sagrada, en tanto que principios inviolables. (¡Oh, las leyes! ¡Oh, el Estado!) Dorado Montero analiza el criterio de aquellos que buscan justificar leyes y legisladores. Pero también pone de manifiesto el sentir de sus adversarios. Y es así como cita el parecer de los anarquistas. Posiblemente, el editor de la obra, al encomendarle que la escribiera, le aconsejaría la conveniencia de no inclinarse demasiado hacia un criterio izquierdista. Pero el hombre digno, sincero, no puede tener dos caras, como Jano. De ahí que, sin hacer profesión de fe de ello, Dorado Montero revela en la obra su simpatía por las ideas anarquistas.

« Valor social de leyes y autoridades » es un volumen ya agotado de unas doscientas páginas de apretada lectura con profusión de notas marginales. Revela la extensa cultura, la vasta erudición del autor. Hemos creído que, estimando la excelente labor llevada a cabo por el profesor Manuel de Rivacoba y la Universidad argentina de Santa Fe, al celebrar el centenario de Dorado Montero, unir al de ellos nuestro recordatorio, considerando que ha de ser grato para los lectores de CENIT leer unas páginas de una de las más representativas obras de Dorado Montero, al que no podemos, quienes amamos la libertad y la justicia, dejar postergado en el olvido.

FONTAURA




---

**El derecho mismo, ejercido por gentes incultas,  
se parece al crimen.**

JOSE MARTI.

# Valor social de leyes y autoridades

Si he de ser yo mismo quien rija mi conducta, la única norma de mi obrar serán los dictados de mi conciencia; las prescripciones de mi razón; la suma de energías y facultades que integran mi personalidad encontrará entonces campo libre para su desarrollo; la autoridad y la ley de mi vida seré yo mismo; tendré autonomía. Pero si, por el contrario, mis actos han de ajustarse a reglas que otro, me impone, aun cuando él mismo las tenga por expresión de principio de racionalidad objetiva, cosa que no siempre acontece; (por eso, muy a menudo, los padres y otros encargados de ejercer autoridad exigen que se cumplan sus mandatos, sin otra razón que por ser mandatos suyos: « porque lo mando yo », suelen decir, si de grado o por fuerza me encuentro obligado a obedecer y cumplir mandatos ajenos, claro está que la personalidad mía se encuentra mermada y sustituida por otra personalidad que me impone la ley; en tal caso soy heterónomo, y la heteronomía supone imprescindiblemente esclavitud.

Quienes manejan el mecanismo de las leyes, y las autoridades pueden hacerlo servir (como a menudo ha ocurrido y ocurre, a fines propios y torpemente egoístas: por ejemplo, como instrumentos de prepotencia y dominación, por lo que, a lo menos frente a estos individuos, es decir, a los que mandan en otros, sin tener quienes les manden a ellos, el problema: no parece tener solución fácil.

¿Cuál es la función social que corresponde a las autoridades y las leyes? O, de otro modo aún más claro: ¿para qué sirven ambas si es que sirven para algo? Si la suprema regla de mi conducta es la realización del bien, ¿he de ser yo mismo quien busque y ejecute todo lo bueno, guiándome por las luces de mi espíritu, que es decir por las exigencias del orden moral, del derecho natural, según me lo muestra mi razón, anteponiendo estas exigencias a cualquiera otra? O bien, por el contrario, ¿tengo que deponer mi propio criterio y ahogar las voces de mi conciencia, para aceptar y seguir como bueno lo que con tal carácter me señale y me fuerce a cumplir otra persona, que se llama legislador, soberano, autoridad, poder público, Estado, Iglesia?

La gran mayoría de los pensadores que discuten los problemas de referencia no llegan a estos extremos, según es sabido; su posición es, por lo regular, intermedia; es decir, que estiman como un supuesto indiscutible de la necesidad social de

leyes y autoridades, y solamente se ocupan de trazar la esfera de acción en que las mismas deben moverse. Pero eso no obsta para que nosotros presentemos la cuestión en toda su pureza y desnudez, añadiendo que si semejantes escritores no lo han hecho, ha sido a costa de la lógica, deteniéndose a la mitad del camino y no llegando adonde debieron. Quizás el temor a las audacias del propio pensamiento y a las consecuencias a que las mismas pudieran llevarles, hayan tenido a veces alguna parte en tal conducta.

Pero tampoco faltan autores, y de gran renombre, que han ido hasta la raíz del problema y expresado con toda claridad sus ideas respecto del mismo. Entre los contemporáneos se encuentran bastantes. Ya tendremos ocasión de hacer referencia a algunos.

Los hay igualmente entre los antiguos. Si alguien se entregara de lleno y con verdadera constancia a la tarea de rastrear antecedentes de las doctrinas anarquistas, es posible que los encontrase en abundante número.

Para lo que a España se refiere, los señores Hinojosa y Costa, tan conocedores de nuestra literatura jurídica y sociológica antigua, podrían prestar un verdadero servicio a la cultura reuniendo y publicando todos los textos con que se hayan tropezado en sus excursiones de investigación históricas y de los cuales, según me decía una vez el señor Costa, ha visto muchos; sólo que no los ha copiado, por prisa o por no interesarle a la sazón la recolección de los mismos. « Mi impresión — me escribía — es que hay materia para toda una «Historia de las ideas sobre el acracia en España». También el señor Altamira, y acaso otros varios, podrían ayudar a la formación de esta obra. Y en lo que toca a la mística, donde tan abundante material respecto del caso debe de haber, quizás nadie tan llamado como el señor Unamuno a exponer los pasajes en que nuestros místicos se presentan enemigos de las leyes y las autoridades externas, y entusiastas de la ley interna y de la libertad individual racional.

Voy a aducir unos pocos antecedentes, la mayoría de los cuales recogidos de segunda mano. Pertenecen a pensadores de significación varía: filósofos, teólogos, juriconsultos, literatos...

Ya Platón afirma varias veces que un país bien gobernado « no necesita las leyes » y que sobrarian los jueces si todos los ciudadanos fueran buenos. El mismo filósofo se burla de querer suplir la falta de educación y de sentido interno, que es su fruto, formando reglamentos sobre reglamentos, añadiendo correcciones sobre correcciones,

con que no se logra sino complicar y empeorar la enfermedad, reputando además vergonzoso suponer que haya hombres tan malvados que el legislador tenga que dictar leyes para contenerlos. De manera que aquí se espera el bienestar y el progreso sociales de la bondad de los hombres. Se reconoce la necesidad de procurar esa bondad formando el hombre interno mediante la educación, y se niega poder a las leyes y a las penas para suplir con recursos exteriores la falta del sentido interior.

\*\*\*

A principios del siglo XVI, un obispo italiano, J. Vida, se expresaba del siguiente modo : « ¿Para qué sirven las leyes? Para constituir la servidumbre, que los sabios califican peor que la muerte; para obligarnos a vivir bajo el dominio ajeno; para darnos una naturaleza artificial y rebelarnos contra nosotros mismos; para convertirnos, no en mejores, sino en más astutos, para enseñarnos, no la justicia, sino el arte del litigio... ¿Habéis visto acaso alguna vez una sola agrupación de hombres en que se cumpla la justicia y en que se atribuya a cada cual según su mérito? si el sabio vive con el cuerpo entre la multitud, con el pensamiento huye de la sociedad. Y ¿cómo surgen los Estados? Con latrocinios, con usurpaciones, con invasiones; y viven oprimiendo a una multitud innumerable de operarios domésticos, no ciudadanos, sino esclavos, a quienes se prohíbe como delito lo que constituye las delicias de sus señores... ¡Feliz la edad en que no había leyes, ni plebiscitos, ni ficciones, ni fraudes, ni impuestos, ni avaricia, ni ambición, ni gloria, ni ricos, ni pobres, ni asedios, ni estragos, ni guerras, ni revoluciones! Libertémonos de esta sociedad corrompida y perversa, y que la justicia descienda sobre la tierra. » Un teólogo español, Fray Alonso de Castriella, trinitario, sienta las atrevidas afirmaciones siguientes: «La obediencia fue introducida más por fuerza y por ley positiva, que por natural justicia. » « Salvo la obediencia de los hijos a los padres y el acatamiento de los menores a los mayores en edad, toda la otra obediencia es por natura injusta, porque todos nacimos iguales y libres. »

\*\*\*

Entre las medidas para mejorar a España, que proponía un escritor del siglo XVII, Alvarez Osorio, estaba la de « quemar los libros de leyes, para que no acaben con el país, reduciendo a un solo volumen las que parezca indispensables. »

Poniendo en el asunto un poco de diligencia, creo que podrían hacerse bastantes citas análogas a las anteriores. En el campo de la literatura deben de abundar bastante. Mas con las anteriores sobra para demostrar lo que nos proponíamos, a saber : que el problema relativo a la función social del Estado, las leyes, el gobierno, las autoridades, ha preocupado a los hombres reflexivos en todos los tiempos, y no es cosa particular de la época contemporánea.

Sin embargo, en nuestros días es cuando ha adquirido una gravedad y un interés, antes no conocidos, gracias a la aparición del anarquismo. El cual, haciendo hincapié en una idea antes ya

cara a muchos románticos, esto es, en la bondad nativa de los hombres y en sus naturales inclinaciones al bien, viene preconizando la supresión de todo el artificio oficial que se llama Estado, como rémora para el progreso y como obstáculo para el desarrollo de una vida social espontánea, tranquila, ordenada, propiamente humana, producto de la cooperación abnegada de los individuos, y de la cual se halle proscrita la coacción violenta, que es requisito, *sine qua non* de la existencia de leyes, gobierno y autoridades.

\*\*\*

La superstición legal, tan arraigada, es causa de la multiplicación de las leyes. No bien se siente alguna necesidad nueva, o se echa de ver algún vicio, inmediatamente acudimos a los poderes públicos para que ellos remedien el caso, a fuerza de disposiciones legales. Y de aquí proviene el que de la mayoría de los males sociales que sentimos echemos la culpa a los gobiernos, porque no legislan, o legislan mal. A las leyes cargamos en cuenta todas las desgracias, y en las leyes, no en los hombres, es en lo que confiamos para aliviarlas. De otra bien distinta manera ven este problema aquellos que, como Posada y Unamuno, esperan el remedio, más bien que de las leyes, de los hombres y de su formación y educación.

Como resultado de ello ha venido ese mar de disposiciones legales que nos ahoga. Ya en su tiempo se quejaban Cerdán de Tallada (siglo XVI) de la excesiva abundancia de leyes; pues el derecho civil (esto es, patrio : *ius civile* de los romanos) estaba repartido en más de catorce mil leyes, con más de otros tantos mil casos, sucedidos en tiempos pasados y ya decididos. ¿Qué diría si viviera hoy? Hoy, en cualquiera de los países que se llaman civilizados, es incontable el número de leyes y órdenes de todas clases. Los volúmenes en donde se coleccionan muchas de ellas, no todas, forman a estas horas una biblioteca muy copiosa. Alguien ha dicho que los geólogos del porvenir, al estudiar la historia de la tierra, se van a encontrar con una capa a la cual habrán de denominar *formación papirácea*; y el que esto decía, lo decía por el montón de libros y archivos de leyes que han de tropezarse.

\*\*\*

La abundancia de leyes demuestra lo poco que se confía en la bondad natural y en el racional criterio de los hombres, puesto que se quiere someter todos sus actos a regla exterior. Es como si los médicos quisieran prescindir de la llamada *vis medicatrix*, de la naturaleza del enfermo, (vergi-gracia, de su juventud o de su vigor), esperándolo todo de las medicinas a éste propinadas, de las cuales y de su acción se burla a menudo la naturaleza, no obediéndolas.

\*\*\*

Esa solidaridad humana voluntaria, querida por determinación espontánea, que repugna la coerción material exterior, del Estado, viene siendo la exigencia de varias doctrinas filosóficas, jurídicas y sociológicas contemporáneas, las cuales, por lo mismo, proscriben, a lo menos en gran parte, la

existencia de las leyes y de las autoridades como obstáculos para la vida social ordenada y verdaderamente humana. Así sucede con aquellas que protestan contra la concepción negativa del derecho, que es la corriente, y contra la consideración del elemento coactivo, exterior, retributivo, como esencial a éste, afirmando, por el contrario, que el derecho es un orden ético, de cooperación positiva, de prestación voluntaria de condiciones para la vida de sacrificio caritativo de medios por parte de quien las tenga en provecho de quien los necesite; orden, cuya garantía propia no se halla, en realidad y en su último término, fuera de la conciencia de los individuos.



Varios males engendra el desconocimiento del carácter transitorio e histórico de la función que la autoridad y las leyes desempeñen, y el consiguiente hecho de que una y otras no dejen a tiempo el campo libre a la actividad individual. Por de pronto, haciéndose sistemáticamente perdurables, se erigen en instituciones a se, con existencia propia; y, tanto los que se hallan al frente de las mismas, los diversos órganos del poder, como la masa social, llegan a considerar que la autoridad es por su propia naturaleza superior a los súbditos, y la ley una norma esencialmente justa, a la que deben amoldar sus actos, de grado o por fuerza, cuantos se hallan sometidos a su imperio. Por eso, los mandatos del poder, cualquiera que sea la persona que lo ejerza, son indiscutibles y deben ser ciegamente obedecidos. Por eso, el poder mismo se juzga como una institución sobrehumana, no engendrada en el seno de la sociedad, en vista de necesidades sociales y para satisfacerlas, sino al contrario, caída de las nubes, a manera de un

don gratuito hecho a la persona que lo posee, la cual posee con perfecto derecho, como cosa propia, en su beneficio, y puede hacer de él el uso que le parezca conveniente. Por eso mismo, también se pide respeto y veneración para las autoridades, por lo que representan, no por lo que ellas valgan o porque sean respetables; es más : aun cuando sean indígenas y aun cuando se sepa de un modo positivo que ha obrado contra toda razón y justicia. La muletilla : « respeto al principio de autoridad » es una de las más usadas.

No en otra consideración se funda la tradicional sumisión a la autoridad de la cosa juzgada, la indiscutibilidad de las sentencias de los tribunales, la irresponsabilidad e inviolabilidad del soberano, la obediencia forzosa y servil a las prescripciones del mismo, a las órdenes del padre, del maestro, del sacerdote, sea cual sea el contenido de las órdenes o prescripciones. De poco sirve que algunas veces se haya dicho que las leyes y los mandatos injustos de las autoridades no deben ser obedecidos, y que hasta se haya llegado a afirmar el derecho de resistencia pasiva, el de insurrección y hasta el de tiranicidio; esto no ha pasado de ser protestas aisladas de espíritus independientes, cuya inteligencia y sentimientos se rebelaban contra la omnimoda esclavitud de inferiores frente a los antojos insensatos de los superiores. Mas la casi totalidad de las gentes ha venido y viene considerando como innegable la necesidad de que cuantos ejercen algún poder sean respetados y venerados por el simple hecho de ejercerlo. Y es que esta concepción lleva dominando tanto tiempo, que se ha infiltrado ya en nuestra sangre y de ella se nutre un crecidísimo número de nuestras ideas.

PEDRO DORADO MONTERO

## INGENUAS

### TURISMO

Extracto de una hoja de propaganda turística ensalzando la belleza de cierto lugar montañoso de España:

« Ofrecemos tranquilidad y soledad. Los senderos de nuestros montes son caminos dichos de herradura, buenos sólo para que circulen los burros. Cualquiera turista puede pasearse por ellos como Pedro por su casa... »

# Ante el desarreglo del mundo **EL ANARQUISMO,** **UNICA SOLUCION EFECTIVA**

(CONTINUACION)

Un estudio de JUAN FERRER

IV

**EL ESPECTRO DE LA GUERRA**

**M**IENTRAS subsistan los apetitos capitalistas habrá motivos para nuevas guerras. Mientras domine la lógica burguesa los deseos absorcionistas persistirán. Habra siempre matanzas mientras la Humanidad no reaccione contra los vicios de conformidad.

Cuando Bismarck fundó el imperio alemán — a mediados del siglo pasado — Inglaterra controlaba los mares y cosechaba riquezas en los continentes asiático, americano, africano y en los mares del Sur, Francia, Bélgica y Holanda poseían, asimismo, grandes y ricas piezas de terreno, ya sea en Africa, Neerlanda y Conchinchina. España y Portugal, imperios de la vieja Historia, habían perdido la mitad de América y pedazos de Asia y Africa, en parte por incapacidad administrativa, en parte desvalijadas. Imperialismo, igual a piraterismo.

Portugal, abriéndose paso hacia las Indias, descubrió el índice de una nueva región del mundo, que llamó Cabo de Buena Esperanza. Los holandeses, excelsos marineros y acreditados salteadores, codiciaron el Cabo, arrebatándolo a sus descubridores. Tercieron los ingleses, arrojando a los de los Países Bajo tierra adentro, hasta el Transvaal. Aquí, cavando el suelo, los antiguos holandeses (ahora boers) sacaron oro y diamantes, dando celebridad a las tierras de Johannesburgo. Se enteran los británicos y empujan de nuevo. Todo lo bueno para los fuertes. El imperialismo, en posesión de la fuerza nunca deja de tener razón.

Bismarck, militarista soberbio, asimiló esta fatal lección y dió principio a la desazón de la Europa moderna. La población de la «gran» Alemania aumentaba vertiginosamente, gracias a la fecundidad de sus mujeres. Para mayor estímulo, la nación alemana abandonaba su condición estrictamente agrícola para entregarse a los éxitos de la producción industrial. Su diplomacia naciente requirió nuevos espacios territoriales y libre entrada en los mares y en los mercados internacionales. Ya entonces Inglaterra dió a entender a los embajadores del kaiser que su país se había levantado tarde. Francia pagó las consecuencias de esta pugna, cediendo al Reich sus departamentos del Rhin y del Mosela tras la rendición de Sedán (1870).

Reiteradamente, Alemania ha pretendido imponer su pretendido derecho al coloniaje. En 1896 trató de entorpecer, en el Pacifico, la intervención

antiespañola de los norteamericanos. En 1903 dió un golpe de efecto en la rada de Agadir, con lo cual los junkers trataron de imponer su política de fuerza para ser admitidos en la administración del dominio internacional de Tánger. La zorra diplomática inglesa dejó, una vez más, a la brutalidad germana sin efecto.

Guillermo II se salió de madre y querelló a Francia en 1913. Ante la inminencia de una nueva guerra, la Segunda Internacional reunió a sus miembros en Congreso pacifista para que en él se luciera el tribuno Jeurès. La Internacional de los trabajadores marxistas respondería con la huelga general a todo intento de movilización. Esta fue decretada en 1914 en Alemania, Austria-Hungría, Francia, Inglaterra y Rusia, sin oposición obrera notable. El imperialismo capitalista se había impuesto una vez más por encima de las copiosas declamaciones de los líderes obreros. En consecuencia, Europa, y después América soportaron cuatro años de guerra, con 25 millones de muertos y gran parte de la economía general hundida.

Semejante despilfarro en vidas y haciendas provocó el estallido de revoluciones proletarias en Rusia, Alemania y Hungría, como anteriormente hemos señalado. El mundo obrero se animó a la luz de estas llamas rojas, infiltrando el pánico en el ánimo del Capitalismo. En plan de defensa, aquél decretó el bloqueo contra Rusia, sumiéndola además en las nebruras de una guerra civil y de la falta de nutrición. De haber sobrevivido a la contienda, los generales Yudenich, Kolchak, Denikin y Wrangel habrían percibido honorarios en la City.

El ejército polaco, recién formado y entrenado por Weygand y sus oficiales, fue a su turno lan-



zado contra los soviets. Al conjuro de la solidaridad capitalista, los focos revolucionarios de Centroeuropa fueron extinguidos uno tras otro. Poco después, el sindicalismo catalán presenciaba con desespero el asesinato calculado de sus mejores militantes. El imperialismo burgués, salvo en Rusia, había recobrado su imperio sobre los trabajadores.

Pero las madres no podrían concebir tranquilas. Sus hijos correrían grave riesgo militar, porque el peligro de guerra se evidenciaba de nuevo. Varios países sucumbían al absolutismo y las máquinas de matar adquirían sorprendente perfección. Entretanto, las masas obreras postergaban su credo revolucionario, y Mussolini podía imponer su régimen dictatorial de Horty en Hungría. Primo de Rivera se proclama dictador de España en 1923, para cosechar su terrible fracaso de 1930, y en 1933 la peste gris se apoderaba de Alemania proclamando el III Reich, que tan tristes recuerdos ha dejado. El desastre se avecinaba y las democracias temían las consecuencias del Tratado de Versalles. Rusia organizada en dictadura sedicentemente proletaria bajo el nombre de Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, no ofreció garantías al proletariado consciente de las demás naciones. Italia y la U.R.S.S. llegaron extrañamente a confraternizar. Balbo fue a Moscú en vuelo de honor y la aviación soviética saludó los colores fascistas desde el espacio de Roma. En 1939, Hitler y Stalin se repartieron la nación polaca en gracia a un acuerdo secreto establecido entre ambos dictadores. Esta suerte de relaciones de dos regímenes fascistas con la llamada « patria del proletariado » tuvieron la triste virtud de aumentar la confusión en los medios obreros internacionales.

La ausencia de espíritu revolucionario en el pecho de la clase trabajadora permitió a la Unión Soviética la derrota de las fuerzas libertarias ucranianas (Movimiento maknovista) y el declive de la revolución marinera de Kronstadt. Por otra parte, la confianza de los obreros europeos en el sistema parlamentario, más el olvido de su propio valer, facilitaron extraordinariamente la ascensión de sus propios enemigos. La presencia de Hitler y Mussolini en el escenario principal de la política europea acreditaron tan amarga verdad. La estulticia o el cansancio de unas multitudes repetidamente engañadas, acostumbradas a producirse de acuerdo con la ley del mínimo esfuerzo, han conducido a la Humanidad a la hecatombe de 1939. Y por si es necesaria una añadidura, la Revolución española antes pereció por la incompreensión de los obreros del mundo que por la ac-

ción mancomunada de Franco, Hitler y Mussolini. Estos tiranos, por otra parte, estuvieron ajustados en su papel de victimarios de nuestro ensayo de Revolución social. Pero de los trabajadores de todas las latitudes no esperábamos que asintieran a esta derrota nuestra con la complicidad de su silencio.

Aun hoy permanecen alejados de la idea de un boicot general a declarar contra el régimen fascista del general Franco.

Así estamos los trabajadores y antifascistas de insatisfechos y abandonados, en tanto que la reacción mundial reajusta sus cuadros y alimenta numerosos focos de discordia que acabarán alumbrando otra conflagración intercontinental. Nuevamente los niños nacen bajo el signo guerrero de Marte. Pueden las madres amantísimas reiniciar su apenas extinguido desespero...

Stalin vengó sobre la piel de los japoneses, a la Rusia de 1904. Port-Arthur y Sakhalin regresaron al imperio enrojecido. Con la agregación de los Estados bálticos, la Prusia Oriental, la Bucovina, la Besarabia y otros territorios, la U.R.S.S. ensanchó sus dominios en 707.202 kilómetros cuadrados comprendiendo un total de 24.355.500 habitantes. Esto aparte, Moscú mantiene su influencia material y política en la mitad de Alemania, en varios Estados vecinos a ésta y en otros más, afectando a los Balcanes. A más añadir, cuarenta años de dictadura no han sido suficientes para que el pueblo ruso recobrase su libertad. Sólo la dictadura de Machado (Cuba) alcanzó un tal grado de longevidad.

Inglaterra — holgaría decirlo — está por la defensa « enragée » de sus discutidos intereses de ultramar, y todas los empeños e intrigas han de ser pocos para conservar su dominio en todos los océanos y mantener a distancia a la U.R.S.S. y a Alemania.

Italia, despojada, en pago a su adhesión al Eje, subirá la cuesta del calvario — humillaciones y miserias — airoosamente. Pero Alemania, herida en lo más íntimo de su orgullo, preparará orgulloso y constante la hora H de su venganza. En este punto, vemos a los cándidos sonreír. ¿Cómo le será posible reaccionar a un poder aplastado y en un país que tiene confiscadas sus fuentes de riqueza?

No se olviden los simples de la existencia de una Internacional capitalista en efectivo. No es solamente el cartel armamentista, del acero, puien puede tomar a su cargo la resurrección del espíritu teutón. Está la Banca Mundial, que no reconoce patrias ni intereses que no le sean subordinados.

(Continuará)

#### DEFINICIONES

- Criticón : Individuo que sabe encontrar algo de malo en lo mejor.
- Muchachos : Menores que saben crear problemas a los mayores.
- Chiquillo : Un bullicio cubierto de sebo.

# La puerta de oro del mundo

(CONTINUACION)

**C**UANTO en esos 15.000 días venideros podremos esperar y ver, sin lugar a dudas que podrá asombrarnos como obra de realización manual, producto del ingenio. Serán dignos de vivir aun cuando lastimen nuestros sentimientos más íntimos por cuanto significarán como fueros de artefacto. Aunque entonces más no sea, nos quedará el recuerdo de presenciarlos. La arquitectura del hombre ha sido elaboración de millones de años y todavía no se han detenido las variadas modificaciones que la naturaleza realiza en su ejemplar preferido. Su formación y especialización en determinada disciplina, para soltarle los pañales y plantarlo en medio de la vida, demanda tan rigurosa disciplina que cuatro lustros de estudios intensivos apenas si la identifican con la geografía humana y la habilitan para el desempeño de una mediocre función especializada. En rigor, dentro de nuestro mundo, el experimento es permanente y cuando, a la vuelta del camino ha adquirido un cúmulo determinado de conocimientos, su inteligencia declina y vuelve el estado de su nacimiento. Asombra pensar qué podrá representar este individuo en una sociedad tan compleja como lo premete la de la generación que apunta el año 2000, cuando, a esta altura de los acontecimientos apenas si comprobó su identificación con algunos modelos de segunda mano y desarrolla una actividad conducida a llenar las funciones biológicas de agotarse en una tarea conducida a acumular medios de riqueza material para asegurar su existencia alimenticia.

Las tres cuartas partes de los productos comestibles del mundo pertenecen a Europa. América del Norte y la URSS que, en forma global, integran la tercera parte de la población humana.

Asia, que representa la mitad de los habitantes de nuestro planeta, apenas si puede disponer del 17 por 100 de los alimentos que necesita. En la India, por el flagelo del hambre, el término medio de la longevidad no supera los 27 años.

En la XVII olimpiada participaron 7.000 atletas que durante los quince días de las competiciones, sólo para suplir los alimentos básicos, consumieron: 25.000 kilos de pan, 64.000 kilos de carne argentina, 600.000 huevos, 32.000 kilos de arroz, 40.000 kilos de pescado y 500.000 naranjas.

Para producir 4.660 calorías, cada uno de los atletas que han participado en dicha olimpiada, ha podido consumir diariamente : 200 gramos de pan, 450 de carne, 240 de aceite o manteca, 160 de queso, 300 de verduras, 100 de harina, 30 de café, 200 de arroz o pastas, 250 de pescado, 60 de jamón, 200 de mermelada, 350 de pataats, 200 de azúcar y 5 de té. 4 huevos, 7 botellas de bebidas variadas, 1 litro de leche (\*).

Con esta superalimentación de destilería podrían hacerse un banquete (17 habitantes de La Paz, capital de Bolivia, donde la población indígena vive del aire que les aportan sus cansados dioses incaicos y que se consumen a la vista del mundo, pegada a nuestro cuerpo y de todos olvidada.

La vida es demasiado corta y humilde como para no embellecerla con buenas acciones que la estimulen y propaguen. Y demasiado pequeña como para no prodigarle toda suerte de ternuras.

Pueden alimentarse muchas ilusiones sobre las extensiones de nuevas tierras a cultivar, que el hombre está en condición de valorizar en el futuro. Hay varios billones de hectáreas de selva Amazónica, del Congo, de Nueva Guinea que están esperando la mano del hombre. Su incorporación a nuestro acervo económico no será una utopía, sino llegamos tarde.

## 8. — LA PROTECTORA NATURALEZA

El genetista uruguayo, profesor Boerger, en su libro «La producción y el hombre» estampa un mensaje de paz en este nebuloso avance del medio siglo hacia el dorado sueño del año 2000, que nos promete toda la hierba que da simiente que está sobre el haz de la tierra para que podamos comer, y todo árbol que da fruto y simiente, y toda bestia y todas las aves y todo lo que se mueve sobre la tierra en que hay vida.

Todas las especies han sido creadas para servir al hombre, que ha evolucionado tan rápidamente sobre todas las demás, de manera que, merced al desarrollo de una capacidad cerebral superior, ha podido eliminar algunos animales, tipos rivales, esclavizar otros con la domesticación y hasta modificar las condiciones físicas y biológicas sobre la mayor parte del área terrestre del mundo, dice el doctor Boerger.

El mundo biológico, con todas las manifestaciones de la lucha por la vida, gira en torno de la especie humana, y ofrece una posición de singularidad porque, además de apropiarse de los bienes terrenales, el hombre amolda a sus necesidades a través del proceso de la fotosíntesis, la transformación de las plantas que se nutren de las sustancias minerales y el agua de la tierra con el agregado del ácido carbónico y oxígeno tomados del aire, prosigue tan ilustre hombre de ciencia. De tal modo, el individuo que, por otra parte, se sirve de la explotación directa o indirecta de las plantas que explota por intermedio de actividades agropecuarias, utiliza también las de origen fósil, depositadas en la naturaleza, resultado del proceso asimilador de periodos geológicos anteriores, como el carbón, la turba y el petróleo. Y surge de aquí que ningún otro animal ha podido apro-

(\*) «Panificacao Brasileira», diciembre de 1960.

piarse, para uso particular, de la inmensa fuente de riqueza que es nuestro globo.

El hombre parece estar solo sobre la tierra, pues que usufructúa todo lo que el suelo produce desde los comienzos de la vida. No sólo los sociólogos, sino también los economistas y los pensadores, están acordes en que, mediante esta apropiación de las riquezas y la lucha entablada contra sus enemigos, así como gracias a su gran ingenio que le permite metodizar y acrecentar los cultivos, como los productos de origen animal, le dan permanencia de vida.

Si la nutrición que es la base de su existencia no le ofreciera tales condiciones de vida, seguramente hubiera desaparecido devorado por sus enemigos naturales como tantas especies de edades perdidas en el tiempo. Otro factor no menos importante es el hecho de que el hombre, aparte de poder modificar y cambiarse de condiciones de ambiente, adopta medidas profilácticas que son garantía para su existencia.

El rol desempeñado por el ser humano al construir su vivienda para protegerse de las inclemencias del tiempo, le hacen centro de organización de la vida en la tierra y es la base de la constitución normal de la sociedad. Porque la desnutrición modificaría su estructura física; embrutecería su espíritu antes de elevar su progreso moral. Se degeneraría biológicamente y volvería a ocupar el lugar de la bestia. Y, raro fenómeno: desde los tiempos más primitivos la alimentación fue el primer problema humano, del que arranca la evolución del individuo que, al decir del sabio griego, viene a constituirse en medida de todas las cosas.

La eterna lucha contra el hambre, que la ciencia moderna tiene el compromiso formal de resolver definitivamente en sus líneas más agudas, ha supuesto desde antiguas edades el problema que preocupó a los economistas y pensadores del siglo XIX. La densidad de población de las pasadas generaciones sólo permitió llegar hasta aquí con sus irregularidades en el orden productivo. Pero hoy día, la máquina pide más y más materias primas de origen vegetal, y poderosas industrias transformadoras de sustancias orgánicas por el trabajo fotosintético de la planta, son nuestra más cara esperanza.

La población crece invariablemente mientras disponga de medios de subsistencia adecuados en el reino de la naturaleza. Pero su desarrollo veríase obstaculizado de operarse evidentes impedimentos. Casi todas las naciones europeas, incluso las civilizaciones surgidas con sus derivaciones en los nuevos continentes de América y Australia, o sea, la raza blanca en su totalidad, padece del mal de la desnutrición y hasta hace bien pocos años se ha mantenido como signo alucinante este fenómeno, calificado como el más importante de la historia mundial. El cambio fundamental que el movimiento demográfico entonces tan temido, impondría a los pueblos de cultura europea, una sorpresa en la historia de la humanidad. Ese mismo drama pavoroso es el que presentan hoy países como la India, Japón y China cuyo desarrollo científico, según el doctor Archibald Hill, será el único medio

viable para cerrar la tremenda brecha entre el aumento de los recursos y el de la población. Porque con una población que está creciendo a razón de seis millones de almas por año, sólo la tecnología y las ciencias biológicas serán capaces de evitar un desastre, concluye el insigne investigador británico.

### NO HABRA HAMBRE EN LA TIERRA

Los progresos de la técnica agrícola del siglo XIX y, sobre todo de los últimos decenios, atenuaron la ley del rendimiento no proporcional en la práctica productiva. Los elementos técnicos, como maquinarias, abonos químicos y el factor genético vegetal, se reúnen hoy día para permitir el aumento de la producción por unidad de superficie, sin comprometer la rentabilidad del trabajo, sostiene el doctor Boerger. Pero, aparte de ello, quedan mares con su inmensa riqueza inagotable, sin contar la abundancia de las nuevas especies vegetales que es posible cultivar en escala ilimitada, sosteniendo el pensador Colin Clark que hay posibilidades de producir alimentos para 25.000 millones de habitantes.

Y añade el profesor Baade «que, el área del suelo arable, actualmente de 1.300.000.000 de hectáreas, que representan apenas un décimo de la superficie sólida de la tierra, fácilmente se podría triplicar. Podrían ararse, si el menor perjuicio, algunos cientos de millones de hectáreas de prados y pastos. Otros 400 millones de hectáreas de terrenos baldíos podrían ser explotados para la agricultura. Incomparablemente mayores son las reservas que encierran las vastas áreas de bosques y junglas. Bastaría ya un aumento del rendimiento del área hoy cultivada para alimentar a 7.500 millones de hombres, pero a condición previa de abocarnos desde ahora mismo a la modernización e intensificación radicales de la rotación de la tierra con métodos ultramodernos, nutrición de las plantas e introducción de sistemas distributivos del ingenio humano y de los productos. Exige una labor de titanes para desarrollar esta acción gigantesca, con sólo llevar adelante una campaña eficaz contra los animales dañinos y la instalación en gran escala de obras hidráulicas para incrementar la agricultura. Tan solo al pasar de la tracción animal a la tracción motriz podría causar un aumento de la producción de víveres que alcanzaría para 1.000.000.000 de hombres. Aparte de las considerables riquezas para cuyo aprovechamiento nos ofrece considerables perspectivas la técnica de la congelación y refrigeración, puede decirse que resulta factible resolver dichos problemas dentro de la fatiga que nos acerca al año 2000, con tal de que la humanidad se abstenga de desperdiciar sus energías en disputas ideológicas con derramamientos de sangre, cooperando unánimemente en pro de esa gran obra a que nos concita el porvenir inmediato.

Pero estimaciones aún más optimistas consignan que, aun prescindiendo de los procedimientos de la técnica moderna, con tal de recurrirse a las es-



tepas y desiertos, hoy prácticamente improductivos, con el agregado potencial de los ríos, lagos y océanos, que representa una capacidad de 1.250 millones de kilómetros cúbicos, resultaría factible que la tierra alimentara más de 200.000 millones de hombres. Aun cuando la humanidad llegada a este extremo no dejara de entrañar una aglomeración tan compacta y acentuada que no representaría un ideal, opina un autor que la densidad de población, compuesta de 1.850 personas por kilómetro cuadrado, así impuesta al globo entero no implicaría de todos modos una crisis de vivienda sobre la tierra.

Desde luego que ese proceso de desarrollo humano parece inalcanzable. Y la producción de alimentos sintéticos puede suplir en buena forma esa grave necesidad, pero con el natural perjuicio para los órganos digestivos que terminaría por atrofiarlos en caso de abusos, acortando la vida humana, si no se administraran con método racional. Tal vez llegado el momento de una superpoblación, y las posibilidades no están descartadas a lo largo de los años que vendrán, siempre y cuando las condiciones atmosféricas de nuestro globo no experimenten cambios fundamentales y el desequilibrio del universo no sufra trastornos de importancia, la fabricación industrial de productos alimenticios por intermedio de la composición química en gran escala, basada en materias inorgánicas, fósiles y otras, quizás esté llamada a desempeñar un papel de necesidad imperiosa.

### PROGRESO TECNICO

El automatismo y la cibernética, prosigue Monteforte Toledo, han abierto un ancho mundo al cálculo, a la producción acelerada y, sobre todo, a la liberación del hombre de la férula de la máquina que él mismo creó y que, por aberraciones como el trabajo en cadena y el taylorismo, ha llegado a ser su amo. Energía nuclear, electrónica, automatismo, surgen y evolucionan justamente a la hora y punto en que otra técnica, la planificación, penetra en el futuro y revela los riesgos de la humanidad frente al agotamiento de los recursos del planeta.

Se está estudiando el problema que crearán los aviones atómicos que, con 22 gramos de uranio como combustible, realizarán el viaje alrededor del

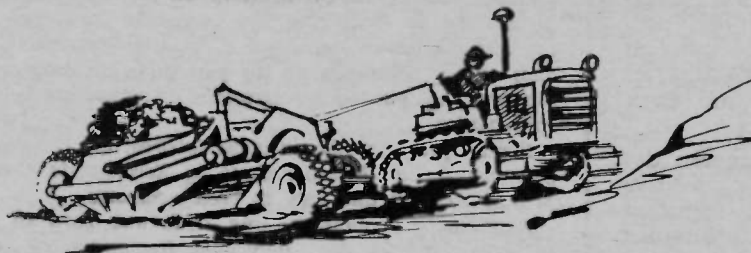
mundo. La locomotora de un tren fantasma francés movió su cuerpo de cien toneladas de peso por un recorrido de poco más de dos centímetros, deteniéndose en la vía delante de un huevo, sin romperlo y sin echarlo a un costado. Alemania occidental está ofreciendo energía atómica a los mismos precios de la térica y a los Estados Unidos de Norteamérica se están concluyendo estudios para que la población afectada a sus industrias trabaje solamente cuatro horas en cada uno de los cinco días de la semana.

La Mestinghouse Electric está dispuesta a instalar una central eléctrica en la luna, imprescindible para que un grupo de expedicionarios pueda bastarse a sí mismos. La productividad es la gran esperanza del siglo XX, con la conquista de consumidores en el área de la riqueza y el destierro del pauperismo mundiales. Para ello se están preparando equipos de técnicos en países industriales, dada la importancia que se asigna a las consecuencias del progreso y al incremento velocísimo de la población. Si la euforia productiva en el mundo capitalista continúa al mismo ritmo, el hombre podrá adelantarse a los cálculos más optimistas de los reformadores. Paralelamente, abriendo el panorama del mundo subterráneo que emerge de la faz de la tierra en actitud de ataque, se ensanchará el campo humano en colegios y universidades capacitando al hombre desplazado por la máquina para resolver personalmente los problemas ideológicos y sociales que el nuevo siglo de las maravillas ya está elaborando (7).

### CAMPIO CARPIO

(Continuará.)

(7) En la revista CENIT, de Toulouse, Francia, página 3188, el escritor argentino Dr. Juan Lazarte ha significado que el Departamento de Defensa Civil y Movilización de los Estados Unidos anunció las pérdidas que podrían sufrir 70 ciudades norteamericanas ante un ataque de 224 blancos militares o civiles de hidrógeno de un poder total de 1.146 megatonnes. Efectivamente, morirían en el mismo día del ataque 18.556.000 seres humanos (equivalente al total de muertos y desaparecidos en los cuatro años de la segunda guerra púnica, de 1914-18, como la bautizara el insigne G. B. S.) 16.825.000 sufrirían lesiones necesariamente fatales a corto plazo y 1.009.000 sobrevivirían con graves lesiones. Por contaminación radiactiva morirían más tarde 5.354.000 h dejarían 6.182.000 sobrevivientes inválidos. Un total de 60.000.000 de víctimas.



Odiar es peor que ser odiado.

# Lo agradable

**A**gradable es aquello que place a los sentidos en la sensación. Aquí preséntase ahora mismo la ocasión de censurar y hacer notar una confusión muy ordinaria de la doble significación que la palabra sensación puede tener. Toda satisfacción (dícese, o piénsase) es ella misma sensación (de un placer). Por tanto, todo lo que place, justamente en lo que place, es agradable (y según los diferentes grados, o también relaciones con otras sensaciones agradables, es gracioso, amable, delectable, regocijante, etc...). Pero si esto se admite, entonces las impresiones de los sentidos, que determinan la inclinación, o los principios de la razón, que determinan la voluntad, o las meras formas reflexionadas de la intuición, que determinan el Juicio, son totalmente idénticos, en lo que se refiere al efecto sobre el sentimiento del placer, pues éste sería el agrado en la sensación del estado propio; y como en último término, todo el funcionamiento de nuestras facultades debe venir a parar a lo práctico y unificarse allí como su fin, no podríamos atribuir a esas facultades otra apreciación de las cosas y de su valor que la que consiste en el placer que las cosas prometen. La manera cómo ellas lo consigan, no importa, al cabo nada; y como sólo la elección de los medios puede establecer aquí una diferencia, resulta que los hombres podrían acusarse recíprocamente de locura o falta de entendimiento, pero nunca de bajeza o malicia, porque todos, cada uno según su modo de ver las cosas, corren hacia un mismo fin, que para cada uno es el placer.

Cuando una determinación del sentimiento de placer o de dolor es llamada sensación, significa esta expresión algo muy distinto de cuando llamo sensación a la representación de una cosa (por los sentidos, como una receptividad perteneciente a la facultad de conocer), pues en este último caso, la representación se refie-

re al objeto, pero en el primero sólo al sujeto, sin servir a conocimiento alguno, ni siquiera a aquel por el cual el sujeto se conoce a sí mismo.

Pero entendemos en la definición anterior, bajo la palabra sensación, una representación objetiva de los sentidos; y para no correr ya más el peligro de ser mal interpretado, vamos a dar el nombre, por lo demás, usual, de sentimiento a lo que tiene siempre que permanecer subjetivo y no puede de ninguna manera constituir una representación de un objeto. El color verde de los prados pertenece a la sensación **objetiva**, como percepción de un objeto del sentido; el carácter agradable del mismo, empero, pertenece a la sensación **subjetiva**, mediante la cual ningún objeto puede ser representado, es decir, al sentimiento, mediante el cual el objeto es considerado como objeto de la satisfacción (que no es conocimiento del objeto).

Ahora bien, que un juicio sobre un objeto, en el cual éste es por mí declarado agradable, expresa un interés hacia el mismo, se colige claramente el deseo que aquel juicio, mediante la sensación, excita hacia objetos semejantes; la satisfacción, por tanto, presupone, no el mero juicio sobre aquél, sino la relación de su existencia con mi estado, en cuanto éste es afectado por semejante objeto. De aquí que se diga de lo agradable, no sólo que **place**, sino que **deleita**. No es un mero aplauso lo que le dedico, sino que por él se despierta una inclinación; y a lo que es agradable en modo vivísimo está tan lejos de pertenecer un juicio sobre la cualidad del objeto, que aquellos que buscan como fin sólo el goce (pues ésta es la palabra con la cual se expresa lo interior del deleite) se dispensan gustosos de todo juicio.

KANT

## DOCUMENTOS

## Estipulado sobre organismos de afinidad Regional y Comarcal

*Que la estructura interna de dichas Regionales se efectúe de acuerdo con sus características, deseos y necesidades.*

*Que tales Comisiones se consideren como simples organismos de relación y estadística, restringiendo en la medida de lo posible, la celebración de Plenos y reuniones, que consideramos en gran parte inútiles, gracias a la delimitación de funciones que formulamos.*

*Teniendo en cuenta que muchos de los comunicados de las Comisiones Regionales e incluso Comarcales y Locales de Origen, envían a la prensa del Movimiento, llenan inútilmente un espacio que puede y debe ser empleado por la Redacción del periódico para otro menester, creemos que los mismos deben reducirse al mínimo, evitando, por ejemplo, la inserción en las columnas de los periódicos de estados de cuentas, circulares, etcétera, que pueden ser dirigidos directamente a los compañeros por ellas controlados.*

*Por lo que se refiere a otras labores, las Comisiones Regionales de Origen estarán a disposición de la Sección de Coordinación Nacional del M.L.E. siempre que ésta lo crea necesario.*

*Finalmente entendemos que, dado que para su existencia y el desarrollo de su función las Comisiones Regionales de Origen tendrán muy pocos gastos, todos cuantos medios económicos sean por ellas recaudados con destino a incrementar la acción de cara al Interior de España, deberán pasar íntegramente al fondo pro-España de Coordinación Nacional, para ser empleados en interés general de la Organización.*

(Dictamen del Congreso de la C. N. T. de 1947.)

## Los ideales condicionados al medio

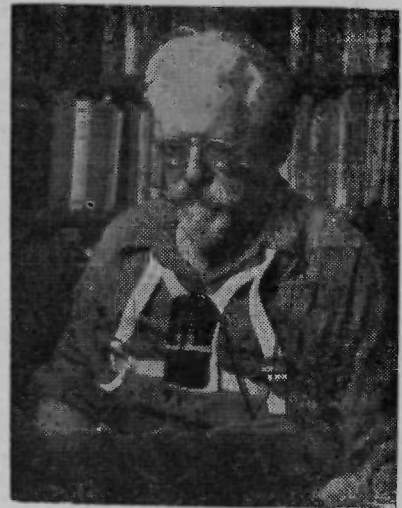
**E**SE rasgo antiliberal que se advierte en el campo del socialismo, contribuyó con una parte no pequeña, aunque inconsciente y no deliberadamente, a allanar el camino para la concepción del Estado totalitario. El hecho es que la llamada **dictadura del proletariado**, en Rusia llevó a la práctica las primeras ideas del Estado totalitario, que más tarde había de servir como modelo, en todos los aspectos, a Hitler y a Mussolini. La oposición dentro del campo comunista, es decir, los partidarios de Trotsky y otros grupos disidentes, admitieron más tarde abiertamente que el **stalinismo** fue el precursor de la reacción fascista en Europa; pero con ello olvidaron algo esencial, o sea, que Lenin y Trotsky fueron los precursores de Stalin. No es la persona del dictador lo que decide la cuestión, sino la institución de dictadura como tal, de la cual procede todo el mal y que, conforme a su naturaleza, nunca puede ser otra cosa que la precursora de una nueva reacción social, incluso si el **socialismo** y la **liberación del proletariado** le sirven como hoja de parra para ocultar su verdadero carácter.

Fue sin duda fatal para el desarrollo del movimiento socialista el que, ya en su primera fase, sufriera fuerte influencia de las corrientes de ideas autoritarias de la época, ideas que se derivan de las tradiciones jacobinas de la Gran Revolución así como del largo período de las guerras napoleónicas. Tal vez este proceso fue inevitable, ya que cada época histórica da vida a un determinado modo de pensar, a cuya influencia sólo unos cuantos son capaces de sustraerse, pues los hombres se hallan demasiado vinculados a las condiciones sociales de su época.

Cuando William Godwin, en 1793, lanzó al mundo su **Political Justice**, los pueblos aun completamente bajo la impresión producido por los grandes acontecimientos de Francia, eran reacios a cualquier concepción nueva en el terreno de la vida política y social. Fue ésta la razón de que las ideas liberales de Ricardo Price, José Priestley y, sobre todo de Tomás Paine, ejercieran entonces una influencia tan penetrante sobre las capas intelectualmente vivas del pueblo inglés; influencia cuyos efectos se advirtieron aún durante algún tiempo, cuando la reacción, debido a la guerra contra la República francesa, se extendió poderosamente, tratando de dar muerte violenta a todas las tendencias liberales. El desarrollo ideológico se hallaba entonces aún en línea ascendente, y no había perdido su vuelo interior, como había de suceder en años posteriores debido a las grandes decepciones sufridas por la multitud.

Las circunstancias habían cambiado considerablemente, sin embargo, cuando aparecieron Saint-Simón, Fourier y Owen con sus planes para una

por  
**Rodolfo  
Rocker**



transformación de la vida social. En Saint-Simón, esos planes sólo después de 1817 reciben su verdadero carácter social, mientras que Fourier desarrolló ya durante el primer Imperio sus ideas socialistas en su obra titulada **Théorie des quatre mouvements** (1808). Pero ambos hombres encontraron un número considerable de adeptos tan sólo después de tener lugar la caída de Napoleón, cuando había-se ya extendido sobre Europa la sombra de la **Santa Alianza**. Hacia la misma época, también Roberto Owen dio a la luz pública sus planes de reforma social. En las siguientes décadas aparecieron a uno y otro lado del Canal grandes olas de nuevos pensamientos sobre las tareas sociales de la época, creyendo poder resolverlas por medio de una transformación radical de las condiciones económicas.

Pero todas esas tendencias se manifestaron tan sólo en el momento en que Europa apenas había terminado una de las épocas más duras y agitadas de su historia, época cuyas repercusiones espirituales y materiales habían de notarse aún durante mucho tiempo. Las tempestades de la Gran Revolución, que habían sacudido profundamente los cimientos de la sociedad europea, ya habían pasado. Quedó de ellas tan sólo la guerra, que había sido desencadenada en 1792, convirtiendo a los países más importantes del continente durante veintitrés años, con pocos intervalos, en verdaderos campos de batalla. También había desvanecido ya el prestigio y la omnipotencia del Imperio, que había devorado a seis millones de vidas humanas, dejando tras sí a pueblos completamente agotados. En todos los países reinaba una terrible miseria, falta de trabajo y ruina completa de la economía. Los hombres eran presa de terrible desaliento que les hacía incapaces de cualquier resistencia. El ardiente entusiasmo que la toma de la Bastilla había despertado antaño en todos los países, había desvanecido hacía tiempo ya. Habíanse derrumbado hasta las últimas esperanzas fundadas en la caída de Napoleón, debido al descarado perjurio de los príncipes, dando lugar a una nueva resignación ante lo inevitable. Los hombres se hallaban tan agotados, que ya no fueron capaces de tomar nuevo vuelo.

Fue aquella una época de agotamiento físico y desmoralización intelectual que tiene mucho de común con nuestra época actual, y a la que, basándonos en nuestras propias experiencias, podemos juzgar hoy mejor que lo pudimos hacer tomando como base los libros de historia. Lo mismo que en nuestra época la Revolución rusa, aclamada por los trabajadores socialistas del mundo entero con tanto entusiasmo, degeneró bajo la dictadura de los bolcheviques convirtiéndose en un despotismo sin espíritu que había de allanar el camino para la reacción fascista, así ahogó el terror ejercido por los jacobinos, con sus absurdas matanzas en masa, el eco poderoso que la Revolución, en un principio, había encontrado en toda Europa, abriéndose así el camino para la dictadura de la espada de Napoleón, cuya herencia política pasó más tarde a manos de la *Santa Alianza*. Y lo mismo que la guerra de 1914-1918 y sus inevitables fenómenos secundarios agotaron completamente a Europa, condensándose en una crisis económica permanente de inmensa envergadura, así destrozaron las desgraciadas guerras que tuvieron lugar bajo la República y más tarde bajo Napoleón, el equilibrio económico de Europa; y lo destrozaron tan concienzudamente que, durante mucho tiempo, ya no pudo prosperar nada, excepto la pobreza de las masas y una miseria infinita. En ambos casos, la decepción de las masas y la inseguridad económica condujeron a una reacción internacional, que no se limitaba tan sólo a las actividades de los gobiernos, sino que se manifestaba también en todos los ramos de la vida social. El carácter de esa reacción fue diferente, desde luego, en ambos periodos, conforme a las condiciones de la época, pero sus consecuencias espirituales produjeron resultados idénticos.

Si no hubiese tenido lugar la guerra, la nueva estructura social de Francia se hubiera, probablemente, desarrollado tomando un sesgo distinto, y no hubiera permitido la dictadura de un solo partido. El hecho es que, en un principio, todos los partidos, con la excepción de una pequeña minoría, adoptaron actitud hostil frente a la dictadura, pues cada grupo temía convertirse en víctima del otro, en caso de que el azar diera a éste el poder. Pero la guerra condujo fatalmente a una serie de medidas que ayudaron a facilitar el camino de la dictadura. El sentimiento de inseguridad y la desconfianza general, que en todas partes olfateaba enemigos escondidos, deseosos de suprimir las grandes conquistas de la Revolución para restablecer el antiguo estado de cosas, también hicieron lo suyo, despertando en el pueblo la creencia en la necesidad provisional de la dictadura, a fin de acabar con la crisis. Mas si se llega una vez a ese extremo, entonces deja de decidir la superioridad intelectual; es entonces la brutalidad de los medios lo que decide, así como la astucia personal y las opiniones libres de todo escrúpulo moral. Pero esas cualidades suelen ir a mano con la limitación ideológica y la mediocridad de las concepciones. Ya que para los representantes de la dictadura la fuerza bruta significa la primera y la última palabra de auto-

conservación, nunca se ven obligados a defender sus acciones basándose en consideraciones de otra especie. La famosa frase de Cuvier de que « por medio del estado de sitio cualquier asno puede gobernar », puede aplicarse mejor aún a la dictadura, pues toda dictadura no es otra cosa que una nación en permanente estado de sitio.

En condiciones normales, existen posibilidades de crear nuevos caminos de desarrollo, que surgen siempre mientras no se ha estrangulado completamente, con medidas tiránicas, la libertad de discusión sobre las condiciones sociales. Incluso los representantes más decididos del conservadurismo político no pueden sustraerse por completo, en tales circunstancias, a las repercusiones morales de una orientación democrática. Lo mismo que la Iglesia romana tuvo que resignarse, poco a poco, a la existencia de las diferentes tendencias protestantes, así el conservadurismo político y social se ve obligado a la resignación ante ciertos resultados de la conciencia democrática del pueblo, los cuales son una consecuencia de las revoluciones contra el absolutismo de los príncipes. Una tal resignación ante los hechos históricos resulta inevitable en circunstancias normales, ya que ni la revolución ni la reacción son capaces de aniquilar completamente al adversario. Para restablecer, después de las grandes sacudidas, el equilibrio social, se desarrollan paulatinamente ciertos principios en los que se funden, imperceptiblemente, lo viejo y lo nuevo, y que se condensan, en el curso del tiempo, hasta convertirse en determinado estado legal, que no se puede violar arbitrariamente en cualquier momento, si no se quiere que la sociedad se halle permanentemente en abierto estado de guerra.

Ese estado legal, así creado, varía de grado, según que gane o pierda fuerza en la vida pública una u otra tendencia, pero su fundamento moral queda intacto en tanto que las condiciones sociales generales no se conviertan en insostenibles por su propia fuerza, empujando hacia un cambio revolucionario del estado de cosas establecido. Incluso si la parte más fuerte intenta doblegar el derecho vigente e interpretarlo a su favor, eso sucede en tiempos tranquilos siempre sobre la base de los conceptos legales en vigor, a fin de evitar conflictos mayores que pudieran poner en peligro el equilibrio social. Hasta el más empedernido tory no llegaría a defender, en circunstancias normales, la restauración del absolutismo monárquico, sino que adaptaría sus tendencias al estado de legalidad general, a fin de poderlas hacer valer. Intentará, en caso de parecerle propicia la ocasión, limitar los efectos de ciertos derechos y libertades, con los cuales tiene que convivir, ya que constituyen una parte esencial del orden existente. Es esta la razón también de que las revoluciones no se pueden crear artificialmente todos los días, sino que dependen, lo mismo que los periodos de reacción social, de condiciones dadas. Sólo desde este punto de vista podemos apreciar con exactitud la influencia que las corrientes políticas del tiempo ejercen sobre el desarrollo del socialismo.



## Jornada de ocho horas para leer

**M**i amigo Picot es un francés evolucionado, inteligente y estudioso. De vez en cuando dialogamos en el idioma de Rabelais. Tiene una idea de España y los españoles que se acerca de manera impresionante y precisa a la verdad. Sostiene con argumentos experimentales que los españoles somos exagerados. Dice que si el español se liberta de sus exageraciones habituales, resulta un ser que va de cara a la perfección. Según Picot, se exageran entre españoles tragedias y sainetes. Se exagera todo para llegar a la truculencia y al anatema. Me recordaba días pasados que al topar Rousseau en su vida andariega con un español temió que éste saliera por peteneras incluso tratando temas de habitual placidez. Como el español discurría con equilibrio, se rindió el filósofo ginebrino a la realidad diciendo que su amigo español no parecía español.

— Sois exagerados rematados — me dijo Picot.

— La exageración — repliqué yo — no puede achacarse exclusivamente a los españoles. El mismo Rousseau fue un exagerado, un patético exasperado y casi delirante.

— Ya lo sé.

— Es un vicio universal la exageración. También exageran los americanos. El **building** no es más que la vivienda exagerada. En cualquier ocasión los americanos, venga o no a cuento, intentan deslumbrar al prójimo de otros países hablando de montones de dólares. El ideal americano es mentar constantemente sus catedrales de manteca, sus toneladas de café, sus pirámides de trigo de Chicago y sus rascacielos de conservas por cierto bastante malas. En América dolariana se cantan melodías como ésta :

Europa bella de mí amor.

¿Quién no recuerda tu esplendor?

Europa en arte sin rival,

Pero sin un real...

(Esto lo cantan incluso los que en América no tienen un centavo).

— Bien — replica a su vez Picot — todo es exageración. Pero los españoles exageran tanto los imponderables, que los deforman hasta convertir cualquier problema en cuestión cerrada como la teología. En las cosas que se miden, pesan y cuentan, los españoles son negligentes. En los imponderables son tozudos y exagerados. Ahora mismo estáis empeñados con insistencia, que creo única en el mundo, en explicarnos vuestras tragedias. Empleáis exageradas toneladas de papel impreso en libros, periódicos, manifiestos, circulares, cartas y folletos, actas y carteles, octavillas y proclamas.

— ¿Y te parece una exageración?

— Indudablemente. Sigo, con interés que conoces bien, la producción de papel impreso de los españoles en Francia, como en otras latitudes. Más de cien millones de francos lleváis gastados así sin ser más que unos millares de emigrados. ¿No te parece una exageración? Con los cien millones gastados en tinta y mejor aprovechados Franco estaría en el limbo. ¿No te parece un exceso de tinta?

— Tal vez lo sea.

— Lo es, lo es. Lo que publicáis requiere ocho horas diarias sólo para enterarse. Y eso no puede ser. A pesar de la carestía de las ediciones, lanzáis a la calle libro tras libro, folleto tras folleto, periódico tras periódico. No os arredra nada. Los mártires de Chicago sucumbieron para que fuera una realidad la jornada de ocho horas... Y ahora resulta que hemos de habilitar ocho horas diarias para leer lo que escribis... No nos dejáis respirar. Estamos con el resuello cortado.

— Creo que exageras.

— No, no. Hay que leerlo todo despacio, no contentarse con lo que dice el sector tal o cual... Y luego, hay que anotar y aclarar, trabajo impropio, lo que tiene interés aquilatarlo y contrastarlo. El que emplee menos de ocho horas diarias en tales faenas, no se entera de nada, de nada. Con frecuencia publicáis semanarios triplicados que dicen aproximadamente lo mismo.

— El término **aproximadamente** no es justo.

— ¡Claro que no! En muchas ocasiones el matiz diferencial entre una publicación y otra es magnífico aun tratándose de publicaciones afines, lo que obliga a leerlo todo, absolutamente todo.

— ¿En qué consiste la exageración?

— En las repeticiones. Ahí tienes el caso de Gregorio Oliván. Quiero disculparme por el hecho de hablar bien de un ausente, caso extraordinario. No conozco a Oliván más que por lo que escribe. De todas suertes, aunque fuera mi hermano, sería más hermano yo de la verdad que de Oliván. Pues bien: Oliván no sólo queda a la altura de Machado el Bueno, León Felipe y Lorca, sino que ya hoy los supera. Pero apartado ese tremendo maño de la psicosis exagerada del exilio, entregado a una faena menos penosa que la de papelear para irse sin querer, lo que equivale a irse dos veces, haría cosas extraordinarias. Se ha dado a todos los anatemas del antifranquismo. Con la misma inquina merecida, con la misma vehemencia, pero con la misma tónica de otros antifranquistas que en nada se parecen a él.

— Explicame un poco, amigo Picot.

— El reinado de Franco está en pie porque para derrumbarlo no se da otra solución de curso notorio en la gran prensa, la más leída y difundida (contando todas las publicaciones partidistas en dis-

tintos idiomas, las Agencias de información, etc.), no se da más solución, repito, que la política. Solución de herederos del poder oficial, convencidos de que España es una finca particular explotable por tal o cual partido, por tal o cual confusión de partidos, no un territorio en el que los españoles mismos pueden tener voz y voto para pactar entre ellos la manera de entenderse y vivir. Si hay que creer en el sufragio universal ¿por qué no han de emplearlo los españoles para elegir, por sufragio universal precisamente, un régimen de trabajo solidario en vez de elegir partidos ociosos y antiscleróticos.

— Buena manera de balear a los partidos.

— Franco tiene un partido de matones que se desacreditó en el poder. En el poder se desacreditaron todos los partidos de la corona y del rey de espadas. En el poder se desacreditaron los partidos republicanos y socialistas, que eran viveros de oficinistas. ¿Por qué no probar lo que el sufragio universal puede dar de sí eligiendo los españoles como tales su manera de trabajar, de instruirse, de ayudarse unos a otros? ¿Por qué no ensayar el federalismo funcional? ¿Ha fracasado hasta el federalismo orgánico mangoneado por los partidos? ¿Por qué el español no ha de edificar su escuela de la misma manera que edifica su morada cuando puede? ¿Por qué no ha de construir con iniciativa y autonomía sus carreteras? ¿Por qué en vez de construir las ha de votar diputados para que no pavimenten la calle? Todo esto, que no se hizo nunca, da idea más clara del advenimiento de Franco que

la ayuda de Hitler y Mussolini; ayuda evidenciada, pero tan comentada por todos los partidos como disco único que hace olvidar otras causas del desastre español, precisamente las más importantes y decisivas, las que hasta los españoles sin partido olvidan haciendo el juego a los partidos y eternizando el problema español. Acabarán entre todos por empadronarlo en un manicomio. La orisa de heredar excita a los partidos, no el hecho de que España sea una cárcel. Oliván está en los antípodas de los herederos. En eso de heredar es un retardatario eterno. Nadie puede confundirlo con los herederos. Pero nuestros herederos querrian confundirse con él.

— Bueno, lo que dices antes alcanza proporciones universales.

— ¡Ah, por supuesto! Pero ¿no alardean los españoles exilados de universalismo? El baño es una práctica universalista de convivencia y a nadie que sea limpio se le ocurre esperar ningún decreto universalista ni nacional que haga obligatorio el baño. Si los españoles se ponen de acuerdo para vivir a su manera ¿qué prueba pueden dar de originalidad y qué fallo seguiría de exageraciones doctrinarias! ¿Y qué limpieza modélica veríamos para desinfectarlo todo! Franco no sería más que lo que es: un grano de arena para la locomotora que rueda a cien por hora. Todas las controversias serian ociosas...

— Llevamos hablando mucho rato. Hay que ir al trabajo. Otro día será.

FELIPE ALAIZ




---

Hombres haga quien quiera hacer pueblos.

JOSE MARTI.

## Misión anarquista en los sindicatos

**B**ase de la profunda transformación social que ha de terminar en eclosión magnífica de realidades sociales, con todo el montaje anacrónico y absurdo que constituye la sociedad de hoy, el sindicato, concentración de defensa de los intereses de la clase productora, no puede ni podrá limitar a esta función temporal, su misión, so pena de perder de vista los vastos horizontes que se vislumbraron en los albores del internacionalismo obrero.

Como organismo de lucha, reducido a batirse por un mendrugo más y unas horas menos de trabajo, caería en defecto que en otro orden de cosas fue característica de grandes movimientos pretendidamente sociales que limitáronse a la « elevación » del espíritu humano con las esperanzas puestas en un más allá de bienaventuranza para los desgraciados de la tierra.

Dejemos, pues, que subsista o vegete, en tal ilusión ese pseudo-sindicalismo cristiano e incluso « de clase » — que afirma serlo así, por reconocer, acatar y secundar los intereses de otras clases que no son precisamente la de sus adherentes — verdaderos sindicalismos de colaboración de clases, mal que les pese esta denominación. Vayamos a referirnos al hablar de la misión anarquista en los sindicatos, a los auténticos sindicatos de combate y educación, los que hoy son las avanzadas de la lucha social y serán mañana una de las bases de la reorganización de las normas de convivencia humana, sin ser por ello, como en otra ocasión ya hemos afirmado, armazón o andamiaje de nuevos sistemas tutelares que le concedan el derecho a todas las tiranías.

Por habernos referido a este aspecto de la misión anarquista, en evitación de que los sindicatos adquieran en el futuro funciones que en modo alguno les correspondan, engendrando así nueva dictadura, la de la producción sobre el consumo, la del hombre productor sobre el hombre libre, hemos de ocuparnos en el presente esbozo no de esa función vigilante y celosa de los intereses éticos sino de aquella otra de forja y educación del productor con vistas a la realización de las aspiraciones humanas.

Muchas veces hemos dicho que el valor del sindicato reside en el de sus militantes, artífices de su potencialidad de combate. Sentada esta premisa y en aras de la cruda realidad habremos de constatar que las multitudes, descontentas, asqueadas de un tira y afloja político que llegó a infiltrarse en las organizaciones sindicales de todos los países, no son precisamente, hoy, núcleo consistente, integrado por mayorías dispuestas a todo, convencidas de los objetivos a perseguir, con un ideal, y con una voluntad de defensa del mismo. Por el contrario, el escepticismo que este descontento ha despertado, la convicción adquirida de que con su esfuerzo combate por y para otros, sin que su situación sea distinta originó un apartamiento de las mismas de las filas sindicales (que considera como las de los

partidos políticos). Apartamiento que se manifiesta sea por la no filiación, sea por esa filiación inerte del cotizante, que se deja llevar íntimamente convencido de que con o sin su aportación, los liderillos pequeños y grandes han de seguir haciendo cuanto les venga en gana.

Indiferencia peligrosa por cuanto lleva consigo el germen de todas las esclavitudes, sirve a las mil maravillas a quienes sólo han tenido un objetivo: anular la personalidad sindical para anular un peligro que amenazaba sus intereses de clase, o anularla para mejor sujetarla a los manejos turbios de más turbias intenciones políticas con disfraz proletario. O unos y otros de los pescadores de río revuelto, tenemos por responsables de situación como la actual, caótica, absurda, por antihumana, abocada a otros absurdos, de continuidad de caducas formas sociales o de transformación regresiva con banderas de falso progreso.

La educación de estas multitudes, la formación de una militancia sólida en los sindicatos, la creación de una personalidad colectiva apoyada en las recias individualidades que la constituyen, haciendo desaparecer el concepto de « masa », caro a nuestros amigos marxistas, es labor en la que todo nuestro esfuerzo, constancia y tenacidad anarquista ha de ser puesta a prueba.

Lograr con el ejemplo, con la educación, con la exposición de los « casos » que la experiencia nos muestra, que todos y cada uno de los afiliados a los sindicatos, conscientes de su personalidad, de su misión social, sea un factor de la vida colectiva, interviniendo en la marcha de los mismos, sin respeto alguno para los pretendidos dirigentes, con todo el respeto para sus hermanos en el combate, convencidos de que nada depende de los comités, sino del esfuerzo colectivo, que sin él o contra él, nada hay en el seno de la organización sindical; lograr esto, repetimos, es dar el paso fundamental que nos aparte de la ruta equívoca que se sigue hoy y se pueda mirar cara a cara al futuro.

La « masa » consciente, dejando de ser tal, para ser cuerpo orgánico con voluntad bien definida, y recia personalidad, todas las esperanzas son permitidas a los humanos.

Y ello no ha de lograrse, no puede lograrse, ni con discursos ni con acción al margen de los mismos sindicatos. En el seno de los mismos, actuando con la sinceridad y nobleza que nuestras aspiraciones nos dan, saliendo al frente de las maniobras, mostrando nuestro juicio sereno, enemigos de rencillas personalistas, celosos de la salvaguarda de los intereses colectivos, sin perder de vista los del individuo mismo, mostramos la línea a seguir y hacemos estallar en los cerebros resignados la llama inextinguible de la propia conciencia.

Si un ejemplo quisiéramos dar de ello, la virilidad y pujanza de nuestra vieja C.N.T. está al alcance de los espíritus más obtusos. La personalidad de nuestra central querida reside en el espiri-

## « Sugerión de España »

« Si los españoles siguen afectos a los partidos tendrán nuevas versiones, pero no dejarán de ir a la ruina. Si los españoles sin partido se hermanan con los españoles desengañados de los partidos viejos y nuevos, si todos se aprestan a dar ellos mismos por sí mismos el régimen de República Social Federal, sin manos muertas, mentes ociosas ni trabajo forzado, el impulso de tan alto sentido de autonomía será un resplandor de libertad en el mundo caduco de la servidumbre. Y entonces Franco y los que aspiran a gobernar después, serán obstáculos insignificantes. La gran oleada los confundirá a todos. Pero si los españoles siguen confiando el porvenir a los partidos, si insisten en esperar lo que no dieron ni pueden dar, que se resignen a vivir como en la Edad Media, clamando perpetuamente por el advenimiento del buen pastor y haciendo méritos para el cielo. »

ALAIZ

tu fraternal que anima a su militancia, en la convicción de la misma de que nada es posible en su seno si no nace de la base misma, fracasando cuantas tentativas pretendan, albergándose en el nombre de alguien o algunos que pudieron « haber sido », dar desde las alturas de prestigios inexistentes, directrices, orientaciones, o nuevas modalidades de acción.

En la organización sindical así constituida, nadie representa sino la aportación, el grano de arena que da al esfuerzo colectivo; al separarse de él, al intentar, desoyendo la decisión de la base, instituirse en orientador forzado de la misma, deja de ser el grano de arena y es arrollado por la obra general.

A nadie le pasará desapercibido que la presencia anarquista, indiscutida e indiscutible, en el seno de la C.N.T. española, ha sido y sigue siendo la garantía de su superación en esta ruta serena y digna.

Mas para ello, para la formación de esta personalidad respondiendo a la conjugación de voluntades que saben adónde van y qué quieren, no puede bastar el que hagamos comprender a esas mismas voluntades cuál es su función y su importancia vital en la marcha orgánica. Se precisa, indiscutiblemente, que paralelamente a esta convicción, se desarrolle una preparación orgánica, cultural y técnica de sus integrantes, no tan sólo para poder en cualquier momento prestar su esfuerzo allá donde se le requiera, sino aun para la función que el mañana ha de señalar a la organización sindical

J. MUÑOZ CONGOST

## Perrerías y hombradas

**N**O hago perrerías a los hombres, y los hombres, me hacen hombradas. Yo me escondo de los hombres porque me inspiran terror. Siento célicas ansias inmensas de fraternidad, y hasta los lobos son mis hermanos : Si ellos me devoraran en el monte, no sería por maldad, sino por hambre. Pero los hombres no tienen hermanos. Yo no puedo sentirme más que hermanastro de ellos. No es que no los quiera : Los quiero muchísimo, pero temblorosamente, con el corazón lleno de espanto y con la hoz de la siguiente afiladísima inquietud : « ¿Nuevas hombradas me harán hoy los hombres ? »...

Y no vale que yo me esconda de ellos. Los hombres buscan y encuentran siempre animales que cazar, vírgenes que violar, enemigo que matar, perro que encadenar, posaderas que azotar, ignorantes que embaucar, voluntades que forzar, purezas que ensuciar y miserables que apedrear... El hombre es tan feroz que, sin una víctima entre las garras, se moriría de neurastenia... El hombre necesita la víctima, como el can necesita el hueso.

Y, cuando algún hermanastro se acerca a mi escondite, yo salgo, y le hago en seguida una perrería. No sé hacer otra cosa. Mi conducta es clara, ingenua, noble, canina, conmovedora. ¡Ah, las perrerías! : Si yo hubiera descubierto América no te pediría, hermanastro, que me admirases por descubridor, sino por saber hacer perrerías... Al hombre que me busca en mi escondite, yo le muevo cordialmente el rabo, le salto conmovidamente encima, le ladro con emoción y ternura, y quiero lamerle las manos y la frente para lavarle con mi pura saliva las manchas de las torpes acciones y de los malos pensamientos. Sería una indignidad, una bajeza, si yo lo hiciese por el hueso. Pero no lo hago por el hueso : ¡Cuán pocos son los hombres que no dan un hueso a los perros! Lo hago porque ansio la fraternidad del hombre. ¿No soy hermano del tigre? ¿No soy hermano hasta de la víbora? Pues, ¿por qué, del hombre, no he de ser sino hermanastro?... Pero el hombre acaba siempre dándome un puntapié en el hocico : ¡Es la hombrada! No hago al hombre perrería que él no me pague con una hombrada.

¡Y aún quiso el gran canalla de Nietzsche (Hitler fue su discípulo) hacer al hombre mucho más hombre! : ¡Nada menos que superhombre! ¡Maldito sea Nietzsche! Porque si el hombre, con su maldad ha convertido el paraíso de la Tierra, en un infierno, el superhombre tomaría posiciones estratégicas en la luna para pulverizar los planetas a cañonazos. ¡El superhombre! ¡El hombre Dios!... El poder de destrucción del hombre es limitado. El hombre no puede destruir sino la Tierra. Pero el afán de destrucción del hombre es infinito, y él sueña con ser Dios para poder destruir el Universo : ¡El sueño del superhombre!

A. VIDAL Y PLANAS



# Los juguetes

**P**ERMITIDME que por esta vez me sienta niño. Nada tan hermoso y tan consolador en estos momentos de rabioso materialismo, como tomar un baño de infantil inspiración, de sinceridad y de inocencia, perfume supremo de la agria fruta de la vida. No sé si he soñado o leído en alguna parte que hablaba yo con una niña de cinco años, vecina nuestra, la cual visitaba por turno todos los pisos de la casa recabando un terrón de azúcar para su muñeca, y que, como la muñeca no lo consumía, los consumía ella. Mi esposa le daba dos terrones para que pudiera suponer que creíamos en su truco habilidoso aunque fomentásemos con ello la futura mentirosa, la cual nos correspondía explicándonos sus inquietudes de cerebro tierno, pero dúctil y abierto a la duda, y sediento de lógica.

Nos decía la niña que su mamá le enseña la Historia Sagrada, fijándole, como si hubiese estado presente, que Dios creó el primer día, el Cielo y la Tierra... el cuarto día los peces... el sexto día el hombre y la mujer... y que el séptimo día lo dedicó al descanso... Y ella no se mostraba muy convencida de la realidad de este relato, añadiendo: ¿Y cómo se puso a descansar sin haber creado las muñecas? ¿Qué día, pues, creó Dios las muñecas y los juguetes?

Esta niña tenía razón; seguramente son los libros sagrados que deben estar incompletos, pues yo estoy bien seguro que, el buen Dios, que piensa en todo, no se olvidó de fabricar una muñequita siquiera con la cual pudiera distraerse tranquilamente nuestra madre Eva, mientras esperaba el nacimiento de sus extravagantes hijos. Y aun me atrevo a decir que, como obra divina, esta muñeca debió de ser de una perfección y belleza inauditas, que andaba, cerraba y abría los ojos, decía papá y mamá, y hasta asesinaba a su hermana. Después de todo, ¿por qué no?, pues no hay nada imposible para el poder divino. Además, es lógico lo que ha escrito Anatole France: « la primera muñeca debió de ser compañera de la primera niña y aun de la primera mujer ».

En todos los tiempos y en todos los países, se encuentran juguetes donde se encuentran niños. Siempre éstos han tenido necesidad de prepararse, jugando, para sus trabajos y sus distracciones de hombres. En la Edad de Piedra se podría comprar, seguramente ya, en determinadas cavernas especiales, mamuts, diplodocus, Ursus speleus o hippariones en miniatura, cortados en piedra o en ma-

dera, para distracción y juego de los niños prehistóricos.

Desde entonces las cosas han evolucionado y han tenido lugar progresos maravillosos en todo, y también en materia de juguetes. Pero no debemos indignarnos ante la variedad y complicación espantosa de los juguetes que podemos ofrecer en el día de hoy a nuestros nenes y nuestras nenas, ni debemos levantar los brazos diciendo: Es horrible, no sabemos ya qué inventar para estos pobres chicos, cada vez con más complicados deseos, pretensiones más variadas y gusto más refinado. Siendo así que no son los pobres chicos los que han complicado sus gustos, sino que somos nosotros, con el delirio de la competencia y la locura de la originalidad, quienes lo hemos transformado todo en este sentido.

Mientras nuestros antepasados vivieron casi sin moverse de su sitio, ocupados en sus sencillos negocios y con escasa comunicación con el mundo, la imitación a lo vulgar fue el objeto de los juguetes, y unos pedazos de madera burdamente tallados y unos trapos descoloridos, bastaban a las niñas y niños descritos por nuestros clásicos para satisfacer sus ansias de goce.

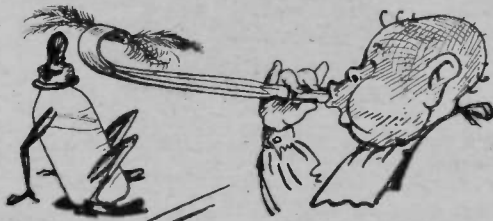
Pero los ferrocarriles aparecieron y fue necesario construir rápidamente modelos reducidos para que los manejaran los ingenieros de diez años de edad. Después vino el automóvil y cada niño ha pedido su correspondiente coche hecho con hojalata, pero de apariencia suntuosa. Después vino la electricidad, el teléfono, el fonógrafo, la telegrafía sin hilos y la aviación... Y los pequeñuelos sintieron bruscamente una imperiosa e irresistible vocación de ingenieros y no se les han podido negar los juguetes que les podían preparar para ser mañana hombres en armonía con su tiempo.

Ha dicho el célebre filósofo y moralista francés del siglo XVI, Montaigne, que los juegos no son realmente juegos en los niños, sino sus acciones más serias y trascendentales. Por eso es que ellos construyen gravemente y con toda seriedad un puente colgante por encima del paraguero o por debajo de la lámpara del comedor, mostrando gran enojo si se los molesta, porque están convencidos de que realizan un trabajo importante.

Una compañera decía hace poco a un amigo nuestro: Ya no existen niños... Acabo de escuchar a mis dos nietos de cinco años y seis años respectivamente, que jugaban sobre las rodillas de la niñera, y que nada menos hablan de automóviles. Y nuestro amigo le respondió que lo raro habría sido que hablasen de coches de postas.

\*\*\*

Por suerte, la industria de los juguetes, que se habría podido envilecer artísticamente como nuestra propia vida, ha sabido encontrar la gracia, la elegancia, el arte más encantador en general. Parécenos encontrar en casa de los fabricantes de juguetes el máximo de ingeniosidad, de libertad en



la invención y de gusto en la ejecución. Al visitar las fábricas de muñecas sale uno maravillado. Escultores de uno y otro sexo, pintores delicados, costureras y modistas expertas, peluqueras y otras especialistas que trabajan con gusto sorprendente preparando las hijas de nuestras hijas y las labores trascendentes de nuestros hijos.

De una ilustre escritora hemos de reproducir el bello concepto de que hay dos clases de juguetes: los enteros y los rotos. Los más divertidos son los rotos, y la prueba es que todos los niños los rompen. Debemos sin embargo proporcionar a nuestros hijos — dice otra autora — bellos juguetes, muñecos y cosas graciosas, espirituales y de buen gusto, pues en su vida ya tendrán ocasión, pobres criaturas, de ver cosas feas y presenciar panoramas desagradables.

\*\*

Todo lo anteriormente escrito no ha sido más que una preparación para llegar un poco preparados al punto culminante de la cuestión que nos ocupa, y de la cual, intencionadamente, no hemos dicho ni una palabra. Nos referimos a esa plaga social, a ese infanticidio cruel, a esa industria criminal que constituyen los juguetes bélicos.

Llegó, sí, la época del ferrocarril, del automóvil, de la aviación, de los tipos académicos y del arte en todo su esplendor, pero llegó también, por desgracia, una vez más, la época de la guerra, de los cañones, de los acorazados, de los tanques, de los fusiles automáticos y las bayonetas, de los paracaidistas y de la bomba atómica como coronamiento de la barbarie. Llegó también la época de los apaches y de los gangsters, de los robos a mano armada en plera luz, de la audacia increíble, del desmoronamiento completo de toda moral, y he aquí sus terribles consecuencias.

Los niños ya no hacen graciosas construcciones en las arenas de playas y jardines, sino que forman trincheras y abrigos de ametralladoras donde colocan las miniaturas de armas que, por todas partes se encuentran.

Ya no se ejercitan en elegantes luchas cuerpo a cuerpo, que les confundan en lazo de amor y les desarrollen sus tiernos músculos gradual y suavemente, sino que se acometen en plan de bozeadores y se hacen sangrar las narices a puñetazos, mientras los compañeros espectadores los vigilan con imitaciones de pistolas de fusiles-ametralladores, de bombas de mano, o de dagas en el cinto.

Las niñas ya no visten a sus muñecas de aldeanas ni de princesas, sino que las disfrazan de enfermeras o de monjas para estar de acuerdo con el plan de los niños.

Incluso organizan batallas los soldados de siete u ocho años de edad, y ejercitan con ardor para llegar a matarifes de hombres perfectos antes de que les apunte el pelo de la barba.

Todos hemos leído con horror la descripción que hace nuestro admirado escritor de raza Pérez Gal-

dós, en el primer tomo de los Episodios Nacionales, titulado « Trafalgar », del juego de los niños en la Caleta de Cádiz, que se entretienen en hacer combatir barcos de corcho de dos palmos de largo, armados de cañones fabricados con tubos de caña y cargados con piedrecitas y « dos cuartos de pólvora que iban a comprar a casa de la tía Coneja ». Y los chicos no se cansaban de decir que, como los hombres, hacían combatir los barcos, como los hombres los llenaban de soldados, como los hombres los abanderaban; pero los chicos hacían estas banderas — dice Galdós — con el primer trapo sucio que encontraban en el estercolero.

Y si nos asustábamos leyendo esto en las portinimerias del siglo pasado, hoy no nos asustamos ya, porque los chicos han ampliado su programa y agravado sus procedimientos en la escala y condiciones que hemos consignado.

En Barcelona un grupo de románticos nos dedicábamos, hace años, a comprar juguetes bélicos en las ferias y destrozarlos en presencia del público, repartiendo, en cambio, juguetes pacifistas. Esto terminó porque aumentaba considerablemente la oferta de juguetes bélicos, y nuestra labor resultaba contraproducente.

Lo cual indica que ésta es una labor social, mejor de acuerdo internacional, fomentando a su vez un idioma universal y pregonando moral a todas horas, en libros, en revistas, en espectáculos, en escuelas y en el seno de entidades y familias.

Estimamos que de no tomarse esta determinación, la humanidad se convertirá en un monstruo que se devorará a sí mismo, es decir, que es antropofagismo será un juguete más al servicio de los más fuertes o más desaprensivos.

No tenemos lugar para detallar las entidades que más obligación tienen de organizar esta campaña, pero ya que ellas no lo hacen, ni lo harán, sigamos predicando hasta que surja el imponderable, el elemento desconocido que realice esta grandiosa y bienhechora obra de humanidad.

Entre tanto, esperemos sentados y Santa Desintegración atómica nos proteja y nos guarde.

ALBERTO CARSI



## RIDRUEJO, CAMISA VIEJA

El artículo que publicamos a continuación es un comentario sobre «Escrito en España» que Manuel de Rivacova publica en «Universidad», número 54, de Santa Fe (Argentina), y que por ser de interés reproducimos. (N.D.L.R.)

**E**L amor y el dolor de España y la preocupación hiriente por su presente y su futuro nos hacen interrumpir con presteza lecturas y estudios específicos para abalanzarnos con avidez sobre cualquier nueva publicación que aparece relativa a los problemas españoles. Esto es lo que nos ha pasado ahora ante el libro «Escrito en España» por Dionisio Ridruejo, que ha llegado a nuestras manos casi juntamente con dos obras de la importancia de «La guerra civil española», de Hugh Thomas, y en particular, «El laberinto español» (Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil), de Gerald Brenan, así como el resto de los libros con que se han iniciado dinámicamente este año en París la juvenil, valiente y meritoria editorial «Ruedo Ibérico», relativos, todos ellos, a las cosas vivas de España; lo cual, en su conjunto, nos ha suministrado asaz material de lectura y meditación, y, también, de repulsa y de temor por un lado y de consuelo y de esperanza por otro.

Aquellos sentimientos más desagradables y menos prometedores están circunscritos, por lo que hace a los libros de que damos cuenta, tan sólo, afortunadamente, al de Ridruejo, «camisa vieja» —como en lenguaje de Falange Española se llamaba a cuantos pertenecieron a ella antes del 18 de Julio de 1936—; propagandista muy eficaz de la misma, así como de la sublevación contra el pueblo español y su República; jefe de la Falange provincial de Valladolid, una de las más sanguinarias de España; consejero nacional y miembro de la Junta política de partido único de la España franquista, cuando los diversos grupitos que habían participado en el alzamiento fueron unificados en Falange Española Tradicionalista y de las Juntas Ofensivas Nacional - Sindicalistas, y Jefe Nacional de Propaganda en el primer gobierno de Franco, cargo que equivalía a jefe supremo de la censura —tan radical en aquella época— en el interior de España. Para no omitir nada, hay que consignar también que, posteriormente, luchó al lado de los alemanes contra los aliados, rompiendo después sus lazos oficiales con Falange y siendo confinado como consecuencia de algunas diferencias con la dirección suprema del régimen, mas con tan laxa vigilancia y amplia tolerancia que podía moverse a voluntad, llegando a entrevistarse con el Jefe del Estado en la residencia oficial de éste durante su situación jurídica de confinado y sin haber sido objeto de una autorización formal. Más tarde, ya en total libertad, volvió a trabajar para Falange,

aunque formalmente no militara ya en ella, y a entrevistarse amigablemente con Franco varias veces, para acabar yendo a la cárcel por muy corto plazo a causa de leves y siempre muy cortesanías actividades contra el régimen y, por último, formando —a su decir— un «Partido Social de Acción Democrática», de carácter opositor y, por tanto, clandestino, que —en verdad— no ha dado más efectivas señales de existencia que las muy frecuentes manifestaciones, declaraciones, etc., hechas por su fundador con gran sentido propagandístico —hay que reconocerlo—, tanto como habilidad —es innegable— para confundir y desprestigiar a la auténtica oposición española (la republicana sensu lato) e impedir cualquier acción eficaz contra las fuerzas reales que sostienen al régimen de Franco, de suerte que no ha merecido de éste más que la no muy abundante persecución verbal y las mínimas molestias personales imprescindibles para conferirle alguna autenticidad en su presentación y pretensiones.

Con estos antecedentes, su libro no podía ser si no «un acto político», según él mismo explica con toda claridad al empezar (pág. 7). Y como tal acto político, se reduce a postular —cual única salida viable para España, de su presente situación— la restauración de una monarquía confesional, que llevaría a cabo las mismas fuerzas sociales que sostienen al régimen actual: la burguesía capitalista, la iglesia católica y el ejército, especialmente el último. La monarquía, por su parte, centrada en el «rey legítimo» —así lo llama, pág. 302—, realizaría la remoción política y social del país, estructurándolo conforme un patrón de extraña democracia corporativista —por más que, naturalmente, el autor no emplee esta palabra— que traza, y lo integraría —en lo cual debería éste intervenir de algún modo que no precisa—. En contrapartida, la única pero a su ver suficiente garantía de que la monarquía habría de comportarse así y no en un sentido continuista, de prolongar a todo trance el estado de cosas existentes, sería el temor a la revolución que de otra manera habría de generarse.

Con la independencia de que el temor más bien suele obrar psicológicamente de freno inhibitorio o de mecanismo de reacción que de estímulo para proponerse y realizar vastos programas de reformas racionalmente madurados y decididamente emprendidos, así como de la incoherencia —en el plano teórico y mucho más en el terreno de los hechos y las realidades— de los elementos que integran su programa, cabría recordar al señor Ridruejo dos cosas, ninguna de las cuales puede ignorar: la total, absoluta, confesada, reiterada, evidente compenetración de la iglesia católica con el Estado actual, puesto constantemente de ejemplo ideal por aquélla; y que el actual pretendiente al trono de esa monarquía que él propugna —y lo mismo el ex-rey, su padre—, proclamó durante la guerra 1936-39 que deseaba ser considerado simple-

mente soldado del general Franco, llegando el primero a entrar en España en aquella época dispuesto a ir al frente, lo que no ocurrió porque —por razones no conocidas— fue rechazado. El propio pretendiente «poco antes de la caída de Mussolini... anunciaba a los españoles su intención de ofrecerles un régimen semejante al que tan excelentes resultados había dado en Italia» (Alfredo Mendizábal, *Hilo de Ariadna*, en «Ibérica», volumen 10, núm. 6, New York, 15 de junio de 1962, págs. 3-5, cfr. Pág. 4). Ningún secreto han constituido después para nadie las íntimas vinculaciones de toda laya entre los partidarios y representantes de la pretendida monarquía y el actual Estado español, ni la provechosa simbiosis que en lo más profundo y vital existe entre ambos; y para que no se arguya que nos basamos en conjeturas ni que citamos hechos viejos, todavía después de publicado el libro que nos ocupa, en declaraciones al director del diario de Caracas «El Mundo», publicadas en París por «Combat» y «France-Soir» el 21 de julio de 1962, el conde de Barcelona —título que usa en pretendiente— ha manifestado que la dictadura del general Franco fue necesaria. De todo lo cual se deduce una nula disposición de espíritu de la monarquía para marchar en la orientación señalada por el autor, sin que por ello se le pueda tachar de inconsecuencia, antes bien, todo lo contrario. Inconsecuente es la actitud del monárquico que pretende que la monarquía se separe de una situación que colaboró costosisimamente a crear, con la que está consubstanciada y de la que, en definitiva, vive; como lo es la de un confesional cual el señor Ridruejo al tener una situación política salida de una guerra de Cruzada concluida a favor de la buena causa, situación que por lo demás responde plenamente a las exigencias religiosas que él comparte, y aspirar, sin embargo, a reformas que por fuerza han de modificar esa configuración ideal.

Tales incongruencias a un lado, para fundamentar el programa de acción que queda delineado, el señor Ridruejo parte de muy remotos antecedentes y se enfrasca en muy morosos análisis, procurando empeñosamente revestirse de una gruesa apariencia de objetividad y utilizado para ello un estilo cuidadosamente impersonal. Tal proceder —cuando se trata de un tema candente en que se ha ido y se espera seguir siendo protagonista principal, y no en un estudio teórico desinteresado, sino en un programa de acción concreta— más bien denuncia lo contrario; y, efectivamente, muchas veces se llega así en el libro, particularmente en la primera mitad, a expresiones ambiguas y sibilinas y con mayor frecuencia a párrafos y alusiones elípticas y sumamente oscuras, que encubren o defiguran la realidad y reclaman una especie de buscapié. Ejemplifiquémoslo con el encomio que hace del ministro Girón en la página 108 o su referencia en la 145 al señor Sánchez Mazas: sólo el muy conocedor de los hombres y los hechos puede adivinar de quién se trata, mas el no citarlos y la oscuridad de la alusión le permiten defigurar libremente la realidad. Pues todo el mundo sabe que el primero de los nombrados

fue justamente la antítesis de lo que él da a entender e incluso que personificó las facetas más ingratas del régimen, y mucha gente conoce la nada airosa situación política, hasta en sus próximos compañeros y quienes al principio lo consideraron un limitado margen de confianza, del segundo.

Es claro que con este designio y tales métodos se vea obligado a incurrir en más de una falta de lógica y, sobre todo, innumerables desfiguraciones de la verdad. Por corroborarlo con algunas anotadas al leer sus páginas, el noble retrato que dibuja de José Antonio Primo de Rivera (pág. 11) en nada condice con la silueta real del jefe de un Movimiento cuyas tácticas favoritas consistían ya antes de la guerra en el atentado personal contra sus enemigos o, en el mejor de los casos, hacerles ingerir una buena dosis de aceite de ricino; y hay que tener en cuenta que en la misma página confiesa que en la Falange su jefe lo era todo. En la 14 intenta una reivindicación de la Falange vallsolletana, cuya más saliente característica queda señalada. Nadie ignora que es incierto que el gobierno no reaccionara ante la muerte de Calvo Sotelo, como él sostiene (pág. 74); aunque se comprende que a quien haya estado imbuido de los expeditivos procedimientos empleados en la zona franquista no le quepan en la cabeza las limitaciones y los procedimientos legales de un Estado de derecho. Magnífica la represión ejercida por el bloque republicano, «de la venganza popular, con frecuencia orgiástica y truculenta», mientras asegura que en el otro lado no se trató al comienzo más que de «acciones punitivas contra las resistencias de hecho o preventivas contra las resistencias u hostigaciones probables» (página 93, cuando de todos es sabido que en su zona desde el primer momento se desencadenó el furor homicida tremendo, indiscriminado, cruel y sangriento y verdaderamente espectacular y orgiástico. Cuando en la página 86 y en otras habla de un falangismo liberal y se sabe a cruda oposición a todo lo que significara liberalismo con que la Falange se levantó, hay para dudar de la fidelidad de todo el discurso a las leyes lógicas; y otro tanto ocurre cuando se leen sus expresiones sobre un socialismo y un liberalismo católicos (páginas 145 y 165), estando el liberalismo y el socialismo formalmente condenados como están por la suprema jerarquía católica. Totalmente inexacta es la interpretación que da de la quema de iglesias en mayo de 1931 (pág. 163); de todo el mundo es conocida la génesis de tales acontecimientos, bien distinta y hasta opuesta a la que él explica, e igualmente al comportamiento del gobierno en aquella ocasión, y quien no lo recuerde puede hoy refrescar la memoria en el libro de Indalecio Prieto, «Cartas a un escultor», publicado en Buenos Aires (Losada, 1961, págs. 46 y sigs.). No desperdicia la oportunidad de desacreditar a la República y su obra, no citando siquiera lo mucho positivo de la misma y deteniéndose y volviendo extensamente sobre lo que considera menos fácil de atacar, y poniendo especial empeño en presentar como totalitarios los amplios grupos sociales de

que era expresión, siempre con un estilo estudiadamente frío y comedido, deliberado, para lograr mayor efecto; y así es como se recrea en atacar la reforma agraria y no vacila en calificar de totalitarias a las organizaciones obreras españolas anteriores a la guerra (pág. 213). Con la misma inquina consigna expresamente el terrorismo de la Federación Anarquista Ibérica (pág. 263), como si hubiera sido el único objetivo y la única tarea de ésta y sin hacer mención de otros terrorismos que hubieron de obligarla a recurrir a tal expediente como supremo medio de defensa. Por ende, se entiende que a cada paso hable de las «desmesuras revolucionarias» de los sectores progresistas españoles (v. gr., pág. 227), y que ponga especial interés en recalcar lo intrascendente de su labor después de 1939 y su nula gravitación actual en España, sin olvidarse de calumniarlos con alguna habilidad (pág. 303) ni de insultarlos abiertamente (pág. 113, dos últimas líneas), sabiendo como jefe de propaganda el efecto disolvente de ciertos calificativos. Por otra parte, sólo a un absoluto desconocimiento de realidad puede atribuirse (si no queremos cargarlo a un propósito de falsearla) afirmar — como hace insistentemente — que el régimen surgido de la conflagración «obtuvo una extensión considerable de crédito o adhesión popular» (pág. 127), cuando lo cierto es que ni era posible, ni la necesitó, ni la recabó; que la juventud opositora ha salido de las filas falangistas (pág. 239); que las fuerzas más reales de la oposición sean las que indica en la página 267; la dignidad moral que al final de la 291 asigna a cierto sector, o la alarma a que se refiere a mitad de la 16.

No obstante, si tenemos presentes su particular posición y su finalidad, se comprende que tales pecados contra la verdad son inevitables y hasta carece de sentido señalarlos. Por un lado, por lo que puedan tener de deliberados en un escritor y político que confiesa seguir la máxima maquiavélica, jesuítica o comunista — de que el fin justifica los medios (pág. 94); y de otra parte, por lo que puedan responder al mecanismo inconsciente de transferir o extender el sentimiento de la propia culpabilidad para, así, librarse de él: tal, por ejemplo, cuando en las páginas 94-95 comete el feo tropo de tomar el todo por la parte, hablando de la que llama «generación fratricida»; cuando insiste en la importancia del miedo como motor de acción política, aunque en algún caso no carezca de razón al imputárselo a los demás (página 248), o cuando en la 296 atribuye a otros una actitud de «candidatos para la vendimia» en que él mismo está. Así explica también, la constante preocupación por identificar las dos zonas contendientes en la mentada pugna bélica (vide, por

ejemplo, pág. 83) y, sobre todo, por exculpar a la Falange (ibidem), planteando sus aseveraciones la cuestión de qué fuerzas o sectores realizarían principalmente la represión, represión que ni él mismo se atreve a negar y cuestión verdaderamente insoluble si se aceptan sus afirmaciones acerca del proceder falangista.

Obra destinada a justificar y salvar cuanto sea posible de la situación actual y a tratar de asegurarle un futuro que importe los menores cambios que se pueda de estructura social y política, sin ninguna solución de continuidad que suponga una honrada y auténtica consulta a la voluntad popular, es natural que se haya publicado fuera de España buscando su público lector principalmente entre las masas de exilados y cuantos siguen de cerca el curso de la vida de aquel desdichado país, a fin de introducir en ellos un elemento más de confusión que los desoriente e inmovilice para actuar en un sentido verdaderamente opositor que impida llevar a la práctica los planes de continuismo del presente estado real de cosas bajo un simple cambio de formas el día que las circunstancias lo hagan inexcusable. Que, en parte, lo ha logrado, se hace evidente leyendo algunas críticas que el libro ha merecido, como la aparecida en el núm. 1.229 de «España Republicana» (Buenos Aires, julio-agosto de 1962). Cuesta, sin embargo, creer que lo consiga respecto al grueso del pueblo español que, diversamente de ciertos individuos aislados y de sedicentes dirigentes, nada puede esperar de un proyecto cual el que él les delinea. Y cuesta más, todavía, comprender que una obra de este carácter haya podido ser publicada por una firma del bien ganado prestigio editorial y de limpia significación liberal de Losada, que la ha incluido en su acreditada colección «Cristal del Tiempo».



**Ver en calma un crimen es cometerlo.**

JOSE MARTI.

# CONOZCAMOS

## LA COLECTIVIDAD DE GRAUS

**A**LGUNOS hermanos de la hoz y el martillo — vanguardia de la contrarrevolución en nuestro país — sacaron a los miembros del Consejo de Aragón, cuando a Mantecón y a Lister se les mandó por prikase a destruirlo; sacaron, digo, a los miembros del Consejo de Aragón el motejo de los requisadores de jamones.

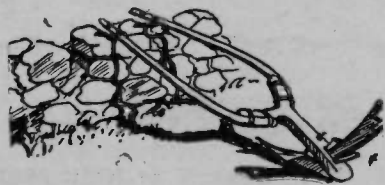
Para que hiciera el efecto venenoso calculado la maligna especie, se echó a volar el « canard » de que, en los almacenes de la Intendencia general de Aragón, habían sido decomisados no sé si medio millar de pernils. Y ya tienen ustedes a todos los desahuciados de trastiendas y sacristías, imaginándose al Consejo de Caspe en juerga permanente, cortando lonjas de anca de cerdo y regándolas con Cariñeno de 18 quilates.

Como los curas de misa y olla — más de olla que de misa, de misa cantada y de olla decantada — han hecho siempre la vida entre las nalgas del puerco, la grupa de la casera, el pechillón o pichellón del morapio, la escopeta de caza y la mesa de tresillo, más sagrada que la eucaristía, pues ¡justo! Los revolucionarios no conocían otra « Imitación de Cristo » que esas también.

Hay propietarios en Barbastro y en Monzón — de los de medalla al hombro y santocristo o rosario al otro hombro — que se recorre solito a golpe de diente cincuenta kilómetros de morcillas en un invierno. Médicos y boticarios — ¡vaya peines! — llevan la cuenta de sus fartallas — que dicen allí — por el número de perdices que pluman o de liebres y corderos que despellejan y se zampan cada año. « Ya voy por la pieza 150 », dicen con un estremecimiento de toda su adiposidad, cuando han coronado esa soberbia cifra.

Y bien. Los exterminadores de porcino y los arriados al lacito de la cola del choncho, son éstos. Y los que quisieran heredar el porrón y el trinchante de esas lifaras o farras aquí, como en Rusia, son los zares color guindilla de nuestra estepa.

El Consejo de Aragón, muy al contrario, fue casi la única construcción y creación seria y durable de la Revolución española de 1936. Aunque el Consejo, por las rutinas y las infiltraciones bastardas que hubo de padecer, tuvo una estructura burocrático-ministerial, no asumió nunca esterilizadoras facultades de Gobierno, sino que actuó como una Administración económica y como un Comité revolucio-



## La edificación de

nario y de guerra. Lo propio que las Colectividades aragonesas, de que el Consejo sembró la región.

Aragón fue vertebrado por institución tan sabia federalmente. Y sin crustáceas adherencias de aparato gubernamental de clase alguna. La producción se colectivizó en todos los pueblos. Y la Junta y el Secretariado de la Colectividad responsabilizáronse con plenitud de capacitación y solvencia y de modo exclusivo, de todas las funciones, que desempeñaron a entera satisfacción de los vecindarios respectivos.

Las veintiuna comarcas aragonesas controladas por la Revolución, federaron sus colectividades locales, rigiéndose las primeras por una Comisión Administrativa supervisora. Las Federaciones Comarcales se confederaron en un organismo superior, en

## Indicios de oprobio

# LAS

**E**N el promedio de la cuesta del Romero hay un boquete apenas practicable con salida a la fábrica de fósforos — a una de ellas porque son dos — y a las cuevas.

No se me acuerda la entrada principal de la fábrica en este momento, ni la de las cuevas tampoco: por el boquete entré a los dos sitios siempre.

Ambas fábricas son antiquísimas y la que más de España diz que la de Garro, menos escondida que la de Guelbenzu, en la parte baja del pueblo.

Nadie de ayuntamiento propuso construir una ciudad-jardín donde están las cuevas. Terreno de sobra hay allí misma, si bien costeroso, aunque allanable.

Espeluncas, no — ¡qué vergüenza! — por más que afirman haber incluso confort en algunas de ellas.

En la región aragonesa del Jalón, rica de suyo, existen localidades enteras de cuevas en las que no falta el menor detalle de comodidad y por eso son habitables.

¡Qué sé yo!... Veo el asunto con el prejuicio de la disnea.

Lo menos que de las cuevas puede decirse es que atestiguan miseria y que responden a un medio de vida incivil y troglodítico.

¡Mira que si fuera terreno de sismos iban a llevar las cuevas buen paso!... Aunque todo sea, ¡hay luz natural, hay aire puro, hay profilaxis en los subterráneos guzpátaros?

Dan la sensación de no ser personas como las demás de sus habitaciones.

Todos nos pareceríamos si por igual fuésemos unos miserables. Entonces no habría dicho Scho-

# A SAMBLANCAT

## los demoledores

contacto con la Consejería de Economía y Agricultura de la alta Gerencia de Caspe. El eslabonamiento de centros administrativos se hizo de abajo a arriba, de la base a la cúspide, por el más riguroso procedimiento democrático. Y no cabe duda de que, sin las estorbosas interferencias de Barcelona y Madrid, el propio Consejo General de Aragón se habría autodisuelto, no quedando la armazón ósea del país constituida más que por las Colectividades, quiero decir, por los respectivos gremios laboriosos, como es de razón.

En la planta baja del edificio tan galán, o sea en las Colectividades locales, el régimen en que se vivió durante un bienio fue el de comunismo libertario más puro.

## CUEVAS

penhauer : « si un Dis ha hecho este mundo, yo no quiero ser ese Dios : las miserias del mundo me desgarrarían el alma ».

Viejos encorvados que ya no pueden trabajar y viven de merced en cubiles. Gente desposeída, paupérrima, hecha a colaciones de la Conferencia de San Vicente de Paul, más o menos frecuentes. Reciben artículos de boca inferiores y ropas burdas con las que asisten disfrazados a los entierros y a las procesiones (por algunos sitios no ha pasado aún la Sociología).

Cuando enferman disponen de médicos y medicinas de la beneficencia (cara de bruja tiene) y sepe-lío de hoquis. También las damas de la Conferencia de Paul giran visita, no tanto por caridad como por entrapelia.

Habrà que ver el concepto que forme de las cuevas un extranjero. Urge demolerlas y poner en condiciones de vida moderna a las personas.

Con no menos razón, hace años, abogóse por la desaparición de las picotas (hombrado es el rollo de Ecija), signo de barbarie y afrenta a la entrada de los pueblos, lo cual en bastantes de ellos logróse. Tener piedra en el rollo, punto de reunión de magnates, era indicio de categoría.

Con la cueva de Montesinos del Quijote y con la de Cervantes en Argel — donde los libertarios colocaron una placa que fue robada y por desidia no ha sido repuesta... ni lo será —, hay suficiente.

Digna de visitar es la Cueva de Altamira, en Santander o San Emeterio, según dice Unamuno.

Espeluncas, no; cúspides.

PUYOL

Fraga, Binéfar, Tamarite, la ribera del Cinca y, sobre todo, Graus, dieron a la Humanidad ejemplos que no serán olvidados nunca.

Graus desde un principio, y una vez limpiado su suelo de « fachas », se orientó lúcida y audazmente, poniendo proa en franca dirección al alba nueva.

El Ayuntamiento, si no fue abolido, quedó completamente al margen de la vida local no papiracea. Las iglesias fueron elevadas a la categoría de almacenes de abonos, aperos y semillas, después de desahuciar de ellas a curas y a santos. Se anuló el valor de la moneda. De la propiedad privada quedó escaso recuerdo. Al comercio particular lo sustituyó con ventaja una flamante Cooperativa. Se socializó la tierra, la ganadería, el transporte, la industria alpargatera, los talleres artesanos, las profesiones liberales, los molinos aceitero y harinero. Se montó una formidable granja avícola, y otra lechera y productora de carnes. Se compraron tractores y un utillaje mecánico industrial y agrícola, modernísimo. Y se abrió una Escuela de Artes y Oficios también. Cada una de estas medidas adoptóse en asamblea abierta de la Colectividad, con libertad absoluta de palabra y de iniciativa, para pedir cuentas y proponer mejoras. La actividad comunal regulábala una potente sirena, que marcaba las horas de entrada al trabajo y de suspensión del mismo. Se excluyó de toda clase de labores, que no fueran escolares, educadoras y desallanabetizadas, a niños, viejos y mujeres embarazadas o que estuviesen criando.

Graus tiene unos 3.000 habitantes. Al año de funcionar la Colectividad, poseía ésta en sus granjas 6.000 animales de engorde y más de 4.000 aves. Había carne y leche, pan y vino, huevos, aceites y frutos, alegría, cultura y salud para toda la población. Cada vecino recibía la misma ración de víveres. Ni con un candil se habría encontrado un par de brazos que estuviesen ociosos. Ni tampoco un servicio público, caminos, limpieza urbana, alumbrado, fontanería, lavadero, desinfección, etc. — que no se atendiese debidamente. Sobraban productos del suelo para intercambiar y abastecer los frentes de batalla.

En fin, la estatua de Joaquín Costa, que se alza en la calle del Barranco, frente a la mole ciclópea del Morral, no tuvo más remedio que desarrugar el ceño adusta y sonreír a sus hijos.

ANGEL SAMBLANCAT



Un pasado que no pasa

# Elevemos la A.I.T.

**E**STE trabajo es un ruego a los amigos y un convite a la meditación. Se han dicho cosas dolorosas motivadas, sin duda, por un hondo pesar. Fue en España donde empezamos a sospechar de la eficacia de nuestro organismo universalista y esta circunstancia nos adentró en el callejón de la amargura por ser nuestra situación desesperada. Barruntábamos la proximidad de la « horrible catástrofe » de que Peiró hablara, y la catástrofe se presentó sin que la Internacional de nuestras simpatías pudiera acudir con un remedio efectivo. Ello certificaba una cosa: la impotencia internacional del anarcosindicalismo por causas que afectan a la moral de las masas, tan amasadas y amorfas, que las hemos podido considerar peso muerto.

De acuerdo con esta definición — que reconocemos pesimista — podríamos dejarnos llevar de los nervios y decir con voz de trueno: « Basta ya de A. I. T. Por haber fracasado la condenamos a morir ». Y bien. La casa puesta en derribo, ¿qué es lo que haremos ahora? ¿Cruzarnos de brazos y aguantar tranquilamente, estúpidamente, que el capitalismo organice nuevas carnicerías y siga entorpeciendo la solución del problema? ¿O limitarnos a criticar, desde la barrera, a la beatífica Federación Sindical Mundial?

No somos capaces de ello porque... porque gozamos del sentido de lo práctico. Imprecamos, le damos suelta al coraje, y después hacemos. Nadie mejor que nosotros trabajará para consolidar el nexo de relación entre los obreros revolucionarios del mundo. La solidaridad internacional es un bien que codiciamos, hoy más que nunca por haber resentido la crudeza del abandono. Por fortuna, nuestro corazón está en alto y nuestra furia de denuestos ya pasó. Venga, pues, la obra efectiva. A reivindicar la A.I.T., a amarla como es debido. ¿Quedan reticencias en pie? ¿Será necesario que digamos que hubo italianos y alemanes en nuestras filas, defendiendo a la C.N.T., y que no hubo españoles en Italia ni en Alemania para defender a la U.S.I. y a la F.A.U.D.? A buen decir, se trata de un defecto por insuficiencia general que no debería avergonzar a nadie más que a esos inavergonzables millones de obreros que adhieren y cotizan en centrales liderescas y vegetativas. Los que estamos « presentes » aquí y allá o en la otra parte de los mares, no podemos cargar con tanto de culpa que corresponden a la incomprensión general.

Hay que reconstruir la A.I.T., organizarla como jamás pudo ser organizada. ¿Con cambio de nombre? No. Con uno u otro distintivo iremos a parar a lo mismo, a la reunión de los efectivos revolucionarios del mundo. No desechemos nombres de recia solera. Los hay actualmente que tratan de dar vida a una F.A.I. con nombre cambiado porque mirando al pasado se asustan de sí mismos. Como nosotros no estamos en el mismo plano, no tenemos motivos ni ganas de renunciar a un solo ápice

de idealidad ni a eso tan expresivo de Asociación Internacional de Trabajadores. Un cambio de postura puede valer un merecido descrédito, pero un cambio de nombre no variará la resultante de las actuaciones honradas. Si tres letras espantaran — como les ocurre a aquéllos — es que estaríamos acobardados ante la tarea que conviene emprender. Y el enemigo capitalista saborearía el triunfo conseguido merced a nuestro desaliento, gracias a la primera derrota por nosotros sufrida sin haber sostenido la batalla. Porque, amigos, hay que asomarse al exterior para comprender la desolación que nos rodea. Existe la F. S. M., ese hongo nacido en el bloque de la O.N.U., el cual se nos antoja algo venenoso. Se trata de 70 millones de hombres no malos, no indignos, pero completamente desorientados e inaptos para la comprensión que necesitamos. Con estos 70 millones de inscritos, la F. S. M. es nada, no arregla nada, ningún desdichado de la tierra recibirá su aliento corazonador. La F. S. M. no deja de sentir su peso en favor de los esclavos de colonias, ni en favor de España (¿discursos?; ya nos cargan los discursos!), ni de Grecia, ni señala siquiera el hambre de los parias italianos y trata a los obreros de Alemania con cara hosca y espinosa mano. Nada solucionará la Internacional reformista, incongruente, porque la mitad de sus efectivos obedecen a Londres y la otra mitad a Moscú. Eso no es una Internacional; eso es un rábano. Hubo reformistas que fueron a Londres con el corazón hecho unas pascuas para presenciar la Conferencia preliminar a la constitución de la dichosa F. S. M. Con todas sus ganas de transigir, de «evolucionar», estos compañeros no se atreven a valorizar de la central mastodóntica. Tan aguada está, la pobre. Con 70 millones de afiliados, la A. I. T., nuestra A. I. T., no permitiría que Franco continuara en el Poder. Para que el tirano se tambaleara y cayera de bruces, habría sacudido las paredes del mundo. Y con menos millones, hubiera hecho igual.

A los dos años escasos de haber nacido, la F.S.M. ya contrajo méritos suficientes para ser condenada a desaparición. Nuestra A. I. T. puede cifrar su vida en la muerte civil de aquella. Los obreros del mundo no deben ser tan ciegos que no comprendan nuestras razones y nuestro inmenso dolor, el dolor de los españoles y el de los obreros de media Europa. Y, si a pesar de nuestras verdades dejan a nuestra central en mantillas, se puede igualmente adelantar. Un solo puñado de judíos mantiene en jaque a una nación poderosa y arrolladora. Naturalmente, judíos los hay por todo el mundo; pero internacionalistas de nuestra cepa también. Los barcos que hacen el comercio con Franco podrían hundirse y esto haría meditar al capitalismo y ensombrecer la economía del fascismo hispano. La C.N.T. sabe que pocos pueden servir de mucho, y los cenetistas y los propios burgueses sabemos que no hay enemigo pequeño.

J. F.



# ÉTICA ANARQUISTA

**P**OCO antes de morir, cuando la pasividad de los pueblos le había hecho pronunciar palabras amargas, Bakunin manifestó la intención de escribir una ética. Tiempo, tranquilidad y salud le faltaron. Pero Kropotkin recuerda este hecho, y por él, en parte, explica las razones que le movieron a escribir la suya, a fundamentar, para el porvenir, la nueva moral humana, problema del que se ocupó en buena parte de su vida, y que engendró su aporte postrero. Incluso, como se sabe, murió estando plenamente entregado a esta obra.

Y es que se ha descuidado demasiado lo que se refiere a la conducta de los hombres. No en absoluto: en las distintas escuelas del socialismo, la anarquista, o libertaria, es la que más se ha preocupado de cuestiones morales. Por esto, Proudhon no reclamaba la transformación de la sociedad sólo en nombre del derecho económico, sino en el de la justicia. Y basta releer a los dos grandes teóricos rusos ya mencionados para ver que es en nombre de sentimientos humanos, de la conciencia humana, de principios éticos eternos que se levantaron contra la explotación y la opresión del hombre por el hombre.

En cambio, Marx, sus amigos y continuadores, fundaron el llamado socialismo científico sobre la evolución a su juicio fatal del capitalismo, sobre la técnica de producción, sobre los hechos que mecánicamente debían producirse, y llevaba inevitablemente al socialismo estatal primero, no estatal después. En la larga controversia sostenida entre la importancia debida al factor hombre, a la voluntad, a la conducta humana. El factor moral, espiritual, estaba colocado en primer plano.

Y lo ha sido siempre. Prácticamente, hemos tenido, y tenemos, millares de compañeros nutridos de esa savia anarquista, de esa cultura espiritual que han hecho de su vida un apostolado, un claro ejemplo de perfección. Cultivarse personalmente, ennoblecerse, elevar su yo tan alto como se pueda alcanzar, vivir lo más posible de acuerdo con sus ideas, no explotar, no mandar, no mentir, juzgar con tolerancia y ecuanimidad, hacer que en las relaciones la comprensión y el libre acuerdo sustituyan al mando autoritario y a las falsedades del jesuitismo, aprender cada vez más para elevarse a la dignidad de hombre, para colocar el conocimiento, el dominio del intelecto y del espíritu por encima de los instintos gregarios y de los arrebatos de la pasión malsana, ser, en todo lo posible, la viva encarnación del hombre nuevo y de la sociedad nueva... Tales han sido las preocupaciones de muchos de los nuestros, de los que, desde la Primera Internacional, han constituido el fondo de nuestro movimiento en España y en otras partes.

Por esto, el movimiento anarquista es tan rico en autodidactas que se encuentran en él más que

en otras partes, en obreros y campesinos que, por tener personalidad propia, han pasado, en España, a través de períodos de represión tremenda y han resistido, y resurgido tantas veces, no por disciplina, sino por propio impulso. Por esto, durante el período 1936-39, estos obreros, estos campesinos de la base han salvado, para el porvenir, y contra desviaciones aterradoras, la honra de nuestro movimiento.

Pero períodos hay en que la ética se olvida, si no en todos los hombres, en una parte suficiente para que este hecho repercuta sobre el conjunto de la actividad. Períodos en que los acontecimientos han llevado a ciertas actuaciones alejadas de las ideas y de los principios que se defienden, y en que el predominio de esta actuación diaria, el imperio de la táctica o de lo que podríamos llamar la tarea política, imprime su sello en la acción, y en la moralidad profunda de los hombres.

Hemos vivido una guerra y una revolución. Guerra primero, y sobre todo.

Y Karl Kautsky que, como Rosa Luxemburgo, se preocupó también del problema moral en los postreros años de su vida, escribía que un período de post-guerra era poco adecuado para establecer un régimen socialista, por la desmoralización que toda guerra causaba en un pueblo.

Parte de verdad hay en esto, si bien bajo la pluma del teórico marxista alemán, esto podía constituir una justificación de su tibieza revolucionaria. Hemos vivido en Francia, durante la guerra última, esta desmoralización. Se vive en España, en Inglaterra, en Alemania, en el mundo entero. Las costumbres se han relajado, el respeto del bien ajeno ha casi desaparecido, el esfuerzo de producción ha disminuído, la especulación se ha universalizado. Porque, cuando la muerte acecha en todo momento, nos ha amenazado durante años, cuando se ha vivido para matar o morir durante períodos interminables, no pidáis a los hombres una conducta normal. Es preciso que la vida haya recobrado su normalidad para que reaparezca la ética general.

En todo período dramático y de sentimiento prolongado, hombres, mujeres y adolescentes están descentrados. Se ha constatado durante la Revolución francesa. Romain Rolland plantea en sus dramas casos dolorosos de esa época.

Hemos vivido tres años de una lucha desesperada, sufrido en dos frentes, perdido a muchos compañeros caros, amigos entrañables. Hemos conocido la cárcel, los campos de concentración. Estamos alejados de parientes, mujeres e hijos, amigos y compañeros supervivientes. Hemos perdido la guerra y la revolución. Nuestra obra ha quedado allí... Nuestras esperanzas de un pronto regreso han sido defraudadas. Y más que descentrados, desmoralizados. Cada país tiene sus costumbres, su ambiente propio, su moral. Quienes, y son muchos, no saben

adaptarse a estas costumbres, a este ambiente, a esta moral, viven por sí ajenos a la colectividad que les rodea. Y esta consecuencia tan frecuente del destierro, y los sufrimientos y los fracasos pasados, contribuyen a desmoralizarnos no sólo en cuanto se refiere a la acción, sino también en cuanto se refiere a la conducta personal.

Contra esto debemos estar en guardia. La fuerza del movimiento libertario reside ante todo en la moral de los hombres que la componen. No insinúo con esto que esta moral no exista en él. Quiero simplemente advertir que, si ciertos compañeros van perdiendo la esperanza de un rápido retorno a España, de una realización revolucionaria que a todos nos es más cara que nuestra propia vida, no deben por esto dejar de ser anarquistas y de comportarse como anarquistas. Y cuando es necesario, por encima de la razón social que les mueve o movía, deben poner el respeto de sí mismo, la propia dignidad, la elevación del yo sin la cual el anarquismo profesado es mera ostentación.

Estas consideraciones son buenas para todas las épocas, pero lo son más aún en una época tan llena de decepciones como la que vivimos. El sufrimiento envilece a los hombres. Sólo enaltece a infimas minorías. Y nosotros no escapamos a la condición humana normal.

Llamarse anarquista es fácil. Incluso lo es propagar, mal o bien, las ideas anarquistas. Comportarse como anarquista, es otro problema. La gloria de nuestro movimiento ha sido que durante muchos años hemos tenido más hombres capaces de comportarse como anarquistas que de propagar, con la palabra o la pluma, las ideas nuestras. Más rico era el acervo moral que el intelectual. La intelectualidad no es siempre sinónimo de moralidad. Se puede tener talento y cultura, escribir o hablar mucho y, éticamente, ser la encarnación de todo lo

que de malo combatimos. Se puede mentir, falsear hechos y textos con mucha retórica, incluso pseudo-libertaria, y obrar dictatorialmente al mismo tiempo. Y a la larga, la existencia así desarrollada deja, tras sí, mucho mal y poco bien.

He dicho, hace mucho tiempo, que el anarquista es, ante todo, un hombre de amor y no de odio. Hay quienes, porque hemos preconizado la violencia para destruir la vieja sociedad, han creído y creen siempre que cuanto más violentos, son más anarquistas. No llegaremos a la sociedad armoniosa que soñamos con semejante espíritu. No Construiremos una sociedad donde el respeto mutuo, el apoyo mutuo, la solidaridad, la fraternidad, la tolerancia, el amor sean los principios que informen a todos con hombres que, por la menor discrepancia, se yerguen como fiscales y se comportan como inquisidores. Tan pronto surge el odio, la artimaña, la condena basada en la deformación del pensamiento y del espíritu ajeno, surge la intolerancia digna de la inquisición, y la negación más rotunda la ética anarquista.

Fatalmente las diferencias de opinión deben engendrar confrontaciones. Pero confrontaciones hechas con la elevación, la altura de miras, que deben caracterizar a los continuadores de Kropotkin y de Reclus. Si esta moral no informara la conducta de los propagandistas del anarquismo, ¿para qué hablar de una sociedad nueva donde la armonía fuese la norma universal?

No olvidemos nunca, en nuestro comportamiento de hombres y en nuestra acción de militantes, el elemento ético. Sino todo nuestro aporte intelectual, nuestra acumulación de teorías, planes y estadísticas correrán la misma suerte que la de bellas muchachas que se hunden en el lodazal al caminar hacia el edén soñado.

J. VENUTI



*El hombre es ala y hocico.*

JOSE MARTI.

## CARTA A MI AMIGO PASCUAL

**E**STIMADO amigo : Ayer recibí tu carta. Según ella has ido en peregrinación a la basílica de Nuestro Señor Jesucristo, lugar consagrado por la cristiandad como un refugio de recuperación espiritual. Yo, francamente, no tengo autoridad ninguna para juzgar tu conducta. Tú eres hombre y sabes lo que haces.

Lo que puedo decirte al respecto es que allí acuden los buenos y los malos, los justos y los arbitrarios, los viciosos y los que están libres de toda contaminación pecaminosa. Unos van a clamar perdón porque se saben culpables; otros, a reafirmar su fe para encuadrar su conducta en las enseñanzas del Maestro, que predicó el amor, la justicia, el respeto mutuo y la libertad de culto entre los hombres.

Aquellos, los culpables, se postran ante la imagen de Cristo, con la cabeza gacha, turbado el espíritu, temerosos de no alcanzar la gracia del Señor; los otros, con la frente despejada y la mirada limpia, clavan sus ojos en los ojos del Redentor, sin recelos ni temores, ya que cerca o lejos de su imagen proceden de acuerdo a los principios de la moral y la dignidad humanas.

Los arrepentidos, si son sinceros, saldrán recomfortados y dispuestos a rectificar su conducta (disposición ésta que puede obtenerse sin necesidad de hacer peregrinaciones y peticiones a las imágenes santificadas), pero para los hipócritas que hacen su arte de la malicia, no ocurre lo mismo.

Tú debes saber, amigo Pascual, que el fingimiento no lleva la paz y la serenidad a los espíritus, sino que obra como estupefaciente... y las almas atormentadas no curan con alcaloides.

Por eso muchos pecadores están condenados a volver sobre sus pasos en cada recodo del camino, porque no limpian sus culpas en la fuente cristalina de la sinceridad.

Crean engañar al mundo cuando prometen enmendarse, pero los muy ingenuos apenas si consiguen engañarse a sí mismos.

Son los esclavos de las bajas pasiones, que conspiran contra la tranquilidad ajena y en contra de la propia felicidad. Creen que gozan dañando a los demás, pero sufren porque no alcanzan jamás el infinito placer que brota espontáneo de las acciones generosas. Viven atormentados por sus propios pensamientos que traducen los reproches que les grita la conciencia. Ni aun sonriendo son felices. Ni siquiera cantando están alegres. Sus canciones y sus risas suenan a hueco, porque están vacíos por dentro y carecen de expresiones altruistas.

Todos estos seres infortunados que acuden a ese lugar con ansias de obtener la absolución de sus pecados, se estrellan contra las sombras de sus propias falsedades y se enredan en las fermentadas exteriorizaciones sin conseguir siquiera un poco de alivio a sus pesares.

Pero más que culpables son víctimas, víctimas de la apostasía de los padres espirituales que negocian

con el apostolado, dando preferencias a los dogmas antes que a los principios doctrinarios. Sin embargo, podrían obtener lo que anhelan con sólo soltar el cerco espinoso, romper la coyunda oscurantista y disponerse para la reeducación. Aprenderían a reconocer como ficticias, interesadas y perjudiciales las promesas de perdón que se otorgan en los púlpitos y confesionarios, no sólo porque son ineficaces, sino porque envía a los pecadores induciéndolos a reincidir.

Con este criterio en marcha, el individuo se desembaraza de la influencia perniciosa de los doctores espirituales y adquiere un mayor grado de lucidez, corrección y responsabilidad. Advertía, entonces, que la absolución de los pecados es un comercio y no una solución, que se practica con fines lucrativos y no con propósitos depurativos.

Hasta el siglo XI, los santos padres, indulgentes y piadosos, explotaban por su cuenta a los pobres penitentes que se refugiaban en los templos en procura de perdón; pero la Iglesia, austera y ecuaníme, que vela por sus fieles y se desvela por sus arcas, intervino en el negociado escandaloso, oficializándolo. Así fue que en 1080, en el concilio de Lillebonne, dio una tarifa para la absolución de ciertos pecados, y a principios del siglo XII, el Papa Gelasio II, autorizó al obispo de Zaragoza para que absolviera de sus culpas a los que dieran dinero para mantener el clero y para la restauración de la Iglesia, arruinada por los sarracenos; y el concilio de Exeter de 1287, y el de Saumur de 1294, prohibieron a los archidiaconos, deanes y arciprestes el apoderarse del oro de los penitentes, y ordenaron, no que lo devolvieran, sino que lo depositaran en las cajas de la Iglesia. Más tarde, en el siglo XVI, Clemente V, generalizó la orden, reglamentando el empleo del dinero para la dispensa de los pecados, y en 1520 se fijó la célebre tarifa cancelaria y penitenciarías de Pío XII, que rebasó los límites de lo prudencial.

Por unos pesos cualquier individuo podía permitirse el lujo de apalearse, incendiar, robar y asesinar. Por ejemplo: « Por la absolución del que hubiere inuerte a su padre, a su madre, a su hermano, a su hermana o a un pariente laico..., de cinco a siete gros por muerto; por la absolución de un marido que hubiere apaleado a su mujer y la hubiere hecho abortar con la paliza..., seis gros; por la absolución de pillaje, incendio, robo y el asesinato de laicos, con dispensa..., ocho gros. »

Y sigue la lista de precios.

Como ves, amigo Pascual, la santa madre Iglesia ha velado siempre por la sociedad y el individuo, por la familia y por la moral. Claro que no todos lo entienden así.

A muchos se les ocurre que no hay virtud ni nobleza, sino argucia y sordidez en el tratamiento de las absoluciones clericales.

Yo sé que a tí no te sientan bien estas irreverencias ateístas; pero una cosa es la doctrina evangé-

lica y otra muy distinta la conducta de los eclesiásticos en sus oficios religiosos..., y así la función litúrgica no guarda armonía con la concepción doctrinaria, es lógico que se piense que hay violación de principios por parte del clero o falsedad en la conformación del ideal que se sustenta.

De ahí nace la duda en unos, y en otros la negación total. Estos, consecuentes con la verdad histórica, la finalidad filosófica y la moral, objetan la tesis y enjuician a los teólogos.

Aquéllos reprueban la ética clerical, pero sin menoscabar sus creencias; y están los otros, los que se dan enteros, ciegamente, sin importarles si hay o no relación entre el dicho y los hechos, la conducta y la moral, las definiciones y las finalidades, con el agravante que silencian los actos desdorados, por aquello de que «el fin justifica los medios».

Pero lo gracioso es que los tragacirios que integran este sector, y que en el trajín diario se revuelcan en cualquier lodazal encubriendo el crudo

y sucio materialismo de los que alardean de espiritualistas, emiten juicios vituperables en contra de los materialistas que procuran la dignificación del hombre por medio de la «espiritualización» de la conciencia y el libre desenvolvimiento de las facultades mentales. Estos individuos fingen creer que **materialismo** es sinónimo de grosería, cuando en verdad es una parte de la ciencia que rebate las abstracciones absurdas del misticismo, anteponiendo la razón a la fe, y la evidencia científica a las creencias religiosas.

Sobre este particular habría mucho que discutir amigo Pascual, pero un tema de tan vastas dimensiones exige mucho más espacio del que se ofrece en una misiva, de manera que me despido de tí con el afecto de siempre y con la promesa de volver sobre el asunto en la primera oportunidad que se presente.

FRANCISCO S. FIGOLA

---

# TRAZOS

---

**E**L deslinde de campos entre el marxismo y el anarquismo está adquiriendo, por fin, toda la envergadura que realmente merecía. El confusionismo, sembrado por la doctrina de Marx y Engels, tan similar en la práctica a la de los jesuitas, tiende a disiparse, como nieblas mañaneras bajo la influencia del sol. Aquella táctica que tan bien manejaban los comunistas en España, aduciendo siempre que «solamente nos separan cuestiones de orden mínimo», está en franca quiebra, porque la experiencia de estos últimos años, vivida internacionalmente, ha puesto al descubierto toda la alevosía de las intenciones marxistas — de uno y otro lado — y nos ha hecho meditar más hondamente sobre todo lo que fundamentalmente nos separa.

En el terreno de las ideas, marxismo y anarquismo se oponen irreductiblemente. En el terreno de las tácticas, ahora más que nunca nos encontramos separados de los comunistas y los socialistas, cuya desenfundada carrera por el poder político ha puesto en evidencia el leit-motiv de sus aspiraciones.

Puestos a deducir, tenemos que achacarle al marxismo la caótica y deprimente situación actual, amén del balance de víctimas de las dos últimas guerras. Ya no es un secreto para nadie que el proceso reformista del socialismo autoritario castró las aspiraciones y energías revolucionarias

del proletariado europeo y de las capas populares más avanzadas, abocando a uno y a otras en el abismo de la guerra nacionalista y en el de la grosera aspiración del poder político, desvirtuando las legítimas aspiraciones del pueblo hacia su emancipación de la tutela del Estado y del capital. Nuestra aseveración se corrobora con el hecho de que los marxistas han llegado al poder, pero el pueblo sigue tan esquilado y esclavizado como siempre.

Por otro lado, esta concepción del Estado-Dios, de la burocracia omnipotente, que conduce a aberraciones autoritarias tan nefastas con el sovietismo y el nazifascismo, a nadie más que al marxismo se la debemos, pues es él, y nadie más, quien la ha introducido y desarrollado, constituyendo su más cara aspiración. Es claro, pues, que los anarquistas sigamos oponiéndonos con todas nuestras fuerzas al crecimiento de esa monstruosidad que amenaza terminar con todas las prerrogativas individuales del hombre. Y el hombre es lo que más interesa a los anarquistas. La integridad humana, que debe ser salvada de esta densa riada de materialismo autoritario, es el motivo de nuestra lucha, en franca y abierta oposición con el marxismo de todos los pelajes, que quiere convertir al hombre en un resorte cambiante del inmenso engranaje del Estado-Dios.

B. MILLA

VERSIONES  
por DENIS

# EL ROMANTICO

**E**RASE un hombre, todavía joven, a quien la cultura, no mucha, pero cultura, servía para simular sentimientos que le eran ajenos. No tenía otra ambición que la de alcanzar fortuna para vivir sin cuidados. Y, fallido el intento de alcanzarla, en empresas del más vario cariz, desesperaba ya de su suerte cuando vino a sonreírle en figura de mujer.

Mil veces más había visto a esa mujer: vivía frente a él. Nunca posó en ella la mirada. Madura, agostada quién sabe por qué pesadumbre, parecía más vieja de lo que era. La muerte de su marido hizo que se hablara mucho de ella en el vecindario. Heredaba riquezas en abundancia, no tenía hijos, y era una dicha para ella haber enviudado. Porque su marido, brutal, le había hecho la vida penosa. Ella, de una delicadeza que ya no se usa, y de una belleza, cuando se casó, espléndida, se había ido marchitando, marchitando. Ya no era ni sombra de lo que fue.

El ambicioso de fortuna se juzgó obligado, oído cuanto se decía, a visitar a su vecina para condolerse de su desgracia, sabedor de que no era desgracia. Se encontró frente a una mujer de otro tiempo. La salita en que fue recibido estaba colmada de libros románticos, exclusivamente románticos. Y la viuda, en todas sus palabras, no era sino un eco de aquellos libros. Tal vez le había llevado a ellos la brutalidad de su marido; tal vez, por medida en ellos, desde antes de casarse, su marido le había parecido brutal. La disparidad de gustos, entre su marido y ella, no tardó ella en confesarla, ruborosa, a aquel vecino tan gentil que se había apresurado a visitarla.

— Yo soy una romántica — dijo — y mi marido era un realista. Hemos vivido años y años lejos uno de otro. El entregado a sus negocios, yo entregada a mis libros. Nos habíamos habituado a nuestra mutua soledad. Ni me molestaba, ni yo le molestaba. Y ahora le echo de menos. Me falta. Era, sin serlo, una compañía. Si no tuviera mis libros, no sé qué sería de mí. Sola, absolutamente sola, ellos me consuelan, como siempre me han consolado.

Dijo el vecino gentil algunas palabras de circunstancias y se despidió, prometiendo volver, si su visita no era molesta. Prometiendo ir a hacerle compañía, algún avez, para charlar con más detenimiento de sus libros, que también él poseía, que también para él eran frecuente solaz, o mejor dicho, consuelo de los contratiempos de la vida.

No era cierto que poseyera aquellos libros, ni apenas cualesquiera otros. Hecha su cultura, la escasa cultura de que se le había provisto, pocas veces había sentido la tentación de hojear un volumen, ni de otro tiempo ni del suyo. Pero se prometió, mientras su vecina hablaba, leer los libros que su vecina leía. Y ya en la puerta, se dijo a sí mismo:

« Tendré que hacerme romántico ».

No fue a visitar a la viuda en muchos días. Hizo desear su visita. Pero cuando la encontraba, y casi no tenía otra ocupación que procurar encontrarla, la saludaba, reverente y, hecho ya romántico, suspiraba, palidecía, miraba a la viuda con una mirada como de sueño, tomaba un aspecto, de súbito, como de desesperado.

Por fin, después de varios encuentros, en cada uno de los cuales había acentuado los signos de su romanticismo, hizo como que no se atrevía a pedir a la viuda autorización para visitarla. Sonrió graciosamente la viuda ante su timidez, y le aseguró que sería para ella gozoso charlar, como había él prometido, de sus libros.

Convenida la visita para aquella misma tarde, el improvisado romántico preparó todas sus armas para la conquista que se proponía. Nada de casarse con la viuda. Se habría dicho que joven él, y vieja ella, se había casado con su dinero. Nada, tampoco, por lo pronto, de hacerla su querida, empeño fácil a su juicio: había muchas mujeres para eso a su disposición. Enamorarla, enamorarla locamente: tal era su propósito. Si lo lograba, y no dudaba de lograrlo, el dinero de la viuda, sin casarse con ella, y sin hacerla su querida, sería suyo. Después, cuando fuera a morir, porque era indudable que había de morir antes que él, ya vería de hacerla su mujer, si no había otro remedio, para su heredero.

Entró en la salita ya conocida suspirando más que nunca, más pálido que nunca, con miradas más de sueño que nunca, con aspecto más desesperado que nunca. Y en seguida, en cuanto la viuda, por preguntarle él, dijo cual era su autor preferido, comenzó a recitar trozos de aquel autor — había elegido en todos los autores románticos, y aprendido de memoria, fragmentos de prosa o verso destinados a expresar los sentimientos que trataba de simular — con voz que la viuda, romántica, juzgó doliente.

Dijo él, recitados los trozos del autor preferido por ella, que él no acertaba a preferir ninguno, que los ofrecía todos. Y esto le dió ocasión a recitar gran parte de los fragmentos aprendidos, con voz siempre doliente, y con los suspiros, y la palidez, y la mirada, y la desesperación también aprendidos. Fue una borrachera de lamentos, que sólo a ella emborrachó. Él, sereno —, espiaba el efecto que producía. Satisfecho, satisfecho. La conquista que quería alcanzar estaba alcanzada.

Se despidió apresuradamente, mirando a la viuda, embriagada de palabras altisonantes, fuera de sí, como desde lejos, como desde muy lejos, y como si él también estuviera embriagado y fuera de sí. Otro artificio, aquella despedida apresurada, aquella mirada lejana, aquella embriaguez y aquel fuera de sí, para producir efecto. Y que lo produjo.

« ¡Pobre muchacho! — suspiró la viuda cuando hubo salido —. Está enamorado y no se atreve a

decirlo. ¡Es tan tímido! La timidez no le deja ver que yo también estoy enamorada. ¡Oh, sí, por la primera vez en mi vida, enamorada! ¿Qué no haría yo por él, tan igual a mí, tan como yo en todo?»

Al día siguiente la viuda recibió una carta. Temió, leyéndola, volverse loca. No la visitaría más. Era indigno de atravesar sus umbrales. Hasta ella se había atrevido él a alzar la mirada. Se condenaría, por su falta de juicio, a no verla más. Sufriría, sufriría, pero en silencio. ¿A qué ir contra su voluntad — sus sentimientos eran más poderosos que su voluntad —, a turbar su quietud? Vería ella, acabaría por ver qué volcán ardía en su pecho. Trataría de sofocarlo. No tenía ninguna esperanza de triunfar en empeño tan difícil. Y menos si seguía viéndola. Verla y que el fuego se reavivara, suponiendo que se hubiera hecho menos intenso, sería todo uno. Procuraría no encontrarla en la calle. La llama que le consumía saldría a su rostro, para vergüenza suya. Había creído que podría ser su amigo. Se había engañado. Era otro el sentimiento que había nacido en él, sentimiento que no quería nombrar, ante el que la amistad era una flor sin belleza ni perfume.

Loca, locamente enamorada, la viuda contestó:

« ¡Ven! No sé, no puedo contestar a tu carta nada más.

No fue él. Escribió otra carta. Más romántica que la primera. No fue tampoco cuando ella, al contestarle, le llamó de nuevo. Escribió otra carta, más romántica aún. Y así durante un mes. Hasta que ella, desesperada, le escribió :

« Si no vienes, hoy mismo, ahora mismo, en el momento en que te entreguen estas líneas, me arrojo por el balcón ».

« Eso no — se dijo él —. Todo estaría perdido. Todo, que está ganado, estaría perdido ».

No tuvo que vestirse — estaba vestido siempre para correr a la visita tan preparada y tan esperada —. Corrió a recoger el fruto de su largo esfuerzo.

En cuanto le vió ella entrar se adelantó para lanzarse en sus brazos.

— ¡No, no! — exclamó él, más pálido (era difícil saber de dónde sacaba su palidez) y más desesperado que nunca —. ¡Si fueras pobre...!

— Arrojaré mis riquezas, todas mis riquezas, por el balcón, abierto todavía porque por él iba yo a arrojarme.

Se espantó el ambicioso. No podía retirar sus palabras. No podía decir que era locura tirar las riquezas. No podía desmentir su romanticismo con exclamación pareja, que tuvo a flor de labios. Palideció, por primera vez, de verdad, con rapidez del que ve en un momento desmoronarse edificio pacientemente construido. Miró en torno, sin saber qué decir, temeroso de poner al descubierto su ser íntimo.

Pronto vió que se había espantado en vano. La viuda estaba allí, para que hiciera de ella lo que quisiera : loca, locamente enamorada. Con los brazos todavía tendidos hacia él. Se dejó abrazar, en silencio. Y como advirtiera que una sombra de tristeza cubría el rostro de ella por la frialdad con que recibía el abrazo, la abrazó él también, con frenesí improvisado que a poco parecía locura.

Meses después, enferma la viuda, se casaron. Y todo su dinero, ya de él, fue más de él aún. Lo lucía, lo gastaba, lo derrochaba.

Un vecino, cierto día que se hablaba de él, y de lo hecho por él, comentó :

— ¡Nunca crece el río con agua clara!



*El egoísmo levanta a los pueblos... y los pierde.*

JOSE MARTI.

## LETRAS DE AYER Y DE HOY

# Las leyes

**C**OMPRENDEMOS aquí bajo el nombre de leyes todas las prescripciones de los poderes públicos. Son innumerables. No hay letrado, juez ni oidor que las sepa todas, ni en detalle ni en conjunto. Descansa, sin embargo, nuestra Sociedad en tan frágil base, y castiga a todo el que las quebranta. No le sirve de excusa que no las conozca. ¿Qué son nuestras leyes? Genéricamente hablando, unos mandatos que empiezan por sentar más o menos sólidos principios, y acaban casi por destruirlos a fuerza de limitaciones y excepciones. No son siempre claras, antes tan turbias que necesitan quien las explique y las comente, contradiciéndose no pocas veces los comentarios. Rara vez son por sí solas inteligibles; se refieren con frecuencia a otras disposiciones, ni siempre fáciles de encontrar. Hecha la ley, todo viene a oscurecerla: no solamente el comentario del docto, sino también el decreto, la real orden o la circular del Gobierno, y los fallos de los tribunales. Forman jurisprudencia los del Tribunal Supremo, y van a la larga corrigiéndola y enmendándola, de modo que casi la destruyen. Ignoramos si sabrán nuestros lectores lo que es un palimpsesto. Es un papel manuscrito, sobre el cual se ha puesto bien entre líneas, bien al través otra u otras lecturas. La jurisprudencia de los tribunales viene a ser un palimpsesto, ya que a la ley escrita sobrepone fallos que la corrigen, ya la alteran. El Supremo Tribunal de Justicia hace un palimpsesto de las leyes civiles y penales, y el tribunal de lo Contencioso un palimpsesto de las prescripciones administrativas. No sólo modifica y altera las leyes penales el Tribunal Supremo, las interpreta a su antojo la fiscalía del mismo Tribunal, e impone como ley sus juicios. No hablemos de las disposiciones administrativas; éstas constituyen un verdadero caos. Apenas sube al Poder hombre alguno que no las deshaga y reforme según su especial manera de ver en la Administración y la Hacienda. No hay aquí para ellas Código ni es posible que lo haya. Ese es un palimpsesto donde de continuo se escribe sobre un decreto, sobre este decreto una real orden y sobre esta real orden una mera circular que no pocas veces altera decretos y aun leyes. ¿Cuándo llegará el día en que toda esta confusión desaparezca? En doce tablas expuestas al público tenían contenido los antiguos romanos su derecho. ¡Cuán bello sería que pudiéramos hacer otro tanto! Dióle a aquel mismo pueblo en irle alargando con las interpretaciones del Poder público, las de los jurisconsultos y las de los tribunales, y a la irrupción de los germanos sus leyes eran tantas que se las calificó de carga de camellos.

Carga de elefantes son las nuestras.

FRANCISCO PI Y MARGALL

## A todos los amantes de la cultura

Un grupo de estudiantes de París, Toulouse y Burdeos, se proponen editar un folleto de poesías del joven poeta madrileño Angel Santiago. Se titulará « Castilla la nuestra », y será prologado por Blas de Otero, de gran renombre ya.

El precio del ejemplar será de 2 F., céntimo más o menos.

Pero para que la edición pueda llevarse a cabo se necesita cierta cantidad de compromisarios, que, sin que tengan que adelantar el dinero se comprometan a la adquisición del folleto en cuanto aparezca.

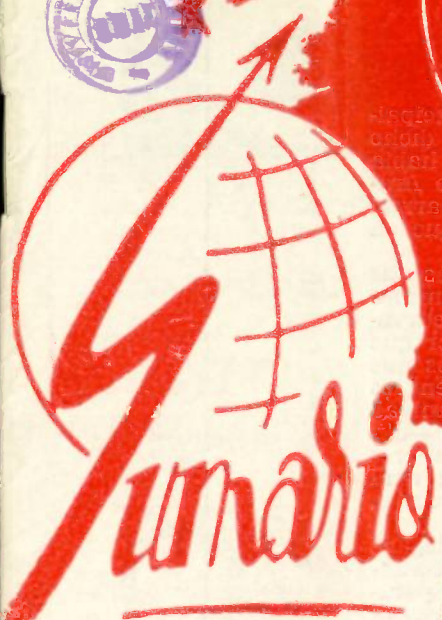
Para suscribirse dirigirse a una de las direcciones siguientes :  
M. Etienne Roda, Résidence des Près, P. C. 15, Antony (Seine).  
Mlle Mercedes Celma, 8, place Danloup, Toulouse (H.G.).

Repetimos : No enviad dinero. El pago se efectuará después de recibir el folleto.



# CENTIT

sociología  
ciencia - literatura



J. Capdevila: Dos grandes ficciones.—Luis Fabbri: La revolución.—Puyol: Espinel. Fontaura: Los que prescindieron del dinero.—Eugen Relgis: De mi calendario.—Luis Gumplowicz: El Estado.—Juan Ferrer: Ante el desarreglo del mundo, el anarquismo única solución efectiva.—Floreal Ocaña: La voluntad libertaria.—Carpio Carpio: La puerta de oro del mundo.—Bernardo Pou: Sindicalismo revolucionario.—Fabian Moro: Discurso del hombre libre. M. C.: El unievrso de Alaiz. Felipe Alaiz: Obrerismo católico de origen protestante. Pedro Kropotkin: La libertad.—Rodolfo Rocker: La nación.—Alberto Carsi: El «glu glu» de las acequias.—Mariano Viñuales: La fuente.—Denis: Los dos ladrones.—Unamuno: Incidente doméstico.



153

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 1963

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,20 F.

40P 5522

## NUESTRA PORTADA

En España se ha cultivado siempre el arroz, principalmente en Valencia. Pero en las dos últimas décadas, dicho cultivo se ha extendido a zonas en donde nunca se había visto tal cereal. Nos referimos a algunas comarcas de Aragón, valle del Cinca, cuya principal riqueza hoy es el arroz, cuando hace un cuarto de siglo no lo conocían más que en paella.

Empero, la imagen que vemos aquí ofrece algo más que una referencia sobre la espiga de granitos blancos. Vemos a un equipo de obreros —hombres, mujeres y niños—, curvados, con agua hasta la rodilla y bajo un sol abrasador que les quema las espaldas. Pocos serán los seres humanos que cuando comen arroz piensen en lo mucho que sufren los hombres que a su cultivo se dedican. Si ayer la humanidad loaba a los dioses cuando disponían de una riqueza —alimento u otra— hoy debiera hacerlo hacia los trabajadores a quienes se les debe todo. El trabajo es la actividad vital por excelencia y los trabajadores son los que aseguran la existencia en todas sus formas.

No se le rinde al trabajo el culto que merece. Llegara día en que el trabajo sí que será reconocido y, por consecuencia, los trabajadores serán respetados. Sépanlo los parásitos y los que en lugar de ser útiles a la vida lo son a la destrucción y muerte. **UN DIA LA HUMANIDAD LABORIOSA PODRA PRESCINDIR DE TODOS, DE TODOS LOS QUE NO EJECUTAN UN TRABAJO UTIL Y DE LOS QUE VIVEN DEL TRABAJO DE LOS DEMAS.**

En la lucha social, ése es nuestro objetivo: acabar con el ocio parasitario, terminar con las tareas inútiles o nocivas. La batalla final conlleva estas condiciones. Y que la ganaremos es ya algo que nadie niega.

# **CENIT**

**REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA**

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

*Colaboradores:*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,  
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert  
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,  
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,  
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,  
Luce Fabbri, J. Capdevilla, G. Esgleas, Osmán  
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,  
A. Prudhommeaux

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en el que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

# GENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII

Toulouse, Sept. - Oct. 1963

Nº 153



## Dos grandes ficciones



UE después de tan edificantes experiencias y cuentos ejemplos tengamos que remachar sobre verdades tan simples y elementales, nos causa una tristeza inconsolable.

Ya en el curso del siglo pasado, Bakunin paseó esta antorcha majestuosa, y somos los jóvenes de esta época malhadada quienes tenemos que recogerla, también, de otras manos temblorosas y descarnadas, para alumbrar los parajes oscuros de la conciencia multitudinaria. Todo esto dice muy poco en bien de la pretendida evolución social y del progreso filosófico-científico. Tarea ardua; parecíamos, en el curso de nuestra adolescencia preñada de ilusiones vagas, que nuestros faros iban a encorar e iluminar otras regiones lejanas, tenebrosas e insondables, del misterioso arcano.

Mayúsculo error. Dos ficciones enormes, dos monstruosas cordilleras, dos sombras siniestras se interponen a nuestro avance hacia ideales más amplios: Dios y Estado.

Y, demos las vueltas que se quiera, mientras subsistan estas dos ficciones, tormentos del espíritu y del cuerpo, no saldremos del fango.

Si la analogía entre estas dos ficciones es impresionante, la semejanza entre estadistas y clericales es alarmante. En más de un país han convergido en incestuoso abrazo.

En efecto, no es ningún fenómeno raro ver toda la fauna religiosa, en contubernio infamante, mancomunar sus esfuerzos con politicastos de toda laya para humillar los pueblos ante dos minotauros.

Y ¿no es extraordinaria, acaso, la similitud entre confesionarios y sacristías, por un lado, y comisariados y «chekas», por otro? Y las mismas o parecidas armas. Desde la insinuación hipócrita hasta el crimen, desde la corrupción hasta el tormento, desde el soborno hasta el sadismo, no hay método que no sea empleado para arrancar el secreto. El ser que logra salir de estos antros es reducido a una piltrafa. Son caricaturas de lo que fueron an-

tes. Psicológicamente, Lombroso y Freud se declararán impotentes para equilibrarlos. Fisiológicamente, los más hábiles especialistas de cirugía renunciarán a una intervención fracasada de antemano. A Quasimodo aún le quedan intactas las fibras del sentimiento; a estos nuevos nazarenos no les queda ninguna reminiscencia de su hombría.

En seminarios y universidades los mismos o parecidos estragos: inculcación de dogmas cerrados mediante métodos pedagógicos bárbaros.

Encíclicas y códigos, excomuniones y destierro, bulas, prebendas, impuestos... todo un rosario de miserias como dogal en el cuello y cargas insoportables sobre el ancho lomo del Pueblo.

¿Que las guerras más bestiales se sucedan a un ritmo acelerado?

¿Que la ignorancia alcance proporciones inimaginables?

¿Que el productor viva de limosna o caridad?

¿Que las madres se esterilicen o maldigan al vástago recién nacido?

¿Que una ola de corrupción, inmoralidad e idiotéz arrolle y sacuda la sociedad entera?

Ante cualquiera de estos cataclismos, ante no importa qué catástrofe de las que son ellos originarios, preguntadles.

Y el estadista os responderá : Suprema razón de Estado.

Y el eclesiástico os dirá : Designios impenetrables de Dios...

No importa que esta razón sea la más burda de las arbitrariedades o que estos designios sean los de un malvado. Dios y el Estado inmunizarán a sus servidores y ministros de todo error y lo eximirán de toda responsabilidad.

Pasó la última hecatombe. Los hogares humildes continúan en ruinas; el Pueblo vive en barrios infectos y cuevas troglodíticas; un racionamiento que nada tiene de racional sume en una próxima depauperación a la Humanidad, y, sin embargo, campos, fábricas, minas, talleres, todo marcha a un compás endiablado. Pero es para reconstruir iglesias, edificar templos, erigir cárceles, construir pa-

lacios, en fin, para un rearme mastodóntico y para que viva tanto zángano.

Y los Pueblos, para los que todas las semanas es Cuaresma integral y todas las fases de la Luna Ramadán insoslayable, persisten en sus caminos trillados.

Enormes peregrinaciones van hacia Roma, Lourdes, La Meca, Jerusalén... Y sus ojos de alucinados clávanse sobre Londres, Moscú, Washington, esperando que de allí surja el milagro.

Ante tales perspectivas no faltan los diablos mefistofélicos que susurran a nuestros oídos: Es tarea de Sísifo la vuestra.

Mas no lo creemos. En todo caso, seguimos en nuestras trece. Presentando nuevos ejemplos, gritando viejas verdades, apuntalando razones incontrovertibles, consumiendo teas, desempolvando olvidados retablos y así hasta que de la conciencia humana hayamos logrado diluir las penumbras que la ofuscan.

Mientras no hagamos asequible al entendimiento humano que los designios del Sér Supremo son los

deseos hábilmente camuflados de toda la casta ensotanada, y que las supremas razones de Estado son las ambiciones grotescamente disfrazadas de los politicastos de toda laya, no cesaremos en el empeinado combate.

Y si tú, Pueblo, después de desahuciar para siempre a tantos ídolos y farsantes, necesitas confiar y creer en razones superiores, he ahí las que generosamente te brinda la Anarquía:

Eres hijo de la Naturaleza. Amala, escrútala, péñtrala. En ella hay una fuente inagotable de dichas.

Eres una individualidad del todo social. Perfeccionándote, superándote, mejorándote, demuestras quererla, ayudarla y superarla. Aseguras tu felicidad contribuyendo a la suya.

Más allá de esta filosofía y todo lo que trascienda de esta Etica, es pura fantasmagoría, pura quimera, pura abstracción.

¡Y que a estas alturas se nos apellide utopistas!

J. CAPDEVILA

## LA REVOLUCION

La revolución, en el lenguaje político y social —y también en el lenguaje popular—, es un movimiento general a través del cual un pueblo o una clase, saliendo de la legalidad y transformando las instituciones vigentes, despedazando el pacto leonino impuesto por los dominadores a las clases dominadas, con una serie más o menos larga de insurrecciones, revueltas, motines, atentados y luchas de toda especie, abate definitivamente el régimen político y social al cual hasta entonces estaba sometido e instaura un orden nuevo.

El derrumbe de un régimen se efectúa por lo general en un tiempo relativamente breve: en pocos días la revolución de julio de 1830 sustituyó en Francia una dinastía por otra; en poco más de un año la revolución italiana de 1948; en seis o siete años la revolución francesa de 1789; en una docena de años la revolución inglesa de la mitad del siglo XVII. La revolución, y por lo tanto la demolición de hecho de un régimen político y social preexistente, es en realidad la culminación de una evolución anterior que se traduce en la realidad material rompiendo violentamente las formas sociales y la envoltura política que ha dejado de ser apta para contenerla. Acaba con el retorno a un estado normal, cuando la lucha ha cesado, ya porque la victoria permita a la revolución instaurar un nuevo régimen, ya porque su derrota parcial o total restaure en parte o totalmente lo antiguo, dando lugar a la contrarrevolución.

La característica principal por la que se puede decir que la revolución ha comenzado, es el apartamiento de la legalidad, la ruptura del equilibrio y la disciplina estatal, la acción impune y victoriosa de la calle contra la ley. Previamente a un hecho específico y resolutivo de este género no hay revo-



lución aún. Puede haber un estado de ánimo revolucionario, una preparación revolucionaria, una condición de cosas más o menos favorable a la revolución; pueden darse episodios más o menos favorables de revuelta, tentativas insurreccionales, huelgas violentas o no, demostraciones sangrientas, incluso, atentados, etc. Pero mientras la fuerza se encuentra de parte de la ley vieja y del viejo poder no se ha entrado todavía en el período revolucionario.

La lucha contra el Estado, defensor armado del régimen, es, pues, la condición SINE QUA NON de la revolución. Esta tiende a limitar lo más posible el poder del Estado y a desarrollar el espíritu de libertad; a impulsar hasta el máximo límite posible al pueblo, a los súbditos de la vispera, a los explotados y a los oprimidos, hacia el uso de todas las libertades individuales y colectivas.

LUIS FABBRI

## CROQUIS

## ESPINEL

TRES años más joven que Cervantes, doce más viejo que Lope de Vega. Nacido en Ronda, el 28 de diciembre de 1550 y muerto en Madrid el 4 de febrero de 1624. Sobrevive ocho años a Cervantes, estando ya uno y otro de punta. Primero Vicente Espinel fué el corrector de Lope de Vega, y más tarde Lope el censor de Vicente. Así, pues « Vida del Escudero Marcos de Obregón » pasó por el harnero del « Monstruo de la Naturaleza » antes de que la obra se impusiese. « Muchos días y algunos meses y años — dice el autor — estuve dudoso si echaría en el corro a este pobre Escudero, desnudo de partes y lleno de trabajos, que la confianza y desconfianza me hacían una muy trabada e interior guerra ». En las páginas del avisado Marcos hay abundantes pasajes de la tumultuosa existencia de Espinel durante cerca de un cuarto de siglo. Sale de su pueblo, con pocos dineros y un espadón colgando del tayalí — regalo paterno —, a fin de estudiar en la Universidad de Salamanca. Camino a prueba de peripecias, tropiezos y aprietos. Espinel tenía atractivo, tenía á ángel. En el prólogo al Escudero Marcos de José Mallorquí Figuerola encontramos dos fotografías de puño y letra del autor, una a saber :

« ...Tengo una ronca voz que acobarda, los pulmones y el pecho tan cerrados, bronca pronunciación, la lengua tarda, colérico el hablar o vizcaino, peor el disparar que una lombarda ».

Y otra :

« ...Con la gordura tengo un ser de monstruo, grande la cara, el cuello corto y ancho, los pechos gruesos, casi con calostros, los brazos cortos, muy orondo el pancho..., las piernas torpes, el andar de pato, y la carne al tabillo se me arrolla ».

..

Desamparó los estudios impulsado por la sed de aventuras, que era el mozo Espinel corrector de suyo y le recomía el deseo de ver mundo. Sin duda, los pasos de Marcos marcan el itinerario de Vicente de una parte a otra de España, lo que quiere decir que cató pan de muchos hornos. El pan de muchos hornos tiene otro sabor que el de uno y no nutre. Fué dos cosas esencialmente : poeta innovador — el de la « espinela » — y músico, que agregó a la guitarra la quinta cuerda. Algo gordo hizo, porque huyendo de los corchetes, estuvo en un humilladero, acobijado tras de congraciarse con el ermitaño. « Y para la averiguación de los delitos, el mayor y más evidente testigo es huir el rostro ». Soldado en Italia, andarique, catasalsas y, a la postre, fraile : esto no iba con su natural galante, con su espiritual barroquismo, y determinó secularizarse. Sus devaneos en Ronda, ejerciendo de peor modo que el arcipreste Juan Ruiz el sacerdocio, valiéronle repetidos castigos. Tenía tantos amigos y era tanta su simpatía que le perdonaban. Murió en Madrid a los 74 años, siendo capellán de Santa Catalina de los Donados.

..

¿Por qué Cervantes y Espinel dejaron de ser amigos? El terceto de Miguel de Cervantes a Vicente Espinel en el « Viaje al Parnaso » dice así :

Este aunque tiene parte de Zoylo,  
es el grande Espinel, que en la guitarra  
tiene la prima, y en el raro estilo.

Zoilo no es una flor halagüña, y por algo se la echa Cervantes. Siendo los enemigos de Miguel de Cervantes — el duque de Medina Sidonia, Lope de Vega, etc. — los favorecedores de Vicente Espinel, ¿qué mucho que el autor del « Quijote » y el de « Escudero Marcos » acabasen enemistados ?

..

Renato Lesage exprimió el Marcos de Obregón para escribir el « Gil Blas de Santillana », abuso que en España denunció el P. Isla y en Francia, en términos contundentes, Voltaire.

PUYOL

# LOS QUE PRESCINDIERON DEL DINERO

« ¡Amos, que si que andáis atrasaus los de Barcelona! »

CUANDO la imaginación se lanza hacia el futuro, es comprensible que, en plan de especulaciones mentales, se admitan muchas cosas bien distantes de la realidad, del vivir habitual. Se teje una urdimbre de sueños; y, aunque « los sueños, sueños son », al decir del poeta, es aventurado dar como imposible en el porvenir todo cuanto ahora pueda parecernos desplazado o inadecuado. ¿Qué sabemos de lo que el mañana puede deparar? De uno a otro siglo, ¡cuántos hechos, de una u otra naturaleza, que cien, que cincuenta años antes de ser una realidad, parecieron imposibles, se estimó su realización como un absurdo, como una utopía! Sin embargo, lo juzgado un día como utopía, encarna en el vivir cotidiano como algo perfectamente normal y razonado. Y pasa el tiempo; y las gentes se habitúan a lo que, de surgir de la tumba pasadas generaciones, sería para ellos un motivo de verdadero asombro, de inaudita sorpresa.

Bien sabemos que todo lo modifica el tiempo. Se alteran las costumbres, los modos de convivencia, las formas de organización social. Lo que, en una época, se consideró como un lujo, como algo de uso exclusivo para cierta categoría de gentes, con el advenimiento de nuevos tiempos, en la marcha del vivir, se va haciendo de uso corriente.

Y si todo cambia, todo se modifica; si aspiraciones que un día se creyó serían irrealizables, alcanzan, en un más allá plena realización, ¿quién puede negar que el vivir no ha de proseguir, como nos enseña el pasado, llevando a efecto, en su aspecto evolutivo, hondas transformaciones? ¿Cómo no hemos de creer que lo llamado por los biólogos, **mutaciones bruscas**, que, en el orden de lo social, pueden ser las revoluciones, dejen sentir su profundo influjo transformador en el vivir humano?

Caben, en lo que atañe a las hipótesis, las más contradictorias suposiciones. Por ejemplo: dentro de cincuenta o cien años, el champán puede estar al alcance de los ciudadanos en general; puede también, que una tal bebida no interese a nadie, y sea relegada al olvido su elaboración. Es posible que en el futuro cada uno pueda disponer de un perfecto autogiro; es posible también que el curso de la existencia no vaya a un ritmo tan acelerado como para sernos necesario el uso de tal aparato volador. Es creíble que la maldad, la obsesión de dominio que caracteriza a ciertas gentes, dé ocasión a que la guerra atómica y bacteriológica destruya las cuatro quintas partes de los humanos que poblamos el planeta; y es verosímil también que, cuantos, al dictado del Capitalismo y del Estado, han sido el ciego instrumento de criminales propósitos, se crucen de brazos y digan: « ¡Basta! » Y con esta gesta mag-

nífica, de comprensión y desobediencia, queden fundados los basamentos de una nueva organización social, de la que ahora no podemos más que tener una idea vaga.

En aspiraciones de justicia, proyectadas hacia el futuro, nadie como los anarquistas es posible que haya ido tan lejos, en el anhelo de humana perfección. Hay una considerable labor de propaganda que específica, de un modo amplio y comprensible, las modalidades que puede tener el ideal en una nueva, en un ambiente evolucionado. En este vasto conjunto de ideas, expuestas en libros, folletos, revistas y periódicos; difundidas en conferencias, en mítines, en asambleas, se habla de todo aquello que, a juicio de los anarquistas, representa un obstáculo para la estabilización de un régimen de equidad. Entre lo que más ha sido combatido se halla también el dinero. El dinero, que fomenta las más desordenadas pasiones; el dinero, que es factor de irritantes desigualdades en la vida económica de los seres humanos; el dinero, que incita a cometer el crimen individual y hasta el crimen colectivo; el dinero, que perturba conciencias y hace de muchos hombres seres abyectos.

Cabe preguntar: ¿Es que mañana se podrá vivir sin dinero? Queda apuntado lo que, en torno al mañana, puede suponerse. Y al igual que podemos admitir la verosimilitud de otras cosas, ¿por qué regla de tres ha de ser posible convencernos de que en el futuro ha de ser absolutamente necesario el dinero, sin admitir que sin él se pueda pasar?

Pero, hay algo más elocuente que esa oscilación mental del sí o el no, proyectada hacia el futuro. Hay algo, con relación al dinero, que no se puede olvidar; que está en el conjunto de recuerdos aleccionantes que un día han de servir para escribir magníficas páginas de historia social. El hecho es que en España, en nuestro período revolucionario del 36, hubo pueblos, hubo comarcas, en las que el dinero no tuvo valor. Hay por ahí muchos compañeros aragoneses que saben muy bien cómo se pudo establecer un nexo de relación, de uso a otro pueblo, de una comarca a otra comarca, sin necesidad del dinero.

En cierta ocasión, por motivos de información periodística, fuimos de Barcelona a Bujaraloz. El compañero que conducía el coche, se dirigió a una tienda del pueblo y pidió tres o cuatro pesetas de pan. Una anciana, encargada del reparto de comestibles, se le quedó mirando, y sonriendo le dijo: « ¡Amos, que si que andáis atrasaus los de Barcelona! ¿Pero es que allí aún tenéis dinero? » La buena mujer se extrañaba de que en la capital, de donde tantas cosas se habían contado, estuviéramos aún enzarzados con el dinero, en tanto que, en muchos pueblos aragoneses no circulaba; y todos vivían bien. La mujer le dió pan y advirtió a nues-

tro compañero que podía guardarse el dinero ya que por allí no le haría falta.

Hubo ensayos de organización económica, de tipo libertario, en distintas regiones, mas, donde seguramente alcanzaron mayor duración y eficiencia fue en Aragón. Comarcales, compuestas de varios pueblos, tenían resuelto el problema de la distribución. En uno de los pueblos, de tal o cual comarca, estaba localizada la recogida y almacenaje de productos de todas las localidades comarcanas. Desde allí se hacía la distribución pertinente. El excedente de hortalizas, cereales, vino, aceite, ganado, o cualquier otro producto, que pudiera haber en una o en otra localidad, pasaban al Consejo Comarcal, quien, cubiertas las necesidades de la comarca, llevaba a efecto intercambios de trigo, aceite, o lo que fuere, con tejidos, calzado, herramientas, etc., procedentes de otras regiones. Y en este plan de intercambios y de ayuda mutua, que ya ha habido quienes han puesto de relieve de un modo minucioso, pasaron semanas y meses, sin tener necesidad del dinero. Había fe, se tenía entusiasmo, todos trabajaban con ahinco; y se procuraba, de la mejor manera posible, vencer las dificultades que las circunstancias motivaban.

Es comprensible que hubiera deficiencias. Se vivía cerca de los frentes, se tropezaba con la falta de transportes, había inexperiencia, no faltaban elementos fascistas emboscados, que hacían todo cuanto podían por entorpecer la obra revolucionaria. Pero es lo cierto, que económicamente tenían resueltas sus necesidades sin recurrir al dinero. Y, ateniéndose a lo de que « no sólo de pan vive el hombre », en la casa del Sindicato, de la Colectividad, o del Ateneo, había libros, revistas y periódicos, que también se habían adquirido sin dinero, y que estaban a la disposición de todos.

Puede alegarse que la vida en un pueblo campesino es bastante menos compleja que la de una populosa capital. Es cierto, mas, en tal caso, el problema a dilucidar sería el de la distribución. Además, si proyectamos nuestras miras hacia el futuro, posiblemente entonces se busque evitar la crea-

ción de núcleos densos en población. Téngase en cuenta que actualmente, en los planes modernos de urbanismo, se tiende a descongestionar las capitales, creando pequeñas poblaciones alrededor de las grandes ciudades. En lo concerniente al trabajo industrial, ya sabemos que el capitalismo, en su batallar en pos de adquirir nuevos mercados y superar al competidor, haciendo frente a la concurrencia nacional o del exterior, ha creado esos grandes talleres, esas fábricas imponentes en donde trabajan miles de obreros. En el futuro, y suponiendo que la sociedad se desenvuelve de un modo acorde con nuestro sentir de libertarios, no serán necesarias tales aglomeraciones industriales, puesto que no existirá, en tal caso, la competencia industrial y la explotación del hombre por el hombre. Con todo lo cual, sacamos la conclusión de que la vida ha de quedar mucho más simplificada para los efectos de la supresión del vil metal.

Puede argüirse que de no existir el dinero, será menester poner en uso vales, bonos, o algo que emane del Municipio, del Sindicato, de la Cooperativa o de la Colectividad. ¡Ah, en tal caso, ya no es dinero! No sabemos si, en el orden económico, las necesidades individuales y colectivas podrán satisfacerse libremente o mediante la garantía de algo. Pero, aun suponiendo que se hiciera uso de unos vales o algo parecido, ello acreditaría que su poseedor era un elemento productor en la colectividad social, integrada por elementos útiles a la sociedad, y, por tanto, al bienestar común. Huelga decir quienes son ahora los que benefician de toda suerte de comodidades, cual es el rol social que desempeñan y cuales las causas determinantes de que tales seres vivan de lo que los demás producen y lleven una existencia de verdaderos parásitos.

Quienes, en diversas comarcas aragonesas, supieron prescindir del dinero, cortaron el parasitismo social. Los que en el futuro lleguen a hacer lo propio, es verosímil que han de conseguirlo también; y muy posiblemente, de un modo definitivo.

FONTAURA



# DE MI CALENDARIO

6 de enero

**C**IERTAS obras de teatro rebasan los marcos rígidos de las normas clásicas de la dramaturgia. No se las puede clasificar en un determinado sector del arte que cobrará su expresión viva sobre las planchas del escenario. Sus autores no son « especialistas » que sepan arreglar un drama o una comedia según fórmulas consagradas, sin ignorar lo que suele llamarse el gusto del público. Este gusto es relativo, es caprichoso, efímero y por eso no sirve a los verdaderos creadores de valores éticos y estéticos en la orientación temática y, al menos, en la elección del « argumento ».

« El baile de los leprosos » es una de estas obras escrita por médico y psicoanalista, el Dr. Ludwig Berghoff, preocupado por el destino del hombre. Se trata, pues, de un problema de conciencia, expuesto en una forma que no es un guión de film, ni una genuina pieza de teatro. Sin embargo, es a la vez un film porque ciertos momentos de la acción (la rebelión de los leprosos, que en la noche del baile de beneficencia organizado por la alta sociedad, irrumpen con sus llagas y caras corroidas) exigen los amplios medios técnicos del cinema; y, por otra parte, algunos episodios necesitan ese desarrollo en profundidad, con transposición en la perspectiva universal de la lucha contra el mal que puede ser tan físico como moral, individual y social. Por eso el autor señala su obra como « film y pieza de teatro ».

De todos modos, esta obra es impresionante por la simple lectura, ya que nadie se atrevió hasta ahora a llevar al escenario una leprosería en toda su amplitud y con todos sus horrendos pormenores. Pero ya tiene su lugar en la colección, más bien escasa, de trabajos relacionados a la medicina social. Sus problemas pueden ser expuestos en su doble aspecto, como lo hace el autor: el histórico y social, tan vasto y « espectacular » como los padecimientos de la humanidad y como sus empeños contra la naturaleza — y en ese otro aspecto, interior, ya que todos los problemas de medicina social están hondamente arraigados en la conciencia y el alma del individuo esclarecido, que no puede ignorar los flagelos que azotan a sus semejantes.

El tema central de la pieza: los empeños del doctor Alsen para descubrir un medio de curación radical de la lepra, no es meramente profesional; está enlazado con todas las realidades sociales, políticas y económicas de la humanidad misma. El autor tuvo la valentía de superar los límites (convencionales) de la « disciplina » médica, para hacer resaltar — por la acción a la vez trágica y aun fantástica de la obra — el destino del hombre en incesante lucha contra el sufrimiento y la muerte. Esta lucha tiende también a la liberación de

las opresiones políticas y las injusticias sociales. Sus personajes son reales, pero también simbólicos, representantes de varias capas de la sociedad, desde el rey hasta el obrero, desde la masa hasta sus verdaderas « élites » culturales.

Así, la acción se desenvuelve con dramática intensidad, en los dominios de la ciencia, de las realidades exteriores, y con los escondrijos del corazón y de la mente. La lepra es tan física como moral. No faltan las « intrigas » del amor, entretreídas en la urdimbre de los conflictos sociales. Todas las pasiones de los hombres sanos se manifiestan con mayor virulencia en el mundo de los enfermos, de aquellos devorados por una plaga que parece incurable, de los desfigurados y lisiados que quieren vivir y amar, resistiendo con encarnizamiento aquello que los espíritus mediocres o resignados llaman « fatalidad ». Ellos se rebelan contra la tiranía de sus propias fatalidades corporales y sociales, biológicas y aun biocósmicas. Si el autor ha mostrado en toda desnudez la máscara horrenda del leproso físico, él ha arrancado también la máscara artificial del leproso moral, para descubrir finalmente detrás de sus apariencias la cara idealizada — comprensiva y compasiva — del Hombre fraternal, de todas partes y de siempre.



17 de abril

Natsume Soseki es uno de los representantes prominentes de la literatura japonesa moderna, que ha tomado de la cultura europea algunos conceptos y métodos de expresión, conservando no obstante una notable originalidad. Nacido en Tokio de una familia de Samurais, ha sido criado en una familia pobre. Hizo buenos estudios. Como profesor de Liceo, vivió en varias ciudades del Japón. Retirado por algún tiempo en un templo budista, volvió a enseñar en colegios. En 1900 le enviaron — más bien contra su voluntad — a Inglaterra para seguir estudiando. No le agradaban las costumbres occidentales. De regreso a Tokio fue nombrado profesor de literatura inglesa en la Universidad imperial. Empezó entonces a escribir sus obras literarias. Carrera breve, apenas trece años, pero intensa, fructífera, renovadora. Después de un período romántico y otro de transición, el período realista corresponde a su madurez de escritor. Falleció en 1916, antes de cumplir cincuenta años.

Lo que para un literato japonés es una gran cualidad, se convierte en defecto para un europeo. Es difícil transponer, en una traducción, la perfección estilística de Natsume Soseki (yo lo he leído en la versión francesa de R. Martinic) arraigado en la cultura clásica, es decir, en la China que tiene en el Japón el papel de la cultura latina y griega en Europa. Soseki posee también un



agudo sentido del humor, lo que se manifiesta raras veces en los escritores japoneses. Sus dones de observación y de análisis lo han acercado a los padecimientos humanos Samurai por nacimiento, él no estaba sin embargo al lado de los aristócratas, practicando la abnegación « según el ejemplo del Cielo », como aconseja una máxima china. Pese a su cultura occidental, se ha mantenido como un verdadero artista oriental. Algunas de sus obras, particularmente los sutiles cuentos, están considerados como « inaccesibles » a los europeos.

En « La Puerta », una novela extensa, la acción es tan lenta, extraviada en pormenores, en interminable suceder de imágenes y episodios, que un europeo no podría leerla si no fuera advertido que el encanto de esta obra consiste precisamente en esta atmósfera específica, pintoresca y minuciosa de la vida familiar japonesa. El héroe, Sosuko, es

un joven empleado que lleva con su esposa una existencia mediocre, muy limitada, arreglada como un reloj, insípida como la nada. Le falta la voluntad. Tuvo la suerte de no ser despedido — y todo y todas se desenvuelven en una fastidiosa uniformidad, despacio, despacio. El destino lo arrastra como un río manso. Una sola vez ha tratado de evadirse de esta agobiadora monotonía. Hizo alarde de voluntad, pidiendo a un portero que le abriera la puerta. Pero el portero se quedó inmóvil... Su única tentativa de libre acción ha fracasado. La vida lo ha apresado nuevamente con sus costumbres y rutinas. Pero el autor ha escrito páginas chispeantes de humor, que prestan fino sabor a un « argumento » tan elemental, carente de lo que gusta al occidental mediano : lo espectacular y lo sensacional.

EUGEN RELGIS

# El estado

**A**SI como las cosas con las cuales estamos y hemos estado siempre íntimamente unidos — aquéllas que por la fuerza de la costumbre no constituyen sino una con nosotros —, son precisamente las que más trabajo nos cuesta darnos cuenta, del mismo modo la esencia del Estado ha permanecido, hasta el presente, una cosa bastante oscura para la ciencia. Ciertamente, las « definiciones » del Estado no faltan; hay, de esas definiciones, en montón, casi tantas como profesores de derecho político, pero es vano generalmente buscar definiciones exactas en los tratados y en los sistemas de ciencia política.

La escolástica moderna ha devanado la definición del Estado hasta el punto de hacer de ella toda una doctrina especial. Von Rottenburg ha publicado en Berlín el « primer volumen » de una obra « sobre la noción del Estado ». Hay también ya una historia de esta doctrina y una « metódica » de esta misma doctrina : ¿una ciencia del método que le conviene! ¡No falta más que una « definición » de esta doctrina de la definición del Estado! Ni que decir tiene que, con todo eso, en lugar de avanzar, nos atascamos. Unos se contentan con una frase general; dicen, por ejemplo, que el Estado es « la personalidad del pueblo organizada » (Bluntschli), o que es « la forma más elevada de la personalidad », o « el organismo de la libertad »; otros salen del paso con una imagen, una comparación o una analogía, diciendo, por ejemplo, que el Estado es un « ser viviente », un « organismo », etc. Kies hace observar con razón, a propósito de este organismo, que « es siempre una cosa fastidiosa y una prueba de oscuridad en los pensamientos hablar por imágenes y comparaciones cuando se trata de nociones científicas ». Se realiza un gran progreso cuando Schulze, en un párrafo sobre « la manera de proceder para definir el Estado », afirma : « Se trata de separar, en la abundancia de los fenómenos históricos, lo que es esencial de lo que no lo es ». He aquí la definición a la cual Schulze llega después de haber investigado metódicamente los caracteres del Estado en la historia : « El Estado es la reunión de un pueblo sedentario en una colectividad orgánica, bajo un poder superior y bajo una constitución determinada, para alcanzar todos los fines comunes de la vida nacional, particularmente para establecer el orden jurídico. »

Esta definición sería mucho mejor si se eliminaran de ella ciertas superficialidades, por ejemplo, las palabras « en una colectividad orgánica », porque la noción un poco nebulosa que encierran está ya implicada en las palabras precedentes : « de un pueblo sedentario ». Decir « pueblo » y añadir « sedentario », trae consigo « colectividad orgánica ». Por otra parte, el pueblo sedentario no puede existir sin que el Estado exista : un « pueblo sedentario » no tiene ya que « reunirse » en un Estado. Del mismo modo, era superfluo mencionar la « constitución », porque, si se entiende por tal una constitución escrita, éste no es un carácter necesario para un Estado; si se piensa en una constitución no escrita, ésta está ya contenida en la noción de « pueblo sedentario ».

Si los profesores de derecho político no admitieran realmente en la definición del Estado sino los caracteres esenciales que se encuentran siempre y por todas partes en todos los Estados, estarían muy pronto de acuerdo sobre este punto, porque no hay sino dos caracteres de este género : todo Estado es un conjunto de instituciones que tienen por fin la dominación de cierto número de hombres sobre otros hombres, y esta dominación es siempre ejercida por una **minoría** sobre una **mayoría**. El Estado es, pues, una organización de la supremacía de una minoría sobre una mayoría. He ahí la única definición exacta del Estado, la única que conviene a todos los Estados en general y a cada Estado en particular.

LUIS GUMPLIEWICZ

# Ante el desarreglo del mundo **EL ANARQUISMO,** **UNICA SOLUCION EFECTIVA**

(CONTINUACION)

Un estudio de **JUAN FERRER**

## 5. — EL MAL DE DONDE PROCEDE

**P**ORQUE los españoles hemos practicado una honrosa política de descamisados, convirtiendo la calle en escenario, en lugar de comprimarnos en la estrechez de los salones, los movimientos intelectual y obrerista exteriores apenas si conceden valor a nuestros episodios de una gran fuerza emocional y popular. Sin embargo, es difícil hallar en la historia general del proletariado moderno otra gesta ejemplar como la de 1936 en España.

Frente a la amenaza fascista, la democracia obrera y los conglomerados comunistas reaccionaron mal. Desconocemos el país en que ambos factores hayan resistido con eficacia el peligro de absorción totalitaria. A lo sumo resistencias débiles y esporádicas, o cortas y sin esperanza, como ocurrió en Austria. Por su mala disposición o por tratarse de dos movimientos parejos en depredación y anquilosamiento, el socialismo y el comunismo italianos no pudieron afrontar a las abigarradas y no inventibles pandillas capitaneadas por el declamante Mussolini. Hay que rendir homenaje a los grupos activistas que defendieron bravamente las vidas de sus componentes y los centros obreros. Pero en calidad de reacción colectiva, dejamos dicho que el obrerismo italiano no estuvo a la altura de las circunstancias. Por este motivo Mussolini y los suyos, sin significar un alud irresistible, hicieron tragar toneladas de ricino y pudieron apalear y matar a obreros conscientes sin atenderse a la réplica merecida. Los militantes del antifascismo fueron cayendo al ejemplo de Matteoti, sin que la ira de un pueblo así maltratado se manifestara con aplomo también mortal. Los millones de afectos a las dos ramas marxistas fallaron en el momento preciso, siendo su responsabilidad grandísima habida cuenta que desde Italia se estimuló luego al fascismo internacional.

No se puede argüir que el anarcosindicalismo de aquel país esté igualmente incurso en responsabilidad. El desastre de 1922 no se hubiese producido si los anarquistas y la Unione Sindacale Italiana hubiesen arrastrado tras sí un importante volumen de adhesiones. Lamentablemente, los efectivos sindical-libertarios de aquella época no iban más allá de cuarenta mil hombres esparcidos a lo largo de la península. La resistencia de éstos fue todo lo que podía ser : esporádica.

Concretamente, Italia cedió al fascismo sin resistencia apreciable, pudiendo Mussolini presumir de la adhesión de un pueblo que, si no le seguía, cuando menos dejaba hacer. ¡Qué falta de visión o de entendimiento fue ésa de los amigos italianos en

el momento más peligroso que han atravesado! Porque temple lo había en ellos, lo que se pudo apreciar en los frentes de España. Allí, los italianos se comportaron con voluntad y arrojo. Esta valentía, empleada a tiempo en su país, ¿no habría convertido la cantada y decantada marcha sobre Roma en una especie de desastre de Brihuega?

Como hemos apuntado, tampoco Austria fué afortunada en su oposición a los afanes totalitarios del católico Dollfus. Habiendo disfrutado del poder durante unos años, la socialdemocracia austriaca no podía perder la partida. Cuando la reacción se levantó en armas, utilizando los arsenales del Estado (la misma historia que en España), el pueblo podía estar armado hasta los dientes e incluso tener minados los resortes cuarteleros. Los dirigentes izquierdistas habían obrado con exceso de confianza y los dirigidos también. Hasta que la hiena, afilados los colmillos, se les echó encima, obligándoles a una desesperada resistencia de dos días, simbolizada en la defensa de la casa-bloque «Carlos Marx».

Alemania siguió peor camino, a despecho de sus catorce millones de votantes republicanos marxistas, de un majestuoso frente lírico de izquierdas, de sus centenares de diputados antinazis, de los capitales obreros importantísimos, y a pesar de haber usufructuado la jefatura del Estado y la dirección del Gabinete federal. Es muy grave que, no habiendo sido cogidos de improviso, los contrincantes del nacionalsocialismo no prepararan una defensa mejor. Liebknecht y la Luxemburg cayeron abatidos por la « Mano Negra » prusiana, como Erzberger, Kurt Eisner y Stresseman. Estos avisos fueron lo suficientemente elocuentes para que los elementos avanzados los pudieran desconsiderar. ¿Qué ocurrió entonces en la Alemania pre-nazi?

Que los gobernantes obreristas hicieron el juego al Capitalismo abatiendo revoluciones y revolucionarios, sembrando el desconcierto entre los trabajadores. El servicio que los políticos de izquierda alemanes rindieron a la causa de los « junkers » es inmenso, y ninguna razón divina ni humana puede aligerarles del peso de su culpabilidad. Aparte la anulación de Alemania como país civilizado (no exageramos : téngase presente la existencia de la Gestapo, de las fuerzas SS. y S.A. de los campos de exterminio y la anulación de todos los derechos y la renuncia al sentido de humanidad), está la pérdida de los valores morales y económicos, el sacrificio de cincuenta millones de criaturas humanas, el martirio de millones de familias y el hambre, la inmoralidad y el escepticismo que en la presente postguerra imperan por todo. Sin la cobardía (ahorramos adrede el mote « traición ») de los jefes po-

líticos, tal vez las camisas pardas no se hubiesen impuesto, evitándose, como consecuencia, el martirio del pueblo alemán y de los demás pueblos comprendidos en las esferas de ocupación y guerra.

El obrerismo parlamentario que aún persiste en sus campañas de castración social o de incapacitación revolucionaria de los trabajadores, que piensan en las profundas amarguras que el gregarismo o la inconsciencia de las masas les han proporcionado a la Humanidad. La revolución más violenta y transformadora no hubiese amontonado cincuenta millones de cadáveres, posibilitando, en cambio, una era de paz definitiva. Inversamente, la posición revolucionaria de los productores facilitó la entronización de un hatajo de locos que postraron a los pueblos, maltrechos y envilecidos, a sus herrados pies.

Hay que acabar con el conformismo, con el ovejismo. Las lecciones recibidas son demasiado duras para ser olvidadas. En adelante, la Humanidad no debe continuar expuesta, por error o por tibieza, a una recaída que podría alcanzar consecuencias catastróficas.

Indefectiblemente, por la vía parlamentaria los pueblos peligran de ser abocados a una nueva y más terrible guerra, mientras que por la revolución conseguirían paz y bienestar efectivos.

## 6.—EL PROBLEMA DE ESPAÑA

Si la ascensión del fascismo en Italia y Alemania fue cumplida con facilidad matemática, en España los acontecimientos se debían producir de muy distinta manera. Por carencia de doblez y firmeza de carácter, al español le estaba reservado demostrar a las potencias totalitarias y a las vacilantes democracias lo que puede un pueblo cuando no está dispuesto a dejarse enyugar. Por experiencias de 1909, 1917, 1920-22, 1923, 1930 y 1934, la España cuartelera y clerical pudo suponer que la resistencia del Pueblo a sus propósitos de dictadura feroz se limitaría, a lo sumo, a una semana de escaramuzas. Después sería la desbandada y la caza del ciudadano-conejo ejercitada a gusto y placer. El régimen fascista podría ser establecido rápidamente y en condiciones de la máxima seguridad.

Esta es la promesa que Sanjurjo trajo de Berlín en 1934, y la que Goicoechea, Olazábal, Lizarza y el general Barrera repitieron el mismo año en Roma, previa obtención de fondos y promesa de material bélico y carne de cañón.

Afectados de ceguera, militares, falangistas y curas subestimaron el «élan» combativo de los hombres de la Confederación Nacional del Trabajo. Acostumbrados a interpretar la Historia de España a su favor, se limitaron a señalar con yeso rojo a las escasas fuerzas de Orden público que podían revelarse afectas al Gobierno republicano. Lo demás, nada: un salto de descamisados fanáticos de la pistola. Las ametralladoras y los cañones de los insurgentes darian pronto cuenta de ellos.

Vana esperanza. Con todos sus errores, la Federación Anarquista Ibérica tiene en su haber la preparación bélica de los cuadros efectivos de la C.N.T.; el haber creado una sicosis de combate

entre el elemento disconforme, siempre abundante en terreno español. No bien entrados en rebeldía, Ejército y Falange recibieron la réplica contundente y audaz de los «pistoleros» de la F.A.I. Entusiasmados por semejante ayuda, los agentes del Gobierno cumplieron, en varios lugares, con su deber. Sorprendidos y batidos, los insurrectos rindieron pellejo cuando no tuvieron el valor del suicidio. Esta fue la sorpresa que la España confederal y antifascista reservó a los sublevados y a sus amos de Roma y Berlín, y éste fue el inicio de una profunda renovación social. Lejos de regresar, la vida del país iba a experimentar un empuje que superaría toda previsión. La reacción, agazapada en las regiones más pobres de España, sería destruída a pesar de todas las resistencias. La Iglesia y el Cuartel habían jugado al todo y se iban a quedar sin nada. Por su torpeza, el fascismo había abierto en España la era de la Revolución Social. Por el fuego se quería regresar a la Edad Media, y el fuego nos aportaba la Anarquía. La inversidad de lo que se esperaba sorprendió tanto al Eje como a las potencias llamadas democráticas. Pasado el primer momento de estupor, más o menos recatadamente, los Estados se decidieron por la causa del inquisitorial Franco. El miedo al ejemplo español indujo a todas las naciones, menos a dos, a combatirnos. Los Estados negros ayudarían rápidamente y descaradamente a las fuerzas reaccionarias, y los Estados rosas aplicarían a la España leal boicó severo. Para ello inventaron las democracias el sistema de asfixia llamado «no intervención». El ejército insurrecto acumulaba armas, hombres, viveres y dinero para la intriga, mientras las Milicias del Pueblo se veían reducidas a su propio y escaso elemento. Andando los meses, las tropas franquistas se recobrarían de su inicial supor, al tiempo que los «rojos» (hasta la prensa liberal extranjera se aficionó a la lexicografía fascista) entraríamos en déficit de todo gracias al vacío internacional. El tiempo trabajaría en favor del enemigo, pero el tiempo, en aquella ocasión, estuvo manipulado por la invisible coacción democrático-totalitaria puesta en jarras para acabar con el irreverente pigmeo que nosotros fuimos frente a la internacionalidad.

Nuestra desdicha —creemos haberlo insinuado— no parte exclusivamente de Franco y sus mandatarios. Los Estados liberales y las masas obreras de todos los países llevan gran parte de responsabilidad en el descalabro que luego sufrimos.

Ello, no obstante, hemos brindado ejemplo al mundo que no se entiende, que no halla la puerta de salida a su complicada situación. De la noche a la mañana, los productores de media España nos encontramos con la responsabilidad del país en la palma de la mano. Lejos de vacilar, aceptamos corajudos el riesgo de la empresa. Fuimos osados y dimos cara a los difíciles problemas de nuestro interior. La técnica burguesa, generalmente poca amiga de los trabajadores, correspondió lo menos que pudo. Por todas partes se levantaron obstáculos, impedimentos y resistencias. El desamor y la pésima disposición de los funcionarios impedían el aprovisionamiento o la repartición normal de las

materias primas. Con éstas se hacía política de partido. Las Colectividades de trabajo libres chocaban con más dificultades: el bloqueo franquista y la enemiga de un Gobierno leal que para nosotros no lo era. Para los libertarios, artífices de la Revolución, no había lealtad posible. Entretanto, la reacción internacional seguía colmando de material los parques del ejército enemigo. Italianos, alemanes e irlandeses seguían afluyendo a docenas de millares a los puertos insurrectos. La situación se traducía en angustiosa en los frentes y en la retaguardia. Y, no obstante, los trabajadores conscientes de su deber, seguían empleándose con ardor en provechosas ocupaciones. Por ellos no perderíamos la guerra. Los que batieron el cobre en las líneas de fuego conocen bien la calidad del sacrificio del verdadero antifascismo de retaguardia. Saben que no sólo era ocasión de mover el torno y de fecundar la tierra. Había, además, que aguzar el ingenio, improvisar, discutir en oficinas rebosando gente que no producía y que apenas dejaba producir. El triunfo momentáneo del 19 de julio, en general fue de factura cenetista. La derrota la consiguieron los burócratas y los agentes de partido. Los metales no llegaban a la fragua ni al surco los abonos. Sí. Taller y campo sostenían un emblema: C.N.T. El aceite y el vino permanecían en sus tinajas en espera del asalto fascista, en tanto que la ciudadanía no podía rociar. Pan, patatas, arroz, carne, de todo se carecía en los hogares humildes, pero en los comedores de los ricos y de los situados, no. Los paquetes «standard» que venían del extranjero fueron tan familiares en los hogares de los funcionarios como desconocidos de las familias trabajadoras y de los deudos de los combatientes. Cosas ingratas éstas que no incitan, ciertamente, a recordar.

Si la Revolución no hubiese degenerado en guerra habría sido otro cantar. Los ejemplos de capacidad reconstructiva, que apesar de todo fueron prodigados, se habrían multiplicado y aunado en un propósito de verídica socialización. El sistema burgués había quebrado el 19 de julio, y esta conquista gustada exigirá una repetición. Somos opulentos en experiencias, conocemos la fórmula de la voluntad. Con ambos elementos se consigue cuanto se posee, y por ellos se podrá alcanzar abundancia y eterna libertad. En otra ocasión, superada la crisis negativa, movilizaremos hombres y recursos para el trabajo y por poco que el acierto nos acompañe, alcanzaremos una perfección que sorprenderá a los ignorantes de nuestro poder y de la fuerza de nuestra obstinación. No se trata de lirismos, de argumentaciones teatrales. Somos gente probada en el yunque de la adversidad y artífices de orgullosas realidades. Vale mucho lo nuestro. Cuanto más tiempo pasa, más claro vemos el porvenir del mundo en nuestras manos.

Nadie será capaz de borrar los ejemplos desprendidos, cual brillantes, de una situación desfavorable. Conocimos una Colectividad de la Madera de ingreso voluntario. La marcha normal y ascendente de aquella libre asociación de trabajo cautivó al resto de los patronos, al extremo de que se integraron, sin coacción alguna, al magnífico ta-

ller comunal. El Ramo de la Edificación tuvo un buen cuidado la urbanización e higiene de la ciudad en su aspecto habitativo. Las casas infectas fueron derribadas, algunas calles rectificadas, varios talleres de modernista, los conventos adaptados a las necesidades públicas y ya estaban planeados hermosos proyectos para el porvenir. El Arte Rodado cumplía al momento los encargos industriales, particulares, y de guerra, y si algún resorte fallaba en su diario trasiego era por defectos de circunstancias, jamás por falta de voluntad. Los campesinos establecieron colmena social en dos grandes propiedades incautadas, añadiendo las suyas particulares al lote de tierra común. Esta comunidad de trabajo fue un modelo de organización y laboriosidad. El Comité Revolucionario de la localidad instituyó un Centro de Producción Lechera sin participación de la mayoría de los productores, aferrados ellos a un cable de salvación: la patronal anagrafiada GEPCCI. La leche de nuestra vaquería se ofreció al consumo diario en las condiciones de máxima nutrición y pureza (30, 30,50 y 31 grados) salida de una cuadra moderna, sujeta a limpieza ejemplar. Por el contrario, la leche bendecida por curas rojos salía de teta (por milagro de las sales) a 28,50 grados máximo. Agua-leches lo eran gepccianos y partido protector en todos los aspectos. La Granja Agrícola de la Revolución fue otro ejemplo de disposición creadora. Con sargentos en cabeza la obra hubiese perecido en embrión. Con amor de pueblo y conciencia en el trabajo, la Granja dio el fruto apetecido. Ningún esfuerzo fue regateado, siendo el establecimiento montado con arreglo a las delicadas exigencias de la técnica de crianza de aves. Ocho mil hermosas gallinas raza Prat fueron consumidas por el Ejército republicano en retirada, antes que cayeran en poder de las tropas del Eje. El Hospital Comarcal fue transformado en su aspecto externo y en su régimen interior. El ambiente monacal de antes fue liquidado rápidamente y arrancadas las rejas presidiarias. Grandes aberturas fueron practicadas para dar paso al sol y con él a la alegría del vivir. El blanco esmaltado ennobleció aquellas paredes hasta entonces cubiertas con un limo de dolor. Gracias a la Revolución, la casa de los enfermos respiró optimismo y humanidad. Los hospitalizados no presenciaban estampas milagreras, pero llevaban el Comité Revolucionario y a las compañeras responsables grabados en su corazón. Un proyecto de pantano, viejo de treinta años, entró en vías de ejecución. De no sobrevenir la derrota, a estas horas unas tierras habrían diluido sus asperosidades al contacto con las aguas. Con seis millones de pesetas habríamos obtenido un embalse capaz para 24 millones de metros cúbicos del líquido elemento, y un valle estepario se habría convertido en vergel. Los servicios de electricidad, gas y agua funcionaron al cuidado específico de los obreros. La metalurgia trabajo sin amos, y el textil bajo la dirección conjunta de expertos y manuales.

Roto el orden de la burguesía, la sociedad no se hundió y aprendió normas nuevas y equitativas de organización.

Sin elemento policiaco, desaparecieron los ladrones; sin Guardia Civil, los asesinos.

Una localidad de 4.000 habitantes se confió absolutamente a los servicios de la C.N.T. En Política y en Economía. Fue la cola de la Primera Internacional. El Ayuntamiento consistió, prácticamente, hasta mayo de 1937, en un Comité Popular emanado del y al servicio del Pueblo. El comercio fue absorbido por un sistema de cooperación en el que participaron todos los ciudadanos, a excepción del indispensable grupito de refractarios. Cuando éstos, por presión exterior, pudieron afirmarse, los hombres más queridos del vecindario fueron encarcelados, y así la villa perdió tranquilidad y conoció el hambre.

En Torroella de Montgri nos apeamos sin conocimiento preciso del lugar. Las industrias socializadas CNT-AIT nos condujeron a sitio con sus rótulos indicativos. Llegamos a la Federación Local, ciertamente convertida en Municipio libre. Aquello era la central de las actividades provechosas, el nudo de relación y solidaridad entre las diversas ramas del trabajo. En Torroella, gracias a la Revolución, no se conocía persona ni familia indigente. Todo ser válido rendía tributo a las labores, y en la hora del yantar ningún plato carecía de ración. Las industrias y la tierra estaban sólidamente entrelazadas y el desenvolvimiento de la vida, sin la sombra maldita de la guerra, había sido normal en grado superlativo.

En Emporium vimos repetir la suerte de perfección colectiva de Torroella, aquí con visos de socialización campesina. Jamás las tierras de estos pueblos habían sido tratadas con más cariño y asiduidad. Los viejos trabajadores se reunían al sol de las plazas, confortados por un régimen social que se consideraba obligado a atenderlos sin humillación ni encierro. Esta plasmación de la moral anarquista en la carne viva de la Sociedad ha dejado rastro indeleble en los espíritus, y con bestia-

lidad falangista de por medio, menos aún se podrá extirpar.

En Rosas, las barcas pescadoras carecieron de dueño, puesto que dueña lo era la colectividad. Rosas tuvo arreglos en el puerto, hospital científicamente organizado, puente nuevo, calles en orden y participación guerrera gracias al aporte de una industria —la pesquera— que había dejado de ser particular.

En la Escala, los compañeros, además de su régimen colectivista, establecieron un Centro de preparación espiritual, que fue confiado a los cuidados de un meritísimo militante, buen artista y hellenista empedernido. La magnífica biblioteca, decorada al gusto profundo y discreto, contenía 10.000 volúmenes tratando las más diversas materias. Graciosas estatuillas y lozas de mérito obtenían colocación exacta en la coronación de un mueble o en la cúspide de un tripode angular. Este rincón ateniense —que evocamos con cariño por habernos facilitado la labor de toda una noche bañados en efluvios de arte y polvo de eternidad—, disponía también de salones para conciertos, conferencias, exposiciones y tertulias. El mayor home-naje que el salvajismo, de quien sea, puede haberle dedicado, es la destrucción de este nido de espiritualidad.

Y así, cada pueblo, comarca y región podrían expresar la obra de los compañeros, asistidos entusiásticamente de las masas populares, lo que sin duda un día se hará para ilustración de ignorantes y estímulo de insatisfechos.

Perdimos, en el orden material, abrumados por doscientos millones de enemigos y abandonados por la casi totalidad de los considerados amigos. Pero moralmente, los españoles hemos triunfado. Nuestra lección es única y de gran clase, y los pueblos, si tratan de superarse, la tendrán que considerar.

(Continuará.)

## INGENUAS PICANTES

Cuando menos lo esperaba, cierto político se vio destinado para ocupar un puesto de ministro en el gobierno que se estaba formando.

—En cuanto me lo anunciaron, solía decir, telefoneé a mi señora para ver el efecto que le hacía.

—¿Te gustaría, le pregunté, ser la mujer de un ministro?

Mi señora reflexionó y al cabo de un momento me preguntó:

—¿De cuál?



## POR UNA CONDUCTA HUMANA MEJOR

# La voluntad libertaria

« La verdad nos salvará », afirma Ricardo Mella. Estamos seguros : con sinceridad y amor, con voluntad de hacer todo el bien que pensamos y sentimos, podemos salvarnos de la bestialidad heredada, de las miserias de todas las clases, de origen social y psicológico, en particular, y de la guerra, que es decir salvar de la muerte prematura a nuestra especie.

Es por lo que luchamos los libertarios : por el triunfo de la Verdad. Ciertamente que la Ciencia es el símbolo material y más claro de aquélla, de la Verdad sin tapujos, que se observa y comprueba, pero también son verdad el Arte y la Moral, que van, incansable, en busca de la Belleza y del Bien, respectivamente, expresando ideales limpios, bellos y buenos, de superación y perfección en todas las actividades humanas. O han de serlo para no traicionar la Verdad o ser remedos de ésta. Y se complementan, como debieran complementarse, sin contradecirse y menos negarse u oponerse, lo objetivo y lo subjetivo del ser humano formando en él armonía, unidad de vida, equilibrio psicológico, mental, sensible, afectivo y emocional, elevado, noble y constructivo.

La vida normal, armónica, equilibrada, de la persona humana sólo puede lograrse disfrutando de Libertad madre de la Verdad, que engloba todas las verdades simples y complejas, útiles, bellas y morales, buenas, que convergen aunque sigan por distintas rutas científicas, estéticas y éticas siempre libres y luminosas. Pero sin Libertad integral, que el mundo autoritario impide la disfruten los individuos humanos y los pueblos, la Verdad no puede desarrollarse y crecer plena y esplendorosamente como se desarrolla en las ramas de la tecnología y de la ciencia atómica, que le conviene al precitado mundo de la tiranía y de la expoliación para aumentar sus fuerzas autoritarias.

La Mentira no resiste el contraste con la Verdad desnuda, atrayente y hermosa, inspiradora de altos ideales. Esta siempre se vio y se verá reducida y contenida, hasta cierto punto, falseada y combatida por las clases privilegiadas detentadoras de los bienes colectivos. Estas combaten la Verdad, con todas sus fuerzas, a sabiendas que acabará por vencerlas, porque va poniendo al descubierto sus iniquidades y sus fealdades, desenmascarándolas y señalándolas como enemigas de la Libertad, de la verdadera Belleza y del verdadero Bien que, para serlo, y admitirlo como tal, ha de comprobarse que tiende a beneficiar a todo el género humano y no a un reducido número de miembros del mismo sin escrúpulos, sin conciencia mo-

ral, que pretenden continuar detentando los bienes que pertenecen a todos sus semejantes.

La Ciencia, la Tecnología, el Trabajo, en todas sus manifestaciones manuales e intelectuales, el Arte y la Ética no podrán cumplir ampliamente su primordial misión bienhechora, de beneficiar, realmente, a todos o a la inmensa mayoría de nuestros congéneres mientras no podamos conquistar, disfrutar y practicar la entera Libertad. Por su conquista luchamos los libertarios en España y en todo el orbe, porque de ésta depende que sea posible la integral evolución humana, que significa variar, superarse y perfeccionarse el sujeto y cuanto lo rodea, por la actividad de éste, marchar siempre en pos de lo mejor para bien de las personas y de todas las sociedades humanas.

Luchando por la Libertad, que es lo opuesto a la Autoridad, luchamos por la Verdad, que no puede prescindir de aquélla. Esta nos salvará cuando los seres humanos de todos los continentes, que defienden falsos y malos ideales de carácter autoritario, la descubran y comprendan que la Autoridad es el Mal y la Libertad el Bien y se sumen a las fuerzas físicas, éticas e intelectuales de los libertarios para hacer prevalecer y triunfar la Verdad en todo el mundo. He aquí por qué sentimos la necesidad imperiosa de oponer la voluntad libertaria a la voluntad autoritaria religiosa o política que tanto daña a la Evolución progresiva.

Con respecto a la verdad o realidad psicológica que representa el voluntarismo, positivo o negativo, rechazando, por nuestra parte, una vez más, que sea « una verdad misteriosa » independiente del cuerpo, recordamos lo dicho por un psicólogo : « La voluntad libre no debe ser considerada como una fuerza apartada de la complejidad dinámica del síquismo humano; la voluntad consiste en los móviles complejos que desencadenan una forma de comportamiento, no directamente como puros antecedentes sino después de la absorción de estas fuerzas en el yo trascendente del sujeto ».

« Un acto que emane, aunque sea parcialmente, de una tal captación de móviles por el yo trascendente, es un acto más o menos libre. El carácter libre de este acto no constituye la resultante pura y simple de un proceso regido por las influencias del medio y de los factores fisiológicos, sino que existe, como principio, en su punto de partida : la autodeterminación de la persona ».

Ahora bien, al margen de cuanto digan y escriban psicólogos y fisiólogos sobre la conducta humana y, en general, sobre los procesos psíquicos y mentales de cada sujeto, individualmente considerado, por ser sus reacciones emocionales y psicológicas distintas, en muchos aspectos, a las de

otro semejante, la persona normal puede aprender a desarrollar capacidad de investigación introspectiva y a observar el mundo circundante con ojos de descubridor.

El individuo humano si se lo propone, y pone empeño en ello, puede alcanzar a comprender en qué instante o situación que vive uno o más de sus actos o movimientos contienen elementos de libertad y cuando adopta una actitud que puede denominarse libre, voluntaria.

No importa tanto, o no es imprescindible, que procesos, funciones y manifestaciones de la estructura dinámica del individuo humano no puedan explicarse y comprobarse científicamente, con exactitud matemática. Podemos darles cierta validez científica, o de realidades que se manifiesta, aunque no podamos explicarlas cabalmente, al registrar las funciones de operabilidad en la personalidad, el sentido de las mismas en la vida global del sujeto y sus influencias en el medio donde actúa y en la sociedad en general.

Al leer lo precitado y lo que sigue no se escandalicen ciertos deterministas. Lo admitan o no las propias experiencias psicológicas y las de otros semejantes, nos enseñan que se presente una verdad y se descubre, en un parpadeo sensible, una imagen nueva o un nuevo cuadro del Universo más o menos certero y coherente. Y es preciso que digamos a los que con el fisiologismo puro pretenden explicarnos cuanto corresponde ser explicado por la Psicología científica, que lo presentado o intuido, descubierto y comprobado antes de valorarse por medio del raciocinio y del conocimiento exacto de la verdad científica es valorado emotivamente en grado superior. ¡Oh, la emoción intensa, inenarrable la del sujeto que hace un nuevo descubrimiento — o invento — al penetrar, por intuición, una verdad simple o compleja que no pueden penetrar quienes no se arriesgan a dar el salto intuitivo fuera de los límites científicos conocidos!

Los descubrimientos de Newton, de Plank, de Einstein, de Heisenberg, etc., se debieron, en particular, a sus geniales intuiciones. Y sobre la **Teoría de los Quanta** formulada por Maximiliano Planck en 1900, hablaremos en el próximo artículo por haberse comprobado la misma al descubrirse, medirse y fotografiarse una de las llamadas últimas partículas de materia. Hasta hace pocos meses no se tenían indicios **quantistas**.

Si los científicos precitados — y muchos más que no nombramos — hubieran rechazado sus propias experiencias sensibles no hubiesen hecho los descubrimientos que admiramos y les agradeceremos. En aquéllas intervienen la imaginación y la intuición que son las que abren, casi siempre, el camino al raciocinio, a la investigación y a la experiencia científica. Y, en general, los individuos humanos que se instruyen limitándose al conocimiento científico adquirido hasta sus días, podrán dominarlo y usarlo, en parte, como se domina y usa una máquina, más o menos complicada, y hasta podrán ser excelentes eruditos en una o varias ramas del saber, pero se estancarán y no podrán descubrir algo nuevo.

Otras ideas distintas a las que habíamos premeditado desarrollar acuden en tropel al nivel de la conciencia, y no queremos oponerles el dique de las ideas hechas. Son sentimientos afectivos humanos, muy humanos los que nos hacen darles prioridad. Por propia voluntad, espontánea y libremente, decidimos interrumpir el curso de las primeras por sentir, súbitamente, la necesidad psíquica y mental de exponer, en seguida, sin ambages, que durante muchos años — desde antes mismo que nosotros pensáramos siquiera escribir sobre este tema — deterministas e indeterministas, generalmente hablando, hemos sostenido casi todas las controversias en el terreno de la intolerancia, estéril y esterilizadora de energías psicológicas y humanas dignas de mejor causa. Y el resultado que obtuvimos está a la vista: mutuas antipatías, enconos, animosidades personales. No conversábamos: peleábamos. Más que discutir ideas en busca de posibles verdades nos dedicábamos a herirnos profundamente. ¡Como si no hubiera cosa mejor que realizar en el mundo!

¿Excepciones? Mencionar algunas estaría demás, porque lo que importa no es dar la razón a unos y poner en la picota a otros sino el problema globalmente considerado que podemos empezar a resolverlo reconociendo la necesidad de acabar con las precitadas anomalías psicológicas que ningún bien hacen a los propios protagonistas.

Es preciso que cada sujeto que se cree evolucionando se esfuerce por dar término a las actitudes irracionales que niegan su fundamental condición humana. Pensemos que cada persona tiene la posibilidad de obrar bien o mal. Y si cometemos errores podemos rectificarlos sin querer decir con esto que evadamos la repulsa que merezcamos de nuestra propia conciencia. Hacer lo contrario significa degradarse, ir doblegándose, encorvándose, perdiendo la verticalidad hasta quedar el sujeto sin conciencia moral: a más bajo nivel que ciertas especies animales, como las hormigas y las abejas, por ejemplo, que siendo insectos lo superarían — como superan muchos sujetos — en instinto de cooperación para la vida en sociedad.

Para todos los individuos de las demás especies animales moverse es vivir o más bien vegetar horizontalmente, a ras del suelo donde hallan acá, allá o acullá, la subsistencia, pero el obrar bien — o mal —, a conciencia — cualidad superior que el ser humano puede adquirir — es más, mucho más que horizontalidad y que posición erecta, que verticalidad humana: es poder elevarse hasta las más altas cimas de la Bondad.

Si todos los sujetos estuvieran convencidos de que en sus actos está implicada siempre su humanidad, totalmente, al presentárseles la opción de obrar mal o bien elegirían accionar en este último sentido. Todos los individuos humanos normales pueden hacer, por sí mismos, esta experiencia psicológica. Al hacerla se percatan de que si obraran contrariamente a las enseñanzas que ofrece la misma su vida entera se degradaría.

Conviene, pues, no ignorar ni pasar por alto que todo acto tiene sentido: bueno o malo. Por consiguiente es preciso tener plena conciencia del ries-

go que corremos, que nos acecha presto a hacernos su víctima si por vanidad, por ignorancia o por cobardía con orgullo obramos en mal sentido: puede desarticular toda nuestra existencia y deshumanizarnos hasta el grado de hacernos perder todo lo que tenemos de peculiarmente humano. Y es, sin duda, la conciencia moral, a la que poca o ninguna importancia dan los deterministas, la que puede salvarnos de la anulación total, de descender a ser in-humanos.

La pérdida de la existencia es irreparable, pero no la conducta de la persona. Esta puede modificarla, volver a adoptar la actitud erecta y moral que perdió, transitoriamente, con mayores posibilidades de mejorarla después del error y de la propia experiencia psicológica obtenida. Este loable resultado comprobamos lo obtiene, en particular, sin esforzarse, con naturalidad, el sujeto que antes de la precipitada experiencia y de la comisión del error las acciones todas de su vida son calificadas nobles y humanas. Y más todavía al advertirse que no está dispuesto a permitir un fracaso o una acción mala, esporádica, entre miles de acciones buenas, arruine la totalidad de su ser moral, sensible y mental.

Indisculpable el sujeto que habiendo cometido graves faltas abandonando, por ejemplo, a un hijo de corta edad, en el arroyo y dando a luz publicaciones que cultivan el bestialismo en nuestros semejantes, errores que perjudican a un segundo y a un tercero o a una tercera persona, persistiera defendiéndolos y reincidiendo a sabiendas que continuarían haciendo daño. Y cuanta más instrucción tenga y más consciente sea de lo que hace mayor es su responsabilidad y su culpabilidad.

Tales fueron los actos realizados, hace años, por un vecino considerado humanista por sus convencios. Estos, por varias razones que exponemos más abajo, no lo condenemos — bastante sufrió con la condena de su propia conciencia —, inmediatamente, ni lo aislemos ni propaguemos, en privado y menos en público, sus malas acciones, por-

que conociendo, enteramente, su vida anterior, en la que predominó lo bueno, esperábamos superara, como lo hizo, las graves situaciones vitales que vivió y sufrió. De no haber modificado su conducta no hubiera sido merecedor de la confianza de cuantos lo rodeábamos, habría defraudado a los que colaboremos — el que escribe más que la mayoría de los vecinos — a su recuperación psíquica, moral y mental sin que el afectado se diera cabal cuenta.

Fuimos testigos de dos de las más terribles acciones que puede cometer un sujeto, pero tampoco ignorábamos lo que estábamos comprobando. Si bien los celos, provocados más por amor propio que por amor, lo arrastraron a cometer el primer mal acto que comentamos la verdad es que obró en momentos que estaba sumamente irritado, de ebrecación, de frustración y decepción superlativas, de grandes pesadumbres que ofuscaron su razón, de casi incontenible malestar emocional que desequilibró su sistema nervioso. En esa situación antivital ni pensar que pudiera importarle algo la opinión ajena.

Su segunda mala acción — cometida por intentar salvarse de una larga, agobiante y angustiosa situación económica — fue editar la revista *Toros* en sociedad con un impresor. Al no poder hacer atractiva y comercial una publicación con contenido que no sentía sólo apareció el número 1. La hicieron aparecer coincidiendo con la llegada de « Manolete » a México, en donde toreó, formando, desgraciadamente — y lo dice quien no ha visto ni verá en su vida, una corrida de toros — un gran ambiente taurino. Y nos alegró el fracaso de *Toros* pese a la situación psicológica colectiva, morbosa, favorable para su venta y propagación entre la multitud amante de la tauromaquia, porque se debió, en particular, a la victoria de la conciencia moral de nuestro vecino. Al menos así preferimos creerlo.

FLOREAL OCANA

(Continuará.)





# La puerta de oro del mundo

(CONTINUACION Y FIN.)

## 9.—ESTA ES NUESTRA FORTUNA

**F**RIAMENNTE considerado el cálculo — y las armas de guerra que de día a día se perfeccionan parecen no tener otro fin que la exterminación— resulta absurdo que la humanidad haya tenido que atravesar por diversos ciclos luminosos de civilización para desembocar en este océano de aberraciones. Pero aunque el género humano descendiera a tal extremo en su degradación, ¿qué podrá hacerse con los 7.500.000.000 de habitantes? No existe ningún poder que detenga el crecimiento celular. Quizás las armas nucleares lo retrasen. Pero, mientras nuestro globo gire en su atmósfera la vida estará presente allí, en la vanguardia, como punto de avanzada, como guante arrojado al rostro del hombre que no ha sabido qué hacer con tamaña fortuna de cosas y de libertades y por ello se ha dado el lamentable y triste espectáculo de destrozarlas sin medida ni conciencia. Tendremos que hacerlo bajar de su pedestal, que arrasar los monumentos erigidos a su honor y semejanza, hacer pedazos los trozos de historia que hemos creado en su homenaje y alabanza.

Llegado ese momento, temblará la tierra. Los ojos perderán la facultad de ver, los oídos no serán nuestros y ni el tacto ni el sentimiento obedecerán. El problema de tener que alimentar tamaña población será entonces más agudo porque tendremos menos perspectivas que ahora y contaremos con menos elementos para enfrentar al destino con algunas posibilidades de victoria. La destrucción masificada de tan importante núcleo humano y de cosas que hoy nos sirven de auxilio y medio para el disfrute de nuestra comodidad, habrán desaparecido. Todo se habrá perdido, hasta el recuerdo de lo que fuimos, de lo que pudimos haber sido. El cerebro se resiste a la lógica de tal derroche y dilapidación de esfuerzos que causan pánico y estremecimiento por el volumen de atrocidades, que ni siquiera ofrecen seguridad para la continuación de la vida institucional ni garantías para nuestra libertad. (8). No quedará ojo

(8) El reputado sociólogo norteamericano, Erich From, dice al respecto que « por primera vez en la historia una inmensa mayoría del mundo occidental estará principalmente preocupada por vivir en vez de estarlo por la lucha por la vida. Parecería que los sueños más preciosos de nuestros antepasados estén a punto de realizarse, y que el mundo occidental ha encontrado al fin la respuesta a la cuestión de *qué es la buena vida*. »

Por su parte, el Dr. Ventura Morera, ilustre catedrático de la Universidad de Buenos Aires, sostiene que « este hecho extraordinario hace que el siglo XX sea ya considerado como un período excepcional de la historia de la humanidad. »

que nos brinde una lágrima de tristeza. No seremos acreedores ni al lamento.

La tierra es muy pequeña para cubrirmos a todos con su sabia y con su manto. A corto plazo lo será aún más, porque más del 100 por 100 de sus habitantes golpea por vía pacífica a las puertas de su periferia geográfica. ¡Bienvenidos, pese a lo escasamente poco que podemos brindarles, ya que tenemos las manos vacías! Aparte del pedazo de pan, que ahí está sobre nuestra humilde mesa, esperando ser compartido con el primer necesitado, sólo podremos ofrecerles nuestra buena intención. Sería un error —secundario o sin valor para ellos— presentarles como modelo nuestras vetustas coloniales instituciones civiles que rumbean a tientas y se rigen por adivinación o acertijo para interpretar problemas tan municipales como son los de la humanidad, que ayer consultábamos a la pitonisa en el templo de Delfos. Tan pobres estamos que ni el saber siquiera —adquirido a través de las edades, en largos trágicos de estudios y especulaciones arrancadas de pesados libros—, nos abre la inteligencia para concebir y aplicar una diplomacia defensiva por distinto expediente al que recurría nuestros bisabuelos de la caverna.

Sólo podremos homenajearles con el futuro, depositando todas nuestras esperanzas en la nada que representa la ciencia por descubrir. La superación técnica como auxilio de productividad en todos los órdenes y con todos los materiales que podamos extraer de la naturaleza. Esa es la esperanza del siglo: la conquista del mundo que comienza trasponiendo la puerta de oro, el país de las maravillas.

Si el progreso continúa, y sabemos aprovechar, durante esta carrera de los pocos años que ya nos pisan los talones, una parte siquiera de cuanto queda por descubrir, tal vez alcancemos a poder ser felices, disfrutando en toda la tierra de alojamiento, nutrición adecuada, instrucción conducida hacia la virtud de la solidaridad. Tal vez podamos intentar esa proeza si cuantos pisamos esta corrugada y envejecida corteza terrestre estamos animados por la buena voluntad.

## 10.—LA HEROICA SALVACION

Para graves males, grandes recursos. La geografía terrestre, cercada por la cortina de hierro en el sector oriental —que comprende la parte euroasiática controlada por el régimen soviético y la zona electrificada con alambre de púas a todo lo largo de las fronteras de la China, Birmania, Laos, el Vietman y hasta la India— ha dejado abiertas algunas rutas como la puerta de Hong-Kong, no por olvido lógicamente, sino para el tráfico intenso del contrabando, del mensaje diplomático, de la noticia que interesa difundir, del espionaje practicado en todas las formas y por to-

dos los gobiernos. En tanto los grandes competidores de la política mundial se cambian saludos frente a frente en el salón grande de las Naciones Unidas, a pesar de que Inglaterra no haya reconocido protocolarmente a la China comunista como gobierno legítimo en aquel continente, ello no impide la realización de un comercio en grandes proporciones, procedimiento que ha seguido más tarde el Canadá de acuerdo con los hacendistas rusos.

A nadie se le oculta ya que el ingreso de la China de Mao Tse Tung como miembro de la Organización de las Naciones Unidas es un hecho resuelto de común acuerdo entre las potencias. De ese modo quedará integrado el imperio naciente, legalizando lo hecho en Laos y en todos los sectores de avance hasta alcanzar las fronteras trazadas por los mares. Los acontecimientos están demasiado avanzados como para frenarlos, y la autodeterminación de los pueblos siempre va en desmedro con cada arreglo o ajuste de fronteras con el mundo totalitario. Políticamente ya bien poco podrá hacerse en defensa de aquellas comunidades, víctimas de una ciencia sin conciencia, en procura de una libertad negativa que ni aporta nuevos fines ni nuevos caminos que nos liberen de esta revolución ensangrentada previa a la conquista del poder de las dictaduras.

El mundo oriental no puede quedarse quieto, como vemos ya los choques entre chinos e indios, porque ello no permitiría dejarlo en libertad de pensar. Y los pueblos que piensan guardan sorpresas desagradables a sus campeones, dirigentes y dignatarios. Políticamente ya permanecen en movimiento para recuperar su dignidad; económicamente van ensanchando su mundo de abastecimiento por imperio de las necesidades, y no podrá negársle ese derecho que, por lo demás, ya tiene resuelto que se lo abroga de hecho. No existirán medios de encerrar el mundo asiático, entre la gran muralla formada por el océano Indico, el Mar de la China y el Océano Pacífico, aunque Occidente piense en su poderío atómico. El capitalismo tal como lo tenemos organizado no está dispuesto a renunciar a su hegemonía, aun a riesgo de realizar el peor de los negocios. Es demasiado egoísta e individualista. Su totalitarismo le inhibe transar a tiempo conforme con la evolución de las sociedades, pero llegó un momento en que hay que devolver a la población los beneficios de su actividad. Y esa combinación de intereses que en orden de justicia atiende a todos los seres humanos sólo puede llevarse a cabo por un amplio cooperativismo. Equidistante de programas políticos, de religiones y de razas, tiene su propia teoría y sus legítimos predicados, su ética y su ideología, únicas tanto en el panorama nacional como internacional.

El cooperativismo no ofrece una socialización de los bienes creados ni una distribución igualitaria del auténtico comunismo. Es una organización voluntariamente creada para crear riquezas y, sobre la base del capital recibir la compensación proporcional. En todos los momentos de peligro o necesidad ha venido a nosotros con su mano fra-

terna, aportando soluciones igualitarias. No preconiza el reparto de la riqueza del mundo. Es una asociación libre «para una obra común». Si ya ha vinculado a «150 millones de familias en todo el mundo en la tentativa de organización más importante de nuestra era», puede extender los beneficios de su sistema a toda la población del globo, en el encomiable deseo de salir a flote de esta situación caótica en que la guerra y la revolución tienen sumergida a la sociedad contemporánea.

La organización de las Naciones Unidas deberá preconizar, por intermedio de la Alianza Cooperativa Internacional, la creación del Banco de la Cooperación Mundial, con aportes de cada nación para encarrilar los aspectos inmediatos más urgentes de la población del globo, en la subsistencia, la vivienda, vestimenta, higiene y cultura. El plan de concreción para elevar el nivel de vida de gran parte de la humanidad, no podrá realizarse con dinero solamente, sino con trabajo; pero podrá facilitarlo mediante delegaciones de técnicos, economistas, profesores, médicos, ingenieros, arquitectos, artesanos, maquinarias modernas o cualquier extremo de la tierra donde sean necesarios para impulsar y promover esa acción para lo cual se necesita dinero. Tendrá que propender a una estabilización de valores comunes, poniendo en ejecución, no la especulación empírica, sino su dinámica social en la mayor escala conocida como sistema económico para salvar los restos de una civilización que amenaza a toda la humanidad. Deberá la cooperación contener el avance belicoso que está extrangulando a la especie y exprime a las naciones, contendientes directas y por igual a las neutrales, en un drenaje de energías y fortunas en volumen tal que desconocen todas las civilizaciones anteriores juntas.

La vida funcional del Banco de la Cooperación Mundial puede mantener incólume su autonomía, ajena a todo proceso o corriente de ideas, basada en los principios que la informan en su sentido práctico de organización, producción y distribución, animada por el gran ideal de eliminar el hambre y miseria de nuestro globo. Para el logro de ese fin, extenderá la acción cooperativa a lo largo de las fronteras, echando mano a todos los recursos como haciéndose cargo de tener que enfrentar un gran cataclismo, una devastación, una asolación de guerra. Las instituciones han de proporcionar los medios persuasivos y elementos indispensables para ese desarrollo, permitiendo que el hombre, miembro asociado, reaccione voluntariamente en un esfuerzo de trabajo organizado, de método, de energías reunidas para transformar una economía de bancarrota en sistema floreciente para beneficio de todos. El trabajo en cooperativa deja la satisfacción del triunfo sobre lo vano, lo vacío e inútil. No tiene otros secretos que los de una buena lógica administrativa y una conducción de voluntades productoras a una alegre actividad de poder ser útiles y servir a los demás.

El Banco de la Cooperación Mundial estará integrado como institución económica lega de la economía de las Naciones Unidas, con un capital inicial de 400.000.000.000 de dólares, o sea el aporte

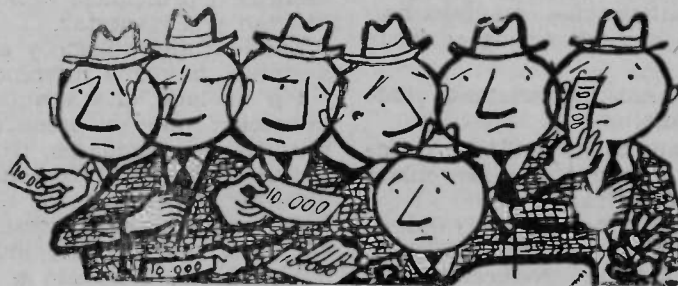
de un dólar por cada habitante de las naciones del mundo. Su acción inmediata comprenderá el desarrollo y aprovechamiento de las riquezas de la cuenca amazónica y de las zonas confluyentes: de las reservas africanas para la producción y distribución de alimentos en la gran escala que el mundo necesita, en el aprovechamiento de la producción que pueda obtenerse del suelo cultivable de las naciones y de las industrias alimenticias subsidiarias, en el aprovechamiento de los excedentes alimenticios transformándolos y acondicionándolos industrialmente para su mejor conservación y desplazamiento a los lugares de consumo. Cada lugar del globo que permita un incremento de la producción en cualquiera de los múltiples aspectos será estudiada en sus detalles para sacarle las mejores ventajas posibles con el menor esfuerzo. Siendo los cooperadores núcleos de voluntades en las que se constituyen como parte unitaria y colectiva a la vez, y dentro de cuyo organismo pueden desarrollar las más amplias funciones como elementos activos y satisfacciones personales, el compromiso que asumen es el más serio que jamás se haya enfrentado para una labor común y el de mayor responsabilidad por cuanto de su éxito depende la vida más hartera o estrecha de toda la comunidad. La organización permanecerá cautelosa ante cualquier amago totalitario que la incline a arbitrariedades o abusos de poder o avasallamiento subalterno por parte de enemigos encubiertos, desnaturalizando su función de conciencia solidaria. El ciudadano o simple adherente cooperador que no se sienta autónomo dentro de la acción cooperativa y consciente de su libertad de iniciativa e independencia, nunca logrará por sí mismo su emancipación de la esclavitud. El individuo como tal en una institución o fuera de ella que no se esfuerce por «avanzar hacia sus objetivos, creando y recreando, de acuerdo con las necesidades y la propia evolución», satisfecho de sus propios méritos personales y, por el contrario, tiene el oído despierto para el halago, la adulación y el chantaje que hace héroes de cartón, será un desplazado, un expatriado, un claudicante bajo todos los regímenes.

Un siglo de ensayos realizados bajo aspiraciones de «economistas profesionales, socialistas o no, tales como Charles Gide y Franz Staudinger», dice Watkins que «la revolución no seguía el curso ade-

lantado o previsto» haciéndose necesario redimir el trabajo de sus prestatarios, resumida en su concisa fórmula, «mejor explotación, mejores negocios, mejor vida» que podría servir de incentivo a cuantos no se avenían a una actividad cooperativa. El fenómeno cobra todo su valor porque en el mundo social y político de hoy se enfrentan las dos posiciones con el capitalismo individualista, hedónico y soberbio que aspira a derribar cualquier obstáculo al primer round y la contraparte del sector colectivista, cooperativista y socialista que se anuncia en otro orden económico. Ningún paso transitivo podría complementar el proceso sin quebrantar principios irrenunciables si no fuera a través del cooperativismo que permite a unos y a otros la realización de una convivencia a la que es preciso llegar o perecer. Se trata del primer paso en este débil puente sobre el abismo abierto, para cuyo logro las partes han de hacer concesiones fundamentales. «Los movimientos cooperativos de hoy día vienen a ocupar la zona intermedia entre la empresa privada o capitalista por un lado y la empresa pública por el otro. Si los movimientos cooperativos pueden extender aquí y allá su campo de acción a expensas de la empresa privada», se logrará mantener el equilibrio entre los dos sectores contendientes. Caso contrario, preferible sería no intentar siquiera acometer tanto esfuerzo, comprometer tantas voluntades y solicitar el concurso de tantas energías. Porque el hombre de nuestro siglo no puede intentar algo que le conduzca al fracaso. No puede comprometerse tan grande fortuna en simples ensayos. Tendremos que ir directamente a lo seguro.

Es la humanidad, el instinto personal, la expresión individual que se ha propuesto resistir los embates de la tormenta en su afán de vencer. Cuando de un lado la indiferencia mueve a las colectividades que se ven arrastradas por los sacudones violentos y por el otro el autoritarismo y los ruidos de guerra ensordecen e insensibilizan a grandes sectores humanos que van a remolque de los acontecimientos en tanto alguien clama, lucha y se esfuerza por salvar los restos del naufragio, la elección es sencilla cuando por delante hay ideales tan caros al corazón que nos privan ver el camino recorrido, sino el que tenemos por delante.

CAMPIO CARPIO



# Sindicalismo revolucionario

**L**AMENTÁNDOSE de su condición social, o confiando en la acción de unos hombres, cada generación piensa empezar una era nueva. Sin embargo, desaparece la generación y las condiciones de vida quedan poco más o menos las mismas. Esto ocurre por la deformación de la lucha obrera, porque el movimiento obrero carece de la fuerza revolucionaria organizada sin la cual el escepticismo seguirá predominando.

La originalidad de la época es el esfuerzo que se hace para formular una doctrina colectiva de la producción. Esta se intenta basarla en el sindicalismo, cuya suficiencia pretenden infinidad de teóricos de esta doctrina. El llamado sindicalismo puro, independiente, es una deformación del sindicalismo revolucionario, que es expresión de unidad, de fuerzas mancomunadas para instaurar el Comunismo Libertario.

El sindicalismo puro conduce los trabajadores a afirmar el poder colectivo sobre el poder individual. Una simple forma distinta que no cambia la sociedad más que de nombre. El sindicalismo materialista conduce a la nacionalización; el sindicalismo revolucionario (anarcosindicalismo) a la socialización. Dos concepciones diametralmente opuestas: la primera lleva en sí la fórmula estatista; la segunda suprime el Estado, siendo, pues, de esencia anarquista.

¿Cómo concebimos el sindicalismo revolucionario?

Como movimiento social inspirado por los trabajadores agremiados para la defensa de sus intereses morales y económicos y para el mejoramiento inmediato de los sistemas de relación y producción; para una finalidad libertaria, profundamente humana.

Al desviarse el sindicalismo revolucionario de sus concepciones finalistas, pasa a ser un apéndice del Estado. Es el fenómeno observado hoy en todos los países, donde las organizaciones sindicales están mediatizadas por los socialistas o los comunistas. Al encadenar el sindicalismo a la legalidad absoluta, al sujetarlo al reconocimiento de los organismos del Estado, se le priva de su carácter revolucionario por mucho que entienden demostrar lo contrario unos sedicentes revolucionarios. Son éstos los que, haciéndose sus defensores, lo revisten de una majestuosa «autosuficiencia» que llega hasta la afirmación de «que el sindicalismo se basta a sí mismo».

Estos teóricos o propagandistas reclaman «todo el poder para los sindicatos».

La tiranía de ese sindicalismo ni se diferencia de la democracia, ni de la marxista, de los cuales puede heredar el poder y la tiranía.

El anarquismo, todo y reconociendo el valor de los sindicatos como factores de preparación social, de trabazón económica entre la producción y el

por  
**BERNARDO**  
**POU**



consumo en período de transición revolucionaria, rechaza la validez del sindicalismo desidealizado.

Si se aceptara la fórmula de «el sindicalismo se basta a sí mismo», sería reconocer el principio de «que los espíritus demasiados lógicos son autoritarios». De este poder sindical a la crueldad autoritaria sólo habría un paso.

El sindicalismo revolucionario es la fe en la revolución social, porque se funda en el hecho de que el hombre jamás será emancipado si no profesa una idea de libertad, un método de investigación libre que proporcionándole nuevos conocimientos lo convertirá en hombre libre, en conductor de sí mismo.

El sindicalismo revolucionario niega el gobierno de los hombres, la fuerza del Estado, la servidumbre. Y reconoce que sólo existe un objetivo que permita realizar las aspiraciones obreras: la supresión del Estado y del régimen capitalista en todas sus manifestaciones.

Para esta transformación precisa una sociedad organizada humanamente que respete la personalidad individual que la sociedad capitalista se ha esforzado en anular.

Recobrado este valor humano por el esfuerzo de los trabajadores emancipados, se constituirá el orden nuevo, basado en el libre acuerdo y en la reciprocidad.

En este orden de ideas nos hallamos ante dos tácticas o principios, como medio de lucha por la libertad y el bienestar.

Entre el anarquismo y el anarcosindicalismo, no obstante, hay una diferencia esencial.

Por un lado, el anarquismo realiza la unidad en la acción que se produce espontáneamente por reunión de afinidades. Una vez establecido este vínculo, es normal la cohesión de esfuerzos para alcanzar la supresión de este mundo de tiranías.

Por su parte, el anarcosindicalismo toma su fuerza en la organización multitudinaria basada, no obstante, en el respeto a la soberanía individual.

# Discurso del hombre libre

## I

**Y**O, Pablo, nacido en Taso, de Cilicia, criado y educado en la ciudad de Jerusalén, buscador de la verdad que soy, predico con la palabra y con el ejemplo las doctrinas liberadoras que abren paso limpio entre la maldad. Soy llamado por algunos el apóstata porque vine de otras esferas sociales y tuve otro credo.

Mal intencionados son o ciegos de toda ceguera si no, los que tal dicen de mí. Porque venir de la tiniebla a la luz, de la tiranía a la libertad, del libertinaje a la vida austera, no es abjuración abominable y afrentosa, y si demostración de sentimientos sanos, honrados de la conciencia y justicieros.

Soy hebreo hijo de hebreos. Del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín. Circundado al octavo día

Y no soy apóstata porque aquellos que tienen evolución en su pensamiento para mirar más alto y dejan atrás las mentiras que un tiempo como verdades fueron tenidas, no pueden serlo.

Si, los que hablaron palabras de fuego y arrebataron la voluntad de las multitudes que creyeron en ellos, hacen negación volviendo atrás sus pasos para perseguir y esclavizar a los que antes adulaban, cuando por los tales consiguieron prebendas cuantiosas y posición de brillo falso en la dirección de la vida pública.

Si, los que explotaron el dolor humano y condujeron a los pueblos como si fuesen rebaño persiguiendo más tarde, a la hora de su triunfo ficticio, aquellas rebeldías creadas por sus dichos, resultando esa propaganda que debiera ser noble y no lo es por guiarla intención mentida, palanca que alzaron sus ambiciones concupiscentes.

No, ciertamente, los que como yo, persiguiendo antes las corrientes innovadoras del pensamiento humano, viendo más tarde la luminosa grandeza de ellas, dejan el puesto de esbirro y van a contri-

El hecho de someterse a la ley de mayorías no implica dejación del principio individualista, sino comprensión del atraso del hombre y empuje de éste hacia el porvenir.

Así, el anarquismo y el sindicalismo revolucionario tienen en el terreno de la lucha serios puntos de coincidencia, siendo deber de los anarquistas empujar la acción sindicalista para la supresión del Capitalismo y del Estado, sin necesidad de llegar a la confusión de ambas teorías.

En interés de los pueblos, el anarquista debe precipitar la evolución del sindicalismo hacia la acción directa, de sustraerlo a las influencias políticas para convertirle en una arma revolucionaria, decisiva para las realizaciones del esperado porvenir.

buir de los esfuerzos por seguir adelante, dejan la vida de privilegios y cogen trabajo, privación y persecución a ellos.

Los que vuelven sobre sus pasos, desandan el camino andado y miran hacia atrás, éstos, éstos son apóstatas. Los que miran hacia adelante cara levantada y conducta recta, no. Yo soy de éstos.

No me importan las persecuciones que tuve ni las que tendré. No las vicisitudes ni el dolor físico. Todo lo dí, nada poseo. Aprendí a contentarme con lo que tengo cada día, y no miro hacer sino cuanto bien puedo.

Hay una luz que brilla en mí y un entusiasmo por la causa del Bien que no decrece. Sé que para caminos de lucha es preciso alma bien templada dispuesta a grandes sacrificios. Y soy el primero en éstos. Y exijo de los demás esas cualidades morales que veo tengo yo, porque soy en los cierto a pesar que es sembrar en baldío, con grano deficiente dejar obrar a quienes tienen débil temperamento o intención torcida en el fondo.

Es a todas luces preferible privar o suprimir una ayuda que viene, que a la larga no resulta tal y sí obstáculo a nuestros propósitos, cuando no avispas de discordia.

Mas, con sano pensamiento, que cada uno en su fuerza y en su capacidad haga cuanto pueda, como yo.

Empero, tengo sobre mí un remordimiento grande, que no por ser causa la de mi incorporación al credo nuevo, deja de tener mi ánimo dolorido.

Yo, como sabéis, era antes perseguidor vuestro; mandaba meter en la cárcel y metía yo mismo a propagandistas que enseñaban este mismo camino que yo enseñé. Y secundaba el celo inicuo de los sacerdotes por vuestro exterminio.

Y es así que, este remordimiento mio viene de aquel día en que preso Esteban, primer dirigente formal de vuestras comunidades porque fuisteis vosotros quienes lo eligisteis, llevado fué ante el Concilio general de los sacerdotes, ancianos y escribas para responder de acusaciones que eran falsas, nacidas de soborno, sobre blasfemias contra Moisés, ante la valentía de sus palabras, despechados por las verdades que decía en acusación rotunda de traición al pueblo, fue echado fuera de la ciudad y lapidado. Muerto a golpes de piedra, yo, presente allí, consentí en su muerte.

Desnudado fué y sus vestidos echados a mis pies. Cuando esto ocurrió sentí algo mágico que me subyugaba, que encogía mi ánimo, que me llenaba de temor. Lancé lejos de mí los trapos aquellos que habían cubierto el cuerpo del noble anciano. Pareció que me quemaban las manos. Y confuso por algo que hurgaba en mis entrañas, volví a la ciudad. Entonces quise ciegamente dominar este malestar que picaba en mi conciencia y dí con torpeza de bestia en perseguir con saña a vosotros, violando

moradas y encarcelando familias enteras de discípulos de la nueva doctrina.

Recibiendo delación que se escondían en Damasco gentes revolucionarias que trabajaban mucho por la causa, allí quise ir y ganar galardón inicuo, miserable, indigno, a costa de sangre y de desgracia.

Y fué que, yendo por el camino que va de Jerusalén a Damasco, vi en la orilla unos trapos abandonados. Tuve, de pronto, como un presentimiento. El corazón me dió una vuelta y me llené de angustia. Conocí los trapos aquellos. Eran los vestidos de Esteban el lapidado. Quise seguir adelante y no pude. Y parando mi caballo, como empujado por una voluntad superior, descendí al suelo y alcé en mis manos los vestidos aquellos. Temblaba. El hombre buco que tengo en mis entrañas surgía, como una planta que sale de la tierra rompiendo el cortezón. Y así, como ella sale y respira en la atmósfera por primera vez, y recibe el primer beso del sol, así respiré yo aromas espirituales hasta entonces ignorados y recibí el beso de un sol invisible pero percibido. Sol maravilloso hecho de piedad y de nobles rebeldías. Ciertamente. Sentí como si en mi cerebro se abriesen las puertas de un más claro entendimiento, y como si recibiera dentro de mí un baño de luz.

Y se desperezó bajo la negra sombra de la ignorancia vesánica el pensamiento mío. Libre, puro, potente, sufriendo transfiguración radical mis opiniones. El sentimiento sano del humano vencía a la bestia.

De esta manera, pues, una metamorfosis se manifestaba rauda. Yo era otro ya. Pablo, el Pablo indigno y cruel, sembrador del dolor, dogmático del crimen, moría allí. Y nacía en su puesto otro Pablo digno y austero, sumiso con los buenos, rebelde con los malos.

La revolución de conciencia estaba hecha.

Y mi alma, afeándome la conducta sanguinaria que había llevado, me hacía culpable. Vi de otra forma distinta en mi recuerdo, la conducta y los sentimientos de aquéllos que habían sido mis víctimas. Comprendí la grandeza de sus luchas, de sus propagandas, de sus rebeldías.

Rememoré las palabras de Esteban. Su discurso valiente en el Concilio, cuando el príncipe de los sacerdotes le preguntó : « ¿Es cierto ? »

Dijo : « Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos. Resistis de dar al pueblo el bienestar y la libertad que espera de vosotros. Como vuestros padres, así sois. ¿A quiénes de los que se alzaron para decir la verdad al pueblo e incitarle a que rompiera su yugo, impuesto por propios y extraños no persiguieron vuestros padres? Dieron muerte a los que se atrevieron a señalar el por qué de su esclavitud, a los que anunciaron la forma de su liberación. Y dieron muerte también a los que osaron alzarse contra la injusticia como ahora perseguís y matáis vosotros a los que osan alzarse contra vuestra potestad arbitraria, concupiscente, dañina. Porque así, recibiendo el prestigio y la autoridad de ese pueblo con arte de engaño y alegatos ampulosos de casta superior, hacéis tabla rasa de todo derecho que no sea el vuestro, omnipotente, y a ese pueblo engañáis, esclavizáis y maltratáis. »

Y oyendo esto, crugían los dientes contra él, y nacía el deseo de matarlo. Y así fué que soliviantaron a la multitud por medio de gente mezclada de intento, y arremetió ella dando gritos en su contra. Y fué muerto a golpes de piedra.

Aquello recordando remordia en mi conciencia. Y hacía de mí, este recuerdo, otro hombre.

Y allí mismo, teniendo en mis manos las ropas que habían cubierto el cuerpo de aquel mártir, yo renegaba de mi pasado miserable y me prometí defender lo que antes perseguí.

## II

Hablo yo a todos los hombres y a todos los siglos. A los que son y a los que han de ser. Digo sin reserva lo que la luz de mi entendimiento descubre y lo que en consecuencia pienso.

Vosotros sois un pueblo miserable de todas las miserias, hambriento de todas las hambres, pobre de todas las pobreza.

Lloráis en vuestra esclavitud, incapaces de moveros para remediar la triste suerte que marca los linderos de vuestro destino en la senda de vuestra vida.

Vuestras costumbres son de humillación y de doblez; de sumisión y de obediencia a pretores y a príncipes; a sacerdotes farsantes y a escribas ladinos y sin escrúpulos.

He aquí que os traigo en las las de mi palabra la verdad de vuestro presente miserable, pero también la anunciación de una vida que no conocéis, donde nada de eso haya. Vida sin servilismos inicuos que degradan la persona humana, vida sin miserias humanas ya sean éstas materiales, morales o espirituales.

Y me duele por vosotros, que teniendo conocimiento de mi doctrina, que es bondad completa, justicia cierta, libertad auténtica y superación sin límites, no os decidáis en venir a ella. Yo sé que hay otros que os mueven a mirarla con recelo y que os ponen en mi contra, aunque a veces fingen ser mis amigos y apreciar esta misma doctrina. Es el arañazo de la intriga, que no morirá jamás. Y son esos ambiciosos de ruin ambición que quieren vivir a vuestra costa por vuestra ignorancia, que quieren ser sacerdotes si bien con otro nombre, que buscan hacerse amos de vuestra conciencia para serlo de vosotros.

Creedme : Si alguno con sus actos no justifica sus dichos, si alguno os invita a enemistad contra lo que a todas luces es bueno, es noble, es digno, sea anatematizado.

Yo no adulo; no sé adular. Yo os señalo el buen camino, el camino de la libertad. Habréis de creerme porque os hablo palabras de verdad y os abro los sentidos. Porque os doy luz del cerebro y os señalo el camino de la nueva vida.

De cierto, tengo en más estima anunciar la verdad a despecho de herir vuestros sentimientos torcidos. Por eso os digo sin falsedad lo que tenéis de malo en vosotros a pesar de no agradaros. Para que comprendáis de qué manera es la otra vida y vayáis vosotros a su conquista. No sería yo si no propagador de la verdad.

Mas os hago saber amigos, que las ideas morales y el sistema de vida que yo propago no es copia de otras ideas, variando las palabras ni según copia de otros sistemas: sino que es cosa nueva que otros y yo pensamos y propagamos. Para remediar o suprimir la miseria humana, para suprimir vuestra impersonalidad y vuestra ignorancia, para que no haya sobre la tierra más conductas dañinas.

Y os digo : no continuéis la tradición, que es perpetuar la esclavitud, como individuos y como pueblo.

La renovación incesante del pensamiento, la modificación continua en grados ascendentes de vuestra manera de vivir, trae siempre más claros y amplios horizontes, evita decadencias e imposibilita la maldad fomentada al calor del abandono.

Porque escrito está : « La rutina aniquila la inteligencia ». Y sin inteligencia la personalidad humana muere.

Y sólo por la impersonalidad del hombre es posible su esclavitud.

La quietud es siempre nociva. Las aguas quietas traen la peste.

Renovaros como las estaciones del año, pero sin traer invierno como él. Al contrario, para salir de este invierno en que la humanidad vive.

Temo que mi pensamiento no sea comprendido, o que si lo es, no se aplique como de cierto debiera.

Por ello, presiento que el pájaro negro de la desilusión volará sobre los pueblos engañados. Que vendrán otras doctrinas y otros credos hablando de libertad y esclavizarán, de fraternidad que servirá a unos hombres, pocos, para manejar a otros hombres y hacerlos lanzarse sobre los demás en provecho de los primeros.



Y el látigo cambiará de amos y vosotros de tiranos.

Como temo esto, os digo para evitarlo que sigáis a hombres austeros, mas no a los amigos de vagancia, de trato despótico y de lujo.

Os he hablado de la personalidad; quien la tiene no precisa seguir a hombres, porque él mismo es su propio guía. Os digo después, que sigáis a hombres, porque vosotros en la casi totalidad carecéis de ella. Y pienso que los siglos pasarán y no nacerán más que en escaso número. Porque vosotros como comunidad humana no adquiristeis el discernimiento para libraros de vuestra desgracia y para ponerlos a salvo de lo que es malo, yo os aconsejo que sigáis a hombres.

Porque escrito está : « El pueblo es como un huracán o como una tempestad en la mar; destroza y hunde sin saber si hace bien o hace mal ».

Es así que no conseguiréis sin guías dirigir vuestra fuerza y triunfar de cierto.

Digo triunfar al cambiar de hecho las cosas, no de palabras sólo.

Porque se dirá triunfar, al cambio de nombre de las cosas y de hombres con otro lenguaje, siendo una conducta igual : opresión y dominación.

Así, pues, los conductores vuestros, los guías y educadores, dirigentes y maestros, habréis de tomar entre aquellos hombres que sobre todas las cosas aprecien su dignidad personal, su entereza de carácter, su autoridad rígida, su pensamiento insoportable, su moral sin declives. Hombres honrados de toda honradez. Que no sean llevados por los espejuelos de la vida regalada. Si fieles cumplidores de la palabra dada.

Porque escrito está : « Así como sean los hombres, así son sus hechos, así serán sus obras ».

Al hombre lo veréis no en su figura humana, no en su palabra. Al hombre lo veréis en sus actos.

Y los resultados de las cosas públicas y de todas las cosas, serán como los hombres que las dirigen son.

Los hombres hacen buenas las doctrinas o las hacen malas porque son ellos al fin los vehículos que las llevan.

Os hablo de estas cosas, porque soy sincero y porque siento una como necesidad de ello.

Te abro, pueblo, el horizonte de una nueva vida que se te ofrece y te espera. Hoy estás abandonado o engañado; miserable y abúlico... Ve hacia ella.

Pero ¡ay! que me duele esto que pienso. Muchos vendrán a ofrecerle la felicidad, siendo ello bandera de sus bajas ambiciones que no confiesan, palabras mentirosas con las que piensan alzarse contra ti en tu daño. Y tú los seguirás.

Y aquellos de cerebro sano, de moral auténtica, de condolencia proba, de carácter fuerte, de pensamiento incorruptible, de cualidades enteras en suma, aquellos sufrirán tus burlas, verán tu indiferencia, morirán de tu mano, como Esteban.

FABIAN MORO

(Continuará.)



# El universo de Alaiz

(CONTINUACION)

**E**L concepto PUEBLO tenía para nuestro maestro la virtud de ser fuente de inspiración general, principio de todas las ideas y de todos los ingenios, y también era objetivo, receptor y preocupación social por excelencia.

Falla era un genio, ¿quién lo va a dudar?, pero, dice, «Si un músico español de enorme inteligencia ha emprendido el camino verdadero, ha tenido que buscarlo oyendo tonadillas del pueblo, estudiando las danzas del pueblo y no los jeribeques del herero». Y así Goya y así Cajal, etc.

De ello se deduce que cuando vapulea algunas cosas populares, las trata de esa forma por lo triviales que son, por la sandez que encierran, no por su origen popular. Alcanza de esta manera dos objetivos, el de revalorizar lo bueno del pueblo, que es mucho, y el de destruir, puliendo, lo nefasto del mismo: el atavismo, la puerilidad, el conformismo, etc., con sus derivados: la mansuetud, la insidia, el arrivismo.

Lo mismo dice cuando estudia a Esopo, «recopilador de la crítica popular», y sus fábulas. Y a Fedro, macedonio, «imitador de aquél». «Esopo y Fedro fueron manumisores, más que por su ingenio por su valor».

Del silogismo que sobre la felicidad compusiera Bartrina —si al ser feliz creo serlo, etc.—, admite que es «idea genial» alcanzada sobre todo por «ejercicio», «intimidad hogareña». Aparece su silogismo en el período más esplendoroso del comercio regional. Todos en Reus y su comarca buscaban la felicidad en el mercado, en la compra, en la venta y en la compra-venta. Y Bartrina les demostró que buscar la felicidad «contabilizada» era una quimera, un imposible. Tampoco puede ser producto de la sabiduría. Nos los dice después: «Nunca puede el ignorante ser feliz, siempre me dices: ¡Cuántos hombres hay felices que no saben quién fue el Dante!

Era, Alaiz, tan entusiasmado del pueblo que maldecía a los que se arrimaban a éste con aires de aprovechadores mirriflores. Todos sabemos lo tiránico que fue Fernando VII. Alaiz mismo dice que era un monstruo. ¿Admite con ello que sus adversarios fueran parte del pueblo? No.

Más bien eran gentes mercantilistas que abrazaban la causa popular, que era la de la libertad, cual si fuera una mercancía cotizable. A veces una abstracción. «Los enemigos de Fernando VII no sabían imponer la libertad auténtica, pero sabían cantarla en todos los tonos, inscribirla en papeles y banderas, hacer de ella un culto en vez de una

práctica, una diosa inexistente en vez de una eficacia, una teoría en vez de un hecho, un secreto en vez de una realidad.» «Fernando VII era un monstruo, los diputados de Cádiz unas codornices.» Llamémosle Francisco a aquel Fernando, y consideremos diputados a todos los refugiados, y ya sabemos con qué nombre de ave nos bautizaría Felipe Alaiz. Los cupletistas que por doquier, apartándose del pueblo, se manifiestan con tanto modernismo como hoy se nota, no harían mal con leer a Alaiz. Verían a través de sus líneas su propio rostro. Sin duda alguna, como aún existe buena fe, pronto se abandonaría esa especie de «léxico del barullo» que hoy pulula hasta en los papeles y en las tertulias de mayor seriedad obrera. De «contexto» en «soberanía nacional», de «impacto» en «evolución», y de «habilidad» en acción diplomática» te sale cada albañil, zapatero o carpintero, que, si no fuese porque sabemos quiénes somos, diríamos que nos encontramos entre la burguesía más cursi que ha conocido España como es la valenciana. Pero... volvamos a lo popular observado por Alaiz. El duque de Rivas quiso acercarse al pueblo, votó contra Fernando VII y... el duque huyó al extranjero cuando vióse por aquel «delito» condenado a muerte. Esa filosofía de la huida es lo que ha perdido al pueblo español. Huyendo, huyendo se da uno cuenta cómo del «realismo» se hace una teoría. «Realismo» en el terruño con el exclusivo objeto de poder ser loros bulliciosos en el extranjero. ¡Vanidad de vanidades!

Es cierto que sin dinero y sin fama, no salgas de casa. Es cierto, irrefutable y patético. A medida que pasan los días vamos observando cómo las muchedumbres buscan el dinero o la fama o ambos a la vez, más que fundamentos de dignidad y de hombría. Escollos de la guerra, deformación de los tiempos. Nos lo explica Alaiz en otra ocasión cuando explica las respuestas que daban los españoles al entrar en los campos de concentración de Francia. En 1936, España dejó de ser pueblo para convertirse en «individuos combatientes», en soldados. De momento era algo forzado y, de mono azul y todo, el labrador era labrador, y el barbero, barbero. Pero la guerra, devoradora de virtudes, pronto hizo mella en la mente y así se vio en los «campos», el año 1939, que al responder sobre el «metier», muchos peones, cerrajeros, sastres, etc., respondían: teniente, capitán o comandante, mientras que el militar de profesión con el grado de coronel, avergonzado de tales atributos, respondía: alparatero.

Aspecto de degeneración que todo y siendo del pueblo, por ser ponzoña, Alaiz lo señala con su índice acusador.



Y en su plática, Quinet pide más luz: «Aclare el orador eso de la rebelión, porque hay muchos rebeldes que no son rebeldes ni nada.» Sobre esto, Machado ya quiso distinguir entre revolución y rebelión y entre rebelión y revuelta. No lo analizamos nosotros. Preferimos ser escuetos y dar las tres ideas desnudas y vírgenes al lector.

Peores que los políticos profesionales son los obreros metidos en la política. A fuer de practicismo —véase sino su «Nueva maldición», la primera fue de Mella—, los hay que les cae como anillo al dedo eso de que «somos progresistas sin poderlo remediar». Las excepciones confirman la regla. Como excepción tenemos al que se ha acomodado y congraciado con la nueva situación, falangista en España, hotelera en Francia, bancaria en tierras de América. Sin embargo, ayer también eran pueblo. Eran progresistas... que han encontrado remedio para no serlo. En su alma cándida ha muerto la idea de que son progresistas, pero sobrevive la de que han progresado. La diferencia es grande. Tanta diferencia como entre el forastero que es mordido por el perro y el perro forastero que muerde. No se muerde teniendo en cuenta la ciudadanía. Los colmillos no conocen nacionalidad. La idea de explotación tampoco. De un perro no surgirá jamás un hombre aunque le entregues un carnet de trabajador. Y que me perdonen los perros de raza.

El drama del pueblo reside en que «el palacio domina a los hombres como la fragua al hierro...», en que hay que «dominarse más que dominar», en que la idea de medrar prima sobre la de igualdad. «El dolor español no ha querido ver ninguna profundidad.»

Parecería que Alaiz sólo analiza lo popular, comprendiendo en esta definición lo «pueblerino», mas no es así. Un día nos ocuparemos en perguñar las notas biográficas, costumbristas, humanas, suprahumanas o infrahumanas, según los casos sobre decenas y centenares de personalidades, en las ciencias, en el arte, en las letras y hasta en la

política y las guerras. Estas dos sin relación alguna con esas tres.

Gran empeño tuvo para que el pueblo español progresara, en cuanto a la expresión del pensamiento. Gustaba mucho de la dicción breve, tan escasa en la literatura obrera, y arremetía, siempre con mucho acierto, contra todo lo que ésta tenía —y ¡oh tristeza! aún tiene— de «rutinaria, de abstracta, de enfadosos sofismos, en fin, de palabrería», que dista mucho de ser: «palabra breve y fina lanzada contra la pedantería», contra la envidia, contra la ruina del hombre.

En muchas ocasiones se deduce que si explícitamente decía que, por ejemplo, Galdós «había revolucionado», implícitamente repetía: «y nosotros tenemos que revolucionar a los revolucionarios». Para Alaiz «nosotros» comprendía, desde el estudioso autodidacta labrador hasta la condesa Pardo Bazán. El título nobiliario, la profesión, cuentan poco. Sólo tres cosas son necesarias: tener seso, guardar ponderación y disfrutar de un gran poder de discernimiento.

Alaiz leyó mucho, devoraba los libros. Muy metódico en su lectura, para estudiar al siglo XIX se entretuvo bastante con las aventuras de Napoleón, el corso. He aquí como lo define:

«Se cuenta de Napoleón que envió al conde de Narbona a cumplir un encargo a Rusia. Era en tiempos de las vacas gordas.

—¿Qué se dice de mí por el mundo?— preguntó el emperador, con malicia de escamado.

—Que sois un dios.

—¿Hay acuerdo en esa opinión? ¿Es unánime?

—¡De ninguna manera!

—¿Pues, qué creen otros?

—Que sois un diablo... ¡Nadie cree que sois un hombre!»

M. C.

(Continuará.)

(1) Ved CENIT núm. 151 y anteriores.



## NUEVOS ESTILOS

# Obrerismo católico de origen protestante

Una religión en España siguió distintos métodos y caminos. Parecía y parece cosa de todos maniqueos y tercios teatinos, de clérigos de misa y olla.

Seguía distintos caminos a pesar del canonigo Cardó y del cardenal Vidal Barraquer, que intentaron, sobre todo el primero, avivar un pretendido nacionalismo « de las Españas » ajeno a los bonetes trabucaires; a pesar de los Zabaleta, los Ossorio y otros, como algunos cuaresmeros capuchinos y el nacionalismo vasco, no desligado del Loyola españolista, que querían introducir en parte del catolicismo peninsular modalidades de origen holandés o más bien belga de Lovaina, mercenario, reformista en desbordar al socialismo de la primera trasguerra mundial, totalmente despistado, hasta el punto de pactar y gobernar después con los nacionalistas eruptivos que indujeron al agresor de Jaures.

En Balmes hay un suave anticipo de fricción contra el catolicismo volcánico, aunque todo lo de Balmes, excepto los temas laicos de su « Criterio », tiene un aire de cansancio. Atacó al protestantismo; y ahora, los balmesianos apelan a la mentalidad de tipo protestante, no copiada tal vez, pero coincidente, pretendidamente obrerista de antiguo. Los elogios que Cardó, exilado en Suiza, dedica a Balmes, considerándole un precursor, son muy significativos y coinciden con la tendencia actual de unificación de las iglesias tituladas cristianas.

Los jesuitas tenían en Madrid un cierto Padre Pulgar. Regentaba éste, si no recuerdo mal, en la cuesta de Areneros, una escuela equipada para el aprendizaje de obreros electricistas, incluyendo la técnica calificada y las especialidades.

Era un vivero de candidatos para entrar a trabajar en empresas de dominio católico controladas por la mujer del patrón y por su penitenciario, en pugna con los Sindicatos no confesionales.

Lo mismo ocurría con los salesianos, que habían acaparado la enseñanza de distintos oficios, sobre todo de los sedentarios. Introducían personal adicto en los obradores católicos, explotaban el destajo y multiplicaban el número de pequeños patronos y ariesanos. Al esquivar éstos el salario y establecerse por su cuenta, trataban de especular pagando jornales o destajos de hambre. En los conventos de monjas se hacía trabajar con mano de obra incondicional a precios tirados y régimen de esquirolaje.

Algunos católicos franceses de la revista « Témoignage Chrétien », llegaron a preconizar con humorística y cínica vehemencia el socialismo federalista de Proudhon, olvidando las encíclicas del Vaticano, que habían pasado (y no pasan ya) por textos indiscutibles. Un tonsurado volteriano no tuvo inconveniente en decir que, aunque existía el infierno, estaba completamente despoblado. No añadió que el limbo es el paraje más concurrido.

¿Es posible hallar en España novedades parecidas? Dificilmente, fuera del Arcipreste de Hita y otros clásicos. El Arcipreste se anticipó al refrán italiano que dice: « Roma veduta, fede perduta ». El místico fue en España la contrafigura del clérigo oficioso y servil.

Deusto, con su universidad ignaciana, como los agustinos de El Escorial, no produjeron más que señoritos de horca y cuchillo y gobernantes disparados sin previo aviso. Jesuitas y agustinos riñen constantemente desde « Razón y Fe » y « La Ciudad de Dios » respectivamente. Se disputan la clientela. Los jesuitas llevan ventaja. Cuentan con censo mayoritario de penitentes con faldas. Buena parte de la política republicana con respecto a Loyola, se debía a la educación agustiniana de Azaña.

El ignaciano español Laburu, hablaba en tiempo de la República a los « obreritos » como decía él. Les daba consejos patriarcales por radio. Explicaba en otro discurso, la forma, nada idílica, en que se reproducen los toros de lidia. Llamar « obrerito » a un robusto fundidor o a un cargador de muelle, era el regocijo del radioyente. Como explicar las embestidas de los toros ardientes en lenguaje lacio de novena.

El diminutivo reproducía una costumbre arraigada en la pedagogía colegial de Loyola, que ya había fracasado y dedicada a los más torpes retoños de la aristocracia y de la alta burguesía, sin exceptuar a los ricos nuevos.

Lo fuerte de Loyola no es la enseñanza ni el taller, sino la conversión de las iglesias en cabarets vistosos y vocingleros; sobre todo, la confesión de las mujeres para manipular a los hombres y el secreto con los mandones y sus consortes. En todo lo demás, tropiezan o patinan. Su voz se pierde en la radio entre jipios de cante jondo y anuncios de aspirina. En la función rectora del clero rural, que se atribuyen con su revista « Sal Terræ », no consiguen más que producir tempestades en los pueblos después de sembrar vientos. Cuando las cosas les salen mal, cargan la culpa al diablo, que tiene ancenas espaldas y nunca protesta. La difusión de « Sal Terræ » en España, coincidió con la organización de sindicatos amarillos en los pueblos y con la preparación del ambiente fascista.

Los ejercicios para obreros en la ciudad, estaban nutridos por lacayos y palafreneros de gente rica. En las misiones para « mujeres solas », lo más saiente y obligado era la confesión, con objeto de husmear en la vida privada de las penitentes reacias al espionaje sacramental.

Todo esto, hasta julio del 36. Disuelta antes en teoría la Compañía de Loyola por Azaña, los jesuitas se disimularon como seglares y siguieron su obra con más terquedad. Lo que hizo Azaña fue desarrollar por oposición el jesuitismo. Toda la tarea masónica se reduce a eso. **FELIPE ALAIZ**

# LA LIBERTAD



¿QUE es la libertad?

Dejando de lado los actos irreflexivos y tomando solamente los actos reflexivos (que sólo la ley, las religiones y los sistemas penales tratan de presionar), cada acto de este género es precedido de cierta discusión en el cerebro humano: « Voy a salir a pasear », piensa tal hombre. « Pero no, he dado cita a mi amigo, o he prometido terminar tal trabajo; o mi mujer y mis hijos estarán tristes de quedar solos, o, en fin, perdería mi empleo si no voy a mi trabajo. » Esta última reflexión implica, como se ve, el temor de un castigo, mientras que, en las tres primeras, el hombre no tiene que habérselas sino consigo mismo, con sus hábitos de lealtad, con sus simpatías. Y ahí está toda la diferencia. Decimos que el hombre que es obligado a hacer esta última reflexión : « Renuncio a tal placer en vista de tal castigo », no es un hombre libre. Y afirmamos que la humanidad **puede** y **debe** emanciparse del miedo a los castigos; que **puede** constituir una sociedad anarquista, en la cual el miedo a un castigo y aun el desagrado de una censura desaparecerán. Hacia ese ideal es hacia el que marchamos.

Pero sabemos también que no podemos emanciparnos ni de nuestros hábitos de lealtad (cumplir lo prometido), ni de nuestras simpatías (la pena de causar una pena a los que amamos o a los que no queremos entristecer o aun contrariar). Bajo este último aspecto, el hombre **no es jamás libre**. Robinsón en su isla no lo era. Una vez que hubo comenzado su barca, y cultivado su jardín, o que hubo comenzado a hacer sus provisiones para el invierno, estaba ya cogido, engranado por su trabajo. Si se sentía perezoso y prefería permonecer acostado en su caverna, vacilaba un momento, pero se dirigía sin embargo al trabajo comenzado. Desde que tuvo por compañero un perro, desde que tuvo dos o tres cabras, y sobre todo desde que encontró a Viernes, no era ya **absolutamente libre**, en el sentido que se atribuye a menudo a esa palabra en las discusiones. Tenía **obligaciones**, debía pensar en el **interés ajeno**, no era ya ese **individualista perfecto** de que se gusta hablarnos. Desde el día que ama a una mujer, o que tiene hijos, sea educados por él mismo, sea confiados a otros (la sociedad), desde el día que tiene solamente un animal doméstico — incluso un huerto que exige ser regado a ciertas horas —, el hombre no es ya « el nada me importa », « el egoísta », « el individualista » imaginarios que se nos ofrece a veces como tipo del hombre libre. Ni en la isla de Robinsón, ni todavía menos en la sociedad **cualquiera que sea**, ese tipo existe. El hombre toma y tomará en consideración los intereses de los otros hombres, cada vez más a medida que se establezcan entre ellos relaciones de interés mutuo más estrechas, y que esos otros afirmen más netamente ellos mismos sus sentimientos y deseos.

Así, pues, no encontramos otra determinación para la libertad que ésta : **la posibilidad de obrar, sin hacer intervenir en las decisiones por tomar el temor a un castigo societario** (violencia del cuerpo, amenaza de hambre, o aun censura, a menos que no venga de un amigo).

PEDRO KROPOTKIN

# LA NACIÓN

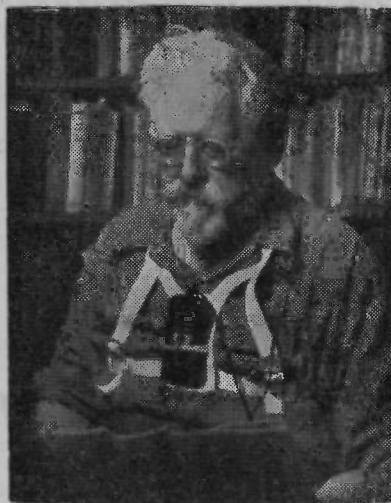
LOS conceptos nación y nacionalidad han experimentado ciertas mutaciones a través del tiempo y poseen incluso hoy mismo el doble sentido que tiene el concepto raza: en la edad media se designaba como naciones a las ligas estudiantiles de las universidades. Así, la famosa universidad de Praga estaba integrada por cuatro naciones: de los bávaros, bohemios, polacos y sajones. Se hablaba también con frecuencia de una nación de los médicos, de los herreros, de los jurisconsultos, etc. También Lutero hizo una clara diferencia entre pueblo y nación y se refería, en su escrito a la nobleza cristiana de la nación alemana, exclusivamente a los representantes del poder político—príncipes, caballeros y obispos— como nación en oposición al pueblo común. Esa diferencia se mantuvo bastante tiempo, hasta que el lenguaje comenzó poco a poco a desaparecer y con él la frontera entre nación y pueblo. Muchas veces el concepto de nación adquirió un mal sabor.

Hubo un tiempo en que se contentaban con aplicar el concepto nación a una comunidad humana, cuyos miembros habían nacido en el mismo lugar, y a causa de ello estaban asociados por ciertas relaciones solidarias. Esta interpretación corresponde también al sentido de la palabra latina **natio**, de donde ha surgido la palabra nación. Es tanto más compresible cuanto que tiene por base la noción del estrecho lugar natal. Pero ese concepto no corresponde a nuestra ideal actual de la nación ni está en armonía con las aspiraciones nacionales de la época, que señalan a la nación las más amplias fronteras. Si la nación se aplicase en verdad solo al ambiente reducido de la localidad donde un hombre ha visto por primera vez la luz del mundo, y la conciencia nacional fuese considerada como el sentimiento natural de la solidaridad de hombres unidos en comunidad por el lugar de su nacimiento, según esa interpretación no podría hablar de alemanes, franceses, turcos o japoneses; a lo sumo se podría de hamburgueses, parisienses, amsterdamienses o venecianos, una condición que ha existido realmente en las ciudades repúblicas de la vieja Grecia y en las comunidades federalistas de la edad media. Se hizo después más abarcativo el concepto de nación y se quiso reconocer en él una agrupación humana surgida de la comunidad de las exigencias espirituales y materiales, de las costumbres, usos y tradiciones, lo que representa una especie de comunidad de destino que lleva en sí las leyes de su vida particular. Esa concepción no es ni con mucho tan clara como la primera y además está en oposición con las experiencias cotidianas de la vida. Toda nación comprende hoy las castas, los estamentos, las clases y los partidos más diversos, que no sólo defienden intereses particulares, sino que a menudo se encuentran frente a frente con

por

Rodolfo

ROCKER



declarada hostilidad. Las consecuencias de ellos son incontables conflictos que no terminan nunca y divergencias internas que se superan tan dificultosamente como las disidencias temporales entre los diversos estados y naciones.

Las mismas naciones que estaban ayer aún en el campo del honor armadas hasta los dientes, en lucha mortal para liquidar por medio de guerras sangrientas sus divergencias reales o supuestas, conciertan mañana o pasado mañana con sus enemigos de la víspera pactos defensivos y ofensivos contra otras naciones con quienes estaban antes ligadas por medio de tratados comerciales o por convenios de naturaleza política o militar. Pero la lucha entre las diversas clases dentro de la misma nación no se dejará suprimir mientras existan las clases, y la nación esté escindida en su interior por contradicciones económicas y políticas. Incluso cuando, gracias a situaciones extraordinarias o acontecimientos catastróficos, las contradicciones de clase aparecen aparentemente superadas o temporalmente excluidas, como ocurrió con la proclamación de la paz civil en la pasada guerra mundial; se trata siempre de un fenómeno pasajero que brota de la coacción de las circunstancias y cuya verdadera significación no se puso todavía en claro para las grandes masas del pueblo. Pero esas alianzas no tienen consistencia y en la primera ocasión se quebrantan, pues les falta el lazo interno de una verdadera comunidad: Un sistema tiránico de gobierno, en determinadas circunstancias, puede estar en condiciones de impedir temporalmente el estallido de conflictos interiores, como ocurrió en Italia y en Alemania; pero las contradicciones naturales no se suprimen porque se prohíba al pueblo hablar de ellas. El amor a la propia nación no ha impedido todavía a ningún empresario tomar obreros extranjeros cuando fueron más baratos y de esa manera su cálculo le resultaba mejor. Para ello tenían la menor importancia el que originasen así perjuicios a los propios conciudadanos. La ganancia personal es, en este caso lo decisivo, y las llamadas exigencias nacionales sólo importan cuan-

do no están en contradicción con los propios intereses. Si se produce esa contradicción, se apaga todo entusiasmo patriótico.

### LOS INTERESES NACIONALES

Sobre el valor de los llamados intereses nacionales, nos ha dado Alemania, en los años terribles de la postguerra, una lección que puede ser fácilmente comprendida. Alemania se encontraba, después de la guerra de 1914-18, en una situación desesperada.

Había tenido que abandonar territorios económicos de gran importancia; además, había perdido los mercados extranjeros casi por completo. Y para colmo vinieron las imposiciones económicas excesivas de los vencedores y el derrumbamiento del viejo régimen. Si la consigna de la comunidad nacional hubiese tenido en general un sentido, y si la nación quería en realidad afrontar de manera unida las nuevas condiciones y repartir equitativamente la carga de la desgracia sobre todos los estratos de la población, habría debido mostrarse en este caso. Pero las clases poseedoras ni siquiera pensaron en ello, más bien procuraron salir gananciosas de la situación, aunque las grandes masas del propio pueblo sucumbieran de hambre; su comportamiento patriótico estaba simplemente en relación con la ganancia. Fueron los representantes del junkerismo prusiano y de la industria pesada alemana los que propiciaron siempre, en los años terribles de la guerra, la política anexionista más despiadada y los que, a causa de su codicia insaciable, promovieron la catástrofe del derrumbamiento. No contentos con las fabulosas ganancias que habían obtenido durante la guerra, después de la gran matanza no pensaron un segundo en sacrificar en beneficio de la nación un solo penique de los que habían amontonado. Fueron los representantes de la industria pesada alemana los que se hicieron eximir de impuestos por el Estado, impuestos que eran deducidos hasta los trabajadores más pobres de sus miserables salarios; fueron ellos los que elevaron de un modo inaudito los precios del carbón, mientras la nación se helaba junto a las estufas frías, y los que supieron agenciarse, con los créditos en papel Reichsbank, ganancias gigantescas. Esta especulación directa con la baja de la moneda, debida precisamente a esos sectores, dio entonces a la industria pesada el poder para cimentar firmemente su dominio sobre la nación hambrienta. Fueron sus representantes los que, bajo la dirección de Hugo Stinnes, provocaron la ocupación del Ruhr, a la que hubo de sacrificar la nación alemana, quince mil millones de marcos oro sin que ellos contribuyesen con un solo céntimo. El conflicto del Ruhr, en sus diversas fases de desarrollo, es la más brillante ilustración de la política capitalista de intereses como fondo de la ideología nacional. La ocupación del distrito del Ruhr fue sólo una continuación de la misma política criminal del poder que había llevado al desencañamiento de la guerra mundial y mantuvo a los pueblos durante cuatro años en un infierno de sangre.

En esta lucha se trataba de intereses antagónicos entre la industria pesada alemana y la francesa. Así como los representantes de la gran industria alemana han sido durante la guerra, defensores indomables del pensamiento de la anexión e integración de la cuenca minera de Briey-Lorngwey. Alemania, uno de los objetivos principales de la política pangermánica, así también la política nacional de Poincaré siguió después las mismas huellas y sostuvo los anhelos anexionistas declarados de la gran industria francesa y de su órgano poderoso, el **Comité des Forges**. Los mismos propósitos que perseguían antes los grandes industriales alemanes, fueron hechos suyos ahora por los representantes de la industria pesada francesa, es decir, la instauración de ciertos monopolios en el continente bajo la dirección de determinados grupos capitalistas, para quienes el llamado interés nacional ha sido siempre el escudo de sus intereses comerciales. Lo que proyectaba la industria pesada francesa era la unificación de las minas de hierro de Lorena con los yacimientos carboníferos de la cuenca del Rhur en la figura de un poderoso trust minero, que le asegurara el monopolio ilimitado en el continente. Y como los intereses de las grandes industrias se confundían con los intereses de los especuladores de las reparaciones y fueron abiertamente favorecidos por las castas militares, se trabajó por tanto en este sector con todos los medios por una ocupación del distrito del Rhur. Pero antes de llegar a ese punto, tuvieron lugar negociaciones de la gran industria francesa y alemana para hacer posible una solución pacífica, puramente comercial del problema, lo cual ambas partes habían de obtener su ventaja en conformidad con la situación de sus fuerzas. Ese acuerdo se habría producido, los grandes industriales alemanes habrían enviado al diablo las exigencias nacionales del Reich si hubiesen podido salir a flote con sus intereses. Pero como se les ofrecieron en perspectiva ventajas indudablemente superiores por la industria carbonífera inglesa, para quien un trust minero en el continente habría sido un rudo golpe, descubrieron de repente su corazón nacionalista y prefirieron la ocupación militar. Junto con los obreros y empleados, que se dejaron engañar en favor de los intereses de sus amos, pues les eran desconocidas las tramas internas, organizaron la resistencia pasiva, y la prensa de Stinnes sopló impetuosamente en las trompetas a fin de inflamar hasta el máximo grado el odio contra el enemigo hereditario. Pero cuando la resistencia fue frustrada, Stinnes y los demás representantes de la gran industria alemana no esperaron al gobierno Stressemann, sino que negociaron con los franceses por propia cuenta.

El 5 de octubre de 1923 se reunieron los señores Stinnes, Klockner, Volsen y Vögler con el general francés Degoutte, a quien trataron de incitar para que impusiera a los obreros alemanes del territorio ocupado la jornada de diez horas, a los mismos obreros que en la víspera habían sido sus aliados en la resistencia pasiva contra el gabinete

francés. ¿Hay mejor testimonio sobre el valor de la nación como comunidad de intereses?

Poincaré tomó como pretexto los supuestos déficits de Alemania en las entregas de carbón para hacer entrar las tropas francesas en el distrito del Ruhr. Naturalmente ésa era una simulación para dar el barniz de la legalidad a un robo descarado. Se puede comprobar mejor lo dicho, por el hecho de que Francia estaba entonces, con excepción de sus intereses particulares, para aliviar el juego al gobierno francés que se vió forzado incluso a decretar un impuesto extraordinario de 10 por 100 a la introducción de carbón del Sarre, para proteger el carbón francés en el mercado nacional. Lo cierto es que transportó de nuevo a Alemania el 20 por 100 de ese carbón y sólo un 35 por 100 fue a parar a la industria francesa; por otra parte, los grandes industriales alemanes y sus aliados hicieron todo lo que estuvo a su alcance, en la defensa implacable de sus intereses particulares, para aliviar el juego al gobierno francés. Fueron ellos los que se resistieron más encarnizadamente a todos los ensayos para producir una estabilización del marco, porque gracias a la inflación, podían sabotear más cómodamente el pago de tributos de la industria y de la gran propiedad agraria y hacer gravitar los impuestos sobre las espaldas de los trabajadores de la ciudad y del campo. Gracias a esas oscuras maquinaciones no sólo se desarrolló un ejército de especuladores de divisas y otros acaparadores, que pudo extraer ganancias gigantescas del espantoso empobrecimiento de las grandes masas, sino que se dio también a Francia la ocasión para obtener beneficios extras del desastre de la moneda alemana. Según el testimonio del ministro de Finanzas francés, Laseyrie, hasta fines de septiembre de 1921, Alemania entregó a Francia, combustibles por valor de 2.571 millones de francos, por los que, a causa de la desvalorización del marco, sólo se le acreditaron en cuenta 980 millones. El egoísmo comercial de los buenos patriotas alemanes proporcionó, pues, al enemigo hereditario una fuente especial de ingresos a costa de la explotación monstruosa del proletariado alemán y de las clases medias en decadencia. Pero cuando la lucha del Ruhr tocó a su fin y los industriales del territorio ocupado concertaron los llamados convenios Micun, ningun-

no de ellos pensó por un solo instante en los millones que habían obtenido durante el período de la inflación; exigieron por el contrario, del Reich, una indemnización proporcionada a sus pérdidas; y el gobierno Luther-Stresemann se apresuró sin tener en cuenta el derecho de tasación del parlamento a entregarles la pequeñez de 706 millones de marcos oro, por los daños del Micun, de los cuales sólo se reconocieron en la cuenta de las reparaciones 446 millones de marcos oro, una transacción que no habrá ocurrido muy a menudo en la historia de los Estados parlamentarios.

En una palabra, los representantes de la gran industria, de los latifundios y de la bolsa no se han inquietado por la supuesta comunidad de los intereses nacionales. No se les ocurrió en manera alguna contentarse con menores ganancias a causa de la guerra perdida, a fin de hundir inevitablemente en la miseria a la gran mayoría de la nación. Se apropiaron de lo que cayó al alcance de sus manos, mientras la nación apenas podía sostenerse con pan seco y patatas, y centenares de millares de niños alemanes sucumbían por desnutrición. Ninguno de esos parásitos pensó que su voracidad desenfundada empujaba la nación entera a la ruina. Y mientras que los obreros y la clase media sucumbían en las grandes ciudades, Stinnes se convirtió en propietario de riquezas fabulosas. Thyssen, que antes de la guerra poseía aproximadamente 200 millones, llegó a ser propietario de un caudal de mil millones de marcos oro; los demás representantes de la gran industria se enriquecieron con el mismo ritmo. ¿Y qué diremos de los mal llamados nobles de la nación? El pueblo alemán, que vegeta desde hace años en un páramo de miseria desconsoladora, paga a sus antiguos príncipes sumas fabulosas como indemnización, y tribunales serviciales se ocupan de que no les extravíen un solo penique. Y no se trata sólo de indemnizaciones a los padres de la patria derribados por la revolución de noviembre de 1918, sino también de los que pagan desde hace mucho tiempo a los descendientes de pequeños potentados cuyos territorios han desaparecido del mapa hace más de 130 años.

**R. ROCKER**

« Nacionalismo y Cultura »



## RECLUSIANA DEL AGUA

# El «glu glu» de las acequias

**H**ABLAR del agua es hablar de la vida misma; de la vida física y de la vida espiritual. He aquí la grandeza y la poesía de la expresión de Reclus viendo trabajar a los indígenas de Egipto en los fértiles cenagales del inmenso estuario del Nilo, cuando dice: « Del barro nacen las espigas y de las espigas nacen los hombres ». Véase en qué forma tan concisa y tan bella vincula este gran autor, el agua, a la complicada maravilla de la generación.

Los antiguos atribuían una Divinidad a cada fuente, y el autor de estas líneas decía una vez hablando del agua, que era ésta la única Divinidad que realmente había visto descender del cielo.

De todas las civilizaciones, las que más importancia y honores han concedido al agua, son la romana y la árabe; la primera construyendo atrevidos y suntuosos puentes, especie de Arcos de Triunfo para cada paso de agua, y la segunda distribuyéndola sabiamente para aprovecharla en la agricultura y la jardinería y dándole aplicaciones sanitarias y hasta musicales en sus viviendas y palacios. Del primer caso se guarda valioso recuerdo en España toda, y del segundo son ejemplos magníficos la vega de Valencia y la Alhambra de Granada.

Se habla de las virtudes y propiedades del agua; no vamos a enumerarlas, porque las tiene todas, incluso la propiedad de la vida ya que si falta el agua, sobre todo lo demás por innecesario, pues los reinos vegetal y animal y el dinamismo de los mundos dejan de existir en su defecto.

Nuestro planeta al agua debe su vitalidad exclusivamente, y el mecanismo de este maravilloso elemento es maravilloso también. Veamos si no, su cuna; es el mar, elemento dotado de todos los atributos, hasta el de la respiración; solemne, atractivo, cambiante. En cuyo seno tuvo origen la vida, y es guardador eterno de todos los tesoros y todos los misterios. De su superficie, móvil y graciosa, se evapora el agua continuamente, y se eleva por las escaleras del aire hasta regiones donde en estado vesicular se acumula en lo que llamamos hubes, que son mares flotantes y viajeros, que se trasladan a merced de los vientos hasta chocar con las montañas de los continentes, las que les obligan a elevarse a regiones más frías y convertirse en núcleos acuosos, a los que llamamos gotas y éstas, más densas que el aire, caen sobre la tierra en lluvia benéfica.

El hombre conoce, admira y hasta adora, desde siempre, la circulación del agua terrestre, superficial y subterránea; porque es su propia vida, la de

las demás especies, la de las plantas, la de todo lo vivo, como y ahemos dicho.

El agua hemos visto que es mar proceloso y amenazador, pero bello y fecundo. De belleza única por su cala solemne, con los reflejos del Sol y de la Luna, vivos y luminosos como trozos de espejos flotantes. Aspecto que no se puede pintar ni reproducir, porque la paleta del arte tiene colores, pero no tiene luz. Por su bravura en la tempestad; con sus tonos cambiantes siempre: rojizo, azul celeste, azul denso, negro de tinta... Con la maravilla de su fosforescencia... Con el secreto de la vida, que nació en su seno.

Hemos visto que el agua es vesícula y es nube. Que es gota de lluvia. Que es copo de nieve que pinta de blanco inmaculado las altas cumbres. Y ahora, en la tierra, vemos que es culebra viva en el torrente, mugido en la catarata, espejo ondulante en el río, rumor en la cascada y en el desfiladero, placidez en el llano y donación espléndida y desinteresada de su importante valor y de su poesía en la desembocadura, en su estuario, en su delta, donde vuelve a sus lares, a su punto de partida, a su cuna imaginaria, al mar, para repetir su circuito una y mil veces, eternamente, siempre, como ejemplo a los espíritus mezquinos, como norma de los perezosos, como dominación del orgullo, como doctrina de la indecisión, como remedio de todos los males de la duda y del ocio.

El agua, además de ejemplo, norma, dominación, doctrina, remedio, como acabamos de decir, y belleza, utilidad, divinidad, vida, como habíamos dicho antes, y quizá por ser todo esto reunido, es maestra que nos enseña en el noble quehacer de ser útiles a los demás... Y pensando en todo esto iba quien estas líneas escribe por una senda de la fecunda vega valenciana, distraído, absorto por la energía intensa de esta acumulación de conceptos, cuando oyó cerca de sí, casi a sus pies, una voz grave y dulce, un murmullo suave como una súplica, pero que en realidad era advertencia de un peligro; era el « glu-glu » de una acequia que le decía que ella estaba allí, que atravesaba la senda bajo un estrecho puentecillo para ir presurosa a cumplir su misión de fecundidad, y quería evitar al caminante un paso en falso. Además, pues de la decena de calificativos enumerados, el agua es nuestra mejor amiga, la más solícita, la más cariñosa, la más amable, la más tierna.

El « glu-glu » de las acequias es la música de la vega valenciana; podemos ahorrar dos letras y decir que el « glu-glu » de las acequias es la Musa valenciana. He aquí **Musa**, un nuevo título para nuestra hermana el Agua.

El agua es la más constante trabajadora; ella ha modelado nuestro planeta; ella arranca de las rocas los materiales para formar la tierra vegetal que da el pan al hombre; ella es la que rellena los valles, la que proporciona las arenas a las playas y la que regulariza las superficies luchando y venciendo a los elementos internos de la Tierra que la desafían con sus bríos. Ella es la barredora incansable de todos los males y la aportadora fiel de todos los bienes. Y, no obstante, ella es discreta, recatada, modesta, pues penetra en la tierra y salva distancias enormes por los caminos oscuros del subsuelo, para salir, de vez en cuando, en forma de surtidor para dar vida, frescura y poesía a los lugares más bellos, que son las fuentes, donde canta o murmura dulcemente, conquistando en buena lid el calificativo de Linfa, palabra que utilizan los poetas para nombrarla.

Además en esos viajes subterráneos, en esas soledades de la obscuridad, se ha purificado con el trabajo de construir templos arquitectónicos, convirtiendo las vulgares cavernas en Museos de arte sublime con la paciencia de sus gotas mineralizadas, formando, con las estalactitas que penden del

techo y las estalagmitas que surgen del suelo, obras de arte natural que los más eminentes artifices admiran.

No son necesarias, sin embargo, esa constancia, esa modestia, ese arte, esa abundancia y esa fuerza para ser admirable el agua; basta un gota para dar encanto a nuestra vida, satisfacción a nuestras inquietudes y consuelo a nuestros pesares. Esas gotas redondas, esferillas perfectas de cristal vivo que contienen por las madrugadas las hojas de las flores, diamantes de pureza absoluta que imitan las lágrimas del Hada nocturna que vela y que llora por todos los que sufren. Ese rocío que tiembla sobre los pétalos de las rosas, como niño inquieto, mientras las acequias le arrullan con su « glu-glu » sentimental y austero, es el más energético contraste con la realidad cruel del alma de esta Humanidad endurecida y materializada.

Mi objeto es que os miréis y os veáis en el espejo de la gota de rocío y prestéis atención al cantar de las aguas, el « glu-glu » de las acequias, para ser cada vez mejores, riendo y llorando con la Naturaleza, y así ser más y más humanos todavía.

ALBERTO CARSI

## LA FUENTE

**T**ENIA sed y busqué la fuente. Y allá en el robledo, recatada entre juncos y mimbres la fuente esperaba al sediento que supiese buscarla. Me asomé a la taza de su frescura y en el claro cristal reflejóse la fiesta de mi cara. Tenía sed y en mis ojos retozaba el gozo por el hallazgo.

Súbito hube de hacerme atrás : un áspid de piel verdosa, gracioso como una joya de esmeralda, enderezaba la cabecita triangular. En la boca abierta vibraba eréctil la lengüecilla, dispuesta a dispararse como un dardo. ¿Defendería de los intrusos aquel tesoro de frescura? Pero no; el áspid se plegó a ras de la yerba y bebió. Y la fuente, sin alterarse al contacto de la ponzoña, siguió manando, como una copa rebosante. Después, desenrollóse y, a un ademán mío, huyó asustado deslizándose por el césped.

Una avecilla, luego, vino a posarse, ingravida como un copo de nieve, sobre un junco. Inclino la cabecilla donde brillaban dos zafiros pequeñísimos como dos gotitas de lo azul y bajó, con un temblor de alas, hasta una piedrecilla a ras de agua. Y bebió : metía el pico en la linfa, tomaba una gota y levantaba la cabecita, cerrando el telo de los ojos como para mejor saborear la delicia de aquella frescura. Y así varias veces. Hasta que apagó la sed y volvió hacia el horizonte. Y la fuente siguió manando sin que alterase las transparencias de sus aguas la gracia elemental, pura, de la avecilla.

Al fin me tocó a mí y bebi yo. Y mis labios sedientos no encontraron la ponzoña del reptil ni la pureza del ave, sino la frescura, siempre igual e inalterable siempre, de la fuente. Venenos y purezas flotaron en las aguas desbordantes sin penetrar en la transparencia, siempre ascensional, de la hondura.

¡Ay, tal ha de ser nuestro corazón, la oculta fuente de nuestros propios gozos! ¡Y ay de aquéllos cuyas aguas no resisten al contacto de todas las ponzoñas y necesitan de purezas extrañas para acendrase!

Mariano Viñuales





VERSIONES

por DENIS

## LOS DOS LADRONES

**E**RANSE dos fabricantes que se habían enriquecido indecentemente.

Nada excepcional. Todo enriquecimiento tiene un origen indecente. A veces no se ve. En el caso de los dos fabricantes, se vio.

Eran empleados de un Banco, casados con dos hermanas. Guapas, guapas. Al banquero le gustaron. Las dos. Y las dos se abrieron de piernas al banquero, que adquirió y regaló, generosamente, una fábrica a sus dos empleados.

Vino en esto, como caída del cielo, una guerra lejana, una guerra colonial. El banquero procuró que ciertos suministros para el ejército fuesen encargados a la fábrica de sus protegidos. Y el dinero comenzó a entrar en su caja a raudales. Era un gozo ver cómo entraba. En cuanto a los suministros, como eran para soldados, se fabricaban con cualquier cosa. ¿Para qué, destinados a gente que iba a morir, preocuparse de su calidad?

Pero de todo eso hacía mucho tiempo. Terminada la guerra colonial, que gracias a Dios duró varios años, los dos fabricantes se habían retirado de los negocios. Su fortuna, inmensa, les permitía vivir sin ocuparse de nada. No tenían hijos. Sus esposas, como si toda su misión en la vida hubiera sido enriquecerles, murieron poco después, en el mismo año.

Habían comprado, para los cuatro, poco antes de este contratiempo —se dice así entre gentes como los dos fabricantes—, un castillo en las afueras de la ciudad. No quisieron venderlo, al morir sus esposas, y siguieron habitando en él, solos, sin recibir otra visita que la del banquero, para el que seguían teniendo el mismo respeto que cuando eran sus empleados.

Este les consolaba de su tristeza —estaban, en efecto, muy tristes—, y les animaba a casarse de nuevo. Les propuso, más de una vez, mujeres que le gustaban, casi tanto como las difuntas. No seamos maldicientes. Acaso su consejo era desinteresado. Poco importa que su mujer, siempre malhumorada, agotados ya todos los placeres que se pueden comprar con dinero, fuese una receta contra la lujuria.

—Sois ricos, no sois viejos, y cómo os puede ser indiferente la falta de fortuna en la mujer que elijáis, podéis hacer un buen matrimonio —les decía el banquero.

—No, no —respondían los dos viudos al mismo tiempo—. Jamás remplazaremos a nuestras esposas. Usted no sabe, ni se imagina, cuán felices nos han hecho. Eran únicas. No había cosa que olvidaran tratándose de nosotros. ¡Qué atenciones, qué delicadezas; No, no, imposible. Casándonos de nuevo nos parecería cometer una infelidad imperdonable.

Hubo una ocasión, sin embargo, en que vacilaron. El banquero les propuso dos condesas, hermanas también, que un hermano había arruinado.

—Vuestro dinero las colocará de nuevo en su rango —les dijo—, y vosotros entraréis así en el gran mundo, que no vacilará en abrirnos sus puertas.

Dejaron al banquero hacer, pero sus gestiones fracasaron.

Esto hirió la vanidad de los dos fabricantes. Hasta entonces habían vivido apartados, solitarios, sin saber qué hacer de su soledad. Comenzaron, desde aquel momento, a ir frecuentemente a la ciudad, a hacerse ver en los teatros, en las exposiciones, y a asistir a todos los banquetes, fuese quien fuese el festejado. El caso era ver gente, hablar con gente, no importa de qué. Protegían a las actrices, compraban cuadros en todas las exposiciones, adquirían todos los libros que se publicaban. Esto les llevó a comprar también algún que otro cuadro antiguo, y adquirir viejas ediciones que les recomendaban. Llegaron a montar así en el castillo un museo y una biblioteca, mucho más valiosa ésta que aquél.

Inútil decir que ni abrían los libros siquiera. Pero el objeto con que los adquirirían fue logrado. Se habló de ellos en los periódicos. Se dijo que si todas las fortunas se emplearan así, el mundo estaría salvado, y otras tonterías por el estilo.

Un librero les habló de un poeta pobre, pero genial, y lo albergaron en el castillo, para que pudiera parir a sus anchas los frutos de su genio. El poeta, autorizado por ellos, no hay que decirlo —los poetas son como se debe ser—, invitó a algunos amigos, poetas, como él, escritores y músicos. Estos se hicieron lenguas de la biblioteca del castillo, y más de un erudito quiso visitarla, con gran alegría de los propietarios, a los que se llamó días después, en una revista muy seria, los Mecenas de las letras y las artes.

Los dos fabricantes estaban en la gloria. Las condesas que los habían rechazado podían ser todo lo que quisieran, pero nadie se ocupaba de ellas. En cambio, todo el mundo hablaba de su museo, de su biblioteca, de su comportamiento con artistas y escritores, de la amistad que éstos les profesaban.

No halló más ocasión el banquero, desde entonces, de hablarles de sus proyectos. Jamás los encontraba solos. Aparte del poeta pobre, pero genial, que se había instalado en el castillo como si hubiera de vivir en él siempre, nunca faltaban otros invitados: escultores o pintores que trasladaban al mármol o al lienzo, para la posteridad, la efigie de los dos fabricantes.

Acertó a pasar por la ciudad, en un viaje de recreo, el pintor de la Corte, célebre por ello. Sus retratos del emperador —el país era un imperio— gozaban fama en el mundo entero. Lo había pinta-

do de frente, de perfil, de pie, sentado en su trono, a caballo, presenciando el desfile de sus tropas. Siempre mirando a las gentes como desde una torre. Cuando se tiene que ostentar así el orgullo, es que no existe. Los retratos eran, pues, ridículos. Pero famosos, famosos en el mundo entero. Hasta en los países enemigos. Hay cosas que ni en los países enemigos juzga nadie.

El pintor de la Corte, que era pariente lejano del poeta pobre, pero genial, fue invitado por éste a visitar el museo del castillo. Gran día, para los propietarios, el de la visita. No faltaba ninguna celebridad de la ciudad. Se bebió champaña, y se brindó por el emperador y por las glorias del imperio.

El pintor de la Corte no había pintado jamás sino retratos del emperador y de la familia del emperador. Se le habían ofrecido sumas cuatiosas por otros retratos: las había rechazado. Era el pintor de la Corte.

Los dos fabricantes no se atrevieron a pedirle que hiciera sus retratos. El poeta pobre, pero genial, lo hizo por ellos. Se había instalado en el castillo como si hubiera de vivir en él siempre. Vio, en el deseo de sus protectores, si se realizaba, que el castillo sería en lo sucesivo como suyo.

Su pariente aceptó el ruego. Haría, por una vez, lo que no había hecho nunca.

Semanas más tarde, los retratos estaban terminados. Se instalaron en el museo, en lugar preferente, y fueron cubiertos por una cortina.

Se preparó una fiesta para mostrarlos al mundo de las letras y de las artes de la ciudad. Entonces se descorrería la cortina. Sería una inauguración.

La víspera de la proyectada fiesta llegó a la ciudad un poeta famoso —grande a pesar de ser

famoso—, que nadie, en el mundo de las letras y de las artes, quería dejar de ver. Los dos fabricantes temieron que su fiesta fuera menos fiesta de lo que esperaban. Hicieron que el gran poeta fuera invitado. Y cuando, al día siguiente, llegó al castillo, se dieron cuenta de que jamás había entrado por sus puertas un hombre como él. Olvidaron, pues, a los demás invitados, y todo se volvió en ellos amabilidad para el que todos rodeaban, esperando ser distinguidos por él.

El gran poeta se había informado ya de quiénes eran los dueños del castillo, de su fortuna y de los orígenes de su fortuna. Los observaba, sin mirarlos apenas, así como a la multitud de parásitos que había caído sobre ellos, y más de una vez estuvo tentado de significar a éstos su menosprecio, y de gritar a aquéllos que eran unos ladrones.

Se contuvo, haciendo un gran esfuerzo. Pero su indignación crecía, crecía, a medida que aumentaban las amabilidades de los dos fabricantes. Momentos después, éstos lograron arrastrarle, separando de los demás, al museo. Y allí, sin ningún circunloquio, le dijeron:

—Nos hemos percatado de que es usted la persona más importante de la reunión. Queremos, por tanto, mostrarle a usted solo, y antes que a nadie, los retratos.

Y uno de ellos, apresurándose, descorrió la cortina que los cubría.

—¿Qué le parecen, qué le parecen? —preguntaron los dos a la vez.

El poeta pudo, sonriendo, decirles lo que quería decirles:

—Muy bien, muy bien. Pero falta el Cristo.

## Incidente doméstico



Traza la niña toscos garrapatos,  
de escritura remedo,  
me los presenta y dice  
con un mohín de inteligente gesto :

«—¿Qué dice aquí, papá?»

Miro unas líneas que parecen versos.

«—¿Aquí»—«Sí, aquí; lo he escrito yo; ¿qué dice?, porque yo no sé leerlo...»

«—¿Nada?»—y se queda un rato pensativa

—o así me lo parece, por lo menos,  
pues ¿está en los demás o está en nosotros  
eso que damos en llamar talento?»—

Luego, reflexionando, me decía:

¿Hice bien revelándole el secreto?

—no el suyo ni el de aquellas toscas líneas,  
el mío, por supuesto—.

¿Sé yo si alguna música misteriosa,  
un subterráneo genio,

un espíritu errante que a la espera  
para encarnar está humano cuerpo,  
no le dictó estas líneas  
de enigmáticos versos?

¿Sé yo si son la gráfica envoltura  
de un idioma de siglos venideros?

¿Sé yo si dicen algo?

¿He vivido yo acaso de ellas dentro?

No dicen más los árboles, las nubes,  
los pájaros, los ríos, los luceros...

¿No dicen más y nos lo dicen todo!

¿Quién sabe de secretos?

M. DE UNAMUNO

(También el ingenio de Salamanca — «este don-  
quijotesco Miguel de Unamuno» — dejó una obra  
poética. Inferior, sin duda alguna, a la del ensayista,  
pero merecedora, empero, de un honroso lugar  
dentro de la poesía moderna).

## POETAS DE AYER Y DE HOY

### *Romance junto al mar*

Me estás haciendo llorar,  
¡ay, mar!, con tus olas nuevas,  
las que furioso te arranca  
el viento de mis quimeras.  
Si el corazón se me pone  
como las algas resacas,  
te echaré la culpa a ti,  
que escupiste a la ribera  
este pez que te dejé  
con jazmines y azucenas.  
No digas que no he cumplido  
con mi más firme promesa,  
que sumergido en la tarde  
vine a pisar tus arenas,  
y aquí te aguardo, cubierto  
con una arrugada vela,  
la vela que Dios soplabá  
cuando yo pescaba estrellas.  
En tus playas sólo encuentro,  
con un estigma de espera,  
un surco de gaviota  
en salobre y muda piedra.  
Tú suenas allá, a lo lejos,  
a amor rompiendo cadenas,  
y en tu sonido, un sabor  
de emoción en línea recta,  
está induciendo a mis ojos  
a echarse sobre tus penas.  
¿Te acuerdas de aquella historia  
de unos muchachos de menta  
que te pusieron fresca  
con sus abrazos de hierba?  
Yo sé que el rumor que tienes  
es de líquida alameda,  
que tu mirada, a los cielos  
siempre apunta y siempre vuela,  
y que tú me idealizas  
sentado en la luna llena.  
Dicen que dices de mí  
que soy quien más te consuela,  
y me causa tal placer  
que siento rara vergüenza:

igual que, cuando a mi madre  
la sorprendía a mi vera  
diciéndome tiernamente  
lo que no quiero se sepa.  
¿Puedo dormir reclinando  
en tus olas mi cabeza,  
y sentir las como abrazos  
poco después que me duerma?  
Quiero abrirte así, de pronto,  
igual que a una madreperla,  
y descubrir el secreto  
de tu tarrito de esencias.  
Pero nada puedo hacer,  
porque mis ojos se cierran  
y ya no sé si mañana  
viviré mi cantinela.  
¿Y tu madre, dónde está?  
La mía, a la orilla espera,  
preparándose las barcas  
para que salga de pesca.  
¿Y tú padre, en qué trabaja?  
El mío, a los naipes juega  
con tres marineros gordos  
que se fuman lo que sueñan.  
Saldré, cuando me despierte  
a abrirte el vientre a la fuerza,  
esta fuerza que, en la tuya,  
es una caricia inmensa.  
Te pescaré mil sardinas  
de emociones, mil almejas  
de silencio no probado,  
y mil moluscos de pena.  
No quiero, porque me duermo,  
que a mi cama, así te vengas,  
que con el mar de mi llanto  
y mi herrumbre marinera  
hay bastante en esta playa  
que en vano buscó la hierba.  
¡Por tu culpa estoy llorando,  
y lágrimas no me quedan!

ABARRETEGUI



lamella

PLATE 1



# GENIIT

— sociología —  
— ciencia — literatura



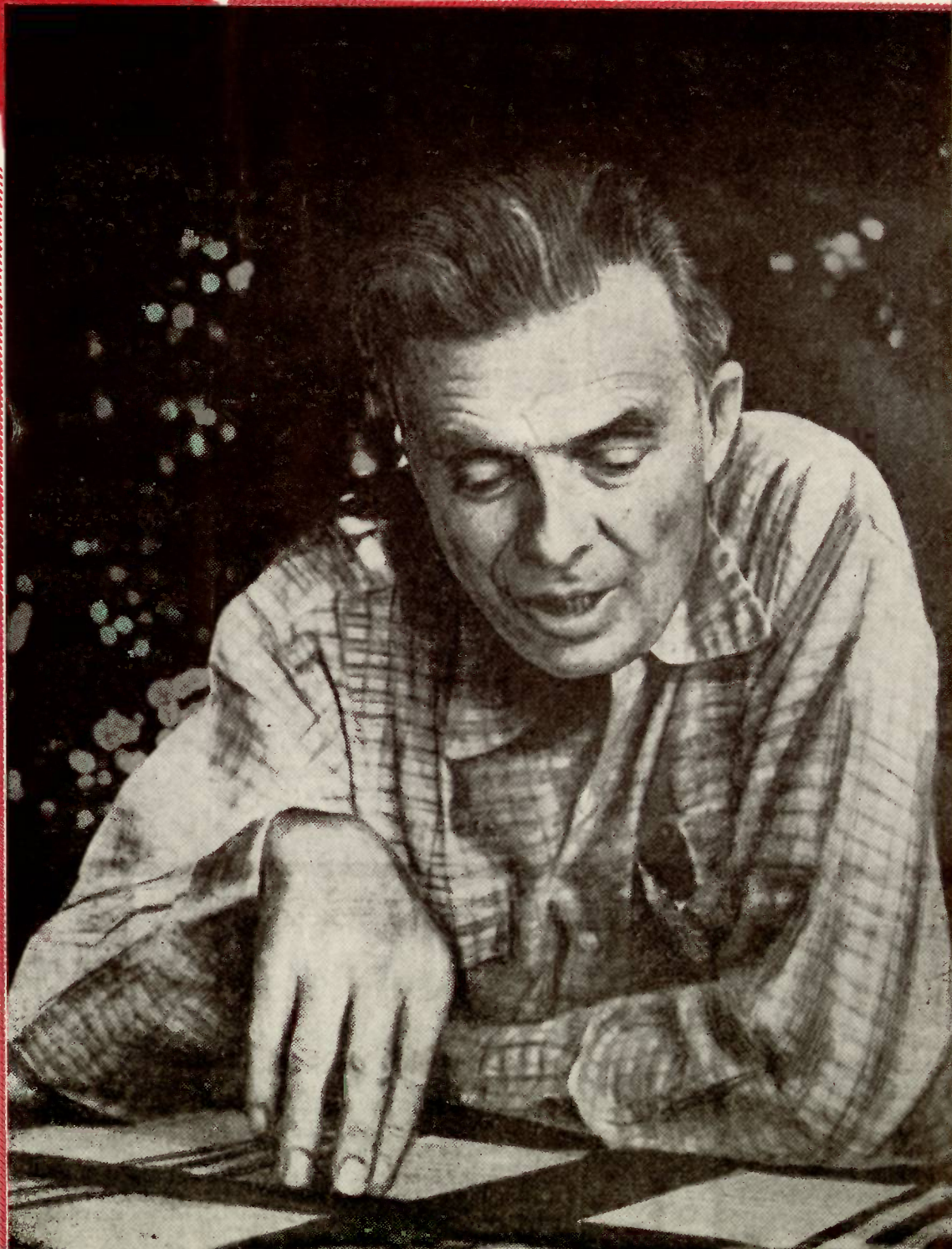
**P. Bravo:** Cálculo, balances y profecías.—**C. Carpio:** Madrid, Noviembre y Durruti.—**Puyol:** Recuerdos de juventud.—**J. Ferrer:** El anarquismo única solución efectiva.—**Abarrátegui:** España y aún España.—**Dos conferencias de Muñoz Congost** en Casablanca.—**F. Ocaña:** La voluntad libertaria.—**Fabián Moro:** Discurso del hombre libre.—**F. Alaiz:** Cuatro épocas de la ciudad sertoriana.—**H. Manchester:** Bertha Von Suttner y Alfredo Nobel.—**E. Belgis:** De mi calendario.—**A. Samblancat:** Marfil animal y vegetal y ¡San Patricio nos valga!—**M. C.:** El universo de Alaiz.—**Denis:** El curandero.—**Han Ryner:** Colgando los hábitos (folletón).

# 154

NOVIEMBRE 1963

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,20 F.



475523

## NUESTRA PORTADA

Si al anarquismo pertenecen sólo los anarquistas organizados, a la anarquía y por la anarquía, pertenecen y trabajan todos los anarquistas, los asociados y los no asociados. Además entre éstos hay dos géneros, los que así se apellidan y los que nunca se han declarado con adjetivo alguno, pero que son entera e íntegramente anarquistas.

Admitidas estas diferencias, Aldus Huxley es de los nuestros, es anarquista.

Huxley era anarquista porque:

— Sin llegar a ser irreverente ni irrespetuoso, se reía de todo y de todos, nada era sagrado para él y esto es una condición «sine qua non» del anarquista.

— no admitió nada más allá de la muerte,

— ciego, dedujo que es así cómo mejor podría vivir su UTOPIA hecha de pensamientos y de sentimientos,

— social, condenó a la sociedad y gritó para que la humanidad se alejase del robotismo, y de la planificación como armas destinadas a deteriorar la vida individual y con ella al individuo,

— denunció desde el año 32 la carrera hacia la tecnocracia y el taylorismo,

— demostró el desastre que ocasionaría el «bien-estar» producido por el trabajo en cadena,

— explicó que toda clase de obligación, incluso la de ser feliz, era negativa,

— rechazó todo dirigismo, incluso el tendente a la procreación condicionada,

— para él como para el conjunto de anarquistas, la sociedad actual no era más que un PROGRESO DE EXPERIENCIAS TENDENTES AL APLASTAMIENTO PROGRESIVO PERO TOTAL DEL HOMBRE,

— no admitió la dependencia sexual bajo ningún pretexto, ni tampoco la libertad sexual que hace del hombre un «perro bien domado»,

— detestó la mentira, disimulada o no, convencional o fortuita, útil o vergonzosamente execrable,

— combatió la ruindad desdeñando, aunque piadosamente, a los hombres ruines,

— etc., etc., etc.



### REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

*Colaboradores*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Dr. Pedro Vallina, J. Capdevila, G. Esglesas, Osmán Desiré, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux, Muñoz Congost

*Precios de suscripción*

Francia:

Semestre ..... 7,00 F.

Año ..... 14,00 F.

Número suelto ..... 1,20 F.

Exterior:

Semestre ..... 8,00 F.

Año ..... 16,00 F.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.C. 1197-21

4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne)

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en el que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII

Toulouse, Noviembre 1963

Nº 154

## CALCULOS, BALANCES Y PROFECIAS



**H**A su postrer suspiro, al perguenar estas líneas, el año del... Pero dejemos aparte adjetivo; en cantidad y en calidad, un año en sí, es sensiblemente igual o parecido a otro. El marco ficticio del tiempo, calculado con exactitud y guardando proporciones simétricas, es un detalle técnico mínimo; lo importante son los lienzos, los retablos, las acciones humanas que dentro del enmarcado recinto quedan para la galería de la historia.

Un pensamiento genial, aunque quepa en un minuto, puede tener trascendencia durante siglos; un verso, una estrofa, una esperanza en firme, puede desafiar al tiempo e inmortalizar, sin pretenderlo, a quienes les concibieron. Y borradas, en el término de los escasos segundos de un minuto, las obras seculares orgullo de la sociedad, pese a sus proporciones o dimensiones.

Hay gemidos que son verdaderas síntesis del drama humano; hay bostezos que compedian toda una vida insulsa, vegetativa, insípida, y sonrisas que abarcan el cúmulo de esperanzas, deseos y fantasías almacenadas por el hombre en su fuero intelectual, afectivo o simplemente sensitivo.

Hay segundos estelares, engarzados a siglos de nocturnidad, que lanzan destellos; puntos de referencia sin los cuales andaríamos perdidos; momentos de tanta densidad y vibración que pesan sobre todo el resto de una vida, de perfiles sensuales o de contornos místicos. Y que la memoria no recuerda, ni la voluntad intenta prohibirlos. Hechos que nos marcan, estigmas indelebles a la vez que invisibles. Determinismo interminado del hombre a su pedantería y a la sutil metafísica por él esgrimida; como para volver más circunspectos a quienes se obstinan en explicarlo todo por cifras o revelarlo todo por signos de magia. En realidad, no para explicar o revelar algo, sino más bien para ocultar y encubrirlo todo. Perpetuar la ignorancia para mantener su poderío. Pueblos ciegos en los

que el monarca es un tuerto; multitudes postradas y encandiladas para las cuales el visionario es el sumo pontífice.

Sobre mi mesa, esparcidas, varias revistas de fin de año. El papa opina y aconseja sobre lo humano, y sobre lo divino fulmina; con igual desparpajo niega lo que sabe que afirma lo incognoscible. Una periodista de renombre —corta de vista—, puesta en trotes de adivinar, quiere levantar el velo del futuro haciéndose eco de alcahueterías cazadas en los cenáculos políticos. Un financiero orondo, con título de ministro, calcula los recaudos impositivos para sus arfas vacías a la vez que preconiza medidas restrictivas. Un hombre de ciencia, célebre por sus trabajos nucleares, propugna por un sistema de desarme plagado de malas intenciones o adoleciendo de un descomunal infantilismo. Un joven académico nanegenario recomienda la vuelta al virtuoso clasicismo, con cánones, reglas tradicionales y fijas. Y hasta un artista de partido, confundiendo ética y estética, lanza su mensaje clasista abogando por la línea zigzagueante, quebradiza. Renunciamos a la crítica, aunque sea de corrido, de las alocuciones de los jefes políticos de diversos países; prometen si se les sigue, algo peor que las legendarias plagas egipcias.

Un general da un balance macabro de la guerra. Tantos miles de muertos, tantos de heridos, de prisioneros, y muchos más, por enajenados, recluidos. Kilómetros avanzados, retrocedidos; costas conquistadas, aviones abatidos. Cifras y más cifras. Deducid y conoceréis al vencedor. Pero nosotros, inducidos por lo que vemos, opinamos que a estas alturas ya pronto será imposible ganar una guerra; ni siquiera por los que monopolizan la producción armamentista y hacen de la finanza una tramposa lotería.

Una sociedad industrial contabiliza la riqueza anual de su tesorería. ¿Balance? Varios millones



# Madrid, Noviembre y

**C**ONMEMORANDO este XXVII aniversario de la Defensa de Madrid, evocamos a Buenaventura Durruti como uno de sus héroes más prominentes; quizás el más ilustre de sus defensores. Y no por haber participado intensamente en la contienda de aquel frente de combate, sino porque había sido desplazado con parte de la División para el empuje que permitiría ensanchar el campo de lucha.

Y el convencimiento que de ellos tenían quienes dispusieron el traslado de aquellas fuerzas seleccionadas desde Aragón para actuar en Madrid, importaba vitalizar la moral combativa y abrir una brecha para acciones futuras. Porque nadie ponía en duda que en la acción de aquellas fuerzas iba todo el prestigio de las milicias, y detrás de Durruti, la Confederación, las Juventudes Libertaria y la FAI. Es decir, el anarquismo.

La muerte de Durruti ha sido la victoria más importante que se ganó el enemigo, sin combate. La desaparición de Durruti, el hijo del pueblo que arrastraba apasionadas multitudes, por la sinceridad y honestidad con que se enfrentaba a los acontecimientos, permitió al enemigo un respiro importante y, de rebote, el establecimiento de un nuevo plan de guerra. Con Durruti en el frente, ni organizaciones ni el gobierno podrían tener tranquilidad absolutas. Hombre disciplinado, por imperio de los acontecimientos, tenía el instinto desarrollado para adivinar los movimientos de enemigo, y la suficiente confianza en su poder y valer como para llevar a cabo las faenas más peligrosas en cualquier terreno.

ganados entre cuatro socios inactivos, pero dueños de las acciones de la firma. Así es de cínico el capitalista. ¡Y lo que no dicen para ocultarlo al fisco! Sin mucho desgaste imaginativo se puede averiguar quiénes son los que tantos millones han perdido. Activistas que con las herramientas afirman su destreza y con la cabeza su torpeza. Así son de mansos y listos.

Tras un mal día pasado, Nochebuena se avecina. Es la natividad del hijo de un dios y de una virgen; virgen aún recién parida. Solemnidad del primero de año. ¿Qué se solemniza? La circuncisión de Cristo. Costumbre inveterada entre los árabes y judíos. Bien cierto es que nada hay tan absurdo y sinuosamente sicalíptico como las historias sacras y los cuentos bíblicos.

P. BRAVO

Durruti era un héroe de cuerpo entero, no en el romántico sentido literario del término, sino un héroe auténtico, como lo habían sido antes Pericles en su momento, Napoleón después y el inglés Montgomery, vencedor del desierto. Es decir, hombres que, ubicados en un lugar de la tierra, en determinado momento deciden el curso de los acontecimientos. Como antecedentes, disponemos de elementos valiosísimos desde Jerjes que consiguió atravesar el Ponto Euxino hasta Alejandro al cortar el nudo giordano y obligar a la pitonisa del templo de Delfos a que le diera los buenos augurios por la hazaña que llevaría a cabo después, tal como está escrito.

Durruti en el frente de Madrid sin duda que invertiría todo el curso de la guerra defensiva. Si bien no era un hombre calibrado, que aplicara la lógica con buen sentido, la explosión volcánica de su confianza desarticulaba todo razonamiento. Y al vigor con que apoyaba su decisión hacían luz allí donde el buen juicio fracasaba. Santillán expresa que si alguien lograra domar a ese león con una pequeña dosis de teoría, Durruti sería el indiscutido general de la liberación. ¿Qué podría haber ocurrido si Durruti hubiera actuado en todo el curso de la guerra? ¿Qué conclusiones, quienes lo han conocido y tomado las pulsaciones de su corazón, con el antecedente de lo que representó dentro del movimiento anarquista y como miliciano en el frente de Aragón? Indudablemente que la contienda española no podría terminar en la forma en que se arriaron las banderas. La segunda guerra grande no hubiera estallado, al menos inmediatamente de liquidarse el caso español, o no se hubiera llevado a cabo. Con una España sólidamente afianzada en el campo social revolucionario y una Europa dispuesta a seguir la corriente idealista extendida a todos los extremos, y con un nazifascismo doblando la rodilla, lo demás es de suponer. Pero aun cuando las hostilidades mayores se hubieran roto, con España en pie de lucha y con un ejército aguerrido para las más duras tareas, como serían los émulos de Durruti, Francia no experimentaría la humillación de ser invadida por las botas clavadas del nazismo soberbio. Y al hablar de Francia, la mencionamos con unión porque hablamos de libertad, de fraternidad, de igualdad que los españoles, sus herederos, han defendido hasta caer vencidos y besando la tierra en duros combates.

No se puede hablar del frente de Madrid sin asociar a Durruti. La arisca comopstura castellana encontraba en él al seguro «hermano grande, todo bondad, todo entereza, todo fuego y pasión», como



# D U R R U T I



dijo Liberto Callejas. Su rebeldía indómita, su audacia y temeridad ilimitadas, ofrecían los signos de la victoria. El hombre que tanto había contribuido para crear iniciativas de largo aliento como la editorial anarquista, «Crisol», «Liberión», «Iberión», no podía fracasar, a no ser por un golpe feroz asestado por el destino en el mismo lado del corazón.

Este hombre enérgico, nacido para la hazaña, ha caído de la forma más inocente y fulminante. El privilegio ha podido respirar. Con hombres como Durruti, la revolución marchaba a pasos de gigante, sin detenerse. El ha enseñado cómo se combate al enemigo. Lo que después han hecho los judíos y chipriotas, sin permiso del gobierno inglés, era música que la columna Durruti le hacía escuchar al viejo Cabanellas, escondido en Zaragoza. Durruti era la revolución que rodaba por su cerebro, sus manos y España. Un hombre hecho de mundo. Con su pérdida, España lleva luto, porque los héroes de su magistratura no se improvisan, ni nacen todos los días.

La Defensa de Madrid es un símbolo de la resistencia y Durruti su heraldo. Por muchos años futuros, la juventud idealista española pondrá clavos rojos en el recuerdo de aquellos acontecimientos en que se han quemado tantas ilusiones y corazones palpitando por la libertad.

CAMPIO CARPIO

## Recuerdos de juventud

El Café Austriaco de la Línea de la Concepción, tildado de germanófilo en 1917, aparecía día y noche desierto. Por ignorancia del veto, yo estuve yendo hasta escuchar las explicaciones de labios del dueño sobre la completa soledad del establecimiento. Y como yo era recalcitrante aliadófilo — hoy por ninguno tomaría partido —, cambié de café, además de aconsejarme esto mismo el patrón del Austriaco.

Hombre de complexión robusta, paciencioso, correcto, agradable. Reservábase su opinión sobre el resultado de la guerra. Tal vez a este industrial no le perjudicasen quitándole el nombre al café y poniéndole otro en sentido contrario.

El Austriaco estaba en el centro de la población, tenía una puerta giratoria moderna, alumbrado eléctrico, espejos convexos — impropios de Café serio — divanes de terciopelo punzó, mesas de mármol, silloncitos, un mostrador largo, bien abastado.

Aquellos pueblos colindantes con la Línea de la Concepción y la Línea colindante con Gibraltar vivían del contrabando. Del mismo Algeciras acudían las mujeres a Gibraltar en el vaporcito de las medias horas para hacer la compra por razón de economía.

Gibraltar, una tira larga — la calle Real — con afluentes en costera. Salvo las tabaquerías, tiendas inelegantes. Puerto de poco movimiento, guardado por autoridades inglesas de Marina. Un peñasco o berrugón de mar. Las puertas — semejantes a las de consumos — donde piden los papeles. Carricoches tirados por cascabeleros arres. Y peatones a través del Campo de Gibraltar yentes y vinientes.

Una noche entraron varios individuos en el Austriaco y pidieron las bolas del billar, de que en el acto fueron servidos.

Hablábamos tranquilamente el patrón y yo cuando uno de los jugadores cayó de espaldas muerto de un tiro de pistola automática.

Me figuré que algún taco del billar había caído del suelo, a juzgar por el chasquido que el arma produjo.

Con las mismas el agresor tomó las afufas.

Y como si se tratara de un hecho corriente y corriente, el dueño del café, sin moverse del asiento, reanudó de este modo la conversación:

— Pues como iba diciendo...

Esta falta de respeto humano me heló la sangre. Y sin decir oste ni moste abandoné el café.

PUYOL



# Ante el desarreglo del mundo **EL ANARQUISMO,** **UNICA SOLUCION EFECTIVA**

## 7.—PREMIOSIDAD DE LA ACRAZIZACION DE LOS PUEBLOS

**P**ODRAN los sapientes, que todo lo adivinan y nada aciertan, desestimar nuestro criterio y aun de echarle paternidad de locos. Es igual. La historia se expresa sin equívocos y los sabios derrotistas, cuando la verdad resplandezca, quedarán en deprimente lugar. La humanidad precisa de remedios heroicos, no poliativos que conserven y agudicen su enfermedad. El pueblo alemán, o más exacto, el espíritu militarista de los alemanes es el más indicado para mantener al mundo en permanente sobresalto. En Alemania, incluso los desheredados creen que « su » ejército ha poseído la razón en cuantas contiendas ha intervenido. Consideran que « su » patria está en derecho de expansión a costa de Francia, de Inglaterra o del país que sea. Y los peores que desde el punto de vista actual es difícil malbaratar tan inquietante teoría. Precisaría demostrar que la Gran Bretaña puede poseer medio mundo y los demás países nada. Solamente la tesis del socialismo internacionalista puede desbaratar la pretensión argumentista de los patriotas alemanes.

Stressemann fue el hombre de buena fe que quiso practicar una política de acercamiento a los aliados con el fin de alcanzar pacíficamente lo que los junkers han pretendido arrancar por la fuerza. Pues hay que reconocer que, particularmente Inglaterra, se mostró insensible a los deseos de aproximación del gobernante alemán que acabó perdiendo la partida y la piel en un intento de rectificación del comportamiento alemán. Ningún tanteo puede ser afortunado mientras el interés privado de un país grave el desarrollo de los demás. La Sociedad de Naciones fracasó lastimosamente porque los Estados colonialistas no supieron transigir. Estos han pretendido imponer una paz beneficiosa sólo para ellos y los poderes cual Italia y Alemania se han considerado fuertes y atendibles, no han vacilado en recurrir al empleo del cañón.

La ventaja que han llevado los dueños de Alemania sobre los gobiernos de las naciones democráticas, ha sido la de disponer en propiedad de unas multitudes huérfanas de voluntad y de contenido espiritual. Salvo contadas excepciones, la personalidad no existe en el hombre que se siente totalizado. A un capitán, en una tierra de cerros jamás le faltan soldados. En primer plano, el alemán piensa lentamente o no piensa. No tiene gesto si no se lo mandan, ni arranque si no lo dirigen. El kaiser dispuso tranquilamente de doce millones de seres que destinó al sacrificio para calmar sus ambiciones. Las convulsiones sociales del período alemán revolucionario (1918-20) prometían acabar con el embrutecimiento del pueblo, y así hubiera ocurri-

do si los Ebert y compañía no hubiesen cortado a tiros tan hermosa perspectiva. Para desgracia del mundo, bajo la República de Weimar se debía de sembrar de rosas el camino que conduciría a Hitler al poder.

Bajo el imperio de los Hoenzollern, la voluntad del elemento popular fue muy limitada. Si ésta despertó fue a causa del mazazo de una guerra perdida, pero la adormidera socialista malogró en ciernes el esperado renacer. Fracasado el II Reich, la política nazi debía imponerse arrolladora. He aquí una página de la negra historia que se podría repetir.

Digan los panegiristas de la situación presente si consideran realmente imposible el renacimiento del militarismo alemán. A pesar de la estrecha vigilancia ejercida en casa del vencido, éste se agita en secreto para dar nuevo quehacer. Razones no habrán de faltarle al sujeto que sucede a Hitler. Cada pérdida de guerra entraña peores condiciones de vida, en tanto que esta vez, como la otra, los países vencidos no están dispuestos a ceder. Entonces, a pesar de las conferencias internacionales, el problema de la inseguridad mundial queda en pie y en peor estado — por agravación de los odios — que antes de la conflagración de 1914.

Urge desmilitarizar, desaborregar al ciudadano alemán. El ha de ver en las ciudadanías que lo rodean, cúmulo de hombres comprensivos en lugar de masas militarizables enemigas de su país. La hora que transcurre no debe pertenecer a los diplomáticos, a los picapleitos, y el alemán codiciante debe de ser Liebknecht o Hans Muller y Gustavo Landauer. El corrosivo de la indisciplina, el antidoto del acratismo deben ser aplicados en fuertes dosis en el alma del desdichado obrero alemán. Este, que tanto ha sufrido, puede entrar en deseo de un cambio de situación, en pasión recuperadora de su abandonada personalidad. Faltan anarquistas en Alemania, agitadores cordiales, dinamiteros contra bloques, valerosos disgregadores de masas, reconquistadores de individuos: no agentes intempestivos que huelan a Casa Blanca o a Scotland Yard.

La fortuna de atraer al trabajador germano se podría lograr con lenguaje independiente, con aires de fronda internacional. La Federación Sindical Mundial no está capacitada para acometer esta labor por hallarse sometida a dádiva y a consejo de la O. N. U. Por derecho, tan improba como honrosa tarea corresponde a nuestra A. I. T., la Asociación Internacional de Trabajadores que sostiene íntegros los principios universales de la Primera Internacional.

Un estudio de **JUAN FERRER**

Se objetará que nuestro organismo mundialista carece de apretadas adhesiones, que numéricamente no representa gran cosa, y ello es verdad cuando el volumen preocupa más que el contenido. Pero volumen lo tiene inmenso la Internacional de los setenta millones y, sin embargo, su solvencia moral es nula. No sirve para organizar un mal boicot contra Franco. No sirve, la F.S.M., para intentar un acercamiento normal de los obreros de Alemania con los del resto de Europa. La F.S.M. está en la línea militar de los aliados, y por ese defecto no osará presentarse con mano franca ante el proletariado alemán. Con su sola presencia, el patriota triunfante agravia al patriota vencido. Para reconducir al productor germano a los cauces del buen sentido, la F. S. M. elefantica no vale lo que nuestra miniscula A.I.T. Aquí no es la monstruosidad lo que juega, sino el contenido moral. Particularmente, nuestros compañeros de la S. A. C. sueca tienen a este efecto un brillante papel a desempeñar. La S. A. C. es nuestra C. N. T. escandinava, la cual, con el concurso de la C. N. T. española (de la cual el trabajador alemán no tiene nada que decir, si no es en sentido de excusa), de la C. G. T. portuguesa, de la U. S. italiana, seguida de la C. N. T. francesa, inglesa (donde no la hay se crean), belga, holandesa y el proletariado de otros países redimido al conjuro de nuestra idealidad, se podría comprender, como recurso supremo, la magnífica empresa de la reconquista espiritual del proletariado centroeuropeo, sin cuyo concurso ninguna guerra se podrá evitar.

Para contribuir eficazmente en esta campaña, los compañeros pertenecientes a los países citados deberán esforzarse en liquidar el conformismo de sus pueblos descubriendo afanes imperialistas, dislocando organismos laboristas, cegetistas, comunistas y sindicalista marca «Camaleón». El proletariado continental está obligado a ganar la confianza del pueblo alemán, y para que esto tan importante suceda es preciso que aquél esté representado por un movimiento internacionalista, esto es, que no a peste a Cancillería, a complicidades diplomáticas y cuarteras, a vaho político, a servidumbre medular. Solamente una unión ejemplar afectando mayormente a Alemania, Inglaterra, Francia e Italia —por ser los países más próximos a la guerra— conseguiría detener el vértigo de la guerra, el temor de los pueblos a verse nuevamente envueltos en el torbellino de la muerte provocada.

Si, desgraciadamente, el capitalismo, que alimenta el fuego de la discordia, consiguiera mantener su dominio sobre las multitudes obreras organizadas, entonces el problema humano sería de difícil solución.

Contra la opinión de nuevos y viejos embrolladores, hay que proceder a la disgregación de las masas, a la reconquista de los pueblos, interesándoles, desde la A. I. T., por su recobramiento moral. La labor primordial —lo hemos dicho— hay que realizarla en Alemania, y simultáneamente en todo el resto de Europa, sin olvidar la U.R.S.S.

## 8. — PRESENCIA DE LOS INTEMPESTIVOS

Ante el caos económico y conceptual en que se debate la sociedad, y frente al evidente peligro de una tercera matanza general, preferimos poner confianza en el recapacitar de los pueblos antes que dejarnos columpiar por ideas fatalistas o de regresión.

No obstante, hemos corrido un riesgo. Cuando las esencias de la Confederación Nacional del Trabajo, tan cuidadosamente elaboradas por el anarquismo español, pueden servir de faro a la ciega Humanidad de nuestro días, no ha faltado quien, desmintiendo su honroso pasado, ha pretendido acabar con el período heroico y ejemplar de nuestra estimada Confederación.

Con pretensión de infalibles, se han atravesado en nuestro camino unos compañeros que hablan cosas extrañas, de una absurdidad que ellos no hubieran tolerado en otros antes del 19 de julio de 1936. Con abundancia de rayos y truenos, habían maldecido a la burguesía, a los Gobiernos y a los políticos que forman aquéllos, y ahora, después de un desdichado ensayo estatal, el capitalismo ya no preocupa en exceso, el Estado no es una cosa tan fea como se decía, y los deshonrosos cargos oficiales han acabado por devenir apetecibles gracias a la relatividad de las convicciones. No en vano se puede sostener una posición violenta y de agravio contra los Gobiernos para después sentirse capaces de sustituirlos en su función. Han sido muchas las esperanzas sembradas y demasiadas las existencias perdidas en aras de un propósito de intransigencia para que las responsabilidades puedan ser fácilmente aludidas.

Es una villana historia esa que ni a nosotros, ni a España ni a los pueblos que esperan de ella conseguirá beneficiar. La tónica reformista ya está lo suficientemente desparramada por el Globo, y no precisa el concurso de libertarios arrepentidos para que ella se expanda un poquito más. La Humanidad se atiende a las ideas realmente nuevas y positivas, capaces de poner término a las ambiciones y a las guerras que las envenenan y desangran sin cesar. Si el activismo intransigente cansa, no hay otro camino «legal» que dimitir antiguas creencias y escoger otras de recambio en los «Encantes» de la política, en donde encontrarán extensa variedad.

Precisamente en el borde de la prueba, cuando los pueblos necesitan sin aplazo la emisión de criterios de efectividad humanista e igualitaria, surge el imprevisto de unos compañeros rompiendo la armonía fecundante con sus voces de negación. Contra cuanto se diga, la C. N. T., que ha constatado su presencia en los más difíciles momentos de la España contemporánea, puede afirmar en esta hora suprema su voluntad y capacidad de paz universal y estable. Porque no es verdad que los libertarios españoles seamos broca y cañonazos. Somos pasión y martillo, combatiente por la paz definitiva. No somos videntes, pero nuestras miradas alcanzan mucho más allá de nuestras narices; al revés de lo que les ocurre a los sabios de la

# España y aún España

« No hagas caso de lamentos  
ni de falsas emociones.  
Las mejores devociones  
son los grandes pensamientos.  
Y puesto que por momentos,  
el mal que te hirió se agrava,  
resurge indómita y brava :  
Antes que hundirte cobarde,  
estalla en pedazos y arde...  
Primero muerta que esclava. »

F. G. L.

Pero alcanzó tu cordura  
un dardo de yugo abyecto  
y sangra bajo tu aspecto  
de solapada impostura  
el rubí de la locura.

situación, que a pesar de sus majestuosas conferencias no aciertan a salir del atolladero que con sus orines han creado. Con menos pretensiones, los españoles libres le hemos proporcionado a este mundillo severas correcciones. Y si los regidores de la política mundial desdennan de nosotros por considerarnos pigmeos, aún dentro de esta misérrima condición disponemos de moral para dejarlos ta mañitos. No somos orgullosos; no despreciamos al enemigo. Pero tampoco nos despreciamos ante el enemigo.

La C. N. T., grandísimo factor moral y potencia en efectivo, puede suministrar ejemplos de solidaridad y concordia a un mundo que mucho lo necesita. Es ese un valor que supera sus inevitables errores. Pero del destroce de riquezas inmensas, de la acumulación de millones de esqueletos, de la barbarie de los campos de concentración y muerte, del hambre y las enfermedades diezmando a tantísimos seres, la C.N.T. no tiene la culpa, ni tampoco sus tácticas de acción directa. La tienen los rectores de una situación contribuida por todos los sectores menos uno: el nuestro.

No admitimos estar equivocados. En todo caso hay que probar. Son otros los que se despistan, quienes marcan sobre las olas y quienes entran por omisión, en delito de esa Humanidad. Nosotros seguimos firmes en pensamiento, seguros en posición. Nadie nos verá vacilar como vacila el neocolaboracionismo.

Las desviaciones de ayer siempre justificaron su desvío en la necesidad de restablecer —desde el Gobierno— lo que nuestras armas conquistaron en la calle. Ya sobre esto se guarda prudente reserva. Se rasca el disco de la guerra civil que no ha terminado, y la guerra contra el poder reaccionario no terminará jamás si no media en ello una tajante revolución. No se haga ésta, y las apetencias de orden ministerial se hallan justificada para toda la vida. Otras procacidades se vierten que sobrecargan el cesto de las incongruencias. Veamos si con ellas algún hombre de acreditada buena voluntad consigue formular un decente programa.

El mal que te hirió te hiere  
y tu carne yerma muere  
en soledades sombrías.  
¿Qué habrás hecho de tus días  
que tanta noche prefieres?

Tú escogiste los lamentos  
para curar tus heridas.  
Heridas así lamidas  
no secan jamás los vientos.  
Y vé tú, que sin alientos  
tu pueblo aterrado espera  
un relumbre en la quimera  
y un rescoldo en el rocío.  
Tú corazón tiene frío.  
No volvió tu primavera.

Y las falsas emociones  
desgarraron tus entrañas  
y alimentaron patrañas  
la carne de tus pasiones.  
No curarán las canciones  
la tristeza que te asola  
ni el delirio que desola  
el campo de tus blasones.  
Ni curarán los cañones  
que apuntan contra tí sola.

Te ahogaron las devociones  
en fanguizales de ritos  
y se infectaron de ritos  
tus absurdas tradiciones.  
No hay santo que no pregones  
en angustiado misterio,  
mientras se abre el cementerio  
sin más promesa que sombras.  
Las libertades que nombras  
no son más que cautiverio.

De los grandes pensamientos  
te apartaste y, engañosa,  
te fuiste, supersticiosa,  
por los claustros y conventos  
para perder tus alientos  
en palacios y cuarteles...  
Ahora revientas tus hieles  
en amargas soledades.  
Ya escribirán las edades  
de qué mal mueren tus fieles.

Que el mal que te hirió persiste  
para renovar tus plagas,  
y tienen tus miembros llagas  
de cristos que nunca viste.  
El toro negro te embiste  
y mientras sangras, cogida,  
cada renuevo de vida  
se consume cuando nace...  
En tu rojo fango yace  
el estertor de la vida.

Resurge indómita y brava.  
Despierta de tus cenizas.  
Haz de tus miserias trizas  
y espárcelas como lava,  
puesto que el dardo que clava  
el volcán de tus entrañas  
hiere sólo las marañas  
de tus falsas pretensiones.  
Que broten tus rebeliones  
denunciando las patrañas.

Que si cobarde y hundida  
has visto quemar tus brotes,  
no es necesario que agotes  
la esperanza en tu guarida.  
Te está llamando la vida.  
Bésala en la boca y muerde  
lo que al negarse se pierde,  
lo que al besarse se gana.  
Y verás qué luz galana  
pinta tus campos de verde.

Primero muerta que ardiendo  
en espantosa agonía.  
Tú agonizas todavía,  
todavía estás perdiendo  
el fruto que das gimiendo.  
Estalla en amor y ciencia,  
purifica tu conciencia  
y no mires otras cruces  
que aquélla donde reluce  
el precio de tu inocencia.

No hagas caso de gemidos  
ni de emociones falaces.  
Mira sólo lo que haces  
con tus amores floridos  
y pon tus cinco sentidos  
en buscar un pan eterno.  
Porque vestir con un terno  
la miseria es arrogancia,  
y hambrear en la ignorancia  
es vivir en el infierno.

Olvida, pues, tus lamentos  
y toma, por devociones  
con sinceras emociones,  
la acción de tus pensamientos.  
En tus resecos sarmientos  
el mal que sufres no lava  
tu corazón y se agrava.  
Y antes que seguir vendida  
rompe en mil trozos la brida  
que te sujeta aún esclava.

Francia, 1963.

Abarrátegui



## El topo y...

Ciertos animales,  
todos de cuatro pies,  
a la gallina ciega  
jugaban una vez.

Un perrillo, una zorra  
y un ratón, que son tres;  
una ardilla, una liebre  
y un mono, que son seis.

Este a todos vendaba  
los ojos, como que es  
el que mejor se sabe  
de las manos valer.

Oyó un topo la bulla,  
y dijo: Pues pardiez  
que voy allá, y en rueda  
me he de meter también.

Pidió que le admitiesen,  
y el mono muy cortés  
se lo otorgó (sin duda  
para hacer burla de él).

El topo a cada paso  
daba veinte traspiés,  
porque tiene los ojos  
cubiertos de una piel.

Y a la primera vuelta,  
como era de creer,  
facilísimamente  
pillan a su merced.

De ser gallina ciega  
le tocaba la vez;  
y ¿quién mejor podía  
hacer este papel?

Pero él con disimulo,  
por el bien parecer,  
dijo al mono: ¿Qué hacemos?  
Vaya, ¿me venda usted?

Si el que es ciego y lo sabe,  
aparenta que ve.

Quien sabe que es idiota,  
¿confesará que lo es?

## ...otros animales

# Dos conferencias en Casablanca

..... por Muñoz Congost .....

*Una vez más, al tomar la palabra ante vosotros, queridos amigos y compañeros todos, y esta vez con un tema que no ha de abundar en estampas halagüeñas ni en recuerdos del pasado, busco tan sólo el intercambio de opiniones y a través de ellas el coloquio que nos dé nuevos bríos, quiero decir antes de entrar en el corazón del tema, que no traigo hoy ni estadísticas, ni documentación, ni cifras, sino tan sólo digresiones, razonamientos, explosión de esa inquietud que nace en todos nosotros de esos interrogantes que nos hacemos cada uno a solas con nuestra conciencia y nuestra reflexión.*

*Datos, documentos, quedan para la multitud de libros y folletos que están a disposición de todos. Hablar de la barbarie del franquismo, analizarla y mostrar con pruebas fehacientes su sinrazón y su salvajismo, otros lo hicieron y doylo por sabido.*

*Quiero, pues, repito, que mis palabras sean expresión de inquietudes y afirmación de actitudes, divulgación de las preguntas y respuestas que a mi mismo me hago; quiero confrontar mi opinión con vuestra opinión, pulir ideas. Y si no sirvieran mis palabras más que para encender un debate, como si tan sólo fueran para despertar una inquietud daríame por satisfecho.*

## I

**C**ON cinco lustros, casi veinticinco años, que terminó la contienda cruda y devoradora de vidas que tuvimos que sostener los hombres que amamos la libertad, la dignidad del ser, contra la coacción bien alimentada de los eternos enemigos del progreso, las fuerzas de la regresión social, los defensores del bastión de los privilegios encubiertos bajo el manto de la tradición.

En las cárceles, en la clandestinidad o en el exilio los hombres de aquella generación vivimos el pasar del tiempo amargo, con el esfuerzo digno pero insuficiente de potencialidad, ante la clara pasividad de un mundo que quiere ser extraño, a la difícil realidad de una crisis de alcance mundial.

Con el dolor en el cuerpo y en las almas, parece que nos estrellamos contra la impenetrable maffia de los intereses creados en torno a los vencedores de ayer, aprovechadores siempre de la intrincada situación creada por un conjunto de hechos cuyo resumen en la permanencia de esa monstruosidad jurídica, social y humana que es el régimen español actual.

Y cuando nos dedicamos a realizar un análisis sincero de las razones, de los motivos, de la razón de ser de esa sinrazón que es el franquismo, los más de las veces, nos detenemos a los primeros pasos, como temerosos de encontrar al lado de los factores extraños a nuestro pueblo... algo más propio, cual dedo acusador que nos señala a todos y a cada uno de los que nos decimos interesados en el fin de lo que consideramos como crimen contra nuestro propio pueblo.

Si el hombre que vive la tragedia en el suelo mismo que vio consumarse la traición a la libertad, que ha sufrido en su carne el rigor criminal de la represión, vaciló quizá antes de lanzarse de nuevo a un combate oscuro a la lucha desigual, sintió sin

embargo, que podía más en él la realidad infamante que los temores personales y le vimos una vez más en liza, en esa palestra de las sombras que es la conspiración clandestina, ampliando sus relaciones, buscando los contactos, reorganizando lo que quedara desgraciadamente esparcido a todos los vientos.

Y al sonar de determinadas circunstancias internacionales, cuando en el escenario de todos los países, repicaban alegres los sonos de una pretendida marcha triunfal, una ola de esperanza vino a entusiasmar su corazón, creyendo una vez más en la posible nobleza de las palabras que otrora se oyeron en el foro de los debates internacionales.

Fue traicionado otra vez, de nada valió la aportación de aquellos que hermanos en la tragedia, lanzáronse aún amargados por un exilio sucio de negativas, a ayudar a los que bajo todos los horizontes combatían a las fuerzas que fueron la coalición triunfadora en España. Las promesas sólo fueron promesas, vacías de contenido y de realidad... y el régimen español que esperó con inquietud el fin de su permanencia, vio abrirse un ventanuco ridículo por donde respirar.

No neguemos que el enano de El Pardo y sus cómplices, supieron aprovechar de todas las contingencias, de todas las circunstancias, de todas las perchas que se le tendieron para agrandar ese ventanuco, que es hoy espaciosa portada por donde entró con todos los honores en el llamado mundo de las naciones.

Escasísimos fueron quienes les volvieron la espalda. El mundo internacional financiero supo conocer dónde estaba su más firme bastión y los cuervos de la Banca Internacional comprendieron cuál era el mejor terreno, el más abonado, el más propicio para su apetito voraz y usurero y sus tentáculos poderosos, crearon alrededor del régimen anárquico español vasta red de intereses portentosos, afianzando una economía en bancarrota con las aportaciones masivas de capitales de colores y pro-



cedencias distintas, pero con el mismo hedor nauseabundo del oro que huele a sangre y carnes explotadas.

Y aquel hombre, volvemos a él, aquel combatiente de las sombras ibéricas, hubo de volver a empezar, con el peso de los años sobre sus espaldas, con el lastre de una enorme desilusión, vendiendo el inevitable desaliento del que se sabe solo en su lucha de titanes.

Con amargura capaz de descorazonar a cualquiera, vio a pretendidos representantes de su lucha, con flamantes títulos oficiales de algo que no existía (gobiernos, parlamentos, etc..., de la cenicienta de las repúblicas), mendigar en los pasillos de los salones de la diplomacia, que se escuchara, que se ayudara, que se le limosneara esa libertad por la que el hombre de la calle no dejó de luchar, de mantener un combate que ellos, los prohombres llamados representativos, negaron siempre en la cómoda esfera, de la acción internacional que les abriera de nuevo las puertas del ansiado poder político.

Al correr de los años, aquella generación de hombres adultos vio ante ellos al fantasma de los años y la juventud vigorosa que se sumó a la gesta, son hoy cohorte de hombres maduros.

Y durante tiempo y tiempo, la amenaza pavorosa de su anulación sin dejar tras ellos nuevas huestes de hombres dispuestos, fue como una sombra de tristeza en la realidad española.

La juventud del país, traída y llevada con habilidad suma por los detentadores del poder dictatorial, parecía sorda a la llamada angustiada de la tragedia de todo un pueblo.

Diríase que habíase esfumado en la niebla gris de la indiferencia, aquel vigor revolucionario de la juventud española, y que para la muchachada de las calles de nuestra tierra, bastaba el poco de pan y el mucho circo de la vida nacional.

Afortunadamente no es así. Nuevas generaciones que quizá sólo conocimiento precario y si erróneo tienen de la gesta española de 1936-37, que tienen posiblemente el retorno de un escenario de violencias y piensan no sin cierta inquietud en el duende fatídico del comunismo, que la propaganda oficial enarbola como espantajo, en las escenas de sangre, brutalidad y salvajismo que más de veinte años de mentira sembraron en las almas juveniles. Pero que frente al fuerte acompañamiento de orquesta de esa propaganda negra de embustes, ven la triste y sombría realidad de un país, privado de sus libertades más elementales, aislada moralmente de un mundo que puede pensar, lo que a ellos les está vedado. Y esa juventud riente en lo más profundo de sus sentimientos alza el grito de una rebeldía ante la injusticia, ante el abuso, la mentira de una propaganda y la negra verdad de una situación que salta a sus ojos a todas las horas.

Rebeldía consciente, falta quizá de bases sociales, pero de firmeza en el propósito, es cosa de esa formación social que le siguen, pero dispuesta a llegar a algo que no alcanzan a discernir, que se esfuma como fondo impreciso, tras de la claridad del primer plano del combate, del objetivo primero: terminar con la dictadura.

Juventud obrera, juventud estudiantil, cada cual a su modo y manera, la historia de los hechos españoles en estos últimos años, nos muestran de manera fehaciente el resurgir de la personalidad hispana.

Y aun cuando la voz se ahoga, en el tintamarre de las orquestas oficiales, paso a paso, la luz va mostrando la ineludible necesidad de terminar con una situación, que si bien pretende prolongarse con modestas y pobres concesiones, obligadas y forzosas, el clamor de la calle intenta, a la vez, buscar nuevas bases, nuevas modalidades de su supervivencia.

Y el suelo español comienza a caldearse, con amenazas de incendio. ¿Son promesa firme? Falta de voluntad en los hijos de la fiera Iberia, no ha de ser. La voluntad frente al aparato represivo inmensamente frente del régimen, la lucha aparece desigual... y el escenario sigue estando reducido al suelo peninsular, ya que la indiferencia o el silencio de los horizontes de afuera, prometen poco, por no decir nada.

¿Y qué decir de las fuerzas que el exilio esparciera por todos los ámbitos del globo?

El examen es quizá más descorazonador que el de los hombres que en nuestro suelo siguen.

Ese exilio que fué mortal de ilusiones, lleno de amarguras, de silencios despreciativos.

El refugiado vive, durante muchos años y en muchos lugares, convertido en el paria, en el apóstata, el indeseable, el leproso social, al que se le rechazaba, al que se aislaba sin conocer, al que se condenaba sin escuchar, era... esa «lie de la terre» (1) de que Kcesthler nos habla.

Campos de concentración y de muerte lenta, trabajo de forzados en confines desérticos, hambre material y hambre moral... desesperación de la impotencia para gritar al mundo nuestro desprecio.

Y cuando nuestra voz y nuestra voluntad se oyó, fue para lanzarse de nuevo, esta vez llenos de ánimo y habiendo olvidado lo sufrido ayer, por combatir a los que fueron grandes aliados del triste Caudillo.

Todos los campos de batalla se regaron con sangre del exilio español... ¿Para qué? diremos. Si nuestra aportación, por modesta que fuera, pero no menos entusiasta, fue un grano de arena, en el todo de la guerra brutal contra la barbarie, lo fue bien en verdad de arena por que ningún fruto diera, en el logro de nuestras ilusiones.

Si cambió en parte la situación del exilado, en tanto que hombre del exilio; si su condición fue mejor, esa situación de cada uno y sólo de cada uno en tierra extraña... con efectos quizá contradictorios para el gran objetivo, pues la casi normalización de una situación social, creando un nuevo ambiente, amenazaba la solidaridad, la consistencia maciza de todo que era ese «Exilio antifascista».

Queramos o no, hemos de coincidir en que esa normalización de situaciones personales, creó una disgregación parcial de la fuerza del conjunto, salvo en algunas y honrosas excepciones, en que la

(1) Hez de la tierra.

voz de la realidad, la llamada de la sangre, mantuvo y mantiene en pie, quizá en modestas proporciones, pero mantiene en pie las organizaciones revolucionarias españolas.

Y aún en el seno de ellas, es preciso que la conciencia del deber nunca cumplido, no mantenga, sino incremente el esfuerzo que coaligado con ese otro esfuerzo del hombre del Interior, coordinado y valiente, haga la lucha más violenta, más cruenta, más eficaz por la consecución de unos objetivos que hemos dicho no abandonar.

Y así nos encontramos, cuando vemos que han pasado ya veinticuatro años de supervivencia de un régimen, al que muchos no le daban más allá de cuatro o cinco a lo sumo.

Los hombres políticos de ese ayer viejo re veinticuatro años, siguen en sus simbólicas posiciones impotentes y esperando que alguien venga... soñando hoy como ayer... en ese regreso triunfal... haciendo algunos las extensas cuentas que cifren el montante de las indemnizaciones por los años de cesantía de numerario... en el crecer de estrellas en la bocamanga... cual si el futuro de nuestro pueblo pudiera hacerse con arrugas de senectud y cayados en que apoyarse, en pretendidos viejos valores y más viejas

La supervivencia ilusoria de instituciones que fueron, y que como muy bien señala Elena de la Souchière en uno de sus libros «nunca fueron en realidad instituciones españolas...», es una muestra más de la incompetencia social y de la falta de visión política de estos prohombres.

El argumento inexistente de puro gastado que supone decir que ello representa permanencia de la legalidad republicana, ¿de qué sirvió?, ¿a quién convenció?, ¿de qué legalidad se trata? Si es de la legalidad internacional, poco vale ese mantenerse de pobres organismos, frente a la realidad incontestable de la participación del Estado franquista en todos los organismos internacionales... Que de vez en cuando una puertecilla se abra en un despacho de tercer orden del mundillo político para recibir durante diez minutos a uno de esos pretendidos representantes de la «legalidad republicana», es poco contrapeso, a la presencia vergonzosa de los hombres del franquismo, de esa farsa legal de los grandes organismos como las Naciones Unidas, como unos más en ese carro inmenso de quien dijo uno de nuestros poetas en el exilio:

«No son Naciones Unidas,  
son las gregarias uncidas  
al carro del Poderoso.»

Al lado del «flamante gobierno de la legalidad republicana», a cuya sombra se comió y bebió de fondos que muy bien pudieron ser utilizados en su lucha que siempre rehuyeron, otros organismos nacieron, crecieron y murieron, a lo largo de los largos años de exilio.

Fruto, las más de las veces, de la ambición de un sector o partido.

Retratos fieles a las apetencias de otrora, de los deseos desenfadados de supremacía de unos y otros, su efímera vida fue siempre la más fehaciente prueba de su carácter artificial, despojado de toda visión realista del escenario español.

Coaliciones de hombres representativos de diversos partidos, partos y convenciones en las cumbres pobres de la política de salón que siempre llevaron, extensión de esas fantasmagóricas coaliciones hasta reputados enemigos de la libertad con novísimo manto de redentores de etiqueta flamante.

Toda la escala de concesiones, de mendicidades políticas, de combinaciones extravagantes, se ha recorrido en la rebusca impropia de la llamada «solución incruenta», ilusorio puente de flota que nos devolviera una España, para ponerla de nuevo en manos de aquellos que fallaron en las horas de peligro.

Hoy, al calor de nuevos entusiasmos, cuyo origen explicamos, por el fenómeno de la periodicidad de ilusiones y desilusiones, una Alianza de Fuerzas Antifranquistas volvió a surgir del cerebro de los hombres liberales. ¿Y qué? Que al nacer, ya se manifestó en ella una inversión en el orden normal de las cosas. Cómo ha de ser España, antes de conseguirla.

El objetivo fundamental, la liberación, sigue siendo punto secundario y precedido de la forma de las instituciones políticas, es decir, del contrato que asegure las poltronas.

¿Qué piensa de ello el pueblo español? Dudamos que se hicieran alguna vez esta pregunta los grandes hombres de la política española. Pero si se la hicieran queremos creer que prefirieron dejar la incógnita de esa opinión, por considerarla de poca monta.

El desprecio a la realidad española es la característica fundamental de nuestros políticos. Tomando sus ambiciones como artículo de ley. No alcanzando a concebir que estos veinticuatro años pueden haber cambiado en un todo el ambiente y el clima social de nuestro pueblo, pretenden, más fuertes aún que el Cristo de las leyendas, resucitar el cadáver de aquella República de 1931, Lázaro hecho polvo.

Cual si la lección de la historia no les hubiera demostrado que esa importación «Made in Europa» de la República Democrática fracasó en las dos ocasiones en que quiso acomodársela a la salsa ibérica, sigue erre con erre en su machito político.

Cual si las lecciones de la Historia, repetimos, que nos muestran una península plétórica de energías, de realizaciones forales y comunales, orgulloso de sus federaciones de la personalidad de sus pueblos, con una legislación social más vieja que la de cualquier país del mundo, no mostrara bien a las claras cuáles han de ser las modalidades de una verdadera convivencia social, basada en la individualidad hispana, en sus comunas, en sus grupos de producción.

(Continuará.)



## POR UNA CONDUCTA HUMANA MEJOR

# La voluntad libertaria

(CONTINUACION)

Comprobamos que hubiera sido un error indisculpable condenar a este sujeto al ostracismo para siempre, a muerte moral e intelectual, alejándolo del medio que no quería abandonar, que estimaba y estima, que formaba y continúa formando parte de su propia vida, que lo necesitaba y necesita para continuar viviendo. Y acertamos, porque su obrar normal, después de los años transcurridos, es el mismo de antes de ejecutar sus malas acciones: el de un hombre trabajador, activo, razonador, amante de su nueva esposa, solidario, sensible, bueno, dicho en un apalabra. Los factores psicológicos negativos amenazaron hundirlo moral y mentalmente para siempre, pero otras reacciones psicológicas — con menos intervención de las fisiológicas — positivas lo salvaron devolviéndolo a las actividades humanas constructivas. ¿No fue aconsejable y más acertado, preferible, en fin, desear y esperar la rectificación o enmienda de la conducta del mismo que anhelar se perdiera, totalmente, un valor social, humano e intelectual?

Hemos podido comprobar que hasta en los peores casos los individuos humanos con buena voluntad, aunque ignoren que la poseen, pueden salvarse de la degradación luchando, con denuedo, por observar una mejor conducta, rectificándola y superándola sobre la marcha, hasta ocupar, gracias a su empeñoso y noble comportamiento, elevado nivel psicológico y social, la superior altura moral que desean que no hubieran alcanzado sin valor auténticamente humano.

Mucho queda por hacer, en medio de las sociedades humanas, en sentido ético y psicopedagógico. Es lamentable que hasta entre los sujetos que se creen más evolucionados a muchos, a demasiados de éstos, les importe más el triunfo de sus personas, de sus estrechos criterios personales, que el de una verdad cualquiera. Aunque ésta, por mucho que moleste a los mediocres, no los precisa, ni a nosotros tampoco, para prevalecer: se abre paso por sí misma dejando a las cosas y a cada persona en el lugar que le corresponde.

Podríamos hacer aquí punto y final, pero nuestra conciencia decide continuar hablando sobre las divergencias existentes entre algunos defensores del determinismo y del indeterminismo. Considerándonos, generalmente hablando, mejores y más acertados los unos que los otros, nos resistíamos a ver y a creer, contradiciéndose los hechos con las palabras, que una verdad no se debe, entera, a una sola persona como da a entender más de un sujeto al referirse a un hallazgo científico como si fuera propio.

Por otra parte, no se tiene en cuenta que todos los individuos humanos hemos cometido errores — y los cometemos — torpes y maliciosos unos y otros sin pensar que contenían todo el mal que los demás pusieron en nuestras acciones. Cuanto de malo hemos heredado e impuesto por la milenaria mala cultura del mundo autoritario hemos de extirpar de la naturaleza humana.

Lo más sencillo, agradable, noble, significativo y constructivo es acercarse unos individuos humanos a otros, y juntos, tolerándonos, en buena armonía social, contribuir a nuestra mutua superación intelectual y moral, sobre todo, y cooperar en la búsqueda de una verdad de cualquier clase con ahínco y buena voluntad. En vez de conducirnos de este modo cordial y comprensivo, el mejor, el más moral, particularmente entre afines en ideas y sentimientos, las actitudes voluntarias ofensivas, repetentes, destructivas, nos distanciaban más y más y las rencillas y los odios necios aumentaban a la par entre deterministas e indeterministas. ¿Pueden algunos deterministas negar que así obraban, en forma deliberada, materializando la concepción voluntaria, psicológica y social de carácter negativo? No pedimos que nos contesten con ciertas reservas o con reticencias, a medias, con la verdad entera, sinceramente, o con la mentira. Más que las palabras importan los actos. Preferible sean éstos que hablen por unos y por otros, en todos los individuos humanos de pensar y sentir libres dispuestos a elevarse moralmente.

Obvio es señalar que no pretendemos herir la sensibilidad de los sujetos que sostienen ideas opuestas a las nuestras y menos a los que actúan en nuestro propio campo ideológico; pero si proclamamos, sin podernos contener, con todas las fuerzas de nuestro ser, que hemos de cesar de colocar nuestro pobre amor propio por encima del amor que nos debemos los unos a los otros. Es el gran mal que sufre la humanidad: carencia de amor universal.

Abraham Lincoln tuvo bastante razón cuando dijo: « Un hombre no tiene tiempo de dedicar la mitad de su vida a rencillas. Si un hombre deja de atacarme jamás recordaré su pasado para hacerle daño. » Ciertamente, es impropio de hombres cuerdos, cabales, sensibles y evolucionados porfiar en la actitud de mantener enconos. Sin embargo, las palabras de Lincoln, aunque son un llamado a la sensatez contienen amenaza, y no lo salvaron de morir a manos de un sujeto fanático opuesto a su política.

En el terreno social, psicológico y humano tenemos que ir más allá de las expresiones y de las acciones que responden, casi solamente, a temores,

a cobardías o a « conveniencias » políticas momentáneas raras veces bienintencionadas : no amenazar y tampoco suprimir moralmente — en ciertos casos es la peor de las muertes —, intelectual y menos físicamente a otros hombres porque no comparten nuestras ideas; defendernos de las violencias autoritarias luchando, sin transigencias de ninguna clase, contra las causas que las producen en mayor o menor grado : los regímenes de explotación y de dominación del hombre por el hombre que se oponen, con todas sus fuerzas, por democráticos que se llamen, a que los seres humanos, particularmente los trabajadores, se emancipen de todas las tiranías y de todas las servidumbres; defender, porfiadamente, nuestra verdad de carácter cómico-humano : la ética universal inspirada en las leyes naturales y de sociabilidad; en las estrictas e inalienables necesidades biológicas y psicológicas de nuestra especie; proseguir insobornables e impertérritos por el camino limpio de la tolerancia y del amor, de la cooperación y el altruismo eliminando los privilegios inmorales, porque perjudican a la inmensa mayoría de nuestros semejantes, estableciendo la igualdad de derechos y deberes en la vida social, económica y cultural de acuerdo con las peculiaridades físicas, psíquicas y mentales de cada individuo humano; luchar, en fin, por establecer la sociedad libertaria, la más moral, la superior, la aconsejable, porque en su seno se permitirá al prójimo que goce el bien que para nosotros queremos o en la medida de sus particulares necesidades y de las posibilidades de la sociedad.

Las pocas bienintencionadas personas que actúan en el campo político debieran convencerse que nada bueno puede realizarse sirviendo a la sociedad autoritaria que engendra y alimenta los estímulos egoístas mezquinos, negativos, destructivos para mantener la lucha de uno contra todos y todos contra uno haciendo de toda la superficie del planeta Tierra campo permanente de batalla, de guerra entre los hombres y los pueblos.

El uno para todos y todos para uno, principio moral cimero, el más noble y elevado que hoy, como en todas las épocas, es practicado, en el grado de lo posible, entre los miembros de las familias bien avenidas, sólo podrá establecerse y practicarse en las sociedades humanas destruyendo, hasta sus cimientos, a la sociedad actual político-religiosa que basándose en el principio de autoridad se opone a que se inicien y se generalicen los buenos comportamientos sociales y humanos inspirados en el principio de libertad.

Vengan los incentivos psicológicos superiores engendrados por noble y tesonera competencia individual y colectiva en todos los campos del saber y del trabajo, en todas las actividades económicas, sociales, humanas, estéticas, morales, tecnológicas y científicas practicando la ayuda mutua, la colaboración generosa, la solidaridad y la equidad que contribuirán al bien de cada uno y de todos nuestros semejantes de no importa qué raza, idioma y color de la piel.

Estamos convencidos, absolutamente, de que hacer lo contrario en la vida social es tiempo mal empleado sobre todo teniendo en cuenta lo brevi-

simo de nuestra existencia orgánica y consciente. Cuán pocos individuos humanos pagan, en el curso de sus vidas, algo siquiera de la enorme deuda de gratitud contraída con las generaciones que nos precedieron por legarnos inmensos bienes que un gran número de sujetos disfrutaban inmerecidamente. ¿Por qué no resuelven aportar la parte que puedan de buen legado biológico y cultural y luchan por la libertad y el bienestar de las generaciones que los sucederán de las que formarán parte sus propios hijos, sus nietos, biznietos, etc.?

Pocos son los adultos normales que se detienen a pensar que el futuro de paz efectiva, integral, que ponga a salvo a sus propios descendientes de la injusticia social y de la muerte, de la guerra atómica, depende de lo que ellos mismos hagan, urgentemente, en el presente que está exponiéndolos al peligro de destruirlos si permanecen inactivos.

Es lamentable comprobar que el mayor número de nuestros congéneres desaparecidos del mundo de los vivos sin haber aprovechado la oportunidad de embellecer sus vidas con buenas acciones que despiertan, sin proponérselo, con naturalidad, la simpatía y el amor en sus semejantes y la fe en un futuro mejor de la humanidad. Esta se salvará y será feliz cuando todos o la mayoría de los individuos humanos sintamos amor por nosotros mismos sin que signifique narcisismo ni el más mínimo egocentrismo : amor a nuestra propia especie, que es nuestra mismo razón de ser y de amor a los demás como a sí mismo, amor a la vida.

Sobre los pensamientos y sentimientos expuestos nada nos han dicho los mecanismos del inconsciente, aunque aquéllos los expresamos sirviéndonos de éstos. No coincidimos, pues, con los **conductistas**, que dan casi únicamente importancia a lo inconsciente, rechazando que la mente pueda influir en los movimientos y en los actos del hombre, y niegan la existencia de la conciencia y de la voluntad.

Ignoramos hasta qué punto dirán los lectores, profanos y especializados en psicología y psiquiatría, que nos proyectamos al referirnos a las polémicas entre deterministas e indeterministas. No nos preocupa cómo puedan interpretar cuanto hemos manifestado hasta este momento. Es nuestra conciencia la que habla sin reservas. Y seríamos inconsecuentes, con nuestra forma de pensar y sentir si silenciáramos lo siguiente : que decepciones y pesadumbres angustiosas, demasiado prolongadas, agudas, dolorosísimas experiencias psicológicas y sociales, que creíamos casi imposible de superar, las hemos vencido limpiando completamente de rencores nuestras mentes y nuestros corazones. De desear es que todos nuestros semejantes decidan satisfacer esta necesidad moral como la satisface el que escribe y otras personas que quieren recuperar y fortalecer su salud psíquica y mental.

La persona que realiza a fondo la precitada profilaxis psíquico-mental se siente mejor, en seguida, como si un bálsamo bienhechor invadiera totalmente su cuerpo. Hasta le parece ver, penetrar y comprender mejor, con más lucidez que antes, las cosas y los problemas individuales y colectivos. Observad al sujeto que lo logra, relativamente hablando, y comprobareis, como lo comprobamos nosotros,

que experimenta profunda satisfacción al verificar que en la batalla librada en su propio cuerpo entre lo bestial heredado que pretende predominar desde el inconsciente y lo consciente humanizado éste gana el combate que significa el triunfo de lo adquirido por el hombre, la victoria de la buena cultura.

Del pasado, cercano y lejano, tengamos en cuenta los aciertos y los desaciertos de toda clase, todas las enseñanzas, las buenas y las malas, aprovechando las primeras para fortalecer la conciencia y la voluntad libertarias. Y decidámonos, rotundamente, a no transigir con lo inaceptable y reprochable por nocivo, a favorecer la continuidad de lo comprobado, mil y más veces, como viejo e inservible o erróneo. Pese a todo, hasta lo malo, como el autoritarismo, tiende a permanecer y estorba al progreso constructivo. Tengamos ánimo, valor humano para esforzarnos por realizar lo nuevo mejor que ayer no supieron, no se atrevieron o no pudieron hacer nuestros semejantes más evolucionados y buenos. Carecer de aquél significa estar faltos de lo que da al sujeto verdadera, clara e inconfundible categoría humana: recia personalidad progresiva.

Todos hemos de esforzarnos por alcanzar el nivel psicológico superior, el estado de serenidad humanísima y constructiva capaz de contribuir a terminar con las causas fundamentales de las desarmonías entre los hombres. Lamentemos que muchos, demasiado sujetos, continúen manteniendo los defectos y los prejuicios del mundo autoritario que combatimos, por ser guerrero, inhumano, injusto y cruel; pero no los imitemos contestando al rencor con rencor, al odio con más odio, y menos entre los verdaderamente afines, pretendiendo justificar esa mala conducta diciendo que « pagamos con la misma moneda ». El fuego del rencor y del odio consume primero a los que se colocan en medio del mismo alimentándolo, torpemente, con elementos de su propio ser. No nos dejemos arrastrar por las tendencias destructivas y por el odio. Este tortura y desequilibra, deshumaniza al sujeto, y nosotros perseguimos contribuir a superarlo y a organizar una vida social humanizada, más equilibrada y justa que la que nos obligan a vivir en el presente minorías de sujetos tiránicos.

En este desahogo de la emoción, de la sensibilidad humana y de la conciencia, encauzado por la mente, aparece la voluntad como determinante de la conducta que decidimos seguir. Nos damos perfecta cuenta de que nuestro dinamismo psicológico no ha entrado en actividad debido a un proceso natural interno originado, totalmente, por la fuente dinámica que constituye la herencia psíquica recibida. Esta es una realidad, pero sólo parte de la verdad psicológica. Sentimos y pensamos que nuestros dinamismos superiores débense mucho más a la realidad psicológica consciente y a los factores afectivos que a los mecanismos del inconsciente. Tenemos plena conciencia que nuestros actos no se deben completamente, como opinan algunos deterministas, a simples y previstos — cuando tanto de imprevisto nos ocurre y sucede en nuestro derredor provocando en los sujetos nuevas y distintas reacciones psíquicas y mentales — procesos fisiológicos

o neuromusculares, que obramos movidos, en particular, por valores que reconocemos intelectualmente tomados, en gran parte, del exterior y por los que experimentamos simpatía, indiferencia o aversión.

¿Que probemos, científicamente, cuanto decimos? Ya manifestamos, varias veces, que no somos científicos. Algunos de nuestros contradictores, que transcriben y comentan viejos artículos dedicados a hallazgos de la ciencia, se lo callan: silencio si son o no científicos. Por nuestra parte, opinando por nosotros mismos, al respecto hemos dicho — y continuaremos diciendo unos años más — bastante, sin haber sido contestado, en otros artículos publicados en CENIT sobre la psicología y la conducta humana, y no queremos repetirlo. Pero si podemos decir, usando la misma terminología utilizada por los deterministas estáticos, que por muy científicos que éstos sean, difícil — por no decir casi imposible — les será negar que todo efecto es verdadero, que expresa algo real, evidencia su existencia aunque no podamos determinar su relación causal o las propiedades de un fenómeno psicológico que se inicia siendo todo impresión, sensación y emoción, vida afectiva que influye en la conducta del sujeto. La influencia moral e intelectual que ejerce en éste es la prueba misma de que existe. Por haber pasado — y registrado — por estos procesos psicológicos, que van ligados a los fisiológicos, damos tanta importancia a la experiencia sensible.

Nuestra actitud actual, que es el esfuerzo que cuenta en marcha hacia el futuro mejor de la humanidad, corrobora las palabras que acabamos de escribir y las ideas que expresan: es también el afecto, el amor mismo que experimentamos por nuestros semejantes el que nos hizo sentir, hace unos pocos años, la necesidad de hablar y escribir, durante todo el tiempo que fuera preciso, en la medida de nuestras posibilidades mentales, sobre cómo lograr el sujeto una conducta mejor.

Nunca habíamos intentado tratar los problemas de la psicología y la conducta humana con la continuidad del presente por lo arduo y complejo de los mismos, por carecer de los conocimientos necesarios y de la serenidad nerviosa adecuada y, en gran parte, por el temor de herir, por consiguiente, la sensibilidad — por amor asimismo — de nuestros contradictores. Para iniciar esta necesaria tarea, en la que debieran tomar parte más número de nuestros semejantes, no nos bastaba que nos tocaran al amor propio y a los residuos de vanidad que pudiéramos tener. No contestábamos a ciertos críticos perseverantes a pesar de que, por no hacerlo, ellos y otros lectores amigos, alrededor de las mesas de café, nos tomaban por mucho más ignorantes de lo que somos. Sin embargo tenemos que confesar que nos agradaría, de todo corazón, ser los sujetos más ignorantes del mundo por considerar que siendo los demás semejantes más inteligentes y buenos que nosotros no existirían ya entre los seres humanos antinaturales e inmorales clases privilegiadas y guerras.

Tenemos la plena convicción de que tanto la posición que adoptamos en el mundo de las ideas co-

mo la adoptada por los deterministas, opuestos a la concepción voluntarista, debiéndose, a nuestro entender, lo comprendan o no aquéllos, a valores afectivos e intelectuales no pueden apreciarse, comprenderse y ser explicados, cabalmente, por medio de las reacciones bioquímicas y fisioeléctricas, es decir: por los procesos inconscientes, mecánicos, puramente anatómicos y fisiológicos, como alguien ha dicho. Estos son elementos y factores fundamentales o vitales, pero las respuestas que al respecto demos deterministas y voluntaristas se deberán a los elementos de libertad que aporta nuestra personalidad autónoma consciente teniendo a la conciencia por guía del comportamiento.

Una noticia espantosa nos ha exaltado, rebelado y sacudido de pies a cabeza por la impresión de horror que nos ha producido. Comprobamos nuestra tesis con este hecho mismo: antes de valorarlo intelectualmente lo valoramos emotivamente, es decir, con los elementos espontáneos de la emoción. ¡Asesinos!, gritemos, sin palabras, desde lo más íntimo de la conciencia.

En este momento, domingo, 18 de agosto de 1963, acabamos de leer, en la prensa de México, que el día anterior, en la prisión de Carabanchel (España), dos jóvenes libertarios, por el hecho de serlo, por no negar que aman intensamente la libertad, fueron asesinados por medio del cruel garrote sin siquiera haberlos enjuiciado públicamente.

La indignación no nos permite extendernos en consideraciones sobre tan monstruoso crimen cometido con alevosía, premeditación y ventaja apasante por un régimen de gobierno que pretende revivir la Edad Media hasta usando uno de los instrumentos con el que en aquella ominosa noche milenaria que sufrió gran parte de la humanidad los sayones de la Iglesia aniquilaban a los defensores de la libertad.

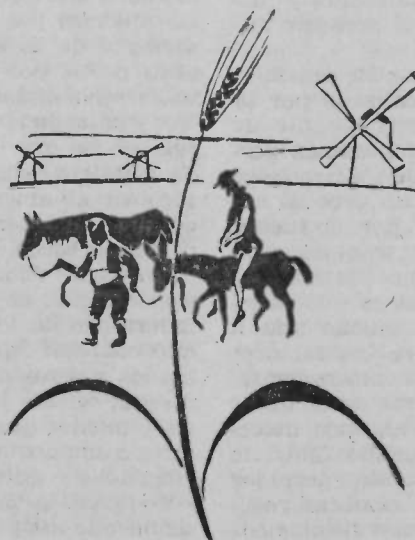
El recuerdo de los caídos permanecerá en nuestros corazones, que sangran invadiéndonos un inmenso pesar al comprobar con cuánta sangre generosa hay que regar la semilla de la libertad para que germine, arraigue hondamente en el terreno humano, crezca robusta, florezca y sus frutos logren ofrecer el bienestar integral que merecen disfrutar, por igual, todos los miembros de nuestra especie.

Los jóvenes libertarios, que han sido sacrificados por el régimen franquista, nos hacen pensar en los voluntariosos compañeros de ayer y de hoy, en los que desaparecieron y en los que continúan en pie luchando por hacer triunfar la Revolución social libertaria, emancipadora, en España y en todo el mundo. Y al recordarlos profunda emoción nos embarga que conmueve todo nuestro ser psicomático, produciendo, además, abundantes elementos afectivos, sensible, morales y mentales que no podemos contener, ordenar y expresarlos con letras en el papel, pero sí podemos decir que, en este instante, dinamizan la actitud espontánea y libre que adoptamos ante el problema pro o contra de la existencia de la voluntad y de la conciencia frente a cualquier situación vital que vivamos o deseemos vivir.

Sentimos desbordar en nosotros el agradecimiento y el amor hacia los precursores de nuestras sublimes ideas, hacia los libertarios íntegros que nos precedieron y hacia los que prosiguen, imperterritos, defendiéndolas en todos los terrenos. Y comprobamos que en este momento de honda emoción afectiva, sensible e intelectual, de inenarrable tensión emocional, es nuestro ser todo el que vibra. se conmueve, protesta, se rebela y habla y no sólo el cerebro, es decir, un órgano determinado.

(Continuará.)

F. OCAÑA



# Discurso del hombre libre

## III

AS cosas que yo profundizo son realidad auténtica, y decirlas de la forma que nacen en el raciocinio, es un deber que me impongo.

Deseo que me comprendáis, meditando mis pensamientos en su fondo. No deis en creer que yo expreso ideas contradictorias, aunque a veces tengan apariencia de ello. Y si me juzgáis loco, yo por cuerdo me tengo. Estoy satisfecho de hablaros ante la verdad vista por mí a través de los hechos de los hombres en los tiempos pasados y en los presentes. Cambiaron aquellos de expresión, de fórmula a veces, pero nunca en su substancia. Yo sé que serían mejores los hombres si la luz clara del espíritu bueno y digno viniera a su conciencia. Empero, también sé de las causas por las que no es así; y os las digo.

Os hablo de una necesidad venida de la parte más noble y sana del sentimiento. Y de una realidad dolorosa. Dolorosa, pero innegable.

Oíd, pues, y de lo que oigáis, juzgad. Si coincidís en que acierto, procurad de conciencia y de cerebro modificar según la forma que señalo, que vosotros veréis como la luz llega. Y si habláis pensando que no es así, demostrádmelo. Pienso que coincidiendo muchos conmigo, dentro de vosotros, con la palabra me combatiréis y con los hechos también. Porque escrito está: « Ninguna cosa podrida deviene sana ».

Yo os digo: la redención de los humanos no será tal, aunque se diga haber redención. A unas palabras se sustituirán otras palabras diferentes. A unos conceptos otros conceptos. A unas costumbres, otras. Pero la costumbre de esclavizar no estará terminada y las cosas, en sustancia, seguirán lo mismo acompañando en su marcha a los siglos, hasta el día en que los hombres comprendan, y busquen y hallen la **Conciencia**.

Empero, es preciso luchar, porque lo antagónico, naturalmente se enfrenta. Es preciso tener fe, porque la fe ayuda a luchar. Yo concibo la fe como arraigando por algo noble que en conciencia sana, dará superación y estímulo. Si es insana por causas de ambiente o de forma de ser espiritual, entonces la superación resulta falsa, por ser utilizada con fines convencionales, no deteniéndose ante el daño hecho a los demás.

Es preciso esgrimir el flagelo de la diatriba cuando hay hechos que lo merecen.

Es preciso imponerse un deber por la Justicia y por el Bien, cuando el mal y la injusticia son elemento rector de la marcha social.

Por eso hablo de la esperanza y llamo a los hombres de buena voluntad, para que cojan el camino de la verdad, en busca de un sistema donde los hombres sean mejores y donde la libertad sea. Os

digo de la verdad según yo, porque la verdad única no se ha manifestado. Al sentir nosotros la verdad, la sentimos como nuestra, según fue educado nuestro cerebro, según nuestro espíritu la forma. Yo estoy seguro de que mi verdad es cierta y superior, y por eso la propago. Ella me impulsa, y la ofrezco a los demás.

Os dije que necesitáis guías, en tanto no tengáis independencia de cerebro y de espíritu. Entonces, la esperanza será aquello que se cree. Pero mientras, la esperanza es ramera que se finge mujer honrada.

Por la esperanza, el Pueblo de Israel atravesó el mar berméjio y el desierto. La Tierra de Promisión era tierra de bienestar y de abundancia... Y no resultó tal, porque los hombres que le guiaron la hicieron estéril con su maldad.

He aquí la causa de todo mal social: el hombre de alma torcida.

Hacia la tierra de Promisión los pueblos irán por el camino de los siglos. Encontrarán encrucijadas que los confundan de ruta y no llegarán. O, cuando sobre la cúspide de nuevos Sinaies la vean de lejos, los guías de condición íntegra dejarán de serlo, y vendrán aquellos que os digo, que son malos en el fondo. Y lo serán en su conducta. Y la tierra de esperanza será tierra de desilusión, de desgracia, de miseria, de dolor, de tragedia y llanto. Y habiendo huido hacia ella para no tener persecuciones, las persecuciones vendrán de nuevo.

Preveo esto y lo digo. Más, temo que mi pensamiento no sea comprendido, o no sea escuchado.

En nombre de las aspiraciones de nuestros antecesores, se alzaron tiranos y opresores. En nombre de nuestra doctrina, los hombres que vengan mañana la volverán indigna y será odiada. Obrarán en su nombre contra ella y será odiada. Obarán en su nombre contra ella y será repudiada. Yo quisiera que fuese de otra manera. Pero acaso no sea así, porque en el tiempo presente ya así se comenzó. Antes no admitíais privilegios entre vosotros; hoy los admitís. Antes no se daba cabida a quienes poseían bienes materiales sino a condición de hacer renuncia a ellos, y hoy les introducís en vuestras comunidades respetando esos bienes que vosotros sabéis su origen.

Hoy, guías de primer rango hablan en público contra quienes se declaran vuestros enemigos, negándonos el pan y la sal, más no delación y persecución, yendo escondidos, en privado, a sus moradas, aceptan convites, comen con aquellos de su comida en su misma mesa. Si resulto loco por escandalizarme de eso, perdonadme. Pero mi dolor y mi espíritu os dicen lo que vendrá: aquello que vino, aquello que es.

Yo os digo: la doctrina nada vale si la conducta no está de acuerdo con la letra. La luz del espíritu es espejismo, si no muestra todos los recovecos del

terreno, si hace sombra donde puedan esconderse engaños.

Sé que todos no tenéis la misma voluntad de sacrificio. Y que hay muchos no dispuestos a desprenderse de sus prejuicios o de su forma de ser nada recta.

Pero aquel que tenga el alma podrida por las pasiones ruines, que sólo mire de su medro personal, de su situación privilegiada sobre todos los otros: aquel que no tenga el deseo sincero de remediar el mal de los otros al tiempo que el suyo mismo; aquel que en su casa con su familia tiene conducta de tirano; aquel que ponga por encima del bien material y espiritual común el suyo particular: aquel que tiemble por el miedo ante contratiempos posibles; aquel que no sea fraterno, que no obre ni quiera comprender lo que es justo, que no estime en mucho su dignidad; aquel que no sea honrado de pensamiento; aquel que no estime en mucho su dignidad, aquel, que no venga al camino. Porque más vale un ser de cualidades enteras, que multitud veleidosa, egoísta y acéfala.

Los hombres ampulosos que tienen cara de listos, y odiables designios dentro, no deben estar entre nosotros. Porque ellos son como las nubes de primavera, que, en principio las veis acercarse con agrado, con simpatía porque estáis en la creencia de que traerán agua vivificadora a vuestros sembrados, y descarga pedrisco que los machaca. Y os hablo así, porque siendo los hombres quienes hacen realidad las doctrinas, tal como ellos son resultarán las cosas que hagan o dirijan.

#### IV

Escuchadme vosotros, los que creéis en no importa qué religion. Escuchadme en particular vosotros los hebreos, que tenéis la esperanza estéril en el Jehová que llamáis Dios de Judea.

Yo vengo a aseguraros que ningún ser omnipotente y determinador de las cosas existe en la tierra o fuera de ella, que fuera del ser humano ningún otro ser existe. Que no puede haber milagro venido de figuras humanas modeladas en metal, en piedra o en madera, hechas santas y milagrosas por capricho del cerebro o por especuladores de la ignorancia y de la credulidad. No son dioses los que se hacen con la mano. Ni aquellos que, invisibles, son creación caprichosa de la imaginación a causa del miedo por las cosas que no se explican o por el deseo de crear potestades extrahumanas, que den solución a los males que os aquejan y una mejor vida. Ningún dios imaginado os sacará de la miseria o de la esclavitud en que estáis sumergidos. Yo creo, pues, que sólo la voluntad del hombre, vuestra voluntad, hará esa obra. De ninguna manera agentes intangibles y abstractos a los que llamáis dioses o espíritus o santos.

He tenido grande escándalo por haber manifestado así en Efeso, donde los fanáticos de Diana tuvieron alboroto.

Ellos han persistido en sus equívocos continuando su fe en el idolo de una mujer estéril. Y al ver su ceguera de conciencia, yo he llorado. Empero, he tenido también la alegría de ser abrazado por

hombres notables a causa de su cerebro, que me han dicho haber publicado grandes verdades con mi boca.

Yo os digo que mi Causa no es la Causa mía sino la de todos. Porque aquellos mismos que me ven como enemigo, estarían contentos y gustosos de ver las luces de una comprensión más clara, más alta, si fuesen capaces de romper esa cadena que aprisiona su conciencia, que son sus atavismos y sus prejuicios, en verdad propios de seres anormales.

Porque todo ser normal no busca oscuridad, sino luz. No busca sumisión, sino independencia. No busca amargura, sino alegrías.

Se emponzoña a los hombres con verdades aparentes siendo de cierto falsas, que son montadas para anular su personalidad o para evitar que ella se cree. Porque yo digo: fuera de la conciencia individual, independiente y libre por tanto, nada hay cierto, nada hay sano, nada hay auténtico. Y todos aquellos que os lanzan a voleo párrafos brillantes de oropel, que van a vuestros oídos como si a vuestros ojos fuesen cintas de papel multicolor, que dicen esforzarse por llevaros a una vida mejor, y os conducen como el pastor que al prado conduce el rebaño; no hacen otra cosa que continuar los males que dicen combatir y que critican. Y no buscan nada que sea justo. Porque escrito está: « La grama no desaparecerá de los campos en tanto no sea arrancada de raíz.

Y querer hacer transformaciones sociales sin hacerlas individuales, es querer laborar un campo invadido por la grama.

Por transformación individual yo entiendo, ser uno mismo consciente de su libre albedrío, y defenderlo y hacer que sea respetado. Penetrar en las cualidades fundamentales que definen la personalidad humana y respetar al ser y hacer que él te respete. Crearse el suficiente elemento de juicio que defienda y de consecuencia aceptable a una convivencia común de libre acuerdo y de recíproca ayuda. Muchas más son las causas que define mi entendimiento sobre estas cosas, pero ellas no las diré ahora. Quiero hoy llevar a vuestra comprensión que no hay, en verdad, fuerza extrahumana ni extraterrena. Que cuando depositáis la potestad y la facultad de traer vuestra liberación y vuestra felicidad en los sacerdotes que se abrogan la representación de eso que, en certitud, es abstracción y mentira, hacéis renuncia de vuestra personalidad y ponéis la esperanza en que del mar brote la vid. ¿No es esto cierto acaso? Estas creencias seculares en lo ignoto anulan la creación de luz en vuestro espíritu y meten vuestra miserable vida en el corral de la obediencia.

Por esperar, vosotros, Pueblo de Israel, la venida de un rey hipotético que os liberara de la esclavitud de Babilonia (que con vuestro sudor vivía en continua orgía) fuisteis capaces de comprender a Jeremías. El anatematizó vuestra pasividad como hoy la anatematizo yo. Habéis envuelto su memoria en una leyenda de llantos y lamentaciones. Y él, en verdad, fue enérgico y vio claro. Tronó por librarse del yugo asirio, y os culpó, en justicia, de incapaces. Esperando al Mesías sucumbíais bajo el látigo tirano. Y al lado de los festines insultantes

de Ninive, vosotros os dabais el festín de la abyección. Y Jeremías clamó la verdad, y la verdad se ahogó. Pero los asirios de Babilonia hicieron lo que en cuenta no cayeron los egipcios : corromperos. Y a Jeremías no le tocó en suerte sino tronar la verdad. Cuando murió, el Pueblo de Israel quedó acéfalo. Y habéis transformado sus rebeldías en lamentaciones, y en llantos lo que en verdad clamor de hombre clarividente fue. Porque él no pudo transformar vuestro temperamento conforme a su deseo, vosotros habéis transformado la historia de su vida conforme al deseo vuestro.

Ahora sois esclavos del romano. Y de otros lo seréis mañana si no sois capaces de asimilar esta verdad : las fuerzas liberadoras, como las fuerzas creadoras, están en vosotros, en tí mismo, hombre o Pueblo. Buscadlas; y cuando las hayáis encontrado, ponedlas en ejecución con decisión, energía y talento.

Es así como yo hablo de los dos hombres que hay en cada hombre; el uno animal, el otro espiritual. El primero se preocupa de las cosas inmediatas para vivir como no importa qué animal de otra forma. El segundo se preocupa de la elevación de su espíritu, que es engrandecer su inteligencia, para que la vida del primero sea más cómoda, más libre, más armoniosa, más noble, más provechosa.

Empero, cuando el segundo hombre no se ha despertado en el hombre, sucede que vive en las tinieblas y somete de por vida su existencia al yugo. De cierto, hay alguno que parece tiene en sí el hombre espiritual y somete también su existencia

al yugo y su pensamiento a creencias imposibles. Estos, en verdad, son raquiticos de entendimiento o pobres de espíritu, incapaces de crearse un pensamiento propio, aunque muy doctos parezcan. Puede ser que sean truhanes que buscan poner el yugo a otros para vivir a su costa. En este caso, el hombre espiritual ha sido amasado con indignidades, y está lejos de ser el hombre que yo digo.

Alejaos, pues, de toda creencia en lo divino si estímaís en algo vuestra propia personalidad y el bienestar del mundo en que vivís. Y si miedos supersticiosos o rutinas de costumbres hacen perdurar vuestra credulidad, preguntarnos por una sola vez si vosotros sois capaces de análisis y conserváis vuestro raciocinio. No os enfadéis. Que puede suceder llaméis raciocinio a la manifestación de las cosas aprendidas de memoria en las que queda aniquilada vuestra razón. Un raciocinio rutinario, o ausente de examen independiente, no puede ser llamado tal. Así, vosotros continuáis, ciertamente, en la categoría del rumiante.

Si esto os ofende, optar pues por el camino que os señalo y hallaréis la causa de vuestro error. Y seréis libres del miedo que atormenta vuestra existencia por castigos horribles que no son otra cosa que fantasía indigna, y seréis libres también de castigos reales impuestos por aquellos a quienes obedecéis. Porque habréis comprendido y dejaréis de obedecer.

FABIAN MORO

(Continuará.)





por F. Alaiz

1913. — La pequeña ciudad sertoriana vive los días que pasan para coleccionarlos como pausas de una agonía lenta y abúlica. Hay guarnición reducida : un piquete de caballería. Se destina a servir de escolta al obispo y a algún general de tránsito. El teniente sueña que puede casarse con la hija del banquero. Los jinetes del piquete sueñan en volver al surco. Después de retratarse con un importante puro en la mano y de arrastrar el sable por las calles concurridas, el servicio militar ya no tiene sentido.

Los caciques sueñan en ganar las próximas elecciones a base de repartir credenciales de peón caminero y conseguir que el Estado se preste a autorizar un ramal de carretera que se proyectó medio siglo atrás, amén de conseguir ciertas franquicias fiscales para los rurales adictos.

De seis a ocho de la tarde, la vía principal de la ciudad sertoriana está repleta de paseantes. Todos andan arrastrando los pies. Paso procesional. La turba espesa de paseantes es un microcosmos. Empleados del Estado artesanos de menesteres cubiertos, estudiantes de Normal y de Instituto que sueñan en cualquier diablura : ser funcionarios de Hacienda o abogados de secano.

Los curas andan de refilón, saludando con media risalleta a las beatas que trastean en el confesionario. Los mancebos de botica, libertados del mostrador por la hora del cierre, sueñan en casarse con la hija del patrón. Pasan profesores que enseñan lo que nadie aprende. Pasan chicas casaderas que saben bordar alegorías celestiales. Pasan amas de cría, sacristanes apicarados y blasfemos, labradores que llegan a comprar una mula y se quedan una noche en la ciudad sertoriana. Con sus focos eléctricos y sus guardias municipales, resulta para ellos la ciudad sertoriana una especie de Babilonia, cuyo Nabucodonosor es el gobernador que vive en un edificio de arquitectura neoclásica, rodeado Nabuconodosor de secretarios que escriben lo que nadie lee y porteros que dejan pasar al primero que llega sin saber el que llega lo que va a pedir y temblando al saludar al portero.

## Cuatro épocas de la ciudad sertoriana

No hay ningún exponente social en la ciudad sertoriana. El mundo trepidante queda lejos. Cerca murió pocos años antes el primer polígrafo de España : Costa. Nadie sabe nada de él.

Los republicanos son ateos, pero mueren con todos los sacramentos y están casados con beatas que les dejan renegar mientras ellas los manejan comiéndose un santo cada mañana. Cuando las monjas regalan una torta almibarada a la beata, el blasfemo del marido pregunta a los hijos con sorna:

— ¿Cuánto creéis que me cuesta el pastel?

— Nada — dice la beata poniéndose colorada.

Peró el pastel — cuyo valor comercial no llega a dos pesetones — cuesta una onza en misas de **requiem**.

1917. — Aparecen unos cuantos jóvenes que se atreven a editar semanarios refractarios en la ciudad sertoriana y episcopal. Escriben artículos tremebundos contra los canónigos, contra los propietarios y contra los carabineros. Las beatas hacen la señal de la cruz, pero no se bañan. Un teniente desafía a cierto refractario. Este acepta el desafío. Cuando se trata de elegir arma, el refractario propone que sea la ortografía. El duelo tiene lugar a bastonazos y el teniente ha de emigrar. Hay mucha guarnición. Hay incluso artillería pesada. Muy pesada.

Maurín, en pleno sarampión apocalíptico como los sucesivos, saca una revista que lleva este título : « Talión », es decir, « Ojo por ojo y diente por diente ». El artículo más suave aparece en lugar preferente y tiene esta cabecera : « Melquiades, vete a hacer puñetas ».

Maurín estudia la carrera de maestro. Al profesor de Matemáticas se le ocurre decir un día:

— A ver, señor Maurín... Tenemos un palomo que vuela a razón de 12 kilómetros por hora. ¿Cuánto volará en diez horas, teniendo en cuenta que refrena la velocidad en una tercera parte durante la segunda mitad del vuelo? Anote con exactitud los datos. Sitúe el problema. Póngalo en esqueleto.

— ¿El palomo? — pregunta Maurín con acento sertoriano.

La clase suelta la carcajada. La salida de Maurín equivale a la salida de clase. Los maestros van a tomar el sol. Maurín es aclamado como un Robespierre.

Ramón Acín quiere ser profesor de la Normal. Va a Madrid y obtiene plaza gracias a una estratagema ingeniosa. El tribunal le califica bien, con derecho a cátedra, pero le ad-



judica un número secundario. Como los elegidos para los primeros lugares tienen opción preferente, pueden quedarse en la plaza de la ciudad sertoriana que apetece Acín. Conferencia con los interesados, que llegan de Pontevedra, de Huelva, de Cuenca...

— No elijáis la ciudad sertoriana — les dice — porque allí se vive de milagro.

— ¿Qué pasa, pues? — le preguntan.

— ¡Casi nada! — contesta el gran Ramón, que lleva patillas de contrabandista. — Los lobos bajan del Pirineo en invierno, se hacen dueños de la calle y se manducan las criaturas. La gente ha de meterse en casa con provisiones para un trimestre y la vida se pierde tan pronto como una partida de julepe. Aquello es una agonía...

El miedo a los lobos deja la plaza libre para Acín. Los amigos celebramos el triunfo del formidable Ramón en el figón sertoriano de Güé, comiéndonos un ternasco y bebiendo en bota.

— Brindo — dice un comensal a los postres — proponiendo que hagan el amor más profano los galanes jóvenes ateos a las beatas. Es la única manera de que las iglesias aparezcan de-

siertas y que la Compañía quede sin compañía...

Acín permanece en la ciudad sertoriana como promotor de subversión.

1936. — El 19 de julio truena con furor. Fusilan los monárquicos y los falangistas a Ramón y a su compañera. Dos mentes preclaras taladradas por las balas de Cristo-Rey. Las beatas, los traficantes, la gente de rapiña, los tenientes de Asalto, anegan en terror impune la ciudad sertoriana. Brilla el sol de julio y no queda horizonte para la decencia.

1948. — La beatería sigue despreciando la decencia y el agua. El rosario de la aurora es un trueno más que un canto. Y aquellos energúmenos que fusilaron a Acín, aquellos monárquicos de Cristo-Rey que suprimieron una de las inteligencias más preclaras de España quieren ahora ser aliados de los socialistas amigos de Acín, mientras la grey sertoriana sigue su paseo arrastrando los pies, almacenando mugre y oyendo misas de *requiem*.

1933. — El calendario no se ha cerrado. (N.D. L.R.)



#### PENSAMIENTOS

Toda idea nueva es frágil. Un hostezo la destruye,  
un estornudo la mata, un sarcasmo la aniquila.

## BERTHA VON SUTTNER Y ALFREDO NOBEL

**E**L 10 de diciembre, como todos los años, fue otorgado en Oslo ante un areopago internacional de notabilidades, una de las más altas distinciones que hay en el mundo: el Premio Nobel de la Paz. El mismo día en Estocolmo los premios Nobel atribuidos a sabios y escritores, recompensaban trabajos inestimables en física, química, medicina, así como la obra literaria más remarkable en el terreno del ideal. Desde 1901 aproximadamente, 36 millones de coronas, 37.500.000 de francos, han sido distribuidos a doscientos noventa y siete hombres, once mujeres y siete instituciones, en adelante, marcados por el mismo sello, todos son miembros de una aristocracia singular merecedora de aprecio por la humanidad.

Detrás del premio Nobel se perfila la figura morosa de su fundador, hombre original que hizo fortuna con los explosivos, y detrás de Nobel aparece una mujer infatigable, y casi olvidada, la Baronesa Von Suttner. Durante veinte años, persuasiva y apresurada, insistió tanto y tan bien acerca de ese rudo magnate de industria que terminó por atraerlo a su campaña contra la guerra.

Cuando encuentra a Nobel por primera vez, Bertha Von Suttner era una joven condesa pobre, con el corazón herido que buscaba una plaza de secretaria. Bertha Kinsky —que así era su nombre de pila— era hija de un mariscal del ejército austriaco, muerto antes de nacer ella dejando a su familia en la miseria. Educada en ese ambiente indiferente de la aristocracia vienesa arruinada de mediados del siglo XIX, fue iniciada a todos los refinamientos de una educación perfecta, aprendió varias lenguas, escribió pequeñas piezas de teatro romanescas. Estudió el canto en París, pero en 1873, cuando los ahorros de la familia fueron agotados, obtuvo una plaza de aya en casa del barón Von Suttner el cual tenía cuatro hijos. En esta nueva demora conoció a un joven seductor, Arturo, hijo del barón. «Cuando entró en la habitación, escribía Bertha más tarde, todo se volvió calor y luz a mi alrededor.»

Entre los jóvenes floreció un idilio, pero la madre de Arturo se opuso: no solamente la aya era pobre, sino que tenía siete años más que su hijo, que tenía entonces veintiséis. Presionada por sus amistades, Bertha presentó su dimisión. Liberada de un gran peso, la baronesa le señaló amablemente un empleo aparecido en los pequeños anuncios de un diario: «Señor de cierta edad, rico, cultivado, domiciliado en París, desea encontrar dama de edad madura igualmente, hablando varias lenguas para empleo de secretaria y ama de llaves. Bertha escribió y recibió una respuesta cordial de un tal Alfredo Nobel. Fue organizada una entrevista en París. Para los dos fue sorpresa: el «señor de cierta edad» era un hombre

de cuarenta y tres años, moreno, de barba negra, tímido y afectuoso; la dama «de edad madura», una mujer bella y esbelta no pareciendo de treinta y tres años, sus rasgos cincelados, con inmensos y encantadores ojos negros.

Alfredo Nobel, rico y célebre, había comprado en París, 53, avenida de Malenkof, un hotel particular que había suntuosamente amueblado. Soltero, endurecido,preciado de sus comodidades, se había procurado un excelente cocinero, aunque sólo una cocina muy simple le fuese permitido debido a que las inhalaciones de humos de nitró-glicerina le había provocado graves trastornos en su aparato digestivo. Poseía caballos de raza y una magnífica montura y hacía en el bosque paseos solitarios. Frecuentaba el salón de Julieta Lamber (Mme Adam) y a pesar de su incurable melancolía, tenía un vivo interés por la poesía, el teatro y la filosofía.

Ceremonioso y cortés, Nobel condujo a la condesa, su secretaria, al hotel donde le había reservado una habitación, luego la llevó a desayunar; habló sin parquedad sobre política, sobre el arte, la vida, encontrando en ella un auditor selecto. Al día siguiente ocupó su puesto en la oficina de Nobel.

Sus funciones le familiarizan con la industria de municiones, y este primer contacto la marca profundamente. Los asociados de su amo seguían de cerca el curso de los acontecimientos políticos en el mundo entero y se arreglaban para vender imparcialmente sus explosivos a todas las facciones rivales. Y, sin embargo, Nobel nutría en su corazón los sentimientos humanitarios muy en voga en el siglo XIX, afincándose desesperadamente en la convicción que poco a poco el hombre se mejoraría. Generosamente daba cheques a las obras de caridad, pero él seguía excéptico diciéndole a Bertha que no había otra esperanza para la humanidad más que la de ver las gentes dotadas de un poco más de cerebro.

Bertha, por apasionada que estuviera en su trabajo no podía olvidar a Arturo Von Suttner. De él llegaban cartas cada día y sus hermanas escribían que estaba taciturno y solitario. Un buen día, cuando Nobel negociaba en Estocolmo la instalación de una nueva fábrica de dinamita, ella recibió una misiva de Arturo: «No puedo vivir sin usted», escribía.

En el acto dejó a su amo una carta donde expresaba su gratitud y sus excusas, empeñó la única joya que ella poseía y cogió un billete para el primer tren con destinación a Viena. La joven pareja se casó unas semanas más tarde en una pequeña iglesia, luego se eclipsaron para irse a Mingrelia, minúsculo principado caucásico anexionado por los rusos nueve años antes. La luna de miel mingreliana —una barraca y un corazón— duró nueve

ve años. Arturo trabajaba de contable en una fábrica de papel, Bertha daba lecciones de piano y de canto a las jóvenes de la nobleza.

Cuando en 1887 los rusos declararon la guerra a Turquía, el Cáucaso se transformó en campo atrincherado. Bertha miró marchar a los jóvenes con paso marcial y les vió volver en trenes sanitarios. Se dedicó a consolar a las madres afligidas, confeccionó medicamentos, ayudó a las cantineras. En la Viena de su infancia, la guerra parecía una aventura lejana de la que héroes con una constelación de medallas volvían para bailar. Ahora los veía de cerca en todo su dolor y su miseria.

El furor la invadió contra los hombres de Estado y los generales que envían los hombres a la muerte y su corazón se llenaba de tristeza comprendiendo su impotencia.

No obstante, la guerra ofrecía a las cualidades variadas de Arturo una nueva ocasión de manifestarse: de prisa envió a un diario de Viena una serie de artículos. Al terminar las hostilidades, continuó su carrera de periodista con una serie de reportajes muy vigorosos sobre el Cáucaso y sus habitantes. Insensiblemente se convierte en reporter independiente muy apreciado. Un poco celosa, Bertha compuso un pequeño ensayo que firmó «B. Oulot» —con objeto de no dar ocasión a los prejuicios masculinos contra las mujeres— y lo envió a la prensa de Viena. Pronto recibió una carta animadora y un cheque de 20 florines.

Durante su exilio en el Cáucaso, los Von Suttner escribieron bastante, seis romances y muchos artículos. Volvieron triunfalmente a Viena en 1885 y los padres de Arturo, perdonando a los antiguos fugitivos, les ofrecieron una residencia definitiva en ese castillo donde la hermosa aya puso a prueba sus sentimientos por encima de su condición.

Durante ese tiempo, Alfredo Nobel había continuado a relacionarse con Bertha por correspondencia. Estaba encantado de los éxitos literarios de la baronesa. Cabellos blancos, más melancólico que nunca, pero a pesar de huésped perfecto, cuando los Von Suttner vinieron a París, fue un gran honor para Nobel hacerles visitar la capital y también el laboratorio que había instalado en Sevran-Livry. Les habló de sus experiencias y los llevó igualmente a casa de la señora Julieta Lamber (Adam). Al oír conversaciones sobre Bismark y las posibilidades de otra guerra, Bertha se sorprendió de la actitud indiferente de la asistenta vis a vis de la muerte. Fue informada de la existencia de un movimiento pacifista, la Asociación Internacional por la Paz, y el reglamento de los conflictos, cuyas oficinas estaban en Londres, y se adhirió sin demora.

Nobel alababa el idealismo de la baronesa, pero le divertía su vehemencia; declaró conocer un método mejor para poner fin a la guerra:

«Me gustaría, dijo, fabricar un producto o una máquina de una potencia de destrucción tan horrosa que las guerras serían imposibles.»

Sin embargo, se interesó mucho por ese movimiento pacifista, envió cheques, todo y afirmando que más que dinero, la obra tenía necesidad de un programa de acción juicioso.

Picada en lo vivo, la Baronesa dedujo que le hacía falta al movimiento un libro que removiera las masas. Se lanzó a la busca de documentos concernientes a la guerra, no la de salones y palacios, sino la que es siniestra realidad. Se entrevistó con diversas personalidades: quirúrgicos militares, de los que leyó los ficheros; oficiales superiores que le explicaron en detalle cómo los hombres se encogen en la muerte, y cómo se comportan en los últimos momentos, y le describieron el aspecto y el olor que tienen los cadáveres al cabo de tres días. De esta encuesta escribió un libro potente: «Atajo las armas», en el que volcó todo su furor y toda su pena. Esta obra llenó un vacío y conoció un inmenso éxito. Traducido en doce idiomas se divulgó en el mundo entero y fue incluso plagiado en Rusia.

La Baronesa Von Suttner era célebre. Tolstoi comparó su libro a «La casa del tío Tom» y expresó la esperanza de que dicho libro tuviera sobre las guerras el mismo efecto que la obra de Harriet Beecher Stowe sobre la esclavitud. Pero el homenaje más precioso le vino de Nobel. Elogió «la elevación de sus ideas», y dijo que sus «armas» irían más lejos que los nuevos cañones y otros instrumentos del infierno.

Aprovechando esas predisposiciones favorables, la Baronesa le rogó de asistir a un congreso de la paz en Berna. A éste fue de incógnito, y aunque sin querer asistir a las sesiones, le pidió que le tuviese al corriente de las deliberaciones.

«Infórmeme; déme su opinión, le dijo, y haré algo grande para el movimiento.»

A medida que declinaba su salud, Nobel se volvía más familiar: «Tomo sus manos, escribía a la baronesa, manos de querida y buena hermana». Y más tarde, en 1896, «estoy encantado de ver vuestro movimiento por la Paz ganar terreno».

Tres semanas más tarde, Nobel moría. Supimos para Año Nuevo que había instituido premios por testamento.

El primer premio Nobel de la Paz fue distribuido en 1901 al Suizo Henri Durant, uno de los fundadores de la Cruz Roja, y al economista francés Frederic Passy. El primero de los premiados rindió homenaje a la Baronesa, escribiéndole que si Nobel se volvió un ferviente adepto del movimiento en favor de la paz, fue gracias a su influencia.

Sería infantil creer que el cáustico y riquísimo inventor dispuso así de su fortuna únicamente por las instancias de la Baronesa: sopesó bien su plan y se entrevistó con numerosas personalidades competentes y no atribuyó más que una parte de sus bienes a la causa de la paz. Bertha había sabido rápidamente descubrir en él, detrás de un escepticismo murmurador, el idealismo latente que buscaba a expresarse: ella supo persuadir a Noel en ayudarla.

El día 10 de diciembre de cada año se desarrollan en Oslo las tradicionales ceremonias y está justificado que en dicha fecha de 1905 se viese presente para recibir el premio Nobel de la Paz a la Baronesa Von Suttner.

# DE MI CALENDARIO

13 de agosto de 1962

**H**ACE tres lustros falleció el escritor inglés Herber George Wells. En un diario de hoy se nos recuerda la fecha del aniversario. En aquel día finalizó una de las más brillantes carreras de un novelista para el que el libro no era tan sólo un medio de «éxitos literarios», sino la manifestación pública de una conciencia profundamente humana, iluminada por impecable lucidez. Algunos consideran a Wells como uno de los precursores modernos de la novela utópica. Sus «anticipaciones» ya están superadas por las realizaciones técnicas en lo que se llama hoy «conquista del espacio». Pero el fondo de su obra es siempre actual, como incitación hacia las perfecciones que no son meramente exteriores, sino más bien interiores: morales y espirituales.

Y más que sus novelas, hay que recordar aquí su «Esbozo de la Historia Universal», como ejemplo muy logrado de la renovación del método de relatar los acontecimientos políticos y sociales desde el punto de vista de la paz y la solidaridad humana. El hecho de que esta obra está difundida en millones de ejemplares en varios idiomas, es una prueba de su cualidad excepcional, pero también del anhelo de las multitudes instruidas de conocer las verdades históricas, en relación con aquellos que llegaron a «dirigir» el destino de los pueblos. Wells hizo resaltar en el primer plano los fenómenos colectivos, las grandes corrientes de la vida social, estando el individuo reducido a su realidad propia, a sus méritos y deficiencias personales, aun si llevaba corona imperial o tenía fama de caudillo victorioso.

H. G. Wells estuvo, después de la primera guerra mundial, al lado de los «combatientes del espíritu», en las primeras filas de los movimientos internacionales por la paz y la libertad. Ha ejercitado con maestría la ironía y el sarcasmo, como armas contra las mentiras, herejías y estupideces con las cuales los gobernantes suelen engañar a los pueblos. Supo ver lejos, más allá de las ficciones o los horrores del mundo contemporáneo, elevándose hacia las visiones armoniosas del porvenir. Ha sido un educador, a su manera, sin pedantería, un guía amistoso por los senderos difíciles de las ideas regeneradoras, hacia una sociedad más justa y esclarescida.

Murió a los 79 años, célebre, rico, pero agobiado por los amargos desengaños durante la segunda guerra mundial. No sabemos sus últimos pensamientos. Sin embargo, podemos suponer que tuvo una sonrisa de compasión, de comprensivo dolor por las locuras sangrientas del pígame convertido por él mismo —en sus novelas— en un titán forjador de mundos imaginarios, supraterrrestres,



Eugen Relgis.

pero lógicos en su desenvolvimiento y esperanzadores por sus metas idealistas.

12 de mayo

Nunca he escrito cuentos para niños, ni narraciones infantiles que puedan leer también los mayores. Estos géneros literarios no son accesibles a cualquier escritor. No son creaciones estrictamente personales, como la poesía, la novela, el teatro. Son más bien la expresión de la imaginación y la sabiduría llamadas «populares». Desde luego, alguien había aprovechado los elementos folklóricos, heredados de una generación a otra, coordinándolos de una manera más o menos lograda, pero siempre pintoresca, atrayente y aun aleccionadora. Difundidos en cierto medio ambiente por vía oral, los cuentos pasaron de un pueblo a otro, de un siglo a otro. Aquellos que los habían recopilado, no habían hecho otra cosa que fijar sobre el papel, en una versión algo más «estilizada», el material vivo del eco colectivo.

Por más que se diga, en los manuales de literatura nacional, que estos cuentos constituyen el tesoro espiritual de cierto pueblo, manifestaciones propias de su imaginación, de su alma, de su sabiduría, ellos tienen, no obstante, un fondo común en todas las naciones de la tierra. Desconocen las fronteras lingüísticas y políticas, y circulan en todas partes como «valores fuertes», permanentes, de la sensibilidad y el pensamiento humano. Sólo la forma que los envuelve puede ostentar los signos

distintivos de ciertas regiones étnicas o geográficas.

El estudio de los cuentos y narraciones de países vecinos o muy alejados, separados por océanos, hace resaltar el paratesco entre culturas nacionales, tributarias las unas a las otras, mucho más solidrias por las aspiraciones étnicas y los intereses comunes, que enemistadas por su orgullo, por las incitaciones políticas, por los odios artificiales fomentados en pequeñas capas de privilegiados, en torno a los dirigentes de masas populares.

Así, nos enteramos que una leyenda rumana, como la del maestro albañil Manolo, tiene versiones parecidas no solamente en los países bolcánicos, sino también en el Occidente hipercivilizado. El escritor francés Philéas Lebesque, en su drama «Le don suprême», ha expresado en verso la misma verdad que se desprende de la antigua leyenda del sacrificio, inexorable en toda obra de creación. O, si leemos un cuento inglés, como el que lleva por título «La mujer y el cerdo» (en dos recopilaciones de «Cuentos para niños y mayores», seleccionados en todos los ámbitos del mundo por Josefina Feinstejn), comprobamos de inmediato que no es más que una imitación de «Had Gadia», relatada por Israel Zanguill, y cuyos elementos se hallan en «Hágada», el antiguo libro de Pascua de los Judíos.

Esta filiación de las leyendas y cuentos de todos los pueblos, desde los tiempos remotos hasta los que se escriben nuevamente en nuestros días, acrecienta el tesoro de la cultura universal. Se evidencia de este modo «la unidad de la especie humana», el fondo idéntico y permanente de la enseñanza popular, y la comunión bajo las leyes del mismo destino de los hombres, cualesquiera fuere su raza, su religión, su categoría social o grado de civilización.

Y está bien que las leyendas y los cuentos sigan circulando en este mundo demasiado «realista», excesivamente mecanizado. Si nos recuerdan la infancia de la humanidad, sirven para atenuar las discrepancias entre individuos y entre pueblos, por el influjo de las aspiraciones imperecederas de paz

y fraternidad, de todo lo que es bueno y hermoso, de todo lo que es amor y creación en el trágico entrevero de la existencia terrestre.

15 de enero

«El gran parto» es el título, algo extraño, de una novela escrita por tres uruguayos. Novela que puede ser un relato, un cuento a la vez realista y fantástico, y que yo calificaría más bien como un film interior, no obstante el calificativo de «sintetista» que emplean sus autores. Su tema es el de siempre: el destino del hombre, tratado con seriedad aunque tenga pasajes sarcásticos y haya humorismo en casi toda su extensión. Lo importante son los reiterados momentos esenciales de la vida humana, expresados en imágenes vivaces, inespereadas, explosivas. Y el humor es amargo, porque en el mismo se hace sentir el fondo trágico de la existencia, de la vida y la muerte sobre esta tierra.

Estamos, indudablemente, frente a escritores y no a debutantes, como se podría suponer porque dos de ellos no había publicado otros libros. Por su estructura literaria, por su intelectualidad activa, directa, y también por su estilo o, mejor, la superposición de estilos. «El gran parto» es una obra de matices europeos y, en el fondo, de significado universal. Se habla en este libro de heroísmo y se lo exalta, lo cual equivale a exaltar a la Humanidad, porque héroes lo somos todos. Es sólo cuestión de fatalidad en los respectivos destinos.

El «sintetismo» de los autores no es, empero, una fórmula nueva. Los géneros literarios son siempre los mismos bajo el disfraz de una época, de una generación de una escuela, de una corriente cultural. Yo le descubro, al sintetismo, un paralelo con el suprarrealismo; pero, eso sí, mucho más humano. Se trata de una actitud frente a la vida, que armoniza con la concepción del humanismo contemporáneo, pese al juego de palabras refinadas y a veces contradictorias. Por eso me parece mejor volver al simil de film —el film del alma— por el que desfila con rapidez una larga sucesión de imágenes. Es abundancia de una especie de lirismo concentrado, sin la menor inflación verbal. Acido, picante, este libro evidencia la lucidez de los tres autores frente a «la crueldad de vivir»: de Ernesto Maya, el más joven, imbuído de estudios y reminiscencias literarias; de Emilio Ucar, el poeta, pesitivo y escéptico, y de Cristóbal D. Otero, el más experimentado, aguerrido en las palestras culturales. «El gran parto» es una síntesis —para emplear la fórmula de sus autores— una síntesis lograda de tres generaciones en una misma obra.

EUGEN RELGIS



## CONOZCAMOS

# Marfil animal y vegetal

**E**L altiplano del Ecuador es otra de las Jaujas de Dios bendito en esta tierra. El Ecuador no es una republiquetita andorrana, monegasca y sanmarinesca, como a primera vista parece. Tiene medio millón de kilómetros cuadrados, semidesiertos. Es otra de « Las mil y una noches » del mineral. Podría pavimentarse o artesonarse medio globo con sus stocks madereros : arrayán, pantza, huilmo, canela negra, tagua (marfil vegetal), etc. Los yanquis dicen que hay allí más petróleo en reserva que en Bakú. Y esos pachones son de la clase de chatos que lo huelen. Pero casi sólo se explota el bosque.

Al Ecuador lo traspasa el Ande meridional de Sur a Norte con dos sierras (oriental y occidental), que clavan en el cielo dos de los picos más altos del Continente : el Cotopaxi al Este y el Chimborazo al Oeste. Ambos buenos mozos miden más de 6.000 metros de talla. Entre las dos serranías se extienden parameras enfangadas por la garua (cernidillo lloviznoso), que llora el cielo muchos meses noche y día. Cuando el sol avienta la camisa a las nubes, cae sobre las costillas como una sartenada de aceite frito. El paludismo que incuban los pantanos, hace verdaderas hecatombes entre la piel de color que trabaja en aserraderos y madererías. Los que no penan en esos infiernos muy poco tópicos, se ganan la gloria en el purgatorio de las haciendas y las estancias, sudando brea por un jornal de 10 centavos al día, percibido de rodillas, besado al cobrarlo y moregoneándole al distributor : « ¡Dios salu pai! » (Dios se la pegue).

Los rancheros adquieren en propiedad la mano de obra, comprándola a 2 ó 3 sucres (duros) por cabeza. Se gobierna la manada a golpe de acial. Curas de cristo automático ayudan a los patronos a esquila la grey, alcoholizada con chicha y con religión, enseñando a la borregambre a balar antfonas a Taita Diosito y a la Virgen de la Cuchara, que tiene rodrigros de cuchillo y tenedor. Y para lo que se ofrezca, ahí está, además, la Tenencia Política.

A la indiada, comida de hambre y de fiebres,

les llaman en El Ecuador longos, chagras, ros-cas, y runas. El runa se alimenta de locro, de chapo, de mallocos, de treintaiuno, de tostado de manteca; todo lo cual no son más que diversas especies de raíces diablas, de mazmorras maiceras y de guisotes a base de tripaza y extremidades de res. Duerme el indigena en el huasipungo — barraca pajiza, y palmiza — sobre montones de catules (hojas de panocha) y de boñiga seca. Y ahí cría chusas y guaguas (los chicos) entre cuyes (conejos), puercos y tortugas.

Las desdichas del longo ecuatoriano no tienen cuento. Por la ranchada y los chaquinanes (caminos de arriería) el amo se le monta a los lomos cuando se cansa de andar o para pasar charcas y ciénagas, que tienen a lo mejor varias leguas. El jinete lleva espuelas y látigo. Controla a la montura agarrándola de los pelos. Y los piropos más tiernos que le dirigen son : « ¡Indio chingado! ¡Rosco cabrón! ¡Hijo de la fregada! »

Generalmente, la hembra se desanca, con la cara brillante de aceite animal, al lado del macho, en el cebadal o en la serranía. Cuando es joven y se queda en casa porque está lechando (nodrizando) recibe impensadamente la visita del pistolero de sotana o del teniente político riflero, que la tumban como un saco de papas junto al hogar y la gozan como a una vaca muerta, en presencia de los chamacos. Ella se pliega al remango sin el conato más leve de resistencia, porque a los ocho años se la desfloró ya en un sembrío. Y luego ha seguido la farra, que hace que dura desde que Dios es bueno. Y menos mal que la así allanada no ha ido a parar al burdel de Ignacia la Negra, en Manabí, o al antro aún peor de la « Cucu », en Quito. De donde la que sale lleva boleto sin vuelta para el hospital. Y la que de milagro cura y queda como saldo del mercado del amor, torna a su casa sin pelo y sin dientes, como la Cunshi de Cuchitambo; se emborracha, tomándose un fuerte o un canelazo, cada cinco minutos; pega a la madre enferma, y afrenta las canas del venerable anciano que le dio el sér, llamándole carajo seco.

## A SAMBLANCAT

# ¡San Patricio nos valga!

**E**N el curso de las ásperas luchas por su manumisión, Irlanda recibió siempre el tributo de la más cálida asistencia, de parte de los ramblistas barceloneses y sus corresponsales del Paralelo. El candoroso patriota, señor Rovira y Virgili, en su «Historia de las Nacionalidades», dedica a la cabeza verde Erin uno de los capítulos más emocionados de la obra. Cuando los ingleses, en la juerga sangrienta del 14, ahorcaron por traidor a sir Roger Casement, yo pegaba fuego y metía en llamas una porción de periódicos catalanes, defendiendo a la flor de los Rogers y conspuyendo la crueldad de sus verdugos. No handicapé al calamar y vacié menos tinteros, al adelantarse en serio al Gandhi y a los racionados de Vichy el alcalde de Cork.

Un poco más tarde nos enteramos de que, con aquellos rebatos y arrebatos periodísticos, estuvimos tocando campanas y haciendo indecentemente el canelo; quiero decir, creyendo que glorificábamos a la libertad y a sus Roldanes, mientras le servíamos el gran caldo a la loba romana, amantadora de bordes. En vena de aurificar totorresismos, más o menos tetravalentes, nos quedáramos hoy con los nuestros, porque en ningún movimiento independentista del Exterior, fuera del Irgun Zvai Leumi, vemos varones del robusto músculo de Jaime Comte y González Alba, muertos en Barcelona con el 30-30 en la mano, peleando bravamente por el ideal que los abrasaba.

Eamon de Valera, el jefe del estadiulo de bolsillo irlandés, es uno de los enemigos más encarnizados que tiene la subversión española, y, por tanto, la autonomía de Cataluña. Claro, que hay enemistades que lavan, y la de don Eamon es una de ellas. Los primeros voluntarios que, con la morisma de Anghera y los terciarios chacales, alineáronse al lado del Macaquicus ferrolés, al estallar el «putsch» que dio al traste con nuestras esperanzas de redención, fueron los irlandeses y los portugueses, sepsia de las dos piojinas más fasciosas del mapa.

De Valera saltó al ruedo del morir malevo en New York, por el año de muy poca gracia de 1881. Su papaicónomo fue un español episcopal, emigrado de Cuba; y su madre, una Doña Virtudes irlandesa, de cruz al pecho y escapulario y otras armas al hombro. Los leones burocratizados de

la causa llaman Dev, al estilo de Campeche, al macabelo del Sinn Fein.

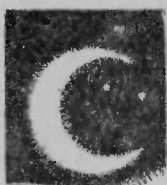
No tenía Dev pelo en barba, cuando se echó al monte de la propaganda con el fusil en bandolera. Mientras pronunciaba una arenga color pimentón en Ennis, fue arrestado por la bofia y condenado poco después a 8 meses de quinta galería. Al salir en libertad, encaminóse inmediatamente a Ennis. Y desde la misma tribuna en que se le detuvo, dirigióse a la gente en los siguientes términos: «Como decíamos cuando fui interrumpido..»

Parodia del descarajillante «Decíamos ayer..» de Luis de Sarriá o de León, que demuestra que el sinnféiner tiene penca, está más pencado que un maquey.

De Valera habla el irlandés con acento escocés; y el gaélico, con laringaciones del Strand y de Cannon Street. Fue suspendido en un examen de su lengua patria. Maciá y Companys también hubieran recibido bola negra, si llegan a pasar por la aduana de don Pompeyo Fabra. Los dos chamullaban un catalán de Lérida, de más baja graduación filológica que el de Jusepe Aladern.

El «wachtaran» o Presidente del Dail Eireann es un frailazo, de los que entran pocos en tonelada bruta. De su vida maquisarda se ha dicho que toda ella es un rezo. Au nahora oye d'ariamente misa. Se santigua cuando papa moscas. Y le hace la cruz al mendrugo, cuando la embiste a chafarotazos. Como Castelar en su chochez, acude Dey a las procesiones con un cirio de seis libras en su diestra de Dios Padre; con un devocionario, más grande que la losa de sepulcro de Cristo, debajo del brazo; y al cuello un rosario, que parece una comida de cerdos, porque cada grano es como una bellota.

Para poner a su pueblo a los pies del papismo, no valía la pena de desprotestantizarlo y cortarle esa tajada de carne del costado a Shylock. Los curas romanos se le bufan al campesino irlandés la paga al rescoldo y los huevos pochados, que antes le robaba John Bull. Es lo que ocurrirá fatalmente en Vasconia, el día que le encasqueten la mitra de Múgica. Los nacionalismos, que son agriculturas más que culturas, tienen el carácter de simples chuanerías; y emparentan con el navarraje y la sanferminalla, que entre nosotros ha encendido tres tracas civiles y se ha sublevado en todos los tiempos contra la Constitución, al grito de «¡Viva la Inquisición y abajo el jabón!»



# El universo de Alaiz

## VIII

UN consejo de Alaiz era una garantía de que ibas a aprovechar muy útilmente el tiempo que emplearas en seguirlo. ¡Cuánta obra de los más grandes hombres del pensamiento español se ha perdido porque nadie nos ha recordado que existiera! ¿Quién sabe hoy algo de « Juan Lorenzo », de García Gutiérrez? Pocos o nadie, sin embargo es uno de los libros que Alaiz aconseja por su contenido social. En los grupos culturales de los sindicatos del bajo Aragón — nos referimos a la época anterior a la guerra — cuando cogíamos uno de nuestros periódicos lo primero que se nos ocurría era decir: « A ver lo que nos descubre y aconseja Felipe ». Así, si por la escuela conocíamos a Campoamor, por Alaiz sabíamos algo por ejemplo de García Lorca, cuyo teatro aborrecía. « Escribe llorones sainetes », « sus tipos son inventos y esta condición les da falsa modernidad ».

« Si Gil Robles gobernó, no fue por ser listo, sino por ser uno de los discípulos de los jesuitas ». Ahora y siempre, los individuos como el citado no son jefes porque tengan arrestos sino por su servilismo a fuerzas extrañas. No gobiernan, sirven a los que gobiernan. Alaiz lo consideraba de tan mediocre mentalidad que sólo para una plaza de Juez municipal le creía capaz. Hasta la explotación que hacía de los geniales ideales de Joaquín Costa lo era por encargo de los jesuitas, no por decisión de sí mismo, pues que ni para eso tenía independencia. Toda ésta la utilizaba para mandar pegar. Por esta condición valía para gobernar. « Gobernar es recaudar y reprimir ». Es todo lo contrario de lo que han de ser los hombres: control íntimo, norma directa, concepto, autonomía, análisis constructivo ».

Ramo de cualidades, no obstante insuficiente. A su lado, antes, después, encima y debajo, delante y detrás el hombre necesita gozar de valentía serena. Todo aquello tuvo, por ejemplo, Gertrudis Gómez de Avellaneda cuando escribió « Sab », pero lo perdió en un santiamén cuando a ruego de los jesuitas retiró su obra: faltóle la valentía, le faltó todo. Posiblemente lo que no tuvo fue acierto. Si lo hubiera tenido como Goya — que además era valiente — hubiera podido concluir bien su obra como concluyó la del pintor, « el primero en conseguir que los niños del pueblo se vieran en un lienzo ». También es Goya el primero que hace un Cristo con cara poco religiosa. Más bien rebelde, inconformista; no era su Cristo un cordeiro Pascual sino un sublevado aun atado.

Difícilmente se encontrará un escritor que sepa unir tanto como Alaiz los hombres a sus ciudades.

¿Quieres saber algo de Graus? Lee lo que sobre Joaquín Costa escribe Alaiz. ¿Quieres saber de Granada? Lee lo que escribe sobre Mariana Pineda, sobre Martínez de la Rosa, sobre el conde Montijo. Si de Guadalajara, sobre Espronceda, si de Córdoba, sobre el duque de Itivas, etc., etc.

Camilo Berneri, el asesinado por los bolcheviques el año 37, sabía mucho y ponía gran empeño en educar respecto a lo que son las clases y lo que debería ser una verdadera guerra de clases. Alaiz también ha escrito mucho sobre el particular, pero en dos líneas se encuentra la exacta definición de lo que es en su esencia la compostura y el origen de las clases: « También se nos quisieron explicar las guerras de clase, y hemos de confesar que casi siempre se nos adjudicó un papel de discípulos excesivamente contentadizos y candorosos al hablarlos de las pugnas de las llamadas clases, separadas, según el marxismo, por la economía digestiva y según los anarquistas por la autoridad de la que el capital no pasa de ser una de las parcelas más inconcretas. »

No diremos como Jaurès que la guerra es el fruto inevitable del capitalismo. El sexo, la nación, la religión, la política, la raza, la rivalidad dinástica, la malquerencia de dos cuñados reales, la conquista, han sido tantos motivos de guerra. Pero pensamos que el principal y vergonzoso lo constituye la enorme multitud de hombres que, empezando rebeldes y regeneradores, terminan con alma de alguaciles, de policías, reforilándose bajo la capa del Estado. Examinad el panorama que ofrece el mundo del trabajo que se ha convertido al Estado y pronto nos rendiremos a la evidencia. Despertó la idea socialista hace un siglo ya. Hubo que elegir entre el socialismo y el Estado. Muchos eligieron a éste. Se practicó una « sociología de brasero y de gorro de dormir » y... así nos luce el pelo.

A menudo se dice, con muchísima razón, que estamos viviendo una era excepcional: la era de la tecnocracia. Pues bien, Alaiz descubrió esto en las propias páginas de Galdós. Vislumbraba que la técnica acabaría con todas las influencias. Joven como era, quería que otros confirmaran su previsión. La encontró en Galdós. Observó que éste utilizaba frecuentemente para los personajes de sus novelas, obispos, políticos y ricachones. Aparecía en la tertulia un ingeniero y en seguida toda la simpatía se la llevaba él. En la generación anterior no era el ingeniero, era el abogado, el hombre de leyes. La plaza del ingeniero en la mente de las gentes de poder e influencia era el preludio de la tecnocrática era que vivimos.

A ratos parece que Alaiz no esté contra la tecnocracia. Lo parece solamente. El canto que hace a



trabajo, como todo lo suyo, va desprovisto de autoridad, de supremacía, de privilegio. Teniendo en cuenta este aspecto, muy importante si no queremos falsear su idea, ¡hay que ver cómo hace locas al trabajo!

Presidió toda su vida un « sublime estilo de la conducta ». Donde no hay conducta no hay nada, palabras tan sólo. « Pero te anticipo que no he de emprender el camino de la gloria — ya sabemos cómo opinaba del héroe — ni del empresario ni el de ningún escalafón. » Y agregaba : « Creo que la verdadera gloria no es más que la vida bien ocupada. »

Su Quinet era también « todo conducta ». Inquieto hasta el extremo pero siempre él mismo. « Rectilíneo en sus cosas ideadas y en sus trayectorias ». El ideal, agrega, es la cosa dinámica que valoriza las potencias de la eficacia.

Ayer como hoy, o más hoy que ayer, desgraciadamente, son millones los hombres que tienen como objetivo y obsesión el deslumbrar a los otros. Son también millones los que buscan dónde deslumbrarse. En ello reside el motivo de los periódicos de escándalo, de las noticias de escándalo, de las actitudes de escándalo. Nos dice Alaiz algo sobre el hombre que no está comprendido en los unos ni en los otros de estos millones : « El hombre ocupado, dice, no desea deslumbrar al prójimo, que por otra parte se deslumbra cuando no tiene carácter. »

Cantos al trabajo y canto a la libertad. Esta se ve y alcanza grandiosa expresión en su « Canción del gorrión » que incluye en « Quinet ».

Recientemente asistí a un mitin que en París organizó la Asociación Internacional de Trabajadores. En él hablaron franceses, españoles, búlgaros, italianos e ingleses. Se dijo de todo, pero lo que viene a cuento aquí son las palabras pronunciadas por el inglés, muy entusiasmado con la teoría de la no-violencia. Tema inacabable para discutir en los medios libertarios de hoy y de siempre, y en todas las tertulias de hombres. Al oírle me acordé de lo escrito por Jiménez de Igualada, me acordé también de Alaiz. No cabe duda de que nadie que se precie de humano podrá hacer de la violencia una

teoría determinada. Teóricamente todas las doctrinas son pacíficas. Todos los generales también. Dos frases pueden recordarse en estas líneas : la de Clemenceau, « El Tigre », cuando en 1914 dijo que « la guerra era una cosa muy seria para dejarla en manos de los militares » y la pronunciada por Eisenhower después de terminada la segunda guerra mundial, v. g. : « La paz es todavía más seria para dejarla en manos de los políticos ». Pues bien, volviendo a Alaiz, se declara pacifista cien por cien, pero... en todo hay un pero, concluye diciendo : « El hombre pacífico y pacifista, el hombre más enemigo de la guerra, si le roban el pan que ganó, le violan la hija y le asesinan la madre, ¿no se sentiría combatiente? Pregunta que hacemos muy cordialmente a los anarquistas ingleses con objeto de que comprendan y se sitúen a fin de que mutuamente nos comprendamos.

A veces se nos reprocha a los españoles el razonar demasiado encerrados en una ideología determinada. Es general la acusación de que pocas veces tenemos en cuenta la historia. Efectivamente, y no seré yo quien contradiga tal aserto. Por desconocimiento de la historia, o por olvido, pocas derivaciones tiene en España ningún acontecimiento. Hubo gestas por el pasado que merecerían tenerlas más en cuenta y no se tienen. Constatamos que el español desdeña a la historia. Ahora bien, cabe preguntarnos si es que no tiene su mucha razón para no coger las historias con indiferencia y hasta con duda. En todo caso no son pocos los hombres que coinciden en alertar a los estudiosos sobre los relatos históricos, que en parte falsean los hechos. Entre esos hombres está Alaiz. « No se escribió todavía el relato histórico español sin alaridos ni exageraciones ». Afirmación que no da lugar a dudas. Mil y un ejemplos podríamos citar que dan razón a Alaiz. Y no sobre hechos de un pasado remoto sino de lo más reciente. Bien es cierto también que según Vidal y Planas de cierta manera todo es historia. Dice este escritor : « Si lo que se cuenta es verdad, será historia porque ha pasado; si es mentira, porque podría pasar ».

M. C.

(Continuará)

#### REFLEXION MORDAZ

«... Porque los poetas, o somos locos o no somos nada.» Vidal y Planas.

A lo cual cierto periódico contestó:

—Como usted quiera, señor Vidal y Planas; loco o nada.

## VERSIONES

por DENIS

## EL CURANDERO

ERASE un hombrecillo tímido, tímido, que tenía en sus manos, varita mágica, la salud de cuantos a él se acercaban. Había llegado a la pequeña ciudad — ahora se recordaba — como un fugitivo : misteriosamente. Y misteriosamente se había instalado en un barrio populoso, pero apartado. Era imposible averiguar cómo había vivido los primeros tiempos. No hacia falta averiguación alguna para saber que en la miseria : en una miseria callada, pero — los vecinos eran testigos — angustiosa.

Se sospechaba que, de origen pobre, no había podido abrirse camino, aunque — ahora se veía — podía haberse abierto camino, y que había ido a parar allí como habría podido ir a parar a cualquier otra parte : a la deriva.

No era viejo cuando llegó, pero lo parecía : como agotado en lucha inútil. Completamente afeitado, su rostro era como tierra recién arada : todo él cubierto de surcos profundos. Se dejó a poco crecer la barba : selva que cubría los estragos. Y por encima de ella, lejanos, que cuando se posaban en alguien le traían, aun de la mayor inquietud, a calma deleitosa.

Por ahí empezó el milagro, y con él su carrera, que por brillante le llevaba acaso a la perdición. Había en la casa en que se había instalado, pobre, muchas familias pobres, que vivían como él : no se sabía cómo. Su mujer intimó, con el tiempo, con alguna vecina. Todas, al principio, desconfiadas de aquellos forasteros, que ni se sabía de dónde venían, ni quiénes eran, ni qué propósito traían a la ciudad. Pasada la desconfianza, nada une tanto como la pobreza. Se reparte el pan que no se tiene, y ninguno es más sabroso. No pocos días comieron los forasteros pan que sus vecinos se quitaron de la boca.

Hablando, hablando, de las cosas que en tal lugar podía hablarse, supo el recién llegado, ya no recién llegado, que allá en una buhardilla yacía, solo, un paralítico, que nadie, por pobre, visitaba, y que había preferido irse muriendo allí a ir a morir a un hospital. Subió el forastero a verle, a charlar con él. Pasó con él una hora, o dos, o tres, y al día siguiente, en cuanto se levantó, fue de nuevo a hacer compañía al paralítico, a charlar con él. No había pasado una semana, cuando el paralítico no era ya paralítico. Comenzó, en efecto, a mover los brazos, y luego las piernas, y, por fin, sorpresa que le hizo derramar lágrimas silenciosas, ríe que anegó las manos del forastero,

puestas sobre él para ayudarle, pudo sentarse en su lecho.

Todo el vecindario supo lo acaecido. Y todo el vecindario acudió a ver con sus propios ojos la maravilla. Llevaba el paralítico, tendido en su lecho, meses y meses. Se esperaba saber cualquier día, al levantarse, que había muerto. La noticia de que se curaba fue sorpresa provocadora de pasmo. Todos los habitantes del barrio desfilaron, los días siguientes, por la buhardilla del enfermo. Y cuando un mes más tarde salió a la calle, como si nunca hubiera padecido nada, se le miraba con admiración no exenta de temor : era prueba viva de un milagro.

A quienquiera quería oírle, el resucitado — él mismo se llamaba así — contaba cómo había vuelto a la vida.

« No me ha dado nada — decía, nada nada. Me ha mirado solamente, con esos ojos suyos, que nadie tiene, y sin dejar de mirarme me ha hecho contar toda mi vida, desde que nací, interrumpiéndome cuando, a su juicio, quería yo ocultar algo. Y así, contando yo, hablando otras veces él — ¡oh, cómo hablaba! En toda mi vida no podré yo repetir una palabra suya, ni mucho menos el tono con que las pronunciaba —, y mirándome siempre, y de vez en cuando poniéndome las manos en los hombros, como me las habría puesto mi madre — os lo digo, no es un hombre, es mucho más que un hombre — me hizo primero mover los brazos — ¡qué momento de júbilo : no siento haber estado enfermo porque he vivido ese momento! — y luego las piernas, y luego el torso, y luego, por fin — ¡todavía había de aumentar mi júbilo! —, salir, como de un baño, de la cama. Y aquí me tenéis, no ya fuera de la cama : en la calle, como antes, como si todo hubiera sido una pesadilla.»

No era la pequeña ciudad una ciudad atrasada, supersticiosa. Era, al contrario, una ciudad moderna, a donde habían llegado todos los adelantos. Se dejaron de lado los adelantos, en cuanto a la salud se refería, y se corrió a buscar la salud a la casa pobre, perdida en el barrio populoso, en que el hombre de mirada lejana habitaba. A muchos enfermos, contra su voluntad — a ninguno dejaba de confesárselo — los desatendía. « Tiene usted — decía a cada uno de estos enfermos — que hacerse cuidar por un doctor. Hágase usted visitar por él, o vaya a una clínica o a un hospital. Después, vuelva aquí. Todavía tendré yo algo, o mucho,

que decirle ». Pero a la mayoría no los dejaba de la mano, y los curaba. Sin medicinas, como los doctores, sin hierbas, como tales o cuales charlatanes : hablando, hablando con ellos, y como metiéndose en ellos, y mirándoles con su mirada que tanto tranquilizaba, y poniéndoles las manos en los hombros, que no se sabía cómo se llevaban, cuando las alejaba, parte la angustia que les atormentaba.

Se acabó la pobreza en la casa en que misteriosamente se había instalado al llegar, y de la que no huyó al cambiar de situación. El pan que se le había dado, multiplicado, lucía ahora en todas las mesas. Y en no pocas de las casas vecinas. Y en no pocas del barrio. El chorro de dinero que entraba por un lado en el bolsillo del forastero, salía por otro en mil direcciones. Su mujer, cuando él estaba muy atareado, se cuidaba de encaminarlo donde más falta hacía.

No era sólo es que salvaba a los enfermos, a millares y millares de enfermos, víctimas del desequilibrio de la vida moderna; volvía la misma mirada que sacaba a éstos de su angustia, para remediarlas, en cuanto podía, a las angustias de la pobreza en que otros estaban sumidos. Era, como decía el paralítico, como decían todos después, mucho más que un hombre.

Tomaron cartas en el asunto los médicos. Si él les enviaba, sin que ellos lo supieran, muchos enfermos, les quitaba infinitamente más. Las clínicas y los hospitales se despoblaban. Por cada enfermo que allí debía permanecer, había centenares que nada tenían que hacer allí, que era preciso acercarse a ellos de modo distinto a como suelen acercarse a ellos los médicos en clínicas y hospitales. Y todos estos enfermos, vueltos, sin su desequilibrio, a la vida normal, llevaban al hombre de la mirada lejana, otros, y otros, y así sin cesar. Era la ruina, para muchos doctores. Había que poner fin a lo que sucedía. Y nada más fácil que ponerle fin. Averiguada la causa, allí estaban las autoridades para cumplir su deber.

No les fue fácil a éstas cumplir su deber. Tu vieron que cumplirlo a escondidas, como malhechores. Su primer intento, a la luz del día, sublevó a todo el barrio. No hubo más remedio que huir, sin el deber cumplido. Noches después, cuando todo el mundo dormía, fue hacedero asaltar el domicilio del delincuente y arrastrarlo a la prisión. No invadida, al día siguiente, por impedirlo toda la fuerza pública de la ciudad.

Y he aquí ya al delincuente ante el tribunal, sin defensor, que no quiso, y en juicio a puertas cerradas, por él exigido. Tenía — dijo — graves revelaciones que hacer, y no era pertinente, ni conveniente, hacerlas en público. Se le había concedido esa gracia antes de condenarle, porque no había duda de que sería condenado.

— He tropezado — explicó a sus jueces —, desde el comienzo de mi vida, con toda clase de obstáculos. No disponía de dinero para salvarlos. Todos mis estudios, porque he estudiado mucho, día y noche, eran vanos. No podía establecerme, porque no tenía con qué, y a dondequiera que encontraba trabajo se me miraba con desconfianza y se acababa por despedirme. Procedía de modo distinto a como procedían los demás. No era yo quién para enseñarles nada, ni para, en no pocos casos, ponerles en ridículo. Acabé por no tener puerta a qué llamar. Entonces vine aquí, como podía haber ido no importa a dónde. Más que a nada, a morir en un rincón ignorado. El azar lo ha dispuesto de otro modo. He podido hacer, a escondidas, cosa que deseaba y no puedo hacer públicamente.

Los jueces se impacientaban. Cortó el delincuente su discurso, y le dio otro giro.

— Voy a ser puesto en libertad, lo sé. Pero si se quiere que siga haciendo el bien que hago, guárdese mi secreto.

— ¿Que secreto, — preguntó el presidente.

— Que nadie sepa que soy doctor. Aquí están mis títulos.

---

**Puede un trono elevarse sobre las bayonetas,  
pero no sentarse encima.**

# Colgando los hábitos

## RECUERDOS DE UN ADOLESCENTE

Por  
**HAN RYNER**  
Folletón

Traducción de V. MUÑOZ  
(Membre des «Amis de Han Ryner»)

Título del original:

... **AUX ORTIES**  
(Souvenirs d'Adolescence)

\*\*

Obra póstuma  
Primera edición francesa: 1957

### ENSUENO EN EL UMBRAL

**C**OMO me pareció, hace tres años, que tenía cosas muy lindas para contar sobre mi infancia, escribí **Mi nombre es Eliacín**. Me preguntaba, y mi sonrisa se negaba a responder, si estaba balbuceando un pequeño libro cuyo fin sería el seguir aislado o si emprendía unas memorias que debían continuar. Cuando hube trazado, en lo bajo de la última página, la palabra FIN, olvidaba al pequeño libro y al problema que me había planteado: mis inquietudes y mi trabajo se aplicaron a obras menos ingenuamente personales.

Desde hace algunos meses, a pesar de mi voluntad, mis recuerdos de adolescencia me persiguen. Primero cantantes y seductores, he aquí que ahora se vuelven, al exigir que los diga, casi gritones. Pues yo les oponía una energía de más en más humillada y débil. Este deslizamiento hacia mi pasado, ¿no es un síntoma senil contra el cual debo luchar? ¿No puedo emplear mi tiempo en algo mejor que rumiar complacientemente esas vejeces?

La atracción de dos proyectos, igualmente seductores de belleza, de novedad y de dificultad parecía me habían liberado de esta persecución cuando me refugié, hace tres semanas, en mi soledad laboriosa de cada año. ¿Dificultad en la elección, pereza o agotamiento?... Pasa el tiempo sin que me lance en uno u otro esfuerzo, en una u otra temible alegría.

Henos ahora en el 21 de junio. Día feliz según tal sonriente y amable superstición que me place confesar discretamente y sin precisar. Para negar a mi retraso toda causa desanimadora, me abandonaba a su amplitud encantada prometiéndome de empezar mi nuevo libro este primer día de verano.

Quiero mantener mi palabra. Pero, desde que pienso en uno u otro de los temas arduos y nobles; desde que sobre todo asciendo hacia una

visión vaga y panorámica de éste o de aquél, se apodera de mí un vértigo de miedo, o tal vez de insuficiencia.

Sea. Consintamos a la pereza del trabajo fácil. Narremos, ya que se obstina en querer ser dicha, una vieja parte de mi vida. Este año en una época en la cual yo no carecía de valor quizás volverá a templar mi ánimo. Pero, si la vejez de mis setenta y dos años sólo me permite chochear, obedecemos sonrientes a la naturaleza.

Acabo de ser injusto —o al menos lo espero— hacia la época de la vida en que vivo. En plena fuerza y ya antes, cuando el impulso, el ímpetu y la presunción adelantaban al vigor real, he abandonado, también en curso de ejecución, tantos proyectos... Aquellas materias abandonadas, las llamaba yo alegremente mis abonos verdes.

Si mal no recuerdo, uno solo de aquellos proyectos, fue vuelto a empezar después de un largo sueño. Mientras estaba escribiendo una de mis primeras novelas aún inéditas y que sin duda mi sonrisa condenará al fuego cuando me divierta en releerla, pensaba en el cuento filosófico que se ha vuelto **El hombre hormiga**. Lo aparté como demasiado difícil, lo olvidé completamente, y volví a encontrar mis notas con una alegría valiente doce años más tarde.

Al componer este **Hombre hormiga**, tuve la idea, tal vez bárbaramente simétrica, de darle un complemento, **La hormiga hombre**. Quise en él contar las aventuras humanas de la hormiga que «permutó» un año con Octavio Péditant (1). Un plan detallado fue trazado; algunas páginas bosquejadas aquí o allá. Luego condené al proyecto como demasiado fácil y, para suprimir toda tentación, quemé lo que había sido ya escrito.

Anteriores al **Hombre hormiga**, duermen en mis cajones dos comienzos de libros, que también haré que decidirme en quemar: nunca por cierto volveré a trabajar en tentativas tan alejadas de mis preocupaciones actuales. Se trataba de novelas naturalistas: **Yo tengo carácter** era, se lo advina por este título irónico, el estudio de un hombre sin voluntad. La otra se titulaba **Podredumbre de Colegio** y tenía este epígrafe: «Amontonar a las rosas, medio excelente para hacer buen abono». Pero mucho se ha escrito contra el inter-nado, antes de que yo me mezclara.

El abandono más curioso es tal vez el de **Crepúsculo de Rubens**. Durante la composición de los **Viajes de Psicodoro**, me encontraba singularmente dichoso y singularmente inquieto. Feliz por las invenciones que me encantaban; feliz por sentir aquél libro superior a lo que hasta entonces

(1) Protagonista de el «Hombre hormiga». (Tradu.)

había producido. Inquieto por mi pendiente filosófica que, si continuaba cediéndole, separaría de mí esa gruesa y grosera clientela que se llama educadamente el gran público. Sí, aún tenía a los cuarenta años, como el más esclavo de los Veleros de Letras o el más rastrero de los Académicos, el infantilismo de preocuparme por el Cerdo que Paga y por sus gustos. Para restablecer en mí un equilibrio más alto, buscaba un tema en el cual la decoración tuviese gran importancia y pasé mi año escolar documentándome sobre Rubens, su época, su ciudad y su pintura. Y aún hice un viaje de estudios a Amberes. En las vacaciones, llevaba conmigo, además de las notas que llenarían tres volúmenes, obras de referencia y de documentación suplementaria. A fuerza de meditación ¿no había creado en mí para un tema naturalmente indiferente, una especie de interés artificial? En mayo o en junio, había corrido hacia un café, como si estuviese sufriendo una presión de enteritis, a escribir una escena que ya quería salir. Por consiguiente, delante del trabajo metódico, una repugnancia levantó su montaña. Para darme descanso y aliento, compuse, en idea que me vino bruscamente, un diálogo entre Epicteto y el pretor encargado de transmitirle una orden de exilio. Este diálogo fue seguido con otros y, sin plan preconcebido, sin nada que pudiera informarme, escribí el bosquejo de mi libro **Los Cristianos y los Filósofos**. Se adivina que este primer manuscrito se adornaba en cada página con algunos signos de interrogación entre paréntesis y las márgenes se cargaban con menciones como: «Ver **Manual**, ... ver **Pláticas de Epicteto**, ... buscar en Suetonio, verificar en Dion Casius o en Xifilino». Después de esta lección, apenas si he luchado contra mis inclinaciones y no contra mis repugnancias demasiado vivas.

Sabido es que la repugnancia se levanta a veces en el último momento. Tales temas me divierten o me apasionan al estudiarlos; la documentación agota el placer que me podían traer: mis notas, cuando ya han sido tomadas completamente, son lanzadas con indiferencia al fondo de un cajón o destruidas como algo que estorba.

No voy a decir aquí la mayoría de estas aventuras. Sólo dos o tres entre ellas que pocas palabras bastan para indicar con claridad. Con el título de **El Medio Filósofo**, preparé una biografía novelada de Descartes, pensamiento independiente y conducta banalmente servil. Un proyecto análogo me hizo estudiar a **San Agustín, patrón de los arrivistas**: maniqueó mientras pudo sacar algo de la secta; católico luego, con el fin de volverse obispo. En tal reciente reincarnación, ¿no ha sido acaso socialista al principio de una difícil carrera política y no ha sabido asaltar o, como él decía sillón presidencial? Santa Mónica, modelo de las madres cristianas, jugaba su papel en este proyecto. Digna de su Agustín, cuando soñaba con un buen casamiento para él, le hizo abandonar sin titubear a la amante con la cual tenía un hijo. Un cristiano sabe siempre por ciencia cierta lo que está bien y lo que está mal; Agustín confiesa

con humillación haber cedido a la naturaleza y al amor; pero, el abandono de la que ha hecho madre y el niño arrebatado a la madre lo absuelven un poco antes sus ojos penitentes.

Antes de haber vuelto a leer todo mi Descartes o de haber leído todo mi Aurelio Agustín, renuncié a narrarlos porque ya tenía yo en mi obra algunas biografías noveladas.

Eran abundantes mis notas cuando preparaban **Los Sofistas**, libro en el cual Pródicos de Ceos hubiera sido la figura central. Rechazado, este último proyecto, porque se avecinaba mucho con mis **Verdaderas Pláticas de Sócrates**.

Pues, grande es mi repugnancia en recomenzarme de nuevo. Hace que huya lo que produciría efectos que ya he empleado. Zola lanzando numerosas materias en el mismo molde me maravilla o más bien me asusta. ¡Ah! Bien sé que me siento incapaz de su valor y de su perseverancia melancólica. La miserable tarea de un Pablo Bourget derramando siempre la misma materia banal en idéntico crisol me causa náuseas. Sin este tedio vencedor, habría podido, toda mi vida, instalarme en el mismo dominio fértil de las cosechas semejantes, segar cada año y entrojar «Viajes de Psicodoro» y «Parábolas Cínicas». Habría podido, una vez encontrada la fórmula, fabricar sin esfuerzo treinta volúmenes de **Sueños Perdidos** o de **Crepúsculo**; machacar «en el mortero» (2) innumerables mártires. No me agrada el adormecedor trabajo en serie. El motivo que demando a cada uno de mis libros, es un despertar y un espectáculo nuevos. Agarrar algunas flores y, en el árbol que se acaba de descubrir, algunos juegos de sol y de viento, para luego pasar. Camina, caminante. No eres tú un cosechador metódico.

Para una naturaleza tan caminadora y que de buena gana no vuelve hacia los mismos paisajes, ¿no he escrito demasiado? De más en más a menudo, cuando entrar en una nueva ruta, me veo a mí mismo, obstáculo, ante mí. Y retrocedo.

Los dos proyectos que aparto hoy, no los indicaré. Tal vez la meditación solitaria o quizás el clivido en el silencio dará a uno de ellos esta gracia nueva que mis ojos no le encuentran aún o no se la encuentran más. Por el momento, su dificultad me parece huraña y su facilidad banal. Fáciles y fastidiosas para el escritor que no titubearía en repetirse o en limitarse, se lavantan escarpadas, tal vez inaccesibles, a quien quiere evitar los senderos ya trazados por sus pasos.

Mientras tanto voy a narrar mi inquieta adolescencia. A pesar de la semejanza de los títulos, no quiero que este libro se solidarice con mis recuerdos de infancia. ¡Oh no! Que los dos no hagan un par. Deseo que se pueda leer **Colgando los hábitos** (3) sin haber abierto **Me llamo Eliacín**. Que sea bien entendido que no prometo continuar y que espero no volverme un escritor de memorias.

(2) En el «Mortero», otro título de Ryner. (Trad.)

(3) El primer título escogido era «La muerte de Eliacín».



## I

Para dispensar de leer **Me llamo Eliacin**, resumo la última de las aventuras que en él se cuentan.

¿De dónde me vino, en mis doce años, la fantasía de entrar en el convento de los hermanos maristas? Ciertamente, tenía piedad e inclinación por esos caballos de madera que son los ensueños místicos, los cuales me causaban alguna exaltación. Pero sobre todo, monómano del estudio, había creído encontrar, en el silencio del monasterio, una vida de labor intelectual. Que la casualidad me hubiese conducido a alguna congregación análoga a la de los antiguos benedictinos de San Mauro y mi suerte estaba echada, tal vez felizmente. Los estrechos y severos pequeños hermanos de María, maestros negligentes y catequistas fervorosos, maestros solamente para reclutar con el nombre de alumnos a niños que pudiera catequizarse, habían injuriado y oprimido mi «gusto excesivo por las ciencias profanas». Me habían privado de todo estudio, casi de toda lectura. Este hambre, el aplastamiento metódico de mi voluntad y un sueño insuficiente habiéndome vuelto enfermo, la comunidad me envió de nuevo al pueblo de Rognac (Bocas del Ródano), a casa de mis padres, recomendándome el proteger bien mi preciosa vocación y retornar tan pronto como mis fuerzas fuesen capaces de soportar las fatigas de la vida religiosa.

Apenas solo en un compartimento de tercera clase, recuerdo que, igualmente indiferente a la modestia monástica y a las conveniencias mundanas, me puse a cantar con palabras ebrias mi alegría de libertad. Cantaba, en un tono entusiasmado y alborozado:

**Tengo las alas de la esperanza:**

**Escapada de las redes del pajarero cruel,**

**Más viva, más feliz, en las campañas del cielo**

**Filomena canta y danza (4).**

O, pensativo, agradecía a los dioses, cuyos designios son misteriosos, el haberme misericordiosamente enfermado para arrancarme de los estúpidos maristas. Ciertamente, nunca más volveré con esos tiranos cegados. Dios, dándome un gusto tan vivo por el estudio, me indicaba una vocación más sabia.

Los hermosos ritmos de Andrés Chénier retornaban como un estribillo de mi felicidad y de mi impulso hacia el porvenir. Meditaciones y palabras ebrias variaban las coplas: aprendía en ellas el latín y la teología, me volvía sacerdote, predicaba elocuentemente, estudiaba, ¡oh alegría! toda mi vida. Hacia el honor a la iglesia por mi ciencia, por mi talento y, accesoriamente, por mis virtudes.

Mi madre se sintió feliz por mi retorno. Mi padre, no lo sé. ¡Mil quinientos francos de sueldo y otros cuatro niños! ¿Qué haría él con este muchacho enfermizo, sin otro gusto que por los libros, raquíto tal vez, y con una talla tan ridícula

la que no podría ser maestro? Había creído mi padre, hace seis meses, que su hijo mayor estaba colocado, con la vida asegurada, lejos de las tempestades y de las inquietudes. He ahora que se lo traían de nuevo y, además, con no muy buenos puntos.

Comprendí la frialdad de mi padre y no fui muy sensible a ella. Estaba de tal modo seguro de mi revancha deslumbrante, pensando hacer su vejez feliz y orgullosa. Cerraba los ojos para verlo sentado en un banco del porvenir, debajo de una futura parra, en un buen jardín de cura.

Fuí, lleno de esperanza, a confiarme al capellán del pueblo. Ya no era el joven ardiente e impulsivo que, por una respuesta independiente, me había excluido del catecismo. Este había sido trasladado, a pesar del afecto de sus feligreses, por alguna razón misteriosa. Una noche sin luna, había venido a llevarse a la joven más hermosa del pueblo —perdón, de la parroquia—, había pasado con ella a Suiza, y se había casado. Pertenecía ahora al clero de la pequeña secta del padre Jacinto, que se llamaba, si no me engaño, los Viejos Católicos.

¿El nuevo cura? En su sotana usada un pobre pequeño viejo todo tembloroso encima de algo que parecía unas piernas. Yo lo miraba con inquietud durante la consagración: ¿no dejarían sus débiles manos caer el cáliz?... Hablé largamente con él. Le desvelé con toda confianza mis santas ambiciones y le pedí que me hiciera entrar en el Pequeño Seminario. Levantó un poco sus brazos anquilosados por la edad, entorpecidos por las decepciones. Con una dulzura desalentada y resignada, gimió:

—Yo soy tan viejo, querido niño. Hace veinte años que ya no me escuchan. Desde hace diez años evito el hablar para no hacerme repetir muy a menudo de que chocheo.

Estaba yo en la edad que no tiene piedad, porque no tiene una inteligencia del prójimo. Inca paz de medir el desgaste del infeliz y duramente esclavo de mi idea fija, solicité lecciones de latín.

No tuvo la fuerza de levantar de nuevo sus manos y su bosquejo de alzamiento de hombros fue una palpitación, pronto detenida, de alas rotas. Su suspiró confesó:

—Lo he olvidado todo, pobre pequeño. Leo cada día mi breviario, porque nada dispensa el hacer un deber. Pero no comprendo nada de lo que leo.

(Continuará.)

(4) El que mi recuerdo siempre llama «el buen hermano Neopaldo», nos había dictado un fragmento de la *Joven cautiva*, un año antes, tal vez para darse ocasión de más agobiar con su comentarios a la Revolución. Pero A. Chénier había sido sabiamente corregido. En vez de:

*Para mí Pales aún tiene verdes retiros,  
los amores de los besos, las musas de los conciertos.*  
Yo había aprendido:

*Para mí los bosques aún tienen los verdes retiros,  
Mi madre los besos, los ángeles los conciertos.*

H. R.

## POETAS DE AYER Y DE HOY

### *Romance del amor a gritos*

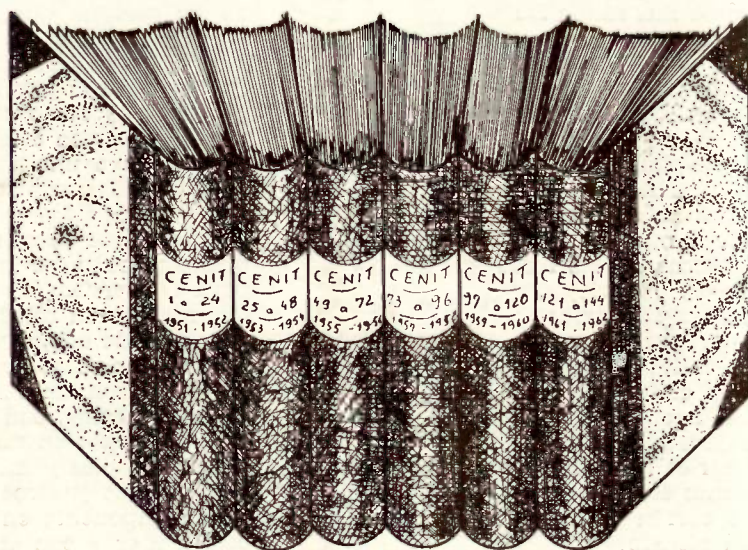
Yo tengo el fervor transido  
de alegría, cuando pienso  
que al ritmo de mis sandalias  
se asoman los crisantemos.  
No es un norte lo que vale  
decir todo lo que siento,  
ni vale la luna nueva  
para alumbrar lo que siembro.  
Es un ansia de plantar  
con palabras el desierto  
lo que me impulsa a vivir  
con este delirio nuevo.  
Si hay que buscar en las fosas  
huesos rabiosos, por viejos,  
yo iré gustoso a llamarlos  
con este amor pregonero,  
e iré por los valles sombríos  
a reclutar con el fuego  
de mi pasión hecha gritos  
sombras cuajadas del yermo.  
¡Quiero ofrecerles las alas  
de mis pregones eternos!  
¿Verdad que corren al agua  
serafines sin aliento?  
Ved los campos cómo están  
preparados y en silencio.  
Si yo hago fuentes con hebras  
de cielo raso y contento,  
si yo traspiro infinitos  
contelados de luceros,  
si yo me doy con el alba  
como los gallos enteros,

es cosa de amor escrito  
con la yema de altos dedos,  
en mi corazón que flota  
sobre mi sangre, en el suelo.  
Ved mi vientre, cómo canta  
con un gozoso hervidero  
de palabras como carne,  
de sangre como consuelo.  
Un día tuve una voz  
que mellaba los aleros,  
que quebraba los cristales  
de nichos de cementerios,  
que penetraba en lo blanco  
para convertirlo en negro,  
que minaba en soledades  
criaturas de enojo y sueño.  
Pero mi voz tiene ya  
brotes claros, de renuevo,  
y aunque estoy, con tantos años,  
mi poca plata en mis pelos,  
duros mis pies y mi frente  
con arrugas y otros besos,  
suena imponente en el aire  
con el mar y con el viento.  
Dos rumores enlazados  
por estos caminos nuevos.  
Abrid bien vuestros oídos,  
que voy a gritaros dentro:  
¡Amor!  
Quiebra más estas rodillas.  
¡Amor!  
Tomad de balde los cielos.

ABARRETEGUI

*El estudioso de habla española  
deberá disponer de los  
seis volúmenes encuadernados de*

# **CENIT**



**¡ Toda una verdadera enciclopedia Social !**

---

**Solicitarlo a nuestra administración**



# CENIT

— sociología —  
ciencia — literatura



**Carpio Carpio:** 1936-1963. Ante la heroica defensa de Madrid. — **J. Guiraud:** El anarquismo, única solución efectiva. — Dos conferencias de Muñoz Congost en Casablanca. — **Floreal Ocaña:** La voluntad Libertaria. — **Herbert Read:** Eric Gill. — **Severino Campos:** La personalidad de contenido ácrata. — **Eugen Relgis:** Del «homo faber» al hombre artista. — **Puyol:** Eternidad. — **Multatulli:** Parábolas de la autoridad. — **Fabián Moro:** Discurso del hombre libre. — **Han Ryner:** Colgando los hábitos (folletón). — La F.A.I. lanza su declaración de principios.

# 155

DICIEMBRE 1963

REVISTA MENSUAL  
PRECIO: 1,20 F.



\$ P 5523

## NUESTRA PORTADA

Trabajo, salud, alegría, tales son las cualidades que refleja la imagen de esta joven española que hoy reproducimos.

Joven, cuyo nombre importa poco, nos interesa saber, sin embargo, de ella que, como mil más, como decenas de miles más, trabajan y sudan mucho para asegurar a los europeos de cualquier nación la succulenta naranja española. Mano de obra barata y disponible para ser ocupada en cualquier rincón del mundo. En efecto, muchas jóvenes como ésta, trabajan, cuando pueden, en España y salen al extranjero a trabajar en los periodos de recolección: la vendimia en el Midi francés y la cosecha del melocotón en otras zonas.

¿Vive en Sagunto, en Murcia, en Carcajente, en Valencia mismo? Es igual, lo importante es que la hemos conocido en Francia y que del contacto que tiene con la España errante transmite sus conocimientos e inquietudes sociales a la España sojuzgada.

Con esta foto nos dice que está cogiendo naranjas, tarea que le agrada mucho, y que les ha enseñado a sus amigas y compañeras de trabajo, algunos ejemplares de CENIT que con sumo placer adquirió en Francia. Nos dice que se interesa mucho por la economía política y la producción. Como botón de muestra relata que España cuenta con 500 kilómetros de costa —desde Tarragona a Murcia— poblada del humilde y bienhechor naranjo; que se cuentan unas 100 mil hectáreas en las que se cultiva dicho árbol, y que se recoge un promedio de 70 toneladas de naranjas por hectárea. Esto y conocer las ideas de los exiliados, «su pasado, presente y... el porvenir de toda España» constituye su preocupación permanente después del trabajo.

¡Procurad que CENIT se lea en España! dice al final, cosa que la redacción transmite a sus lectores, y no lectores, a los efectos consiguientes.



### REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Cejma

*Colaboradores*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Dr. Pedro Vallina, J. Capdevila, G. Esglesas, Osmán Desiré, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux, Muñoz Congost

*Precios de suscripción*

Francia:

Semestre ..... 7,00 F.  
Año ..... 14,00 F.  
Número suelto ..... 1,20 F.

Exterior:

Semestre ..... 8,00 F.  
Año ..... 16,00 F.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.C. 1197-21  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne)



(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII

Toulouse, Diciembre 1963

Nº 155



## 1963 ANTE LA HEROICA DEFENSA DE MADRID 1936

por  
CAMPIO  
CARPIO

**C**URRIO hace más de un cuarto de siglo. Digamos, casi una generación. Y representaría algo así como uno de los fantásticos tópicos característicos de episodios que ya entran por la puerta grande de la leyenda, si no tuviéramos al alcance de la mano a compañeros, amigos, hermanos, periódicos, folletos y libros a miles que nos hablan de aquel suceso como uno de los más luminosos de la historia social contemporánea. La defensa de Madrid constituyó uno de los actos más singulares de heroísmo que ponen a prueba la determinación de los pueblos en el minuto fatal de tiempo en que se jugará el porvenir de su historia.

El suceso apenas puede medirse en trascendencia a la distancia de veintisiete años transcurridos, porque los hombres que hoy nos leen y escuchan tienen otros ojos y oídos muy distintos a los nuestros. Los problemas de los pueblos, ahora, en este instante crucial de la reintegración humana, olvidan algunos detalles que para nosotros, los hombres que nacimos con el siglo, van pegados a la osamenta de nuestra armadura como arrugada piel apergaminada. Y solamente con piedra esmeril o fundiendo nuestro organismo en un cubilete podría alterarse, borrarse o extirparse.

La defensa de Madrid parte de una preparación militar original de las milicias que en 1936 constituían el único ejército republicano con que contaba el pueblo español. Y dentro de esas milicias y formando sus mismos cuadros

combativos, había compañeros nuestros, anarquistas, sindicalistas y amigos socialistas y republicanos, que solamente como tales se identificaban en el orden político, ya que supieron comportarse y batirse también como leones. Y aquellas milicias organizadas a todo trote, que no tenían otras armas que las arrancadas de las manos al enemigo en los cuarteles de Carabanchel, de Atarazanas, de Simancas y de otros tantos que se desplomaron en toda España al vigor anárquico del pueblo español, no solamente contuvieron la avalancha del enemigo desde julio hasta noviembre, sino que realizaron los únicos avances que registran las acciones de guerra de la causa republicana, y también las victorias como tal consideradas. Después, todos sabemos lo que ha pasado. Lo transcurrido en España y en el mundo entero.

La defensa de Madrid es el acto de heroísmo simbólico de la edad contemporánea. Tenemos a Stalingrado, Guadalcanal, Monte Casino... pero todo eso palidece ante Madrid, ciudad libre, habitada por simples ciudadanos ocupados en los múltiples menesteres, bombardeada inmisericordemente por los fascistas de Italia y nazista de Alemania, Rusia, Francia e Inglaterra. Porque, si bien las bombas arrojadas procedían de los dos primeros nombrados países, lo fueron con el manifiesto y certificado permiso de las tres últimas naciones que integraban el Comité de Intervención.

Los refuerzos que la República podía volcar sobre Madrid para su defensa eran limitados. Los combatientes de aquel frente habían sido exprimidos y la entrada de los francofalangistas italoteútenos por las siete puertas de Madrid iba a ser cosa más fácil que la defensa de Tobas. Madrid no tenía consigo ya ni siquiera la fe espiritual de sus preceptores religiosos, que se habían escondido, pasado al enemigo o tomando partido en las acciones, trepados, fusil en mano, a los campanarios de la secular ciudad castellana.

El único recurso, antes de resignarse como víctimas propicias al pillaje, a la ira incontenida de los moros rifeños e italoalemanes, era quemar hasta el último recurso del ingenio; el más inocente de los tiempos modernos. Cavar trincheras en la tierra para ocultar el miedo, porque tal era el nombre. Porque en las trincheras, casi al descubierto, con el invierno encima y los hijos temblando de pavor, eran mucho más grandes que Toledo, que el Jarama, que El Escorial y todos los barrios, de la ciudad heroica. Pero el verdadero milagro se ha operado el 6 de noviembre de 1936: el pueblo entero, con sus gritos, llantos y cantares, lanzóse de boca a la trinchera como un coro de euménides al sacrificio. Y con su coraje y con lo que haya sido, que no tiene nombre en ningún lexicón ni diccionario enciclopédico, Madrid resistió durante tres años.

Y después de aquel 6 de noviembre, pareciera que ya no era tan difícil resistir al enemigo. El pueblo madrileño experimentó un algo así como confianza de que el enemigo con asiento en Berlín y Roma, no eran tan poderosos; que los cafres que tenían su comandancia en la taberna de Burgos habían llevado a las puertas de Madrid su rostro de cemento armado y que los banqueros, suizos, londinenses y wallstreetianos no tenían seguridad ya en el triunfo de las armas fascistas. Y esa moral se vio más bien fortificada con el llanto dispensado por Madrid entero al héroe de la resistencia, Buenaventura Durruti, la primera de las víctimas de jerarquía encargadas de la defensa.

Y luego de los combates, el destino de Europa quedó detenido ante el paralizado avance sobre Madrid. Porque no eran las armas las que podrían otorgar la victoria, sino las finanzas. Las acciones bélicas se clavaron en aquel lugar estratégico del mundo. Las operativas fueron máquinas IBM de contabilidad que entraron en funcionamiento en París, Berlín, Moscú, el Vaticano, Londres, Roma y Washington. Los siete enemigos más poderosos de la humanidad concentrados en sólido contubernio para tramitar la entrega de España al fascismo. A eso que hoy vemos y experimentamos como una deyección de la política moderna y de la sociología cavernaria juntas, sin expresión en ninguna lengua.

Y luego de ello, al instante casi de haber pactado la rendición, declarada la guerra tremenda, abatida la línea Maginot, aplastada como ratas los integrantes del ejército anglo-francés y arrojado al mar en Dunkerque, fueron los bombardeos sobre Coventry y Londres; sobre las ciudades y centros industriales de la vieja Alemania; las bombas atómicas sobre Nagasaki e Hiroshima; la eliminación de las dos grandes idólos que un día fueron el furor y terror emperadores de Europa; las horcas de Nuremberg, sin los integrantes del equipo falangista. Y luego de tantos y diversos sucesos, el entrenzamiento del imperialismo ruso con todas las cartas consulares de la democracia capitalista.

No hemos reparado siquiera en la inutilidad de tanta acción y exterminio humanos juntos para atrasar el reloj de la historia en punto y hora en que encontramos hoy, en diciembre de 1963? No acertamos a comprender cómo y por qué se ha producido el milagro de Madrid, que no fue por artilugio ni obra de su patrono San Isidro Labrador, sino por acción unánime de su pueblo, de todo el pueblo español que corría hacia la luz de ideales que aún hoy, con derrota, con cárceles, campos de concentración, exilios, fusilamientos, transterraciones y una generación que surge de guerras y bombardeos preocupa al mundo y se recuerdan sus fastos como los de Numancia y Sagunto en los albores de nuestra civilización?

El drama de España y de su liberación está en orden del día. Falta solamente la confianza, la determinación de vencer y la seguridad de conseguirlo. Falta la alegría de la lucha y la irreductible resolución de ir adelante precedidos de los ideales encarnados por la Confederación Nacional del Trabajo, del movimiento anarquista y del socialismo revolucionario. En 1936, el pueblo español estaba socialmente asistido por una generación uniforme de luchadores decididos, cada uno más aguerrido que el otro. Podrían tener sus diferencias, y a fe que las tenían. Pero la palabra de orden representaba los postulados anarquistas.

Entre una capa social de superficie constituida por la cultura general de una nación inquieta, que en los tiempos modernos ha publicado la biblioteca literaria y social de mayor resonancia y volumen en Europa, había una pléyade, más bien un contingente o un ejército de militantes que, aun sin expresarse, sabía a dónde iba el pueblo y lo que quería. Esos combatientes anónimos, pero activos en toda la periferia nacional, eran la levadura y la leña de la revolución. Y continúa siéndolo. Aparte, en orden sobresaliente, en responsabilidad y determinaciones.

Detrás de este mundo en actividad, llenaban los cuadros del movimiento anarquista español hombres de casi una misma edad, y de un solo pensamiento; es decir, lo más granado que pueblo alguno pudo reunir en determinado momento de resurrección de su libertad, capaz de llevarlo al terreno de las grandes realizaciones. De entre los cientos de ellos, si bien de menor resonancia, mencionaremos a Vicente Ballester, José Villaverde, José María Martínez, V. Orobon Fernández, Juan García Oliver, Ramón Acín, Diego Abad de Santillán, Federica Montseny, Isaac Puente, Manuel Villar, Felipe Alaiz, los hermanos Alcrudo, Eleuterio Quintanilla, José Ascaso, Pedro y Harmodio Vallina, Buenaventura Durruti, Germinal Esgleas, Juan López, Cipriano Mera, José García Pradas, Eusebio C. Carbó, Angel Pestaña, Juan Peiró. En orden de alguna mayor edad, no se olvidan Federico Urales, Soledad Gustavo, José Sánchez Rosa, y tantos otros todos ellos provenientes de los distintos ramos de la misma sobria solera

## Recuerdos de antaño

# El anarquista

UN puerto del hermoso mar Mediterráneo. Una docena de casas de pescadores. Otras tantas villas, propiedad de señores utilizadas solamente, como su nombre indica, los meses de verano. Una iglesia, ¡no faltaba más! con ribetes de edificio. Una tienda, émula de los grandes bazares, con un mostrador especial en un rincón destinado a la expendición de bebidas alcohólicas y refrescantes. Tienda y taberna. Taberna y tienda. Sitio de paso de jóvenes y viejos de los dos sexos. Lugar magnífico para disfrutar de los dones de la madre naturaleza en todos los aspectos, excepto el procreativo. Frente a la casa, espaciosa terraza protegida de los rayos del sol por verde enramada de pino. Aquí y allá, mesas y sillas rústicas de madera, al servicio de la clientela. Una de las tales, la más apartada del « mundanal ruido », acupada diariamente y siempre a la misma hora — de seis a ocho de la tarde — durante los meses de julio, agosto y septiembre, por un joven estudiante nativo del país y vecino de otros pueblos.

Dicho joven, antes muy estimado, llegó a ser mirado con indiferencia casi despreciativa por los veraneantes, como estima le tenían los hu-

anarquista y de los cuatro puntos cardinales de la universidad sindical. Nombramos dos generaciones de luchadores que de una u otra forma gravitaron en aquel acontecer. En ellos germinaba el ideal en los trescientos sesenta y cinco días de sus años. Con ellos, la revolución no podía dar un solo paso atrás.

Madrid con su defensa alienta al proletariado de todos los países para las futuras empresas más descomunales del siglo XX, que han de repetirse, siempre en superación. La noble ciudad que ha adquirido el calificativo de invicta en la heráldica de la era espacial, no puede someterse al martirio en el grado de Budapest, de Varsovia y de tantas ciudades asoladas por los bárbaros, sino como un símbolo y promesa de lo que vendrá. Porque la revolución que encontró su epicentro en España en 1936 y cuyo magnífico ejemplo de resistencia lo dio Madrid, fue el producto de la confianza, la sinceridad e inteligencia conjugados en todos los tiempos del verbo y conducidos a la transformación del mundo.

Allí ha estado el pueblo con sus hombres. Con toda la fortuna de ideas que su historia pudo atesorar. Que en las acciones venideras los hombres sean anárquicamente más grandes para ir delante de los acontecimientos.

Salud.

**CAMPIO CARPIO**

mildes pescadores. Si su nombre no hace al caso, si el apodo con que se le designaba : « El anarquista ». La juventud se apartaba de su vera como de un apestado e incluso, lo que más le dolía, sus compañeros de estudios de los años infantiles. Los únicos clientes de « su mesa » eran los viejos pescadores y alguno de sus hijos, pocos, pues las madres, por recomendación expresa de su confesor, les habían prohibido acercarse a él, sin que sus padres pudieran en este caso, como en otros muchas, oponerse a una orden de la negra curia católica, apostólica y romana.

La excomunión le vino por haber llevado su osadía al extremo de decir que cuanto había en el pueblo y en el mundo, era de la exclusiva pertenencia de los trabajadores, comprendidas las propiedades y casas de los señores. En el corto plazo de cinco minutos sus palabras habían recorrido pueblo y puerto. Confesado (...) por el cura y preguntado por diversos señores, tuvo aún el atrevimiento de ratificar en su presencia aquella afirmación, calificando a los interpelantes de explotadores, sanguijuelas y algunas cosas más nada respetuosas ni edificantes, según sus decires.

No obstante, el joven, con los años logró bastantes adeptos y ver levantada la excomunión por espontánea voluntad de la mayoría de los habitantes del lugar, prefiriendo no ir a misa antes que dejar su relación, al considerar sus « sermones » más bonitos que los pronunciados por el cura. El anarquista, se sentía feliz entre sus amigos y olvidando agravios, siempre magnánimo y generoso, seguro de sí mismo y del ideal que le iluminaba, no desdeñó jamás ni a sus encolerizados enemigos.

Como contraste, hoy, en pleno exilio, el joven, ya viejo, ignora lo que es. Si anarquista, anarcosindicalista, sindicalista, cenetista, o socialista libertario, y sus compañeros actuales son menos comprendidos que aquellos sus amigos de antaño. Su ideal, radiante y pletórico de promesas sin fin, practicado sólo por grupos, subdivididos en grupitos sin forma humana de compenetrarse ni de compenetrarlos, al poseer cada uno su líder, cosa extraña, y por lo tanto la verdad absoluta, empeñados todos en un teoricismo ingrato e incomprensible, capaz de hacer bailar la cabeza más equilibrada.

Y nadie se revuelve. Y nadie es capaz de encauzar, ayudar, proteger y enseñar a un sinfín de obreros lanzados a la deriva y a una juventud ansiosa de aprender y a la que se aleja por fanatismo, por incomprensión, al no saber o no querer valorizar la hermosura, la belleza de la doctrina anarquista, la finalidad de la anarquía, siempre comprensiva, siempre al compás

# Ante el desarreglo del mundo **EL ANARQUISMO,** **UNICA SOLUCION EFECTIVA**

## 8. — PRESENCIA DE LOS INTEMPESTIVOS

**C**ONTRADICCION A LO QUE PRECEDE Y ABDICACION. — « La guerra y la postguerra nos han servido para superar viejos conceptos del apoliticismo confederal, al que evidentemente será muy difícil, sino imposible, retornar en adelante. » « Lo evidente es que las masas trabajadoras necesitan y exigen una participación activa en la vida pública. » (Criterios manifestados sin ton ni son.)

« Así vemos, por ejemplo, que la C. N. T., que desde 1931 a 1936 había eludido toda actividad gubernamental, combatiendo además lealmente a los republicanos y socialistas que detentaron el Poder, reconoce, a partir de 1936, la necesidad de tomar parte en la responsabilidad del Gobierno a fin de defenderse contra el enemigo común. Y este reconocimiento va más allá, puesto que la guerra misma demuestra a la militancia confederal que dicha defensa contra las fuerzas de la reacción se impone, no ya solamente y accidentalmente a título curativo, sino de manera permanente y a título preventivo. » (Artículo « Nuevos rumbos », publicado en « CNT », 14-10-44).

« Por lo que a este respecto habrá que dejar a la deliberación del mentado comicio de Sindicatos, que tan pronto se pueda será especialmente convocado, la participación en el plebiscito y en las elecciones constituyentes de nuestras masas orgánicas, la presentación en las últimas candidaturas libertarias, y en caso de pronunciarse sobre el último extremo, el programa que sirviendo de base a la propaganda electoral será más tarde el índice de la tesis de nuestra eventual minoría parlamentaria... » (Extracto de una complicada Ponencia de una discutida C.N.T. de España, hoy inexistente).

« 6. Apoyar con toda la fuerza y responsabilidad al legítimo Gobierno de la República que preside el señor Giral y del que formamos parte, como

de las circunstancias, siempre del brazo de la vida, siempre humana. No; decididamente, la anarquía de ayer, no es, no puede ser, la anarquía de hoy.

Y naturalmente, el joven, ya viejo, pensando en el día del retorno, en la hora llegada, deja volar su pensamiento que parte rápido, veloz, hacia la enramada de pino, para al final, agachando la cabeza, llenas las mejillas de perlas mojadas resbalando lo mismo que las cascadas por las arrugas de su cara, recordar con nostalgia a sus amigos los pescadores y su estancia en el puerto; en el puerto de mar.

Elne, diciembre 1963.

J. GUIRAUD

## Un estudio de JUAN FERRER

único instrumento de legalidad y como solo medio de evitar a nuestro Pueblo los horrores de guerra civil. » (De una reunión celebrada en marzo de 1946).

Un día se dice que el ciclo de la guerra civil no ha terminado, y otro día que se quieren evitar los horrores de una nueva guerra civil. Frecuentemente, los errores se encubren de cualquier manera.

« Las organizaciones de tipo revolucionario sólo encajan en los pueblos de mediana cultura. Digo mediana por no decir incultos. Es harto sabido que el Pueblo español hasta 1936 daba alta cifra de analfabetos. »

Este agravio a la C.N.T. fue publicado en cierto periódico. Sin comentarios.

Diez, veinte, cien agravios más y otras flores de decepción e incongruencia han salido del jardín de los compañeros que quisieran una C.N.T. en la que solamente los políticos podrían creer y militar.

No vomitamos rayos ni mascullamos maldiciones de una actitud confusa y claudicante.

## CONCLUSION

El resumen que sacamos de la situación es pesimista con respecto a unas normas que hay que considerar caducas. Los sistemas sociales que nos rigen — democrático, bolchevique — han de sufrir necesaria transformación. Los partidos reaccionarios están incapacitados para toda labor que no entrañe un dolor y un retroceso. El fascismo fue un craso error del tradicionalismo que éste pagará, sea cual fuere la nueva forma que adopte, con su inevitable desaparición. Los partidos reaccionarios están incapacitados para toda labor que no entrañe un dolor y un retroceso. No en balde el Jefe de la Iglesia católica ha colaborado con Mussolini y lanzado y sostenido a Franco. Lo que la Santa Sede ha recogido en unos años de totalitarismo, lo perderá en siglos de porvenir.

También el republicanismo burgués ha caído en desuso. Sostenido por las clases populares, se vio inmediatamente constreñido, por las causas que sean, a sujetarse a la ley de los ricos en detrimento de sus sorprendidos representados. Es criterio pre-establecido que el dinero, en régimen republicano o no, pero capitalista, ha de estar por encima de promesas, Parlamentos y Constituciones. En última instancia, las bayonetas son el gran recurso de la Banca, siempre inspirada por los « trusts » internacionales, incansables alumbradores de guerras. De 1933 a 1940, las Repúblicas ale-

mana, austriaca, francesa y española, y anteriormente la portuguesa y la argentina, perecieron ignominiosamente, sin respeto a la voluntad de los electores, por decreto del capital, el verdadero emperador del mundo.

El socialismo colaboracionista se ha suicidado en Inglaterra en calidad de partido mayoritario sin plaza para la dirección económica del país. Cuando no es la cadena de una dictadura lo que impide, es el grillete de una Constitución burguesa, previamente reconocida. Los partidos obreros revolucionarios suelen chocar, en la hora de un éxito supuesto, con el inabordable muro de los intereses creados. Perfeccionan la tela de araña burguesa, y quedan prendido a ella.

Tampoco el comunismo de Estado ofrece mayores garantías. Desconoce al individuo, la política franca, y considera a la libertad con enojo. (« Libertad, ¿para qué? »). La idea inhumana de una dictadura que dosifique hasta el aliento de los administrados, terminará por disgustar fuertemente a los hombres. Por carecer de ideas morales, el bolchevismo se acoge — nueva religión al fin — a la fraseología brillante y al simbolismo personal. El Kremlin ha sido repintado, pero su idea original de autoridad a ultranza sigue en pie. El comunismo estatal cimenta la adhesión de las masas en lo que deben desconocer las mismas, las cuales se ahorra cuidadosamente « la funesta manía de pensar ». El materialismo martilleante de los soviets se reduce, en fin de cuentas, a un asunto de comer y obedecer. Sólo faltaba la afición a los juegos imperialistas para que el crédito revolucionario de la U.R.S.S. sufriera el mazazo definitivo.

La revolución rusa da la sensación de haber perecido bajo el peso de su inesperado triunfo.

En el orden de las soluciones, en último lugar se destaca lo nuestro. No somos más inteligentes que los demás, pero sí igualmente dinámicos y mejor intencionados. Llevamos en nuestro haber una experiencia revolucionaria de setenta y siete años y la fundamental de 1936. Somos ricos en ideas y contrastes, en acción y realizaciones. Los cañonazos de Barcelona, Madrid y Asturias, apañándonos de la teoría, nos forzaron a la concreción.

Y la concreción fue ésta: De amos y sacerdotes, la sociedad se puede pasar. Con talento mediocre, pero con ganas de vivir y de hacer vivir, el campesinado valenciano, castellano, aragonés y catalán brindó gráfica lección de sociología a Carlos Marx e incluso a Proudhon. Los hombres sabios y atentos que fueron Pi, Salmerón, Costa y Suñer Capdevila se hubiesen descubierto con respeto ante la equilibrada disposición de nuestros braceros. Salvochea, Lorenzo, Mella, Prat y Tarrida habrían cooperado en una obra tan profunda y sencilla como la nuestra, embargados por la emoción. La anarquía, ideal de purificación humana, ciertamente que en 1936 no la hubimos pere la iniciamos.

El sistema de colectividades — no lo negamos — fue un simple tanteo que cuajó provisionalmente para facilitar el estudio de cosa mejor. Inutilizado este propósito a causa de la guerra, la Colecti-

vidad se convirtió en base y sostén de la organización social del momento. Gracias a los trabajos animados por los sindicatos, la vida del país no quedó paralizada y los frentes dispusieron de producción, si no en cantidad suficiente, cuando menos para salir del apuro y en condiciones de regularidad. A pesar de la burocracia y del derrotismo infiltrados en los organismos oficiales, el antifascismo resistió la maravilla de tres años frente a un enemigo que extendía su poder gracias a las grandes facilidades que el exterior le concedía, correspondiendo buena parte de aquella gloria a los órganos de trabajo de la C.N.T.

Quienes concedan el mérito de la Resistencia española a los galones y a la dirección gubernamental, haciendo caso omiso del frenesí activista de los obreros del fusil, del arado y de la lima, es que desconocen o tratan de desconocer la verdad de aquellos trágicos y sublimes días.

Sin la presencia de los imponderables, o reducida la lucha en el cercado español, nuestra victoria habría sido indiscutible y rápida, y entonces la C. N. T. en cabeza, España habría dado el ejemplo de una organización social sin Estado, entrando definitivamente en el recinto sin límites de la verdadera libertad. Con el recurso de las Colectividades, los Municipios libres o de los Sindicatos de Ramo e Industria, se habría establecido estrecha relación entre manuales, técnicos y artistas, tanto en lo que respecta a los cuidados del trabajo como en la forma de beneficiarse del mismo.

Todo esto al margen de los engaños y personalismos, con la satisfacción del tributo rendido, con la alegría de presenciar lo bien que se desarrolla el vivir de los hombres cuando está propulsado por el buen deseo de todos.

Porque, además, « nuestro » régimen libertario tendrá esto de una importancia definitiva: que no será nuestro, que no será una propiedad, un coto de partido, mas un bien asequible a toda persona animada a rectas intenciones.

Mirando al exterior, se yergue ante nosotros un monstruoso interrogante, afectando al respecto que nos debe el extranjero y al trato económico que deberíamos establecer con él... que en este momento no pretendemos ni rozar. La índole de este trabajo es otra, y mejor estimaríamos que los hombres que tras fronteras viven del sudor de su frente, se comportaran en hermanos nuestros y no en portamaletas de sus caudillos. Allá estuviéramos para ver qué pasaría.

Creemos habernos expresado francamente, en propiedad, y si por casualidad a alguien le da la corazonada de que lo expuesto es salido de libro, le daremos satisfacción remitiéndole al último capítulo de los « Episodios Nacionales », que el Pueblo ha escrito con sangre y entusiasmo en ausencia del ilustre Pérez Galdós.

Agotado el poderío empírico, el proletariado español en 1936 tuvo la virtud de enfocar por la vía de los hechos. Cuando los demás pueblos comprendan nuestro 19 de julio, creemos que sus desdichas y las nuestras habrán terminado.

FIN

# Dos conferencias en Casablanca

## por Muñoz Congost

(CONTINUACION)

Unos y otros, organismos con tintes y pretensiones de representación más o menos legal, cueriendo dar al problema y a la tragedia que vivimos, el carácter de un pleito judicial, en el que la razón tuviera algún valor.

Si la lección de otros países y de otros pueblos que lograron colmar sus ansias no alcanza a la mente pobre de quienes aún esperan algo del «foro» político, ello no demuestra sino la cerrazón mental de los líderes de una política que se niegan a considerar caduca.

En el concierto internacional, no pesó nunca la fuerza de la legalidad si no se encuentra acompañada de la acción fuerte y decidida, que impone la razón de los hechos, pues la de las palabras y conceptos, es voz en el desierto.

La legalidad era aquella República que se proclamó en 1931. Cuando fue atacada, por atacar con ella los intereses populares, el hombre de la calle se lanzó a la lucha, que bautizaron entonces una vez más como lucha por la legalidad. Y vencidos por la razón de la fuerza, seguíamos, quizá, siendo legalidad, pero si alguna vez la sentimos en nuestras almas, la enterramos para siempre en los campos de Argelés, en las arenas del Sahara, en los campos de muerte alemanes.

No quisieron comprender en ningún momento, que en el panorama histórico de todos los siglos, los principios de libertad, de dignidad, de manumisión humana no fueron nunca proclamados por arte divino, sino obtenidos a fuerza de revolución, de lucha, de combate sin fin.

Desgraciadamente, el progreso social, que debiera ser un producto normal de la evolución, fue siempre el resultado de luchas innumerables.

La sociedad es, mal que les pese a los demagogos de «cámaras parlamentarias», una inmensa selva, en la que la lucha, la violencia es la nota determinante. La ley sólo fue ley cuando la fuerza la impuso.

Quizá extrañe oír estas palabras en nuestros labios, cuando decimos querer ser los portavoces de la armonía social más completa. Pero si esta armonía que defendemos con todas las fuerzas de nuestra potencialidad no existe, porque las fuerzas del privilegio se empeñan en destruirlas; si las más nobles reglas de convivencia humana fueron siempre y son hoy negadas por los detentadores de un privilegio al que no renuncian, es deber social y humano de seguir empeñados en este combate, cuya única salida es conseguir para el hombre aquello a que tiene derecho como individuo y como productor, como hombre consciente.

No somos nosotros quienes hicimos de la vida un permanente campo de batalla. Es la vida, en la

más amplia concepción de la palabra, la que no admitiendo derecho alguno al abuso autoritario, al desprecio de la personalidad, a la coacción, que limita su propia expansión, arremete, lanza en ristre contra sus enemigos, que son los nuestros.

No vamos a querer convencer a las primeras figuras nuestro flamante «cuadro político de la democracia» con nuestras palabras, pero es deber nuestro decir la verdad, lanzársela una vez más al rostro.

En el combate contra el franquismo, que es fuerza que desprecia toda legalidad, no puede haber legalidad. La legalidad española desapareció desde que llegados al poder los hombres de la rebelión y del fascismo, los que seguimos del lado de la libernad, nos vimos, por doquiera que fuimos, acorralados como fieras.

Lucha de fieras es pues el combate que contra la España dictatorial está empeñada. Lucha sin reglas de combate, sin treguas, ni tribunales que juzguen el golpe bajo y traicionero.

Y en esta lucha, en que el enemigo se permite usar de todas las armas, de todos los procedimientos, debemos volcar todas las armas, todas las violencias, toda la brutalidad, sin reparos, sin frenos.

La legalidad no existe en este combate. Es un mito. Y el pretender ampararse en ella, es cómoda solución que justifica la inacción, el miedo, la cobardía.

Se nos podrá argumentar que a los ojos del mundo, es esa brutalidad, es esa violencia la que frenaría, quizá, los buenos deseos de «ciertos países» de buscar una solución cómoda al problema español y que ante el temor de un despertar de las fuerzas de la revolución, no se deciden. Durante tres años de guerra y veinticuatro de exilio, hemos estado esperando de los «buenos deseos» de gente extraña a nuestro pueblo y extraña a los naturales intereses de los españoles. Si la paciencia de los hombres políticos es capaz de seguir esperando otros veintisiete años, ya no es paciencia, sino poltronería y temor.

Hemos dicho temor y he aquí el punto delicado de la cuestión. Ese temor es la verdadera razón y argumento de su actitud negativa: el temor a que las aspiraciones lógicas del pueblo español no se limiten a las modestas y pobres soluciones de tipo extraño que ellos pretenden imponer como panacea a los males del país, en realidad solución de continuidad para sus intereses de predominio, y de defensa de todo cuanto es y fue siempre freno al progreso social; el temor a la revolución que suprima sus aspiraciones, limitadas al escaño del diputado, a la poltrona ministerial, al galón militar o a la recuperación pura y simple de aquel cómodo puesto de funcionario público que perdieron.



Que este sentimiento prevalezca en algunas docenas de titeres del mundo político, es normal y lógico, ya que en ellos pesa más su situación personal que el drama hispano.

Pero que haya tras de ellos, hombres del pueblo, quienes siempre vivieron de su esfuerzo, quienes siempre fueron los eternos forzados de la gleba, es incomprensible, y para ellos, que como nosotros no podemos contentarnos con soluciones bastardas, nuestras razones deben brillar en todas las ocasiones y por todos los medios.

Bien entendido, que no pretendemos que las fuerzas obreras del país se sumen en masa a nuestro criterio y opinión, y menos aún que queramos supe-ditar a nuestros puntos de vista sociales, el combate contra los verdugos de España.

Repetidas veces hemos señalado que cuando un primer objetivo se impone en la lucha, objetivo que puede y debe aunar todos los esfuerzos, es alrededor de éste donde se debe constituir la co-alición de las fuerzas de combate contra la tiranía.

Pero por igual, repetiremos hasta la saciedad que tampoco podemos consentir que se pongan como condiciones previas para la coalición, el freno posterior, el respeto silencioso a soluciones rebuscadas de antemano.

Hay que derribar al poder imperante en España, vayamos a ello, todos reunidos en compacto haz, pero respetemos, una vez el objetivo logrado, la independencia de todos y cada uno de los coaligados. El conseguir el derribamiento del régimen no es todo con ser mucho. Si para aunar esfuerzos, se nos pide el nuestro y con él la promesa de silencio a lo que viniere después, o la complicidad para cualquier combinación posterior... no se busca la coalición leal, la colaboración sincera, no se nos considera como hombres, sino como armas... y si yendo más lejos se quiere buscar nuestro esfuerzo con promesas tibias, tampoco nos buscan como hombres sino como mercenarios. Y los hombres de nuestro temple no somos ni armas ni mercenarios.

Sabemos que nuestras palabras son duras, que pueden parecer intransigencia violenta a algunos de los que nos escuchan. Pero hemos de demostrar que sólo en el interés de todos nuestra intransigencia es admisible. Igual que no queremos, como no quisimos por la fuerza imponer la razón de nuestras convicciones, queremos que sea el mismo pueblo español en pleno quien fije su ruta... y no que sólo entre algunos como minoría delegada se determine la suerte de nuestro querido pueblo.

Y a fuer de sinceros, que al manifestarnos así, no podemos dejar de mencionar las maniobras todas que amenazan desde ahora al porvenir nacional por el que los españoles vienen luchando en la sombra y en el exilio desde hace tantos años.

En el panorama político español viene a unirse a las fuerzas del antifascismo, elementos nuevos. Si nuestra satisfacción y nuestro orgullo es la de ver que la razón adquiere mayor número de adeptos y que el franquismo ve disminuir sus cohortes, no por ello la ilusión debe llevarnos a cerrar los ojos, ante la insinceridad de algunas incorporaciones.

Los acontecimientos sociales de los últimos años en España ponen de relieve la intervención de más en más evidente de fuerzas extrañas a los intereses del pueblo español. Entraron en la liza, así como por generación espontánea, hombres representativos de la represión y de la reacción. La Iglesia, en parte, toma posición frente a Franco. Y pretendidas organizaciones obreras cristianas, que en España nunca existieron, salen a la luz y al combate, pretendiendo con ello unirse al conglomerado de los enemigos del régimen.

No nos engañemos, el pueblo español que no fue nunca católico, ni da fuerza de existencia a ciertas de estas organizaciones, lo hace para valerse de ellas, de la relativa impunidad que ellas ofrecen y las más de las veces, desborda de las intenciones de las mismas.

Y el peligro reside en que en el juego de la acción, incrementen su influencia y lo que es hoy conveniencia, sea mañana razón de existencia y conveniencia, y que esas etiquetas de importación que son el «sindicalismo cristiano» y la «democracia cristiana» tomen mañana raíz y título de permanencia, para entonces frenar las únicas fuerzas que en España fueron garantía de la libertad: las fuerzas sindicales.

Darles hoy carta de ciudadanía entre nosotros, es abrirles las puertas del futuro, es garantizar mañana la supervivencia de la Iglesia española, el mayor de los enemigos de nuestro pueblo.

Y no será inútil que hagamos constar desde ahora este contrasentido. La Iglesia española es un todo unido. Emanación de ese todo monstruoso que dirige el Vaticano; toda disensión, todo cisma, es rápidamente reprimido. Ese todo obedece a consignas fijas, a instrucciones centralizadas, a una sola cabeza, a un solo interés. ¿Cómo explicarnos entonces la proliferación de tendencias y facciones en que los católicos españoles pretenden crear?

La Compañía de Jesús, el Opus Dei, las Hermandades de Acción Católica, las Solidaridades obreras, etc., son, una vez más, la aplicación de las tácticas vaticanistas: Una vela a Dios... y otra al Diablo.

El régimen se tambalea... cierto pudor que nos extraña cierra aún a Franco las puertas del Mercado común... La acción de los agentes del bloque soviético puede adquirir incremento en España... Si viene la solución del remplazo, ¿en qué posición quedaría la Iglesia que fue el más firme sostén del régimen que bendijo la «cruzada», que empuñó las armas contra el pueblo, y bendijo las ametralladoras de la plaza de toros de Badajoz? Convenía asegurarse un agarradero, una plataforma para el mañana sin perder por ello los lazos que la unen al régimen por un si acaso de supervivencia... Y de aquí que creando esa pluralidad de tendencias, provocada y deseada, se asegura el hoy y se previene el mañana.

¿Acaso no pensaron en ello quienes al acoger con los brazos abiertos la pretendida colaboración de las nuevas fuerzas, parecen preferirlas a la auténtica representación de las multitudes revolucionarias de nuestro pueblo?

Estamos seguros de que también pensaron en ello. Pero cuando la intención verdadera no es la de defender los intereses del pueblo español, y si la de conseguir con el derrumbamiento del régimen, una nueva era de privilegios políticos, poco importa el aliado, si con él puede gozar de lo que el mañana pueda traer.

Esta es la verdad y no otra. Y como nos hemos propuesto decir la verdad poco ha de importarnos que nuestras palabras escandalicen, que se salgan de los senderos trazados de una posible convivencia y dañen los propósitos de acción conjunta con elemento sduosos.

Consideramos que señalar el peligro, y dar el grito de alerta es una necesidad ineludible, que naga reflexionar a los espíritus prestos a la concesión y al consentimiento.

Si en la lucha emprendida contra Franco su aportación es valedera, ni la frenaremos ni la rechazamos, pero en calidad de francotiradores, sin carta de ciudadanía, sin certificado de buena conducta, porque estamos seguros de que mañana el pueblo español encontrará en ellos los herederos de la escuela trabucaire de la Iglesia española, del sacerdote carlista cerril y bárbaro, y a la par los defensores de las fuerzas represivas, de la Banca, del Alto Capital, de los privilegios antisociales.

Aun no ha terminado el cielo lúgubre de la dominación franquista y ya las amenazas se ciernen sobre la España de mañana. Y si no hemos de vacilar un solo momento en aportar voluntad, tesón y esfuerzo plenos en precipitar el final del régimen bocharnoso, no por ello hemos de dejar de vigilar con atención extrema las bandadas de rapaces que pueden, en ese futuro que anhelamos, pretender hacer un festín en el río revuelto de las primeras horas de alegría.

Por todo ello, no podemos, sinceramente, comprometer en nada el futuro de los destinos españoles, dando aquiescencia y acatamiento a sistemas o combinaciones de transición. Una sola debilidad puede reducir a nada los años de esfuerzo de lucha, de sacrificio. Una sola concesión es una hipoteca. Y la pobreza del porvenir que nos puede

dejar el fascismo español no permite las hipotecas.

Continuando en este examen de las contingencias del presente español, no podemos pasar por alto otro de los aspectos importantes de la situación actual, y que pueden ser determinantes en el futuro.

Desaparecidas legalmente a raíz de nuestra derrota las organizaciones sindicales españolas, cuya vida se reduce a la de la clandestinidad y el exilio, el régimen totalitario no podía por menos que dar forma a una de sus modalidades de acción, cuando la Central Nacional Sindicalista de carácter vertical, y cuyos representantes se permiten hoy co-dearse con los organismos internacionales de la O.N.U., en el aspecto «laboral», como ellos dicen.

A nadie se le oculta la lucha encendida en el seno de la unión por la supremacía. Y entre los empeñados en ella, no olvidemos a quienes habiéndose metido siempre al margen de la vida sindical española, esperan lograr un día el ansiado desquite: el Partido Comunista Español.

Su esperanza es que la Central Nacional Sindicalista, de riquezas y poder incalculable, sea mañana el núcleo, el punto de partida de una Central Sindical Unica, infeodada a las directivas de Moscú, como otros la esperan infeodada a las directrices de la democracia cristiana, Roma o Washington. Y ello es tanto más peligroso por cuanto que siendo algo existente rodado, asentado en la costumbre, cimentado en veinticuatro años de existencia, nada más fácil que un cambio de cuadros de cabezas, de etiqueta, y los aprovechadores se encontrarían en la cabeza de algo mastodóntico como nunca soñarán en poseer.

¿Y qué hacer? diréis. No se trata de infiltraciones ni de buscar la misma táctica que otros. Con la CNS sólo se impone una medida, su destrucción sistemática y total, la demolición hasta los cimientos, su desaparición total del horizonte español.

Y ello, con las pretendidas soluciones incruentas, de concesiones o combinaciones, con el respeto a la transición es imposible.

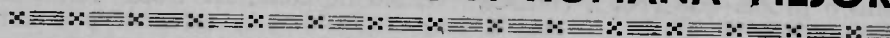
(Continuará.)

El compañero Joaquín GUILLEN, de Montauban, que es un gran amigo de la cultura, construyó con sus manos de artista una hermosa mesilla y la rifó a beneficio de CENIT. Total para esta revista : 130 00 francos.

Agradecemos mucho este gesto cuyo ejemplo debería cundir si queremos que CENIT viva.

Señalaremos que en la tarea Guillén fue ayudado por jóvenes emigrados recién salidos de España. Pues también a éstos les gusta la revista.

## POR UNA CONDUCTA HUMANA MEJOR



# La voluntad libertaria

(CONTINUACION)

No se entienda, por todo lo expresado hasta ahora, que sólo damos importancia a la emoción y a lo afectivo, y poco o ningún valor a la inteligencia pura del individuo humano, facultad que no poseen los individuos de las demás especies animales que no progresan, precisamente, por carecer de aquélla. Pero consideramos que las espontáneas reacciones psicológicas de la persona con buena cultura son las más sinceras, las más humanas y creadoras.

Mencionemos la inteligencia que no existe pura o funcionando aisladamente como podrían suponer algunos deterministas, tan dados a lo mecanicista, como tampoco existen procesos instintivos y afectivos puros. La persona humana siente, piensa, reacciona y actúa como unidad funcional que pone en juego todos los elementos que engloba dando por resultado vida instintiva, afectiva — o de afectos diversos — emocional e intelectual o, en suma: respuesta total del sujeto a cada situación vital o trivial que vive con la mayor intervención de unos o de otros de los factores psicológicos citados según la necesidad que aquél pretende satisfacer. Así reaccionamos y respondimos, con todo nuestro ser, al enterarnos del asesinato de los jóvenes libertarios por el Estado franquista. Y no olvidamos a los libertarios que elimina en silencio la dictadura rusa y a los que eliminó el Tío Sam siendo inocentes: Sacco y Vanzetti y, anteriormente, llevándolos a la horca, a los mártires de Chicago. El Estado, no importa cómo se denomine, es opresor, destructor y cruel por naturaleza.

Volviéndonos a situar en el terreno de la Psicología convenimos en que las reacciones espontáneas caracterizan el tipo humano extravertido, pero consideramos que necesita obtener experiencia subjetiva que lo ayude a comprender mejor el estado de su conciencia como también, en lo posible, la de cada uno de sus semejantes, con los que se relaciona y trata. Y cuanto más se conozca el individuo humano más podrá influir en sí mismo para evolucionar en sentido bueno, como también en la superación de la conducta de sus congéneres.

Casi obvio es exponer, después de lo dicho que, a nuestro entender, las características del pensador equilibrado y completo, relativamente hablando, armónico y positivo, bueno, en una palabra, son las siguientes: poseer inteligencia subjetiva sin ser introvertido además de toda la buena cultura adquirida y que pueda adquirir. Se explica esto y comprendiendo y experimentando, en nosotros mismos, en grado menor, dados nuestros cortos conocimientos, lo que hace el buen pensador,

bien dotado, sea o no científico: que supera a lo que de más egocentrada tiene la inteligencia subjetiva al dedicarse a obtener, por medio de la misma, experiencias psicológicas para proyectarlas hacia cuantos semejantes lo circundan. Nada le regatea: si éstos lo desean pueden beneficiarse, con el conocimiento entero de aquéllas, extrayendo enseñanzas, para su propio bien, al contrastarlas con las experiencias sensibles que registren realizando sus personales introspecciones.

Al sujeto no ha de preocuparle el temor de no ser debidamente comprendido, qué puedan pensar los semejantes que lo rodean al exponerles sus defectos y virtudes y, en particular, cómo ha incurrido en los primeros, señalando cómo los superó y cómo evitar ser presa de los mismos poniendo en acción toda la fuerza de la buena voluntad de que es capaz la persona humana. Al ser humano moral, enterizo, sólo le importa obrar de acuerdo con su conciencia y contribuir a ampliar el área del Bien.

Cuando el sujeto obra del modo precitado, tan generoso, franco y sincero, por el bien propio y ajeno, prueba, palmariamente y rotundamente, sin lugar a dudas, que a éstos vinculan limpios sentimientos de sociabilidad, de amor bien entendido, amor universal. Y la exuberante vida efectiva que ha de caracterizarlo, dada su normal y peculiar forma de ser sensible, predominando en su existencia, globalmente considerada, es la que le traza, con fuerza que las razones posteriores afirman, la conducta o camino ético a seguir — no siempre seguido fiel y lealmente por los faltos de buena voluntad — con individualidad y personalidad propias y conciencia insobornable, incorruptible, en el seno de la familia, entre sus afines en ideas y sentimientos y en el complejo medio social.

Con la inteligencia objetiva el sujeto resuelve la mayoría de los problemas. Las soluciones se inician, en cada uno, con la emoción — o con las impresiones, las emociones y las intuiciones concomitantes — pero ésta no puede solucionarlos enteramente, con sus propios elementos. Y cuando la persona, con serena firmeza, logra el equilibrio de sus energías nerviosas, la relativa buena conducción de éstas y el aprovechamiento de todas sus experiencias internas es más capaz de desarrollar, sin desarrollar, sin desequilibrarse, permanente y desbordante actividad constructiva. Al desequilibrio nervioso podría más fácilmente llevarnos la introversión o la extraversión excesivas, desordenadas, obsesivas.

Concretamente: el pensador, sobre todo el humanista e higienista, ha de tratar de desarrollar todas las aptitudes intelectuales subjetivas y obje-

tivas que le permitan dar, a cada problema y a cada situación ajena o propia que viva o conozca la respuesta más completa.

A más franca y estrecha interrelación e interacción la inteligencia subjetiva y la objetiva más compenetrado estará el sujeto de las cosas y más aciertos podrá obtener. Y lo mejor, a nuestro entender: ambas contribuyen a gestar la inteligencia espontánea, la superior por ser la creadora, la que envidiamos noblemente y admiramos en los sabios y en los genios. La hacen nacer y revelarse necesidades — sustituyendo al término estímulos usados por los deterministas — que aquéllos quieren satisfacer descubriendo o inventando algo nuevo o por la simple satisfacción de perfeccionar lo conocido o hallar una verdad que presente, existan o no indicios de la misma, gracias al vacío que se advierte entre ciertas verdades físicas o de otra clase que no quedan adecuadamente enlazadas.

La inteligencia espontánea, en la que tan poco creen algunos deterministas, es la cimera, la más elevada, la reactiva y emotiva, proyectiva y creativa que funciona como separada de las demás formas de la inteligencia, sin estarlo totalmente, y en globa todos los elementos más valiosos del ser humano: los instintivos, los afectivos, los sensibles y los intelectuales.

Los conceptos espontáneos, nacidos al calor de emociones diversas, nos han desviado un tanto de lo esencial del tema planteado. Sin embargo se relacionan y se complementan. Pensemos en cuán conveniente es que cuantas personas hablamos, con más o menos conocimientos, sobre la conducta humana y de los procesos psicológicos ahondemos más en el estudio de las funciones de nuestro propio cuerpo, realicemos seria y serena introspección, estudiemos nuestras propias reacciones psíquicas mentales y expongamos, llanamente, todas las que, en particular, puedan ayudar a humanizar al hombre y a constituir sanas y sólidas estructuras psicológicas.

¿Por qué nuestros opositores no tratan de buscar una verdad, o de una posible verdad, o nos ayudan a buscarla hablándonos más de sus propias experiencias psicológicas, ya que de la conducta humana tratamos, y menos de lo dicho y escrito por los demás? Si deciden hacerlo comprobarán que es un ejercicio psíquico y mental saludable y atrayente. Y teniendo que hablar de sus propios errores y defectos les hará sentir la necesidad de ser más comprensivos y tolerantes con los semejantes que los circundan. Procurando no llegar hasta la obsesión desequilibradora las investigaciones introspectivas y la explicación de las mismas les haría tanto bien moral, físico e intelectual como nos lo hace a nosotros, a los que nos rodean y son, sin duda, las más vivas, verídicas y exactas lecciones de psicología, tan valiosas o más que las ofrecidas en ciertos libros de esta especialidad.

Los contradictores y los críticos — todos los somos en mayor o menor grado y más o menos persistentes — cumplen con una loable labor cultural y social cuando ejercen la crítica movidos por necesidades afectivas, sensibles e intelectuales, estéticas y constructivas, en busca de la belleza, de

lo realmente útil para la Humanidad o de una verdad de cualquier clase. También es encomiable la crítica que se esfuerza por clarificar temas y materias diversas.

En ningún caso nos sintamos atacados ni heridos en nuestro «amor propio», ni nos duela la discrepancia ni la oposición que otros sujetos hagan, con sus críticas, a nuestras concepciones. Casi siempre son de agradecer las oposiciones, porque nos obligan a revisar nuestras propias ideas para rectificarlas, ratificarlas o superarlas.

Sonriense los pensadores evolucionados cuando ciertos críticos dejando transcurrir los años, para que sus alusiones agresivas pasen innotadas, sólo puedan decirles que se adjudican «victorias pirrónicas». Es que se baten en desordenada retirada a la que quieren dar apariencias de triunfo ante sus amigos, los únicos que saben a qué se refieren, porque sólo ante ellos la comentan, a destiempo, en privado, proyectándose: adjudicándose la victoria de la que nada saben los propios criticados. Dicen haberlos derrotados sin que éstos se hayan siquiera enterado que han sido actores en una «batalla». La realidad psicológica de los que se proyectan tan claramente es que proclaman su propia derrota. Pero aquéllos es seguro que de saber que tal combate y «victoria pirrónica» están sólo en las mentes angustiadas de los críticos más bien desearían que no se angustiaran más, que les aprovechara si ha de hacerles felices una ilusión fugaz, un espejismo que lo confunden con la realidad que es más difícil de alcanzar. ¿No es hora ya que no se pierda ni se haga perder el tiempo miserablemente?

Es muy corriente en la vida social, y por eso generalizamos, que críticos mal o bienintencionados, consciente o inconscientemente zahieran a otro semejantes que defienden opiniones distintas a las suyas. Pero a nosotros ya ni nos molestan siquiera por dos razones más: primera, porque sabemos que hasta los individuos más inteligentes y tolerantes, más buenos tienen defectos, incurren en contradicciones y cometen errores con los que pueden, inconscientemente, hacer daño a una o más personas, hablando, escribiendo o con sus actos; segunda, porque los sujetos que combaten la existencia de la voluntad humana y de la conciencia misma nos ofrecen, voluntariamente, sin proponérselo, curiosa experiencia psicológica que fortalece nuestra tesis y no la suya, la que pretenden defender de carácter **determinista-mecanicista**.

La realidad psicológica precitada la puede experimentar cualquier persona, y es comprobable: la reflejan las conductas de los sujetos positivistas que actúan, de buena fe, en el campo del **determinismo** y, en mayor grado, superlativa y obviamente, los religiosos y los políticos de todos los colores eligiendo acciones que significan «vencer» por todo los medios — transitorias, efímeras victorias — omitiendo otras ideas y actitudes consideradas mejores por lo más íntimo de sus propias **conciencias**. No las admiten y las rechazan, con todas sus fuerzas, porque contrarían sus egoísmos personales mezquinos y sus estrechos criterios particulares, de secta o de partido que quieren hacer prevalecer, a toda costa, a sabiendas que perjudican a la mayo-

ria de sus congéneres y retrasan el reconocimiento universal de una verdad.

Nosotros seguiremos sin omitir, en los sucesivos artículos —como hicimos en anteriores—, lo fundamental de las opiniones adversas que aludamos para hacer contraste efectivo y serio de ideas con el que se destaque la superioridad ética e intelectual de las unas o de las otras.

Todo es superable, y estamos interesados en que prevalezca, permanentemente, lo superior en sentido científico, social y humano, en este último aspecto sobre todo, libres, siempre, de todo sistema limitador. Esta resolución, tomada libremente, por propia **voluntad** de acción progresiva opuesta, resueltamente, a la uniformidad, anquilosadora y antivital, coincide con el pensamiento científico más riguroso y hasta con el más exigente criterio filosófico. Al respecto el célebre filósofo Ling Yutang escribió: «El deseo humano de ver solamente una fase de la verdad que percibimos y de elevarla a un sistema lógico perfecto, es una de las razones por las cuales nuestra filosofía está destinada a ser cada vez más ajena a la vida. Toda verdad que ha sido erigida en sistema está tres veces muerta y enterrada.»

Las palabras de Ling Yutang certifican la defunción, por tres veces, como podría decir por mil, de cuanto hoy no merece ser seguido, y menos borreguilmente, por millones de individuos humanos: de las religiones y de todos los sistemas políticos, llamados de gobierno, que son, en realidad, de esclavización de las personas desheredadas y de los pueblos en general. Son sistemas dogmáticos ajenos a la vida: no permiten a la mayoría de los seres humanos vivir normal y plenamente sus propias vidas con pensar y sentir libres, sin cortapisas.

Todas las filosofías religiosas y políticas han sido enterradas, unas, bajo el polvo de los tiempos, y otras están destinadas a sufrir la misma suerte por autoritarias que es decir dogmáticas. Únicamente la filosofía libertaria, que se inspira en los intereses biológicos y psicológicos de nuestra especie, se salva de la crítica cualesquiera aunque se llame **determinista**.

Coincidimos con Ling Yutang que las actitudes absolutas son sinónimas de uniformidad, **negativas**, como las **deterministas** aunque parezcan otra cosa. En el campo del positivismo científico todo lo más alcanzan un límite de lo real, rueda metálica que gira constantemente sobre su eje sin poder desplazarse o ir más allá por muchas que sean las revoluciones que dé por minuto. Esta, como el **determinismo**, es una realidad en movimiento, innegable, pero estática, aunque infinitamente superior a los sistemas teológicos que, entre todos, que suman cientos, no pueden dar siquiera un sólo indicio comprobable, material, de cuanto sostienen, teóricamente, sus doctrinas dogmáticas.

Ya comentemos, en varios números de CENIT, que el eminente científico Werner Heisenberg avanzó por el área infinita del **indeterminismo** desprendiéndose del dominio de las ideas deterministas. Dejó atrás todos los límites por éstas establecidos, ignorándolos, hasta cierto punto, para investigar y obrar libremente, sin trabas de ninguna clase, por

el campo de la Ciencia. Gracias a su **voluntad positiva**, pasando por encima de las ideas hechas halló algo nuevo fundamental: la fórmula que explica todas las leyes físicas del Universo.

La **voluntad** de inquirir y de hacer del científico no puede abdicar ni detenerse ante el nombre de otro hombre de ciencia por genial y brillante que sea. Lo que no logró descubrir Plank, lo descubrió Einstein, Heisenberg, etc., o la inversa. No menos propia, independiente y firme ha de ser la **voluntad** de cada libertario en el medio social. Es preciso, pues, satisfacer, urgentemente, la **necesidad**, cada día que pasa más **sentida**, elaborada por la **conciencia**: dar a la buena **voluntad libertaria** el valor que tiene como realidad psicológica.

¿Que la llamada **voluntad** no existe o es mera ficción? Reflexionemos, sencillamente, por nosotros mismos, sin complicaciones abstractas ni científicas, recordando que las verdades han sido, casi siempre, muy llanas, asequibles por las personas con más o menos cultura y **buen sentido**. A más de un **determinista-mecanicista** se le ha «escapado» decir en la vida cotidiana: «Es mi **voluntad** hacer esto, lo otro o aquéllo», o bien: «Esto lo he hecho contra mi **voluntad**». ¿No quieren reconocer que ésta existe de acuerdo con lo que han **sentido**, vivido y expresado, espontáneamente, a viva voz, desde lo más íntimo de sus conciencias, ante sí mismos, frente a gentes extrañas, de amigos o de familiares. Sea, no lo hagan, no lo manifiesten en privado, en público o desde la tribuna periodística con el valor auténticamente humano que es preciso tener para hacerlo. Si lo prefieren traicionen su propio **sentir** y **pensar**. Pero en su nombre proclamamos lo que no debieran callar: que al estudiarlos, al intentar conocernos algo más, hemos aprendido que no existe un sólo sujeto normal, por más **determinista-positivista** que sea, que en el transcurso de su vida no haya repetido, muchas veces, las palabras precisadas, u otras parecidas, como descargo de **conciencia**, al tratar de excusarse por un mal trabajo realizado, **involuntariamente**, por un accidente, por una acción o acto cualesquiera condenable —lo sería de haberlo hecho **conscientemente**— o como tal considerado por las personas que lo rodean basándose en los malos resultados obtenidos distintos, a menudo, a los buenos que aquél pensaba obtener. Y pasa a veces por mal sujeto el que no tiene pizca de tal.

¿Por qué detenernos a preguntar si la **voluntad** es o no una facultad, un órgano o una de las fuerzas psicológicas integradoras determinante en la conducta humana? No es imprescindible. Lo importante hoy —sin dejar de estudiarla, como nosotros haremos— es considerarla capaz, al ser **libertaria**, de poner en acción los dinamismos físicos, **sensibles**, psicológicos y mentales para luchar por la supresión de todos los males que unos hombres, con **voluntad** autoritaria, **in-humana**, hacen a la mayoría de sus semejantes y que, al fin, los sufrimos todos: hasta las mismas clases privilegiadas que detentan las riquezas, los beneficiarios del dolor «ajeno» creyendo, torpemente, estar fuera del alcance de las manifestaciones del mismo.

# Eric Gill

En la nueva época tormentosa que está encima de nosotros —pues, no hay que equivocarse, nuestros políticos no son quienes nos gobiernan y los financieros que los gobiernan a ellos no son lo suficientemente inteligentes y lo bastante discernidores como para orientar bien al mundo—, los explotadores combatirán hasta el último momento en defensa de sus privilegios, de sus propiedades y de sus poderes, y sólo serán remplazados por los dictadores —fascistas o comunistas, que adoran a los mismos dioses: confort, conveniencia y engrandecimiento material—, y cuyo servicio que hacen a la religión se basa solamente en el principio *religio instrumentum regni*—; repito, que en la nueva época oscurantista, si debe existir algún hombre o mujer que retengan el conocimiento de cómo hacer las cosas y de la habilidad requerida para hacerlas —empleando madera, hierro y piedra para la construcción de cuanto los hombres necesitan—, si deben existir tales personas, estarán en las escuelas de arte de hoy, las que los alimentaron antes, y así salvarán del olvido a las artes y a las ciencias de los hombres.

*Work and Property* (Trabajo y Propiedad).

ERIC GILL

..

Sabe dios, cuánto admiro sus trabajos (1) y gozo con su amistad. Pero no puedo dejar de pensar, no puedo sencillamente dejar de pensar que mejor prefiero a un albañil o a un horticultor que hacen sus respectivos trabajos a la perfección que sus bellas artes que bien podría irse al diablo (si fuese necesario); en vez de tener unas florecientes bellas artes, mientras siguieran siendo la albañilería y la horticultura trabajos de meros esclavos. ¿Cómo pueden las orquídeas florecer si no crecen las margaritas? ¿Cómo pueden las margaritas crecer imperando, como impera, el dinero?

*Autobiografía.*

ERIC GILL

(1) Los amigos artistas de Gill. — H. R.

U NOS pocos días antes de que muriera, Eric Gill me escribió una carta sobre mi pamfletito *The Philosophy of Anarchism* La Filosofía del Anarquismo, en la cual decía: « Encuentro difícil descubrir algo con lo cual no esté de acuerdo, a pesar de la apariencia de lo contrario, me encuentro realmente en completo acuerdo con usted (2) acerca de la necesidad del anarquismo, su última verdad y su inmediata practicabilidad en el sindicalismo ».

Cualquier duda que hubiese tenido en revelar esta opinión privadamente expresada, fue disipada cuando lei la *Autobiografía* de Gill. En este sincero y noble libro, hace saber casi bien claro que era fundamentalmente un anarquista — que era una de esas tantas personas que son anarquistas en el pensamiento, aunque aún no en el nombre —. Esto era ya obvio en un ensayo sobre « Propietarismo e Industrialismo », que apareció en su libro *Sacred and Secular* (Lo Sagrado y lo Profano), un ensayo que siempre quisiera recomendar a las personas que desean una primera introducción a los principios del anarquismo. Pero es en su autobiografía en donde Gill hace ver, no sólo cómo se consideró un anarquista, sino también cómo, con una integridad que debo expresar era en verdad aleccionadora, se las arregló para vivir como un anarquista. Debido a que era un artesano excepcionalmente talentoso se encontraba, tal vez, en una posición excepcionalmente favorable: había podido apartarse del tráfico capitalista y podía vivir más o menos en donde quería y como quería. Pero semejante libertad para él no significaba « escapismo »: no se retiró a la Costa Azul (3) o a California, sino que se quedó en los lugares que, como nos habría dicho, dios lo había llamado (4). Para los que tuvieron el privilegio de conocerlo, su ejemplo era una inspiración, su hogar una luz amistosa en la oscuridad. « Lo que espero haber hecho sobre todas las cosas es haber reintegrado techo y manutención, la pequeña granja y el taller, el hogar y la escuela, la tierra y el cielo ». Así escribe hacia el fin de su autobiografía. Toda su vida fue orientada hacia semejante « reintegración », y es su vida, y la filosofía en la cual está basada, la que durará aún más que su arte.

(2) En inglés raramente se emplea el tú. — Trad.

(3) Costa mediterránea de Francia, que se extiende de Tolón a Mentón. — Trad.

(4) Podría considerarse a Gill como a un « cristiano primitivo ». — Trad.

El obituario trata a Eric Gill principalmente como a un artista, pero no es así como pensaba él de sí mismo. Como enseña su autobiografía, su vida entera fue una protesta entre la distinción que se hace del artista con el hombre ordinario. En cualquier sociedad decente, diría él, cada hombre es una clase especial de artista — en cuyo caso el término pierde su significado —; pero en la actual sociedad en que vivimos, el hombre que se cree a sí mismo artista es un falso pretendiente de alguna clase — si no se impone a las otras gentes, se impone sobre sí mismo —. Desde los tempranos comienzos de su carrera (5) Gill se determinó a ser honesto consigo mismo, y es esta determinación que da a su libro la sinceridad y el significado de un *Pilgrim's Progress* (6). Al final resume en un párrafo lo que ha sido el motivo de su vida. Las bellas letras, dibujante de tipos de imprenta, grabador, marmolista, pintor; actividades todas que le trajeron la fama, pero que sin embargo eran subproductos de su real actividad, que esa « construirse una celda del buen vivir en el caos de nuestro mundo ». Cada paso de su vida fue orientado hacia este motivo. Dejó la arquitectura y se dedicó a pintar letras, porque esto último le parecía más compatible con un buen camino de vida; dejó Londres y ayudó en la fundación de una comunidad ideal en Ditchling, y cuando la vida en Ditchling se estropeó debido a demasiada publicidad, se fue hacia los lugares poco frecuentados de Gales. Cuando también en Gales la vida se hizo muy difícil, se fue a Buckinghamshire y fundó lo que quería — un cuadrángulo de decente ladrillo inglés como edificio — « el solo modo decente de vivir » —, y allí se quedó hasta que le sorprendió la muerte.

No era solamente su modo de vida lo que estaba determinado por este motivo racional, sino también lo que otras personas hubieran llamado sus opiniones, que eran aspectos de una religión integral, abarcando toda la vida. Se le ha llamado excéntrico, pero en el corriente significado de esta palabra, si algo era, era todo menos un excéntrico. Era un racionalista. Empezó descubriendo que grabar hermosas letras era hacerlas racionalmente — exactamente lo contrario de hacer « fantasistas » letras — y « esto era la idea, la noción explosiva y, diría uno, el secreto ». Habiendo así descubierto una base racional para la grabación de letras, la próxima cosa era descubrir un razonable taller de vida, una razonable vida para los trabajadores. Esto lo condujo, en primera ins-

tañcia, al socialismo, pero no al socialismo de los políticos y de los burócratas. El socialismo como movimiento político es, lo descubrió pronto, « apenas algo más que un ensayo para reordenar la distribución de los productos de las fábricas y de los beneficios de las mismas ». No atacaba al daño en su raíz — el deseo por el dinero —, y en él no podía haber esperanza para la implantación de una buena vida o de un buen trabajo « hasta que las dobles entradas de los libros de cuentas sean abandonadas por todos los comercios de producción y de distribución ». Se volvió claro para él que « el odioso mundo del hombre de negocios y sus odiosas crueldades nunca serán abolidas por quienes se aprovechan de ellas ». Y así, gradualmente, abandonó todas las esperanzas de reformas por medios parlamentarios. Empezó a darse cuenta de que el daño esencial surgía en alguna parte de la esfera religiosa. Si los hombres eran realmente conscientes de dios, entonces todos esos daños no podrían existir. Para un hombre consciente de dios sería « incomparablemente más horrible que los hombres de negocios nos gobiernen y nos impongan sus pueriles puntos de vista sobre el mundo, que si toda la raza de los hombres y de las mujeres deberían pudrir sus cuerpos con lascivia y embriaguez ». Por lo tanto Gill retornó hacia la adoración de dios, y su racionalismo lo guió hacia la sola iglesia que le parecía ser universal. Sus dificultades no terminaron aquí, pues una vez dentro de la Iglesia se volvió un agudo crítico de la timidez y de la hipocresía de sus feligreses cristianos. Había honrosas excepciones: « Los mismos Papas han condenado al capitalismo moderno y mucha parte del clero ha seguido su ejemplo. Pero los cristianos en general, incluyendo a la gran mayoría de los católicos, notoriamente casi no han seguido al Papa en este asunto » (7).

« Mi socialismo — escribía Gill —, fue desde el principio una rebelión contra la degradación intelectual de los trabajadores de las fábricas y la condenada fealdad de todos los productos del capitalismo industrialista, y no era primariamente una rebeldía contra la crueldad e injusticia de las clases poseedoras o contra la miseria de los pobres. No era la clase trabajadora lo que a la sazón me preocupaba tanto como el hombre trabajador, no tanto lo que ganaba trabajando como lo que era trabajando » (8).

(8) En toda la filosofía social de Gill hay una equivocación en el empleo de la palabra « trabajo ». « Ha sido el peculiar hecho del siglo diecinueve », escribió en *Art and a Changing Civilization* (El Arte y la Civilización Cambiante), « el separar, en pensamiento y en práctica, la idea del trabajo de la idea del arte, la actividad del « trabajador » de la activi-

(7) Ignoramos qué Papa fue el que condenó, en teoría, al capitalismo. Pero sabemos que si la Iglesia católica perdura hoy, es debido, principalmente, a ser una potencia financiera de primer orden. — Trad.

(5) Entiéndase en este caso « modo ideológico de pensar y de vivir ». — Trad.

(6) Refugiados en Holanda debido a las persecuciones religiosas de Inglaterra, los « padres peregrinos » equiparon un pequeño velero, el *Mayflower* (Flor de Mayo), y pusieron rumbo al Nuevo Mundo, desembarcando en el Cabo Cod en 1620, en donde fundaron la primera colonia inglesa de lo que más tarde fue la Nueva Inglaterra. — Trad.

Esto enseña la temprana dirección de las ideas sociales de Gill : era lo que he estado acostumbrado a llamar un individualista, pero en la carta antes mencionada, añadía :

« Me parece que sería bueno si usted distinguiese entre el **individuo**, como formando parte de la unidad o del grupo de naturaleza animada o inanimada, y la **persona**. Es una doctrina primaria de la cristiandad la de que los hombres son personas únicas. Son como personas que son únicas, pues como individuos no podrían serlo ».

Es una distinción que acepto; es, naturalmente, una distinción fundamental para el anarquismo y la razón básica de nuestro rechazo de todas las formas del colectivismo y del capitalismo de Estado. Cuando Gill por primera vez entró en el movimiento socialista, a través de la Sociedad Fabiana, encontró que nadie respetaba esta distinción — el movimiento socialista no estaba movido o conducido, y menos se podría decir inspirado, por alguna idea sobre el hombre o sobre la vida del hombre o sobre el trabajo del hombre; salvo las que el mismo mundo capitalista tenía, contra cuyas injusticias y crueldades estaba en rebeldía... Socialismo como movimiento político apenas

ded del « artista », y hacer del artista una persona especial removida y exaltada del común montón de los seres, una especie de sacerdote, un experto en el misterio, un misterio no de artesanía o de sindicalismo, sino de espiritual lejanía ». Pero hay un sentido en el cual la idea de trabajo debe ser separada de la idea del arte. El trabajo es realmente de dos distintas clases. El niño que dijo: « Primero pienso y luego dibujo lo que pienso » fue más sabio de lo que percibe Gill; porque el niño primero pensó, primero « prefiguró » la cosa que debería luego dibujar. El fabricante de moldes comunes de arquitectura, o también de ladrillos comunes, no hay duda de que tiene una imagen del ladrillo en su mente antes de que empiece a moldear dicho ladrillo, pero no sería justo dignificar esta imagen con el nombre de pensamiento, ni el molde del ladrillo (por muy bien hecho que esté), con el nombre de arte. Naturalmente, atender una máquina que fabrica ladrillos es seguramente una tarea que demanda más inteligencia y aun más « arte » que hacer ladrillos a mano. Este trabajo, y naturalmente la mayor parte de todos los trabajos, es mejor hecho por las máquinas. Lo que la máquina no puede hacer es la parte « pensante », cierta facultad que los alemanes llaman *Gestaltungsfähigkeit*, pero que nosotros, careciendo de una sola palabra, podríamos llamar la facultad plástica de configuración, o habilidad en « pensar » con imágenes plásticas. No es ésta una facultad normal, pero sí lo es de esos anormales que llamamos artistas. Al menos que nos pongamos de acuerdo en este punto, nunca nos pondremos de acuerdo en los otros más apremiantes problemas conectados con el arte del siglo veinte — el lugar del artista en la era de las máquinas —. Debido a que esta filosofía no vio función alguna para el artista en la época de las máquinas, Gill como Gandhi, fue obligado a renunciar a toda la base de la moderna civilización. Puede haber otros terrenos en los cuales rechazar a la máquina — terrenos económicos, por ejemplo —, pero se me aparece a mi bastante claro que la máquina necesariamente no excluye al artista. — H. R.

si es algo más que un intento para reordenar la distribución de los productos de las fábricas y los beneficios que estas mismas tienen.

Gill entonces concluyó que « ninguna mera reforma política o económica del mundo sería efectiva para remover semejantes horrores » — los horrores de la sociedad capitalista —. El remedio, pensaba, debía residir en la esfera de la religión y de la moral. La raíz del mal social era un mal moral — el deseo del dinero — y para Gill era elemental que todos los cristianos deberían condenar a este mal, o dejar, en caso contrario, de ser seguidores de Cristo. Resolvió poner en claro lo concerniente a la política y a los políticos : no podía creer que los arreglos políticos eran reales. Para él todo eso era un negocio confuso de turbulencias y fraudulentos — « pretendidos camorberos e intrigantes deshonestos del comercio, sin relación alguna con los reales intereses de los pueblos, ni sobre su bienestar material o espiritual, y que no son conducidos por otros principios que por los del momentáneo interés propio ».

En el sentido de Gill el mundo de los anarquistas está resuelto a mantenerse al margen de la política. Pero la política en otro sentido — la política de la prédica y de la propaganda, del pensamiento y del trabajo, la política que ensaya el hacer « una celda del buen vivir en el caos de nuestro mundo » —, hacia tales políticas debemos dedicarnos nosotros mismos, y esas eran las políticas que Gill practicaba con mayor resultado de lo que él mismo pensaba. Pertenece a aquella rara compañía de socialistas integrales, cuyas vidas son la consecuencia de su socialismo, y su socialismo la consecuencia de sus vidas.

Esa rara compañía consiste en todas las gentes para las cuales es evidente que los males de lo que se llama totalitarismo — el mismo mal también se llama nacionalsocialismo, fascismo y bolchevismo —, pueden ser evitados o terminados por un cambio del corazón. Y « cambio del corazón » es una frase muy educada para lo que debe ser una revolución mental y espiritual de la humanidad. Es natural que las personas que son cristianas honestas, como Eric Gill, miren a la Iglesia como el agente apropiado para la reforma espiritual. Opinan lo mismo la mayoría de las personas con las cuales discuto estas cuestiones fundamentales, y cuanto más sinceras son, más se ven inclinadas a pedir a la Iglesia una nueva reforma.

#### CRISTIANDAD E IGLESIAS SON INCOMPATIBLES

En lo fundamental estoy de acuerdo con tales personas : se necesita un cambio de corazón. Pero no estoy ya de acuerdo al no creer en una segunda reforma que permitiría a la Iglesia cristiana el volverse el efectivo agente de un cambio así. Consideremos lo que ello im-



plificaría : primero, la reunión de las Iglesias, pues sin unidad no puede haber efectiva acción en escala universal. Segundo, el abandono de todo poder mundial y una completa identidad con la causa de los pobres y de los oprimidos. Tercero, el abandono de los dogmas medievales a los que se aferran aún la mayoría de las Iglesias y la adopción de una nueva moralidad más de acuerdo con los cambios permanentes que tres siglos de descubrimiento científico han influido sobre los conceptos del universo y del destino humano. Estas son solamente tres cosas esenciales de la nueva reforma, pero no pienso indebidamente pesimista si las considero como dificultades insuperables. Antes de que dichas dificultades pudieran resolverse, la estructura de las Iglesias que nosotros conocemos deberían ser por completo cambiadas. No digo que el concepto de la cristiandad debería ser cambiado; naturalmente, estoy diciendo que la religión del amor y de la hermandad, debe proseguir aún su curso revolucionario en la historia. Pero es obvio — y ésta era también la conclusión final del más moderno de los cristianos, Soren Kierkegaard —, que antes de que la cristiandad se vuelva una religión de amor y de hermandad, las Iglesias, cual nosotros las conocemos ahora, deberán desaparecer. En una palabra, cristiandad e Iglesias son incompatibles.

Hay poca probabilidad en que el mundo ha de salvarse mediante el retorno de los herejes a la Iglesia. Como una celda del buen vivir, simplemente la Iglesia no existe, y ello debido a que no puedo ver una salvación en su dirección, y que no puede poner su fe en su cambio de corazón que en su esencia es secular o pagano. Tal vez en alguna época distinta, el cristianismo y el anarquismo marcharán de nuevo a la par (9), como lo fueron en los primeros días de la Iglesia. Se dirá que tal suposición hace del anarquismo una contingencia tan remota como una comunidad cristiana. Estoy de acuerdo. Ambos son ideales, y ambos en este sentido no son realizaciones inmediatas. Se trata de la elección entre un ideal que es teísta y con un fondo sobrenatural, y otro ideal que es humanista y con un fondo de razón y de leyes naturales (10). En el presente estado de opinión, muchas personas se encontrarán o podrán ser encontradas, siguiendo a la naturaleza (y a todo lo que esta palabra implica) en vez de seguir a dios (y a todo lo que esta otra palabra implica). Que fundamentalmente implican idéntico fin, es el solo dogma que fundamentalmente encuentro necesario aceptar.

(9) Iglesia (ecclesia, asamblea). Algunos autores — de ello es un ejemplo más Nettlau —, incluyen como precursores del anarquismo a los cristianos primitivos. — Trad.

(10) Se refiere aquí H. Read a las leyes escritas y no a los derechos naturales y derechos artificiales de que habla Max Nettlau en « La Anarquía a través de los tiempos ». — Trad.

Seguir a la naturaleza es una frase vaga que necesita más definición, aunque su significado es relativamente sencillo. La más comúnmente clase de asociación que la palabra tiene es probablemente « la roja naturaleza de los dientes y las garras » que se encuentra balanceada por una frase más optimista, « las bellezas de la naturaleza » por la cual, de todos modos, se entiende algo esencialmente silvestre y no cultivado. Pero no son éstos los significados que nosotros damos a la naturaleza en la frase « las leyes de la naturaleza » y es a la naturaleza en sus sentidos biológico y científico a la que yo aquí me refiero. Pues subyacente a la aparente confusión de la naturaleza, a su exuberancia y a los violentos cambios que se suceden sobre su faz como una fiebre, existen ciertas leyes universales — una formal estructura en la materia y una calculable conducta en la energía (11).

Para ilustrar lo que quiero decir, mencionaré una parábola de los escritos del filósofo chino Chuang Tze.

« Cascos tienen los caballos para poder pisar las heladas y la nieve; cerda para protegerlos del viento y del fric. Comen pasto y beben agua, y trotan por los campos. Pues tal es la real naturaleza de los caballos. Mansiones palaciegas nada significan para ellos.

« Un día apareció Poh Loh, diciendo : « Yo entiendo sobre el cuidado de los caballos ».

« Por lo tanto, empezó a marcarlos, clasificarlos, ponerles herraduras, riendas, atándolos por la cabeza, sacudiéndolos por los pies, poniéndolos en establos, con el resultado de que cada diez, morían dos o tres. Luego los hizo pasar hambre y sed, trotar y galopar, domar y recortar, con la miseria de las bridas y el temor del látigo detrás, hasta que murieron la mitad de ellos... Sin embargo, cada época ensalza a Poh Loh por su habilidad en el cuidado de los caballos... Los que gobiernan el imperio cometen la misma equivocación.

« Ahora miro al gobierno del imperio desde otro diferente punto de vista ».

« Las personas poseen ciertos instintos naturales : el tejer y vestirse a sí mismas, el arar y alimentarse a sí mismas. Estos son comunes a toda la humanidad y todo están de acuerdo sobre ellos. Semejantes instintos son llamados « enviados del cielo ».

« Así es que en los días en que prevalecían los instintos naturales, vivían los hombres tranquilos y su contemplación era constante. En aquellos tiempos no existían carreteras en las montañas, ni barcas, ni puentes encima del agua. Todas las cosas se producían, cada una en su propia esfera. Los pájaros y las bestias se multiplicaban, los árboles y los arbustos.

(11) « Existe un orden contra el cual vano es luchar. Se debe obedecer a la ley de los mundos que dirigen con la misma mano el rodar de Betelgeuse y el temblor de la semilla de los hombres. Lo social sólo debe ser lo natural ». Juan Giono en *Las Verdaderas Riquezas*. — Trad.

tos crecían. Los primeros podían ser alcanzados con la mano; podía uno subir en ellos y mirar el nido del cuervo. Pues entonces el hombre vivía con los pájaros y las bestias y toda la creación era una. No había distinciones entre hombres buenos y malos. Siendo todos iguales y sin deseos por el mal, se encontraban en estado de natural integridad, de perfección en la humana existencia.

« Pero cuando aparecieron los sabios, hablando a las gentes sobre el deber de ayudar al vecino, en el mundo la duda encontró su camino. Y entonces con su predilección sobre la música y su deseo de ceremonias, empezó a dividirse el imperio contra él mismo...

» Los caballos vivían en terreno seco, comían pasto y bebían agua. Cuando eso les agradaba, se frotaban juntos los cuellos de unos con los de los otros. Cuando se enojaban, se volvían hacia atrás y se coceaban unos a otros. Y así obraban, como sus disposiciones naturales se lo indicaban. Pero al ponerse las riendas y los frenos, con un disco de metal en sus frentes, aprendieron a lanzar miradas viciadas, a volver la cabeza, a morder, a resistir, a conseguir la comida con los frenos puestos.

» En los días de Hó Hsu las gentes nada hacían en particular mientras descansaban, y no se encaminaban en particular hacia ningún lugar preestablecido cuando se movían. Teniendo comida, se alegraban; teniendo las **panzas** llenas, caminaban al azar. Tales eran las capacidades de las gentes. Pero cuando vinieron los sabios para preocuparlos con las ceremonias y la música de manera a rectificar las formas del gobierno, y proclamaban la caridad y el deber hacia el vecino de manera a satisfacer sus corazones, entonces las gentes empezaron a desarrollar un gusto por el conocimiento y a batallar unos contra otros en sus deseos por las ganancias. Este fue el error de los sabios. »

Lo que Chuang Tze opone a todas esas personas que demandan un programa para reformar el mundo, es la doctrina de la inacción. En otras palabras, nosotros deberemos buscar las condiciones naturales de la existencia y esto nos lleva de nuevo a la frase de Gill : « hacer una celda del buen vivir en el caos del mundo ». Sólo una celda, una unidad microscópica en la inmensidad del mundo; pero el mundo está hecho de unidades semejantes, pues de la salud de cada célula o celda depende la salud de la sociedad.

No sugiero que el lector deba emular al místico chino y « sentarse como un cadáver mientras el poder de su dragón se manifiesta alrededor ». Lo que deseo sugerir es que el hombre que adopte él mismo las condiciones naturales de la existencia tendrá un principio por el cual podrá responder a la mayoría de los problemas que plantea la vida. Daré sólo un ejemplo, pero es muy práctico y muy inmediato. Nosotros conocemos la historia general como asociaciones de trabajadores cuyo objeto

era luchar por ciertas reformas económicas y sociales. Conocemos cómo lentamente adquirieron derechos políticos y legales y se esparcieron por todo el mundo industrial. Este crecimiento fue una contradicción fortuita y casual que nunca pudo ser resuelta y que, en cualquier tiempo del futuro se volverá la cuestión dominante del día — la de que si los sindicatos deberán organizarse de acuerdo a sus oficios, es decir, que todos los ingenieros, no importa en la industria en que trabajen, deberán pertenecer al mismo sindicato y luchar por los derechos de los ingenieros; o si los sindicatos deberán estar organizados de acuerdo a las industrias, de manera a que los trabajadores dedicados a la producción de un determinado objeto o comodidad deberán pertenecer a un determinado sindicato, y luchar por los derechos de dicha industria. Socialistas y sindiaclistas en el mundo entero, están divididos sobre este punto, que para los anarquistas no existe. El fin debe determinar los medios. Los hombres deben estar unidos por las condiciones naturales del trabajo. Hay poco en común entre las condiciones de un ingeniero de los astilleros de Glasgow y un ingeniero de las fábricas de motores de Oxford. Pero el ingeniero del astillero está en contacto cotidiano con el carpintero y los peones y otros cientos de personas ocupadas en la tarea común : la construcción de un barco. Trabajan juntos y viven juntos, y juntos deberían tener la libertad de crear aquellas condiciones de trabajo que hacen una celda del buen vivir en el caos del mundo. Urge así el anarquista de sindicatos industriales y colectividades regionales, sintiéndose cierto de que su creación llevará al mundo un paso más cerca de la perfección de las leyes naturales.

El anarquismo, por lo tanto, es una filosofía, no un sistema de política; pero una vez que sus principios han sido aceptados, pueden ser aplicados en no importa qué punto. No confía el anarquismo en planes, que son construcciones racionales que tienden a dejar de lado los factores imponderables y elusivos de los sentimientos e instintos humanos. Sólo hay un plan, el plan de la naturaleza. Debemos vivir de acuerdo con las leyes naturales, y con la virtud y el poder que proceden de concentrar en su manifestación la individual mente humana. El anarquismo aserta — y es éste su solo aserto — que la vida debe de estar de tal modo ordenada para que el individuo pueda vivir una vida natural « de acuerdo con lo que tenemos adentro ». Pero una vez que empezamos a trabajar en las implicaciones de este principio, no acabaremos hasta que hayamos abolido el Estado. Pues si las personas debieran vivir mediante las leyes naturales, habría poca o ninguna necesidad de leyes artificiales, y ninguna necesidad por cierto de la complicada maquinaria del gobierno forjador de tales leyes.

HERBERT READ

## ¿HACIA UNA SOCIOLOGIA HUMANITARIA?

# La personalidad de contenido ácrata

Si por vías de examen, al través de estudios buscáramos norte para una sólida formación moral, hallaríamos en Gouyau la síntesis más perfecta de lo que hoy se conoce. Ciertamente que toda su producción filosófica es de una ética nada común, pero en la « Educación y la Herencia » palpitan los factores de influencia más sana para la formación del individuo de amplios atributos sociales. Al fin y al cabo, no otra finalidad es la que persigue la filosofía ácrata.

Desde un plano de apreciación dogmática, que es como generalmente se valoran las personas y las condiciones sociales, « El Apoyo Mutuo », de Kropotkine, podría elevarse a categoría de « catecismo moral ». La conclusión no es recomendable; se trata de un estudio científico, donde tienen acto de presencia pruebas irrefutables, no de elucubraciones religiosas. Por lo demás, tampoco sería aceptado por ninguna persona de conocimiento y conciencia ácrata. Descartada la interferencia religiosa, incompatible con el filósofo francés y científico revolucionario ruso, ¿hay diferencia de meta entre éstos?

Uno por vías científicas, otro por vías filosóficas, ambos se encaminan a la síntesis de una personalidad dotada de las mejores condiciones para la relación humana. Con métodos diferentes, no opuestos, hay un punto de convergencia, donde la dicha del hombre es el todo. ¿A qué fondo ético reponen esas preocupaciones? Ninguna gira en torno a específicos matices políticos; se concretan a valorizar al hombre, a remontar su felicidad, a hacer común el patrimonio de lo más bello que la vida pueda conquistar.

Llegar a esa meta implica una gran tarea; ha de imprimirse en el ser humano una modificación fundamental, preferentemente en sus condiciones éticas. Si la metodología autoritaria no puede lograr otro fruto social que el que conocemos y sufrimos, ¿qué recursos aplicables quedan al hombre para gozar del mundo comunitario previsto por algunos moralistas? El diálogo permanece abierto entre interpretaciones muy variadas y opuestas; la conciencia ácrata debe intervenir a fondo.

La personalidad de contenido ácrata no es el signo exterior y ocasional de la conducta. Su solidez, resumen de una formación siempre encaminada hacia lo superior, le hace invariable ante circunstancias diferentes. Sólida y madura, esa persona de amplia conciencia social, tiene prevista la potencia y finalidad de cada condición y acontecimiento; por lo cual, sin al-

terar su fondo, sin negarse, sigue la línea de afirmaciones edificantes.

Las necesidades del hombre no siempre son comprendidas por la generalidad de sus semejantes; la disparidad de intereses impone divergencia de apreciaciones. El ascenso de la persona, por vías de superioridad moral, supone, también, una renuncia permanente a lo que no satisface las necesidades selectas; la variación de estimulantes, sanos y naturales, se siente cada vez más intensamente. El contacto personal con el arte, con la literatura, con la ciencia, con todos los elementos que fortalecen el espíritu, amplían la inteligencia e intensifican los goces, reclaman cambios donde el individuo de vibración ácrata anhela situarse. Tales necesidades dan, a la persona que las patrocina, vida más intensa, más fértil y fraternal.

No creemos haya nadie, de condición ética superior al nivel medio, que no haya sentido deseo de ausentarse, aunque provisionalmente, de determinado ambiente o contacto personal. ¿Caso patológico? Opinamos que no. Lo que sí puede asegurarse es, que la persona, cuanto mayor es su contenido ácrata, es más humana, más social, más comunicativa, más dispuesta a la relación y a la colaboración.

Desde el punto de vista de lo previsto por el pensamiento libertario, teniendo en cuenta su ética y su finalidad, no hay nadie íntegramente ácrata. El contenido de este valor es relativo; sin que se anule completamente, en una persona puede variar con la edad, con el medio social o natural. La vida del hombre es episódica, y siempre dispuesta, aunque se disponga de capacidad previsoras, a influencias que no pocas veces son de potencia superior a la naturaleza humana.

La falta de penetración y de potencia analítica, conduce, alguna que otra vez, a conclusiones falsas. Dominados un tanto por fuerzas ilusorias, hemos querido aquilatar el individuo ácrata por su dotación intelectual más que por sus cualidades éticas. De ahí los desenlaces que luego se miran con extrañeza. La inteligencia es seductora, porque en sí lleva no poco de teatral y demagógico; la ética, y más que ninguna la ética ácrata es silenciosa, modesta, constructora y firme.

En aras a una definición saludable, a una postura pulcra, el hombre y la colectividad ácrata tendrán que modificar sus apreciaciones actuales. El clamor que se exhibe como representación general del pensamiento libertario es excesivamente superficial; no cala muy hondo en todos los que lo promueven; carece de fon-

do y consistencia; no tiene orientación bien definida. Más que encaminado a la formación del hombre libre y consciente, a levantar esa capacidad y voluntad de temple renovador, tiende a regimentar las conciencias. Observando los vaticinios, conductas y pretensiones se constata que las pequeñas colectividades de pensamiento que se creen impulsoras viven ancladas en un mar de autoritarismos. En esa confusión, la persona de contenido ácrata no se hace visible, no prevalecen su fisonomía y cualidades. No se quiere comprender que el anarquismo, antes que núcleo afin, antes que régimen, ha de ser formación y conducta personal.

Las tendencias naturales de todo individuo que eleva su valor moral conducen a un fin ácrata; a cualquier paso que se vaya, lento o acelerado, en esa dirección, la persona que camina se forma una conciencia más amplia y fina, una selecta relación social, una personalidad que disiente de todo lo que es incompatible con el anarquismo. Es ello lo que origina, amplía y fortalece, una trabazón de cualidades personales, con la venturosa misión de velar, cada uno, por la seguridad social de los demás.

Desde el momento que de tal manera se practica la vida, queda establecida esa sociología del entendimiento y de los sentimientos. Es entonces cuando se construye socialmente sobre dos potencias angulares que responden al principio y a los métodos ácratas. Eleva y adquiere fisonomía y contornos propios, la realidad ácrata porque se vale de sus propias cualidades, de sus propios medios éticos e intelectuales, de valores específicamente suyos. Del mismo modo que cualquier principio autoritario, velando por su existencia rechaza todo método ácrata, el pensamiento anarquista deberá rechazar, si le interesa la prosperidad de su ideal, toda práctica o interferencia autoritaria.

Curtidos en el dolor de cruentas represiones, muchos longevos honraron el ideal ácrata hasta el pie de la sepultura. Había en ellos solidez moral y mental. Recias personalidades, conciencias de vibración anárquica, inteligencias luminosas y bienhechoras, no zozobraron en ninguna de las grandes tempestades que tuvieron que afrontar. En la lucha, en el dolor impuesto por las adversidades, hallaron sus alegrías, sus más intensos placeres, sabiéndose servidores de la Humanidad. Se elevaron a egregios de un pensamiento que, si por sus particulares bondades remontaron e hicieron atractivo, nadie tiene derecho a rebajarlo ni a hacerlo objeto de repudio. A quienes pensamos y sentimos anárquicamente, esa heraldía de nuestro pensamiento social debe admirarnos, enorgullecernos; no debemos permitir que nadie adultere su personalidad y su valor.

No todos los que en su seno palpitan sentimientos libertarios pueden escalar esas cumbres de reconocimiento. Son privilegios de bondad e inteligencia, ejemplos y estímulos para los deseosos de superación, valores de compe-

netración en el campo de individualidades que se afanan por remontar las virtudes humanas. ¿Deben ser los únicos «titulares al don ácrata»? No; sin esa riqueza de cualidades extraordinarias, también puede gozarse de una personalidad libertaria, lo que vale y lo que cuenta como efectivo, es la norma de vida que da autenticidad, que define a la persona como representante de la idea.

La vida social presente aún evidencia muchos complejos de utilidad personal; las profesiones ideológicas, de carácter individual, adolecen de poca solidez algunas veces. No todos los que se llaman ácratas han pensado bien la responsabilidad que ello implica. Motivos existen para que surja la suspicacia, en situaciones donde la conducta no es compatible con el verbo. Ese sentimiento, que se hace desagradable cuando interviene con frecuencia prevé los seguros, o probables resultados negativos en las personas de conducta sinuosa. La bondad, al practicarse, debe tener un límite y efectivas aplicaciones; la inteligencia, interna de la vida, debe prever y evitar las repercusiones onerosas a los idealistas y al ideal.

Para el ideal ácrata, bello, luminoso, justo, el material edificante es el hombre. No se puede confiar en otra potencia; al hombre hay que dirigirse, con él hay que contar. Y si cierto es que en el individuo latén fuerzas en pugna, tendenciosas del bien y del mal que se lo disputan, aplíquese el cultivo que puede dar realce y potencia al bien.

«¿Queréis una sociedad sincera — «La coacción Moral», de R. Mella, página 50 — honrada, virtuosa? Pues haced que los individuos sean virtuosos, honrados, sinceros. ¿Queréis a los individuos con cualidades? Pues haced que las condiciones de la vida social sean para todos garantía de paz, de trabajo libre, de igualdad económica, de satisfacción de las necesidades. Cada hombre es el producto de su organismo si se le considera aisladamente; si se le juzga en sociedad es el producto artificial, pero necesario, del medio en que vive; es un mucho él mismo; otro mucho los demás. Cambiad el medio en que la maldad nos moldea a todos, y todo cambiará».

Ninguna objeción puede hacerse a Mella desde el punto de vista libertario. Sencillo, pero certero. Con los hábitos de lo contemporáneo, de eso que niega al individuo la facultad de elevarse y libertarse, sólo puede lograrse prolongar la vida tal como la soportamos. De la personalidad ácrata, de la inspiración libertaria, surge una nueva vida, una nueva sociología real que avanza y se generaliza. Con cuidado, con atención y esmero, el hombre puede fecundar los factores de su preferencia. Pero siendo sincero consigo mismo. Si no es así, si se engaña y engaña a sus semejantes, a los calificados como «afines», no hay solidez moral, no hay personalidad de contenido ácrata.

# Del «homo faber» al hombre artista

¿PARA qué sirve el arte? ¿Para qué sirve el pan de todos los días? ¿Para vivir, por cierto!

O como sucede, por desgracia, con la mayoría de los seres humanos, para sobrevivir. Y el arte, el verdadero arte, liberado de las inhibiciones de la rutina y del fetichismo de las formas parasitarias, del academismo senil, de las tradiciones —el arte independiente que expresa los anhelos creadores, sin las metas engañosas del «éxito», sin someterse a la ignominiosa tiranía de los mercaderes y de los dispensadores de honores—, este arte sirve, como el pan de todos los días, para acrecentar el tesoro milenar de la cultura. Sirve para enaltecer la humilde existencia cotidiana, desde las tareas del trabajo utilitario, hacia las cumbres de las armonías terrestres y cósmicas. El arte sirve, pues, para la superación de lo que se llama la «condición humana» (que no está sometida a determinismos o «fatalidades» invencibles) ayudando al hombre a descubrir y coordinar las potencias de su cerebro y de su corazón; a conocerse a sí mismo a través de obras estéticas; a realizar finalmente los ideales de belleza, de gracia y felicidad en su propia vida, en su realidad física y espiritual. En algunas palabras: el arte sirve para convertir el ser humano, con su mundo interior, psíquico y mental, en una obra de arte viviente.

..

El punto de partida en el debate sobre el arte es éste: el carácter biológico de la estética. Así se puede llegar de la biología a la estética, y dar a la estética los elementos para su desarrollo progresivo de una generación a otra, de un pueblo a otro, de una época histórica a otra. Si unos creen que las artes tienen como impulso el deseo de evasión de la penosa existencia cotidiana y, como finalidad, la creación de nuevas formas superiores de vida, ellos no deben olvidar que tanto el impulso como la finalidad de las artes están íntimamente, orgánicamente vinculados con la realidad biológica del hombre y con el medio natural y social en el cual se manifiesta su existencia efímera. Hablando de las artes, no podemos ignorar los sentidos que sirven a las correlaciones del hombre con su ambiente: el tacto, el oído, la vista. Esto es tan evidente, que parece inútil insistir. Algunos investigadores de los sentidos (o instintos) humanos han consagrado volúmenes a este propósito, facilitando mucho más que los teóricos de la estética «abstracta» el conocimiento de los secretos de las artes.

..

Una creación de arte no depende del gusto del público, de ciertos críticos, de ciertos dogmas políticos o éticos, sino de la realidad personal del

creador. Este obedece a su propia naturaleza. Las manzanas no son influidas por el «gusto» del consumidor. Son agrias o dulces, según el árbol en el cual crecen (el arboricultor objetaría que el árbol puede ser injertado, pero eso no modifica el fondo de la cuestión) y el consumidor elige las que le gustan. Muchos prefieren las agrias. Quien se deja, siempre influido por el gusto del público y por las normas oficiales, no es y no puede ser un creador de arte. Pues el arte —aunque sus formas son individuales— es la expresión superior (o simbólica) de las realidades de la vida, y no de los caprichos de la moda o de los intereses y artificios de los privilegiados.

..

Comprendo el sentido idealista de la torre de marfil de las estetas puritanos. Prefiero, sin embargo, la torre viva, abierta a todos los soplos del mundo, a todos los gritos del dolor y alegría de la humanidad. El artista debe ser una individualidad creadora, sin olvidar los vínculos que le unen al «organismo de la humanidad», de la que él no es más que una célula. Una célula más noble, pero que no puede aislarse completamente sin agotar sus fuentes interiores, sus fuerzas de plasmación y renovación...

¡Más belleza! Pero también más sentido de humanidad, porque eso constituye la base de todo progreso. El artista —de la palabra, de la plástica, del escenario, del pensamiento— debe ser hombre, lo más integral posible; debe ser el primero entre los hombres (no *primus inter pares*) penetrando en las realidades terrestres y universales, uniéndose con su esencia. El artista-hombre es como un árbol que conserva su unidad individual: la del tronco con las raíces prendidas en la materia bruta, pesada y oscura de la tierra, pero anhelando por sus innumerables ramas y hojas hacia los ilimitados reinos, luminosos y etéreos, de los ideales de belleza, amor y libertad creadora.

..

El arte tiene en sí mismo, es decir en sus creadores, la razón de ser, sus condiciones de expresión y evolución que tiende hacia la perfección, pese a los impedimentos de una sociedad injusta y a los forzados compromisos «morales» y aberraciones en tiempos de guerra, de revoluciones y tiranías triunfantes. La ética —nacional, religiosa, cívica, etc.— ha detenido a veces el ímpetu de las artes, pero éstas han recobrado más tarde o más temprano su libertad genuina. El arte verdadero no tiene capillas, celdas, tertulias. Su universalidad es la primera condición de su desenvolvimiento. El arte es, en el fondo, unitario: el color, las formas, los detalles son como la variedad de las flores armonizadas en un gran jardín. El nacionalismo en el arte parece más bien una mera etiqueta de pro-

cedencia. Los grandes designios de la especie, los elementos del alma y la razón —en el incesante flujo y reflujo del misterio y el conocimiento, de la vida y la muerte— constituyen la herencia común e imperecedera de todos los siglos, de todos los países y continentes. Los nacional —mejor dicho: lo telúrico y étnico— puede diversificar y acentuar, con los dones específicos de una colectividad o una región, la belleza de las obras de arte, que nunca está separada de la «ética», la «tendencia», la «utilidad» o como sea que llamemos su valor vital.

Muchos artistas, críticos y teóricos reconocen que el arte no es independiente del medio social. Estos tratan de hallar relaciones armónicas entre los creadores de arte y las masas, poner el arte al servicio de la cultura general, desarrollando así el sentimiento estético en los pueblos.

No vacilamos en la creencia que el arte —que es

a la vez ensueño, pensamiento y acción— volverá a su recto camino, en esta época de confusión y de violencia, en el sentido de una profunda y unánime renovación del hombre mediante la creación estética. Ya lo dije: el individuo debe convertirse —física, intelectual y espiritualmente— en obra de arte. No olvidemos el pasado. Perduraron los recuerdos de algunos grandes siglos de realizaciones artísticas. Aparecerá, si la humanidad sobrevive a la «guerra atómica», el genio de nuestro siglo, el Hombre-Artista, no sólo en uno, sino en muchos individuos. El *Homo faber* esclavizado, autómatas, robot y golem, ya existe en millones de ejemplares. Sólo el Hombre-Artista, dueño de sus manos, de su mente y su alma, puede concretar en sí mismo y expresar mediante sus obras estéticas las aspiraciones de esta humanidad tan puesta a pruebas, e implantar, en el incesante correr de la eternidad, el testimonio de una nueva victoria de la creación lúcida, voluntaria y libre.

Eugen RELGIS

#### TINTA MORADA

# ETERNIDAD

— ¿Calló? — pregunta el padre con voz muy tenue. Y la madre responde :

— Sí, para siempre.

La alcoba está muy triste.  
La luz muy débil.  
Por dentro están llorando,  
por fuera llueve.

Manuel Acuña

La alcoba tiene un andrajo de cortina agujereada por donde escapa la luz tenue de la mariposa, en un vidrio desportillado. Y en la sala parpadea la vela embutida en una palmatoria de loza.

Entra el viento por los cristales rotos del ventanal a derribar los objetos inconsistentes y a esparcirlos.

Está gañendo un can.

El marido aparece sentado en un rincón, la cabeza apoyada en los brazos; luego de verter la última lágrima y de acallar su pena adormécese.

Un suspiro hondo sale de la alcoba enfriando la estancia.

Movimiento de llamas de las dos luces sin ganas entrampadas de alumbrar.

Quietud.

Silencio.

Situación de ensimismamiento y guirigay de oídos que aturde.

Descorre la madre parte del arambel y per-

manece rígida en la puerta de la alcoba sin decidirse a dar un paso. Tiene todavía belleza y dolor de espíritu acusado claramente y trágicamente en toda ella.

Otro arambel cubre sus carnes: los pies breves escondidos en las babuchas del marido: la faz, de palidez monjil, escaldada de llorar. Tiene los aladares en desorden y la ofenden. Tiene también miedo de hablar.

Mira hacia el espeso acervo de humanidad en la sombra.

Al dar la una, el gallo de los malos presagios es oído.

Y el can blanco y pintojo que aulla en la calle. ¿Qué barrunta? ¿Qué barrunta si ya cobró la Muerte?

Hace oscuro denso.

Llueve fino.

Atmósfera de duelo en congelación.

La vela de sebo, gastándose, deja la habitación con el muerto a oscuras.

— ¿Calló? — pregunta el padre con voz muy tenue.

— Sí, para siempre.

La Fatalidad hizo su obra, la Miseria está haciéndola...

Marido y mujer no hablan y se oyen, se miran a oscuras y se ven.

La noche — noche de enero — anda apenas y a penas anda.

...La noche del dolor es eterna, porque dolor es eternidad.

PUYOL

Inéditas al castellanopor MULTATULI

# Parábolas de la autoridad

## NOTA INTRODUCTIVA

**E**N esta colección, pequeña de tamaño, pero grandes por el contenido, ofrecemos al público este precioso joyel, que no hay duda que ha de vivir mucho, pero mucho tiempo. Pues las parábolas de la Autoridad pertenecen a lo más hermoso de no importa qué literatura. Alguna vez ocuparán su lugar entre los clásicos. Aunque sencillas cautivarán al lector durante toda su lectura. ¿Quién mejor que Multatuli describió a la autoridad en la segunda de sus parábolas?

Vosmaer, nuestro conocedor literario, cuyos estudios sobre las obras de Multatuli son de lejos superiores a cuanto sobre ellos se ha escrito, las llamaba «hermosas parábolas que no encuentran su igual en nuestra literatura». Así es, si tuviéramos que escoger para la literatura mundial una antología sobre lo mejor que ha producido la mente humana, incuestionablemente incluiríamos a estas Parábolas de la Autoridad.

La característica de un clásico es que nunca fatiga, y no importa cuando volvamos a leerlo, siempre cautiva y atrae. Hemos añadido tres inmortales Narraciones de las «Cartas de Amor», que pueden ser consideradas como secuelas y, al proceder así, ofrecemos un hermoso conjunto en esta colección.

Si esto no cautivara a todos —nada lo hace así totalmente—, como podríamos decir con toda certeza; esperamos, no obstante, que muchos serán los que apreciarán estas brillantes gemas, quienes a su vez permitirán que otros puedan gozar con ellas...

F. Domela Nieuwenhuis

## PRIMERA PARABOLA

«HERMANO, tú que eres más alto que yo, ¿puedes alcanzarme la granada que me sonríe con sus labios abiertos, en el verde follaje y entre las flores de fuego, como una moza que parpadea? Mira como su madurez se ha abierto y su rojo flamígero es el borde mismo de la herida que se ha hecho para complacerme. Deseo esa granada, hermano. Tú que eres más alto que yo, agárrala con tus manos para que yo pueda comerla.»

Y así hizo el hermano mayor para que pudiera comerla su hermano menor.

Y el hermano mayor se adentró por los campos y vio a una cabra de monte descendiendo

hacia el valle, buscando a su pequeñuelo.

«¿Viste a mi cabrito?», preguntó al león, «tú que habitas en los llanos y mejor que yo conoces las veredas de los campos nivelados, tan fatigosas para mí, debido a que mis cascos están hendidos».

«Deja a los pequeños ser pequeños... deja a los cabritos ser cabritos», dijo el león, «y apártate o te devoro».

Y así lo hizo el león.

Entonces el hermano mayor preguntó al león:

«¿Por qué te has comido a la cabra que buscaba a su cabrito?»

«Has oído cómo se quejaba sobre la inconveniencia de sus patas», replicó el león. «Acaso no tenía derecho de comérmela? Ve cuán convenientes son mis colmillos. Nota la eficiencia de mis demás dientes. Por eso me he comido la cabra.»

El muchacho pensó y miró luego sus brazos, que eran largos, fuertes y firmes. Vio cuán convenientes eran... y resolvió obligar a que su hermano fuera su siervo.

Y cuando este último le pidió de nuevo que le agarrara más frutos, le respondió:

«¡Mira mis brazos! ¿No has dicho que los tuyos no pueden agarrar las granadas? Entonces sé mi siervo o te devoro.»

Y desde aquellos lejanos tiempos el hermano menor sirvió al hermano mayor. Pero siempre le desagradó el descubrimiento por el cual el hermano mayor tuvo que agradecer al león.

Y así ha venido pasando desde entonces.

## SEGUNDA PARABOLA

VOLTAIRE dijo: «De no existir Dios, habría que inventarlo.» Ciertamente. Todo poder procede de Dios. Quien quiere poder crea en sí mismo a un dios. Así hicieron Moisés, Confucio, Zoroastro, Numa, Colón, Cortés. Así hicieron todos los conductores de pueblos, adivinos, magos, sacerdotes. Esto se hace aún en nuestros días por todo aquel que quiere reinar. El número de los dioses es tan grande como el número de los deseos. Con cada nuevo deseo nace un nuevo dios.

Insincero (un medicucho de reputación que vendía medicamentos patentados) crea dioses de curanderos desconocidos que ordenan la compra de sus píldoras. «Así hablaba el Señor», decía Moisés, y «el Dr. Fulano de Tal», decía Insincero. Obedece y compra. Y ambos añadían: «para que tu alma no perezca».

Una sirvienta salió con los niños de su amo. Pero, ocurría que los niños eran desobedientes, y se iban tan lejos, que su vigilancia se hizo insuficiente y su cuidado futil.

Entonces ella creó de la «nada» un perro negro, que mordería a todo niño que se alejara de ella. Y los niños tuvieron tanto miedo a dicho perro, que se volvieron muy obedientes y permanecieron cerca de ella. Consultando con su corazón, contempló ella al dios que había creado, y vio que era útil.

Pero los niños se volvieron alocados debido al temor del perro.

Y así ha venido pasando desde entonces.

### TERCERA PARABOLA

UN viajero iba cargado con oro y plata. Por miedo a los ladrones iba munido con armas. Además, sus servidores lo seguían en gran número, y eran más numerosos que todos los ladrones reunidos de la comarca. Estaba tan armado y tan bien acompañado que un ejército entero no habría podido arrebatarle las riquezas.

Algunos de los ladrones, desconociendo esto, lo atacaron; de lo cual se arrepintieron por mucho tiempo los que no fueron muertos inmediatamente.

Un ladrón que se volvió cauteloso debido al fracaso de sus hermanos, consultó a un santo ermitaño que conocía una solución para cada cosa, debido a que había permanecido mucho tiempo solo con una calavera, dos fémures cruzados y una jarra de agua.

«¿Qué debo hacer, ¡oh anciano!, para apoderarme de todos los tesoros del viajero?»

«El remedio es muy sencillo», replicó el devoto ermitaño. «Ponle un lazo corredizo en su cuello, de los que yo tengo, y verás cómo no ofrece resistencia. Ordenará a sus servidores que se inclinen ante ti hasta tocar el polvo del camino con sus frentes, y te dará todo cuanto desees.»

Y ocurrió como dijo el hombre santo. Pero el viajero y sus acompañantes se sintieron muy molestos a causa de esto.

El lazo corredizo fue llamado «Creencia» y ha mantenido su poder hasta nuestros días.

### CUARTA PARABOLA

¡Oh, padre!, dime, ¿por qué el sol no se cae?

El padre se sintió confundido porque no sabía el porqué no cae el sol, y castigó a su hijo al sentirse avergonzado.

El niño temió en lo sucesivo el enojo de su padre y nunca más le preguntó algo, ni por qué el sol no cae, u otras cosas que ansiaba conocer.

El niño nunca creció hasta llegar a ser un hombre, aunque vivió seis mil años... no, muchos más.

Seguía siempre siendo estúpido hasta nuestros días.

### QUINTA PARABOLA

«¿Adónde vas, oh Filonios?», preguntó Hudor, su camarada, a quien encontró por las callejas de Atenas.

«Voy de prisa a beber las tres pintas de mal vino, que me están esperando en casa de la más fea de mis tres amantes», replicó Filonios tambaleándose.

Pues estaba ya borracho.

«Ven conmigo, pues me parece que tienes ya bastantes vino, y demasiadas amantes.»

«Tres, Hudor, tres... ¡El Amo ha dicho que tres! Tres... ¡él ha dicho!»

«El Amo nada nos ha dicho de vino ni de amantes, vente conmigo...»

«Tres ha dicho... tres.»

Y Filonios se desplomó por tercera vez aquella noche. Pero esta última ya no se pudo levantar.

Y así ha permanecido echado desde aquel lejano día.

### SEXTA PARABOLA

¡Por primera vez había nacido un niño! La madre lo miraba extasiada y el padre también lo miraba con profundo amor.

«Pero, Genio, dime, ¿por qué es tan pequeño?», preguntó la madre, y añadió: «En verdad, ni siquiera sé yo mismo si deseo que cambie. Contenta, quisiera que ya fuera un hombre crecido, pero sería una lástima que cambiara mucho, de modo a no poder llevarlo más en mis brazos y alimentarlo.»

«Tu hijo crecerá hasta llegar a ser un hombre», dijo el Genio. Ya no necesitará que lo alimentes. Vendrá un tiempo que no será necesario que lo lleves en tus brazos.

«¡Oh Genio!» exclamó la madre asustada, «¿se marchará mi hijo de mi lado? Si llega a caminar, ¿me dejará para siempre? ¿Qué debo hacer para que mi hijo no me deje cuando pueda caminar?»

«Amarlo», dijo el Genio.

¡Y así fue! ¡Y así siguió siendo por algún tiempo! Pero luego nacieron muchos otros niños. Y fue dificultoso para numerosos padres el amar a tantos niños.

Entonces, alguien inventó una orden para remplazar el amor, como ocurre con todos los mandamientos. Pues es más fácil ofrecer un mandamiento que el ofrendar amor.

¡Honra a tu padre y a tu madre!

Los hijos dejaron a sus padres tan pronto pudieron caminar. Entonces, se añadió a la orden una promesa:

¡Para que todo te salga bien!

Entonces algunos de los niños permanecieron al lado de sus padres. Pero no se quedaron como deseaba la primera madre, cuando preguntó al Genio: «¿Qué debo hacer para que mi hijo no me deje cuando pueda caminar?»

Y así ha seguido sucediendo desde aquel día.



## SEPTIMA PARABOLA

Le premier roi fut un soldat heureux ! (1), decía Voltaire; pero no sé si eso es verdad. Puede ser que sea —¡y quien sabe si ello no es más posible!—, que el primer rey fuese uno que conociese bien todo cuando ataña a los ermitaños que conocen lazos corredizos. Pero, en todo caso, la siguiente narración es verídica.

Crates era muy fuerte. Derrribaba los parapetos hechos con troncos de árboles con solo empujarlos con su pulgar y con su dedo medio, y podía matar a quince espíritus malos solo con un soplo. Cuando tosía se producía un fuego debido a la compresión del aire; y la luna se estremecía, cuando se imaginaba moverla.

Por todos estos méritos Crates se volvió rey. Y murió después de haber sido rey por mucho tiempo.

Crates probablemente hubiera tenido que dejar el trono, si una vieja nodriza no hubiera así hablado al pueblo:

«Escúchame, pueblo, pues yo fui la nodriza del pequeño Crates, cuando era aún más pequeño de lo que es ahora. Cuando nació, su padre untó su cabeza con aceite y ved aquí, que una gota de aceite cayó en el ojo de mi hijo postizo. Es por lo tanto innecesario que derribe muros, y tampoco es necesario que se estremezca la luna, o que produzca incendios al toser, y por lo tanto os digo...»

Pero la elocuente nodriza no tuvo necesidad de terminar. La conclusión era muy fácil de adivinar, y todo el pueblo —los periodistas del diario de la oposición más fuerte que nadie—, gritaron, como un solo hombre:

«¡Viva el ungido del Señor!»

Y Crates mantuvo su lugar en la silla que llamó trono.

Y allí sentado permaneció hasta nuestros días.

## OCTAVA PARABOLA

TUGATER ordeñaba las vacas de su padre, y las ordeñaba bien, pues la leche que llevaba a las casas daba más manteca que la que traían sus hermnos. Os diré porque ocurría esto y, por lo tanto, prestad atención. Imaginaos, para que lo sepáis, pues quién si alguna vez tendréis que ordeñar vacas. Pero no os digo todo esto para que ordeñéis como Tugater, sino para que os déis cuenta del ejemplo de sus hermanos, que creían obrar mejor ordeñando menos eficientemente. Al menos, más sensiblemente.

Antes de que los jóvenes labriegos llegaran a las praderas, sí, mucho antes de aquel tiempo, las vacas se paraban esperando en las porteras para ser descargadas de la abundancia que convenientemente habían preparado para sus ter-

neros. Pero el hombre se comió a dichos terneros, porque sintieron la eficiencia en lo sucesivo, y desde entonces hay mucha leche en la ubres.

¿Qué ocurre ahora mientras las vacas esperan con estúpidas caras frente a las porteras? Mientras así permanecen sin movimiento alguno, la parte mejor de la leche, la crema, la manteca flota hacia arriba y se aleja por lo tanto del pezón.

Quien ordeña pacientemente, hasta el fin, trae a las casas leche grasosa. Quien lo hace apresuradamente, deja en la teta toda la crema.

Daos cuenta, pues, que Tugater no tenía prisa alguna, mientras que sus hermanos ordeñaban apresuradamente.

Estos últimos proclamaban el derecho a algo mejor que el ordeñar las vacas de su padre. Pero ella no pensaba en tal derecho.

«Mi padre me enseñó a disparar flechas con el arco», dijo uno de los hermanos. «Puedo vivir cazando y errando por el mundo y trabajar para mí mismo.»

«A mí me enseñó a pescar», dijo otro. «Sería por lo tanto idiota el ordeñar siempre para otro.»

«A mí me enseñó a construir un bote», dijo otro de los hermanos. «Puedo cortar un árbol, echarlo al agua y deseo conocer lo que hay en el otro lado del lago.»

El último de los hermanos declaró: «Tengo deseo de vivir con una mujer rubia, para que tenga así mi propia casa con Tugateres en ella para que me ordeñen.»

De este modo cada hermano tenía su deseo, una apatencia, algo por ansiar. Y estaban tan ocupados con lo que deseaban que apenas si les quedaba tiempo para ordeñar la crema, que las vacas debían guardar desconsoladas, sin beneficio para nadie.

Mientras tanto Tugater ordeñaba hasta la última gota.

«Padre», finalmente gritaron los hermanos, «nos vamos a marchar.»

«¿Y quién ordeñará?», preguntó el padre. «Bueno, Tugater lo hará.»

«¿Y qué pasará si también a ella le da por navegar, pescar, cazar o ver el mundo? ¿Qué ocurrirá si le viene la idea de vivir con un rubio o un castaño, de modo a que tenga su propia casa y todo lo que ella implica? Sin vosotros, puedo muy bien pasarme; pero no sin ella... porque la leche que trae a las casas tiene tanta crema.»

A lo que respondieron los hermanos, después de alguna consideración:

«Padre, ¡no le enseñes nada! No le enseñes a estirar la cuerda para cuando se contraiga dispare la flecha, pues le vendrán ganas de cazar. Que para ella sea un secreto la costumbre que tienen los peces de morder el puntiagudo anzuelo, cuando está cubierto con algún cebo, y así no pensará en echar al agua anzuelos o redes. No le enseñes cómo se ahueca un árbol y no tendrá ganas de cruzar el lago. Y que

(1) En francés en el original : « El primer rey fue un soldado feliz. — Trad.

nunca sepa obtener un rubio o un castaño, y así no tendrá su propia casa y todo lo que ello implica. Nunca le enseñes nada de todo esto, padre, y así se quedará contigo. La leche de tus vacas siempre será grasosa. Mientras tanto... padre, déjanos marcharnos, cada uno según su deseo.»

Así hablaron los hijos. Pero el padre —que era muy cauteloso—, replicó:

«¿Y quién le impedirá conocer lo que no sabe? ¿Qué pasará si ve la mariposa azul flotar en una ramita? ¿Qué ocurrirá si el hilo de su rueca pulsa a lo lejos el carrete de su telar? Suponeos que está mirando en la orilla de un arroyo, cómo mordisquea el pez a una lombriz arrugada, entre el fondo gredoso y, por si misma piensa en hacerse un anzuelo con un puntiagudo junco. Y, finalmente, suponeos también que encuentra entre el trébol de mayo a los pequeños nidos de las alondras.

Los hijos reflexionando de nuevo dijeron:

«Padre, nada aprenderá de todo eso. Es demasiado estúpida para crear deseo del conocimiento. Ni siquiera nosotros hubiéramos conocido algo si tú no nos lo hubieras enseñado.»

Pero, el padre volvió a replicar:

«No, sé que ella no es estúpida. Me parece que aprenderá por sí mismo lo que vosotros

no habéis sido capaces de aprender sin mí. Por cierto que si algo hay que no es Tugater, es eso de estúpida.»

«Padre, dile que **conocer, comprender y desear**... ¡es un pecado para una muchacha!»

Esta vez el cauteloso padre pareció estar de acuerdo. Dejó que sus hijos se fueran hacia sus pescas, cazas, corridas por el mundo, permitiéndoles que se casaran... y todo cuanto **quisieran**.

Pero prohibió a Tugater que **conociera**, que **comprendiera**, que **supiera**, y en su ignorancia continúa ordeñando hasta el fin.

Y así han seguido las cosas hasta nuestros días (2).

(2) Esta octava parábola es, probablemente, « las tres inmortales rarraciones de las « cartas de amor » a que se refiere el introductor.—*Trad.*

(3) Estas *Parábolas de la Autoridad* han sido traducidas del inglés por V. M. (*The Parables of Authority* por Multatoli — Eduardo Douwes Dekker —, fueron primeramente traducidas del holandés al inglés por Milly Van Rhyn-Jacobs y publicadas en « Free Vistas », 1933, una antología de vida y cartas, editada, publicada e impresa por Joseph Ishill). La presente traducción, que supongo inédita en castellano, ha sido hecha de una edición « de cincuenta ejemplares para distribución privada », realizada por Joseph Ishill, EE. UU., 1963. — *Trad.*



# Discurso del hombre libre

V

**N**O vengo a predicaros la muerte de la ley. Antes bien, a que ella prevalezca. Pero yo hablo de la ley natural, que es la verdadera y debe ser la única. La ley que nace en la necesidad de la convivencia social, aquella que establece las reglas del trato entre los hombres en la libertad y la armonía en todas sus actividades.

Empero, si la ley de la justicia es necesaria, no así la justicia de la ley, que es arbitraria. Porque lo segundo, no es sino una carátula deforme, mentido equilibrio que nunca sanciona arbitrariedades.

De este sentido no queremos ley, porque nos basta la natural que guía nuestros actos de la cual damos fe con ellos mismos.

Yo y los que piensan como yo no queremos ley escrita, porque entendemos que para vivir, los hombres no necesitan de ella en sus relaciones comunes. Antes bien, la ley es trampolín de los que gobiernan; es trampolín de malicia y lazo de opresión. Ella coarta y asfixia, crea privilegios injustos y los perpetúa defendiéndolos.

El libre albedrío tiene su ley que se llama moral, y que representa convenio entre hermanos para las reglas de la vida misma y del trabajo. Cada uno es ley en sí mismo, obrando de acuerdo con los demás en lo que les es común. Entonces, ¿para qué la ley si todo ser que posee uso de razón tiene la ley en sí mismo, y para cada fase social el criterio se identifica con las exigencias de esta fase?

Muestran la ley verdadera en su corazón los seres de buena voluntad, y sólo los de torva intención buscan el recurso y concurso de la ley escrita para dar forma regular a sus concupiscencias y a sus ambiciones de dominio. Y sanción de honra a la esquilación del prójimo, defendiéndoles en su avaricia, en su malicia, en su latrocinio.

Ni las aves en los aires; ni los peces en los mares, ni los animales de los campos, buscan ni practican ni necesitan ley escrita. ¿Que por qué no tienen uso de razón? ¿Pues cuánto menos el hombre que la tiene necesita de esa ley?

Si el raciocinio sirve para traer desgracias, calamidades y dolor, ¡malhaya el raciocinio! Pero no es así. Porque él nos dispensa con largueza de una tal necesidad. Que lo que se estima justo, justo es sin la ley y antes de la ley. Y aquello que se quiere hacer por y para la comunidad, no necesita de la ley para llevarlo a cabo. Antes bien, la ley escrita viene a traer discordia y trámite dilatorio en lo que concierne a derechos, viene a entorpecer el buen sentido y trae obligaciones de menoscabo.

Se dicta esto harás y esto otro no harás, cuando ya el concierto humano lo practica o, para entorpecer aquello que el privilegio instituido ve caprichosamente como pernicioso a él cuando no es sino deseo de establecer la ley verdadera.

De manera que el pueblo se encuentra hoy debajo de la ley que lo hunde y lo hace siervo, que lo lanza a merced de los príncipes y de los sacerdotes, de los escribas y de los terratenientes, amos arbitrarios de la tierra y de los hombres.

Y ellos dicen: Hombre, es la ley quien lo dicta, y a la ley estás obligado a obedecer y someterte. Pero antes, esos dictaron la ley.

Porque los hacedores de la ley buscan siempre favorecer el privilegio y la fuerza en daño de la gran mayoría del pueblo, yo os digo: Sobre la ley escrita, sea anatema. Y aquellos que la dictan y aquellos que la imponen y aquellos que la inspiran y aquellos que la usan en favor, que reciben el merecido de los hombres de buena voluntad inspirados en la ley moral universal, aquella que viene de la naturaleza, que no es escrita sobre papel, sino surgida del natural, que sabe cómo se hace la armonía artículo de fe de la dignidad humana.

Alguno, embrutecido por las propagandas capciosas, dirá: hombre, sin la ley el gobierno es nulo. Y sin gobierno, la vida social es imposible.

¡Ah, ciegos de toda ceguedad quienes tales disparates digan! Es precisamente a causa del gobierno que la vida social hoy es imposible. Del gobierno que impone la ley de vosotros no se lamenta de una injusticia, de un atropello o de una arbitrariedad? ¿Quién de vosotros no llora o cruje de dientes ante tanta desgracia, ante tanta miseria? Sólo aquel cuyo cerebro está podrido no concibe la vida sin cadenas.

Luego, vosotros, que no os preguntáis la causa de ese mal, de esa miseria, de ese dolor, vosotros tenéis que meditar por mi invitación, cuales son.

Ved al Preter que en nombre de la ley romana y cesárea subyuga y domina, explota y destruye si quiere, vuestro suelo y vuestro pueblo. El dicta, él hace la ley. ¿Cómo la hace? De manera que los derechos de conquista sean intangibles, indiscutibles, aceptados como cosa natural. El juzga, y su juicio y su sentencia irrevocables son, porque vosotros no tenéis otra misión que la de obedecer.

Ved que si no lo acatáis, dice que habéis delinquido. Y a pretexto de la pacificación del pueblo, a pretexto de suprimir desórdenes que, si lo son, lo son en justicia contra el mal, pone ballesta de hierro y mano de centurión sobre las ansias de independencia, de bienestar y de libertad. Yo os pregunto: ¿Es justo que un vecino más fuerte se meta en vuestro hogar, desvalije lo que allí tenéis, imponga lo que hayáis de hacer, y recoja aquello que vuestro trabajo ha producido? No. Luego vuestro deber ¿cuál es?

Ved al señor en vuestro propio pueblo que cosecha el fruto de vuestra siembra y laboreo. ¿Por qué lo hace? Porque la ley le ampara y le da potestad de amo.

Jehová, dice la Escritura, dictaminó: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente.» Pero la ley im-

pone que seas sólo tú quien este precepto cumpla. Y los sacerdotes, en nombre de Jehová, se encargan de educarte en sumisión para que así sea hecho. Y los príncipes para imponerlo.

Todos hablan en nombre de la ley, y la ley llena de angustia a los siervos.

Dad al César lo que es del César, se dice; empero, yo os pregunto si habéis examinado eso que del César es. O, más claro : cómo ha sido hecho que es suyo.

Pueblos libres y tranquilos fueron invadidos por la fuerza de la Fuerza, sometiendo a la fuerza de la Razón y del derecho natural y humano. Y el César que mandaba los ejércitos, dijo: esto me pertenece. Haciéndolo legal por la ley que él impuso, articulando la justicia con la forma de un embudo.

Formó la casta de los vencedores y dióles por la ley privilegios ilimitados y carta de señores. Estos señores transmitieron por herencia, que la ley consagraba, sus privilegios y sus dominios materiales venidos del pillaje, y establecieron derechos sacrosantos porque los pontífices los declararon sagrados.

¿Es pues, del César eso que se dice que de César es?

Sobre la tierra vinieron los hombres, y, después, sobre los hombres, el amo. Primero vino la tribu y después el jefe. Y el mago se confabuló con el jefe en daño de la tribu para vivir sobre ella y a su costa. Lo que quiere decir, que si fuese cosa justa, el amo, es decir, necesaria, éste hubiera venido antes. Lo que no es posible. Luego, los hombres no necesitan del amo. Siendo así, el amo no ha sido formado por ningún dios inventado, ni por la naturaleza, sino por él mismo, por la astucia o por la fuerza, o, por las dos cosas a la vez.

¿En qué se apoya el amo para ser tal? En la ley escrita. Y si eso no basta, en las lanzas empleadas en nombre de la ley. ¿Quién hace la ley y quién ordena a las centurias destruir? Ya os lo he dicho: el gobierno. Ya sean los Césares de Roma o los reyes de Babilonia, ya sean dentro del pueblo los sacerdotes o los escribas, que éstos sean del partido de los fariseos o de los seduceos, todos se apoyan en la ley para ir contra el pueblo, hablando y haciendo la ley en su nombre.

Así que yo os digo : si en verdad no es del César eso que del César es, ¿por qué habéis de dar al César eso que dicen que es del César?

De manera que tenéis que convenir en que la ley es causa de toda desgracia, vertida a torrentes sobre la mayoría de los hombres por otros hombres.

Sé que entre vosotros muchos hay que al escucharme crugirán de dientes y su mirada se volverá torva y en contra mía. Pero tengo que deciros que una vez tuve un sueño, cuando ya la luz había venido a mi entendimiento. Vi a un miserable siervo andrajoso, seco como un sarmiento, que estaba sentado a la orilla de un camino en espera del último suspiro. Moría de hambre, arrojado allí por su amo, a causa de que ya no servía para el trabajo. Me paré ante él y esto me dijo : « ¡Oh, Pablo, no temas, sino habla. Tú eres el trueno de la verdad que nos trae un relámpago de justicia. Haz que el pueblo comprenda y obre, para que no se vea en esta forma que delante de tus ojos tú ves ahora. Conti-

núa el camino que elegido has, porque es el más noble de todos. » Y ese camino sigo. Y he sido lapidado, dejado por muerto, y no he callado. Y he sido metido en prisión por los hebreos y por los romanos, por los que son partidarios del César y por los que se llaman amigos del pueblo; y no he callado. Porque la injusticia al pueblo, es injusticia a mí inferida.

Y he hablado palabras de verdad a los sacerdotes y a los escribas, a los pretores y a los reyes.

Y he contendido con los fariseos y con los seduceos, diciéndoles claro su falsedad, su hipocresía, su mentira. Que buscan y adulan al pueblo para hacerse escribas ellos, con fines concupiscentes y vergonzosos. Que buscan hacer la ley también; y con ella eternizar el privilegio arbitrario, injusto, malo.

Y no callaré mientras mi boca aliente o mientras una injusticia vea sobre la tierra. Y si el pueblo, voluntario aplaude su esclavitud y a los unos o a los otros da potestad para ello, hablaré. Aunque la esperanza fuere pájaro herido de muerte, hablaré.

Porque escrito está : « Haz como el arroyo, que generoso riega la tierra por donde pasa, desde que nace hasta que muere. Y si al desierto va, no es estéril su marcha, porque siempre un viajero lo hallará, siendo satisfecho de su sed. »

Crugir de dientes vosotros, los que no podéis hablar en público a causa de que vuestra maldad sería descubierta. Ensayad de meterme en prisión. El mal que os desee que venga sobre mí.

Os digo lo mismo que al rey Agripa dije cuando estando en prisión vino a discutir conmigo, confesándome al fin que por poco estuve de convertirle a la doctrina que propago. Le dije: «Por poco o por mucho, no solamente tú, más todos los que hoy me oyen fueren hechos tales como yo soy, excepto estas prisiones. »

## VI

Amigos y hermanos de la Causa : grande gozo tengo al manifestarme entre vosotros sobre las cosas que nos son gratas, caminos de luz que llevan a un mundo mejor. Con el cerebro y con el corazón os hablo. Y de cierto sé que mi palabra no es hoja de otoño, sino grano que recogéis de grado y que es y será sembrado en todo rincón donde el hombre viva.

No tengáis congoja si la simiente cae sobre piedra a veces. Y si, otras, tempestades despiadadas hacen que sus frutos óptimos en agraz se arrasen, no la tengáis tampoco. Porque el buen grano siempre está dispuesto a repetir su germinación y la gran cosecha vendrá.

No mostréis impaciencia, pesadumbre o cansancio porque ella no es para hoy mismo. Que si la fuerza de las cosas prolonga un vivir tenebroso, esa fuerza misma de las cosas determinará un día que la vida de hoy pase a ser ejemplo de vergüenza en una realidad mejor. No siempre los vientos corren adversos para la nave que por el mar navega.

Empero, yo os digo : la cosecha, hoy y todos los días es hecha. Cosecha de buenos frutos. De ellos, sois vosotros la muestra.

Cuando un hombre se siente transformado y alcanza la Consciencia, la cosecha es gozada.

Cuando un gesto de dignidad se enfrenta en esta hora al monstruo antihumano que se impone, cosecha es del mejor disfrute.

Cuando comunidades de anhelos afines sienten y obran de acuerdo con el espíritu y la letra de la gran transformación, la cosecha es.

Que cosecha resulta tal en el tiempo de ver el fruto maduro y fruto maduro es la luz superadora dentro de un hombre o de una comunidad.

No es, ciertamente, realidad completa, porque el estado de las cosas en las relaciones sociales y humanas es como ella es. Pero contemos como fruto de disfrute parcial y como grano de nueva siembra lo que ya adquirimos.

He aquí, pues, que como grano de nueva siembra puede ser tenido esto que os voy a relatar :

Entre las muchas persecuciones que sobre mí vinieron, ésta de mi relato lo fue por los dirigentes del pueblo hebreo, que buscaron la manera de hallar delito contra mí ante la autoridad romana para que me cayera el castigo de ser ajusticiado en la cruz. Fui llevado, pues, a causa de delación, al procónsul Félix, ante quien, muchos de los hombres ricos de entre los judíos y con ellos el sumo sacerdote Ananías, acompañado de un tal Tértulo, orador, expusieron sinrazones tendenciosas, encaminadas a conseguir su propósito. Dilatada fue mi prisión por dos años en aquel entonces, y al cabo, Félix, que estaba de la parte de los judíos con interés de favor, fue sustituido por Porcio Festo, el cual se presentó presto con ánimo de liquidar mi asunto. Viendo los judíos que yo podía ser liberado, intercedieron hipócritamente recomendando al gobernados les fuese confiado a ellos para ser llevado a Jerusalén, abrigando la intención de ser yo muerto en el camino. Empero, Festo alegó que estando yo preso en Cesárea, allá deberán ir los que me acusaban, para dar fe y prueba de las culpas a mí imputadas.

Allí fueron; y grandes acusaciones pusieron, pero sin pruebas. Festo fue comprado. Poniéndose de parte de los judíos, me indicó la conveniencia de ir a Jerusalén y ser juzgado allí, cosa a la que yo me negué. Aconteció en éstas, que el rey Agripa llegó a Cesárea. Y yendo a saludar al procónsul Festo, éste le habló de mi caso. Así, manifestando Agripa deseos de tomar mi asunto en sus manos, ante él me presentaron, que me iba a interrogar para hallar delito sobre mis propagandas dichas subversivas. Y me habló así :

« Dicen : ¡Oh, Pablo!, que predicas tú ciertas doctrinas extrañas, de una secta llamada de los cristianos, secta nacida a causa de la propaganda hecha en otro tiempo entre los judíos por un tal Jesús apodado el Bueno, que ejercía el oficio de carpintero en Nazaret.

» Ello no me interesaría ni poco ni mucho si no me hubieran dicho además que tú pretendes demoler la autoridad de los reyes y de los Césares, y que no haya legiones y que no haya patricios. En suma, dicenme, que tú pretendes hacer tabla rasa de todo privilegio, de todo derecho divino o terreno, de toda potestad autoritaria cualquiera que ella sea. ¿Qué hay de cierto ahí? »

Permite, amigo, que te conteste :

Ningún mal quiero para tí personalmente, ¡oh,

Agripa! Ni para ningún centurión o legionario ni para ningún general. Tampoco en lo tocante a los necreos pretendo suplantar ningún sacerdote, ningún juez, ningún escriba. Solamente que yo comprendo la vida entre los humanos de otra forma.

Pienso en un mundo social fraterno, en el que los hombres tengan relación entre sí ayunos de egoísmos y que todos gocen de la vida por igual, solamente diferenciados por condiciones naturales sensibles. Quiero, entonces, que cada uno esté al alcance de cuanto le es grato, en la medida de la posibilidad general.

Pienso que la miseria, la enemistad y el daño causado de unos a otros nacen del egoísmo, en tanto que idea obsesiva de usurpación, que a su vez alimentado y propagado por el sistema colectivo de la vida social que hoy rige a los seres.

Y como yo no selecciono a los hombres entre sirios o judíos, romanos o griegos, egipcios o iberos, sino que sólo como a hombres los veo cualquiera que sea el lugar donde han nacido, pues hago extensivas mis predicas a todos los lugares de la tierra donde hombres hay.

Ni por su color ni por su proeza de fuerza o de astucia, un hombre resulta superior a otro. Lo es, si, por su inteligencia, por su bondad, por su integridad de conducta.

Pero es superior yo pienso, ¡oh, Agripa!, no para imponerse sobre los romos de inteligencia o sobre los malos de intención y de hecho, o sobre los abúlicos, o sobre los propensos a la falsía, sino para anular o remediar en lo posible sus deficiencias y para elevarlo en consecuencia al grado de hombre digno.

Y pensando así yo deduzco que la vida que los pueblos llevan y, en consecuencia los hombres, no es aceptable. Y opongo la realidad luminosa y fraternal que yo pienso, que yo, es cierto, propago. Antes bien, esta forma de vida que hoy se impone, hace al hombre enemigo del hombre; y esclavo, presa y víctima. Lo que es injusto, lo que es malo, lo que es negativo. Por eso, te digo, lo combato.

Pero mi combate no es combate de odio, sino de amor.

En mi pensamiento está, ¡oh, Agripa!, que nada se gana para el bien, si se quita un César para poner otro o un sacerdote para poner otro. Porque en suma, los efectos seguirán los mismos, imponiendo a una autoridad otra, a una religión otra.

Convén conmigo, Agripa, que por doquier vas, encuentras dolor y maldad, miseria del cuerpo y miseria del espíritu. Convén conmigo que no puedes sentirte orgulloso de ser hombre ni de ser romano, viendo a la plebe judía y a la plebe romana arrastrarse embrutecidas, llenas de harapos y esqueléticas. Son, sin embargo, personas semejantes a ti, con la sola diferencia de que nacieron en el bando de los esclavos y en el plebeyo.

Y si aún tú encuentras como justo el sistema de castas, dime si no es feo el espectáculo que encuentras apenas salido que eres de tu palacio y por la calle marchas. Cien veces tú, ¡noble romano!, habrás vuelto la cabeza ante escenas de miseria abyecta o de baja ruindad. Si no de pena por estar embrutecidos tus sentidos razonantes, a causa de

tu educación y de tu ambiente, al menos de asco. Si ha sido así, movido de tu instinto, has deseado que no existiera.

Imaginate ahora, al menos por estético y buen gusto, una sociedad sin hambres ni sometimientos, sin egoismos (en tanto que pasión especulativa) y sin ignorantes. Tú saldrías a la calle aun no siendo rey, y serías contagiado del goce de los otros, de la felicidad de los demás. Porque habiendo suprimido las causas de lo que antes te señalé, esto sería producido.

Y no viendo ni existiendo espectáculos soeces o sombríos, seguro estoy de que tú tendrías mayor dicha de la que ahora tienes.

Y si lo que te digo no comprendes por estar lejos de concebir de estas cosas, tú estarás de acuerdo conmigo al juzgar lo hermoso que aquello sería.

He aquí lo que quiero y propongo y por lo que ante tí me han traído, ¡oh, Agripa!

¿Vendrá un día en que los hombres respeten a los hombres y se acerquen entre sí en un gesto grande, muy grande de fraternidad? Yo quiero creer que sí.

Llegará día en el que las intenciones torvas habrán sido anuladas. Y esa frialdad que paraliza el entusiasmo por ayudar al que necesita de afectuoso apoyo moral, será muerta. Grande sería mi congoja si estuviera cierto que « esos tiempos no vendrán ».

El pleito mezquino no será conocido, porque no habrá las causas que lo hacen nacer...

No muevas la cabeza en son negativo, ¡oh, Agripa!, que la vida del hombre es una marcha constante hacia su perfección. El saldrá de este presente horrible. Y aunque otro parecido venga des-

pués, ése también pasará. Y así hasta llegar al nuevo día que yo anuncio.

Porque escrito queda : « lo que fue ayer, hoy no es; y lo que hoy es, mañana no será ».

Que la vida marcha demoliéndolo todo. Y más, esta vida contradictoria que por las armas el hombre impone a sus semejantes.

Piensa en la Historia si no crees lo que digo, Agripa. Cayó Babilonia y cayó Cartago; por sus vicios, por sus excesos, por sus abusos. Fueron fuertes, mientras otras más fuertes no vinieron.

Y yo te profetizo que Roma también caerá, a pesar de su poder inmenso que se extiende a los cuatro lados de la tierra. Caerá Roma como caerán también aquellos que por la fuerza sometan y esclavizan. Porque escrito está : « Quien por la fuerza se impone, por la fuerza perece ».

Y llegará la Era de la persuasión y de la fraternidad. La riqueza dejará de ser material y privada. No habrá otra riqueza que la venida del cerebro y de los sentimientos.

El hombre no tendrá la idea malsana, la idea enferma, de hacer mal por obtener privilegio, porque éste no existirá. Y entonces se comprenderá la inmensa locura de nuestro tiempo.

Por decir esto, no incurro yo en delito. Y si tú pretendes que tengo culpa, apelaré al César y ante él defenderé mi razón y mi verdad. Que yo soy en derecho de pensar y decir aquello que a todas luces es justo y es bueno. Y aun no existe ley que diga textualmente haber delinquido aquel que propagó o manifestó cosa justa y buena.

**FABIAN MORO**

(Continuará.)





# Colgando los hábitos

## RECUERDOS DE UN ADOLESCENTE

(CONTINUACION)

¡Ah! Como a través de los años me siento emocionado, por tanta ingenua confianza o por tanta debilidad y por una tal pérdida de toda maestría de sí mismo. Entonces era incapaz yo de este género de emoción. Solicité aún:

—Présteme algunos libros.

—Creo haberlos dado todos hace mucho tiempo. Sin embargo, me condujo hacia su biblioteca.

—Busca tú mismo, pequeño, y toma lo que te convenga, si algo te parece bueno. No te lo presto, te lo doy. A mí me basta con mi breviario.

He llamado su biblioteca al montón descuidado que me enseñaba. Sí, lo había dado todo, el pobre generoso. Entre los innumerables escombros, le quedaban algunas compilaciones de sermones, que no tenía razón alguna en llevarme.

—¿No hay ninguna gramática latina! —dije desconsolado.

—¿Mi Lhomond?... (5) Hace cuarenta y cuatro años... sí, soy bien cuarenta y cuatro... que lo di a mi sobrino Pedrito, cuando entró en octavo.

—¿No tiene diccionario?

—Lo di a mi sobrino Pedrito cuando entró en sexto.

Me llevé, tesoro inquieto, un desgraciado volumen sin tapas y al cual le faltaban páginas, *Opera quae extant*, lo que queda de Virgilio en casa de un cura demasiado viejo.

Días y días, escondido en el granero o, entre la soledad de los campos, contra esa sombra estrecha y inmóvil de un pajar, estudiaba, ayudado un poco por la columna francesa, los oficios latinos de mi feligrés. Pero mi vocabulario era pobre y la sintaxis, qué laberinto durante la noche... Bien veía que *domino*, *domini*, *dominus*, *dominum* eran la misma palabra, pero no me daba suficiente cuenta las razones del por qué ponía su máscara en *um* o su máscara en *us*. Nunca llegué a descifrar, con este único socorro, dos versos de mi Virgilio.

El cura cacoquimio fue pronto llevado a alguna casa para ancianos. Lo remplazó un joven capellán, el hombre tal vez más altivo que haya conocido. Lo sentía poco abordable, aquel recién llegado de cabeza erguida. Mi sed de aprender me hizo, no obstante, que le abordara. No me atreví enfrentar a la bestia negra en su pocilga y su presbiterio. Por casualidad, era como yo un gran caminante y aproveché el encuentro en un camino desierto.

Me acogió embelesadoramente, haciéndome que le contara toda mi historia. Cuando no tuvo más

que aprender, su aspecto se volvió serio, e iba a decir áspero. El maloliente orgulloso me acusó de orgullo. Afirmó que era evidente mi vocación de hermano marista. Lo que tendría que hacer en el mundo es conservarla fielmente hasta que Dios, que me la había indicado de modo infalible por una primera estada en el noviciado y por las recomendaciones de mis superiores, me diese la fuerza y la talla necesaria. Luego explicó largamente, ¡el mentiroso! que un hermano es más feliz que un sacerdote y se condeció, ¡el hipócrita! que Dios no le hubiese otorgado la misma vocación que a mí me había concedido.

Si la hubiese conocido, tal vez hubiera repetido la lamentación de Moisés en Alfredo de Vigny:

**Señor, que me habéis hecho potente y solitario;  
Dejadme dormir con el sueño de la tierra.**

Pues el mozo era poeta y, ¡maravilla morrocotuda! poeta bilingüe. Sobre la altura que domina Rognac, su fervor, algunos años más tarde, hará plantar una cruz, por la gloria sobre todo de inscribir en el pedestal algunos versos provenzales de su cosecha. He olvidado aquella peroración sagrada. Sé solamente que la cruz esparcía sus beneficios en la cima de las montañas como en la cuenca de los valles. Mi memoria ha conservado, en revancha, algunos versos franceses del mismo origen que son, en efecto, poco olvidables. La riqueza principal del pueblo era la almendra. Pero la flor del almendro, demasiado impaciente, se expone en febrero y en marzo a muchos peligros y la cosecha a menudo fracasa. El nuevo cura había encontrado el mejor de los remedios y la más infalible de las seguridades: había que cantar, cuando las flores adornaban los campos e inquietaban los corazones:

**Virgen, protege  
estas flores de nieve  
con que la primavera  
adorna nuestros campos.**

El hombre, bien se ve, tenía sus razones para estar orgulloso. Desde lo alto de sus glorias, despreciaba al niño que la divina bondad había hecho pobre para que fuera pequeño hermano de María y que aspiraba el imprudente rebelde, a aprender el latín.

No tenía yo siempre el alivio de devolverle desprecio secreto por desprecio visible. Ciertamente, sus versos me hacían reír y, aunque mi madre criticaba los míos con una severidad feroz (6), me los

(5) El abate francés Carlos Francisco Lhomond (1727-1794) fue el autor de una renombrada *Gramática Latina*. Trad.

(6) En un poema que tal vez yo creía bíblico, el joven Tobías, encontrando a un israelita occiso.



afirmaba y estaba obligada a reconocerlos un poco menos infantiles.

Pero mi sentido de la justicia me obligaba a admirar al predicador. No solamente posea una belleza física que osará llamar perentoria : prestancia, grande talla, voz potente y armoniosa, cara regular, mirada fascinante y el gesto dominador. Le reconocia —y de ello rabiaba—, méritos aún más profundos. Su discurso estaba siempre bien construido. Sus tres puntos formaban siempre una sabia graduación. La frase, clara, llena, armoniosa, se relevaba, aquí o all , con algún discreto arcaismo. La fuerza demostrativa parecia increible a mi ingenua piedad. Y este hombre sin bondad y sin dulzura en la vida tenia, desde que era necesario, en las peroratas por ejemplo, una unción seductora y una emoción persuasiva. Cuando terminaba predicando magnificamente, hubiera querido poder quererle.

Aquel lunes, por un camino emocionante de belleza (rodea al estanque de Berre), marchaba yo solitario y declamante. Me repetia, ensayando en reproducir las nobles entonaciones, el emocionante sermón de la víspera. Mi memoria me permitia el encontrar intacto el balanceo de los períodos más acertados. En cuanto al resto, improvisaba. El pequeño meridional que se crea solo y, casi titubeando, se henchia de elocuencia, no era avaro en cuanto a los gestos. Todo entero en el discurso a mitad encontrado y a mitad creado, nada veia de cuanto le rodeaba, ni la innumerable sonrisa del mar, ni la gracia de las colinas, ligera y como danzante en la luminosidad; nada más que, tal vez, un futuro auditorio admirativo. En vano la estación del año multiplicaba colores y perfumes; en vano cantaban los pájaros.

— Qu  memoria la tuya!

Me volví, halagado y, rindiendo cumplido al cumplido :

— C mo olvidar tan bellos pensamientos y palabras tan hermosas?

—Estoy bien seguro de que nadie como t  ha recordado tantas.

Poniendo sobre mis hombros una mano a la vez halagadora y dominadora, el señor cura continu  :

—Querido pequeño Jacques, ya que tienes tan buena memoria y que estás destinado a la vida religiosa,  por qué no vienes a decir la misa?

El recuerdo de mi vocación de marista me habia súbitamente enfurru ado. Respondi con forzada sonrisa :

...lo metia en la tumba  
sin siquiera mirar si era feo o hermoso.

Mi madre bromeaba a menudo con este verso que no es únicamente ridculo por su absurdidad lógica y su ingenuo enclavijado. No dudaba de que en él ponia yo inconsciente e inoportunamente un sufrimiento profundo. Se comprenderá más lejos el porqué las ideas de belleza y de fealdad me perseguian y me mordian. — H. R.

—Tengo buena memoria para todo lo que comprendo. Soy incapaz de retener dos palabras si no tienen sentido para mí. Ens neme el lat n y dir  la misa con placer.

— Eh! —dijo altivo—, creo que este mocoso me propone un trato.

Se volvió hacia el pueblo del cual hacia un instante nos alejábamos.

— Eh! —exclamó rega n y continuando mi camino—, creo que este rico avaro me propone un engaño.

Tuve la emoción de distinguir en sus pasos como un titubeo.  Volveria para darme un sopapo? Lo esperaba, lo deseaba, y me hubiera sentido feliz viéndole cometer un pecado de cólera. Pero, vuelto dueño de sí mismo, prosiguió alejándose.

En la soledad de nuevo deslumbrante y sonora, improvisó un discurso en dos puntos sobre los pobres a los cuales siempre se les pide, y a los cuales nunca se les da.

El mensajero auxiliar que aseguraba la unión postal entre Rognac y Aix de Provenza cayó enfermo. Para evitar a este buen hombre los gastos de un reemplazante, mi padre me encargó del servicio (7), que por cierto era muy fácil. El convoyante que reemplazaba hacia, a pesar de los reglamentos, encargos para la gente del pueblo, y cada uno le hacia ganar cinco céntimos. Esperaba yo, mediante este pequeño negocio, procurar me algunos libros.  Infelizmente!, mi padre me prohibió severamente la menor irregularidad.

—Puedo cerrar los ojos sobre las andanzas de Moutet; pero no puedo permitir que mi hijo viole los reglamentos.

Aquellos pocos viajes fueron, no obstante, una felicidad. Desde mi llegada y la entrega de los paquetes en la estación de Aix hasta el momento en donde venia a tomar los del retorno, se pasaban, si mal no recuerdo, tres o cuatro horas, todo un gran trozo de la tarde. Ya que no habia visto una ciudad desde hacia años, paseaba voluptuosamente, mirando las hermosas avenidas, las bellas fuentes, los hermosos hoteles y, nostálgica alegría, las vitrinas de los librereros. En una pequeña calle desierta encontr  una felicidad más completa : las mesas al aire libre de un librero de viejo.  Ah! si tuviera un poco de dinero... Pero era y a una cosa muy buena el tocar libros desconocidos, de leer aquí o all  una media página, tan hermosa por estar aislada, por ser coqueta y huidiza : la gracia de viajera apenas entrevista.

Una gran corazonada.  La gramática latina de Lhomond! El librero estaba en el fondo de su botica, muy ocupado con sus arreglos. Temblando de miedo y de alegría puse el libro debajo de mis brazos y, a pesar de una loca alegría por correr, me alej  con un paso tranquilo. Al primer recodo de la calle apresur  mi marcha. Llegué a una gran avenida, me sent  en un banco público y, hojeando con ebriedad, me di, goloso, estúpido, que quisiera tragarlo todo de repente, mi primera lección de lat n. Ya en el tren, a pesar de mi ar-

(7).—El padre de Han Ryner era entonces encargado del Correo de Rognac.—Trad.



dor explorador, consentí a las lentitudes del método. Llegando a casa ya podía recitar sin titubear, **rosa, la rosa y dominus**, el señor. Corrí rápido hacia mi libro de parroquia sabiendo ahora por qué el señor se llama **dominus** cuando habla y **domino** cuando se le habla.

Al otro día evité el barrio del librero de viejo. En el Paseo, a veces sentado, a veces paseando, aprendía la continuación de mis declinaciones.

Algunos días más tarde, dejé dormir la gramática en el pueblo, e hice alternar en el tren ensueños libres y seguras recitaciones. En seguida que estuve libre, corrí hacia la alegría rara de tocar los libros. Perdido entre los volúmenes más gruesos, me tentó un pequeño librito. Se trataba de la defensa de Arquias por Cicerón. Me arrancaba penosamente a la seducción. Si cedía, sentía que arriesgaba demasiado por tan poca cosa. Huí del **Pro Archia poeta**, pero él me perseguía, tan hermoso, tan prometedor. Las tres palabras de este título eran la más deliciosa de las músicas, las más persuasiva de las llamadas. Volví de nuevo, alegremente vencido. Al pasar, sin detenerme, me amparé del libro y lo deslicé en mi bolsillo.

—¡Eh! ladronzuelo, te hemos visto —gritó desde una ventana una agria voz de mujer—.

Si volvía y devolvía el librito, me pareció que arriesgaría más que si lo guardara. Empecé a co-

rrer, di la vuelta, jadeante, por la primera calle, luego por la segunda y por la tercera. Mi pista estaba por cierto embrollada desde hacía un buen rato y aún no me atrevía a mirar detrás de mí ni a sacar de mi bolsillo el peligroso librito.

Ignoro lo que ocurrió en los lugares por donde huía. Pero aquel librero de viejo, anciano y barbudo, no tenía el aspecto malo. Alertado, vino sin duda a considerar sus libros, constatar lo que había desaparecido, alzar los hombros y declarar: « Valía bien dos céntimos... ». Mientras que la valiente mujer respondía, severa: « Quien roba un huevo, roba un buey » (8). Ella injurió, lo esperó, al librero bonachón demasiado indulgente que me dejaba hundirme en el vicio y marchar hacia la guillotina.

En el tren, feliz de mi conquista, de mi hazaña y del peligro corrido, empecé a descifrar el **Pro Archia**. Sabía ya perfectamente mis declinaciones y más o menos las conjugaciones de los verbos regulares. Pero mi vocabulario era demasiado indigente. Comprendí poca cosa. Sin embargo mi alegría no dejó abatirse; Cicerón, lo sentía me sería menos inaccesible que Virgilio.

(Continuará.)

HAN RYNER

(8) Œuf (huevo) y bœuf (buey) riman en francés. Trad.

### BATALLAS A GANAR

El último censo de población residente en Francia indica que sobre 1.815.555 extranjeros, 431.000 son españoles.

¡Libertario, no olvides que la mitad, por lo menos, debería pertenecer a la C.N.T.!

★

### ESTADISTICAS

— Presupuesto del Estado español para el ejercicio económico 1964: 120.843 millones de pesetas.

— Para Educación nacional: 11.592 millones. Es decir, el 9,56 %.

★

### MAS ESTADISTICAS

— Entradas registradas en la C.N.T. durante la gestión 1963: 303.626,82 francos.

— Para Cultura y Propaganda: 11.400,00. Es decir, el 3,75 %.

★

### HUMOR CRITICON

Los defectos de los otros son los elementos del inventario que cada uno inicia, pero que ninguno termina.

★

### HUMOR INGENUO

Demos gracias a la ignorancia de ser fuente de tantas discusiones interesantes.



Documentos



# La F.A.I. lanza su declaración de principios

Una conferencia específica intercontinental, reunida a últimos de marzo con participación de la Organización del Interior y representaciones de todos los núcleos del exilio, ha tomado importantes acuerdos relativos a la organización de lucha en España y ha decidido la declaración de principios de la F.A.I. que insertamos a continuación:

«Entendemos que ninguno de los acontecimientos ocurridos en la historia moderna del mundo, desde que el anarquismo tomó forma concreta como filosofía y metodología propia, ha sido significativo de descrédito para nuestros principios ideológicos.

Antes al contrario, las añejas constataciones de los anarquistas sobre las esencias de la libertad y sobre el papel nocivo de todos los Estados se ha encargado el propio Estado de valorizarlas.

A nuestra crítica contra la institución del Estado se ha opuesto en estos últimos tiempos un argumento de gran poder espectacular, a saber: la conquista gradual o revolucionaria de ese mismo Estado, argumento cuyo éxito pasajero relegó al olvido las sabias prevenciones de los anarquistas sobre la imposibilidad de conquistar el Estado sin previamente destruirlo.

La nueva mística brindó dos fórmulas a cual más perniciosas: la Reforma del Estado según la práctica socialista parlamentaria y el **asalto violento al Poder** puesto en práctica por los comunistas rusos.

La reforma del Estado condujo a la lucha política, a las corruptelas y bizantinismos sin mayor resultado que el caos económico y administrativo en todos los Estados.

La salida a esta situación la hallaron el capitalismo y el Estado con el golpe reaccionario fascista — revolucionario a la inversa — que contó como factores y posibilidades de éxito la desmoralización y dispersión del frente auténticamente revolucionario.

El asalto frontal al Poder y la subsiguiente utilización del Estado como órgano revolucionario — implantación del socialismo desde arriba — nos ha dado el fruto de la feroz dictadura soviética, uno de los experimentos más peligrosos emprendidos por la humanidad y cuyos resultados monstruosos están a la vista.

Ambas experiencias, la socialreformista y la dictadura del proletariado, han producido una terrible depresión en los medios del proletariado y una crisis moral profunda en la intelectualidad liberal.

Después de dos guerras terribles, consecuencia lógica del proceso de la situación, el llamado Estado democrático cotiza hoy a alto precio su victoria contra el llamado totalitarismo — hechura suya — pasándonos a todos su factura y ajustándonos las cuentas del Gran Capitán. Resumen:

Que el Estado histórico — siempre uno e inconfundible — se ha remozado con el elixir de larga vida de los intervencionistas y colaboracionistas, luciendo a los ojos del mundo hambriento el garbo de su segunda juventud.

Por todo lo expuesto declaramos:

Que la libertad como medio y como fin constituye la esencia de las ideas anarquistas.

Que el Estado, el Poder organizado de coacción y represión apoyado en la inhumana premisa de la incapacidad y desprecio del individuo, es el primer obstáculo contrapuesto a la plena realización de la libertad y de la justicia.

Que los conceptos de organización y de administración de las entidades e intereses sociales no tienen nada de común con la atribuida capacidad del Estado para poder organizar y administrar.

Que el Estado es sólo defensor de los privilegios de clase, ajeno a la equidad y principal factor del desbarajuste social.

Que no existe organización social posible sin el implícito reconocimiento de la soberanía del individuo compatible con la soberanía colectiva.

Que la valorización del individuo tiene su trascendencia lógica en la autonomía de todos los núcleos sociales entre sí.

Que el pacto libre y la federación voluntaria, obligados por el mutuo consentimiento y la necesidad, deben constituir los cimientos de toda organización colectiva.

Que no existe libre asociación popular si todos los movimientos no van orientados de lo simple a lo complejo, del individuo a la sociedad, de abajo arriba, sustituyendo la arbitrariedad autocrática por la necesidad común, el mando a discreción por el mandato condicionado, el poder ilimitado por la gestión definida.

Que estos nobles objetivos sólo pueden conseguirse procediendo con tácticas acordes con los principios.

Que una conducta anarquista en el orden individual y una práctica federalista en el plano orgánico, son condiciones indispensables en el militante y en las organizaciones para imprimir una influencia efectiva en el medio social llamado a ser transformado.

Que todas las desviaciones tácticas — definitivas y provisionales — tienden automáticamente a desvirtuar los principios, alejándonos de las finalidades.

Que el anarquismo no puede ceder a veleidades oportunistas sin entrar en colisión con los motivos consubstanciales de su existencia y razón de ser históricos.

Conferencia Internacional de la Federación Anarquista Ibérica

Marzo 1947.

## POETAS DE AYER Y DE HOY

### La patria de mis sueños

de Manuel B. Calderón

Con esa fe magnífica, con esa fe bendita  
que en los creyentes pechos espléndida palpita,  
es magnífica, esperanza, es himno y oración  
yo cifro en lo futuro fantásticos empeños  
y aguardo esperanzado la *Patria de mis Sueños*.  
La patria que ambiciona mi humilde corazón.  
...Acaso cuando nazca mi *Patria*, yo habré muerto  
no siempre el peregrino que va por el destino  
consigue en el oasis tranquilo reposar,  
no siempre en los carbones de la profunda mina  
encuentran los mineros la piedra diamantina  
que al transcurrir el tiempo cual Sol ha de brillar.

Yo sé que es la existencia cual la pertinaz gota  
que en la alborada muere, que en la alborada brota  
y sé que los que luchan no siempre han de vencer  
pero al mirar mis sueños abrirse como flores,  
recuerdo que en la vida los grandes redentores  
son héroes del mañana, son mártires de ayer.

Cuando la sangre siega los campos de combate  
suspiro por la *Patria* que en mis ensueños late  
y temo que los hombres con furia de Cain  
destrocen esa vida que a palpitar se atreve  
como palpita el tallo entre la blanca nieve  
que cubre en el invierno la pompa del jardín.

Mas no, que la existencia cual deslumbrante rayo  
nos muestre los vergeles donde florece mayo,  
radiante de alegría, de aroma y de arrobal...  
y siempre a la tormenta sucede la bonanza,  
al triste desconsuelo la fúlgida esperanza  
y a la nocturna sombra la majestad del Sol.

Su ejército naciente, ya existe, ya batalla,  
no canta sus victorias, la horripilante metralla,  
no empuñan sus soldados mortífero fusil,  
no invitan a la muerte gritando las cornetas,  
ni el hierro se envilece con fratricidio vil.

En la invencible flota, como en la patria fuerte,  
no formaron rapaces las aves de la muerte,  
los barcos de rapiña, los cuervos de la mar

ni anunciarán destrozos, ni ostentarán cañones  
será el amante lazo tejido entre regiones  
que vivan cual hermanas ausentes del hogar.

Cuando despunte el alba mirad la madre tierra,  
y ved los que en ella sostienen brava guerra,  
mirad los que el terruño se afanan por romper,  
y ved en esos hombres la honrada « infantería »  
que tiene por cuarteles el campo y el taller.

Seguid, seguid atentos, mirad los « escuadrones » que  
[avanzan

conduciendo riquísimos montones de rubicundo trigo  
que ha de tornarse en pan,

mirad los que transportan los frutos sazonados,  
y ved en esos hombres los rústicos « soldados »  
que a la bendita tierra laureles brindarán.

Mirad los puentes que encorvan las espaldas,  
mirad las carreteras que trepan por las faldas  
venciendo de los montes su impávida altivez,  
mirad a los que trazan canales y senderos  
y ved cómo se afanan los nuevos ingenieros,  
mostrándonos pacíficos su noble intrepidez.

Y en minas y en canteras la pólvora triunfante,  
pregonara el esfuerzo de la legión gigante  
que al hierro y al granito combate con tesón,  
y cuando suenen ronclos petardos y barrenos  
veréis los « artilleros » impávidos, serenos,  
lanzarse a la conquista del bloque o el filón.

Terminarán las luchas y cesarán las quejas,  
y espadas y cañones se fundirán en rejas  
y de la nueva aurora a la fulgente luz,  
veréis a los « soldados » con gomas y cinceles,  
con picos, azadones, escoplos y troqueles  
con armas de trabajo que es redención y cruz.

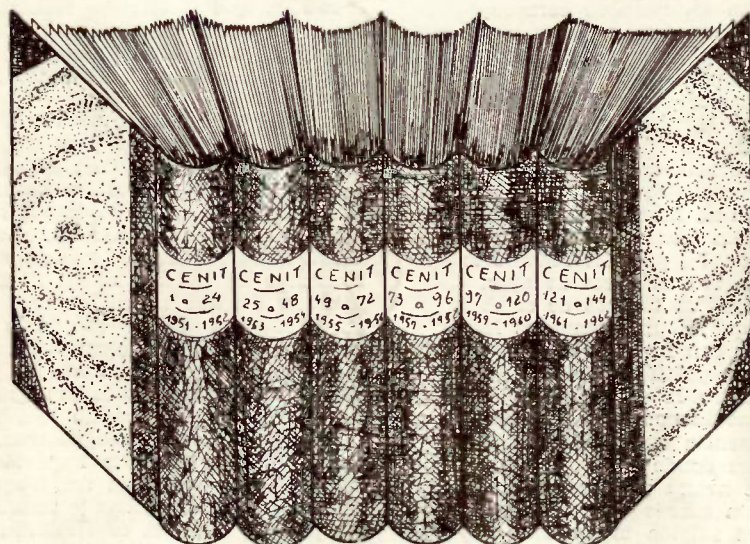
Y así veréis la *Patria* que sueña el alma mía,  
con sueño luminoso de soñador tenaz,  
y así era la *Patria de mis Sueños*

la *Patria* en que, abrazados los grandes y pequeños,  
entohen trabajando el himno de la paz.



*El estudioso de habla española  
deberá disponer de los  
seis volúmenes encuadernados de*

# **CENIT**



**¡ Toda una verdadera enciclopedia Social !**

---

Solicitarlo a nuestra administración